

PORFIRIO MUÑOZ LEDO

HISTORIA ORAL

1933-1988

JAMES W. WILKIE

EDNA MONZÓN WILKIE



DEBATE HISTORIA



LA VIDA DE PORFIRIO MUÑOZ LEDO ARROJA LUZ sobre momentos memorables y sobre coyunturas desconocidas de la existencia de nuestro país. En esta larga conversación de los autores con el político mexicano, se reconstruyen décadas de historia del gobierno y las instituciones nacionales antes de la transición a la democracia, en la que Muñoz Ledo tuvo también un papel central. Pero ésa es otra historia.

Al revelar tanto sus aspectos humanos como su complejidad política, el entrevistado revitaliza y redimensiona a personajes fundamentales pero cada vez más borrosos de la política mexicana, como Manuel Ávila Camacho, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz. La anécdota se transfigura en análisis, el recuerdo se convierte en pensamiento.

Merced a la metodología seguida, la obra de James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie resulta completamente original en relación con otras aproximaciones biográficas. *Porfirio Muñoz Ledo: Historia oral. 1933-1988* no es un texto de justificaciones, sino de reflexiones. De este modo, va más allá del recuento de pasajes interesantes —en su mayoría inéditos— y deviene una interpretación puntual y vibrante de hechos y procesos que, finalmente, retratan a uno de los políticos más trascendentales del país, su entorno y el tiempo que ha ayudado a construir.

FOR BICENTENAR
HISTORIA, POLÍTICA Y MILITAR

ISBN 978-607-315-490-5



9 786073 154905



www.megustaleermex.com.mx



PROFEMEX

f /megustaleermexico

@megustaleermex



DEBATE

PORFIRIO MUÑOZ LEDO
HISTORIA ORAL || 1933-1988
JAMES W. WILKIE + EDNA MONZÓN WILKIE



JAMES W. WILKIE

(1936, Idaho, Estados Unidos) fundó el Centro de Historia Oral para América Latina con apoyo de la Ohio State University (1965-1968) y de la UCLA desde 1968. Su teoría del Elitelore centra sus entrevistas en líderes políticos. Cuatro volúmenes editados por la UAM (Ciudad de México, 1995, 2001, 2002 y 2004) reúnen 17 de ellas. También se encuentran disponibles gratis en

elitelore.org/Oral_History_Book_Series.html

EDNA MONZÓN WILKIE

(codirectora del Centro de Historia Oral para América Latina desde 1963) y James W. Wilkie han grabado para la posteridad la voz de más de 25 líderes latinoamericanos. El método que emplean permite a los entrevistados hablar de sí mismos y de sus motivaciones personales, las cuales impactan sus decisiones políticas. Pronto saldrán a la luz las memorias del bolivariano Víctor Paz Estenssoro.

PORFIRIO MUÑOZ LEDO:
HISTORIA ORAL
1933-1988

PORFIRIO MUÑOZ LEDO:
HISTORIA ORAL
1933-1988

JAMES W. WILKIE y EDNA MONZÓN WILKIE



DEBATE

Penguin Random House Grupo Editorial agradece el apoyo que Profmex brindó
para la publicación de este libro.

Porfirio Muñoz Ledo
Historia oral. 1933-1988

Primera edición: noviembre, 2017

D. R. © 2017, James W. Wilkie y Porfirio Muñoz Ledo

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta
obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-315-690-5

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente
de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando
una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Rafael Rodríguez Castañeda,
editor general y compadre en la preparación
de nuestras historias orales con líderes de México,
Bolivia y Costa Rica*

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>Prefacio</i> | 11 |
| <i>Memoria oral. Nota personal</i> | 21 |
| 1. El estudiante | 23 |
| 2. El servidor público | 133 |
| 3. El dirigente político | 383 |
| 4. El diplomático | 489 |
| 5. El educador | 627 |
| 6. El dirigente de la oposición | 741 |
| <i>Índice onomástico</i> | 931 |

Prefacio

El 15 de diciembre de 1987 comenzamos la serie de entrevistas de historia oral contenidas en este libro. Porfirio Muñoz Ledo (PML) era entonces un combativo político de 54 años. Llegó como relámpago, listo para iniciar las entrevistas en nuestra casa en Pacific Palisades¹ después de que él y un grupo de compañeros tomaron una decisión radical que modificó el rumbo de la política en México: su renuncia por la mañana de ese mismo día al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la posterior formación de la Corriente Democrática subrayaron la divergencia sobre el proyecto de país a que podía aspirar la sociedad mexicana.

Las entrevistas finales de esta serie, registradas al año siguiente, constituyen un testimonio de primera mano sobre las intensas jornadas electorales de 1988 y el principio de la lucha política que PML perfiló desde diversos frentes opositores al sistema, y a la que ha dedicado los siguientes 30 años. Por tanto, esta historia oral cubre sólo la mitad de su vida pública.

La trayectoria del gobierno federal mexicano a partir de la década de 1960, cuando llegaba a su fin la etapa constructiva de la Revolución mexicana, se comprende con mayor claridad gracias a la historia oral de PML, quien comenzó a ejercer una influencia notable desde el régimen del presidente Adolfo López Mateos, particularmente en la concepción del gobierno federal como rector de la vida republicana y de su política exterior. Su trayectoria ha dejado huella en la administración pública, la diplomacia, el liderazgo político y el legislativo.

¹ Cerca de donde Sunset Boulevard termina en el Océano Pacífico.

Esto no significa que la historia oral antecedente sea menos reveladora. Porfirio Alejandro Muñoz Ledo y Lazo de la Vega nació en la Ciudad de México el 23 de julio de 1933. Hijo de una familia de educadores, recibió su educación básica en las escuelas públicas Rosa Luxemburgo y José Martí. Estudió la secundaria en el Instituto México y la preparatoria en el Centro Universitario México. En 1950 dio clases en la Universidad Femenina de la Ciudad de México.

Asistió entre 1951 y 1955 a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde obtuvo su licenciatura. Fue presidente de la Sociedad de Alumnos de su facultad y secretario de la revista universitaria *Medio Siglo*, publicación que identificó a una generación de estudiantes universitarios. Fue campeón nacional e internacional de oratoria.

Entre 1956 y 1960 estudió Ciencias Políticas y Derecho Constitucional en el programa de doctorado de la Universidad de París.

Durante el año académico 1958-1959 fue profesor en la Universidad de Toulouse, donde dio cursos sobre la Revolución mexicana y la evolución social de América Latina.

En 1959-1960 fue diplomado por sus cursos de doctorado en la Universidad de París.

A su regreso a México, dio clases en varias universidades: Escuela—ahora Facultad—de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (de 1962 a 1963, sobre el proceso político mexicano); Escuela Normal Superior (1962 y 1963). A partir de 1964 se convirtió en profesor de Teoría del Estado en El Colegio de México (Colmex).

Ha dictado conferencias en diversas universidades de México, América Latina, Estados Unidos y Europa sobre historia nacional y mundial, las instituciones políticas mexicanas, Teoría del Estado y Sistemas Constitucionales Comparados.

Desde la década de 1960 se destacó el papel de PML en la política y el servicio público. De 1961 a 1964, en el gobierno de Adolfo López Mateos, fue subdirector en la oficina de Educación Superior e Investigación Científica en la Secretaría de Educación Pública (SEP); en 1965, durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz, fue agregado cultural

en la embajada de su país en Francia; de 1966 a 1970 fue secretario general del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).

En 1971-1972, al comienzo del gobierno de Luis Echeverría Álvarez (LEA), fue subsecretario en la Oficina de la Presidencia de la República, responsable del discurso ideológico, de los informes de gobierno y sobre la reforma administrativa.

En 1972 fue consultor del PRI y de su Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES), y miembro de la sección Análisis Ideológico y Político de la Revolución Mexicana.

Posteriormente LEA lo nombró secretario del Trabajo y Previsión Social (1972-1975), donde realizó una brillante labor que llevó los salarios de los trabajadores al nivel más alto de la historia.

En 1975 Muñoz Ledo fue invitado a coordinar la campaña electoral del candidato del PRI a la presidencia, José López Portillo (JLP), gestión que lo convirtió en presidente del Comité Ejecutivo Nacional del partido.

PML fue secretario de Educación Pública de 1976 a 1977 en el gabinete de JLP. Elaboró el Plan Nacional de Educación más ambicioso que hubiera podido transformar a México. Las envidias e intrigas le impidieron realizarlo.

Entre 1979 y 1985 fue embajador de México ante las Naciones Unidas, nombrado por José López Portillo y ratificado por Miguel de la Madrid. En esa posición se convirtió en presidente del Consejo de Seguridad de la ONU y del Grupo de los 77 (G-77), que condujo como contrapeso al poder de Estados Unidos. Fue coordinador de Negociaciones Económicas Globales y presidente de la Comisión Mundial de Fuentes de Energía.

En 1987 PML y Cuauhtémoc Cárdenas renunciaron al PRI por considerar que el partido había “abdicado de su tarea histórica y desistido del papel de vanguardia que le correspondía frente a la crisis”, así como porque escondía tras de sus siglas “un designio entreguista y antipopular que es indispensable combatir”.

Después de difundir su renuncia al PRI la mañana del 15 de diciembre, Porfirio partió a Los Ángeles, California, para comenzar el mismo día las entrevistas de historia oral que constituyen la materia prima de este libro.

PML presidió el Frente Democrático Nacional (FDN), coalición del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Popular Socialista (PPS), el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), más otras agrupaciones. El FDN respaldó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de la República en las elecciones de 1988, que perdieron debido a la célebre “caída del sistema” de cómputo.

En 1988 fue electo senador para el periodo 1988-1994 en representación de la Ciudad de México. Fue el primero en romper el control del partido oficial sobre el Senado desde la fundación del PRI en 1929. Su desempeño obtuvo otra plusmarca: es el senador con mayor participación parlamentaria hasta ahora en la historia de México.

Junto con Cárdenas fundó el Partido de la Revolución Democrática (PRD) el 5 de mayo de 1989, del que Muñoz Ledo fue presidente (1993-1996).

En 1996 contribuyó a obtener la autonomía total de la Comisión Federal Electoral, anteriormente presidida y controlada por el secretario de Gobernación, quien efectivamente representaba al “PRI-Gobierno”. Una reforma a la Constitución en materia electoral creó el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (Cofipe) y ordenó la creación del Instituto Federal Electoral.

Desde la elección de 1997, nueve ciudadanos independientes, aprobados por el Congreso, se encargan de todos los asuntos electorales federales. La independencia del IFE aseguró que el PRI se enfrentara a una honesta sucesión presidencial en 2000 y, de hecho, perdiera las elecciones ese año.

En 1997, como diputado de representación proporcional, formó parte de la primera mayoría de partidos de oposición en el Congreso durante el siglo, presidió la cámara y le correspondió contestar el informe de gobierno, según un protocolo que otorgaba al presidente de la República el papel de orador estelar en la ceremonia inaugural de cada periodo de sesiones del Congreso de la Unión, los días 1° de septiembre.

Muñoz Ledo presentó su proyecto de renovación nacional en octubre de 1998. Entre diciembre de ese año y marzo de 1999 fue el primer diputado de oposición en presidir la Comisión Permanente del Congreso de la Unión.

En 1999 renunció al PRD en protesta contra los métodos clientelares, la fragmentación tribal y el pragmatismo que se había implantado en el proceso del año 2000. Mientras, PML fundó el movimiento cívico Nueva República, cuyo objetivo principal fue plantear las líneas sociopolíticas para desarrollar una nueva constitución para México, proyecto relevante en la actualidad.²

En septiembre de 1999 PML aceptó ser el candidato del PARM a la presidencia de la República. En enero de 2000 Opción Nueva República comenzó a promover su candidatura. Contendió hasta el 25 de mayo de 2000, cuando renunció para apoyar a Vicente Fox Quesada, con la condición de que éste impulsara una profunda reforma del Estado mexicano. Porfirio y Fox se encontraron en persona en abril de 1999, cuando James Wilkie, presidente de Profmex,³ invitó a Porfirio a participar en la conferencia “Nuevas ideas para el desarrollo mexicano”, auspiciada por él y por Fox, gobernador del estado de Guanajuato.⁴

PML llegó a ser el primer líder importante fuera de la coalición del Partido Acción Nacional (PAN) en apoyar a Vicente Fox, y para ello firmó un acuerdo con él y otro con la Alianza por el Cambio (que incluía al PAN y al Partido Verde Ecologista de México, PVEM). Al renunciar a sus propias ambiciones presidenciales, PML pasó a formar parte de la Alianza sin afiliarse a esos partidos.

En abril de 2001 el presidente Fox nombró a Muñoz Ledo embajador de México ante la Unión Europea y la Gran Europa, Rusia inclusive, en reconocimiento a la fama que ganó en su previa estancia en Europa, posición que mantuvo hasta 2004.

A principios de 2006, Muñoz Ledo aceptó apoyar indirectamente al PRD como presidente del Consejo Consultivo de su candidato presidencial, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), jefe de gobierno

² “Nueva República”, artículo de PML en *El Universal*, 20 de agosto de 2016.

³ Profmex-Consorcio Mundial para la Investigación sobre México.

⁴ Vicente Fox (gobernador de Guanajuato de 1995 a 1999) compartió con James la presidencia de esa importante conferencia académica en el cuarto año de su mandato, poco antes de dejar el gobierno para iniciar su campaña en pos de la presidencia de México.

de la Ciudad de México durante 2000–2005, quien perdió las elecciones presidenciales el 2 de julio de 2006, bajo sospecha de fraude. Posteriormente participó como fundador del Frente Amplio Progresista (FAP),⁵ impulsado por el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia, para reunificar a la izquierda (e indirectamente al PRD, del cual se había separado) reincorporando a los grupos renuentes a seguir apoyando a ese partido por varias razones. Desde entonces ha emprendido incontables esfuerzos por coordinar a las distintas expresiones de la izquierda mexicana: partidarios, intelectuales, sociales y sindicales con el objetivo de derrotar a las tendencias oligárquicas predominantes.

Más allá de la liza política en sentido estricto, desde 2000 Porfirio ha buscado organizar a escala nacional foros a los que ha invitado a académicos, investigadores y representantes de la sociedad civil para crear la base para el desarrollo de una nueva república; en esos años ha formado 72 grupos de trabajo. En 2009 fue electo diputado federal plurinominal por el PT.

En diciembre de 2012 Miguel Ángel Mancera, jefe de gobierno de la Ciudad de México para el periodo 2012–2018, nombró a PML coordinador general de la Unidad para la Reforma Política del Distrito Federal. Luego, en 2016, fue el secretario ejecutivo de la Comisión Redactora del Proyecto de Constitución para la Ciudad de México, que será —considera PML— “la primera constitución del siglo XXI”.

Autor de muchos ensayos y análisis de opinión, en una reflexión auto-crítica que expresó al cumplir 80 años, PML afirmó: “Nuestra generación en alguna medida fracasó en sus propósitos fundamentales. Dejamos la historia a medias. El momento de la formación de la Corriente Democrática y del Frente Democrático Nacional fue una prueba de que se pueden organizar movimientos desde la sociedad. La campaña del 88 es única en la historia del país. [...] Desgraciadamente logramos lo contrario de lo que proponíamos: el fondo de nuestra lucha era evitar la instauración del sistema neoliberal y fue precisamente lo que ocurrió”.⁶

⁵ [https://es.wikipedia.org/wiki/Frente_Amplio_Progresista_\(México\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Frente_Amplio_Progresista_(México)).

⁶ “Fracasamos, no pudimos evitar el triunfo del neoliberalismo: Muñoz Ledo”,

Actualmente PML coordina el movimiento de defensa de la Constitución de la Ciudad de México frente a las controversias y acciones de inconstitucionalidad que la Presidencia de la República, la PGR y otras instancias oficiosas han interpuesto ante la Suprema Corte de Justicia, y contra el cabildeo en la Asamblea Legislativa que pretende torcer el sentido de las normas constitucionales. “La adopción de una carta de avanzada es siempre el comienzo de una nueva lucha”, sostiene. En este movimiento de defensa intervienen el gobierno de la ciudad, la Asamblea Legislativa, legisladores federales que participaron en el Congreso Constituyente y dirigentes de partidos políticos en la Ciudad de México. La Mesa Directiva de la Asamblea Constituyente, de la cual PML forma parte, nombró una comisión de abogados y delegados del grupo redactor para la defensa de la Carta Magna local. En esa lucha se encuentra actualmente.

La historia oral de PML contiene la singular exposición reflexiva de nuestro entrevistado sobre su propia vida de 1933 hasta 1988, donde los lectores obtendrán una sólida base para comprender su vida política posterior.

Para quien tenga interés en conseguir acceso inmediato a los escritos de Porfirio en internet a partir de 1987, presentamos una lista de enlaces, ordenados por fecha y título en el formato en línea, bajo el título “Porfirio Muñoz Ledo. Enlaces a algunos de sus escritos y declaraciones”, en <http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume22/12springtime2017/PML.html>. Actualizaremos esta página continuamente.

Nuestras conversaciones con PML no se hubieran publicado sin el talento editorial de Rafael Rodríguez Castañeda, nuestro editor general, a quien dedicamos este libro. Su maestría para ordenar el texto en capítulos articulados con claridad es verdaderamente ejemplar; también ha sido extraordinaria su contribución para reducir el tamaño del original mediante la eliminación de reiteraciones.

Tenemos la fortuna de que Rafael, quien estuvo a cargo de la Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana

entrevistado a la edad de 80 años por Jenaro Villamil, *Proceso*, 24 de julio de 2013: <http://www.proceso.com.mx/348261/fracasamos-no-pudimos-evitar-el-triunfo-del-neoliberalismo-munoz-ledo>.

(UAM), se pusiera en contacto con nosotros en 1994 con la intención de reeditar *México visto en el siglo XX*, nuestro primer volumen de entrevistas a líderes mexicanos, para conmemorar el XX aniversario de la UAM. Ese libro lo habían publicado en 1969 Cuadernos Americanos y el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas. Cuando se enteró de que teníamos otras 10 entrevistas inéditas, propuso la publicación de la historia oral de los 17 personajes en cuatro volúmenes, de tal manera que el material inédito se combinara con el previamente publicado. Los volúmenes quedaron organizados temáticamente así:

- Vol. I (1995). Intelectuales: Luis Chávez Orozco, Daniel Cosío Villegas, José Muñoz Cota y Jesús Silva Herzog.
- Vol. II (2001). Ideólogos: Ramón Beteta, Manuel Gómez Morín, Miguel Palomar y Vizcarra, Germán List Arzubide y Juan de Dios Bojórquez.
- Vol. III (2002). Líderes políticos: Salvador Abascal, Marte R. Gómez, Luis L. León y Jacinto B. Treviño.
- Vol. IV (2004). Candidatos y presidente: Vicente Lombardo Toledano, Juan Andreu Almazán, Ezequiel Padilla y Emilio Portes Gil.

Estos cuatro libros están disponibles de manera gratuita en el siguiente portal: http://www.elitelore.org/Oral_History_Book_Series.html (es posible encontrar referencias complementarias en el libro de James, *Elitelore Varieties: 17 Views in World Context* (2012): <http://www.elitelore.org/book3.html>).

En Rafael encontramos un parentesco espiritual. Fue la única persona en el mundo que podía comprender la plenitud de lo que nos propusimos con nuestros registros de historia oral en México. Tuvo experiencias similares a las nuestras, pues colaboró con Oscar Lewis en la edición de dos de sus libros sobre México y en investigación de campo en Cuba para obtener historias orales con personas y familias, casi todos en situación de pobreza. Las historias orales de Oscar Lewis de varios miembros de la familia Sánchez en México algo tienen en común con las historias orales que hemos registrado de la élite que constituyen los miembros de la “familia revolucionaria” en México y sus opositores.

Durante nuestras primeras entrevistas con PML en las colinas de Pacific Palisades, tuvimos la suerte de ser acompañados por los académicos Samuel Schmidt (SS), Lisa Fuentes (LF), Rosario Varo Berra y Jeffrey Bortz, a quienes expresamos nuestra gratitud.

Durante los varios años que tomó la preparación de esta obra, hemos contado con el apoyo de Alfonso J. Galindo, quien se encargó de las negociaciones necesarias que culminaron en la publicación de este libro. ¡Gracias, Alfonso!

A la Universidad de California, Los Ángeles (UCLA) y a la Universidad de Guadalajara (UdeG), expresamos profunda gratitud por su apoyo y financiamiento, que hicieron posible lanzar, grabar, transcribir y editar nuestras entrevistas con Porfirio Muñoz Ledo.

Reconocemos, igualmente, el interés de Penguin Random House de México en la publicación de esta obra.

Saludamos a todas las personas que hemos mencionado, así como a los lectores.

JWW

EMW

Mayo de 2017

MEMORIA ORAL

Nota personal

A finales de 1987 el profesor James W. Wilkie me buscó por medio de su asistente académica, Lisa Fuentes Muñoz Ledo, para proponerme elaborar una historia oral sobre mi vida pública. Me encontraba inmerso en la tarea histórica de organizar la Corriente Democrática y acepté de inmediato su invitación. Luego supe que este investigador había realizado trabajos semejantes con 17 personalidades relevantes de la vida nacional y que la academia tanto como los centros de información norteamericanos estaban interesados en conocer los orígenes e intenciones de un movimiento político que apuntaba a la transformación de México, como efectivamente ocurrió. Supe también que había llevado a cabo en su tiempo dos trabajos de gran duración con los ex presidentes José Figueres, de Costa Rica, y Víctor Paz Estenssoro, de Bolivia. Ninguno tuvo la dimensión de este esfuerzo en su versión original.

Nos reuníamos alternativamente los fines de semana en su casa de Los Ángeles, ubicada en Pacific Park, y en el hotel Sheraton María Isabel de la Ciudad de México; también en aeropuertos, restaurantes y medios de transporte. El resultado de nuestros encuentros se tradujo en un gran número de grabaciones que, transcritas al papel por Mercedes Báez, mi leal secretaria, arrojaron más de 2 500 páginas. Imposible pensar en publicarlas.

Sus anteriores trabajos sobre personajes mexicanos habían sido impresos por el impulso de don Jesús Silva Herzog en 1969 bajo el título *México visto en el siglo xx*. Dos de los entrevistados publicaron folletos con sus propias colaboraciones: Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Gracias a mi insistencia y al trabajo del riguroso

profesor Rafael Rodríguez Castañeda, editados por la Universidad Autónoma Metropolitana en 1995 vieron la luz cuatro tomos sobre actores fundamentales del país, titulados *Frente a la Revolución mexicana*.

La génesis de este libro ha sido en extremo prolongada. Se intentaron sucesivas reducciones con el apoyo de la UAM, la Universidad de Guadalajara y finalmente con esta casa editorial, con la que logramos una edición publicable y, espero, digerible.

Tuve numerosas dudas sobre la elaboración de este texto: sus inevitables subjetivismos o posibles inexactitudes en su veracidad histórica. Acepté finalmente su publicación merced a la tenacidad de mi secretario particular, Alfonso Velasco, y de mi discípula, María Xelhuantzi, que me hicieron ver la eventual relevancia de estas memorias como una contribución obligatoria de mi parte para nutrir la conciencia política nacional.

Las reflexiones que formulo quizá ayuden al armado de rompecabezas todavía inconclusos sobre lo que ha sucedido en el país a lo largo de casi un siglo. Contribuirán, tal vez, a reabrir el debate sobre acontecimientos y problemas poco explorados de la historia del México contemporáneo, en un momento en que se necesita pesar y analizar con sentido crítico nuestras obras, fracasos y debilidades, para replantear rutas y preservar un mejor camino para las nuevas generaciones. Es un testimonio de vida y de lucha que aspira a trascender la arqueología política y convertirse en un llamado a la insurgencia nacional. Intenta reflejar mi experiencia vital, los sueños de una generación y hacer un relato apasionado e insustituible sobre la vida del México actual.

En cada revisión del texto solicité que se evitara cualquier alusión ofensiva, sin alterar por ello mis opiniones sobre los actores y sus conductas públicas, que forman la trama misma de la historia. Si este propósito no se logró, ofrezco mi disculpa a quienes se consideren afectados u olvidados.

PORFIRIO MUÑOZ LEDO

Ciudad de México, marzo de 2017

El estudiante¹

Nacimiento y ascendientes. Escolaridad. Valoración de Ávila Camacho, Alemán y sus opositores. Religiosidad y agnosticismo. Vocación política y afición por la historia. Preparatoria y primer empleo. Mario de la Cueva y Jaime Torres Bodet. La revista Medio Siglo. El Grupo Bavaria. Vida estudiantil. Del Centro Histórico a CU. Generaciones destacadas. En Europa. Noción del Tercer Mundo. La cultura contextual. Impacto de las luchas históricas de México. La ciencia política. Una generación antidogmática. Visión externa del sistema mexicano.

NACIMIENTO Y ASCENDIENTES

JAMES WILKIE (JW): Quisiéramos comenzar por tu nacimiento y las circunstancias en que viviste los primeros años de tu vida. ¿Cuándo y dónde naciste?

PORFIRIO MUÑOZ LEDO (PML): Nací el 23 de julio de 1933 en la Ciudad de México, en el seno de una familia de clase media modesta. Mi madre era profesora de educación primaria, graduada en la Escuela Normal de Maestros, y mi padre, profesor de educación física; autodidacta, atleta, laico y patriota. Mi madre, a la vez tradicional y

¹ Selección de la serie de entrevistas de historia oral realizada del 17 al 20 de diciembre de 1987 en Pacific Palisades, California, entre Porfirio Muñoz Ledo, James y Edna Monzón Wilkie, asistidos por Liza Fuentes y Samuel Schmidt. La transcripción de las entrevistas fue compulsada con las grabaciones magnetofónicas y posteriormente editada.

moderna, egresó también de la Escuela de Educación Física. Hizo las dos carreras.

Mi padre nació en 1898 y mi madre en 1905. Pertenecieron a la generación que se formó durante la expansión educativa, la creación de escuelas y en el espíritu misionero del vasconcelismo, donde la clase media tuvo acceso a ámbitos educativos superiores que antes no existían. El propósito era expandir el sistema educativo. La incorporación de la mujer a la docencia fue muy importante en ese tiempo; de ahí que esa generación de muchachas, que no accedían todavía a la universidad, llenó por primera vez los espacios de la Normal de Maestros.

Mi padre procedía de una familia del Bajío que se había dispersado después del triunfo de Juárez, entrada la segunda parte del siglo XIX. Los Muñoz Ledo tuvieron una participación importante en la vida política del país durante esa centuria. El primero que aparece es Octaviano Muñoz Ledo, que como liberal moderado forma parte de un grupo de diputados que propone en 1846 promulgar una nueva constitución incluyendo los derechos humanos.

Mi núcleo familiar más cercano era más bien cerrado y no profesaba el culto por los ancestros. No había la pretensión de reivindicar títulos de ninguna especie. Nuestros ancestros llegaron a la Nueva España a finales del siglo XVII. Don Cristóbal Muñoz Ledo, según consta en los archivos de La Valenciana, se embarcó en Sanlúcar de Barrameda y arribó a estas tierras en 1693, llegando a ser diputado de la minería. Por cierto, no he encontrado en la península ibérica a una sola persona con el nombre compuesto, Muñoz-Ledo; esto hace suponer que en América unieron los apellidos como señal jerárquica y no se han separado desde entonces.

Los primeros aparecen en la escena pública durante los años posteriores al triunfo de la independencia, pero no eran sino antecedentes remotos. Los Muñoz Ledo pertenecían —como solía ocurrir en esa época— a diversas corrientes: había liberales, moderados y conservadores. Esa diversidad fue notoria durante la guerra de los Tres Años y el Imperio y más tarde, en la época de Porfirio Díaz. Don Octaviano Muñoz Ledo fue protegido de don Lucas Alamán, a quien heredó

políticamente después de su muerte en 1853. Quedó insertado en los gobiernos de Miramón y de Maximiliano. Don Octaviano había sido gobernador de Guanajuato y de Querétaro. Su sobrino, Manuel Muñoz Ledo, liberal moderado, fue dos veces gobernador del estado durante el régimen de Díaz; se le conoce por su obra modernizadora.

Los Muñoz Ledo se dispersaron más tarde, primero por razones políticas y luego por simple migración. El pueblo en que se habían concentrado, Apaseo el Grande, era muy pequeño y con fuentes de trabajo mínimas, primordialmente el cultivo del ajo y la cebolla. Se dispersaron por el estado y el centro de la República. Algunos, muy pocos, se vinieron a la Ciudad de México. La rama de la que provengo partió de Apaseo hacia fines de la década de los sesenta del siglo XIX. Mi padre siempre nos dijo que de allá veníamos, nos habló de grandes personalidades que no reivindicaba de modo directo y apenas conocía. Mi abuelo paterno, según la versión familiar, fue huérfano de madre desde la primera infancia y murió en circunstancias desafortunadas en la Revolución. Él y sus hermanos sufrieron una ruptura de la memoria familiar. No sabían exactamente cuándo mi abuelo paterno llegó a la Ciudad de México.

Étnicamente —dato importante en México— los Muñoz Ledo eran blancos y hasta pelirrojos; con el tiempo se volvieron una familia mestizada. Tengo la impresión, por tías que traté en mi infancia y por una fotografía que alguna vez vi, que mi abuela materna era netamente indígena. Eso hace que en los genes de prácticamente todas las ramas de mi familia haya una variedad racial notable e incluso una recurrencia genética hacia el tipo mexicano profundo.

En mi herencia intelectual paterna, la ideología predominante era el liberalismo social del siglo XIX, sedimentada al nivel de la clase media emergente. Mi padre, de una generación que sin ser propiamente socialista admiraba los éxitos de los regímenes colectivistas, era ferozmente nacionalista, con visos desafiantes de jacobinismo, y partidario de una nueva organización social para el país. Mi madre procedía de los Lazo de la Vega del centro de la República, posiblemente de la capital, y los Marín, rama materna de mi madre, descendían de una familia del puerto de Veracruz. Su ancestro directo fue don Tomás Marín,

famoso almirante que se vio envuelto —por razones que él consideraba patrióticas— en la guerra de los Tres Años, pero del lado conservador. Como almirante en jefe, le tocó combatir a los barcos norteamericanos que hicieron el bloqueo para la defensa de Juárez. Fue el famoso *Papachín*, su nombre coloquial. Pero tampoco ese antecedente era invocado.

Como profesor de educación física, mi padre tenía un gran sentido de disciplina y de organización. Admiraba a los países socialistas por el orden que se habían dado, pero su ideología era básicamente liberal y republicana. Cultivaba una antigua tradición nuestra: la libertad de pensamiento y el rechazo al dogma, sobre todo religioso.

EDNA MONZÓN WILKIE (EMW): ¿Cuál era la composición social de Apaseo?

PML: Muy modesta. Fue el refugio final de una clase política ilustrada, superior al medio rural en el que se confinó.

LIZA FUENTES (LF): Porque don Octaviano fue mandado fusilar por Benito Juárez.

PML: Nunca fue ejecutado. Se estableció en la hacienda del Mayorageo, supongo que fue perdonado en reconocimiento a sus méritos.

EMW: ¿Eran muy religiosos en Apaseo?

PML: No tanto. En Apaseo y en la región hay una religiosidad pueblerina, típica del centro de la República. De derecha, pero que incluye sacerdotes progresistas. Fue una población que votó durante mucho tiempo por el bando conservador, pero no del tono de la guerra cristera. Su vocación ha sido hasta ahora la charrería, los consideran como el mejor equipo de ese arte en la República. Pero ese ámbito provinciano no tiene que ver con mi formación. Lo conocí hasta la edad adulta, gracias al embajador Jesús Cabrera Muñoz Ledo.

Mi familia propiamente dicha es capitalina, de diversos rumbos de la Ciudad de México; mi abuelo materno vivía en Mixcoac desde fines del siglo XIX, donde administraba el carrusel de la plaza. Después se cambiaron al centro y vivieron casi en el Zócalo, en Pino Suárez; mi padre, que fue huérfano, vivió con unas tías en Tacuba y en Coyoacán. La capital ha sido mi ámbito desde niño.

Mis padres hablaban poco de sus antecedentes. Creían más en el futuro que en el pasado. Confiaban en el progreso social y en la evolución personal a través del esfuerzo; creían en el poder transformador de la educación.

Cuando fui joven funcionario y como secretario de Educación escribí varios textos que tienen que ver con mi formación de niño. Me forjé como funcionario de la educación pública mexicana. Pienso que mi verdadera vocación es la de educador; es más, soy un político didáctico. Es lo malo y lo bueno que tengo en esta profesión. Para mí la política es una forma de pedagogía social; la entiendo como una obra de cultura cuyo escenario es la conciencia pública.

He hablado mucho del poder transformador de la educación y de la convicción —clave de las expectativas de la clase media mexicana, acentuada en una familia de maestros— en la capacidad de ascenso y perfeccionamiento del individuo y de la sociedad a través del conocimiento, lo que también he llamado *la realización transgeneracional*; quiero decir, los padres veían hasta hace poco que los hijos podían ser mucho mejores que ellos porque el país crecía, evolucionaba, porque la educación les daría un estatus distinto.

Mi padre era un hombre sumamente exigente, drástico en sus métodos, con una enorme pasión perfeccionista; profesaba el culto de la eficiencia y tenía como filosofía lo que podríamos llamar la meritocracia, es decir, la sociedad debería estar construida por un sistema de estímulos y premiación, pero también de castigos. Los actos de la familia eran valorados con notas positivas y negativas, como si fuera una escuela. No había nada adicional a lo que tuviéramos acceso, incluso los alimentos —que durante la Segunda Guerra eran muy escasos—, sin tomar en cuenta los méritos. Llevaba una lista de faltas y de aciertos a la que estaba sujeta toda la familia, y premiaba semanalmente o sancionaba según la conducta. Esto me dio, como concepción fundamental de la administración y de la política, la idea de que toda organización o toda nación se define por su sistema de premios y castigos, sea una pequeña empresa, una familia, una secretaría de Estado o un país. Donde se premia la corrupción —digo “se premia” en el sentido de que se favorece por

cualquier medio—, o bien donde el amiguismo, el compadrazgo y el arribismo son la norma, se convierten en paradigmas que definen la naturaleza y sentido de la organización social. Cuando se premia la eficiencia, el buen comportamiento, la actitud ética, la honorabilidad, esa organización se orienta hacia el cumplimiento de valores positivos. En el trasfondo de toda cultura política hay un sistema de premios y castigos.

Después vine a encontrar estas ideas no en la sociología ni en la ciencia política, sino en las ciencias administrativas. Cuando fui responsable de la reforma administrativa del gobierno federal, descubrí que esos conceptos estaban expresados teóricamente. Ello correspondía a mi propio talante, el de ser eficiente y puntual, sumamente honorable en mi trabajo, pero también fue causa de muchos traspies: descubrí tardíamente que en la política el mérito a menudo no cuenta. Empeñarse por cumplir resulta a veces menos valorado que las complicidades. Durante mi ascenso político me dio resultados, pero al llegar a niveles más altos, aunque hice las cosas bien, factores de naturaleza distinta determinaron mi destino.

Mi padre era muy indigenista también. De joven, junto con el maestro Escobar, muy connotado en su tiempo, fundó una asociación escultista que se llamó Tribu de Exploradores Mexicanos, encabezados por un *tlatoani*. Era un indigenismo simbólico detrás del cual estaba una reivindicación de la identidad nacional. En el centro de la ideología familiar estaba el rechazo a la imitación de lo ajeno.

Mi padre era autodidacta, leía libros de historia de México, devoraba periódicos y revistas, noticias y comentarios nacionales e internacionales. De joven se convirtió en un gran deportista, se formó en la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), y ahí inició su carrera. Cuando se abrió la Escuela de Educación Física, ingresó para profesionalizar su vocación.

EMW: ¿Hasta qué grado asistió a la escuela?

PML: Hasta la Escuela de Educación Física. No llevaba una vida social amplia, se concentraba en su trabajo y en su casa. En el hogar convivíamos y leíamos. Nos inculcaron el hábito de la lectura, algo común entonces. Era una vida familiar completamente distinta a la de ahora.

EMW: ¿Cuál es el primer momento del que tienes conciencia en tu niñez?

PML: Mi primer recuerdo claro es cuando nos cambiamos a una pequeña casa en la colonia Del Valle; cerrada de Xola número 21, inmueble que mi padre compró con un préstamo de la Dirección de Pensiones —lo que ahora es el ISSSTE—, prestación para empleados públicos. La casa se vendió después de que muriera mi padre, en 1964.

Nací en esa misma colonia cuando apenas comenzaba a formarse cerca del río de la Piedad, que ahora es el viaducto Miguel Alemán. Mi acta de nacimiento señala la avenida Insurgentes 742, casi esquina con Xola, zona de clase media modesta aunque algunas gentes de mayores recursos empezaban a avecindarse ahí. A 200 metros de mi casa vivía el general Ignacio M. Beteta, jefe del estado mayor del general Lázaro Cárdenas.

Éramos cuatro: una hermana, la mayor; dos hermanos y yo, el menor. Eso concentró sobre mí el tesón pedagógico de la familia, ya que mis hermanos estaban incorporados a ese ámbito y tenía que alcanzarlos: Aprendí a leer muy pequeño por mis hermanos y por mi madre, y eso hizo que tuviera un despertar educativo muy rápido; leía, escribía y sumaba cuando entré a la primaria.

ESCOLARIDAD

PML: Estudié en el jardín de niños modelo Brígida Alfaro de la colonia Del Valle, que era, digamos, de clase media hacia abajo, donde fui compañero de Cuauhtémoc Cárdenas —siendo su padre presidente de la República—, para que se vea el sentido igualitario que había de la educación. De ahí pasé a una escuela primaria llamada Rosa Luxemburgo, cuyo nombre cambió, después de la reorientación ideológica de los cuarenta, por el de María Enriqueta. Era como un pequeño pueblo, tanto el jardín de niños como la primaria estaban como a cinco o seis calles de mi casa. Era una escuela donde mi madre era la profesora de sexto año; si no la mejor, una de las más respetadas y queridas, por ser

muy estudiosa y por su excelente carácter. Había un continuo: la escuela era una prolongación de la casa y mi casa era una continuación de la escuela. Mi madre era maestra en la escuela y maestra en la casa. Esto fue muy importante en nuestra infancia.

EMW: Y a todo esto, ¿dónde estaba Cuauhtémoc Cárdenas?

PML: No lo volví a ver en muchos años. Estábamos en la misma escuela, pero él iba un año después que yo porque es un año más joven. Lo recuerdo muy bien porque su padre era el presidente y porque su madre lo llevaba todos los días a la escuela en un automóvil negro. Por lo demás, no había una gran diferencia entre él y los otros niños.

JW: Tenemos que hablar un poco de la familia. ¿Cómo se conocieron tus padres, por ejemplo? ¿Qué quiere decir “clase media modesta”?

PML: Hay varias maneras de medirlo. El ingreso era muy precario. Mis padres se conocieron por 1926 en la Escuela de Educación Física; mi padre era compañero de la hermana mayor de mi madre, también profesora de educación física. Mi padre tenía entonces cerca de 28 años y se casó a los 30. En 1929 se casaron.

Clase media modesta desde el punto de vista del ingreso. Mi madre trabajaba, aunque por razones de maternidad al principio no lo hacía. Había dos salarios. Mi padre tenía una plaza como profesor de educación física y llegó a ser joven funcionario en la administración por ser muy destacado, jefe de una oficina técnica que se creó en la Dirección de Educación Física. Incluso se preciaba de haber escrito el primer manual de culto a la bandera cuando era joven, y la primera colección oficial de reglamentos deportivos. Era un gran promotor del uso de los símbolos patrios; nos llevaba a sus hijos, uniformados, los 13 de septiembre a rendir homenaje a los Niños Héroes.

LF: Hace un rato hablaba de un familiar que en 1846 fue constituyente.

PML: Pero yo no los consideraba propiamente mis parientes. Esto ni siquiera estoy cierto de que mi padre lo supiera; al estudiar historia de México descubrí a los Muñoz Ledo. En mi familia no había ningún culto a los antecesores.

A mi padre no le gustaba como educación que nos basáramos en el dinero ni en los ancestros, sino en el mérito. En mi familia el individuo debe hacerse solo: no el *self-made man* en el sentido americano, sino el ascenso social de la clase media como tal, típico de ciertas sociedades latinoamericanas. Nunca nos alentaron a la acumulación de riqueza; jamás el dinero fue un valor en mi familia. Tuvieron también una muy fuerte influencia ideológica del cardenismo, un profundo sentido social. Ésa es la cultura de lo que llamo la clase media modesta mexicana, con recursos materiales apenas suficientes para sobrevivir decorosamente.

Un dato que me gustaría aportar a la definición cultural de lo que es clase media modesta: en las familias Muñoz Ledo y Lazo de la Vega, de mi generación y de la de mis hijos y sobrinos, no hay nadie que tenga fortuna material. Por haber sido durante años alto funcionario, tengo un estatus superior, y tal vez dos o tres primos, que han sido excelentes profesionistas, pero no se puede decir que haya ricos. No por ineficiencia, sino como consecuencia de valores familiares, que no rindieron culto al dinero sino al mérito y al servicio. Fuimos educados para servir y —subrayo— para ser muy honorables, ¡muy honorables!

En la profesión ocurrió una sensible baja de ingresos. Como a otras familias mexicanas en la época de la guerra, en la mía se manifestó cuando la educación física se vuelve educación física y paramilitar: los militares desplazaron a los profesores y mi padre pasó épocas económicas muy difíciles, impartiendo clases de gimnasia en escuelas particulares.

Mi madre tuvo que trabajar; cuando yo tenía dos o tres años volvió a la docencia porque era necesario para la casa. Empezó a trabajar hacia 1936. Su primer empleo fue en el Centro Escolar Revolución, la escuela modelo del cardenismo. Entonces había dos salarios.

JW: ¿Pero hubo una nueva oportunidad para la clase media modesta, a la que había afectado la Revolución?

PML: ¡Ah! Naturalmente que la hubo para los descendientes de una clase media que pauperizó la Revolución, no sólo por la violencia y los desplazamientos sino porque hubo un descenso social como resultado de la desarticulación económica y la tremenda escasez de empleos.

JW: Con el descenso de la economía hubo una contracción.

PML: Creo que es un cambio ético. Esas familias descendieron con la Revolución pero luego emprendieron otro ascenso, desvinculado del pasado: el ascenso por el mérito. Esa mutación comienza a ocurrir a principios de los años veinte, particularmente con el vasconcelismo, entendido no sólo como movimiento educativo o como causa política sino como apertura de horizontes para la clase media, como esperanza de superación por la cultura, el trabajo y la educación. Un concepto mucho más democrático que el del antiguo régimen.

LF: Me impacta que hables de una gran apertura social en México en una época que a mí no me parece que fuera tan generalizada en otros sectores. Entonces, perteneciste a un sector de la clase media beneficiado por todas las oportunidades.

PML: Pero no tanto económicamente.

LF: No económicamente, pero a la educación tú le das muchísimo valor.

PML: Se le daba, porque lo tenía.

LF: Y sigues subrayando el aspecto *mérito*.

PML: Como un *pathos*. No afirmo que sea siempre una realidad; digo que es un paradigma, una creencia, una ideología.

LF: Pero una ideología que de algún modo ensarta muy bien con tu experiencia familiar.

PML: Sí, es la ideología de mi familia y creo que de muchas familias de ese tiempo. Como la entiendo, era la ideología de la clase media de entonces, que después se extendió a las clases populares. Entre mis compañeros, algunos eran hijos de familias un poco más acomodadas, o de comerciantes; otros eran hijos de intelectuales, de periodistas o de burócratas. Creo que en toda mi generación —una amplia gama de clases medias—, ésa fue la ideología predominante.

JW: ¿Cómo pudiste estar, por ejemplo, en el mismo jardín de niños con Cuauhtémoc Cárdenas, el hijo del presidente?

PML: Y en la misma escuela preparatoria que Miguel Alemán Velasco, también cuando su padre era presidente. Porque eran escuelas muy abiertas, estaban situadas en el centro del espectro social urbano de entonces y no había grandes diferencias de clase, o cuando menos no

eran perceptibles. Pocos años después la situación cambió: la urbanización fue en gran parte una ruralización de las ciudades, un crecimiento fenomenal del proletariado urbano apenas desarraigado del campo. Eso apuntó desde entonces una tendencia inversa a los objetivos de la Revolución mexicana: ahondar gradualmente las desigualdades y aumentar las distancias en la distribución del ingreso. En mi época vivimos una sociedad urbana más homogénea, pero también mucho más diferenciada y distante del mundo rural.

JW: Eras muy joven cuando ocurrió la nacionalización del petróleo.

PML: No había cumplido cinco años, por lo tanto guardo una imagen personal muy remota de la nacionalización del petróleo; más bien era tema de conversación familiar. Mi padre era muy partidario del régimen del general Cárdenas. Admiraba, además, a Vicente Lombardo Toledano, pero no diría que por marxista sino por ser un hombre brillante y de ideas avanzadas al que consideraba honesto y patriota. Lo había tratado y de alguna manera colaboró con él en la organización de eventos de masas y desfiles deportivos. A mi padre, del socialismo lo que más le gustaba era la organización.

En la filosofía de las clases medias latinoamericanas y europeas hacia 1938 no había gran distinción entre el socialismo y el nacionalsocialismo; hay semejanzas en autores como Romain Rolland y hasta en Mariátegui. En aquellos años había, desde luego, un acentuado gusto por lo social y cierta desconfianza hacia lo burgués.

Los nuevos regímenes sociales tenían gran encanto para la gente antes de que se revelara lo que era verdaderamente el nazismo. Se ve en México, en la literatura en la época de Calles, los grandes elogios que le hacían al caudillo escritores como José Juan Tablada; los lambiscones de aquel entonces, disfrazados de teóricos, se referían a Stalin, Mussolini y Calles como “los grandes líderes del mundo moderno”, analogía que explica, entre otras cosas, el maximato.

Esta simpatía se daba no sólo en mi familia, sino en un amplio medio social. En los treinta había gran admiración por los regímenes de orientación socialista, que se pensaba estaban construyendo “patrias nuevas”: sistemas fundados en la organización de la sociedad, la búsqueda de la

justicia, la movilización de masas y exaltados ideales nacionalistas. Era el ambiente del Frente Popular en Francia y de la República española. Había un aprecio muy grande por distintas vertientes de viraje político, lo nuevo en el mundo. Después descalificaron al fascismo y el nazismo por sus aberrantes excesos y porque entraron en pugna tanto con las democracias occidentales como con los regímenes comunistas.

En cuanto al ambiente cultural, con la guerra viene una literatura y una práctica política en torno a la complementación de los aliados...

JW: ¿Tu familia estuvo al lado de Múgica o de Ávila Camacho?

PML: Mi padre admiraba a Múgica y entiendo que fue su partidario.

JW: En 1940.

PML: Tengo la impresión de que mi padre, siendo funcionario público y considerándose revolucionario, casi siempre se inclinó por la oposición, interna o externa, al régimen, por independencia personal y empatía con los candidatos; más tarde se orientó por las posiciones de Lombardo. Le agradaban los análisis rigurosos de la realidad nacional más que la filosofía proletaria. Creo que mi padre, como un gran sector de la clase media, votó en 1940 por Almazán, pero no por motivos reaccionarios; hubo una gran porción de partidarios de Múgica que, por desencanto, se fueron con Almazán. Hay un mugiquismo que se convierte en almazanismo. Estoy convencido de que mucha gente que se sintió defraudada por la candidatura de Ávila Camacho abrazó la causa de Almazán.

JW: ¿Pero si no podían votar por Múgica iban a votar entonces por la oposición?

PML: Creo que hubo gente adicta al régimen que votó por el almazanismo. Todos los movimientos de oposición en México han sido complejos, son fruto de desprendimientos y yuxtaposiciones; no se puede simplificar ninguno de ellos. Sobre esto empieza a haber cierta literatura documentada. Cuando impartía cursos sobre el sistema político mexicano no la había, pero algunos de mis mejores estudiantes hacían monografías sobre los movimientos de oposición: delahuertismo, escobarismo, vasconcelismo, almazanismo, padillismo y henriquismo, fenómenos compuestos de elementos diversos y que suman fuerzas disímiles. En el vasconcelismo es muy claro: se juntan varias capas de la Revolución.

Vasconcelos fue maderista, convencionista y delahuertista. En su espléndido libro *Las palabras perdidas*, Mauricio Magdaleno describe cómo vieron los jóvenes el vasconcelismo. Habían sido la parte más visible y generosa del movimiento, pero detrás había otras formaciones e intereses políticos que ellos apenas vieron. Esas corrientes no eran necesariamente malas; Vasconcelos también reunió disidentes y ambiciones frustradas de varios momentos anteriores.

JW: Sí, como Almazán. Él había luchado en todos lados durante la Revolución; con Zapata, para comenzar.

PML: Exacto. Para no entrar a la estructura del delahuertismo ni a la del padillismo, que tampoco puede simplificarse en el bando de los pro yanquis ya que significa muchas otras cosas, provenientes primordialmente del callismo. Siempre las oposiciones captan un conjunto de disidencias. En Vasconcelos es más transparente porque se trata de capas geológicas de la Revolución a las que había pertenecido. Vasconcelos no termina su periodo como secretario de Educación del gobierno de Obregón, renuncia en el turbulento universo político de 1923 y después también encarna ese desprendimiento.

Todos los movimientos de oposición son reagrupamientos de personalidades que los caminos de la Revolución extraviaron. Hay un libro de Bernardino Mena Brito sobre Almazán, *El PRUN y el desastre final*, si no mal recuerdo, y algún otro por ahí, más reciente, sobre ese movimiento. Estoy lejos de la bibliografía hace casi 10 años, Nueva York y todo esto me apartaron de la clase. Hay ahora estudios mucho más rigurosos, de universidades mexicanas y extranjeras, pero no cabe duda de que fueron movimientos heterogéneos y hasta contradictorios. Me afirmo, por ejemplo, en la hipótesis de que hubo un sector progresista importante en el almazanismo, no veamos sólo la alianza con Amaro.

JW: Almazán se sentía constructor de la nación, físicamente, y además...

PML: Y hasta con cierta germanofilia nacionalista, aunque quizá menos que la de Carranza. Recordemos el acercamiento a los alemanes en aquella época, por antiimperialismo, digamos; hay germanofilia en México en 1917, pero también en 1940. Las dos obedecen a una

fórmula muy simple: todo menos los yanquis. Entonces, para ciertos sectores de la opinión pública, las veleidades germanófilas de Almazán pudieron tener un sentido patriótico.

De ahí la importancia de Lombardo al comienzo de la guerra. Es el hombre del Frente Popular, quien más contribuye a otorgarle sentido ideológico —desde la perspectiva progresista y aun marxista— a la alianza con Estados Unidos. Son muy interesantes los discursos de Lombardo en esa época y aun la folletinería, de la que mi padre guardaba un panfleto, donde se encomiaba esa alianza transfronteriza.

Lombardo tuvo, junto con otros, una responsabilidad ideológica: convencer a la izquierda mexicana de que lo progresista era la alianza con Estados Unidos, con lo que de paso le hacía un favor a la Unión Soviética. La cuestión era explicar a la gente que nuestros enemigos no eran los alemanes sino el nazi-fascismo y fomentar una corriente de simpatía hacia los aliados. Del otro lado estaba la quinta columna, el franquismo y la ultraderecha de siempre.

No es solamente el pensamiento de izquierda. Surge también una corriente democrático-occidental encarnada por Jaime Torres Bodet, que fue promotor particularmente ilustrado de la ideología avilacamachista. Se exalta además un nacionalismo elemental, expresado en imágenes de calendario y en melosas canciones, a partir del hundimiento del *Potrero del Llano* y la expedición del Escuadrón 201.

Eso no obsta para que años antes hubiera un sector progresista que votó a favor de Almazán por razones nacionalistas, porque en Ávila Camacho no veían al sucesor de Cárdenas; al cardenismo lo veían encarnado en Múgica, y votaron por despecho de que no fue candidato. De esto sólo tenía entonces vagas impresiones, la conciencia de los hechos ha sido *a posteriori*.

JW: Bueno, Edna empezó a preguntar acerca de tus primeros recuerdos.

PML: Mis primeros recuerdos son todos escolares y familiares. La primera casa propiedad de mis padres fue un acontecimiento importante. En el jardín de niños yo era sobreprotegido, las maestras me querían y consentían mucho; eran amigas de mi mamá, y por la educación

precoz que tuve creo que era buen alumno. Gané en primer año de primaria un curso de lectura de rapidez, no solamente leía bien sino que lo hacía a gran velocidad.

Yo era tartamudo de niño y la lectura era la práctica a la que me sometían para vencer esa discapacidad. Alguna vez pensó mi padre —pero no lo consumó— ponerme piedras en la boca como a Demóstenes. Mi madre me corrigió la tartamudez con las lecturas en voz alta y de rapidez. La tartamudez no desaparece del todo; un remanente me duró hasta la adolescencia, cuando a veces se pega una consonante al iniciar una palabra y queda uno bloqueado. Acabé vencéndola. De la lectura en voz alta pasé a la modulación, de ahí a la declamación y a la oratoria de una manera natural. La lectura de rapidez, que era mi especialidad, me había dado el aplomo y la confianza en público indispensables para esos menesteres.

A mi papá le gustaban el teatro y la danza. En casa hacíamos mucha tertulia familiar y actividades culturales, había un pequeño arco en el comedor que volvíamos escenario para representaciones de niños. En la noche, después de merendar leíamos colectivamente; mi padre, con voz un tanto teatral. Eran libros de aventuras, textos didácticos de principios de siglo, biografías de hombres ilustres y a veces cuentos de terror para templar el carácter. Mi madre organizaba los festivales de fin de año de la escuela con bailables y representaciones teatrales; eso era también parte de nuestra vida. Insisto en que había una conexión geográfica y cultural entre mi casa y la escuela.

La declamación no la practiqué en la escuela sino en familia; simplemente era un gozo, un poco de actuación, pero no por un tiempo prolongado porque esa atmósfera se disolvió poco después de que cumplí 10 años. Pasé entonces de la escuela pública a la privada. Ese cambio se debió a dos razones, la primera tiene que ver con la historia: la escuela Rosa Luxemburgo era mixta, como lo fueron todas hasta la época del general Cárdenas, niños y niñas juntos; pero en el periodo del general Ávila Camacho se emprendieron reformas educativas para destinar la escuela de socialismo y apaciguar a los conservadores. Entre ellas, por desgracia, el fin de la coeducación.

En 1940 entré a la primaria y dos años después, con las reformas que introdujo el secretario Octavio Véjar Vázquez, se separan niños y niñas y pasamos de una escuela pública a otra, que se llamaba José Martí. Mi madre se quedó en la escuela de niñas. Sin embargo, no era bueno el juicio profesional que mis padres se hacían de los niveles educativos del nuevo plantel y desde que cambiamos de escuela mis dos hermanos y yo, hubo la idea de que los estudios eran menos buenos, sobre todo a partir del tercer grado.

En ese tiempo empezaron a surgir más escuelas privadas, cambio que a la larga sería trascendental. Las dos escuelas públicas a las que asistí estaban a tres calles una de la otra y los maestros se conocían entre sí, pero en la Rosa Luxemburgo tenían la impresión de que en la José Martí eran menos competentes. Hubo la impresión de un descenso educativo y buscaron una forma de mejoría.

El ministro de la reconciliación educativa empezó a visitar los planteles privados, incluso aquellos que eran manejados por religiosos. Se creó entonces una escuela muy grande, el Instituto México, de hermanos maristas; un establecimiento de otras dimensiones, con muchos salones, amplios patios, auditorio y capilla, campo de fútbol y canchas de basquet. Las escuelas públicas en que había estudiado estaban instaladas en casas habitación, donde se usaban las tres o cuatro recámaras, la sala, el comedor y hasta el *lobby* como salones de clase. Sólo había un grupo por grado: escuelas pequeñitas con un patio reducido. Animado por ese recuerdo, abrigué durante muchos años la obsesión de ampliar radicalmente los espacios de la escuela pública, como propuse en el Plan Nacional de Educación de 1977.

El Instituto México era en cambio una escuela moderna y sumamente espaciosa, construida ex profeso, que albergaba la primaria y la secundaria. El aspecto deportivo era muy importante para mi padre y ese aspecto del plantel lo impresionó; además, como profesor y antiguo funcionario de la secretaría tenía facilidades para conseguirme una beca. Las escuelas privadas otorgaban gratuitamente un porcentaje de sus matrículas a la autoridad pública que les concedía el reconocimiento de validez oficial, y ésta designaba libremente a los beneficiarios: tenía

excelentes calificaciones y mi padre obtuvo, primero para mí y luego para mi hermano Arturo, que también las tenía, las becas correspondientes. ¿Por qué lo hizo, siendo mi padre laico y la escuela de origen religioso? Creo que valoró varios factores: sintió que el cambio era una superación y que nos lanzaba, digamos, a lidiar en un espacio más competitivo y con niños de otras clases sociales, que se empezaban a notar. Nos inscribió en el Instituto México con el espíritu de enfrentar un reto y nos inculcó la idea de que nuestra condición económica era más modesta que la de nuestros compañeros, una vivencia nueva. Así tuve la impresión, sin serlo propiamente, de niño pobre, de que pertenecía a una clase social distinta y menos acomodada que los niños de la escuela privada. Y que eso me obligaba a un esfuerzo adicional.

Al principio de mi estancia en la educación privada tuve considerable inadaptación, fui muy rijoso; eso me obligó a aprender rudimentos de defensa propia y más tarde boxeo. No tuve las mejores calificaciones, con la consiguiente reacción de mi padre. No fue un tránsito fácil para mí. La práctica de los deportes tampoco era una solución compensatoria. Aunque por la profesión de mi papá me ejercité en casi todos, no destacué en ninguno y la mayor parte del tiempo lo dediqué a la natación, que no era actividad escolar. La afición a los deportes me ha acompañado toda la vida, más como satisfacción vital que como habilidad consumada.

Fue muy importante mi profesor de quinto y sexto año de primaria, el maestro Camacho, un hombre con enorme pasión por la gramática porque había sido seminarista y sabía latín. Entonces me dediqué con intensidad a la gramática y tuve un buen conocimiento de la lengua, lo que después me facilitó el aprendizaje de otros idiomas: aprendí latín con cierta facilidad. Mis fuertes eran la ortografía, el análisis sintáctico y la declinación; al terminar la primaria, se convirtieron en mi principal orgullo escolar. A mi nivel generacional me consideraba imbatible.

Me aficioné a la lectura y a la literatura. De ahí surgió en parte mi vocación por el teatro. La primera vez que hablé en público fue porque leía bien y con cierta presencia. Entonces llegó al país alguna autoridad educativa de los maristas y me designaron para recibirla: escribí

dos cuartillitas bajo la supervisión del maestro y hablé frente a toda la escuela, estaba yo en primero de secundaria. Como una vertiente literaria de la enseñanza de la gramática, me animé a participar en concursos de oratoria y declamación.

JW: Te diste cuenta de que tenías una posición especial dentro de la escuela.

PML: Así es. Bueno, la posición fue por mérito. Cuando cursaba el segundo año de secundaria se organizó el primer concurso de oratoria en que participé: obtuve el cuarto lugar. Los discursos eran en general muy católicos, y se hablaba de Cristóbal Colón y de las cruzadas; en cambio mi discurso, como mi padre me lo sugirió, fue muy social. Se llamó "El problema de las subsistencias", fíjense qué título tan disonante con ese medio escolar, lejano de la pobreza que se produjo en México por efecto de la guerra. Había estrechez. La mayor parte de los productos agrícolas se vendían a Estados Unidos por falta de mano de obra en ese país, y en México había una gran escasez de azúcar, de pan, de leche. Había días que desayunábamos con café. Quizá esto estuvo mezclado con un descenso social de mi familia.

Antes se iba en la mañana y en la tarde a la escuela; entonces hicieron horarios corridos, para ahorrar en gastos de transporte. Nos mandaban con un refrigerio en la mañana; en mi caso, un pan con nata o mermelada.

LF: Viniendo de una familia de maestros, ¿qué importancia tuvo la educación socialista como ambiente de la casa?

PML: La educación socialista fue antes, cuando yo estaba en el jardín de niños. Mi madre había estado dos o tres años en el Centro Escolar Revolución, en la mera época, y cantaba *La Internacional*, pero el ambiente de la Rosa Luxemburgo, a pesar del nombre, era nacionalista.

JW: Como nos dijo Luis Chávez Orozco, entre los profesores no había conciencia acerca de lo que era el verdadero socialismo. Pero ¿ustedes salieron de la educación socialista?

PML: No, cuando yo estaba en segundo de primaria comenzaron a implantarse nuevas tendencias en la educación, en sustitución de las que no arraigaron. Como secretario de Educación reflexioné sobre los

programas de estudio que nunca aterrizan en las aulas. Además, todo este ámbito del socialismo cambia sensiblemente por la guerra; entramos en alianza con Estados Unidos.

JW: ¿Pero en primaria? ¿No tuvo impacto el socialismo en la época de Cárdenas?

PML: Comencé primero y segundo de primaria todavía con ciertas imágenes muy nacionalistas. En la escuela había, por ejemplo, un retrato grande, pintado al óleo, de Francisco Sarabia, el piloto mexicano que se estrelló en el Potomac viajando a Washington; un poco del heroísmo mexicano de aquel entonces.

El cambio ideológico fue muy rápido en México. Hubo una influencia importante en el ambiente social por el hecho de que hubiéramos entrado en la guerra y poco después por la expansión de la radio y la llegada del consumismo norteamericano. La doctrina de la *unidad nacional* de Ávila Camacho se apoyó en esos fenómenos. Me he metido mucho con el avilacamachismo porque años después me formé con don Jaime Torres Bodet, destacado ideólogo de ese periodo.

EMW: La depresión, ¿no los afectó como familia?

PML: Sí, claro, pero en México eso ocurrió durante la guerra. Mi familia vivió con mucha estrechez en los primeros años cuarenta. Y mi padre, partidario además de la austeridad, de la sobriedad y del trabajo, la subrayaba como elemento educativo. Nos decía: “Estamos mal, pero ¿cómo estarán los niños de los países en guerra?, ¿cómo estarán sufriendo los niños en Europa?”, o donde estaban los bombardeos. La frugalidad era empleada también como un instrumento educativo; la privación, el no tener acceso a la abundancia. Y además acentuaba la relevancia del mérito, la necesidad de hacer un esfuerzo mayor para obtener algo. Mi familia, por decirlo de alguna manera, funcionaba como un sistema educativo que me ha acompañado toda la vida.

EMW: ¿Hubo algún libro en tu niñez que te haya impresionado de manera sobresaliente?

PML: Depende de qué entendemos por impresionar.

LF: Que haya influido en tu futuro.

PML: Bueno, ¿libros de aventuras o literatura escolar?

LF: De lo que sea.

PML: Creo que nos movían mucho los libros de aventuras, el sentimiento heroico de la vida. Personajes de Verne, de Salgari y los de un autor poco conocido pero que nos fascinaba, Karl May,² que igual tenía obras sobre el *Far West* que sobre el mundo árabe, y obviamente Kipling y su *Libro de las tierras vírgenes*. Mi madre prefería la literatura propiamente infantil: los cuentos de Andersen y de Perrault, las fábulas de Esopo y La Fontaine, también las hazañas civilizatorias. Sus obras predilectas eran *Momentos estelares de la humanidad*, de Stefan Zweig, y la biografía de los Curie.

Había muchas traducciones al castellano, era una educación muy latinoamericana. Los libros de aventuras llevaban primordialmente el sello de la editorial Tor de Chile, y los pedagógicos venían sobre todo de Argentina. Leíamos el *Billiken*, que era una extraordinaria revista para niños. Había libros argentinos y libros chilenos; la industria editorial mexicana no se había desarrollado. A través de la literatura infantil vivíamos una especie de comunidad cultural con América Latina, como una ciudadanía en ciernes. Pero los libros que más me impresionaron fueron los de historia de México; los que contenían información intelectual a esa edad, en la secundaria, eran los que me ubicaban en el mundo. Ése ha sido mi lado flaco toda la vida. Porque mi madre, siendo profesora de todas las asignaturas —no había especialización por materias en primaria— tenía predilección por la historia y la geografía, y eso era muy estimulante. Los profesores no tenían la pedagogía rígida que yo combatí porque ha terminado con la creatividad del maestro. No seguían cartabones predeterminados. Antes se alentaba más la imaginación del maestro, su interés por las materias que le gustaban. Claro: eso también se presta a que los maestros mediocres no cumplan ningún objetivo.

Mi madre tenía fama de ser una excelente profesora de historia y de geografía, pero su debilidad era la historia universal. Sabía mucho de los griegos, los romanos y los egipcios; de la historia de Europa, de la de

² Karl Friedrich May (1842-1912).

Latinoamérica. Como maestra de sexto de primaria, le ponía mucho acento a la historia universal.

EMW: Lo mismo se hacía con la geografía, ¿verdad?

PML: Exacto, y mi madre era también una gran conocedora de la geografía universal; sabía todas las cordilleras y los ríos, los Éufrates y los Tigris, los Nilos y los Amazonas, las alturas de todos los continentes y las sabanas, estepas y desiertos de África y Asia. Era el mundo profesional de mi madre y alguna vez incursionó en un concurso radiofónico: llegó a finales precisamente sobre geografía. Era muy buena para la gramática también, pero su gusto era la historia universal, y el de mi padre y el mío, la historia de México.

EMW: ¿Eras muy allegado a tu madre?

PML: A los dos, sí, mucho, aunque de distintas maneras.

LF: ¿Cuál de los dos tuvo más influencia en tu formación?

PML: Había un equilibrio. En cuanto a la formación moral y educativa, eran los dos; en cuanto al peso de la personalidad, pues él. Claro: la influencia de mi padre en el hogar —como solía ocurrir en ese tipo de cultura antes de la liberación femenina— era sumamente fuerte.

JW: Bueno, el concepto de ser macho, el machismo en la familia, ¿no?

PML: No. Siempre he pensado que el tipo de familia a la que pertenecí desarrollaba lo que llaman los psicoanalistas “personalidad superegíca”, con paradigmas muy marcados y referentes valorativos, pero no propiamente machismo, si por machismo entendemos su parte negra: borracho, parrandero, jugador... y mujeriego. Eso es lo contrario de mi padre; él era puritano en la educación, hasta cuando uno decía una mala palabra.

JW: Como buen deportista...

PML: Exactamente. No digo que fuera perfecto, pero para efectos de la casa sí: no bebía; fumaba, eso sí, y estaba en su casa siempre. La vida era ordenada y limpia; todos contribuíamos, como en una colmena, a los quehaceres del hogar. ¡Ah!, y casi todos los fines de semana salíamos de excursión, mi padre era un gran excursionista y también montañista. Íbamos hasta Tlamacas, al pie de los volcanes, y zonas aledañas alrededor de la capital; hacíamos campamentos. El escultismo implicaba una

relación de cercanía con la naturaleza y una actitud de bastarnos a nosotros mismos.

EMW: ¿No te hicieron darte baños de agua fría, de chico?

PML: Algunas cosas de éstas, como entrar a un cuarto oscuro aunque uno tuviera miedo, sí; o lanzarse desde un trampolín a edad muy tierna. Pruebas de carácter, constantemente.

LF: Tú viviste en esta clase media en ascenso que ve a través de la educación la apertura de puertas, pero mientras no confrontaste otros estratos sociales mexicanos no lo supiste. En el Instituto México es cuando te das cuenta de que evidentemente hay mexicanos que siempre tuvieron dinero o posiciones, no por el mérito sino por su nacimiento. ¿Cómo fue?

PML: No tuve fricción, simplemente mis amigos fueron perteneciendo a clases sociales más acomodadas. La diferencia tampoco era tan grande. La sociedad de clase media seguía siendo relativamente homogénea, aunque menos que en la escuela pública, pero no percibíamos distancias excesivas. Claro: empecé a visitar amigos que tenían casas más grandes, que vivían con cierta abundancia. Me impresionaban las despensas y los grandes jarrones pero no se notaba marcadamente la diferencia, ni cultural ni étnica.

LF: La diferenciación social en México, ¿hasta cuándo la notaste?

PML: Mi primera impresión de que las clases sociales existen la tuve cuando pasé a la escuela José Martí, donde había más diferencias que en la Rosa Luxemburgo. Siendo escuelas públicas las dos, aquella era más modesta. En la José Martí eran de origen un poco más pobre los niños, había hijos de sirvientas y de vendedoras del mercado. Recuerdo una anécdota: estaban jugando fútbol en el patio con una pelota pequeña de trapo. Yo no tenía ganas de jugar; me invitaron y por dar un pretexto dije: “Ésa no es una pelota de fútbol”. Efectivamente, en mi casa sí había pelotas de diversos tipos, no porque fuéramos ricos, sino porque mi padre disponía de un *stock* de útiles deportivos. Es lo que quise decirle a ese niño, pero no por desprecio, sino como pretexto para no acompañarlos en un ejercicio que no me interesaba. Me respondió airadamente: “Pues no juegues, ya estará por los que tienen dinero.

Nosotros no tenemos para comprar pelotas". Su desplante me impactó, sentí que había ofendido a alguien sin intención y que me estaba marcando, con dignidad, un origen social distinto. Era hijo de una doméstica. No lo había percibido antes, yo lo trataba como igual, pero él me marcó la diferencia.

JW: En los cuarenta, cuando estudiabas en el CUM,³ ¿no tenías interés en la política?

PML: Directo no, pero sí la conciencia de tener algo que hacer en la historia del país.

JW: Hay un artículo en *Proceso* que dice que el CUM era el trampolín...

PML: No es así. Entonces, todas las escuelas de la clase media eran trampolín, y la Facultad de Derecho lo era mucho más. En el sentido del ascenso social el CUM, más que una excepción entre las preparatorias, era un arquetipo.

JW: ¿Y la educación religiosa?

PML: Ya en la preparatoria era muy leve. Francamente, en el CUM no era importante.

JW: No tuvo importancia.

PML: No creo que la haya tenido. Yo tuve una vida religiosa muy personal, y nunca me sentí atado a un mundo cerrado de creencias. No recuerdo ni siquiera que hubiera propiamente clases de moral. Les llamaban clases de moral a las de doctrina en la secundaria, pero no recuerdo que hubiera en el CUM lecciones de religión.

VALORACIÓN DE ÁVILA CAMACHO, ALEMÁN Y SUS OPOSITORES

JW: En la época de Ávila Camacho, ¿qué pensaste de él? ¿Era popular, impopular, o no tuvo importancia para ustedes?

PML: No era popular. Tampoco era odiado; tenía en las clases medias una fama de presidente blando, más bien mediocre. Se hablaba en cambio mucho de su hermano Maximino.

³ Centro Universitario México.

JW: ¿Como inteligente?

PML: Sobre todo como prepotente. Es el mundo que recuerda Ángeles Mastretta en *Arráncame la vida*, en el que se impuso un caciquismo sin límites y con pocos escrúpulos, con la tolerancia del presidente. Era además una época en que los problemas eran tan grandes por la guerra —y las personalidades internacionales también— que nuestro mandatario tenía una imagen deslavada, débil. Había un contraste con la enorme personalidad de Cárdenas. Yo aprecié el avilacamachismo mucho después y lo estudié, e incluso orienté un par de tesis sobre la economía y la política en ese periodo que luego se convirtieron en libros de El Colegio de México. Tengo un discurso pronunciado ante la tumba de Ávila Camacho en La Herradura, en 1967. Jaime Torres Bodet me ayudó mucho a conocer al personaje, porque no había una buena biografía sobre él.

Diría que don Jaime fue el ideólogo del avilacamachismo en el nivel más alto, redactor de la reforma aún vigente del artículo 3º constitucional, por la que se superó el concepto de educación socialista y se fijaron, con gran armonía y elegante prosa, los objetivos de la nación y el sentido de nuestra democracia. Algunos de los mejores discursos de Ávila Camacho se deben a la pluma de don Jaime; recuerdo el “discurso de la victoria” al término de la guerra.

La filosofía del Estado de bienestar viene de Ávila Camacho. La revalorización de la educación y del deber ciudadano en la enseñanza, la implantación de los seguros sociales, la creación de la Secretaría del Trabajo. Ávila Camacho fue un hombre de sabiduría política natural. Hizo el gabinete más brillante que ha tenido el México contemporáneo: invitó a gentes de todos los horizontes políticos, como el doctor Gustavo Baz, que era rector de la Universidad; Javier Rojo Gómez, que era líder agrario y gobernador; Ezequiel Padilla, brillante abogado y orador; el propio Jaime Torres Bodet, como tantos personajes que reunió a su lado. El doctor Ignacio Morones Prieto, con quien trabajé también, empezó su carrera pública en ese tiempo. Gobernante moderado, es cierto, supo sobrellevar con éxito la época de la guerra y, por la sucesión de las generaciones, a mí me tocó formarme con personalidades que surgieron en esa época.

Luego animé a gentes a escribir. Hay un libro que se llama *No dejes crecer la hierba*, de Octavio Véjar y Antonio Bermúdez, con el que tengo algo que ver también. Entendí bastante al avilacamachismo a lo largo de mi carrera pública, sea por los cargos que desempeñé, sea por los cursos que impartí.

JW: Bueno, ¿y cuál fue la ideología de Ávila Camacho?

PML: Su preocupación central fue restaurar la relación con las clases medias, que estaban tremendamente friccionadas ya con el sistema.

JW: ¿Hacer alianza con Estados Unidos en la guerra, apoyado por Lombardo?

PML: Sí, pero también por el general Cárdenas.

JW: ¿Cárdenas?

PML: Cárdenas fue ministro de Defensa con Ávila Camacho. Se olvida a menudo, porque al final del sexenio hubo un tránsito demasiado rápido hacia la idea de la modernidad que se entendió como un viraje hacia la derecha, en contraste con el pasado. Hay que entender el sexenio de Ávila Camacho como un tiempo de tránsito, de fundación de entidades sociales y culturales de gran aliento, de institucionalización del país. Claro que hubo defectos y aun debilidades en esa gestión, y es evidente que pudieron haberse preservado más los avances sociales del régimen de Cárdenas.

JW: ¿Y la reforma agraria?

PML: Disminuyó, claramente como parte de una estrategia de apaciguamiento.

JW: Pero ustedes en la ciudad no pensaban mucho en la reforma agraria.

PML: Desde luego que no, no estaba en nuestro horizonte de reflexión cotidiana. Es difícil distinguir lo que entonces pensaba de lo que supe después, pero el hecho es que a mí me tocó trabajar más tarde en instituciones marcadas por el gobierno de Ávila Camacho, como el Seguro Social o la Secretaría del Trabajo que él creó.

JW: ¿Hasta entonces?

PML: Sí, claro. Había Departamento del Trabajo todavía con Cárdenas. En el gobierno de Ávila Camacho, el primer secretario del Trabajo

fue Ignacio García Téllez, quien fue también el primer director del Seguro Social. Trabajé en tres instituciones que tuvieron la impronta de esa época, incluyendo el segundo periodo de don Jaime en la Secretaría de Educación.

Consideren que me formé en el sector social del gobierno: educación, difusión de la cultura, seguridad social y trabajo. La mayor parte de mi vida la pasé en esas instituciones, y me consideraba en alguna época funcionario de carrera del sector social del gobierno. Mi lucha siempre fue contra el sector financiero, que nos negaba los recursos.

JW: ¿Hasta el 52 no tenías mucho interés en la política?

PML: De niño tenía una idea general; más bien eran las referencias del grupo familiar y del entorno social. A esa edad es más importante la influencia familiar que la opinión propia. En la primera adolescencia se despertó en mí una gran vocación hacia la cosa pública, pero mi vivencia e imaginación me inclinaban más hacia su sentido histórico. Al principio tuve dos vocaciones que se cruzaron: quería ser algo relacionado con el arte, de preferencia actor; declamaba con éxito y le tomé el gusto a los aplausos. Más tarde se fue definiendo mi interés por la política, pero la experiencia académica y cultural de la Facultad de Derecho me hizo pensar que se trataba de dos caminos concurrentes: el intelectual y el propiamente político.

JW: ¿Eso fue con la llegada del alemanismo?

PML: Cuando Miguel Alemán fue candidato yo tenía 12 años de edad. La primera sucesión presidencial donde tuve una conciencia clara de qué estaba pasando fue seis años después, en 1952. No tenía ninguna simpatía por Ruiz Cortines, desde luego.

JW: Bueno, y entrando a la época de Alemán, se presentó el problema de Henríquez Guzmán. ¿Aceptaron lo que pasó...?

PML: En primer término, desde el punto de vista puramente político, una vez eliminada la candidatura de Javier Rojo Gómez, dentro del espectro ideológico del régimen Alemán resultaba un candidato progresista. Era hijo de un revolucionario; había hecho una carrera de abogado al servicio de los trabajadores en Veracruz. Venía de un origen modesto —su vida juvenil fue incluso precaria—, había sido gobernador en la

época de Cárdenas. Por una serie de accidentes tuvo un rápido ascenso y una carrera afortunada: la muerte accidental de algunas gentes se la facilitaron. Había sido coordinador de los gobernadores y jefe de la campaña de Ávila Camacho; siendo aún muy joven, había sido un eficiente secretario de Gobernación. Hábil y con simpatía personal, Alemán se presentaba como una opción progresista en ese momento. Estaba el grupo de Gaxiola, secretario de Economía que había sido secretario particular de Abelardo Rodríguez y autor de la única biografía que conozco sobre ese presidente, a quien se le veía muy cargado hacia el capitalismo. Destacaba sobre todo Ezequiel Padilla, hombre brillante que había sido un secretario de Relaciones muy lucidor, pero al que se le atribuían demasiadas afinidades y compromisos con los norteamericanos. En ello hubo exageración, pero su imagen pública lo hacía parecer muy cercano a Estados Unidos.

Eso explica por qué Lombardo presentó a Alemán, en célebre discurso, como el *Cachorro de la Revolución* —parece que no fue la expresión, pero es la que quedó—; otros dicen que lo que subrayó es que era el cachorro de Cárdenas y Ávila Camacho. Tenía su sentido; la CTM lo apoyó abiertamente y la maquinaria lo ungió de modo apabullante. Tal vez fue el primer *destape* propiamente dicho, porque antes la competencia interna era más abierta y hasta brutal.

El hecho de que Miguel Alemán fuera el primer presidente civil de México después del interinato de Emilio Portes Gil, su juventud misma, su carácter de universitario, en ese momento tenían un gran significado. El primer gabinete de Alemán estuvo integrado por universitarios distinguidos. Don Alfonso Caso fue secretario de Bienes Nacionales, a la que poco después renunció al igual que el maestro Andrés Serra Rojas en la Secretaría del Trabajo, quien seguía impartiendo su cátedra. Había otra media docena de profesores de la Facultad de Derecho en ese gabinete: Agustín García López —padre del actual cónsul de México en Los Ángeles—, secretario de Comunicaciones; un ameritado profesor de contratos, Manuel Gual Vidal, fue secretario de Educación Pública. Destacaba un escritor y abogado campechano, talentoso, progresista y culto, Héctor Pérez Martínez, primer secretario de Gobernación de ese gabinete, que murió poco tiempo después. Igual suerte tuvieron

el arquitecto Carlos Lazo, constructor de la Ciudad Universitaria, y Gabriel Ramos Millán, personaje muy interesante al que llamaban *El Apóstol del Maíz* por su dedicación a la producción agrícola. El primer gobierno propiamente universitario de México fue el de Miguel Alemán. Claro, hubo una predominancia de compañeros de generación y amigos personales que se acentuó después de las muertes y renunciaciones que he mencionado, y luego la ostensible corrupción, que deformó y marcó finalmente a ese gobierno.

Sin embargo, el inicio del régimen de Alemán fue muy prometedor para el país: era la posguerra, el acceso a la modernidad, el espejismo de la industrialización. Después modificó su signo y mereció la crítica feroz de Daniel Cosío Villegas en su inolvidable ensayo *La crisis de México*. El alemanismo fue cambiando gradualmente de sentido y de tono; al final se convirtió no sólo en una frustración ideológica sino en el quiebre histórico de lo que fue la Revolución.

LF: Si la imagen del dominio de los abogados, de los universitarios, ya estaba más o menos estabilizada en el país, ¿no causó conflictos con otros gremios?

PML: No todos eran abogados; había también antropólogos, arquitectos y hasta ingenieros.

LF: Pero había una especie de hegemonía, digamos, de los abogados, ¿no?

PML: Sí. Y después se incrementó la interacción entre el gobierno y la facultad.

EMW: ¿Cómo clasifica usted en esa época a Ezequiel Padilla?

PML: Ahí fueron al principio referencias indirectas porque mi padre había tratado hacía tiempo a Padilla, cuando don Ezequiel estuvo en alguna actividad relacionada con la educación; creo fue subsecretario del ramo, y tenía gran aprecio por su figura y por la oratoria que practicaba. Fue después un ministro de Relaciones muy brillante, acorde con el espíritu del pacto del Atlántico y en apariencia alineado con Estados Unidos. No olvidemos las grandes aportaciones que hizo al proyecto de las Naciones Unidas en la Conferencia de Chapultepec, la inigualable delegación que él encabezó.

Mi padre, y también el medio social en que me movía, estaban en busca de líderes, y don Ezequiel era entonces una personalidad muy relevante, con prestigio internacional y candilejas internas; creo que mi padre lo admiraba por su propio concepto del mérito y le tenía aprecio por el trato que le había brindado. Por tanto, yo no veía mal a don Ezequiel pero no tomé partido en la coyuntura del 46, desde luego, porque estaba todavía muy joven.

Traté a Padilla mucho después, hasta su muerte, e incluso lo invité en 1955, como dirigente estudiantil, a un acto de aniversario de Naciones Unidas en el que habló. Frecuenté su casa y guardo hasta hoy relación amistosa con sus hijos, los que alguna vez me encomendó.

JW: Él también salió del partido.

PML: En efecto, don Ezequiel fue el único político que rompió con el sistema. Era un tanto narcisista, pero una personalidad destacada. También a veces la gente —y esto ocurría en México— tiene debilidad por las personalidades que salen de la rutina burocrática o de la monotonía política. Hay un hambre de liderazgo que frustra la conspiración de los mediocres.

La primera confrontación política cuyos términos fueron claros para mí fue la del 52. Mi padre fue lombardista y en general se tenía un pobre concepto del señor Ruiz Cortines: un perfil de burócrata. Entre los estudiantes había simpatía por el henriquismo, aunque muy pocos militaron en él. Ésa fue la última vez que se produjo una escisión del sistema político, hasta la que nosotros protagonizamos 36 años después.

RELIGIOSIDAD Y AGNOSTICISMO

LF: Durante tus años de formación en el Instituto México, ¿cómo resolviste el dilema de venir de una educación laica en la casa y confrontar una educación religiosa?

PML: No hubo mayor problema porque, como ocurre en las familias mexicanas, sin ser muy practicante, mi madre sí era católica. Además, tenía yo unas tías particularmente creyentes; esto vino a ser sustitutivo de

una educación religiosa. Hice tardíamente mi primera comunión porque ingresé a la educación privada. Mi padre, siendo laico, no era intolerante y permitió que de niños fuéramos bautizados. Él mismo se solía llamar agnóstico, pero en realidad era ateo.

Tampoco era una escuela religiosa muy impositiva. Tuve posteriormente una época de religiosidad, pero muy personal. En mi adolescencia tuvo un significado profundo la adopción de valores cristianos, precisamente por vivir en un ambiente laico y no profesar un catolicismo formal. La religión para mí fue una experiencia íntima que quizá sirvió para expresar mi emotividad. Que no haya tenido educación católica sino tardíamente me hizo, además, entrar a la religión con mucha conciencia de lo que hacía y salir de ella con mucha conciencia de lo que decidí. Salí de la religión como salí ahora del PRI. Fue un largo proceso de maduración.

JW: ¿En qué año sería esto, más o menos?

PML: Al terminar la facultad. Tuve alguna crisis sentimental propia de la edad, después de un absorbente liderazgo estudiantil. Adquirí una cultura laica, pero de otro nivel. Estudié filosofía y me asomé al mundo de la cultura; en algún punto me definí a mí mismo. Jamás quise ser de "medias tintas": decidí que ya no era católico y asumí el agnosticismo.

JW: ¿Esto fue en los cincuenta, en 55?

PML: Sí, por ahí, cuando terminaba la carrera. Pero como la salida del PRI, era algo que ya había ocurrido en los hechos, nada más que quise formalizarlo frente a mí mismo. Fue fruto de una prolongada reflexión, porque me asomé también a la teología. Llegué a la conclusión de que toda religión es fundamentalmente la creencia en lo sobrenatural, ése es el fondo del problema.

JW: ¿Una definición de sí mismo que uno hace en la universidad, o las exigencias de una carrera política?

PML: Una definición de sí mismo, como parte de su vivencia íntima, cuando estudia en la universidad. En materia religiosa me definí después, cuando terminaba la licenciatura y decidí que ya eso no era así. Cerré un ciclo vital en varios sentidos.

VOCACIÓN POLÍTICA Y AFICIÓN POR LA HISTORIA

PML: El interés por la política venía de antes. Cambiar de la escuela pública a la escuela privada fue un choque, es cierto, y al principio dejé de ser el primer estudiante que había sido para pasar a otros niveles, pero la exigencia familiar, que estaba relacionada con el mantenimiento de la beca, y mi propio deseo de superarme, me hicieron recuperar mi nivel de ser primero, segundo de la clase en poco tiempo. Además, me compensaba participar en la oratoria y la declamación.

Mi vocación política me vino entonces, no necesariamente por haber participado en concursos de oratoria, sino por otra vertiente: el conocimiento y el gusto por la historia. En casa había libros de historia de México que había leído y repasado.

Leí un libro de Alfonso Teja Zabre. Aunque a veces mis padres nos daban tareas de lectura que no tenían que ver con el programa de la escuela, me asomé por mí mismo a la historia contemporánea del país, me llamaban la atención los textos y los reportajes gráficos sobre la Revolución mexicana, y atraían particularmente mi curiosidad las imágenes más o menos imponentes de los presidentes de México, cuyos nombres acabé reteniendo. ¿Por qué los memoricé? No puedo recordarlo, porque me gustó el ejercicio o porque alguien me lo pidió, el caso es que fijé en la memoria quiénes habían sido los presidentes del siglo xx. Entonces, en el curso de civismo de segundo año de secundaria, el profesor un día preguntó en clase: “¿Quién sabe quién es el presidente de México?” Levantaron la mano la mayoría: “Miguel Alemán”. Entonces preguntó: “¿Y quién fue el presidente anterior?” Como tres o cuatro levantamos la mano: “El general Manuel Ávila Camacho”. Entonces dijo: “A ver si alguien sabe quién es el anterior”. Alcé la mano y dije: “Pues Lázaro Cárdenas”. “¿Y el anterior?” “Abelardo Rodríguez.” Y entonces, ya como para desafiarme, dijo: “¿Y quién fue el anterior?” Le dije: “Pascual Ortiz Rubio”. “¿Y quién el anterior?” “Emilio Portes Gil.” “¿Y quién el anterior?” “Plutarco Elías Calles.” “¿Y quién el anterior?” “Álvaro Obregón.” “¿Y quién el anterior?” “Adolfo de la Huerta.” “¿Y quién el anterior?” “Venustiano Carranza.”

Me remonté después por mi cuenta a los presidentes de la Convención, aludí a Victoriano Huerta y a Madero hasta llegar a Díaz, sin excluir a León de la Barra y Pedro Lascuráin. El profesor quedó anonadado: nunca creyó que pasara de Abelardo Rodríguez. Y me dijo, lapidario y emocionado: “Tú vas a ser presidente de México”.

Y me fregó, porque definió mi carrera política y además porque nunca fui presidente ni lo seré, pero ésa fue la gran motivación de mi vida pública. Así terminó ese día inolvidable. Esa impresión fue definitiva, masiva e indeleble para mí.

Esa anécdota acendró además mi gusto por la historia. La primera clase que di en mi vida muchos años después, en la Escuela Nacional Preparatoria, fue historia universal, de la caída del Imperio romano a la Revolución francesa, para el que tomé como guía un libro espléndido: la *Historia de la cultura* de Alfred Weber. Un año nada más, porque poco después me fui becado a Francia. Paralelamente impartí un curso de sociología, y meses más tarde un seminario sobre la Revolución mexicana que fue determinante en mi trayectoria académica. No soy profesional de la historia pero sí un *amateur* consumado de esa disciplina, y siempre he lamentado no tener más tiempo para estudiarla. Cuando me jubile quiero hacer historia, sobre todo de las instituciones políticas del país; ha sido mi principal dedicación universitaria. Soy mal competidor de los profesionales, pero creo en la historia como el testimonio articulado del tránsito del hombre sobre la Tierra, y como un componente fundamental de la educación. Las humanidades son esencialmente la gramática y el conocimiento del pasado; es decir, la lengua y la historia. Las tesis que al respecto sostuve como educador se las debo en gran parte a mi propia formación.

En la historia está todo, en la historia están la economía, la sociología, la política, la ciencia. Para qué digo, aquí frente a historiadores, que todo es historia. Y todo con unidad de sentido, como la explicación de conjunto de la evolución de la sociedad. Cualquier otra disciplina, con independencia de su objetivo o de su autonomía metodológica, todos los demás saberes no son sino parcializaciones, que pierden contexto al margen del *mainstream* del conocimiento empírico que es la historia. Para mí, que soy agnóstico, es la manera de entender de modo

significante las creaciones del ser humano. Sentirlo es el dominio del arte e interpretarlo el cometido de la filosofía.

La falta de contexto histórico vacía a la cultura de su verdadero contenido. Como lo advertimos ahora, se convierte en un saber formal. Me interesa más saber por qué hizo las cosas Maquiavelo, en qué contexto escribió, cuál era su universo político y cultural, que conocer su obra completa; eso me parece secundario, a menos que sea un experto en la época o en el autor. Además, hay muchos otros actores, creadores y personajes relevantes de ese tiempo que se explican unos a otros; para mí, todos son variantes indispensables de una comprensión articulada e inteligible de la evolución del pensamiento y de la acción humana, que lleva el nombre de historia.

PREPARATORIA Y PRIMER EMPLEO

PML: En segundo de secundaria gané el cuarto lugar en oratoria; en tercero gané el tercer premio; en primero de preparatoria el segundo, y en segundo de preparatoria el primero, también como una indicación de que las cosas no son tan fáciles y que había un sentido de irse superando cada año y a cada experiencia, como los personajes a los que me había aficionado.

LF: La preparatoria, ¿era la Nacional Preparatoria?

PML: A la Preparatoria Nacional estuve a punto de inscribirme, pero los planes cambiaron y aquí hay un quiebre importante también. Ingresé finalmente al Centro Universitario México (CUM), que no estaba incorporado a la Secretaría de Educación Pública sino a la Universidad Nacional; por lo tanto, mi beca ya no podía prolongarse. Lógicamente, tenía que inscribirme en la escuela pública de nuevo.

Pero hubo otro elemento: dentro del sistema educativo de mi familia y de sus posibilidades económicas estaba que todos trabajáramos a partir de los 17 años. Mis hijos han comenzado a hacerlo, es una constante familiar a través de las generaciones. Mi padre quería que tuviéramos una preparación práctica al nivel de la educación media superior, concepto que sostuve más tarde como funcionario educativo.

La preparatoria debería ser de dos vistas: preparar para la universidad y preparar para la vida; un sólido contenido de formación general y otro de carácter terminal, como dice la jerga técnica.

Mi padre primero quiso que yo estudiara en una escuela vocacional, en el Politécnico, para que aprendiera contabilidad, trabajara de inmediato y continuara mis estudios superiores, pero no me gustó el proyecto porque percibí un empobrecimiento académico y hasta un retroceso. Entonces insistí en ir a la Nacional Preparatoria, donde me inscribí provisionalmente, pero un maestro del Instituto México, el profesor Marcos García, español y hermano marista, fue a ver a mi padre y le dijo que la congregación quería que yo siguiera en sus escuelas. Mi padre le respondió que no teníamos recursos económicos, y entonces los maristas me pagaron la educación preparatoria. No nos cobraron un centavo; fue como una especie de premio, promovido por un profesor muy generoso, sin que mediara ningún reclutamiento religioso ni compromiso ideológico. Estudié entonces en el CUM con una beca concedida por la propia escuela y continué en el mismo sistema educativo.

Mi decisión de ser abogado tiene que ver con lo mismo. Mi padre hubiera querido que estudiara primero una carrera corta y después me inscribiera en Economía o en Leyes, pero ocurrió que me llevó a un concurso de oratoria en la Facultad de Derecho, siendo yo estudiante de preparatoria, en el aula grande de la vieja escuela, y quedé absolutamente fascinado con el ambiente: eso era lo mío, y nada más. Días después fui a ver los paneles con anuncios de los cursos y los nombres de los profesores, que eran muy famosos: en Derecho Agrario Antonio Díaz Soto y Gama, y en Sociología el viejo Juan Pérez Abreu. Grandes personalidades académicas como Mario de la Cueva y Eduardo García Máynez; distinguidos profesores españoles de nombres tan sonoros como Manuel Pedroso, Niceto Alcalá-Zamora o Luis Recaséns Siches; además, connotados ministros del gobierno alemanista: Agustín García López o Francisco González de la Vega y otros que entonces no conocía, como Jesús Reyes Heróles y José López Portillo. Lo máximo a lo que podía aspirar un estudiante que además tenía una vocación política incipiente; entonces, los abogados hacían la vida pública del país.

Le dije a mi padre: “Mira, hay abogados políticos, hay abogados litigantes, hay abogados jueces, hay abogados administradores y hasta escritores. Es la profesión más amplia, la que permite más cosas. Quiero tener esa amplitud”. Y así ingresé a la Facultad de Derecho. Fue una experiencia absolutamente definitiva en mi vida, desde luego.

LF: ¿En qué etapa vivías cuando te entra el gusto por la política?

PML: El gusto por la presencia pública, por comunicar ideas, pues desde que participé en los concursos de oratoria. El gusto por hacer algo en la historia y por estar en los libros de historia —y quizá sea lo que me mueve todavía— viene de aquellas anécdotas que conté y de mi estudio de esa disciplina. La pasión por la actividad política propiamente dicha vino poco después, en la facultad. Antes no había hecho política estudiantil, incluso por la estructura de las escuelas privadas; no había salido todavía como organizador de grupos o de corrientes políticas. Nuestros círculos habían sido más bien de estudio y discusión.

JW: ¿Saliste como líder de algún grupo?

PML: Entrando no, porque la preocupación más importante era estudiar, y porque entré a trabajar antes de ingresar a la facultad. Mi padre, en un *detour* de su vida, tuvo un modesto cargo público como jefe de personal de la Secretaría de Bienes Nacionales, porque quien llegó a ser titular lo había conocido en la actividad deportiva y sabía sus dotes de organizador, su disciplina y honestidad. Había grandes problemas burocráticos en la gestión de los recursos humanos de esa dependencia y pensó que podía ayudarlo. Le dijo: “Profesor Muñoz Ledo, lo invito a que ponga orden”.

Fue un extraordinario jefe de personal, riguroso en sus actitudes, pero maestro a fin de cuentas. Las circunstancias le descubrieron lo que quizá podría haber sido durante toda su vida; era organizador nato, funcionario incorruptible y sabía mover a las gentes. Me consiguió un interinato en la plaza más baja del escalafón y empecé a trabajar en la secretaría, que estaba en la calle de Moneda, a dos cuadras de la facultad. El 1° de diciembre de 1950 ingresé al servicio público federal, a los 17 años, con el nombramiento que más me ha honrado en mi vida, y salí el 19 de octubre de 1985 por un oficio de mala muerte que expidió el joven Bernardo Sepúlveda, diciendo que estaba yo dado de baja.

JW: Estamos llegando ya muy adelante de lo que queremos hablar. Cuéntanos de tu primera experiencia laboral.

PML: Mi experiencia burocrática de joven fue muy importante para mí porque conocí la administración por dentro desde los escalones más bajos. Acabo de leer ayer en *Excélsior* que me incrusté en el PRI; ¡qué me voy a incrustar al PRI! Iba a la escuela a las clases, y por horas trabajaba en una oficina de prensa. Mi primera encomienda fue repartir boletines en los periódicos; conozco hasta hoy periodistas ya mayores. Cuando yo tenía 18 años, Julio Scherer tenía 23 y nos conocimos entonces, él entraba de reportero a la segunda edición de noticias. Me llamaban *Muñocito* los periodistas; iban a mi oficina y yo les daba los materiales. Era una oficina donde recortaba los periódicos e incluso los pegaba, después hacía la síntesis de noticias en un estencil para los funcionarios y al final terminé haciendo yo mismo los boletines de prensa. Así que me formé en un servicio de relación entre el Estado y la prensa, y tuve también acceso a la burocracia de alto nivel.

Por eso no me dediqué originalmente a la política estudiantil. Quise ser muy buen estudiante, me inscribí con los profesores más difíciles; tuve un primer año muy bueno con los mejores maestros hasta que, por razón natural, en segundo año empezó la inquietud de la política estudiantil. No participé en las elecciones de mi generación porque se celebraban el primer año de la carrera. La primera organización en que participé llevaba el extraño nombre de Comisión Redactora Universitaria de los Problemas de México, de tendencia sociologista, que buscaba apoyos en oficinas públicas para hacer estudios de campo; en ese contexto obtuvimos unos boletos de tren para viajar a Guatemala y observar lo que ocurría durante el gobierno de Jacobo Arbenz. Ésa fue mi primera salida del país, por el sur, no por el norte.

MARIO DE LA CUEVA Y JAIME TORRES BODET

PML: Tengo dos escritos sobre dos hombres que contribuyeron a formarme, que fueron el maestro Mario de la Cueva y Jaime Torres Bodet;

de su género, los dos que he hecho con más sentimiento personal. Uno salió muy breve, lo escribí en Nueva York y se publicó en un libro colectivo tiempo después de muerto el maestro. El otro es mi discurso en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde despedí a Jaime Torres Bodet a nombre de la República.

Al doctor De la Cueva lo llamo mi segundo padre y explico la razón en un pequeño ensayo de 12 páginas que escribí en dos noches. Tuve un segundo padre no sólo porque Mario de la Cueva haya sido un gran maestro, sino por el impulso excepcional que dio a la formación cultural de nuestra generación y a mí en lo particular. Era en efecto un gran maestro, educado profesor de Derecho Constitucional y el mejor autor en Derecho del Trabajo que haya dado América Latina; fue el más completo maestro de mi generación porque lo era en toda la extensión de la palabra, mucho más allá de la cátedra. Era un hombre muy idealista. Ahora no voy a hablar de lo que fue Mario de la Cueva, pero quiero decir que había sido secretario general y rector de la Universidad en sus tiempos de mayor autonomía, habiendo sucedido a Manuel Gómez Morín, que había vuelto después a los cargos académicos como director de la Facultad de Derecho. Creía en la autonomía absoluta de la Universidad y en su función de conciencia crítica de la nación; fue por ello un tenaz promotor de investigaciones, publicaciones y todo género de actividades culturales. Me formé universitariamente bajo su égida. Vivía en la calle de Nicolás San Juan, casi esquina con Xola, y nosotros en la cerrada de Xola, a unas cuantas cuabras. Era soltero y le gustaba departir y jugar dominó con sus amigos, pero dedicaba la mayor parte del tiempo a los estudiantes. A mí me tomó un gran afecto, me inculcó el sentido del ideal y confianza en las posibilidades de transformar a México.

JW: ¿Cuándo fue esto?

PML: En 1952 lo empecé a tratar, cuando llegué a la dirección de la escuela. Hubo un concurso de oratoria en la facultad, donde empatamos tres en las finales; fue tan exitoso y apasionado el evento que a los tres nos llamó para hacer una revista totalmente subsidiada por la Universidad y sin ninguna cortapisa. Fue la famosa revista *Medio Siglo*, que da nombre a mi generación. Iniciamos la publicación dos de los finalistas de

ese concurso: Genaro Vázquez Colmenares y yo. Invitamos a los compañeros que formaron la primera directiva. Era una revista antológica de muy buena calidad, no una revistilla de chismes o anécdotas estudiantiles; con ensayos nuestros, con traducciones de ensayos extranjeros y trabajos de algunos maestros. Tenía entonces 19 años. Pronto la revista se convirtió en el núcleo organizador de la generación, entendida no en el sentido de promoción escolar sino de conjunto de coetáneos que emprenden una obra juntos. Entre todos los que participamos, la diferencia de edad no era mayor de seis años.

LA REVISTA *MEDIO SIGLO*

PML: Genaro invitó a Víctor Flores Olea, que era su amigo de correrías estudiantiles, y yo invité a Rafael Ruiz Harrell, que era mi compañero de primer año y provenía de la Nacional Preparatoria; acaba de escribir un libro tremendo que se llama *Exaltación de ineptitudes*, sobre la decadencia política durante el gobierno de nuestro entonces compañero, Miguel de la Madrid. Invité también a Javier Wimer, que hoy es el director de la Comisión del Libro de Texto Gratuito y había comenzado a tratar desde el CUM, gran amigo y excelente escritor, y Genaro invitó a su vez a Carlos Fuentes, que acababa de llegar de Europa. Carlos es mayor que nosotros, pero por ser hijo de diplomático se había quedado estudiando en Ginebra y cuando volvió se incorporó a nuestra generación. Para nosotros Fuentes era deslumbrante, hablaba perfectamente inglés, francés, portugués y decía discursos memorizados en alemán; tenía un nivel de cultura literaria superior al nuestro.

Ahí empezó Carlos Fuentes. En un artículo que se llamaba “Raíz de Orozco” habla de su reencuentro con México, en el primer número de la revista, mismo en el que publiqué un pequeño ensayo que se llama “La juventud ante los problemas nacionales”, que contiene los propósitos fundamentales que habrían de orientar mi vida pública: hago la crítica de las instituciones creadas, en circunstancias distintas, cuatro décadas atrás, y me pronuncio por la creación de una conciencia generacional

capaz de establecer un nuevo orden social. Algún periodista curioso se refirió hace poco a ese texto como un antecedente remoto del movimiento que ahora encabezamos y citó pasajes semejantes a los de nuestro actual discurso.

LF: ¿Quién fue el tercer finalista de ese concurso?

PML: Miguel Covián Pérez. No pudo o no quiso entrar a la revista porque trabajaba en el PRI. A la revista *Medio Siglo* le pusimos así porque eran predominantes los muchachos de la generación 50 —yo soy de la 51— y se les ocurrió a ellos ponerle ese nombre, que finalmente a todos nos involucraba simbólicamente. El primer número, con títulos pretenciosos y un formato comercial desagradable, no correspondía a la intención y calidad de la revista; a partir del segundo nos mudamos a la editorial Stylo, del hijo de Antonio Caso, que le imprimió su carácter definitivo.

Empezamos a publicar plaquetas de poesía después de arduas discusiones en el comité editorial, en el que privaba la objetividad y la armonía cuando no se trataba de temas políticos. La primera separata poética fue de Rafael Ruiz Harrell, *Ocho cosas de papel*; la segunda es el primer poema de Marco Antonio Montes de Oca —*Ruina de la infame Babilonia*—, que hoy es el mejor poeta de México. Ahí empezaron a publicar Arturo González Cosío, Enrique González Pedrero, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, Juan Bañuelos, Manuel Mas Araujo, Oscar Uribe Villegas y algunos más jóvenes, como Carlos Monsiváis.

En la revista *Medio Siglo* yo era el secretario ejecutivo, porque no había propiamente director. A Carlos Fuentes le ofrecimos el nombramiento de presidente del consejo editorial por un cierto equilibrio interno, porque ellos se dedicaban entonces a la literatura y al derecho pero no participaban en las cuestiones políticas de la facultad ni tomaban partido claro contra el régimen; nosotros, en cambio, hacíamos política y hacíamos la revista. Se nos ocurrió la idea de formar una agrupación con todas las revistas y periódicos que encontrábamos en las preparatorias y facultades: se llamó Comisión para la Reforma Universitaria y su tarea era proponer iniciativas para el traslado a la Ciudad Universitaria, que entonces se iniciaba. De ahí surgió la idea de que yo fuera candidato

a la Sociedad de Alumnos de la facultad, y me lancé con ganas a la política en contra de los viejos grupos, a los que llamábamos “los fósiles” y a los que derrotamos. Ganamos arrolladoramente, además, pero para ello tuvimos que tomar un día el viejo edificio de la facultad, donde ellos se habían parapetado en medio de una enorme zacapela, porque también éramos deportistas.

Hacíamos la revista *Medio Siglo*, participábamos en los concursos de oratoria y conducíamos la política en la facultad; nos gustaban las fiestas y yo era bailarín, nadador y boxeador. Me es difícil recordar una etapa más completa e intensa de mi vida, al punto de que sigo considerando esa edad como el horizonte más bello de la existencia.

Cuando salí de la Universidad —ya el maestro De la Cueva no era director— hubo una segunda época de *Medio Siglo*; la generación siguiente a la nuestra quiso seguir nuestros pasos y me pidieron que hablara con el rector para que se las financiara. La segunda época de *Medio Siglo* la dirigieron Sergio García Ramírez, hoy procurador general de la República, José Miguel González Avelar, hoy secretario de Educación Pública, Carlos Monsiváis, Fernando Zertuche, Enrique Soto Izquierdo y otros.

Miguel de la Madrid es un año más joven que yo, y casi dos o tres del promedio de la generación; tenía además otros intereses, por lo que no llegó a escribir en *Medio Siglo*. Participó en algunos concursos de ensayos que organizamos pero él está entre las dos generaciones, ya que la relación con nosotros era más amistosa que intelectual, y por razones psicológicas se fue juntando gradualmente con la posterior. La prueba es que ha gobernado con esa generación, no con la nuestra, si le podemos llamar a esto gobernar.

El nuestro era por definición el medio cultural de la facultad, y en alguna medida el de la Universidad. Ésa era la dimensión que le imprimía el maestro De la Cueva; patrocinaba concursos de ensayo que nosotros continuamos, nos presentaba a personalidades de aquella época, generalmente en las mesas del Sanborns de Madero, al que era asiduo; convivía y discutía con sus discípulos y, sobre todo, hablaba en todas partes muy bien de nosotros. Así se forjó una generación política-

intelectual, tal vez la más destacada que ha habido en México durante la segunda mitad del siglo; la más completa, digamos, por su cohesión y diversidad de talentos, la que armonizó más explícitamente el pensamiento con la acción política y la más combatiente en el largo plazo.

El paso de la generación del *Medio Siglo* por la Universidad es relevante. No sólo los que nos seguían cronológicamente adoptaron nuestro nombre para reverdecerlo, sino que otras posteriores quisieron tomar nuestro ejemplo y aún hoy hay jóvenes que conocen el significado de lo que hicimos. Sin embargo, la multiplicación de espacios universitarios, públicos y privados, nacionales y de provincia, así como la pérdida de la centralidad de los estudios jurídicos, volvió imposible que una experiencia como la nuestra se repitiera.

Calculando que una generación universitaria se da aproximadamente cada 10 años, en los primeros años cuarenta ingresó a la Universidad la anterior a la nuestra, que en realidad son dos, la de Filosofía y la de Derecho, aunque coincidieron todos en la Nacional Preparatoria, porque entonces no había surgido la competencia de las escuelas privadas. Por un lado están los hiperiones: Luis Villoro, Emilio Uranga, Ricardo Guerra, a los que se sumaron posteriormente Francisco López Cámara, Salvador Reyes Nevares y algunos otros; por otro están los políticos, desde Luis Echeverría y López Portillo hasta Humberto Romero, y en medio personalidades como Jesús Reyes Heróles, José Rogelio Álvarez o Jorge Castañeda, pero nunca actuaron en el mismo sentido, como nosotros. Hubo individuos brillantes pero no tuvieron la cohesión generacional de *Medio Siglo*.

LF: ¿Cultural o políticamente?

PML: En el conjunto, porque después de la revista nos dimos a la tarea de cambiar la vida política de la Universidad con un sentido de profunda transformación, y las autoridades y maestros nos consideraban interlocutores válidos; pronto algunos nos volvimos profesores y otros hasta funcionarios de la Universidad. Antes la dirigencia estudiantil había estado copada por fósiles golpeadores y líderes clientelistas a quienes desplazamos; los de *Medio Siglo* éramos sensiblemente más jóvenes y teníamos reputación de excelentes estudiantes. Alcanzamos además

visibilidad pública, a lo que contribuyeron los concursos de oratoria. En esos años fui campeón nacional e internacional de oratoria.

JW: ¿Llegaste a ser amigo de Mario de la Cueva o fue una relación como padre-hijo?

PML: Tuve una relación muy fuerte con él. Era como mi segundo padre, o si se quiere, mi tutor intelectual. Me enseñó muchas otras cosas que en mi casa no había. Me promovió, me mostró otra dimensión de la cultura, primordialmente europea, y me introdujo en la música, en la filosofía. Educado en Alemania, era un melómano y un *gourmet* que nos hizo valorar el arte de cocinar y de preparar martinis; era un mentor que gustaba de transmitir todo lo que sabía. Por entonces, en mi casa no había automóvil, por ejemplo, y él tenía uno, automático por cierto —antes de aquel Volkswagen emblemático en que llegaba a la Universidad los últimos años de su carrera—, que me prestaba para que aprendiera a manejar. Al principio iba a su casa, dos o tres tardes por semana, y se complacía en ser mi impulsor en el aspecto cultural y político. En ese libro narro cómo al morir dejó un baúl donde tenía recortes de toda mi vida. Fue maestro de muchas generaciones; el más joven de sus discípulos fue Jorge Carpizo, el actual rector.

JW: Él tenía tiempo para hacer todo eso. ¿Y sin familia?

PML: Es que era profesor, cien por ciento, con todos sus discípulos. Los del grupo de *Medio Siglo* íbamos a comer y a cenar a su casa con cierta frecuencia, y nos reunía con un grupo de profesores de mayor edad que nosotros, pero más jóvenes que él.

EL GRUPO BAVARIA

EMW: ¿Eran tertulias?

PML: Claro, y muy animadas, donde él mismo provocaba el debate y nosotros poníamos la broma. Más tarde, y a lo largo de muchos años —casi hasta su muerte—, solíamos reunirnos en un pequeño restaurante de Insurgentes que todavía se llama Bavaria. Ahí surgió el famoso Grupo Bavaria, donde invitaba a maestros más jóvenes que él, que era

la generación inmediata a la nuestra. Nunca faltó José Campillo Sainz, y lo frecuentaron Enrique Álvarez del Castillo y Jesús Reyes Heróles; a veces escritores como Jorge Portilla. Ese colectivo reunía entre 12 y 15 personas, todos discípulos reconocidos del maestro De la Cueva. De nuestra generación participaban, además del grupo editor de *Medio Siglo*, Jorge Gabriel García Rojas, Pedro Zorrilla y Luis Figueroa, mi amigo personal más antiguo.

EMW: ¿Por qué se llamaba Grupo Bavaria?

PML: Porque el lugar invariable de reunión era ese restaurante bávaro y porque evocaba las tertulias universitarias alemanas de las que nos hablaba el maestro, que siempre tuvo presente su pasado de estudiante; tomábamos cerveza y preparábamos la carne tártara. Y todo eso era reminiscente de la *mensa*, como parece que llaman los alemanes a esas tertulias de maestros y alumnos. Dentro de ese espíritu lo reconocíamos como *Herr Professor* y a veces lo llamábamos el *Full Professor*.

JW: ¿Entre este grupo había mujeres?

PML: No.

JW: Sólo hombres.

PML: La Facultad de Derecho no tenía entonces todavía muchachas muy destacadas, las fue teniendo poco después de que llegamos, coincidente con el traslado a la Ciudad Universitaria. Era un grupo de élite intelectual, digamos, formado por muchachos con vocación política.

En 1953 el maestro Mario de la Cueva propone celebrar el IV Centenario de la Facultad de Derecho, momento muy importante de mi vida; sostenía que la primera cátedra universitaria en América fue la de Prima de Decretales, que impartió un señor llamado Gregorio Cervantes de Salazar. Era una cátedra de derecho, aunque fuera derecho canónico: quería subrayar así la predominancia del pensamiento jurídico en la Real y Pontificia, y a lo largo de nuestra historia universitaria. Decide entonces organizar grandes celebraciones para devolverle a la facultad su rango preeminente en la Universidad y me pide que participe en el comité organizador, como representante de los estudiantes, junto con Carlos Fuentes. En el libro de conmemoración aparecemos los dos, pero como éramos por designación, aparece también el presidente

de la Sociedad de Alumnos que me precedió, que era todavía un dirigente del pasado pero de una personalidad amable.

Entonces nos pidió que invitáramos a Torres Bodet, para que diera la cátedra de Prima de Decretales en conmemoración de la que había impartido Cervantes de Salazar. Don Jaime acababa de renunciar a la Unesco y había acrecentado su prestigio, porque fue el primer mexicano en dirigir un organismo de Naciones Unidas y renunció a él por razones de principio, cuando le negaron las grandes potencias los recursos adicionales que solicitó para esa enorme tarea; fue entonces cuando lo conocí. De la Cueva nos pidió que lo visitáramos en su casa de Virreyes, a la que muchos años después acudí con frecuencia. Nuestra misión era convencerlo de que diera la conferencia magistral en la celebración. Don Jaime se resistía mucho, arguyendo que no era abogado, pero finalmente lo persuadimos explicándole que lo que buscábamos era a un humanista. Produjo una espléndida conferencia sobre la función del derecho en la historia de México, con el título “Grandeza y servidumbre del abogado”; comenzó con las salvedades retóricas del caso: “¿Cómo hablaros de abogacía, yo, que a los 20 años dejé esta escuela para entrar a la burocracia por la puerta de la literatura, con el peligro de tener que salir de la literatura por la puerta de la burocracia?”

Fui designado orador, a nombre de los estudiantes, junto con el decano y el director de la facultad, en la gran velada del aniversario; fue un discurso muy emotivo, de crítica a las instituciones políticas del país, que termina con una frase de *Demian* de Hermann Hesse, que dice: “El que quiera nacer tiene que destruir un mundo”. Entonces era yo, digamos, la personalidad juvenil del momento. En 1953 resulté triunfador en los certámenes de oratoria.

VIDA ESTUDIANTIL. DEL CENTRO HISTÓRICO A CU

JW: Pero ¿la política vino después?

PML: Casi inmediatamente, porque mis compañeros pensaron en mí para que encabezara la planilla. Éramos un grupo más bien cerrado al

que llamaban “los Científicos”, quizá para diferenciarnos de los rudos, en analogía con la lucha libre, pero teníamos muchas ramificaciones horizontales, de círculos que pugnaban por la Reforma Universitaria. Durante la lucha electoral conocí otras realidades, conocí los métodos clientelares para hacer política, con base en la acumulación de favores administrativos. Me vinculé a las casas de los estudiantes de provincia, principalmente las de Chihuahua y Veracruz, y me adentré en el juego de las alianzas políticas mediante el reparto de los cargos de la mesa directiva, por generaciones, por procedencia escolar, por grupos más o menos constituidos y a veces hasta por la simpatía de las personas. El espectro era más de un cambio generacional y ético que de pertenencia ideológica u obediencia partidaria. Sin embargo, había que tomar en cuenta a los militantes católicos, a los masones y a los marxistas, que comenzaban a aparecer. Sobre todo, las corrientes que había dejado la última campaña presidencial, jóvenes muy aguerridos que habían participado con Henríquez Guzmán o con Lombardo Toledano; los de filiación priista eran invisibles y los panistas casi inexistentes. Era natural ejercer la presidencia de la Sociedad de Alumnos con sentido de pluralidad y sostenerla mediante una amplia composición política; así, por ejemplo, busco a un muchacho de las escuelas particulares que pudiera ser muy representativo, y mi antiguo amigo Javier Wimer me presenta a Miguel de la Madrid, a quien escogimos como segundo vicepresidente de la mesa directiva, aunque después fue poco participativo.

Tuvimos una Sociedad de Alumnos muy activa culturalmente: se trataba de mejorar el nivel de la representación estudiantil y marcar un cambio radical con el pasado. Organizamos veladas, convocamos a concursos de ensayo, de cuento e invitamos a personalidades nacionales de la política y de la cultura. Nos acercamos también al pensamiento latinoamericano y a sus luchas contra las dictaduras. Recuerdo que el primer trabajo que presentó a debate González Cosío se titulaba “Las tiranías en América asesinan al pueblo”.

Hicimos eventos para recordar a José Martí y a Simón Bolívar. Nuestros afanes libertarios tenían entonces que ver con las luchas latinoamericanas por la democracia y la soberanía, que juntaban las causas

de la autonomía universitaria con las revoluciones y colocaban a los jóvenes en la historia. A nuestra escala emprendimos también batallas políticas significativas, primero para renovar las dirigencias políticas y terminar con los líderes que envejecieron. El jefe de “los fósiles” se llamaba Carlos Jonguitud, que después asumió el control corporativo del magisterio nacional. Más tarde nuestra obsesión fue promover los cambios que eran indispensables en la Universidad para adaptarla a una nueva época.

JW: ¿Cuántos años tenía?

PML: Ocho o nueve años más que nosotros, no lo sé.

LF: Y hablando de influencias, como la del machismo de los padres, ¿qué influencia tuvo la colonia Del Valle?

PML: Ah, mucha. En la colonia Del Valle convivían diversas palomillas de muchachos con intensa vida social y deportiva, y a veces con enfrentamientos, pero sin llegar a ser pandilleros violentos, que los hubo pero no eran de los nuestros y finalmente eran mayores que nosotros. En mi generación lo que se dio fueron clubes de barrio en una sociedad relativamente sana.

JW: Durazo y López Portillo...

PML: Eran de la otra, la inmediata anterior, un poco violenta. En nuestra época ya no había mayores confrontaciones físicas entre pandillas, eran más bien fiestas sociales y camaradería deportiva.

JW: ¿Tuvo novias?

PML: Muchas. La colonia Del Valle era muy de novias, de bailes y de romances precoces; eso sí, con estrictas limitaciones corporales, que a veces rebasábamos clandestinamente.

JW: ¿Cuándo empezaste a tener novia?

PML: Novia formal no, pero íbamos a bailes desde los 16 años... y un poco antes, porque acompañaba como chaperón a mi hermana Marta, cuatro años mayor que yo, y al verme sentado las chicas me sacaban a bailar. Después organizamos pequeñas fiestas, casi todos los fines de semana, en una casa o en otra, con un tocadiscos en el garaje y con sólo refrescos y “medias noches”. Era una vida sana, diría yo, y de mucha cohesión social.

JW: Sin auto es difícil tener novia...

PML: Ésa es una visión norteamericana. Claro que sí las tuve, desde luego. Pero aquí hay que hacer un paréntesis, lo que pasa es que sin auto no se podía llegar a mayores, porque además nos vigilaban en los cines y la mayor parte de los encuentros eran en las casas de las muchachas o en cafés. Donde realmente teníamos acercamientos era en los bailes.

EMW: En esa época el carro tal vez no era un instrumento fundamental.

PML: Para los jóvenes era casi impensable; sólo unos cuantos lo tenían, a partir de la facultad, por su posición social, pero no lo llevaban a la escuela, que estaba en el centro. Esto comenzó a cambiar con el traslado a la Ciudad Universitaria, que entonces era suburbana. En cambio, para la familia sí era fundamental. Mi padre había tenido automóvil, pero hubo de venderlo en la época de la guerra. Era un viejo Fordcito en que salíamos todos los fines de semana a los pueblos o a hacer excursiones.

JW: ¿Hasta qué edad saliste con la familia?

PML: Como hasta los 15, pero para mí las cosas se dieron antes por ser el menor.

JW: Tu padre, ¿cuándo adquirió auto por primera vez?

PML: De joven.

JW: Entonces, ¿cuando naciste había auto?

PML: Sí, un Ford. El auto lo ha de haber vendido mi padre cuando tenía yo unos 12 años, por ahí. ¡Ah!, pero luego tuvo una camionetita cuando trabajaba en Bienes Nacionales. Por eso aprendimos a manejar tardíamente.

LF: ¿Qué papel cumple para usted y para su generación este desprendimiento del centro de la Ciudad de México? La colonia Del Valle empezaba a ser un poco la clase media y la burguesía mexicana se movía hacia otras colonias.

PML: La pequeña burguesía mexicana se desarrolló mediante la creación de nuevas colonias. Cuando nací, mis padres se acababan de mudar a la colonia Del Valle. Cuando se casaron, mi padre todavía vivía en Tacuba y mi madre en el centro, en Pino Suárez; luego se fueron a una pequeñísima casa donde se supone que nací, en Insurgentes, casi

esquina con Xola. Después se cambiaron a una calle contigua que ahora se llama Artemio de Valle-Arizpe y finalmente mi padre adquiere en 1936 la casa de la cerrada de Xola. La verdad es que todos esos domicilios se encontraban en el perímetro de la casa de mis abuelos maternos, en Magdalena 105, casi esquina con Romero de Terreros.

JW: Y ese mundo, ¿cuándo cambió?

PML: Se modificó tanto por razones demográficas como culturales. La vida de esa clase media empieza a cambiar drásticamente al fin de la guerra. Termina la guerra y viene un periodo distinto, si no de bonanza, sí de desarrollo del sistema comercial moderno en México con la aparición de tiendas de departamentos y de productos norteamericanos. Es la eclosión de Santa Claus, del hot cake, del hot dog, de los Corn Flakes y de la Coca-Cola. Al principio las familias mexicanas reaccionaron muy nacionalistamente: en mi casa no se tomaba Coca-Cola sino Sidral Mundet, y en vez de Corn Flakes tomábamos un cereal mexicano que se llamaba Maizoro, que era casi igual. Se acendró en las familias de clase media la preservación de costumbres cuyo origen es generalmente virreinal y que sobrevivieron a lo largo del siglo XIX; era una cuestión de principio no celebrar a Santa Claus sino a los Reyes Magos.

JW: ¿Entonces Santa Claus no existía antes?

PML: Obviamente no. Fue como la irrupción de costumbres nórdicas en un país tropical. Empezaron además las señoras de clase media a viajar a Estados Unidos y comprar cosas, traían lo que ahora se llama *fayuca*, y para la Navidad vendían vestidos, juguetes y abalorios que compraban del otro lado de la frontera. Empezó una influencia transnacional muy fuerte en México a partir del año 1945. La presencia estadounidense no se presentó como una invasión cultural, sino como una modernización del comercio. Sears Roebuck debe haberse establecido en México ese año y apareció en la vitrina principal un enorme Santa Claus que se reía estentóreamente, jo, jo, jo, jo, mientras balanceaba su corpulento cuerpo. Fue algo así, para la mentalidad de nuestras clases medias, la aparición de todo un universo de valores, la iniciación en el consumismo; el comienzo de una nueva identidad, competitiva pero disolvente.

Hubo una reafirmación del nacionalismo, y en cierto sentido, de la frugalidad; se manifestó multiplicando las posadas. Llegábamos a tener dos o tres cada día, cada vez más “Os pido posada” y más “Entren, santos peregrinos”, más piñatas como mecanismo defensivo. Era como nuestra autosuficiencia vernácula. Lo que pasó en mi casa es muy curioso: hasta donde recuerdo, antes no celebrábamos prácticamente nada, sino el 15 de septiembre. La fiesta de mi casa, el día del año en mi casa, y para mí hasta ahora, ha sido el 15 de septiembre.

LF: ¿La Navidad no?

PML: No. Entiende que en mi familia lo patriótico era muy superior a cualquier otra celebración. Nos dábamos regalos modestos, pero cuando venían de los padres tenían también un sentido premial, por las calificaciones obtenidas durante el año. Hasta los regalos estaban inspirados en la recompensa al mérito.

EMW: ¿Era el Año Nuevo, o el día anterior?

PML: El último día. La vieja tradición de las 12 uvas; pero para mi padre tenía un sentido de reflexión, nos pedía que pensáramos en lo que habíamos hecho durante el año; y un espacio dedicado a hacer planes para el año siguiente, como en todo calendario ceremonial. Tenía algo de ritual, como en las antiguas civilizaciones.

LF: Es excepcional que tengas tantos recuerdos donde tu padre produjo un impacto a este nivel. ¿Cómo es que tenías tanta conciencia histórica?

PML: Es mi universo educativo y valorativo en esa época, es el ámbito mismo de mi formación. Estoy hablando de mi familia en aquel momento, donde mi padre era la figura central. El 15 de septiembre es el día de nuestro santo, san Porfirio; es más, mi abuelo se llamó Porfirio como segundo nombre porque nació el 15 de septiembre. De ahí el nombre de mi padre, que se llamó Porfirio también, el mío y ahora el de mi hijo mayor. Entonces, el Grito de la Independencia es el Grito en la casa; en ese sentido el hogar es totalmente patrio. No en balde la patria es la cosa de los padres.

LF: ¿No se estilaba la verbena popular en el Zócalo?

PML: Mi padre nos llevó varias veces al Zócalo a oír el Grito. Con muchas precauciones, porque se temía que pudiera haber cuchilladas, y

con una lámpara grande en la mano que podía servir de arma defensiva, pero nos llevó a pesar de todo. En recuerdo de esa experiencia, durante un tiempo y ya adulto, invité a mis amigos más cercanos a la ceremonia en el Zócalo alquilando un pequeño cuarto en un hotel que está frente a Palacio.

JW: ¿El hotel Majestic?

PML: Sí, el Majestic. Alquilábamos una habitación y ahí hacíamos la cena y participábamos en la fiesta del Grito en alguna época, cuando regresé de Francia.

JW: Y el día 6 de enero, ¿nada?

PML: Nada importante al principio, era un pequeño obsequio y una merienda con atole y tamales. Pero cuando vino Santa Claus, en muchas familias, no sólo en la mía, hubo un renacimiento de los Reyes Magos, un fortalecimiento de su figura contra la invasión de Santa Claus, que escondía tras su personalidad gélida y jocunda una cultura dominante; era como un avance de nuestra vocación tercermundista, y todo contra la amenaza de una penetración imperial. Mi padre siempre decía que eso era una imitación extralógica, que en México no había nieve, que eso era un absurdo, sin reparar en que tampoco había camellos; pero luego se fue tolerando y hasta aclimatando porque a los niños les gustaba una fiesta más y un regalo más, y les fascinaba toda la simbología de *Christmas*, que es muy agradable, hay que decirlo. No era originalmente nuestra cultura pero se ha universalizado. Tal vez fue el inicio de la globalización.

EMW: Y las posadas, ¿no eran muy importantes para ustedes?

PML: Nuestro interés real comenzó en la adolescencia, porque ya eran de baile y de relajo moderado. Incluso, en el ámbito en que yo viví, teníamos hasta dos o tres posadas diarias, nos íbamos de una a otra. Eran los días de fiesta, y para mí, de bailar, que era motivo de autoafirmación y tal vez instrumento precoz de seducción. Se bailaba con tocadiscos. La piñata ya tenía un valor secundario o era casi un pretexto.

A los 20 mi mundo era completamente la Universidad, el ámbito político y el cultural, pero mantuve lealtades de la época anterior, sin contar con que en el camión a la escuela conocí, por ejemplo, a mis

amigos de la Condesa, donde además de Víctor Flores Olea viajaban los hermanos García Ponce y los Barbachano, y excelentes profesionales como los abogados Luis Capín y Carlos Sánchez Marín, y médicos como Alfredo Iñárritu y Francisco Rubio.

A mi generación la definió finalmente su vocación cultural. Independientemente de nuestros orígenes barriales y nuestras vertientes profesionales, encontramos en la Universidad un ámbito de valores que nos dio una identidad común. Estudiábamos, escribíamos, editábamos una revista, nos involucrábamos en la política, leíamos poesía, a veces escuchábamos música y queríamos conocer el mundo. Por ejemplo, el primer ensayo que escribieron en *Medio Siglo* Víctor Flores Olea y Salvador Elizondo se llama “La idea del hombre en la novela contemporánea”, para ejemplificar el tipo de intereses; hacen una síntesis de cuál es el sentido de William Faulkner, de Céline, de Sartre, de Thomas Mann y de Marcel Proust. En mi generación, las gentes de quienes hablo, la característica fue mezclar la vida intelectual con la docencia, la política y la diplomacia.

JW: ¿Puede decirse que hasta entonces prolongas tu adolescencia?

PML: De alguna manera. Fue hasta 1954 que jugamos la Sociedad de Alumnos de Derecho y la ganamos; hicimos una planilla muy amplia. No había entonces marxistas propiamente; había un grupo, “Luís Carlos Prestes”, que estuvo con nosotros; había liberales y socialistas. Curiosamente, los mejor organizados eran los grupos masónicos jóvenes del ajefismo.⁴ A través de ellos tuve relación con exiliados latinoamericanos.

Fue una planilla muy amplia de composición, de escuelas particulares y de varias generaciones entreveradas. Ésta fue una labor interesante con muchos conflictos, y yo, en lo personal, me encontraba al final de la adolescencia. Tenía una novia, de nombre María Berumen, y como estaba recién metido en la política, quizá no la podía atender o ella pensó que mi carrera haría muy remoto o muy distante nuestro matrimonio, en el que seguramente ella estaba pensando; esa relación se terminó con un alto costo para mí.

⁴ De AJEF, Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad, institución juvenil de la masonería.

Estaba en alguna de esas crisis cuando llegaron a la facultad unas becas para un Instituto de Derecho Comparado que había en La Habana, todavía en la época de Batista, que presidía un cubano muy distinguido de la vieja prosapia cubana, Ernesto Dihigo, un gran jurista; invitaban a gentes que se estuvieran graduando, uno de la Facultad de Derecho. Entonces el director de la facultad, con el que había tenido muchos problemas pero que había entendido nuestra lucha, me propuso para ir a La Habana en representación de todos los estudiantes. Al doctor Roberto Mantilla Molina incluso le hice una huelga: la primera vez que se cerró la Ciudad Universitaria la cerramos nosotros.

Cuando se creó la Ciudad Universitaria surgieron problemas de ajuste de reglamentos escolares y hubo muchas manifestaciones de descontento; entonces tuvimos que encabezarlas para racionalizar el desorden y darle una salida de futuro al conflicto. Establecimos una excelente relación con el rector de entonces, que era el doctor Nabor Carrillo, a quien tocó el cambio al primer campus en la historia de México. Fuimos muy previsores en la revisión de los reglamentos escolares implicados en el cambio a la Ciudad Universitaria, pero dieron lugar a conflictos estudiantiles. Me vi obligado a encabezar el movimiento de los nuevos estudiantes, porque se les querían aplicar drásticamente criterios distintos a los que imperaban en las viejas facultades; los muchachos protestaron y tuvimos que racionalizar el proceso mediante un movimiento.

Después de que todo eso pasó, en la primavera del 55 estuve un mes en La Habana como un alto en la lucha, o tal vez como una separación de mi liderazgo estudiantil. Fui becado a ese encuentro, conocí juristas muy importantes. El más destacado ministro de la Corte Internacional de Justicia por Latinoamérica, el argentino José María Ruda, fue mi compañero de entonces; estaba doctorándose en Buenos Aires. Entre las conferencias, la diversión y la inmersión en el Caribe fraterno, pasé un mes espléndido en La Habana, una ciudad maravillosa, entrañable para los mexicanos, y claro, tuve contacto con los líderes estudiantiles.

JW: ¿Conociste entonces a Fidel Castro?

PML: En Cuba no, porque él residía en México. Me recomendó con algunos de los dirigentes estudiantiles con los que me encontré

en La Habana. Me recibió el presidente de la Federación de Estudiantes, que era dirigente de la Escuela de Arquitectura, el gordito Echeverría,⁵ que murió después de tomar Radio Reloj;⁶ el primero que murió en el asalto al cuartel Moncada fue el famoso dirigente. Algunos de los muchachos que traté en La Habana siguen viviendo, como Osmel Francis de los Reyes y Armando Hart, hoy ministro de Cultura, en cuya casa estuve en La Habana porque pertenecía al núcleo de los jóvenes oradores latinoamericanos que traté en los concursos de *El Universal*. Además, conocía a muchachos de Guatemala y otros países de la región, algunos de los cuales preparaban revoluciones en sus países.

Me identifiqué mucho con la lucha de esos muchachos, estuve con ellos en el recinto de Julio Antonio Mella. Todavía no había comenzado la Revolución, ni siquiera habían salido de la cárcel los asaltantes del cuartel Moncada ni había zarpado el *Granma*, pero el grupo de jóvenes que me recibió fueron los primeros mártires de la Revolución.

JW: ¿Pero ya habías alcanzado la representación estudiantil?

PML: Sí, había sido el presidente de la Sociedad de Alumnos de Derecho; fui electo en julio de 1954. En ese año formamos lo que se llamó la Federación de Sociedades de Alumnos, que fue muy operativa y negociadora de las decisiones que se tomaron en torno a los cambios de los viejos edificios a la Ciudad Universitaria. No se cambió enseguida toda la Facultad de Derecho, la última generación que estuvo en el viejo edificio fue la 52, de Miguel de la Madrid y Javier Wimer. Yo era de la 51; ya la 53 y las posteriores se incorporaron allá.

⁵ José Antonio Echeverría Bianchi (1932-1957). Fundador del Directorio Revolucionario y último presidente electo de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Opositor al golpe de Estado de Fulgencio Batista (10 de marzo de 1952).

⁶ Echeverría participó en la fallida operación del 13 de marzo de 1957 contra la dictadura de Batista; le correspondió anunciar en Radio Reloj la ejecución del dictador. Carlos Gutiérrez Menoyo, ex combatiente de la República española, abrió el paso a dos grupos de asalto al palacio presidencial, pero Batista estaba ausente y el ataque fue repelido. Echeverría anunció en falso la muerte de Batista mediante la lectura de un documento considerado su testamento político. Él, Gutiérrez Menoyo, Menelao Mora y 27 compañeros más pagaron con su vida esta acción.

Me tocó presidir a los estudiantes de las dos locaciones de la Facultad de Derecho; la de San Ildefonso en el sitio histórico y la que nos prometía la modernidad alemanista. Y me tocaban los conflictos de los dos lados. La huelga estalló en la Ciudad Universitaria: no sabíamos cómo cerrarla, porque los edificios viejos los clausurábamos con trancas en la puerta, y ladrillos y agua hirviendo en las cornisas para que nadie entrara; era como un castillo feudal. Cerrar la Ciudad Universitaria era un misterio, no se sabía; tuvimos que comprar cadenas y candados para cerrar las rejas de acceso. Entramos además ruidosamente a la secretaría de la facultad para tomar las llaves de todos los salones, que clausuramos simbólicamente.

LF: ¿Y cuáles eran los conflictos?

PML: En ese momento no tenían que ver con circunstancias externas ni con ideologías, eran conflictos académicos y sociales; estaba en juego el tipo de Universidad y el destino de los estudiantes.

LF: ¿Cuál era ése?

PML: Obviamente los viejos locales correspondían a un sistema de enseñanza anclado en la tradición europea, donde los barrios universitarios se ubican en el corazón histórico de las ciudades como el Barrio Latino de París, cuyo nombre proviene de los profesores y estudiantes, que hablaban latín y ahí vivían. Para nosotros, esa tradición la encarnaba la Facultad de Derecho, que había sido también, desde el movimiento de 1929, eje de la autonomía universitaria y que, a semejanza de aquellas antiguas universidades, tenía como pilares sus grandes cátedras magistrales, a las que se asistía de modo escolástico, pero no había un registro riguroso de asiduidad: lo importante era la relación con los maestros, cuando la había. Por eso, cuando querían exigir reglamentariamente asistencias, hubo oposiciones que desembocaron en huelgas y penosas negociaciones, que conducían a una quita o a la exención total de requisitos académicos. Las protestas estudiantiles se concentraban en las fechas anteriores a los exámenes, que finalmente transcurrían durante días y noches enteras; de una vieja caja, el estudiante sacaba al azar una de las bolitas de madera y el número que tenía correspondía al tema del examen. Lo importante era la confrontación con el o los profesores, que

en ese instante supremo cobraban venganza, ignoraban o perdonaban, según el caso, todas las veleidades estudiantiles. Para nosotros significaba desvelarse cuando menos 20 noches eternas, auxiliados por un estimulante neurológico llamado aktedrón. Para esos efectos no había una relación de tutoría académica ni nada que se le pareciera, porque el estudiante de la facultad de entonces trabajaba la mayor parte del día y no había profesores de tiempo completo. Otras eran las relaciones de discipulazgo fuera de las aulas, con maestros que no necesariamente impartían un curso.

JW: ¿Trabajabas tú entonces?

PML: Entré a trabajar al gobierno siendo presidente Miguel Alemán, el 1° de diciembre de 1950; laboré durante los dos últimos años de esa administración y los primeros ocho meses del gobierno de Ruiz Cortines, siempre a un nivel muy modesto. Renuncié al cargo por mi involucramiento en la política universitaria y porque los premios de los concursos de oratoria y de ensayo, en centenarios y en efectivo, me permitían mantenerme. Como pensaba viajar a Europa, no me preocupé mayormente por mi ruptura con una incipiente vida burocrática. Mi idea era realizar primero mi vocación de liderazgo político e intelectual en la facultad, para hacer luego un periodo en Europa.

Mientras yo trabajaba en la administración pública, buen número de estudiantes empezaban a litigar como abogados, tenían algún empleo, o bien eran profesores normalistas que estudiaban Derecho. Una gran parte de la población estudiantil trabajaba y acudía a la Universidad por horas; entonces la lucha anual era contra la asistencia obligatoria, es decir, que se computaran para efecto del derecho al examen. Eso yo lo entendí después, en la universidad europea, porque en Francia ni siquiera pasaban lista: uno iba a la conferencia, o se ausentaba y al final del año iba a comprar los libros de texto y los cursos del año “policopiados”. Tenía uno la bibliografía, y si había asistido a las lecciones y los maestros lo identificaban, claro que llevaba ventaja; pero no estaba obligado a asistir a los cursos. Entonces comenzó la universidad abierta e incluso había lecciones por radio en Francia.

La intención inconfesa y confusa del traslado a la Ciudad Universitaria estaba inspirada por el sistema anglosajón, en el sentido de más

tiempo de convivencia y tutoría, lo que era inasequible porque no habían cambiado la situación social de los estudiantes, el régimen de docencia ni las tradiciones académicas; simplemente les complicó la vida a los educandos y a los profesores, que tenían que ir hasta CU en conflicto con sus ocupaciones ordinarias, sin que hubiera bases para estructurar ni un estudiantado ni un profesorado de tiempo completo.

Algunas facultades decidieron aplicar artificialmente nuevos reglamentos escolares a la porción de los alumnos inscrita en los grados iniciales. El director de la facultad era una excelentísima persona a quien después quise mucho, profesor de Derecho Mercantil, Roberto Mantilla Molina; era un hombre recto. Por inexperiencia se le hizo muy sencillo decir: “Bueno, las manzanas podridas que se consuman en los viejos locales, y a las nuevas vamos a separarlas para regirlas con nuevos criterios”. Ésa era su filosofía. Obviamente, había contaminación entre los estudiantes: líderes experimentados iban a agitar a los muchachos jóvenes, y los más recientes tenían objetivamente los mismos problemas que los anteriores, agravados porque CU se encontraba muy lejos entonces. Era un área suburbana.

Hubo descontento por esos nuevos reglamentos y los muchachos estaban muy agitados; entonces, como dirigentes responsables, llegamos a un mitin que ya había comenzado en CU y encabezamos la huelga. Yo no quería provocar disturbios inmanejables, quería resolver los problemas. Les dije que propondríamos un nuevo reglamento general de exámenes flexible y modificaciones sustantivas a la vida académica, pero que no podíamos aceptar que una misma facultad, aún asentada provisionalmente en locales distintos, tuviera dos reglamentaciones, y argumentamos la identidad e integridad de la escuela como una sola unidad. Al final logramos un reglamento general de exámenes flexible donde cada consejo técnico anualmente decidía los porcentajes de asistencia, combinados con cambios en el funcionamiento académico, becas para estudiantes de menores recursos, facilidades de transporte y sobre todo equidad, de modo que no hubiera diferencias de trato cuando la situación de los emigrados forzosos hacia el sur de la ciudad era en muchos sentidos más precaria que la nuestra. Ése fue el objetivo de la huelga.

JW: ¿Consideraste el problema con el rector de la Universidad?

PML: Claro, el rector, que era nuevo y de espíritu joven —Nabor Carrillo, físico nuclear; hermano de Antonio Carrillo Flores, político, hacendista y profesor de la facultad—, quizá cometió el error de darnos la razón de inmediato porque pensaba de modo semejante al nuestro. Lo convencimos de que había que levantar la huelga: yo no quería mantener un conflicto perpetuo, no tenía sentido; no había recursos económicos ni nada, y estaba expuesto a todo género de provocaciones. Las huelgas estudiantiles desbordan a los líderes, muchas veces en beneficio de intereses ajenos. Nos interesaba resolver el problema con sentido de futuro.

Al ver nuestra buena disposición, el rector nos dio una respuesta escrita con la que abrimos la facultad y se distensionó la Universidad. Un grupo numeroso de profesores de la facultad se insurgió contra el rector por habernos dado la razón sobre el cuerpo de maestros, que creían encarnar la facultad, y entonces hubo una huelga de profesores: 80 anunciaron su renuncia contra la decisión del rector y la victoria de los dirigentes estudiantiles.

Después de la sesión del Consejo Universitario en la que se procesaron y aprobaron nuestras demandas, se restableció el diálogo entre la rectoría y las autoridades de la facultad. Todo se resolvió satisfactoriamente. El director finalmente entendió; luego escribió, en el prólogo de un libro de ensayos de un concurso que patrocinamos, palabras muy elogiosas sobre mi gestión como presidente de la Sociedad de Alumnos, a pesar de que lo tuve que desplazar amistosamente de su oficina el día que declaré la huelga. Fui por él y le dije: “Maestro, me hace el favor de irse a su casa porque estamos en huelga”. Lo saqué amablemente. Luego hicimos las paces y tiempo después tuve cercanía con su familia. Él fue quien me propuso esta beca, cuando había dejado el liderazgo estudiantil. Entendía los conflictos que enfrentaba en torno a mi definición profesional y vital.

Había sido una época muy activa. Hablo de experiencias que tuve entre los 19 y los 22 años, donde ocurrió casi todo lo que a un joven puede sucederle: IV Centenario de la facultad, revista *Medio Siglo*,

concursos de oratoria, liderazgo estudiantil, intensa vida intelectual, correrías juveniles sin cuento y desilusiones amorosas sin apelación. Omiso mis deberes laborales porque dejé de trabajar cuando empecé a ganar, no de la política sino de los premios de los concursos de oratoria y de ensayo. Nos daban 1 000, 2 000 o 3 000 pesos, que ahora equivaldrían como a medio millón todos juntos. Yo los ahorrraba, se los daba a mi padre y él me daba para mis gastos mensualmente; así contribuía de algún modo al financiamiento de la casa. Gané muchos concursos, de distintos tipos y niveles.

LF: ¿Vivías en tu casa en esa época?

PML: Vivía con mis padres, claro, y mis hermanos, hasta que me fui a estudiar a Europa. En el entretiem po, como dije, viajé a La Habana. Ahí conocí a los jóvenes líderes, me di cuenta de la situación terminal de Batista: a las nueve de la noche era el toque de queda. Las “perseguidoras” —las radiopatrullas— vigilaban las calles. Pero el trasfondo social y mundano era muy atractivo. La Habana es una ciudad densa y deliciosa.

JW: ¿Nada más querías conocer Cuba?

PML: No, fue una beca que me ofrecieron, podría haber sido Buenos Aires o Santo Domingo. Fue La Habana porque convocaba el Instituto Internacional de Derecho Comparado, que era un ámbito académico independiente de la dictadura; una especie de ventana al mundo en tiempos de opresión, con vocación plural y cosmopolita.

JW: ¿Hiciste una solicitud?

PML: No, la invitación llegó a la Facultad de Derecho, y pues yo era muy destacado; pensaron que debía ir. No sé si hubo una terna, el caso es que a mí me tocó ese viaje. Invitaron a un graduante de la Facultad de Derecho y a otro de la Escuela Libre de Derecho, y el director de la facultad pensó que yo podría ser. Además, estaba entendido de los problemas que tenía, quizá de la necesidad de hacer un alto, una como vacación intelectual para repensar mi vida.

Recuerdo a una veintena de gentes muy distinguidas de América Latina un poco mayores que yo; participé en debates muy interesantes y saqué mi diploma. Algunos de mis compañeros de entonces escalaron más tarde posiciones en la diplomacia y el derecho internacional.

La beca no tuvo nada que ver con el gobierno de México ni con el de allá, ni fui financiado por los conspiradores.

JW: ¿Recorriste la isla?

PML: No, fui nada más a Varadero. Con la reciente muerte de Enrique Jorrín, inventor del cha-cha-chá, debo decir que estaba naciendo ese ritmo en Cuba y ahí aprendí a bailarlo. Mi estancia en la isla también fue una interconexión con el exilio revolucionario. En esos años habían llegado refugiados políticos a México; llegó Fidel Castro, entre otros. Acudí a dos o tres lugares donde coincidí con él, en departamentos de muchachos cubanos.

EMW: ¿En qué momento conociste a Fidel Castro?

PML: A Fidel lo conocí en México, en 1954 o 55. Fue después de mi ida a La Habana, era yo líder estudiantil; me acercó a él Manuel Mas Araujo, del grupo juvenil de los masones. Fidel llevaba una vida muy apartada, no andaba en reuniones sociales, estaba organizando a la gente. Una personalidad notable, muy serio y reservado. Entonces no tenía la barba; lucía con la nariz muy prominente, alto y erguido, menos voluminoso que ahora. Como callado, un hombre que escuchaba mucho, con una personalidad —diré— de hermano mayor. Un joven maduro y taciturno, era la impresión que daba. El día que lo conocí, llegó y se aposentó en un rincón del comedor, sentado él, recibiendo, hablando con la gente. Yo veía que estaba en una tarea importante, aunque nadie sabía bien a bien quién iba a ser Fidel Castro.

Lo invité después a un homenaje a Martí, donde él y yo hablamos; no he encontrado la invitación pero ahí, en una hojita de papel, aparecen Fidel Castro y Porfirio Muñoz Ledo. Fidel dijo un discurso bonito y hasta prudente. No hablaba tan largo, hablaba muy pausado, muy emotivo.

No tuve propiamente amistad con él, lo vi tres o cuatro veces. La gente decía que tenía un gran futuro. Lo dejé de ver. Guardé un cierto recuerdo de pareja ideológica latinoamericana con él por nuestra aparición en esa ceremonia.

JW ¿Pero como secretario de la Sociedad de Alumnos tomaste partido político?

PML: Nos ubicábamos, por principio, en la oposición; después comenzaron a abrirse opciones y a tejerse las cercanías con personalidades de la vida pública. Empezamos a diferenciar a los actores y las tendencias dentro del propio sistema, a comprender la complejidad política del país. Teníamos simpatía por el secretario del Trabajo, Adolfo López Mateos, y en lo personal establecí una cordial relación con el doctor Ignacio Morones Prieto, que era secretario de Salubridad; lo había conocido siendo gobernador de Nuevo León en un congreso de sociología al que me invitaron a decir un discurso en su presencia. Me tomé una foto con el doctor, que me dijo palabras elogiosas y se mostró como una persona muy afable. Lo dejé de ver durante años, pero más tarde contribuyó mucho en mi formación política y humana.

LF: ¿Durante el sexenio de Ruiz Cortines usted es líder estudiantil en la Facultad de Derecho?

PML: Nada más fui líder estudiantil dos años en un sentido estricto. La revista nuestra se funda el primer año de gobierno de Ruiz Cortines, 1952, pero yo no asciendo al liderazgo estudiantil sino dos años después y me voy del país al cuarto año del sexenio. Los dos últimos años de Ruiz Cortines los paso en Europa, así como los dos primeros de López Mateos.

LF: Escribiste un editorial, criticando al gobierno de Ruiz Cortines.⁷

PML: Ferozmente. Más que al gobierno, a un crimen imputable a la autoridad.

LF: ¿Cuál es la reacción en contra de ese editorial?

PML: Nada frente a ese editorial, publicado a mediados de 1953, y nada incluso frente a *Las manos vacías*, folleto extremadamente crítico firmado por Salvador Bermúdez de Castro, que publicamos como comentario al primer informe de gobierno de Ruiz Cortines gracias a la complicidad y patrocinio de Antonio Caso hijo. Represión no sufrimos ninguna; quizá el sistema nos consideraba marginales o inocuos. Se preocupaba ante todo por el comportamiento de los militares y las amenazas de sublevación.

⁷ Editorial aparecido en una publicación llamada *Las manos vacías*, a la que se refiere con amplitud más adelante.

LF: De repente surgen fuerzas ocultas que se preocupan por acallar voces independientes de protesta...

PML: Bueno, tampoco promovíamos un activismo político antigu-
bernamental; sólo era la constancia de un grupo intelectual de jóvenes
independientes, y una gestión valiente de intereses universitarios. Tengo
la impresión de que no estábamos en el "índice" de la Federal de Segu-
ridad, esencialmente anticomunista, aunque éramos vigilados. Nos con-
sideraban tal vez como críticos, pero no como adversarios del gobierno,
para los parámetros de aquel entonces. Es más: sosteníamos una digna
pero excelente relación con las autoridades universitarias. Vivíamos al
amparo de la autonomía y en cierta complicidad —ahora la llamarían
sinergia— con nuestros maestros. El doctor Mario de la Cueva, director
de la facultad, era nuestro protector; era la autoridad política y moral de
la facultad, y el doctor Nabor Carrillo, con el cual tuvimos muy bue-
na relación también, fueron nuestros interlocutores fundamentales y, de
alguna manera, avales de nuestra integridad.

Don Nabor fue el primer rector de la época de Ruiz Cortines; su
hermano era el secretario de Hacienda. Nabor era joven, y por su for-
mación académica internacional entendía el imperativo de crear una
universidad de avanzada. Tenía prestigio académico tanto en el mundo
anglosajón como en el francés; hombre de ciencia, era también un ser
humano extremadamente cordial con el cual tuvimos una magnífica rela-
ción personal y familiar.

Nuestra lucha como dirigentes estudiantiles no era frontal contra el
gobierno ni contra la autoridad universitaria de entonces; eso vino des-
pués. Claro, tuvimos conflictos y huelgas, pero por ajustes dentro de
nuestros proyectos universitarios en el tránsito hacia la Ciudad Univer-
sitaria. He pensado, muchos años después, que debimos luchar por pre-
servar los viejos locales universitarios y combinarlos con nuevas sedes
urbanamente periféricas, tal vez así hubiésemos contribuido también a
la vitalidad de nuestro Centro Histórico.

LF: En esa dinámica, ¿ser el líder estudiantil de la Facultad de Dere-
cho implicaba una proyección política a futuro, por lo menos en tér-
minos ideales?

PML: Era cumplir un papel dentro de la Universidad. No niego que fue también el inicio de una carrera política, pero en modo alguno conectada al partido oficial o al escalafón. Nuestro liderazgo no estuvo relacionado causalmente con la política nacional; eso ocurrió años después, fue fruto de una transición universitaria ubicada en un contexto general, propio de esa época. El conflicto con el gobierno sobrevino más tarde y también el sobrecalentamiento ideológico generado por la Revolución cubana. Los muchachos secuestraron camiones porque hubo un estudiante atropellado y el tono de la lucha se radicalizó. En nuestra época no hubo una conexión directa entre el movimiento estudiantil y la situación externa; durante el movimiento del 29, por ejemplo, tampoco la hubo. Era una cuestión fundamentalmente universitaria, en la que predominaba la conquista de la libertad más que la lucha frontal contra el poder.

LF: ¿El juego electoral para ser el representante era juego de grupos?

PML: De grupos y de personalidades; había una mecánica, como es obvio: sumar amigos y tejer alianzas. Para ser líder y demostrar fuerza se necesitaba juntar credenciales de los muchachos. Entonces tenía uno que hacer cierto cabildeo, reunirse con grupos, ir a casas, a cafés y en ocasiones a cantinas; eso fue relativamente fácil porque teníamos prestigio en la facultad y éramos al mismo tiempo muy sociables.

La entrada de nuestra generación a la política estudiantil fue un cambio cualitativo muy importante. El significado de *Medio Siglo* es la inteligencia en la política, es la cultura en la política; eso significa *Medio Siglo* en la facultad y lo que pudimos haber significado concretamente en la vida de México.

El signo de mi generación es la inteligencia al servicio de la cultura y de la política, las dos cosas, o la política como una dimensión de la cultura, fenómeno que no se había concretado en la facultad creo que desde el movimiento por la autonomía. El liderazgo estudiantil fue para nosotros como asomarnos por primera vez a la historia.

LF: Tradicionalmente se le da una gran relevancia al hecho que los abogados especialmente sean hábiles en oratoria.

PML: Sí, pero nosotros no nos educamos estrictamente como abogados. En nuestro grupo muy pocos ejercieron como abogados, aun-

que haya habido excelentes jurisconsultos; estudiamos para licenciados en Derecho, que es otra cosa. Creo que algunos, como Carlos Fuentes, ni siquiera terminaron la facultad; Marco Antonio Montes de Oca dejó la escuela en tercero. Varios, cuyos nombres es innecesario mencionar, no acreditaron todas las materias de la licenciatura, aunque realizaron estudios en otras disciplinas y obtuvieron grados *honoris causa*. Víctor Flores Olea, por ejemplo, trabajó escasos dos años en un bufete, pero ha sido profesor, diplomático, escritor, director de facultad y alto funcionario de la cultura.

LF: Y fotógrafo.

PML: Excelente fotógrafo, desde luego. Yo no soy abogado en sentido estricto y no por desprecio por esa profesión, que nunca he ejercido. Me hubiera gustado hacerlo, al menos por un tiempo; es más, yo le sugerí a mi hijo Porfirio, cuando terminó su carrera de Derecho, que adquiriera la experiencia del litigio, así fuera brevemente, lo que hizo para su mejor formación. Nunca me paré en un tribunal como abogado; nunca he llevado un caso judicial en mi vida, aunque creo haber sido litigante de causas políticas y sociales en innumerables foros. Ser licenciado en Derecho es ser un letrado. Nuestra generación no es propiamente de abogados, sino de hombres cultos y políticos comprometidos que se formaron en una Facultad de Derecho de tradición humanista. Ésa fue la esencia del magisterio de Mario de la Cueva: asumir que detrás y por encima de la ley está la justicia, y que ésta exige también una educación orientada hacia la filosofía, la historia, la literatura, la teoría política y la acción consecuente.

LF: ¿Por qué motivo se da en la Facultad de Derecho un valor tan preponderante a la oratoria, y por qué su capacidad de preparar líderes sociales?

PML: Creo que la facultad no otorgaba institucionalmente mayor importancia a la oratoria que otras escuelas, sino que de ella salían casi siempre los campeones de los concursos, tanto en la capital como en las provincias, porque numerosos estudiantes de Derecho tenían esa vocación. Quienes tenían el gusto por el ágora, por el debate, se inscribían en Derecho; era una antigua tradición. Ahora lo hacen también en Ciencias

Políticas, en Economía, en Relaciones Internacionales o en Ciencias de la Comunicación, licenciaturas entonces precarias que se cursaban por las noches o simplemente no existían. La gente que entonces quería alcanzar liderazgo social se inscribía preponderantemente en la Facultad de Derecho.

La facultad tenía además otras características que la hacían peculiar, por no decir más universal. La primera, que representaba a una amplia gama social del país: había desde niños muy ricos, jóvenes personajes muy conservadores, hasta estudiantes tremendamente desamparados, procedentes de barrios pobres y marginados de la ciudad. El espectro humano de la facultad era fantástico, la encarnación de la pluralidad nacional. La Facultad de Derecho que yo viví era un microcosmos del país, desde la aristocracia hasta el lumpen. Teníamos reuniones en casa de muchachos ricos en los barrios residenciales de mayor alcurnia, convivencias intensas en hacinadas casas de estudiantes provincianos, asiduidades en modestas moradas de clase media y encuentros étlicos y fraternales en Xochimilco, sobre una chinampa, con los muchachos de la Asociación de Estudiantes del Sureste del Distrito Federal.

El ámbito de la facultad imprimió a nuestras primeras andanzas políticas un tono imborrable de humanidad. Nos ofreció una convivencia plural en lo social, en lo ideológico y en lo geográfico, explicable tal vez porque era a un tiempo refugio de nobles tradiciones y camino abierto a la capilaridad y el ascenso profesional. Entonces; no digo que ahora. Y no sólo preparaba para entender al país, sino para iniciarse en el oficio político, que es la capacidad de comunicarse e identificarse con nuestros semejantes; poder hablar de veras con la gente, cualesquiera que sean sus procedencias, intereses o ideales. Por la amplitud contrastante de su espectro humano, la facultad nos dejó ese legado.

LF: ¿En qué medida los conflictos estudiantiles representan una oportunidad para el Estado de detectar líderes estudiantiles? ¿Ocurrió un proceso de cooptación?

PML: Nosotros éramos muy independientes del Estado, y las posibilidades de cooptación han sido diferentes en cada época. En nuestro tiempo el gobierno no disponía prácticamente de ningún vehículo de

cooptación sobre las élites, y los que ejercían la Iglesia y los partidos eran marginales. Los pocos que tenían filiación en el PRI, por esa misma razón no entraban en la política estudiantil: éramos realmente independientes de la política oficial. Quizá algún amigo que tenía un tío que trabajaba en el gobierno nos podía conseguir un pasaje en tren o alguna credencial para obtener descuentos, y más tarde la participación ilustrada en actividades del Instituto de la Juventud, pero eso no era propiamente un vehículo de cooptación. En mi generación menos que en otras, porque no abrigábamos el deseo de hacer carrera en el gobierno ni de militar en su partido. No teníamos vocación de *jilgueros*, lo que queríamos era irnos del país para seguir estudiando y armarnos de un aparato crítico.

GENERACIONES DESTACADAS

JW: Bueno, podemos hablar un poco de generaciones; la generación de Vasconcelos ¿qué significó? Antes y después hubo generaciones destacadas...

PML: Diré cómo veo a las generaciones en el México contemporáneo. El origen de mi relación con Daniel Cosío Villegas es una conversación viajando en un Volkswagen, acompañándolo a una conferencia que impartiría en Ciudad Sahagún. Fue el origen de una larga amistad. Descubrimos ese día nuestra preocupación común por las generaciones.

JW: ¿Cuándo fue?

PML: Cuando regresé la primera vez de Francia, en 1960. Acababa de leer un libro, que aparte de *Extremos de América* —una colección espléndida de ensayos— es el texto que más me gusta de don Daniel y del que más lecciones he extraído para el conocimiento histórico del sistema mexicano: *La Constitución de 1857 y sus críticos*. Es la gran refutación de las concepciones presidencialistas de Emilio Rabasa y Justo Sierra. Acababa de leer el texto, que me llegó a París. La plática sobre las justificaciones que esos autores hicieron de la dictadura porfirista fue el origen de nuestra afinidad intelectual, que más tarde llegó a la complicidad, como lo relata en sus memorias. Dos años después me invitaría

a incorporarme al cuerpo docente de El Colegio de México para ocuparme del análisis de nuestro sistema político.

Mi relación con Cosío Villegas se prolongó hasta su muerte, salvo que el último artículo de su vida lo utilizó para atacarme ferozmente porque tenía tres meses que me buscaba y no me encontraba; era una manera de mandarme llamar. El día que murió, comió con un íntimo amigo mío, lo invitó para decirle: “¿Qué pasa con Porfirio, que se me está escondiendo?” De esa comida se fue a morir, no sin antes recibir al jurista Jorge Castañeda, quien a su vez llamó al doctor Bernardo Sepúlveda para que atendiera a don Daniel en su gravedad. Era yo a la sazón presidente del PRI y habíamos hablado de la posibilidad de postularlo para senador dentro de una gran renovación intelectual del partido, como lo logré con Carlos Pellicer. Las circunstancias no lo permitieron y no tuve oportunidad de explicárselo.

En aquel viaje se inició nuestro diálogo sobre las generaciones, que ahora retomamos. Mira, vamos a dejar la generación del Ateneo a un lado, la conocemos bien; vamos a dejar también la de *Los Siete Sabios*, que es una generación suficientemente explorada.

JW: El Ateneo de la Juventud, ¿entre qué años tuvo auge y qué significó?

PML: El Ateneo fue fundado formalmente en 1910, aunque las personalidades que lo conformaron se iniciaron en la revista *Savia Moderna* hacia 1906 y más tarde fundaron la Sociedad de Conferencias. Es la generación de José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso e Isidro Fabela, bajo el impulso de Pedro Henríquez Ureña. Su irrupción es coincidente con la crítica política y social que prepara el estallido revolucionario, aunque su objetivo no sea idéntico. El rechazo que encarnan tiene que ver con otra vertiente del porfirismo: las ideas y los gustos literarios de la Bella Época. Impugnaban el positivismo y por lo tanto la filosofía oficial del régimen, pero también el modernismo y los excesos del afrancesamiento.

Luego viene la generación que más has explorado en tu tarea de historia oral, la de *Los Siete Sabios*, nacidos a mediados de los noventa del siglo XIX: Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín,

Alfonso Caso, Teófilo Olea y Leyva, Antonio Castro Leal, y Vázquez del Mercado. Se aglutinan en la Sociedad de Conferencias y Conciertos y aparecen en el horizonte histórico posrevolucionario. Su propósito explícito es difundir la cultura dentro y fuera de la Universidad; contribuyeron, por sus debates y tomas de posición ideológicas, a definir las opciones nacionales.

La de *Contemporáneos* sería la de aquéllos nacidos en torno a 1900. Lo que ocurre es que esa generación tiene dos vistas: la literaria, que son los *Contemporáneos* propiamente dichos: Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen, Enrique González Rojo, Carlos Pellicer, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Bernardo Ortiz de Montellano, primordialmente, quienes fundaron la revista que llevó ese nombre, y algunos que se habían agrupado previamente en *Ulises*. José Gorostiza y Jorge Cuesta estuvieron implicados en el movimiento, que fue esencialmente esteticista; inclusive Ermilo Abreu Gómez, que luego se hizo cabeza del estridentismo. Buscaron abrir las ventanas de la literatura y en general de la creación mexicana a los aires del tiempo. “Fidelidad a lo mexicano y lealtad a lo universal”, sería su divisa.

Pero hay otra vertiente de esa generación, menos explorada: la de Cosío Villegas, que viene siendo la de Mario de la Cueva también. Son personalidades universitarias que salieron a estudiar al extranjero, experiencia peculiar entre 1917 y 1920, que es la época del carrancismo. Igualmente, los jóvenes que don Venustiano Carranza manda de agregados culturales a las embajadas en América Latina. Es el caso de Luis Padilla Nervo, que inicia sus pininos diplomáticos en compañía de Carlos Pellicer y de tres estudiantes más. Lo que sucede con estas personalidades, parte indudable de la misma generación, es que provenían de ámbitos distintos y nunca se nuclearon en una asociación o revista, pero a la postre cada uno se realizó en su propio ámbito profesional con singular creatividad y semejante ambición fundacional.

Puede decirse que fue esa generación, a la mayoría de cuyos miembros traté, la que más influyó en mi formación. A ella pertenecieron el doctor Morones Prieto y mi propio padre, nacido en 1898; con ellos la relación fue claramente de estímulo y patrocinio. Con el tiempo se

fueron mezclando sentimientos encontrados y no siempre complementarios: ciertamente de protección y magisterio en algunos casos, pero también de recelo y rivalidad soterrada. Tal vez la última que tuvo una actitud abiertamente patriarcal hacia nosotros fue la de *Contemporáneos*. La que sigue es la de nuestros hermanos mayores.

Después de ésa viene la generación propiamente del 29, gentes que nacieron entre 1905 y 1910 más o menos, y que ya tienen intereses cruzados de renovación intelectual y de ambición política. A ellos, que son los sucesores inmediatos de su promoción, se refiere despectivamente Cosío cuando les llama “bardos aduladores desde la adolescencia”. La queja de Cosío es que esa generación, la de 1929, los desplazó a ellos de la cercanía de Vasconcelos: la generación verdaderamente importante para el origen del joven, para el vasconcelismo, según él, son ellos, y los que aparecen con el vasconcelismo formal, que en 1929 tienen su gran eclosión, ya con el Vasconcelos político; por ejemplo, Torres Bodet fue secretario de Vasconcelos cuando fue secretario de Educación. Hay dos generaciones vasconcelistas: los que estuvieron cerca del Vasconcelos secretario de Educación, en los primeros veinte, que es la de Cosío, Torres Bodet, etc., y la siguiente: la de Pepe Gorostiza, Alejandro Gómez Arias —el mayor de esa generación—, Mauricio Magdaleno, Baltasar Dromundo, Manuel Moreno Sánchez, Adolfo López Mateos —el más joven—; ésta es la de 1929 propiamente.

Luego viene una generación que no se llegó a formar como tal en una sola actividad, que es la de Octavio Paz, Alí Chumacero, Pepe Iturriaga, Arturo Arnáiz y Freg, que son los hombres de 1914 a 1917 más o menos.

JW: ¿Samuel Ramos?

PML: No, Samuel Ramos es muy anterior. Samuel Ramos está entre el Ateneo y *Los Siete Sabios*, cuando menos entre los *Contemporáneos* y *Los Siete Sabios*.

Es la generación de algunas revistas como *Taller*, una generación muy plural donde unos se formaron en la historia, otros son autodidactas. Enrique Ramírez y Ramírez estaría en este horizonte. Colocaría ahí a José Luis Martínez, a Arturo Arnáiz y Freg, a Pepe Iturriaga, a Octavio Paz, y a las mujeres: Carmen Toscano, Elena Garro —mujer de Paz—,

María Ramona Rey de Cabrera. *Rueca* es la primera revista femenina. Es el horizonte de 1914 a 1917, los nacidos en esa época.

Luego viene una generación muy peculiar, nacida ente 1920 y 1923. Coinciden en la Escuela Nacional Preparatoria en la época de la guerra; la de Luis Echeverría, José López Portillo, Juanito Noyola, José Rogelio Álvarez, Emilio Uranga, y ahí tiene dos variantes, porque los que se van a Filosofía hacen un grupo: Hiperión. De ahí son Emilio Uranga, Ricardo Guerra, en medio de esa generación de 1920. Echeverría nace en 1922 pero López nace en 1920. Hay buenos profesionales. De 1921 son Chucho Reyes Heróles, Jorge Castañeda, Javier Rondero.

Ahí hay un grupo muy interesante que se gesta en la Preparatoria Nacional, es una generación muy consistente. Pablo González Casanova es de 1922, es exactamente coetáneo de Echeverría. Casanova significa lo mismo que Echeverría, que en vasco quiere decir “casa nueva”.

Luego no hay nada importante sino los más jóvenes de Hiperión, que van hasta Paco López Cámara, Salvador Reyes Nevares, los *Niños de Morelia* —los españoles, que habían crecido—, y entonces ya viene como una generación muy definida, la nuestra, que es la de *Medio Siglo*. La generación de *Medio Siglo* somos los nacidos entre 1929 y 1934, más o menos. El mayor de nosotros es Carlos Fuentes; el menor, Miguel de la Madrid, si se le considera todavía de la generación.

EMW: Los de generaciones anteriores deben ubicarse en algún barrio también, porque cuando hablaba Ramón Beteta acerca de la colonia San Rafael...

PML: Pero él era por su madre adinerada, San Rafael era de los riquillos. Como lo dice muy bien Beteta, era de una madre muy rica, pero su hermano Ignacio se fue a vivir a la esquina de mi casa; la casa grande que había a 80 metros era la del general Beteta, las demás eran casas pequeñitas y lo que era el estilo colonial californiano, que luego se extendió hacia la otra parte de la colonia Del Valle: frente a la Ciudad de los Deportes todo es colonial californiano.

Estamos hablando también de la influencia americana, que empieza con Ávila Camacho. El Campo Marte, su Apolo. La influencia del colonial californiano es la segunda parte del avilacamachismo y la primera

del alemanismo: parte de las colonias Del Valle, Polanco y Condesa en los 1940 en México.

El espíritu angelino fue de los sonorenses, que no conocían la Ciudad de México; para ellos la ciudad era Los Ángeles, idea genial que me dijo alguna vez Rafael de la Colina: “La ciudad la sostuvieron los sonorenses, la ciudad de los periféricos es Los Ángeles, que tenían como punto de referencia”. Los Ángeles tiene más que ver con la Ciudad de México de lo que queremos: el colonial californiano es de aquí, no de San Francisco.

Entonces considero que la generación nuestra fue muy importante, y uno de los grandes problemas del México contemporáneo —según lo veo— es que la generación nuestra no gobernó. Nunca acabó de tener el mando del país, porque nuestra generación sí fue formada para la política, para la administración. Fue formada en la vida intelectual, y tiene una capacidad de gobernabilidad y de innovación muy grande.

Ahora, ¿qué características tiene mi generación desde otro punto de vista, respecto de las anteriores?

JW: ¿A qué generación pertenece Silva Herzog?

PML: ¿El padre o el hijo?

JW: Los dos.

PML: A Jesús Silva Herzog padre, ¿en qué generación lo ubicaría? Él sería coetáneo de *Los Siete Sabios*.

JW: Y el hijo en 1935.

PML: Sí, el hijo es de la generación inmediatamente posterior a la nuestra, pero en nuestra generación, yo creo que de la Facultad de Derecho. Claro, la de Echeverría —es decir, la de Pablo González Casanova— es de la Nacional Preparatoria, por eso hay economistas, abogados, filósofos, hay todo. En la Preparatoria se hace la generación de ellos en el grupo ARDE, Acción Revolucionaria de Estudiantes. Fue parte importante de esa generación.

Hay generaciones y personajes sueltos. Nosotros tenemos coetáneos en otras facultades, pero el eje fue la Facultad de Derecho, la influencia de Mario de la Cueva fue capital. El maestro De la Cueva es reconocido por todos, es el patriarca de nuestra generación.

JW: ¿De la Cueva tenía las ideas o facilitó las ideas de ustedes?

PML: Nos dio una enorme libertad de expresión, la defendía tremendamente; lo único que no quería es que fuéramos conformistas. “El pensamiento cobarde que se esconde no merece pertenecer a la juventud”, ése es el principio de su prólogo.

En mi generación hay un problema: en 1952 se crea otro fenómeno interesante, el henriquismo, que tiene que ver con la militancia política. Parte de los compañeros eran henriquistas, como Arturo González Cosío, Javier Hernández Cervantes, otros que estaban en la política con nosotros, y otros lombardistas. Estamos hablando de un momento en que la juventud no estaba con el gobierno y quienes nos indujeron más a la política fueron estos muchachos que estaban en la lucha nacional. Hay una ruptura porque mataron entonces a un abogado llamado Lanz Galera, abogado del henriquismo. Cuando lo asesinaron, mis amigos que eran militantes políticos me pidieron dedicar el editorial de la revista. No era el tono de la revista; por eso se buscaba una revista intelectual, con un ensayo de Karl Jaspers, el filósofo alemán de moda en ese momento, y un artículo de Jaime Torres Bodet. Entonces parte del comité ejecutivo decidió hacer un editorial denunciando la muerte de Lanz Galera, y esto motivó un problema con los más puristas, incluso tuve una discusión con Carlos Fuentes, y de alguna manera ganamos el punto: al siguiente número, o en ese mismo, dedicamos un artículo muy grande contra Ruiz Cortines. El editor, que era hijo de Antonio Caso —dueño de la editorial, había escrito revistas de oposición—, pagó un tiraje, una edición que se distribuyó por miles de ejemplares; el artículo se llamaba *Las manos vacías*. Es curioso porque ingresé al PRI entonces, pero de modo casual. Ingresé al PRI sin militar, por la vía intelectual.

EMW: ¿En qué año fue eso?

PML: En 1952, en tiempos de Jacobo Arbenz.

JW: ¿Cuando fueron a conocer lo que pasaba en Guatemala?

PML: Desde luego, y fue la razón o el pretexto. Tenía algún pariente que trabajaba en la Secretaría de Comunicaciones y nos consiguió el pasaje en tren hasta Arriaga; ahí tomamos un camioncito a Cintalapa y luego nos fuimos hasta el Suchiate. Cruzamos a pie y tomamos el

FIC —que así se llamaban los Ferrocarriles Internacionales de Centroamérica—; llegamos a Guatemala y nos presentamos con Miguel Ángel Asturias, que era el rector. Me regaló la *Revista de la Universidad de San Carlos*, muy bonita, por cierto.

No vimos a Arbenz, pero su secretario del Interior⁸ nos atendió personalmente, nos llevó a Antigua; él conocía a los estudiantes rebeldes, que casi a todos asesinaron después. Pasamos una semana en Guatemala o más, nos pagaron todo, y de ahí nos fuimos a El Salvador; se nos acabó el dinero y regresamos como pudimos. Para nosotros fue una gran aventura. Y entonces la tía de este amigo era jefa de redacción de una revista que hacía la CNOP, se llamaba *Rumbos Democráticos*. Un día, en una reunión, al contar el viaje nos pidió que escribiéramos un artículo: mi primer artículo, creo que se llamaba “Mi viaje a Guatemala”, algo así. Fue seis meses antes de hacer *Medio Siglo*, a principios de 1952; el primer número de *Medio Siglo* sale en octubre de 1952. Y entonces nos dieron una credencial de la CNOP y nos recibió su presidente, que era un político de Monterrey, un hombre de una personalidad muy agradable; cuando fui presidente del PRI narré cómo había ingresado, era una colaboración intelectual. Y aquí está la diferencia: fuimos educados en el apego a la Revolución mexicana, pero podíamos estar inscritos en el PRI y ser críticos del gobierno.

Y esto quiero subrayarlo: ésta es la carta que yo había hecho al renunciar al PRI, y que luego tiré porque no me pareció que era el momento de entrar en lo biográfico. Decía: “Ingresé al PRI en 1952 por la vía de una contribución intelectual, pero ese mismo año, en la revista que yo mismo dirigía critiqué severamente los crímenes del gobierno de la República, los crímenes cometidos por las gentes del gobierno”. Así iba a empezar.

EMW: ¿Tenías como 22 años?

PML: No, tenía 19 no cumplidos. Fui a Guatemala a la edad de 18 años, cumplí 19 en julio de ese año, cuando estaba haciendo el primer número de la revista *Medio Siglo*.

JW: Bueno, sí, pero protestando contra el PRI, ¿llegaste a ser miembro?

⁸ Augusto Charnaud MacDonald.

PML: Fui miembro en 1953, pero eso no me quitó mi libertad de expresión. Toda la juventud estaba en ese momento en contra de lo que entendíamos que era el alemanismo. Incluso nos opusimos a la recepción profesional de Miguel,⁹ no porque no lo mereciera, sino por la situación de la Universidad: él pasó sus exámenes no en la escuela, sino en casa de los profesores; había irregularidades administrativas. Nunca dijimos que no tuviera derecho, porque tuvo sus calificaciones, fue buen estudiante —Miguel es inteligente—, pero había irregularidades administrativas y nos opusimos a su recepción, que luego se hizo, sin que esto haya afectado nuestra amistad. Por cierto, él entendió siempre la razón por la que nos oponíamos.

LF: ¿Cómo definiría la guía ideológica de su generación hasta entonces?

PML: Hasta entonces es una generación liberal-social. No había estudiado marxismo. Nadie lo había estudiado; era una generación liberal avanzada.

El maestro De la Cueva fue el creador de la tesis de la igualdad de los derechos sociales y los individuales, como dos universos de los derechos del hombre. La guía ideológica en ese momento era el pensamiento de Mario de la Cueva, que era como una racionalización intelectual de la aportación de la Revolución mexicana a la teoría de los derechos del hombre. Estábamos mucho por una economía mixta, por un régimen individual y social, pero a un nivel no demagógico. La tercera vía no sería entonces del capitalismo ni del socialismo.

JW: Además del doctor De la Cueva, ¿hubo otros personajes importantes para ti?

PML: Dos personas que conocí siendo estudiante y tuvieron una influencia en mí fueron Víctor Raúl Haya de la Torre¹⁰ y Fidel Castro. Mi amistad con Haya de la Torre tuvo mucho que ver con todo esto. Traté a Víctor Raúl poco tiempo; fue una relación excepcional, tuvo una gran influencia. Llegó a México en 54 o 55, no lo puedo recordar, a casa de un amigo suyo que vivía en el primer tramo del Paseo de

⁹ Miguel Alemán Velasco (1932). A la sazón, hijo del presidente de la República.

¹⁰ (1895-1979). Peruano, fundador del APRA.

la Reforma, el ingeniero Vázquez Díaz —padre de Graciela Vázquez Díaz—, que vivió muchos años en México y por algún contacto de ese tipo me invitaron a platicar con él. Yo sabía de Haya por libros: me había impresionado mucho *Entre la libertad y el miedo*, de Germán Arciniegas, que es de aquella época de lucha democrática en América Latina. Hay un capítulo sobre el movimiento aprista, del que yo recordaba una frase que decía: “Cuando Haya de la Torre se lanzó a la política hasta las piedras cantaban su nombre”. La personalidad de Haya era muy seductora. Platicamos y tuvo una gran simpatía por mí; lo busqué tres o cuatro veces, fui solo o acompañado con amigos, pasamos una tardeada. Era un hombre que trabajaba todo el día, dormía tres o cuatro horas diarias.

EMW: Dijiste que ibas a hablar de Jaime Torres Bodet y de la influencia de todos estos hombres en tu vida, aparte de tu padre.

PML: Claro, pero eso es mucho después. Quiero explicar todo el tránsito de mi generación: quiénes quedamos dentro del gobierno, quiénes fuera y por qué.

Una de las decisiones esenciales de mi vida fue estar mucho tiempo en Europa, porque había tenido una dirigencia múltiple: líder estudiantil, líder en la oratoria, líder intelectual. Fui en mi generación lo que fue Gómez Arias¹¹ en la suya. Estaba yo en la cúspide, en la política era el número uno; en la revista y en la oratoria también. Carlos Fuentes era una parte de mi mundo, Miguelito de la Madrid era otra parte, es decir, me tocó por razones equis estar en el puesto directivo de todas las élites: de la intelectual, de la oratoria y de la política estudiantil. Llegué a tener todo tipo de figuración y de liderazgo en mi generación, y necesitaba echar tiempo de por medio. Me costaba mucho trabajo pensar en mi futuro; no podía estar en un modesto empleo público tampoco, por eso me resistí a entrar en el gobierno.

Era una finalidad y un objetivo ir a estudiar a Europa, era fundamental. Prácticamente todos salimos de México —no todos, pero la gran

¹¹ Alejandro Gómez Arias (1906-1990). Campeón de oratoria en 1928. Presidió la Federación de Estudiantes del Distrito Federal entre 1928 y 1929, cuando ocurrió el movimiento estudiantil que indujo al gobierno de Portes Gil a decretar la autonomía universitaria.

mayoría—: algunos a Francia, otros a Italia, a Alemania, a Inglaterra, a Madrid también, pero nuestro eje de operaciones era París.

EN EUROPA

PML: Entre 1955, 56, 57, los principales líderes intelectuales de mi generación fuimos a Europa. Algunos salieron antes, como González Pedrero, que es de nuestra generación con una biografía aparte; Pablo González Casanova, Manuel Cabrera, otras gentes, pero digamos, personalidades individuales. Carlos Fuentes venía de Europa, por ejemplo. Yo salí en octubre de 1956.

Estudiamos en otro horizonte cultural, completamente distinto de aquel en que estudió la generación anterior. Coincidió, por ejemplo, con la creación de la Casa de México en París, en 1954; con la ampliación de las becas de los servicios culturales de las embajadas, que empezaron en competencia, después de la guerra, a ofrecer cada vez más becas, a ganarse un poco a la juventud. Eso establece una diferencia muy grande con la generación anterior, que no hablaba otros idiomas, no había estudiado en el extranjero ni había viajado. Los hiperiones, por ejemplo, de la generación anterior, viajaron tardíamente y, claro, nos los encontramos en Europa. Por el lado intelectual de la anterior estuvieron Emilio Uranga, Ricardo Guerra, Jorge Portilla, Osvaldo Díaz Ruanova.

Salvo los que fueron diplomáticos, los políticos de la generación anterior no habían salido del país. Echeverría y López Portillo fueron en viaje de estudios a Santiago de Chile; Reyes Heróles había hecho una beca de dos meses en Argentina. Pero además no conocían el mundo y ahí hay una diferencia. En el poder empezaron a viajar, o han viajado mucho después de que estuvieron en el poder. Ojalá lo hubieran hecho antes, las circunstancias no se los permitieron.

Nosotros vinimos hablando otros idiomas, trayendo un conocimiento sobre todo contextual. Creo que la diferencia de nuestra generación respecto de las anteriores es que su cultura académica se volvió contextual.

JW: ¿Cuándo empezaste a estudiar lenguas extranjeras?

PML: El francés desde la secundaria en el CUM; el inglés nunca lo estudié en la escuela. Fue mi laguna durante muchos años. Mi jefe de clases en la preparatoria era de origen francés y su materia era el francés; claro, un francés escolar. Luego me inscribí en el IFAL,¹² que era además un centro cultural donde estuvo el primer cineclub que hubo en México. Era el otro ámbito cultural, además de la Facultad de Filosofía y Letras: Mascarones y el IFAL.

EMW: Pero la influencia del latín también cuenta.

PML: El latín lo estudié en la preparatoria. El francés se me facilitó y aprendí a hablarlo en Francia en un año: a los dos años de estar allá daba clases en francés en Toulouse, y en esa época hablaba francés casi como el español. El inglés se me retrasó mucho, lo entendía, hablaba elementalmente; uno de mis intereses en ir a Nueva York fue, además, la inmersión en la cultura anglosajona, que para mí era importante. Aprendí el inglés en Nueva York realmente.

Mi idea era estar un año en París y un año en Londres, pero no pude conseguir la beca a Londres y me quedé en París. Todos queríamos estar en Inglaterra un tiempo, para nosotros también era meta tener alguna inmersión en esa cultura.

JW: ¿Por qué Inglaterra y no Estados Unidos?

PML: Bueno, pues eso era muy claro: era una cultura madre, y además, afirmar. Es decir, la educación europea es parte del nacionalismo mexicano.

LF: ¿No generalizas una experiencia muy tuya, nada compartida, como cualidad del mexicano? Hablar de ir a Europa y hablar francés, ¿no es una característica del elitismo mexicano?

PML: Eso no es elitismo en el sentido social, nosotros éramos de una clase modesta. No es clasismo...

LF: Pero tu sensación de tener las puertas abiertas al mundo, tu aprendizaje del francés, ¿no es algo excepcional?

¹² Instituto Francés de América Latina.

PML: No es lo mismo el francés para el porfirismo que para nuestra generación. Para nosotros era incluso ideológico; era la puerta a una ideología progresista. Quien nos animó más a ir era un hombre de ideas progresistas y avanzadas, no me pareció nunca marxista: el maestro De la Cueva. Al contrario, era de proveniencia de un mundo mexicano muy criollo, de una ideología de la época del *Ariel*, de una formación más bien liberal tradicional.

NOCIÓN DEL TERCER MUNDO

PML: Nosotros fuimos en búsqueda no de Europa, fuimos en búsqueda de la evolución ideológica. En París no solamente nos hicimos latinoamericanos cabales, sino también tercermundistas; ampliamos nuestro contacto con el Tercer Mundo, y ahí van las dos vertientes: Movimiento de Liberación Nacional y nosotros.

Yo llego en 1956 a París. En 1956 es la guerra del canal de Suez, una agresión tremenda de Inglaterra y Francia en contra de Egipto y un acto tremendamente colonial del gobierno socialista francés de René Coty, lo que me marca fundamentalmente.

Estuve cuatro años. Mi estancia en Francia es también el inicio de la revolución argelina en 1956; es el cambio de la Cuarta a la Quinta República francesa y la guerra de Argelia, y mi profunda identificación con la revolución argelina. Yo me identificaba como argelino. Un capítulo de mis memorias se llamará *Porfirio l'algerian*, porque me hacía llamar argelino, y de ahí mi fraternidad con los argelinos; soy ciudadano honorario de Argelia.

¿Qué ocurre en 1956? El xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en la era de Kruschev; el gran movimiento antiestalinista, el surgimiento en esos años de la marxología, que ya es la visión no dogmática del marxismo —marxología de los jesuitas, de la inteligencia europea—; Budapest es parte de esto.

LF: Bueno, ¿pero esto es ahorita una intelectualización del viaje?

PML: No, así fue, es que esto era lo central para nosotros.

LF: Es que es distinto verlo hoy a la distancia.

PML: No, no entonces; de eso hablábamos, tenemos la correspondencia entre nosotros. Unos estábamos en Alemania, otros en Italia, otros en Inglaterra, y éstos eran nuestros temas.

Descubrimos ese mundo. Decía el maestro De la Cueva: “Hay que hacer sacrificios por la cultura; ustedes tienen que formarse en Europa”. Pero además sabíamos, teníamos una idea de que eso estaba ocurriendo en Europa también.

Al principio mi idea era estar un año en Francia, hacer un curso de sociología política —como yo le llamaba, ciencia política— y después ir un año a Inglaterra, pues eran los dos idiomas, era abrirse al mundo y regresar a México a dar clase en la Universidad. Lo que pasa es que descubrimos un momento muy importante, el desplome del colonialismo francés, nada más; el momento del no alineamiento.

La única revolución que he vivido no fue la mexicana, ni la cubana ni la nicaragüense, no; fue la argelina, y por una razón: mi tipo físico. Yo era mucho más delgado entonces; sin sol se vuelve uno un poco cetrino, y tenía el cabello muy ensortijado, usaba un pequeño bigote y la gente me tomaba por argelino en Francia. Yo solía andar con mi pasaporte, pero me chocó porque hasta en el interior de Francia y en Argel misma lo exigían. El que haya visto a Gillo Pontecorvo¹³ comprenderá fácilmente.

Llegó un momento en que ya no quise justificarme, porque tuve fuertes elementos raciales de identidad con los argelinos. Pero no solamente en Argelia; también con los franceses tuve elementos raciales muy fuertes, y eso es natural en una guerra de descolonización. En México dinamitaban y robaban las tiendas de gachupines; había menos diferencia aquí porque había mestizaje.

Fui muy agredido físicamente. A veces los argelinos mismos me confundían y me saludaban con su signo, hasta que un día decidí dejar mi pasaporte y decir “soy argelino”, es decir, asumí mi nacionalidad de hombre del Tercer Mundo. Adquirí una gran conciencia étnico-polí-

¹³ La película *La batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo (1966).

tica en Francia. Pensar que la educación francesa es *la* educación es un error. El Barrio Latino es un reducto cultural; es como decir que uno no se hace pro yanqui, pero anda en las comunidades México-norteamericanas de Los Ángeles. Pues es decir lo contrario, porque ahí los veo con sus fachas y singularizándose frente al *mainstream*.

El mundo latino es un gueto de los latinoamericanos y de otros, porque hay la Francia de las ideas y la Francia de la vida cotidiana, que es muy tradicional y, como sabemos, racista. Francia fue en esa época muy racista. Es etnocentrista el francés, un hombre muy agudo.

Hay muchas acepciones de racismo, y los racismos más fuertes y más remanentes existen en los países que tienen más capas étnicas. El país donde el concepto de raza más penetra el conjunto de la sociedad es Estados Unidos de América, por razones obvias; se ha formado con capas étnicas. Entonces, el concepto de raza, por su cotidianidad y por la estructura geológica de la sociedad norteamericana, es más fuerte en esta sociedad que en ninguna, y no de ahora sino desde el origen.

No hablaré de nacionalidades; quiero decir que nos marcó la independencia de los pueblos africanos y asiáticos, el nacimiento del concepto de Tercer Mundo —concepto francés de Alfred Sauvy— después de Bandung,¹⁴ que es el renacimiento del no alineamiento. Primero, la unidad latinoamericana en un sentido progresista: tenía amigos argentinos, peruanos, chilenos. Yo no vivía en la Casa de México, me fui al Barrio Latino. Esta idea de unidad latinoamericana era muy fuerte. Muchos de nosotros no andábamos en la Casa de México cantando “Qué lejos estoy del suelo donde he nacido”. Mis amigos eran bravos e ideológicamente muy fuertes, sobre todo tuve amigos peruanos y chilenos, y un guatemalteco que murió, Fito Mijangos.¹⁵

¹⁴ Conferencia en Indonesia que en 1955 reunió a 29 jefes de Estado de la primera generación poscolonial de líderes de África y de Asia para identificar y evaluar problemas mundiales, con el fin de desarrollar políticas conjuntas en las relaciones internacionales.

¹⁵ Oscar Adolfo Mijangos López. Abogado y notario, graduado en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de San Carlos de Guatemala, donde después fue catedrático. Doctorado en Derecho por la Universidad de París. Era diputado cuando lo asesinó un escuadrón paramilitar el 13 de enero de 1971.

Tuvimos conciencia política de lo que ocurría, nuestra identificación con el nacimiento del Tercer Mundo, aunque nuestra relación personal no era tanto con vietnamitas ni con argelinos; eso era más periférico en la vida cotidiana, más casual, pero sí: el mundo latinoamericano estaba muy unido en torno a la revolución argelina, ese gran conflicto que conmovió a la sociedad francesa. Y claro, nos opusimos en movimientos de calle a la llegada de De Gaulle porque no entendíamos tampoco claramente el fenómeno gaulleano, sólo se apareció como un fenómeno derechista y autoritario. Aunque no lo era, pero así apareció.

No estudié el marxismo sistemáticamente sino más bien la marxología, el ambiente de lo que fue la conciencia crítica del pensamiento socialista. Ésta fue nuestra formación, más el aspecto académico tradicional francés: política, derecho constitucional. Mi profesor principal fue Maurice Duverger, sin embargo, era una época de grandes maestros. Estudié Historia de las Ideas Políticas con Jean-Jacques Chevallier, Derecho Constitucional con Georges Vedel. Me tocaron los grandes profesores franceses. Iba a Ciencias Políticas en un seminario de Duverger. Estudié los cuatro cursos del doctorado en Derecho Constitucional y Ciencia Política, que fundó cuando llegué el profesor Sarrailh —hispanista, por cierto—, y en la Sorbona seguí dos cursos públicos de Aron completos, de Sociología, y tuve buena relación con Aron aunque yo no estaba en el ámbito de la Sorbona. Todavía seguí el curso de Sociología Política con Georges Gurvitch.

LA CULTURA CONTEXTUAL

El salto nuestro, intelectualmente hablando, fue cualitativo. Obtuvimos lo que llamo una *cultura contextual*. ¿Qué significa esto? En México tuvimos una formación, sobre todo en la Facultad de Derecho, con una gran aspiración internacional y cosmopolita pero desde una perspectiva local. Quizá quitando a la Facultad de Filosofía y Letras, el sistema de enseñanza tradicional más ecléctico en México es el de Derecho. Es característico de la Universidad mexicana de los primeros años del siglo, cuando se acabó la influencia exclusivamente francesa.

La educación mexicana superior tiene una característica muy interesante, y se da en algunos lugares de Latinoamérica pero en México es muy marcada: la pluralidad de influencias y de autores. A lo mejor se da también en Medicina y en Física. En Derecho tú estudias Derecho Civil con autores franceses fundamentalmente; Teoría del Estado, que es una materia cuyo nombre mismo es alemán, con autores alemanes: estudias a Heller, a Kelsen, a Schmidt, Jellinek. Filosofía del Derecho, con autores fundamentalmente alemanes: Radbruch, Jhering, etc.; Derecho Penal y Derecho Procesal con autores italianos como Francesco Carrara, Carlo Furno y Giuseppe Chiovenda; Derecho Mercantil con autores españoles, y ahí vas.

Esto en la Facultad de Derecho de México; Teoría del Estado, Derecho Constitucional, mucha teoría francesa *constitutionnel*, luego también autores anglosajones. Es muy importante estudiar la formación del derecho anglosajón, se conoce y se estudia la formación del derecho constitucional norteamericano, el proyecto federalista, conceptos que sabes y puedes utilizar.

Et ainsi de suite para la cultura nuestra; es decir, igual veíamos la literatura italiana que norteamericana. En mi generación fue importante la obra de Faulkner, de Hemingway y la de Arthur Miller. Sartre era el autor central de nuestra generación, pero estaban los ingleses —O'Neill—, estaban los alemanes: Thomas Mann. Entonces llegamos a Europa. Eso me lo dijo un día Víctor Flores Olea: “A los alemanes, de Mann no los sacas; a los ingleses no los sacas de O'Neill y a los italianos no los sacas de tal y de cual. Somos los más universales de la Tierra. Y mira, en Roma me pasa: sabemos derecho alemán, derecho francés, derecho italiano, y estos cuates no; son culturas monolíticas, mano”. Le dije: “Sí, pero no sabemos nada de nada tampoco, porque para eso son culturas contextuales”.

Ahí surgió la expresión de la *cultura contextual*. Hay que saber en qué contexto histórico y cultural se da el pensamiento político francés, en la historia de qué Estado y en la historia de qué cultura nacional. Eso nos dio un contexto que el que estudia desde México no sabe.

Debo decir que rifamos enormemente. Tenía amigos en Colonia y en Friburgo y fui varias veces a Alemania. Discutíamos teoría del Estado

con los alemanes, conocíamos a sus autores; tuve debates en inglés o en lo que podíamos, en francés, con estudiantes alemanes. Teníamos una formación en Heller, el propio rector de la Universidad de Colonia, que era Karl-Heinz, conocíamos la obra de Karl-Heinz. Discutíamos también con estudiantes franceses lo que fuera de Teoría del Derecho Constitucional. Entonces, México es un Tercer Mundo muy peculiar, incluso por las influencias que muchos hemos tenido. Fernando Henrique Cardoso me dijo alguna vez algo: “Porfirio, ¿por qué crees que todos los intelectuales de nuestra generación hablamos español? Porque aprendimos en los libros del Fondo de Cultura Económica”. En gran parte también nos hizo muy universales, así como la inmigración española: recibimos a una élite española que tenía una gran formación. Los grandes maestros españoles son grandes traductores también, como Wenceslao Roces, José Gaos y Eduardo Nicol. Tuve cuatro profesores ex rectores de universidades españolas; a Pedroso, a Niceto Alcalá-Zamora, a gentes de primerísimo nivel. Éste es el tamaño de la educación que recibimos en México. Íbamos a casa de Pedroso entonces; conocimos a Gaos y a la gran gente, catedráticos que hablaban idiomas, era una generación española muy europea.

EMW: ¿A ti te dio clases don Pepe Miranda?

PML: No, pero leí su obra. La estructura de mi curso en El Colegio tiene más que ver con el libro de Miranda que con cualquier otro; la parte indígena, la parte colonial. No conozco bien la obra. Digo “bien”, además, porque no me especialicé en la historia de la Colonia; yo tenía ciertos autores clave, una diferencia entre Habsburgos y Borbones. La parte indígena es muy débil, su sistematización de las principales instituciones y su conceptualización de las instituciones de la monarquía española en América son excelentes, el sistema conciliar, todo esto. Creo que es más fuerte en Austrias que en Borbones. Es excelente, Miranda.

Están además las instituciones jurídicas, porque en mi curso di mucho la evolución de la sociedad latinoamericana. Aquí está Pepe Durand en Berkeley, tiene un libro maravilloso que se llama *La transformación social del conquistador*.

En Europa nuestra experiencia no fue elitista en el sentido que tú la ves, allí vivíamos como bohemios en el Barrio Latino, en un ambiente de gran pasión política e intelectual; no era una vida académica propiamente dicha. La generación que nos precedió, los hiperiones, nos dijeron: “Aquí la mitad de la cultura es Boulevard, la otra es el periódico”. La cultura es la lucha política.

Íbamos a la universidad y luego pasábamos nuestros exámenes, porque la universidad francesa tiene esa ventaja —como la mexicana de antes—, que no va uno a clases; el chiste es pasar los exámenes. Nos encerrábamos dos meses leyendo para pasar los exámenes, pero viajábamos mucho por Europa en trenes, a pie, de aventón, como podíamos. Una actividad cultural intensísima. Por ejemplo, caracteriza a mi generación una afición muy profunda por la música, por la pintura. Íbamos a todos los museos.

JW: ¿Pero ustedes tenían becas?

PML: ¿Yo? Beca del gobierno francés.

LF: Esta visión de élite tal vez no debía ser en el sentido estrictamente económico; como esta parte de la población que al final de cuentas termina dirigiendo a la sociedad, desde ese punto de vista indudablemente que ustedes eran la élite.

EMW: Claro: era una élite intelectual, tuvieran o no conciencia de ello.

PML: Pero no una educación elitista en el sentido de la francesa. Si por elitismo se entiende que fuimos afrancesados, no. Al contrario, tuvimos pleitos importantes con la mentalidad francesa corriente. Llegué a tener excelentes amigos en Francia y siempre sostuve con ellos la gran polémica, porque yo hablaba a las dos Francias: la Francia universal, la Francia local. La Francia local que es rural y provinciana, y se afirma en sus valores conservadores, y la Francia que es una oferta de racionalidad mundial, de cuya importancia los franceses mismos no se dan cuenta, y a veces se molestan porque uno les habla de la Revolución francesa. Como si fuera de ellos, ¡pues no es de ellos!, en el sentido de la otra cultura universal francesa. Por eso, algún día que Luis Agüero y yo nos pusimos a dar una definición entre Nueva York y París, ciudades

que amamos los dos y que hemos vivido, llegamos a esta conclusión (es *copyright* común, como lo acordamos un día en Nueva York), el hallazgo de los dos es el siguiente: París es la ciudad conceptualmente más universal y vitalmente más provinciana; Nueva York es la ciudad conceptualmente más provinciana y vitalmente más universal. Así es.

El *New York Times* es el *Falfurrias Times*, nada más que en grandote. Es el poste de Nueva York, aunque Nueva York es todo, hasta Alaska y hasta la Patagonia; Nueva York es el universo.

JW: ¿Y Los Ángeles?

PML: Es *delicious, delicious*. *Los Angeles is a set of neighborhoods in the search of the city*: definición mía.

LF: Es correcta.

PML: Es *Muñoz Ledo's definition*.

EMW: *Copyright*.

LF: Hay quien sostiene que si la élite se educa en el exterior, cuando regresa trata de incorporar parte de la enseñanza a la sociedad en que vive. Como parece inevitable que uno trate de aplicar valores universales, ¿en qué medida es esto también un elemento de frustración?

PML: Para mí en ninguna, porque nosotros no quisimos incorporar a Europa.

LF: Pero sí valores universales que obviamente trajeron de Europa.

PML: Pero insisto, para mí uno de los elementos más importantes en una formación es la conciencia de pertenecer a un universo; es entender aquello que llevamos profundamente anclado, es nuestra conciencia histórica mexicana. Voy a explicar cómo lo entiendo: para mí lo más importante, lo que me define, es mi convicción de que México es el corazón del mundo en desarrollo.

Dos convicciones tengo. La primera es que la capital histórica de este continente se llama Tenochtitlan, y segunda es que la síntesis del mundo en desarrollo es México, porque si hay un país en cuya cultura histórica está la noción del mestizaje, la noción de ser crucero de varias culturas, es el nuestro. México ha tenido todas las experiencias: de la colonización, de la descolonización, de la recontracolización, de la revolución social, etc. El país con más vivencias históricas de descolonización es

México; el país cuya historia se define más claramente como una brutal, fantástica hazaña por la descolonización, con todos sus vaivenes, porque es el más cercano al más poderoso país del mundo, porque fue el que tuvo al más poderoso imperio sobre él, la parte más fuerte de la cultura española.

Como es ése el corazón del pensamiento en el Tercer Mundo, como no hay una diferencia fundamental, como el Tercer Mundo es una categoría ontológica, es una categoría circunstancial, el Tercer Mundo se define por una voluntad descolonizadora y por una conciencia de haber sido colonizado. Claro, India es otro caso, así como Brasil, Argelia, Ghana, Zimbabue, Sri Lanka, son otros casos distintos, pero en el fondo, de todos los países del Tercer Mundo —son 127— nadie tiene dificultad, ni los indios, en reconocer que México sea un país líder por definición.

Ésa es la razón de ser de mi vida: probar que México es un país históricamente fundamental, y que además lo ha probado con hechos. La importancia que puede tener México en la escena mundial es absolutamente impredecible, inimaginable para quienes no lo saben: cómo define la cohesión de América Latina y el equilibrio del Tercer Mundo, cómo puede definir el equilibrio Este-Oeste.

IMPACTO DE LAS LUCHAS HISTÓRICAS DE MÉXICO

PML: Lo que me dio París es la conciencia, la ubicación de México en la historia; la ubicación de mi país en el espectro mundial. Qué papel tiene México, cómo se ubica un mexicano, un mexicano auténtico y genuino, independiente, nacionalista, con conciencia de la historia, en el espectro mundial. No quiero ser *mexicomegalomaniaco*, lo digo nada más por enfatizar.

¿Qué profunda conexión había entre Argelia y México? En una loma en el centro de Argel, que antes eran unos *bidonville*, ahora se ha hecho un parque con un museo histórico de la Revolución de Argelia. La última vez que fui, vi en la vitrina central una cosa muy bonita en una hoja de papel, un *collage* de un revolucionario argelino que hizo la

resistencia y después se ahorcó en la cárcel. Antes de ahorcarse hizo un gran dibujo de Emir Abdelkader,¹⁶ que fue el defensor de la independencia de Argelia en los sesenta del siglo XIX; era un emir que le mandaba cartas a Juárez y a Lincoln. Tenía la imagen de Emir Abdelkader, y arriba el escudo nacional mexicano con el águila y la serpiente. Eso ha sido un dato muy importante en mi vida porque todo lo que yo había pensado se me concretó: ¿cómo es posible? Eso lo hablé con Rabah Bitat y con Houari Boumédiène, el presidente, que es amigo mío. Dije: “Mira, ve esto. Es increíble”. Le mandó sacar una copia. ¿Cómo un luchador rural de Argelia antes de morir dibuja el escudo nacional mexicano? Cosas que he sabido de testimonios de los vietnamitas respecto a sus referencias a Pancho Villa y a Zapata, es impresionante.

El peso que tienen en la conciencia profunda del Tercer Mundo las luchas históricas de México es algo que jamás hemos medido. Pero es de una obviedad absoluta: cuando viene el segundo avance del colonialismo europeo, que es el colonialismo francés, Juárez es un precursor de Ho Chi Minh. Por eso en el discurso que dio Echeverría en el balcón del Palacio Nacional en el gran homenaje a Juárez, el 18 de julio —yo escribí ese texto—, sin hablar de Ho Chi Minh ahí lo digo: cómo la lucha de Juárez es la primera contra el neocolonialismo, pero antes que cualquier otra, y es única, pues curiosamente la lucha de Juárez contra los franceses nos da una gran vigencia en países que han sido colonizados por esas potencias europeas.

La independencia contra España: ahí está Bolívar, que es el gran personaje, pero la guerra México-norteamericana también tuvo una gran importancia. Como me dijo un día un profesor soviético: “¿Usted sabe que el único soldado extranjero que ha entrado a Estados Unidos se llama Pancho Villa? Debería tener más monumentos”.

Hay que ponderar, por ejemplo, la importancia de la lucha de Juárez para los países que se independizaron después de esos colonialismos. La enorme figura de Bolívar, que no se puede siquiera discutir, es la figura

¹⁶ Abd al-Qadir al-Jazā'ir (1808-1883). Héroe nacional de Argelia. Encabezó la lucha política y militar contra la invasión francesa a mediados del siglo XIX.

cumbre de la independencia de Latinoamérica, de eso no cabe la menor duda, ¿pero qué significa eso para argelinos y para vietnamitas? No; la lucha de Juárez contra los franceses: ¿qué país ha derrotado al ejército francés? Entre todos le ganamos a los realistas españoles, pero a los franceses nada más nosotros. ¿Qué ejército del Tercer Mundo ha luchado contra el ejército norteamericano que no haya sido derrotado? Los vietnamitas lucharon contra franceses y norteamericanos; para los vietnamitas somos muy importantes en sus luchas antes y después de Dien Bien Phu. Para todo ese universo tenemos una gran significación histórica porque México luchó contra el imperialismo español, contra el imperialismo francés, contra el expansionismo norteamericano, los tres. Eso quiere decir algo, y tuvo la revolución más tercermundista que hay, porque es una revolución social; no fue ni socialista ni liberal ni nada. La primera revolución social del siglo, que nos da una gigantesca vigencia en la imaginaria política. Esto lo voy a explicar cuando exponga la tesis de Víctor Raúl Haya de la Torre sobre la Revolución mexicana, aparte de Córdova.

No quiere decir que México sea económicamente poderoso, sino que tiene un valor histórico, simbólico, muy importante. En la medida en que México se raje, el Tercer Mundo se desfonda, por eso en mi última declaración en *Proceso* hablo del esquirolismo mexicano como causa de la derrota latinoamericana. Uso la palabra: esquirolismo del gobierno de México, el tapón del problema latinoamericano es México.

Eso lo aprendimos, pero no como una vanidad; quizá como conciencia de fuerza lo adquirí en Naciones Unidas. Cuando estuve ahí, todos los discursos cuando me sumé en veinte, cuarenta cenas diplomáticas decían: “La sexta gran potencia es México”. Además era cierto. Lo dijo un embajador de India, el embajador de Yugoslavia —ahora el de Francia, incluso—: yo representaba a la sexta gran potencia. Además, tenía derecho de veto en el Consejo de Seguridad: organicé el grupo no alineado, que votamos 89 veces juntos mientras yo estuve, claro, con derecho de veto.

JW: ¿Y los primeros cinco?

PML: Las grandes potencias nucleares: Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra, Francia y China. Los cinco países con derecho

a veto, los organizadores de la Guerra Mundial, los que determinan y además tienen el monopolio nuclear por el Tratado de No Proliferación, pues eso es lo que se ganó con la guerra. Los otros dos, poderosísimos, son Japón y Alemania, pero a nivel político internacional no, porque tienen muchos derechos limitados que vienen de haber perdido la guerra.

A París no la veo como una ciudad francesa. Hay la parte francesa, que me choca; pero era entonces un centro de convivencia de latinoamericanos, de gente de todo el mundo que nos dio ubicación, nuestra posición en el mundo, y nos enseñó nuestras tablas de identidades, nuestras equivalencias.

Cuando llegamos estábamos muy orgullosos de que sabíamos un poco de literatura inglesa y francesa y alemana, etc., pero eso fue el primer año; después entramos en las grandes luchas ideológicas y políticas de la independencia de África y de Asia. Esto tuvo un impacto a nuestro regreso. Yo estuve más tiempo que casi todos los demás, más de cuatro años en Francia. Algunos que tenían esta experiencia se sumaron al Movimiento de Liberación Nacional, pero el MLN estaba más situado en el origen, en el espectro de la Revolución cubana. La Revolución cubana me tocó en Europa. Estuve dos veces en la cárcel, macaneado, por ser argelino, por identificarme con Argelia.

Cuando me fui a Europa, Haya me dio la dirección de donde iba a vivir, él se fue antes que yo y vivió en casa de un amigo suyo en Bruselas, en el número 12 del Boulevard de los Hospitales. Hice mi primera vacación, lo busqué y lo vi, y después él fue a vivir un año a París y lo vi muchas veces en año y medio; nos veíamos en cafés, en Saint Germain. Lo dejé de ver un poco porque el grupo latinoamericano era muy bravo, peruanos y chilenos ideológicamente eran marxistas, trotskistas y él ya se había vuelto muy anticomunista, pero por años mantuve correspondencia y una relación muy agradable con Víctor Raúl. Un día me dijo en París que ésa había sido una gran cosa para él, que por naturaleza dormía muy poco; nunca había tenido necesidad de dormir mucho. Creo que hablamos de Napoleón, que dormía muy poco también. Era un hombre que sostenía correspondencia: esas horas en que los demás

dormimos las pasaba manteniendo correspondencia, escribía muchas cartas, mantenía una red de relaciones amplia. Cuando hicimos la reunión de partidos políticos latinoamericanos y europeos en Caracas en 1976, toda la sociedad democrática en los setenta, pedí a los socialdemócratas, a Abramcia, a Ocaria, a Felipe —que no era nadie entonces—, y a Carlos Andrés y a Rómulo Betancourt, que el que cerrara el congreso fuera Víctor Raúl; incluso en la mesa principal, ahí en Casona, no estaba él. Yo le hice una silla junto a mí, quedó exactamente enfrente de Abraham. Pero los europeos no tenían idea de la importancia de Víctor Raúl, y me quiso mucho, tengo una correspondencia con él. Siempre habló muy bien de mí, me dijo en una carta que yo era el líder natural de América Latina. Lo sabe Alan,¹⁷ por eso mi amistad con Alan, a quien conocí ahora, ya siendo presidente. Los apristas saben lo que llaman mi relación histórica con Haya. Fue de simpatía, de identificación ideológica, él había trabajado con Vasconcelos en la época de Torres Bodet, entonces, había mucha conexión.

JW: ¿Él estuvo en México entonces?

PML: Estuvo después de que salió de su asilo en la embajada de Colombia. Su primer libro, que me dedicó, es *El asilado silencioso*, de 54 o 55. Estuvo hasta 56 en México y se fue antes que yo a Europa, estuvo un año en México.

JW: ¿Y el *Che* Guevara?

PML: Tengo la impresión de no haber conocido al *Che*. Hay quien me dice que estuvimos en algún lugar juntos, pero la gente hace mucha leyenda. No tengo registro de haber conocido al *Che*. Puede haber sido que en alguna reunión lo haya encontrado; hay muchas gentes en México que lo trataron porque él incluso vivía sacando fotos en San Juan de Letrán y en el Zócalo, o porque se hizo fotógrafo en la revista *Mañana*.

De Fidel recuerdo los lugares y los sitios donde lo vi, la ceremonia a la que lo invité, etc. Es más, cuando lo encontré muchos años después en Naciones Unidas, nos hablamos de tú: “¿Cómo estás, Fidel?”, “¿Cómo

¹⁷ Alan García (Lima, 1949). Presidente de Perú durante los periodos 1985-1990 y 2006-2011.

te va, Porfirio?" En principio, por lógica. Conmigo es muy cariñoso, me invitó una vez a La Habana; estuve con él largamente hablando antes de la reunión de Cancún. Cuando salí de Naciones Unidas me mandó llamar y ahora estoy invitado para darme la más alta condecoración cubana. No he ido por diversas razones, no creo que sea oportuno un viaje mío a La Habana. Ahora todo mundo lo entiende. He cultivado más relaciones con otros latinoamericanos. A él lo he visto desde que es primer ministro tres veces, pero sé que siempre se expresa de manera inmerecidamente elogiosa de mi modesta persona.

Con Víctor Raúl fue importante porque fue el reencuentro de él con el liderazgo juvenil mexicano. Trabajó con Vasconcelos, fundó el APRA en México el 7 de mayo del 24. Le íbamos a hacer el homenaje cuando estuvo Alan García, ahí en la Nacional Preparatoria; entonces él conmigo reencontró muchas cosas de su época de joven.

En 55 terminé yo en la Sociedad de Alumnos y decidí irme al año siguiente a Europa; no tengo de qué vivir, me pongo a dar clases. Di clases en la Universidad Femenina de México, de actividades culturales; magníficas alumnas. Di dos clases en la Preparatoria Nacional, primero historia universal, luego sociología y el primer seminario de Revolución mexicana. Y claro, para mí era muy difícil hacer todo, no quería yo trabajar en el gobierno como empleado, no quería ser cooptado por el sistema, no quería ser *jilguero* —como se decía—, orador del gobierno; quería terminar mi formación y luego ver qué hacía. Entonces me fui lo más pronto posible a Europa.

En 1956 tuve que vivir de dar clases; ya no tenía ingresos por cursos ni nada que se le pareciera. Tuve una experiencia docente muy interesante, fue acumulativa; di clase de historia universal, de la caída del imperio romano a la Revolución francesa, que fue como mi curso preparatorio para ir a Europa. Todo lo que está atrás de la cultura europea que iba yo a ver: la formación del Medioevo, el Renacimiento, la llegada a la modernidad.

JW: ¿Fueron a Europa en grupo?

PML: No, todos fuimos individualmente, con becas distintas y no el mismo año. Fuimos yéndonos varios miembros de mi generación;

algunos a Alemania, otros a Italia, a Inglaterra, a Madrid, otros más a París y hubo mucha conexión entre nosotros.

JW: ¿Y se reunieron?

PML: Nos veíamos. En mis primeras vacaciones fui a varias ciudades para encontrarme amigos.

Como decía hace un momento, nos concebimos como una generación independiente, no pretendíamos ser cooptados ni que nos cooptaran. Además, justamente en esa época —el ruizcortinismo— no había un gran contacto entre el gobierno y los universitarios. Nos fuimos realmente con la conciencia de terminar nuestra formación, venir a una vida intelectual y política, un poco del tipo que nos habíamos figurado. Nadie había definido muy claramente su vocación.

JW: ¿Llegaste a Toulouse?

PML: No, fui a París. A Toulouse fui como lector, porque se abrieron lectorados en universidades francesas para que los muchachos que íbamos a hacer la agregación realizáramos el examen para ser profesor de liceo: se necesitaba tener cursos de historia y el *background* de Civilización Latinoamericana. Entonces contrataron algunos profesores jóvenes y en el caso de México se hizo a través de la embajada, y el embajador era don Jaime Torres Bodet.

Llegué a París, estuve unas semanas en la Casa de México, tuve el buen consejo de no vivir en la Casa de México sino de cederle mi lugar a algún estudiante que tuviera derecho, y viví en el Barrio Latino.

LA CIENCIA POLÍTICA

PML: Llegué a Francia en un momento muy vivo del parlamentarismo francés. Acababa de terminar el gobierno de Mendès France, que fue la personalidad política francesa de entonces a quien le tuve mayor admiración. Pocas veces he visto un parlamentario de la calidad de Mendès, acababa de hacer la paz en Vietnam. Era la Cuarta República, un mundo muy parlamentario; completamente distinto a lo que nosotros habíamos vivido; otra concepción.

Estudiaba yo ciencia política, sistemas políticos europeos, gobierno comparado. Entonces alguien me sugirió que la mejor manera de acelerar el conocimiento del francés era irme a oír discursos en el Parlamento, y que para ir necesitaba una carta de la embajada. Fui a ver al embajador y le pedí una carta para que me dieran entrada en la oficina administrativa del Parlamento; muy simbólicamente don Jaime fue hacia su escritorio, me dio su pase de embajador y me dijo: “Si usted desea realmente formarse políticamente y aprender, vaya con mi pase, con una condición: que deje de hablar pronto un francés aproximativo. La cultura exige precisión en las lenguas”.

De ahí nació una buena relación con él. Me invitaba mucho a ciertas recepciones en la embajada. No a mí solo, a algunos otros, para que hubiera dos, tres estudiantes en recepciones como representantes de la comunidad. Conocí a muchas personalidades entonces, a François Mitterrand, por ejemplo, que muy joven había sido ministro de Información y de la Cultura cuando don Jaime era director de la Unesco, y quien le tenía un gran respeto a don Jaime. Traté a Mendès... Tengo muchas anécdotas de personalidades de la cultura francesa en aquellas reuniones. Aparte del académico, fue un universo cultural totalmente nuevo, el redescubrimiento del universo latinoamericano integrado y nuestra identificación con las luchas del Tercer Mundo.

De mi experiencia y mi relación con argelinos, me decían mis compañeros el *Non Af*, que quiere decir “el no africano” por mi identificación con ellos, que estaban en su proceso de independencia.

Se ofreció un lectorado en la Universidad de Utrecht, en Holanda, pero por alguna razón no se realizó. Finalmente cayó lo de Toulouse y ahí me fui. Di dos cursos, el de Revolución mexicana y el de Evolución social de América Latina, e investigué mucho en un Instituto de Derecho Comparado de Países Latinos, donde encontré una bibliografía muy interesante sobre México, revistas de los años veinte y treinta, aunque había una gran escasez de libros sobre México; incluso la gran producción norteamericana, que fue la primera, no se había dado. Estoy hablando de los últimos cincuenta, cuando era muy difícil investigar

cuestiones de México. Ahora hay cientos de artículos sobre México, entonces no los había.

Después de mi año académico en Toulouse regresé a París en 1959 para terminar lo que iba a ser mi tesis de doctorado. Pasé todos los exámenes y obtuve mi diploma de estudios superiores de doctorado; un examen escrito fue sobre la inestabilidad de los regímenes presidenciales. Regresé a París ya casado en mi primer matrimonio y con la idea de encerrarme, pero ya no conseguí beca.

JW: Tu currículum dice que recibiste tu diploma de doctorado en el 58.

PML: En el 58, antes de irme a Toulouse. Exactamente el *Diplôme de Doctorat aux Sciences Politiques*.

A Toulouse fui con el propósito de hacer la tesis grande, que era el libro sobre el sistema político mexicano. Trabajé muy intensamente; fue la época de mi vida en que más he leído y estudiado, no me dedicaba sino a la universidad.

JW: Pero cuando vivías allá, ¿tenías mucho dinero o eras un estudiante pobre?

PML: No, con una enorme modestia; la beca era muy pobre y recibía un complemento de la Universidad de 250 pesos de entonces.

JW: ¿Estuviste un año o un año académico en Toulouse?

PML: Un año académico. Incluso ese año académico me pagaban poco como lector; era un poquito más que la beca.

JW: ¿Te casaste en París?

PML: Me casé en Toulouse la primera vez, con una francesa. La conocí en unas vacaciones que hice, invitado a un coloquio universitario en la ciudad de Dubrovnik, Yugoslavia. Ahí hay un *resting tour* que hacían todos los años, invitaban a dirigentes estudiantiles de distintos países; alguien me informó y me conectó y conseguí alguna representación de la UNAM, les mandé la carta y me invitaron. Ahí conocí a un grupo de estudiantes de distintas nacionalidades y ahí fue la relación, regresé a París obviamente.

JW: ¿Cuánto tiempo estuviste casado?

PML: Del 58 al 71. Trece años.

JW: Y después te casaste otra vez.

PML: Otra vez, sí.

EMW: ¿Tuviste hijos del primer matrimonio?

PML: Tengo dos hijos del primer matrimonio, dos hijos en el segundo, un varón y una niña en los dos casos, con el mismo espaciamiento entre los dos.

JW: ¿Cuándo te casaste por segunda vez?

PML: En 73, año y medio después. Entonces seguí trabajando en París, yendo a las bibliotecas, etc., pero en condiciones económicas muy precarias porque ya no tenía beca ni trabajo, en un pequeño departamentito que nos prestaron, y por carencia de fondos y el anunciado nacimiento de mi hijo mayor me regresé a México; fue bueno, porque me podía haber quedado. Entonces tenía cierto desprendimiento, en el sentido de que estaba muy embalado en lo que estaba haciendo, como cualquier gente en la vida académica: se engancha uno con una beca o con algún trabajo. Si en aquel momento hubiera recibido alguna beca de carácter más permanente o un trabajo que me conviniera, hubiera estado varios años porque mi interés primordial era hacer el primer estudio completo, llenar una enorme laguna acerca del sistema político mexicano, laguna que todavía no se llena porque era total.

LF: La tesis de licenciatura, ¿sobre qué fue?

PML: Estaba haciendo una tesis sobre la estructura social del Estado, es decir, lo que hay atrás, derivado un poco del libro de Schmidt.¹⁸ Era sobre la relación entre la sociedad y el Estado; lo que pasa es que la idea era hacerla en Europa. Terminé mi grado de licenciatura con 9.8 de promedio y me fui con la idea de hacerla, pero me prolongué. La universidad europea revalida la licenciatura con sólo la terminación de las calificaciones, entonces me di cuenta de que podía hacer el doctorado sin necesidad de regresar a México y me embarqué en el doctorado. Tengo mi revalidación de licenciatura de la universidad francesa y mi diploma de doctorado.

¹⁸ Siegfried J. Schmidt.

En México luché por terminar junto con muchos otros que estamos en el mismo caso, con el requisito de la tesis de licenciatura, que es absurdo; es más, en todas las escuelas, o casi todas las que de mí dependieron o los planes de estudio que hice como funcionario de educación superior, en todos lo suprimí. También en la UAM y en el ITAM, cuando me tocó revisar los planes de estudio. La única resistencia que tuve fue en la UNAM, que en vez de permitirles a los muchachos alguna maestría los tienen dos años volando, sin conexión con la Universidad, y es una antigualla. En cualquier universidad del mundo la licenciatura es el currículum completo, y eso lo revalida a uno. En México eso no se entiende. Mi propia experiencia académica, que fue amplia, me permitió entender ese problema: tenía mi licenciatura revalidada en la Universidad de París, y como tal fui profesor en la Universidad de Toulouse.

Una de las cosas que más me preocuparon y que no logré por la resistencia de la UNAM —era Chávez el rector—, que es muy rígida, fue la reforma que propuse para resolver el problema de la educación superior en México. Traté de hacerles entender que la educación superior tiene tres ciclos cuya función es distinta. La licenciatura debe ser breve; es el equivalente al *bachelor*. Mientras no se entienda que la licenciatura debe ser de tipo general, no particular, que la educación superior es de tres pisos, nunca se va a resolver el problema. Inicié reformas para crear el segundo y el tercer ciclo.

LF: ¿Su preocupación académica de la licenciatura fue entender el problema de la base social del Estado?

PML: Claro, me interesó mucho, cayeron en mis manos dos libritos, de sociología jurídica y de sociología del derecho, y creí que había una sociología del Estado. La idea que llevé está en la aplicación de mi beca: era estudiar sociología del Estado, relaciones entre sociedad y Estado. Es decir, no la teoría del Estado sino la base social del Estado. Pero no, descubrí que lo que había es la *science politique*.

LF: Y esta inquietud, ¿provenía de una vocación política por transformar o de un mero interés intelectual?

PML: Yo creo que las dos cosas. ¿Por qué me interesé en la parte social del Estado? Me interesó la sociología, creyendo que la sociología

existía, por ejemplo, como la ciencia de lo social. Me formé no sólo como abogado; me interesaban mucho las materias que tenían que ver con las ciencias sociales como complemento a la formación jurídica, y la sociología, sin saber bien a bien qué era.

Entendí qué era la sociología cuando me vi obligado a dar un curso de introducción a la sociología en la Escuela Nacional Preparatoria porque tenía ese gusto, esa vocación, y claro, derivé en las *sciences politiques* como las entienden los franceses: hay que entender que la ciencia política en Francia a ese nivel se estudia en la Facultad de Derecho. Es la relación entre el funcionamiento real del sistema y la estructura de la sociedad, pero es mucho más orgánico que como se puede entender de política en Francia, el mundo de las *political sciences*. Es la ciencia política en su origen, sobre todo en Francia; está mucho más cerca del estudio de las instituciones, los grandes maestros, etc., de ahí viene. La parte histórica es muy importante, la evolución de la monarquía y de las repúblicas parlamentarias; hay una vinculación entre lo jurídico, lo institucional, lo social y lo histórico, y ése fue el enfoque que le di a mis estudios todo el tiempo. Es el enfoque del libro que tengo en parte.

Regresé a México con ese propósito. Entré a Educación, y en la Escuela Normal Superior, que estaba en mi ámbito de competencia. Había un curso de Historia política de México que convertí en un curso de Instituciones políticas de México: me interesaba estar donde se forman los profesores de nivel medio, la cumbre del sistema educacional.

Ahí di el primer curso completamente histórico que yo quería hacer, es decir, el estudio de las instituciones para aprender ciencia política retrospectiva: cuáles fueron las formas de la organización política del mundo indígena y las del mundo colonial, la estructura política del país en el siglo XIX; no la historia del siglo XIX sino la estructura política del siglo XIX, la estructura política que deja la Revolución y la evolución del sistema, etcétera.

Entré sistemáticamente, éste fue de los primeros enfoques. Daniel Cosío Villegas y yo habíamos hecho juntos los planes de estudio de El Colegio de México. Me interesaba mucho promover la innovación pedagógica, que ha sido, como educador, mi principal preocupación:

combatir la rigidez de los sistemas educativos. Entonces propuse que se restableciera un viejo decreto de Portes Gil, quien fue líder estudiantil de la facultad y había creado la Escuela Libre de Derecho —institución que nunca tuvo reconocimiento del Estado sino de la Barra de Abogados—; cuando fue presidente editó un decreto de escuelas libres universitarias para que el Estado les diera derecho a expedir títulos: la Libre de Derecho, la Libre de Homeopatía, la de Ingeniería Municipal, etc. Resucitamos ese decreto para que el Estado creara instituciones autónomas; así fue como el ITAM se creó. El decreto lo hicimos nosotros, así como El Colegio de México se convirtió en una institución que da títulos de grado —que no los daba— con un decreto que hice. Así fue como se crearon otras instituciones de educación superior.

Donde además participé mucho fue en la formación de los planes de estudio con nuevas ideas, porque las grandes instituciones de educación superior no dependían de mí: la UNAM, el Politécnico. Algunas universidades de provincia más o menos fueron flexibles a sugerencias, pero creo que mi trabajo creativo en educación superior fue dar a luz instituciones nuevas como programas completos; son las instituciones de más alto nivel del país. Los años propedéuticos para hacer el grado más general, ésa también es una de las ideas que promoví.

Habíamos trabajado don Daniel y yo en la elaboración de los planes de estudio de El Colegio y en la expedición del decreto que le confirió la facultad de expedir títulos y grados, y un día me planteó el primer plan de estudios del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México; se trataba de que estuvieran muy bien formados los muchachos, estudiar sistemas políticos europeos o sistemas latinoamericanos. Me dijo: “Oiga, me he dado cuenta de que estudian todo menos México, tienen que tener un curso de sistema político mexicano. ¿Por qué no lo da usted?” Dije: “Bueno, pues es lo que estoy haciendo”. Además, habíamos hablado varias veces del asunto. Entonces fundé el curso en México, propiamente del sistema político mexicano; nunca lo hubo antes.

JW: ¿En qué año?

PML: 1962 o 63, se llamó “Gobierno y proceso político en México”, el primero que hubo.

LF: ¿Cuándo estableció relación con los profesores revolucionarios o de finalización del colonialismo, etc.? ¿Es en ese momento que tiene acercamiento al marxismo en Francia?

PML: A la marxología. Para nosotros era importante que hubiera un proceso de revisión del estalinismo, o lo que se llamaba entonces el socialismo real, y que estuvieran haciendo un pensamiento socialista, digo, todo: escuelas de análisis crítico, creativo, no dogmático del pensamiento marxista.

UNA GENERACIÓN ANTIDOGMÁTICA

PML: A mí me influyó fundamentalmente sobre marxismo un pensador no marxista: Sartre. Me refiero en particular a la *Crítica de la razón dialéctica*, donde Sartre —no siendo un pensador marxista sino el creador del existencialismo— plantea de una manera muy lúcida la relación entre el pensamiento marxista y los demás pensamientos, y cómo son compatibles. Claro, esto está ya superado; ahora no pensaría en estos términos, pero por ejemplo, Sartre plantea cómo la explicación del conjunto de la historia contemporánea la da el marxismo, aunque no cubre otros aspectos de la realidad, y cómo el dogmatismo aplicado a la totalidad del pensamiento desnaturaliza el origen y la razón de ser de la propia explicación histórica en general. Sostiene, por ejemplo, que el existencialismo o el psicoanálisis u otras metodologías y enfoques son compatibles porque están explicando realidades distintas, y lo estoy explicando en términos de Sartre, pero esto era la preocupación.

Tuvimos la preocupación de la metodología precisamente porque nos formamos con gentes en gran parte educadas en Alemania. Para nosotros el problema del método era muy importante, algunos compañeros incluso escribían ensayos sobre metodología, la metodología y la compatibilidad en el saber. Así como me refiero al saber cosmopolita, nos interesaba cómo era compatible el pensamiento francés con el alemán o el inglés, y por eso la importancia de la cultura contextual: cómo

la manera de pensar la ciencia política inglesa deriva de una experiencia histórica inglesa.

Así como la compatibilidad de las culturas, nos importaba mucho la compatibilidad de los métodos. Entonces nuestro pensamiento era más ecuménico: cómo es compatible el pensamiento religioso con un pensamiento filosófico, o el pensamiento marxista con el pensamiento existencialista. Si usted quiere, una búsqueda de la congruencia, de cómo todas las piezas de una cultura pueden caber sin oponerse.

En el fondo somos una generación antidogmática por principio; creo que la mayor parte de nosotros no es dogmática. ¿Cómo se compatibiliza la cultura occidental con la pertenencia al Tercer Mundo? Es decir, la búsqueda de integrar las distintas partes de nuestra formación. Somos gentes del Tercer Mundo, con un gran apego a nuestra tradición, y sin embargo con un gran amor, con un enorme interés. ¿Cómo se puede estar en el contexto de la cultura occidental, y al mismo tiempo reivindicar las raíces de los países del Tercer Mundo? ¿Cómo dar coherencia a las distintas partes de un pensamiento? Nos determinó la búsqueda para integrar las distintas partes de nuestra formación. Insisto: la cultura que recibimos en la periferia la recibimos por lotes, por pedazos que a veces difícilmente cosemos. Muchas veces los superponemos.

Hay ciertos libros de derecho escritos por maestros mexicanos, muy eruditos, que eran una suma de citas: en una página podía haber una cita de un autor italiano, uno ruso, uno inglés, y abajo una cantidad, o al final del capítulo; de broma les llamábamos “casas de citas” a esos libros. Claro, eran muy eruditos, pero había algo de repetición mecánica, porque cada uno de esos pensamientos estaba sacado de contexto. Los muchachos de otra formación, los de una universidad norteamericana o inglesa, pues conocen su cultura fundamentalmente, no se preocupan por las demás. Entonces en nuestra educación había un eclecticismo, se citaban muchas doctrinas; el profesor sacaba su síntesis, pero faltaba la referencia cultural en que esas doctrinas se producían.

Para nosotros esta experiencia intelectual fue muy integradora en el sentido de tratar de entender los orígenes de los productos culturales que habíamos recibido de un modo sintético, pero también aprendimos

a compatibilizar metodologías y doctrinas. En ese sentido, para nosotros el marxismo era evidentemente un polo de interés intelectual muy importante, la manera de asimilar lo esencial del pensamiento marxista a un horizonte cultural no dogmático, si podría definirlo así, y de enriquecerse con él aparte del marxismo, sin entrar en las contradicciones y en las antítesis irresolubles del dogmatismo. Creo que ése sería el común denominador de mi generación en su estancia en Europa.

El estudio del marxismo fue parte de mi preocupación intelectual. Tuve más horas de trabajo académico que otros compañeros que estuvieron menos tiempo, estuve más en las disciplinas regulares de la facultad. Incluso, como profesor tuve que estudiar cosas mucho más concretas, por ejemplo, me metí a fondo con la Revolución mexicana —que tampoco es tan difícil— para enseñar en una universidad extranjera, con la historia y la evolución social de América Latina. Me conecté, por ejemplo, con Woodrow Borah¹⁹ a través de la lectura con sus discípulos; descubrí muchos años después que atrás de lo que yo había estudiado estaba Woodrow Borah. Está este argentino, Ángel Rosenblat,²⁰ que escribió *El mestizaje en América*. Hay toda una escuela de pensamiento sobre la formación y la evolución étnica de América Latina. Muchos años después descubrí que eran de la escuela del único, o del jefe de fila de la demografía histórica en el mundo, que es nuestro amigo en común; acabo de descubrir que a ti te dirigió la tesis. Borah me invitó a Berkeley, no lo he vuelto a ver desde el 78.

Además, creo que esa época nos permitió pasar de ser generalistas a conocer cosas más específicamente. La nuestra fue una experiencia cultural de contextualización en especificidad. Fui a ver todos los museos de Europa, y pintura del Renacimiento. Hablar de la pintura del Rena-

¹⁹ Woodrow Borah (1912-1999). Profesor emérito de la Universidad de California, Berkeley. Especialista en historia de América Latina. En 1951 publicó su ensayo *New Spain's Century of Depression*.

²⁰ Ángel Rosenblat (Polonia, 1902-Venezuela, 1984). Filólogo; electo presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas en 1968. *La población indígena y el mestizaje en América* (Buenos Aires, Nova, 1954) fue sujeta a varias redacciones, desde 1935 hasta 1964.

cimiento es saber bien quién es Pablo Ucello, o los distintos movimientos de la escuela veneciana. Eso es pasar también de la generalidad de la periferia a la especificidad de los centros culturales, tanto por lo que hace a la cultura europea como a la creación de la propia cultura latinoamericana. Nuestra llegada y salida de esta experiencia cultural europea también fue el paso de un pensamiento muy general, más lírico, a un conocimiento mucho más concreto de la pintura, de la música, de la filosofía, de la reflexión sobre México con más rigor.

LF: ¿Y qué tanto termina al final de cuentas, viendo la realidad mexicana?

PML: Cuando llegué a Europa llevaba una posición y un pensamiento muy independientes respecto al sistema político, y muy crítico como ciudadano; recién llegado, recuerdo haber tenido una discusión de horas con un filósofo mexicano que estaba allá, donde fui muy crítico sobre el sistema mexicano, y él, que era un gran polemista, más que nada por el afán de polemizar, hizo una gran justificación del sistema, una discusión que recuerdo nítidamente en las primeras semanas que estuve en París.

VISIÓN EXTERNA DEL SISTEMA MEXICANO

PML: Fui con la idea de que el sistema mexicano había cambiado y profundamente, y creo que regresé de Europa con una mucho mejor comprensión, sobre todo por mi estudio en Toulouse y por todas mis lecturas sobre el pasado político de México. Llegué con una comprensión sobre el origen del sistema mexicano, por qué la realidad política del país se había dado como se había dado, las formas del autoritarismo, lo que ahora llamo cultura autoritaria y cultura libertaria.

JW: Bueno, ¿como un sistema autoritario?

PML: Así es, como un sistema muy insuficiente para la evolución democrática de la sociedad mexicana, un sistema que había que modificar. Y regresé con una comprensión de las razones de por qué ese sistema se había conformado como se conformó; no diría que justificativo pero sí un entendimiento de la evolución del sistema.

JW: ¿Por qué?

PML: Porque lo entendí históricamente, pero sin negar sus limitaciones.

JW: ¿Y cuál fue la necesidad de que fuera así?

PML: No fue necesidad; fue el fruto de mi análisis.

JW: Pero históricamente ¿cómo llegó a ser así el sistema mexicano?

PML: Hay varias líneas de análisis. ¿Cómo se fue logrando la creación de la autoridad, la centralización de la autoridad política y los espacios internos? Manejé mucho la tesis del control militar territorial en el siglo XIX, del cual viene el control militar territorial en el siglo XX. Es decir, la construcción del Estado mexicano no fue tan sencilla como pensamos ahora. Surgió del proceso de pacificación de la Revolución, de la integración de los distintos fragmentos del proceso revolucionario en un subordinamiento militar, de la importancia del trabajo de Cárdenas en darle a un país extremadamente polarizado estructuras de carácter nacional; del sentido de organización gremial en sus orígenes en el país. Así entendí las razones de ser de la estructura del Estado mexicano, y en el otro ángulo vi, por ejemplo, factores que influyeron en esto: uno, la extraordinaria curiosidad intelectual que en aquel momento —subrayo: en aquel momento— había en Europa, y particularmente en Francia, por conocer el funcionamiento específico de los regímenes políticos del Tercer Mundo. Si desde México podíamos sentir nostalgia de la democracia occidental —es decir, la que nos hubiera gustado vivir—, era un pensamiento muy independiente, muy liberal.

Dos: la influencia de los profesores europeos —todo esto cuenta—. Mis artículos de juventud plantean un cambio importante hacia la democratización como país, y la sensación de un movimiento por considerarla. Diré que ahora coincido más con mis pensamientos de joven. ¿Es toda una evasión? No, y lo prueban mis escritos de esa edad. Les he dicho a mis amigos que con todo esto que estoy haciendo he vuelto a tener 18 años. Ahora estoy más identificado con ese ser humano que era yo cuando tenía 18 años, me parezco mucho en todo.

JW: ¿Era México visto desde el punto de vista del Tercer Mundo?

PML: Exacto. En Europa, y aquí debo decirlo, particularmente en Francia.

Tres: del descubrimiento del Tercer Mundo como una entidad distinta a la civilización occidental. La expresión misma de *Troisième Monde* nace en Francia en esos años, y claro, es el descubrimiento de los países de África y Asia ya no como colonias sino como Estados independientes. Su proceso de especificidad surge en aquel entonces y es predominante en los 10, 15 o 20 años tal vez de la preocupación de los políticos entender a los sistemas del Tercer Mundo como una especificidad; que no se parecen a los occidentales porque tienen otra historia y otra cultura. El deseo de entender.

Entonces la bibliografía en Europa sobre nuestros países era escásima, y el interés en que sistematizáramos lo que éramos como país era muy grande. En Francia, por ejemplo, estaba de moda hablar de la modernización de Turquía en la época de Kemal Atatürk.²¹ Un libro famoso de los últimos treinta o de los primeros cuarenta, referido a Atatürk, cuyo autor no recuerdo, hablaba de cómo ciertos regímenes autoritarios pueden ser regímenes de transición hacia una democracia abierta, pero que son necesarios para lograr la transformación de los países del Tercer Mundo, como pasar del feudalismo a la modernidad a través de estímulos autoritarios que son creadores de una burguesía, de nuevos espacios, etc. Todo eso estaba de moda, estaba de moda hablar de la modernización.

JW: Sí, recuerdo en el 60 la teoría sobre Atatürk.

PML: Mi maestro Duverger, en uno de sus libros que editó en el 56, un capítulo: "Le model Mexicain", y había una referencia precisamente a Atatürk, creo que a la modernización que representó la dinastía Ming en Japón y claro, Nasser²² empezaba a estar de moda. En ese momento no se veía con desprecio sino con interés cosmopolita a los sistemas

²¹ Mustafá Kemal Atatürk (1881-1938). Oficial del ejército turco y estadista revolucionario. Fundador y primer presidente de la República de Turquía.

²² Gamal Abdel Nasser (1918-1970). Líder de Egipto a partir del derrocamiento de la monarquía en 1952 y de la recuperación del Canal de Suez.

del Tercer Mundo. Entonces, la idea crítica que uno llevaba contrastaba con la curiosidad intelectual y hasta con la admiración que ellos tenían.

En esa época hasta hubo admiración por el sistema mexicano, sobre todo en Francia; se hizo famosa una frase que no sé si dijo o no el general De Gaulle: “Me gustaría tener un PRI en Francia”, y sí, mandó gente a informarse, o dejó gente y pedía informes sobre cómo se había organizado el PRI, porque él estaba en contra de la politización de los partidos. Hablo de una época en que la gente estaba muy preocupada por los excesos de la democracia parlamentaria.

LF: ¿Excesos de la democracia parlamentaria?

PML: Claro: la inestabilidad gubernamental. Mi examen, que era también por sorteo, tocaba temas de ciencia política. Era un cuaderno que había que llenar en cinco horas. Mi examen fue sobre inestabilidad política en regímenes parlamentarios, que era una gran preocupación. En un año de los que yo estuve ahí hubo cinco gobiernos. Era el clima previo al 58, que es el paso de la Cuarta a la Quinta República: la constitución de la Quinta República es un correctivo del sistema parlamentario. La Constitución francesa es semiparlamentaria, semipresidencialista; todavía en la historia se está ensayando —ahora con la cohabitación, por primera vez— cómo funciona eso y el proyecto original de la Quinta República. Además, uno de los proyectos —no sé si el proyecto madre, no lo podría decir— lo hizo mi maestro Georges Vedel. Fue mi primer director de trabajos en la facultad.

Entonces el clima intelectual, por lo que hace a las instituciones políticas, era de buscar mayor estabilidad en el Estado, menor parcelamiento de los partidos, menor parlamentarismo, más eficiencia. La Cuarta República francesa muere de falta de autoridad fundamental del Estado para resolver graves problemas; es decir, muere de una gran enfermedad que se llama la Revolución de Argelia. La incapacidad de hacer frente al problema de la descolonización desgarró a la sociedad, confronta intereses en la sociedad francesa, no solamente de la sociedad actual sino del concepto histórico del país, que requiere un tipo de autoridad, de liderazgo y de consenso social que la república parlamentaria no podía proveer. De ahí surge el gaullismo.

También es una época en Europa —sobre todo en Francia en lo que hace a organizaciones políticas— de reflexión, de que existan otras formas de organización política. No sé si son de aquel momento o de muy poco después mis primeras lecturas de Huntington²³ y de temas como el autoritarismo.

Entonces Huntington, por ejemplo, a mí me explicó muchas cosas, no como lo usa maliciosamente nuestra amiga Jeane Kirkpatrick²⁴ cuando habla de autoritarismo, que es una muy dolosa interpretación de lo que está atrás del pensamiento de Huntington. Cuando Huntington habla de regímenes autoritarios está connotando modernización, regímenes de transición hacia la modernización.

Todo esto me daba una nueva luz sobre mi estudio, mi conocimiento de todo, y lo veía yo desde otro ángulo; como mexicano iba muy crítico, pero en la cultura europea se estaba viendo al revés. Debo decir que esto ha desaparecido de una manera casi total del pensamiento político europeo, el cambio que ha habido en la percepción del Tercer Mundo en la ciencia política europea del tiempo que yo estuve a ahora es total.

JW: ¿Cuándo cambia?

PML: En los últimos 10 años. Ahora hay una intolerancia absoluta hacia las peculiaridades del Tercer Mundo. Quisieran que todo mundo fuera democracia occidental, lo que les está creando problemas de comprensión de algunas realidades que son muy cercanas a Francia, por ejemplo el mundo islámico; problemas que los están alejando.

La última vez que estuve con Régis Debray en París, me decía: “Porfirio, el mundo que tú viviste, de comprensión del Tercer Mundo, de sus

²³ Samuel Phillips Huntington (1927-2008). Profesor en Ciencia Política, de quien destacan sus análisis de la relación entre gobiernos civiles y militares, sus investigaciones sobre golpes de Estado y su tesis de que las civilizaciones, más que las naciones-Estado, serán los principales protagonistas de la política en el siglo XXI. En los sesenta publicó *El orden político en las sociedades en cambio*, trabajo que cuestionó las teorías convencionales sobre la modernización de los países emergentes de la descolonización.

²⁴ Jeane Kirkpatrick (1926-2006). Integrante del movimiento neoconservador y anticomunista apasionada. Embajadora de Estados Unidos ante la ONU durante el gobierno de Ronald Reagan en 1980. Famosa por la Doctrina Kirkpatrick.

singularidades, de aprecio y hasta de admiración, fueron modas intelectuales de entonces que se han revertido completamente. Estamos como en Estados Unidos. Es la norteamericanización de pensamiento europeo. Ya queremos que todos sean igual que nosotros. *Human rights* tiene un rasero común; nuestro pensamiento tiene un denominador común. El gusto por el Tercer Mundo ya no interesa, se quiere que todo mundo sea occidental. Esa moda intelectual del Tercer Mundo *is over*".

JW: ¿Se acabó en el 75, más o menos?

PML: Yo creo. Yo lo vine a descubrir hace tres o cuatro años. La primera gente que me dio el pitazo fue Marisol Loaeza, que fue mi alumna y estuvo en París. Me dijo: "Maestro, todo lo que usted nos hablaba del pensamiento francés sobre México es al revés, ya eso no existe". Y ahora lo he venido a comprobar. Me refiero al régimen político. Claro: sigue habiendo hispanistas y americanistas, grandes antropólogos, sociólogos y gentes muy vinculadas a la escuela sociológica brasileira, como el caso de Tourrent, pero eso es otra cosa; es decir, por lo que hace al juicio ético sobre los sistemas políticos, había una actitud muy justificativa y hasta admirativa de lo que se llama "regímenes de modernización", no de cómo ciertos regímenes autoritarios o semiautoritarios hacían transitar a un país desde una sociedad feudal hasta ser una sociedad moderna, operando transformaciones y abriendo paso —vía esa modernización— a un mayor disfrute de los derechos humanos, etcétera.

JW: Ahora, explicando la historia de México en Toulouse, ¿lo veía así de mal...?

PML: Yo diría que no se veía tan mal; se entendía mejor, y además, viendo desde Francia otras realidades —la de América Latina, donde predominaban dictadores militares—, México se veía muy bien comparativamente, y viendo la realidad del acceso de otros pueblos a la independencia, Huntington veía a México como un país con un gran potencial para continuar con capacidad de liderazgo en la liberación de los pueblos oprimidos. Entonces el pensamiento político europeo veía a México de otra manera.

Salí de Francia en el 60 y mi contacto con Huntington fue posterior, siendo yo profesor de El Colegio de México. Debo decir que vino a complementar...

JW: Bueno, en esa época no sería México tan autoritario, ¿verdad?

PML: Así es. Recuerdo, por ejemplo, algo que me da mucha risa: cuando fuimos con el licenciado López Mateos a París, el día que llegó, un editorial de *Le Monde* decía en la primera plana: “Quién es quién” (lo voy a decir en castellano). Decía: “Hoy se encontraron en el aeropuerto de Orly un ex rector de una universidad de provincia, joven abogado, magnífico orador, intelectual —la biografía de López Mateos—, con un general que llegó al poder con un golpe de Estado. ¿Quién es el latinoamericano?, ¿quién es el francés?”

Esos editoriales los hacía Robert Escarpit, un gascón de Gasconia; fue director del IFAL y vivió en México, muy amigo de México. Había además en los medios intelectuales franceses gentes muy amigas de México por su actitud en la Segunda Guerra Mundial; sector importante, influyente en los medios. El IFAL se creó en aquel entonces. Había gran simpatía por México por diversas razones que sería largo explicar, entre ellas la presencia de un gran embajador como era Torres Bodet. México tenía un gran prestigio, su régimen político era respetado. Creo que Torres Bodet tenía mucho que ver en eso: tenía el medio más alto en Francia, era amigo de intelectuales, de filósofos, de grandes políticos, había sido director de la Unesco en esa misma ciudad; entonces, la presencia de México era de gran relieve y prestigio. López Mateos tuvo un extraordinario éxito en París porque causó un impacto de simpatía y afecto.

JW: Pero tu idea en esa época fue que México andaba bien, ¿tal vez en transición a la democracia?

PML: No, eso de que andábamos bien, tampoco. Así terminaban mis cursos, entendiendo el proceso, es decir, entendí la historia; no fui tan crítico con lo que había pasado, aun con los excesos y los caciquismos. Entendí la razón histórica de los caciquismos, pero eso no quiere decir que pensara yo que por eso no había que cumplir el tránsito. Siempre pensé que México fuera una sociedad plural y que debía haber un régimen de partidos, es decir, que ese proceso debía cumplirse. Fui menos crítico respecto a lo que había pasado, y respecto incluso de mi presente, pero no cambié mi idea nunca de que eso debía modificarse para mejor y que empezaba a haber un retraso en la democratización del

país. Eso lo expresé en todos los cursos que di; siempre terminaba mis cursos haciendo los escenarios del México del futuro y en todos consideraba la idea de que el PRI debía pasar a ser un partido. Había sido partido único en su origen, después partido dominante, era todavía la *partie dominant* —expresión francesa— y luego un partido mayoritario hasta ser un partido competitivo. Esto siempre lo dije.

Una de mis grandes preocupaciones en curso, hablando de la oposición y de lo que vivo ahora, fue investigar por qué los grandes movimientos de oposición no dejaron una secuela de democratización. Ésa era una de las preguntas que siempre venían en el curso: por qué el vasconcelismo fue reabsorbido, por qué fue reabsorbido el delahuertismo. ¡Tantos movimientos, y no dejaron una secuela! El curso siempre llegaba a la conclusión que me acaba de recordar un ex alumno que ahora milita con nosotros, ya no me acordaba. Y la precisión con que él me lo dijo: “No, maestro, lo que usted nos decía era que, en primer lugar, la lucha política en aquellas épocas era concebida como lucha de gladiadores, era todo el poder o nada, en el *old revolutionary style*, y que entonces no les preocupaba tener espacios en las cámaras o espacios en el Senado. No era la lucha; era todo o nada”.

LF: Es un estilo muy mexicano.

PML: Exacto, y la evolución legal no facilitaba recoger esas inconformidades; la lucha de gladiadores era también a nivel de diputados y senadores. No había diputados de partido, LOPPE²⁵ ni nada de eso. El sistema no dejaba crecer a los partidos como consecuencia de una lucha por la presidencia o una gubernatura, por ardua que fuera, que viniera a acrecentar la representación parlamentaria de las oposiciones y fuera un factor para el cambio posterior. A mis alumnos les hacía un análisis que aprendí en Francia con distintos sistemas.

JW: ¿Comenzando en qué año?

²⁵ Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, promulgada durante el gobierno de López Portillo con el propósito de legitimar y dar mayor credibilidad a los procesos comiciales del partido oficial, mediante el otorgamiento de facilidades para el registro de partidos políticos y el aumento artificial de la presencia de la oposición en el Congreso.

PML: En el 62. Estudié mucho sistemas electorales comparados: qué hubiera pasado de haber habido la proporcional corregida, la proporcional *panaché*. Por ejemplo, si el almanismo hubiera dejado 30% de diputados federales y después se hubiera sumado a lo que dejara el padillismo, y se hubieran seguido ampliando espacios democráticos, si hubieran contado acumulativamente esos espacios ganados por la oposición en los niveles parlamentarios, para 1951 hubiéramos tenido un sistema pluripartidista real. Una de las cosas que nos preocupaba fue que eso no había ocurrido y por qué tendría que ocurrir.

Hay un pasaje en la *Evolución política del pueblo mexicano*, de Justo Sierra, escrito en los últimos años de la época de Díaz, donde al analizar la historia concluye que en todo el siglo XIX no hubo alternancia de poder por la vía pacífica, que siempre medió un hecho grave y dice, refiriéndose a las elecciones de 1828 —Vicente Guerrero contra Manuel Gómez Pedraza— que hubo la sensación de un despojo de Gómez Pedraza en favor de Vicente Guerrero, y tiene una frase que habría que revisar: que este hecho dejó una huella muy profunda en la conciencia política del mexicano.

Al leer de joven este libro de Justo Sierra y hacer yo mismo la historia del siglo XIX, la posterior, descubrí que en la historia de México, desde sus orígenes, jamás el gobierno ha sido pacíficamente transmitido sino por la vía violenta de un grupo a otro. Decía también en curso, según me lo recordó uno de mis alumnos, que el cambio más importante en la ciencia política, en la historia del país, será el día en que por la vía electoral cambie el poder de un partido a otro, cosa que nunca ha ocurrido (si Justo Sierra tiene razón o no). Ese día cambiaría la historia de México.

Eso no quiere decir que yo tenga una actitud conformista hacia el sistema mexicano sino que entendí las raíces de lo que era el papel histórico —como lo digo en la carta de ahora—, no niego lo que el PRI significó para el país. Desde entonces ésta ha sido mi actitud; el PRI tuvo este papel en la historia, están fuera sus grandes cualidades, están fuera los defectos, pero hay que cambiarlo y modificar esto.

Y se me clavó desde muy joven la idea de no morirme sin ver que cambie en México pacíficamente el poder, que es a lo que estoy dedicado ahora y espero no morirme sin lograrlo.

El servidor público

(17, 18, 19 y 20 de diciembre de 1987)

México durante el régimen de López Mateos. Invitaciones de López Mateos y de Torres Bodet. Consejero cultural de México en Francia. El IMSS y el doctor Morones Prieto. Docencia en el Colmex. Morones Prieto, embajador. Conflictos durante el diazordacismo: los médicos y el 68. 2 de octubre y primeros efectos. Quinto informe de Díaz Ordaz y el discurso en el Teatro Ferrocarrilero. Encuentro con Luis Echeverría. Subsecretaría de la Presidencia. Planeación, inversiones, gasto público. Financiamiento de Pemex. Reforma administrativa. Republicanismo como norma de conducta. Club de Roma, Chile, el Vaticano, Allende. Estado y relaciones obrero-patronales. 1971: Cambio del sistema económico, inflación, voto pro ingreso de China. Grandes sindicatos y sindicalismo independiente. STPS; democratización del sindicalismo. Farell: la destrucción de lo que PML creó. Corrupción sindical y empresarial. Crítica a Cleaves. Ingenieros al servicio del Estado y baronías. Primer contrato colectivo de Pemex. La Comisión Nacional Tripartita. Estructuras del Estado y grupos mafiosos. Programación y Presupuesto vs. Hacienda. Criterios de formación de un gabinete. Discurso de la unidad en el avilacamachismo. Relatividad de los criterios de composición de gabinetes presidenciales según la época: por edad, por región, por profesiones. Ismos, grupos políticos y políticos sin grupo. Impulso de la industria paraestatal y de las inversiones como sustituto de la retracción del capital privado. Mexicanización antes que nacionalización. Crecimiento del sector paraestatal para evitar el cierre de fuentes de trabajo. Socialización de pérdidas, privatismo o estatismo. Tabamex, hotelería, aeropuertos y servicios turísticos:

Cancún. El Infonavit y la visión de Olof Palme. Creación de instituciones laborales: Fonacot, Ceniet, INET, Conancurt, Conampros. Servicio Nacional de Capacitación del Trabajo, Procuraduría de Defensa del Trabajo, Procuraduría de Defensa del Consumidor y estudios de arquitectura del trabajo con apoyo de la OIT. Habilidad administrativa para transformar la STPS. Secretarías de lujo y secretarías de barandilla. Concepto del desarrollo compartido. La recesión de 1972. Los sindicatos de la industria eléctrica. Visión del administrador. El servicio civil de carrera. Mística, característica de los equipos. Reconversión laboral. Grandes sindicatos y sindicalismo independiente. Conflicto Echeverría-burguesía mexicana. La nueva generación empresarial.

MÉXICO DURANTE EL RÉGIMEN DE LÓPEZ MATEOS

JW: Después de varios años en Francia, ¿qué cambios encontraste y cuál fue el ambiente político del país en el inicio del lopezmateísmo?

PML: Cuando ciertos sistemas entran en decadencia hay que preguntarse: “¿Cuál fue el punto más alto del país?” Si me lo preguntaran, diría que 1960. El país tenía la sensación de que iba a dar un gran despegue. La primera parte del lopezmateísmo es el punto más alto de la conciencia política del mexicano, donde hay más esperanza en el porvenir. Podría aportar muchos elementos de juicio: la juventud de López Mateos, la apertura al mundo, la sensación de que estábamos en despegue, los efectos de un crecimiento económico que ya entonces era sostenido durante más de 10, 15 años. Había una sensación muy grande de ir hacia adelante con López Mateos.

JW: ¿Y la huelga general en el 58?

PML: La afrontó un hombre que tenía fama de ser un gran conciliador y que absorbería todos esos problemas. López Mateos tuvo una enorme simpatía en el país, mayor que la que tuvo nunca Alemán. En la campaña política del 76, según el equipo de encuestadores que coordinó un amigo mío, al hablar con distintas capas de la sociedad sobre la

popularidad de los ex presidentes de México, López Mateos estaba muy por encima de todos los demás. Todavía hoy la de López Mateos es una figura simpática. No digo que no cometió errores y hubo represiones, eso lo sabemos, pero guardaba popularidad.

JW: Pero en 1958 estabas en Europa...

PML: Eso se veía desde afuera.

JW: En la transición, ¿tuviste noticias de los problemas de México, la huelga de los ferrocarrileros? Parecía que el PRI había perdido el control del sistema...

PML: En esa parte fui muy crítico, quizá ambas cosas connotan una reflexión; hay que recordar que López Mateos inicia su campaña electoral en octubre del 57.

EMW: Época en que Siqueiros le sigue los pasos.

PML: Eso fue después, estando yo con López Mateos. Ese día, cuando lo apresaron, el grupo nuestro, incluyendo a Iturriaga y a Enrique Ramírez, estábamos pidiendo audiencia con el presidente para evitar esa aprehensión.

LF: Estudios posteriores de esa época señalan la concentración de ingreso y la pérdida del salario real de los trabajadores, sin embargo, no son factores que entran a la opinión pública.

PML: Mira, según el último estudio retrospectivo sobre salarios, que acaba de publicar Armando Labra, da buenas cifras de salarios en 1958-63, la primera parte de López Mateos. Es la curva más alta antes de la que se registró en 1972-74, cuando estuve en la Secretaría del Trabajo. Claro que con López Mateos hay un ascenso de salarios.

Otras cosas son ciertas, como lo que dices. Todo esto es muy dialéctico, sí, hay un ascenso de expectativas, pero es cierto que también hay un descubrimiento de nuestras fallas. Por ejemplo, es importante en la conciencia pública del país el libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, que se refiere a los primeros tiempos del lopezmateísmo. Estoy simplificando mucho, pero ahí hay los primeros signos de alarma sobre lo que está pasando. Oscar Lewis es muy importante en la conciencia intelectual del país y muy molesto para el gobierno: en los círculos gubernamentales se decía que era un agente de la CIA, porque cuando López Mateos salía a

hablar al mundo nos estaba ensuciando la imagen de México. A propósito, ésa fue la razón por la cual encerraron a Siqueiros, porque le fue a hacer mala sombra al presidente en Sudamérica.

Como digo una cosa, digo la otra; había también todos estos reflejos todavía de un sistema autoritario. Lo digo como anécdota, no como un pensamiento generalizado: llegué a oír en círculos gubernamentales que Oscar Lewis era un agente de la CIA y que lo habían mandado los estadounidenses para quitarle fuerza a la salida internacional de López Mateos.

Es la época del libro de Ifigenia Martínez, mi gran camarada, sobre la distribución del ingreso en México. Ella sin duda es la primera figura femenina, la mujer más destacada en la política del país. Tuvo muchos más méritos para ser secretaria de Estado que las señoras que aparecen ahora, o para ser siquiera subsecretaria. Si Ifigenia no tuvo altos niveles en la administración fue porque sus ideas siempre fueron muy firmes, una mujer de convicciones. Y no les gustan funcionarios que tengan convicciones tan firmes.

También es la época en que salen los primeros estudios de Víctor Urquidí sobre demografía, que rompen todas aquellas ideas de la época anterior de economistas, de Gilberto Loyo, de que con la modernización y el crecimiento se iba a detener la desigualdad.

JW: Y a Siqueiros, ¿por qué lo aprisionaron? Eso afectó el prestigio de López Mateos.

PML: Había influencias autoritarias dentro del gobierno. El de López Mateos es un gobierno de varias vistas, de componentes que juegan ahí dentro y que son muy significativos en el futuro del país. En un sentido es la cumbre y en otro sentido es un nudo histórico importante. No quiero estar a la simplificación de las buenas y las malas; sí diría las que significan apertura, por eso digo que es el nudo.

Podemos distinguir varias facetas del gobierno de López Mateos: las que significan tránsito hacia una sociedad más democrática, las que tienen un contenido social. En ese ámbito del lopezmateísmo, en el que yo serví y además en el que tuve mucho aprecio, está la política internacional, que hace a través de hombres de calidad del servicio exterior como

don Manuel Tello, que era un diplomático de carrera; hombres como Vicente Sánchez Gavito, el que defiende a Cuba en la OEA, un diplomático ejemplar; como Luis Padilla Nervo, al que regresa a Naciones Unidas; como Alfonso García Robles.

Está el nivel de participación política, sobre todo cuando regresé a México: cómo se da el juego de corrientes políticas muy connotadas dentro del sistema, el gobierno de López Mateos.

Cuenta de manera relevante entre estos aspectos de la obra de López Mateos el social, que es muy creativo: es la obra de Torres Bodet en Educación, volver a arrancar la expansión del sistema educativo con un gran esfuerzo interno, la gran expansión de la seguridad social en México, que es la obra espléndida de Benito Coquet. La creación del sistema hospitalario mexicano es de la época de López Mateos.

Ortiz Mena deja la dirección del Seguro Social al terminar el régimen de Ruiz Cortines sin haber hecho un hospital, el que había era La Raza y se había construido antes, queriendo trasladar la responsabilidad de la prestación de servicios médicos a supuestas unidades médicas que harían los particulares; no quiero hacer la anatomía del ortizmenismo. El que toma la gran decisión de invertir las reservas de la seguridad social en construir el sistema hospitalario nacional, que es fenomenal lo que se ha hecho en hospitales del Seguro Social, en clínicas, es Benito Coquet. Además, edificios construidos con buen gusto, para durar.

Fue un salto cualitativo en el edificio público, los teatros del Seguro, es todo un universo de cultura, de seguridad social, de medicina, del sistema educativo; tiene una gran ampliación, del sistema de cuidado de niños hasta el Centro Vacacional Oaxtepec. El mundo de la vivienda social, que es Tlatelolco; por decir, estos aspectos de la obra de López Mateos. Y él mismo conduce una política nacional muy abierta. Impulsa la nueva conformación de las ciudades con una política de vivienda.

Ésta es una parte, la otra son las dos columnas torales del gobierno de López Mateos donde el sistema se estrangula: su secretario de Gobernación, que se llama Gustavo Díaz Ordaz, y su secretario de Hacienda, que se llama Antonio Ortiz Mena, y la pareja es la contraparte de nosotros, el otro lado de la moneda. Como se sabe, Gustavo Díaz Ordaz, en

quien López Mateos tenía una confianza cada vez mayor, era un hombre evidentemente muy autoritario. A Ortiz Mena lo veíamos en la línea financiera más conservadora: estableció un régimen que no aumentaba fiscalmente —se empezaba a financiar cada vez más por el ahorro interno y por el ahorro internacional—, que privilegiaba como cúpula del sector privado al sector financiero a base de un sistema discrecional —como tan bien lo ha descrito Carlos Tello en su libro sobre la nacionalización de la banca— que estableció la Secretaría de Hacienda como eje de toda esta mafia que ahora gobierna. Construyó una relación privilegiada con los círculos financieros internacionales e internos y de ese modo empezó a tener un gran poder sobre el gobierno, porque el gobierno, para financiarse, pues no aumentaba impuestos con el argumento de que estábamos en la época de crecimiento económico; no había que pelear con el sector privado ni con el inversionista, ni molestar a la gente con reformas fiscales. Paralizó la evolución del sistema fiscal con reformas menores y el gobierno empezó a vivir mediante créditos internos y externos. Ése es el universo del ortizmenismo.

Son dos factores muy conservadores. Hay una evolución del lopezmateísmo, en el que cada vez predominan más las columnas vertebrales: el gobierno, la política interna y las finanzas. La enfermedad de López Mateos influyó mucho en esto, y al final es evidente que predomina el segundo de los grupos. Por eso el de Díaz Ordaz en muchos aspectos fue un régimen regresivo donde Ortiz Mena repite como secretario de Hacienda.

JW: Hablando de López Mateos, Ezequiel Padilla regresó al partido en 1960 para ser senador por Guerrero en el 64. ¿Eso fue parte de la necesidad de luchar contra Ruiz Cortines?

PML: No creo que López Mateos haya luchado contra Ruiz Cortines.

JW: Bueno, había el resentimiento de que López Mateos estaba cargando muchas críticas de corrupción contra Ruiz Cortines.

PML: Así se ve desde la perspectiva de ahora, pero comparado con rupturas posteriores, eso no fue nada. López Mateos terminó con el caciquismo. Los instrumentos los heredó de Ruiz Cortines, el gran

centralizador del sistema, que creó las condiciones para terminar con los feudos regionales, los de Leobardo Reynoso, Bonifacio Salinas y Gonzalo N. Santos. El que acaba por liquidar el caciquismo es López Mateos.

No sentí una ruptura muy grande entonces; claro, esos años no estuve en México, pero al verlo retrospectivamente, y en comparación con las rupturas posteriores, eso no cuenta.

INVITACIONES DE LÓPEZ MATEOS Y DE TORRES BODET

JW: Entonces, ¿cuándo ocurrió tu conexión con la política o con el servicio público?

PML: Yo había conocido cuando estudiante al licenciado López Mateos, secretario del Trabajo; lo invité a un acto en la facultad donde habló. Él me había ayudado para organizar algunos eventos estudiantiles y me caía muy simpático, era una gente joven, liberal y me estimaba mucho como dirigente. Fue propuesto candidato en el 57, cuando yo tenía un año en Europa. Amigos de él que pasaban por Europa me decían que me fuera a la campaña, y nunca me fui; amigos míos que me querían mucho. José Iturrriaga, que era muy cercano intelectualmente al licenciado López Mateos y quien más mensajes me había mandado, me invitó a su casa, a una cena donde fue el presidente de la República. Me insistió para que me quitara unas barbitas que yo tenía; venía sin sacos ni trajes, vivía en la vida intelectual. López Mateos quería rodearse de gente joven, o había en su equipo gente que pensaba que convenía abrir un espectro de funcionarios jóvenes, de pensamiento más moderno cerca de él y en esa calidad me invitaron.

El licenciado López Mateos y mucha gente que conocía a Pepe Iturrriaga sabía que yo iría a esa cena. Cuando ésta terminó, el presidente se acercó y me tomó del brazo —era muy amable—: “Porfirio, ¿cuándo llegó usted?” “Señor licenciado, llegué hace cinco meses.” “¿Qué está haciendo?” “Pues todo y nada.” “¿Cómo que todo y nada?” “Tengo un curso de Teoría del Estado en la facultad y estoy haciendo unas traducciones para el Senado, por cierto, sobre la Constitución. Estoy en

casa de mis padres; ya va nacer mi hijo.” “¿No quiere usted trabajar en el gobierno?” “No, señor.” “¿Qué quiere usted hacer entonces, Porfirio?” “Un libro sobre el sistema político mexicano.” “No quiere trabajar en el gobierno, tiene usted razón; no hay que ser burócratas.” Me acompañó y me dijo en la puerta: “¿Y no quiere usted trabajar conmigo? Quisiera formar un grupo de gentes jóvenes y progresistas. Estamos teniendo gran embate de la derecha”; también había lo del MLN por fuera. “Pepe Iturriaga me está ayudando, Enrique Ramírez y Ramírez, Alejandro Carrillo Marcor, y quiero formar un grupo. Véngase a trabajar conmigo.” “Tengo un compromiso conmigo mismo y con la Universidad —le dije—, no podría trabajar, por función administrativa.” “Véngase como mi asesor y ayúdeme a formar un grupo de gentes pensantes, progresistas.”

Yo no quería. Siempre había tenido la ilusión de hacer un partido político, pero quería sacar mi libro y luego decidirme. Le dije: “Bueno”. “Venga a ver a mi secretario cuando quiera.”

Total: así caí en la tentación. Que el presidente tuviera tal deferencia para un joven era importante. Humberto Romero ya me tenía un escritorio puesto; me dijo que me nombraba secretario auxiliar. Le dije que no, “no me siento en ningún escritorio”, y entré como asesor. Empecé a hacer textos, a participar en reuniones importantes, y a López Mateos le gustó lo que hacía; usó cosas mías para discursos suyos. Yo iba cada 15 días a Los Pinos a llevar algún trabajo, me sirvió como un pequeño ingreso. Seguía en la Universidad.

Ya era asesor hacía ocho meses cuando el presidente me invitó a decir un discurso el 21 de marzo de 1961, el día de Juárez, cuando la iniciativa privada —concamines y concanacos— lanzó el gran ataque contra López Mateos con aquel desplegado que se llamaba “¿POR QUÉ CAMINO, SEÑOR PRESIDENTE?”, y habían iniciado la guerra contra el libro de texto gratuito; el discurso del 21 de marzo de 1961 fue quizá el primer momento claro de ruptura como respuesta a la presión abierta de sectores conservadores respecto al gobierno, que hacía tiempo no se daba.

López Mateos reaccionó de un modo impulsivo en algún momento. Le dijeron: “¿Es cierto que usted es de izquierda?” López Mateos

dijo: “Mi gobierno es de extrema izquierda dentro de la Constitución”. Famosa respuesta, que creó más problemas.

Mi discurso se llamó “Juárez y la dignidad del Estado”, donde decía con toda claridad que Juárez había sido el gran defensor del Estado mexicano contra los intereses bastardos, y arremetí contra el sector privado reaccionario. Lo pronuncié frente al presidente, con el gabinete; es un discurso muy republicano, liberal y progresista, un discurso que se apartó considerablemente de la retórica oficial de entonces, no de retórica “oficialista”; cuidadosamente escrito, bien seleccionadas las palabras. Revelaban una prosa distinta, otro enfoque, con valentía. Fue un discurso que gustó mucho.

También hacía manifiestos que firmaron la CTM, el PRI o la CNOP, un poco el trabajo intelectual. No me avergüenza decirlo; así funcionaba el sistema. No era el único que hacía ese trabajo, había otros, pero sobre todo yo tenía que ver con los que tenían escritos o argumentación que iban a ser manejados por organizaciones políticas, y también con actos públicos como los que he referido.

Ese discurso tuvo un gran éxito. Me hablaron tres secretarios del gabinete para invitarme a trabajar al día siguiente, entre ellos don Jaime, que me hizo un gran sentimiento: “Porfirio, ¿por qué no me había usted buscado?” “Don Jaime, es que no quiero trabajar en el gobierno. Hay quienes dicen que me metí en la administración, que soy un trepador.” Me defendí todo lo que pude para no trabajar en el gobierno. “Porfirio, quiero hablarle con franqueza. He hablado con el presidente López Mateos y hemos decidido, salvo que usted tenga una idea distinta, que se venga a la SEP. Su discurso del 21 de marzo es exactamente el tipo de discurso que necesitamos. Quiero que me ayude a combatir, en vinculación con el presidente, al embate a los libros de texto gratuitos. Quiero que sea el director de Educación Superior de nuestro país. Usted vivió todas las reformas educativas de Europa.” “No, don Jaime, por favor, no puedo.” “Vendrá usted como subdirector porque el viejo director es un profesor de Filosofía que fue maestro del presidente, y me ayudará usted a jubilarlo. Quiero que usted me planee un nuevo concepto de la educación. Tengo ahí a Nacho Chávez, que se dice moderno

y que hace cosas muy antiguas; tengo a Leopoldo Zea, el gran ideólogo de la educación superior en México. Quiero que se venga aquí.” Le dije: “Don Jaime, permítame”. “Mire, Porfirio, usted no podrá seguirse resistiendo para ser un hombre del servicio público.” “Don Jaime, ¡quiero hacer un libro!” “Podemos arreglarnos, Porfirio. Mientras usted sea subdirector, quizá podrá tener horas” (eso nunca ocurre). Me explicó su proyecto: reformas a la educación superior, defensa ideológica de las reformas educativas. Me gustó el plan. Me convenció. Tenía, a la sazón, 27 años. Entonces entré de subdirector de Educación Superior y seguí de asesor del presidente. Claro, eso me potenció.

En esos meses hice un ensayo sobre la educación superior, que publicó el Fondo de Cultura en *México: cincuenta años de Revolución*: es mi primer ensayo grande, donde está toda la historia y mis ideas sobre la educación superior en México.

López Mateos se fue a Europa y me pidió ideas para su gira. Todas resultaron buenas. Le hice el guion del discurso en la Sorbona, con conceptos interesantes; le encantaron. Me invitó a irme con él a Europa, en su cabina, y me hice popular. Don Jaime me trató muy bien.

Entré al gobierno. Así se dieron las circunstancias: el tipo de relaciones sociales y de formación que tenía hicieron fatal que cayera en la tentación... y de ahí para adelante. Desde el primer empleo me consideraban porque estimaban el tipo de ideas que encarnaba. Se quería a gente que tuviera ese empuje; también por eso me invitaron el doctor Morones y Echeverría. Además, no fueron cosas implícitas sino explícitas. Echeverría me dijo: “Necesito renovar el discurso político del país. Necesitamos gente con ideas avanzadas, que conozcan el ámbito internacional”. La prueba es que el discurso político que hice para don Luis es muy avanzado en comparación con el que había antes; fui llamado para eso. Muchos entramos a la administración pública porque éramos, además, connotados como gente progresista.

JW: ¿Todos estos jóvenes profesionistas que fueron administradores públicos son, simultáneamente, ideólogos?

PML: Hay unos más neutros que otros, y otros más ideológicos. Hay un juego ideológico, y muy fuerte adentro; por desgracia, quienes

sostuvimos nuestras ideas fuimos muy pocos. Ahí está la congruencia. También la derrota de los individuos, grupos y corrientes progresistas dentro del gobierno se debe en gran medida a su falta de congruencia, a que muchos se conformaron con la posición y no siguieron defendiendo sus ideas. En cambio, los del sector conservador del gobierno sí han sido enormemente congruentes.

JW: ¿A los 27 años qué pensabas de la corrupción, de los problemas del partido oficial? ¿No viste nada de eso?

PML: Sí, cómo no. No se te olvide que a los 23 años había dado un curso sobre Revolución mexicana en la Escuela Nacional Preparatoria, que había sido un año profesor en la Universidad de Toulouse sobre Revolución mexicana y que estaba haciendo un libro sobre el sistema político mexicano.

JW: Viendo las ventajas del sistema como consejero del gobierno, ¿podías ver los problemas?

PML: Claro, porque no había vivido el sistema desde el otro lado, ni siquiera como dirigente estudiantil. En los años cincuenta pensábamos que el sistema era reformable desde adentro; llegué a París precisamente por la represión. Acabo de encontrarme a un filósofo mexicano, Ricardo Guerra, con quien tuve la primera conversación sustancial en París. Él me recordó que llegué de líder estudiantil crítico respecto del PRI porque nos había tocado la represión de la época henriquista a ciertos movimientos sociales, y mi actitud era, en términos generales, antipriista, según recuerdan aquellos con los que tuve ocasión de discutir estos temas entre 1957 y 1958. Gracias a mis estudios en Europa, al curso que di sobre Revolución mexicana y a la elaboración de la que estaba destinada a ser mi tesis de doctorado, reaprecié el sistema mexicano desde una perspectiva histórica, pero no tanto como para decidirme a trabajar en él. No es que yo fuera conservador; simplemente hay muchas cosas que ignorábamos, que sólo las puedes ver desde este lado. Hay otro punto: casi todos en mi generación dejamos de pensar hacia fines de los setenta en la posibilidad que tenía el sistema para incorporar nuevos sectores al bienestar; empezamos a percibir los límites del sistema ya avanzados los setenta. El primer ensayo que produje, donde me referí a la incapacidad

del modelo para absorber marginalidad y a la terminación de la vigencia de la teoría de los círculos concéntricos, lo hice hacia 1978: me lo encargó la UNCTAD, sobre las posibilidades de expansión del sistema educativo en el mundo en desarrollo. En esa época todavía estaba de moda la famosa teoría de los círculos concéntricos, que por el crecimiento económico la marginalidad, por ejemplo, sería absorbida. Ahí hago la primera denuncia sobre la incapacidad del modelo de desarrollo prevaleciente en América Latina, y particularmente en México, para seguir incorporando marginados. En eso también hay una coincidencia con la literatura crítica. El primer gran aldabonazo sobre el tema del marginalismo absoluto es el libro de Pablo González Casanova, que no es un tratado sobre la democracia en México sino sobre la marginalidad. Es decir, fuimos adquiriendo realmente en los setenta la conciencia de los límites económicos y sociales del sistema, y solamente ahora, en la oposición, hemos comprendido las deformaciones que el sistema político tuvo sobre la sociedad. Lo que tenemos que remontar para recuperar la capacidad de decisión de la gente sobre sus propios procesos electorales es fantástico, es el rezago acumulado que dejaron tantos años del partido dominante.

Cuando regresé de París, mi ideal era terminar mi libro sobre el sistema político mexicano, esperar el desarrollo de los acontecimientos y decidir, según como evolucionara el sistema, si participar en él o incluirme en algún tipo de corriente opositora. Muchos miembros de mi generación estaban en movimientos de oposición o semioposición: bien en el Movimiento de Liberación Nacional, o bien, otros amigos míos, los más radicales, en la Liga Espartaco. Otros simplemente en revistas críticas como *Política* o *El Espectador*, una revista que hicieron otros miembros de mi generación. Se nos abrían dos opciones: la de incorporarnos al sistema si estimábamos que tenía posibilidades de cambio o la de seguir una línea de oposición, aunque fuera crítica. No pensábamos entonces en la creación de un partido político; desde luego, era demasiado prematuro. Yo oscilaba entre ambas cosas.

La dinámica interna y la posibilidad que nos daba de hacer cosas nos ocultaban muchas de las injusticias inherentes al sistema. Es la época de *Estructura social y cultural de México*, de José E. Iturriaga, que todavía es un

libro muy optimista sobre cómo la Revolución mexicana había logrado incorporar a nuevas capas de la población; creíamos que era un sistema que propiciaría su propia democratización. Todos nos entusiasmos con los diputados de partido. Escribí uno de mis ensayos más amplios sobre el voto a los jóvenes. Tendíamos a exaltar los valores de apertura del sistema, en los cuales tuvimos participación; menospreciábamos sus grandes injusticias porque no las habíamos vivido de modo directo.

Doy un dato con toda honestidad: desde el otro lado, por no haber trabajado en las áreas directamente políticas, jamás pude siquiera sospechar el número de asesinatos, de muertos y desaparecidos en México. Ahora que estoy en conversación tan directa con gente como Rosario Ibarra... La invité al Senado, hizo un gran ruido ahí y me llevó expedientes que se remontan hasta hace 10, 15 años. Si la mitad de las cosas que sostienen son ciertas, los niveles de represión han sido muy graves. No es que lo ocultáramos, simplemente no estaba en nuestro horizonte. Es algo de lo que no éramos testigos, y si nos llegaba remotamente como un rumor, no lo creíamos o no le dábamos la importancia que tenía.

Así como hay aspectos que he ponderado del sistema político, porque creo que funcionaba bien en términos generales, mi experiencia de oposición me da la otra cara, que tuve de alguna manera como estudiante, pero en ninguna medida como la tengo ahora. Es la otra cara de la moneda. Primero, ese sistema tan bien construido como capilaridad, como cooptación, como equilibrio de intereses, hasta qué punto sí dañó de modo muy grave el espíritu cívico, por retrasar siempre una competencia abierta en la arena democrática; hasta qué punto la gente fue educada dentro de mecanismos autoritarios del ejercicio del poder; hasta qué punto se privó el espíritu cívico de la gente; hasta qué punto, en el interior de los sindicatos, hubo un retraso considerable en las luchas sociales, por la manipulación, y quizá lo más grave, desde el ángulo que ahora estoy viviendo: los niveles de represión política.

En el extremo, si estás en el universo de la ciudad griega, te parece un mundo maravilloso, todo funciona espléndidamente; un día te encuentras con Sócrates y otro con Aristóteles, y te sientes en la democracia perfecta porque oyes los discursos de Demóstenes y vas al ágora

a votar, pero no percibes en qué medida ese mundo de la ciudad griega reposa sobre un universo de esclavos. Obviamente estoy haciendo una extrapolación excesiva. Tiendes a ver más las virtudes del sistema y a minimizar, y aun a ocultar, entre otras cosas, porque no lo conoces.

JW: Por eso a los conservadores les va bien. Basta con que no hablen del concepto de beneficio social.

PML: Cuando termina el régimen de López Mateos, yo había tenido expresiones en grupos, etc., contrarias a la posibilidad de la candidatura del licenciado Díaz Ordaz. Sin ser partidario de nadie: no estaba en ese tipo de política tradicional. Quiero que se entienda: mi deseo era terminar el libro, tenía que ver con una deuda académica mía que arrasaba desde que salí de México.

JW: ¿No buscabas una ubicación en el gobierno de Díaz Ordaz?

PML: No, para nada. Al contrario: las rehusé. Y fueron varias, además; voy a decir cuáles. Yo tenía aversión por la personalidad de Díaz Ordaz en aquel entonces.

Un intelectual, maestro mío, que se llamaba Jesús Reyes Heróles, era en cambio muy cercano a Díaz Ordaz, pero era subdirector del Seguro Social con Benito Coquet. Benito Coquet era muy cercano al grupo íntimo de López Mateos. Yo no fui coquetista propiamente porque no tenía mayor relación con Coquet, pero desde luego lo prefería a Díaz Ordaz, sin tener un candidato muy claro. De los que había me parecía el mejor, pero no hice política electoral.

En 1963 el entonces director del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana se fue de gobernador a Michoacán, entonces el señor Torres Bodet le propuso al presidente de la República que yo fuera director del Injuve, que entonces era un puesto político importante; yo iba a cumplir 30 años. El señor Torres me dijo que el presidente le había dicho que sí. Me dijo: "El presidente lo va a nombrar. Él sale a India y al regreso usted va a tomar posesión".

Arreglé mis cosas. El presidente regresó, nunca me nombraron y don Jaime tiempo después me dio una explicación: "Porfirio, el presidente cambió de idea. Va a dejar ahí un interino porque le han dicho que usted está en política militante, y no quiere que un año antes de la sucesión la

juventud sea orientada en el sentido de una candidatura”. “Pues eso es falso, don Jaime.” “Lo sé —dijo—, pues usted está aquí todo el tiempo, pero es la impresión que le han dado al presidente y cuando menos él no quiere herir o no quiere que lo tomen a mal los precandidatos.”

Es decir, que preferían dejar a algún neutro que no diera indicación, y de alguna manera, sí, por el contacto con Pepe Iturriaga, con muchos intelectuales que estaban cerca de don Benito, me sentía más cercano a él; había razones para que la gente pensara eso. Pensé que había sido el secretario de la Presidencia, Donato Miranda, y estando yo en París —fui a París después, y ahora lo cuento—, fue a Europa Miranda y cenamos en Montmartre. Le pregunté: “¿Oiga, usted se opuso a que yo fuera...?” “No —me dijo—, fue Díaz Ordaz porque lo intrigó mucho un asesor muy cercano a él”, que fue Reyes Heróles.

Con Reyes Heróles tuve debates muy serios sobre Díaz Ordaz, donde discutíamos acerbamente. Creo que ahí hubo filtraciones.

Terminó el gobierno, llegó Agustín Yáñez como secretario de Educación Pública. Don Agustín, muy amable, me preguntó qué quería yo hacer en la educación, me mandó sondear para hacer cargo: secretario particular, director de Asuntos Internacionales. El subsecretario me invitó a ver si en la siguiente asamblea tomaba la secretaría general de la Asociación Nacional de Universidades. Tuve varios ofrecimientos para quedarme en Educación. No me sentía a gusto porque yo había trabajado en Educación con un hombre que admiraba mucho, don Jaime, y teniendo aprecio personal por Agustín, que trabajó después conmigo como presidente de la Comisión del Libro de Texto Gratuito cuando era yo secretario de Educación, pues no era lo mismo. Me di cuenta desde el principio de que no iba a tener el gusto del trabajo, de la creatividad: entonces me ofreció que podía dedicarme la mitad a la Universidad, que me quedara de medio tiempo. Fue muy amable, muy abierto.

CONSEJERO CULTURAL DE MÉXICO EN FRANCIA

PML: Un día Jaime Torres Bodet me llamó a su casa en domingo, me dijo: “Porfirio, estuve con el secretario de Relaciones Exteriores,

hablamos de usted y lo va a invitar al Servicio Exterior. Conociendo su situación, creo que usted debe irse”. “Don Jaime —dije—, tengo ofrecimientos aquí. No tenía en mis planes irme, pero ahora que usted lo dice, quizá sea mi solución, consejero cultural de México en Francia.” “Piénsesele, Porfirio; creo que hay muchos caminos.” Le dije: “No he eliminado ningún camino; lo que no quiero ser es un político ni un burócrata tradicional, soy un hombre de cambios y toda mi vida, perdón que lo diga, siempre he sido igual esencialmente. *Genio y figura hasta la sepultura*, contra versiones negras de gente que ha estado fregando toda la vida”.

Entonces don Antonio Carrillo Flores, que conocía distantemente, me llamó: “¿Cómo le va, compañero? Mire usted, yo quería un gran consejero cultural de México en Francia para que tuviera influencia en Europa. Invité a Salvador Novo y no puede, ya está grande, y acabo de fundar un consejo de asesores para que me ayude a hacer una nueva Ley del Servicio Exterior. Invité a Daniel (todo esto de cuando lo invité Carrillo Flores lo narra don Daniel con mucho rencor en sus memorias), invité a don Jaime, invité a Pepe Gorostiza y les pregunté si sabían de alguien que pudiera ser consejero, y unánimemente me dijeron que usted”. Tan difíciles como Daniel, tan exigentes como Jaime, así es que inmediatamente dije que sí. “Don Jaime me lo hizo saber.” “¿Y qué piensa?” Le dije: “Traigo ya una decisión: que sí”.

Entonces me dijo algo muy interesante: “Mire, Porfirio: el presidente (es curioso cómo las ideas pasan de un gobierno a otro: esto de nombrar embajadores jóvenes lo hizo Echeverría), el presidente tiene la idea (no sé si a lo mejor era de Carrillo y no del presidente, pero por esta forma mexicana me dijo que era del presidente) de hacer embajadores jóvenes. Yo le propongo a usted dos cosas: que se vaya como agregado cultural en París, termine todo lo que tenga que hacer y en dos años, tres al máximo, usted será embajador. Necesito una gente como usted”.

Estoy hablando ya de los primeros meses del 65; tenía 31 años. Una oferta para un joven de 31 años, de ir a París como consejero cultural... Mi antecesor había sido Silvio Zavala. Don Jaime creó la posición de consejero cultural; no agregado cultural, el tercero de la embajada. Era la función cultural. El primero fue Nacho Bernal, el segundo

Silvio Zavala, y fui el tercero. Don Silvio hacía eso y la Unesco; heredé su silla. Fantástico don Silvio, estuvo muchos años. Entonces, él fue el de la idea de que yo fuera a Toulouse, entre otras cosas; mantengo hasta hoy un gran afecto por don Silvio, un hombre que respeto mucho. Bueno, pues estaba por ser embajador en tres años y dije: “Me voy, dentro de seis años decidiré. Ya habré terminado mi libro, ya seré embajador, o me dedico a la vida intelectual, regreso a pelear o qué sé yo”. Y me fui.

JW: Además, regresar en triunfo a la Francia.

PML: Exactamente; triunfo muy relativo.

JW: Bueno, ya no como estudiante sino como agregado cultural.

PML: Cuando regresé de consejero cultural, un año y medio después, tenía dos trajes y por menaje de casa no traje nada, no compramos sino una mesa; yo hasta entonces no tenía un ahorro en el banco, para que vean qué tipo de gente hemos sido.

Me fui a Francia. El embajador era el doctor Morones Prieto, que lo había sido en la época de López Mateos. Tuve un gesto de decencia: supe que el doctor Morones estaba en México y sabía que ya se iba a regresar, es decir, mi nombramiento estaba decidido, independientemente de quien fuera de embajador. Todavía no se decidía quién sería, luego supe por qué: querían nombrar a Octavio Paz, pero sentían cierta resistencia de la diplomacia francesa por algo a lo que no me referiré.

El doctor Morones Prieto había sido ministro de Salubridad con Ruiz Cortines, compitió por la presidencia con López Mateos, y al segundo año de su gestión López Mateos lo convenció de que fuera a Francia. Estudió medicina en Francia; es mi cuarto mentor. Insisto: mi padre nacido en el 98, el maestro De la Cueva en 1901, Jaime Torres Bodet en 1901 y don Ignacio Morones Prieto en 1900. Desde que nazco, hasta los 36 años, son cuatro personajes que influyen capitalmente en mi vida.

El doctor me invitó a tomar un café. Le dije: “Oiga, doctor —desde estudiante lo había conocido en Monterrey—, fíjese que me han invitado”. Me dijo: “Sí, el secretario de Relaciones me contó. Le dije que enviara a quien quisiera”. Le dije: “No, doctor, yo no me puedo ir si usted no está de acuerdo, no quisiera que me impusieran. Si voy a trabajar con usted, me gustaría tener su anuencia y su simpatía”. “No,

licenciado, claro que me da mucho gusto que usted vaya, pero ya le digo, me voy a regresar.” Creo que eso me valió mucho.

Llegué a Francia, me instalé, empecé mi programa cultural, muy amplio. Empecé a viajar a las universidades, a los institutos hispanos; trabajé con hispanistas, americanistas, con cineastas, valiéndome mucho del mundo de don Jaime, del doctor Zavala. Dirigí la revista *Nouvelle du Mexique*; le di un nuevo formato, con originales y no con refritos. Trabajé muy intensamente un año, y en eso el doctor Morones se regresa a México.

Ah, cuando yo salí a Francia don Jaime me invitó a su casa nuevamente y me dijo: “Le quiero pedir un favor”. “Sí, dígame.” “Conocerá usted seguramente pronto al ministro de Cultura, mi amigo André Malraux; he quedado mal con él porque le ofrecí prestarle piezas mayas para una gran exposición que él sueña hacer en Francia, y como se vino lo del Museo de Antropología y el número de piezas mayas es limitado, no podíamos vaciar la sala maya apenas inaugurado el museo, pero se siente defraudado por mí.”

Se lo comenté al doctor Morones, y un día hubo una exposición de calaveras de cartón; fue Malraux —le encantaban esas cosas— y le dije al doctor: “¿Puedo hablar con Malraux?” “Sí, cómo no.” Me presenté con el ministro de Cultura, le dije: “Soy fulano de tal, tengo un mensaje para usted de don Jaime Torres Bodet”. “Ah, *monsieur Torres Bodet, comme est il?*” “*Il est très bien.*” Regresó el doctor y un día me llegó el pitazo de que Malraux iba a Guatemala para organizar una exposición maya; no sé quién me lo dijo. Entonces me fui a verlo: “A lo mejor se hace una exposición México-Guatemala-Honduras, etc.” Acababa de ir Díaz Ordaz a Centroamérica y había hecho los famosos acuerdos, entre los cuales había culturales y antropológicos con cada país; yo los publiqué y los reproduje en la revista. Dije: “Pues es el gran momento”, y fui a ver al secretario general del Ministerio de Cultura. Le dije: “Oiga, yo sé que el ministro irá; me gustaría saber cuándo se va, porque conversé con él para ver si hacemos una exposición juntos”. “¡Ah! —me dijo—. ¿Me permite un momento?” Entró y salió de la oficina de Malraux y me dijo: “El ministro quiere hablar con usted”.

Yo siempre he sido muy conchudo, sin jerarquías ni nada, y le dije: “Ministro, don André, ¿cómo está usted?” “¿Es cierto que se puede hacer la exposición?” Le dije: “Pues no sé; yo le traigo una idea”. “¿*Avez vous une instruction?*” “No —le dije—, voy a tener instrucciones, pero las tomo.” “¿Usted es capaz de tener instrucciones para que yo haga mi exposición maya integrada, toda la exposición maya?” “Mañana lo vengo a ver”, le dije. Para eso, al doctor Morones ya lo habían regresado a México. Me voy, cojo el teléfono, le hablo a Agustín Yáñez, y me contestó él mismo; “Oiga, don Agustín, hay esto”. “Pues me parece buena idea.”

Le hablo a don Antonio Carrillo Flores. Quiero decir, tenía relación personal con él. “¡Sí, cómo no! Dígale que se venga a México”, me dijo. Entonces me fui al día siguiente con Malraux, le dije: “Oiga, véngase por México; ahí negociamos su exposición y luego va usted a Guatemala y negocia la otra mitad”. “Oh —me dijo—. ¿Usted va a México?” Le dije: “Sí, pues ya hablé a la secretaria”. Me pagaron el viaje, llegué a México, al día siguiente llegó Malraux y lo recibí en la escalerilla del avión, con el doctor Morones Prieto —lo acababan de nombrar secretario de la Seguridad Social—, con Agustín Yáñez, secretario de Educación, y con el secretario de Relaciones Exteriores. Muy cariñoso, Malraux me agarró como cuate de confianza; aquí hice con él cosas inusitadas. La primera vez que vi el Museo de Antropología completo, lo vi con Malraux. Fascinante el tipo, absolutamente fascinante. Es el del *Museo imaginario*; es un personajazo. Cosas increíbles me dijo sobre las culturas. Me tuvo una confianza brutal; me volvió su intérprete, además. Me agarraba del brazo y me traía para todas partes, y eso impresionó mucho en México. Total, la famosa exposición ahí se hizo porque cuando fue a Guatemala ya habían preparado una exposición de toda la cultura guatemalteca, es decir, como la colonial, de tres pisos, y a él se le hizo muy difícil deshacer el pacto. Pero en esa visita mía a México, inesperada, ocurrió todo otra vez, como el 21 de marzo que dije un discurso: todo mundo me invitó a venirme, porque fue muy notorio lo que estaba pasando al año de estar yo en Francia.

Entonces el doctor Morones me dijo: “Licenciado, quiero que se venga, que sea mi brazo derecho en el Seguro Social; ah, no se lo diga

a nadie, porque no lo he hablado con el presidente”. Al año y meses de estar en Francia me regresé. Agustín Yáñez me pidió que fuera a Panamá para redactar la parte educativa y cultural de la Carta de la OEA actual, y le habló a Carrillo Flores; en Panamá hicimos la redacción. Me metí tres meses a Panamá, con Rafael de la Colina. A mi regreso encontré una situación muy delicada porque don Antonio se había dado cuenta; yo ya le había dicho al doctor que sí, y entonces don Antonio me mandó llamar y me dijo: “Porfirio, se va usted a Argentina de embajador”. “Oiga, don Antonio, yo no me puedo ir... Por ahí dicen que soy un trepador, que creen que es conquista. Pues absolutamente, es al revés.” “¿Pero por qué?” “No puedo decir.” “Si no va, lo fusilo como desertor.”

A Argentina, a los 32 años de embajador: increíble. “Se me va.” “Don Antonio, yo no puedo.” Total, pues le tuve que decir: “El doctor Morones me invitó...” “No, Porfirio, no haga eso.”

Al ver la competencia, el doctor Morones me dio posesión sin hablar con el presidente, cosa que para mí tuvo consecuencias también. Tomé posesión en el Seguro Social como secretario general del Instituto a los 32 años, y así me reincorporé a México cuando mis planes eran otros; es el origen de que me divorcie después, porque ya habíamos hecho planes familiares para ir seis, siete años al extranjero, que se vinieron abajo.

JW: ¿Tu esposa creía que iban a quedarse?

PML: Toda la familia, pues fue un cambio de planes. Mis hijos, los mayores, estaban en el jardín de niños, pero en fin. Me regresé para trabajar en el Seguro Social.

JW: ¿Y divorciándose?

PML: No, eso ocurrió mucho después; quiero decir que eso cambió mis planes vitales. Entonces, daba testimonio —delante incluso de personalidades— de que don Antonio hizo la broma de que me iban a fusilar en el patio de la Secretaría de Relaciones por desertor; lo tomó con buen humor don Antonio. Luego volví a verlo, lo invité a cenar varias veces a Nueva York cuando pasaba —fue embajador en Moscú al final—, pero sé que nunca le gustó eso. El caso es que regresé a México por un azar, sin haberlo pedido, ¡y todo por haber caído con André Malraux para organizar una exposición maya!

Ésa es la historia de cierto prestigio que se me ha ido haciendo, y ahí empieza propiamente lo que puedo decir mi carrera política, cuando tengo un cargo político importante, encargado de las relaciones entre los sindicatos y las empresas, el sistema colectivo del Seguro Social; el sistema, digamos, de dirección colectiva tripartita del Seguro Social, y ya es otra época.

EL IMSS Y EL DOCTOR MORONES PRIETO

JW: Hablemos del Instituto Mexicano del Seguro Social y del doctor Ignacio Morones Prieto.

PML: El doctor Morones tuvo mucho que ver en mi formación: el verdadero político mexicano tradicional, con gran sabiduría. Fue médico rural, director de un hospital, rector de una universidad en provincia y había hecho una carrera hasta gobernador.

LF: ¿Es de Puebla él?

PML: No, nació en Linares, Nuevo León, pero se educó en San Luis Potosí; hizo su carrera de médico en San Luis y fue gobernador de Nuevo León, claro. En el doctor Morones encontré un tipo de personalidad muy distinta, un hombre que, como se dice en la jerga mexicana, venía de regreso. Hizo su carrera como director de un hospital, había sido rector muy joven; por haber estudiado en universidad de provincia, estudió dos veces la carrera de Medicina, una vez en San Luis Potosí y otra en París.

EW: ¿En qué año lo conociste?

PML: En 1952, en una ceremonia de inauguración del Congreso Mexicano de Sociología, al que fui invitado como estudiante de Derecho; al haber un discurso de salutación de un estudiante regiomontano, me pidieron que hablara y pronuncié un discurso improvisado. Al doctor lo vi algunas veces cuando era secretario de Salubridad, pero no lo había vuelto a ver. Fue en París donde establecimos una excelente relación y conviví mucho con él; contaba anécdotas de los viejos tiempos de la Revolución, hablaba de cómo esta gente de provincia había visto

la evolución del país. Había sido un hombre bondadoso. Veía la política de un modo menos compulsivo. Con él aprendí la dimensión médica de la política orgánica: veía a la sociedad como un cuerpo vivo y había que cuidar su evolución sin violentarla, es decir, no era partidario de la cirugía. Era un gran conocedor de los seres humanos, de sus motivaciones y de los procesos políticos. Tenía lo que podía llamarse ojo clínico, el lado de la sabiduría política.

“En la política —decía el doctor Morones— hay que saber lo que la gente trae dentro, qué quiere y por qué lo quiere; el lado humano de la política es verla como una interacción de seres humanos, de ambiciones, de pasiones, de debilidades.” Ésta fue la parte que contribuyó en mi formación. Me fue muy útil después.

Alguna vez entré a su oficina —yo iba los sábados— porque teníamos que firmar todas las pensiones. Ahora la Ley del Seguro Social ya cambió, pero todas las decisiones importantes que tenían que ver con los asegurados las firmaban el director general y el secretario general. Allí nos pasábamos hora y media o dos horas, firmábamos y platicábamos. Un día que llegué con muchas preocupaciones me dijo: “Usted trae esto y esto y esto”. “¿Qué come, que adivina?” “Cuando yo era médico —me dijo—, como no teníamos recursos entonces, me decían que yo tenía ojo clínico e incluso curaba a la gente hablando. Pero cuando alguien entraba por mi puerta, tenía que saber qué enfermedad traía, aunque no tenía con qué comprobarlo; así aprendí a saber qué trae la gente. Es igual que la política, hay que saber lo que la gente trae dentro, qué quiere y por qué lo quiere.”

El gran éxito del doctor Morones como secretario de Salubridad, que estuvo a punto de valerle ser presidente de la República —si no hubiera sido Adolfo López Mateos, habría sido Ignacio Morones Prieto, no Gilberto Flores Muñoz, como se cree—, fue que se dedicó a combatir el paludismo y otros males endémicos, y en su gestión se erradicó el paludismo en México. El doctor Morones tuvo tres ideas fundamentales como secretario de Salubridad: primero, combatir los males endémicos, proeza de los gobiernos de la Revolución. Acabar con el paludismo implicaba cambiar la estructura de la población de este país desde la

llegada de los primeros pobladores, venidos por el estrecho de Bering; la gente no podía establecerse en las costas ni en los trópicos húmedos, no se podía trabajar. Toda la cultura de los trópicos estuvo determinada, a través de siglos, por la debilidad que deriva de las enfermedades endémicas. La acción del doctor Morones Prieto aportó la posibilidad de recomponer la estructura demográfica del país, ahora se puede vivir en las costas y en los trópicos.

Ciertas reformas en un país son estructurales: terminar con las enfermedades endémicas es una reforma estructural, la universalización de la educación primaria es otra. Nunca lo hubiera reflexionado si no hubiera trabajado con puros hombres que las hicieron en México, por eso tengo el gusto de las reformas estructurales.

La cultura del Altiplano en México, desde las civilizaciones indígenas, tiene que ver en gran medida con las enfermedades tropicales; esto da la estructura demográfica de la Colonia y del siglo XIX, la distribución del producto, la concentración de la riqueza. No hemos medido los efectos que la insalubridad de los trópicos tiene sobre la sociedad.

La segunda idea del doctor era la medicina rural. Estableció los servicios de bienestar rural en todo el país; modestos, al alcance de la gente, con administración de las propias comunidades. Cuando hice el Plan Nacional de Educación, tuve presentes muchas de las ideas del doctor Morones sobre servicios rurales. El doctor tenía, sin haberla elaborado mucho intelectualmente, la idea de la autogestión de los servicios sociales en las comunidades.

Por cierto, cómo se repiten las ideas en la vida: entre los siete programas que le planteo a la Unesco como temas de investigación en América Latina, está la autogestión de los servicios sociales en las comunidades, que es lo contrario de la burocratización.

Lo tercero, él consideraba muy importante la necesidad de que en México hubiera una medicina de alta calidad, para que la gente no tuviera que irse a operar afuera, y para que el médico mexicano pudiera tener el máximo desarrollo profesional dentro de su propio país. Era su convicción que esa medicina de alta calidad solamente podía hacerse por la ley del número y por los recursos en la medicina pública.

Me acordaba mucho del doctor cuando estaba en el PRI. Decía que hay que entender que detrás de cada fenómeno político, de cada coyuntura, de cada circunstancia política, hay un ser humano con un interés, con un pasado, con una expectativa; en eso también era una gran escuela de tolerancia. El doctor podía ser muy intolerante y muy duro con los que abusaban, pero era sumamente tolerante y paternal para entender problemas y motivaciones de la gente. No sé si sea mucho o poco, pero creo que fundamentalmente es lo que me aportó junto con la oportunidad. La vieja reciedumbre del político: era un hombre de una sola palabra. Lo que él decía ahí se quedaba, y lo decía una sola vez. Es decir, la política como algo de honor. Algo que se ha perdido: el compromiso político como compromiso de honor. Cuando él adquiriría un compromiso de cualquier naturaleza así se hacía, ocurriera lo que ocurriera. Nunca lo vi retractarse de una decisión, de un ofrecimiento o de una promesa.

En mi nombramiento como secretario general del IMSS, ocurrió que el presidente no se enteró; me habían mal informado con Díaz Ordaz, y cuando se enteró, se opuso. No sé qué ocurrió entre el doctor Morales Prieto y el presidente, pero el doctor sostuvo mi nombramiento. Cuando llegó la asamblea general anual del Seguro Social —el secretario general funge como secretario de la asamblea—, el presidente dijo que no iba si yo era el secretario. De forma que no estuve en mi función, tuve que crear el cargo de pro secretario, que no existía: se designó al licenciado Fernando Zertuche y él la hizo de secretario, el que lee las actas y presenta la asamblea.

LF: ¿Cuál fue la implicación?

PML: El doctor me mantuvo a contrapelo del presidente. Por eso mi relación con el diazordacismo es nula o casi nula, aun habiendo sido funcionario de la administración, porque trabajé en una institución autónoma. Mal visto por el presidente.

JW: ¿Pero había autonomía?

PML: Una autonomía relativa. En el Instituto Mexicano del Seguro Social, por ley, al director lo nombra el presidente de la República, y a los subdirectores, el director. La Secretaría General es nombramiento del director, creo que en consulta con el Consejo; no lo recuerdo.

EW: ¿No es un callejón sin salida político?

PML: No. La prueba es que a un buen director del Seguro Social se le puede considerar incluso, en el sistema tradicional, como aspirante a la presidencia, así ocurrió con Gálvez Betancourt. Es más, a mí me hubiera gustado ir al Seguro en el gobierno de López Portillo; es una institución a la que le tengo mucho afecto.

LF: Dicen que los funcionarios del Seguro siempre tienen el sueño de volver al Seguro de alguna forma.

PML: Sí, tengo cierta recurrencia a la oficina del Seguro. Es una institución con menos problemas, por ejemplo, que el sistema educativo: está mejor organizada, tiene un nivel de autonomía, una estructura de financiamiento más o menos sana, buenos niveles de administración y técnico.

JW: ¿El director pudo nombrarte sin consultar al presidente?

PML: Es que al puesto de secretario general no se le había dado importancia en la ley original, después se le consideró como un puesto secundario y se le llamaba secretario del Consejo. Por una serie de fenómenos, por las personas que ahí estuvieron, era un puesto que estaba muy devaluado, pero empezándose a reevaluar; el propio doctor no lo vio como un puesto tan relevante como para que necesitara una consulta expresa y tampoco creyó que hubiera oposición en mi nombramiento. No sé tampoco si hubo una oposición directa, pero no fue bien visto: quizá, si hubiera sido una petición expresa del presidente, me hubiera tenido que salir. No sé de cierto tampoco si el presidente dijo que no iba si yo estaba, pero el doctor consideró que no era prudente que yo estuviera en la primera asamblea. ¿Por qué? Nunca me lo dijo, porque además era de esos políticos muy sobrios, de pocas palabras. No explicaba mucho.

LF: ¿En las asambleas posteriores?

PML: Sí, ya fui.

LF: Con la asistencia del presidente.

PML: Ya fui, el problema se resolvió.

LF: ¿No hubo ninguna represalia contra el Seguro?

PML: No.

LF: ¿Y contra el doctor Morones?

PML: Tampoco. No lo creo, cuando menos no por mi causa. Mi vida en el Seguro corresponde también a un cambio biográfico muy importante porque fue una época vital de maduración. Tenía 33 años: comienza el crecimiento de la familia, un incipiente aburguesamiento si ustedes quieren, pues por primera vez tuve acceso a ciertos bienes. En París, como consejero cultural, apenas me alcanzaba; viví afuera de la ciudad, en un departamento que tenía un jardincito. Iba y venía en un pequeño coche. No tenía acceso a ninguna comodidad, era un puesto todavía modesto; regresé sin nada de Francia, nunca había ahorrado un centavo. En cambio, en el Seguro éramos funcionarios bien pagados, empecé a ahorrar. Fue el primer puesto donde tuve coche y chofer. Empecé a tener un estatus social, político y económico que no había tenido antes. Viví dos años en un departamento y después compré mi primera casa, hasta arriba de San Bernabé. Además el Seguro Social, por su propio sistema financiero, se portaba bien con sus funcionarios; había facilidades, como las hay en otras instituciones: nos prestaba para comprar la casa, las vacaciones eran pagadas, había un buen aguinaldo, en fin.

El cargo que tuve se revaloró mucho; por el propio equilibrio interno del Seguro convino a la administración que la Secretaría General ganara peso, y creo que mi trabajo contribuyó mucho a eso. Hubo reformas internas, se ampliaron funciones, y así el cargo tomó su rango a lo largo de los años.

El subdirector era el licenciado Ricardo García Sainz, que venía de la empresa privada y fue llamado a ese cargo como enlace con los empresarios, ya que la ley se había reformado para reducir la cuota del gobierno y aumentar la de los empresarios. Entonces estaba en el ambiente que los empresarios tenían que ver más con la administración de la institución, puesto que eran los principales cotizantes, y don Ricardo García Sainz era bien visto entonces por el sector privado: era vicepresidente de la Concamin y el candidato natural a ser su presidente.

También, el hecho de que hubiera entrado un equipo de buena calidad a la Contraloría de Administración de Personal, proveniente de la empresa privada —equipo con el que me llevé muy bien—, llevó ideas de modernización y ayudó a aumentar salarios y prestaciones. Ellos

traían prestaciones del sector privado, cosa que a los demás nos benefició. Se estableció un buen equilibrio; la propia manera de manejar las cosas del director general, hombre de una gran sabiduría política, hizo que el ambiente interno del Seguro Social fuera cordial, que hubiera armonía entre las distintas partes.

Desde el punto de vista laboral fue una época muy agradable. No fue un trabajo exhaustivo: como secretario del Consejo, la función central era llevar cierto tipo de negociaciones de inconformidades, de quejas. Era una función política, pero administrativamente no era abrumadora. No tenía a mi cargo la administración médica ni la administración general; fue una función que me daba tiempo y me interesé sobre todo en la relación obrero-patronal, porque el Consejo es tripartito: gobierno, empresarios y obreros. Ahí conocí el mundo obrero-patronal, a los dirigentes sindicales y a los empresariales.

DOCENCIA EN EL COLMEX

PML: Fue la época en que me dediqué más a El Colegio de México como profesor, tenía tiempo para ir a clases. La mayor parte de los alumnos que formé son de esa época, hablo del 66 al 70.

JW: ¿Dabas clases en la noche?

PML: No, iba tres veces por semana. Dos eran de lección, y una seminario; además tenía un buen sistema de adjunto. Trabajé muy intensamente, di pláticas y conferencias; no quité el dedo del renglón en mi trabajo sobre el sistema político mexicano y seguí trabajando en algunas temporadas sobre el tema.

JW: ¿Algunos estudiantes destacados?

PML: Sí, cómo no: Ricardo Valero, Jorge Alberto Lozoya, Marco Antonio Alcázar, Octavio Moreno Toscano, Isabel Molina, Irene Zea, la hija de Leopoldo; María de los Ángeles Zavala Castello, la hija de don Silvio, que ahora vive en París; María Francisca Ize, que ahora es funcionaria de derechos humanos en Ginebra; Soledad Loaeza, Luis Medina Peña, Jorge Chen, Abraham Talavera, hoy embajador de México en

Guatemala. Hay tantos, que no quisiera omitir. Ricardo fue mi adjunto después en clase, casi heredó el curso. Luego Luis Medina Peña, de mi tercera generación de alumnos, se quedó con ese curso.

LF: Esta combinación de servicio público y trabajo universitario o académico intenso es poco común en México; lo común es ir a dar una clase-cita sin tomarla en serio, pero el trabajo serio, dedicado, de formación...

PML: No fue tan dedicado, no quisiera exagerar, pero mantuve la preocupación y la lectura, mantuve la bibliografía.

LF: ¿Cómo se veía esto desde el sector público y desde el académico?

PML: No tenía tanto tiempo. Por entonces se creó en la Facultad de Ciencias Políticas la primera clase sobre sistema político mexicano —que tomó casi el mismo nombre que mi clase en El Colegio de México, donde se llamaba Gobierno y proceso político en México, y en la facultad se llamó Gobierno y política en México—, y el director, que creo era Enrique González Pedrero, me invitó a darla, pero no tenía tiempo para las dos instituciones. Tengo la impresión de que el primero que la dio fue Fernando Solana.

LF: ¿Esta imagen se veía bien de los dos lados, en el sector público y en el sector académico?

PML: Sí. En aquella época ya no era don Daniel Cosío Villegas el director. Don Silvio Zavala estuvo poco tiempo porque se fue de embajador a París; entonces entró Víctor Urquidi. Don Silvio se fue de embajador sustituyendo al doctor Morones, así que nos cruzamos. Por cierto, tuve una extraordinaria relación con don Silvio, quien tuvo la enorme gentileza de irme a ver a mi oficina del Seguro a invitarme a que me regresara con él, me dijo: “Porfirio, me dejó usted, ¿por qué ya no se viene?”

Había una tertulia de El Colegio que giraba en torno a don Daniel, nos íbamos a comer cada 15 días un grupo muy grato de compañeros. Estaban entonces Rodolfo Stavenhagen, Claudio Ojeda; todo un grupo de gente y nos llevábamos muy bien. Hablo de El Colegio en Guajuato 125, no del nuevo edificio en el sur.

JW: ¿Pensaste en llevar gente de El Colegio para ayudarte en la administración?

PML: Eso hice en 1970. Esa élite casi globalmente se va al gobierno conmigo; después muchos de ellos trabajaron conmigo en distintos momentos.

El peso específico de mi clase en El Colegio era grande porque a los muchachos les interesaba mucho y yo les exigía como si fuera la única materia. Siempre he pensado que el profesor no debe buscar el equilibrio con los demás, sino considerar su materia la más importante; es opción del alumno afiliarse con el profesor que quiera. Nunca he aceptado la tesis de que un profesor es demasiado exigente. La educación equilibrada es mala; la educación debe ser por centros de interés. Si un alumno quiere formarse fundamentalmente en filosofía, que lleve las demás materias a medio gas, pero que se forme en una y que siga a un maestro. Mi clase —para muchos, no para todos— fue un polo de atracción, porque era interesante para ellos el estudio del sistema político mexicano, y contribuyó a la formación de todas esas generaciones; una de las pruebas es que toda esa élite no se dedicó a la diplomacia sino a la política. Algunos han entrado a la diplomacia después, pero se dedicaron fundamentalmente a la política y a la administración.

JW: Y en medio del trabajo y las clases, ¿te quedaba tiempo para asistir al restaurante Bavaria?

PML: Sí, seguíamos yendo. Toda esa época; dos, tres veces por año hacíamos nuestras reuniones con el maestro De la Cueva.

JW: Pero en esta época ya estabas formando generaciones.

PML: Sí, pero de todas maneras el grupo de Bavaria era el de mi generación para arriba; se incorporan algunos más jóvenes, no muchos.

LF: ¿Y no se reproduce hacia abajo la tertulia alrededor de un nuevo maestro?

PML: No. La experiencia con mis alumnos fue más bien de trabajo.

JW: ¿Quiénes se incorporaron al Grupo Bavaria?

PML: Recuerdo a Rodolfo Figueroa. Hay gente muy destacada, de buena calidad, varios son subsecretarios en este momento y están a punto de ser secretarios, por decirlo cronológicamente. Son secretarios de Estado varios de mis alumnos; subsecretarios son Ricardo Valero y Luis

Medina, embajadores tres o cuatro, y sus edades andan en los primeros 40 años.

Quiero añadir algo de la época del Seguro: ahí empieza mi vinculación con Luis Echeverría.

LF: ¿Rompiste con Morones?

PML: No. Uno de mis pruritos en la vida pública es haber hecho el tránsito de una lealtad hacia otra sin rupturas, y el no haber ofendido nunca; en eso he sido muy opuesto a las prácticas mexicanas de la deslealtad y la traición, como lo acaba de decir Cuauhtémoc Cárdenas refiriéndose a una declaración de González Guevara.

El sistema se ha fundado mucho en la deslealtad, y en tiempos recientes, en la traición, en ser sumisos hasta la abyección con el jefe en turno y después dejarlo colgado, incluso atacarlo desde la siguiente administración. Quiero insistir en que jamás fui sumiso, creo jamás haber sido abyecto; fui siempre muy respetado por mis jefes, creo jamás haber aceptado una orden indebida y haber aceptado pocas órdenes como tales, y siempre les he guardado respeto. Ahora platicaré cómo me conecté con Luis Echeverría.

¿Por qué llega el doctor Morones Prieto al Seguro? Porque viene el conflicto médico del 66. El conflicto médico refleja, entre otras cosas, el descontento de una élite médica rebelde que no ha sido tomada en cuenta en la reestructuración del sistema médico nacional, pero sobre todo, refleja el reacomodo de una profesión muy importante en el espectro de la actividad nacional, la medicina. Es una crisis de ajuste del médico, de ser un profesionista liberal a ser primordialmente un profesionista al servicio de las instituciones públicas de salud, con todo lo que esto implica en cuanto a remuneración y al papel que desempeña en la sociedad; es una crisis de la concepción misma de la función del médico en la sociedad.

En el grupo de Díaz Ordaz hubo una gran crítica a la administración de Benito Coquet por lo que se consideraba el exceso de gasto, el boato. El primer director del Seguro Social con Díaz Ordaz fue el licenciado Sealtiel Alatraste, un contador y economista que se dedicó sobre todo a hacer auditorías de lo que pasaba en ese momento, pero multi-

plicó tanto la administración que en un año de gestión había más déficit del que hubo antes.

El doctor Morones es el segundo director del Seguro Social en la administración de Díaz Ordaz y llega, por carácter de médico y de político, con un esfuerzo por resolver el problema médico y tiene un gran trabajo con los médicos. Ortiz Mena dijo que era bueno que llegara un médico, pero no un especialista sino un médico político, que viera el problema no como problema de las élites sino de todo el funcionamiento, y que lo enfocara desde la posición del médico en la sociedad. El doctor Morones hizo un gran trabajo en ese sentido, dialogó mucho con el gremio y tuvo una gran aceptación a todos los niveles de la sociedad médica mexicana, además de que había tenido un gran prestigio como secretario de Salubridad.

LF: ¿Qué implicación tiene para su formación política haber tenido una convivencia tan intensa con un hombre que fue precandidato a la presidencia?

PML: Desde luego, conocer ciertos hechos muy específicos de su tiempo, vistos desde su ángulo; conocer de cerca y por confidencia fenómenos internos de la vida del país. También hablé mucho con don Jaime. Me ha gustado mucho hablar con gente de experiencia siempre que he podido: fue otra oportunidad de acercarme a la historia de México por la vía de la historia oral, pero no creo que haya sido cualitativamente distinto del trato que tuve con otras personas muy importantes de la vida pública del país. Ver el ruizcortinismo desde otros ángulos, por ejemplo: el doctor Morones fue muy cercano al señor Ruiz Cortines, al manejo muy mañoso —diríamos— que Ruiz Cortines hacía de la política, muy centralizado. El doctor sí creía que iba a ser presidente.

MORONES PRIETO, EMBAJADOR

PML: Una vez le pregunté si era cierta la anécdota de que la última semana que estuvo en la oficina del presidente, antes de la decisión, se había cruzado con el licenciado López Mateos y López Mateos, muy

amable, le dijo que cuándo se reunían; el doctor Morones —que creía que sería el presidente— no le precisó la fecha, no sabía cuándo lo podría recibir. Ocurrió exactamente al revés: López Mateos le guardó una gran simpatía al doctor Morones y, casi desde el inicio de su presidencia, lo invitó a ser embajador de México en Francia. El doctor, también al viejo estilo, quedó muy dolido, muy encerrado en sí mismo y no aceptó. López Mateos mantuvo el ofrecimiento e insistió hasta que el doctor aceptó; por esa razón Octavio Paz se prolongó más de dos años como encargado de negocios. Octavio cumple el tránsito al frente de la embajada de México en Francia entre Torres Bodet, que se va en el 58, y Morones, que llega a mediados de los sesenta.

El doctor fue embajador poquito menos de seis años, del segundo año de López Mateos al final del primer año de Díaz Ordaz, cuando yo llegué. Le tocó organizar la gran exposición artística de México en Francia, así como la visita de López Mateos a París; ahí lo volví a encontrar cuando acompañé al licenciado López Mateos en 63. Organizó la gran exposición en el Grand Palais y en el Petit Palais, que tuvo la cabeza olmeca en las escaleras. Le encantaba la promoción de México en Europa: por ejemplo, organizó un famoso desfile en París de charros mexicanos que recorrieron los Campos Elíseos. Llevaba muchas cosas de tipo rural y de provincia: arte charro, artesanías mexicanas. Fue significativa la función del doctor en París y fue una gente muy querida, con un tono distinto al de don Jaime.

El doctor Morones tenía un gran amigo, prácticamente de su misma edad, nacido también en Linares, Nuevo León, en la misma calle y en el mismo barrio que él, cuyo nombre era Rodrigo Gómez, creador de las finanzas contemporáneas de México y del Banco de México; al igual que el doctor Morones, pertenecía a una generación de hombres con un gran sentido común. Don Rodrigo, aunque de alguna manera propició el desarrollo del grupo que está en el poder ahora, no era como ellos; los mandó educarse a Estados Unidos y creó una élite financiera en el país, pero él tenía todas las cualidades que ellos no tienen: patriotismo, sentido común, ser un financiero nato. Ahí puede medirse la distancia que hay entre los creadores del México contemporáneo y los *tecnócratas*.

CONFLICTOS DURANTE EL DIAZORDACISMO: LOS MÉDICOS Y EL 68

LF: Además del conflicto médico, en el primer semestre de 1966 surgió el conflicto universitario que concluyó con la caída del doctor Chávez de la rectoría; decían que cayó porque desde la Universidad quería ser presidente de la República. ¿Eso tiene que ver con esta conformación de grupo?

PML: No le doy esa interpretación; cuando menos, nunca había reflexionado en ella. Creo que hay otras causas. Las caídas de los rectores en México son complejas siempre. Ninguna o casi ninguna ha ocurrido con absoluta inocencia del gobierno, pero todas han tenido causas reales. En el caso del doctor Chávez creo que hubo una mano negra muy evidente. Es cierto, el doctor era un hombre de una gran calidad intelectual y le quiso dar un nivel muy alto a la Universidad; pero también había un fenómeno de elitismo y rigidez, que siempre genera elementos conflictivos y reacciones de la masa.

Otras de las razones por las que caen los rectores es que los problemas se centran en su persona. He tenido ocasión de hablar con rectores que han caído o han estado a punto de caer, y el punto está en que no se debe atraer el conflicto hacia la persona del rector sino resolverlo como un conflicto orgánico y hacer participar al conjunto de la comunidad universitaria.

Los conflictos universitarios, cuando por diversas razones se agudizan, casi siempre generan polarización entre el rector y los sectores inconformes. Simbolizan el conflicto y lo concentran, y se llega a una ruptura precisamente con la cabeza visible de la Universidad. Los conflictos universitarios se han resuelto cuando se han descentralizado las funciones.

LF: ¿No tuvo que ver el movimiento médico?

PML: Tal vez de manera indirecta pudo haberse dado algún resentimiento con el gobierno. La relación con el gobierno no era buena, pero no veo la relación tan mecánica. Además, fue el año en que regresé a México y no tuve un conocimiento muy directo de los hechos. Sobre la caída de Chávez tengo referencias indirectas. Me han preguntado varias veces qué hacía yo en 1968: me la pasé en los hospitales.

En 1968 el doctor Morones tenía la idea de que había una inestabilidad latente en el sector médico; que no había sido verdaderamente reabsorbido el conflicto de 1966, que había que hacer un gran trabajo político de persuasión en el gremio. El doctor veía con claridad que se venía una época conflictiva. Aunque no explicara por qué, ese ojo clínico orgánico percibía que había un conflicto latente en la sociedad mexicana. No digo que haya vaticinado el 68, pero trabajaba teniendo muy presente que había esta conflictividad social latente en el país. Él hizo una gran labor y nos involucró en ella, con médicos, con residentes, y creo que debido a este trabajo, en el 68 —a pesar de que era muy reciente el conflicto médico— no se involucró el gremio.

¿Y qué hacíamos en el 68? Dialogar. El doctor iba constantemente a los hospitales. En su tradición de provincia, visitaba mucho a los enfermos. Decíamos en broma, en el Seguro, que el doctor tenía demasiados amigos o se inventaba enfermos, porque pasaba dos horas diarias en los hospitales y las clínicas. Lo hacía por ir a platicar con los médicos, por estar cerca de los residentes, para que lo vieran, por el diálogo; iba mucho a cenas, a comidas en casas de los doctores. Estuvo muy atento, diría que casi como un buen padre de familia, de lo que pasaba en el Seguro y gracias a eso no nos creció un problema en medio de la gran crisis del 68.

Para nosotros el 68 fue un golpe muy fuerte. En esa época, la relación del doctor con el presidente no era muy cercana, lo recibía poco; al doctor le hubiera gustado decirle sus puntos de vista al licenciado Díaz Ordaz y no fue posible.

Muchos estábamos sumamente angustiados por lo que pasaba. Yo mismo comí en un restaurante con el director de una revista, lo acompañé a Palacio Nacional y lo esperé afuera, en el llamado Salón Verde; se me ocurrió pedirle que me permitiera hablar cinco minutos con el presidente. Obviamente no ocurrió. No creo que siquiera le haya dicho que lo esperaba afuera, que Muñoz Ledo quería hablar con él para decirle tres cosas. Como alguna vez dijo López Portillo en una frase que me parece excelente, el 68 nos dio conciencia de la crisis y fue una gran crisis de conciencia sobre el Estado mexicano.

LF: ¿Qué sucede con tu involucramiento académico en el 68?

PML: No todos los años había clase, y además El Colegio no se vio muy directamente involucrado.

JW: ¿Y cuál es tu punto de vista, qué pasó con esa época, qué pensaste?

PML: Tenía una opinión muy crítica del gobierno de Díaz Ordaz. No quiero decir que estaba peleado con el jefe del Estado, pero trabajaba dentro de una administración en la cual no tenía ninguna simpatía por el presidente. Quien trataba de convencerme de las bondades del diazordacismo era Reyes Heróles, que entonces era director de Petróleos Mexicanos y con quien siempre mantuve relaciones; él fue el principal testigo de mi animadversión o falta de simpatía hacia Díaz Ordaz como precandidato. En alguna ocasión, antes de la designación de Díaz Ordaz en 1963, desayuné con él en un café cerca de la Universidad, y nos quedamos cuatro horas discutiendo sobre Díaz Ordaz. En aquel entonces yo era subdirector del Seguro Social y diputado federal, y tuve expresiones quizá desconsideradas hacia el entonces secretario de Gobernación. Reyes Heróles me rebatió muy fuertemente diciéndome que no sabía quién era Díaz Ordaz y que mi punto de vista era distinto al de López Mateos, pero creo haberme excedido y tengo la impresión de que esa conversación le fue referida a Díaz Ordaz. Reyes Heróles tuvo mucha cercanía con Ruiz Cortines y con Díaz Ordaz, y de alguna manera fue su ideólogo.

Pero a pesar de que no me faltaban contactos de referencia con el presidente, siempre mantuve una posición crítica. La opinión del doctor Morones no era distinta aunque él la expresara con mucha prudencia, pues era funcionario del gobierno. El conflicto médico de 1966 había crecido por una rigidez en el manejo político del propio presidente, por una falta de atención al problema en su naturaleza, por presuponer que todo conflicto social es una agitación, por espíritu autoritario. Para nosotros el problema del 68 estaba siendo muy mal manejado. Pertenecíamos a un estrato de la administración y a un estrato generacional en el que no había separación entre la Universidad y el gobierno. Éramos los mismos; vivimos el conflicto desde los dos lados. Cuando hablé del

grupo joven que entró a trabajar con el licenciado López Mateos, me referí a Jorge de la Vega. Me faltó mencionar a Fernando Solana, Arturo González Cosío y Javier Wimer; baste decir que nos seguíamos viendo, a nivel generacional, con mucha frecuencia. Fernando era el secretario general de la Universidad, el número dos del ingeniero Javier Barros Sierra; Jorge de la Vega era director del IEPES¹ con Martínez Domínguez; yo era secretario general en el Seguro Social. Así, no teníamos una visión unilateral del problema, lo veíamos desde distintos ángulos. Pensar que unos estábamos del bando del gobierno y otros no, era pensar simplistamente. Teníamos una gran conexión con nuestros compañeros de generación y amigos que estaban en la Universidad, por eso no es casual que cuando se habla de un enlace para dialogar en ese momento, se hable de Jorge de la Vega y de Andrés Caso, que era el jefe de personal junto con Reyes Heróles, a quien tratábamos como maestro nuestro. Discutíamos en casa de amigos. El conflicto estudiantil era el tema desde distintos ámbitos, unos en la Universidad, otros en el PRI y en el gobierno. Miguel de la Madrid, por ejemplo, era entonces subdirector de Crédito, con un rango inferior a nosotros pero de la misma generación. No podíamos tener una posición extrarradical; al contrario, por la generación y por nuestro estrato administrativo, éramos un enlace natural entre todos los ámbitos. Jorge es nombrado enlace siendo muy amigo de Fernando, que era el número dos de Barros Sierra, rector de la Universidad, y dos años después, cuando De la Vega es nombrado director de Conasupo, su subdirector es Fernando Solana. Hay que ver que esto no ocurre a nivel de calle, sino de instituciones cuyos funcionarios están muy interconectados. Si hubieran mediado otras circunstancias, fácilmente yo hubiera sido secretario general de la Universidad y Fernando Solana secretario general del Seguro Social: no se podía decir que Fernando fuera más universitario y yo más gubernamental, eventualmente podía ser al revés. Si a alguna generación la tomó en la mitad ese conflicto, fue a la nuestra, porque estábamos en distintos ámbitos por nuestra diferenciación funcional.

¹ Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI.

Para nuestro nivel crítico fue tremendo que las cosas se llevaran al lugar donde llegaron. Toda esta locura de la Olimpiada y la importancia que se le daba como vitrina nacional era absurda; muchos pensamos que era mejor resolver el conflicto aunque se cancelaran las Olimpiadas o se pasaran a otra ciudad, teníamos dudas sobre si se debía haber adquirido el compromiso de las Olimpiadas desde la época de López Mateos. No estábamos en el *pathos* del gobierno, en su lado autoritario, al contrario: todos éramos partidarios del diálogo.

Don Pepe Iturriaga seguía siendo muy amigo nuestro. Era muy cercano a López Mateos, pero se mantuvo muy crítico. Luego se fue de embajador a Moscú y regresó.

2 DE OCTUBRE Y PRIMEROS EFECTOS

PML: En 68 el conflicto se fue deteriorando y de repente hubo un hecho tremendo, pero una cosa es el 68 y otra cosa el 2 de octubre. El 68 es un fenómeno que se fue dando, día tras día, mal manejado. Fue creciendo y nosotros teníamos posiciones críticas respecto de su manejo. Lo del 2 de octubre fue una bomba espantosa.

JW: ¿Quién tuvo la culpa del 2 de octubre?

PML: Nunca lo he llegado a saber. Hay versiones de la inteligencia militar, versiones de quienes trabajaban en Gobernación.

JW: ¿Nos puedes dar un ejemplo de las versiones? Porque nosotros no tenemos acceso a la inteligencia.

PML: Ahí hay responsabilidades compartidas en cómo ocurrieron las cosas. Tengo la impresión, por conversaciones con el sector militar, de que ellos consideran que hubo una provocación hacia el ejército.

LF: ¿Por parte de los estudiantes?

PML: No sabemos. Están los disparos que salieron de una ventana, cuyo origen no es conocido. Quienes estaban del lado del ejército consideran que ellos fueron provocados, y en el sector político del gobierno se dijo siempre que los provocadores estaban del otro lado. En todo caso, creo que hay una responsabilidad objetiva de la autoridad política del país.

JW: ¿Echeverría tenía la responsabilidad de haber dado las órdenes, o quién?

PML: No tengo ninguna impresión.

JW: ¿Nada?

PML: La verdad, no tengo conocimiento real de lo que ocurrió; diría, como análisis objetivo, que hubo una decisión política de que eso ocurriera. Al 68 se llegó por el manejo inadecuado de un conflicto y su desenlace estuvo estimulado por ciertos factores: el primero es obviamente una tendencia que se acusa a lo largo del conflicto para dar una solución por la vía autoritaria y no por la vía negociada; el segundo es la conflictiva interna en relación con la sucesión presidencial. Hubo desconexión y contraposición de distintos funcionarios de alto nivel en el manejo del problema del 68.

La sobrepolitización del conflicto dentro del gobierno es un hecho que también me parece indiscutible. Ver qué hizo cada actor nos llevaría lejos, pero no todo esto es claro. Creo que influyó también una actitud paranoica respecto de la naturaleza del conflicto, una literatura bastante truculenta en relación con las posibles conexiones entre los distintos fenómenos del 68; esta tendencia, que se ha presentado en distintas épocas de la vida nacional —no sé si la hayamos eliminado por completo—, a ver en los conflictos lo que algunos sociólogos llaman “explicaciones conspiratorias”. No era sólo una conspiración, era *la* conspiración contra México para derrumbar nuestra imagen frente al mundo.

Dentro de esa tendencia del pensamiento político, sobre todo de las autoridades políticas del país, está la teoría de que el señor Wilkie y doña Edna fueron a México como agentes de la CIA o como contraespías de la KGB, por ejemplo, o que el señor Oscar Lewis era pagado por Wall Street. No quiero exagerar, es demasiado serio lo que estoy diciendo: hay toda una explicación conspiratoria, que en el caso del 68 toma visos de paranoia por la cercanía de las Olimpiadas.

No excluyo, además, que haya habido ciertas broncas o mano negra. Hubo fenómenos de provocación fuera del control del gobierno, y en ese clima de contraposición entre los actores primordiales de la clase gubernamental pudieron multiplicarse las provocaciones internas.

Del 68, todos los testimonios históricos conducen a pensar —inclusive la confesión de parte absolutamente irrefutable del presidente de la República— que fue una decisión gubernamental. No se puede explicar de otra manera la frase célebre de Gustavo Díaz Ordaz, en su quinto informe de gobierno, con la que pasó a la historia al asumir la responsabilidad política, moral e histórica de los acontecimientos. Ahí está todo dicho, lo está asumiendo el presidente; caía en su jurisdicción como presidente por ser jefe del Estado, responsable último de lo que había ocurrido. Tiene que entenderse que fue una decisión política.

Al decir que medió una decisión política no estoy excluyendo que haya habido elementos de provocación ni estoy implicando que la decisión previera claramente la magnitud de aquel desastre. Hubo una decisión política de detener con violencia esa manifestación; quiénes fueron los agentes, si hubo elementos de provocación o si se estimó siquiera la magnitud de lo que se iba a producir, eso ya está para el estudio de los historiadores.

A mí me ocurrió algo muy singular: no estaba en la Ciudad de México en aquel momento. Salí esa mañana a Quebec a un congreso latinoamericano en la Universidad de Laval; hice una escala en Washington de un día y tuve una conversación con Hugo Margáin, el embajador, que había visto en la televisión las escenas que filmó la ABC.

Lo cito porque da idea del nivel de sorpresa que fue para nosotros. El embajador de México en Washington estaba anonadado, no tenía ninguna explicación para lo que había ocurrido. Nos tocó platicarlo, yo tampoco tenía absolutamente ninguna explicación; fue un hecho tan masivo, tan inesperado. Se supone que el embajador de México en Washington está a un nivel alto del gobierno, informado. Si pudiera narrarles el clima de esa conversación, la sorpresa, el asombro respecto a lo que había pasado. La clase dirigente mexicana quedó tan sorprendida como cualquier otra, nadie pudo imaginar que eso iba a ocurrir. Después llego a Quebec y en la sesión inaugural me anuncian como profesor de El Colegio de México y como secretario general del Instituto Mexicano del Seguro Social; esto suena oficial y se me vienen encima los estudiantes. Dije honestamente lo que había ocurrido en México, lo que sabía, porque no

conocía los hechos, de forma que mi primera explicación es que no tengo ninguna e insisto mucho en la provocación, porque no me podía imaginar en ese momento que eso fuera sino un accidente desafortunado.

En ese coloquio sobre América Latina de la Universidad Laval de Quebec —una universidad jesuita— recuerdo entre los latinoamericanos a Miguel Ángel Asturias y a Germán Arciniegas; entre los profesores franceses estaba un experto en el Perú y Frédéric Moreau, profesor de la Universidad de Toulouse, historiador social, discípulo de Fernand Braudel, que en alguna época trabajó en el proyecto de la Universidad de Monterrey. Era un grupo de gran calidad. En la clausura se vuelve a armar la bronca. Por ser la clausura estábamos los ocho más importantes, cuatro franceses y cuatro latinoamericanos, para hacer la gran síntesis del coloquio; ya había más elementos de juicio sobre lo que había ocurrido en México, y ahí me pongo a explicarles que era secretario general del Seguro Social, pero que no tenía mayor vinculación con las decisiones políticas del gobierno. Los estudiantes estaban tan bravos que empezaron a echársele encima a todo mundo: empezaron a atacar a Asturias, a Arciniegas, y al final se volvió una batalla campal de todos contra todos; contra colombianos por ser de la élite colombiana y por ser parte de un gobierno represivo; contra Miguel Ángel Asturias por mantener relaciones con ese gobierno y ser el guatemalteco un Estado represivo, y al final todos los latinoamericanos estábamos ya cortados por el mismo rasero.

Para dar una idea del clima de confusión y de sorpresa que se produjo allí, la mujer de Asturias, que era argentina, se subió a defender a su marido; Germán Arciniegas habló de su amistad con Fidel Castro 25 años atrás. Mi problema particular se volvió un problema general de todos los latinoamericanos que estábamos allí y aquello terminó de la manera más explosiva, en medio de una gran rebeldía de los muchachos.

LF: ¿Cómo se toma una decisión de este tipo? ¿Hay un sector específico en el gobierno que aconseja respecto a cierto tipo de problema?

PML: Dentro del gobierno fue predominando gradualmente la línea dura; fue la que asumió en última instancia quien toma las decisiones.

JW: Un mes después encontramos a Jesús Silva-Herzog, entonces funcionario del Banco de México; estaba muy preocupado y muy

confundido. Aunque estaba en contra de la reacción de los militares, no podía explicar por qué el gobierno encontró en los edificios tantas armas, mucho parque de los estudiantes.

PML: Insisto en que había elementos de provocación; quiero volver a la parte principal, a propósito de la toma de decisiones. Obviamente, nadie puede estar a favor de lo que ocurrió, pero también hay que entender que las decisiones se toman con base en un análisis y en ese análisis entraron todos los elementos de los que hablé: la paranoia, el conflicto interno del gobierno, los elementos de provocación, la sensación de desbordamiento y cierta reacción autoritaria frente a todo ello.

El origen de todo está en el pésimo manejo de un problema; lo que ocurre es que nunca se debió permitir que llegara hasta ahí. La historia del bazucazo, por ejemplo: todo esto es una serie de sucesos infortunados que hicieron crecer el problema, hasta que llega a un extremo donde es posible que se tome una decisión de esa naturaleza.

JW: Una provocación ¿de quién? ¿De los estudiantes mismos, buscando la simpatía de los militares? Para los estudiantes, o para cualquier grupo que está en contra de un gobierno, hay que buscar un mártir, hay que crear un mártir.

PML: Esos elementos pudieran existir también, pero creo que no cambia en nada el análisis político de la situación: por qué se generó, el nivel de decisión política involucrada y, sobre todo, las consecuencias para la vida del país. Por ejemplo —una de mis hipótesis, en la que puedo estar equivocado—, creo que este acontecimiento es muy importante para la historia del Ejército Mexicano pero, curiosamente, en un sentido positivo: en el sentido de que será muy difícil, si no imposible, que de manera directa, o hasta accidental, vuelva a ser usado como elemento de represión. Esto sirvió de vacuna también. Dentro de lo malo, es una de las herencias que pueden considerarse positivas.

Ahora bien, el 68 obviamente tuvo un efecto trascendente en la vida del país. En la presentación del libro de Gilberto Guevara Niebla sobre el 68, Héctor Aguilar Camín dijo que, si bien fue una gran derrota del movimiento universitario, de una manera indirecta dejó una secuela de cambios en la vida del país. Nada de lo que ha ocurrido después tiene

una explicación cabal sin el 68. Desde luego, el propio gobierno tuvo un cambio de actitud. Puede decirse que el presidente Díaz Ordaz, para todos los efectos prácticos, cesó su trabajo de gobierno desde el 68: se hizo una operación en un ojo, lo tuvieron recluido un tiempo. Todo eso fue una manera de justificar un receso en la acción política gubernamental y la preparación de la sucesión presidencial.

En el 69 ocurren varias cosas importantes que han sido poco estudiadas y que tuve ocasión de desarrollar en una serie de conferencias para el extinto doctorado de El Colegio de México. Aparecen algunos textos que me parecen muy didácticos. Uno es *El desarrollo estabilizador*, que es el nombre que *post mortem* le dio el grupo de Ortiz Mena al periodo en el cual don Antonio fue secretario de Hacienda. *El desarrollo estabilizador* es un informe que le rinden al Banco Mundial sobre su gestión al frente de la Secretaría de Hacienda: sus seis años con López Mateos y los cuatro que ya habían pasado completos con Díaz Ordaz. A pesar de que es un documento muy autojustificativo, en la parte final trae un balance crítico de lo que ocurrió y, dentro de la ideología del sector financiero del gobierno, un planteamiento de medidas correctivas, parecidas al tipo de política que se está haciendo ahora en México. Hay el principio de una visión crítica que no existía.

Todo este universo hasta el 68, incluidas las Olimpiadas, está marcado por un lenguaje político extremadamente triunfalista. Es el país que crece, el país que se desarrolla, el país que tiene el sistema más estable del mundo, el país que se está abriendo a la democracia por los diputados de partido; es la gran literatura autojustificativa y triunfalista, el *milagro mexicano*. Sin embargo, en 1969, del propio gobierno empiezan a partir los juicios críticos. En su quinto informe de gobierno, al terminar el pasaje donde asume la responsabilidad de lo ocurrido, Díaz Ordaz incluye un mensaje político enormemente crítico donde, todavía como una crítica hacia los actores del proceso, dice que ellos no representan la inconformidad del país ni tienen una visión del conjunto y afirma: “Nosotros sí tenemos una visión crítica del país, ellos no representan a los campesinos, ni a los obreros; nosotros sí somos conscientes”.

En las conferencias que di en Oxford desarrollé más el tema y dije que, en el análisis de la literatura política del país, el cambio en el lenguaje político en ese quinto informe de gobierno de Díaz Ordaz es el gran contraste dialéctico: primero justificó lo que pasó, y punto y aparte, de golpe, expuso las miserias que había; los rezagos, la injusticia, la desigualdad, la concentración del ingreso, la evasión al régimen fiscal. En eso se ve la pluma de Díaz Ordaz mismo: es muy acerado, muy duro. Alguna vez Reyes Heróles me dijo que él había contribuido, así como el propio licenciado López Portillo.

Hablo de septiembre del 69, 11 meses después del 2 de octubre. El caso es que a mí me causó una gigantesca sorpresa y llamada de atención ese pasaje. Todo este cambio refleja el efecto de resaca ante el estupear de lo que ocurrió.

En estudios muy posteriores, como el que hice en la Unesco con ayuda de Pedro Vuskovich, Raúl Benítez, Guillermo Bonfil y todo un equipo, encontré algo muy importante que yo sabía, pero que por una separación de muchos años de la vida académica no había tenido la oportunidad de precisar: la mexicana es una crisis de la segunda mitad de los sesenta, la crisis de todo el modelo político, del modelo de sustitución de importaciones, la crisis del desarrollo. Todos los signos de agotamiento del modelo fundamental surgen en el segundo lustro de los sesenta: el agotamiento de la explotación agrícola, los cuellos de botella en el ahorro interno, la rigidez del sistema en la distribución del ingreso, el modelo de consumo, la rigidez del sistema de innovación tecnológica, la crisis de la infraestructura, del transporte; en lo económico, en lo político y en lo social. Los principales indicadores de la crisis se ven muy claramente en la segunda mitad de los sesenta, cuando se hablaba de que estábamos en el mejor de los momentos. La literatura sobre América Latina ubica toda la crisis latinoamericana en la segunda mitad de los sesenta. No he encontrado un solo autor importante que no ubique la crisis de América Latina, el agotamiento del modelo latinoamericano, en la segunda mitad de los sesenta, y que no reinterprete el renacimiento del autoritarismo militar como la respuesta a esa crisis, incluido el fenómeno brasileño de 1964. Se trata del fin de lo que ellos llaman *el*

Estado de compromiso, y la instauración del modelo neautoritario militar es parte de ese proceso. En México la crisis del modelo se da también, pero nosotros intentamos la otra salida, distinta a la sudamericana, y ahí se separan las dos historias. La mayor parte de América Latina se va, en una primera respuesta, al modelo neautoritario neoliberal y generalmente militar. México opta por el modelo de la apertura, y ahora que América Latina va en busca de la apertura, México va en el camino del modelo neoliberal, que nos pone en el vértice de un modelo neautoritario desde el punto de vista político.

Pero, ¿por qué en México se da al revés? Ahí vuelvo a la biografía: del IEPES me invitan a que dé una explicación del informe de gobierno en una sesión que se televisó en el Teatro Ferrocarrilero. Lo pensé uno o dos días y acepté.

QUINTO INFORME DE DÍAZ ORDAZ Y EL DISCURSO EN EL TEATRO FERROCARRILERO

PML: En algunos cursos he hecho la lectura de los tres textos sobre el desarrollo estabilizador: el informe de Ortiz Mena, el mensaje político del quinto informe de Díaz Ordaz y el discurso de Muñoz Ledo en el Teatro Ferrocarrilero. El mío es el más explícito porque me valgo de esto para hacer el balance de la Revolución y entrarle de lleno a la visión crítica de todo el proceso. No me meto para nada con el pasado. Subrayé los pasajes más fuertes del presidente de la República y dije: “El presidente Díaz Ordaz ha dicho lo siguiente: ha reconocido y ha subrayado...”, y hago una síntesis apretada y dura de todo este enfoque crítico.

Parto de este enfoque y digo que efectivamente hay una gran inconformidad en el país; sin emplear la expresión, hago el primer discurso importante del agotamiento del modelo y hablo de la necesidad de cambiar en lo político, en lo económico, en lo social, en todo, para plantear lo que podría ser la nueva ideología nacional. Ese discurso mío es la matriz de todo el discurso echeverrista; el discurso de la inconformidad, de la apertura democrática, de la renovación del modelo economi-

co, del desarrollo social, que es el discurso de Echeverría, está anunciado allí. A este texto debo que el licenciado Echeverría me haya invitado directamente, me dijo: “Quiero que me haga el favor de coordinar los discursos y pronunciamientos de mi campaña”.

Para terminar este capítulo, sé que Díaz Ordaz me vio en la televisión y mandó dictar una carta muy severa y muy amable donde me dice: “Ha hecho usted la interpretación más lúcida y brillante del momento actual de México. Lamento no haberlo conocido. Lo saluda de la manera más respetuosa y cordial su amigo que lo admira, Gustavo Díaz Ordaz”.

Ese discurso me abre las puertas y ahí se inicia otra época de mi vida, que es instrumentar toda esta serie de ideas en el régimen durante los siete años siguientes. Fue un periodo intenso, el más intenso políticamente de mi vida —y por el cual fui más conocido—, que se abre en octubre de 1970 y se cierra el 9 de diciembre de 1977.

Nunca me cuadré frente al señor Díaz Ordaz ni estuve en el gobierno; no lo saludé sino una sola vez, y la única comunicación que tengo es de él hacia mí, siendo presidente, muy elogiosa y hasta de arrepentimiento. No solamente no le hice la barba, sino que ni siquiera lo saludé y jamás me desmentí de las cosas muy serias que dije sobre él antes de ser presidente.

JW: Hay otra interpretación sobre lo que pasó en los sesenta, que sostiene que el asunto tiene que ver más bien con el modelo de Johnson, que era muy autoritario, en contraste con el de Kennedy, que era el modelo democrático. Fue una época de mano dura en Estados Unidos. Johnson, de Texas, pensaba que había que disparar primero y hablar después, como buen hombre del Oeste; no tenía paciencia para la democracia y hasta inspiraba a los militares para tomar el poder, para proteger los intereses del continente contra la izquierda. Eso fue una idea de locura: que el presidente de Estados Unidos podía saber lo que era correcto para todos los países y gobiernos de Latinoamérica, y éstos cayeron después de la muerte de Kennedy, cayeron gobierno tras gobierno.

PML: Si bien en Sudamérica Estados Unidos pudo contribuir a apuntalar el régimen autoritario militar, en México la incidencia es de otra naturaleza; no hay respaldo a un régimen militar pero sí una gran

conexión entre el sector ortizmenista del gobierno y Estados Unidos, y sí hay cercanía entre Díaz Ordaz y Washington.

JW: Díaz Ordaz y Lyndon Johnson fueron hombres del mismo tipo: secos en el sentir y sin paciencia para la democracia, de mano dura, inflexibles.

PML: No tengo conocimiento suficiente del régimen de Johnson, pero aceptaría tu tesis como válida. Sé que hubo buena relación entre Johnson y Díaz Ordaz, cuyo intermediario era don Antonio Carrillo Flores, quien, como se sabe, tenía una excelente relación personal con Lyndon Johnson desde que era embajador en Washington, en la época del licenciado López Mateos; luego llegó como secretario de Relaciones Exteriores en la época de Díaz Ordaz. Es cierto que don Antonio mantuvo un alto nivel de relación entre el gobierno de Johnson y el gobierno de Díaz Ordaz, pero también es cierto que el tipo de incidencia en la política mexicana es bien distinto al tipo de incidencia en Sudamérica. Había una relación financiera y económica muy satisfactoria con Estados Unidos en aquel momento.

El discurso de Díaz Ordaz en el Congreso de Estados Unidos —que es muy bueno, por cierto, porque era un buen orador y un hombre inteligente— es el de los buenos socios. Habría algunas referencias muy precisas a esto en algún ensayo de Carrillo Flores en homenaje a Rodrigo Gómez, en su libro *Homenajes y testimonios*, donde da una explicación bastante amplia de la estabilidad monetaria del país en aquel entonces y de los buenos cálculos que estuvieron en el origen de la devaluación de Ruiz Cortines en 1954, a lo que de algún modo también se refiere Beteta; fue una devaluación sobrada que permitió un periodo muy largo de estabilidad de la moneda, el cual se prolongó hasta 1976. El dólar se mantuvo a 12.50 pesos del 54 al 76: son 22 años de estabilidad monetaria.

En este orden de cosas, recuerdo cuando López Portillo fue a Washington como candidato y en una entrevista del Club de Prensa le preguntaron precisamente sobre la estabilidad de México. Dijo que México, al haber conservado su estabilidad política, se había movido sobre tres ruedas: la estabilidad política, la monetaria y la cambiaria, y que México había logrado en el periodo de Echeverría, que terminaba, una

importante consolidación de su estabilidad política aunque había tenido que pagar el precio de la estabilidad monetaria, y que estaba tratando de recuperar el conjunto de sus estabildades.

JW: ¿Cuándo fue eso?

PML: Fue en 1976, después de la devaluación.

JW: Hay otra versión también: que en 1968 los estudiantes del mundo, en París, Berkeley, Tokio, Londres, Buenos Aires, estaban con el lema de no negociar, de hacer demandas sin negociación, y México cayó en eso y el PRI tuvo que reaccionar porque en el fondo, como todo partido político, tiene que insistir en la negociación.

PML: El PRI como tal no intervino en este proceso; fue el gobierno.

JW: Pero hay quienes dicen que es un partido de Estado.

PML: No, no es así. Hay áreas de competencia del partido y hay épocas en que el partido disfruta de un nivel alto de autonomía; en el 68 la dirigencia del partido trató de ser negociadora, pero en un nivel no decisivo.

JW: Pero son los mismos hombres: el PRI controla al gobierno y el gobierno controla al PRI.

PML: Creo que es una sobresimplificación; todo depende de las épocas.

JW: Sólo que en este caso no estamos hablando del PRI como PRI sino como un partido único, oficial, que domina e insiste en que el gobierno de la Revolución va a seguir, y si no hay negociación entonces no hay salida, hay que reaccionar duro.

PML: Difiero de esa visión completamente. En primer lugar, diría que una cosa es el PNR, otra el PRM, otra el PRI antes de Ruiz Cortines y otra después. Hay muchas épocas. Incluso reconociendo la evidente vinculación entre el PRI y el gobierno, cuando menos habría que admitir una diferenciación funcional y que, como anotas, por función el PRI es negociador.

Cuando el PRI interviene como tal, por la naturaleza misma del partido y por el papel que le toca en la sociedad, siempre funciona de forma negociadora. Hay que entender que el PRI no es una instancia de autoridad como lo puede ser el gobierno; el PRI tiene una estructura

administrativa débil, sin mando de gobierno, tiene un presupuesto relativamente débil; el PRI es una instancia de mediación política, como todo partido. En la naturaleza del partido siempre está la negociación; la línea dura es gubernamental. El partido es una institución que ha estado más o menos sometida a la línea del gobierno, según las circunstancias.

Debo decir que me tocó una época no sé si única, pero sí excepcional, porque presidí un partido sin ningún sometimiento al gobierno. No tenía relaciones de subordinación con ningún secretario de Estado y me tocó ser gozne entre una administración que salía y otra que entraba, con un gran respeto de las dos. Mi tránsito por el PRI fue singular. He dicho y escrito —y esto lo afirmo categóricamente— que como presidente del PRI jamás recibí una orden del presidente de la República, ni menos del candidato a la presidencia; ni una sola. El presidente de la República fue muy respetuoso conmigo: muy pocas veces me preguntó sobre la marcha del partido o me dio sus opiniones, y el candidato, que era el licenciado José López Portillo, tuvo una relación sumamente respetuosa, y diría que hasta de disciplina con el partido.

El presidente de la República no tuvo injerencia alguna en la selección de ningún candidato durante todo el tiempo que estuve en el PRI, ni veto tampoco. El tipo de campaña, el tipo de discurso político, las decisiones las tomábamos en el partido. Hubo negociaciones políticas para asuntos muy delicados, pero no estaba subordinado políticamente. Mi tipo de relación con el presidente de la República cambió sustancialmente de un día a otro, del último día que fui secretario del Trabajo al primer día que fui presidente del PRI.

JW: Cuando un presidente del PRI no actúa como brazo derecho del gobierno, ¿pierde su trabajo? Sí, si no hace elogios al gobierno...

PML: Aquí lamento muchísimo disentir, no tanto del juicio sino de lo que el juicio implica, y no por razones éticas sino por razones de apego a la verdad. Creo que son falsas visiones del sistema político mexicano; la inexactitud no la puedo avalar. El sistema mexicano, con su mecánica de premios y castigos, ha ido premiando más la sumisión y ha ido castigando cada vez más la innovación; ha ido premiando

las mentalidades reaccionarias y ha ido sancionando o marginando las mentalidades progresistas. Hubo un momento con Echeverría en que quien decía el discurso más fuerte y más agresivo en un mitin era al que se invitaba, y al que decía un discurso lambiscón no se le oía. Cuántas gentes llegaron al gobierno por decir discursos feroces de crítica al gobierno en un mitin; Echeverría los mandó llamar por esa razón. Fue la exageración del otro lado, pero no aceptaría que se implicara que siempre, y como norma general, no se ha podido disentir del gobierno o que no ha habido gente digna dentro del gobierno, eso sería una falsificación fundamental del sistema mexicano. Tampoco podría aceptar que el PRI siempre ha actuado como un empleado subordinado del gobierno o de sus funcionarios, porque tampoco es cierto.

LF: Pero sí existe una simbiosis.

PML: Sí, hay una conexión muy íntima, pero eso no quiere decir que le limpien las botas, cada quien tiene su función. Insisto: yo nunca recibí una orden de Echeverría. De las tres ocasiones en que hubo una diferencia seria de criterio entre Echeverría, López Portillo y yo, en dos impuse decisión sobre ellos, estando los tres juntos nada más, y de eso hay testimonio histórico. Según quien haga política, el resultado es muy distinto. Nosotros éramos gente de otro nivel. A mí jamás me hubiera dicho don Luis: “Licenciado, haga esto así”, porque le digo: “Señor, adiós. Perdóneme”. Fuimos educados de otra manera. Era otro mundo.

LF: En los sesenta, que es la época de la que hablamos todavía, la de ustedes ya era una generación madura. ¿En qué medida, como generación, habían decidido sobre qué espacio influir en la política del país?

PML: Esas decisiones no se toman colectivamente, una generación no es una mafia ni es un grupo corporativo. Cada quien tenía su propia trayectoria.

Cuando hablo de una generación no estoy hablando de un grupo; claro que en mi generación hubo grupos que ni siquiera cuento. Por ejemplo, alrededor del licenciado Moya Palencia se creó el famoso grupo Plataforma, que sí actuó como grupo político. Pero nosotros no actuamos como un grupo; éramos una generación, que es una cosa

distinta, un conjunto de gente que tenía una formación semejante, que entró a la vida pública en una época semejante, pero cada quien tenía su propia dinámica. El núcleo central de mi generación era un núcleo progresista, revolucionario; estaba por la democratización del país, por la consumación de la Revolución mexicana. Era muy claramente la izquierda dentro del gobierno.

LF: En el 68 se dieron algunas renunciaciones en el gobierno. ¿Por qué no renunciaste?

PML: Se dio nada más la de Octavio Paz, que yo sepa. Octavio había hecho toda una carrera como funcionario, ya hacía tiempo que pensaba irse y éste fue un punto límite para él, lo entiendo muy bien; todos hemos tenido nuestro punto límite, pero no necesariamente es el mismo. También tuve el mío, en su momento. Tiene que ver con una historia del país y con una biografía personal, las dos cosas, condiciones objetivas y subjetivas.

JW: Estabas en una agencia descentralizada, digamos que en la mejor del mundo en esa época, porque no tenías vinculación cercana al gobierno ni eras partidario de Díaz Ordaz.

PML: En esa época tenía una intensa vida intelectual; por el propio tipo de trabajo, por lo bien organizado que era el Seguro, incluso por el estilo del doctor Morones Prieto, que era muy generoso con el tiempo, cuidaba mucho el desarrollo personal de la gente. La prueba es que en 1970 pude colaborar muy activamente en la campaña de Echeverría; dediqué casi dos tercios de mi tiempo a viajar, a escribir textos, a preparar documentos, y pude continuar como secretario general del Seguro, que era un puesto político.

JW: Entonces estuviste en la transición.

PML: Con el avance de este cambio, que era necesario para el país, tuve contacto con el secretario de Gobernación, Luis Echeverría. Fue un camino interesante. Una secuela del 68 fue la conciencia del papel de la televisión en el país: se introdujo lo del 12.5% del tiempo de la televisión reservado al gobierno y se abrió el debate por primera vez en México sobre el sistema de radio y televisión. Empezaron a publicarse artículos y, por distintas razones, empezó a haber conciencia del

papel de la televisión. De parte del gobierno, las motivaciones no necesariamente eran las mejores; no estaban contentos con la manera como había trabajado la televisión. Pero de parte de la sociedad, entre otras reflexiones críticas comenzó a haber una sobre el gran tema de la televisión en México.

En mi caso, y en el de varios miembros de mi generación, el hecho de haber vivido en el extranjero nos daba mayor conciencia de ciertos fenómenos, uno de ellos la televisión. Era una época en que casi toda la televisión europea era del Estado; en aquel momento me había interesado el tema, tenía cierta bibliografía sobre la regulación de la televisión en Estados Unidos. Un punto importante es que la generación anterior a la nuestra no conoció el fenómeno de la televisión sino tardíamente, por edad se formaron en la época de la radiodifusión, donde predominaba la XEW. Mi generación fue la primera que empezó a ver televisión; antes de salir a Europa pocos tenían televisor, pero en Europa, o en el extranjero, la empezamos a ver de una manera más sistemática. Cuando regresamos a México nos dimos cuenta de la enorme distancia entre aquella televisión y la mexicana: de la comercialización, del carácter unilateral, del carácter monopólico, de los modelos que la televisión propicia, de la supeditación al interés monopólico, del *agreement* con el gobierno. La televisión en México tenía toda la libertad para realizar operaciones comerciales y para fomentar modelos de vida que no necesariamente eran nacionales, a cambio de venderle protección al gobierno. Todo esto no coadyuvaba ni a la educación ni a la culturalización del país, ni a los valores nacionales ni a la democratización de la sociedad; tuvimos una noción tremendamente crítica de lo que eran los medios de difusión en México en aquel momento. En alguna revista he de haber escrito alguna cosilla sobre un libro norteamericano traducido al español que hablaba de los regímenes de la televisión en el mundo, de las regulaciones en Estados Unidos, del sistema de concesiones; se llama “La regulación internacional de la radio y la televisión”, el licenciado Echeverría se enteró de eso y me mandó llamar. Yo había dicho un discurso con una frase sobresaliente: “La televisión desteje en la noche lo que la educación teje en el día”, y ése fue mi contacto.

ENCUENTRO CON LUIS ECHEVERRÍA

PML: Conocí al licenciado Echeverría muy joven, cuando yo era oficial de prensa en Bienes Nacionales; el jefe de mi oficina tenía un puesto alto en el partido, y a veces lo visitaba. Ahí conocí físicamente a Luis Echeverría, cuando él trabajaba con el general Sánchez Taboada.

Cuando regresé a México la primera vez —él era subsecretario de Gobernación y yo estaba en Educación—, alguien le había dicho que yo sabía de sociología electoral y me invitó a platicar. Me pidió que hiciera un libro, que por equis razones nunca llegué a hacer.

Yo había tenido muy escaso contacto con él, tenía años de no verlo. Sabía quién era y él sabía quién era yo porque su función dentro del gobierno en cuestiones de política interior y de información implicaba hacer un seguimiento muy atento de las personalidades políticas, incluso de las más jóvenes; sabía de la vida y milagros de todo mundo, era parte de su trabajo. Dentro de su deseo de ascender y como parte de la ambición o de la vocación de llegar a ser presidente, se había ido fijando en ciertas personas, y entre ellas en mí sin que yo lo supiera. Alguna vez me lo dijo así, casi con esas palabras; me sorprendió contándome cosas de mi vida pública. Sabía mucho de mí, algo normal desde la posición que tenía.

JW: ¿Cuándo fue esto?

PML: La primera vez que hablé con él era subsecretario de Gobernación y yo era subdirector de Educación Superior. Él solamente me escuchó; cuando era funcionario de Gobernación era un hombre muy callado, austero. No tuvimos el mismo enfoque exactamente, quizá él quería un tipo de trabajo diferente al que me había interesado hacer y no llegamos a nada. En fin, fue un primer contacto. El segundo lo tuve a raíz de esta cuestión de la televisión y ahí sí tuvimos un buen *rapport*; le hablé largo rato de los problemas de la televisión y me pidió que le hiciera un texto, se lo hice y le escribí algunos artículos: cómo poner la televisión al servicio de la nación, de la democratización del país y de la cultura, tema recurrente en mi relación con Echeverría.

Además, no fui propagandista de la precandidatura del licenciado Echeverría. El clima del país no era el propicio, pero menos simpa-

tía no podía tener por el doctor Martínez Manautou, a quien conocía muy poco y cuya personalidad no me parecía adecuada para gobernar el país, como su biografía posterior ha revelado. Sin embargo, hubo personas interesadas en ese acercamiento; tengo la impresión de que el doctor Morones Prieto veía que las posibilidades estaban muy a favor del licenciado Echeverría, y de algún modo propició ese acercamiento. ¿Cómo lo sé? Porque coincidía en reuniones con personas que eran cercanas al doctor Morones y en las que estaba el secretario de Gobernación. El caso es que establecí una relación muy inicial meses antes de que se tomara la decisión, vino la postulación de Echeverría y no tenía una relación estrecha con él; para saludarlo tuve que presentarme uno o dos días después en la Secretaría de Gobernación. De acuerdo con la antigua tradición, el candidato recibe las felicitaciones de la gente. Hice cola, lo felicité, me hizo saber que quería que lo ayudara en la campaña y empecé a trabajar, sin dejar el Seguro Social, haciendo textos que primero eran considerados parcialmente; luego más. Yo no tenía equipo para eso, así que creé uno pequeño y ahí empezaron a trabajar algunos alumnos míos, más otros compañeros jóvenes que estaban en diferentes ámbitos del gobierno. Creo que tuvimos una contribución muy significativa. Recuerdo que el primer texto que le mandé tenía título y se llamaba “Patria de escaparate”; era una crítica global a la visión triunfalista del país y tenía que ver con las Olimpiadas, con todo lo que había ocurrido.

Ahí fue el inicio. Al principio no había una relación muy estrecha: le enviaba textos, fichas, cosas que consideraba que le fueran útiles. Conforme fue avanzando la campaña, él me fue acercando; pasaba temporadas en México o en Cuernavaca, me invitaba a platicar, a trabajar con él. Empecé a recibir muchos documentos de estudios que mandan. Entonces serví un poco como auxiliar para clasificarlos, para comentárselos; era un trabajo fundamentalmente intelectual, ideológico. Se trataba de cambiar la ideología gubernamental en el sentido más amplio, de darle una nueva orientación ideológica al Estado mexicano. Claro, él no lo expresaba así ni era exactamente lo que me pedía, pero mi propósito era ése.

LF: ¿Fue muy notable el cambio en ese sexenio?

PML: El enfoque cambió en el 69. Y no sólo cambió el enfoque, también el tipo de gente que traté: empezaron a aparecer personas completamente distintas. Horacio Flores de la Peña era quien más enviaba textos. No se puede negar que Horacio tiene una ideología progresista.

LF: Entonces la conexión entre tú y Echeverría sí existe, no es sólo parte de la chismografía política.

PML: No, la chismografía política es que yo pertenecía a un grupo político. Se ha dicho hasta la saciedad que Moya me acercó con Echeverría y que yo era del grupo moyista: ésa es una tontería. Tengo buena relación con Mario, pero nunca lo he mencionado cuando hablo de mi generación. No es cierto que pertenecemos a ningún grupo de jóvenes, pero con esa versión se me ofendió y se me atacó mucho después. Tampoco quisiera molestar al licenciado Moya Palencia, con quien, después de muchas cosas, tengo una relación personal correcta.

El licenciado Echeverría me conoció y me llamó, y mi contacto fue personal con él. Alguna vez me invitó a comer a un hotel cerca de la Alameda. En dos o tres ocasiones me buscó; era parte de un diseño que él tenía, de acercarse a cierto tipo de gente en la que había pensado. Alguna vez supe que había seguido de cerca mi trabajo con Torres Bodet, así como el trabajo ideológico que hicimos en el Seguro Social para replantear el desarrollo social, conferencias, discursos, todo eso; conocía mis textos. Muchos están publicados y los había leído. Incluso, había seguido mi trayectoria y sabía qué tipo de cosas sabía yo hacer. Por eso me llamó, es cuestión de ver las fechas y los títulos. Por ejemplo, acabo de encontrar un trabajo sobre el federalismo mexicano que hice para el IEPES en la campaña electoral de 1964 y que tenía perdido; lo hice porque el director del IEPES, el licenciado Octaviano Campos Salas, era director de la Facultad de Economía y me mandó un nombramiento muy vistoso, haciéndome presidente de la Comisión de Estudios sobre Problemas del Federalismo. Lo tomé muy en serio e invité a participar a 15 expertos: cinco abogados, cinco economistas y cinco de otras especialidades. Uno de los cinco estudios lo firmó un joven abogado que se llamaba Miguel de la Madrid; en 40 cuartillas hice la síntesis, que es más crítica que lo que escribí ahora en la propuesta democrática.

Ahí propuse una diversidad de asuntos, sobre todo esto de lo que hablo, y reformas constitucionales como devolver atributos a los estados, suprimir toda injerencia del Senado en la vida de los estados, volver a elegir a los ministros de la Corte por propuesta de las legislaturas estatales como en la Constitución de 1917, texto que entregué al PRI.

De alguna manera lo que propongo al PRI en materia de federalismo en 1964 es más radical que lo que dije después durante años; claro que tuve que empatar la parte correspondiente a nuestra propuesta, pero ya lo había dicho en el 64 y no volví a ser tan crítico (para que se vea que hay una continuidad, ahí están los textos). Ese texto por alguna razón lo conoció don Luis Echeverría porque era un estudio que quedó muy bien, lo tomé muy en serio. El comienzo de ese texto bien podría ser el epígrafe de lo ocurrido en Chihuahua: así, de ese tamaño.

Al final de la campaña yo ya tenía mucha mayor cercanía, empecé a ir los fines de semana. Se vienen los proyectos de ley de algunas ramas; muchos de los documentos previos a esos proyectos me los pasó y otros los discutimos. Pasé a formar parte —no como grupo, porque él manejaba las cosas muy individualmente— con una participación muy directa en la conformación de sus proyectos de gobierno: pasaron por mí papeles previos para la creación del Conacyt, para la creación del IMCE² o para la descentralización del Distrito Federal porque, claro, a alguien que está en esa posición le llega una enorme cantidad de documentos y necesita quien se los comente, sistematice, etc. Ahí me encargó las reformas a la Ley del Seguro Social, un estudio sobre las implicaciones de la Ley Federal del Trabajo que emitió en 1970 Díaz Ordaz —otro de los efectos de rebote del 68—; esa ley es avanzada en unos aspectos y muy avanzada en otros, se había elaborado durante todo el sexenio.

JW: ¿Cómo un presidente conservador como Díaz Ordaz emitió una ley del trabajo avanzada?

PML: Esa Ley Federal del Trabajo fue muy importante por sí misma y por lo que significa para la interpretación de las consecuencias del 68; en su elaboración había sido asesor de alto nivel el maestro De la Cueva

² Instituto Mexicano de Comercio Exterior.

como el primer laborista de México y de América Latina, pero pesaba la oposición de los sectores conservadores. El secretario del Trabajo era el licenciado Salomón González Blanco, había querido que fuera innovadora después de 12 años de estar en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, pero como siempre, el grupo de Ortiz Mena, todo el sector conservador del gobierno, se oponía como se había opuesto a muchas cosas.

Algunos creen que el presidente lo hizo como pago a la lealtad del sector obrero cuando vino lo del 68; eso le dio un segundo aire a la redacción de la ley, según supe por gente que estuvo cerca de ese proceso. Muchas cosas que estaban frenadas finalmente se autorizaron, por ejemplo el nuevo régimen del reparto de utilidades, las disposiciones para la vivienda obrera, la asunción, como deber universal de las empresas, del mantenimiento de un sistema de guarderías, la redefinición de la relación de trabajo, el fortalecimiento del derecho laboral, en fin, un conjunto de avances muy trascendentales en la Ley Federal del Trabajo de 1970. Naturalmente, algunos entraban en vigor de inmediato y otros, a través de transitorios, en años posteriores.

Me tocó, de modo muy especial, trabajar en la instrumentación de todas esas conexiones con otras instituciones, necesarias para la operatividad de la Ley Federal del Trabajo del 70. Lo primero es que la ley transfería a la seguridad social algunas cosas y eso dejaba algunas reformas pendientes; entonces el candidato Echeverría me preguntó si convenía una reforma a la legislación de la Seguridad Social y le dije que no había tiempo para hacerla, pero que algunas disposiciones se debían reformar. Por este motivo le pidió al gobierno que el Seguro Social me comisionara para negociar con líderes, empresarios y obreros reformas inmediatas a la legislación de seguridad social.

SUBSECRETARÍA DE LA PRESIDENCIA

PML: Este dato lo doy porque, estando en el Seguro Social y en la conclusión de un gobierno, me encontraba elaborando para el siguiente

reformas a la Ley del Seguro Social que —según supe después— necesitaba el candidato para evaluar el tipo de relación y de conciliación que podía allegarse en ese momento con los factores de la producción, es decir, con obreros y empresarios. Con eso estaba haciendo un *test*, porque en ese momento él tenía la idea de que yo fuera secretario del Trabajo, aunque la decisión se retrasó. Trabajé en varias cosas de ese tipo, y con el cambio de gobierno quedé ubicado en la Subsecretaría de la Presidencia.

JW: ¿Con qué cargo?

PML: Subsecretario de la Presidencia. Fue una experiencia muy intensa para mí. En esa subsecretaría se institucionalizaron varias funciones que yo ya había tenido como *staff* del presidente, porque la subsecretaría se pensó y se concibió así precisamente: como el *staff* del presidente de la República.

JW: ¿De ahí, por ejemplo, las oficinas de prensa?

PML: No, eran dos subsecretarías; se creó una que no existía, la de Prensa, y como decía Fausto Zapata, el otro subsecretario: “Tú eres el subsecretario del *input* y yo soy el del *output*”. Yo me encargaba del *staff*, del procesamiento de informes, documentos, discursos, mensajes, redacción de exposiciones de motivos de las leyes, elaboración de los informes. Hice el primer planteamiento de la reforma administrativa del gobierno federal. La dirección fundamental de que yo disponía era la de Revisión del Informe y Documentación, pero además me quedaban como remanentes la Comisión de Estudios Administrativos, que convertí en Dirección de Estudios Administrativos; la antigua Dirección de Inversiones, más la Dirección de Planeación, que convertí en Dirección de Estudios Económicos. Con todas ellas monté la primera Comisión Nacional de Planeación y Gasto Público, que más adelante organicé con José López Portillo y fue muy importante.

Así fue que en esos dos años hice tres cosas con Echeverría: una, fui responsable de lo que es el *staff*, con la elaboración de ideas, tarjetas, discursos, pronunciamientos, mensajes, revisión de documentos; dos, eché a andar el proyecto de reforma administrativa del gobierno federal, y tres, establecí una Comisión de Planeación y Gasto Público.

JW: López Portillo tenía mucho que ver con la Dirección General de Estudios Administrativos.

PML: Bueno, López Portillo me entregó la oficina; él había creado... ¿te interesa la historia?

PLANEACIÓN, INVERSIONES, GASTO PÚBLICO

JW: Sí. Es el detalle lo que nos da la textura de la historia, para entender que todo es más complicado de lo que aparenta.

PML: Bien. En el gobierno de Díaz Ordaz, Martínez Manautou había sido el secretario de la Presidencia y se había rodeado —por eso algunos creyeron que podría ser el candidato del cambio— de intelectuales, de economistas a quienes les habían encomendado algunas tareas. Previamente existió la Dirección de Inversiones, que es una derivación, a su vez, de la Comisión de Inversión Pública, que tuvo Raúl Salinas Lozano —padre de Carlos Salinas— antes de ser secretario de Comercio. La idea de una Secretaría de Planeación es antigua en México; la idea de la planeación en el gobierno viene de los años cincuenta, porque se requería un mecanismo que diera jerarquía y prioridad a las inversiones públicas como base de una planeación; esto surge en la época de Ruiz Cortines y se crea una Comisión de Inversión Pública que preside Raúl Salinas.

En la época de López Mateos hubo un proyecto de Manuel Moreno Sánchez para crear la Secretaría de Planeación, y él quería ser su primer titular. Creo que esto está en el eje de muchos de los problemas fundamentales del país de hoy: la relación entre financiamiento y gasto ha sido una de las grandes claves de la historia contemporánea de México. El proyecto de Moreno Sánchez respondía a los criterios de sectores progresistas del gobierno que querían quitar a la Secretaría de Hacienda su carácter monopolístico en la decisión de la política económica; como todos los ministerios de finanzas en el mundo, representaba a un sector conservador del gobierno. El proyecto no cuajó y en vez de la Secretaría de Planeación se creó la Secretaría de la Presidencia, que tenía algunas funciones de planeación, fundamentalmente la Dirección General

de Inversión Pública con la inversión del gasto público, y don Manuel se fue al Senado y quedó como su presidente. Pero pronto hubo un *impasse*, una contradicción, porque en una secretaría estaban los ingresos y en otra los egresos, y aunque la Dirección de Inversión Pública planea la inversión, no se podía llevar a la práctica si no había los recursos.

De ahí surgió la idea; esto funcionó más o menos porque Miranda Fonseca, secretario de la Presidencia, no era hombre ducho en estas cosas, más bien se encargaba del aspecto político de la Secretaría de la Presidencia, y el subsecretario era el licenciado Raúl Ortiz Mena, hermano del secretario de Hacienda. Dos caras de lo mismo, pero había una división funcional y una conexión. En la segunda parte del lopezmateísmo se creó una institución de historia singular y para mí muy significativa en la administración pública: la Comisión de Inversión y Financiamiento, donde se reunían los de ingresos y los de egresos, los que planeaban la inversión y los que planeaban el ingreso.

Siempre dije que esa comisión estaba políticamente desbalanceada en favor de los que decidían el gasto; lo importante está en cuál es el criterio político, y el sector financiero tenía mucho más peso político, incluso había gente del sector financiero del otro lado, pero funcionó y, al menos, fue el principio de una programación del gasto público.

Cuando llega Martínez Manautou, le queda Raúl Ortiz Mena pero llega un grupo más progresista, con más ideas, como Emilio Mújica y López Portillo de director de Asuntos Jurídicos, y se replantea la necesidad de ganar facultades reales para la Secretaría de la Presidencia.

JW: ¿De cuándo estamos hablando?

PML: 1967, más o menos. López Portillo es director jurídico del presidente, y asume el secretariado de una Comisión de la Administración Pública, donde están varios técnicos. Se ocupa de hacer estudios modernos de la administración y de sus posibles reformas: la sectorialización, la especialización funcional del sistema de formación de funcionarios. López Portillo asciende en el mismo año a subsecretario de la Presidencia y tiene bajo su égida precisamente inversión, gasto público y reforma administrativa. En aquella época se caracterizó por ser muy pujante y batallador contra los puntos de vista de la Secretaría de Hacienda y

da muchas peleas al lado de otros directores, fundamentalmente Emilio Mújica y alguien más que ahora no recuerdo; ahí se prepara una serie de proyectos que no llegan a la luz pública, y se plantea qué hacer para equilibrar al sector financiero. Predomina la idea de manejarlo a través de una comisión donde se integren más ampliamente no sólo la inversión pública y el egreso, sino el gasto corriente y el egreso en otra subcomisión, y una Comisión de Planeación donde estén integradas, en un nivel más alto, las decisiones del sector financiero —que, para simplificar, era monetarista— y del sector programación y presupuesto, que luego formaron. Era “estructuralista”, como solía decir López Portillo, aunque esto también era una simplificación.

Eran dos tendencias: la tendencia a la expansión del gasto público en un orden de prioridades distinto al del sector financiero, y una manera diferente de manejar el egreso. Se manejaba de un modo muy tradicional, muy *cuentachiles*, y se quería una visión más moderna, más *cepalina*³ si se quiere, y como se decía, más estructuralista; se interpretaba como una lucha interna entre monetaristas y estructuralistas. Creo que es una simplificación, pero así se expresaba.

Pasan los años y llego a la Subsecretaría de la Presidencia, a pesar de que mi ascenso fue mínimo, porque yo era secretario general del Seguro Social y después de toda mi labor política pasé a subsecretario, pero claro, con mucha cercanía con el presidente. Yo trato de armar esa área y López Portillo se va a la Subsecretaría de Patrimonio; se suponía que ambos podíamos ser secretarios de Estado, aunque quedamos por alguna razón en el segundo nivel, pero —como luego fue claro— con la idea de pasar más adelante al primer nivel. Era evidente que dábamos el ancho al pasar al segundo nivel simultáneamente, y ahí planteo que esto tiene mucho que ver con la historia política contemporánea.

No estuve en la toma de posesión de Echeverría, porque siempre coincidía con la toma de posesión de un nuevo gobernador en Chiapas y era tradicional que se enviara a un subsecretario, pues los secretarios de Estado debían asistir con el nuevo presidente; entonces me

³ Por las siglas de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL.

envió el licenciado Echeverría a Chiapas para llevar su representación ante el doctor Manuel Velasco Suárez, gobernador entrante. El licenciado Echeverría fue muy gentil, pues aunque mi puesto no era un gran ascenso, le dijo al doctor: “Muñoz Ledo es miembro de mi gabinete en cualquier posición que esté”.

Cuando regresé de Chiapas, me encontré con la sorpresa de que el secretario de la Presidencia era el licenciado Cervantes del Río, quien por sus ocupaciones y otros motivos no me daba posesión; la razón que aducía era que yo debía esperar a que él creara una subsecretaría de Prensa para que hubiera más equilibrio.

Por esos días me llamó por la red el licenciado López Portillo, sería el 3 o 4 de diciembre: “¿Cómo le va, Porfirio? —yo lo conocía desde la facultad—. ¿Lo puedo ir a ver? Quiero platicar con usted”. “Cómo no, venga.” Y llegó a la oficina en Palacio Nacional que había sido suya. Tuvimos una conversación grata, muy amplia. Ahí me dijo: “Mire, Porfirio, le quiero contar lo que quise hacer aquí (esto creo que es de gente civilizada). No llegamos a sacar el proyecto por situaciones políticas, no convenía, pero hay muchos planes que están hechos y hay mucha gente formada. Ésta es un área nueva, vital para el país, usted sabe por qué; tas, tas, tas, tas, y yo quisiera contarle las cosas que pensábamos hacer y darle mis papeles”.

Abrió los cajones, los tenía en un cuarto que había en la oficina; sacó sus carpetas, su pliego de mortaja, cosa muy positiva de él y así lo cito. Así me lo dijo López Portillo: “Hay muchas piedras bajo el agua y he encontrado las siguientes... Muy buenos planes, ideas de futuro bien concebidas, un equipo de técnicos formados en estas áreas”, etc., y agregó: “Mire, Porfirio, si usted quiere vamos a trabajar juntos y le voy a decir por qué: porque una de las variantes que va a ver aquí es que esta relación operativa que hay que fortalecer entre Presidencia y lo que ahora es Programación y Hacienda tiene que complementarse con Patrimonio, porque es necesario crear un régimen de control y de programación de la inversión del sector paraestatal, que está implicado en el gasto total, naturalmente, pero está implicado vía subsidio; es decir, la parte del gasto público que va a la empresa paraestatal y computa en la contabilidad

sólo es aquella que pasa como apoyo financiero, ¿y dónde está el resto de la planeación del sector paraestatal? Entonces para mí, que me voy a encargar de la empresa paraestatal, sería muy importante hacer de esto un triángulo operativo. Vamos a pensar los dos, si usted quiere, y cuando ya haya madurado esto, vamos a proponerle al presidente un triángulo operativo”. Y luego me dijo: “Y ahora quiero pasar a la reforma administrativa: aquí está mi plan de reforma administrativa. De esto se sabe muy poco, porque no había voluntad y no era el momento, así que lo dejé porque luego las ideas se cachondean y no se hacen, lo que es muy propio de nosotros”.

Debo decir que yo entonces tenía una buena estima intelectual por el licenciado López Portillo, un hombre que en el nivel de la racionalidad del diálogo es muy claro, lúcido. Me hizo un buen planteamiento de sus ideas de reforma administrativa, es más, me dio una explicación muy lógica de por qué esas ideas no las había sacado, y me dijo: “Aquí tengo gente que formé: Alejandro Carrillo era el secretario, y lo nombré director de Estudios Administrativos; a Alejandro lo propuse porque él hizo eso”. Todavía andaba por ahí.

Ahí empecé mi trabajo, pero ocurre que en los planes del secretario no estaba que yo llevara ni la reforma administrativa ni la inversión pública ni nada, sólo las cosas del presidente, y ahí se suscitó una situación de mucho conflicto en la que tuve que ganarme el derecho a manejar esas áreas. Claro, tampoco estaba en los planes del presidente que yo las manejara; él nada más me quería para las cosas de Estado, pero luché por tenerlas sin apoyo del titular y ahí hubo un problema muy fuerte.

JW: ¿Eso fue la Comisión Tripartita?

PML: Todavía no. Primero se trataba de que las áreas dependieran de mí, incluso la de estudios, la de planeación que se llamó Estudios Económicos, donde invité a Leopoldo Solís, quien fue uno de los cuatro directores de mi área con Alejandro Carrillo, Víctor Alfonso Maldonado y Julio Rodolfo Moctezuma; luego a Julio Rodolfo lo sustituyó Fernando Hiriart. El caso es que López Portillo y yo (él ya había hablado con el presidente) le propusimos al licenciado Echeverría la idea de crear la Comisión de Planeación y Financiamiento del Gasto Público como

una estructura operativa de las tres secretarías de Estado: el presidente nos dio el visto bueno, pero los titulares no querían. El de Hacienda no quería; Horacio, el de Patrimonio, no estaba muy interesado; tampoco mi titular. Hubo mucha resistencia, hasta que un día el presidente se decidió y nos juntó a los titulares y a los subsecretarios en el Salón Verde y dijo: “Se crea la Comisión, pero quiero que sea una comisión de subsecretarios por su nombre: Porfirio Muñoz Ledo, José López Portillo y Enrique Caamaño Muñoz (que era el subsecretario de Egresos), y se acabó. Me informan cada tres meses”. Y empezamos a trabajar.

Fue una experiencia muy importante, porque ahí armamos el grupo de Patrimonio, el grupo de Hacienda y el grupo de Presidencia. En el grupo de Hacienda empezó a ir Carlos Tello, que había sido hasta el último día asesor de López Portillo pero se había cambiado a Hacienda, y empezó a ir el otro subsecretario después, Mario Ramón Beteta, con otras gentes. En el grupo de Patrimonio iban José Andrés de Oteyza, Emilio Mújica Montoya, José Alfonso Cebreros, del equipo de López Portillo. Hicimos un trabajo importante para plantear el manejo racional de la inversión, de acuerdo con las tres secretarías; éramos dos contra uno de ese nivel y estábamos atentando contra el monopolio de la gente de Hacienda. Tuvimos problemas, hubo muchas fricciones. No hago el cuento largo: cuando se trató de presentar al presidente el informe de lo que habíamos avanzado para que nos autorizaran el plan de acción, no se pudo porque los secretarios titulares se pusieron de acuerdo en que ellos lo resolverían, pero no quiero hablar más. Siento que ya en ese momento el licenciado López Portillo no quería más fricciones y por eso no se echó para adelante en el nivel en que debió ser y esto empezó a tambalearse. Mantener un mecanismo de subsecretarios que no apoyaban los secretarios era muy difícil, pero quedó ahí ese planteamiento; además, el presidente no nos apoyó a ese nivel, seguramente porque ya había decidido cambiarnos a los dos. Sin embargo, hicimos cosas interesantes, y hay una que me interesa mucho subrayar. En algún momento fue un poco tensa la relación con la gente de Hacienda; entonces, un antiguo amigo mío que había sido del grupo hacendario y se fue como subdirector financiero de Pemex —cosa que él en sus entrevistas dice que fue

un momento muy difícil en su vida—, quien responde al nombre de Miguel de la Madrid, me fue a ver un día y le dije: “Oye, ayúdanos un poco, dame ideas de cómo manejarnos en la relación con tu gente. Está sumamente cerrada, mano”. Él me dio una idea muy interesante, que a la vez era su propio problema. Dijo: “¿Por qué no pasan de lo general a lo particular? ¿Por qué no empiezan gradualmente y hacen planes sectoriales de financiamiento? Hacen un marco general, hacen planes generales y entran, por ejemplo, con algo que a López Portillo le va a interesar, de lo que ya he hablado con él; hay que tomar el sector energético y el sector agrícola”. Esto fue idea de Miguel, que, debo decir, de eso sí sabe. Me pareció excelente. Y agregó: “Mira, el problema del financiamiento en el país está muy mal, no tenemos proyecto de financiamiento; el maestro Reyes Heróles (que había sido director) no consiguió inversiones, estamos importando ya 6.8% del petróleo. Vamos a importar 10% el año que entra”.

FINANCIAMIENTO DE PEMEX

PML: “El problema financiero en Pemex es muy serio —dijo— y no hay proyecciones para el financiamiento, no hay un proyecto de desarrollo energético en el país, así que llego un poco desarmado a la Subdirección Financiera; me han mandado a esto, pero no puedo negociar ningún plan financiero si no hay un proyecto. Aquí las tesis de ustedes se aplican perfectamente, pues no puedo negociar un programa de financiamiento si no hay un programa de desarrollo del sector energético; esto es importante, Porfirio.” Le digo: “Pues tienes razón, y mira, la electricidad también está así. Creo que para López Portillo puede ser muy importante. Pemex y la Comisión Federal de Electricidad son las dos grandes empresas de su sector. Entonces, ¿por qué no concretan ustedes esto? Creo que Hacienda lo va a entender. Ahí te ayudo con todo”.

Organizó una comida en su casa, en Francisco Sosa; estaba Mario Ramón Beteta, que era el hombre fuerte, su ex jefe, fuimos López Portillo y yo, y ahí se planeó el desarrollo del sector energético y le empe-

zó a venir poco a poco a don Pepe la afición que tuvo por el sector energético, que lo llevó hasta el Plan Mundial de Energía. Eso también explica por qué, muchos años después, me pidió que yo fuera a defender el Plan Mundial de Energía en Naciones Unidas. Recuerdo que me dijo: “Porfirio, usted me puede ayudar para esto, ¿se acuerda de nuestra idea del Plan Energético Nacional?” “Sí, cómo no, don Pepe.” “Bueno, quiero hacer un plan de energía y usted es el hombre para que vaya a las Naciones Unidas.” Nos pusimos a trabajar y don Pepe, que es muy operativo, puso a trabajar a su equipo en Patrimonio, al equipo de De la Madrid en Pemex y a los otros equipos.

Yo no contribuí mayor cosa, que yo recuerde; eran más bien de ese sector, e hicimos un primer Plan de Desarrollo Energético del país, el primer plan de desarrollo del petróleo. Recuerdo que la primera cifra era una inversión de 54000000 de pesos para el año que seguía. Hubo una reunión con el presidente en la cual los secretarios se quedaron con los papeles: se nos oponían por celos, no nos escuchaban, pero ahí quedó el proyecto y finalmente se aprobó; de ahí viene el proyecto de expansión de Pemex. A los ocho meses empezaban las exploraciones en el Sureste, al año y medio estábamos explorando la zona de Campeche, que luego fue el *offshore*, y para no hacer el cuento largo, por 1976 30% de la producción petrolera del país estaba saliendo de las exploraciones y perforaciones que se hicieron en el propio sexenio, derivadas de ese proyecto.

JW: Se habló de volúmenes impresionantes del petróleo hallado, pero había una incertidumbre general sobre las cantidades reales y se dijo que el presidente Echeverría sí las conocía.

PML: En realidad nadie lo sabe, aunque tengo cifras más recientes; las cifras oficiales y creíbles eran las del Instituto Mexicano del Petróleo, que son distintas de las internacionales.

JW: Se decía que Pemex no tenía dinero, no podía obtenerlo del presupuesto federal ni podía vender gasolina en cantidades tan grandes para financiar la exploración.

PML: Desde luego, había razones fundamentales que frenaban la exploración; no quiero echarle leña a nadie, pero faltó previsión. Antonio Bermúdez había sido un excelente administrador de Pemex

pero en el sexenio de Díaz Ordaz vino la crisis que, de nuevo, tuvo que ver con la crisis general de la economía mundial.

JW: ¿La importación fue una manera fácil de suplir la exploración?

PML: Empezamos a importar en 1969, y en 1971 debimos importar arriba de 10 por ciento.

JW: No había financiamiento, pero ¿por qué no se daba financiamiento si Hacienda podía autorizar créditos para los descentralizados? Supongo que porque nadie lo pidió.

PML: Nadie pidió porque no había un proyecto de desarrollo, y no había autofinanciamiento porque había una baja en los precios, el precio interno del petróleo era muy bajo. Reyes Heróles hizo el esfuerzo por subir. Alguna vez me dijo: “Si ahora subo el precio, se me van a echar encima”. Pero creó tres tipos de gasolina, tres niveles de octano, que es una manera indirecta de subir el precio.

JW: Además, todos los niveles eran iguales, ¿no?

PML: Había mucho de eso, había mucha resistencia —que venía del diazordacismo— para alzar ciertos precios, resistencia que venía del ruizcortinismo; a don Adolfo Ruiz Cortines se le atribuye la siguiente frase, que si no es cierta corresponde muy bien a su personalidad: “Cuando la tortilla sube, el gobierno baja”. Sí había una economía ficción, una economía excesivamente subsidiada que luego se exageró, pero cuando el petróleo subía, bajaba la popularidad del gobierno. Ahora estamos en el otro lado y sube en 80%, mientras que entonces le daban vueltas para subir 3 por ciento.

JW: Ahora 80% es nada.

PML: Claro, pero todo esto va a lo mismo: no había autofinanciamiento en Pemex. No se le quería subsidiar con dinero fiscal, pero ¿por qué no había crédito externo para Pemex, y sí para otras cosas? Porque no había un proyecto de desarrollo de ese tamaño. Nuestra visión no era hacer de México un país exportador, sino un país autosuficiente en hidrocarburos y tener un margen de exportación para generar nuevos financiamientos.

En 1976 estábamos exportando no más de 10, 15% —hay un estudio de Jesús Puente Leyva muy detallado sobre esto—, y como 30 o 35%

estaba saliendo de lo que habíamos explorado; esto quiere decir que sí le dimos vuelta al problema. Luego don Pepe se siguió de filo y en qué forma!, de patín para adelante, pero no era nuestro plan, para nada. Cómo cambió don Pepe, porque él era partidario de esta idea en el 76. Pero esto no le importó —además es cierto que uno nunca sabe para quién trabaja—, pues se empieza a conocer en el gobierno como *The Energy Man*, y él entiende muy bien que su tarea como secretario en Patrimonio tiene que ver con dos empresas; hay muchas, pero son fundamentales dos donde se centra el tema de la energía y empieza a trabajarlo con éxito, pues es un hombre brillante. De ahí, al año pasa a dirigir la Comisión Federal de Electricidad y nuestro viejo proyecto se desvanece porque él formaba el triángulo operativo, pero también un triángulo político.

Ésa es la época en que fui aliado del licenciado López Portillo dentro del gobierno con las mismas ideas, por las mismas causas; nos hablábamos un día sí y un día no, trabajábamos conjuntamente. Ésta fue la época de mayor cercanía e identificación entre nosotros; por eso nunca acabé de entender muchas cosas de las que hizo después, que nada tenían que ver con lo que entonces pensábamos. Respecto a mí, creo que pienso prácticamente igual a como pensaba entonces, lo que entonces dije lo vuelvo a afirmar hoy.

REFORMA ADMINISTRATIVA

PML: Así que don Pepe se va a la Comisión Federal de Electricidad; yo no tengo mucho tiempo para la planeación administrativa porque la actividad del presidente es cada vez más demandante, él empieza su vida internacional y esto me exige duplicar o triplicar mi trabajo. Mi *staff* va creciendo, ahí en Presidencia trabajan conmigo Ricardo Valero, Luis Medina Peña, Claude Heller, Luis Ortiz Monasterio, Javier Wimer y Jorge Alberto Lozoya; un mundo de gente, eran equipos jóvenes y así vamos creando casi un *staff* especializado. Si surgía un problema de orden internacional, un equipo para eso; el problema de si va a hacer un viaje —que empieza con el de Japón—, hacemos un trabajo muy

serio de preparación. Dirán ustedes, ¿por qué no lo hacía Relaciones Exteriores? Porque él quería darle otra connotación, tratar otras cosas, y muchos viajes de jefe de Estado se preparan en la oficina del presidente, la dependencia se llamaba Dirección de Documentación del Informe Presidencial. Luego viene el viaje a Chile.

De todos modos, el plan definitivo de la reforma administrativa lo organicé con 12 programas; consiste fundamentalmente en definir las 11 funciones comunes del gobierno, fortalecerlas y establecer un diálogo y una coordinación entre los funcionarios de la misma función, todos los jefes de personal, todos los que manejan recursos humanos, todos los que manejan informática; entonces creé lo que se le llamó *el sistema de los catecúmenos*. Me reunía una mañana semanalmente con todos los jefes de un sector del gobierno a discutir sus problemas: los de administración de personal, los de informática, los de documentación. Por eso conozco algo la administración mexicana.

Hicimos decretos que recogieran todos los sistemas de documentación, creamos una oficina de documentación en todo el gobierno, de la cual en mi área se concentraba la matriz: tenía información de todo lo que pasaba en el gobierno ¡con un teléfono! De ahí salen los sistemas de estadística que luego manejó Pedrito Aspe. Todo en un solo sistema, un proyecto nuestro que se completó agarrando cuentas nacionales de la Dirección de Estadística. Todo o casi todo lo que ustedes conocen después, desde la ficha única del mexicano, proviene de esos estudios; algunos salieron de lo que había hecho Pepe López Portillo. Un trabajo fascinante el de esos años: los sistemas de capacitación, lo que eran funciones, todo lo que llaman los franceses administración general. Fue un trabajo muy bonito, pero lo tuve que ir dejando por el aspecto internacional.

Lo de Chile fue muy definitorio. Don Luis había insistido mucho en el comercio exterior; se hablaba con embajadores, economistas y todos aquellos relacionados con el tema, y le sugirieron que fuera a la UNCTAD, en Santiago de Chile, a decir un gran mensaje en abril de 1972. María Esther había estado con el terremoto en Chile, y entonces él me preguntó: “Oiga, ¿cómo ve que yo vaya?” “Bien, ¿va a la UNCTAD, va a Chi-

le también?” “Voy”, dijo. Ya tenía una decisión política. Le dije: “Es una cosa muy importante, usted quiere apoyar a Allende”. “¿Por qué?” “Porque tiene el problema de la nacionalización del cobre. Va bien un discurso cardenista.” Y me dijo: “Ahí vamos a planear esto, lo tengo decidido”. Le interesaba mucho ese viaje.

Empezaban nuestros grandes encierros. Por vía de la reforma administrativa manejábamos las cosas muy en diálogo con las otras secretarías de Estado, por ejemplo, la tarea de hacer todo un planteamiento mexicano que luego se convirtió en la iniciativa de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Me hizo un trabajo Relaciones Exteriores; otros el subsecretario de Hacienda, concretamente Gustavo Petricioli; la Subsecretaría de Industria y Comercio, concretamente Eliseo Mendoza. Me reunía con ellos en mi oficina, donde hicimos todo el plan: Gustavo, Eliseo, todos. Le sugerimos al presidente un planteamiento global de las relaciones internacionales; después de ver los aspectos de tecnología, materias primas, transferencia de capital, financiamiento, de todos los aspectos de la relación económica internacional, le dijimos: “La UNCTAD ha trabajado todo este tiempo y tiene estas demandas, ¿por qué no pone usted una visión integral de cuál sería el conjunto de demandas que constituirían una nueva relación económica internacional?”

Y surge ahí, en mi oficina, la idea del nuevo orden económico internacional. De ahí sale la idea, ¿por qué? Porque el conjunto de cosas que estaban en la mesa claramente apuntaban a que había que plantear un nuevo orden de prioridades en las relaciones internacionales. Y le gustó; nos encerramos en Oaxtepec un fin de semana. Había tanto material que tuvimos que colgar en una pared de madera, con diúrex, documentos de todo mundo, de Patrimonio, de todo lo que se refería a financiamiento, a comercio exterior, a transferencia de capital, a orden monetario y financiamiento internacional; todos los aspectos de la relación, que luego crucé y quedó un texto que considero muy importante. Se puede leer ahora perfectamente. Lo reconozco como un trabajo colectivo y siempre lo he dicho, fue surgiendo entre mi *staff* y los de otras secretarías de Estado. Salió muy bien porque había capacidad

de coordinación, los centros de documentación estaban vinculados, la reforma administrativa nos había dado todo un mecanismo de diálogo con la gente.

Ya por irse a Santiago de Chile el presidente, nos faltaba un final para su discurso, y una noche se nos ocurrió que todo lo que él llevaría consigo podía integrar una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados que debería regir las relaciones entre ellos, y así se la llevé, sin haber pensado aún que esa propuesta podría convertirse en una carta universal de las naciones, sino que simplemente era un final que amarraba todo lo dicho en el discurso.

Nos fuimos a Santiago, y el discurso —pronunciado en una cena en el Palacio de La Moneda— tuvo un gran éxito. El presidente Allende estuvo sumamente emocionado por el apoyo que se le dio. Debo decir que en ese discurso colaboraron varias personas, como en un texto espléndido que entregó Patrimonio Nacional, donde hay muy buenos abogados de relaciones internacionales y excelentes juristas.

La defensa histórica, jurídica y política de la cuestión del cobre vista a la luz de la doctrina de la Revolución mexicana, de la teoría de las expropiaciones, es también un texto de muy buena calidad, y Salvador Allende sintió el apoyo, el peso de la presencia mexicana, pues estaba en una situación muy difícil. Entonces él mismo pidió a la UNCTAD que discutiera la propuesta de Echeverría y la iniciativa procesal de la Carta de los Derechos, que era iniciativa chilena: envió a Hernán Santa Cruz, jefe de su delegación, a proponerla, y al presidente de la Conferencia, que era Clodomiro Almeyda, a que estimara la capacidad de la Conferencia, y heme aquí que, al regresar a México con el presidente, me dice en el aeropuerto: “Licenciado, le mandamos las maletas o cómprese ropa aquí, porque se me queda usted. Son cuatro semanas de la UNCTAD y alguien tiene que negociar esto”. Echeverría había estado con Allende y le concedió a esto la mayor prioridad. En seguida voltea hacia el presidente Allende y le dice: “Le dejo a Muñoz Ledo; él es el responsable de esta negociación. Yo le rogaría que lo apoye en todo lo que pueda”. “Mucho gusto, señor presidente”, le dije, y ahí me dejó encargado con Allende, tres semanas.

JW: ¿Y llamaste a tu casa para decir que no regresabas?

PML: No, fue en la época en que estaba divorciado, así que no tenía caso.

JW: ¿Cuándo te divorciaste? ¿En esos días?

PML: El divorcio culminó y se formalizó a fines del 71, así que exactamente eran mis primeros meses de *chino libre*.

REPUBLICANISMO COMO NORMA DE CONDUCTA

EMW: ¿Qué actitud tuvo contigo María Esther Zuno ante tu divorcio?

PML: No creo que haya tenido mayor...

JW: Es que ella tenía ideas muy tradicionales sobre la familia y el matrimonio, y además, presencia en el ánimo de Echeverría.

PML: Caray, pues nunca lo había analizado desde ese ángulo. He sido siempre alguien que ha procurado no mezclar la vida personal con la política y he sido enemigo de todas las referencias políticas de carácter palaciego. Si tuvo un efecto no lo sé, pero ni siquiera son cosas en las que me gusta pensar. En esto soy muy radical; no sé si estoy equivocado pero también me lo han dicho otras gentes, inclusive algunas que influyeron en mi contra acerca de tal o cual persona. En eso no quiero pensar porque no es mi mundo, porque creo que marca una diferencia fundamental entre una monarquía y una república. Soy antimonárquico, antinepótico, antichismógrafo. Lo palaciego no solamente lo detesto; creo que en la relación entre un hombre y la República, la República es sagrada; lo demás no tiene importancia, y sí la tiene en México.

Suprimir lo cortesano es una de las razones profundas de la lucha. Soy un republicano y considero execrables esas cosas, se parecen a la decadencia del imperio romano. No tienen nada que ver con la vida pública ni con la vida de un republicano; la relación entre un hombre público, su país y su Estado es sagrada. Esas consideraciones, que si la amante, que si la tía, me parecen lamentables, y si ocurren u ocurrieran en México —no quiero afirmarlo—, son de los signos más graves de su decadencia.

He tratado a la gente más cercana a los presidentes, y si eran de la familia, como de la familia; si eran funcionarios, como funcionarios. En su nivel. Siempre en su nivel. Y la menor agachada para mí es una falta tan grave como una falta de honestidad; es decir, agachársele a alguien porque es pariente, eso no. Me parece que es algo de una profunda inmoralidad y va contra todo aquello en lo que yo fui educado, que fue dentro de un espíritu republicano.

CLUB DE ROMA, CHILE, EL VATICANO, ALLENDE

PML: Bueno, ¿en qué íbamos? ¡Ah!, ese viaje a Chile marcó una nueva dimensión del sexenio a través del planteamiento del nuevo orden internacional. De repente me vi involucrado en la vida internacional, algo que no estaba previsto. Al presidente le interesó mucho todo esto del nuevo orden y lo empecé a acompañar a otros lugares: Aurelio Peccei⁴ vino a México, fuimos al Club de Roma; me invitó a comer Víctor Urquidí e hizo una reunión con personalidades, jefes de Estado, en Salzburgo; acompañé ahí al presidente y quedé muy involucrado en un replanteamiento de la relación de México hacia el exterior.

Fui a Roma a una reunión de la FAO, y un día me llamó y me preguntó: “¿Qué institución importante hay en Roma aparte de la FAO?” “El Vaticano”, le dije. “¿Y cree usted que voy a ir al Vaticano?” “Pues creo que sí, me parece magnífico”, le respondí. “Pero en México hay un Estado laico y progresista.” “No se trata de eso, y le voy a decir: es una gran idea.”

Andaba por ahí el representante del Vaticano en Ginebra, y habló bien de Echeverría y de su proposición de la Carta de los Derechos; era el cardenal Guio, o Guido. Luego me interrogó: “¿Tiene usted argumentos?” “Sí, cómo no. Usted va como líder de una idea y el papa es líder de la paz. No se ven como jefes de Estado, sino que se ven como líderes.” “¿Y qué ventajas tiene eso?” “Pues nada menos que le quita

⁴ Gerente de la Fiat. Promotor, junto con Alexander King, de una reunión en 1968 en la cual fundaron el Club de Roma.

usted argumentos a la derecha.” “Pero me van a atacar los jacobinos.” “Bueno, hacemos cenas con los masones; lo arreglamos, pero será un hecho muy poderoso que usted vaya.”

Claro, él lo tenía decidido, o casi decidido, y ahí me tiene organizando el viaje al Vaticano. ¡Mi vida ha tenido tales matices!: el gasto público, la reforma administrativa, y esto de verme involucrado para organizar la única visita de un jefe de Estado mexicano al Vaticano.

No cuento esta historia, porque si no la cuenta el Vaticano creo que tampoco debo hacerlo, pero seré preciso, muy circunspecto: hubo primero la idea. Me parecía que habiendo asumido el presidente el liderazgo de una idea —eso ocurre en todos los sistemas, como en este momento Óscar Arias puede ser el líder de la paz en Centroamérica, quien como Premio Nobel es lógico que se entreviste con cualquier líder mundial independientemente de su ideología—, esto venía a descongestionar muchas presiones; era importante que el presidente de México, teniendo una ideología definida, estableciera con el Vaticano un diálogo que descongestionaría las relaciones internas. Era una manera de colocarse por encima de los distintos sectores del país e inclusive era favorable para sus relaciones, no porque fuera a doblegarse frente a la derecha sino porque la derecha, sobre todo aquélla de carácter eclesiástico, iba a cobrar más respetabilidad.

Además, era un hecho significativo. Yo le dije: “¿Qué le parecería a usted si mañana recibe Fidel Castro la idea de que llegue el papa a La Habana? Pues lo recibe muy gustoso, ¿no? O Brézhnev, o el presidente Nixon”.

Desde luego, no fui el único que opinó en ese sentido; luego supe que el de la idea fue Víctor Urquidi. No sé si alguna vez me lo dijo Víctor o la idea surgió de modo natural, el caso es que fue una experiencia muy interesante. Primero se pensó en hacer un comunicado conjunto entre dos entidades políticas, una de las cuales —cuya estructura constitutiva es la Constitución Política del país— niega personalidad jurídica a las entidades religiosas denominadas Iglesias; como se trataba, además, de dos entidades que no tienen relación, la idea del comunicado conjunto no procedía. Busqué entonces al delegado apostólico,

al menos para explorar el tipo de ideas que eventualmente se podrían manejar, para acordar una fórmula sin comprometer el hecho de que no habría relaciones de Estado a Estado ni mucho menos; la idea era obtener un comunicado entre dos líderes que trabajaban por la paz. Ése era el nivel del encuentro: dos líderes que trabajaban por la paz.

Tuve conversaciones muy interesantes con la Iglesia mexicana, sobre todo con don Miguel Darío Miranda, en las que percibí un aspecto muy importante, que es el relativo espíritu de independencia que, sobre todo entonces, tenía la Iglesia mexicana por razones históricas respecto del Vaticano. Aunque no era una relación con la Iglesia, aunque el encuentro había sido planteado al nivel de líderes, era importante oírlos.

La impresión que me llevé de esas conversaciones es que la Iglesia mexicana había tenido una lucha muy ardua con el propio Vaticano por haber aceptado el *modus vivendi*, y que era muy importante que la tomáramos en cuenta en cualquier relación porque ellos habían pasado la peor parte, para decirlo así; fui muy respetuoso con ellos y traté de entender bien cuál era el contexto de la relación de ellos mismos con el Vaticano sin entrar en mayores confidencias.

Se les dio un papel en esto, se escuchó su opinión. Del arzobispo tuve la impresión de que era un hombre nacionalista y celoso del papel que ellos habían jugado.

Total, me fui al viaje. Estábamos en Bonn y fuimos al Vaticano. Recibí instrucciones de adelantarme a Roma, cambió la idea y hubo dos discursos que debían ser vistos antes. Trabajamos en eso dos días en el Vaticano, fueron unos discursos que estuvieron en un nivel muy adecuado: el del presidente terminaba citando a Juárez —muy importante— en el Vaticano, “Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”, empezaba citando una frase del propio papa, “Hoy el nombre de la paz se llama desarrollo”, y terminaba citando de nuevo a Juárez. Estuvo de un nivel excelente y fue muy bien recibido; hay quienes han criticado eso, pero pienso que fue un contacto muy positivo y, además, se estableció un buen nivel de relación con el Vaticano, algo que desde tiempo atrás hacía falta, pero que por desgracia no se continuó como debió suceder.

Hay en todas las cancillerías de Europa dos líneas tradicionales para ver a México —éste es un tema muy delicado y hay que ver al Vaticano como una gran cancillería europea, quizá la más importante, la de más prosapia—: una es como una entidad autónoma o como parte de América Latina, y otra a través de la relación con Estados Unidos. Yo no llegaría a la simplificación de decir que es el lado conservador y el lado moderno, pero sí hay cuando menos dos grandes enfoques en las antiguas cancillerías europeas para ver la relación con México y eso fue muy claro para mí: yo me apoyé en el sector que quería ver a México como una relación independiente y autónoma, y sentí la influencia del sector que nos quería ver en función de la relación del Vaticano y Estados Unidos.

Tengo la impresión de que en el momento actual ha predominado la segunda de las versiones, y de que la actual relación con el Vaticano se da de modo muy señalado, con mucha fuerza, por el actual nuncio, el señor Prigione,⁵ que corresponde a esa visión, y que hay más conexión con la diplomacia norteamericana de lo que habitualmente se piensa. Para el buen equilibrio de nuestras relaciones —y ése ha sido siempre el sentido de mi diálogo, después de que fui diplomático, en otras reuniones con las cancillerías europeas— procuro apoyarme siempre en el sector que busca una relación autónoma de México, con sus propias especificidades.

No digo más, pero aquí se implican muchas cosas y creo que esto se ha perdido en una proporción muy importante, lo que es parte de lo que llamo *el fenómeno global del entreguismo*. Así que estuvimos allá, salió muy bien, y todo esto me separó de mis quehaceres cotidianos en la presidencia, sin embargo, seguí trabajando.

JW: Antes de seguir, ¿qué más puedes decir de las observaciones sobre Allende en Chile y lo que ahí sucedió? ¿Estuviste un mes en Santiago?

PML: Menos; dos, tres semanas. Nos tocó una época de conflicto social ya muy abierto. Tuve la impresión de que había un movimiento

⁵ Arzobispo Girolamo Prigione Pozzi, nuncio apostólico del papa Juan Pablo II en México, adonde llegó como delegado apostólico en febrero de 1978. Se desempeñó como nuncio apostólico de octubre de 1992 a abril de 1997.

social orquestado por medios de difusión, por un clima de rumores que aceleraban un deterioro social; fue la época de la manifestación de las cacerolas.

JW: ¿Cuándo estuvo ahí Fidel?

PML: Fidel había estado antes.

JW: ¿En el 71?

PML: Sí, y debo decir que lo nuestro sirvió de contraste; creo que Fidel estuvo mucho tiempo, no sé si demasiado.

JW: ¿Y tú en el 72?

PML: Creo que la presencia de México en alguna medida equilibró la de Fidel y que eso tuvo un valor que no fue apreciado por los centros de poder mundial. Nuestra presencia le dio el tono de Revolución mexicana, el tono de Constitución del 17, cardenismo, de nuevo orden internacional, así que la presencia de México tenía un gran valor frente a un equilibrio continental. No quiere decir que esté planteando alguna rivalidad, ni siquiera de contrapunto. Creo que esto lo apreció mucho Allende, pero no fue así ni en el propio México ni en el ámbito internacional. Además tuvo que ver con el gran discurso de Allende en la Universidad de Guadalajara: ahí está dicho de alguna manera esto del equilibrio por la presencia de México, y si hubiera habido flexibilidad, inteligencia y menos descarado hegemonismo de línea dura, pudo haberse confiado mucho más en México que en muchos otros gobiernos.

Vi un deterioro serio, y me preocupó la falta de recursos institucionales del gobierno chileno para hacerle frente. Era muy clara la dificultad de que un proceso parlamentario tuviera el control suficiente de un proyecto de cambio de la naturaleza que estaban planteando. No se puede olvidar que don Salvador llegó al poder por una votación de 36%; en la pluralidad del Parlamento, el papel de la Democracia Cristiana —y esto tienen que reconocerlo mis amigos demócratacristianos decentes como Radomiro Tomic⁶ o como Gabriel Valdés— fue muy negativo, porque le hicieron el vacío político que les sirvió para evadir su responsabilidad —insisto en mi amistad y mis respetos por gente como Gabriel y Rado-

⁶ Radomiro Tomic Romero (1914-1992).

miro—; así crearon el vacío político al que sucedió el golpe de Estado.

También había muchas divisiones internas. No se trataba de un partido sino de un conjunto de partidos; luego, el aceleramiento de cierta juventud del propio partido. Me tocaron las elecciones de la universidad, se vino de Washington Felipe Herrera, quien había sido director del BID, un gran personaje chileno, llegó para jugar por la rectoría contra un candidato conservador y perdió por unos votos de la extrema izquierda. Eso para mí fue muy sintomático de que el aceleramiento de ciertos grupos más progresistas también creaba una situación delicada. Tuve una conversación con don Salvador sobre esto, en su casa de Tomás Moro.

JW: ¿En qué mes?

PML: Finales de abril o principios de mayo de 1972. Vi a don Salvador en dos ocasiones para cosas de la Conferencia y en alguna ocasión hablé con él en su casa en la noche. Le dije más o menos esto: “Mire, señor presidente, tiendo a ver los procesos de reforma en América Latina con noticias muy claras respecto a los procesos propiamente revolucionarios, cuáles son las bases sociales y políticas de una reforma y cuáles son las bases sociales y políticas de una revolución, y en mi entender, dentro de una reforma tiene que haber procesos de consolidación y a veces no hay tiempo para esperar. Si me permite la expresión, creo que usted tiene que ser su propio Ávila Camacho...” Creo que ahí estaba dicho todo. Platicamos de otras cosas, pues él era un hombre muy inteligente y muy agradable además. Hablamos de los problemas que tenía, de la pluralidad ideológica y la ideología de los jóvenes, de la necesidad de hacer cambios. Vi ese deterioro, pero no vi cómo podrían hacer sin los recursos institucionales.

JW: ¿Para salvar la situación?

PML: Sí. Era impresionante oír en Radio Agricultura —una emisora escandalosa, de tremenda agitación social, injuriosa, antiestatista, que escuchaba todo mundo— los chismes en las calles, el nivel de irritación de la gente al hacer cola en un establecimiento, pues ya comenzaba el desabasto, el nivel de irritación social que se estaba creando y, además, ver que estaba orquestado por fuerzas que eventualmente eran superiores o podían ser superiores a los recursos del Estado, impresión

muy opuesta a la que se podía tener en un país como México; en México tenemos grandes crisis, pero siempre ha existido, afortunadamente, la impresión de que el Estado como tal tiene la posibilidad de resolver un conflicto. Allá yo no veía que el Estado tuviera un margen de manobra muy amplio. En primera plana vi durante esa época cómo unos 50 muchachos con palos hicieron algún escandalito menor, y ésa era ya la imagen que manejaba *El Mercurio*. Un movimiento extremista en los márgenes era un problema; no era de modo alguno abrumador pero servía de pretexto, servía como elemento para precipitar una imagen de provocación o de desbordamiento. Esta imagen se usa como pretexto. Se hace un mitin tranquilo, pero hay un grupo de muchachos atrás que traían unos palos y ésa es la fotografía que saca el diario. Ahí está una distorsión de la imagen. La capacidad de agitación de los medios de difusión es enorme. No soy tan conocedor del proceso, pero por lo que viví entonces tengo una idea del fenómeno.

Claro, don Salvador era muy tolerante con ellos, una cosa que me dijo fue: "Así piensan mis hijos, así piensan los jóvenes", alguna expresión de ese tipo, pero tolerante no en un sentido paternalista o de debilidad sino que creía en el pluralismo político, creía que era un punto de vista que tenía el derecho de expresarse. Yo no diría que en él había paternalismo ni tolerancia en un sentido de manga ancha; lo que en esencia me dijo al respecto fue que era una juventud muy devota, muy leal y que por su edad, por su ideología, era más extrema, pero que tenía el derecho de expresarse. Esa manera de distorsionar me pareció tremendamente orquestada, una desproporción.

JW: Orquestada ¿por quién?

PML: Ahí están las memorias de Nixon y las de Kissinger, ¡por favor! Está escrito ya, lee la parte donde dice Kissinger que él no es tan responsable porque aprobó el informe.

JW: Pero la decisión fue de Nixon.

PML: Claro que sí, pero el orquestamiento es una de las funciones de la IRTT; lee la parte correspondiente en las memorias de Kissinger, que es interesantísima. Lo que dice Kissinger hasta es un poco risible. Dice que no se siente responsable de lo de Chile porque no era algo que estuviera

en el horizonte de sus preocupaciones y que no lo estudió mayormente; que es un informe que aprobó, así nada más. Como si estuvieran hablando de la vida de las abejas.

JW: Pero cuando uno tiene que controlar el mundo no le da tantas vueltas.

PML: Exactamente, pero no dice que no lo hayan hecho, dice que así se hizo, que había todo un plan completo, y que lo aprobó.

JW: Pero pudiste ver que Allende no tenía esperanzas.

PML: No, eso de que no tenía esperanzas, no. No podría afirmarlo así; estoy hablando de una perspectiva comparativa de alguien que viene de un país donde hay margen de maniobra muy amplio para el Estado y un nivel de injerencia muy marginal del extranjero. Fíjate cómo te lo voy a formular: primero, un asiento social, una fuerza institucional y, por lo tanto, una capacidad de maniobra muy amplia del Estado respecto de los conflictos, sea que se resuelvan por la vía del diálogo o si hay algunas ocasiones lamentables en que se resuelven por la violencia, de todas maneras su margen de maniobra es muy amplio en comparación con un país donde ese margen de maniobra es dramáticamente menor. Luego, respecto de la base social, la diferencia que hay en el nivel del consenso, que es una de las cosas que empiezan a faltarle a México.

Aquí una anécdota muy interesante: se acababa de fundar la Comisión Nacional Tripartita que luego presidí, para instrumentar las reformas a la Ley Federal del Trabajo, el Instituto Nacional de la Vivienda (Infonavit) y otras cosas. El presidente viajaba con algunos líderes empresariales y líderes obreros, y me dijo una tarde, ya en Chile: "Oiga, licenciado, fíjese que aquí no dialogan con los empresarios, están rete peleados, ¡qué bárbaros! Pero yo le dije al presidente que iba a invitar a los empresarios a platicar". "¿A cuáles?" "A los chilenos, aquí en el Palacio de La Moneda, para que platicuen con los empresarios mexicanos." Echeverría era muy imaginativo. "¿Y para qué?" Entonces don Luis me dijo: "Vaya con los empresarios chilenos y mexicanos, y plátiqueles lo que es el tripartismo, y luego vamos a hablar con el presidente Allende". Ahí me tienen, hablando con los empresarios chilenos y con los mexicanos sobre lo que era el tripartismo.

Esto que puede parecer anecdótico era importante porque no era una mala idea hacerlo; no en cuanto a que fuera a ser eficaz sino que, primero, era una buena intención, y luego, me permitió medir el nivel de consenso independientemente de los problemas que teníamos con la empresa privada en México, pues siempre los hay. El nivel de consenso o de articulación de la empresa o de los intereses de la empresa con el mundo del Estado eran dos universos, pero también el biotipo, también el perfil del empresario: mucho más conservadores, tradicionalistas, eso que en Chile llaman *los momios*; una empresa mucho más conservadora.

Por eso no fui al mitin de Allende. Se hizo un mitin en su favor después de las cacerolas. Fue muy grande; lo oí por radio. El lugar del balcón que me habían asignado se lo di a Jorge Castañeda, el padre, que nos acompañó para ver lo del derecho del mar.

Aquel es un empresariado muy ultramontano. La rigidez de sus criterios me la acaba de confirmar alguno de mis amigos ministros en Argentina, con quien comí hace poco: “No, Porfirio, es que el empresariado de acá por estos lados es otra cosa. Aquí les sacudes la polilla —me dice—. Ustedes ya superaron eso porque crearon el empresariado moderno y nosotros no. El Estado mexicano es el creador de la burguesía; ustedes la inventaron, así que es una relación históricamente distinta. Aquí son gente cerrada, es como en la época de Maximiliano, es otro mundo”. El día en que hablé con el presidente Alfonsín⁷ me dijo: “Porfirio, aquí la negociación con los los agentes productivos es durísima. Lo es negociar con la CGT pero también lo es negociar con un empresariado tremendamente rígido, muy ideologizado y poco modernizado”.

Esa experiencia no la tenía. Los vi como personas realmente muy conservadoras y vi una distancia entre la ideología del sector privado y el Estado realmente brutal. Yo procedía de un Estado de compromiso, de un Estado de consenso; en cambio, ahí viví la experiencia de un Estado de ruptura.

⁷ Raúl Ricardo Alfonsín (1927-2009). Presidente de Argentina de 1983 a 1989.

ESTADO Y RELACIONES OBRERO-PATRONALES

LF: La intervención del Estado en las relaciones obrero-patronales ¿es de rigor?

PML: Ésa es una concepción que algunos tienen pero no siempre sucede así, se realiza mejor cuando eso no ocurre. En la Constitución, la función del Estado en materia obrero-patronal o materia laboral está en ser garante de los mínimos de la ley, de los salarios mínimos, de la Seguridad Social, del cumplimiento de las normas mínimas del trabajo. En el sistema mexicano hay un universo de la relación individual del trabajo y otro universo de la relación colectiva del trabajo. La relación individual tiene mínimos establecidos por la Constitución, parecidos a los Derechos del Hombre. Ésa es una innovación de Ricardo Flores Magón en el programa del Partido Liberal: la jornada de ocho horas, el descanso semanal, el salario mínimo, etc. De esos mínimos es garante el Estado quiera o no la empresa, quiera o no el trabajador, quiera o no el sindicato. Como se enlistan los Derechos del Hombre, son derechos humanos de carácter social. Para eso existe o debe existir en plenitud la inspección del trabajo; eso es función del Estado. Pero el Estado no debe interferir en las relaciones colectivas sino para garantizar también el ejercicio de los derechos. Siendo así, en general en la empresa mexicana la relación contractual cotidiana, o la relación cotidiana y contractual entre el sindicato y la empresa, se maneja bajo sus propias responsabilidades. El Estado entra, por la vía legal, a través de la Junta de Conciliación y Arbitraje cuando hay una violación o se va por la vía conciliatoria, pero es un estado de excepción.

El gobierno siempre interviene a petición de parte, como conciliador nada más. Es decir, viene la empresa o el sindicato y dice: "Oiga, no me puedo arreglar". Entonces se ofrece una conciliación con los *good offices* para que se ajuste, pero siempre a petición de una de las partes o de las dos; si no hay petición de parte el Estado no debe intervenir.

El Estado interviene para asegurar los mínimos, nada más; lo que es por mandato de ley. El ajuste dentro de los factores de la producción corresponde a los factores de la producción, salvo que acudan por la vía

jurisdiccional o por la vía conciliatoria al apoyo del gobierno. Por eso la relación obrero-patronal tiene muchas peculiaridades, y de ahí que la posición del conciliador sea muy fuerte si la sabe usar: “Si ustedes quieren, yo no intervengo”. Así debiera ser, pero ahora el Estado está interviniendo indebidamente. Ésa es una de mis denuncias.

En el momento en que acepta por instrumentos extralegales y anti-constitucionales —llamados *cartas de intención*— el establecimiento del tope salarial, el Estado viola dos veces su función: en primer lugar está violando su deber constitucional de garantizar los mínimos, porque el gobierno de México se ha comprometido internacionalmente a violar la Constitución. Eso, claro, hay que repetirlo todos los días: el gobierno de México se ha comprometido a violar la Constitución a través de las cartas de intención, a violar el salario mínimo, a violentar las bases mismas de la Constitución Política del país. Ése es el crimen de los gobiernos actuales. Por eso los combatimos fundamentalmente, que no era así en mi tiempo. Y dos: interviene indebidamente en la relación obrero-patronal, porque le impone a la empresa un tope. El propio Fidel Velázquez me decía: “Licenciado, no quiero que se meta el gobierno; las empresas que están bien me dan más de lo que el gobierno quiere”. El gobierno interfiere en la relación obrero-patronal fijando topes. ¿Por qué le importan? Porque el gobierno está comprometido a que no se paguen salarios altos aunque la empresa quiera pagarlos. Éste es el injerencismo de hoy, en el pasado no era así y la fuerza de la conciliación —que desarrolló López Mateos como secretario del Trabajo— tiene mucho que ver. López Mateos y su equipo crearon un estilo de conciliación, y ésa es una función no solamente muy útil sino de mucha fuerza, pues uno interviene porque las partes quieren. En caso contrario, bueno: “Ah, señores, ¿no quieren intervención? Buenas noches”. “Pero es que...” “No, no, váyanse. No tenemos nada de que hablar.” Claro, obreros y sindicatos acuden cuando no pueden entenderse y entonces lo vuelven a buscar a uno para que les dé la solución. Es la fuerza de la conciliación.

SAMUEL SCHMIDT (SS): Hablando ya del gobierno de Echeverría, ¿esa intervención con el sindicalismo independiente no tiene el sentido de una intervención del Estado?

PML: Es otra cosa pero no injerencia; es una función política para descongestionar, para neutralizar y evitar posibles situaciones de represión, y para escuchar a sectores disidentes dentro del sindicalismo. Porque el sindicalismo, como toda la democracia, no puede ser solamente un medio de las mayorías y el aplastamiento de las minorías. La falla fundamental de la organización gremial, en orden de la democracia, es motivo de un gran debate mexicano donde hay páginas luminosas, como las de aquel histórico debate entre Lombardo Toledano y Narciso Bassols sobre la cláusula de exclusión. Los dos grandes abogados de ese tiempo pugnaron por algunos mecanismos que sirvieron al fortalecimiento del sindicalismo con la cláusula de exclusión; el problema es que en la organización gremial no se respeta a la minoría. Ése es el problema: no hay espacio para la minoría. Ahí el Estado tiene que descongestionar problemas por la vía de la mediación, de la negociación política para que se les reconozca su papel a las minorías, o para que organizaciones gremiales o grupos de trabajadores que no están afiliados a las grandes centrales puedan ejercer plenamente su derecho a la contratación colectiva.

Ése es el problema del sindicalismo independiente de México; hay que precisarlo y no quedarnos en generalidades. De dónde viene, cuáles son sus ramificaciones, cuáles son sus campos de acción como minorías sindicales, etc.; es algo muy complejo.

JW: Echeverría impulsó mucha legislación. ¿Se puede decir que quería levantar una revolución legal para cambiar la estructura del sistema?

PML: No creo.

JW: Se ha hablado de Calles y de Ávila Camacho como grandes transformadores legales, digamos. De ese sexenio tenemos mucha legislación: la Ley de Población, la Ley de Inversión, la Ley del Trabajo, de Transferencia de Tecnología, de la Reforma Agraria...

PML: Sí, muchísima. Yo lo plantearía así: creo que todo esto obedece al marco de lo que llamamos la conciencia de la crisis y la necesidad de un ajuste de las instituciones. Durante la campaña Echeverría me dijo, por diversos motivos y en distintas expresiones: "Licenciado, las instituciones no están funcionando bien en el país". La primera vez me lo dijo en una escuela.

1971: CAMBIO DEL SISTEMA ECONÓMICO, INFLACIÓN,
VOTO PRO INGRESO DE CHINA

PML: Hay un día que, para mí, es quizá el más importante de la posguerra, y pienso que en todo análisis serio de la historia contemporánea y en todo balance de las relaciones políticas y económicas internacionales hay que ponerle un gran reflector. Ese día es el 10 de agosto de 1971, que es el fin del sistema económico creado en la posguerra, es el entierro de Bretton Woods: termina la convertibilidad oro-dólar. Esto se dice fácil, pero es un cambio de una trascendencia enorme y hay que ver cómo repercutió. En el análisis de la historia norteamericana hay mucho que revisar por el significado de agosto del 71, pero para un estudio de las relaciones entre los países en desarrollo y los desarrollados, y de la propia Alianza Atlántica, este análisis es muy importante. Ya predominaba un desorden económico mundial, y con la primacía del dólar y el mantenimiento artificial de la supremacía norteamericana sobre el conjunto de la economía mundial, vino un cambio muy importante. Se abre otra época. Son 25 años de historia. Por esa importancia debo decir cómo percibí ese momento, y hay varios datos.

En el 71 comienza una época inflacionaria, vista en el conjunto de la economía mundial. Los cincuenta y los sesenta, más allá de la economía mexicana, son décadas de estabilidad de la economía occidental en su conjunto. En los setenta empieza la época inflacionaria. Hay una década o casi que yo llamaría *economía inflacionaria relativamente comparativa*, y hay una época, en los ochenta, de economía inflacionaria transferida: se recupera la estabilidad en las economías centrales y se transfiere la inestabilidad a las economías periféricas. Esto es notorio en el análisis comparativo entre lo que son los años setenta y lo que va de los ochenta.

No quisiera entrar al tema de europeos y japoneses, que se defendieron bastante durante los dos tiempos, pero es muy típico si vemos la economía norteamericana al final del gobierno de Carter, donde hubo cifras inflacionarias de 12 y de 13%, lo que quiere decir que en los setenta la curva inflacionaria la compartimos las economías centrales con las

periféricas. Esto tiene que ver con la devaluación del peso y con otros fenómenos, por eso quiero detenerme un poco.

En México aparece un fenómeno que viene a cambiar el horizonte histórico más allá de la crítica de la que hemos hablado, del 68. Un hecho objetivo es que el país había vivido los años cincuenta y sesenta con la economía relativamente estable. En 1954 viene la segunda devaluación del peso, pero me ubico en los sesenta. Las cifras aportadas en el informe de la década, llamado *Desarrollo estabilizador*, son las siguientes: el país ha tenido una tasa de inflación promedio de 2% anual durante toda la década y ha tenido un aumento en el ingreso real de los trabajadores de 2.5 a 5% al año, no recuerdo la cifra exacta; por lo tanto, ha habido un incremento paulatino —se decía— pero consistente en el ingreso real de los trabajadores.

Todo esto obviamente no era suficiente para absorber la marginalidad ni para redimir al sector campesino, pero la sociedad urbana, implicada en el proceso de la modernidad, del mundo industrial, de la administración y los servicios, había experimentado un crecimiento económico continuo en un nivel sorprendente de estabilidad económica y de precios.

¿Qué ocurre en una economía acostumbrada a esa estabilidad? Aparece el fenómeno de la inflación. Primero lentamente, en 1971 se va a 4, a 5%, en el 72 se va a 6% y así, hasta terminar el sexenio con una inflación de 19%. Esto es importante para que se entienda el marco económico de la administración de Echeverría: la inflación pasa de un índice de 4 o 5% al comenzar el sexenio, a un índice de 18, 19% al terminar; con todo y devaluación quizá llegó a 20%. No es un salto como los de ahora, pero para entonces era algo inusitado.

JW: Y esta inflación, ¿cómo afecta las relaciones económicas entre México y Estados Unidos?

PML: Empieza en el 71 una era inflacionaria y proteccionista que se acentúa considerablemente en México, pues Estados Unidos decreta un 10% *ad valorem* a las importaciones del resto del mundo; recuerdo que en aquel momento hay una reacción paralela de los gobiernos de Canadá y de México, haciendo gestiones frente al gobierno de Washington en su calidad de Estados fronterizos para ser eximidos de ese impuesto

ad valorem. Recuerdo que el entonces secretario de Industria y Comercio, Carlos Torres Manzo, viaja a Washington, y según se contaba en los corredores de Palacio, el secretario de Comercio norteamericano lo había recibido con los pies en la mesa. No sé si así ocurrió, o si simplemente da testimonio de una actitud: el caso es que lo mandaron con cajas destempladas. Se supo también que el licenciado Miguel Alemán Valdés, el ex presidente, se ofreció para hacer una gestión, digamos, confidencial ante el gobierno estadounidense, habida cuenta de las buenas relaciones que tenía con ese país, y que se prestó *volontaire*. Y aunque no tengo ningún dato comprobable, se supo, y creo que hay alguna constancia periodística o alguna referencia creíble en el contexto, que también fracasó, aunque a él no le pusieron los pies en la mesa.

Ahí hubo un desajuste en la relación México-Estados Unidos, una especie de despertar que abarcó a la totalidad del gobierno; fue preocupante para el sector financiero y para el sector político. Como que se rompió una luna de miel. Al respecto recuerdo dos cosas: cuando Luis Echeverría, candidato a la presidencia de la República, fue a Washington, en una de sus intervenciones públicas improvisadas dijo “Soy anticomunista”; quiero recordar que en los primeros meses se había expulsado a diplomáticos soviéticos y se había hecho pública la justificación. El licenciado Echeverría quería hacer un gobierno progresista, pero de acuerdo con Estados Unidos, es decir, en el trasfondo, tenía la intención —y creo que así fue; lo quisiera decir respetuosamente para que no vaya a malinterpretarse—, la convicción, como la han tenido muchos presidentes mexicanos, de que se podía ser amigo de Estados Unidos y hacerle entender al gobierno norteamericano que podía tenerse un gobierno progresista pero no comunista e incluso, subliminalmente, que esto sería el mejor antídoto contra el comunismo, y además venía hasta a justificar cosas que habían ocurrido en el pasado.

Atrás de todos estos accidentes e incidentes públicos tal vez había un elemento de subversión, y la única manera de recoger esos elementos es con una política de apertura democrática, de cambio de patrones sociales y una ideología más avanzada del gobierno de México. Hay que dar un medio giro hacia la izquierda para reformar el proyecto de

desarrollo nacional, hacer una política social consistente y realizar una apertura democrática, y esto es bueno para las relaciones México-norteamericanas; además, con esto estamos estableciendo una especie de cerco sanitario, no represivo, en contra de cualquier elemento subversivo que pudiese venir.

Tiempo después el presidente López Portillo me dijo: “Oiga, Porfirio (él fue quien me recordó lo del discurso del anticomunismo), Luis creyó que se podía entender bien con Estados Unidos, de veras, y yo también, pero, Porfirio, es muy difícil, creo que es casi imposible. De veras que todos los presidentes de México entramos con esa buena voluntad. ¿No se acuerda usted que Luis dijo, cuando fue a Estados Unidos, que era anticomunista? ¿Usted se acuerda cuando yo fui a ver a Carter?” “Sí —le dije—, usted me contó con detalle su conversación con Carter.” Es más, me la contó con mucho sabor. “Usted sabe que fui con la mejor buena fe, pero de plano creo que tenemos intereses muy antitéticos. Siempre sale mal, pero no por culpa nuestra. Créame que yo tenía la mejor buena voluntad de entenderme en un plan de dignidad, pero es muy difícil, no entienden los problemas. Lo que ellos quieren es someternos.”

Ahí se observa un cambio: don Luis y el gobierno perciben que vamos a tener una época de relaciones económicas difíciles, y el tono del discurso empieza a cambiar. Si vemos cuál es el tono de los primeros años —independientemente del discurso de campaña y de toma de posesión—, es mucho más moderado.

Hubo una declaración de Emilio Rabasa, que era el secretario de Relaciones Exteriores en ese tiempo; era un buen abogado e hijo de madre estadounidense, así que hablaba muy bien el inglés, inclusive se le suponía parentesco o amistad remota con el señor Kissinger, algo que se explotó después. Cuando le preguntamos sobre las relaciones México-estadounidenses, dijo: “Estamos en luna de miel”. Entonces Daniel Cosío Villegas, que publicó su serie más feroz y más divertida de artículos en 1971, en los que hacía una crítica tremenda a cada uno de los secretarios de Estado —se los vacilaba, les hacía unas bromas tremendas—, publicó un artículo que tituló “Luna de miel”, y comenzaba

diciendo: “Nos ha dicho el señor secretario de Relaciones Exteriores que vivimos en luna de miel, pero no nos ha dicho quién es el papá y quién es la mamá. ¡En la mamá!”

JW: Don Daniel tenía la espada desenvainada frente a muchos asuntos.

PML: Sí, con Rabasa la traía. Recuerdo otro artículo precioso, cuando a una gran mexicana, Rosario Castellanos, la nombraron embajadora en Israel. Estaba Golda Meir⁸ de primera ministra, y la gran explicación era que por esa razón había que enviar a una mujer, y dijo don Daniel: “Qué razones diplomáticas tan profundas. Tenemos suerte de que no haya ganado las elecciones Moshé Dayán, porque hubiéramos tenido que buscar un diplomático tuerto”. Era muy divertido don Daniel.

Viene 1971 y Echeverría está comprometido a ir a Naciones Unidas; se anunció. Debo decir que él quería hablar porque deseaba forjar-se una presencia internacional, hasta donde entiendo, y quería hablar de temas económicos, todavía no en el tono de la Carta de los Derechos, pero estaba preocupado —y ésa era parte de la crítica— por el tema del comercio exterior. Tanto la crítica de derecha como la de izquierda del modelo coincidían en la necesidad de mayores ingresos de divisas, pero ahora no creo que el enfoque fuera tan bueno, tan correcto como entonces lo pensamos. Había la idea de economistas embajadores para la promoción del comercio exterior, y él quería dar un mensaje de apertura económica al mundo; todavía no hablaba de una gran reforma económica internacional, no está mi texto y se produjo uno más convencional. Hizo relaciones, con algún acento en particular en el aspecto económico. No tuve mayor injerencia en esa fase hasta que apareció un artículo en *Excélsior* que decía: “Y en lo de China, ¿qué?”, y explica de un modo muy simple pero irrefutable que el tema de la Asamblea General de Naciones Unidas de 1971 era el ingreso de China a la ONU, momento crucial también, definitorio en la historia de Naciones Unidas. Es octubre de 1971; desde ahí es antes del 71 y después del 71, y China era el tema. Si un jefe de Estado va a la Asamblea de Naciones Unidas no puede dejar de hablar del tema central, no puede dejar de tomar posición.

⁸ Golda Meir (1898-1978).

Y ahí se crea un problema: el presidente de México, que ya está comprometido públicamente a ir a Naciones Unidas, tiene que referirse al tema de China, y no en términos convencionales debido a la trayectoria de México, a su tradición en los foros internacionales, y por el peso específico del país en el mundo en desarrollo.

Ése es un momento muy importante, es septiembre y ahí tengo alguna intervención, porque se me pregunta. Con mi *staff* me pongo a estudiar el problema y llego a varias conclusiones. La primera es que lo de China es definitorio, y se trata del reconocimiento por la ONU de la República Popular China como una gran potencia; su ingreso, no a la Asamblea, su ingreso, su reconocimiento como miembro permanente del Consejo de Seguridad, viene a dar un equilibrio distinto a las relaciones internacionales. Además, lo que esto implicaba en la salida del Taiwán de Chiang Kai-shek.

Yo entonces ni siquiera podía medir, como medí después, la importancia que tuvo ese conflicto; a pesar de que sabía que era muy importante, sólo después me di cuenta del momento crucial que significó en la historia de las Naciones Unidas en 1971, de veras. Es antes y después: por el equilibrio general del poder, porque es una gran victoria de los países en desarrollo y, además, también es el momento último del sacudimiento de los tutelajes que fueron propios de la Guerra Fría. Casi todo el Tercer Mundo votó de este lado, incluida América Latina; ahí acaba la época del tutelaje y empieza el momento más alto de la democratización en el nivel de los foros internacionales. Algún escritor sueco dijo que, a partir de ese momento, se convirtió como en una bolsa de valores, porque cada quien se acomodaba según el movimiento; se rompieron los viejos sistemas de alianzas y se impuso la solidaridad de los países en desarrollo, la vinculación de los países europeos, en fin, fue el inicio de los nuevos tiempos.

China o Taiwán. El gobierno de México se tenía que definir y la presión estadounidense fue muy grande a través de la cancillería. En 1971 Estados Unidos no quería el ingreso de China; el viaje de Kissinger fue después, y estaba combatiendo por que no ingresara. Y el gobierno mexicano se definió con una tesis que fue muy bien comentada y, además, estuvo muy bien definida, creo que fue la tesis más lúcida.

Simplemente había una razón por la que no podía haber dos Chinas, el principio de integridad jurídica y territorial de los Estados, y estuvo muy bien expuesta. La soberanía es indivisible, ésa fue la tesis mexicana, y tuvo un gran impacto en la Asamblea que coadyuvó al ingreso de China.

Estoy enterado de que hubo dos llamadas telefónicas del presidente Nixon. Hubo al final una cierta concesión en que en el voto de procedimiento votáramos con ellos, que fuera sobre si había mayoría de dos tercios o no, pero al perder Estados Unidos el voto de procedimiento se pasó al voto de la sustancia, donde estábamos comprometidos por el ingreso de China, y ése se ganó ampliamente. Lo subrayo porque ahí es donde empieza a cambiar la relación: entonces ya ha ocurrido el 10 de junio —a lo que ustedes querían referirse—, que tuvo un efecto de resaca.

Quienes estábamos en favor de un cambio más profundo tuvimos los argumentos suficientes para dar un salto adelante, y entre el impacto en la conciencia de los mexicanos, la conciencia gubernamental sobre los acontecimientos económicos de agosto y el rechazo estadounidense, muy brusco, a darnos la menor concesión respecto del 10% *ad valorem*, vienen las presiones en octubre por el viaje del presidente; creo que el momento de gozne de la administración se produce en esos meses de cambio.

A propósito de los efectos positivos, diré hasta qué punto el mes de junio significó el entierro de una época sin que esto estuviera previsto. El presidente dio a nuestro equipo de Presidencia una gran autoridad en el manejo del primer informe presidencial, inclusive la posibilidad de coordinar; no estuvimos supeditados —como fue antes y como volvió a ser después— a la pluralidad de enfoque de las secretarías de Estado. Se nos dio tal capacidad de hacer una verdadera síntesis, una tesis central de lo que el gobierno quería, que incluso cambiamos el estilo del informe: buscamos hacerlo muy compacto, que no estuviera tan compartimentado, que fuera más allá del detalle y de la anécdota, y lo logramos en una medida muy apreciable. Hubo un mando, una coordinación central de la elaboración de ese documento. La metodología con que se elaboró el primer informe presidencial y el contenido que se le dio, los acontecimientos de agosto y la ida a Naciones Unidas en octubre, mediando las presiones del gobierno estadounidense —superadas mediante cierta

concesión marginal, pero superadas—, llevaron al presidente y a la clase gobernante a la conclusión de que había que ir bastante más adelante, y todo eso le dio el tono a la administración. Esto vino a complementarse con exigir la visita a Estados Unidos, que fue en el 72.

El tono del viaje a Washington y los cambios políticos en el gabinete a los que me referí antes, se sintetizan con el ingreso de Reyes Heróles al PRI, la llegada de Muñoz Ledo a la Secretaría del Trabajo y la llegada de López Portillo a la Secretaría de Hacienda.

GRANDES SINDICATOS Y SINDICALISMO INDEPENDIENTE

JW: Tu ingreso a la Secretaría del Trabajo implicó el trato con sindicatos y líderes.

PML: El universo sindical, cuando yo llegué a la Secretaría del Trabajo, estaba en plena efervescencia por razones históricas acumuladas. Había habido una represión hacia movimientos sindicales independientes, que el gobierno trataba de encauzar dentro de la apertura posterior al 68; se intentaba dar oportunidad a muchos movimientos, incluso clandestinos y semiclandestinos, para que constituyeran sus organizaciones sindicales y se refrenara el sentido monopólico que las grandes centrales habían establecido. Es decir, hubo un respeto inicial a los movimientos sindicales independientes. Diría que inicial y también limitado, pues la sola liberación de presos políticos que provenían de movimientos sindicales, el solo hecho de recibir en los altos niveles del gobierno a dirigentes sindicales independientes, había creado un malestar profundo entre lo que puede llamarse el sindicalismo oficial.

JW: Existen para protegerse contra la autoridad.

PML: No, la organización sindical corresponde a un principio de equilibrio de los factores de la producción y de las fuerzas políticas y sociales dentro de un país. El desarrollo de la organización sindical —diré cosas muy elementales— es el contrapeso necesario, en una sociedad en proceso de industrialización, a la acumulación del capital. Hay quien afirma que la plena sociedad industrializada pasa necesariamente por

la autonomía de las organizaciones obreras. Ahora, el universo de los sindicatos, por ser áreas autónomas del Estado, por no estar sujetos en muchos países a una regulación legal precisa, y dada la capacidad de corrupción que los sistemas políticos y el propio empresariado pueden tener sobre las organizaciones obreras, se presta a muchos abusos.

Entre sus grandes reformas, la sociedad industrial moderna exige la reforma de la organización sindical. Lo que pasa es que hay muchos tabúes, porque los sindicatos crecieron y se establecieron como fuerzas de resistencia frente al patronato. Entonces, en los países más avanzados desde el punto de vista legal o constitucional, les fueron otorgados a los sindicatos mecanismos de protección que salvaguardan su autonomía y les dan, si son mal empleados, también un nivel muy alto de impunidad. Me refiero, por ejemplo, a uno de los temas más debatidos en México: las cláusulas de exclusión. Hace 20 o 30 años, cualquiera de nosotros era un defensor acérrimo de las cláusulas de exclusión.

JW: ¿Qué quieres decir?

PML: Es la cláusula de los contratos por la cual, si no eres miembro del sindicato, no puedes ingresar a la empresa —es la cláusula de exclusión de ingreso—, y la cláusula de exclusión de egreso es que cuando eres expulsado del sindicato tienes que salir también de la empresa. Durante muchos años se consideró que ese tipo de mecanismos eran indispensables para proteger al sindicato respecto de la empresa.

JW: Proteger al sindicalismo del poder dominante creó otro poder dominante sobre los trabajadores, sobre todo en los grandes sindicatos como Pemex, ferrocarriles, Seguro Social, electricistas, pero al menos eran activos. ¿Quiénes organizaron las dos huelgas generales?

PML: No fueron los grandes sindicatos, ellos casi no participaron, sino los pequeños: fueron 67 000 emplazamientos el primer año. Habían chocado una tendencia del nuevo gobierno para abrir ciertos espacios a los líderes independientes y una cerrazón de los líderes tradicionales. En esa coyuntura entré a la Secretaría del Trabajo. Durante todo el tiempo que estuve ahí fui atacado por escritores interesados de los dos extremos, quienes me acusaron de estar al servicio de los grandes sindicatos para reprimir a los sindicatos independientes, lo que es mentira,

pero hay quien escribió eso: un joven estudiante al servicio del licenciado Moya Palencia, llamado Manuel Camacho. Escribió dos artículos en contra mía en esa época. Los ataques eran para quitarme autoridad frente a los grupos progresistas. La mayor parte de los articulistas me acusaban, por el contrario, de fomentar a los grupos sindicalistas independientes. La verdad es que, en la medida de mis posibilidades —las posibilidades políticas, para que no se hable de voluntarismo; siempre hay límites en la política—, logramos las primeras aperturas consistentes para el sindicalismo independiente: la regularización de la tendencia democrática, en un arreglo bastante precario del movimiento de Galván; los primeros contratos colectivos a movimientos sindicalistas cristianos; la oportunidad para volver a militar en el sindicalismo a dirigentes que habían sido expulsados; la formación de las primeras federaciones de sindicatos aunque fueran pequeñas, independientes del sindicalismo oficial. Creo que se dieron pasos muy importantes.

Ahora, si me preguntas, ¿por qué la tolerancia del sindicalismo tradicional? Creo que estuvo profundamente vinculada a la política de salarios. El argumento central que los líderes sindicales tenían para oponerse a la liberalización de los sindicatos, el cual venía de atavismos del sistema, era la debilidad de la política social del gobierno. En otros términos: los líderes sindicales se quejaban de que, por una parte, había una política salarial muy restrictiva —no se impulsaba suficientemente el sector obrero—, y por la otra, que dentro de los sindicatos se liberaban fuerzas que ellos no podían controlar. Como intermediarios del poder, sustentaban —el argumento no lo formulaban así pero era lo que estaba detrás—: “No nos pueden pedir que controlemos o que sofoquemos la inconformidad obrera por falta de salarios, prestaciones, etc., y al mismo tiempo estimular a grupos contrarios a nosotros”.

STPS; DEMOCRATIZACIÓN DEL SINDICALISMO

PML: A partir de 1973 para mí fue muy claro que la única forma de racionalizar el movimiento sindical, de liberalizar la contratación

colectiva y de abrir espacios democráticos a los sindicatos independientes era con una política social y laboral muy avanzada, que quitara cualquier pretexto a los líderes tradicionales para evitar esa modernización. Lo más importante que había que hacer era, por un lado, encabezar una política salarial avanzada, y por otro, crear una serie de servicios de asesoría a los sindicatos que permitieran modernizar la contratación colectiva. Al mismo tiempo, se necesitaba crear otros servicios en defensa de los trabajos no sindicalizados y tener mucha firmeza frente a los líderes tradicionales, que a cambio de reducir su pugnacidad o su oposición a la democratización del universo sindical, se verían beneficiados —no como personas, sino como dirigentes obreros— a través de las grandes ventajas que iba a adquirir la clase obrera. Fue una política muy combinada; creo que es lo más completo que he hecho en mi vida.

Creamos, dentro de un gran conjunto, el Instituto de Medicina del Trabajo, los Servicios de Asesoría para Seguridad e Higiene del Trabajo, el Consejo Nacional de Cultura y Recreación de los Trabajadores, el Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, el Centro de Informática del Trabajo, los Sistemas de Capacitación de la Mano de Obra, la Comisión Nacional Mixta de Protección al Salario, el Fondo Nacional de Consumo a los Trabajadores (Fonacot), la Procuraduría General de la Defensa del Trabajo; toda una red de instituciones para modernizar la administración del trabajo. En esa red ocupaba un lugar central la creación de una nueva élite de administradores del trabajo: se formarían dirigentes sindicales, asesores de sindicatos, jefes de personal de las empresas públicas y privadas, y administradores públicos del trabajo, todo ello tendiente a racionalizar el universo laboral.

Debo decir que logré un nivel muy adecuado de colaboración con los sindicatos con base en las reglas de juego que establecí, porque pude encabezar una política social y laboral avanzada. Conseguí que se respetara a la Procuraduría de la Defensa del Trabajo, que fue un esfuerzo para proteger a los trabajadores fuera de contrato colectivo, defenderlos de oficio tuvieran o no líder sindical. Logré que hubiera permisibilidad de la organización sindical para fomentar la contratación colectiva en áreas que no estaban bajo su control. Intervine —cuando por ley

tuve que intervenir— en litigios importantes, por ejemplo, en recuentos en organizaciones sindicales, incluso lo hice en el sindicato petrolero. Conseguí que se respetara la autoridad federal del trabajo, y establecí un apoyo a las organizaciones sindicales más significativas para que, en el seno de los contratos colectivos, modernizaran sus relaciones con las empresas, que no fueran luchas solamente por el salario.

Cada una de las instituciones que creamos estaba destinada a dar asesoría en la contratación colectiva. Por ejemplo, los trabajadores podían pedir programas de recreación y cultura y nosotros los proveíamos; se pagaban con el contrato colectivo. Podían pedir programas de turismo: creé un Consejo de Turismo para los trabajadores y proveíamos los medios. Creamos una serie de instituciones que enriquecieran la relación colectiva del trabajo, que permitieran modernizar la actitud de los líderes obreros en las demandas colectivas; en fin, todo lo que se entiende por administración moderna del trabajo.

Mi relación con los sindicatos fue, en términos generales, buena. Logré cosas insospechadas: por ejemplo, que la asesoría de los sindicatos estuviera a cargo de importantes economistas y sociólogos de la Universidad a los que en épocas anteriores ellos habrían considerado como subversivos. Recuerdo que, siendo ya presidente del partido, el último gran encuentro de economía que hizo la CTM fue con todo mi grupo de diputados de la L Legislatura: con Ifigenia Martínez, Armando Labra y otros. Logré, al final de mi gestión, una cierta emulsión entre líderes sindicales, asesores de sindicatos y una élite universitaria y política de pensamiento avanzado, lo que vino a restañar las heridas que habían quedado o a recuperar lo que los sindicalismos perdieron desde la salida de Lombardo. El sindicalismo en esa época perdió mucho de su anti-intelectualismo, de su rechazo a un pensamiento modernizador, y creo haber contribuido a ello.

Ahora, respecto al universo sindical *per se*, pensé entonces que la mejor manera de modernizarlo era federalizando las ramas del trabajo. Los sindicatos nacionales de industria corresponden a aquellas áreas en las cuales, por mandato de la Constitución, es competente la autoridad federal, y eran muy pocas. Inicié una reforma constitucional que

pasó a la jurisdicción federal un número importante de ramas industriales; me pareció que era un modelo más moderno. Ya no pienso exactamente como entonces, pero en aquel momento creí que una manera de impulsar la modernización del mundo sindical era el desarrollo de los grandes sindicatos nacionales de industria, que fueran tomando espacios de las antiguas federaciones sindicales, que son sindicatos de empresa y se mueven en torno a la jurisdicción local. Creí que por ahí iba la evolución del sindicalismo moderno respecto del sindicalismo tradicional.

JW: Pero parece que toda esta evolución que iniciaste acabó en una involución lamentable, con el sindicalismo independiente marginado, los grandes sindicatos con dirigentes más serviles, y otra vez volver a empezar...

PML: Bueno, soy responsable por lo que hice, y te digo que el avance en mi época fue notable. Llegué a tener broncas con el secretario de Gobernación que acabaron con una vieja amistad, por ataques a mis sindicatos independientes, y mientras estuve, eso no pasó. Lo que vino después es otro cuento.

JW: Pero, ¿por qué se derrumbó todo eso?

FARELL: LA DESTRUCCIÓN DE LO QUE PML CREÓ

PML: Se derrumbó todo un proyecto. Farell liquidó 13 de las 14 instituciones que yo creé. Hubo un asesinato, un degüello de la política laboral. Lo más grave que he perdido en mi vida, como si me hubieran matado a mis hijos, fue la destrucción de mi política laboral. Lo único que dejaron fue el Fonacot, que además es algo que no tiene que ver con el proyecto original. Creamos un nuevo mundo del trabajo, que fue de premio mundial: hasta la OIT me iba a construir las oficinas modelo, ergonómicas, para que fuera un modelo de Secretaría de Trabajo en el mundo. Me da pena hablar de estas cosas. Todo lo destruyeron. Farell guillotizó ese proyecto; él ha sido un gánster y un abogado patronal, y destruyó toda la política laboral. La arrasó. Pregúntale a James Boardman, que

estuvo en el Instituto de Estudios del Trabajo, lo que era eso y lo que es ahora. Hasta el Centro de Productividad cerraron.

JW: Hay unos que dicen que, por un lado, tienes la modernización de los sindicatos, que es darles derechos, prestaciones y servicios, etc.; pero que los sindicatos van en contra de la modernización de la sociedad porque quieren proteger sus trabajos, y la sociedad moderna no necesita ya trabajo de personas, sino cambiarlas por computadoras; entonces estamos hablando de dos niveles de modernización. ¿Quieres comentar sobre esto?

PML: Bueno, creo que estás pasando del problema del sindicalismo en México al del sindicalismo mundial; no estás hablando de un problema mexicano.

JW: Bueno, pero en el caso mexicano, tú lo tenías que manejar. ¿Sentías estas contradicciones?

PML: Totalmente. Ahora, la manera de manejarlas tampoco es universal. Yo me planteé el problema de la reconversión industrial de un modo sumamente serio, es decir, por ramas de industria. Y no me pareció incompatible con el sindicalismo, lo que me pareció es que había que ajustar el sindicalismo tradicional a modelos de reconversión industrial por medio de la participación. Hablaré de un caso concreto para que se entienda: el de la industria textil del algodón, que funcionaba con un contrato-ley. Este contrato-ley otorgaba condiciones semejantes de trabajo, como es obvio, a todos los trabajadores de esa rama; pero como era un contrato-ley que tenía 40 años, había diferencias muy grandes de productividad entre una empresa y otra. Había empresas muy antiguas y otras muy modernas, entonces el contrato-ley perjudicaba a los trabajadores de las empresas modernas, que hubieran tenido derecho a mayor percepción, y premiaba a los de empresas muy antiguas, que tenían bajísimos niveles de productividad. En la realidad no ocurría así porque el contrato-ley no se cumplía. Los sindicatos de las empresas más antiguas aceptaban que no se cumpliera, porque de otra manera tronaban a las empresas, y los trabajadores de las más modernas percibían remuneraciones adicionales.

Lo que hicimos fue darle sentido técnico a la comisión revisora, que se llamó Comisión de Vigilancia del Contrato Ley de la Industria del Algodón. Invité a un equipo del Banco de México e hicimos un planteamiento global de la industria que metimos en la Comisión Nacional Tripartita. En poco tiempo probamos que podía suscitarse la cooperación de los sindicatos en la modernización de las empresas. ¿Cómo? Los sindicatos sabían que ciertos contratos no se podían cumplir, por lo que las decisiones que había que tomar eran muy sencillas: seguir tolerando que no se cumplieran esos contratos o buscar la modernización de las empresas mediante un sistema de indemnizaciones adecuado o de reciclaje de los trabajadores.

Para establecer una política racional —no una política impositiva que no tomara en cuenta el factor trabajo de la modernización— requieres de ciertos instrumentos de concertación y de readaptación laboral. Por ejemplo, encontramos que, para la reconversión, era indispensable tener un sistema de *manpower*; averiguamos qué se estaba haciendo en España y en varios países. En España trabajamos con el Instituto de Reincorporación Laboral, en Canadá con un sistema espléndido que se llama precisamente sistema de *manpower*, y empezamos a calificar técnicos en programas de capacitación o de reciclaje.

Así que, con todas las dificultades que tenga, la cooperación de los sindicatos para la reconversión industrial es posible siempre y cuando ofrezca una salida a los trabajadores. Esa salida se les puede dar solamente por dos vías, que dependen de la edad promedio de los trabajadores, el ingreso real que estén percibiendo y de los fondos disponibles para la reconversión, aunque claro, si empleas esos fondos en maquinaria nueva y sacas a patadas a los trabajadores como si fueran bultos que ya no te sirven, no vas a ningún lado.

Creamos un mecanismo básico de readaptación donde censamos a la población laboral, vimos pirámides de edades, hicimos encuestas por trabajador, trabajo social, y vimos que un gran porcentaje de ellos podían ser jubilados con una indemnización un poco más alta. Se vio qué fondos había para la reconversión industrial, y resultó que a muchos de esos trabajadores se les podía dar una pensión complementaria y el problema

se resolvía; a otros, por edad, por nivel de especialización o por lo que tú quieras, había que reciclarlos a otras actividades. Probamos en varias industrias, incluso algunos jóvenes economistas fueron nombrados en empresas que en aquella época absorbió Nacional Financiera. No te digo que lo probamos a gran escala, pero creo que el camino lo abrimos.

Veo teóricamente —aunque en la práctica no lo vi nunca— que hay una oposición *a priori* del sindicato a la reconversión. Lo que se necesita es involucrar a la organización sindical en un proceso de concertación que tome en cuenta el destino de la mano de obra; así se puede avanzar muchísimo y lo han hecho en muchos países, con éxitos y fracasos. La reconversión industrial funciona, en términos económicamente rentables y socialmente no desastrosos, si se involucra a la organización sindical en el proceso y si se da salida a los trabajadores. Este servicio no lo llegamos a crear, nos quedamos con el proyecto. Javier Bonilla hizo un estudio de lo que sería un sistema de *manpower* a nivel nacional. Creo que la reconversión industrial es una necesidad, lo que pasa es que tienes que determinar en qué ramas, para qué la quieres y cuáles son las medidas sociales que la tienen que acompañar.

JW: ¿Cómo enfrentaste la corrupción sindical?

PML: La corrupción sindical no se enfrenta desde el gobierno. No hay instrumento legal para combatirla.

JW: Pero la corrupción política es una de las fuerzas del partido oficial, ¿no?

PML: Me parece una afirmación demasiado general. Otros fomentaron la corrupción sindical: el sistema en Infonavit, por ejemplo, por desgracia terminó fomentando ampliamente la corrupción sindical a través de los contratos de obras a los líderes sindicales, pero yo de ninguna manera la fomenté. La mejor manera de combatirla, y la única que está al alcance de la autoridad del trabajo, es transparentar las negociaciones obrero-patronales. Claro, no la estás combatiendo de modo directo; al transparentar las negociaciones la compensas o la reduces. Si como autoridad federal del trabajo no asumes tu responsabilidad en una negociación o un contrato importante, le das un gran margen de maniobra a los representantes de las dos partes.

CORRUPCIÓN SINDICAL Y EMPRESARIAL

PML: La corrupción existe en ambos lados. Los tratos entre el abogado de empresa y el líder sindical establecen formas de contubernio de circuito cerrado. Un abogado empresarial tiene manera de arreglarse con el líder; una parte le queda al abogado y otra al líder.

Contaré una anécdota: una noche, ya muy tarde —yo, desvelado—, estaba en una discusión, y un empleado con cierta experiencia en la Secretaría del Trabajo me dice: “Licenciado, no se desvele, ya se juntaron en el baño”. A cierta hora, el abogado y el líder se juntaban en los escusados y ahí se arreglaban; este viejo empleado tenía el ojo de saber a qué hora entraban juntos al escusado. Perdón por esta anécdota; hay corrupción de ambos lados, siempre me he opuesto al pensamiento elemental de que sólo el líder es corrupto. Para que haya un líder corrupto, debe haber un funcionario corrupto.

JW: ¿Y el patrón?

PML: Generalmente no es el patrón —y no estoy haciendo una defensa—, es el intermediario del patrón: Claro, el patrón lo acepta. Le dicen: “Mire, tanto costó el contrato colectivo, tanto por fuera para el líder, y tanto se queda el abogado”. Entonces, ¿cómo se reduce la corrupción en el nivel de la negociación, que es la más frecuente? Por supuesto que uno no puede ser el inspector de la vida ajena, y además, la conciliación del trabajo es de jurisdicción voluntaria, no obligatoria; la autoridad del trabajo interviene a petición de las partes. Pero creo que una política laboral como la nuestra —lo digo honestamente— redujo mucho la corrupción porque no era fácil para los líderes venderse, en la medida en que la propia autoridad del trabajo estaba empujando. Y cuando vimos corrupción muy obvia, llamamos a las partes.

JW: Y Fidel Velázquez sigue diciendo en estos días que hay que identificar a los corruptos y sacarlos del sistema; cada año dice lo mismo.

PML: Yo creo que se pueden hacer cosas en un periodo largo, aunque no es fácil; la corrupción sindical, por desgracia, es mundial.

JW: No hablamos del mundo, hablamos de México.

PML: Es que las comparaciones son importantes. Compré hace tres años en un aeropuerto, en París, un libro fantástico: *La corrupción sindical*. Ahí te das cuenta de que el problema de la corrupción sindical está muy extendido en el mundo; no es que esté defendiendo a México, soy un crítico del sistema.

JW: Estoy hablando del tipo de corrupción de que habla Peter S. Cleaves⁹ en su libro sobre las profesiones en México, el problema de que en México se han destruido dos profesiones: ingeniería en Pemex, y la de médico por hacer sindicatos de médicos en el ISSSTE y en el IMSS.

PML: No quiero pelear con un señor que no conozco, pero estoy totalmente en desacuerdo.

JW: Vamos al caso de ingeniería en Pemex. Los ingenieros querían crear las bases de una profesión de ingeniería, pero ya están sujetos a un sistema de sindicatos.

PML: ¿A partir de cuándo?

INGENIEROS AL SERVICIO DEL ESTADO Y BARONÍAS

JW: A partir de López Portillo, que acabó con la idea de profesión y dejó todo al nivel más bajo de los trabajadores.

PML: Creo que es una percepción equivocada, pero en fin, te daré mi punto de vista; no quiero que todo sea polémico. Los ingenieros al servicio del Estado en México tuvieron una enfermedad muy grande en todas las ramas; ahora hablaré de Pemex. Hubo un desarrollo en la ingeniería civil, de notables ingenieros mexicanos que se reúnen en la SCOP y luego fundan empresas privadas como ICA. El ingeniero de Estado no es una visión mexicana; es una visión napoleónica. Para eso se creó la *École nationale du génie*. Hay toda una concepción histórica de lo que son los ingenieros de Estado o de empresas del Estado.

⁹ Peter S. Cleaves, *Professions and the State: The Mexican Case* (Profmex Series, Tucson, University of Arizona Press, 1987). Hay una versión anterior en español: *Las profesiones y el Estado: el caso de México* (Jornadas 107, México, El Colegio de México, 1985).

En el caso de Pemex el problema fue que los ingenieros de Petróleos Mexicanos adquirieron un prestigio, una celebridad, y yo diría casi una intocabilidad, en virtud de haber sido protagonistas de una hazaña histórica, que fue la administración y el funcionamiento de Pemex después de la expropiación. Cuando se creía que no iba a funcionar nada porque se fueron todos los técnicos extranjeros, resulta que los ingenieros mexicanos hicieron funcionar Pemex. Entonces adquirieron una gran solvencia y un gran poder, naturalmente. Eso generó la formación —como también ocurre en la medicina, o en las universidades— de lo que yo llamaría ciertas *baronías*. De una manera peyorativa se les llamaba mafias, pero creo que, en un sentido propio, son *baronías*. Tenían un poder muy grande y una estructura muy verticalizada, y perduraron demasiados años.

Esa estructura de intereses articulada y vertical mantuvo el control de los grandes ingenieros sobre la empresa. Ellos eran depositarios de la sabiduría, de la tradición y del nacionalismo en dos ramas fundamentales: las gerencias de Exploración y de Explotación. Había un poder intocable dentro de la empresa. Ese poder, que se disfrazaba en gran medida de pugna contra el sindicato y obviamente tenía sus aspectos de fricción y contradicción con la organización sindical, era un verdadero feudo dentro de la empresa donde no se decía nada que no dijeran estas estructuras internas, al punto de que fue una de las razones primordiales por las que se mantuvo tanto sigilo respecto a las reservas petroleras del país y una línea tan baja de exploración y de explotación. ¿Cómo te explicas que el momento de oro de estos grupos, que llegaron al máximo de su poder posiblemente en la época de Reyes Heróles en la dirección de Pemex, fue la época de menores inversiones en la exploración? ¿Cómo te explicas que al final del gobierno de Díaz Ordaz estuviéramos importando 9% de nuestra producción petrolera?

JW: Porque el precio al público fue tan bajo como el subsidio a la electricidad y a los campesinos, que no había excedente para invertir en nada.

PML: Sí, pero hubo posibilidades. El primer programa de ampliación de la inversión en Pemex fue iniciativa mía, del subdirector financiero

de Pemex, Miguel de la Madrid, y del subsecretario de Programación y Presupuesto, López Portillo. Ya he narrado cómo se podía tener fondos para inversión.

JW: Sí, pero ése fue el problema político, no de los ingenieros.

PML: En 1971 este problema lo vi desde distintos ángulos: como subsecretario de la Presidencia, los seis meses en que tuve injerencia sobre la Dirección de Inversiones Públicas, y lo vi a fondo porque me dio el pitazo Miguel de la Madrid, que me buscó; llamamos a López Portillo, subsecretario, y empezamos a estudiar el problema. Una de las cosas que descubrimos fue que la línea de los ingenieros era ocultar las reservas y decir que no había que hacer más exploraciones porque las reservas se agotaban. Había dinero, se consiguió y, claro, como consecuencia movimos el régimen de precios en 1973.

JW: La otra interpretación es que los ingenieros tenían miedo de Echeverría, pensándolo inestable y caprichoso.

PML: No es así, porque el jefe de ellos era Antonio Dovalí. Al contrario, Echeverría nombró a un ingeniero civil al frente de Pemex, que lo apoyó.

JW: Decían que iba a usarlo en términos políticos.

PML: Ésas son simplificaciones; el problema fue de la administración anterior. Te lo digo de veras. Son cosas tan burdas para quien vivió ahí, que dan coraje o dan risa. No es cierto; había una estructura de poder muy fuerte. Se plantea el problema de la sindicalización de los técnicos, que es responsabilidad mía, no de López Portillo ni de Díaz Ordaz ni de Echeverría. Fue mi responsabilidad frente a un reto particular que no tenía otra salida; por ella respondo y voy a decir por qué. Lo explicaré cuidadosamente, con lápiz y papel, para que se vea por qué fue a parar a la cárcel Jorge Díaz Serrano y para que se sepa por qué estaban acusando a Beteta. Son cosas importantes, no se puede frivolarizar con ellas con informes de tercera mano. Le entré al problema con responsabilidad y con autoridad; tendré muchos errores, pero autoridad siempre le meto a las cosas que hago.

PRIMER CONTRATO COLECTIVO DE PEMEX

JW: ¿Cuándo fue esto?

PML: 1973. Secretario del Trabajo, Muñoz Ledo: primer contrato colectivo de Pemex, primeras manifestaciones y mítines frente a la secretaria. ¿Cómo veo el problema? Primero, un contrato colectivo totalmente anómalo y manejado de un modo costosísimo para la empresa. ¿Por qué? El contrato colectivo de Pemex autoriza 10% de empleados de confianza en una empresa de ese tamaño. Tomo un contrato de empresa privada en México, de Condumex o de cualquier empresa mexicana, incluso siderúrgica: si pasa de 5% de empleados de confianza, se sienten los más felices; 10% es un mundo para una empresa de ese tamaño. Este 10% lo administra la empresa con gran flexibilidad y va aumentando, de modo que entre la celebración de un contrato colectivo y otro ya excedió con mucho 10% y va por 15%: de lo que acusaron a Beteta.

El sindicato se cobra y aumenta el equivalente: si en vez de 10% la empresa se va a 15% de empleados de confianza, el sindicato aumenta los empleados de base. Lo que llamé “el circuito perverso de Pemex” es el abuso de la empresa, no el abuso del sindicato, digan lo que digan y quien te lo diga. El abuso es originalmente de la empresa. Si la empresa se pasa de 10%, el sindicato se cobra porque tiene su derecho contractual. Primero, es una aberración ese 10%, da niveles de tolerancia que siempre están elevando los costos.

Estoy hablando de economía de costos. Hay que meterle el diente a ese 10%. ¿Por qué 10%? Ese porcentaje es simplemente un mecanismo de control político. Cada subdirector de Pemex tenía sus propias cuotas de empleados de confianza, incluso para funciones que no tienen nada de confianza. Del subdirector de Servicios dependían los médicos; tenía metidos en el 10% a todos los médicos de la empresa. Es absurdo: puedes crear un sindicato independiente o cumplir la ley. La ley no exime a los trabajadores de Pemex de estar en el Seguro Social. Es un feudo anticonstitucional, para acabar pronto.

Los trabajadores de la CFE —hice el estudio para pasarlo al Seguro— tienen un tratamiento médico de excepción. Es ilegal e inconstitucional

el servicio médico de Petróleos. Pero esto tiene muchas soluciones: descargar este 10%, con lo cual reduces también la liberalidad del sindicato para pedir plazas. Estás en un contrato de uno por 10, uno tiene derecho a uno y otro derecho a nueve; tú inflas el uno y el otro te infla el nueve, y te vas a una economía de costos imposible. Para controlar esto tenía que llevar de la mano a la empresa, para que no me ampliara el 10%. Le metí el diente y descubrí que era un problema de baronías —claro, el viejo Dovalí—, tuve que negociar con todos los subdirectores de ahí; un día los llevé frente al presidente, que no me quería creer. Le dije: “Voy a negociar”. “Bueno.” Se sentó. Y una vez que me trajo a todo el Consejo de Administración, que era el gabinete, les probé, subdirector por subdirector, con cifras en la mano, que estaban equivocados; decían mentiras. ¿Por qué estas mentiras? Porque hay muchas mentiras en este mundo. En esto soy un poco catónico —como Catón—: soy amigo de la verdad.

El poder del subdirector administrativo derivaba de que tenía un porcentaje altísimo de empleados de confianza. Le dije: “A ver, de qué son”. Todo el sistema de computadoras: de confianza. “¿Todo el sistema de cómputo para la rama administrativa es de confianza?” “¡Ay, es porque ahí se manejan datos confidenciales!” Le dije: “Bueno, el que mete una tarjetita no está manejando un dato confidencial. Usted puede tener empleados de confianza en la cabeza de los procesos”. ¡El *office boy* era de confianza! Era una cosa de luchas internas por el poder que no tenía sentido en una empresa de ese tamaño. “A ver, Exploración: ¿hasta dónde llegan los empleados de confianza?” Hasta asegurar todas las terminales de control de los procesos e incidir en cosas en que no se tenía por qué incidir; para eso tenía equipos técnicos en la secretaría, que no se olvide. Creé equipos técnicos para esto. Para darte un dato, la persona que me manejaba esto había sido formado como experto en la administración de personal y manejaba la Unidad de Recursos Humanos y Capacitación de Personal; Camarena. Cuando dejé la secretaría, se fue de director de Administración del BID a Washington. Para que veas el nivel técnico de la gente que tenía, y era el que me asesoraba en cada empresa con un equipo técnico.

Mi hermano Arturo es experto en administración de personal y fue jefe de administración de personal en los principales bancos del país,

públicos y privados; es experto internacional y formó a mucha gente que trabajaba en bancos y en empresas privadas. Camarena fue el mejor hombre formado por él. No creas que contrataba burócratas: las mejores gentes de México. ¡El equipo que teníamos! Gente del nivel de Javier Bonilla para cada cosa. ¡No me vengan con cuentos! ¿En qué empresa del país esto es de confianza?

“Vamos a tomar contratos colectivos. ¿Cuál quieren? ¿Quieren Con-dumex? Vamos a ver el contrato de Con-dumex para funciones iguales. ¿Quieren Fundidora de Acero Monterrey? Aquí está. ¿Quieren una empresa del Grupo Monterrey? ¿Cuál quieren? ¿Vidriera de Monterrey? Vamos a ver.” A Rogelio Garza Sada: “Rogelio, mándame tu estado de contrato colectivo”. No me vacilaban, así fueran los directores. Les probé, con contratos colectivos a la mano, de las principales empresas privadas del país, que abusaban de la figura de confianza: “Señor, usted tiene un nivel de empleados de confianza que no tiene paralelo en todo el sistema empresarial del país. No hay una empresa privada en este país que pueda pagarse el lujo feudal que ustedes pagan”.

Una noche —me da pena decirlo—, estaba en una discusión nocturna y un poco acalorada con el más famoso de los ingenieros, director de una de las más importantes ramas, un hombre ameritado. Estaba directamente con mis asesores viendo función por función; el secretario del Trabajo, nada de engaños: “A ver, ¿éste qué hace y éste qué hace y éste qué hace?”, con toda mi autoridad. “Esto, no tiene usted razón. Para acá. Y éste para acá y éste para acá —con asesores—. A ver, tráiganme el contrato de tal empresa. En cinco empresas consideradas, éste es de base. ¡Para acá!” En un momento le dije: “Bueno, ¿y éste qué función tiene? ¿Tiene algo que ver con los pozos?” Y dice: “Es el que vigila a los *burros*”; textualmente, nunca lo olvidaré: “Es el que vigila a los *burros*”. Muy cansado, le dije: “Qué, ¿hay burros en el pozo?” Yo, tonto, pensé: “¿Todavía habrá pozos donde hay burros?” Y dice: “No. Me refiero a los trabajadores”. ¡Jijos! Me encendí. Le dije: “Ingeniero, lo que usted acaba de decir me ha convencido de que tengo toda la razón en lo que estoy haciendo, y de ahora en adelante me va a ver implacable. Usted me ha revelado no una concepción de la empresa sino una ideología. Buenas noches, ingeniero”.

Era, en el fondo, un despotismo respecto a los trabajadores, una concepción del empleo de confianza como capataz: cosas con las que, desde el punto de vista de la ética legal, desde el punto de vista empresarial, no puedo transigir. Para que veas que atrás de la administración del trabajo hay valores éticos fundamentales que están en juego.

Cada subdirector tenía su baronía. Habían comprimido a un grupo de trabajadores en las gerencias de Exploración y Explotación, gente que no estaba con ellos, que estaba cansada porque había mucho despotismo y quería tener su propia organización sindical. No estaban con el sindicato ni con la empresa: todo un sector de trabajadores que quería independencia respecto de estas baronías; que estaban en pie de guerra.

Era un problema real que era un cáncer. En una negociación que hice, logramos hacer una división de funciones con los técnicos más calificados del país y con dictámenes de expertos en administración de personal de ramas industriales; nada de cuentos, de baronías ni de *cochupos*. Logramos hacer una clasificación de personal. Claro, muchos puntos no los toqué; el famoso problema de computación nunca lo resolví —bastantes pleitos he tenido en mi vida y seguiré teniendo unos cuantos—, el problema de la medicina no lo pude resolver —demasiado enredado—. En lo esencial, aquellos que se consideraron que realmente por razones técnicas debían ser de confianza, se consolidaron como de confianza.

LA COMISIÓN NACIONAL TRIPARTITA

JW: Además de Pemex, ¿en qué otros sectores interviniste como secretario del Trabajo?

PML: El hecho de haber podido manejar la Secretaría del Trabajo con casi total autonomía de la política interior, y con casi total autonomía de la política financiera, creo que fue clave para el tono del gobierno de Echeverría, así como haber ubicado a la Secretaría del Trabajo a la cabeza de la Comisión Nacional Tripartita, donde estaban varios ministerios del gobierno y donde decidíamos cuestiones muy importantes de política económica.

JW: ¿Llegó a ser esto el nuevo centro de pensamiento?

PML: Ahí se formó un nuevo centro.

JW: ¿Qué dependencias federales estaban representadas en la Tripartita?

PML: En la Tripartita yo tenía al secretario de Hacienda y Crédito Público, José López Portillo, en la fase alta, pues primero estuvo Hugo B. Margáin; el secretario de Industria y Comercio, José Campillo Sainz; el director de Conasupo, Jorge de la Vega Domínguez; la Secretaría del Patrimonio creo que sólo para algunos temas; su titular era Horacio Flores de la Peña.

JW: ¿Gobernación no entraba?

PML: No, no estuvo, pero no le gustaba nada. Ni a Hacienda ni a Gobernación les gustaba la Tripartita porque era una transferencia de poder dentro del gobierno, y además significaba la candidatura de Muñoz Ledo.

JW: ¿De ti dependía el apoyo técnico?

PML: Creamos la figura de Secretariado Técnico con funcionarios de las distintas secretarías de Estado. Por ejemplo, Javier Bonilla fue secretario de la Comisión de Productividad y Empleo, siendo director de Estudios Económicos de Industria y Comercio. Ahí lo conocí, luego lo invité a la Secretaría del Trabajo. Me preocupé por traer elementos de las distintas secretarías de Estado e incorporarlos al cuerpo de la secretaría. Quise tener un subsecretario del Sector Financiero, precisamente para tener un diálogo con el sector financiero y para incautarles sabiduría técnica, e invité a un joven funcionario llamado Miguel de la Madrid; no era subsecretario, pero representaba al sector financiero, y para oficial mayor, que es la tercera posición, invité al gerente de Estudios Económicos del Banco de México. La idea era trasladar a la Comisión los enfoques financieros.

JW: Fuera de su lugar común.

PML: Claro, pero con jóvenes capaces de convertir eso en nuevas ideas.

JW: ¿Eso fue visto como reto a las otras secretarías?

PML: Pues claro que fue visto como reto, porque no tenían argumentos contra nosotros. Cuando creé, por ejemplo, el Fonacot, el sistema de crédito de los trabajadores, invité a Carlos Guerrero Larrañaga, número dos de Bancomer, la más importante banca privada; fue 10 años director de Fonacot. Entonces, cuando me discutían sobre la viabilidad y el funcionamiento de mis sistemas de crédito, tenía de este lado al gerente de Estudios Económicos del Banco de México, al director de Estudios Económicos de Industria y Comercio y al primer operador bancario del país. De esta manera, para mí fue muy claro que el subdesarrollo relativo de ciertas áreas del gobierno, *vis à vis* las otras, había favorecido la concentración del poder en el interior del gobierno y que la descentralización del saber técnico y de la autoridad política era clave para la reforma del Estado y que ésta era clave para reformar la sociedad.

Cuando me metí al tema de la reforma administrativa, me fue muy claro que uno de los grandes problemas del país, fundamental, era la debilidad relativa del Estado. Creíamos tener un Estado fuerte; lo que teníamos era un sistema fuerte pero no un Estado fuerte, y distingo muy visiblemente entre el sistema como conjunto de relaciones de poder, y Estado como conjunto de instituciones; conjunto desequilibrado en la medida en que significaba —todavía lo es— un gigantesco desequilibrio entre el poder del Estado nacional y los poderes de los estados federados.

El subdesarrollo administrativo del municipio tiene mucho que ver con la concentración del poder; esto es innegable, y el enfoque de la reforma administrativa desde el principio estuvo orientado a equilibrar la capacidad técnica y la capacidad decisoria. Esto yo lo había experimentado desde antes, cuando tenía discusiones con mis amigos del sector financiero, que siempre me trataron de abrumar con sus cifras. El hecho de que hubiera hombres cultos en otras secretarías de Estado establecía equilibrios. Acudía a veces a Víctor L. Urquidí, en El Colegio de México; Víctor siempre tiene libros subrayados. “¡Oiga, Víctor! A ver, ¿qué hay de nuevo en esto? —y me metía a su oficina—. Deme datos, deme libros...” Y siempre la discusión con los del sector financiero —cuya mentalidad es tecnocrática, como lo hemos sufrido ahora—, que de su pequeña verdad hacen una verdad indiscutible, aunque

tenía mucho impacto sobre la falta de conocimiento técnico de los jefes de Estado. Entonces, para mí y para otros, era fundamental el *staff*; el que tuve en la Secretaría de la Presidencia, por ejemplo, fue sumamente útil para ello.

El presidente de la República recibió un proyecto para crear la Escuela Nacional de Administración, l'École Nationale d'Administration; ese proyecto era de alguien que vi en París. Como jefe de la reforma administrativa hice un informe escrito y le dije al presidente: "Oiga, señor, esto está fuera de contexto completamente. Para empezar, la Escuela Nacional de Administración es el modelo napoleónico. Segundo, la Grande École de Napoleón no es una, son varias: hay la École Nationale d'Administration (ENA), la Économie Supérieure, la École Nationale des Ponts et Chaussées, la École des Mines, la École Polytechnique, etc., un conjunto grande de escuelas. Estamos hablando del siglo XVIII".

Yo soy partidario del servicio civil de carrera, de terminar para siempre con los *polysystems* y desburocratizar la administración. Eso es fundamental para el cambio en el país. Dije: "¿Cuál es y cómo se forma una verdadera administración de carrera? —un objetivo que está en la plataforma—. Sectorializándola, vamos a crear seis grandes institutos en seis grandes sectores". En el mundo laboral y social, un gran Instituto del Trabajo y la Seguridad Social que tenga sistemas de formación de personal y de investigación propios, su propia sabiduría, y que provea los cuadros de alto nivel a la administración. De mí había dependido el Centro Internacional de Estudios y de Seguridad Social, que está ahí en San Jerónimo. Ya había tenido cierta experiencia en formación de personal de seguridad social; formé a los asesores de los sindicatos y creé un nuevo estilo de administración de personal en la empresa pública y privada del país. Esto fue lo mejor de la ENA.

En la ENA se formaron las élites de la empresa privada francesa y las élites del Estado francés; por eso hay un diálogo, un mismo horizonte cultural, y esto ha sido importante para el desarrollo del Estado francés. Lo fundamental es descentralizar el saber técnico y darle la misma jerarquía a las principales funciones del Estado, para que no vuelvan a crearse mafias privilegiadas dentro del gobierno.

ESTRUCTURAS DEL ESTADO Y GRUPOS MAFIOSOS

PML: Todo esto no lo veo tanto como lucha de grupos sino como un problema de estructuras. Claro, atrás de las estructuras se crean grupos y mafias que perduran; esto es así, pero en el origen es un problema de estructuras del Estado que no hemos resuelto y con el triunfo de esta mafia hemos vuelto a un desequilibrio mucho peor. En este momento, entre la palabra de un tecnócrata y lo que dicen los demás hay una gran distancia, los tecnócratas hablan de lo alto del monte Sinaí, los demás son los enanos del tapanco.

JW: ¿Y cuándo triunfaron?

PML: Triunfaron con Miguel de la Madrid. Triunfaron por las inadvertencias y contradicciones del régimen del licenciado López Portillo, en ese momento triunfan y se entronizan en el poder por un rato; un rato que espero termine ya muy pronto.

JW: ¿No les pusieron nombres a estos grupos?

PML: Pues sí, depende del ángulo. Por ejemplo, a los economistas progresistas tipo Flores de la Peña, del lado de los monetaristas, nosotros los llamábamos el grupo de la Secretaría de Hacienda; del Banco de México —Banxico se le llamó también— fue el grupo Banxico. Hacienda era el gran señor que decía sí o no. Todo el sistema administrativo de la Secretaría de Educación, que tiene más de un millón de trabajadores, está determinado por los criterios burocráticos de Egresos: la clasificación de los profesores, los sistemas de ascenso. Un secretario de Educación Pública no tenía autoridad para determinar lo que es fundamental, que son ascensos, promociones, elevaciones de salario, cambios de categorías, porque el subsecretario de Egresos era un dictador para quien era tremendamente peligroso alterar esos criterios tradicionales, ya que en materia de números perdía el control y eso significaba dos tercios de la burocracia; entonces preferían los criterios más antiguos, más feudales, más anticuados, menos funcionales.

JW: Inflexibles.

PML: Con tal de no alterar un solo centavo era intransigente. Un alto funcionario de Educación, por ejemplo, tenía que hacer cola para

ver a un empleado de cuarta. Un empleado de quinta categoría de Egresos era más poderoso que un subsecretario de Educación.

PROGRAMACIÓN Y PRESUPUESTO *VS.* HACIENDA

JW: En tu exposición es evidente el enfrentamiento de políticos contra técnicos, pero en ninguno de ambos bandos parece haber políticos tradicionales. ¿Cuándo o cómo cambió eso? ¿Con De la Madrid ganó auge Programación y Presupuesto sobre Hacienda?

PML: Este punto es capital. Recuerden ustedes que López Portillo, como compañero y socio mío, propugnaba la tesis de lo que llamaba *el triángulo operativo*. En la época de que hablo, 1971, el gasto, el egreso estaba en Hacienda; el subsecretario de Egresos era de Hacienda. En Presidencia —todavía no se llamaba Programación y Presupuesto— no se hacía sino la planeación, la programación, pero no la asignación, que estaba en Hacienda; los egresos han sido la manzana de la discordia de los 20 años en este punto central. López Portillo, en aquel entonces, no era partidario de que Egresos pasara a Programación y Presupuesto, sino de lo que llamaba el triángulo operativo, incluyendo a las empresas públicas.

Como anécdota contaré quién hizo la más brillante exposición de esta tesis, el 28 de marzo de 1975: volamos en un pequeño avión Luis Echeverría, Carlos Andrés Pérez, José López Portillo y yo. Carlos Andrés fue a México a declarar la nacionalización del petróleo venezolano, y esto se hizo en Reforma, Chiapas. Él me lo contó de modo muy gracioso. Ya estábamos muy cerca del *destape* y le dijo al presidente de México: “Oye, Luis, tienes que juntarme con el que te va a suceder”. Entonces don Luis le hizo alguna broma en ese sentido y más tarde, antes de subirse al avión en Reforma, Chiapas, para regresar, el licenciado Echeverría, a través de un oficial del Estado Mayor, nos mandó llamar a López Portillo y a mí y nos subió al avión. Esto es, por si hay dudas de quiénes eran los finalistas; no había sino dos.

En el avión, Carlos Andrés traía una de sus grandes preocupaciones en Venezuela, que era precisamente cómo coordinar la gestión de

la empresa pública, y tenía la idea de hacer dos gabinetes distintos, uno central y otro de empresa pública y separarlos completamente, y nos expuso su idea en el avión: muy clara, aunque no me pareció muy operativa como tesis, pero era el momento en que en los Estados latinoamericanos estaba muy presente la idea de cómo resolver el tema de la gestión de la empresa pública, coordinación, gasto, programación, porque se había salido un poco de las manos. La empresa pública había crecido de un modo caótico y desordenado, y don Pepe hizo una gran exposición; estuvo muy prudente en ese viaje. Para entonces, en el 75, era secretario de Hacienda y todavía sostenía la tesis de un triángulo operativo a través de una gran comisión nacional de las tres secretarías.

JW: ¿Por qué cambia López Portillo su punto de vista y crea la Secretaría de Programación y Presupuesto?

PML: Ése es un tema. Hasta donde supe, después de que fue electo aún no había cambiado de idea, pero un día que yo iba a las oficinas que él tenía —aún no como presidente—, donde se reunía mucho con lo que iba a ser su gabinete económico (yo estaba ocupado en otras cosas de tipo político), le dije: “Oiga, licenciado, me dicen que piensa de plano partir en dos a la Secretaría de Hacienda. ¿No es esto contrario a lo que usted mismo defendía?” Y me dice: “Porfirio, las condiciones han cambiado. Hay que hacer la prueba de separar completamente las dos funciones; vamos a ver cómo reacciona la economía. Éste es el problema central de la administración mexicana, tendremos en Hacienda solamente los ingresos y en Programación y Presupuesto solamente los egresos”. “¿Y cómo los va a vincular?”, le pregunté pensando en nuestras viejas ideas, la Comisión y todo lo que ya he relatado. Entonces me explicó: “Estando yo aquí (esto tenía que ver con que él había sido secretario de Hacienda), como presidente de la República seré el equilibrio entre los dos y voy a crear un gabinete económico; entonces, de manera colectiva y presididos por mí, se decidirán las cosas económicas”. “¿Pero esto no va a polarizar?” “No —dice—, porque tendremos un gabinete económico, y porque es el presidente el que arbitra.”

El estilo de profesor universitario y de abogado litigante acompañaron a López Portillo todo el tiempo durante su presidencia; así es como fue

formado. Y en efecto, durante esos meses previos a la toma de posesión los tenía como en una escuela; tuvo algo de maestro en esta visión. Un día le pregunté: “Oiga, ¿y qué puesto van a tener?” “No, si los tengo rotando —me dijo—, precisamente para que nos acostumbremos.”

Hay que recordar que José López Portillo tuvo su primer empleo público a la edad de 40 años. Si hablamos de un estilo profesional, en el fondo don Pepe no tenía ni el estilo del político ni el del administrador sino dos estilos muy claros: el del abogado litigante que fue y el del profesor universitario que fue. Cuando era muy pugnaz en la defensa de cosas tan polémicas como la del peso como un perro, predominaba el estilo del litigante. El litigante es así, asume la defensa del caso; el estilo forense es muy fuerte en López Portillo, y cuando va a la gran teoría, la reminiscencia histórica, el análisis dialéctico, el enfrentamiento a los contrarios, predomina la personalidad de profesor universitario. Lo digo desde luego sin ningún ánimo de crítica ni de ofensa para él, pues no creo que esto lo ofenda de algún modo; eso fue evidente y significativo.

En esta situación él quería hacer fungibles los puestos, y tenía intención de desarraigar esas antiguas feudalidades. Al final se le ocurrió, como un gran hallazgo dentro de esta lógica, cambiarlos: primero envió a Programación y Presupuesto a Carlos Tello, un colaborador suyo conocido por sus ideas progresistas y antimonetaristas que sin embargo había sido funcionario de Hacienda en el área de crédito, y por otra parte envió a Hacienda a Julio Rodolfo Moctezuma, un hombre con un pensamiento más monetarista pero que había sido subdirector de Inversiones. Recordemos que cuando yo llego a la Subsecretaría de la Presidencia, Julio Rodolfo es todavía subdirector de Inversiones y durante algunos meses coincidimos.

¿Qué ocurrió con ese esquema? Pues que no se pusieron de acuerdo y hubo una fricción muy grande. Las personalidades de Carlos y de Julio Rodolfo y sus respectivas funciones se polarizaron, es decir, la gravitación de las estructuras volvió a pesar, y estructuralmente se oponían ambas formaciones; eran dos ejércitos distintos que correspondían a dos tradiciones, a dos funciones distintas.

JW: ¿Y el presidente no podía coordinarlos?

PML: No, el presidente no controló la situación. Ahí falló el esquema porque les pidió la renuncia a los dos; para mí, la falla de ese esquema fue la renuncia de los dos. Entonces tomó una decisión tremendamente imaginativa: envió a David Ibarra a Hacienda, y a Ricardo García Sainz, hombre formado en el sector privado de quien ya hemos hablado, a Programación y Presupuesto. La explicación que nos dio —a mí, y sé que a otros más— fue: “Ahora voy a ensayarlo al revés”. De esa manera quería exorcizar fantasmas y destruir atavismos. Alguien hizo un comentario muy chistoso, dijo: “¡Ah, qué Pepe! ¿Cómo los va a convertir? Está mandando una monja a una casa de putas y una puta a un convento”.

Así fue que los cruzó, y el *cepalino* por definición, el hombre que había trabajado toda su vida en CEPAL, que además había sido director de CEPAL-México, quizá el mejor discípulo mexicano de Raúl Prebisch —y yo quiero pensarlo así, pues no creo que haya otro mexicano más cercano a Prebisch que David, un excelente economista de esa escuela— se va a Hacienda, y un formador de empresas privadas, de una ideología completamente distinta, Ricardo, se va a Programación y Presupuesto. ¡Y vuelve a fallar por las dos partes! Aunque por el lado de David fue menos visible, pero volvieron a pesar las necesidades y los enfoques del sector hacendario. Fundamentalmente, diría que se volvió a manejar con criterios tradicionales la cuestión de la paridad. Creo que el problema de la administración de López Portillo en esa área, en un nivel más grave todavía que con Echeverría, fue el mal manejo de la paridad monetaria.

De un lado fue la determinación de no cambiar la paridad cuando el peso estaba muy obviamente sobrevaluado y exponerse a los cambios bruscos de paridad, y por el lado de Programación y Presupuesto, aun siendo un excelente administrador García Sainz —a mi manera de ver—, mueve al hombre de Estado, de formación de Estado para el tipo de trabajo que se requería, que era nada menos que hacer el Plan Nacional de Desarrollo. Don Ricardo no tenía el peso específico dentro del mundo político ni tampoco tuvo un equipo idóneo para un trabajo de esa naturaleza. Eso dio por resultado que, finalmente, el que sustituyera a García Sainz dentro de esa lógica de que estuvieran cruzados fuera, como dicen los franceses, *le jeune cadet*: no diría el *junior* sino

el joven brillante formado en el sector hacendario que era Miguel de la Madrid. Fue una decisión que vino a cambiar el destino de México porque De la Madrid ejerció apoyado por todo su grupo, el cual estaba en gran parte todavía incrustado en Hacienda.

JW: ¿Ese cambio vino en qué año?

PML: Miguel de la Madrid entró a Programación y Presupuesto en mayo de 1979. Santiago Roel fue sustituido por Jorge Castañeda, Jesús Reyes Heróles por Enrique Olivares Santana y Ricardo García Sainz por Miguel de la Madrid el mismo día, que fue un jueves 17 de mayo de 1979 en la mañana; yo el sábado a las nueve volaba a Londres. Me esperé a esa decisión, en la tarde hablé por teléfono con el presidente y con los seis involucrados, y a la mañana siguiente hice el viaje para encerrarme un mes en la Universidad de Oxford, del 20 de mayo al 20 de junio, para dar un curso sobre México. Fue un día muy importante para mí.

JW: ¿Y tú ves a De la Madrid como hombre brillante?

PML: Era un hombre joven y destacado; era un buen administrador sin ser economista. Era abogado, y hombre serio y firme.

JW: ¿Y no monetarista?

PML: Sí, claro, de ese grupo, pero no era ni el economista ni el financiero, era el administrador. Fue subdirector de Crédito, director de Crédito, subsecretario de Crédito.

JW: Tú de repente hablas de estructuralistas contra monetaristas.

PML: Ésa es la simplificación que se tenía y no coincido mucho en la terminología, pero en fin, es una manera de decirlo.

JW: Entonces, ¿De la Madrid es más estructuralista?

PML: No, era monetarista totalmente. Es, de alguna manera, la síntesis de ese grupo, porque no siendo economista acepta las tesis de ese grupo de financieros y de economistas, y tiene menos independencia y criterio respecto de ellos que si fuera economista; es decir, acepta todas las tesis de ellos como un dogma. Creo que quienes son propiamente economistas de ese sector, como Jesús Silva-Herzog, pueden tener más flexibilidad. Creo que con eso digo todo.

JW: ¿Quién acepta?

PML: De la Madrid acepta las tesis del grupo más como dogma; quizá le falta la flexibilidad en la aplicación de ese concepto que tendría si fuera economista.

JW: Tal como planteas el asunto de estos tres nombramientos en 1979, lo mismo que cuando hablaste de los que Echeverría hizo en 1972, López Portillo y Echeverría aparecen más bien como procuradores de un equilibrio entre diversas corrientes, y esta imagen choca con la del presidencialismo omnipotente.

PML: Mira, omnipotencia ni Dios: perdón, dejé oír mi ateísmo. Todo gobernante, por más poderoso que sea, se maneja dentro de un marco histórico y dentro de un marco de posibilidades reales. Nada más cierto que esa frase popular mexicana de que no hay más cera que la que arde. Si un presidente quiere hacer un cambio, tiene opciones limitadas por el personal político disponible y por los márgenes de maniobra de los que efectivamente pueda disponer.

En otro sentido, una situación así es también una advertencia de que un jefe de Estado tiene que ser previsor: eso es muy importante. Debe tener segundas y terceras filas, y debe tener visión para promover cuadros políticos, para imaginarlos y para hacer a veces combinaciones inesperadas. También la imaginación cuenta mucho en la política.

CRITERIOS DE FORMACIÓN DE UN GABINETE

JW: ¿Cuáles son los factores más importantes que un presidente toma en cuenta para integrar un gabinete?

PML: Depende del momento. Antes se buscaba un equilibrio entre el acceso de una nueva capa o un nuevo grupo político al poder y la situación existente. La renovación sexenal era una norma, pero se buscaba al mismo tiempo cierta continuidad y un equilibrio político.

JW: ¿Esto fue antes de qué?

PML: Antes de Miguel de la Madrid. Con De la Madrid llega el primer gobierno unilateral en la historia de México; no creo que haya otro caso igual. Tal vez parezca exagerado pero lo someto a la prueba

de los historiadores, que saben mucho más que yo. Un caso en la historia universal de cualquier época, donde un gabinete está formado en 70% por gente que salió de una sola rama de la administración, que es la gente de Hacienda y del Banco de México; es como si en el gabinete de Reagan 70% de sus integrantes hubieran trabajado en el Federal Reserve, una cosa así de locos, o que en el gabinete de Mitterrand o de Chirac, ahora jefe de gobierno, 70% fueran de la Banque de France. Eso no existe en Oriente ni en Occidente, en los industrializados ni en los no industrializados.

Por eso he hablado de un golpe de Estado silencioso dentro del gobierno: esto es evidente. El joven Bernardo Sepúlveda había pasado tres o cuatro años como director de Asuntos Internacionales de Hacienda, cuando menos una pátina habría de tener, pero si no tenían cara de salir de la Secretaría de Hacienda no tenían pasaporte para el gobierno.

El que manejaba la agricultura había sido el primer director del Fideicomiso Agrícola del Banco de México; el que manejó la Reforma Agraria trabajó en el Banco de México, ¡es increíble! El secretario de la Defensa Nacional —sin ofender a nadie, y menos de ese sector— era el jefe de la Primera Zona Militar y su oficina está en Palacio Nacional, pero ubicada a un lado de Hacienda, y dicen que solía jugar dominó, tomar el café con los funcionarios de la Secretaría de Hacienda; así, de alguna manera hasta el secretario de la Defensa tiene que ver con Hacienda. Cualquier funcionario importante sale de ahí, o amigos personales a los que De la Madrid incorporó a la Secretaría de Programación y Presupuesto.

Cuando salieron los precandidatos, el único que nunca había trabajado en Hacienda o en Programación y Presupuesto era Sergio García Ramírez, que fue compañero de De la Madrid en la Facultad de Derecho y luego profesor; por eso, de un modo instintivo, cuando surgió el nombre de Sergio García Ramírez hubo una profunda alegría nacional, pues la gente intuyó que era el único que no pertenecía a esa mafia.

JW: Hablábamos de cómo se formó antes el gabinete, buscando maneras de equilibrar los sectores. ¿Esa búsqueda se hizo fuera del gobierno y dentro del gobierno?

PML: Dentro del gobierno. Desde luego había una carrera política y una carrera administrativa.

JW: Estamos hablando de un PRI que, a través de su historia, como PNR fue un grupo de caciques, como PRM fue frente popular, como PRI...

PML: ¿Puedo corregirte? Ver al PNR como un grupo de caciques me parece una gran simplificación.

JW: No, sólo repito tus palabras.

PML: Si lo dije así, lo retiro. Hubo caciquismo, naturalmente, pero la fase final del PNR y del PRM condujo...

JW: ...grupos regionales que tenían.

PML: Claro, pero eran muy plurales. Mira, ¿qué era el PNR? Jefes regionales que todavía no eran caciques, ¿y quiénes fueron los primeros jefes regionales? Los generales en armas que se transformaron en gobernadores de los estados, pero no eran gente que tuviera un viejo arraigo o una larga tradición de gobernar al estado si apenas acababan de llegar, muchos de ellos jóvenes generales y otros no originarios del estado que gobernaban; tienes un caso prototípico en Salvador Alvarado, que era un boticario de Sinaloa y fue gobernador de Yucatán. Se trataba de jefes regionales, algunos de ellos muy revolucionarios —debo decirlo en distintas acepciones—. Pienso en Francisco J. Múgica, gobernador de Michoacán, y en otra dimensión transformadora, en Garrido Canabal como dos ejemplos.

Segundo, una modesta clase media surgida de la Revolución, con algunas características parecidas a la generación liberal mexicana, fue la que instituyó el federalismo, esta transferencia del poder hacia pequeños grupos locales de la época de los liberales y de los jacobinos, que habían formado los partidos revolucionarios y que no eran militares sino civiles, con Emilio Portes Gil en Tamaulipas como prototipo. Entonces no se puede decir que alguno de ellos fuera cacique en esa época; hablo de los años veinte y los primeros treinta.

El PRM es una superposición de ambas estructuras. Pensar que el PRM disolvió la vieja estructura del PNR sería un error muy grave: el PRM es una nueva estructura que se superpone a la anterior y consiste en la

formación de organizaciones sociales en el nivel nacional, con líderes que se llaman, por lo que hace al sector obrero, Vicente Lombardo Toldano, y por lo que hace al sector campesino, Graciano Sánchez. ¿Qué entiendo por ello? Que la legislación revolucionaria no era nacional, y que ése es el cambio institucional más importante de la época de Cárdenas. La Constitución Política ahí estaba, pero las reformas sociales las habían hecho los gobernadores y ellos son los que distribuyen la tierra, como el caso de Lucio Blanco, e hicieron la legislación de protección para los obreros.

JW: ¿Cuándo Cárdenas era gobernador de Michoacán?

PML: Hizo el reparto de la tierra.

JW: Lo hizo con el gobierno central, porque él quería seguir repartiendo tierra.

PML: Exactamente. Álvaro Obregón, si hubiera vuelto a ser presidente, habría convertido en nacionales algunas medidas revolucionarias. El primer proyecto de Ley Federal del Trabajo es de Obregón y el primer proyecto de Ley de Seguridad Social es del candidato Obregón en 1928, pero al no llegar y venir toda esta inestabilidad de la época del maximato, no se llega a consumir eso. Portes Gil tiene que resolver problemas muy concretos —lo hizo muy bien, debo decir—: los de la Universidad y del movimiento de la Iglesia dentro del Estado, y el equilibrio del país en los 14 meses que estuvo en la presidencia, pero no se puede decir que haya dado un salto adelante en hacer nacional la cuestión campesina.

Entonces la organización campesina era regional; el moronismo, que era el movimiento obrero de ese tiempo, fue decayendo a lo largo del maximato, y con la llegada de Cárdenas siguió en ese tren. Se trataba de estructurar la clase obrera a nivel nacional, con la idea de la central única, y de estructurar a nivel nacional el movimiento campesino con Graciano Sánchez; hacer una legislación nacional en la materia y una acción política de carácter nacional.

Entonces las reformas que hacían desde los gobiernos estatales los propios gobernadores pasaron a ser la función del Palacio Nacional con Cárdenas: él es quien distribuye la tierra, ya no desde los gobiernos de los estados. Ahí está La Laguna, Yucatán, todo eso, y él es quien hace

frente a las grandes reformas que regirían el poder nacional, como la expropiación petrolera. Pero no sólo en esos ámbitos. ¿Quién es el autor de la primera Ley de Cámaras? Cárdenas. Él crea la Concamin y la Concanaco. También él da estructura a la burguesía nacional.

JW: Más bien les dio acceso a las cámaras, porque no tenían acceso por el partido oficial; las cámaras funcionaban fuera del partido.

PML: Pero hay ahí un matiz. Eso se hace ya dentro de un proyecto desarrollista y un diseño muy claro de la creación de la burguesía nacional. Hay congruencia política. La Coparmex es anterior, es fruto de la Ley Federal del Trabajo y, como acaba de recordarlo bien Clouthier en la televisión, tiene un fundamento constitucional. Dijo: “Yo fui presidente de un sindicato de patrones; la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, artículo 123, dice que los trabajadores y los patrones tendrán el derecho a formar sindicatos”. La Coparmex es un sindicato de patrones derivado de la Constitución, y está estructurado conforme a la Ley Federal del Trabajo, de modo que ahí sí está la lucha de clases, en el espíritu constitucional. El sindicato de patrones y el sindicato de empresarios configuran u objetivan lo que podría llamarse la división de clases. La Concamin es otra cosa según los juristas que la han estudiado, fundamentalmente don Gabino Fraga; se define como una institución descentralizada por cooperación. La Concamin es un órgano de consulta del Estado; la afiliación a cámaras como la Concamin y la Concanaco es obligatoria. Revelan claramente la idea de agremiar, de promover desde el Estado nacional la conformación de una burguesía nacional. No en función de lucha de clases, para nada; es, al contrario, dentro de un criterio rigurosamente desarrollista.

Tú platicaste con Vicente Lombardo Toledano. La primera Ley de Cámaras es de 1936 —me puedo equivocar—; la segunda es del 41, que es de Ávila Camacho. He encontrado en textos de Lombardo cosas muy importantes al respecto, y tengo para mí, sin poderlo probar, que el principal ideólogo del modelo de desarrollo mexicano —como se entendió en los cuarenta, los cincuenta y los sesenta, y que se atribuye a Miguel Alemán o al avilacamachismo— en realidad se llama Vicente Lombardo Toledano. Hay textos suyos muy claros, incluso a partir del marxismo,

sobre la necesidad de construir una burguesía nacional y una clase obrera autónoma como paso necesario para ir a otro estadio de la sociedad.

JW: Y también el desarrollo del capitalismo.

PML: ¡Claro! En ese sentido Arnaldo Córdova tiene un libro importante, sostiene que el régimen de Díaz y el régimen de la Revolución son dos periodos que se imbrican casi linealmente en la formación del capitalismo mexicano.

Pero voy a un punto muy específico: cuando la Guerra Mundial, Lombardo propone el famoso pacto obrero-industrial. Claro, tiene como justificación la guerra, por la que es necesario que el país produzca, que no haya huelgas. Es una propuesta de la CTM que no haya huelgas, y es el primer mecanismo de concertación tripartito que se crea en el país, el pacto obrero-industrial.

No cabe la menor duda de que dentro del cardenismo hay un proyecto explícito del desarrollo de la burguesía, del capitalismo nacional, y entender de otro modo el cardenismo es un error grave. No hay ningún acto fundamental del cardenismo que no tenga que ver con el verdadero desarrollo capitalista y nacionalista del país: la expropiación petrolera, para que los capitalistas tengan suficientes recursos para el desarrollo de la industria; la electrificación del país; la creación de la clase obrera industrial, así como su organización; la agremiación del sector empresarial y del sector comercial; la reforma agraria, para la creación del mercado interno; la expansión de la urbanización y la movilidad del hombre sobre la tierra; el paso de la agricultura extensiva a la agricultura intensiva. Si se analiza en su conjunto la obra de Cárdenas, ahí están en verdad los grandes pilares del desarrollo de la burguesía mexicana. Ahí están las bases del modelo y su agotamiento es, en el fondo de las cosas, el agotamiento del modelo cardenista.

No es el PRM el que crea estas organizaciones nacionales. El partido se vuelve sectorial pero no se destruye el partido territorial sino que subsiste un nivel de independencia —claro, en medio de la lucha entre Cárdenas y Calles, y luego entre el avilacamachismo y la remanencia del cardenismo—, se preserva un nivel importante de autonomía de los gobiernos de los estados y de los grupos locales.

Siento que la centralización del poder, la disminución de la fuerza relativa —o centrípeta si se quiere— de la política local en el país se da en la época de Ruiz Cortines. En la fase final, por el paso del tiempo y por la coagulación de intereses en la periferia, en varias regiones del país ese nivel de autonomía, que venía de los veinte, originó la formación de cacicazgos, pero no quiero decir que el origen del PNR sean los cacicazgos.

En algún tiempo hice estudios de referencias comparadas. Cuando en cualquier sociedad democrática —pueden ser Estados Unidos, Francia, etc.— en periodos largos de estabilidad hay predominancia de ciertos grupos en una región del país, se establecen ciertas formas de cacicazgo. Aquí en Estados Unidos ha habido ciudades gobernadas 20 o 30 años por la misma mafia; me refiero, por ejemplo, al famoso *mayor* Daley, en Chicago.¹⁰ Es decir, dentro del propio juego democrático siempre hay el peligro de este tipo de cacicazgos. En Francia hay alcaldes como un gran hombre que quise mucho, Gaston Defferre,¹¹ que era clave en el Partido Socialista pero fue 35 años alcalde de Marsella, o Jean Jacques Delmas,¹² 28 años alcalde de Burdeos, más o menos es ese rango de tiempo. Eso ocurre en todos los sistemas cuando se crean coagulaciones de poder, máxime en un sistema obviamente más autoritario.

López Mateos aprovechó la centralización del poder para completar la liquidación de los principales cacicazgos que había en el país.

JW: Pero entonces, hasta nuestros días, con el PRI tenemos un nuevo sistema, con sectores y la utilización de las cámaras.

PML: Las cámaras, no incluidas en el sistema político sino en los procesos de desarrollo económico.

JW: Extraoficialmente.

¹⁰ Richard Joseph Daley (1902-1976). Fue el *mayor* o jefe de gobierno de Chicago que ha permanecido en ese cargo durante más tiempo, 21 años. Los historiadores lo consideran el último de los grandes jefes de la ciudad.

¹¹ Gaston Defferre (1910-1986). Alcalde de Marsella entre 1953 y 1986.

¹² Jacques Chaban-Delmas (1915-2000). Alcalde de Burdeos de 1947 a 1995; también fue presidente de la Asamblea Nacional en tres ocasiones y primer ministro de 1969 a 1972.

PML: Pero algo muy importante: sin peso político. Las cámaras cambiaron su sentido al inicio del lopezmateísmo. La rebeldía de las cámaras o la asunción de su función como grupos de presión política frente al Estado ocurre de un modo muy claro al principio del lopezmateísmo. Aquí recomendaría releer mi discurso del 21 de marzo de 1960, donde esto es exactamente lo que digo. Además, creo que fui el primero que lo dije, y en una tribuna de ese tamaño. Dije: “Éstos son los grupos que fueron creados por el poder para esto, y que ahora se rebelan contra el poder y medran del Estado mientras se parapetan tras él. Aquí hay la gran denuncia, señores”.

También están los primeros documentos con asuntos que les hice al licenciado López Mateos y a don Jaime: “Señor, aquí hay una perversión del proceso, pues las cámaras se crearon como auxiliares funcionales para la industrialización, y eso de que la Coparmex grite como posea yo lo entiendo (recordemos que la Coparmex tuvo un papel en el almanismo), y que esa cámara adopte una posición política como representante de los patrones en tanto lucha de clases también lo entiendo muy bien; pero no la Concamin ni la Concanaco, porque su creación tiene otros objetivos. Sobre todo, no pueden actuar políticamente porque son de afiliación obligatoria. ¡Ahora resulta que el Estado obliga por ley a que se afilien en un instrumento contra el Estado! Esto carece de lógica”. Eso se reabsorbió después y se creó una cúpula empresarial: el Consejo Empresarial Mexicano, la cúpula de las cúpulas.

Hay que añadir que para los gobiernos de Cárdenas y de Ávila Camacho, de Alemán y todavía de Ruiz Cortines, dentro de la Concamin había una cámara privilegiada, que era Canacintra: se le veía más cerca todavía del proyecto revolucionario, porque era el industrial de la transformación y en su gran mayoría reunía a los pequeños y medianos industriales. Siempre la Concamin fue más conservadora y Canacintra, digamos, más “revolucionaria”, y aunque no podría dar la cifra en este momento, parece que en alguna época contenía 60 o 70% de los empresarios individualmente considerados; es decir, que ahí estaban la pequeña y mediana industria.

La relación interna entre Canacintra y Concamin hoy es dialéctica, no son lo mismo. Un presidente de Canacintra se consideraba un gran aliado de la Revolución mexicana: en el discurso de los presidentes de Canacintra había nacionalismo. Hubo intelectuales a su servicio, por ejemplo, Jesús Reyes Heróles comienza su carrera como asesor de Canacintra; editaban libros y recuerdo una colección dirigida por José Domingo Lavín, muy nacionalistas. Es la época de la Carta de La Habana, antecedente de las relaciones económicas norte-sur.

En cambio, Concamin siempre tuvo otro tono, pero el peso específico era Canacintra. Por eso los acontecimientos del 60 al 61 tuvieron visos de ruptura entre ese sector de la burguesía y el gobierno: el ataque al libro de texto gratuito, la abierta crítica al gobierno. Es la Concamin la que publica aquel escrito para López Mateos que dice: “¿POR QUÉ CAMINO, SEÑOR PRESIDENTE?”, cuando realmente no había dado señales evidentes de cargarse a la izquierda, sino simplemente había empezado a remozar el discurso político. Ahí se nota más un cambio de Concamin que un cambio del gobierno.

JW: ¿Cuándo empieza el fenómeno de que los estados queden bajo el control del PRM? ¿Cuándo el gobierno central empezó a controlar la selección de gobernadores?

PML: No hay testimonio de que bajo el PNR hubiera una injerencia excesiva o indebida en las entidades federativas.

JW: Pero yo hablo del PRM.

PML: Claro, porque más que control vino una ruptura importante entre Cárdenas y Calles, y ahí salieron muchos gobernadores. Y hubo algo más: comenzó una mayor centralización del poder, pero no en el nivel en que ocurrió después. Era una centralización que se explicaba.

JW: Desde entonces la lucha siguió por años.

PML: Sí, por años, entre la periferia y el centro. La centralización del poder es de los primeros cincuenta. De acuerdo con mi propia perspectiva, ahí comenzó la verdadera centralización. Y la burocratización de la política, que hemos combatido ahora, viene desde los años cincuenta.

JW: Tenemos entonces una centralización reciente del poder en manos del presidente, ¡ah!, pero dentro del gobierno central la tenemos

hasta el 82, digamos: el presidente tratando de buscar equilibrios dentro de su gabinete con elementos de diferentes regiones del país, de diferentes sectores públicos y privados.

PML: Sí. Yo ahí quisiera ser muy preciso, porque si no, se establecen unas confusiones lamentables. La negociación política en todo el periodo revolucionario, prácticamente hasta Ruiz Cortines, se da entre sectores o fracciones de la Revolución; lo que no es la Revolución es marginal, o si no, puede ser muy grave, como la lucha cristera, por ejemplo. Aún las grandes divisiones suceden, pero en el seno de lo que podríamos llamar globalmente *la familia revolucionaria* o *el sector revolucionario*.

Vasconcelos es una ruptura del espectro revolucionario; no de uno sino de varios, como ya expliqué. De la Huerta es prototípicamente una ruptura. Equilibrios, negociaciones y rupturas se daban dentro de ese amplísimo sector revolucionario que era predominante por razones obvias, pues la Revolución había triunfado y lo demás era muy secundario. Almazán, se me diría, es una rebeldía de las clases medias, se mete el clero, sí, sí, pero la ruptura central es también con el movimiento de la Revolución: este “personaje extraño” —como le llama Beteta— era un personaje de todo el periodo revolucionario, y la fuerza que viene a adquirir el almazanismo se debe a que militan en él personajes importantes de la Revolución, fundamentalmente del ejército. Me he referido a la importancia que tiene en noviembre —creo que es el día 9 u 11— el manifiesto de Amaro. Se trata nada menos que del organizador del ejército y un personaje muy relevante en la Revolución.

Lo que ocurre a partir de Ruiz Cortines, ubicándolo en el tiempo —claro; nada pasa de un día para otro—, es que la centralización del poder reduce el espectro de negociación dentro del sector revolucionario porque se vuelve menos plural, y si se quiere, menos conflictivo. Basta leer las memorias de Gonzalo N. Santos, mentirosas en parte y exageradas en otra, para ver cómo se dirimían los conflictos en aquella época: había que negociar con un gobernador que tenía fuerza propia, eventualmente fuerza militar, o someterlo. Era una dinámica política a veces muy conflictiva y en ocasiones armada, pero en el interior del sistema revolucionario.

Con relación al acceso de los civiles al poder, el tránsito al alemanismo es importante y trae la disminución de la pugnacidad de los militares, cierto aburguesamiento de una élite del ejército. Un cambio significativo en el ejército: unos pasan a ser contratistas, otros jubilados, además del cambio generacional. Se va acabando la generación revolucionaria.

Don Adolfo Ruiz Cortines había sido el burócrata de la época de la Revolución; no se le podía considerar revolucionario aunque era mayor de edad que el licenciado Alemán, cuyo padre todavía estuvo en la Revolución. Por lo mismo, don Adolfo es un presidente bastante conectado al proceso revolucionario. Bajo su mandato se burocratizan considerablemente las relaciones internas del sector revolucionario. Insisto: centralización del poder, acceso de una generación que no reivindica títulos revolucionarios directos para ejercer sus mandos y sus controles, cambios profundos que derivaron de la civilidad, cambio de actitud y reorientación de posición en el espectro nacional del ejército, también centralización del mando en el ejército; muchos factores como éstos contribuyeron a reducir la pugna interna y trasladaron la negociación política hacia afuera del sistema, y ahí es adonde voy. Creo que el cambio se da a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

DISCURSO DE LA UNIDAD EN EL AVILACAMACHISMO

PML: En época de Ávila Camacho se habla de unidad nacional, pero eso es parte de una frase: “La unidad revolucionaria es la base de la unidad nacional”. En la medida en que estemos unidos los revolucionarios, está unido el país. Creo que ésta es la tesis completa del avilacamachismo: la unidad revolucionaria es la base de la unidad nacional. Ahí hay que revisar un libro de Octavio Véjar y de Antonio Bermúdez sobre el avilacamachismo, *No debes crecer la hierba*. Define con mucha claridad la negociación dentro del sector revolucionario: la unidad del sector revolucionario lograba automáticamente, o casi automáticamente, la unidad nacional. Después ya no es así: el sector revolucionario puede estar unido, burocratizado, subordinado, pero ya no es ésa la clave de la unidad nacional sino la negociación hacia fuera.

Hay que explorar el cambio del espectro —o lo que se puede llamar el espectro— de la revolución política en el país. El Estado se centraliza y la negociación se hace hacia fuera del Estado, con los grupos de presión. Por eso no es casual la insurgencia, digamos, política de la Concamín y de las empresas transnacionales, y después el crecimiento gradual de los grupos de presión sobre el Estado. Es el universo contemporáneo de México. Por eso, cuando se me pregunta cuál es el sistema de negociación para formar un gabinete, pues depende en qué época.

RELATIVIDAD DE LOS CRITERIOS DE COMPOSICIÓN
DE GABINETES PRESIDENCIALES SEGÚN LA ÉPOCA:
POR EDAD, POR REGIÓN, POR PROFESIONES

JW: Tomemos el ejemplo de Luis Echeverría. ¿Cómo formó el gabinete? ¿Cuáles fueron los intereses representados?

LF: ¿Y por qué pierde el control, no?

PML: Luis Echeverría trató de hacer un gabinete que representara el cambio que buscaba, pero que mantenía elementos de continuidad muy claros, aún de sectores o con funcionarios más jóvenes que estaban vinculados con el pasado. Se preocupó, por un lado, por incluir en el gobierno a universitarios en distintos niveles, algunos de pensamiento un poco más avanzado que en el inmediato pasado, pero también mantuvo elementos políticos tradicionales apegados a él. Creo que fue un gabinete mixto, muy plural, y que la imagen que se tiene comúnmente de que fue un gabinete muy joven es falsa. Hay un estudio sobre la edad promedio de los gabinetes en la historia contemporánea de México, y el de Echeverría no es de los más jóvenes, lo que pasa es que muchos funcionarios intermedios le dieron ese tono; incluso está a la mitad o es uno de los más viejos de todo el periodo revolucionario. Alguna vez lo leí, pero además es fácil comprobarlo. El de Díaz Ordaz creo que es más joven en promedio de edad. Así que se dio la impresión de que había mucho remozamiento porque hubo —o hubimos— algunos funcionarios jóvenes muy notorios.

El día que fui nombrado secretario del Trabajo mandé mi currículum, alguien lo tachó y salió en los periódicos sin mi fecha de nacimiento; quién y por qué lo tachó no podría decirlo, pero siempre se habló de mí como si acabara de salir de la universidad, validos de que me trago los años, y he pasado mucho tiempo demostrándole a la gente que no soy de la generación de Ignacio Ovalle —que me gustaría— ni de la de Javier Alejo. Ya tenía 20 años de trabajo público y todavía hay en un gran sector de la opinión la idea de que el licenciado Echeverría me inventó. Lo acaba de decir Ángel Trinidad Ferreira, uno que se ha vuelto plumífero de Salinas; de cómo me inventó, me sacó de la nada. Así dice, “de la nada”.

JW: ¿Quiénes determinaron la necesidad de esa imagen, los ex presidentes?

PML: No. Eso creo que es una leyenda. No sé si hace tiempo se entendía que por cortesía y por la necesidad de cierta continuidad, dos o tres miembros del gabinete debieran haber tenido cierta cercanía con el presidente anterior; eso sí se entendía que era parte del sistema, pero hasta donde llega mi experiencia personal, los presidentes de la República, en la época que me tocó vivir, no consultan a su antecesor ni el antecesor les hace llegar ninguna indicación. Al contrario, hay un escrupuloso silencio de los dos lados. Claro, hay ahí la cortesía, el deseo de la búsqueda de equilibrios, pero la prueba es que es una decisión bastante personal.

Después eso cambió sin que ocurriera nada. Uno de los cambios importantes recientes es que el licenciado De la Madrid no se preocupó por hacer un gabinete de composición nacional, aunque siendo candidato dijo: “Hay que hacer un gobierno de composición nacional”. Le dije: “Pues así han sido todos, Miguel, nada más que hay que hacerlo más explícito y más amplio porque el país lo necesita”.

¿Por qué De la Madrid no hizo un gabinete de composición nacional ni revolucionaria, interna al sistema? Parece que el factor fundamental fue que ante la gran emergencia de la nacionalización de la banca tuvo que hacer un programa económico de contingencia. Se sabe que ese septiembre y parte de octubre estuvo prácticamente encerrado con su gente de más confianza en materia económica, que quedó muy

atrapado desde el punto de vista psicológico por la necesidad de ese plan de contingencia y que se convenció o lo convencieron de que debía iniciar su gobierno con un equipo que tuviera la misma formación, la misma educación, las mismas perspectivas.

JW: ¿Para resolver el problema?

PML: Para resolver el problema, y todos lo entendimos. Aquí la pregunta puede ser: “Bueno, ¿por qué no lo dijo usted desde el primer día?” Porque las cosas se van haciendo *day become apart*—se dice en inglés—, se vuelven evidentes gradualmente. De la Madrid anunció que su gobierno tendría tres etapas: la primera de ataque a la crisis, luego la etapa de recuperación, y después la de cambio estructural. Con un equipo muy homogéneo, podrá gustarnos o no, pero vemos un diseño allí. Y además la clase política lo entendía exactamente como un gabinete de crisis: sabíamos el impacto tremendo que les había causado, a él y a su grupo, la nacionalización de la banca. No fue sólo un impacto económico y político, fue un impacto psicológico muy grande sobre este grupo. Pero cuando pasan dos, tres años y sigue siendo lo mismo, cuatro y sigue lo mismo, nos damos cuenta de que es un diseño a largo plazo.

JW: Bueno, la crisis sigue, ¿no?

PML: Sí, lo que no sabíamos es cuál era el concepto de cambio estructural de Miguel de la Madrid. El engaño está en la idea del cambio estructural, que es la contrarrevolución. Creemos que el cambio estructural es la sociedad igualitaria, el nacionalismo revolucionario, pero es exactamente lo contrario.

JW: ¿Cómo se hace realmente nacional y revolucionario?, es la pregunta.

PML: Pregúntaselo a Cuauhtémoc Cárdenas.

ISMOS, GRUPOS POLÍTICOS Y POLÍTICOS SIN GRUPO

JW: Mientras, vamos a hablar de grupos políticos. Hay la idea de que el sistema político mexicano está estructurado por grupos políticos que dominan hasta que los desplaza otro.

PML: Creo que hubo bastante capilaridad. Hay grupos evidentemente, pero mira: en la época en que me tocó participar o todavía antes, se expresan como cierta centralización del poder. Ruiz Cortines era un hombre sin grupo, esto es claro: viejo burócrata, lobo solitario, nombró a algunos viejitos ahí, amigos suyos; uno que se llama López Lira, por decir, pero de ninguno de los ismos conocidos.

¿Era Ruiz Cortines un alemanista aliado con el gobernador de Veracruz? ¿Había sido Ruiz Cortines un avilacamachista? ¿Había sido un cardenista? Dentro de su tono gris, por ejemplo, desde mi punto de vista el sexenio de Ruiz Cortines es importante en la evolución del sistema: así como acaba con los cacicazgos, acaba un poco con los grupos. Hasta entonces se hablaba de los alemanistas, los cardenistas, los callistas. Sin relevancia política y sin pertenencia conocida a ninguno de los ismos, como grandes corrientes, ni a ninguno de los grupos, don Adolfo está particularmente bien situado. Además, muy claramente entra en el contexto de un movimiento de opinión nacional muy antialemanista, no solamente el henriquismo. Cuando termina el sexenio del licenciado Alemán ponen arcos triunfales para que después de su último informe recorra la avenida Madero rumbo al Palacio Nacional, y amanecen incendiados. Los arcos triunfales los incendia el pueblo; hay una reacción muy antialemanista, habiendo sido muy popular don Miguel. Ahí habría un paralelismo que no se ha hecho, *mutatis mutandis*, sin exagerar, entre la curva de simpatía de Alemán y la de José López Portillo, tema que habría que explorar. Miguel Alemán y don Pepe son presidentes de una enorme curva de simpatía a la alza y terminan con una gran impopularidad.

Surge una condena a los ismos. El ismo último, que es el alemanismo, está identificado con la deshonestidad pública, con el predominio de un grupo de amigos, con todo aquello que el pueblo veía muy mal; con cierta represión a la prensa, con el endiosamiento de un sexenio y formas de frivolidad política desconocidas en el horizonte político precedente.

Entonces don Adolfo actúa al margen de los grupos, no crea uno propio y deja en la presidencia de la República al candidato que menos grupo tiene (qué dato más importante). El doctor Morones Prieto —fue

algo de lo que lo acusaron mucho— sí era amigo de los políticos más importantes del centro y del norte de la República. En esa medida tenía fama de amigo de los caciques aunque no era caciquil, se le ponía como el hombre al que apoyaban los grandes barones de la política, y Gilberto Flores Muñoz era alguien con una gran fuerza en los cuadros políticos intermedios y también en los regionales, en los medios económicos.

López Mateos es un hombre joven, viene de un grupo muy remoto, de aquella constelación de políticos del Estado de México formados por Isidro Fabela; se ha formado en el gobierno con un presidente del PRI, Riva Palacio, pero muy joven figuró en la generación del 29, que no era una generación con poder sino rebelde, y no estaba en ninguno de los grupos de ese entonces.

Ahí cambia mucho no solamente la conformación de los gabinetes, o lo que se entiende por composición interna dentro del sistema, de grupos y de corrientes, sino también el estilo de hacer política en el país. A partir de entonces, con bastante más libertad, los presidentes conforman su gabinete y hay un margen para seleccionar a personalidades distinguidas.

No quisiera exagerar el cambio: debo anotar que Ávila Camacho también actuó con mucha laxitud. Ya me había referido a eso, pero en otro contexto. Escogió gentes muy significativas de distintos horizontes de la vida nacional, pero diría que a partir del fin de Ruiz Cortines y de López Mateos la capilaridad, en el sentido de la posibilidad de elegir a alguien que no está identificado en ningún grupo —o que incluso no tiene antecedentes políticos conocidos— para formar la élite gubernamental, se vuelve prácticamente ilimitada.

LF: Hay una tesis según la cual en el país hay solamente cuatro grandes grupos, identificados todos con ex presidentes: Calles, Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán, y que sexenalmente se rotan el poder en ese orden.

PML: A mí me parece política ficción; no le veo pies ni cabeza, yo no sé qué tenemos que ver ahorita. Bueno, como grandes tendencias así, históricas, como se habla de cuatro espectros ideológicos, centro-izquierda, centro-derecha, pero no corresponde a ninguna realidad así palpable, ni comprobable.

JW: Bueno, estábamos en eso de negociar el gabinete en esa época...

PML: No se negociaba; se nombraba.

JW: Se nombraba pero pensando en equilibrar; equilibrio de fuerzas, digamos.

PML: Y en el sentido de una política. En anunciar y enunciar una política.

JW: Entonces, ¿buscaban miembros del gabinete en diferentes partes del país?

PML: Era más federal antes, eso es cierto también. Creo que el último gabinete que tuvo un tono bastante federal fue el de Díaz Ordaz.

JW: ¿Y después?

PML: En alguna época se pensaba en gabinetes equilibrados. Fíjate, ésa es la época todavía de Ruiz Cortines, de Díaz Ordaz. Se pensaba incluir a ingenieros siempre, que hubiera un arquitecto siempre, un médico siempre, y que hubiera alguna gente del Politécnico Nacional. Procuraban que hubiera gentes que tuvieran experiencia en los gobiernos de los estados; creo que había con mayor o menor claridad esa preocupación. En un tiempo se dijo: "Tiene que haber siempre un ingeniero en el gobierno, y ese ingeniero tiene que ver siempre la posibilidad de llegar a ser presidente", en esa época postalemanista.

Recuerdo a personalidades muy distinguidas de provincia en la época de Díaz Ordaz, con López Mateos; el gremio de ingenieros lo representó, con gran relieve, Javier Barros Sierra. Se buscó una composición plural respecto de profesiones: respecto de regiones del país, un poco antes. Había esas preocupaciones, que actualmente se han abandonado. Se han funcionalizado mucho los gabinetes en torno a acciones y proyectos y se ha perdido cada vez más la idea de atenerse a un principio de composición política o de equilibrios profesionales y regionales.

JW: Estamos viendo la centralización del gobierno, digamos, pero ¿qué nos puedes decir de la tendencia a crear agencias descentralizadas y descentralizar al gobierno en términos económicos?

PML: Creo que fue un propósito muy antiguo y muy fallido.

JW: Bueno, comenzó con Cárdenas: Ferrocarriles Nacionales, Petróleos Mexicanos...

PML: Comunicar el país. La creación del sector paraestatal, la descentralización de la actividad económico-política y la integración territorial son tres problemas distintos.

Esto tiene que ver con Calles y con Cárdenas, y muy poco con Echeverría, pues la concepción del Estado mexicano es Calles y Cárdenas, es Díaz, Calles y Cárdenas. ¿Cuál es la concepción de Díaz, cuál es la concepción de Calles, cuál es la concepción de Cárdenas de las funciones de la estructura y la dimensión del Estado? Creo que ahí está el problema.

JW: Pero esas preocupaciones también se plantearon con posterioridad.

PML: También me referiré al planteamiento posterior. En los últimos 20 años hay en México una bibliografía, que conozco de referencias, que explora esto muy sistemáticamente, así como tesis de doctorado, investigaciones de premios de economía sobre la evolución del Estado mexicano, de las finanzas públicas, la historia de las comunicaciones en México, etc., temas de los que entonces no había mayores estudios. Por desgracia, hace tiempo que no estoy en el trabajo académico, no los conozco, así que pido disculpas de antemano si alguna de las cosas que digo son perogrulladas o han sido totalmente revisadas por estudios que existan. Gentes del CIDE podrían darnos referencias bibliográficas sobre esto. Diré cómo lo veo.

Creo que cuando se habla de Calles como el creador del Estado mexicano moderno se dice algo cierto. Lo que pasa es que en Calles hay la preocupación por la estructura legal del país, los mecanismos básicos para la regulación monetaria, las comunicaciones y la conformación de lo que puede ser el gobierno central. Es decir, es la primera visión global en el horizonte ideológico de entonces, desde Díaz.

Carranza tenía la preocupación primordial de la pacificación del país; Obregón, si bien hizo cosas importantes en algunos ramos, como el educativo, significó los primeros jalones de la Revolución. La concepción orgánica del Estado es natural a 10 años de la Revolución. Creo que lo característico de Cárdenas es la dimensión revolucionaria de ese Estado.

Yo destacaría —y supongo que esto lo desarrolló don Manuel Gómez Morín en esa época— la estructura jurídica del país, el derecho civil, el derecho mercantil, el derecho monetario; la organización de la sociedad civil a través de disposiciones de Estado; la conformación del Estado central, las funciones de las secretarías; la creación de un banco emisor, todo lo que es un Estado moderno *vis à vis* lo que pudo haber sido la concepción del Estado a finales del siglo XIX o a principios del XX. Hay que entender que en la Constitución del 17 y en la Revolución mexicana misma hay una amalgama de la doctrina social y de la doctrina liberal, pero también hay una superposición de un Estado burgués y un Estado revolucionario; es las dos cosas. La Constitución del 17 es en parte la síntesis de ambas dimensiones pero en parte también la superposición.

Cuando se concedió a los jóvenes de 18 años el voto, que se convirtió en una verdadera tesis que circuló mucho, escribí un ensayo donde exploré esto: exploré la Constitución mexicana no como síntesis sino como superposición. Entonces ahí ejemplificaba —y ése es el nudo del ensayo— que esta contradicción se da en toda la estructura del Estado mexicano; que en Calles hay que ver sobre todo la conformación del Estado burgués y en Cárdenas sobre todo la conformación del Estado revolucionario, sin que tampoco haya una puridad absoluta: es un problema de acentos. En Cárdenas es fundamental el cambio de la estructura de la propiedad de la tierra, la vigencia de la legislación revolucionaria en materia agraria y las instituciones que de ello derivan, incluso el fomento al ejido colectivo, etc. La promoción de otras formas de organización social, la comunal, la ejidal y la cooperativa, son muy importantes en la época de Cárdenas. Ahí está un acento en otra dimensión de la Revolución distinta a la de Calles. Creo que esto es obvio, sin negar que en Calles y en Obregón hubo cooperativismo y que estuvo el Partido Cooperativista. Hay el acento en la reivindicación de los recursos naturales, y en la creación de una columna vertebral de la economía nacional fundan la empresa pública. Es ferrocarriles, petróleo y electricidad.

Tampoco esto implica negar las batallas jurídicas que se libraron antes en materia de recursos naturales, salvo los años en torno a los Tratados

de Bucareli, pero hay un continuo en la lucha por hacer valer los derechos de la nación sobre suelo y subsuelo desde el 17 y creo que muy claramente hasta el 38.

Con altas y con bajas, pero la decisión de integrar la economía nacional con base en estas grandes columnas es lo característico de la época de Cárdenas. Entonces, naturalmente, para ellos se necesita la creación de la gran empresa pública. En petróleos, es evidente que no había otra solución más que pasara de las empresas extranjeras a una empresa nacional; no podía ni siquiera pensarse que pasara a empresas privadas nacionales. Ahora, la primera forma de Petróleos Mexicanos es una cooperativa, es una empresa de trabajadores.

IMPULSO DE LA INDUSTRIA PARAESTATAL Y DE LAS INVERSIONES
COMO SUSTITUTO DE LA RETRACCIÓN DEL CAPITAL PRIVADO.
MEXICANIZACIÓN ANTES QUE NACIONALIZACIÓN

JW: Que no funcionó.

PML: Pasa a empresa estatal al año, pero todavía en la época de Cárdenas. En materia de electrificación hay una solución mixta: la intervención del Estado se acentúa en la generación de energía eléctrica, pero se mantienen las concesiones para la distribución. No solamente es la Mexican Light and Power, que viene a ser adquirida —y comprando las acciones— en la época de López Mateos, sino que es una serie muy grande de compañías privadas norteamericanas que aseguraban la distribución de energía eléctrica, la mayor parte de ellas subsidiadas con nombres mexicanos.

Si vemos actividad por actividad, pues hay un cambio de prioridades en la inversión extranjera y hay también la necesidad histórica de que el Estado mexicano asuma esa responsabilidad. Eso fue muy palpable en la época de Cárdenas y vino a precipitarlo naturalmente y a consolidarlo la expropiación del petróleo.

Entonces, lo que puede llamarse la empresa pública no es un prurito de los veinte; también se habla de lo que ahora hemos dado en llamar

la propiedad social, se pensaba mucho exactamente en lo cooperativo. La propiedad de la tierra no es estatal en este país; no se trata de un cambio en la propiedad de la tierra como pudo haber ocurrido en la Unión Soviética. No se pasa a un régimen de propiedad privada a uno de propiedad estatal. El gran impulso a la empresa pública surge por la necesidad de sustituir o remplazar la retracción provocada por la inversión transnacional y obedece a factores tanto internos como externos.

En una época posterior el desarrollo de la industria paraestatal tiene que ver con la culminación de ese proceso —me refiero al sector eléctrico— y también con el desarrollo muy incipiente del capitalismo privado en México, y claro: con un interés no manifiesto del capital transnacional de intervenir en ciertos tipos de actividades, por ejemplo, en fertilizantes. ¿Había el interés y el capital privado mexicano para entrar a fondo en el tema de los fertilizantes? No lo creo. La prueba son las actividades donde se mantuvo muy alto el interés privado en México: la minería. No se fue a un proceso de nacionalización abierto sino a uno que se llamó de mexicanización, es decir, el Estado mexicano se preocupó de que cada vez más intervinieran mexicanos en la exploración, explotación y comercialización de la minería.

El caso de la minería sería muy ejemplificativo para contrariar el argumento de quienes piensan, sobre todo desde visiones de derecha privada mexicana, que hubo una manía nacionalizante o estatizante. Donde hubo interés privado mexicano consecuente y el suficiente capital, capacidad de organización, se optó por la mexicanización y no por la estatización, y lo que hay que recordarle a la derecha mexicana es que el Estado, durante toda esa época, desde finales de los veinte hasta los sesenta, lo que hizo fue cubrir lagunas fundamentales frente —insisto— a la retracción del capital extranjero en ciertas ramas de la economía y la insuficiencia del capital privado mexicano para cubrirla. Ése podría ser un primer enfoque.

En cuanto al sexenio de Echeverría, no creo que haya habido un gran crecimiento del sector paraestatal. Me gustaría ver las estadísticas, puede verse un crecimiento en número de instituciones.

CRECIMIENTO DEL SECTOR PARAESTATAL PARA EVITAR EL CIERRE
DE FUENTES DE TRABAJO

JW: De teléfonos, tabaco, Pan American Sulphur; se veía de afuera que hubo una época de estatización.

PML: Francamente, ahí fue más el ruido que las nueces. Tendría que ver las cifras: no es mi impresión, honestamente. Creo que la diversificación de la empresa productiva paraestatal en México es anterior a Echeverría, ya desbordando el marco de las grandes empresas de infraestructura, llamémosles, y de producción básica. Creo que esto ocurre curiosamente en la época del ortizmenismo y como una consecuencia del desarrollo de las instituciones nacionales de crédito. En esto Nacional Financiera es muy importante para el país.

Ocurre que en la época de crecimiento económico sostenido de los cincuenta y los sesenta, cuando se busca estabilidad de crecimiento en el empleo, muchas empresas privadas se fundan un poco al vapor y algunas de ellas quiebran. Pero esto no tiene nada que ver con Echeverría, ni siquiera con Díaz Ordaz; creo que es anterior, fundamentalmente finales de Ruiz Cortines, López Mateos y parte de Díaz Ordaz.

Hay la tendencia muy clara de que el gobierno entre al quite cuando quiebran las empresas privadas, y casi siempre por medio de Nacional Financiera. Muchas empresas pasaron a ser mixtas o paraestatales en ese periodo, unos 15 o 20 años de la vida de México, a través de Nacional Financiera, como una aerolínea que se llamaba Aerovías Guest, donde tenían mayoría algunos empresarios mexicanos; recuerdo la insistencia de algún gestor por que el gobierno se quedara con esa compañía cuando quebró. Entonces se habló mal de ese proceso: quién iba a comprar los malditos aviones, quién iba a quedarse con la deuda. Incluso, en algunas ocasiones se habló de que eran *business* que le endosaban al gobierno sus pérdidas y que hubo hasta intermediarios, porque si quiebra una empresa de aviación aquí, en Estados Unidos, hay grandes empresas que la absorben. Creo que la Braniff, por ejemplo, volvió a funcionar, pero American Airlines hizo frente, compró barata la inversión instalada en una compañía de aviación. Si quiebra Braniff tiene que haber alguien

que absorba los pasivos financieros y el precio de los aviones, pero éstos no son *peanuts*. ¿En México quién lo hace, si quiebra una compañía de aviación? Tiene que ser el gobierno.

La mayor parte de las empresas productivas que pasaron a manos del gobierno en las décadas de los cincuenta y los sesenta a través de Nacional Financiera, lo hicieron dentro de una filosofía de Estado de no dejar que cerraran esas fuentes de empleo, y dentro de la necesidad de que alguien absorbiera los activos invertidos y los pasivos financieros.

SOCIALIZACIÓN DE PÉRDIDAS, PRIVATISMO O ESTATISMO

LF: Esto es lo que Jorge Basurto denomina la *socialización de pérdidas*.

PML: A mí no me parece mal la expresión, pero no lo hace el Estado por combatir a la empresa privada, al contrario: el Estado asume las pérdidas, como lo dices, la socialización; el Estado como representante de la sociedad en su conjunto, eso es cierto. El Estado asume la pérdida.

JW: Para asegurar que sigan esas empresas.

PML: Esto no es estatismo; si ustedes quieren, es paternalismo. Leopoldo Solís, uno de mis clásicos, en su mejor libro tiene una frase inmejorable que es válida a este respecto. No coincido con ella pero es muy explícita, dice: “En una época paternalizamos al ejidatario y socializamos sus pérdidas”.

Si ustedes quieren usar esta expresión, durante una época paternalizamos al ejidatario y absorbimos sus pérdidas, y durante otra época, por la famosa industrialización, paternalizamos al industrial mexicano y socializamos o absorbimos sus pérdidas. Esto coincidiría con lo que dices, pero no se trata de que el Estado mexicano quiera comerse al sector privado o acabar con el capitalismo, al revés: socializó sus pérdidas.

JW: Pero el hecho de que al final de la época de López Portillo el gobierno fuera dueño de la mitad de la producción en el país es estatismo.

PML: Yo no lo veo así.

JW: Y también Echeverría.

PML: Hablaré de don Luis. En primer lugar, debo decir que no soy antiestatista, digo, para llamar a las cosas claras; no veo eso como el demonio. Podría pensar al revés: que el privatismo, así, como filosofía, es más malo. No le tengo miedo al estatismo.

JW: No, nada más estamos tratando de aclarar lo que pasó.

PML: Es que atrás hay un juicio de valor con el que no estoy de acuerdo (siempre me animo al primer *round*). En lo que no estoy de acuerdo es en el juicio de valor y en el juicio histórico respecto a lo que es estatismo y a lo que es privatismo en México.

Creo haber probado y demostrado que es voluntad central del Estado mexicano, en su época más revolucionaria, crear una burguesía nacional lo más independiente y autónoma posible, y una clase obrera autónoma, como requisitos para el crecimiento de la sociedad capitalista. De ninguna manera puedo aceptar —porque no es cierto— que el proceso de la Revolución mexicana haya tenido como propósito acabar con la propiedad privada. Esto no es así. Si hay una constante en la Revolución mexicana desde Flores Magón, luminosamente señalada por Luis Cabrera —y por eso son citados Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols—, es que no haya puesto el acento en la necesidad de crear una burguesía nacional. No estoy hablando de Emiliano Zapata, hablo de la columna vertebral del pensamiento revolucionario e incluyo a Jesús Silva Herzog padre. Entonces, ahora que hablan Clouthier y mis amigos del PAN de la subsidiariedad —y oí bien, bien a Clouthier, ya asimilado—, ¡pues si el Estado mexicano siempre ha sido subsidiario! Se entiende por *subsidiariedad* que el Estado tiene como función poner las bases para que se desarrollen los particulares. Bueno, pues eso es precisamente lo que ha hecho el Estado mexicano.

En el sentido en que ahora lo maneja el PAN, el Estado mexicano siempre ha sido partidario de la subsidiariedad, lo que pasa es que ha tenido que hacer muchas cosas para asegurarla y apoyar el crecimiento de la economía nacional, muchas veces tomando esferas que teóricamente no le competen, pero que no hay quien las tome. Por eso insisto en el otro elemento: hay una época de retracción del capital internacional que no puede ser suplido por el capital privado.

Daré ejemplos para pasar de la teoría a la práctica. No voy a eludir el tema de Echeverría desde luego, ni el tema de Díaz Ordaz.

Creo que don Luis, a la luz de la idea de que las instituciones no funcionaban y de romper cuellos de botella —siempre andaba rompiendo cuellos de botella, desamarrando nudos—, creó instituciones funcionales pero no estaba en su propósito crear, así, las grandes empresas como tenían los particulares: creó fideicomisos o mecanismos *ad hoc* para destrabar cuestiones internas del sector público igual que para resolver problemas que no fueran del sector público. Yo no vería esto como una distorsión *a priori*, como se le ha visto, sino como una respuesta a un *challenge*. ¿Se acuerdan ustedes del chiste cuando fue a Australia? Decían: “¿Por qué lo mandaron a Australia?” “Es que quería hacer un fideicomiso de los canguros.”

Si se quiere hablar de esto como distorsión, es una respuesta que puede ser para algunos caótica, para algunos muy circunstancial, muy coyuntural, muy casuística, pero que estaba en la manera como Echeverría veía la necesidad de destrabar problemas, creando mecanismos *ad hoc*. Si somos honestos, Echeverría creó más distorsiones dentro del sector público que con respecto al sector privado; creó más chipotes adentro que afuera, porque le ponía más a la mayoría de los fideicomisos. La totalidad de los fideicomisos eran públicos y la mayor parte de ellos tenía que ver con funciones del Estado, no con funciones de los particulares.

TABAMEX, HOTELERÍA, AEROPUERTOS Y SERVICIOS TURÍSTICOS:

CANCÚN

PML: En Tabamex había un problema de desconexión entre el sector ejidal y de propietarios, el sector industrial de Tabamex y el cliente. Me tocó lidiar con la parte obrero-industrial del problema de esta triple desconexión. Tabamex es un caso prototípico de la reapropiación funcional de la tierra; si en México se hiciera un estudio sobre la reapropiación funcional de la tierra, Tabamex sería el mejor ejemplo, más que el mundo de la fresa o de lo que sea.

JW: ¿A qué le llamas “reapropiación funcional de la tierra”?

PML: Estamos en la sofisticación: no lo llamaré demagógicamente “del dominio transnacional” pero así es; podemos poner el título que queramos. En Tabamex el cliente financia, asigna recursos, decide lo fundamental y escoge el producto, tanto respecto de las cosechas como del proceso industrial. ¿Por qué? Los señores cuyos deliciosos productos fumamos y que tienen su sede en este país, compran una parte muy importante de la producción. La diferencia entre este cigarro y otro radica en la selección de la cosecha, porque es el mismo tabaco. Este tabaco se produce en Nayarit, el de Marlboro o el de Benson & Hedges también se producen ahí; lo que pasa es que hay una selección de la cosecha. ¿Quién financia la cosecha? La compañía. ¿Quién decide la localización de los cultivos? La compañía. ¿Quién selecciona el producto? La compañía. Esto establecía una enorme supeditación de los productores, pequeños propietarios, ejidatarios, etc., entre una serie de distorsiones.

Entonces se pensó en la creación de una compañía que enlazara todo esto, no para acabar con este mal financiamiento —que sigue siendo el mismo—, sino para que hubiera una defensa colectiva de los nacionales respecto a la influencia del capital transnacional, que de todas maneras practica una apropiación funcional de la tierra; era necesaria alguna instancia de coordinación, porque además los campesinos estaban enfrentados a los obreros artificialmente.

Me hicieron un mitin los de la CNC en la Secretaría del Trabajo para protestar por el manejo que tuve de una huelga en una planta industrial; además, había contraposición de los distintos intereses locales porque el dominio estaba afuera. Eso se hace para resolver funcionalmente problemas.

No se puede decir que hubo una nacionalización de la tierra en la zona tabacalera; no se puede decir que incluso hubo una expulsión del interés extranjero, porque el cliente principal sigue siendo éste y eso no ha cambiado. Se creó una instancia de coordinación, que fue Tabamex, que tratara de desvincular los intereses. ¿Fue bien hecha, o mal hecha? No lo sé. ¿Funcionó, o no funcionó? No lo puedo afirmar. Conozco las raíces del problema, me tocó una pequeña parte del conflicto

obrero-industrial, pero conocí la necesidad y no había otra manera de hacerle frente que crear esa instancia de coordinación, ¿y eso es estatuación? Francamente, no creo.

Vamos a la hotelería, e insisto, no estoy haciendo la defensa, aunque pudieron haberse cometido errores que seguramente ustedes me podrán subrayar. ¿Qué pasó con la hotelería? Por alguna razón, tuvo que ver con una voluntad federal de Díaz Ordaz a la que ya me referí. Quizá no muy completa pero hubo una idea de hombre de provincia —tal vez con el ánimo emprendedor del secretario de Comunicaciones, José Antonio Padilla Segura, joven entonces, antiguo amigo mío, compañero de nuestras lides de educación—, con una decisión que fue acertada: descentralizar la operación de los aeropuertos, crear aeropuertos y servicios auxiliares. Hubo una multiplicación notable de los aeropuertos en México en la época de Díaz Ordaz; perdón que vaya a la anécdota, pues si no, nos quedamos en la irrealidad. Era Vivanco cercano al presidente, y en la segunda parte del sexenio de Díaz Ordaz hay una multiplicación de aeropuertos en México: el de San Luis, el de Oaxaca, que no corresponden al volumen del tráfico aéreo ni a las instalaciones que había. No corresponden.

JW: ¿Todavía hoy?

PML: Claro, todavía hoy hay aeropuertos inaugurados en la época de Díaz Ordaz —no podría decir cuántos en este momento— que no tienen tráfico aéreo regular. Ahí están los aeropuertos: me dicen mis amigos de San Luis que el vuelo ordinario de Mexicana o de Aeroméxico hace dos años que no va, parece que va uno a la semana, y ahí está un aeropuerto en San Luis construido entonces.

Hubo una sobreexpansión de aeropuertos en relación con la capacidad de los viajes, es decir, de la rentabilidad de la transportación aérea comercial. Entonces, una de las reacciones del gobierno fue crear servicios turísticos o de alguna naturaleza que hicieran rentables los vuelos; no se trató de quitarles ningún hotel a los particulares sino de asumir la responsabilidad del desarrollo hotelero para completar un tramo de la descentralización. No tengo la menor duda de que si el sector privado se hubiera interesado en construir hoteles, como ocurrió en Cancún, pues

los hubiese construido. Si un inversionista particular, cualquiera que sea —y me pongo en el caso de un inversionista particular—, me dice “Oye, ¿le entras a construir un hotel allí?”, pues no, es un riesgo demasiado grande; es una inversión de largo plazo que no va a ser costeable sino mucho más adelante, pero de aquí a que toman una decisión... Lo que pasa es que ahora ya hay un aeropuerto con un mínimo tráfico aéreo.

Es que la lógica de la economía capitalista pura no es la lógica del Estado mexicano, no es la lógica del desarrollismo y esto hay que entenderlo. Esto tampoco ocurre en India ni en Brasil ni en Argentina, porque estamos en el Tercer Mundo: no hay que confundir la lógica del capitalismo en la sociedad central con la lógica del desarrollo en la sociedad periférica. La teoría del desarrollo no es necesariamente la teoría del capitalismo, son dos cosas distintas, llámese desarrollismo esto o no. Son lógicas distintas porque hay que cubrir tramos históricos y a veces hay que adelantarse, hay que cubrir lagunas.

No pensamos estar ahí, rascándonos la barriga, esperando a que nos lleguen a beneficiar las leyes del mercado, nunca en la historia de nuestros países, ni en los regímenes más reaccionarios. Esto no es así; tenemos —por nosotros mismos, y con los mecanismos que están a nuestro alcance— que ir cubriendo lagunas y adelantando etapas. No esperamos a que nos lleguen del cielo las leyes del mercado a beneficiarnos como llega el juicio final con sus trompetas. Esto es absurdo, totalmente fuera de cualquier filosofía del desarrollo en cualquier país del Tercer Mundo. Digo, tampoco hay que atribuir a México nada más este tipo de reflejos, y así fue la sociedad industrial en sus orígenes, además.

Y ahí tienen ustedes los hoteles, la prueba de que el Estado mexicano no tenía la idea —no la tuvo entonces ni la tuvo después— de reemplazar a los particulares en el negocio hotelero.

JW: ¿Ése fue un proyecto de Echeverría?

PML: No, fue un proyecto originado en la fase final de Ortiz Mena y tomado con mucho entusiasmo por Echeverría, pero tengo la idea de que el estudio original fue presentado al Banco Mundial...

JW: No, pero dicen que Echeverría puso mucho de su propio dinero allá.

PML: No lo creo. Cancún es un proyecto del Banco Mundial que se genera en el equipo de Ortiz Mena, y tuvo una gran influencia un hombre —como digo una cosa, digo otra— muy positivo del equipo de Ortiz Mena, Antonio Enríquez Savignac, secretario de Turismo, que fue director de Fonatur con Echeverría. Toño fue muy operativo en esto, es una gente que goza de una estimación muy alta en los círculos financieros internacionales y tiene una imagen muy grande en Washington y en Nueva York. Es muy estimado y hasta por razones de familia.

Es interesante Cancún para quienes temen al ¡uuuh!, socialismo. Yo digo que es un proyecto socialista del Banco Mundial. El Banco da un crédito para comprar y socializar la tierra; se compra a cuatro principales poseedores. No se les expropia, se les compra a un precio muy barato y a un conjunto de, no sé, 15, 16 o más pequeños propietarios; entonces el Banco Mundial da un crédito para que se socialice la tierra y pase a un fideicomiso. Con parte mínima de ese crédito se compra la tierra; sirve en su mayor parte para hacer la infraestructura y el fraccionamiento, y la totalidad de la tierra se pone a la venta a los particulares. Es operativo el sector financiero ahí, porque los primeros que construyen son los bancos privados: los hoteles más grandes creo que los construyen Banamex y Bancomer. Se interesa el sector privado financiero mexicano, las compañías aéreas extranjeras, los particulares; salvo la clínica del Seguro Social o alguna tienda de Conasupo, la totalidad de la propiedad de la tierra en Cancún es privada. Pasó de un órgano del Estado a los particulares. ¿Dónde hay estatismo ahí? Quiero saberlo.

La intervención funcional del Estado en la economía no tiene por qué ser proscrita; Felipe Herrera publicó un libro espléndido cuando era director del BID con una teoría que no ha sido aplicada. Por cierto, le subrayé a Luis Echeverría la importancia que los créditos internacionales podrían tener como créditos nodriza, aliados a los Estados nacionales en América Latina, en inversiones en nuevas ramas de la economía, de las cuales un tercio del capital fuera del BID, un tercio del Estado y un tercio de los particulares, y luego, en un proceso calendarizado, ir saliendo. Una vez que se pagara el crédito, sale la agencia internacional, y en

otro tiempo calendarizado, sale el Estado y queda totalmente en manos de los particulares.

Ese libro de Felipe Herrera, de un director del BID, es perfectamente aplicable a las condiciones de América Latina. Solamente esta ultraderecha irracional podría decir que ese tipo de procedimientos para el desarrollo son estatistas. La intención no es quitar la propiedad a los particulares sino generar propiedad privada a través de procedimientos públicos.

EL INFONAVIT Y LA VISIÓN DE OLOF PALME

PML: Cuando hicimos el Infonavit —¡Ah! Estas cosas sí me apasionan porque son profundamente ideológicas—, cuando creamos el Infonavit, que es la negociación en la que participé en su fase final al asumir la responsabilidad de la Secretaría del Trabajo y de la Comisión Nacional Tripartita simultáneamente, se trataba de convertir lo que era previamente un derecho de los trabajadores en una institución financiera operativa.

En la Constitución estaba enunciado desde 1917 que los trabajadores tendrían derecho a viviendas cuando sus fábricas estuvieran a una determinada distancia de los centros urbanos, de manera que originalmente era obligación de los patrones construir casas. Esto no se llevaba a cabo porque no había recursos para ello ni estaba reglamentado.

La Ley del Trabajo del 70 generalizó a todas las empresas el deber de dar vivienda a los trabajadores y hacía exigible este derecho por medio de la huelga. Naturalmente esto les era muy grato a los sindicatos porque sabían que la mayor parte de las empresas no podían construir, no tenían la capacidad económica, entonces los amenazaban con la huelga y les cambiaban esa prestación por un aumento de salarios o por otra cosa, pero nunca iba a haber viviendas; habría aumento de salarios pero nunca casas.

Fue donde entré en escena, porque ya se tenía un año y medio de estar negociando la aplicación de esa ley y había surgido la idea de crear una institución para la vivienda. Para eso nació la Comisión Nacional Tripartita.

En realidad nació para el Infonavit. El 1° de mayo de 1971, en Palacio Nacional, el presidente mandó llamar a los representantes obreros y empresariales para discutir el problema del Infonavit; abajo, en las pancartas estaba lo de la aplicación de la construcción de vivienda para los trabajadores. Es más complicado todavía porque, como los sindicatos apoyaron la huelga de 1968 —ésta fue una, entre otras razones—, al final de su gobierno Díaz Ordaz incluyó demandas de los trabajadores en la Ley Federal del Trabajo; hizo una ley más favorable a los sindicatos y a los obreros de lo que se hubiera pensado, pero como no todos los principios avanzados de esa ley podían aplicarse de inmediato, en los transitorios se les pusieron fechas para que entraran en vigor después. Por eso he dicho que mi gestión al frente de la Secretaría del Trabajo fue la de un campo sembrado de minas: “estallaba” la fecha de vigencia de la reforma en materia de vivienda, “estallaba” la fecha de vigencia de las nuevas disposiciones de reparto de utilidades, etc. Me tocó administrar la entrada en vigor de reformas de la Ley Federal del Trabajo que estaban calendarizadas.

Como síntesis de varios proyectos, uno del Banco de México, uno de la Secretaría del Trabajo, empezó la negociación del Infonavit porque esa ley debía entrar en vigor en 1972; ahí nace el tripartismo. Alguna vez me consultó el presidente y le dije que debería haber una ley como la de la Seguridad Social donde los obreros hicieran exigible su derecho a través de la institución y los empresarios cotizaran a la institución para que el Estado, en una organización tripartita, recibiera la cotización de los empresarios y la convirtiera en vivienda.

Esa misma solución le dimos al problema de las guarderías: ampliar el régimen de seguridad social y crear mecanismos tripartitos para administrar a nivel nacional y regional la oferta y la demanda, el *input* y el *output*, los recursos para construir y el derecho de recibir.

Se llegó a una solución de compromiso, de acuerdo con la cual los obreros no renunciaron totalmente a su derecho de ser ellos —los líderes— quienes tuvieran la facultad de exigir la construcción de viviendas, y el sector financiero, que se metió en esta negociación, introdujo la idea de un sistema de financiamiento, de cuotas que darían los empresarios

para hacer un fondo; ese fondo sería administrado por una institución autónoma y poco a poco iría construyendo viviendas. En el caso de que a un trabajador, en un determinado periodo —creo que de 10 años— no se le hubiera entregado vivienda, se le devolvería el fondo. En pocas palabras, la solución institucional del problema fue equivocada.

Propuse la creación de una institución de seguridad social, esto es, un organismo descentralizado donde la prestación del servicio fuera *erga omnes*, donde fuera claro que la obligación de la institución pública sería con todos los trabajadores; es como si la Ley del Seguro Social se hubiera hecho sólo para los trabajadores sindicalizados. Narré los antecedentes de la Ley del Seguro Social: los sindicatos se opusieron porque sentían que favorecería a todos los trabajadores independientemente de que fueran sindicalizados o no, y en aquel momento creyeron que el Seguro Social podría desalentar a la gente de sindicalizarse, supuesto que se estaban universalizando beneficios para la clase obrera independientemente de su carácter sindical.

En México, como en otros países, en diversos momentos los sindicatos fueron opuestos a instituciones o disposiciones legales que universalizaran los beneficios a todos los trabajadores, porque estimaron que debilitaría o desalentaría la creación de sindicatos. También se opusieron o no hicieron nada por los salarios mínimos; la creación de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos tardó mucho tiempo. Nunca, que yo sepa, hubo una verdadera presión sindical para crear la Comisión. Cualquier medida que beneficie a la totalidad de los trabajadores no fue históricamente auspiciada por los sindicatos, por razones obvias. Esto pasó también con el Infonavit. Para prever eso, le propuse al presidente —ya era demasiado tarde: yo no era secretario del Trabajo ni de Hacienda— que tuviera el perfil del Instituto Mexicano del Seguro Social, que fuera claro que era para la totalidad de los trabajadores.

JW: ¿Y mediante el Infonavit se empezaron a construir casas?

PML: Un amigo mío al que quise mucho, Olof Palme, fue a México por razones que van a salir varias veces, porque es muy importante lo de Olof en varios momentos de mi vida; hice una rápida amistad con él que duró hasta su muerte. Había una identidad ideológica y fue

quizá el político extranjero con el que me sentí más cerca en toda mi vida. Era recíproco, y él además lo escribió. Cuando visitó México lo llevé a las casas del Infonavit y luego volamos a Palenque, donde pasamos un fin de semana espléndido, y no sé si ahí o volando a Palenque, pero en una de las primeras conversaciones me dijo: “Muñoz —así me decía entonces—, ustedes están haciendo una cosa extraordinaria, están dando en propiedad la habitación”.

Benito Coquet había hecho la Unidad Independencia, que es propiedad del Seguro Social y se alquila. Recordé cuando el doctor Morones había tratado de vender eso y era muy difícil; le dije: “Oye, tienes razón”. Dice: “Mira, fíjate que el socialismo europeo administrativamente está entrampado por esto. Para nosotros los nórdicos toda la posguerra, la etapa entre dos guerras es la construcción del nuevo horizonte urbano con viviendas populares”. Le dije: “Bueno, yo lo viví en Francia. Los grandes conjuntos a las afueras de París son de la posguerra. Los conjuntos ingleses son anteriores y posteriores a la guerra y los nuestros son desde antes de la guerra. Todo tenemos, estamos emulados con la administración. ¿Tú tienes idea de lo que esto es? Políticamente no podemos pasar la propiedad, ¿te das cuenta del problema? Y no porque seamos más de izquierda que ustedes, sino porque son estructuras que no hemos podido superar, ¿ves?, que están en la tradición del socialismo europeo”. Me dijo: “Si yo pudiera vender todas las unidades de vivienda que hay en Suecia (el país que más socializados tiene los servicios en el mundo occidental), mañana los vendía. Qué curioso —me dice—, el mexicano es el socialismo hacia la propiedad privada. Ustedes son generadores de propiedad privada, fíjate qué distinto concepto al de nosotros”. “Pues me estás dando ideas. Esto está en Luis Cabrera —le dije—, está en toda la filosofía de la Revolución mexicana. Es un socialismo generador de la propiedad privada en un sentido distribuidor.”

Si yo pudiera definir a la Revolución mexicana, es el proceso histórico mediante el cual una propiedad privada, enormemente concentrada en unas grandes familias y en el extranjero, pasa a ser una propiedad compartida entre todos los mexicanos, pero jamás la Revolución mexicana ha estado contra la propiedad privada.

“Pero esto es notorio —me dice—, y es una idea distinta a la que yo tenía de la Revolución mexicana.”

CREACIÓN DE INSTITUCIONES LABORALES: FONACOT, CENIET, INET, CONACURT, CONAMPROS

PML: Cuando hice el Fondo Nacional del Consumo de los Trabajadores, Fonacot, tuve dos años de ataques feroces del sector privado, que me consideraba un *rojillo* peligroso. Fonacot era un sistema de crédito para que los trabajadores pudieran comprar sus menajes de casa para el Infonavit y multiplicar la demanda de bienes de consumo duradero mediante crédito, cargado a sus salarios.

Con cierta respetabilidad de hombre progresista tuve que emprender la modificación del artículo 123 —porque no se podía gravar el salario mínimo— con la acusación que gente de la propia CTM me hizo de que estaba yo reconstruyendo el sistema de tiendas de raya, autorizando que se gravara el salario para que hubiera una garantía al crédito. Me atacaron, y en un discurso público dije: “No, señores, lo que nosotros estamos buscando es propiedad para todos los mexicanos, no propiedad para unos cuantos. Fonacot les va a dar propiedad a todos. ¿Eso es estatismo? ¿Que yo cree un mecanismo público para que tengan acceso a la propiedad todos, para que puedan comprar muebles, cuadros, coches?”

En México, antes de la inflación, en la época de estabilidad, cuando se compraba a crédito, un coche costaba el doble o más del doble. No era la tasa de interés de 5 o 6%; cargaban el 25, 30 y 40%, y lo pagaba uno en siete años. Pagaba hasta tres veces el coche.

¡Ah! Cuando les planteo a las automotrices vender coches a través de Fonacot, ¿qué pasó? Hablé a la Volkswagen —yo tenía relación por las cosas laborales—, le hablé a la Renault, le hablé a las principales, les dije: “Señores, les voy a comprar un lote de coches y lo voy a vender con crédito al 2%”. Ja, ja, se me echaron encima todos los loteros de coches. Me vinieron a ver los de la Concanaco con los loteros de coches. Les dije: “Ustedes están contra la propiedad, compañeros. Si la derecha está

por la propiedad privada, yo soy la derecha y ustedes son los estalinistas, porque el monopolio que ustedes hacen es estalinismo. Les importa ganar tres veces el precio de un coche como obstáculo para que los mexicanos tengan coche. Yo soy el que defiende la propiedad privada, ustedes son los enemigos de la propiedad privada y los voy a denunciar como hijos de Stalin”.

Ése es el problema, que la derecha no está a favor de la propiedad; finge estar a favor de la propiedad. La derecha en nuestros países no está a favor de la multiplicación, sino de la concentración de la propiedad. La izquierda en países como México, la verdadera, la izquierda nacional, es la línea ideológica que está a favor de la distribución, del reparto y de la multiplicación de la propiedad, y la derecha en favor de la concentración, de la limitación y la distorsión de la propiedad. Yo quisiera que esto fuera casi el *label*, porque esa es la gran confusión. No tengo ningún temor de que el Estado intervenga en la vida económica si es para multiplicar la economía, si es para diversificar la propiedad; no hacerlo deja los controles económicos en manos de monopolios.

LF: Cuando Echeverría recurrió a los fideicomisos y a los mecanismos *ad hoc* para acelerar los resultados, ¿no estaba creando una administración pública paralela?

PML: A veces sí y a veces no. Depende de quién lo administraba y de cómo se integró. En algunos casos fue excedente o paralelo; en otros sirvió para fortalecer orgánicamente áreas del gobierno. Lo voy a ejemplificar: en mi área creé entre 12 y 14 instituciones fundamentales de la Secretaría del Trabajo, de todas ellas ninguna es excedente y todas estaban destinadas a darle el equilibrio y los instrumentos de acción suficientes al sector laboral para que tuviera la incidencia que le correspondía de acuerdo con un criterio sano del desarrollo nacional dentro del aparato del gobierno. Y no eran demasiado costosas. Todas las integré a la administración; posteriormente me destruyeron 70%. Repito, una de ellas es el Fonacot, una institución de crédito que sigue perteneciendo al sector laboral. Sobre el Fonacot, el gran ataque me lo hizo Manuel Espinosa Yglesias en Los Pinos. Hablé con él y me dijo: “Licenciado, es que usted me está robando una idea”. Le dije: “No, don Manuel. Estadísticamente

le pruebo que sólo se tiene acceso al crédito en este país si se tiene dos veces el salario mínimo”. Además, yo había contratado a su número dos, que era Carlos Guerrero, un gran amigo mío. “Aquí están las estadísticas. En este país no se puede tener acceso al crédito, ni a la tarjeta de crédito, ni al crédito a precio razonable sin dos veces el salario mínimo; entonces, si soy un miserable, tengo que pagar el doble que el rico. Si quiero ir a una tienda y vivo muy lejos, tengo que ir a la tienda más chiquita, donde el producto vale tres veces más caro. Si quiero un coche, lo tengo que comprar a un crédito exagerado, cuando el rico lo puede comprar al contado. Al pobre, en este país y en esta estructura el producto le cuesta dos y tres veces lo que le cuesta a un rico. Si usted no puede universalizar el crédito —no digo el crédito blando ni el subsidiado—, el crédito a tasas regulares para el conjunto de la población, está operando crediticiamente con un fenomenal mecanismo de concentración del ingreso. Don Manuel, no me diga que no.” “Pues también deme un argumento.” Me invitó a comer a su casa, dijo: “No, Porfirio, es que usted me está robando una idea; yo tengo una idea para dentro de cinco años dar crédito”. “Ah, no —digo—, pues ya se la robé. Cuando usted la invente, se la paso; no voy a esperar a que lo haga pues el país es el que está en juego, no la fama que yo tenga. Me parece absolutamente idiota que yo tenga fama de rojo o de blanco, lo que importa es el país.” Y nunca tuvieron ellos la razón. Ése es Fonacot.

El otro es INET, el Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, del cual no hablaré; Jeff, con quien ceno esta noche —fue mi becario, como fueron otros muchos—, les diré qué maravillosa es para que vean qué modelo de institución hicimos, única en su género.

Creamos el Ceniet, que es el Centro Nacional de Informática del Trabajo, vinculando todos los servicios de informática del sector laboral, el Seguro Social, Infonavit, ISSSTE, etc. Creamos un equipo de investigación sobre los grandes fenómenos laborales: ahí empezaron los estudios sobre la migración. Empezamos estudios sobre cosas fundamentales del mundo laboral sin ver a la Secretaría del Trabajo como una barandilla donde se negocia un centavo, sino del mundo: todo sobre modelos y patrones de la Organización Internacional del Trabajo.

Creé un Centro de Psicología del Trabajo y llegó a tener un gran prestigio. Creé el Servicio Nacional de Productividad; el Servicio Nacional de Empleo, que estuvo asesorado por canadienses bajo el modelo de *manpower*, el mejor modelo que hay en el mundo, con el cual hicimos el primer convenio laboral racional que se ha hecho internacional. Lo hice con Canadá: nos responsabilizamos del reclutamiento y del entrenamiento de la mano de obra entre *manpower* mexicano y *manpower* canadiense.

Creamos el Conacurt, que era el Consejo Nacional de Cultura y Recreación para los Trabajadores, financiado por los contratos colectivos. Yo les decía: “Quiero modernizar la contratación colectiva: ustedes me dan mi mordida, como a los *croupiers* en los casinos, yo les arreglo el contrato y ustedes me dan 2 o 1% en servicios para los trabajadores, que contrata Conacurt. Petróleos Mexicanos: me contratas 1% de tu contrato con Conacurt y te doy servicios culturales, bibliotecas, obras de teatro, maestros, que paga el contrato colectivo”. El objetivo era modernizar la contratación colectiva.

SERVICIO NACIONAL DE CAPACITACIÓN DEL TRABAJO, PROCURADURÍA DE DEFENSA DEL TRABAJO, PROCURADURÍA DE DEFENSA DEL CONSUMIDOR Y ESTUDIOS DE ARQUITECTURA DEL TRABAJO CON APOYO DE LA OIT

PML: Creé el Servicio Nacional de Capacitación del Trabajo. Para que vean qué nivel de gente contrataba, mi primer director fue quien era director de Recursos Humanos del BID, vivía en Washington. Es decir, contraté a la élite, la mejor gente que encontré; incluso, dos funcionarios que contraté para estos efectos ganaban más que yo. Tuve que conseguir subsidios para pagarles, pero había que tener mucha más densidad.

Creamos por decreto la Procuraduría General de la Defensa del Trabajo, con un edificio propio, para defender en sus derechos mínimos a todos los trabajadores que no fueran protegidos por los sindicatos, cosa que me costó muchísimo políticamente con los sindicatos, no con las empresas. Les quitamos la chamba.

Creamos el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero. Allí estuvieron Alejandra Moreno Toscano y Enrique Suárez Gao-
na, que produjo una bibliografía extraordinaria; muchas de estas cosas
con créditos internacionales. Aquí tuve una ayuda muy importante de la
Fundación Friedrich Ebert. Empezamos a adquirir las memorias de
todos los líderes obreros o de los historiadores y la revista, que ustedes
han de haber conocido. Fue espléndida.

JW: ¿Qué memorias?

PML: Las memorias de las gentes de Morones, de las gentes de la
CTM; fuimos a pedírselas a las viudas para hacer un *stock* sobre historia
del movimiento obrero —que ya había hecho el grupo de Coniatzki en
México, hay que decirlo—, ésa fue la respuesta a la inquietud por racio-
nalizar la historia del movimiento obrero desde el siglo XIX en México.
Con muy poco dinero lo hicimos, ahí tuvimos una ayuda muy impor-
tante de la Ebert.

JW: ¿Compraron los papeles, hicieron entrevistas?

PML: Se empezó a hacer historia oral, ahí Fernando Zertuche fue
muy operativo; Fernando era el oficial mayor, pero como es historiador,
era, digamos, el presidente del consejo. El equipo de historia oral fue
muy pequeño, fueron dos o tres. Se hizo grande cuando fuimos al PRI y
le pedí a Fernando, que seguía en Trabajo, crear el Centro de Estudios
Históricos de la Revolución Mexicana. Ahí sí desarrollamos un muy
bonito equipo de historia oral.

JW: ¿Y el Instituto de Protección al Consumidor?

PML: ¡Ah! Claro, hicimos la Ley de Protección al Consumidor;
creamos Conampros, Consejo Nacional de Protección al Salario, que
era el movimiento obrero y el gobierno ideando fórmulas para incre-
mentar el salario real. Conampros hizo los primeros programas de
orientación al consumidor en la televisión mexicana usando 12.5% del
tiempo de transmisión, que correspondía al Estado. Llegamos a tener
programas famosos en México como *Canasta del consumidor*, durante
siete años se transmitió diariamente. Nosotros lo hacíamos, no Tele-
visa, y en nuestro equipo surgió la idea de elaborar la Ley Nacional de
Protección al Consumidor con algunas experiencias suecas, europeas

y estadounidenses, *neither, neither*. Esa ley pasó al sector de Industria y Comercio, de donde surgió el Instituto Nacional del Consumidor.

JW: ¿Cuándo se promulgó esta ley?

PML: En 1974 o 1975. Tuvo una segunda negociación con el personal jurídico de la Secretaría de Industria y Comercio y se separó en dos: el Instituto de Protección al Consumo y la Procuraduría de Defensa del Consumidor. Nuestro proyecto original era integrado.

De Conampros salieron las grandes tiendas sindicales, no como se pensaban antes, a nivel de empresa, sino con la misma tecnología que los grandes supermercados. Ahí nos trajimos al subdirector de Aurrerá. Toda la tecnología, para abaratar; los terrenos nos los daban los gobernadores y hacíamos grandes tiendas sobre 20 000 metros cuadrados. ¿Quién las manejó? El subdirector de Aurrerá, que luego quedó como funcionario de la Conasupo. Lo hicimos con Diconsa, que era la rama comercial y es ahora de la Conasupo, cuyo director era Adolfo Lugo Verduzco, que —debo decir— fue muy cooperativo entonces. Empezamos a hacer las grandes tiendas obreras. En Monterrey me atacaron y fui a rebatirlos, les dije: “Ustedes se desarrollan como burguesía industrial, no como burguesía comercial; ustedes son los primeros que hicieron sistemas de distribución de mercancías a sus trabajadores”. Fui a dar banderazos al sistema de distribución a domicilio. El de Teléfonos de México fue el primero; luego, el de la Cervecería Modelo.

Hicimos el sistema de coordinación de la jurisdicción del trabajo, un congreso anual de todas las juntas de conciliación del país, locales y las federales. Fue una institución muy importante.

Creé el Instituto Nacional de Medicina al Trabajo, convertí la Dirección de Medicina del Trabajo en un instituto nacional que funcionó espléndidamente bien con apoyo y con base en la experiencia del Seguro Social, que yo conocía bien.

Le propuse a la OIT hacer unidades modelo de arquitectura del trabajo. Fue una dimensión nueva a nivel mundial, es decir, cómo la humanización del trabajo empieza por la creatividad y el espacio físico del trabajo; me autorizó la OIT al principio un crédito. La preocupación por la arquitectura del trabajo me surgió al visitar mi propia secretaría, donde

las secretarías tenían focos sin luz. Dije: “¿Cómo puedo estar haciendo una inspección del trabajo cuando viven como cerdos aquí?” Para poder predicar con el ejemplo, compramos en Brasil unas mamparas de plástico gris que pusimos en todo un costado del edificio, el que se cayó con los sismos; toda una reforma interna del edificio. Conseguí un terreno en el sur de la ciudad: era del Banco Hipotecario, y me propuse hacer, con crédito internacional y asesoría de la OIT, a través de un concurso mundial de arquitectos, el gran edificio modelo de la arquitectura del trabajo que sería la Secretaría del Trabajo y Previsión Social de México, proyecto que me pararon en vísperas de la sucesión presidencial.

El Servicio Nacional de Empleo lo hice relativamente con el servicio de empleo que estaba creando la OIT. Nuestro amigo Emmerich, ahora director del Instituto del Desarrollo en Holanda, vino a hacer con nosotros el servicio de empleo: el programa tuvo los mejores técnicos que había en el mundo. Fue un esfuerzo consistente por dar a la administración del trabajo y a la política laboral la dimensión que merecen en un país como el nuestro, donde el valor fundamental es el trabajo. Se creó toda una ideología en torno al valor trabajo, es decir, no solamente al salario, sino el valor del universo laboral. Hice algunas cosas en México y otras las dejé a medias.

Mi penúltimo discurso en la Secretaría del Trabajo antes de dejarla, más o menos dice así: “Todos vivimos en parte de nuestro trabajo y de los beneficios del capital. No hay nadie que no trabaje aunque sea un minuto al día: hasta el que está jugando en la bolsa de valores tiene un minuto en el que trabaja hablándole a su corredor. Entonces, todos los seres humanos somos un coctel entre lo que percibimos por la renta del capital y lo que percibimos como fruto del trabajo. En un país como el nuestro, 96 o 97% de los mexicanos vivimos predominantemente del fruto de nuestro trabajo, por eso éste es un país de trabajadores y toda la filosofía del país debe estar fundada en que somos un país de trabajadores”. Y por eso mi discurso de toma de posesión en el PRI es que el PRI es un partido de trabajadores, es decir, no es el obrerismo sino una concepción global. Preconicé que en el corazón de la política

de desarrollo del país estuviera la revaloración del factor trabajo y del universo del trabajo. Creo que terminé con eso.

LF: ¿Pero qué efectos políticos originó la estructura paralela? ¿Hubo mediaciones, negociaciones?

PML: Es que no necesariamente es paralela. En la Secretaría del Trabajo todo estuvo integrado en un proyecto, no hubo ninguna institución excedente ni paralela.

HABILIDAD ADMINISTRATIVA PARA TRANSFORMAR LA STPS

PML: Había que refundir un poco algunas instituciones u organismos. En el caso de la Secretaría del Trabajo todo eso hacía falta y no era reiterativo ni redundante; eran estructuras colaterales, lo que a veces es muy útil. Cuando tienes el problema de que no puedes atacar aquí, entonces creas un centro paralelo o algo similar. Eso ocurre en cualquier institución, incluso en la Universidad. Por ejemplo, ¿quieres hacer un nuevo programa para estudiar la migración de México? A lo mejor dentro del Instituto o el Centro de Estudios Latinoamericanos no cabe, entonces hay que crear un órgano colateral.

Esa redundancia no es exceso sino necesidad, aunque a veces la redundancia sí es repetición; no creo que se pueda hacer una generalización. En nuestro caso no hubo nada redundante, inclusive al crear organismos desaparecí otros. Por ejemplo, la Dirección General de Previsión Social la dividí en cuatro. Es decir, organismos viejos se dividían en varios o en nuevos organismos que remplazaban a los antiguos. Tuve la preocupación por no repetir funciones.

JW: ¿A qué atribuyes esa habilidad administrativa que ejerciste?

PML: Principalmente a mi experiencia de año y medio en la Secretaría de la Presidencia, que fue uno de los periodos más formativos de mi vida como funcionario público porque tuve que ver con todo: inversión pública, programación, reforma administrativa, ideología nacional, política exterior. Teníamos lo que se llamaba un dado, porque habíamos analizado las instituciones públicas en los sentidos vertical y horizontal, y en el sentido vertical también había una gran deformación, la

multiplicación de servicios sin atribución de control específica o fuera de su área natural. De ahí surgió la sectorialización, para concentrar al gobierno en funciones fundamentales.

Hicimos una historia de la administración pública en México desde la época de la República, 1924, analizada en organigramas. Los servicios fundamentales del Estado habían sido cuatro: la justicia, las relaciones internacionales, la tesorería y lo que se llamaba fomento, que era el origen de acciones en muchos ámbitos; la educación surgió muchos años después como una rama de la justicia. Nuestra idea era concentrar en ramas básicas y sectorializar las empresas y organismos, porque eso nos daría una idea clara de cuáles eran excedentes y cuáles no, y quedarían sujetos a una política. La idea de sectorializar obedecía a lo siguiente: que quedara muy bien especificado a qué función y a qué organismo rector estaban atribuidas las dependencias, y se acabara el hegemonismo excesivo, incluida la Secretaría de Hacienda.

Los fideicomisos existentes —anteriores a la época de Echeverría— eran muchísimos; en todos había quedado como fideicomisaria Hacienda. Había fideicomisos deportivos, culturales, agrícolas, sobre los que Hacienda mandaba. Una forma del hegemonismo de la Secretaría de Hacienda era que, por mandato de ley, se imponía como autoridad. El Fondo de Cultura Económica era el caso prototípico, era un fideicomiso, y como Hacienda era el fideicomisario, el secretario de Hacienda nombraba al director. Era otra forma del imperialismo hacendario.

Entre nuestras primeras acciones estuvo la de estudiar la situación. La verdad es que en esa época hice muchas cosas, como una conferencia que di en el Instituto de Administración Pública a la que ya me he referido, donde hablé por primera vez en México del “Estado obeso”, de la hipertrofia gubernamental. Dije que el Estado tenía el defecto, cuando crecía, de que sus instituciones o sus criaturas no se regían por reglas competitivas, y cuando además eran separadas del origen que las creó, quedaban como organismos remanentes con vida propia, sin control administrativo y sin control competitivo; que las administraciones públicas hipertrofiadas parecían museos donde se acumulaban testimonios de épocas pasadas, que ahí estaban los órganos sin corresponder ya

a ninguna función, y que había que hacer una revisión histórica de la administración pública para saber por qué se habían creado y si correspondían a un objetivo actual. Hablé del “Estado obeso” refiriéndome a Gunnar Myrdal,¹³ que es el autor de esta idea.

La administración de De la Madrid ha hablado de “Estado obeso” porque alguno de estos jóvenes me leyó, pero no saben ni a quién están citando: no es Muñoz Ledo, es Myrdal, y Myrdal habla de “Estado obeso” en un sentido distinto al que le dan los tecnócratas. Para Myrdal el “Estado obeso” es el que pierde agilidad porque pierde las funciones, porque en detrimento de las funciones centrales se crean funciones accesorias. No han hecho una sola reforma administrativa en lo que va del sexenio, no tienen idea de lo que es. Liquidan los servicios de la reforma administrativa, no saben lo que es reducir personal, lo que es mejoramiento en los servicios del Estado; han liquidado los sistemas de capacitación del Estado, ¿dónde está la mejoría? Claro, el Estado ahorra cuando capacita, cuando funcionaliza sus servicios, ahorra cuando realmente quita grasa excedente, no cuando amputa. Yo les decía: “Estos muchachos son tan tontos que un día lo que se van a cortar es la cabeza: ‘Me sobran 20 kilos, córteme mi cabeza, que vale 20 kilos’”. “Córten-sela”: eso es lo que entiende la reacción dentro del gobierno.

JW: No, dicen otra cosa. Dicen que están desconcentrando, dando parte del gobierno a los estados, al municipio, como es educación.

PML: No se lo están transfiriendo, no es cierto, perdóneme, ahorita voy a la descentralización educativa.

JW: ¿Y reforzando el municipio?

PML: No están reforzando al municipio porque no hay transferencia de recursos al municipio; no están transformando la administración estatal porque tampoco hay transferencia de recursos. La descentralización educativa, como la entienden —y desde el gobierno anterior—, la hacen desnaturalizando y hasta pervirtiendo nuestra tesis de descentralización educativa; es desconcentración y crea burocracia excedente, consiste en poner a un controlador general de educación sobre los servicios

¹³ Gunnar Myrdal (1898-1987). Economista, sociólogo y político sueco.

educativos regionales para ver si hacen un cierto equilibrio con el sindicato, pero de todas maneras los paga y administra la federación, es un plan de desconcentración con una burocracia excedente. Luego me referiré en detalle al problema de la descentralización educativa. Voy a dejarlo así: publicamos el primer directorio de las empresas públicas y fideicomisos —nunca habían sido publicados hasta mi gestión—, donde aparecieron empresas que ni se sabía que existían en el gobierno, y lo enviamos a los periódicos: se lo hice llegar a Daniel Cosío Villegas, que publicó un artículo que tituló “Bicicletas Cóndor”, justamente criticando un exceso y descontrol de las funciones económicas del Estado.

JW: ¿Y qué tenían en contra de Bicicletas Cóndor?

PML: Bicicletas Cóndor se había quedado en el gobierno porque un fabricante de bicicletas había quebrado, entonces Nacional Financiera tuvo que absorber los pasivos de la empresa y nombrar un gerente; esa situación llevaba 10 años y a nadie se le había ocurrido revisar el estatus, porque el señor que habían nombrado de gerente ahí estaba. Naturalmente, ese tipo de empresas había que recolocarlas, pues no tienen nada que hacer en el gobierno, pero no hay que acusar al gobierno por haberse quedado con ellas porque sea un estatista feroz: era una forma de salvar una fuente de trabajo que luego se convertía en una inercia burocrática.

La base de esa conferencia de que les hablo está en impedir que las estructuras administrativas se perpetúen al margen de la función y del objetivo para los que fueron creadas. Pero de la misma manera, el Estado debería estar dispuesto a crear nuevas funciones. El principio no es aumentar ni disminuir, sino que las cosas que existen sirvan para algo y sean instrumentos necesarios para un objetivo, y si son excedentes, que se vayan.

No creo que ni antes ni después del 71 se haya hecho un estudio tan riguroso sobre la estructura del sector público ni definiciones tan claras como las que hicimos entonces, y no complacientes. Las instituciones que creamos directamente nunca las hicimos monstruosas ni repetitivas, y siempre buscamos que fueran una concurrencia de funciones y de organismos ya existentes. Pongo como ejemplo el Instituto Nacional de Estudios del Trabajo: el INET funcionó en un edificio de cuatro pisos y tuvo

los mejores servicios. ¿De qué se trataba? De dar los mejores cursos de sociología del trabajo, de psicología del trabajo, de economía del trabajo, de derecho del trabajo, etc., e hice un convenio con las instituciones que tenían el más alto nivel para dar conferencias. Psicología del trabajo la contraté con la Iberoamericana; derecho del trabajo lo contraté con la UAM, con Enrique Álvarez del Castillo; sociología del trabajo con El Colegio de México. Claro que me hubiera sido muy fácil hacer una nómina para meter a 50 cuates, pero no se trataba de eso, al contrario; inclusive, a nuestros investigadores nos los pagaban las instituciones. Como ven, hay muchas maneras de crear funciones sin producir obesidad.

JW: Debiste tener gran apoyo presidencial y buena dosis de autonomía para trabajar en eso.

PML: Yo tenía muy amplio margen de decisión, aunque no todos los secretarios de Estado. El licenciado Echeverría aceptó, por los propios equilibrios a que me estoy refiriendo, que había esas columnas y había la necesidad, y además conocía mi teoría de crear una columna nueva dentro de su proyecto; fueron resistencias las que encontré en él, más que nada. Tenía un margen amplio de decisión, pero desde luego, el presidente dosifica la rapidez del cambio.

SECRETARÍAS DE LUJO Y SECRETARÍAS DE BARANDILLA

JW: ¿En qué sentido el presidente quería otros ritmos? ¿En velocidad del trabajo, en los términos de la contratación, en la fecha de los resultados?

PML: Respecto de la velocidad, fui a una velocidad fenomenal; en año y medio ya habíamos cambiado la secretaría. Creo que el problema fundamental que teníamos era —aunque parezca algo secundario— el nivel de retribución. Parte del monopolio del sector financiero lo usan para autopagarse a su conveniencia. Los funcionarios del sector financiero no solamente tienen sueldos muy altos, sino que además ganan una cantidad de dinero enorme a través de los consejos de administración. Eran miembros de todos los consejos de todas las empresas, y aun siendo honoríficos muchos de ellos, el nivel de ingresos que tuvieron fue altísimo.

Había varios niveles de desarrollo del gobierno —aún los hay—. Hay secretarías de lujo en cuanto a remuneración y estatus, están las medias y las verdaderamente proletarias. La Secretaría del Trabajo era como la Procuraduría del Distrito, una secretaría de barandilla, de abogados mal pagados, lo que favorecía cierto tipo de corrupción menor, del dinerito extra como en los juzgados. No digo que haya habido deshonestidad, no la había sustancialmente en la secretaría, pero sí esa pequeña corrupción menor y marginal, propia de gente mal pagada.

El primer problema que se planteó fue la remuneración. Descubrí algo que había sucedido con un antecesor en mi puesto de 12 años antes: un colaborador administrativo suyo tenía un mecanismo para dar compensaciones adicionales indispensables a los funcionarios a través de una partida para comprar escobas y jergas, así, “artículos de aseo”, y tenía un arreglo con una casa comercial en la cual le hacían las facturas, que en realidad servían para hacer un fondo con el cual pagar esas compensaciones a quienes trabajaban en la noche, como los conciliadores. Claro que no me parecía un método ortodoxo, pero desde luego no había falta alguna a la honorabilidad. Era un recurso extremo para pagarle a la gente.

Cuando empecé a contratar me propuse duplicar o triplicar los salarios, siquiera al nivel formal de los de Hacienda. Hablé con el licenciado Margáin, secretario de Hacienda, le conté lo de la partida de escobas y jergas y me prometió gestionarlo, pero había muchas dificultades; así pasé cuatro meses muy mal, porque no les podía pagar. Finalmente tomé la decisión de pagar a crédito, y para eso conseguí un crédito.

JW: ¿Un crédito de dónde?

PML: Un crédito que me consiguió un amigo mío en algún banco paraestatal; no se quién dio el aval. Empecé simbólicamente a pagar sueldos a crédito y le dejé el problema al gobierno. Un día le dije al presidente: “Señor, fíjese que aquí hay una de dos, o me voy a la cárcel o me aumenta, porque no puedo pagar a crédito y no acepto que la gente de Hacienda gane el triple que mis funcionarios. Si usted dice que se ha vuelto un Estado reaccionario, ahí está el origen: una élite concentradora y los demás somos unos miserables”. Me las ingeníé, pero el caso es que se les dio un nivel de remuneración equivalente al mejor nivel

del gobierno, y eso pasara lo que pasara. Muchos años después, cuando llegué a Nueva York había un departamento muy bonito, pero apenas para una familia en un edificio donde vivían nada más primeros y segundos secretarios de embajadas, yo ni sabía, pero cuando me enteré de que dos tercios de los secretarios de misión tenían casas donde recibían, planteé la necesidad de una casa. Mi antecesor me dijo: “No, Porfirio, no pelee; nada más lo van a odiar”. Para la Secretaría de Relaciones Exteriores ya es muchísima concesión que alguien esté en Nueva York, y como ya está allí, pues no le dan nada de lo demás: ya es tanto estar en Nueva York, que entonces lo castigan. Le contesté: “Pues es una irracionalidad. No, yo la voy a pelear, y si no me la dan me voy y se acabó”.

También depende de los pantalones que la gente tenga, a qué le da prioridad; por eso hay el mundo de los agachados, el mundo de los arribistas, el mundo de los lambiscones, es parte de la decadencia del sistema. El no hacerse notar, acomodarse, hacerse de ladito, no cambiar estructuras, ir la pasando, flotar, con todo eso hay que acabar.

JW: Por tu cuenta y riesgo, estabas pasando por encima de un tabú de la cultura priista: la disciplina, que inclusive confunden mucho con la lealtad.

PML: Lealtad, a los principios. En un documento que se volvió medio clásico dije, citando a un clásico también, que el mayor valor de la política no es la obediencia sino la congruencia.

La disciplina significa que, en un momento final después de que algo ha sido peleado y debatido, uno sepa aceptar una línea de conducta, pero una vez que uno ha establecido su peso específico y tiene la convicción de haber establecido el equilibrio posible.

CONCEPTO DEL DESARROLLO COMPARTIDO

JW: ¿Cuándo concibieron la frase o el concepto *desarrollo compartido*?

PML: En el primer año de gobierno.

JW: ¿Eso surgió de ustedes, o quién lo originó; fue una expresión de fuera, tal vez una manera de explicar lo que se estaba tratando de hacer?

PML: No podría decir quién lo originó; recuerdo haber escrito eso en los primeros meses, no sé si de la campaña electoral o en los primeros meses de gobierno. Eso corresponde a una necesidad de conceptualizar, de verbalizar ideas que uno va manejando. Van surgiendo las definiciones, de modo que a veces no es fácil ubicarlas en el tiempo. Habría que revisar todo. De repente se encuentra una expresión, y esa expresión queda; por ejemplo, *apertura democrática*, ¿cuál fue el primer texto en que se usó? No lo sé, pero de repente fue quedando esa expresión como síntesis; *desarrollo compartido* fue otra.

JW: ¿Hasta cuándo duró este concepto como dominante?

PML: Dominan durante toda la administración, mientras no se revisa la terminología.

JW: ¿Hasta cuándo?

PML: A lo largo de toda la administración de Echeverría, hasta donde recuerdo.

JW: ¿Y López Portillo?

PML: Pues todos los presidentes están en la obligación, dentro de un sistema, de renovar el lenguaje. Se recuperan ciertos contenidos pero el lenguaje se renueva.

López Portillo al principio le dio a su campaña electoral un contenido ideológico semejante, pero con un planteamiento estratégico distinto. Como candidato habló de la obra de Cárdenas y de Echeverría, y dijo que asumía la responsabilidad de seguir esas líneas de la Revolución mexicana, ése fue su discurso de toma de protesta, pero fue variando en cuanto al método en muchas cosas. La frase que, por ejemplo, surgió de su campaña —que tampoco se inventó en un día, sino que se fue repitiendo en discursos— fue: “La solución somos todos”. Por “la solución somos todos” estaba implicando que no era solamente el Estado o el gobierno el que daría la solución a los problemas, sino que había de implicarse el conjunto de la colectividad en la solución, había que ser más participativos, menos estatistas. En un comienzo la frase era más completa y decía: “El problema somos todos, la solución somos todos”. Es decir, todos somos responsables y todos tenemos, en cada una de nuestras esferas de vida, la clave de la solución.

JW: ¿Y el lema de Miguel de la Madrid?

PML: No tuvo lema, tuvo una idea predominante que fue la “renovación moral de la sociedad”, que era una crítica más o menos cimarrona a los excesos en materia de corrupción, de nepotismo o de lo que fuera que se le atribuía al gobierno anterior.

JW: Si estamos, éstos son lemas como “México, un solo camino”, de López Mateos, ¿no?, o “México es primero”. Esto fue de quién, ¿de Díaz Ordaz?

PML: Hay lemas y hay eslóganes. El eslogan de Echeverría fue “Arriba y adelante”, que así había concluido un discurso el 5 de febrero, y que tenía también algo que ver con el 68. Fíjate, algunos maliciosos dijeron que había salido del grito de guerra de los franquistas, “Arriba, escuadras, a vencer”; no, “arriba” significaba entonces exhortar a levantarse de la postración del 68, “vamos a ponernos de pie y a seguir adelante”. Como quien dice, borrón y cuenta nueva, “arriba y adelante”, ése es el sentido original.

JW: Pero el modelo de desarrollo estabilizador hasta...

PML: Desarrollo compartido. *Desarrollo compartido* lo pensamos un poco, es cierto; no sé a quién se le haya ocurrido la frase, a lo mejor surgió en nuestro equipo, no estaría yo seguro si era una manera de contraponerlo a *desarrollo estabilizador*.

JW: ¿Todavía no tenemos otro modelo desde entonces?

PML: Es una frase, no estamos diciendo necesariamente que es un modelo; no he dicho que sea un modelo sino que hablamos de una expresión. Se buscó en el terreno político una apertura, no tanto con el pluralismo de partidos sino de los canales del propio Estado y del sistema en su conjunto a la inconformidad y al reclamo popular; una apertura también en la capilaridad del sector público, que inauguraba la posibilidad de que gente de distintas ideologías o de pensamiento más avanzado o más jóvenes ingresaran a niveles altos del sector público. Una incorporación sistemática de grupos, de sectores y de organizaciones al debate de los asuntos públicos, y en ocasiones a la toma de decisiones. Característicos de ese sexenio fueron los numerosos grupos de campesinos, de estudiantes, de científicos, de artistas que iban a frecuentes

desayunos, cenas, debates, ceremonias en Los Pinos. Se quería, en cierta forma, incorporar a los distintos grupos al diálogo con el gobierno; fue fundamentalmente una apertura al diálogo. Pero no estaba en ese propósito, por ejemplo, fomentar o impulsar mayormente la pluralidad de esos partidos sino abrir las compuertas; fue la respuesta a una administración que se había anquilosado mucho y que, justamente, le habían crecido los problemas por falta de diálogo con la gente. Eso en lo político, en lo económico creo que hubo varios momentos. En el primero se trató de fortalecer la inversión pública, nuevamente como motor del crecimiento económico, lo que de alguna manera se había perdido, y por el otro lado, un aumento del mercado interno por medio de una política salarial más intensa y de una mejor remuneración a los trabajadores del campo. Obviamente, los problemas que una política de este tipo genera son, por un lado, inflación, y por otro, el del financiamiento.

El problema inflacionario no se dio —lo más importante tal vez, desde mi enfoque, de los resultados económicos de esa administración— porque se comprobó en los hechos que en un país con la estructura económica de México, un régimen de salarios adecuado y graduado no es inflacionario. Esto se explica por razones que han sido escritas ampliamente por el investigador con quien tendré hoy el gusto de cenar, que lo ha dicho de una manera muy sistemática y creo que irrefutable, y es porque la parte del costo del trabajo que corresponde al costo de producción es muy pequeña; el nivel de la planta industrial subutilizada es importante y es relativamente fácil regular, mediante salarios, la ampliación del mercado. Además, en la planta industrial hay la flexibilidad suficiente como para que se dé una inversión adicional masiva que amplíe también producción y ganancia. Mientras no encarezcan los costos del financiamiento, este proceso se puede dar.

Lo que decías hace un momento es importante. Sobre esto Ifigenia Martínez tiene un estudio espléndido, y otro Armando Labra. Ifigenia ha probado que en esos tres años del gobierno de Echeverría aumentó como nunca, desde Cárdenas, el ingreso real de los trabajadores; aumentó la ocupación de la planta industrial, aumentó la productividad y la ganancia legítima del capital no especulativo, del capital invertido. Los

cuatro índices son comprobables; creo que eso son buenas cuentas. ¿Qué cosas fallaron? Muchas. Fundamentalmente, no se encontró un conjunto de soluciones adecuadas a la inflación, que no es generada por salarios, y no lo es, en primer lugar, porque corresponde a un índice inflacionario mundial, y dos, ahora *a contrario sensu* o a demostración posterior, porque cuando se implantó el tope de salarios por el primer acuerdo del FMI empezó la inflación.

Hay una época increíble, pero muy importante, de la que he hablado en conferencias: cuál fue la relación en los años setenta entre salarios e inflación en América Latina. Conozco el caso de México y he explorado el de otros países, vi cifras comparativas que están haciendo en Perú. Di algunas indicaciones de cómo creo que debe hacerse esa investigación. Miren, hay una época donde muy claramente sube el salario real y se estabiliza la inflación, hay otro momento en que se detiene el salario real y vuelve a crecer la inflación, y hay un tercer momento en que baja dramáticamente el salario real y crece dramáticamente la inflación; de 1972 a 1982-84 se dan esos tres momentos donde, en los tres, hay una relación perfectamente clara pero inversa entre salarios e inflación. Para decirlo en pocas palabras, es absolutamente comprobable en la historia reciente de México, sin discusión posible, que entre más han bajado los salarios más ha subido la inflación, y esto debe ser motivo de profundas reflexiones; además, es indiscutible pues así están los datos en la historia.

Entonces, ¿qué es lo que falló? Nuestros salarios no fueron inflacionarios, para nada. En 1972 hubo dos corrientes sensatas dentro del gobierno, porque en ese momento lo discutimos en un clima de inteligencia y de armonía. Yo era de los que pensaban que la inflación era un hecho más o menos estructural y que había que convivir con inflación moderada; veíamos indicadores mundiales, entendíamos que se entraba a una época inflacionaria de un modo u otro, y estaban quienes pensaban que, aun siendo eso cierto, México debería quedar excluido de la era inflacionaria. Estimaban que era indispensable tomar las medidas que fueran necesarias para que México no entrara a una época inflacionaria aun al precio de la recesión, pero dentro de los planes del gobierno, de la dinámica y la ideología del gobierno.

LA RECESIÓN DE 1972

PML: Obviamente la recesión no entraba, era lo último que podría considerarse, inclusive dado el carácter y estilo de gobierno de Echeverría. Sin embargo, debo decir que finalmente estuve de acuerdo —y eso fue un acto muy reflexivo de mi parte como representante del sector que me correspondía—, y lo estuvo la mayoría y el presidente, que era quien tomaba las decisiones, en dar el beneficio de la duda y ensayar un año de recesión.

La propuesta recesiva fue consistente y, diría yo, orgánicamente manejada por Ernesto Fernández Hurtado, director del Banco de México. Cuando menos, él fue quien me hizo las exposiciones más sensatas de la tesis de ellos.

El presidente aceptó la recesión del 72 —no se la impusieron— para ver si la inflación se detenía y luego el país arrancaba su crecimiento en los mismos niveles de inflación; pero ocurrió que la inflación no se paró. En el 72 tuvimos en México la señal de algo nuevo que ya se experimentaba a nivel internacional, que era un fenómeno poco conocido antes y se llama *stagflation* (estancflación); pero antes no se hablaba de la *stagflation*, que sería algo capaz de detener la inflación, y la inflación seguía.

Estoy diciendo generalidades; quizá un economista me reprobara, pero lo digo hasta donde llega mi horizonte histórico de recuerdo y reflexión. En México la inflación siguió. La economía, que estaba creciendo al 5, al 6%, bajó considerablemente. Al año 72 habíamos crecido al 1 o 2%, pero eso no fue accidental sino una decisión que el gobierno aceptó a propuesta del Banco de México. Ahí se reveló que existía la *stagflation*; luego, en 1973 el gobierno recuperó su nivel de actividad económica y aceptó convivir con una inflación moderada.

Fui muy explícito en decir que la primera elevación de salarios en el 73 había de hacerse a título experimental, que había que ver cuál era la consecuencia, y estaba seguro de lo que estaba diciendo. Creo que gané la prueba del 73; la prueba del 72 la perdió el Banco de México porque hubo recesión pero no paró la inflación, y gané porque hubo aumento de salarios y no aumentó la inflación, entonces no andaba nada equivocado.

Viene el 74, y pienso que ahí se genera el problema, porque hasta ahí las cosas no iban mal dentro de la coyuntura. En el 74 viene el segundo aumento de salarios. Para entonces yo ya pensaba en reformar la ley, de modo que la solución del 74 no fue la mía; ahí tuve que ceder frente a lo que podría llamar la rigidez de la posición tanto de sindicatos como de empresarios.

En el 74 mi idea no era un segundo aumento excepcional de salarios. El proyecto de ley Bonilla-Muñoz Ledo era indexar los salarios mínimos para que aumentaran cada vez que subiera 10% la inflación, o revisarlos anualmente con relación al índice inflacionario aunque no se llegara a 10%, pero sobre mínimos, no a escala móvil, por muchas razones. El salario mínimo en países como México es tremendamente correctivo porque mueve casi la mitad del universo de salarios; es muy igualitario, mantiene la demanda de básicos y no sobrepremia a las élites sindicales. El arte de la política gubernamental de salarios es saber manejar los mínimos.

JW: Y que los fije una Comisión.

PML: Bueno, la Comisión de Salarios Mínimos, pero indexado quiere decir que si la inflación pasa de 10%, automáticamente se indexa al 10%, demostrando que históricamente no se había perdido, es decir, que los salarios mínimos habían venido alcanzando a la inflación. No aceptaron, hubo oposición empresarial pero también de los sindicatos; ellos siempre quieren la lucha de gladiadores, la negociación global, y que se aplaquen los salarios y la totalidad del contrato.

Lo que mi sector tripartito preconizaba era que conviviéramos con la inflación sin acelerarla, pero indexando racionalmente los salarios, que tuviéramos una indexación de precios por costos; preconicé mucho una política de costos en México, incluso una delegación fue a Brasil para ver su política de costos, es decir, que el cambio de uno de los insumos de la producción no afectara el costo del conjunto.

Creo que la política de precios-costos no se puede hacer como un acto de autoridad; se necesitan compromisos políticos y mecanismos técnicos que permitan un mínimo de economía de costos, que se distingan los componentes de un precio, porque si no, viene la reetiquetación

salvaje, que es lo que hacen en México. ¡Subió el dólar, y para arriba con los precios!

Desde luego, como lo pude vivir, en primer término el mecanismo tripartito que habíamos montado daba un poder relativo y una imagen pública fenomenal a la Secretaría del Trabajo, pues el hecho de que el secretario de Hacienda y el de Industria y Comercio fueran a discutir a mi oficina con los empresarios tenía una importancia grande.

Los rivales por dentro y por abajo, dentro de la competencia política, empezaron a dinamitar tremendamente. Me fue muy difícil armonizar la imagen de la Secretaría del Trabajo como cabeza del tripartismo y, al mismo tiempo, con los grandes aumentos del salario, donde teníamos que tomar el lado de los trabajadores en tanto que no salían las leyes que ya habrían evitado los conflictos e institucionalizado el aumento; creo que en que no salieran esas leyes también hubo mucha mano negra dentro del gobierno. Si hubiera podido institucionalizar el movimiento de salarios de modo que no se diera en un universo conflictivo donde yo tenía que tomar el partido de los trabajadores, creo que habría podido compatibilizar el tripartismo, porque finalmente el aumento de salarios habría sido también un mecanismo tripartito a través de la Comisión Nacional y no en el conflicto.

El siguiente paso fue que se me empezó hacer muy mala imagen con los empresarios: me atacaban mucho por lo de Fonacot, por lo de las huelgas. Yo no manejaba los medios, y esta imagen de *Porfirio el Rojo* que todavía queda por ahí, dentro y fuera del país, se empezó a extender mucho. Hubo incidentes a los que ahora no me voy a referir, como mi viaje a Monterrey para defender el libro de texto gratuito —fuera de mis funciones, por indicaciones del presidente—, sobre el cual se hizo un gran escándalo. Hubo mucha política interna y política que tuvo que ver con la sucesión presidencial, política donde participaron obviamente elementos destacados del sector empresarial, pero en combinación con elementos del gobierno. Eso es uno de los dos aspectos.

JW: Aparte de esa campaña, ¿crees que la Secretaría del Trabajo influyó para que se consideraran otros criterios en la definición de la política económica del país?

PML: Tuvo una repercusión enorme, pero también en el diseño de la política interior, pues eran los dos sectores desde donde se me combatía. ¿No los titulares de las otras dos oficinas se llamaban Mario Moya Palencia y José López Portillo? No quiero decir más, pero todavía me duelen las patadas de entonces. Era un asco.

Además, la Secretaría del Trabajo tuvo mucho peso en el diseño de las políticas sin instrumentos hacia afuera: grandes oficinas de prensa, dineros, redes de influencia en los periódicos, mando sobre la televisión. Ahí hubo una inequidad importante. Había una desproporción gigantesca entre los controles e influencias —y en dinero— que las secretarías de Hacienda y de Gobernación manejaban para prensa, televisión, radio, periodistas, clase política, comparados con los que tenía la Secretaría del Trabajo; lo que yo manejaba era una oficinita de cinco gentes. Era la influencia interna que tenía en la toma de decisión de las políticas y en la definición incluso de la ideología nacional. Creo que eso fue nuestro talón de Aquiles, y nos volvimos muy vulnerables desde el ángulo de la opinión pública e incluso del juego político externo, tanto del sector público como del privado.

JW: ¿A qué te refieres cuando hablas de golpes bajos?

PML: A insidias de todo tipo. Desde columnistas en los periódicos, chismes, intrigas, maniobras palaciegas, hay de todo.

JW: Chistes.

PML: Claro, pero realmente en México los chistes que funcionan siempre son los que se refieren al presidente, no a los secretarios de Estado. Ahora, la ruptura, ya no respecto del futuro político del secretario del Trabajo, que es de sobra conocido hasta hoy, sino respecto de la política general del país y de la política económica, creo que vino por varios factores; uno fue la resistencia a mover la paridad. Para entonces —no hablo todavía del 79, que fue el momento más alto de la inflación estadounidense— la inflación de Estados Unidos en el 74 —punto de referencia obligado— debe haber estado por 6%, y la inflación mexicana ya estaba en 17, 18%. Esto establecía un desnivel en pesos relativos que necesariamente conducía a un ajuste de la paridad porque empieza un fenómeno de sobrevaluación del peso, pues si en México las cosas

son más caras con la inflación, el dólar, cuyo precio no se mueve, resulta barato, hasta que llega un momento en que lo único que está barato en el mercado es el dólar; hasta cómico parece. Claro que hay facilidades para la exportación y al principio así se justifica, pero hay el turismo que sale, el encarecimiento de las importaciones y una serie de fenómenos que al principio no se notan, pero que después crean todo un circuito perverso.

Así que nosotros éramos partidarios de que empezara a moverse la paridad, pero no se movió. El sector hacendario se casó con la paridad fija por buenas y por malas razones. Las buenas seguían siendo las de antes del 72, y había que conservarla: no les entraba la idea de que estábamos en una época inflacionaria, y si ya había inestabilidad de precios, no querían entrar en la inestabilidad cambiaria; se defendían, tenían una justificación, que era el aumento de las exportaciones y el incremento del turismo.

Pero el turismo se encarecía. Era más caro ir a México, porque el dólar era barato. El aumento de las exportaciones era otro argumento y uno más eran las resistencias naturales de la banca central a entrar en una época de inestabilidad cambiaria pues el país, desde 1954, tenía la misma paridad. Ahí la resistencia puede entenderse como lógica, por la esperanza de reabsorber el fenómeno: termina el sexenio y a lo mejor viene otra política económica. Pero había otra razón adicional: que el secretario de Hacienda era precandidato a la presidencia, y nadie podía pensar en que se sufriera una devaluación que lo afectaría.

Debo decir que desde el 71 planteamos en Presidencia la idea de ir pensando en la paridad; esto fue de una manera casi adivinatoria porque no tenía yo entonces nivel de reflexión técnica y económica para que la idea fuera mía. En ese agosto trágico del 71 hubo una serie de devaluaciones, se devaluó el yen, se puso a flotar la moneda israelí, etc.; entonces le hicimos un memorándum al presidente sobre la necesidad de mover la paridad, pues estábamos a nivel de 5, 6% de inflación apenas, o de flotar el peso. Esto me lo coordinó Leopoldo Solís; participaron David Ibarra, Gerardo Bueno, en fin, de los mejores economistas de México, y se lo presenté al presidente como subsecretario de la Presidencia antes

de la recesión del 72. Este tipo de planteamientos casi coadyuvaron a la política recesiva. La reacción fue tremenda; nadie se atrevió a llevarlo. Yo lo llevé y recuerdo que el presidente, al término de una ceremonia, me juntó con el secretario de Hacienda, con el subsecretario, con el director del Banco de México, por nombres Hugo Margáin, Mario Ramón Beteta, Ernesto Fernández Hurtado, y me oyeron. Pues me dijeron que no. Me acuerdo que terminó todo en un chiste de Margáin, que me dijo: “Porfirio, el peso no flota, se hunde, ja, ja, ja”, y ahí terminó la reunión. No hubo mayor análisis del problema, me quedé con mi memorándum.

Para no entrar en la confidencia, por una serie de circunstancias peculiares, cuando López Portillo entra a Hacienda en 1973, habida cuenta de la buena relación que había tenido con él —y por eso digo que estos tres nombramientos estaban vinculados—, el presidente de la República me pidió —antes de que llegara a Hacienda López Portillo y sin que yo supiera que esto iba a ocurrir— que tuviera conversaciones con los factores de la producción, que me reuniera en casa con empresarios, para tomar un poco el pulso de la situación en los últimos días de Margáin. Como yo era el presidente de la Comisión Nacional Tripartita, era natural que el presidente de la República me pidiera un *state of the art*: “Púlseme la situación, ¿cómo están, qué quieren? Tráigame una síntesis, hable con los banqueros, con los comerciantes, con los industriales, con todos. A ver qué traen”.

Le hice mi síntesis: cómo estaban, qué querían, qué buscaban; me reunió con López Portillo horas antes de que tomara posesión, para que yo le transmitiera el pulso. Ahí había un servicio que le estaba haciendo al entregarle mis observaciones a quien iba a ser secretario de Hacienda, pero también creo que era una manera de vincularnos en el mismo propósito.

Para mí esa conversación con López Portillo fue muy importante, porque percibí en él dos cosas fundamentales, eran muy evidentes dos intenciones suyas la mañana que tomó posesión de la Secretaría de Hacienda. La primera, acabar con el grupo financiero al que luego le dio el poder: los quería correr a todos, todavía traía polvos de aquellos

lodos de cuando nos habían hecho la vida imposible. No a todos, porque estimaba a algunos como el licenciado De la Madrid, pero un poco quería dar un golpe muy fuerte al poder del viejo grupo hacendario y renovar el personal de Hacienda. Por alguna razón no lo hizo, supongo que fue una prudencia del presidente de no querer desequilibrar ese sector, el viejo respeto reverencial a esa tribu, los imprescindibles, que siempre habían jugado mucho con su imprescindibilidad. Aquella conversación fue muy importante, inclusive muy claramente me dijo lo siguiente: “Dígaselo usted al presidente, ayúdeme, volvamos a nuestros viejos tiempos en que bateábamos para el otro lado; ayúdeme, yo le pongo la pelota”.

Eso es una cosa, y lo otro, que estaba muy flexible a la idea de la paridad. Le dije: “Mire, debe moverse la paridad; usted lo sabe, licenciado. Luego se la van a achacar a usted, una cabeza truncada es lo que flota sobre el agua. Se va nuestro amigo Margáin; el peso se devaluía porque se va Hugo y la culpa se la lleva el que se fue. ¿Por qué no hacemos flotar, respetuosamente, el cadáver de nuestro amigo Hugo sobre el río de la Piedad? —le dije—. Que haya un responsable de la paridad, porque si no, usted va a cargar con ella”. “¿Cómo la vería usted?”, me preguntó. “Pues así, asá y asado —le expliqué—. No es por molestar a Hugo, pero si cambian a un secretario de Hacienda y a las dos semanas hay un ajuste de paridad, usted no es el culpable, y además ya es necesario.”

Aparte, el presidente dijo ese día que la política hacendaria se hacía en Los Pinos, como para indicar que no iba a cambiar de criterio entre uno y otro. No sé muy bien por qué lo hizo pero no fue una frase afortunada; se ha venido repitiendo mucho. Mi idea era la contraria, pues todos los cambios políticos deben aprovecharse. Si alguien se va, hay que hacer las medidas que convengan y los costos son atribuibles al que se va, mientras que los beneficios son a favor del que viene; esto es elemental en política en cualquier parte. No se hizo, aunque tengo la impresión de que fue muy favorable al movimiento de la paridad. Pasaron las semanas, pasaron los meses y ya hubo una gran rigidez de Hacienda.

Nos empezaron a invitar a los precandidatos a reuniones, y en algún coloquio interno —no hubo prensa— con el Colegio de Economistas,

hice una exposición muy amplia sobre cómo veía la situación económica, desde el ángulo de un no especialista, y hablé de la necesidad de ajustar los precios de los factores de la economía, incluido el precio del dólar. Esto lo filtró la chismografía aunque el coloquio era privado, pero había cien personas y donde hay cien gentes pues nada es privado. Después supe del chisme; incluso tuve que hablar con el secretario de Hacienda, que se había molestado porque se creó la impresión —que fue muy definitiva en los acontecimientos de entonces— de que el secretario del Trabajo de alguna manera alentaba la devaluación con fines políticos.

Eso dificultó todavía más el ajuste de la paridad y facilitó, naturalmente, la llegada del secretario de Hacienda como candidato a la presidencia de la República. Pero dejé constancia de que la paridad, primero, estaba mantenida artificialmente; eso iba a tronar, y segundo, hice constar que no ajustar la paridad nos estaba creando un problema adicional que iba a ser extremadamente grave en la historia del país. Nos llevaba a un endeudamiento, porque al no mover la paridad se estaba creando un déficit de balanza de pagos, y este déficit se cubría con el crédito fresco que nos permitía mantener el nivel de las reservas. El origen del endeudamiento en los primeros setenta, como sabemos, aquí y en toda Latinoamérica, lo conocí en un excelente y concluyente estudio de CEPAL que se leyó en la reunión de México. La primera parte del endeudamiento se debe a una economía exportadora pero deficitaria: empezamos a exportar mucho pero teníamos déficit de balanza de pagos por los altos componentes de importación necesarios para el crecimiento, aunque teníamos la expectativa de pagar ese crédito porque estábamos metidos en un crecimiento continuo de las exportaciones. La segunda parte del endeudamiento, que es la de finales del echeverrismo y la primera parte del lopezportillismo, es para cubrir déficits derivados de la sobrevaluación del peso. Y ahí vino la parte perversa al respecto: cuando entró el gobierno de Echeverría teníamos precisamente, en conjunto, una opinión muy negativa respecto del endeudamiento, que entonces era pequeño, y que el sector de Hacienda seguía presionando porque ésa era la flexibilidad que tenía en sus manejos como intermediario con el sector financiero internacional, que tuviéramos flexibilidad en

lo que llamaba pomposamente Mario Ramón Beteta “el acceso al ahorro externo”.

Todos los estudios de la campaña y la opinión mayoritaria dentro del gobierno eran para frenar el crédito externo, y el presidente de la República me pidió que le hiciera dos cuartillas sobre el endeudamiento externo en 1971, sin decirme para qué. Esas dos cuartillas comenzaban diciendo: “Un país, como una familia, debe saber hasta cuándo debe vivir de prestado”. Seguían dos cuartillas masivas contra el exceso de endeudamiento externo en el 71.

Se las llevé al presidente y le dije: “Aquí me parece que está la definición del problema del endeudamiento en el 71 y por qué”. Las leyó, le gustaron mucho y me dijo: “Pásele”. Entré a la biblioteca y ahí estaba el secretario de Hacienda. “Déselas”, me dijo, y así se lo dije a Margáin: “Oye, Hugo, el presidente me pide que te dé esto”. “¿Qué es esto?” “Pues dice lo que tendrás que decir mañana.” Entró el presidente: “¿Ya platicaron?” Hugo tenía la cara hasta acá, obviamente. Le insistí: “Vas a leer esto mañana”. Eso me pasó mucho con el de Relaciones Exteriores, me pasó con todos, éstos eran mis problemas internos, pero en fin.

Así que el secretario de Hacienda leyó eso como definición de la política crediticia del gobierno, escrita por nuestro equipo, donde establezco un compromiso en el 71 de parar el ritmo de endeudamiento frente a una gran oposición del sector hacendario, que quería mantenerlo flexible porque les daba poder político, porque ellos son los que tienen el secreto del FMI, del Banco Mundial y son los amigos de la banca. Ellos son los indispensables.

En la inauguración del Congreso Mundial Norteamericano de Sociología de Río de Janeiro, hace año y medio, por accidente me tocó hablar en la primera mesa redonda en vez de Celso Furtado, porque a Celso lo nombraron el día anterior ministro de Cultura y él inauguraba el congreso. El primer tema era la deuda, pero Celso se fue y le dije: “Bueno, ¿y quién inaugura?” “Que sea Porfirio.”

Pues ahí Porfirio habló de la deuda: hice la historia de este fenómeno de América Latina. Hice unas notas, me subí a la tribuna y dije una frase que me salió, porque fue improvisado. Dije: “Me da a veces la

impresión de que la relación que existe —recordando un viejo ensayo de Helio Jaguaribe—¹⁴ entre los círculos financieros públicos de América Latina y los centros financieros internacionales es paralela y casi idéntica a la que tuvieron los *staffs* de los ejércitos latinoamericanos con el Pentágono. Son los imprescindibles para adentro, y los vínculos eficaces de la dependencia hacia fuera. Aquí hay un protagonismo perverso”. Ya lo dije todo, y lo dije públicamente. Obviamente, ovación de los sociólogos y economistas de América Latina ante esta definición, que considero bastante acertada. Y claro, nuestros hacendarios nunca quisieron quitarse su conveniente flexibilidad.

Una de nuestras grandes preocupaciones fue que, además, empezaba ese circuito de la dependencia mediante el endeudamiento. Eso fue en 1974, y hay que ver el crecimiento de la deuda; hasta 1973, mayo del 74, no creció mayormente el endeudamiento con Echeverría; predominaba la tesis, pero para cubrir el déficit derivado de la sobrevaluación del peso se empezó a pedir prestado. Se lo dije varias veces al presidente. Era muy difícil, porque se suponía que ya estaba la lucha por la sucesión y el tema se volvió imposible de manejar. Por eso digo que las sucesiones presidenciales del 76 y del 82 en México tienen como gran fantasma, omnipresente pero silencioso, los problemas de la deuda y de la devaluación, y que ahí se escribe la historia de México. Mi amigo Carlos Tello escribió un libro sobre la economía mexicana de la década. Le dije: “Esto es como un pescado servido en un restaurante de lujo, está muy bonita la carne, pero como que le quitaste a la década la espina dorsal: no tocaste el problema de la deuda y la devaluación. No las tocas, Carlos, y tú estuviste comprometido en gran parte del otro lado. Para mí es lo que explica el proceso político”. No quiero que esto parezca una crítica a mi amigo Carlos, pero el que lea el libro verá que digo la pura verdad.

Para terminar el *Muñoz Ledo's approach* de la época, diré que se vino la campaña electoral y me salí del problema, y en el 76, cuando se viene sorpresivamente la devaluación el 1º de septiembre, supe después que el presidente había hablado con dos o tres colaboradores suyos entre el

¹⁴ Helio Jaguaribe, *Crisis y alternativas de América Latina: reforma o revolución*, 1972.

4 y el 6 de agosto, entre ellos Campillo y Alejo, para preguntarles qué hacía, cuando Beteta y De la Madrid lo fueron a ver y casi imperiosamente lo pusieron contra la pared; Beteta y De la Madrid.

La historia, esta gran maestra, nos sigue enseñando muchas cosas; madre y maestra. El presidente no sabía qué hacer; habló con gentes, se encerró, reflexionó, pero lo único que no hizo fue llamarme. Yo era presidente del partido, lo veía con cierta frecuencia y extrañamente pasó el 10 de agosto, el 14 de agosto, el 20 de agosto... había algo muy espeso en el aire. Yo andaba en cosas del partido, se había acabado la campaña electoral, iba con frecuencia a Los Pinos, dos, tres veces por semana, hasta que me masqué que se venía eso. Y un día, hacia el 22 o 24, me mandó llamar y me recibió en el comedor con dos de sus colaboradores y con los papeles del informe —que yo conocía—, ya para terminarse (el informe se terminó en esos días). El presidente entró respetuoso, muy serio, y dijo: “Licenciado, quiero que lea esto”. Era el anuncio de la devaluación. Me dijo: “A ver si son las medidas aconsejables”. Se fue y no regresó. Entonces me quedé con Ignacio Ovalle y me dice: “Licenciado, le costó mucho trabajo llamarlo hace tres días. No quiere enfrentarse a usted”. “Pero se va a tener que enfrentar —le dije—, y usted se va a salir.”

Cuando llegó el presidente, me senté y le dije: “Señor, lo traicionaron, le quitaron el poder, terminaron con la Revolución. Se lo repito: lo traicionaron estos miserables, le quitaron el poder y acabaron con la Revolución mexicana”.

Ésa fue la gran traición y él sabía que yo tenía toda la razón. Por eso en *Proceso* —verán el lunes— acuso de todo a estos miserables. A los recuerdos reviro con dolor en el alma; estrenaron la disolución de la Revolución. Ahí estuvo el gran error de su gobierno.

Y el momento que sella la historia del país es ése, la devaluación, que es el endeudamiento, que es el tránsito del poder hacia el sector financiero. Ahí es el gozne de la historia del país, en 1974-75, desde el modelo de *approach*. Ya todo lo demás se ha venido dando en la pendiente.

Pasó un año y siendo yo secretario de Educación Pública, los ataques al gobierno anterior eran feroces, orquestados fundamentalmente por el

secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles. La idea nuclear para el desprestigio era “el populismo que llevó a la devaluación”, todo en el gobierno del que el actual presidente había sido secretario de Hacienda; todo eso me parecía... revolvente del estómago, por decir lo menos.

Tuve ocasión de hablar entonces con el presidente de la República y subrayarle que en ese momento se estaba consumando un proceso infame que se le podría revertir. Me armé de la mayor franqueza, convencido de que debía poner, por encima de las palabras suaves, mi sentido de la lealtad, y le dije: “Señor, no vengo a hablarle ahorita de asuntos de Educación, sino de otras cosas”. “¿De qué?” “Estoy muy preocupado.” “¿De qué? A ver, ¿de qué está usted preocupado?” “Mire, me preocupa el nivel de revancha y de ataque que se ha desatado sobre el gobierno anterior.” “No, Porfirio, no es cosa mía...” “No, si no vengo a defender a Echeverría, y sé que el señor es amigo de usted. Vengo a hablarle de las consecuencias políticas previsibles de lo que está pasando. Lo que me preocupa es la sobreidentificación de lo que se ha dado en llamar ‘populismo’, que no sé qué signifique —una mala traducción de Jesús Reyes Heróles de textos europeos fuera de contexto, pero no voy a discutir el nivel de traductor de Jesús, que es muy bajo, porque además no habla idiomas extranjeros—. Lo importante es esta identificación entre populismo y fracaso económico, y como índice del fracaso económico una devaluación brusca, que como usted sabe no fue brusca sino que no se quiso tomar lentamente. Recordará que sobre esto usted y yo tuvimos varios debates a lo largo de un sexenio, pero no se trata de reanudarlos pues ahora usted es presidente de la República.”

Entonces don Pepe tuvo un argumento muy inteligente. Me precisó muy serio: “No, Porfirio, esto no es cosa mía. Mire, usted sabe que a Luis ya lo atacaban ferozmente cuando era presidente; esto no es imputable al gobierno actual”. Le puntalicé: “En eso tiene usted razón, en cuanto a que la resaca se produjo desde antes. Lo que quisiera es que pudiéramos hacer algo para que no sobreidentifiquen populismo con desastre, desastre con devaluación. Porque además —quise alertarlo—, usted se va a atar las manos y no podrá mover la paridad. Usted será víctima de lo mismo de lo que fue víctima su antecesor, porque si no

mueve la paridad, se va al desastre. Claro que sería ideal que así como la última devaluación fue antes de que usted llegara, la que sigue sea después; sería ideal, pero no va a ocurrir”. Me contestó: “No, Porfirio, entiendo su preocupación, se la agradezco, pero no va a haber devaluación en mi sexenio. Tenemos recursos petroleros...” “Señor —le insistí—, ¿me permite mi punto de vista? Los índices de crecimiento petrolero, las expectativas de tasa de crecimiento económico que se manejan ya están hablando de 9, de 10%; el arrastre que da ese crecimiento petrolero nos va a hacer una economía muy inflacionaria. Perdóneme usted, pero no puedo siquiera imaginar cómo nos vamos a ir al sobrecalentamiento de la economía que implica un crecimiento de 9 y 10% en este tremendo *boom* petrolero.”

Las tasas de inflación ya estaban por el 22, 23% al comienzo de López Portillo. “No, licenciado —me quiso tranquilizar—, vamos a recoger la inflación abajo de 20%. Vamos a mantener una tasa quizá un poco más moderada de crecimiento, no habrá petrolización de la economía, tenemos el acceso al crédito externo suficiente, paralelo a las reservas. Usted váyase tranquilo, no vamos a petrolizarnos.”

Me habló con seriedad, él pensaba eso. Sin embargo, volví a la carga: “Señor, mire, es que no lo veo así. Hay indicios también de que hay en curso una disminución de la tasa inflacionaria en Estados Unidos, que ya llegó a su límite”. Justamente en 1977 estaba en lo más alto. “No, mire usted, al contrario; es obvio que ellos están perdiendo.” “No, señor, no. Estados Unidos es una economía de un tamaño y de una influencia sobre la economía mundial que no se puede dar el lujo de unas tasas de inflación semejantes. Ocurra lo que ocurra, se va a recoger la tasa inflacionaria norteamericana, porque no puede convivir la economía occidental con una tasa inflacionaria de esa dimensión. No puedo probárselo, pero estoy cierto de que la economía norteamericana tiene que recoger esas tasas de inflación.” “¿Cómo le van a hacer?” “Tienen muchos medios —como fue, además—. Vendrá un descenso de la tasa de inflación en Estados Unidos forzosamente, en los próximos años, y la nuestra tiende a crecer, y con ese diferencial usted va a tener que empezar a ajustar la paridad. Si se sigue manejando como verdad

—si no oficial, como verdad pública— que devaluación es sinónimo de desastre y de imbecilidad, y consecuencia del populismo, usted se está atando las manos. ¿Por qué no manejamos de una manera distinta frente a la opinión pública el problema de la paridad? Es necesario decir que la paridad es un instrumento de la economía y que el deslizamiento del peso no es necesariamente el desastre nacional. Hay que disociar el concepto de éxito económico del de equilibrio cambiario.”

Me oyó respetuosamente; me argumentó, pero me afirmó de manera categórica que tenía los instrumentos para no devaluar. Por eso para mí fue muy difícil la conversación que tuve con él la semana siguiente al 5 de febrero que vine de Nueva York; estuve una tarde con él, un sábado, cuando anunció la devaluación, cuando se le vinieron encima las cosas.

Vine por otra razón de la que hablaré después, porque me rebelé frente a una decisión de la Secretaría de Relaciones Exteriores mezclada con la crisis; no quise cambiar la línea política del gobierno por la devaluación y tuve que venir a hablar con él. El tema se llama Alturas del Golán. Fue una conversación muy larga, en la cual todo esto se recordó. Creo que en ese momento admitió muchas de las cosas que le dije.

Quiero decir que para mí, en síntesis, el manejo de la deuda externa, de la paridad cambiaria o las implicaciones del tema de la paridad en la política interna del gobierno y la sucesión presidencial, la identificación que hizo el sector financiero de su propio prestigio con no mover la paridad, la culpa que después hizo recaer sobre el sector político por los movimientos bruscos de la paridad cuando el verdadero responsable era el sector financiero, tejen la historia profunda del país los últimos 10 años, y son la explicación más consecuente que tengo de por qué el poder público se transfirió de los sectores políticos tradicionales y modernos a los sectores financieros. Hasta ahí lo dejaría.

De ahí la terquedad de Miguel de la Madrid de no cambiar su política económica, porque se supone que ellos siempre tuvieron la razón. Esto explica tantas cosas de las que están ocurriendo, pero ahora el país está en posibilidad de entender que ellos fueron los responsables. Yo he dado el golpe maestro, más que la renuncia: hacer todas estas declaraciones que mañana estarán en *Proceso*. Ahí digo: “Son los responsa-

bles del 76, son los responsables del 82, son los responsables de la crisis actual". Además, tengo por escrito lo que he dicho en la Universidad, de que ellos eran responsables de las crisis del 76, del 82 y de la gravísima que ocurrió en el 87. Lo vengo diciendo desde hace dos años.

JW: Está bien. Tenemos que hablar acerca de la Secretaría del Trabajo y las relaciones con Fidel Velázquez, los sindicatos, todo eso; los detalles concretos del gobierno, los problemas diarios.

PML: Yo tenía en la secretaría general del Seguro Social una muy buena relación con los representantes obreros, y ése es el antecedente de mi vinculación con los sindicatos. ¿Por qué? Bueno, en primer lugar porque en el tripartismo del Seguro Social los representantes de las empresas tenían muchas ventajas: eran abogados muy hábiles y litigaban no solamente en el propio Seguro, sino en la Corte de Justicia y el Tribunal de lo Contencioso Administrativo, fundamentalmente los casos de cobros a las empresas, que era el problema más complicado del tripartismo, pues el Seguro Social, por ley, es un régimen fiscal autónomo, y ahí están todos los problemas de un régimen fiscal. Así que en mi trabajo en el IMSS tuve que poner mucho freno a excesos que se cometían, y defender los intereses del Seguro; las empresas tratan de pagar lo menos posible.

Al mismo tiempo, mi otra área eran las quejas de los trabajadores y naturalmente mi deber era defenderlos, ahí no en contra de los empresarios sino de malos tratos y mala atención, abusos, omisiones o negligencias de la propia administración del IMSS, por eso la esencia de mi trabajo era grata a los intereses de los trabajadores. No tuve ninguna fricción con los representantes obreros sino al contrario, me vieron como un aliado natural.

Por este motivo llegué a la Secretaría del Trabajo con una buena relación, no diré que en el más alto nivel del sector obrero, pero sí con representantes en los distintos órganos, es decir, era conocido en el medio obrero-patronal y creo que gozaba de algún prestigio. Cuando llegué a la Secretaría del Trabajo, la relación entre el gobierno y la CTM era mala, empezaba a ser incluso muy ríspida, de hecho, entré en un momento en que las relaciones estaban al borde de la tormenta, ya

empezaban a sonar los truenos. Entré a la secretaría cuando estaban a punto de estallar las hostilidades entre la CTM y el gobierno de Echeverría. Hubo históricamente varios factores: la CTM, según entendí después cuando estuve en el partido, no se había sentido muy tomada en cuenta en la sucesión de Echeverría y no se había sentido cómoda durante la campaña electoral; había tenido un gran protagonismo la CNC, al frente de la cual estuvo quien fue después mi compañero de gabinete y luego mi colaborador en el PRI, y durante mucho tiempo mi amigo hasta hace poco, Augusto Gómez Villanueva.

JW: Además fue presidenciable.

PML: Sí, digamos que sí. Hay quienes creen que era *el bueno*, como Julio Scherer; estuvo seguro de eso pero en fin, ya son visiones muy singulares.

Entonces, para ellos no fue muy cómoda la transición desde el punto de vista político. Ya dije que el sector obrero organizado fue leal al gobierno en el 68; el gobierno se sintió muy apoyado por la CTM en ese conflicto y de alguna manera Díaz Ordaz los premió, entre otras cosas, con la Ley Federal del Trabajo de 1970, muy obrerista y avanzada. Por esto terminaron en excelentes relaciones con Díaz Ordaz y no se sentían en igual nivel de relación con Echeverría. En eso contó mucho el protagonismo de la CNC, con jóvenes líderes que ocupaban mucho el escenario político; recordemos que Echeverría fue *destapado* por la CNC. Luego, la terminología aperturista de don Luis no les gustaba a los sindicatos por toda la tradición corporativa, y ellos sentían entonces todo eso como inmiscuirse un poco en sus asuntos.

Dentro del aperturismo echeverrista estaba, por ejemplo, recibir a líderes disidentes que habían sido encarcelados; se empezó a hablar con las gentes del 68 y los presos salieron de las cárceles. Apertura la hubo, obviamente; por eso el 10 de junio aparece tan a contrapelo, como ustedes han señalado muy bien.

Luego hubo un dato que quizá no fue relevante en sí, pero es de esos que son muy escandalosos. El suegro del presidente, el licenciado José Guadalupe Zuno, un hombre mayor, padre de María Esther, que había sido callista, gobernador de Jalisco, y que por razones biográficas,

históricas y de su propio juicio —personalmente era un hombre muy progresista en algunas cosas— era muy contrario a la CTM, al corporativismo, a todo esto, hizo alguna declaración contra Fidel Velázquez, tremenda, y contra la CTM, que salió en *Excélsior* creo que en la campaña —¡el suegro del presidente!— por su cuenta. Fueron muy buenas declaraciones del viejo, muy feroz, de esos viejos re-vo-lu-cio-na-rios, que Julio Scherer en *Excélsior* mandó hasta arriba y dejaron a una secuela de columnistas, comentaristas y editorialistas hablando de eso. Posiblemente —no lo sé— el presidente les dio una explicación, pero quedaron en la conciencia pública por lo escandalosas que fueron. Así que todo eso mezclado tenía muy incómodos a los dirigentes obreros.

LOS SINDICATOS DE LA INDUSTRIA ELÉCTRICA

PML: A esto se añadía el manejo del asunto Rafael Galván, que se hizo semanas antes de que yo llegara a la Secretaría del Trabajo. El arreglo interno de Rafael con Francisco Pérez Ríos no me tocó hacerlo; llegué a firmarlo pero no lo hice yo. En eso también quiero ser claro. Fue mi primero o mi segundo acto. Esta negociación se hizo con apoyo de la Secretaría de Gobernación y con una participación muy activa del director de la Comisión Federal de Electricidad, José López Portillo, que tenía buena relación con Galván y con Pérez Ríos. López Portillo siempre tenía buena mano para tratar a los dirigentes sindicales, era parte de su estilo.

La Tendencia Democrática con Rafael Galván funcionaba en las empresas proveedoras de energía subsidiarias de la Electric Bond and Share, y a pesar de que el licenciado López Mateos las compró, no se podía integrar totalmente la CFE con esas empresas porque había dos contratos colectivos distintos. Entonces llegó a tener jurisdicción completa la CFE sobre todas las empresas, las proveedoras y las generadoras de energía pero con dos contratos colectivos distintos, uno con el sindicato de Galván y otro con el mayoritario, que era el de Pérez Ríos. Integrar los dos contratos colectivos implicaba una relación entre mayorías y minorías que no se podía dar por la estructura del sindicalismo

mexicano y porque Rafael Galván y Fidel Velázquez, además de la ideológica, tenían una enorme pugna personal desde que ambos empezaron en el sindicalismo: había un odio mutuo del cual me enteré después, hablando con los dos. Un odio jurado, de *vendetta* italiana. Aparte de sus posiciones políticas se acusaban de traiciones mutuas de su juventud, era una relación imposible.

No sé qué tanto haya sido idea del director de la CFE o del presidente resolver el problema de los dos contratos, pero fue muy operativa la Secretaría de Gobernación: usó su autoridad sobre los sindicatos tradicionales y don Pepe fue el gozne. El caso es que se logró que se fundieran salvo la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza, cuyo titular del contrato es el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), y que hasta la fecha no se ha logrado integrar; en este último conflicto de huelga los amenazaron con la integración, y es la razón por la que dieron medio paso atrás. El SME no se ha integrado a pesar de que la compañía —la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, que era la Mexican Light and Power— ya es parte de la CFE. Ahí también hay dualidad de contratos y nadie le quiere entrar, porque va a pasar lo mismo que con Galván y se arma un despelote.

Se logró un acuerdo muy importante que luego por desgracia se frustró en mi tiempo; además, cuando yo podría tener responsabilidad objetiva, aunque no la tengo en los hechos —que a mi juicio no son importantes— que llegan al final con la muerte de Galván. Se hizo por primera vez un ensayo que considero de gran trascendencia, incluso para la evolución de las instituciones democráticas del país, por el hecho de que pudiese haber en un sindicato de ese tamaño, con una pugna tan antigua, una relación respetuosa entre mayoría y minoría sindical de dos ideologías distintas: ensayo de gran relevancia, pero también extraordinariamente difícil de operar. Quedó Pérez Ríos como secretario general, Galván como presidente de la Comisión de Vigilancia. Esto, que ocurrió inmediatamente antes de mi llegada, muy con calzador, lo tuvo que aceptar el sindicalismo tradicional; sin embargo temían, por algunas otras cosas que ocurrieron, que esa fórmula les fuera impuesta en otros sindicatos. Había varios problemas: el vallejismo, remanente del

sindicato ferrocarrilero; los contratos colectivos de sindicatos independientes; problemas pendientes de minorías más o menos perseguidas en el sindicato petrolero. Entonces, temían que les empezara a afectar su mundo interno a través de negociaciones con sus minorías, pues se les da vida, salen de sus madrigueras las oposiciones sindicales —por así decirlo— y eso los tenía muy tensos. En esa situación el secretario del Trabajo, el licenciado Rafael Hernández Ochoa, que era un hombre bueno y con habilidad política, se vio tremendamente desbordado; era muy dependiente de las cosas políticas porque era la tradición de la Secretaría de Gobernación, donde fue subsecretario. No tenía la autonomía que yo tomé después; era muy amigo de juventud del presidente. Ante esa situación sindical, las relaciones con el secretario del Trabajo se sentían muy tensas. Entonces don Rafael se enfermó por estrés, le dio una úlcera por tantas presiones y tuvo que hospitalizarse, y así, súbitamente, entré yo, de domingo a lunes, a la Secretaría del Trabajo.

El panorama que enfrenté era de una desconfianza muy grande, a pesar de mis buenas relaciones históricas con el movimiento obrero; eso ayudó para hacer las cosas menos rípidas en un clima de oposición del sindicalismo a la línea que estaba tomando el gobierno. El segundo día firmé lo de la Comisión Federal de Electricidad, y a la semana o dos semanas se celebró un acto, que fue mi primer acto público, en un club llamado Electra —del sindicato de electricistas— con todos los dirigentes sindicales y el presidente: se le hacía una comida que fue como encurrarse con todo Chicago. Iban todos con su discurso para plantearle al presidente las cosas; claro, bajó un poco el tono con mi entrada porque se abría una incógnita, lo que permitió que en esa comida se diera un nivel más de expectativa que de reclamación, mitad y mitad. Yo dije un discurso muy obrerista, general. En esa comida hablaron un poco fuerte, como a veces les gusta (ahora lo hacen con mucha frecuencia), y el presidente me dijo “Contésteles”, así nada más, sin ninguna dirección. Me subí, les conté la historia del movimiento obrero del gobierno, Cananea, Río Blanco, la Casa del Obrero Mundial, el pacto obrero-industrial, la gran alianza histórica entre la clase obrera y la Revolución mexicana, y les hice ver que todo se podía resolver si se recordaba el

entendimiento histórico, la industrialización de México. Fue un discurso no muy largo, no crean que tan largo como éste, pero así, de contenido histórico: el pacto de la Revolución y la Casa del Obrero Mundial fue el tema, la historia. “Señores, aquí hay un entendimiento que está al nivel de la historia, no de la anécdota. Recuperemos la relación histórica entre el movimiento obrero y el Estado revolucionario mexicano con el diálogo, con la ideología progresista”, un elogio a lo que estaba haciendo el presidente y a la tarea histórica del movimiento obrero. Ellos lo sintieron como un discurso de conciliación, pero empezaron los problemas. Los tres primeros meses fueron tremendos.

La primera visita del sindicato petrolero fue en plan de bronca porque estaba pendiente un recuento de un grupo en Poza Rica que yo ordené: un broncón del tamaño del mundo. La última vez que vi Joaquín Hernández Galicia, dijo: “Nunca me he olvidado del recuento que me hiciste en Poza Rica”. Ganaron sus rivales pero ni modo, había que entrar estableciendo apertura y diálogo. Le contesté a *La Quina*: “Si hubiera que recontar, ¡te lo vuelvo a hacer!”

Decía que de repente toda la disidencia que estaba saliendo de las madrigueras iba a Los Pinos, y el presidente, que ya estaba saturándose por todo esto, al nombrarme me los canalizó porque el conflicto pesaba sobre él; ni cuenta me di de lo que me descentralizaba sino hasta las semanas siguientes. A los cuatro o seis días me habla de Los Pinos un ayudante, ni siquiera él: “Va por allá el señor Demetrio Vallejo, que si por favor lo recibe”. Pues cómo no. Justamente Vallejo. Aviso a mi secretaria: “Va a venir el señor Demetrio Vallejo, que pase”. Abro la puerta y entra Demetrio con periodistas y cámaras de televisión: “¿Cómo le va, Demetrio? ¿Cómo está usted?”, y me suelta todo el rollo: que esto es la apertura democrática, que tuvo un sentido, que no hay que olvidar. Claro, un escándalo en los periódicos al día siguiente, que había estado Demetrio Vallejo en mi oficina, lo que había dicho, lo que yo le había contestado. Y bueno, los sindicatos...

Luego, los conflictos que había en Cuernavaca. Busqué a don Sergio Méndez Arceo porque allá el obispo estaba atrás de muchos de los movimientos; nos vimos en casa de un amigo común. Por principio

me dijo: "Ayúdeme a descongestionar esto. Hay que establecer el diálogo". Entonces abrimos las cartas; recordé lo que decía Maquiavelo, "los beneficios dalos poquito a poquito; los males, todos de un jalón". "Pues de una vez recibo a todos y a ver qué pasa", me dije. Cuando esa reunión, estaban asuntos como los del FAT, y los de mis ahora amigos de la Coalición, las gentes de Aguilar Talamantes, que andaban en eso, y de Ortega Arenas. Lo decidí: de una vez a todo el mundo. Vengan, abran la puerta, que entre todo mundo, y uno por uno: "A ver, qué te traes. ¿Qué te están haciendo? Te pegaron, ¿quién te pegó, a qué hora? ¿Cómo están tus contratos? ¿Cuál es el problema?", y empezar a descongestionar el problema. Cosa que el anterior, como que sí, como que no; gravitaban más bien sobre Los Pinos. La bronca era más bien con el presidente que con el secretario del Trabajo, pero claro, el secretario del Trabajo estaba atenazado en la presión.

Los primeros meses fueron difíciles con el movimiento organizado, hasta que poco a poco las cosas se fueron canalizando. Hablé con los líderes; fui, ¿cómo diría?, ubicando cada problema de insurgencia sindical en su nivel. Había mucho de rencor acumulado, pero a veces no existía ni siquiera el problema real; por ejemplo, el problema real del vallejismo ya era histórico.

Junté a Vallejo con Luis Gómez Z., el líder histórico: para mi gran sorpresa se dieron la mano frente a mí y nunca se habían visto. Es increíble. Dos hombres que hicieron la historia de los ferrocarriles desde dos ángulos no se habían visto nunca. Hasta ese punto hubo desconexión. Y es que así era: muchos de esos problemas eran históricos, simbólicos o muy marginales. Entonces, no eran tan graves como se veían pero despertaban muchos rescoldos en las conciencias. Ya se había resuelto el de Galván, que era el grandotote; había muchos casos en que los independientes no tenían la razón. Por ejemplo, en su afán de ganar terreno, de repente tomaban una línea de autobuses, plantaban una bandera de huelga y decían que tenían mayoría sin tenerla. ¡Ah! Pero claro, si uno los criticaba, uno estaba contra los independientes.

En esto me dio un excelente servicio un gran amigo mío, abogado, hombre de gran entereza y valor personal, director general de

Inspección del Trabajo; con él desarrollé esta política de recuentos, y si la línea de autobuses tal tenía la razón, se le daba.

Empecé a ubicar. Que los del FAT; su problema no era ni siquiera conocido, era con los sindicatos de la CTM y con los empresarios del Estado de México. Tenían mucha razón por las actitudes despóticas con que los trataban y otras cosas, tenían la razón histórica y moral, pero no siempre el punto de vista legal; podían no tener mayoría, como era el caso. Entonces les di sus primeros contratos colectivos a estos sindicatos cristianos, y eso Domínguez lo reconoce hasta la fecha. Ahí también tuve enfrentamientos con los independientes porque no les gustaba que no les diera la razón, pero en fin, cuando uno hace de juez se lleva una cachetada de uno y una del otro, aunque empezamos a ubicar los problemas, y al ubicarlos los descongestionamos y de alguna manera se acabaron.

De cuanto problema pendiente se nos presentó, me quedaron dos o tres, que duraron. El de técnicos y profesionales de Pemex, por ejemplo, duró año y medio, pero se resolvió de una manera histórica y magistral; ahora están en la directiva de la Corriente Democrática. Además nos quieren mucho, a mí por aquello y a Cuauhtémoc por muchas razones, y hacen y organizan por todo el país.

Esto de los técnicos y profesionales es un ejemplo: no estaban en el sindicato y no querían ya ser empleados de confianza. Eran de los discípulos de Galván. De acuerdo con la ley podían crear su propio sindicato, pero ni la empresa ni el sindicato grande querían. Nos llevamos un año y medio de negociaciones hasta que los incorporamos al sindicato grande, pero esto llevó todo un proceso de convencimiento de la empresa y del sindicato de *La Quina*, de que era conveniente, hasta que *La Quina* los aceptó y finalmente se hicieron grandes amigos, y así se han venido a descongestionar muchos problemas de ese nivel en Pemex.

La solución de ese tipo de problemas es tomarlos en su especificidad, desdeologizarlos de manera sistemática, porque ocasionan una conflictiva que por lo general va mucho más allá de su propia naturaleza; implican visiones del mundo y del sindicalismo, viejos pleitos y conflictos. Y, como vemos, la autoridad tiene que ser muy clara, así que siento que 80% se resolvió en los seis primeros meses y se tranquilizó la relación

con los sindicatos. Quedaron pendientes dos o tres problemas similares y algunos bastante graves que surgieron casi al término de la administración, porque nunca dejan de suscitarse. Después vinieron las medidas de apoyo al consumo de los trabajadores y las de política salarial, que establecieron una nueva relación entre el gobierno y los sindicatos.

En esos afanes descubrí algo que creo se ha olvidado después: que es manejable una política de apertura sindical y de democratización siempre y cuando haya buenas prestaciones y una buena política laboral. ¿Por qué? Porque el líder tradicional, en una época económica difícil y con una política de salarios represiva o pérdida de poder adquisitivo, siente muy amenazado su control sobre las bases; se vuelve enormemente endeble. No puede generar ni tener sangrías sindicales porque lo rebasan. El líder vuelve muy débil cuando las contrataciones colectivas son malas y los salarios son bajos, y claro, se favorece el método represivo.

La mala política salarial está en el origen del carácter autoritario de los sindicatos. Se convierten en capataces; ésta es la función que el Estado nacional les da. Por eso la verticalización y la instrumentalización de las relaciones obrero-patronales tienen una profunda conexión con una política de injusticia social. No digo que lo contrario sea absolutamente cierto, pero eso en gran medida lo es.

Algo muy recurrente en Fidel Velázquez era: “Oiga, licenciado, pues nos aprietan por el lado de los salarios, no nos defiende frente a los empresarios y nos alienta a los disidentes. De un lado, lo que el gobierno me está pidiendo en el fondo es que le controle a los trabajadores con esta política salarial infame, y del otro me los está agitando por vía de los sindicatos independientes. ¿Y yo dónde me paro?” Es el argumento, sobre todo al nivel de Fidel. “Mire, hagamos las dos cosas: una buena política salarial, pero también una política de democratización, a ver si lo contrario es cierto”. Ahora vamos a una política laboral, a darle todas las ventajas a los trabajadores, a ver si ahora sí se democratizan.

La permisibilidad que tuve de las propias organizaciones sindicales tradicionales en la defensa de sindicatos independientes, en la democratización, en recuentos, en juegos entre mayorías y minorías sindicales, estuvo fundada en la autoridad política que me daba hacer una buena

política laboral; ahí sí hubo una relación dialéctica que me hubiera gustado que el gobierno de México siguiera a través de los años. Desgraciadamente la mala política salarial, los topes, los compromisos con el FMI vinieron a hundir de nuevo al movimiento sindical en sus peores épocas represivas. Por eso, una de las tesis centrales de la Corriente Democrática, que he repetido en muchas declaraciones, es no culpar a los dirigentes sindicales.

FW: Se decía que Echeverría quería deshacerse de Fidel Velázquez y cambiarlo por Galván.

PML: Eso es muy bueno que lo digas porque también de eso hay que hablar. En efecto, he leído cosas peores todavía ahora; me acusan de ser socio de Galván o que quise tirar a Fidel Velázquez y Fidel lo impidió. Este tipo de cosas, que se dicen en columnas políticas acreditadas, revelan algo que es muy grave en México, el brutal nivel de desinformación. Es algo tan absolutamente *madness* lo que se dice ahí. Es impensable que el presidente pudiera imaginar que Galván fuera a suceder a Fidel Velázquez. En primer lugar, porque Galván era una minoría dentro de un solo sindicato, peleado con el conjunto del sindicalismo. La relación entre el universo político de Galván y el universo de la CTM es aproximadamente la que hay entre el poder político específico de un gobierno como el de Costa Rica y el gobierno de Estados Unidos; ésas son las desproporciones. Eran 2900 personas la Tendencia Democrática.

Es brutal la confusión de la opinión nacional respecto de los valores simbólicos y los valores reales. Podría ser maravilloso desde el punto de vista ideológico, con un enorme mérito, todo lo que hizo Rafael. Adentro eran 2900: era un universo pequeño muy significativo en el país, no lo disminuyo, al contrario. La democracia es que convivan minorías con mayorías, pero era un universo sumamente pequeño. Bueno, y habría que agregar a rebeldes de Petróleos y otros más que posiblemente suman 150000 o 200000 personas. De ese tamaño.

JW: ¿Cómo pudo Fidel mantener su posición tan poderosa por tantos años?

PML: Qué buena pregunta; quisiera contestártela con la mayor precisión. Fidel es un equilibrio de muchas cosas.

JW: Yo tuve una entrevista con Fidel, más o menos en 1963, y le pedí que me hablara de las huelgas del 58 y 59. Su respuesta fue: “No había huelgas, ¿qué huelgas? Había paz”.

PML: Bueno, aquí hay dos aspectos que me sugieren lo que estás diciendo. Desde luego Echeverría, como miembro de la clase política y por la función que había tenido —aunque nunca lo hizo explícito—, sabía de las debilidades del movimiento obrero y de su fuerza, de las dos cosas. Tengo para mí que una de sus intenciones subliminales al llevarme a la Secretaría del Trabajo era darme un liderazgo ideológico, es decir, que yo rebasara ideológicamente a los sindicatos precisamente por esto. Ellos venían de la ideología del desarrollo estabilizador, y en esa medida era parte de su concepto de apertura democrática liberar fuerzas, pero manteniendo el liderazgo del Estado. No es comparable con lo que hizo Gómez Villanueva en Reforma Agraria, donde él la hizo de líder agrario. Yo no la hacía de líder, pero de alguna manera mi discurso rebasaba el de los líderes obreros; don Fidel dejó de decir discursos durante años. Un día lo invité a una reunión de la Tripartita: él siempre mandaba sustitutos. Le dije: “Oiga, don Fidel, hombre, ¿por qué no habla usted? Nunca habla”. “No, licenciado, usted dice discursos muy bonitos. Después de usted, ¿qué voy a decir yo? Ahora, si me pongo a improvisar, digo cosas terribles, licenciado, que no sé si le convengan.”

Es decir, habíamos rebasado el discurso de la CTM, pero sin chocar con ellos; de todas maneras la relación no era perfecta, y luego cambia básicamente por el tipo de liderazgo que yo ejercía. Debo decir que en la creación de estas instituciones, al principio me estorbaron con todo. La oposición pública inicial al Fonacot vino de la CTM, y gracias a que su abogado, Moisés Calleja, entendió ese y otros problemas, se vino suavizando. Pero le recordé a don Fidel —porque bajo mi jurisdicción se había escrito y publicado la historia del IMSS, cuando estuve en el Seguro— que también la CTM se había opuesto al Seguro Social, y le saqué documentos. Se había opuesto, claro, porque era un instrumento de mediación del Estado que le quitaba fuerza relativa. Y le recordé nuestras negociaciones y de los contratos para la construcción de vivienda con el Infonavit, donde quería quedarse con el control, como luego lo

hizo por detrás de la puerta. Entonces, ha habido cierta oposición histórica de la CTM a que la autoridad laboral tome cartas en el asunto.

En alguna ocasión escribí sobre lo siguiente: cuando era un joven funcionario federal en la larga época del desarrollo estabilizador, tendía a pensar que la debilidad administrativa y política de la Secretaría del Trabajo era, dentro del esquema de apoyo al crecimiento de la industria, una forma política de subsidio del Estado al crecimiento del capital, pero cuando llegué a la secretaría descubrí que también era un medio de subsidio a la fuerza de los sindicatos; a los dos les convenía una Secretaría del Trabajo débil. Claro, como liderazgo, no como interés histórico de la clase obrera. De ahí su resistencia inicial al crecimiento institucional de la secretaría: que es una competencia de liderazgo es evidente.

JW: Bueno, Fidel se quedó mientras venían y salían secretarios del Trabajo.

PML: Y la prueba histórica de lo que estoy diciendo —y voy a decir algo muy duro— es lo que me dijo un líder sindical, amigo mío —así se reconoce conmigo hasta la fecha—; fue muy buen líder del gremio de la cinematografía, buen político, hombre muy civilizado. Me dijo: “La forma de que hagas irreversibles estas instituciones es: mete dirigentes obreros y empresariales a los consejos de administración, para crear también una red de intereses legítimos en la administración”. A pesar de eso, creo que la prueba de lo que estoy diciendo es que Arsenio Farrell, instrumento en el gobierno de De la Madrid, ha liquidado implacablemente todo ese universo de instituciones sin que haya chistado el movimiento obrero.

Durante la época de López Portillo las instituciones del trabajo que creé se mantuvieron y algunas de ellas fueron acrecentadas —lo digo en honor de Pedro Ojeda Paullada y del gobierno de López Portillo—; por ejemplo, el Cenet alcanzó un desarrollo mucho mayor que cuando yo estaba; lo dejé apenas en ciernes, como un bebé en la cuna, y debo decir que Ojeda le dio un magnífico desarrollo. Se multiplicó el crédito al Fonacot, así que debo reconocer que estoy muy satisfecho de que en el sexenio posterior no se haya tocado el conjunto de las instituciones. Pero qué curioso: llega De la Madrid, del grupo financiero,

y usa como instrumento a Farell para liquidar casi todas las instituciones, y el sector obrero no dice nada. Esto corrobora mi tesis de que una Secretaría del Trabajo débil, sin instrumentos ni fuerza, da a los sindicatos todo el protagonismo, y así no sienten la competencia del liderazgo.

Mi relación con ellos mejoró de manera consistente cuando las huelgas; el emplazamiento a huelga del 73 es un momento muy importante de la administración. ¿Qué ocurrió? Frente al crecimiento de la inflación del 73, que fue cuando rebasó 6% —después del ensayo del 72—, se disparó la inflación y llegó a 14, a 15, a 17%. Ante ese crecimiento —grande para los parámetros de entonces—, el movimiento obrero hizo un planteamiento de elevación de salarios y, de una manera bastante sorpresiva, planteó el tema de la huelga general.

Esto no lo instigamos; era para ellos una manera —si se le quiere ver a la luz de lo que estamos platicando— de reivindicar liderazgo. El planteamiento de la huelga general fue muy escandaloso. Estudié con detalle el pasado y encontré que ya lo habían hecho en el 54, frente a la devaluación de Ruiz Cortines, y no había estallado la huelga sino que se había traducido en negociaciones por ramas de industria, mineros y textiles. Unos habían dado 6, otros 8; otros 9, otros 4%, pero hubo aumentos. Ni siquiera habían registrado los emplazamientos. Por esto fue bastante sorpresivo para mí y para el gobierno que el movimiento obrero planteara un movimiento general de salarios en el 73 y amenazara con una huelga general. ¿Qué es una huelga general? No sabía cómo se comía eso. Había oído hablar de la huelga general desde Lenin, pero no en los tiempos de Fidel Velázquez, y me excedió. Lo hablé con el presidente y me envió al Congreso del Trabajo. Me dijo: “Vaya platicando con ellos, estudie el problema”.

Vi que sí procedía —lo que ahora negó el gobierno de De la Madrid— en términos muy latos, con base en el texto de la Constitución o de la ley, una huelga por equilibrio. Porque la huelga es por incumplimiento de contrato colectivo, por celebración del contrato colectivo, por revisión de contrato y otros motivos más, pero así, la huelga por aumento general de salarios no está prevista en la ley aunque de modo general la prevea la Constitución; se podía considerar constitucional dentro de la gran filosofía del derecho del trabajo mexicano.

Consulté con el maestro De la Cueva, entre otros; analizamos cómo se podía proceder legalmente. Lo planteé así: el problema es político, ¿qué pasa aquí? Creo que hay que aprovechar esto —recordemos que yo estaba a la cabeza del tripartismo— para hacer una negociación obrero-patronal de protección al salario. Mis principales colaboradores y yo hicimos una gran carpeta que todavía llamo “la carpeta verde”, un esquema básico de medidas de protección al salario, un primer esbozo de lo que podría ser esta ley de indexación de salarios mínimos, en fin, planteamos un conjunto de ideas en un primer análisis. Pues nada, el sector empresarial fue muy reticente, sin embargo, siguieron las discusiones hasta que sentí que ya todo el mundo estaba de acuerdo en lo fundamental, por ejemplo en la idea de la reforma salarial, de la ley para la indexación, que se dejaba para más adelante si subía el índice inflacionario. Creí haber amarrado un paquete de negociación. Asistió a mi oficina el licenciado López Portillo, que estuvo muy a mi favor, quizá un poco brusco con los empresarios, a lo que después le di yo otra interpretación, pero en fin; me apoyaron los principales funcionarios del gobierno; el sector obrero también, y teníamos ya armado un paquete negociador de lo que podía ser una serie de medidas legales, económicas, etc., de protección al salario. Repentinamente, un sábado sale en los periódicos un desplegado firmado por los líderes empresariales, artero porque éstas eran conversaciones privadas, denunciando a la opinión pública que el secretario del Trabajo les quería imponer la escala móvil de salarios en apoyo a los obreros. ¿Cómo se produjo esto? No lo sé. Siempre he guardado la impresión de que los empresarios fueron movidos por un rival en el gobierno. No sé si uno o dos; no podría decir cuál, pero los empresarios fueron movidos y alguno de los funcionarios del gobierno que iban a mi oficina era el informador. Fue un acto grave, después de 20 días de pláticas con los sectores en privado, amanecerse un sábado con que denuncian la negociación y me acusan cuando ya estaba el paquete armado. Fue un hecho de la política, y fue artero.

Claro, mi reacción no fue pelearme sino llamarlos: si lograba esa negociación sin huelga y sin problemas, desde luego en el cumplimiento de mi deber, tendría el beneficio de que mis bonos subirían muchísimo;

además estaba muy enamorado de mi carpeta verde, de mi negociación. Para mí era un modelo de cómo hacer una concertación obrero-patronal-gubernamental en época de crisis: era el sueño de la concertación económica y social.

Cuando me habló Felipe González de cómo había hecho el Pacto de La Moncloa en España, le dije: “Caray, Felipe, si esto es una simpleza, maestro; tú eras primer ministro. Ésa es una de las cosas que yo hice, compañerito. Me adelanté mucho al Pacto de La Moncloa, que es una simpleza. Con toda la fuerza del primer ministro y con la colaboración de Santiago Carrillo, ¿qué más querías?”

¡Ésas eran negociaciones! Lo digo sin minimizar a mi amigo Felipe González, pero lo que fue esa negociación, el planteamiento, lo que estaba detrás, la manera de resolver el problema, era único realmente. Claro, políticamente era una fuerza tremenda, y a dos años de la sucesión presidencial. Era el momento culminante de un nuevo estilo de hacer las cosas, de una personalidad emergente en la política nacional —lo que ustedes quieran— que sentía claramente que tenía la simpatía y el apoyo del presidente, y de lo cual no se podían retractar después los empresarios. Además, era un acuerdo de tracto sucesivo, como se dice en derecho. Es decir, no acababa en un día, sino que había una serie de mecanismos que me hubiese permitido mantener el espíritu tripartito y la conciliación durante los años subsiguientes y tener una influencia decisiva en la política económica y social del gobierno. Total, eso se reventó.

Ese sábado me sorprendí. El presidente andaba de gira, me acuerdo; llegó el domingo y me habló. Hablaba mucho los domingos, y a todas horas. *Sunday afternoon*. El presidente dijo: “¿Leyó eso?” “Sí, señor.” “Usted me dijo que esto estaba arreglado.” Yo no sé si aceptó o supo del origen de ese ataque o lo avaló; no lo puedo saber. Agregó: “¿No que estaba arreglado? Usted me dijo el jueves y mire, lo están denunciando”. “Pues sí, señor, pero esto es sorprendente para mí. Perdóneme, soy el primer sorprendido. Esto es una puñalada traperera.” “No, señor —me contestó—, me dijo el secretario de Industria (que era todavía Torres Manzo) que eso no era posible.” “Si él estaba sentado conmigo. Le voy

a hablar por teléfono. A ver, comuníqueme.” Y le dije a Torres Manzo: “Carlos, estoy con el presidente. Tú sabes cómo fueron las cosas”. Y me dice: “No, bueno, yo no le dije al presidente que no era posible, pero sabía de la oposición empresarial”. Obviamente Torres Manzo era parte de lo de Moya Palencia. Entonces el presidente me preguntó: “¿Qué piensa usted hacer?” “Pues vamos a cerrarlo esta semana que entra en una de las conversaciones. Dígale usted al secretario de Gobernación o al de Hacienda que mande llamar a los empresarios, que me los vuelva a entorillar para esta negociación.”

Era la solución racional del problema; si no, venía un desmadre social aquí en el valle. “Ésta es la solución y tenemos que insistir en ella hasta el final. Aquí nos sentamos, la representación obrero-patronal, cinco, 10, 20, 40 días, pero esta negociación tiene que salir. Es por el bien del país, no es por mí. Ahora, si usted quiere, que la haga otro.” “¡No, no, no! —me contestó—. Usted los llama. Dígales a los obreros que quiero hablar con ellos, hay que saber su reacción. Ya me están buscando.” “A mí también me hablaron.” “Pues que se vengan a verme mañana”, terminó el presidente. Esto, después, yo lo hacía siempre en Naciones Unidas; negociar aunque no quisieran, hasta que por la perseverancia se tenía que negociar.

Entonces llega el Congreso del Trabajo a Los Pinos; yo llego también. Ellos insisten en la mala fe del sector empresarial, lo que es típico; en que van a tener que insistir en la huelga, y para mi gran sorpresa el presidente les dice: “De acuerdo, compañeros. Estoy de acuerdo en que la huelga es el único instrumento que queda en el país. El gobierno de la República no pondrá ningún impedimento a la celebración de la huelga general. Buenas tardes”. Me quedé con el presidente y le dije: “Mire, licenciado, en ese nivel de rebeldía del sector empresarial, el sector obrero tiene que responder y al gobierno le toca arbitrar. No quiso entenderse el sector empresarial y quienes usted dice que lo apoyan —yo no sé quiénes sean— a nivel de la mesa de negociaciones, usted tendrá una mesa de negociaciones en una situación conflictiva más alta”. “Ésa es la responsabilidad de usted.” “Sí, señor, pero ¿cómo vamos a ir a una huelga general en el país?” “Ése es problema de usted. Ésa es su

función como secretario del Trabajo. Usted dice que hay que negociar hasta el fin. Tiene una nueva plataforma para negociar, y esa plataforma son esas 60 000 huelgas que dicen que van a emplazar. Si usted quiere seguir negociando, tiene ahí una nueva plataforma para negociar. Buenas tardes.”

¡Zácatelas! No sabía si era un reto, si era mi prueba de fuego para ver si podía gobernar el país. Si ésa era la prueba, se la aprobé 10 veces porque resolví también ese problema.

Al día siguiente hablé con Fidel. Don Fidel, muy serio; pocas veces en mi vida lo noté tan serio. Me dijo: “Licenciado, ¿qué quiso decir el presidente?” “Pues quiso decir lo que usted oyó. Que si ustedes quieren hacer una huelga, la hagan.” “¿Pero cómo?” “Están ustedes amenazando con una huelga, háganla.” “¿Y qué le dijo a usted?” “Pues que tengo el deber de negociarla.” “Bueno, licenciado, ¿y qué?” “Bueno, pues emplácenla.” La Secretaría del Trabajo recibe todos los emplazamientos en el país. “Licenciado, son 70 000 huelgas simultáneas; se para el país.” “Pues usted dijo que quería hacer huelga. El presidente le dijo que sí, hágala.” “Supongo que es un instrumento que está usando para que, si los empresarios están en la traición y la delación, ustedes los pongan en orden, y se llegue a un arreglo”. “Lo que él me dijo es que tendía a una plataforma más adecuada para negociar.” “Licenciado, esto es una escalada.” “Bueno, pues es una escalada. Yo aquí estoy en medio. Voy a decir que estoy a sus órdenes.” Entonces me dijo: “Licenciado, a propósito de los chismes... Eso es insólito en la historia de México. Es único, además... —y me dice—: Oiga, licenciado, ¿y no querrá el presidente llegar al socialismo por la vía de la huelga?” “No sé, don Fidel, yo qué sé. Usted lo oyó igual que yo.” “Bueno —como diciendo ‘no sea malo’—, dígame al señor presidente que vamos a emplazar, y que si no quieren los patrones, que esté dispuesto a recibir en Palacio Nacional las llaves de todas las empresas del país. Él es el responsable. Si quiere ir...” “Ah —le dije—, el socialismo vía la huelga, eso no lo soñó Lenin; es fantástico lo que me está usted planteando. No, don Fidel, si no quieren los empresarios, yo le entrego las llaves de todas las industrias del país al presidente de la República. Él hará lo que quiera con ellas. Aquí no

hay socialismo ni nada, don Fidel; lo que pasa es que el señor presidente está tratando de crear una negociación en otro nivel. Además, debe tener noticia de algunas cosas de los empresarios.”

Tiempo después —y esto es importante en el mal uso de la información, de quienes la tienen de muchas cosas que ocurren en el gobierno federal y en todos los estados— al presidente le llegaron muchos rumores y versiones policiacas de cosas que decían los empresarios contra él; hay quien dosifica la información para calentar a las gentes, y todo eso se hizo contra mí porque querían evitar la negociación.

Tengo la impresión de que con Echeverría —más en su caso, pero también en el de López Portillo— algunas de las decisiones fueron influidas por la información provocadora que les pasaban sobre lo que dicen los actores en la política, y que cuando a ciertos mecanismos de información les interesa la pugna del presidente con los empresarios o, por ejemplo, con los propietarios de Sonora, con la CTM o con fulano de tal, le empiezan a filtrar información y lo van provocando. Por eso el manejo de una información moderna y plural es tan importante para un Estado moderno, creo que eso la hace confiable y valiosa. Ningún sistema político hasta ahora ha llegado a ese nivel de sofisticación.

Hay un libro de Ryszard Kapuściński que narra los últimos días de Haile Selassie, se llama *El emperador*; da la idea de cómo se puede resolver ese problema en un estado primitivo. Kapuściński narra en este libro sensacional lo que hacía de las seis de la mañana a la una de la tarde Haile Selassie, emperador de Etiopía: recibía a 15 personas distintas que le daban información complementaria de todo lo que pasaba en el país, desde funcionarios de su gobierno, miembros de la policía, gente que tenía incrustada en todo el país; 15 personas distintas que le daban informaciones distintas. Comía, descansaba y gobernaba con un gran acierto hasta las nueve de la noche. A la mañana siguiente volvía a hacer lo mismo. Lo digo un poco en broma.

El problema de la información es grave. Tengo la impresión de que muchas decisiones en varios gobiernos en México han sido tomadas por mala información. Creo que aquí hubo gente muy interesada en malquistar al presidente con el sector empresarial y en alentar al sector

empresarial contra el presidente; todo este conflicto empresa privada-Echeverría tiene un componente de política interna del gobierno. Es mi convicción, aunque no lo puedo probar. Para terminar quiero decir que se vino el emplazamiento, se recibieron las huelgas en todo el país y me vi obligado durante 20 días y 20 noches a negociar con la cúpula empresarial y la obrera un aumento de salarios, pero además ya la negociación era bastante extralegal, porque los abogados de la Concamín, de la Concanaco y de la Coparmex no tienen la facultad para negociar a nombre de las empresas; entonces hicimos una recomendación general que negociamos muy difícilmente. Quedaba en el conjunto un incremento de 20% en los salarios, y era una recomendación si las empresas la seguían: no tenían problema si en una señal estallaban las huelgas, aunque hubo muchos niveles de tolerancia. Me estallaron huelgas en alrededor de 100 empresas del país; 30 días después de la negociación y casi sin dormir, sacando agua del pozo, se pacificó el país y se aumentaron 20% los salarios. Fue muy fuerte, muy desgastante; se negoció *in extremis*. Yo tenía conciencia de que ahí se podía hundir el país, y al terminar los sindicatos me ofrecieron un gran homenaje con una medalla de oro que tengo, de este tamaño. Mis asesores me dijeron: "No digas sí, que se la den al presidente", pero la recibí como un acto de independencia personal, que en términos del palacieguismo mexicano me podía haber costado lo que sea, pero lo volvería a hacer porque creo que en la política lo más importante es la dignidad personal. Me metieron en un berenjenal y recibí esa medalla en un gran homenaje público, sin ninguna alusión al presidente, y repito, a sabiendas de lo que me podía costar. No soy tonto tampoco. Y aquí terminamos este capítulo de la historia.

VISIÓN DEL ADMINISTRADOR

JW: ¿Cómo viviste tú, el hombre, tu estancia en la Secretaría de la Presidencia, o como secretario de Trabajo y Previsión Social?

PML: Fue la época más difícil.

JW: Ahí, ¿cuál fue tu estilo? Porque debiste manejar centros de educación, intelectuales, políticos, administración, escribir cosas para el presidente, viajar con el presidente, dar consejos a todos...

PML: Sí hay un estilo general en un hombre público o en un administrador, pero cambia y se transforma a lo largo de los años, y también se adapta a nuevas circunstancias. Si pudiera establecer, en grandes lineamientos, cuál ha sido el estilo mío, diría que el de la administración, porque finalmente, aunque fueran puestos de responsabilidad política, vienen a ser puestos de la cumbre de la función administrativa. Algunas de las constantes en relación con mi trabajo público han sido, primero, que siempre he tratado de rodearme de la mejor gente; nunca he tenido ningún celo ni ningún temor en escoger lo mejor de lo que se puede disponer, sean personalidades políticas, culturales o elementos nuevos que están iniciando su trayectoria.

Segundo: para mí la administración debe tener un alto sentido de descentralización, porque la concibo como la articulación de una serie de procesos. El primer proceso en la administración es una definición clara de objetivos, de metas y de medios, y esto debe ser sumamente claro: qué objetivos se van a alcanzar en un tiempo determinado y de qué medios se dispone. Y el medio fundamental —porque nunca tuve sobreadundancia de ellos— es lo que llamaba mi general Obregón el material humano, hay que procurarse el mejor material humano.

Tercero: para mí ha sido preocupación constante, en todos mis cargos públicos, el estudio, el análisis para la definición de objetivos y de metas. No creo que pueda haber una acción política o administrativa creadora, ni menos aun transformadora, si no existe primero un proceso de análisis. Hay que saber dónde está uno ubicado, adónde llegó, qué había pasado antes allí. Por ejemplo, la ignorancia del pasado, que es la característica de lo que llamo la “autodestrucción política administrativa”, es uno de los males generalizados en el país, es llegar a inventar el mundo cada vez, porque *a priori* lo que estaba antes estaba mal. Error grave, porque es perder el conocimiento más rico que existe, que es el conocimiento de la historia. Toda institución, toda sociedad tiene una historia que hay que conocer.

Cuarto: considerar todo aquello que es posible hacer conforme a un proyecto y en un marco ideológico. La ideología es inseparable de la política. Ése es otro concepto que me parece fundamental, pues nunca he trabajado al margen de una ideología. Por ideología quiero decir una concepción global de la sociedad y de la dirección que debe tomar. No me refiero a un saber dogmático, si se profesa una doctrina u otra. Una ideología, en el mejor sentido, es un sistema de ideas que orientan la acción, así que toda acción política es ideológica, consciente o inconscientemente; mejor que lo sea conscientemente. Entonces, a la luz de una ideología alguna vez escribí que hasta la interpretación de los principios internacionales requiere un marco ideológico. Tiene que haber un conocimiento del pasado de ese servicio, de esa institución, de esa rama de la actividad; tiene que haber un análisis de las posibilidades de acción. Ahí entra el análisis comparativo. Insisto en que desde mi primer cargo de funcionario público, mi primera preocupación ha sido siempre crear una oficina técnica, cualquiera que sea su nombre, que me sirva como centro de documentación. Para mí el eje inicial de un trabajo público siempre es un centro de documentación en cada oficina.

¿Qué es para mí un centro de documentación? Es un centro encargado de tener articulado y bien analizado el pasado de la institución; su estructura, estudios comparativos, estudios estadísticos, procesamiento de la información. Este centro de documentación o de información se va ampliando y va realimentando la acción del conjunto; es donde se hacen y se revisan los informes de las distintas dependencias y es el servicio más cercano al propio titular. Durante una época, mis mejores alumnos siempre estuvieron encargados de formar ese centro que, para mí, es el cerebro de una acción administrativa.

Lo que sigue es seleccionar a los colaboradores y armar los equipos; este último es un proceso en realidad pedagógico. Es ir articulando los equipos pero conforme a ese propósito, y diseñar planes concretos de acción y definir los objetivos en diálogo permanente con esos equipos. Eso es fundamental. Podría dar muchos ejemplos, desde la forma en que echamos a andar la reforma administrativa hasta la elaboración, siete años después, del Plan Nacional de Educación, que es quizá el trabajo

más amplio y sistemático que desarrollé. También apliqué este método de trabajo en Naciones Unidas, aunque en una escala mucho menor en cuanto al número de colaboradores.

Una vez que el equipo está imbuido de un propósito, de una serie de objetivos, hay que descentralizar la función y dar la máxima confianza a cada una de las cabezas de la administración. Hay que cuidar que el tramo de control —como lo llaman los administrativistas— esté bien pensado, entre cinco y 10 o 12 personas que sean los que reportan directamente a uno, y ser muy preciso en el funcionamiento de este tramo de control, pero también muy abierto a las iniciativas que vienen de la base para evitar el congestionamiento de la información y la formación de feudalidades y de cacicazgos.

Hay que tener —y eso es quizá lo más difícil en la administración— un buen equilibrio entre el apoyo necesario que se da a la autoridad y la apertura de los canales para corregir las desviaciones de esa autoridad. Si solamente se apoya a la autoridad, es la pura descentralización vertical, y se incurre de un modo u otro, máxime en nuestro tipo de organización política, en desviaciones de autoridad, en formas de cacicazgo, de rigidez y en la formación de feudalidades. O como algunos políticos lo llaman, “se hacen grumos”. Si solamente se abre uno a lo que cada quien opina, pues viene el caos administrativo; por eso es fundamental el equilibrio entre la apertura a la opinión de todos y la descentralización. Al respecto siempre he pensado que, en el fondo, las reglas básicas de la administración no son distintas a las reglas con las que debe operar una sociedad democrática, que serían: el máximo de participación en la toma de decisiones, el máximo de eficiencia y de operatividad en la ejecución de las decisiones.

En el proceso de toma de decisiones todos deben ser iguales en principio, hasta el más modesto de los colaboradores; en el proceso de ejecución de las decisiones es cuando funciona la estructura jerárquica. Si uno entiende la administración, el juego —o el *interplay*, como dirían— entre ambas, en una misma sesión, de un momento a otro se puede pasar de una dimensión a otra, porque si las tiene uno muy presentes hay eficiencia. Creo que ésas son mis reglas fundamentales y a eso se debe que,

cuando uno está organizado, puede viajar y las cosas funcionan, y funcionan porque el mecanismo se ha echado a andar. En la medida que funcionan solos los cuerpos de la administración que uno va armando —porque además tienen una dirigencia de calidad—, se amplía el radio de acción. Eso es lo que a uno le permite hacer otras cosas.

Esto no es distinto de cómo han crecido los imperios o cómo se han ganado las guerras o el crecimiento de los emporios industriales y mercantiles. ¿Cómo se llega a una gran empresa o un gran emporio comercial o económico? Bueno, alguien fundó una empresa que funcionó bien, la puso en buenas manos, hizo una segunda empresa, funcionó bien, la puso en buenas manos, hizo una tercera, después hizo un *holding*. Creo que esta regla opera en todas las actividades humanas. O un ejército que gana batallas: se amplía, en vez de estar en dos frentes después está en cinco, luego en siete y al final se construyen los imperios.

Esta regla de la administración es aplicable a cualquier otra actividad humana, y también podría ser la explicación de muchos de los problemas que tuve, pues siempre hubo la sensación de que crecíamos muy aprisa y de que estábamos en muchas cosas. Eso es cierto y es consciente, pero se pudieron hacer muchas cosas simultáneamente. Te agradezco que lo hayas observado, porque dicho sólo por mí se vería mal, parecería vanidad y quisiera eliminar de todo esto cualquier elemento de presunción, pero es un hecho que, en muy breves tiempos, crecimos en influencia enormemente y abarcamos mucho. Dice un viejo dicho que *el que mucho abarca, poco aprieta*, pero en realidad la buena administración consiste en abarcar lo más y apretar lo más, y nosotros abarcamos mucho y apretamos mucho.

JW: Pero eso requiere una energía personal tremenda.

PML: Creo que nací para eso.

JW: Con mucha energía...

PML: Bueno, no creo en las predestinaciones; diría más bien que fui educado para eso. Toda mi vida me preparó para la actividad. Mira, me decía el otro día un amigo, quizá mi amigo más ingenioso, que siempre hace muy buenas bromas —además sutiles y crueles; no creas que es complaciente—, que alguien en el alto nivel de este gobierno, como

no encontraba mi acomodo, decía: “Lo que pasa es que si a Porfirio le dan una embajada, la quiere convertir en un ministerio; si le dan un jardín de niños lo quiere convertir en el jardín modelo a nivel universal, y al rato está dando la vuelta al mundo con su jardín de niños”. Esto revela que sí era sabido que cualquier unidad que me dan la hago crecer; ha sido característico que le he dado el mayor relieve y la mayor amplitud a las actividades en que he estado involucrado. Ahora no tengo mando de tropa alguna, no tengo sueldo, no tengo cargo administrativo, y sin embargo, en año y medio creo que desde la banqueta, como se dice, hemos levantado la más importante fuerza política del país.

EL SERVICIO CIVIL DE CARRERA

PML: En nuestro programa estaba la creación del servicio civil de carrera, que es una reforma jurídica y política fundamental; la creación de institutos de los que hemos hablado, sectoriales, para la formación del personal y para la investigación en cada una de las oficinas, en cada uno de los grandes sectores de la administración, era un problema fundamental. Y estaba la integración de ciertos servicios.

Logramos algunas cosas, entre ellas integrar los servicios de informática, información económica, que fue un proceso largo; e ideas clave, por ejemplo, la credencial única del mexicano. Puede parecer una minucia, pero era importante porque consistía en vincular los servicios de informática de los estados al Registro Civil, que es cuando el individuo nace —la Iglesia no, porque somos un Estado laico—; después los servicios de informática del Sistema de Salud y la Seguridad Social, para cuando el niño entra a ese sistema, y después hay que vincularlo al servicio de informática del Sistema Educativo Nacional; en un tercer nivel, al Servicio Militar Nacional a los 18 años, y finalmente al sistema fiscal. En cinco pasos y con una red informática central se podría proveer a cada mexicano de algo que me parece fundamental, que es la credencial individual, aunque no digo que eso sea la reforma: por ejemplo, esto no se llevó a cabo. Había financiamiento, desde luego, obtenido de

la Secretaría de Hacienda, que estaba interesada en cobrar los impuestos; ya le dejaba yo un causante perfectamente clasificado cuando llegaba a la edad de contribuir. Después esto se politizó y tomó la idea la Secretaría de Gobernación, con lo que hubo rechazo porque parecía que era un control policiaco.

JW: ¿Era gente de tu confianza o te la enviaban de otras áreas?

PML: Tuve una gran laxitud para formar los equipos. Mis superiores me dieron confianza, y respecto a los equipos de niveles menores había que dar bastante laxitud también a los jefes intermedios para que ellos, a su vez, también tuvieran libertad de selección, claro, supervisada, siempre dentro de estándares y buscando los mayores equilibrios.

JW: ¿Pero no tenías muchas presiones para recibir recomendados, ineficaces que el área de personal transfiera a donde puede, sugerencias, etc.?

PML: Hay veces en que uno está en un cargo donde hay funcionarios, por alguna razón política, preexistentes. Me tocaron en la Secretaría del Trabajo uno, dos o tres casos, y uno entiende que estén allí; mientras la administración no sea de carrera por el servicio civil, obedece a criterios políticos, eso es una realidad. Si es incompatible con el conjunto, hay que pelear por disolverlo. El problema de los recomendados sí lo tuve, pero creo que pude evitarlo y fue marginal. En varias ocasiones rechacé respetuosamente recomendaciones que se me hicieron del propio presidente de la República, quien me sugirió algún nombramiento; en dos o tres casos que después fueron conocidos, con todo comedimiento le pedí al jefe del Estado que no me los enviara porque no estaba yo de acuerdo, y no se hizo.

JW: También hay otra práctica muy de la política: que un secretario de Estado acomoda a sus fieles en otras dependencias federales.

PML: Depende qué es lo que entiende uno por sus fieles. Creo que eso también implica un sentido bastante primitivo de la administración. Mira, después de tantos años de estar en la administración y ahora en la oposición, y de ver tanta gente que trabajó conmigo y que se suponía que era mi gente y ahora están en bandos contrarios, no me creo eso de la pertenencia de por vida de las personas. Pienso que se forman grupos cuando hay mentalidad de grupos: hay sectores o personalidades

de autodenominación que han trabajado y que inclusive han creado asociaciones de profesionales como una especie de plataforma política para actuar. Hay otros, sobre todo los provenientes de provincia, con un viejo estilo que no es propio solamente de la época del general Díaz, cuando se hablaba del paisanaje y del compadrazgo, sino que ha permeado en la cultura política del país. Los que se llevan a sus paisanos son ellos, otros se llevan a los compañeros de escuela; otros más, a los miembros de su gremio, y así. En el caso nuestro —y no solamente mío, sino creo que de funcionarios de mi generación o de mi estilo—, creo que lo más importante han sido las afinidades intelectuales, las afinidades políticas.

JW: Se habla de camarillas.

PML: Porque hemos trabajado con un sentido de ideología. Yo jamás formé una camarilla.

JW: Pero se habla en México de eso, del concepto.

PML: Las ha habido, claro. Hubo camarillas, hubo compadrazgos, hubo paisanaje, cómo no, y esto se ha permeado siempre. Hubo poder de gremios y hubo poder de grupos muy cerrados, y ha habido mafias. Todo eso lo ha habido y no dudo que siga existiendo. En cuanto a nosotros corresponde, lo importante eran las afinidades políticas dentro del espíritu renovador de la política de la administración: hablar un lenguaje común, tener propósitos comunes. Me precio de haber tenido colaboradores de una gran calidad, y nuestra administración fue posible porque logramos una cierta homogeneidad. Claro, hablaré de la Secretaría de Educación y explicaré cómo eso es mucho más difícil y se plantea de otro modo.

En la Secretaría de Educación Pública hay que responder a las distintas estructuras profesionales. Tiene que haber maestros normalistas, egresados del Politécnico, gente de los medios de la cultura, profesores de educación física, porque una secretaría como la de Educación Pública también es una secretaría plurigremial. No puede uno poner a un intelectual de universidad a dirigir una escuela politécnica; hay que nombrar gente de ese gremio. Ahí hay restricciones, si se quiere, de carácter gremial, que no son sino de un modo más objetivo lo que de todas maneras ocurre, por ejemplo, en otras ramas de la administración: para nombrar

un presidente de una Junta de Conciliación y Arbitraje hay que pensar en un abogado, incluso por ley, y hay que pensar en un experto en cuestiones laborales.

JW: ¿Tuviste un equipo que te seguía?

PML: Tuve muchísimos equipos, pero diría que pocos me siguieron. Claro: hay funciones muy directas, muy relacionadas con uno, que naturalmente quienes las desempeñaron pueden seguir con uno, como un buen secretario particular, un secretario seccional, secretarias.

JW: Sí, porque construir un nuevo equipo cada dos años sería muy desgastante.

PML: Un equipo central me acompañó durante épocas. Se fue renovando, pero también estaban las gentes más allegadas a mí en el trabajo intelectual, sobre todo el de documentación, de planeación, y que también me acompañaron en distintos momentos, pero se fueron acomodando a funciones distintas según los requerimientos, según el lugar a donde iba, y llegaban otros nuevos. Diría que el equipo central a nivel de funcionarios que me acompañó a lo largo de los últimos sesenta a los últimos setenta fueron de 8 a 10 personas.

JW: ¿Y para mantener sus energías? Por ejemplo, José Figueres nos dijo que siempre quería tiempo para tomar un baño durante el día y cambiar de camisa, y ya estaba listo para seguir. Uno tiene unas maneras muy propias.

PML: Esta fórmula de Figueres la descubrí en la diplomacia. Al principio, en la ONU me parecía chocante que algunas cenas fueran de *black tie* cuando no eran cenas de gala o grandes ocasiones, hasta que descubrí que eso tenía dos grandes ventajas, ya que lo obligaba a uno a cambiarse y bañarse mientras que se podía tener la tentación, si era una cena común y corriente, de irse con la misma ropa, incluso de no pasar por su casa porque “bueno, ya se me hizo tarde”. Algo que hacía mucho en mi vida administrativa era caminar. Eso lo aprendí de varias gentes.

JW: ¿Salías al jardín? ¿O por las calles, solo?

PML: No, caminar trabajando. Primero en un jardincito que tenía la casa; a veces incluso salía a la calle, o iba al restaurante y regresaba caminando. Generalmente uno empieza a trabajar con un desayuno, porque

ya el desayuno es de trabajo, con un grupo o una persona. Esos desayunos suelen ser rápidos, es una hora u hora y media destinada a esto, así que me quedaba tiempo para caminar. También en México, lo hacía todas las mañanas en el CAPFCE, que tiene una casita a un lado con un jardín muy grande, en la calle de Cedros.

JW: ¿Dónde vivías en ese tiempo?

PML: En San Jerónimo. Las primeras dos casas que tuve estaban en la misma calle, hasta arriba, en la primera de San Bernabé. La primera tenía un jardín atrás que daba a una montaña. Algunos acuerdos los hacía caminando; claro, no siempre había las facilidades. En la Secretaría del Trabajo no era tan fácil.

ROSARIO VARO BERRA (RVB): Cuando salía a caminar a la calle, ¿era con seguridad o sin seguridad?

PML: Hubo épocas en que tuve mucha seguridad, en su buen sentido, y las hubo en que no. La hubo en los tres o cuatro primeros años del régimen de Luis Echeverría a partir del secuestro del secretario de Turismo, Hirschfeld Almada.

Tuve mucha seguridad. Después, en alguna ocasión me dijo Hirschfeld que en la lista que le habían mostrado los secuestradores yo venía en segundo lugar; me lo dijo como una confidencia y nunca me lo repitió. Para la seguridad se contrataron elementos en la propia secretaría de Estado, que nos cuidaban y que nosotros no seleccionamos. En general fueron 10 los que estuvieron a mi lado en aquel tiempo, habían sido policías judiciales o jóvenes militares; además aprendimos defensa personal. Tengo un extraordinario recuerdo del cumplimiento del deber de estos guardias, y algunos de ellos me han conservado una gran lealtad personal. Estas gentes modestas convivieron conmigo, con mi familia, me acompañaron a todas partes, han conservado una relación afectuosa, respetuosa y leal conmigo hasta la fecha. No sé si se exageró, pero de que hubo una sensación de peligro, es indudable.

JW: Háblanos de un día típico como secretario de Trabajo. ¿A qué hora te levantabas?

PML: Mis días de secretario de Trabajo fueron los más atípicos de mi vida.

JW: ¿De veras?

PML: No, es increíble. Hasta me da pena decirlo porque aparentemente podría contradecir todo lo que acabo de decir, si se le ve superficialmente. Fue un periodo que viví en el más grande desorden. Pero lo que diré no contradice sino reafirma lo que antes dije: la vida del secretario del Trabajo siempre fue muy desordenada por la famosa negociación obrero-patronal.

Esa negociación ascendió al nivel del secretario del Trabajo en la época del licenciado López Mateos. Se dice que don Adolfo Ruiz Cortines le hablaba por teléfono varias veces siempre que había un conflicto y estaba pendiente de que le llamara, y el licenciado López Mateos personalmente vigilaba hasta muy altas horas de la noche las negociaciones; eso acabó por hacerse una costumbre. Esa negociación obrero-patronal conciliatoria es algo que podríamos considerar como una actitud graciosa del Estado porque no está en la ley, pero políticamente es importante. La conciliación administrativa no está en la ley; está la conciliación jurisdiccional en la Junta de Conciliación y Arbitraje, cuando se someten a jurisdicción.

Entonces se creó en torno al secretario, como asesores suyos, un grupo de abogados conciliadores. Había hasta un piso en la Secretaría del Trabajo que era como un departamento donde tenían una sala, dónde comer, sitios para dormir, sauna; ahí estaban instalados y a veces pasaban la noche entera. Esos lujos se cancelaron antes de que yo llegara, debido a rumores de que se podían usar esas instalaciones para otras cosas. Entonces yo les arreglé una sala muy republicana decorada con el artículo 123, con figuras de héroes, etc. De todas maneras, las instalaciones se acabaron pero no se acabaron las costumbres.

Recuérdese que mi antecesor para muchas cosas fue un hombre muy eficaz, pero llegó a un momento de grave crisis cuando vinieron las huelgas y la tensión era muy grande.

JW: ¿Quién fue?

PML: El licenciado Rafael Hernández Ochoa, que había sido subsecretario de Gobernación con el licenciado Echeverría y después fue gobernador de Veracruz. En la situación en que entré todo era una gran

tensión, lo que además de alguna manera fue un gran aprendizaje para mí. Entonces las negociaciones se prolongaban hasta muy tarde, y por la responsabilidad que me había recaído, a pesar de que tuve un equipo magnífico creé una Dirección de Conciliadores, pero todos los principales funcionarios conciliaban y en los conflictos grandes nos estábamos hasta las dos, tres, cuatro de la mañana. Claro, no trabajando todo el tiempo; a veces dormíamos un rato. Recuerdo algunas temporadas en la Secretaría del Trabajo haber salido numerosas veces con la luz del día: esto es absolutamente atípico. No sé cuántas, pero 20 o 30% de mis noches las pasé en la Secretaría del Trabajo, entonces, estaba lejos de una vida ordenada.

Además, en la primera etapa del régimen, sumado a mis actividades en la Secretaría del Trabajo, el presidente de la República me siguió pidiendo algunos trabajos, particularmente relacionados con sus viajes al extranjero. Recuerdo una temporada, hacia marzo de 1973: después de terminar mis tareas en la Secretaría del Trabajo me iba a supervisar la elaboración de textos a una pequeña casa que había en Los Pinos y donde de repente no supe ni a qué horas dormía de las 10 de la mañana a las tres de la tarde. Fue una época de un trabajo abrumador donde estaba por un lado atendiendo la Secretaría del Trabajo y por otro lado sirviendo a Los Pinos, porque la transición de un equipo a otro no se había consumado de un modo total. Claro, eso no fue permanente, se reabsorbió con el tiempo.

En una situación así es donde, en principio, la descentralización cuenta: uno, dos o tres funcionarios responsables de armar la nueva Secretaría del Trabajo, a quienes di facultades y poder de decisión. Al mismo tiempo que manejábamos el viejo estilo obrero-patronal en las noches, en el último piso, abajo durante el día estaba naciendo la nueva Secretaría del Trabajo. Quedé muy orgulloso, más que nunca después de haber hablado ayer con Jeffrey, que le ha dado mucho masaje a mi modesto ego porque me ha descrito el mundo que estábamos creando allí. Tengo más orgullo por ello porque no lo manejé directamente; asistí a las juntas donde discutíamos los problemas, precisábamos los proyectos de ley, pero fue ejecutado en su totalidad por las personas que designé.

Un oficial mayor que no tenía nada que ver con cuestiones laborales, era un economista con especialidad en banca central y finanzas, con espíritu moderno, que manejaba tres o cuatro equipos para lanzar esas instituciones y me informaba; lo que llaman en inglés *progress report*. Cuando estaba listo el proyecto de ley lo discutíamos, lo llevábamos a Presidencia y salía: inauguraba yo el organismo, seleccionábamos el personal y tres meses después me informaban. Los presidentes de las juntas de conciliación y arbitraje, con Fernando Zertuche, que fue origen, cabeza de otras instituciones. El equipo de Conampros, que actuó afortunadamente; el equipo de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos, que tuvo un papel central en el manejo de la Comisión Nacional Tripartita.

Es interesante ver cómo era una institución de dos vistas, donde de un lado de la puerta se está haciendo una cosa y del otro lado se está haciendo otra. Creo que esa época marca muy bien lo que puede hacer que, sin descuidar las inercias del pasado, se atiendan las contingencias del presente y se prepare la obra del porvenir.

JW: ¿Qué ocasionó la huelga del 74?

PML: Siguió la inflación, entonces volvieron a pedir un aumento extraordinario de salarios. Se planteó de nuevo la reforma a la ley, que habría resuelto el problema de una indexación de los salarios mínimos; era hasta una y media veces el salario mínimo. Pero no fue aprobada por los sindicatos ni por las empresas, y sobrevino la segunda ola de huelgas.

Ya fue menos complicada porque había una manera de resolver el problema. La primera vez no se sabía cómo; ahora ya había un camino que seguir, pero de todas maneras fue muy farragoso porque la relación entre el sector empresarial y el gobierno era distinta, y es que de 1973 al 74 hubo un deterioro y el clima de discusión fue mucho más áspero. Hubo incluso conflictos serios que estuvieron a punto de redundar en roces personales. Pero aunque fue más ardua, mucho más tensa, se sabía que se iba a resolver: esto creaba un cierto fatalismo en el sector empresarial de que se tendría que resolver por el mismo camino que la vez anterior. Por su parte, en el sector obrero había una confianza de lo mismo, de cómo acabaría resolviéndose. Y en nosotros, gobierno, había una seguridad mayor en lo que hacíamos, pero curiosamente, asociada

a esas certidumbres había más tensión que en la huelga anterior. Volvimos a sacarla, me volvieron a hacer un homenaje y a dar otra medalla de oro: tengo dos. Lástima, una de ellas me la robaron. Cuando me estaba mudando dejé una pequeña caja fuerte en la casa que dejaba, y mucho tiempo después lo descubrí pero ya no había caja fuerte. La sacaron, no sé quién, y se la llevaron con mi medalla de oro y otras medallas de oro de juventud. Ni modo, habrán contribuido a la distribución del ingreso en México.

MÍSTICA, CARACTERÍSTICA DE LOS EQUIPOS

PML: Pienso que lo característico de los equipos que formamos en la época que narro fue lo que comúnmente se llama en México trabajar con mística. La palabra no me gusta porque es de origen religioso y no describe de lo que se trata, pero así se le llama en México: trabajar con mística. Diría, para significar lo que esa palabra quiere decir, trabajar por convicción, con una filosofía común y con un gran sentido de emulación y de competencia entre los funcionarios, con la clara sensación de que se está transformando al país. Esto es lo fundamental.

JW: Se hablaba en esos días de que Echeverría tenía mucho interés en que los administradores estuvieran temprano en sus oficinas, y que no había de éstos que llegaban a las 10 u 11 de la mañana a abrir el escritorio.

PML: Había en eso algo, si se quiere, de mucho rigor, pero también un sistema de trabajo personal del presidente, que trabajaba sin límite de tiempo, incluso dormía muy poco y aprovechaba toda su energía trabajando. Y había un método de origen —yo no le llamaría puritano— de evitar los tiempos que se prestaban a la frivolidad, aunque no creo que sea bueno el método de trabajo absorbente en sí. Si media esa mística o se da por sí misma en el empleado, está bien, pero para quienes no la tienen resulta una imposición muy difícil de sobrellevar, y se presta a la falsificación y a la hipocresía: estar allí, pero no estar haciendo las cosas. Creo que la intensidad del trabajo debe relacionarse con el

valor de ese trabajo, es decir, en la medida que tenga un sentido y que la gente tenga la certidumbre de que es necesario.

Creo que todo el mundo va a entender que se debe trabajar con la más absoluta intensidad todo el tiempo que sea necesario, organizarse, entrar en un proceso de sacrificio personal para organizar a la comunidad, pero debe haber la convicción de que eso es necesario. Voy a suponer que en este momento —ejemplo que yo ponía— estamos en Londres y empiezan los bombardeos contra la ciudad; pasa el bombardeo y se presenta un nivel de intensidad distinto del de la guerra, con la paz viene otro ritmo.

En los equipos que integramos —y lo digo sin exagerar— había esa gran sensación de estar transformando el país, así que era un ritmo de trabajo gozoso; era una entrega real al trabajo.

JW: ¿Te gustó el trabajo?

PML: Pero naturalmente, y estoy profundamente satisfecho de lo que se hizo aunque se hayan cometido errores.

RVB: ¿Pero de veras había cohesión?

PML: Había una gran cohesión. Claro que siempre hay problemas, eso es normal, pero la cohesión fundamental de los equipos fue muy grande.

JW: Ahora hablemos un poco más de un día de trabajo más o menos característico. Por ejemplo, se habla mucho de los desayunos de trabajo en México y la manera de vivir la vida.

PML: En la Secretaría del Trabajo la mayor parte de los días no me levantaba temprano; al contrario, me levantaba tarde pero también me acostaba muy tarde. Me iba a la secretaría al mediodía, tenía acuerdos. Generalmente comía en la oficina o cerca, o había una comida de trabajo con otros funcionarios; a veces descansaba un momento en la tarde. Es que podía pasarme noches sin dormir, completas, y empezaban ciertas negociaciones en la tarde.

JW: Desayuno, ¿a qué hora?

PML: En la Secretaría del Trabajo creo que desayunaba como a las 9:30 o 10:00.

JW: ¿Hasta cuándo llevaste este ritmo?

PML: Nada más en la Secretaría del Trabajo; en Educación fue otro completamente distinto, y en Presidencia llegaba a la oficina realmente temprano. Todo el periodo de organización en Presidencia yo arranca- ba a las nueve de la mañana. Siempre he tratado de trabajar los hora- rios normales y llegar a las nueve en punto de la mañana. Claro que en la Secretaría del Trabajo eso era imposible: salía tan tarde a veces, que desayunaba en la oficina al terminar la jornada en la noche. En Traba- jo fue muy caótico.

JW: ¿Tuviste acuerdos?

PML: Sobre todo en la época de las huelgas.

JW: ¿Cuántas veces o cuándo viste al presidente para tener un acuerdo?

PML: Depende del presidente. Trabajé directamente con dos, con Echeverría y con López Portillo.

JW: Con Echeverría.

PML: Con don Luis Echeverría no había un sistema de acuerdos fijo para todos. Con algunos funcionarios se veía con más regularidad, pero en mi caso, estando en la subsecretaría de la Presidencia, pasaba la mayor parte del tiempo en Los Pinos, así que lo veía varias veces al día, aunque también había días que no lo veía. Algún general, un alto oficial del Estado Mayor, me dijo cuando terminó el sexenio que des- pués del presidente nadie había pasado más horas que yo en la oficina de Los Pinos. Estuve mucho tiempo ahí por mi labor de asesoría y por- que la mayor parte de los programas que estaba lanzando tenía relación con el presidente.

En las mañanas iba a Palacio Nacional; el presidente me llamaba una o dos veces. Para la tarde, nos puso oficinas en Los Pinos, en la casa don- de vivió el general Cárdenas, que ahora es donde recibe el presidente. Fue la primera casa que se hizo ahí; el licenciado Miguel Alemán cons- truyó otra, la casa grande, y la antigua, la del general Cárdenas, se usaba para otros objetivos. En alguna época allí era cuartel del Estado Mayor. Al comienzo del sexenio del licenciado Echeverría, en esa pequeña casa se instalaron nuestras oficinas, las de los dos subsecretarios que estába- mos realmente adscritos a él. A mí me tocó en el piso de arriba y el de abajo al subsecretario de Información.

En la mañana, en Palacio Nacional, hacía fundamentalmente la programación de la reforma administrativa y otras cosas que requerían toda mi concentración. Acudía por momentos a la oficina del presidente cuando me llamaba y cruzaba el corredor de Palacio, y casi todas las tardes me iba a trabajar a Los Pinos, o sea a mis oficinas, donde participaba en juntas, discutíamos documentos, respondía consultas, etc. Estaba yo muy ligado al presidente.

Ya en Trabajo, aunque obviamente cambié de oficinas, iba con frecuencia a ver al presidente. Algunas tardes iba a Los Pinos, como cuando había un problema serio y él me mandaba llamar, o yo le hablaba por la red para decirle que lo quería ver, me daba cita y hablábamos 20 minutos o media o una hora, generalmente caminando.

JW: ¿Es una red interna?

PML: Sí, es una red interna del gobierno federal. Entonces se podía hablar con el presidente por la red con cierta facilidad: depende del nivel del funcionario y de la seriedad que se atribuyera a sus llamadas. Es decir, allí se regula eso, según cómo consideren que uno sea importante. Si siempre le siguen contestando, es que uno va bien; si le dejan de contestar, es que va mal. Según esté siendo útil uno, o si la llamada corresponde a una necesidad o se siente que es procedente; el presidente mismo lo regula.

Cuando estaba en la diplomacia hubo alguna discusión sobre eso. Dije: "El que regula el contacto con el presidente es el presidente mismo, él sabe si contesta o no. Nunca contesta personalmente, sino un ayudante. Si intenta uno tres veces y no contesta, ya sabe uno que hizo un gesto". "¿Tú le hablas mucho al presidente?", me preguntó alguien. "No, él me contesta mucho. Es muy distinto." Y esta experiencia no solamente es mía sino de muchos funcionarios.

SS: Quiero volver a tocar el tema de las huelgas. Hubo una interpretación en un momento determinado que decía que Fidel Velázquez manejó las dos huelgas generales, inclusive la demanda de la semana de 40 horas de trabajo, para balancear la simpatía que tenía el presidente por los sindicatos independientes.

PML: No, eso es una simplificación. Es evidente que frente a la presión de los sindicatos independientes la CTM tenía que emprender acciones, pero ahí también está el problema de la inflación. Ya dije que el reclamo de Fidel Velázquez y de los líderes obreros era: “No podemos, por una parte, que nos aprieten vía salarios, que no nos den conquistas, y por la otra, que estemos sujetos al desbordamiento de otros grupos”. Por algún lado tienen que reafirmar su liderazgo.

La semana de 40 horas estaba planteada antes de que yo llegara, y ése fue mi primer problema. Una de mis primeras decisiones fue crear una comisión para el estudio de la semana de 40 horas e hizo un estudio excelente, que incluí dentro de los trabajos de la Comisión Nacional Tripartita, y creo que muchas de las conclusiones son todavía vigentes. No nos pronunciamos contra la semana de 40 horas, pero pensamos que eso debía irse resolviendo por ramas de actividad económica, dentro de contratos por ramas de industria.

Quisimos aprovechar la demanda de la semana de 40 horas para reavivar una vieja institución de la Constitución y de la ley: los contratos por ramas de industria, que se llaman contratos-ley. Desde 1934 no se había hecho un contrato-ley. Por problemas que había habido, sobre todo en textiles, se consideraba que eran obsoletos, pero después de treinta y tantos años, casi 40, logré hacer un nuevo contrato-ley, que fue el de la industria de la radio y la televisión. Muy fuerte, y además dejé planteada una docena de contratos-ley.

Uno de los retrasos de la organización sindical de México se debía, a mi entender, a la lentitud con que crecieron los sindicatos nacionales de industria. La estructura sindical en el país estaba dividida en dos grandes apartados, los sindicatos nacionales de industria, que corresponden en general a las ramas de actividad económica cuya jurisdicción es federal, ya sea minería, ferrocarriles, petróleos, electricidad, etc., y por otra parte las federaciones de sindicatos de los estados, que corresponden a un tutifrufrú de actividades y que están unidos en federaciones que litigan frente a los tribunales de las juntas locales.

Creo que por mi estudio comparativo de la evolución de las sociedades industriales, fundamentalmente en Europa, y por ciertos

antecedentes de la legislación y de la doctrina mexicana, llegamos a la conclusión de que una de las maneras de estimular la conformación de sindicatos nacionales de industria y la modernización de las relaciones obrero-patronales con todas nuestras ideas, incluidos elementos de medicina del trabajo, de capacitación, de cultura obrera, de turismo obrero, de productividad, etc., era modernizando la contratación colectiva, y para eso necesitábamos pasar las ramas a nuestra jurisdicción. Era una manera de aumentar la extensión de la inspección federal del trabajo y de vincular los servicios de inspección de las instituciones de seguridad social, que son federales por naturaleza, ahí no hay dos jurisdicciones. El Seguro Social es nacional, entonces se puede inspeccionar el cumplimiento de la ley en todas las empresas del país. El Infonavit tiene jurisdicción sobre todo el país y la Secretaría del Trabajo nada más tenía sobre las ramas de jurisdicción federal, lo demás lo teníamos que hacer en una coordinación muy laxa con los estados.

Tuvimos mucha oposición. Propusimos unas veintitantas ramas para que pasaran de la jurisdicción local a la federal, y una reforma constitucional —del 74 o 75— por la cual se pasaran siete o nueve ramas, con lo que se amplió también el ámbito de competencia de la Secretaría del Trabajo. Debo decir que, de todas maneras, ciertos conflictos que eran competencia de la autoridad de los estados, si eran muy graves, yo tenía que intervenir por la vía conciliatoria extraoficial, así como tuve que intervenir en la negociación del sindicalismo universitario, que por razones políticas desbordó el marco de las universidades. Bueno, “intervenir” no es la palabra; quien me oyera me acusaría de haber violado la autonomía universitaria. Fui amable mediador en los conflictos universitarios con la anuencia del rector y del naciente sindicalismo universitario.

JW: ¿Cómo y para qué se creó el Congreso del Trabajo en 1966?

PML: El Congreso del Trabajo es la segunda versión del BUO. Ya había habido un intento previo de federar a todas las organizaciones sindicales que se fue a un Bloque de Unidad Obrera, el BUO, en la época de Ruiz Cortines. En el tránsito del cardenismo al avilacamachismo hay una primera fragmentación de las organizaciones obreras, y en el tránsito del avilacamachismo al alemanismo hay otra; es la época del llamado

charrismo. En este tiempo, que coincide con la salida de Lombardo de la CTM, hay una ruptura importante. Las federaciones de sindicatos, éstas a las que me refiero, que operan en los estados de la República, eran realmente el cuerpo de la CTM. Debo decir que la CTM durante esta época era fundamentalmente —y esto es clave para entender el sindicalismo mexicano— un conjunto de sindicatos de trabajadores de empresas privadas, no de empresas públicas; los sindicatos de las grandes empresas públicas adquirieron autonomía e independencia: petróleos, ferrocarriles, el sindicato minero...

Después viene un proceso de reconstrucción de la CTM, con el que ésta se queda desde entonces, en los últimos cuarenta, con una doble estructura: las federaciones de sindicatos, que son sindicatos de jurisdicción local, y los sindicatos nacionales. Pero quedan otras organizaciones sindicales separadas —y desde luego, confederaciones previas a la CTM— que aunque habían perdido fuerza, seguían y siguen existiendo y nunca se fundieron con la CTM. La CROM existe hoy: no es la de Morones, pero existe. Y la CROM es una central, pues tiene un número importante de sindicatos, sobre todo en Veracruz, Puebla, el centro de la República, etc. La CROC, que fue un desprendimiento posterior, subsistía, y se habían formado algunas centrales más pequeñas.

EMW: La CROC ¿qué es?

PML: Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos. La CROC, de suyo, era una confederación bastante laxa de sindicatos. Y existen otras organizaciones, pero el peso específico de la CTM respecto a los demás sigue siendo muy grande.

Cuando termina esa época de conflictos de los cuarenta y los primeros cincuenta, hay la idea de hacer una especie de organismo que los agremie a todos, en el que se obtengan algunas líneas de política conjunta. Nunca ha llegado a funcionar cabalmente como se quisiera el Congreso del Trabajo, aunque se ha avanzado mucho en razón de que sigue siendo la CTM el sector mayoritario. Es decir, no toma ninguna decisión importante sin la CTM, pues representa 65 o 70% del Congreso del Trabajo; sin embargo, ha servido para coordinar políticas entre todos ellos. Su mayor importancia ha sido evitar que se usaran ciertas

centrales obreras para contraponerlas a otras. No lo evitó por completo: en esta administración ha sido muy claro, por ejemplo, el empleo que han hecho de una de esas centrales, la CROC, para oponerla a las demás. Es el estilo, llamado farelismo,¹⁵ de los últimos años, pero durante un largo periodo, el Congreso del Trabajo evitó en lo posible enfrentar a unas organizaciones sindicales con otras. Sirve para organizar su participación representativa en órganos tripartitos y tener una convivencia armónica entre los sindicatos en general.

JW: Y con todo ese movimiento de poderes sindicales, ¿cómo quedaba la distribución de fuerzas entre ellos?

PML: Creo que se le dio fuerza y representatividad al Congreso del Trabajo en el periodo de creación del mayor número de organismos tripartitos; se quedó en esa administración, y en todos ellos participaron miembros del Congreso del Trabajo. Por ejemplo, en Conampros, que era la matriz de donde salían las instituciones, yo tenía gentes muy participativas de todas las centrales. El edificio del Congreso del Trabajo se construyó en la época de Echeverría: algunas de las instituciones que creamos las ubicamos allí. Conampros está físicamente en el Congreso del Trabajo, al que se le dio fuerza, pero no en detrimento de la CTM sino como una instancia conexas y en busca de la armonización.

RVB: Pero ¿el Congreso del Trabajo se estableció con el propósito de equilibrar, o sea, como un mecanismo de control?

PML: El Congreso del Trabajo no lo creó el gobierno, eso es absoluto; lo crearon los sindicatos.

RVB: Bueno, ¿lo crearon los sindicatos con apoyo del gobierno?

PML: Al principio no; después sí lo dimos, en el sentido de que empezamos a tratar algunas cosas con ellos como conjunto. No es un acto de gobierno la creación del Congreso del Trabajo; eso sería una simplificación. Surgió de ellos en el régimen de Díaz Ordaz, como el BUO surgió en época de Ruiz Cortines. Además, para muchas cosas de carácter público el Congreso del Trabajo es muy útil; por ejemplo, organiza los desfiles. El Congreso del Trabajo y el BUO han tenido el mismo

¹⁵ Por Arsenio Farell, secretario del Trabajo y Previsión Social de 1982 a 1994.

secretario general desde su fundación, que es mi amigo Ramiro Ruiz Madero: su función es conciliar a todos para cosas en las que todos tienen que participar.

JW: La CTM había luchado por años para conseguir la semana de 40 horas, ¿no?

PML: Sí, ha sido una vieja bandera de la CTM, y viene de la época de Lombardo; además, si la memoria no me falla, la semana de 40 horas, aunque es una vieja aspiración del obrero industrial, no necesariamente los argumentos que se dan para justificarla son los buenos; se usa mucho la idea de que fomenta el empleo porque se trabajan menos horas y entonces hay que contratar más personal.

JW: La Constitución fijó...

PML: ...cinco o seis días de trabajo por ocho horas, 48, y descanso semanal de un día. Es decir, la Constitución parte de 48 horas y todo lo demás se gana contractualmente. La semana de 40 horas, como norma general, no me parece una medida saludable en ningún país, ni en los países industrializados, porque creo que no es un derecho humano como el descanso semanal, como la jornada mínima, sino que a partir del derecho humano —que ése sí es universal para todos, como lo decíamos ayer— debe irse avanzando en la contratación colectiva de acuerdo con las condiciones de las ramas de la industria y de la evolución de la economía. Creo que la semana de 40 horas debe ser una aspiración, y hasta de menos; hay industrias altamente verificadas —la de la computación buscaba 32 horas—, pero eso es en función del tipo de trabajo, el grado de avance tecnológico y la productividad relativa del sector. Creo que la actitud totalizadora contra la semana de 40 horas es cavernaria, y que en un país de nivel de desarrollo armónico 40 horas para todos es una actitud demagógica. Es necesario fomentar la disminución de la jornada de trabajo por ramas de la industria y por el aumento de la productividad, pero esto no se puede decidir a rajatabla. El proyecto que hicimos fue de contratación por ramas de industria y de evaluación de los progresos de la productividad por rama industrial, etc., para ir deslizándose gradualmente a esto, pero sí establece como objetivo la reducción de la jornada.

Jean Fourastié,¹⁶ que influyó mucho en mis ideas sobre planeación educativa y social con un libro espléndido que se llama *Le grand espoir du xx^e siècle* (La gran esperanza del siglo xx), dice que el siglo XXI llegará cuando la modernidad del siglo XXI, es decir, las características de transformación del siglo XXI, sean plenas, cuando la gente entre a trabajar después de los 20 años en su totalidad, cuando se establezca el retraso de la edad de ingreso al trabajo, cuando la gente salga del trabajo o deje de trabajar antes de los 50 años. Es decir, un recorrimiento de la edad de retiro del trabajo, y cuando todo mundo trabaje menos de 40 horas. En ese momento habrá la sociedad posindustrial.

Esto se va dando fatalmente en la sociedad hasta un mundo utópico, como dice Fourastié, donde todo el mundo esté dedicado a la cultura y a la relación personal hasta bien terminada su juventud, que por un periodo muy breve de su vida trabajen, y la sociedad pueda proveer una jubilación temprana; cuando todo se haga en tres días de trabajo a la semana sería ideal la segunda sociedad posible, ya para el siglo XXII.

SS: Lo dijo Lafargue en el siglo XIX, cuando reivindica el derecho a la pereza en lugar al derecho al trabajo.

PML: Perdón que lo diga así, estoy exagerando la tesis de Fourastié. Lo corregiría después de leer el libro, pero ésta es una tendencia general de la humanidad, así es. Lo que Fourastié reivindica es el derecho a la cultura y a la realización humana.

JW: Entonces no lo han conseguido todavía.

PML: No, pero hay industrias donde eso se ha logrado. En la banca ya ha llegado, pero la banca no es sector; en la banca no había sindicatos, entonces era otra cosa. Pero hay sectores industriales, la petroquímica, industrias de audioautomatización donde esto se ha logrado. El primer contrato-ley que revisé con prestaciones de 40 horas fue el de la industria del hule; suscitó una gran oposición del sector empresarial. Nos pasamos días y noches enteras con los empresarios, empresa por empresa —las principales, Goodyear—, demostrándoles que las jornadas y los turnos de trabajo se adaptaban perfectamente. Se prestaban las

¹⁶ Jean Fourastié (1907-1990). Economista y escritor francés.

condiciones, se podían organizar los turnos de trabajo para eso, había los niveles de productividad necesarios. Era la influencia del sector empresarial nacional, que ninguna empresa tuviera 40 horas; también eso es cavernario. Pero tiene que ser en el análisis de las condiciones de cada rama, y ya con una permisibilidad de hasta 42 horas, porque además de las llanteras hay otras empresas del hule que no tienen las mismas condiciones; entonces se dio la flexibilidad de 42. Cuando había un contrato difícil, mi director de Estudios Económicos iba a la empresa; esto era aparte de la Comisión de Salarios Mínimos, aparte de todo, aparte del INET, tenía una Dirección de Estudios Económicos que me auditaba económicamente a la empresa.

No me engañaba nadie. A diario yo tenía economistas mandando a la empresa: “A ver, ¿dónde está? No. Miente usted”. Ah, porque hay mucha demagogia en la negociación. “Miente usted. Usted miente. A ver, papeles. Yo no discuto más; a mí me traen papeles.” Nunca se había negociado así. “A ver, ¿por qué dos turnos de trabajo?” “No, no, es que...” Sus abogados no sabían nada, y rebasábamos a los abogados empresariales, pues eran ignorantes. “Traigan al gerente. Traigan al gerente de producción. Que venga el gerente de recursos humanos.”

En el caso de Pemex llegamos a una negociación. Los abogados de la empresa, rebasados; la Subdirección Administrativa de la empresa, rebasada; la Dirección General, rebasada. Con los cinco principales subdirectores de Pemex y los *staffs* a nivel de gerencia, “a ver, procesos. Vamos a ver procesos. A darle”. Y con mi equipo de economistas: “Miren, los datos que tenemos son éstos, intervención habida de la empresa”. “Señores, yo no negocio, váyanse a negociar a la empresa. Conmigo son serios”, porque hay mucha demagogia de la empresa y del sindicato. Creo que lo importante es obligar a la gente a la racionalización, la ideologización es un mal gravísimo en las relaciones obrero-patronales; hay gente que combate el salario porque son reaccionarios, y otros que quieren el salario porque, naturalmente, es su negocio. Creo que una buena administración obrero-patronal, con instrumentos técnicos de calidad, puede ser el gran auxiliar para la evolución económica y social de un país.

JW: ¿Recuerdas que Cárdenas dijo que, puesto que los trabajadores eran más débiles, la Secretaría de Trabajo tenía que proteger más, dar más peso a su opinión que a los patrones?

PML: Nosotros dimos siempre más peso a la razón, pero la razón estaba en 90% del lado de los trabajadores.

JW: Antes de hacer una huelga hay que obtener certificación de que existen razones para ello, ¿no? ¿Ustedes tenían que ver algo con la certificación?

PML: Eso es de la Junta de Conciliación, pero la mayor parte de los conflictos se negocian en estado de pre huelga. En alguna de tus entrevistas anoche leí este tema —creo que es en la de Lombardo—, y me llamó la atención lo que dice Lombardo al respecto porque está hablando de otro mundo, anterior al nuestro.

A partir de López Mateos, secretario del Trabajo, cambia mucho el enfoque. Como bien dice Lombardo, la huelga existe por el hecho de que los trabajadores la estallan, siempre y cuando no cometan actos de sabotaje contra el interés de la empresa; luego, la legalidad de la huelga es una calificación de la Junta, etc. Ese proceso jurisdiccional de la Junta Federal y de las juntas locales, que es el que está en la ley, se prestaba a todo esto. Entonces, la conciliación administrativa, que no está en la ley, permite resolver los problemas en estado de pre huelga y no llegar al conflicto.

En ese sentido diría que es una institución muy anglosajona, si entendemos que en la administración de justicia anglosajona y en el concepto de justicia interindividual —más en Estados Unidos que en Inglaterra— hay siempre instancias de *agreement* entre las partes, los *release*, y la administración de justicia favorece y promueve que las partes se entiendan antes de llegar al conflicto jurisdiccional. Creo que esto tiene mucho desarrollo en Estados Unidos: la gente se entiende por la buena, y se entienden entre las partes. Mandan la copia de su arreglo, la depositan en un juzgado y no llegan al conflicto.

La conciliación administrativa permite atacar todos esos problemas sin que se llegue a emplazar la huelga. Cuando hablo de conflictos no necesariamente estoy hablando de huelgas: la participación de la Secre-

taría del Trabajo puede darse con la huelga estallada, que ya es tarde casi siempre.

JW: La idea es evitarla, ¿no?

PML: Con una huelga ya emplazada, el papel de la autoridad es conciliador; todos los casos varían. Muchas veces los viejos conciliadores decían: “Licenciado, hay que dejarla que estalle, porque ya está esto muy podrido, nos vamos a pasar 10 noches y no se van a entender. Tienen dos meses de estar discutiendo. Mejor que estalle la huelga, y ahí los agarramos, en el estallamiento”. En dos, tres días no hay trabajo. Ya con el conflicto estallado, “vengan aquí”. Ya se pegaron, ya se dieron sus moquetes, y entonces se cura la gente y se resuelve. La conciliación que nosotros practicamos, más que en la época de López Mateos, fue lo que yo llamaba la conciliación preventiva. Emplazan a huelga fundamental y teóricamente por tres motivos: uno, para la celebración de contrato colectivo; esto se da ya muy poco. Otro, por incumplimiento general y constante del contrato colectivo; cuando hay realmente un conflicto obrero-patronal serio que se ha gestado durante un periodo. Y tercero, por revisión de contrato, que es la mayor parte de las huelgas, sin contar las extraordinarias o excepcionales por aumento general de salario.

Llegar al estado de prehuelga sin llegar al estado de emplazamiento es posible si se interviene en el proceso de negociación. Ellos ya lo sabían. No digo que lo hayamos inventado; ya se empezaba a practicar en la época de López Mateos, pero el estilo era más el del bombero: las llamas llegaban a la Secretaría del Trabajo. Creo que logramos anticiparnos bastante en lo que podíamos dar la conciliación preventiva, y así la llamábamos. Hablar con la gente con anticipación; ya sabían que estábamos sabiendo. Porque la teoría anterior, de González Blanco, era intervenir lo menos posible.

JW: Hasta que hay problemas.

PML: Hasta que hay problemas. La nuestra fue preventiva. A propósito de lo que dices de Cárdenas, es evidente que la mayor parte de las veces nos buscaron los sindicatos; sabían que la Secretaría del Trabajo había cambiado, que era activa. Así como habló López Portillo posteriormente del cambio de una política exterior pasiva a una activa, se

puede decir que nuestro paso por la Secretaría del Trabajo contribuyó, acendró el paso de una Secretaría del Trabajo pasiva a una activa.

RECONVERSIÓN LABORAL

PML: Cuando la gente sabe que la Secretaría del Trabajo no está rehuendo sino al contrario, que está disponible, que tiene instrumentos, etc., van y lo ven a uno. Los sindicatos importantes me vieron con mucha anticipación, hasta de seis meses, para explicarme sus problemas; entonces los derivaba con mis técnicos, y cuando llegaba la época de la revisión, en algunas ocasiones fueron las empresas. Aquí tiene mucho que ver un problema que está de moda ahora, que es el de la reconversión industrial. Es un problema que no conocen en la práctica y del que han hablado de memoria, que nada más ven en textos europeos o norteamericanos; que vaya si aquí costará trabajo y seguirá costando la reconversión industrial.

Hay empresas de buena capacidad técnica con proyectos de mediano plazo que tienen que ver con la reconversión industrial. A mí me tocaron importantes: acereras, por ejemplo. Le toman confianza a la autoridad y lo invitan a uno; lo pueden invitar a cenar, a comer: “Oiga, licenciado, tenemos este problema. Mire, se viene un contrato colectivo. Los trabajadores nos van a pedir esto mecánicamente, las últimas cinco revisiones nos han llevado aquí. Necesitamos darle media vuelta a la empresa por este lado, vamos a hacer un paquete que ofreceremos al sindicato. Queremos que usted sepa por qué”.

Ahí puede tener razón la empresa perfectamente bien, pues tiene un proyecto de reconversión en el cual lo que hay que proteger es el interés de los trabajadores. Y ahí es donde entra *manpower*, porque no hay reconversión industrial, ni regional ni nacional, si no hay *manpower*. Un sistema de *manpower* que permita la migración laboral, la reclasificación laboral y la capacitación.

Si tengo un sistema de *manpower* puedo afrontar un problema de reconversión industrial. El sistema de *manpower* es eso en la acepción

canadiense, son dos o tres servicios integrados. Es un servicio nacional de empleo; de capacitación y de readaptación a una nueva actividad. Entonces digo: “Bueno, aquí me van a sobrar dos mil trabajadores, pero no nada más a la antigüita los despiden. A ver, estos señores, ¿qué saben hacer? Tengo un sistema de capacitación que los reentrena, y tengo una demanda de trabajo hacia la que los puedo canalizar”. De modo que la organización de servicios técnicos en materia laboral es fundamental para una reconversión industrial.

Voy a hablar con la pura verdad: lo más patético es que el gobierno de México empiece a hablar de reconversión industrial después de liquidar sistemáticamente todas las instituciones que darían racionalidad y harían posible una verdadera reconversión, instituciones de carácter laboral que permiten acolchonar y resolver racionalmente el reacomodo de la mano de obra, pues ése es el problema de la reconversión industrial.

En la reconversión industrial hay dos problemas, uno financiero y otro laboral. El problema de mercado se supone que está resuelto o previsto; si hay la estructura financiera para una reconversión, el que queda por resolver es el problema laboral. Pero si han destruido todas las instituciones que fueron creadas precisamente para la reconversión industrial, es absurdo que ahora se planteen como bandera primordial reconvertir la industria mexicana. Claro, con un espíritu esclavista y de nuevo encomendero, todo esto es posible y entendible.

JW: ¿Y qué instituciones se han liquidado?

PML: Se liquidó el Servicio Público de Empleo, el Sistema de Capacitación para el Trabajo; el INET, el servicio de investigación económica de la Secretaría del Trabajo.

JW: Bueno, con la crisis.

PML: No por la crisis; se liquidó por un designio. De esto hablará Jeff, porque a él le tocó la destrucción, vivió la muerte de los niños; yo la vi de lejos. La destruyeron, así, porque es de nuevo el reequilibrio de los tecnócratas en favor de la tesis de que sólo los sectores financieros del gobierno tienen autoridad. La reforma administrativa nuestra, en que simplificamos el trabajo, consistió en dar a los principales sectores del gobierno el mismo nivel técnico y el mismo peso político. El

régimen tecnocrático y unilateral de los empleados del Banco de México, para poder mandar, destruye toda la capacidad técnica de la periferia.

JW: El equipo que dejaste en Trabajo, ¿fue destruido lentamente o de golpe?

PML: Según Jeff —y perdón que lo cite, porque me dio luces nuevas anoche—, se mantuvo, como lo dije ayer, pero solamente en ciertas áreas se siguió impulsando. Se mantuvo en los años siguientes de modo bastante formal, pero perdió mucho de su impulso. Esto no me constaba a mí, pero me dice Jeff que en principio bajó mucho el nivel, que se mantuvieron pro forma y que ahí había todo un aparato lucidor; mi sucesor también fue precandidato a la presidencia. La destrucción es del régimen de De la Madrid. ¡Zas!, así entró, liquidando, regresando a la Secretaría del Trabajo a una época arcaica. En un año liquidaron todo.

JW: ¿Te tocó estar en Trabajo en una época difícil para el país en el sentido de que vino el surgimiento de los guerrilleros? ¿Qué nos puedes decir en la historia, cómo ubicas este movimiento guerrillero y explicas lo que fue? ¿Qué quiere decir en la historia del siglo xx? ¿Qué pasó, cómo surgió, por qué?

PML: Quiero decirte que uno de los temas que conozco menos, honestamente, es éste; guarda para mí todavía aspectos muy ocultos. No lo conozco bien en sus orígenes, en su desarrollo ni en sus condiciones, pero voy a decir cómo lo veo. La ola de guerrilleros urbanos y rurales en México empieza a ser perceptible a fines de los cincuenta.

JW: Bueno, en las áreas rurales, ¿no?

PML: En las rurales, sobre todo Jaramillo. Después viene una ola de guerrillerismo urbano conectado con el rural, que generalmente se piensa que es posterior al 68 y como resaca del 68. Más bien entiendo que es anterior y que ciertos elementos del 68 están mezclados con ello, por eso digo que hay elementos oscuros en el 68.

JW: Porque la interpretación general es que ya cerrado el paso a los estudiantes en el 68, el paso pacífico, tuvieron que recurrir a la guerrilla.

PML: Lucio Cabañas no era estudiante de Filosofía de la UNAM. No, es una interpretación muy simplista. Tengo la idea de que hay un fenómeno recurrente y permanente de algún modo, de núcleos

que podríamos llamar guerrilleros o de insurgencia campesina por las áreas rurales desde finales de los cincuenta, y que esto no se reabsorbe totalmente.

JW: Jaramillo fue asesinado...

PML: En mayo de 1962, a mediados del lopezmateísmo. Acabo de estar en esa zona con Cuauhtémoc Cárdenas, fuimos al cuartel de Zapata y estuvimos en la zona de Jaramillo. Mi impresión es que esos núcleos no se reabsorben totalmente.

Insisto en que no tengo una buena impresión de la gestión histórica del licenciado Díaz Ordaz; lamento decirlo aunque lo estimen muchos mexicanos, sobre todo la derecha, que creen que fue un presidente ejemplar. La gestión de un hombre no es sólo la presidencia. Siento que en la historia de México —a la que estás contribuyendo sin duda—, para juzgar a personalidades en un periodo hay que seguirlos a través de toda su vida. Sería interesante, si vamos a hacer un balance de los distintos sexenios o gestiones presidenciales, tomar la vida completa de un presidente. Por ejemplo, como lo que ustedes hacen en el caso de mi muy modesta persona, sería interesante ver qué hizo Gustavo Díaz Ordaz cuando estaba en Puebla, cómo se formó esa personalidad represora.

JW: ¿Fue represivo Díaz Ordaz, o no?

PML: Creo que fue un hombre que tenía un concepto de la autoridad muy rígido, su filosofía corresponde a la época de un país que crecía, que necesitaba estabilidad y paz, y que tenía que practicar lo que algún sociólogo latinoamericano llamaba la “represión marginal”.

Respecto de lo que ocurría en México en esos años, en relación con lo que ocurría en América Latina, un gran sociólogo del sur me dijo una vez esta frase que no puedo olvidar: “La diferencia de la represión mexicana respecto de la sudamericana es que la mexicana es marginal en lo geográfico y en lo social, pero permanente como el chipichipi —es decir, en mexicano—, y la represión sudamericana es concentrada y no selectiva”. Es decir, afecta a sectores importantes de las clases medias y urbanas y por eso es tan notoria; es masiva, concentrada y no selectiva. Puede afectar núcleos importantes. Me dijo este sociólogo —que no citaré si no me autoriza, porque ya en alguna ocasión se me quejó, es tan

inteligente que a veces cito sus conversaciones sin su autorización y eso nunca hay que hacerlo; mostró cierta protesta amistosa porque he citado sin su consentimiento cosas que no ha publicado—: “Mira, en eso ustedes son herederos del régimen de Díaz, porque la represión de Díaz era marginal; no era represión de clases medias urbanas. Llegó a haber represión de intelectuales en los prolegómenos de la Revolución, llegó a haber represión de los obreros, pero la represión de Díaz durante todo su periodo fue marginal en lo social”.

En ese contexto, creo que durante los cincuenta y setenta —especialmente en los finales de los cincuenta y los sesenta es de manera muy sistemática— se practica la represión marginal, si la podemos llamar así, de movimientos rurales y de sectores urbanos modestos. Si esto fue una respuesta a infiltraciones subversivas provenientes del exterior, francamente no lo puedo decir; yo no tendría como primera reacción la tendencia a pensarlo. Todo esto se ubica también dentro de un contexto de Guerra Fría.

Hay un tema que no debemos dejar de tocar, porque si no, parece que México es una isla, y es que aquí hay conexiones con Estados Unidos; aunque las conozcamos poco las tenemos que referir. México no es una isla, aunque, como dije en mi última conferencia en el PRI, si nos descuidamos corre el riesgo de convertirse en una península.

Aquí hay conexiones con la estrategia de la Guerra Fría, con los servicios de inteligencia norteamericanos. No quiero decir que la iniciativa haya venido necesariamente de un lado o de otro. Tengo para mí que estas formas de represión hacia movimientos ideológicos extremos o sociales que toman visos de insurgencia, que la forma de tratar este tipo de problemas debemos entenderla y analizarla en el contexto, primero, de la Guerra Fría; segundo, de un larvado anticomunismo oficial que de alguna manera matiza la posición de López Mateos: eso es lo que más disgustaba a don Adolfo. Pero hay que ver que existe todo un marco anticomunista en esa época que no podemos olvidar, y que hay ciertas conexiones funcionales entre los sistemas de seguridad domésticos y los regionales.

A lo que me referí en aquella conversación de junio es lo que este amigo latinoamericano —que cito sin citar— llama en un ensayo magistral “los nexos institucionales de la dependencia”; ahí hay algo de Guerra

Fría, hay mucho de anticomunismo, y hay toda una metodología y toda una filosofía para combatirlo. México es el país que crece, que se desarrolla, que crea industrias con clases medias bonancibles, y lo demás ocurre en el sótano.

JW: Bueno, el FBI de Estados Unidos estaba funcionando en México, por ejemplo, en los cincuenta. Me llamaron a la embajada para acusarme de haber visitado la embajada rusa en la Ciudad de México, y protesté diciendo: “Pues qué estupidez, nunca he estado ni cerca de la embajada”. Cuando vieron que estaba enojado, me dijeron: “Pero es bueno que estemos investigando esto, ¿no? Un buen patriota, un hombre patriótico puede admitir que tenemos razón”. Y les dije que no, que no tiene nada que ver con eso, y también protesté porque el FBI no debe estar funcionando fuera de Estados Unidos, es ilegal; salí acusándolos de haber violado la ley pero estaban ahí, sin duda. Y estuvieron presionando hasta que Philip Agee, en su libro *Inside the Company*, dijo que Echeverría tenía nombre código...

PML: Todos los funcionarios de seguridad...

JW: ...en la CIA.

PML: ...estaban clasificados, pero no porque fueran colaboradores. Creo que estas cosas hay que *to face them*. Los sistemas de seguridad latinoamericanos, pero particularmente los mexicanos, tuvieron conexión. Respecto al FBI, su justificación para estar en el territorio es que estaban *inside the doors of the Embassy*, dentro de la embajada; sí pueden estar solamente dentro de la embajada —el FBI de hecho lo está—, lo que pasa es que a veces salían, se daban sus excursioncitas. Dentro de la reglamentación estadounidense la competencia es de la Agencia Central de Inteligencia, pero de que hubo estas conexiones, claro que las hubo.

Estos traslapes con el FBI tienen que ver con cierta doctrina de seguridad doméstica, no se nos olvide: ahí no está tan en la ilegalidad sino en la ilegalidad formal, pero hay doctrinas internas de la famosa seguridad doméstica que no son de ahora. Ahora hay libros sobre esto, pero entonces todo estaba en documentación clasificada. Tienen una vieja doctrina de que México es área de seguridad doméstica, y entonces se atribuyen un nivel de permisibilidad.

Por otra parte, en esa época la clase política consideraba que una de las claves de nuestra buena relación con Estados Unidos era negar la existencia del comunismo, de fuerzas subversivas o de rebeldía. Por ejemplo, recuerdo que en la época del licenciado López Mateos —y aun antes, de Ruiz Cortines—, cuando alguien preguntaba: “¿Y cómo está el comunismo en México?”, lo clásico era voltearse: “No lo veo. ¿Pienasa usted que existe?” Era una manera de decir: “Para que no se asusten los gringos, para que no nos presionen”. Así, la negación es parte de la clandestinidad del Partido Comunista. De esto no sé lo suficiente, lo reconozco; me gustaría discutirlo con Arnoldo Martínez Verdugo, con Gerardo Unzueta, con las gentes del PC que ahora son mis amigos, a ver si mi impresión es correcta.

Parte de la clandestinidad del PC se debe a esto. “El PC no existe”, lo dice Lombardo el marxista en lo que ayer leí. Tú le preguntaste: “¿Y los comunistas?”, y él te dice: “Son como 500 o como 2000; son unos loquitos que andan por allí”, porque Lombardo es, de alguna manera, la izquierda del *establishment*. Participa de la filosofía de esa época. La propia existencia de don Vicente y su movimiento del PP es también una manera que encuentra el sistema mexicano de tener una corriente marxista de este lado.

JW: Nacional.

PML: Es todo el contexto. Esto es el discurso lombardista en la entrevista: el marxismo nacional al servicio de la Revolución mexicana. Sus viajes a Estados Unidos para visitar las centrales sindicales eran el marxismo permisible, nacionalista, al servicio de la Revolución, dentro de la versión antiimperialista, con magníficas referencias a la Unión Soviética como entidad nacional y otras cosas; no estoy criticando a don Vicente, pero es obvio que así era. Tú le haces una pregunta clave que no responde bien pese a la inteligencia que muestra en la entrevista, hay algo en lo que patina cuando habla de la coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y Estados Unidos: “Bueno, ¿y qué? ¿La coexistencia pacífica afuera y la lucha de clases adentro?” Entonces patina y dice: “Bueno, es que es distinto. Entre los Estados debe haber paz porque si no, se matan, pero adentro sí debe haber lucha de clases”.

Eso revela otra cosa muy interesante: en el fondo sus grandes referencias siempre son a los Estados. Cuando alude a la Unión Soviética la está refiriendo como un Estado nacional en el escenario internacional, pero no hace ninguna conexión entre la Unión Soviética y el comunismo. Su relación con la Unión Soviética es excelente, pero eso es distinto a que tuviera conexión alguna localmente con lo que es el Partido Comunista. Es más, hay ahí una intención de remplazo de la relación Partido Comunista-Unión Soviética a Unión Soviética en un *gentleman's agreement*, con un marxismo nacionalista. Todo esto está implicado.

Me parece que estos fenómenos represivos que existieron, de tipo permanente, esta ignorancia de la existencia del comunismo en México, esta minimización verbal tanto del gobierno como de los sectores de izquierda, son algo que corresponde a lo que se consideraba una forma de la relación con Estados Unidos, y también una forma de crear el clima para el desarrollo industrial del país, de aliento al capital.

De alguna manera hay dos mundos, un mundo que se ve y un mundo oculto que no se ve, que es lo que llamo el sótano; ahí hay una compuerta, y pasando del sótano para abajo no hay ni escalera. Ahí ocurren cosas que nadie ve, y donde México convive con un sector negro, oscuro de su política; es como las cosas podridas que se tienen en la buhardilla, de lo que la familia sabe algo, porque muchos saben muy remotamente que eso existe, aunque nadie lo menciona. En este sentido, a mi amigo el sociólogo latinoamericano no le faltaba razón.

JW: Dinos quién es.

PML: Es Helio Jaguaribe, pero lo he citado tanto y se enoja tanto, que luego me reclama: "Lo que pasa es que en eso usted es como el general Díaz: los problemas estaban allá, pero se vivía en la gran sociedad". Claro, en una proporción distinta. En la época de Díaz era un iceberg, era una sola partecita lo que estaba fuera del agua y el conjunto del cuerpo estaba bajo el agua. Diría que en esa época —no quiero ser *bien-pensant*, es decir, optimista— el iceberg estaba invertido; eso es cierto en cuanto al conjunto de la sociedad. La mayor parte estaba fuera de la superficie, pero sí había una pequeña parte abajo. No sé si ésta es una explicación demasiado general, pero creo que vale la pena hacerla.

JW: ¿Vázquez Rojas tenía alguna importancia, tuvo algún efecto político?

PML: Nadie sabía mucho. Si le daban importancia es algo que se niega. Yo no sabía de Vázquez Rojas entonces; es algo oculto inclusive para nosotros. Había un sector del gobierno responsable que se especializaba en eso y que tuvieron por eso mismo, por su nivel de complicidad, una gran fuerza dentro del gobierno, y creo que a ese espectro pertenece don Gustavo Díaz Ordaz, desde luego.

JW: Entonces, para ganar la atención de todos, vino el secuestro de Zuno en el 74.

PML: Así es. Creo que el periodo de Echeverría también es el tránsito de un país a otro. Visto en esta perspectiva, quizá octubre del 68 marca el fin de la Guerra Fría en México, de todo un universo de valores políticos que vienen de la Guerra Fría, y el 10 de junio es todavía una colita que nos quedó por allí.

De alguna manera, en el curso del sexenio de Echeverría y en la primera parte de López Portillo todo eso se acabó, por destrucción, por asimilación y por descongestionamiento. En este horizonte hay que ubicar la parte buena de la reforma política, por la que sacaron de la clandestinidad al PC: hay que ver el lado positivo que no quiso ver la burguesía, incluso una política agraria muy visible, el Pacto de Ocampo, a través del cual los grupos agrarios más al margen de la ley se incorporaron al *mainstream* de la CNC.

JW: ¿Qué señalarías como la mejor parte de la gestión de Echeverría?

PML: Creo que una de las mejores partes del echeverrismo, que es muy conflictivo, fue cumplir ese tránsito entre una época y otra. Esto no gustó a Estados Unidos, sobre todo a los servicios especializados, y López Portillo lo completó. Claro, no se renovó todo el personal de seguridad ni mucho menos, pero esta historia de Caro Quintero y de Gavin tiene que ver con aquello, *au revoir*.

El uso que se ha dado políticamente al tema de la droga tiene que ver con un deseo de ciertas fuerzas de seguridad norteamericanas de volver a meterse en México, por esa vía; no me cabe la menor duda. Por eso, en nuestra propuesta democrática, entre las líneas de la autonomía

nacional está la autonomía de los servicios de seguridad y una relación exactamente equitativa sobre el problema de la droga. Es decir, hay una demanda y hay una oferta, y si el señor del lado de la demanda se mete al país de la oferta, pues el de la oferta se mete al país de la demanda. Si se arrojan el derecho de perseguir a los traficantes en México, pues que nos den el derecho de perseguir a los hijos de Al Capone en Chicago, que están creando el problema. Hay un tratamiento tremendamente desequilibrado, y todos los tratos en materia de droga deben ser equilibrados, ¿estamos de acuerdo?

JW: No creo que sea suficiente explicación que el gobierno se negara a darle importancia a la guerrilla. Hay casos graves que trascendieron entre la sociedad mexicana y en especial entre los empresarios, como el secuestro y asesinato de Garza Sada.

PML: No lo percibí. En mi ámbito no lo percibí.

JW: Pero en el ámbito del gobierno sí provocó problemas. En el 74 escuché a Echeverría haciendo su informe a la nación, y se le veía muy nervioso. Zuno había sido secuestrado, Garza Sada asesinado; hasta se decía en la calle que había la posibilidad de un *coup* militar. Anduve en oficinas del gobierno hablando con personas, con amigos en diferentes secretarías, que manifestaban temor de que algo malo pasara, con los militares aprovechando la oportunidad. Yo nunca había oído eso en México antes o después.

LF: Inclusive se decía que eran maniobras del gobierno, que manipulaba a la guerrilla, porque, por ejemplo, el secuestro de Zuno fue muy sospechoso y decían que había sido un autosecuestro organizado por el gobierno.

PML: Lo que sé es que fue una época de cambio importante y que finalmente se completó. No estamos exentos de brotes y de problemas, pero si estimamos —aun en una situación de gran debilidad, o debilidad del gobierno por sus errores económicos— el clima social de paz que hay en el país, es que había un cambio. Hubo un cambio.

JW: Bueno, ésa fue la época de gran seguridad para ustedes y la familia, ¿no? ¿También guardaban a la familia? ¿Hubo atentados contra otros familiares de Echeverría?

PML: Que yo recuerde, no. No contra familias de mis compañeros de trabajo.

JW: No, nada. Pero trataron de secuestrar a la hermana de Echeverría, ¿no?

PML: No, de López Portillo.

JW: Eso pasó después. En la época de Echeverría también ocurrió la caída de Allende y la invitación de muchos chilenos a México.

PML: En número fueron muy pocos comparado con la migración española, que fue enorme. Y no fue propiamente invitación: los asilados escogen a qué lugar se van. A Europa fueron no pocos, a Suecia fundamentalmente, Inglaterra, Francia, y en menor número a Alemania. De América Latina, fueron a Venezuela y México, pero...

JW: ...de todos modos afectó el ambiente en ese momento.

PML: Ya había mucha mala leche del sector privado. Y sí lo afectó, claro. Al referirte a lo ocurrido en Bolivia, sobre los testimonios de Paz Estenssoro, hablabas de una injerencia directa norteamericana en el restablecimiento del régimen autoritario militar; yo te contestaba que no es isócrono ni idéntico en toda América Latina, pero que nunca hay que descartar el factor estadounidense, nunca, porque entonces vivimos en la teoría. Sugeriste un mayor grado de intervención estadounidense en el proceso mexicano; yo dije que comparativamente con otros países era menor, y estoy cierto de ello. Quiero ubicarme en una línea de justicia, pero decir que no la hubo sería caer en el otro extremo. La hubo. Y no necesariamente en todos los casos fue una intervención central y dirigida, pero...

JW: ¿Había en la Universidad elementos? Decían que había porros dirigidos por todos los grupos políticos en México tanto como por el FBI, la CIA...

PML: Creo que más que la Universidad, la caída de Allende influyó en el ambiente social, porque de todas maneras hubo un ascenso progresista en la época de Allende y después una resaca. De ahí, la caída de Allende fue tomada como ejemplo del fracaso de los regímenes progresistas en América Latina y hubo, claro, un ambiente *precacerolista* en México, cómo no, mezclado con los brotes de la inflación. De alguna

manera era importante mantener un alto poder adquisitivo de los trabajadores para evitar un deterioro del ingreso.

JW: En esa época también tenemos el problema de que certificaron en varios lugares que Echeverría, en su política exterior, había violado la Doctrina Estrada.

PML: Era argumento de la derecha, eso lo manejó *El Herald*. Contra el caceroismo había dos antidotos fundamentales a nuestro favor: uno, la política de salarios, y dos, el manejo político que le dimos. A medida que se incrementó la producción, como se ha dicho, la distribución de bienes no cesó. En la segunda revisión salarial —sin que esto fuera un diseño del presidente, sino por mi propia experiencia—, en mi discurso traté de dar a todo ello un contenido muy político después de la caída de Allende. ¿Por qué? Porque había que desasociar a la clase media, que es la que incurre en prácticas caceroistas por manipulación de la derecha.

Todo el discurso político del 74, al que ya me referí desde otro ángulo, está fundado en la idea de darle conciencia a la clase media de que son asalariados. De acuerdo con nuestros estudios, en aquel entonces cerca de 80% de las clases medias urbanas dependía del salario; era un poco como decirles: “Señores, ustedes son trabajadores, no me jodan”.

Desde la Secretaría del Trabajo hicimos un rediseño de la política y del discurso político, del concepto de clase media en un país como México; es que no es el mismo concepto de clase media aquí en Los Ángeles o en Nueva York o en Marsella, ¿verdad? O en Buenos Aires. Fue tan eficaz lo que hicimos, y tan importante desde el punto de vista de la historia de las ideas en un país donde tiene 10 años la derecha del sector privado inundando la radio mexicana con estos *spots* que han venido creciendo de tono, que dicen: “Tengo una tintorería, yo soy iniciativa privada, ¿verdad, mamacita? Todos somos iniciativa privada. Sí, papacito, todos somos iniciativa privada”; dan a la ciudadanía la idea de que, porque uno vende unos chicles en una esquina, ya es iniciativa privada. Ésta es una réplica tardía, con todos los medios, del sector de la derecha a toda una filosofía que nosotros, en la Secretaría del Trabajo, desarrollamos desde entonces, la que corresponde a la verdad: 80% son asalariados.

JW: ¿No tenían conflictos sindicales por salarios en ese momento?

PML: En el 74, en este contexto, le sugerí al presidente de la República que aparentemente era sobrepremiar a Fidel Velázquez, en interpretaciones corrientes que se hacen a menudo. La primera negociación del salario había sido después del informe, en el 73; sorpresivamente, el presidente se puso del lado de los trabajadores. La negociación se hizo después. Dijo: "Apoyamos a los trabajadores". Se echó el paquete.

En el 74 lo hicimos antes. Unos días después de la negociación con la CTM y el Congreso del Trabajo le dije al presidente: "Mire, señor, de todas maneras tendremos que subir salarios de los empleados públicos. Hacienda va a querer que sea menos. Mándelos al carajo; súbales igual. Tiene que subirle usted a los soldados. Le van a pedir que sea menos; mándelos al carajo, súbales igual. Súbales a los marinos, súbales a los empleados de los bancos. Vamos a tomar el universo salarial. Yo me comprometo en tres días a traerle un mapa salarial del país". Es la ventaja de tener los mejores equipos técnicos del país, perdón que lo diga, pero qué diferencia.

Por ahí me apareció un mequetrefe del Banco de México. ¡Pas! Me quieren hacer de cuarta, pero ahora somos de primera. Sí, la verdad, no quiero exagerar, pero había una diferencia abismal entre ellos y nosotros; estábamos muy arriba técnica e intelectualmente de los tecnocratitas de ahora, que se sienten los dueños del país por un saber que realmente es un saber de tercera, por sus malos diplomitas de Harvard que no valen ni la hoja de papel en que están escritos. ¿Estamos de acuerdo, no? Desde el punto de vista técnico e intelectual no son nadie. Por eso está el país como está.

Hicimos un mapa salarial con varios estudios y se lo llevamos. Es muy interesante. Primero, número de dependientes por salario: 3.4 en promedio en el país por asalariado. Por categorías de salarios, por tipos de actividad económica, por regiones. Conclusión: México era un país de 72 o 79 millones de habitantes; 33 millones de mexicanos vivían del salario en ese momento. En todo el país, urbano y rural; como 70% de la población urbana vivía del salario. Es fantástico. Entonces le dije al presidente: "Éste es el gran mensaje a la nación contra el caceroismo: 'Señores, es un país de trabajadores. Aquí nada de que somos todos iniciativa privada, mamacita, eso es una vacilada. Éste es un país de trabajadores'".

GRANDES SINDICATOS Y SINDICALISMO INDEPENDIENTE

PML: Y ahí reinterpretemos la Carta de los Derechos; dije como 20 discursos sobre esto en universidades, en grandes sindicatos. Al presidente le encantó la tesis: México es del trabajo. Un país industrializado es del capital: no es tesis marxista, es otra tesis. Señores, México tiene el papel del trabajo en la sociedad internacional. La Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados no es sino el contrato colectivo entre los países en desarrollo que somos. Entonces empecé a frasear la Carta de los Derechos con contratos colectivos, hasta que eso llegó a ser una doctrina nacional muy interesante y muy cierta.

De ahí surgieron muchas ideas importantes para el reconocimiento nacional. Los países en desarrollo somos el trabajo; los países industrializados son el capital. No se trata de pelearse sino de hacer buenos contratos colectivos, benéficos para las dos partes. Pero lo más importante es a lo que voy.

Hicimos un estudio interno donde veíamos cómo se estaba afectando el conjunto de la sociedad con un movimiento de salarios. Aclaro: aceptando el supuesto de que iba a desbordar nuestra área. Teníamos estudios sobre el mundo obrero, pues ése no era problema obrero-industrial, pero teníamos que ver el mundo de la burocracia, de las empresas descentralizadas, de los marinos, de los soldados, de los empleados de los municipios, de los empleados de los estados; todo el universo salarial del país.

JW: ¿Cómo puedo obtener este estudio?

PML: Está en mis archivos, pero yo saco los datos fundamentales; eso lo veo con Javier y con Miguel Barona, que era mi director de Estudios Económicos. Él lo dirigió.

JW: En el 69.

PML: No, en el 74.

RVB: Pero la población económicamente activa, ¿era representativa o ya tenía...?

PML: Primero lo hacemos por capas de población y por niveles de ingreso.

RVB: Y por estratos.

PML: Y por estratos, hacemos la relación de dependientes del asalariado. Es decir, de un asalariado dependen 3.4 personas. Extrapolando, teníamos que tomar el universo del empleado municipal, el del empleado federal y el universo muy poco conocido del jornalero agrícola. Cuidado; si hay un universo poco conocido estadísticamente en México el del jornalero agrícola, que tiene el salario en el campo, y mal entendido, muy mal estudiado y peor canalizado. Ahí llegamos a la conclusión de que la gran mayoría de la población vive del salario.

Entonces, lo que le dijimos al país fue que haciendo política salarial protegíamos a la población; estábamos estableciendo los campos de las alianzas. El caceroismo es el mensaje del capital, que le dice a la clase media: “Mira, el gobierno te está estrangulando. Tú eres aliado natural porque eres iniciativa privada”, como ahora se dice. El mensaje nuestro fue: “No, compañero, el Estado es aliado del trabajador y tú eres trabajador”, no alentándolo contra el capital, conste, en ningún momento. En ese discurso no hay nada contra el capital, nada, pero sí dejar muy claro que él es trabajador.

Tengo para mí que la política salarial fue el gran antídoto contra el caceroismo, y no hubo desabastecimiento, no hubo bronca. Claro, les daba mucho coraje, decían que hacíamos política salarial con el dinero de las empresas, pero también con el dinero del gobierno, como debe ser, pues era función del Estado, porque tiene que ver con el equilibrio social.

Ése es un punto que quería aclarar: la ideología nuestra en el 74 fue muy consistente y un gran antídoto. Y quiero recordar la significación de ese 1° de septiembre donde el presidente anuncia y dice: “Se llegó, en negociaciones en la Secretaría del Trabajo y el Congreso del Trabajo, a las siguientes cifras. Las siguientes cifras son aplicables a los empleados públicos, a los trabajadores de los bancos, a los miembros del Ejército, a los miembros de la Marina...” Le dije a don Fidel Velázquez: “¿Ya vio usted? Negoció usted toda la nación”. Don Fidel no sabía lo que había hecho. “Lo felicito, es usted el líder obrero, el líder de los soldados y de los marinos.”

Era una broma. Él sabía que eso llevaba todo un concepto ideológico, todo un concepto político, y salió —perdónenme— bordado. Eso

es la política en serio en mi país. Ya nos sacudimos de esos mequetrefitos tecnócratas.

CONFLICTO ECHEVERRÍA-BURGUESÍA MEXICANA

JW: ¿Pero qué pasó en esos años entre Echeverría y los empresarios? ¿A qué se debió la aspereza de trato que tuvieron?

PML: Ésa es una pregunta muy pertinente. Creo que Luis Echeverría fracasó centralmente en su propósito de incorporar la burguesía a un proyecto de cambio social y económico del país, y también en su intento de convencer a Estados Unidos de que era mejor para ellos un proceso evolutivo de carácter progresista en México, e incluso, de que implícitamente esto podría aportar un equilibrio respecto de tendencias más extremistas en América Latina.

Éstas son dos claves fundamentales de los años setenta. ¿Cómo lo diré? ¿Fracasó, o no logró el éxito que quería? Para no referirme al segundo punto, ¿por qué fracasó Echeverría en su propósito de incorporar la burguesía a un proyecto de cambio? Creo que don Luis tenía de origen una visión no suficientemente clara de lo que era la burguesía mexicana. Pienso que creyó sinceramente que existía una burguesía nacionalista mexicana; él quería el discurso de la Revolución mexicana, lo que pienso que cada vez es menos cierto, y ahora es una evidencia total de que la burguesía nacionalista mexicana brilla por su ausencia.

Las primeras veces que hablé con Luis Echeverría noté una admiración no convencional hacia los industriales de Monterrey: le parecían trabajadores, frugales, nacionalistas, creadores, que habían vivido atrás del abarrote, fundamentalmente industriales no especulativos. Le gustaba el prototipo del industrial de Monterrey; lo digo así porque así es, no pretendo obsequiar elogios. Le oí, desde tiempo antes de que fuera presidente —por casualidad quizá, o en los días de la campaña— expresiones de sincera admiración y respeto por los industriales de Monterrey, hasta por el estilo trabajador, que coincidía con el suyo: los imaginaba trabajando como él, 20 horas diarias, reinvertiendo en México, etcétera.

Echeverría tenía varios amigos industriales. En su discurso de toma de posesión insistió mucho en un tema que me parecía que no entraba mucho en el contexto y el nivel adecuado: invitar a los hijos de los industriales mexicanos, que habían crecido con su trabajo y con su esfuerzo, a que no vendieran las empresas de sus padres. No era un mal llamado, pero no me parecía que estuviera en el nivel de las otras cosas que se estaban diciendo; insistió mucho y entendí que tenía amigos industriales, y tenía información de que había un problema muy grave: se había llegado al final de una generación de industriales porque los hijos se iban del Tecnológico de Monterrey a Houston, a Texas. Les vale, y venden para irse a comprar su Alfa Romeo en Europa, se casan con una niña *nice*. Ya no hay el espíritu y la enjundia del creador, del pionero de la industria. Mantener viva la llama del pionero de la industrialización mexicana es todo un tema de Echeverría.

Hay otro dato que quiero aportar, que me parece muy significativo: esto lo ilustra muy bien, en la época de la campaña electoral, una fotografía de *Excélsior* que todavía recuerdo, de un viaje de la campaña de Echeverría, creo que a Baja California. Llevaba a los industriales, y ahí está con Espinosa Yglesias; se ven de espaldas mirando un barrio pobre, una escena de miseria. Es una fotografía muy significativa, porque llevaba a los empresarios a que vieran los problemas sociales del país, y creía que los iba a convencer de un cambio; ahí hay una parte. Obviamente creía que el convencimiento político podía ser suficiente o era la clave para eso; creía también que el diálogo político con los representantes de las empresas, cámaras y todo eso, con las gentes que iban a la Comisión Tripartita, era una manera de estar en contacto con el empresariado. Ocurrió que entre más hicimos tripartismo, la base del empresariado, en vez de entrar en un proceso de confianza, empezó a entrar en uno de desconfianza. ¿Por qué? Aunque teníamos a los sectores representativos de las cámaras, en realidad los que asistían no eran sino funcionarios al servicio de las empresas; la conexión se estableció más con el liderazgo empresarial que con el empresario. Entonces, claro, invitaba a esos funcionarios de cámaras a los viajes a Japón, a Chile, a todo, para que convivieran con él el fenómeno internacional, y ocurría que

cuando regresaban a sus clubes más bien se burlaban de ellos por andar pegados al presidente, así que hablaban mal del presidente a su regreso.

Quizá faltó una política de relaciones públicas con el empresario medio, pero sobre todo, no hubo un análisis suficiente de los mecanismos y objetivos que lo determinan y un conocimiento real de qué era el empresario de entonces. Echeverría creía de buena fe que haciendo política con ellos, persuadiéndolos, convenciéndolos, implicándolos en procesos tripartitos, haciéndolos discutir los problemas nacionales en distintos foros, los iba a convencer, y ahí hubo un problema político-ideológico.

Otro factor que contó fue un cambio generacional en el empresariado que estuvo muy marcado por la muerte de don Eugenio Garza Sada.

LA NUEVA GENERACIÓN EMPRESARIAL

PML: Llegó al poder en el sector empresarial una generación más ideológica, más internacional, más cosmopolita, y en eso no se había equivocado del todo Echeverría; no correspondía al espíritu de sus antecesores. No calculó —no calculamos todos— el inicio de ciertos fenómenos relacionados con la sobrevaluación del peso, que daba márgenes para una economía especulativa que toma mayor importancia en épocas de desfase del valor del peso. Es evidente que en una época de estabilidad monetaria y de precios la tendencia hacia la fuga de capitales es mínima, por lo que hablamos del universo de las expectativas. En el momento en que hay un desfase entre los dos procesos inflacionarios, el de la economía central y el de la economía periférica, cuando hay una sobrevaluación es evidente que las tendencias hacia la fuga de capitales van creciendo.

JW: Y ahí empezó el énfasis en el capital especulativo...

PML: La lógica de la burguesía y del empresario va cambiando y se cubre financieramente, claro, con transferencias de dinero. Se empezó a hablar —lo que fue típico en la época de López Portillo— de que había empresas pobres y empresarios ricos, cuando la época pionera del industrialismo formó empresas ricas y empresarios, si no pobres, cuando

menos acomodados; pero el empresario empezó a cubrirse y el sector financiero a crecer y a incrementar las actividades especulativas, y en el momento en que la economía especulativa toma mayor importancia sobre la productiva es evidente que están jugando reglas transnacionales del capital; así que hablar de burguesía nacionalista ya es una referencia histórica y de un momento determinado, perdónenme, hasta una referencia romántica.

No digo que no haya empresarios que, por su tipo de actividad económica, por su tradición, por el volumen de activos físicos que tienen, siguen muy apegados a su planta productiva; pero en el conjunto, hay un cambio en las proporciones que en una época de estabilidad existen normalmente entre la economía especulativa y la economía productiva.

Luego, factores ideológicos, que fueron los que menos se estimaron y que ahora son evidentes. La empresa mexicana, por su vinculación con Estados Unidos, con la creación de una élite de derecha pagada por las propias empresas en sus centros de estudios, comenzó a tomar un tono ideológico que no hubo antes: todo este universo de nuestros amigos José Fuentes Mares, luego Luis Pazos, encuentros con gente de derecha internacional que se daban en Cocoyoc, aquí y allá; hubo procesos claros de ideologización en esa segunda generación de la clase empresarial mexicana que no habían sido percibidos en la época de Díaz Ordaz. El primer momento en que eso se percibe es en 1972; invitaciones a empresarios a hacer sus *tours* norteamericanos, a hablar mal de México, cosa que no había ocurrido antes.

JW: ¿Y dónde estaban los intelectuales mientras eso sucedía?

PML: Te contaré de un encuentro muy significativo que tuve *tête-à-tête* en Austin, Texas, en mayo de 1971, con Daniel Cosío Villegas, donde tuvimos el primer debate grande sobre el sistema político mexicano. Don Daniel se portó bien, pero ya también, por ciertas razones, estaba implicado en este proceso aunque fuera de manera lateral. Don Daniel me habló (convivimos tres días en Austin) de que estaba acudiendo a reuniones a que invitaban los empresarios de un lado y otro de la frontera. Eso no existía antes en México; me empezó a parecer extraño. Claro, llamaban a gente que eran críticos del sistema de buena fe,

pero ya con un sentido distinto, de crear una atmósfera crítica respecto del gobierno y sus tendencias; ya había una actividad ideológica y política ampliamente financiada por el sector privado con conexiones de este lado de la frontera.

Voy a dar un dato que me parece importante: creo que a principios de 1972 el presidente me pidió que me trasladara a Chihuahua porque había una reunión de un grupo grande de empresarios que habían convocado a varios intelectuales mexicanos a discutir sobre problemas del país, y claro, se enteró y le propuso a alguno de ellos, que no estaba todavía en bronca contra el gobierno, que si mandaba a alguien, y quería que fuera yo.

Llegué a Chihuahua, a una hacienda muy cercana a la que fui trasladado rápidamente, pero por un error de cálculo llegué tarde, porque el que acababa de hablar era don Daniel; ya había hablado José Fuentes Mares antes y alguna otra gente. Fuentes Mares trabajaba para los bancos de Chihuahua. Terminó don Daniel, estaba en las preguntas y respuestas; llegué, me senté y dijo muy amablemente: “Ya no me sigan preguntando sobre el gobierno, está aquí nuestro amigo Porfirio que sabe más que yo, ahora le toca a él”. Había cien empresarios, todos del mayor liderazgo: Eugenio Garza Lagüera, Marcelo Garza Sada, Rogelio Garza Sada, Eloy Vallina, Aníbal de Iturbide, Rómulo O’Farril, Manuel Espinosa Yglesias, toda la generación pionera, casi toda la flota.

Entonces les vengo a explicar qué está haciendo, qué quiere hacer el gobierno; ustedes, todos, somos amigos, está visto a lo largo de los años, *papapam, papapam*; ustedes saben, han acompañado al presidente a través de su gira, todos ustedes han estado con él, todos han estado en Los Pinos, conocen sus propósitos. Doy una explicación, propósitos, objetivos, reactivación económica, descongestionamiento político, apertura democrática, apertura de los mercados internacionales. Terminó aquello. Voy al punto, y ahí fue para mí el gran eslabonazo: se levanta uno de los empresarios: “Pues que estamos en contra por tal y tal y tal”. Les hago saber mi sorpresa por esa respuesta, les recuerdo: “Los he visto a ustedes en Los Pinos, hemos platicado sobre estos temas”. A muchos yo les hablaba de tú: “Oye, ¿pues qué está pasando aquí, mano? Éste no

es el lenguaje, ésta no es la manera como nos llevamos”. Y de repente Eugenio Garza Lagüera se paró y me dijo: “Mira, vamos a serte francos: ya no estamos de acuerdo en esto”. Dije: “¿Qué pasa? ¿Quién los está organizando?”, cuál era la bronca. “No estamos de acuerdo, hemos llegado a una conclusión fundamental: nosotros somos mejores administradores y sabemos gobernar mejor.”

“Ah, caray —dije—, pues me cambiaron de país, mano.” Yo no me vine en un avión; me vine en una máquina del tiempo. Así. Percibí un cambio radical de lenguaje. “Eugenio —le dije—, ¿estás hablando en serio?”

Se tuvo que parar Aníbal de Iturbide, quien dijo: “Mire, yo no voy a apoyar lo que está diciendo mi amigo Eugenio, a quien todos estimamos mucho. Quiero decirles que no entiendo; nosotros hemos crecido en una alianza con el gobierno, hemos sido amigos del gobierno de México, nuestros negocios han crecido, pertenezco a una generación de empresarios donde hemos llevado una relación de 30, 40 años con el gobierno, nos hemos desarrollado con el gobierno, así que no entiendo esta actitud que están teniendo ustedes”.

LF: ¿Quién dijo esto?

PML: Aníbal de Iturbide. Mi hermano había sido jefe de personal de Aníbal hace tiempo, cuando empezó el banco que se llamaba Comercial Mexicano. Pero ahí fue mi gran eslabonazo. Claro, la discusión se prolongó, fue amable, discutimos y nos dimos una cena, y ahí empezó a salir el hilo; la cena se hace en casa de Eloy Vallina, que es el jefe de los de Chihuahua, y es una casa famosa allí porque es una réplica exacta de la de Scarlett O’Hara en *Lo que el viento se llevó*; todo el mundo la conoce. Llego a la cena, todo muy distinguido, de corbata, etc., y aparece *el padrino*, Óscar Flores Sánchez. Claro, Óscar Flores Sánchez, gobernador de Chihuahua, que tenía más dinero que los del PAN y que tenía los bancos del otro lado, por favor, ¡la derecha del gobierno mexicano! Ahí está la clave para mí, que no me moriré sin aclarar toda esa conspiración: la derecha del gobierno mexicano, la derecha infame representada por Óscar Flores Sánchez, multimillonario con negocios en Estados Unidos, ultrarreaccionario. Ahí está, aunque ahora ya se murió.

Para mí fue claro el conciliábulo. Experiencia semejante, lo quiero aclarar, tuve con el otro polo de esta conspiración: Loret de Mola, cuando tuve que ir a Yucatán a ponerlo en orden porque habían —de manera esclavista— cerrado una empresa de zapatos, de Calzados Canadá, y se habían dado enfrentamientos. Volé para allá, y en una discusión muy seria donde me juntó con un grupo también muy enardecido de los ultrarreaccionarios de Yucatán, me di cuenta de que él era el instigador de esa conspiración. No sé si hubo dinero norteamericano, pero no me extrañaría. Todo esto es un poco la conexión Houston, la conexión de salvadoreños de derecha. Tengo no precisamente información, pues nunca he tenido acceso a policías, pero tengo mucho olfato: fui a cenas en Nueva York con salvadoreños multimillonarios, adonde llegaban cubanos y mexicanos multimillonarios.

Me gustaría ver las conexiones que hay entre salvadoreños, cubanos y mexicanos de extrema derecha y ciertos centros financieros; los he visto, los he oído, los he tocado, los he percibido, no sé cómo estén organizados y lamento que el gobierno mexicano no tenga la capacidad para discernir todo eso. Los cubanos sí saben de esto, y obviamente los centroamericanos, pero nosotros sabemos poco —y aquí voy al punto que me interesa—: esto se originó en gran medida como resaca de la derecha y los gobernadores de derecha del diazordacismo. Esto fue una resaca, no del licenciado Gustavo Díaz Ordaz, sino de la derecha del diazordacismo.

Muy clara para mí, hay una alimentación de la derecha del gobierno hacia estos grupos que no dejaron que Echeverría tuviera una buena relación con el sector privado, hay un constante hostigamiento de estos grupos y hay debilidad y flaqueza de miembros del gobierno, tanto del sector financiero como del sector político, que les daban por su lado a los empresarios debido a las rivalidades internas del gobierno. Los dos factores cuentan.

Para terminar, recuerdo que en la sala de esa casa solariega de Mérida, con todos los aires del Mayab, había un gran retrato de una mujer indígena; el presidente solía mandar tanto a las embajadas como a los gobernadores de los estados fotografías con nuevas imágenes de México y artesanías, porque sabía que estaban llenos de cosas rococó

del siglo XVIII, y en su afán mexicanista les regalaba pinturas de volcanes. Y me dice Loret de Mola, el gobernador anfitrión: “Sí, qué bonita pintura, ¿verdad? Me la mandó el presidente”. “Ah, pues sí, me imagino.” “Mire —me confiesa con mala leche—, ¿sabe qué dice mi mamacita de eso?” “¿Qué dice, señor gobernador?” “Fíjese cómo es mi mamacita y cómo somos aquí en Yucatán: dice que antes los indios tenían retratos de blancos en las paredes, y ahora los blancos debemos de tener retratos de indios en las paredes.”

Ahí está todo: la maldita reacción mexicana infiltrada en el gobierno, la resaca de la derecha del diazordacismo, vínculos con Estados Unidos; no digo que con el gobierno pero sí con centros financieros, vínculos ya con una derecha internacional. ¡Ah!, las conexiones de gente del diario *El Heraldo* con la derecha chilena, las famosas entrevistas de *El Heraldo* a Pinochet. Esa *Central American Connection* cuyo eje son ahora los ricos salvadoreños, los multimillonarios que se reúnen en lugares como Houston, Nueva York, y en la cual ha habido participación inicialmente de la derecha gubernamental mexicana.

Hay que ver entonces el enfrentamiento de Echeverría con el sector privado como parte de una resaca de la derecha que venía de los gobiernos anteriores, que tenía poder territorial, que estuvo alentando, organizando, coordinando y orquestando todas estas cosas. Por sí solos los empresarios no tenían la costumbre; los estuvieron alentando.

JW: Enfrentarse o conspirar contra el gobierno podía traer graves consecuencias.

PML: Faltaría anotar en este proceso algo evidente: que es un cambio de tono en la retórica, es decir, en el discurso político, y que ya algunos críticos —pienso en Paco Martínez de la Vega, por ejemplo— subrayaban como que había un desfase entre el discurso político y el avance o el cambio que realmente se había dado. No negaría que el discurso político, que avanzó en el tono, desbordaba incluso el nivel de los cambios reales y fue usado como razón o como pretexto para alertar o asustar más al sector empresarial.

Todo lo que he dicho tiene que ver con el futuro inmediato del país y diría que con el presente. En el fondo está el hecho de que en gobiernos

heterogéneos —como lo eran entonces— quedaban muchos gobernadores de la antigua administración a causa de los propios equilibrios internos, los que no hacían fácil un cambio de estrategia política, y la interrelación entre los elementos y sectores del gobierno y los agentes políticos y económicos externos al gobierno puede alimentar fenómenos de resaca.

Evidentemente había dentro del propio gobierno central y en el conjunto del Estado mexicano sectores a quienes les convenía —de una manera más o menos subterránea, en ocasiones abierta o semiabierta— alentar al sector privado a oponerse, porque esto les garantizaba de algún modo que el gobierno de Echeverría no llegara hasta sus últimas consecuencias, y que la sucesión presidencial no se inclinara hacia una salida progresista; hay que considerar que había otros miembros de la clase política que no estaban ya en el gobierno, que habían sido desplazados, lo que también tuvo su costo. Aspectos de renovación del régimen ocasionan que un sector de la clase política quede fuera, se sienta desplazado y actúe en la sombra, porque tiene recursos y tiene contactos. Creo que, por una parte, la clase política desplazada, por otra parte —de una manera muy subterránea— elementos del propio gobierno central que aspiraban al poder, y de una manera un poquito más abierta y clara para mí, miembros del gobierno más periféricos, como algunos gobernadores y otros sectores de poder, estaban interesados en que hubiera un freno a las tendencias del gobierno, porque con ese freno sentían que garantizaban una sucesión presidencial en favor de sus intereses.

Para mí es una verdad la hipótesis que me inclina todavía hoy a pensar que en esta ruptura con el sector empresarial tuvieron que ver, de manera muy importante, sectores políticos del interior del propio sistema que alimentaron y que coadyuvaron a esto; creo que la sucesión presidencial de 1976, que es definitiva para el destino de México, está muy relacionada con esto. El hecho es que el gobierno no pudo dar un paso al frente, claro, en una trayectoria de cambio o en una línea progresista, y que se buscó una solución de compromiso que luego se revirtió hasta el momento en que actualmente nos encontramos.

JW: ¿Y esto influyó en el devenir político del país, o fue meramente circunstancial?

PML: Sí hay un continuo entre la sublevación o la oposición creciente del sector empresarial de 1972 al 74, y lo que ha ocurrido hasta ahora en la vida de México. Fue una especie de valladar manejado por factores internos del sector empresarial, por factores ambientales y por factores políticos dentro del régimen en el marco de una política económica que además favoreció a ese sector, y que sirvió de freno a que hubiera una continuidad del proyecto que estaba esbozado en los primeros años de Echeverría; creo que ahí se marca el cambio histórico más importante del país desde 1940.

El dirigente político

(20, 21 de diciembre de 1987)

Las sucesiones presidenciales. Elecciones en Nayarit. Financiamiento de las campañas, movilizaciones y acarreo. Selección de candidatos (democracia y caciquismo). Cuadros del partido. Democratización del partido (antecedentes de la Corriente Democrática). Concesión de curules y otros puestos políticos. La campaña de López Portillo. Final del echeverrismo. El PRI y el sistema político mexicano. Incapacidad política de De la Madrid. Sistema, populismo, "familia revolucionaria". Nacionalismo. Cambio de militancia partidaria.

LAS SUCESIONES PRESIDENCIALES

JW: ¿Cuándo comenzó el juego político hacia el *destape* por la presidencia de 1976?

PML: El juego político nunca termina.

JW: Pero en cierto momento toma un nuevo nivel.

PML: La teoría del movimiento continuo está ejemplificada por la política; la política es movimiento continuo. Desde que aparece un candidato se empieza a hablar de la sucesión, primero en voz baja pero con la perspectiva de un fenómeno lejano, y se va conformando en el sistema que, por otra parte, ya estamos aboliendo, un sistema que para mí ya debe estar en el museo. En tal sistema se empezaba a hablar de la sucesión desde que comenzaba el gobierno; se perfilaban obviamente dos, tres personalidades, pues la bolsa de valores política empieza a cambiar

según las personalidades que cuajan, o aparecen otras. Para mediados del sexenio ya hay un panorama muy claro de aquellos que creen que pueden ser y aquellos que la gente y el resto del gobierno creen que también tienen posibilidades.

JW: Entre los que tenían posibilidades iban López Portillo...

PML: ...Moya Palencia...

JW: ...tú.

PML: Mario Moya Palencia en primer lugar. Cuando comenzó el gobierno se hablaba de Moya y de Hugo Cervantes del Río, secretarios de Gobernación y de la Presidencia. Conforme avanzó el gobierno se empezó a hablar de Augusto Gómez Villanueva, cuando el Departamento de Asuntos Agrarios fue transformado en Secretaría de la Reforma Agraria; de Muñoz Ledo fue meses después de haber llegado a la Secretaría del Trabajo, y de López Portillo casi inmediatamente después de que llegó a la Secretaría de Hacienda. Ésta fue la constelación central, los cinco; hacia 1973. A mitad del sexenio ya era bastante claro, luego se habló del licenciado Carlos Gálvez Betancourt y de otras gentes.

JW: ¿En qué momento supiste que ingresabas al cónclave de los elegibles? ¿Te lo sugirió el presidente?

PML: Cuando uno tiene determinado nivel y vocación política, ser secretario de Estado ya es, por sí, una señal. Cómo manejó eso cada presidente, dependía del estilo personal. En nuestro caso no hubo la menor indicación, el presidente actuó con un espíritu bastante republicano. La primera señal es el nivel de importancia que se reconoce a tu actividad: no solamente se trata de estar en un nivel sino de la relación que exista entre ese nivel y la propia vocación y capacidad de desarrollo político de uno. Hay cierta gente con determinada personalidad a la que le das un rango y casi automáticamente la pones en el foro, y hay otros cuya ambición, vocación o capacidad de desarrollo político es menor, entonces la señal no tiene igual relieve.

Ciertos detalles pueden ser especialmente significativos, como cuántas veces te contesta el teléfono el presidente, pero eso también depende del tipo de tarea que desempeñas; por ejemplo, al secretario del Trabajo y al de Gobernación se les contesta mucho, igual al de Hacienda y al

secretario particular. Así que en mi caso no hay exclusividad, sólo doy constancia de que el presidente contestaba el teléfono cuando creía que había algo importante.

RVB: Se dice que la decisión de quién será el próximo presidente depende de fuerzas políticas como la CTM, el gobierno de Estados Unidos, la iniciativa privada, y obviamente el propio presidente que deja el gobierno. ¿Hay influencia determinante de quien está en la presidencia sobre las otras fuerzas respecto de quién puede ser el elegido? ¿Quién lo determina?

PML: No creo que haya ese tipo de influencias. Pongámoslo en pasado: lo determinaba. Es un sistema abolido por sus errores, desviaciones, abusos, reiteraciones y por su desgaste.

RVB: El hecho de que alguien que puede ser candidato lleve a cabo acciones que presenten a nuestro país como líder latinoamericano, ¿podría ser un estilo de política que lo afecte como un posible aspirante a la presidencia?

PML: Una de las fallas del sistema que estamos aboliendo es que no permite que los precandidatos expresen realmente lo que piensan; hablan de su secretaría de Estado. Quizá en la época de Echeverría, por una serie de factores, algunos secretarios tuvimos margen para actuar de manera más amplia y expresarnos sobre un conjunto de problemas que rebasaban nuestra competencia, pero no todos. Me tocó tener un amplio margen debido a mi participación en política exterior, al tripartismo, a casi toda la política económica, por la propia amplitud que se dio a lo laboral, pero en general en la época de Echeverría tuvimos mayor capacidad y medios para expresarnos. El secretario de Gobernación podía hablar muchas cosas porque además había el Consejo Nacional de Población, donde confluían todas las secretarías de Estado, se hablaba de demografía y el problema de distribución del ingreso.

Esa época propició que expresáramos nuestra opinión y que nos comprometiéramos más políticamente, pero eso se vino reabsorbiendo y la falla principal del sistema es que no hay compromiso de los precandidatos: no sabes lo que piensan realmente, y se practica muchísimo el disimulo, contrario a una práctica democrática. Se supone que los

precandidatos dentro de un partido lo son para expresar lo que piensan, para establecer compromisos y ser avalados por la base del partido, pero ese proceso no se da; entonces, no se puede decir que beneficie a los precandidatos. Existe, desde luego, una imagen más o menos progresista según las cosas que han dicho, por el tipo de relaciones que tienen. Esa imagen puede ser más o menos cierta; también está la imagen que le hacen sus enemigos. A mí me pintaron de muchos colores y no necesariamente correspondían a lo que yo era. Lo que es también desleal es el ejercicio de la invectiva, la calumnia y la desinformación, ante lo que uno tiene pocas posibilidades de defenderse si no dispone de los medios.

En un foro abierto estoy dispuesto a discutir sobre el problema de la OPEP y a enfrentar que me venzan en una polémica; ahí sí no se puede porque no tienen generalmente la capacidad para hacerlo. Pero es muy fácil a través del columnismo político, de la sátira, basado en la ignorancia o en los prejuicios del sector empresarial o de la clase política gruesa, difamar a la gente y no pasar al debate público para disuadir o convencer: de esta manera ya estaríamos instalados en otro tipo de país, que es lo que queremos.

JW: La designación generalmente llega a la opinión pública de sorpresa. ¿Los precandidatos mantenían la esperanza hasta el último instante, o en algún momento se dieron cuenta de que no tenían posibilidades?

PML: Quienes estábamos más cerca del proceso lo percibimos con algunas semanas de anticipación. Entre algunos de nosotros lo hablamos; les dije a varias personas que la decisión venía en favor del licenciado López Portillo, hubo varios signos. Eran deducciones, no certezas. El panorama se fue aclarando gradualmente en las últimas semanas.

JW: ¿Esto habría marcado el final de la práctica del *destape*?

PML: No hubo *destape*. Usemos las palabras, incluso del viejo sistema, con propiedad. El *destape* es la otra cara del *dedazo*; el *dedazo* es la designación unipersonal de un candidato avalada por el partido, y el *destape* es la revelación del candidato que ha sido designado.

Hay muchas versiones. Hay quien dice que el presidente lo orientó; otros, que no fue así. No creo que sea relevante cómo se generó; sí parece que la estrategia del gobierno y del partido era presentar a un gru-

po de precandidatos mayor, debido a las distorsiones que se generaron en épocas anteriores por la presencia de un grupo reducido. Me explico: en el tránsito de Ruiz Cortines a López Mateos hubo, digamos, tres precandidatos notorios, y para aquel entonces se consiguió cierto equilibrio en las fuerzas del gobierno; en el tránsito posterior se concentró mucho. A pesar de que no todo mundo lo quería, se evidenció un peso específico en favor de Díaz Ordaz debido a los controles políticos que ejercía, pero eso desequilibra un sistema. En el caso de la posición en que llegó el licenciado Echeverría, aun siendo Corona del Rosal considerado posible candidato, sólo eran dos.

JW: Pero la concentración en uno o muy pocos candidatos desequilibra al sistema.

PML: Ésa es mi interpretación, aunque no sé si sea la de quienes tuvieron la responsabilidad; hablo de cómo lo viví y lo elaboré posteriormente. Las siete precandidaturas tuvieron como intención el deseo de ampliar el espectro, para que no se polarizara tanto el gobierno como había ocurrido en el régimen anterior, y con más polos de atracción atenuar la sensibilidad de los procesos de agremiación política en la segunda parte del gobierno. Quizá lo ideal en eso, como no hay candidatos declarados, sería que lo fueran todos, como cada cabeza es un mundo: ya no se polarizan, no se hacen grupos o se hacen los menos posibles.

Normalmente en los sistemas políticos democráticos la lucha se da fuera del gobierno, en la arena propia de la política. Se da entre senadores, gobernadores, líderes de partidos. Los sistemas democráticos parlamentarios y presidenciales tienen la sabiduría de trasladar a la arena de la política un conflicto para que no se dé en el corazón del gobierno. Una de las tesis centrales de la Corriente Democrática —que sostuve en mis últimas intervenciones en el partido— era sacar a la política del ámbito del gobierno y llevarla al partido; como lo digo, despolitizar al gobierno y desburocratizar al partido.

JW: Pero eso de ir de dos precandidatos a cinco o seis, ¿significa que Echeverría quería más candidatos?

PML: Yo creo que él...

JW: ...lo impulsó.

PML: El tipo de gobierno que hubo con el presidente Echeverría creó mayores polos dentro del gobierno. Por ejemplo, la Secretaría del Trabajo adquiere una densidad y una autonomía que no había tenido antes. La Secretaría de la Reforma Agraria fue una dependencia de nueva creación que adquirió mucha consideración. Entonces, el tipo de gobierno que había generó polos en la propia administración que antes no existían; antes el poder estaba concentrado en lo que hemos llamado algunas columnas básicas de la administración.

Históricamente, durante un largo tiempo el sucesor de la presidencia sale de la Secretaría de la Defensa —Cárdenas, Ávila Camacho—, y después sale invariablemente de Gobernación —Miguel Alemán, etc.—; pasa a otra área, que es Trabajo, luego regresa a Gobernación durante dos ocasiones consecutivas: Díaz Ordaz y Echeverría. Por eso creo que era importante para el sistema como funcionaba entonces, no tanto en vista de la sucesión presidencial, sino del equilibrio interno, crear varios polos de fuerza dentro del propio gobierno. Una de las grandes deformaciones del periodo anterior había sido la concentración de fuerza, saber técnico, capacidad de decisión y capacidad de vinculación con sectores internos y externos, algo poco recomendable en cualquier sistema político.

La marcha atrás de esa tendencia la representó el actual gobierno, pues la gente creía que solamente había dos precandidatos, Salinas y Bartlett; los demás eran de relleno, y ésta es la verdad, porque el delamadridismo es enormemente nostálgico del diazordacismo, y así vuelven las dos columnas vertebrales, la conducción económica, la conducción política y todo lo demás: los viejos modos de hacer las cosas que corresponden a una concepción reaccionaria.

JW: Se ha especulado que los presidentes de México no toman por sí solos la decisión, que tratan de consultar a varios sectores; no sé si sea verdad o no...

PML: En el sistema tradicional evidentemente hay un proceso de formación del criterio de quien toma la determinación. Históricamente, ¿cómo se forma ese criterio? Aun en las críticas más acerbas al viejo sistema —mías y de mis compañeros—, jamás he dicho que las deci-

siones se hayan tomado de modo inconsulto. Lo que ocurre es que la manera de consultar, la intención de la consulta y el espectro al que se consulta varían según los tiempos.

En la época del caudillismo había cierto automatismo desde la creación del PNR, y más claramente después del postcardenismo; lo importante es el equilibrio interno de las fuerzas de la Revolución, e insisto, el equilibrio de la Revolución era el del país.

Así que por el estilo de gobernar, por lo que se consideraba antes la "majestad" —si se quiere— del Poder Ejecutivo, salvo quizá con alguna gente muy íntima, entiendo que los presidentes nunca han preguntado: "Oiga, ¿quién piensa usted que deba ser?" No está en el estilo mexicano. El presidente pulsa a lo largo de su mandato, todos los días y a todas horas, cómo está el equilibrio de las fuerzas del gobierno, del país, de la Revolución, todo. Por eso se dice que en el sistema tradicional el presidente es quien tiene más información, lo que es cierto; pero no creo que siempre sea el que tenga la mejor información. La tiene con una gran desventaja: recibe la información más intencionada que cualquiera.

Todos los días está pulsando el equilibrio de fuerzas y esto orienta la decisión conforme a su mejor juicio. Ese juicio no era solamente quién era el mejor, sino a quién creía capaz de llevar adelante un proyecto en las mejores condiciones posibles para el país conforme a su propio concepto del poder, así que tiene un aspecto muy objetivo, pero también tiene un aspecto subjetivo porque hay una intención, un juicio sobre el hombre y un juicio valorativo sobre lo que le conviene al país, y en alguna medida, lo que le conviene al propio presidente que hace la designación; esto es inevitable. En este proceso hay algunos que han puesto en segundo término lo que podrían considerar su interés personal y otros que a eso le han dado mayor peso. En cualquier decisión humana nadie podría hacer un balance de cuáles fueron las motivaciones, ni siquiera el mismo que asumió la decisión.

Creo que los mismos presidentes, después de que tomaron la decisión, tienden a interpretarla de distintos modos; en tu libro creí leer cómo Marte R. Gómez y Vicente Lombardo Toledano daban dos versiones casi opuestas de lo que dijo el general Cárdenas.

JW: Sí, lo leíste bien.

PML: ¿Lo ves? Eso quiere decir que si ellos llegan a un balance de los factores que influyeron, tienen que ser gente muy rigurosa y aun así no darán una versión objetiva. Creo que el problema principal del sistema que se abolió es, primero, que era un mecanismo de toma de decisión donde contaba mayormente el equilibrio del sector revolucionario; se pasó gradualmente a un sistema en que contaban más consideraciones respecto de fuerzas ajenas al propio proceso revolucionario, y también consideraciones de tipo palaciego comenzaron a influir más que en el pasado. De eso estoy convencido.

De manera que ya no es una decisión tribal —si así podemos llamar a la vieja tribu revolucionaria, que más o menos tiene un consenso—. Lo que se confronta son fuerzas sociales, pero por favor, confrontémoslas por la vía democrática, porque si no es así, esto no es ni un sistema democrático donde se expresan las fuerzas externas al Estado —la ciudadanía, las fuerzas económicas— de una manera abierta, ni tampoco es un sistema consensual de una clase gobernante; no es de Chile ni de dulce ni de manteca.

JW: Mencionas frecuentemente que el sistema se acabó. ¿A qué atribuyes ese desenlace?

PML: Periclitó por no darse cuenta a tiempo de hasta qué punto la capacidad de decisión interna del sector revolucionario, de análisis y de valoración interna de fuerzas, se trasladó hacia el exterior. Es ese cambio que se dio en los años cincuenta y que llamo el paso de una negociación interna a una negociación externa, y no se percibió tampoco hasta qué punto, dentro de ese nuevo contexto, las decisiones se volvieron cada vez más subjetivas.

JW: ¿Por qué?

PML: Porque se puso en juego tal cantidad de factores que el arbitrio cuenta de un modo mucho más libre, y cualquier decisión se justifica por cualquier presión, haya o no existido.

No quisiera ofender a nadie ni ser subjetivo, pero diré algo muy fuerte: no creo que el licenciado Díaz Ordaz hubiera tenido ninguna dificultad si en vez de decidirse por el licenciado Echeverría hubiera sido

el doctor Martínez Manautou o incluso el general Corona del Rosal, y es que justificar una decisión en un sentido o en otro por las presiones no me parece que tenga mucho fundamento. Tampoco creo que el licenciado Echeverría hubiera tenido ninguna dificultad en que su sucesor fuera Mario Moya Palencia o Porfirio Muñoz Ledo, es decir, quienes piensan que no fue otro que el licenciado López Portillo porque no era posible, no dicen la verdad. Era perfectamente posible; de esto estoy convencido y puedo probarlo. Entonces, hablar de un amplio conjunto de factores determinantes es una manera de ocultar cierta arbitrariedad que lleva implícita la decisión. Era mucho más objetivo el equilibrio de fuerzas en otros momentos, cuando había generales de la Revolución que estaban en contra y que pesaban concretamente, cuando había descentralización del poder, cuando la gente se la jugaba, cuando se arriesgaba una decisión fuerte dentro del gobierno y del sector revolucionario, y en épocas atrás, cuando lo que estaba en juego era incluso una rebelión militar. Entonces sí se tenía que pulsar y negociar.

Conforme esos factores se fueron reabsorbiendo y se centralizó la decisión, mi opinión es que, si bien el conjunto de factores que se toman en cuenta es mucho más amplio y externo al propio mecanismo central del sector revolucionario, también es cierto que la holgura de la decisión del presidente era mucho mayor, y quizá la prueba última de lo que digo sea que el primero que puso en ejercicio lo que podría ser el nuevo sistema fue Ruiz Cortines porque tuvo una enorme amplitud de decisión, pues el licenciado López Mateos no tenía una fuerza propia real. La mayor parte de las fuerzas políticas y hasta económicas estaba por otro lado; la prueba es que esa centralización del poder permitió una gran holgura por la que Ruiz Cortines, con una gran facilidad, nombró a López Mateos.

Tengo para mí que todas las decisiones que siguieron a la de Ruiz Cortines, debido a que no obedecían ya a un equilibrio real de fuerzas dentro del sector revolucionario, y a pesar de que tienen como marco de referencia un conjunto de factores nacionales internos, internacionales, climáticos, económicos, financieros y lo que sea, resultan tantos que en realidad permiten una gran holgura. Creo que los presidentes

han hecho, en estas decisiones, lo que han querido, y que no han tenido ninguna limitación; de ahí su gran responsabilidad. Y es contra esa unilateralización que nos hemos rebelado, porque además, cada vez han sido más desacertados en contra de la evolución social, de las expectativas democráticas del país y de los cambios ocurridos en la región latinoamericana a la que pertenecemos, de manera que el desfase ha sido tan grande que en este momento, como dice mi carta, el sistema fundado en el predominio permanente de un solo partido político ha llegado a su fin.

JW: Desde muy temprano Moya creía que iba a ser el candidato, ¿no?

PML: Durante algún tiempo.

JW: ¿No había una gran decepción o sorpresa cuando no lo fue?

PML: No quisiera entrar en lo anecdótico pero mi impresión personal es que sí, tuvo grandes expectativas. En la fase final lo percibió, incluso lo hemos hablado.

JW: Hay otros que dicen que empezó desde su amistad en la colonia Del Valle con Echeverría y López Portillo... Había tres, ¿verdad? Durazo también. Durazo se imaginó que iba a llegar porque completaba el trío Echeverría-López Portillo.

PML: Ésas son supersimplificaciones. Las cosas se fueron perfilando a lo largo del sexenio y quisiera ser congruente con lo que acabo de decir: estas presiones del sector privado son bastante más que eso. Tenían en gran medida como objeto impedir la sucesión en un sentido más progresista. Para decirlo de un modo muy claro, eran mecanismos de presión para desalentar que fuera Muñoz Ledo, o en un extremo Gómez Villanueva. Y como eran muy obvias, tampoco hacían aconsejable que entrara el licenciado Moya, a quien aparentemente favorecían. Objetivamente, el sector privado le fue abriendo el camino a López Portillo.

JW: Para las fuerzas privadas de Estados Unidos, los banqueros, etc. —podemos hablar del mundo exterior—, López Portillo tenía la imagen de ser monetarista. ¿Tú qué imagen tenías?

PML: Yo, de un ideólogo progresista o de un hombre de izquierda.

JW: ¿Y de Moya?

PML: De un hombre moderno de centro-derecha, con autoridad, grato para los círculos de poder norteamericanos y de la empresa

privada. Pero no éramos candidatos a presidir Estados Unidos, por tanto, no era un dato importante para la política de un país soberano.

JW: No, pero estoy hablando de fuerzas.

PML: No, porque no influye directamente Estados Unidos. Insisto: si bien estas circunstancias internas y externas facilitaron la llegada del licenciado López Portillo, también afirmo que pudo ser cualquiera y no hubiera ocurrido absolutamente nada.

JW: Se rumoró que, confidencialmente, Díaz Ordaz envió a los ex presidentes el nombre de Luis Echeverría.

PML: Eso ya es el dominio de la confidencialidad. No puedo decir que eso nunca ocurrió, pero por mi conocimiento de las circunstancias y de cómo opera el sistema, no me parece verosímil.

JW: ¿Fue un sector el que hizo el *destape* de López Portillo?

PML: Se planeó para que fuera simultáneo, pero creo que se adelantó la CTM o la CNOB, no recuerdo, porque nos llamaron a Los Pinos ese día y esto ocurrió en el curso de la mañana. Antes de eso hubo una ceremonia en la sede de un sindicato donde el sector trabajo exhibía un bellissimo documental sobre la mujer trabajadora, realizado en el contexto del Año de la Mujer, con la historia de la mujer trabajadora y cómo ésta había sido la gran feminista; se sustentaba en las diversas investigaciones del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero, con filmaciones muy bellas y documentos del siglo XIX. Era un elogio a la mujer y su papel en la emancipación general de la mujer en México; en algún sindicato se exhibía esto e iba a ir parte del gabinete, pero nos llamaron a Los Pinos debido a que uno de los organismos del sector obrero se adelantó.

JW: Corría el rumor de que Fidel Velázquez no quería a López Portillo.

PML: Pues nunca lo expresó, hasta donde tengo noticia. Los sectores del partido, incluso la CTM, no se han pronunciado con la mecánica del veto. Podían haberlo hecho; la prueba de que no ha sido así es que cada vez los han tomado menos en cuenta.

LF: Veo difícil que no tomaran en cuenta a Fidel Velázquez si tiene el voto de los sectores obreros que controla.

PML: Creo que hay un proceso de destrucción del liderazgo obrero, sobre todo después de las decisiones frente a la crisis. En México tendrá que venir una recomposición de la organización obrera que preconizamos; pensamos que la democratización debe darse en todas las organizaciones de la sociedad, comenzando por las asociaciones gremiales, y creo que ese proceso se dará no de un modo muy brusco sino que comenzará pronto. Si algo puede salvar al movimiento obrero es el proceso de democratización.

JW: Hablando de la sucesión, ¿cuándo surge la negociación para la presidencia del partido?

PML: Surgió simultáneamente con el *destape* o a la postulación como precandidato del licenciado López Portillo. Aquí tendría que dar ciertos antecedentes: cuando el licenciado Reyes Heróles entró al partido, surgió también el rumor de que yo llegaba, así que es la otra posición que yo hubiera tenido, si no desde el principio, sí a mediados del gobierno. De hecho, cuando en el primer año de gobierno el presidente me pidió que organizara, de acuerdo con el partido, una serie de conferencias para ir dándole un nuevo tono ideológico al PRI, puse en movimiento eventos importantes donde participé junto con el licenciado Reyes Heróles y otros intelectuales; colaboré de manera más intensa allegando recursos intelectuales, promoviendo actividades en coordinación con el presidente del partido, para que también el PRI tomara el tono del nuevo gobierno.

Cuando el licenciado Reyes Heróles presidía, mantuve contacto con él. Sobre todo, tuvimos diálogos promovidos por el propio presidente de la República en 1973 o 74, época en que se revisaron los documentos básicos del PRI; es decir, estuve involucrado. Luego, había cierta lógica. Otra parte de esa lógica tenía que ver con lo que ocurrió inmediatamente después: por una serie de razones que al principio me parecieron casuales, la llegada de dirigentes políticos de otros países, principalmente del espectro socialdemócrata, eran visitas de Estado e iban al partido en forma oficial. Establecí con ellos muy buena relación personal, y al percibir que había esa empatía, estos acercamientos fueron favorecidos por el propio presidente. Así pude viajar por el país entero con Olof Palme,

finqué una muy buena amistad con Felipe González, que entonces era un joven dirigente, y me tocó entablar una muy buena relación con el señor Brandt¹ cuando estuvo en México, nos vimos un 21 de marzo en una ceremonia pública en la que coincidieron Brandt y Carlos Andrés Pérez, dos dirigentes connotados de la socialdemocracia: ahí se me pidió que dijera el discurso, así, improvisado, porque la socialdemocracia se interesa mucho en el mundo del trabajo y había un claro renacimiento del mundo del trabajo en México.

En el caso de Felipe González, el interés era evidente: había sido abogado de sindicatos. Cuando pasaba por mí a la oficina lo invitaba a oír las negociaciones, lo sentaba ahí y a veces mandábamos traer tacos a la esquina. Muchos de los socialdemócratas tienen origen en el mundo laboral.

También traté, dentro de esta ampliación de la esfera de la Secretaría del Trabajo, a muchos dirigentes sindicales internacionales, argentinos, alemanes, españoles, europeos, norteamericanos; de ese modo me fui conectando gradualmente. La ampliación de la Secretaría del Trabajo y el peso específico del mundo laboral dentro del gobierno de México le dio a éste eso que en otros países llaman “la dimensión socialdemócrata”, lo cual empezó a ser un polo de atracción natural para que los socialdemócratas mantuvieran un contacto más estrecho con la Secretaría del Trabajo, con otras áreas del gobierno y conmigo.

Esto también facilitó mucho la vida interpartidaria que empecé a tener a mi llegada al PRI, y la prueba es que una de mis actividades centrales fue promover lo que llamé entonces “la diplomacia de los partidos”, que luego se hizo una expresión internacionalmente conocida.

JW: ¿Como cuánto tiempo estuviste desempeñando esas tareas?

PML: Los 14 meses que pasé en el PRI estuvieron marcados de modo casi ininterrumpido por un acercamiento a todo el espectro socialdemócrata, fundamentalmente de Europa y de América Latina, y por la

¹ Willy Brandt, o Herbert Ernst Karl Frahm (1913-1992). Político alemán, canciller de Alemania Occidental en el periodo 1969-1974 y líder del Partido Socialdemócrata de Alemania entre 1964 y 1987.

organización de eventos internacionales en una dimensión que considero importante, como fue la reunión de partidos socialdemócratas europeos y latinoamericanos en Caracas o, inmediatamente después, la gran ceremonia en el Museo Nacional de Antropología, a la que invité a los principales líderes socialdemócratas. Era la primera vez —y hasta ahora la única— que un número tan grande y significativo de dirigentes mundiales estuvieron en México: Brandt, Bruno Kreisky,² Anke Torhensen, Mário Soares,³ Olof Palme, Michel Rocard,⁴ Felipe González, etc. El conjunto más importante de dirigentes socialdemócratas, que traje a México en un solo viaje y en un solo avión.

Eso es algo que no debe olvidarse, sobre todo *vis à vis* el empobrecimiento lamentable de la vida política partidaria en México y el de los horizontes de la política mexicana hoy en día, para que se establezcan ciertos parámetros de comparación de lo que va de ayer a hoy. Hoy, con un partido sometido al gobierno, una vida paupérrima ideológicamente y un gobierno totalmente sometido al pago de la deuda, temeroso de tener un verdadero protagonismo internacional como le corresponde, para de ensanchar, por ese camino, la capacidad de maniobra del Estado mexicano y de su partido.

LF: Y la salida del gabinete de quienes compitieron con el candidato triunfante, ¿obedece realmente a un derecho que le conceden?

PML: No, jamás. Nunca había oído que el que llega como candidato del PRI remueva a alguien. No, yo diría que es al contrario.

LF: Al menos ese rumor produjo tu salida de la Secretaría del Trabajo y la salida de Gómez Villanueva.

PML: Bueno, pero ahí la interpretación fue la contraria, no que López Portillo habría ejercido un derecho de remoción sobre nosotros. La interpretación dolosa de mucha gente fue que se trataba de bloquearlo, rumor que mis enemigos esparcieron.

² Bruno Kreisky (1911-1990). Canciller de Austria de 1970 a 1983.

³ Mário Soares (1924-2017). Político y jurista portugués, primer ministro (1976-1978, 1983-1985) y presidente de la República (1986-1996).

⁴ Michel Rocard (1930-2016). Socialista francés, primer ministro (1988-1991) e integrante del Parlamento Europeo (1994-2009).

JW: ¿Qué poder tiene un presidente del PRI sobre la conformación del gabinete presidencial, puede promover la salida de secretarios de Estado?

PML: Ninguno, inclusive eso nunca ha sucedido, aunque algo así quisieron manejar para desvirtuar el sentido de mi salida del gabinete y también la de Augusto Gómez Villanueva.

JW: Mi pregunta iba dirigida a la influencia que en esto hubiera tenido Reyes Heróles.

PML: Se atribuye a Reyes Heróles haber dicho que yo era “el corsé”. No fue así. Parte del diseño de cambio era que el licenciado López Portillo fuera candidato a la presidencia, había figurado como un funcionario progresista. Había adquirido la simpatía y la buena voluntad del sector financiero; lo veía como una gente que satisfaría muchas necesidades, pero al mismo tiempo se quería enriquecer a esa candidatura con el trabajo laboral, internacional, ideológico, que hicimos en la Secretaría del Trabajo, y con la movilización campesina del sexenio; formar un equipo. Esto fue un diseño de gobierno y un diseño de partido, no una imposición del presidente al candidato sino algo ampliamente convenido con ellos, como a mí me consta.

JW: ¿En qué términos asumiste la presidencia del partido?

PML: No acepté ir al partido hasta no hablar con el licenciado López Portillo, y ese día hablé con él de la manera más franca. Puedo dar este testimonio, que no desmentirá: fue muy enfático en pedirme que fuera al partido, y durante toda la campaña estuvo muy agradecido por mi trabajo y muy confiado en que éste había sido desinteresado y que, de ninguna manera, yo hubiera sido un instrumento de presión de un gobierno sobre otro. Quedó constancia con él y con todos los que trabajaron entonces de que pugné —como era mi deber de coordinador de una campaña electoral y presidente del partido— por que surgiera con la mayor fuerza y la mayor autonomía posible el nuevo presidente de la República; en eso puse todo mi empeño, y así lo reconoció hasta hace muy poco tiempo el licenciado López Portillo. Acaba de terminar el primer borrador de sus memorias y sé que alude a estas cosas, inclusive me ha mandado decir que tiene expresiones muy elogiosas sobre mi

papel de entonces, así que me gustaría que hubiera coincidencia sobre lo que significó mi presencia en el partido, que ha sido tan mal interpretada. Creo que el testigo de calidad es el propio López Portillo, a quien ayudé en todo lo que pude, con todo mi esfuerzo y con toda mi lealtad institucional.

JW: ¿Entonces tú fuiste el jefe de la campaña?

PML: Coordinador.

JW: ¿Tenía un jefe de campaña?

PML: No, no tenía.

JW: Nada más un coordinador.

PML: Sostengo que conforme avanza la campaña, el verdadero jefe es el propio candidato, y así debe ser. Fui un coordinador de campaña lo más efectivo que pude en su planeación y en poner los medios; promoví la mayor libertad de acción del candidato. Desde que esto comenzó fue muy claro para mí que un candidato debe sentirse holgado, con amplitud para actuar con imaginación; me habían tocado momentos de la campaña anterior, del licenciado Echeverría, y había notado cierta tensión entre el partido y el candidato. Mi esfuerzo fue favorecer en todo una buena organización de la campaña, pero además abrirle los mayores espacios de libertad. Es más, yo iba lo menos posible a la campaña, solamente a actos simbólicos en que mi presencia era necesaria.

JW: Entonces, ¿es cierto eso de que en el PRI, durante las campañas, funcionan dos estructuras, que son la del partido propiamente y la transitoria de la campaña?

PML: Antes y después de mi gestión hubo una cierta estructura paralela. Recuerdo que con la candidatura de López Mateos había una oficina donde se manejaban muchas actividades de campaña; en las campañas posteriores, de hecho el candidato se desplazaba con un equipo muy distinto al del partido, y buscamos lo contrario, sin que esto haya sido nunca una ruptura clara. El equilibrio que le propuse al licenciado López Portillo fue, primero, que el IEPES, que es el encargado de la ideología y de los nuevos temas, dependiera de él, que designara o me sugiriera quién lo encabezaría, porque yo estimaba que es el vehículo que posee el candidato para conocer a los técnicos, a los profesionistas,

a los especialistas, y de alguna manera es el ámbito donde pasa la gente que formará su gobierno, donde él va a ver para escoger y además, por el manejo de las reuniones nacionales, regionales, locales, da los temas, el tono y el contenido de la campaña.

Me parecía que el IEPES debería estar totalmente pegado al candidato; propuse esto y él sugirió como director al licenciado Julio Rodolfo Moctezuma. Fue muy amable y me dijo que designáramos a los otros miembros del IEPES; le respondí que no, que todo el equipo fuera suyo. Claro, habíamos estado cerca en la administración y en el fondo sus amigos eran igualmente mis amigos, así que no había distancia. ¿Quiénes estuvieron en el segundo nivel del IEPES? Alejandro Carrillo, José Andrés de Oteyza, Nachito Pichardo, un grupo que había estado con nosotros en la Comisión de Planeación, trabajando en la mesa lado a lado.

Quizá en otro caso se hubieran visto diferencias. Yo me dediqué mucho más a la negociación con los sectores del partido, obreros, campesinos, etc. La planeación de la campaña es algo muy enredado porque el PRI acumula muchas fuerzas y responde a muchos intereses, hay que ser muy cuidadoso en los equilibrios, en la supervisión del tono general de la campaña; decidimos que no fuera lambiscón sino crítico. Una de las características únicas —que nunca se repitió después— fue que no se permitió para nada, o en muy contados casos, la injerencia excesiva de los gobernadores. Al contrario, ahora el PRI es inexistente y las campañas las hacen los gobernadores.

No dimos oportunidad para que presentaran a sus compadres, para que sacaran a sus jilgueros ni fastidiaran al candidato con peticiones; que no aprovecharan el paso del candidato para justificar sus propios actos buenos, malos o tropelías. Se habló de castigo a los gobernadores porque muchos de ellos habían sido moyistas. No hubo tal castigo; fue todo un diseño para permitir que el candidato viera un país fresco, espontáneo, donde menudeaban los discursos de ataque a los gobernadores.

Ese diseño salió muy bien. Claro, el candidato desarrolla un equipo propio que lo acompaña, y eso multiplica el número de vehículos y otros elementos logísticos y de otra índole, para lo cual diseñamos un mecanismo paralelo que funcionó muy bien; a las cuatro o cinco gentes

que manejaban servicios directos del candidato los invitaba yo todos los meses a comer para hablar también con ellos de la manera más cordial.

JW: ¿Entonces podemos decir que, excepcionalmente en la dinámica interna del PRI, no hubo jaloneos?

PML: Estoy muy satisfecho hasta hoy de la pulcritud política con que se manejó la campaña. Lo que ocurrió después no tiene nada que ver con ese manejo, no tuve ninguna fricción ni ningún problema con nadie cercano al licenciado López Portillo, y creo que ellos no tuvieron nada importante que reprocharnos en nuestra organización del partido.

JW: ¿Y únicamente te dedicaste a la campaña todo ese tiempo? ¿Y las otras actividades del partido?

PML: Mi gestión en el partido fue múltiple porque, por ejemplo, al mismo tiempo que estábamos en eso, organizábamos reuniones internacionales, empecé a mandar delegados del partido a los principales congresos internacionales.

El primer líder mexicano que habló en público en España después de 40 años, en un mitin organizado por Tierno Galván, fue Enrique Ramírez y Ramírez; el primer delegado mexicano que habló en una reunión mundial internacionalista en Mannheim fue el que envié. Al mismo tiempo empecé a mandar gente a Latinoamérica y en seis meses ya teníamos una red de contactos para crear un ámbito internacional, en plena campaña electoral.

Hubo críticas dentro del partido, de gente que luego integró la Corriente Democrática, y nos valimos de eso para crear una Comisión de Revisión de la Estructura y Funcionamiento del PRI, que empezó, primero en grupos pequeños y de manera confidencial, a preparar las agendas y los temas. Creamos 12 subcomisiones, para dejar como herencia al partido una nueva estructura y estatutos. Son cuatro tomos.

JW: ¿Fue aprovechar el momento para reorganizar el partido?

PML: No, ya no lo pude hacer, aunque después se implementaron muchas cosas. Y ahora lo digo un poco polémicamente, porque columnistas, malos informadores y malquerientes dicen: “¿Por qué cuando estaba no hizo usted las cosas que ahora dice?”

Otra preocupación nuestra, fundamental en el partido, fue darle un sentido distinto al sistema de selección dentro de una independencia individual de los diputados y los senadores. Esto se lo propuse a los principales dirigentes del partido y al candidato. Nunca consultamos con el presidente de la República nada que tuviera que ver con el futuro, nada, y va mi palabra.

JW: Era con López Portillo.

PML: Claro, con López Portillo, y muy cotidianamente, pero fue muy respetuoso hacia el desarrollo de las cosas. Le propuse, junto con la dirección política del partido, que buscáramos que una gran cantidad de gente progresista, y muchos de ellos amigos de él, fuera a la Cámara de Diputados de modo que se creara una corriente grande dentro del partido, la cual le facilitaría reformas y muchos otros avances.

Mientras fui presidente del partido todos los diputados del PRI, en todas las votaciones, lo hicieron en libertad y en conciencia, y no permití que nadie les diera instrucciones en los tres o cuatro meses que coincidió mi presidencia en el partido con la gestión de esa cámara. En el primer voto de la L Legislatura, 97 diputados votaron contra la iniciativa del Ejecutivo sobre pensiones a la Armada, sin saberlo yo, además. Fue un *shock* en el país, y éstos irían a ser de la Corriente Democrática: Ifigenia Martínez, Armando Labra, Hugo Castro, Antonio Tenorio Adame, Julio Zamora, Víctor Alfonso Maldonado, Rodolfo González Guevara, Augusto Gómez Villanueva, Silvia Hernández, muchísima gente; debió haber 97 nombres en una placa de oro ahí, que votaron en contra del Ejecutivo siendo presidente Luis Echeverría.

El presidente estaba muy sorprendido. Le habían dicho que era maniobra de Muñoz Ledo. La noche en que me pidió platicar habían votado en contra de su iniciativa y estaba molesto. Le dije: “Señor, discúlpeme, ése es el tono que le hemos dado al partido, votan en conciencia los diputados y así será mientras yo sea presidente del partido...” Le dije que sin mediar un asunto de grave interés nacional, caso en el cual se le debía dar aviso al partido, y el partido discutirlo con los diputados, ellos estaban en plena libertad de votar.

¡Se acabó! Para que no digan que no hice las cosas cuando las pude hacer. Una preocupación fundamental fue recuperar la iniciativa y la independencia de los diputados. ¡Qué distinto de ahora, en la hora negra de los tecnócratas!

LF: De repente, oyéndote hablar así, me da la impresión de que te le escapabas al sistema. ¿Hasta qué grado esta autonomía, que las fuerzas se liberaran, significaba el fin del PRI?

PML: Es una buena pregunta. Eso obedecía a un equilibrio político. Había un problema real: evidentemente el desarrollo político del echeverrismo, casi por capas generacionales, generó mucha gente nueva, entraron los economistas y los de otras profesiones. Entonces, ¿de qué manera ese impulso podría perdurar? Era importante recoger en el Legislativo lo que se había hecho en el Ejecutivo.

Te lo diré de otro modo: de alguna manera, en los últimos años del gobierno anterior se daba mucho más la iniciativa, la independencia, la libertad de criterio, el sentido polémico de miembros de la administración. Había secretarías de Estado enteras que ocupaba gente joven, opinante: en las áreas de Flores de la Peña, de Javier Alejo, en la mía propia, y en cambio la Cámara de Diputados todavía era muy tradicional porque obedecía a viejos criterios de Gobernación, aunque empezaba a ser matizada por la presencia de Reyes Heróles.

En las legislaturas de la época del licenciado Echeverría —en la segunda más—, la Cámara de Diputados actuaba más a la antigua que el gobierno; es decir, la innovación empezó por el Ejecutivo. Alguna vez dijo en un grupo el licenciado Echeverría, siendo presidente: “Hay que cambiar los hábitos; en las cámaras es difícil, porque hay muchos intereses, pero aquí en el gobierno sí son de dedo, ¿eh?”

Veía mucho más fácil cambiar los hábitos dentro de la administración. Yo pregunto: si buscábamos mantener un espíritu de cambio, ¿qué era más lógico, mantener esta efervescencia constante dentro del Ejecutivo y la administración, o cambiarla, si no iba a ser el estilo del licenciado López Portillo? Él, experto en reforma administrativa, hombre ordenado, muy organizado y de una notable puntualidad para los estándares mexicanos, y yo, que conocía su estilo de trabajar, sabía que iba a

sedimentar la administración; entonces, había una lógica en que, para que no muriera esa efervescencia, se le trasladara hacia el lugar natural donde debe haberla, que es en las cámaras vía el partido. Además había amigos, gente progresista cercana al licenciado López Portillo que quizá él no pudiera ubicar en un primer momento, y había que aprovechar para enriquecer la vida del partido y de las cámaras.

¿Entiendes ahora por qué no me le estaba escapando al sistema? Además, no sé qué sea el sistema, mejor digamos “al diseño de la administración que venía”; le proporcionaba ideas e iniciativas que me parecían compatibles y congruentes con el diseño del nuevo gobierno.

JW: ¿Cuál fue medularmente el origen en ti de esta “cruzada”, por decirle así?

PML: Esto obedecía también a algo importante: ni el licenciado López Portillo ni yo veníamos del sector político, de manera que ahí había muchas reminiscencias de los viejos tiempos que convenía renovar con gente de distinto tipo.

Yo venía de mi relación con el sector obrero, y mi secretario general en el partido, del sector campesino, y había la idea de favorecer la capilaridad de dirigentes obreros jóvenes, que habían estado muy aherrojados por las viejas clases políticas. Fue una organización en orden de un mayor número de intelectuales notoriamente, de gente de corte progresista, ahí estuvo Arturo Romo; hay nombres para hacer una casa de citas —como decíamos antes—, y mucho mayor número de dirigentes campesinos jóvenes. Igualmente se triplicó el número de mujeres en el partido; recordemos que también entre las viejas tendencias del sistema está la herencia del machismo, las mujeres no pasan de la política local o pasan muy difícilmente.

Hubo una renovación de la cámara, y eso lo vio muy bien el presidente que entraba, para él fue enormemente útil. Fue la última cámara antes de la reforma política, y ésta había sido bandera de campaña del licenciado López Portillo y del partido.

Nunca he querido quitar mérito alguno a lo que haya hecho Reyes Heróles en materia de reforma política, hizo cosas importantes; en otras puedo diferir de criterio, pero lo que no puedo ni aceptar que se dijera

es que él inventó la reforma política, que fue la bandera de la campaña que yo coordiné cuando Reyes Heróles trabajó de nuevo en el Seguro Social. Hubo proyectos de reforma política, que puedo enseñar a los investigadores, desde el principio de la campaña. Además, si algo tenía en el corazón el licenciado López Portillo como viejo profesor de Teoría del Estado, era la reforma política. Me habló desde el principio de eso y yo lo sabía; además, tenía ideas de reformador administrativo y político. Quienes lo conocíamos sabíamos que traía esa intención, que fue nuestra bandera en la campaña.

JW: Con esa libertad de decisión en el voto que fomentaste en los diputados, ¿no se complicaba la aprobación de las reformas?

PML: ¿Qué íbamos a hacer si la primera legislatura del nuevo gobierno, que trataría la reforma política, era plural? Uno de los aspectos de la reforma era una cámara más plural que antes. Pero esa cámara no podía ser electa por una ley o por una reforma que no se habían hecho todavía, de manera que el propósito común de López Portillo y mío, en esa primera cámara, era hacer el puente hacia una cámara plural. No nos preocupaba que hubiera 60 gentes que se opusieran a una ley, pues era lo que íbamos a vivir después; estábamos acostumbrando a nuestras gentes a ser combativas. Esto tenía muchos sentidos.

El hecho de que votaran 97 en contra de la ley de pensiones de la Marina fue un malentendido bastante accidental; desafortunadamente fue un asunto que tenía ver con los marinos, y si no se cimbró la nación, sí se cimbraron un poco las estructuras de poder. Quizá yo hubiera aconsejado más prudencia si lo hubiera sabido. Uno de los objetivos obvios y decididos de la reforma política era aumentar la representación de la oposición en los órganos legislativos. Era, digamos, casi lo primero que había que hacer.

Era necesario que el nuevo gobierno tuviera desde el principio mayor libertad de palabra dentro de la cámara, y que la transición se hiciera de modo muy natural hacia una segunda cámara plural; no sé si esto sea salirse del cuajo al sistema. Al contrario: creo que es darle ideas en el sentido de mis convicciones, que apuntaba a la evolución misma de las instituciones.

Mi experiencia en el partido me enseñó otra cara que no conocía de la vida pública del país. En el partido, por vez primera trabajé en un mundo de composición de intereses donde las relaciones no eran jerárquicas. Ésta es una diferencia entre el PRI y el gobierno o la función administrativa —y, creo, en cualquier partido político—, y como lo estoy viviendo ahora, es más una diferencia de función y de estructura.

Un partido es un conjunto de intereses que se coordinan, un partido casi no tiene ningún elemento de administración. Me decía Reyes Heróles: “Aquí todo es a la palabra, aquí no hay ni un archivo”. Comprobé que es cierto: en los partidos políticos de cualquier tendencia todo es a la palabra, es una actuación muy coyuntural. Otro dirigente partidario con experiencia me dijo: “Aquí lo que es hoy un problema, ya no lo es pasado mañana, y los escenarios cambian constantemente. Un día hay un problema en Michoacán; otro día es gobernador”. Quizá un largo periodo en un partido permitiría crear una estructura.

El PRI es muy fluido, tal vez derivado incluso de sus propios vínculos con el gobierno y de su propia estructura corporativa. El PRI no tiene propiamente una afiliación.

Me empeñé por crear un servicio de informática, y me acabo de enterar de que todo lo que hicimos entonces desapareció y lo han vuelto a hacer ahora. La afiliación es mayoritariamente a través de los sectores; entonces, toda estructura de administración es muy precaria. A los empleados no los ha nombrado uno, y los pocos que hay también corresponden a una constelación de intereses. Más que una administración propia, no sabe uno a quién responden.

La responsabilidad que tiene uno en un partido es de naturaleza distinta —sobre todo en el PRI— a la que tiene en una administración; las decisiones tienen que ver en una medida mucho mayor con el equilibrio real de fuerzas, y uno es un equilibrador de fuerzas. Tuve un comité ejecutivo de gran peso, un don Fidel que tenía entonces otra fuerza y otra edad; mi secretario general era jefe del sector campesino, Enrique Olivares Santana, Carlos Sansores Pérez. Mis decisiones no fueron arbitrarias. Mi autonomía como partido estuvo fundada en un equilibrio de fuerzas interno entre el gobierno saliente y el entrante, y en un

buen entendimiento con el candidato, pero desde luego que es un tipo de relación y de responsabilidad directa totalmente diferente que en la administración pública. Ahora que trabajo en la coordinación de varios partidos políticos me doy cuenta, porque cada uno tiene problemas muy complejos y es una política muy consensual.

Mi paso por el partido representa una época muy intensa y muy aleccionadora. Uno tiene que aceptar decisiones de muy distintos niveles, grados de complicidad que habitualmente en la administración uno no acepta. Aquí diría la frase que alguna vez le oí decir a Echeverría al nombrar gente de su administración: "Estos sí son de dedo, no los otros". Entendí eso después: con un diputado o un senador, por más que elabores criterios, tiene que haber una difícil negociación donde intervienen el gobernador, el sector obrero, el sector campesino, fuerzas locales, el delegado que uno tiene en el partido y que, cuando se ha estado poco tiempo en él, ni siquiera uno lo nombró; después te enteras de que algunas de las alcaldías —me pasó— la había vendido el delegado, y no queda sino regañarlo.

Y de las decisiones que uno avala, uno mismo se da cuenta de que muchas fueron acertadas y se puede medir en qué tanto influyen en el cambio, pero también —debo decirlo— hay muchas que avalas aunque ni siquiera te hayas enterado de las circunstancias, con información de segunda mano; que muchas veces la designación no fue la adecuada, que el personaje designado francamente no vale pero es fruto de un equilibrio político, y en un momento determinado hay entre 40 o 50 decisiones que se tienen que tomar y hay que acomodar piezas de un rompecabezas. Son cientos de decisiones que se tienen que tomar constantemente.

JW: Entonces, ¿nunca tiene un presidente del partido un control completo sobre él?

PML: Es que no es el mismo tipo de responsabilidad que en la administración. Tal vez en un tiempo largo, si uno tiene la verdadera conducción de un partido, logra una transformación importante de las estructuras, logra tener más dominio sobre las cosas; aunque sí, en poco tiempo uno puede cambiar orientaciones e influir en procesos, pero diría que en mi época en el partido hubo muchísimos errores que tuve

que avalar, y creo que eso le ha ocurrido a cualquier presidente. Está en la naturaleza de esa función, y como alguna vez me dijo mi mujer: “Quizá no fue el cargo que debiste haber tenido, porque se te puede involucrar en muchas cosas”. Dice que cuando me nombraron presidente del partido estuve muy triste mucho tiempo, pero no porque haya sido indigno aceptarlo —no creo que nadie lo considere así— sino porque me vio muchas veces molesto por cosas que se tienen que avalar.

Me informaron *a posteriori* que, de las decisiones que se habían tomado para candidatos a presidentes municipales, había una enorme cantidad con los que había mediado dinero y ya estaban ahí, ¿qué hace uno? No tenía suficiente información, no sabía bien a bien quién era la persona; por falta de confianza no se le quería hacer mucho caso al gobernador. Era un mundo de decisiones que había que tomar simultáneamente, algunos ya las traen procesadas.

La responsabilidad que se asume en una decisión administrativa, en ejercicio de una facultad legal, donde uno dice sí o no con pleno conocimiento y dominio sobre la estructura, no es igual cuando se equilibran fuerzas y se dispone de una información que pasa por conductos políticos; esto implica que pasa por informadores que tienen su interés propio, donde los niveles intermedios de que uno dispone para llegar a la realidad son deformantes.

ELECCIONES EN NAYARIT

JW: El periódico *unomásuno* plantea: “Tal vez algún día Porfirio Muñoz Ledo aplique su inteligencia y brillantez a particularizar y analizar al menos sus yerros más importantes, como su participación en el canje de una curul en el Senado por la gubernatura de Nayarit que legítimamente ganó el PPS en el 75”.

PML: ¿Quién escribió eso?

JW: Es opinión editorial.

PML: El asunto de Nayarit hay que ubicarlo en perspectiva. Me tocó durante los 40 o 60 días últimos del proceso. El caso de Nayarit se

ubica en los siguientes parámetros: primero había sido postulado como candidato del PRI el coronel Flores Curiel, quien salió del gobierno con motivo de los acontecimientos del 10 de junio. Fue jefe de la policía.

Las razones que movieron al partido y al gobierno a postular al coronel Flores Curiel las conocí de lejos porque no eran mi área; se podían ver como una reivindicación, y algunos maliciosos lo veían como una manera de aislar todavía más al otro funcionario que salió, Alfonso Martínez Domínguez. El caso es que, de una manera bastante sorprendente, reaparece en ese nivel alguien que estaba excluido totalmente. Fue una gran sorpresa.

Esto desplazó a un joven político bien estimado que estaba muy cercano a la Secretaría de Gobernación, Celso Delgado, que después fue embajador en Egipto y acaba de tomar posesión como gobernador 12 años después. Los medios políticos vieron este cambio como la interrupción en la cadena de selección de candidatos a gobernadores en que había influido el secretario de Gobernación: seis, siete gobernadores identificados por su cercanía con él; se había interpretado también como un cambio de orientación en el proceso de selección de candidatos. No juzgo si esta postulación fue un acierto o no. Ocurrió y el responsable, objetivamente, fue el licenciado Jesús Reyes Heróles, que era presidente del partido.

Yo no tenía mayor información. Sabía que el candidato del Partido Popular Socialista, Alejandro Gascón Mercado, estaba haciendo mucho ruido, pero la información que yo tenía era remota; este asunto llega a mi conocimiento en el tráfago de los días anteriores a la gira. Llegamos al partido y a los 15 días empezó la campaña; el licenciado López Portillo quiso comenzar de inmediato, con una posición muy realista. Dijo: “Bueno, sobre la marcha nos organizamos; ni usted ni yo sabemos porque no hemos trabajado en esto, pero vamos a hacerlo muy bien y a arrancar, ya no le demos vuelta”. Esto significó una ardua tarea de organización, insisto, en el cambio brusco de una vía administrativa a otra función.

La primera noticia que tuve de este asunto me la dio el licenciado López Portillo. Me dijo: “Me vinieron a ver el candidato por Naya-

rit y Emilio González, de la CTM, que acaba de dejar la gubernatura, y hablan de un panorama dramático. Lo van a buscar —me dice—. Me han pedido audiencia, pero he estado muy ocupado. Mire usted, dicen que no hay apoyo al candidato, que no les han facilitado recursos del partido, que hay apoyo por debajo del agua al candidato de la oposición. Hay cosas muy extrañas y me vienen a pedir que vaya a Nayarit antes de las elecciones”. Le dije: “Pero cómo, ya está programada la primera gira: Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Colima”, así que decidió que iría a Nayarit después de Colima; esto habrá sido entre dos a cuatro semanas antes de las elecciones. “¿Cree que vale la pena correr ese riesgo con la escasa información que tenemos?” Dijo: “Bueno, mi primera reacción fue decirles que sí porque considero que es mi deber apoyar a los candidatos del partido —reacción de una gente honorable—, pero véalo, platique con ellos”.

Hablaron conmigo. En efecto, desde su postulación no habían recibido ayuda de ningún cajero —ayudas que solía dar el partido por el conducto que fuera—, cuya veracidad fue fácil comprobar; segundo, funcionarios del gobierno y de empresas descentralizadas apoyaban claramente la candidatura de la oposición —cosa extraña para nosotros—; que en esto hubiera una gran tolerancia del partido y de las instancias políticas del gobierno era una situación dramática porque la impresión que tenía la gente de Nayarit era que, por los antecedentes del candidato, se le había puesto ahí para que perdiera —así, dicho tan sencillo— y que había sido casi una crueldad sacarlo del ostracismo, ponerlo ahí e imponerle una derrota.

La CTM estaba muy interesada porque don Emilio González, un hombre con una carrera política en Nayarit que aspiraba a seguir haciendo carrera, dejaría de ser senador. De hecho, posteriormente fue gobernador. Después de que me vieron hablé con López Portillo, pero cuando hablé con él, ellos ya lo habían visto. Le informé de lo que me dijeron. “A mí también —me contestó—, pues hable con el presidente y díga-le lo que pasa.”

No sabíamos lo que ocurría, en eso doy mi absoluta seguridad. No teníamos ni una remota idea de lo que estaba pasando, lo aseguro.

Hablé con el presidente de la República. Le dije con toda claridad: “Señor, tenemos esta información...” y me dijo que tampoco estaba enterado. La pregunta era si había algún diseño o propósito especial aquí.

Esto pasó en los últimos días de octubre, a 15 días de presidir el partido, pues las elecciones han de haber sido en diciembre. ¡Por favor! En todo el proceso anterior no tuvimos nada que ver. Fue natural que el presidente me dijera que no había ningún diseño.

Por distintas razones varios sectores políticos actuaban en ese sentido, unos porque no quedaron contentos con la decisión, otros porque creían que hacer que perdiera ese candidato era una manera de adquirir fama de liberales. No quiero hacer algún juicio de valor sobre las razones que motivaron a mi predecesor en el partido, porque él había consentido esta situación anómala.

Informé al licenciado López Portillo: “Esto es lo que dice el presidente, así que hagamos un análisis. Políticamente usted se puede hacer de la vista gorda y yo también, quedamos al margen de un conflicto que no generamos; usted se va a la gira por un lado, yo me voy a dar una vuelta al país y de repente nos amanecemos. Ahora, ¿qué va a pasar? Va a ser una elección terriblemente reñida, quién sabe quién gane, de todas maneras se nos va crear un problema; vamos a dejar totalmente en manos del gobierno la calificación. ¿Cuál va a ser la posición del partido, y por otra parte, la de usted frente a esto? Luego, ¿cuál es nuestro deber?” El licenciado López Portillo me precisó: “Mire, francamente siento que es mi deber apoyar al candidato. No pienso hacerme pato, es un deber mío elemental ir a Nayarit. No hay oposición del presidente, no hay diseño político previo a nosotros de algo tan anómalo como es la pretensión de hacer perder a un candidato del PRI, así que voy”.

El licenciado López Portillo fue a Nayarit y tuvo la delicadeza de que yo no lo acompañara; me quedé en Colima por razones personales, era la tierra de mi mujer y ahí quería pasar unos días.

En Nayarit dijo un extraordinario discurso en la plaza pública. Quienes lo oyeron dicen fue el discurso más definitorio de la campaña, donde hizo claro que el partido y el candidato estaban atrás del candidato del PRI. Quienes saben lo que pasó en Nayarit, de veras, dicen que con

ese discurso cambió la situación, ¡claro!, porque lo que había era una enorme ambigüedad. Cuando el rumor está en la calle, avalado por un número enorme de datos de que van a sacrificar al candidato del PRI, pues hay una serie de efectos. Además había muchos traslapes ahí, gentes para las que era de buen gusto ser miembro del gobierno y apoyar al candidato de la oposición. Y ahí se resolvió, sobre la marcha, dejar un equipo encabezado por el secretario general del partido, que había sido secretario de la Reforma Agraria; a un sector de la secretaría se le responsabilizaba de pasar recursos al otro lado, porque uno de los hermanos de Gascón manejaba un fideicomiso. No digo que esto sea cierto, ni siquiera lo creo así, no me consta. Creo en la honorabilidad de quienes trabajaban ahí, pero era un rumor muy extendido.

Se quedó un equipo grande con el secretario de Organización de la CNOB, licenciado Guillermo Cosío Vidaurri, funcionarios del sindicato de maestros, un grupo de diputados y de senadores, a trabajar en la campaña estatal; hubo recursos, aunque no excesivos. Se hizo claro en 20 o 30 días el trabajo que no había existido, con apoyo naturalmente del PRI nacional.

Estábamos en el arranque de esa campaña. En esa parte acompañé mucho al candidato para dejar sentados los criterios; después fui menos. Todos los informes que recibía eran de que se revirtió la situación. Vinieron las elecciones. Estuve muy al pendiente, también estaba informado el candidato. Mandé a gentes de mi confianza allá y la información que recibí fue que hubo un triunfo claro en las elecciones, entre siete a tres y seis a cuatro, con problemas, que sí los hubo. Después supe de situaciones inconvenientes en varios municipios, no lo niego, que son polvos de aquellos lodos, y con el tiempo me enteré de más irregularidades —como en otros casos mientras estuve en el partido— a pesar de que envié a dos personas que estuvieran allí; pero en la capital el balance general fue que se había ganado.

Esa noche hice un anuncio muy prudente de que según mis datos, ese era el balance, pero que seguíamos analizando y en dado caso la decisión competía a las autoridades electorales.

Hablé con el presidente de la República; le preocupaba que no hubiera reclamaciones ni alteración de la paz pública, y estuvo muy

abierto a cualquier decisión derivada de nuestro análisis de la situación. También estuvo de acuerdo en que se había logrado mayoría, pero me dio un análisis que me pareció muy sensato. “Licenciado, en el sistema no estamos acostumbrados a márgenes pequeños, ¿eh?, y un margen pequeño puede crearnos muchos problemas. No quisiera que la campaña del licenciado López Portillo se ensucie con un problema de violencia ni de manifestaciones. No debe ser.” En mi hábito de no *sacarle* a los problemas sino darles la cara, se me ocurrió una idea honesta. Dije: “Voy mañana a Nayarit”. “No, licenciado.” “Quiero palpar, estar en Tepic, hablar con la gente y ver cómo están las cosas. A mi regreso hablamos. Tengo que hablar con el jefe del estado del cual depende el presidente de la Comisión Federal Electoral.”

Por iniciativa mía, y con cierta resistencia del presidente, fui a Tepic dos días después de las elecciones. Me desprendí de toda guardia y anduve un día caminando: había un clima de gran tranquilidad. Contra lo que se dice, no se rompió un vidrio ni hubo una sola manifestación pública en Tepic, no fue como en Chihuahua ni cundió la extrapolación. Que hubo problema, francamente sí, pero éste se reabsorbió en dos o tres meses y después nadie se acordaba de él. No creo que en Chihuahua se haya reabsorbido ni se reabsorberá en mucho tiempo.

Hubo gente que me habló de algunas irregularidades de las que no dudé, sobre todo en las regiones rurales. Acabo de estar con el reportero Ricardo Rocha, que era muy jovencito y estaba ahí; me recordó lo que vivimos ese día él y yo. Entrevistó a mucha gente en la calle y el clima que percibió fue que había ganado Flores Curiel. Yo hubiera querido que Adolfo Lugo Verduzco, mi sucesor y amigo, hubiera caminado por las calles de Chihuahua dos días después de la elección con un joven reportero de Televisa entrevistando al pueblo, porque se han hecho comparaciones verdaderamente aberrantes.

JW: Está el caso de Chihuahua en 1980, y ahora...

PML: ...acaba de pasar, claro, se ha hecho mucha extrapolación entre Chihuahua y Tepic.

Como a las seis de la tarde llegué al hotel y me dijeron que en otra parte estaba el secretario general del PPS, Jorge Cruickshank, a quien

tenía tiempo de no ver; a iniciativa de Ricardo Rocha nos fuimos a su mesa y ahí, sin haber hablado con él, lo interrogó y tuvo que reconocer que el clima que se percibía en Nayarit era de un triunfo nuestro. Yo no había hablado una palabra con Cruickshank, ahí lo saludé, frente a la televisión; toda la gente que vio el canal de Televisa está de testigo: “Jorge, ¿cómo le va? Ésta es mi impresión. ¿Cuál es la suya?” Jorge no dijo: “ganaron ustedes” pero aceptó, se lo dijo al entrevistador: “Acabo de entrevistar a toda la gente y la opinión general es que ganó el PRI”. Dijo que estaba investigando y le respondí que yo también. La convicción de la gente con que hablé era que habíamos ganado.

Regresé a México, hablé con el presidente, con el candidato López Portillo, que ya había regresado de alguna gira, y valoramos la situación. Se pensó —tal fue la prudencia del presidente— en anular las elecciones y hacer unas segundas con un candidato que no fuera ninguno de los dos; su deseo era evitar cualquier problema. No digo que haya sido idea del presidente, fue una idea que surgió. El candidato, su servidor, la gente del partido y la Secretaría de Gobernación la valoramos y nos pareció que esa iniciativa no tenía razón de ser. Incluso se habló de un tercer candidato de coalición, pero ya no resolvía ningún problema: había ganado uno u otro.

La decisión que tomó el candidato fue dar su opinión personal en el sentido de que se había respetado el resultado de la elección, mi opinión fue que se debía respetar la votación —es obvio— y dejamos el asunto en manos de las autoridades competentes: no calificamos la elección de Nayarit ni nos opusimos en un sentido u otro. La posibilidad de que el PRI estuviera anuente en una anulación que llevara a un candidato de coalición nadie la habría aceptado porque también del otro lado, en el propio PRI, había una sensación de victoria; uno es cabeza de un conjunto político, y la convicción unánime del PRI era que habíamos ganado.

Dejamos la decisión en manos de la Comisión Electoral de Nayarit, ésta analizó los hechos y resolvió lo de Flores Curiel, no hubo ningún problema. Si hacen un estudio hemerográfico, verán que fue generalmente bien aceptado por la opinión pública. El problema vino después, cuando el equilibrio del poder había cambiado y yo estaba sujeto a un

fuego graneado en las columnas de los periódicos; no me había caracterizado por manejar la prensa, donde habían resurgido mis malquerientes de antes y estaban apareciendo mis malquerientes del mañana de entonces. Fui tremendamente atacado: si algo pasaba en la gira o si algo ocurría en el PRI, yo era el responsable. Tuve una época de una gran combatividad de los columnistas políticos, que yo no manejaba. Con los años me enteré de quiénes estimulaban estos ataques.

En un clima político completamente distinto, el candidato me hizo saber que en una conversación el presidente le había dicho que de acuerdo con el partido, había adquirido desde tiempo atrás el compromiso con el PPS de una candidatura de coalición por Oaxaca: era para senador, algo perfectamente legal. Además me dijo que era una manera de iniciar la reforma política, que Cruickshank sería el primer senador por coalición, y así fue. La idea no me pareció mala en sí, siempre he estimado a un militante político consecuente y a él lo conocí desde la época de Lombardo aunque no lo había tratado mucho en campañas políticas, porque en las campañas nacionales el PPS se afilió con el PRI. Tuve reservas, es natural, porque desde el principio temí que se vinculara una cosa con la otra.

Si hubiese sabido lo que pasó después quizá me hubiera resistido, pero es lo que llamo errores, que son omisiones o falta de perspectiva para ver hasta qué punto los actos que uno cree que son de buena voluntad o correctos éticamente, se malinterpretan después. Para nosotros fue expreso que era un compromiso político adquirido con anterioridad, a nivel de partido y gobierno; que era legal, procedía y era una manera de empezar a abrir el Senado. Tanto el candidato como yo estuvimos finalmente de acuerdo, no narraré los detalles porque no es el caso. Hubo cierta resistencia, pero en el momento político de entonces habría sido friccionante oponerse a una cosa de esta naturaleza.

JW: Muchos pensaron que tú habías negociado todo.

PML: Esa coalición no tuvo nada que ver con el antecedente de la elección de Nayarit ni hubo negociación alguna de mi parte. Tanto para el candidato a la presidencia como para mí fue evidente que había un compromiso previo, y en aras de la continuidad de un partido y de

un sistema, tuvimos que admitirlo y aceptar que debíamos “honrarlo” —fue la palabra que usó el licenciado López Portillo—. ¿Hicimos bien, hicimos mal? No sé. Después de todo lo que ha ocurrido y de la saña contra mí, tal vez me hubiera resistido más. Desde el punto de vista ético, creo haber actuado decentemente y es extraño que, de los que participamos en esto, el presidente de la República saliente —que propuso la solución—, el presidente anterior del partido —de quien se nos dijo que estaba en el compromiso—, el presidente entrante —que me notificó haber recibido, digamos, la certidumbre o cuando menos la noticia autorizadamente (las cosas también se hablan entre un jefe de Estado que sale y uno que entra) y que afirmó que creía en la palabra que se le había dado y se sentía en el deber de honrar ese compromiso previo—, al único que han atacado es a mí, y vaya que me atacaron con saña. Me sigue extrañando aunque adivino las razones, porque hubo mucha tinta pagada sobre esto. No haré responsable a nadie de lo que ocurrió, simplemente quiero dejar asentado que esa decisión fue colectiva.

JW: ¿Entonces cómo pudiste arreglar la elección de un senador?

PML: No: fue una coalición, se hizo una coalición.

JW: Era la conexión para la senaduría de Oaxaca.

PML: No hubo tal conexión de Oaxaca: la opinión pública y los columnistas lo conectaron de una manera muy fuerte. Simplemente sucedió que en la elección de Oaxaca, en vez de registrar a un candidato del PRI, se registró a uno de coalición entre el PRI y el PPS; fue candidato y estaba registrado. Como candidato del PRI estaba previsto el licenciado Pedro Vázquez Colmenares, pero no fue registrado sino seleccionado; fue sustituido por uno de coalición entre el PPS y el PRI conforme a la ley, ganó de calle y fue muy buen senador.

Hacer de esto objeto de vejación para el ex presidente del PRI fue parte de una campaña orquestada, los periódicos me hicieron garras; ya venían grandes intereses para que no figurara en la siguiente administración o para que no tuviera un nivel ni una función política de importancia. Actué éticamente, consecuentemente con mi deber como presidente del partido y con los equilibrios políticos que manejaba. No hice negociación de ningún tipo con nadie. Hablo con la verdad, porque

esto ha sido manejado como si hubiera sido una gran conspiración en la que yo hubiera participado.

JW: ¿Tenías unas reflexiones sobre lo que hablamos ayer?

PML: Me quedé pensando sobre el asunto de Nayarit. Desde la perspectiva en que ahora veo las cosas, no me costaría trabajo decir que me equivoqué, pero lo que no aceptaría es que me haya equivocado de mala fe. En la vida, como en la política, las decisiones se toman en función de una escala de prioridades. En ese momento consideraba que lo ético, lo correcto era que el partido apoyara a su candidato, y lo que me molestaba, lo que consideraba indebido y me propuse desbaratar era un conjunto de contubernios y complicidades cuyo origen desconocía, pero que me parecía totalmente indebido: todo un dispositivo contra el propio candidato del partido. Quizá, visto desde ahora, pude propiciar o aceptar la anulación de las elecciones, pero entonces me pareció indebido porque eso de sacar un candidato que no fuera ninguno de los dos me olía a otro arreglo a espaldas del pueblo, en contubernio. Me parecía que las cosas debían ser claras; había que demostrar si legítimamente había ganado o perdido.

El valor que ahora concedo a la limpieza de esas elecciones está sobre toda otra consideración, pero no era exactamente el enfoque que tenía entonces. En dado caso, entre los actores que participamos, ni la responsabilidad última fue mía ni creo de modo alguno que mi conducta haya sido la menos adecuada. Me moví por razones que consideraba de ética política, aunque quizá ahora tendría otra escala de valores de la que entonces tuve. Por eso he dicho también que muchos de los verdaderos errores que uno comete no son los que la gente conoce.

FINANCIAMIENTO DE LAS CAMPAÑAS, MOVILIZACIONES Y ACARREO

JW: Hablemos de los financiamientos de las campañas. Viajando por México siempre he visto anuncios en las colinas, hasta en las montañas, pinturas en todos lados. Se dice que los campesinos llegan en camiones pagados por el gobierno para tener multitudes.

PML: No cabe duda que ha habido grados de confusión entre los recursos públicos y los del partido. No es exacta la visión de que el partido, como organización nacional, disponga de todos esos recursos. La mayor parte son recursos locales; es decir, el gobierno de cada estado, de cada municipio, y hasta de cada organización social, sea el sindicato ferrocarrilero, el de maestros o una organización social equis, paga la mayor parte de la campaña.

Ahí sí que hay una visión equivocada, no en cuanto a que algunos de esos recursos tengan un origen público —eso no lo discuto—; son de origen público, pero no son necesariamente fondos que maneja el partido a nivel nacional. En realidad, a nivel nacional el partido maneja fondos de propaganda que no son, ni con mucho, la mayor parte de la que se difunde; propaganda, digamos, de carácter general. Los estados generan mucha —carteles que hacen las organizaciones, gastos de prensa—. Hay la mala costumbre, no solamente del partido, sino también del gobierno, de desplazarse con muchos periodistas; esto lo vi en las giras internacionales de los presidentes, lo que en México es exagerado. Por cierto, se ha corregido de alguna manera. Un jefe de Estado salía con un equipo de periodistas cuando bastaría el trabajo de las agencias de noticias internacionales, que para eso están. Ése es un mal general del sistema que de alguna manera se ha moderado. Sobre el desplazamiento de los líderes políticos con un gran séquito hubo fuertes críticas en los años setenta y en los primeros ochenta.

JW: ¿Dirías que el CEN del partido no gasta en las giras de su candidato?

PML: Hay un gasto necesario de desplazamiento de gente relativo al IEPES debido a su naturaleza, porque los técnicos, los expertos, quienes organizan las mesas redondas y muchos de los que acuden a ellas son invitados, y eso representa un gasto fuerte. Hay otro gasto que es propiamente del Estado y de la comitiva del candidato, también es cierto. Pero con todo esto junto, ¿qué queda a cargo del partido? Una mínima parte de lo que en realidad cuesta una campaña. Ahí hay otro ángulo para ver las cosas: el carácter totalizador de la influencia del PRI en ciertas épocas. La certidumbre de que triunfará hace que todo mundo quiera

colaborar, un ángulo que no se ve. En alguna ocasión dije que ése era el momento más difícil para manejar un barco. Durante esas campañas hay la sensación de que el viento está a favor, pero la dificultad para manejar el timón está hasta en el exceso de viento.

Uno recibe una enormidad de ofrecimientos que se disputan; por ejemplo, si en un programa había un hueco al mediodía, llovían tres o cuatro ofertas para la comida, porque la quería organizar un conjunto de ejidatarios, una empresa, una planta de cítricos o el propio municipio. Eran negociaciones que ni siquiera estaban a mi cargo, estuve a bastante distancia de la planeación de la campaña; la confié a un equipo al que llegaban los ofrecimientos, pero sí supe que sobraban propuestas. Abundan, sobran, se contraponen.

Invariablemente, todas las cenas, comidas, desayunos y actos públicos que no organiza el IEPES nacional —también hay IEPES regionales— son la contribución de la ciudadanía y los militantes, que es lógica en un sistema en que todas las organizaciones o grupos están referidos al sistema político y tratan de hacer presencia en la campaña. En esto hay una gran distorsión, lo declaré a la prensa entonces y lo repito ahora.

En cuanto al origen de los fondos nacionales del partido ha habido un progreso. En la legislación actual se regularizó el régimen de subsidios, y es mucho más sano que esto exista para que un partido haga frente a esos gastos. No creo muy justo el actual sistema equitativo por número de votos, porque tiende a privilegiar a los partidos que tienen más fuerza relativa. Los viejos políticos del PRI solían decir que en los años cincuenta se avanzó en el sentido de que se había centralizado el origen de fondos que en el pasado no se sabía de dónde llegaban, que podía darlos un político influyente o un viejo general; allí estuvo el origen del contratismo. Me gustaría que la ciencia política estudiara más el origen de los fondos de las campañas en distintos países, que es un campo poco estudiado. Como sabemos, en Estados Unidos hay una regulación, lo que se permite y lo que no se permite, pero una cosa es que haya una regulación y otra que sepamos bien a bien cuál es el origen de los fondos. El criterio de algunos viejos políticos en México era lo menos insano: que cierta parte de los fondos fueran públicos, contrario

al régimen anterior, con el que no se sabía de dónde venía la contribución ni dónde se originaban esos fondos de campaña. Eso daba autonomía al partido y al nuevo gobierno respecto de fuerzas económicas.

Ninguna de las dos fórmulas es la correcta. La fórmula correcta en una democracia es, primero, la atribución de fondos públicos en términos de ley con un criterio equitativo, y segundo, una regulación precisa sobre recolección de fondos que desde luego proscriba que cantidades altas vengan de una sola persona o agrupación. Lamentablemente, éste no es uno de los mejores ángulos de la democracia: el problema de la generación de recursos para las campañas electorales es, tal vez, la zona más sombría de los regímenes democráticos occidentales, lo digo sin ningún deseo de justificarme ni mucho menos. Son formas políticas que, en conjunto, deben superarse en México, y en eso el mexicano no es peor que otros sistemas políticos.

JW: ¿Existe la obligación de que los trabajadores del gobierno o de los aliados salgan del trabajo para participar en una reunión de masas, por ejemplo?

PML: No.

JW: ¿O ellos pagan para que asistan?

PML: No. Esto es muy relativo, lo que hay es permisividad de la empresa. Tratándose de sindicatos obreros, la movilización de los trabajadores es un tanto más difícil en una empresa privada, es decir, el sindicato no tiene la capacidad legal, y rara vez la capacidad política, para hacerlo. Lo consigue realmente por negociación, por una buena relación con el patrón para detener el trabajo de una fábrica, pero la mayor parte de los sindicatos no tiene capacidad de movilización para los mítines, y ciertas concentraciones obreras hay que hacerlas en sábado, día que no trabajan, porque normalmente ninguna empresa acepta parar y hay cierto tipo de fábricas que no pueden hacerlo. ¿Se imaginan la siderúrgica parando? No es posible.

Ciertos sindicatos tienen gran capacidad de movilización, como los ferrocarrileros, petroleros y electricistas, porque son empresas públicas que pueden manejar un día para los trabajadores, pero esto también se exagera porque esa capacidad es regional; por ejemplo, Pemex en Poza

Rica no puede trasladar un contingente a Tijuana. Se puede suspender, si acaso, el trabajo en plantas de una zona por una o dos horas. Todo esto hace que haya un desequilibrio contra las organizaciones sindicales en la campaña. Es notorio que siempre, aun hasta este sexenio, la CTM ha pedido campañas más cortas.

JW: ¿Cuál de ese tipo de sindicatos tiene mayor capacidad de movilización?

PML: El sindicato de maestros, pero no es un sindicato obrero. Ahí hay un abuso que combatí: tuve serias discusiones cuando me di cuenta de cómo se movilizan y suspenden las clases por varios días. Sin embargo, la permisividad con los sindicatos de dependencias gubernamentales generalmente surge de los gobiernos estatales o municipales, y también de los trabajadores federales ubicados en esas localidades. La permisividad es grande, pero realmente la pérdida de tiempo no es monstruosa.

SELECCIÓN DE CANDIDATOS (DEMOCRACIA Y CACIQUISMO)

JW: ¿Con qué criterios armabas las listas para el Congreso?

PML: ¿Mi papel? Un papel de equilibrios, de acuerdo con el antiguo sistema del PRI. Los representantes de las organizaciones de base del partido tuvieron mucha mayor participación que en el pasado y se redujo notablemente la cuota de favoritos de los gobernadores y de los secretarios de Estado; eso lo combatimos. Soy el único presidente del partido que, según me han dicho, guarda todos los papeles, encuadrados y a la vista del público, porque siempre he pensado que esto pase a la historia. Nada de lo que hice es secreto: irán a una biblioteca pública cuando me muera. El proceso de selección de candidatos, todas las listas que recibí cuando fui presidente del PRI, las tengo empastadas en tres tomos y a la entrada de la casa, cualquiera los puede tomar. Se los enseñé al licenciado Reyes Heróles: “¡Pero cómo tiene eso ahí! ¡El trabajo del partido es confidencial! ¡Nadie ha guardado esos papeles!” Le dije: “Los guardé porque si de algo quiero tener la satisfacción cuando me vaya de este mundo, es de que todo lo que hice en mi vida pública fue abierto; lo

hice con la mayor transparencia y lealtad. Además, pueden acudir a los papeles y ver cómo se hizo”. Traté de ser lo más justo, lo más renovador, y que la representación popular del partido correspondiera, en lo humanamente posible, a la imagen de un partido progresista, según creí que era la función del PRI en aquel entonces.

Son los mismos valores por los cuales luché como Corriente Democrática: el máximo de representación obrera, campesina, intelectual, de representación joven; sobre todo, el máximo de gente con pensamiento revolucionario. El mínimo de favoritismo, el mínimo de empleados de gobernadores, cero recomendados de secretarios de Estado, apertura a las bases del partido —es un partido de organizaciones—. Y así se hizo.

Cualquier interpretación es válida, pero dejo constancia de que en mi tiempo los representantes de las organizaciones obreras en la Cámara de Diputados se multiplicaron dos veces y que el número de representantes de organizaciones de base, no solamente obreras sino magisteriales, empresariales, campesinas, se multiplicó cuatro veces. Ahí está y es parte de la historia.

¿Por qué promoví eso? Con sólo saber lo que pasó los cinco años anteriores es fácil de entender. ¿Qué se bloqueó? La capacidad casi omnímoda que tenían los gobernadores para que se aceptaran sus recomendados, porque era la manera de perpetuar camarillas locales. Hasta donde nos dio nuestra mejor inteligencia en aquel momento, creímos que se servía más a los intereses de un partido que se suponía era el portavoz de los intereses de las clases mayoritarias del país al darle la máxima representación a las organizaciones de base, pero no solamente a las obreras y a las campesinas sino a las más modestas, las de taxistas, las de locatarios de los mercados, las de cooperativistas, todas las organizaciones reales, incluso a muchas personalidades que no eran conocidas pero que percibimos que eran la base misma del partido. La apertura más importante de la L Legislatura fue la llamada posteriormente Corriente Democrática, que fue encontrar en cada entidad de la República a universitarios, intelectuales y dirigentes naturales que representaran una renovación. De ahí surgieron muchísimas personalidades nuevas, y sobre todo mentalidades independientes.

JW: Háblanos de los intrínquilos de la nominación de diputados, senadores y gobernadores.

PML: Una de las líneas centrales de nuestro paso por el partido fue que las principales fuerzas, el gobierno y el candidato entrante, estuvieran de acuerdo en reducir la intervención de los gobernadores en la designación; no queríamos candidatos propuestos por sus respectivos estados. El argumento se había manejado en el pasado, pero lo hicimos con mucho mayor rigor porque no se trataba de representantes estatales sino federales, que legislarían desde el Congreso de la Unión, no desde el Congreso estatal. Claro, el gobernador tiene que ver con el proceso como parte del alto nivel político del partido, lo que pasa es que había un exceso de influencia de los gobernadores.

JW: ¿Fue una manera de frenar ese caciquismo que algunos gobernadores apoyan?

PML: Podemos llamarle caciquismo o no, pero es evidente que cuando un gobernador tiene influencia en su partido para designar representantes de su jurisdicción, se vuelve muy fuerte. Aquí y en China hay gobernadores fuertes y gobernadores que lo son menos, así que, por razones de equilibrio nacional, hay que evitar que tengan exceso de influencia.

Recuerdo una posición que asumía don Adolfo Ruiz Cortines. Sobre él hubo muchas anécdotas, tantas, que llegué a pensar que la filosofía moderna del partido venía de la época de don Adolfo, aunque muchas eran inventadas. Se contaba que don Adolfo les decía a los gobernadores: "Mire, los diputados locales son para la cámara local; ahí usted influya, y en la cámara federal déjeme influir a mí. En cuanto a los presidentes municipales, ni usted ni yo, hombre: a éstos que los elija el pueblo, ¿no cree?" Pero esto era antes, así que sólo puse en práctica un viejo principio que, de un modo u otro, se da en los distintos regímenes políticos. Manejamos este principio al máximo posible: hubo mucha fricción y descontento en algunos gobernadores. Incluso lo lamento, porque me vi en la penosa necesidad de no recibirlos para que no nos dieran tanta lata.

JW: Si no aceptaron candidatos a diputados federales propuestos por los gobernadores, ¿cómo reclutaron a otros candidatos de los estados?

PML: Emprendimos una búsqueda de gente con liderazgo en los estados. No solamente líderes de las organizaciones, sino personalidades oriundas de los estados que no pertenecían a ninguna camarilla pero que destacaban: profesores universitarios, líderes de opinión, periodistas. Primero, personalidades —lo que se llama “liderazgos naturales”—; en un segundo nivel buscamos lo que podría llamarse “representantes de nuevas familias políticas”: quiénes, dentro del medio profesional, intelectual y político, eran originarios de un estado y podían enriquecer la vida política de su entidad. Así surgieron 60 o 70 dirigentes. Por ejemplo, del Estado de México, que es muy representativo, hablé con Pablo González Casanova, que había nacido en Toluca; con su hermano Enrique, con gente que ahora me ha dado la espalda, como Víctor Flores Olea. Por alguna razón no aceptaron. Investigué quiénes tenían antecedentes, tradición y podían gozar de apoyo popular; gente con ideas que tuviera arraigo en las familias pero que, por razones de los cacicazgos locales, no hubiera participado.

De ahí surgió Armando Labra, un distinguidísimo economista que escribió artículos fantásticos en *Excélsior*; don Wenceslao Labra había sido gobernador entre 1938 y 1942. Por Coyoacán Ifigenia Martínez, nacida y crecida allí: nadie ha ganado tantos votos en esa delegación en todo el siglo xx. Ifigenia, gran directora de la Escuela de Economía y mujer de pensamiento independiente, ganó ocho a dos, el que había ganado antes por el PRI lo hizo con 600 votos.

Víctor Alfonso Maldonado, Jorge Efrén Domínguez: gente distinguida, con autonomía de pensamiento. También tratamos de promover, dentro de las propias organizaciones obreras, el surgimiento de asesores de los sindicatos, que no eran propiamente líderes. Me facilitó esta tarea haber conocido y auspiciado, en la Secretaría del Trabajo, a especialistas en diversas materias dentro del mundo obrero. A muchos de ellos los mandamos a especializar en cuestiones de consumo, de productividad, de organización de empresas sindicales.

Esto se hizo con un espíritu de renovación ideológica del partido. Además, era importante romper barreras intactas entonces. Por ejemplo, en los sindicatos se reproducían los viejos líderes, así que buscamos a

jóvenes asesores y dirigentes femeniles, cosa que no ocurría o que había ocurrido raramente: por primera vez, con los propios sindicatos obreros, que no son muy feministas, negociamos para que vinieran mujeres jóvenes, asesores, y bueno, la élite de los dirigentes sindicales. De ahí surgió gente como Arturo Romo y otros, para que no se repitiera el mismo corte de líder tradicional, e intelectuales y jóvenes al servicio de la CNC.

El cambio de perfil del personal político que se dio en la L Legislatura es enormemente significativo... ¡ah!, pero también en las más modestas organizaciones, que habían sido siempre aplastadas, ya fuera por los compadres de los gobernadores o por “la élite perfumada” —como la llamábamos—; por ejemplo en la CNOF, que es una confederación de organizaciones de base donde hay comerciantes, pequeños propietarios, taxistas, billeteros, cilindrerros, mariachis, todo: esa gente nunca llegaba a ser diputado, y era la capa alta de la CNOF, con las asociaciones de arquitectos, ingenieros, abogados, la que obtenía las posiciones. Eso es lo que llamamos el *plataformismo*, porque había un grupo que se llamaba “Plataforma de Profesionales”, que era, en general, gente de la élite profesional al servicio de la política.

Todo eso lo tratamos de romper, y gente modesta de las organizaciones más pequeñas fue diputado o suplente, como la líder de los pequeños comerciantes. Me criticaron enormemente por varias semanas que la líder de los billeteros, Ornelas, salió candidata a diputada; luego la mataron, así, como consecuencia, porque fue demasiado el salto, pero era una mujer que había trabajado por el partido, con su organización, durante 25 años. A esa gente el clasismo —no lo puedo llamar de otra manera— la tenía como tameme. En la Corriente Democrática hoy militan casi todas esas organizaciones, y por ninguna otra razón que la de ser organizaciones realmente de lucha que establecieron una enorme vinculación con nosotros. Fuimos la primera y única dirigencia en el partido que dio el lugar que le corresponde a gente de las organizaciones más populares.

Recuerdo un famoso pasaje del crítico más conservador del Constituyente de 1917, un párrafo furibundo que trata de ser insultante y no llega a serlo: “¿Quiénes eran los constituyentes? Albañiles, menestresles,

peones, ignorantes”. No digo que el criterio del PRI fuera el mismo, pero había que romper viejos esquemas. Así incorporamos a destacados profesionistas y a gente con arraigo histórico en la entidad; personalidades nuevas en la vida del partido, gente muy modesta, mujeres, jóvenes, asesores que tenían una función intelectual en los medios sindical y campesino, y dieron una legislatura que, después de la XXVI, ha sido la mejor de este siglo en México. Así que decir, como han dicho algunos, que me manejé con el *dedazo*, no. Al contrario, realmente fue un sentido innovador que, modestamente, ha sido la tónica a lo largo de mi vida y en cualquier función que he desempeñado.

Antes de que me llegue la pregunta, las candidaturas de gobernadores fueron muy pocas y de transición. Ahí el sistema todavía está atrasado y en modo alguno puedo estar satisfecho. El método para la selección exhibe, de modo notorio, las fallas intrínsecas. No existe un proceso de consulta, es decir, no hay un concurso ni una competencia entre distintos precandidatos.

En materia de diputados y de senadores, en los sistemas democráticos generalmente se sigue un tipo de negociación política que rara vez es la convención. ¿Por qué? Por la naturaleza de los métodos electorales. Por ejemplo, si el sistema electoral es proporcional, donde se hacen las convenciones, éstas representan a todo el país, así que aunque sólo el sistema electoral sea proporcional, no pueden aplicar métodos de convención a nivel de diputados, porque no hay quien los elija; entonces, que sea la convención nacional del partido.

Respecto a diputados y senadores, por lo general hay composición de fuerzas dentro de un partido y hay trabajo de buró político que debe estar cotejado con las bases, en cambio, en la elección de titulares la diferencia no está en el Poder Legislativo sino en el Ejecutivo local, o sea, el presidente municipal, en el Ejecutivo estatal el gobernador, y en el Ejecutivo nacional el presidente de la República; ahí se ve la necesidad de que el proceso de consulta sea abierto. Que tres o cuatro miembros del partido jueguen para ser diputados por un distrito no es demasiado relevante, pero que no haya apertura para ver quiénes son los precandidatos para alcalde sí es grave porque se trata de lo que está bajo el poder

del Ejecutivo local. Cuando hicimos la comisión para la revisión del partido, dividí muy bien. Les dije: “Señores, vamos a discutirlos aparte y a la luz de la ciencia política, de estudios comparados; tengo mi buena bibliografía sobre sistemas electorales, sistemas internos de partidos”.

Establecimos el criterio en las discusiones que tuvimos para revisar la estructura del partido sobre estas consideraciones: manejar las cosas en dos partes; reconocer de entrada, en la designación de cargos legislativos, a presidentes municipales, diputados locales, diputados federales y senadores. El proceso de selección podrá ser intrasectorial o intersectorial, es decir, que los distintos sectores en el partido jueguen; que tengan opinión la CTM y la CNOF, que incluso haya alguna forma de sistema de cuotas en un marco lo más democrático posible. Esto ocurre en todos los partidos, pero no acepto que el presidente de la República, el gobernador del estado ni el presidente municipal resulten de una negociación intersectorial. Aquí no hay cuotas, no hay que el gobernador de Aguascalientes tiene que ser de la CTM y el de Chihuahua de la CNOF, porque entonces al que nos estaremos pasando por el forro es al pueblo.

Necesariamente —y eso está en el escrito—, la base de cualquier criterio selectivo en materia de candidatos a puestos del Ejecutivo tiene que ser por consulta y participación de la totalidad de los miembros del partido, sin negociaciones intersectoriales; tiene que ser por una consulta a la base del partido, ya se trate de primarias, de consulta directa o de sistemas de convenciones —de gobernadores o presidentes municipales—. Así es en todos los sistemas electorales con sistemas partidarios comparados, donde vemos generalizado este criterio.

En el caso de gobernadores y del presidente de la República, desde entonces propusimos el método de una consulta abierta pero sucede que es difícil pues era un método tradicional, no había otra manera de hacerlo, y dejamos estas bases o reflexiones a manera de estudio, de propuesta, en los tres últimos meses de nuestra gestión, y ahí están. Algunas de esas ideas, casi todas las importantes, luego se consagraron en los estatutos que invocamos cuando la Corriente Democrática. Todo nuestro discurso fue que se cumplieran esos estatutos, que habían salido en una medida importante de nuestros propios estudios y propuestas.

No digo que en el nivel de la selección de candidato a gobernador las elecciones hayan sido malas necesariamente, o que en algún caso o dos no haya salido el mejor elemento de que se disponía, pero simplemente el espectro de selección era muy pequeño; despuntaban dos o tres personalidades y entre ellas había que tomar una decisión. En esa decisión se consultaba a la gente del estado, a los sectores del partido. Se debatía, pues era una selección hecha en la cúpula, es cierto. Las elecciones no fueron malas: ante toda evidencia, era el mejor militante o el más reconocido del partido en ese estado. Por ejemplo, me tocó la selección de Jorge de la Vega Domínguez como candidato a Chiapas; no creo que ningún otro militante del partido, en ese momento, tuviera el prestigio de Jorge. Había sido director del IEPES, de Conasupo, y tenía una excelente relación con todo mundo. El procedimiento no dejó de ser el mejor que había entonces.

En el caso de Tabasco la selección recayó en el ingeniero Leandro Rovirosa, que había sido secretario de Recursos Hidráulicos. Entre él y los que seguían había un contraste claro, y nunca oí que nadie afirmara lo contrario, pero habría sido mucho más sano que ese candidato surgiera en una convención, porque adquiriría compromisos claros frente a la base, o la posibilidad de que nuevas personalidades ampliaran el espectro de selección.

En otros estados la selección fue menos buena; no encontramos a la persona o no la había. En algún caso la decisión dejó mucho que desear, pero, como digo, el sistema impide que aparezcan nuevas personalidades, y sobre todo, que el candidato tenga el aval voluntario de las bases y se vea obligado a establecer compromisos políticos. Esto nos llevaría a la conclusión de que en muchas ocasiones la selección del candidato a la presidencia de la República tampoco fue mala; es más, la conciencia pública tenía la idea, en general, de que las selecciones eran buenas, lo que no significa que el método fuera el más idóneo. Dicho de otro modo, un método que permite gran discrecionalidad de la cúpula puede conducir a una buena, pero también a una mala selección. Si bien la mayor parte de las selecciones que hicimos en ese nivel fueron buenas, y algunas irrefutables, también en el uso de ese poder discrecional

pudimos haber tomado la contraria. Ése es el fondo del problema. Tuvi-
mos el cuidado de buscar al mejor, al que tuviera más apoyo, más posi-
bilidades de ser un buen gobernador; también pudimos haber tomado
la contraria y nadie nos lo hubiera impedido ni objetado. Es lo que está
mal en el sistema. En cambio, cuando hay un modo democrático y la
base elige, puede haber una equivocación pero no de un individuo, sino
de la gente, y eso es propio de la democracia.

JW: Si escoges a miembros de la base dentro del PRI, ¿eso no va en
contra de los técnicos y contra el sector popular que tiene dinero? ¿Se
podrían haber sentido excluidos?

PML: Depende, porque si ves los porcentajes que había entonces de
grupos u organizaciones de base dentro del conjunto de diputados, era
muy pequeño: 30 o 35% de los dirigentes sindicales, campesinos y de
organizaciones de base llegaba a puestos de diputados. La pregunta es:
¿quiénes eran el otro 65%? Un viejo líder me dijo en una ocasión: “Es
que el PRI no tiene tres sectores, tiene cuatro”. “¿Cómo?” “El sector cam-
pesino, el obrero, el popular y el de los políticos, que son la mayoría.”
¿Y qué es esto de los políticos? Los grupos de influencia dentro del poder.

Uno de los temas centrales de la democratización del partido gover-
nante en México, como lo vi entonces —ahora lo veo desde la oposi-
ción y es otra perspectiva—, era reducir el poder de los gobernadores,
porque aunque el federal fuera relativamente abierto, los poderes loca-
les no lo eran. Puedes convencer, en el nivel federal, a alguien de abrir
una estructura política competitiva aun dentro del partido, hacer gobier-
nos de composición, cámaras de composición; pero los gobernado-
res, por una tradición un tanto feudal y de origen caciquil, miden su
poder por la lealtad de los representantes políticos locales. Un goberna-
nte es fuerte si tiene la capacidad de nombrar o de arbitrar hasta el últi-
mo de los presidentes municipales. Es increíble cómo un gobernador
defiende que todos los diputados locales sean de su grupo.

Dentro del propio PRI obviamente hay fuerzas: en un estado está el
gobernador, pero también el anterior, los que quieren ser gobernadores,
los grupos de poder regional; tratan de asegurarse, con leales suyos, una
amplia mayoría en los congresos locales, lo que da una cerrazón dentro

del propio partido dominante. Con el argumento de que tenía y necesitaba clara mayoría en el Congreso local, que era de 12 miembros, un gobernador de Colima se opuso radicalmente a candidatos a diputados que habían surgido de consultas. Yo le decía: “Pero si todos son del partido”. “Ah, pero no son míos.” Obstruyó a su primo, que era uno de los candidatos a la senaduría, pero como no era de su grupo, lo objetaba.

El problema fundamental para un presidente del PRI, como lo viví entonces —cada época y cada estructura tiene sus problemas— era cómo reducir la arbitrariedad de los gobernadores; para eso teníamos que acudir precisamente a las organizaciones de base. Se daba la circunstancia de que estaban bajos de poder: la mayor parte de ellos había apostado a un candidato a la presidencia que perdió, y el presidente de la República estaba molesto por la pretensión que habían tenido de coaligarse en grupos para presionar o imponer a un candidato a la presidencia, que era el licenciado Moya Palencia.

Había una inclinación y no eran del corte del cambio que se buscaba, así que por estructura y por coyuntura política, era importante dar la vuelta al personal político. Fue lo que intentamos renovar, y aunque encontramos cierta oposición, también probamos que cuando hay voluntad de cambio las cosas son posibles, pues además lo hicimos con cierta facilidad.

En la última comida que los gobernadores ofrecen al presidente, después del informe presidencial y antes del *destape*, el jefe del Ejecutivo Federal le pidió a uno de los gobernadores que dijera un discurso, en el que le puso un párrafo que decía algo así como: “Ya no estamos en la época de Calles. Ya no hay coaliciones ni bloques de gobernadores que imponen su voluntad en el país”.

JW: ¿Quién dijo eso?

PML: El gobernador de Nayarit, pero por encargo del presidente. El pobre estaba tan nervioso donde decía literalmente: “Ya pasó la época...”, que leyó: “Yyaa papapasó lalalala época en que había... cónclaves de gobernadores que decidían la vida del país; aaahora son los obreros, los campepesinos, los jóvenes”, etc. Era un mensaje que le dio el presidente, porque era evidente que la mayor parte de los gobernadores

estaba del lado del secretario de Gobernación, y además se sabía que a siete de ellos los llamaban *los conjurados* o *juramentados*, porque se habían reunido en un estado de la Unión a altas horas de la noche.

JW: ¿Cuándo?

PML: En 1975. No estaban en su mejor momento, y el candidato López Portillo no tenía el apoyo de esos gobernadores. En mi caso, habiendo sido precandidato, tampoco había gozado del apoyo de los gobernadores. Era un momento adecuado para ponerlos a nivel. Estaban muy levantados; el secretario de Gobernación les había dado gran fuerza, con fines políticos, y nos pareció que el *vis à vis* de los gobernadores con el mando supremo del país era la circunstancia para contribuir a democratizar y a renovar la clase política de los estados.

Esto generó que en la L Legislatura hubiera un número importante de nuevas caras y una verdadera ala progresista del PRI, integrada por nuevos representantes de organizaciones de base. Por ejemplo, se invitó a sindicatos como el de telefonistas, que nunca había tenido un representante. Lo que más importaba era ensayar un sistema de libertad de voto en la cámara. Cuando las campañas, hicimos el intento de una emulación, un debate ideológico sobre los problemas nacionales a nivel de los propios candidatos a diputados; hicimos paneles de discusión y mesas de trabajo donde se discutían los problemas nacionales. Una cámara viva, plural dentro del PRI, no el pluralismo interpartidario al que aspiramos ahora. No niego que ése fue el intento anterior cuando éramos Corriente Democrática dentro del PRI, antes de romper.

También creé en el PRI un Centro de Estudios Históricos: en cada cargo en el que estuve creé uno. En varios casos presidió estos centros Fernando Zertuche, historiador que muy joven fue colaborador de Stanley Ross.

JW: ¿De ahí surgió la idea de una historia del partido?

PML: El Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, así como habíamos creado un Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero.

JW: Zertuche se acercó a mí para pedir la publicación de tres tomos de historia oral inéditos, y empezamos a editarlos porque ahí están Luis

Chávez Orozco, Ezequiel Padilla, Luis L. León, un grupo importante de personas.

PML: ¿Y se acabó de editar?

JW: No, se perdió en la devaluación de 1976, porque tenía un patrimonio.

PML: ¿Quién se quedó con el material? ¿Tú?

JW: Tenemos tres tomos listos para publicar.

PML: Ese centro desapareció dos años después de que salí del partido. Fernando, que conoce bien dónde están las cosas, tenía una idea clara de cuáles eran las viudas o familias para adquirir archivos. Adquirimos los de López Mateos; publicamos, con la ayuda de doña Eva Sámano, dos tomos con su obra, y estábamos en conversaciones con la señora Calles. Por cierto, iba a hacerse una fundación con los papeles de Calles, de igual manera que habíamos hecho con los líderes obreros. Pensábamos hacer un banco de información sobre la historia del partido, que en realidad era sobre la historia política contemporánea del país. Ese fondo publicó libros valiosos con dinero de la campaña; por ejemplo, la primera edición de los periódicos de la época de la Independencia en ediciones facsimilares muy bellas, y el libro de Félix F. Palavicini que se llama *Los diputados. Crónica de la XXVI Legislatura*, la de Madero, que fue una época viva del parlamentarismo mexicano. A cada uno de los diputados le di, en propia mano, un ejemplar y les dije: "Que este libro los ayude a ser libres y a opinar en conciencia".

Fue algo nuevo. También, cuando por un error del licenciado Reyes Heróles la policía terminó tomando la Universidad, hubo una actitud rebelde de un grupo bastante numeroso de diputados del PRI, que indignados me invitaron a una junta; traté de calmarlos, pero habían tenido en la cámara expresiones de desagrado respecto a la actuación del gobierno. Adonde llegamos fue bastante para lo que era el sistema político de entonces, que fue lograr una actuación independiente de los diputados. Sé que eso fue empleado en mi contra, y se dijo que Muñoz Ledo trataba de crear un sector adicto a él dentro de la cámara y del partido, sus compañeros, su grupo o su falange, y que eso lo hacía con vistas al futuro.

JW: ¿Eso fue en 1976?

PML: 1977. Los hechos que narro fueron por la primavera y el verano de ese año.

LF: ¿Niegas haber organizado el voto, la opinión de los diputados?

PML: Me enteré después. Tuve que ver con la formación de las cámaras, pero no con los trabajos de la cámara, ni para bien ni para mal. Estaba en manos de otras personas. El presidente de la Gran Comisión era Gómez Villanueva, que seguía siendo secretario general del partido aunque ya no iba. No tuve tiempo ni voluntad política de intervenir, entre otras razones —lo diré de modo sencillo— porque supe, con la suficiente anticipación como para no tener interés directo en seguir manejando o interviniendo en la conducción de los asuntos de política interior, que no sería secretario de Gobernación.

Esta decisión López Portillo no la analiza en su libro y tuvo muchas consecuencias, porque se me había hecho responsable del tránsito político entre los dos gobiernos y había tenido, como acabo de decir, una influencia decisiva en la conformación de la Cámara de Diputados y de la de Senadores durante todo el tiempo de la campaña. De alguna manera tuve a mi cargo la relación con los gobiernos de los estados, a veces tensa: si no un ejercicio de control, el desarrollo de un nuevo tipo de autoridad y de relación con los gobernadores. Llegué a tener, al final de la campaña, incluso, una excelente relación con los jefes militares. El día de la elección se puede decir que nuestro control político sobre el país era muy amplio: había respeto de los dirigentes obreros, había temor y respeto de los gobernadores.

JW: ¿Temor? ¿En qué sentido?

PML: Sí, cómo no, porque los habíamos apretado.

JW: ¿Pero qué podían haber hecho el día de la elección?

PML: Quiero decir, en política nos respetaban y nos temían como autoridad, sin relación alguna con el día de la elección. El presidente López Portillo decidió, de un modo que no explicó, resucitar al licenciado Reyes Heróles, mi antecesor en el partido, que fue relevado justamente cuando él salió candidato y había sido relegado al Instituto Mexicano del Seguro Social; decidió volverlo a traer al primer plano de la política y nombrarlo secretario de Gobernación.

JW: ¿Tenías la esperanza de ser nombrado...?

PML: No era esperanza, era una lógica. Es curioso: desde joven, por razones que no sé si he explicado suficientemente, en política nunca me he hecho ilusiones. Cuando me dicen: “Es que tú querías ser presidente de la República...”, con toda objetividad, hablando con mis amigos y con mi esposa, me retrotraigo a aquel entonces y puedo decir, honestamente, que no estaba encandilado, en el sentido de que no me cegaba la adulación. Es decir, sabía que existía la posibilidad, pero nunca tuve, como sé que a otros les ocurre, la certidumbre, la creencia de que la tendría. Hay una especie de obnubilación que se da en la política, como posiblemente se da en el amor, que se siente —más en la política— que ya lo tienen en la mano, y por eso las desilusiones en la política pueden ser tan fuertes. Por lo que ha sido mi vida —he tenido golpes desde joven—, nunca he creído que tengo nada en la mano.

La lógica de las cosas apuntaba hacia mí. Me parecía —a todo mundo le parecía natural— dentro de una lógica que yo fuera secretario de Gobernación. Claro, eso también tenía consecuencias graves. No era un hecho necesariamente positivo, sino que tenía una carga positiva y otra negativa. Me ponía en la primera fila de la política nacional, habiendo sido ya secretario de Estado y presidente del partido. Ingresar como secretario de Gobernación era ser la primera personalidad del gobierno y, por lo tanto, el objeto de todos los ataques; me convertía desde ese día en el hombre a vencer para la siguiente sucesión presidencial. Además, sabía que si me otorgaban ese cargo, obviamente mi historia personal, la historia de ese sexenio, sería distinta; es decir, si me manejaba bien y lograba deshacerme de todas esas asechanzas, ataques, era difícil que me vencieran porque adquiriría una gran fuerza. Pero, claro, en el sistema político mexicano lo más presumible era, como se dice en lenguaje común, que me “quitaran el tapete”.

CUADROS DEL PARTIDO

JW: ¿Qué actitudes observaste ante el ingreso al poder de cuadros nuevos y jóvenes? Imagino que hubo posiciones en pro y en contra.

PML: Eso se tiene que ver en la perspectiva de nuestra época. Si admitimos que el sexenio de Echeverría había implicado un sacudimiento evidente, es decir, que había promovido una sustitución rápida de las élites, también es indiscutible que en algunos sectores se conservaron personalidades tradicionales como equilibrio. De todas maneras, en el conjunto, sobre todo en los niveles intermedios, una de las características del echeverrismo fue el remplazo de políticos tradicionales por jóvenes. Esto fue su virtud y al mismo tiempo una de las razones de las críticas que le hicieron después, con señalamientos como de que era la *efebocracia*. Tal vez, como dice el francés, “el defecto de su virtud” haya sido que ese remplazo fue muy rápido en unas áreas; quizá en ciertos sectores hubo algún salto generacional, pero me parece indiscutible que hubo una intención clara del echeverrismo que lleva a revisar los equilibrios de poder, porque fue una renovación de personal político que no se dio en su totalidad. Fue de modo menos generalizado de lo que se supone, pero su simbología resultó tan fuerte que hizo parecer que el cambio era más rápido de lo que fue en realidad.

De tal manera, a nuestra gestión en el PRI se le tiene que ver como una culminación de esa época porque estábamos empujando el cambio dentro del contexto sexenal: no solamente desde que comenzó el gobierno promovíamos el cambio de métodos de trabajo, de sistemas administrativos, de planeación y de relaciones laborales, sino también de renovación del personal político; además, con un sentido ideológico. Y representamos, evidentemente, a un sector progresista. No elegí a jóvenes reaccionarios ni a los asesores de los sindicatos nada más porque fueran jóvenes, requería que tuvieran un pensamiento más avanzado que los viejos dirigentes. Había un acento ideológico claro que afirmaba el pensamiento progresista dentro del partido como no ocurría desde hacía varios sexenios.

Nuestra gestión en el partido tenía el sentido de completar esa obra y establecer las bases para que en el sexenio siguiente no hubiera regreso. A lo largo del discurso de toma de posesión como presidente del partido, en el que dije que éste era un partido de trabajadores, tuve una cantinela que le da sentido: “Es irreversible, es irreversible, es irreversible”.

Lo llamaron el discurso de las irreversibilidades. Los malos lectores dijeron que fue ultraecheverrista. No era *ultra* el cambio; era el discurso que marcaba nuestra gestión en el partido como tendencia a hacer irreversibles los cambios.

Se le llama “el discurso de las irreversibilidades” porque son irreversibles el avance constante en las condiciones de vida de los trabajadores, la renovación política del país, la apertura de México y su alianza con los países en desarrollo. Ese discurso no fue improvisado. Ahí dije claramente cuál era mi propósito en el partido, y quien lo lea sabrá de qué se trata; además, para eso fui invitado. No lo estaba inventando: era expreso. Me lo dijo el licenciado Echeverría: “Oiga, hay coincidencia en que usted debe venir al partido. Está de acuerdo el candidato”, y además, textualmente: “Licenciado, lo esencial ahora es llevar adelante las banderas de la Revolución, y que lo que hemos iniciado no se detenga”.

También pensaba en Cárdenas —conozco un poco la historia de México— en 1940, en que el general pensó que la manera de que no hubiera retroceso era dejar organizados a los obreros y a los campesinos, percibía que ésa sería la solución. Si se quiere, por analogía —el ser humano actúa demasiado por analogía— me fue evidente la razón por la que estaba yendo al partido; esto también fue obvio para la clase política, incluso para la opinión pública. Era una especie de garantía de que el impulso progresista no terminaría, que en el próximo sexenio habría un equilibrio en las condiciones del país, de la presión de la derecha, etc. Un hombre con las características de López Portillo no significaba que se daría marcha atrás, sino que se promovería una rotación de la clase dirigente y que la estructura seguiría absorbiendo a personalidades nuevas y progresistas, es decir, que el equilibrio de poder sería en favor del cambio y que la función del partido era, precisamente, crear o impulsar las condiciones para que hubiera una continuidad del cambio. En mis conversaciones con el presidente y con el candidato también era explícito; ese diseño no lo decidió arbitrariamente la presidencia del partido, lo dialogué con ellos y con las fuerzas del partido.

Nuestro propósito era renovar el estatus político con que se manejaba el partido, y para cambiar ese equilibrio era importante marginar

un poco a los gobernadores, de manera que el poder nacional del partido actuara como un factor de cambio. En su conjunto —no todos—, los gobernadores de los estados representaban una línea más conservadora, de ahí que en su gran mayoría estuvieran contra López Portillo y Muñoz Ledo pero no como una revancha personal, porque incluso se les tenía estimación, sino que eran más tradicionales.

JW: Sin embargo, parece que todo eso después desapareció y se volvió a los vicios de siempre.

PML: Doce años después hubo una vuelta de campana. Cuando se detuvo ese proceso de cambio, esa cámara quedó funcionando con mucha vitalidad, pero ya nada más fueron dos años. Cuando en el reajuste político salió el líder, se tuvo que encontrar al hombre más experimentado para manejar esa cámara enormemente plural. Ése fue el licenciado Rodolfo González Guevara; si no hubiera sido él, habría sido muy difícil que alguien lo hiciera. En una Cámara de Diputados también se demuestra que ese tipo de cambios son reabsorbibles o “biodegradables”, como se dice ahora. Así ocurrió en la época de Cárdenas: que si los sindicatos, que si las organizaciones obreras, pero en tres o cuatro años eso se fue reabsorbiendo. No quiero hacer una analogía excesiva, por eso doy una remota y no una próxima. Es evidente que esos fenómenos de cambio son reabsorbibles si no hay continuidad en el proceso. Y no solamente son reabsorbibles sino que, al no haber continuidad, se puede dar origen, más tarde, a una marcha atrás, y lo que en México pasó fue claramente una reversión.

Si analizamos desde la L hasta la LIII legislaturas y hacemos un análisis serio de ciencia política, vemos una vuelta: la L y la LI son las de López Portillo, LII y LIII son las de De la Madrid, y de la L a la LIII hay una vuelta completa: es el otro lado de la moneda.

DEMOCRATIZACIÓN DEL PARTIDO

(ANTECEDENTES DE LA CORRIENTE DEMOCRÁTICA)

JW: ¿Cuántos miembros del partido había en tu época? ¿Podían controlarlo o se daban rectificaciones?

PML: Estás haciendo la pregunta de los 64 000 pesos; te voy a contestar con la mayor precisión posible. No hay un concepto claro de “miembros del partido”. Para entender las cosas conceptualmente, siempre los distinguí entre votantes, simpatizantes, miembros, militantes y cuadros.

Empezaré al revés: cuadros son los que tienen una función en el partido, muchos más de los que creemos, y por función entiendo desde vigilancia de casilla. El PRI es fundamentalmente fuerte en ese nivel, el de cuadros medios, pequeños y muy modestos. La fuerza del partido reside en ese nivel; incluso, para su control del proceso electoral, es el que tiene el mejor ejército, el más devoto, gente que además nunca es premiada. Son, de veras, los tamemes del partido, la gente que ahora estábamos poniendo en rebeldía, porque han sacrificado mucho tiempo a cambio de nada. Ésos son cuadros del partido estatal, federal, municipal. Luego vienen los militantes del partido, que participan en la actividad política, sean miembros de las organizaciones de base o políticos que están en la actividad de cada estado. Los políticos profesionales que en la época de Reyes Heróles se enmarcaron como “la clase política”: éstos son los que militan, los que “mueven el panderero”.

El problema es que los miembros del partido son corporativos en su mayoría. ¿Por qué? Porque la principal debilidad del partido es no tener una afiliación individual, o tenerla muy precaria. La afiliación es fundamentalmente colectiva: los miembros del sindicato de maestros, los de la CTM, los de la Liga de Comunidades Agrarias, etcétera.

JW: Son miembros del partido por pertenecer a un grupo, no por decisión individual.

PML: Exactamente. En contra de eso estamos ahora, en la propuesta democrática por fortalecer la afiliación voluntaria a las organizaciones sociales. En algunos casos esa membresía es ficticia, en otras es real, en otras es inflada. Por ejemplo, en el caso ejidal es bastante real; la Liga de Comunidades Agrarias es el conjunto de los ejidos pero están ahí nominativamente, lo que no quiere decir que haya una conexión política de abajo hacia arriba. La existencia del miembro ejidal siempre es muy real porque tienen asambleas, hay decisiones que no se pueden tomar sino con el sello, hay una vida democrática en el ejido; lo que pasa es que no

tienen contacto con el nivel superior. Es decir, el presidente de la Liga es nombrado desde arriba y el comisariado desde abajo, y ahí hay un punto donde las dos líneas se cruzan. La línea democrática llega hasta el nivel del comisariado ejidal y de ahí no pasa, aunque es una afiliación real, una membresía real, no de mentiras. Ahí está y son del PRI, aunque no les hagan caso.

Las membresías infladas son generalmente las de los sindicatos. Un líder sindical dice: "Tengo 750 000 miembros" y uno lo cree *a priori*, pero comprobé, como secretario del Trabajo, a través de mis sistemas de computación cruzada, que esos 750 000 no eran reales, y que si pasaban de 68 000 eran muchos. Es una manera de representar fuerza: claro que nunca se los decía para no ofenderlos, me decían el millón de miembros y sabía que eran 150 000.

Hay sindicatos donde las cifras son muy reales. Por ejemplo, en el sindicato petrolero uno sabía que eran 75 386, y bastaba un telefonema a Pemex para verificarlo. La precisión era absoluta. Tratándose de federaciones laxas que tienen 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80, 90 pequeños sindicatos, resulta difícil saberlo, y hay una membresía inflada, que llamo "membresía ficticia".

En los colegios profesionales —economistas, abogados— se sabe con bastante exactitud, pero hay muchas asociaciones políticas, como la de Cultura y Libertad, la Leandro Valle, que refieren un montón de miembros que pueden ser todos de mentiras o reales; eso es el conjunto de lo que se puede llamar la membresía formal de la institución. Pero ¿por qué no se puede pasar de una membresía corporativa y, podríamos decir, "asociativa", a una afiliación individual? Porque la afiliación individual está ubicada en una estructura distinta a la sectorial. El PRI tiene dos estructuras: la sectorial y la territorial. La sectorial comprende los tres sectores, y cada uno de los tres sectores es confederado: la Confederación de Trabajadores de México, la Confederación Nacional Campesina y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares. La CNOP es la más vasta, compleja, plural y heterogénea, en la que existen desde pequeños propietarios hasta cilindrerros y los que dan "toques". ¿Sabes que hay una asociación de los que dan "toques" en las calles? Se llama

—muy chistoso— Asociación de Proveedores de Corriente Eléctrica o alguna cosa así, por eso decían que la Corriente Democrática no era sino una magnificación de los que daban “toques”.

La otra estructura es la territorial. En este sentido sí hubo una lucha en el partido, una de muchos años, de mucha gente, no solamente mía sino de otros, como Rodolfo González Guevara —en eso Reyes Heróles hizo bastante, aunque para sus propios objetivos— y muchas otras personas para que cuente la estructura territorial. ¿Qué es la estructura territorial? Donde la gente se afilia individualmente, y está compuesta por el Comité Ejecutivo Nacional y los comités estatal, distrital, municipal y seccional. Allí el individuo es individuo, porque es territorial. Por ejemplo, hay un comité seccional de San Jerónimo, y uno que habita en la zona va y se inscribe; igual puede ser abogado, albañil o burócrata. Ahí me inscribo como ciudadano, pero la territorial no funciona como estructura de decisión ni de afiliación, sólo como estructura de operación. Al partido le es muy útil la estructura territorial y forma gran parte de su fuerza, pero opera para las elecciones.

JW: ¿Nada más?

PML: Nada más, y ése es el problema. Vienen elecciones y ¡pácatelas!, se organizan en secciones, en casillas y funciona bien. El comité distrital tiene su oficina; ya quisieran los demás partidos tener esa organización. Y el comité seccional existe, pequeñito, pero hay alguien que se encarga, y a la hora que se organizan las casillas aparece la gente. La provee el comité estatal, el distrital y el municipal, y hay un ejército que opera el proceso electoral, pero la distribución que maneja la estructura territorial no funciona de abajo para arriba, por ejemplo, que hubiese reuniones a nivel seccional, debate de ideas; que hubiese reuniones a nivel estatal —aunque algunos gobernadores y presidentes municipales lo han hecho—. Pero estas reglas no son absolutas.

Se supone que esa estructura funcionaría en las convenciones; de ahí las ideas que manejamos en el origen de la Corriente Democrática, cuando estaban en ella personas de la historia del partido que sabíamos de qué estábamos hablando, como Rodolfo González Guevara, con quien en mis viajes a Madrid hablé muchísimo de todo este plan

de la Corriente. Hablamos con Cuauhtémoc y llegamos a la conclusión de que la manera de hacer efectiva la democratización del PRI estaría en acciones como la celebración de convenciones: ésa era la varita mágica, porque todo cambia. Cuando celebre convenciones reales para seleccionar candidatos, el partido cambiará.

Es muy sencillo: los estatutos dicen que para elegir, por ejemplo, al gobernador de un estado, se hace una convención estatal; a ésta concurren los representantes de los sectores y de la estructura territorial, es decir, de los distritos y los municipios. Si uno realiza una convención con delegados electos por la estructura territorial cambian las cosas, porque para que haya una elección en mi sección, y que los de la sección de San Jerónimo digan que van dos representantes a la convención del DF, o cinco con Muñoz Ledo y Periquito Pérez y Juanito Domínguez, se necesita que haya vida democrática en la sección, y para que haya esa vida democrática tiene que haber nómina, afiliación. Si no es así, ¿entonces quiénes somos los que vamos a votar? Así que nos afiliamos, se hace la relación y el proceso electoral interno va cobrando vida.

Es un proceso. No se trata del cambio de la noche a la mañana. Si se persiste, con dos o tres veces que se repita el procedimiento ya cambió la vida del partido, ya hay la práctica de hacer reuniones y una representatividad que viene de abajo para arriba. Lo que digo de la estructura seccional simplemente llevaría a la democratización de los sindicatos.

Lo que proponíamos estaba lleno de intención, por eso fuimos tan rechazados. ¿Qué pasa si digo: "Para elegir gobernador del estado de Aguascalientes se requiere que haya delegados electos como lo indican los estatutos"? Obligo a la CNC a que me haga convenciones en cada comisariado ejidal, y que de cada uno salgan, con el sello del comisariado ejidal, sus representantes, le pido a la CTM que me haga elecciones y asambleas en los sindicatos. Ojo: estoy renovando la estructura política del país, dándole al partido membresía individual y a los miembros del partido participación política a nivel local. No importa que haya dos o tres candidatos; lo importante es la celebración de la convención y la forma. En eso insistimos mucho. Cuauhtémoc lo dijo en todos los tonos: "En cuanto haya selección democrática de los delegados, acu-

do a la convención”. Esa famosa selección democrática de los delegados habría cambiado la estructura, funcionamiento y naturaleza del partido.

Quienes han criticado a la Corriente Democrática respecto a que estábamos proponiendo lo imposible —como dijo un editorialista de algún periódico— a sabiendas de que no se podría hacer, mienten, porque sabíamos que el solo hecho de iniciar el proceso establecía un precedente fantástico. Sería una bola de nieve: si se hace en la convención la selección a nivel de presidente de la República, los miembros del partido exigirán que se haga a nivel de gobernador, y sería algo incontenible; luego la exigirían en el otro estado, y en dos o cinco años ya le habríamos dado la vuelta al partido.

Quienes decían, por otra parte —crítica fundamentalmente de los heraldos del gobierno— que estábamos empeñados en la democracia formal, olvidando el profundo contenido social del partido, y que poníamos el acento en las formas sin ver las sustancias de la democracia, mienten peor, porque esa forma, que es la celebración de una convención, ese solo hecho, era un elemento absolutamente revolucionario por lo que hace al funcionamiento del sistema, de modo que la razón última por la cual no se le abrió un espacio, una rendija, a la Corriente Democrática fue debido a los que están en el corazón del sistema.

JW: Durante tu presidencia en el PRI, ¿cuál era la influencia de los padrinos políticos?

PML: No fueron factor importante. Son simplificaciones de realidades académicas más complejas; a veces la vida académica trata de transferir hacia otras realidades las suyas propias. Don José Gaos, el gran rector español, decía: “Toda buena universidad, desde los orígenes, está fundada en la idea del cacicazgo académico”. Siempre debe haber un *padrino*: así se hicieron los grandes pintores del Renacimiento, así se han hecho las grandes escuelas filosóficas. En la vida académica esto sí es muy importante. Cuando hablo de mentor, de esta idea de mentores, de *padrinos*, es en gran medida una extrapolación de la vida académica a la vida política que no corresponde.

JW: Quisiera aclarar algo. Tomemos el caso de un buen administrador que quiera ascender en el gobierno: ¿tiene que ser militante del PRI, tiene que demostrar convicciones priistas?

PML: No, para nada. Eso es una impresión que se quedó en muchos libros, no solamente estadounidenses sino también europeos, y no se corrigió ni se ajustó a los cambios. Eso es de la época del PNR. A don Emilio Portes Gil se le ocurrió que todos los burócratas cotizaran para el PRI con el argumento autoritario de que un partido revolucionario les había dado el empleo, lo que evidentemente es lo más opuesto a la idea de una administración de carrera; bastaría recordar que esa cuota del burócrata al PRI la derogó no crean que Echeverría o López Portillo sino Lázaro Cárdenas, para que se vea hasta qué punto es un fenómeno del pasado. Había ciertas leyendas, por ejemplo, resabios del siglo XIX, de que si uno no era masón no lograba nada; cuando era chico todavía me decían: “Si no eres masón no vas a ascender”. Así que dije: “¿Y cómo le entro a eso de la masonería?”

Volviendo a tu ejemplo, no hay que ser miembro del partido para trabajar de administrador, porque estaríamos ante una concepción totalitaria del Estado y una forma de imposición de coherencia del Estado. Si el sistema democrático es verdadero, aunque no sea perfecto en ningún sitio, distingue que una cosa es la carrera administrativa y otra la carrera política. Al contrario, es de buen gusto y hasta cierto punto requisito en algunos países que el administrador nunca haya estado en la política ni se haya identificado, por ejemplo, como demócratacristiano ni como nada. Eso es lo ideal en la democracia occidental: toda la administración pública apolítica, y toda la política no administrativa; es decir, la política no da acceso a la administración ni la administración a la política. Ése es otro mundo.

Ahora estamos en un mundo sancocado, donde los analistas recientes del sistema mexicano —y de estos hay varios, sobre todo quienes han analizado los sistemas de capilaridad política en México y en Estados Unidos— han visto que el ascenso en la categoría política y social se da en la burocracia. Esto es casi una verdad conocida.

Por eso, en el documento crítico que me valió la ruptura, y desde mi conferencia en Nayarit, donde lo digo con una brutalidad que molestó muchísimo, señalé: “No, señores, el proceso de perversión del sistema ha consistido en que hemos politizado a la burocracia y que hemos burocratizado a la política. Aquí se ha hecho una carrera tecnocrática

que ha dado el derecho a mandar sobre el partido y sobre las instancias políticas del país sin haber hecho una carrera política. Hemos trasladado la lucha por el poder de la arena de la política a la arena de la burocracia, lo que ha derivado en muchísimas deformaciones, y es lo que acentúa el sentido patrimonialista de la función pública”. ¡Por favor!

Don Miguel de la Madrid se sentía muy criticado por no ser político. Cuando se habló del desplazamiento de los políticos por los tecnócratas, contestó inteligente y simplistamente —dos datos característicos de su personalidad— a periodistas que le preguntaron: “¿Usted es técnico o político?” Respondió: “No, señor, en México todos somos políticos”. Primera afirmación: la *grilla* está en todas partes. Segunda: cuando en la administración pública llegamos a cierto nivel, tenemos que arbitrar conflictos, tomar decisiones cuyo contenido no es administrativo, sino político, y conciliar con grupos y fuerzas de poder.

No es solamente un retrato personal: es el retrato de un género, de un animal administrativo que fue creciendo en México, el tecnócrata. Y el tecnócrata, por su influencia interna en la administración, fue tomando niveles de poder, y la conflictiva política se empezó a dar dentro de la administración. Esto ocurre prácticamente desde los años setenta. Recuerdo aquella revista *Time* donde se hablaba de las dos columnas de la administración: desde entonces los analistas extranjeros decían que la lucha política en México se trasladó de aquella cuando los generales de la Revolución eran gobernadores, diputados, senadores —los Henríquez Guzmán, los Almazán—, a una lucha entre burócratas. Ahí se depositó el eje del poder político. Esto es una verdad y hace que cada cargo administrativo tenga un componente político y se conciba, desde el puesto más bajo, como una función de poder. Ésa es una de las principales distorsiones de la cultura política del país, que es menester combatir.

En un escrito que también me ha sido muy criticado digo que, por efecto de esta politización de la burocracia, todo acto administrativo es al mismo tiempo un acto político y por ende una fuente potencial de enriquecimiento, porque la discrecionalidad del acto administrativo es enorme. No digo que siempre sea una fuente de enriquecimiento, sino una fuente *potencial* de enriquecimiento.

CONCESIÓN DE CURULES Y OTROS PUESTOS POLÍTICOS

JW: Si había un exceso de candidatos buenos, porque México va cambiando mucho —gente que sale de la universidad y busca oportunidades políticas—, alguien tiene que perder dentro del partido. ¿Cómo se maneja la situación sin perder el apoyo de los que pierden?

PML: Tienes razón, hay exceso de candidatos, porque el espectro es amplio y los grupos de poder que intervienen son muchos, aunque no diría que era un exceso de candidatos buenos, sino que hay mucha gente buena que no llega a presentarse como precandidato. Ahí está otro problema de la convención si no hay un procedimiento democrático: hay candidatos que entraron porque a alguien que ni siquiera estaba incluido en el proceso se le ocurrió el nombre que nadie había traído a la mesa. Los grupos políticos proponen a su propia gente a pesar de que hay buenos militantes; buenos ciudadanos que no están afiliados a los grupos o que no son los hombres de confianza del gobernador o de la CTM, por ejemplo, nunca aparecen.

Esto puede parecer un procedimiento heterodoxo, pero me dediqué a pedir a gente inteligente, con conocimiento de la vida nacional, que hicieran listas por fuera del sistema, de gente del medio académico y profesional; no exclusivamente a nivel nacional, también a nivel local. Dije: “Vamos a ver quiénes son los rectores, el personal universitario de primer nivel que de alguna manera esté cerca del PRI”. Salieron dos o tres nombres excelentes. Pedí una lista de cien intelectuales a los que se podía considerar en el espectro ideológico del partido: “Pónganmelos por lugar de nacimiento”. De ahí salieron cuatro, cinco, seis. “Vamos a hacer una lista de artistas, de escritores que se puedan considerar cercanos a nosotros.” De ahí salieron dos o tres. “Ahora hagamos una lista de personalidades sociales, de médicos famosos.” Hay buenos nombres pero hay que buscarlos, no siempre son los que le traen a uno. Algunos de ellos son ahora cuadros de la Corriente Democrática.

JW: ¿Puedes identificar los nombres?

PML: Rolando Cordera, Arnaldo Córdova...

JW: ¿Tienen que haber nacido en la jurisdicción?

PML: Claro, debe ser gente de ese estado y con arraigo en él. No es nada más: “Quiero un señor Perico Pérez, cuyos papás sean de Puebla”. No, gente que tenga, además, prestigio en el lugar.

JW: Estoy pensando en Romeo Flores Caballero...

PML: Romeo salió de época, pero salió del movimiento.

JW: Pero está tratando de salir como gobernador de Nuevo León y de Coahuila.

PML: Hay gente en el norte que tiene dos pies, neoleonese que tienen un pie en Coahuila y neoleonese que tienen un pie en Tamaulipas. A Romeo siempre lo he considerado de esa forma.

JW: ¿Nació en dos estados?

PML: Hay familias con padre y madre de dos estados diferentes. En Nuevo León hay un caso peculiar de la élite, Pedro Zorrilla, que fue gobernador de Nuevo León, había sido secretario general de Gobierno en Tamaulipas y los regiomontanos lo acusaban de que se llevó a un equipo tamaulipeco a gobernar.

JW: ¿Qué éxito tuvo esto?

PML: Aunque pusimos empeño en incorporar a las candidaturas a gente nueva y de hondo prestigio en la localidad, región o estado donde viven, no siempre era posible, principalmente porque la densidad política del estado, en relación con el número de curules por diputación y senaduría, está desequilibrada. Por ejemplo, Colima tiene solamente dos senadores, no hay más remedio que darle una curul a la CTM y otra al gobernador o a la CNC, así que es muy difícil ampliar el espectro. Aunque sea formalmente, hay que conceder a los grupos locales a través de alguna central importante. En sentido inverso, hay estados cuyo número de representantes al Congreso ha crecido inflacionariamente debido a los fenómenos migratorios. El Estado de México es prototípico de esto, pasó de tener seis o siete distritos hace 30 años, a los 36 que aproximadamente tiene ahora. Hay una desproporción al revés: más puestos a proveer que verdaderos candidatos y fuerzas políticas lo suficientemente consolidadas para proponerlos, y ahí se crean grandes lagunas. ¿Y qué pasa en esas lagunas si uno interviene con carácter imaginativo y creativo? Que el gobernador en turno o las fuerzas políticas locales se

despachan con la cuchara grande: “Ahí pongo a mi primo, ahí a mi chofer, ahí a mi etc.” Hubo tres casos de diputados que habían sido empleados de un gobernador, lo cual era posible porque, como se multiplica el número y es mayor que la densidad de presiones y de negociaciones, queda muchísimo margen para decidir por criterios arbitrarios.

Lógicamente, en esos estados buscamos más y se nos abrieron mayores posibilidades de cambio. También promovimos la diversificación de la participación obrera. Por ejemplo, el Estado de México tiene mucha población obrera, de modo que ahí se nos facilitó la tarea: hicimos gran parte de la recomposición en favor de otras centrales y de otros grupos sindicales que no son la CTM, para disminuir su hegemonía.

JW: Esto ayuda a entender el proceso.

PML: También hay que considerar la disposición de la autoridad local al cambio. Con un gobernador ilustrado es posible dialogar, se pueden hacer muchísimas cosas; por ejemplo, con el licenciado Jorge de la Vega hicimos cosas buenas en Chiapas. De esto salieron los grandes poetas: Jaime Sabines, que fue un diputado fantástico y con tremendo arraigo en Chiapas; por Tabasco tuvimos a un senador de verdadero lujo, que fue Carlos Pellicer. ¡No, hombre, hicimos nuestras cosas! Tengo la impresión de que al ver lo que estábamos haciendo, cuando vio la apertura, don Daniel Cosío Villegas alentó la esperanza de que lo invitara a ser senador. Esto lo digo con una gran prudencia y no puedo atribuirle tal voluntad, porque nunca me la expresó ni hay nadie que haya afirmado “me lo dijo don Daniel”, pero por ciertas referencias, por la intensidad con que en esas semanas me buscó, y por la reacción que tuvo después de que no me encontró: me atacó. Me da pena, porque murió.

JW: Oí eso: que quería ser algo como senador.

PML: Eso es quizá el mejor testimonio de qué nivel de reforma estábamos haciendo en el PRI. Qué bueno que lo avales y no lo diga sólo yo. Como me seguían atacando en *La Jornada*, pedí a alguien que enviara una carta al diario para que diera su testimonio sobre si en el PRI di o no la prueba mayor del nivel de cambio, de innovación, cuando durante mi gestión el director general de *La Jornada*, Carlos Payán Verver, fue

director de *La República*, el periódico oficial del partido. Ahí está otra prueba de que fuimos innovadores en el PRI.

Depende del interés del director, del presidente del partido. Obviamente, el lado intelectual del partido era importante porque implica el aspecto ideológico. Mi equipo, el equipo grande de ex alumnos y gente de la administración que venía desde Presidencia, se vino conmigo, como Ricardo Valero, que fue coordinador editorial del partido, porque editamos libros —una increíble edición—, tuvimos una magnífica época de la revista *Línea*, casi toda hecha por alumnos del Colmex. La secretaria era María Francisca.

JW: ¿Había mucha crítica de la estadística en *Línea* en esa época?

PML: Creamos equipos paralelos: el equipo del Centro de Estudios Históricos de la Revolución y un gran equipo de análisis estadístico que coordinó Javier Bonilla; del equipo de asuntos internacionales vino Jorge Alberto Lozoya, que fue secretario de la Comisión Internacional del partido. En el partido había muchos intelectuales, 100 personas de muy buen nivel en las distintas comisiones básicas.

JW: ¿Cuál fue la circulación de *La República*?

PML: Tendría que revisarlo, pero no era un tiraje corto. Creo que se duplicó y se triplicó, porque en la campaña es importante tener material escrito. De la revista *Línea* eran 5000 o 10000, pero *La República* pudo llegar fácilmente a 50000 ejemplares.

JW: ¿Y cuál era el impacto de este propósito renovador en las urnas? Lo pregunto porque al cerrarse la votación se anunciaba que el PRI había ganado de manera automática, poco convincente. El problema central fue la sospecha de manipulación del voto.

PML: Esto depende fundamentalmente de la vigilancia electoral y de la presencia efectiva de los otros partidos. Por ejemplo, el PAN decía que había más votos en las áreas rurales que gente inscrita. Eso es cierto.

En el PRI viví una experiencia que no puede considerarse normal o regular, sino muy anormal en cuanto a competencia electoral; hay que recordar que López Portillo fue candidato único, cosa que no ocurría desde Madero. El otro día uno de los hoy asociados a la Corriente Democrática, de un grupo que se llama Unidad Democrática, Arturo

Martínez Nateras, que fue del Partido Comunista, me corrigió en público: “Muñoz Ledo no dice la verdad. Sí había un candidato de oposición, que era Valentín Campa, y yo era el coordinador de la campaña de Valentín Campa, así que me da mucho gusto que Muñoz Ledo, que era el coordinador de la campaña de López Portillo, y yo, ahora estemos juntos en la misma lucha”, y levantamos la mano juntos. Pero Campa no estaba registrado, su campaña fue simbólica; para efectos legales y prácticos no era candidato.

LA CAMPAÑA DE LÓPEZ PORTILLO

JW: ¿Qué sentido tuvo tanto esfuerzo para la campaña de López Portillo?

PML: Al haber un candidato único a la presidencia, era evidente que la competencia no era hacia fuera. Lo que hice en el partido hay que verlo fundamentalmente como una lucha interna dentro del sector político. Nuestro candidato presidencial no tuvo oposición, y a nivel de diputados hubo poquísima: perdimos dos diputaciones contra el PARM y con la gente que nos ganó en Tamaulipas que, además, sé lo combativos que son; saben pelear y nos ganaron por la buena. El PARM tuvo muy buenos candidatos locales en el norte, mientras que el PAN no nos ganó ni reivindicó ninguna diputación. El PAN no presentó candidato a la presidencia y su nivel de votos para diputados bajó muchísimo. Fue raro, ¿verdad? ¿Cómo se llegó al punto en que no hubo candidato de oposición? A nivel del análisis político, el trabajo político de Echeverría fue extraordinario. Comoquiera que se vea, esto fue producto de la apertura democrática y, si se quiere, de la cooptación y otras cosas, pero el PRI llegó a ocupar 90% del espectro político a base de un gran trabajo.

JW: Hay otra versión, de que al no surgir oposición en 1975 y 1976, el PRI tuvo que cuidar qué habría en el futuro. Que había que procurar que hubiera una oposición, tal vez hasta dando subsidios a los partidos.

PML: Sí y no. Es una simplificación. López Portillo tenía la idea de la reforma política: lo oí hablar de la reforma política 10 años antes. Siempre hablábamos de que eran necesarias para el país tanto la reforma

administrativa como la política. En otro nivel, también yo consideraba que eso era indispensable y lo tenía incluido en mis cursos sobre el tema desde muchos años antes. Sí, se volvió una necesidad más imperiosa por la razón que apuntas; no tanto de subsidiar, sino que íbamos prácticamente a un partido absoluto. Ya no teníamos oposición y se imponía la necesidad de demostrar que el PRI tenía una enorme potencialidad de desarrollo en la sociedad mexicana de entonces.

Se dijo que el gobierno fue tan maquiavélico o tan hábil que incluso dividió al PAN, sin saber si esta versión era cierta o sólo flotó en el aire. Ahora que estoy en el otro lado de la mesa y converso con mucha frecuencia con los dirigentes del PAN, he hablado con ellos sobre lo de 1976 y afirman que no es cierto; es testimonio de amigos míos del PAN. Les digo: “¿Hasta qué punto es cierto que se llegó a tener tal dominio y capacidad de maniobra, que a ustedes se les dividió?”, e insisten en que no, que fue un problema de conflicto de personalidades y de sus estatutos. Me han dicho que en efecto, era tal la influencia del PRI y tales sus conflictos internos entonces, además de que también empezaba el tránsito entre el “paleopanismo” y el “neopanismo”. Eso hay que entenderlo: la época de la influencia de Monterrey, de Conchello.

Nuestras elecciones fueron bastante anómalas en el sentido de que no había prácticamente oposición. El PRI era realmente hegemónico, hay que reconocerlo.

JW: Hubo otra ocasión, cuando había tanta decepción con el gobierno de Echeverría; todos estaban tan desesperados de que no iban a ganar nada, que decían que para qué hacían la competencia.

PML: En primer lugar, no había desesperación. Mira, las elecciones fueron el primer domingo de julio y la crisis empezó el 1° de septiembre. La popularidad del gobierno a nivel de provincia era muy grande; es más, en esa época se hicieron muchas cosas prácticas que tenían contenta a la gente. El nivel del salario obrero era bueno. El 1° de mayo de 1976, cuando por primera y quizá única vez el desfile se coordinó desde el partido —como debe ser, pues las centrales obreras son del partido— y donde además desfilaron, sin excepción, todos los sindicatos independientes, fue un día de fiesta, una manifestación política extraordinaria.

El presidente de la República vio que toda esa fuerza obrera se había desarrollado por una gran política de salarios y sintió, emotivamente, el deseo de bajar a la calle para significar que eso era resultado de su gestión: estuvo dos horas parado ahí, en la calle, dando abrazos. Ahí están las fotos, en camisa: ¿cuándo se ha vuelto a dar que al presidente de la República lo veas en la calle de pie, solo, frente a las grandes oleadas de gente que llegan y lo abrazan, incluidos los sindicatos independientes, que desfilaron y al final lo abrazaron también? Así que no extrapolemos. Eso de que su gobierno era impopular es una enorme mentira.

JW: Pero había un conflicto.

PML: En septiembre hubo un choque con el sector privado y con la opinión pública porque la devaluación fue un trancazo —del 1° de septiembre hasta el final de diciembre— y hubo un tremendo deterioro político de tres meses, pero que fue posterior a las elecciones.

JW: Debiste enfrentar el dilema de que, al cooptar a demasiada gente, no habría oposición.

PML: Así es.

JW: ¿Cómo se puede definir la idea de cooptación?

PML: En el sentido de que un partido también puede ampliarse en lo interno de un modo articulado y hasta democrático para dar cabida a otros partidos dentro de un mismo partido, como coalición; era volver un poco a la época del PNR. Hay pequeños partidos de oposición que me propusieron adherirse al PRI como si fueran asociaciones políticas de buena voluntad, porque dentro del PRI podían jugar una coalición laxa en la medida en que el partido no era dictatorial. No estuve de acuerdo por diversas razones, incluso internas.

JW: ¿Cuáles partidos?

PML: Fueron pequeños partidos de oposición, pero como ellos nunca lo han dicho, no voy a decir los nombres, sólo doy testimonio de que me pidieron sumarse al PRI en una gran coalición —como ahora que estamos haciendo una coalición por fuera— porque, más que jugar por fuera, podían tener un espacio autónomo propio y la protección de un sistema democrático. Esto lo comenté bastante con el licenciado López Portillo, y tanto él como yo pensamos que no era conveniente

porque ya había la idea de la reforma política y de aumentar el pluralismo; nos parecía mucho más sano.

JW: Se ha dicho que el PRI ha subsidiado a la oposición, si no política, implícitamente al subsidiar problemas agrícolas e industriales para tener una manera de que diversas voces contrarias al gobierno hablaran sin entrar a la política.

PML: Hay muchos casos y los explicaría así: no es el PRI, sectores del gobierno con un pensamiento más avanzado han subsidiado editoriales, o el gobierno mismo en su conjunto para promover el avance ideológico del país. Pero eso es natural y viene desde Obregón y Vasconcelos, que convoca a los intelectuales latinoamericanos de avanzada. De todas maneras, la Revolución mexicana tiene un contenido progresista, en algunas épocas de modo general y en otras por sectores interesados en fomentar el pensamiento de avanzada. Qué mejor ejemplo que el de Lázaro Cárdenas aceptando y promoviendo la migración española y creándoles instituciones, la Casa de España entre ellas, el Fondo de Cultura Económica. Viéndolo bien, el FCE es el ejemplo más relevante: claro, ustedes lo ven desde el enfoque de un pensamiento de izquierda, pero yo veo nodal la influencia del FCE en la evolución de las líneas del país y en la constitución de la élite intelectual con pensamiento avanzado. La inteligencia latinoamericana se formó en el FCE durante dos o tres generaciones, y siempre se entendió que éste era parte de la función del Estado.

Cuando llegué a la SEP, una de mis preocupaciones fue el desarrollo de los medios de comunicación con un sentido cultural, y mientras podíamos tener más acceso y más influencia en conjunto con el sistema de comunicación de masas, tenía que decidir cuál sería el destino de Radio Educación y del Canal 11 de televisión, que está en el sector educativo y adscrito al Politécnico; ahí se creó, y lo descentralizamos del Politécnico, un canal que desde su origen era didáctico, de divulgación científica. Se nos ocurrió darle una gran vitalidad para que aumentara su público e hicimos periodismo televisivo crítico, mesas redondas, discusiones; invitamos a periodistas como Luis Suárez y Manuel Buendía, a mucha gente, y empezó a ser un canal visto por el sector intelectual. Le dimos visibilidad al romper con el estilo de televisión comercial

predominante, y metiendo un equipo de debate y un lenguaje que llamaba la atención. Los propios dirigentes de Televisa nos dijeron que el primer canal que les estaba haciendo competencia era el nuestro, porque manejaba un lenguaje distinto.

Pero la intriga nunca falta, y en aquel entonces provino de autoridades de la Secretaría de Gobernación con el sustento de que “Muñoz Ledo está convirtiendo el 11 en un canal de oposición”. Me enteré de eso en algún acuerdo con el presidente, y le dije: “Señor, se dice que el Canal 11 es de oposición, y eso es una intriga. Usted conoce la evolución del Estado mexicano, y no vamos a esperar que Televisa sea un vehículo para la renovación intelectual, cultural y política nacional, porque no es así. Usted sabe que en este país hay ciertas cosas que si no las hace el gobierno no se hacen, y una de ellas es dar los grandes jalones en el avance del pensamiento. Me propongo mantener y acrecentar, si usted no tiene inconveniente, el carácter crítico de Canal 11: soy perfectamente consciente de que es el único canal de televisión que tiene un carácter crítico y donde tiene voz la gente de avanzada, y ése es mi deber. La televisión comercial representa un espectro ideológico conservador respecto a las líneas fundamentales del Estado mexicano; es deber de este Estado promover formas de expresión. Si usted me dijera que entráramos a otro tipo de solución para pluralizar o socializar el conjunto de los medios, estoy de acuerdo; no tendría por qué ser la función de la SEP, pero es el único canal que tenemos. Además, quiero proponer que la UNAM tenga su canal también, porque hace tiempo que lo necesita”.

Propuse frecuencias de radio culturales y políticas. Ya existían Radio Universidad y Radio Educación, y propuse otra que sería Radio Juventud, para la nueva institución que creamos, el Crea, y otra que fuera Radio Bellas Artes. Incluso le solicité que nos dieran varias frecuencias disponibles en el cuadrante para entregarlas a instituciones culturales. Claro, para los mojigatos, para los conservadores, para los reaccionarios eso demostraba que Muñoz Ledo era medio rojo, medio agitador, pero eso sólo es parte de la función del Estado: favorecer el equilibrio ideológico, la apertura a nuevas ideas.

JW: ¿Llegaste a conocer el trasfondo de esos ataques?

PML: Te voy a ilustrar un caso: en una ocasión, cuando era secretario de Educación y Reyes Heróles era el de Gobernación, salíamos de su casa después de un debate durísimo en el que discutimos el problema de la Universidad y disentí en muchas cosas que estaban pasando; al final él quiso suavizar la discusión y ser amistoso. Le dije: “Ya estoy hasta aquí de que me acusen de echeverrista, de rojo”. Y me contestó: “A usted no lo acusan por lo que fue ni por lo que es, a usted lo chingan por lo que puede llegar a ser. No es usted pendejo”.

JW: Con tantos ataques, ¿sientes que quisieron hacer o que hicieron de ti un chivo expiatorio?

PML: Es una buena pregunta. Tampoco puede decirse que Muñoz Ledo fue el chivo expiatorio del periodo; sería exagerar un protagonismo. Los principales chivos expiatorios del periodo fueron los ex presidentes Echeverría y López Portillo, independientemente de los errores que hayan cometido y sin que esté en una actitud justificatoria. Los chivos expiatorios de este proceso fueron ellos, al punto de que incluso se han generado oleadas de odio en su contra.

En el nivel en que me movía hubo otros mucho más combatidos que yo; doy el ejemplo de Augusto Gómez Villanueva, el chivo expiatorio más prototípico. Yo seguí más o menos vigente, y en mi caso, más que el del chivo expiatorio se dio el fenómeno del enemigo a vencer. Por ejemplo, sobre mí no recaía cierto tipo de críticas; nunca se me acusó de ser una gente deshonesto. Hasta hoy no se me acusó de haberme equivocado en una decisión pública importante más allá de lo de Nayarit. En mis 35 años de vida pública solamente me han acusado de dos cosas: de haber vendido una senaduría, que es falso, y de haber golpeado a un ciudadano norteamericano enfrente de mi casa en Nueva York, que también es falso. Fuera de esos dos ataques, fehacientemente falsos, es muy poco para 35 años.

JW: ¿Qué significado le das a esto?

PML: Que en el conjunto de mi conducta pública se me ha sobremarcado ideológicamente, y hay que ver en qué parte contribuyo a ello. Pienso que sí, en la medida en que nunca consideré ni considero moderar mi línea ideológica o inclusive cambiarla, pues eso no representaba

ningún tipo de solución. Una persona, en su vida pública, debe ser congruente con lo que encarna, y esa congruencia está en no apartarse de esa línea y seguir luchando por ella hasta el final, que es lo que hago. Al contrario, entre más pasaba el tiempo, más me convencía de que mi única solución como hombre público era redondear un perfil político-ideológico. En eso tengo una cultura política más internacional. Sé que, a la larga, lo que cuenta es una política abierta. Es la manera como se va depurando una conducta pública, matizando, añadiendo, pero sobre todo haciéndola más clara y limpia, no más confusa.

He actuado bastante a contracorriente de la tradición mexicana en el sentido de que, mientras más difusa y ambivalente es una personalidad, mientras más es “monedita de oro”, como dicen en México, más éxito se tiene.

JW: ¿Considerarías que Moya Palencia rivalizó contigo y por eso fue designado para sustituirte en la ONU?

PML: La ceremonia frente a la comunidad mexicana donde me despedí de la ONU y se presentó Mario Moya Palencia como mi sucesor fue en medio de un clima muy duro contra él, que había sido funcionario de una empresa de camarones y por otros motivos. Llegó con muchas pugnas, de tal manera que en mi discurso sentí que era mi deber ser justo con quien fue un antiguo compañero de generación —además, él fue generoso conmigo en sus palabras—. Dije esto, improvisado, allá en Nueva York: “Pertenece a una generación que dio la cara al país y que, por el proceso político que nos tocó vivir, nos definimos ante la opinión pública. Hemos tenido los beneficios y los costos de haber dicho lo que pensábamos, y eso para nosotros se volvió irreversible, pero hemos asumido la responsabilidad de nuestra palabra. Eso también es motivo de nuestro orgullo”, y esto es algo de lo que estoy profundamente convencido y que ha orientado mi vida. No diré que asumamos nuestro propio perfil con espíritu masoquista sino con una profunda convicción, porque ése es el camino de la modernización política del país. Hasta hoy me alienta ver que nuestras ideas prevalecerán y debemos estar en la batalla hasta el final. Inclusive he acentuado ciertos rasgos de pensamiento con toda claridad y responsabilidad; lo que hago

aquí, ahora, con ustedes, es con ese propósito: para que mis ideas sean más claras, más concretas y sirvan a la evolución del país. Ya no pueden admitirse la simulación ni la hipocresía; la política tiene que darse en la claridad, porque es la única vía posible para la democracia.

LF: En otra ocasión hablaste de cultura política y del asunto de la democracia, y cuando tocaste el tema de la huelga de 1974 mencionaste que la CTM te habló con un tono inapropiado, que los trabajadores llegaron con hostilidad.

PML: Oíste mal. Hubo un momento de fricción, pero con los dirigentes empresariales, y además explicable o justificable. Explicable porque el clima era tenso, la presión de sus agremiados era tremenda; estaban arrinconados para una segunda negociación. Yo lo entendí, estaban entre la espada y la pared y además hubo uno o dos discursos del presidente un poco ásperos para ellos. No estaban tensos conmigo, sino por la situación. No hubo asperezas entre nosotros en esa negociación, pero sí manifestaron, molestos, su preocupación. Para nada sucedió eso con los trabajadores.

LF: Respecto a la clase trabajadora, ¿no hay ningún límite de tono para dirigirse al gobierno?

PML: En la política hay tonos reales y tonos convencionales. A veces los dirigentes obreros dicen discursos encendidos, pero si te refieres a los términos en que aluden al gobierno, en general tienen un tono respetuoso; no como ahora, cuando se han dicho enormidades frente al presidente de la República. Había otro nivel de respeto porque también había otro nivel de alianza, de coincidencia en las formas de la política. Insinuaban o decían sus inconformidades en medio tono, pero no como las escenas que hemos visto después. No se equiparan.

FINAL DEL ECHEVERRISMO

JW: No se puede negar que un sector empresarial poderoso desató su ira sobre Echeverría hacia el final de su sexenio; tal vez más que ira fue el temor a perder privilegios con una política que se calificó de populista.

Además sucedieron cosas extrañas y graves, entre ellas la caída de un gobernador promisorio que había sido creación del propio Echeverría, una importante expropiación de tierras y una matanza de campesinos que nunca se aclaró.

PML: Ciertamente, el fin del periodo de Echeverría fue controvertido. Ahí hay algo insuficientemente explorado. Esos cuatro últimos meses son importantes en la historia del país. Visto en perspectiva, ese periodo conformó un cambio en la historia de México. Lo más curioso es que tenemos explicaciones muy parciales, insatisfactorias, de lo que pasó. No conozco hasta hoy una versión coherente del significado de esos acontecimientos ni aun de parte de sus más directos protagonistas. De manera súbita, el clima político del país se deterioró. Hablo del 1º de mayo, de la elección de López Portillo, y luego me refiero a agosto, en que hubo una especie de silencio sordo al filo del agua, presagiando tempestad, y finalmente el tremendo impacto de la devaluación del 1º de septiembre de 1976. Sucedieron algunos acontecimientos ásperos, que fueron pugnas verbales del gobierno con un sector del empresariado mexicano.

Recordemos el incidente de Chipinque, donde un grupo de empresarios se reunió en cierto lugar, lo que para la atmósfera de entonces se veía como una conspiración; se rumoraba —no sé si fue cierto— que habían llegado encapuchados, que no creo. Se les llamó *los encapuchados de Chipinque* y creo que llegaron a su cita en la noche, bastante furtivos porque las hostilidades entre el sector empresarial y el gobierno no estaban rotas abiertamente. Esto tiene que ver con aquella reunión de Chihuahua a la que antes me referí.

Se aprecia una resaca del sector empresarial, que si bien no jugaba electoralmente apoyando al PAN, sí empezaba a actuar de una manera más o menos clandestina pero coherente. En la época de Echeverría también hubo una evolución del sector empresarial, lo hemos dicho, que empezó a poner en marcha mecanismos de defensa para lo que ellos creían sus intereses, de modo que evitaran —supongo que era el objetivo— que el gobierno o el rumbo del país fuera más en un sentido progresista o lo que consideran opuesto a sus propias perspectivas. Es decir,

hubo una oposición sorda pero consistente de amplios sectores, de sectores populares y del empresariado, para evitar que la política del gobierno siguiera adelante.

Es muy crítico que en cualquier sucesión política de los grupos de poder, los grupos de presión hagan una presencia fuerte para tratar de condicionar al gobierno que sigue. El licenciado López Portillo tuvo una buena recepción con los empresarios, durante su campaña tuvo buenos acercamientos personales, de los que yo estaba enterado; estableció enlaces con ellos, y hasta donde percibo no tenía problema con el sector empresarial. Cuando ese asunto de los llamados *encapuchados de Chipinque*, se solidarizó públicamente con el presidente; incluso en una ceremonia de la CROC que inauguró, donde di el discurso de clausura, expresó su censura a ese tipo de acciones, pero no les cargó la mano excesivamente: más que censurar al sector empresarial, censuró ese tipo de conducta.

En mi discurso de clausura también fui duro. Ambos teníamos el deber, como partido y como candidato, de solidarizarnos con el gobierno. De lo que mencionas de Sonora, cuando cayó el gobernador, el delegado del partido dialogó con todos los sectores, y no puedo decir que en el caso del partido y del apoyo que le dimos al gobierno sustituto se hubiera dado una pugna con el sector empresarial; de hecho no recuerdo que el PRI, en ninguna área del país, en sus decisiones, en sus elecciones y en su manejo político haya entrado en fricción directa con grupos empresariales. Éstos estaban en pugna con el gobierno y con el presidente, a quien le expresábamos solidaridad, pero no estábamos directamente involucrados en esa contienda.

JW: Si bien ustedes contaron en Sonora con tres figuras directamente relacionadas con la historia de la Revolución, ¿no crees que los empresarios pudieron haberlos identificado como personajes posiblemente autoritarios, a la vieja usanza?

PML: Cuando estuve en él y antes del 1° de septiembre, la actitud del partido fue conciliadora. Para ocupar la gubernatura contamos con el licenciado Alejandro Carrillo Marcor, que si bien había colaborado con Lázaro Cárdenas, con Ávila Camacho y con Lombardo Toledano, por

su desarrollo ulterior de ninguna manera se le podía considerar como extremista. En Sonora el partido tuvo el cuidado de hacer una selección indiscutible, muy por encima de las controversias. Nuestros candidatos al Senado de la República en el estado fueron Adolfo de la Huerta, que acaba de morir, un hombre con mucha independencia de criterio, con un fuerte prestigio de origen familiar —hijo del presidente De la Huerta— y a quien de ninguna manera se le puede considerar de izquierda, y el general Gastélum, un revolucionario acreditado en Sonora. Dos senadores que representaban la historia de la Revolución, lejos de ser considerados como figuras ríspidas, extremistas ni autoritarias.

El delegado —quizá mi mejor delegado— tuvo las instrucciones y el cuidado de hablar con todos los sectores sociales, económicos y políticos del estado, así como de conseguir que las decisiones que tomamos contaran con un gran consenso; de esa manera armamos una planilla equilibrada, procurando que fueran indiscutibles. De modo que el partido de ninguna manera aceleró conflicto regional alguno, menos aun el de Sonora.

Por lo que hace a Nuevo León, aun a costa de ciertas fricciones con el gobernador, que había sido amigo mío pero que ya estaba muy metido en la pugna política, buscamos también que la actuación del partido fuera lo más arbitral posible. Hablé personalmente con las principales fuerzas sociales y económicas de la entidad para que las cosas se manejaran en equilibrio: sentía como mi deber la necesidad de crear las mejores condiciones de diálogo para el cambio de gobierno, porque el conflicto estalló en el área del gobierno, no en la del partido ni la del candidato. Cuando estalló la parte álgida del conflicto, terminó la campaña electoral y estábamos a punto de tener constitucionalmente presidente electo; entonces se suscitó un deterioro de las relaciones entre el gobierno saliente y el sector empresarial. El presidente de la República, que ha escrito sobre estas cosas desde su perspectiva y ha dado su testimonio de muchas maneras, sintió una conspiración de fuerzas empresariales mexicanas y que ahí había una conexión importante con fuerzas transnacionales. No me consta *per se* que el licenciado Echeverría haya sentido que lo apretaran desde Estados Unidos; sobre todo, esto se acentuó

por la famosa firma de los setenta diputados, donde percibió conexiones entre el sector transnacional de la economía, los grupos de derecha domésticos y la cúpula empresarial.

JW: ¿Hasta qué grado de riesgo para la gobernabilidad llegó esto?

PML: Fue una situación preocupante, incluso llegó a haber rumores de un golpe de Estado. Esto coincidió con un fenómeno que he subrayado: cómo el sistema mexicano, tal como ha funcionado, cada vez desampara más a un gobierno en su fase final. Esto es recurrente y lamentable, como se observa durante los últimos cuatro meses del gobierno de Echeverría y en los nueve meses finales del gobierno de López Portillo, con un gran deterioro institucional y de poder desde la presidencia de la República, y con un riesgo grave para el país. Sobre este fenómeno he reflexionado y escrito, y es un problema del cual he hablado con los tres presidentes, que está vinculado con el esfuerzo de la Corriente Democrática. Lo diré con mucha claridad, el análisis que he hecho parte de las siguientes consideraciones: primero, el juego político interno del gobierno que lleva a la sucesión presidencial, al darse en la arena de la administración y no en la de la política, deteriora las relaciones internas en el poder central; el número creciente de actores que participa en este rejuego previo a la sucesión presidencial vulnera, necrosa —palabra que escribí en algún memorándum— áreas completas del gobierno. Es decir, alguien en ese juego interno sale electo, pero los otros y los equipos que los rodean tienen una sensación tal de pérdida, que tiran la toalla. Hay una especie de necrosamiento de las áreas vitales del aparato administrativo, es un fenómeno que corresponde a los males del *tapadismo* y el *dedazo*.

El segundo fenómeno es que, mientras más se concentra la familia administrativa, ya no es el *juego* por el poder, sino el *reparto* del poder; esto es, tienen una posición privilegiada en el reparto del poder los círculos del sector administrativo más cercanos al candidato, y son mayores las esperanzas que se generan entre quienes están vinculados a los precandidatos mientras está viva la competencia, en tanto que es mayor el desencanto cuando su candidato no es designado. Lo digo en otras palabras, y el ejemplo prototípico es la actual administración: si 70 u 80% de

los funcionarios del gobierno salen del Banco de México, de Hacienda, de la Secretaría de Programación y Presupuesto, significa una eliminación radical de muchos otros núcleos, sectores y grupos de poder; es decir, se pierde el sentido de composición nacional, crecen las expectativas del pequeño grupo en el juego y son mayores los desencantos del conjunto, más graves aún cuando quedan fuera, porque quedan verdaderamente excluidos: se acentúa el estilo de lotería que puede tener una sucesión presidencial.

El otro factor es que, entre más unilateral se vuelve la decisión del presidente respecto a su sucesor, menor es la legitimidad de esa designación frente a la opinión pública, frente a la clase política e incluso frente al grupo más cerrado de poder; por lo tanto es mayor la necesidad que tiene el sucesor de señalar sus singularidades. Al presidente De la Madrid me permití decirle, cuando más argumenté por la apertura de los procedimientos internos del partido, la siguiente frase —que repetí en una entrevista en *Proceso*—: “Más flagrante es el *dedazo*, más grave es el parricidio”. Se lo dije personalmente.

Por esto, desde entonces empezaba a ser cada vez más claro para mí que si se abría el proceso democrático a que todos concursaran y renunciaran a sus puestos, el gobierno se renovaría y habría un equipo de repuesto capaz de concluir la administración. Jesús Reyes Heróles planteó el problema cuando era presidente del partido; no sabíamos que lo había hecho, aunque tuvo conversaciones con varios miembros del gobierno que éramos considerados precandidatos y nos había pulsado. De repente nos invitaba a comer, a mí me invitó un día y me dijo: “Oiga, Porfirio, ¿cómo ve esto? ¿Por qué, ya que están ustedes tan abiertos, no se abren de plano y hacemos una competencia real en el partido? Si eventualmente renuncian, Porfirio, de todas maneras después se pierde parte de poder. Así como en cualquier sistema democrático, los que quieren jugar dejan sus puestos y juegan abiertamente. Hagamos en el partido un principio de competencia”.

La idea no me pareció mala. Semanas después el presidente de la República invitó a todo el gabinete a una conversación con el presidente del partido en un salón de Los Pinos, donde se discutieron dos ideas:

una, el plan básico del gobierno, la necesidad de dejar una plataforma, y la otra, la necesidad de abrir más el proceso de la sucesión presidencial y darle mayor jurisdicción al partido —de renuncia nunca se habló en ese nivel—. La opinión general del gabinete fue que todos estábamos de acuerdo en hacer un plan básico de gobierno —de ahí surgió la idea de “primero el plan y luego el hombre”—, y en cuanto a la apertura, todo mundo estuvo de acuerdo; lo que pasa es que en la práctica la apertura no se dio en el partido, sino en la arena misma del gobierno a través de participaciones en ceremonias. La facultad no se trasladó al partido, cosa en la que no todos estábamos muy convencidos en la medida en que no sabíamos cuál era el equilibrio en el aparato del partido. Por ejemplo, la CNOP estaba con un candidato, la CNC con otro, y para el licenciado López Portillo y para mí, nuestras posibilidades dentro del aparato del partido no eran grandes porque no manejábamos las cuestiones de política interior, y si bien los sindicatos estaban vinculados conmigo, es sabido que son autónomos en estas decisiones. De tal modo, tampoco nos gustaba mucho la idea, pero la habíamos aceptado.

En esas condiciones, la idea de hacer una competencia abierta y de que hubiera una renuncia eventual ya estaba enunciada desde entonces. Tuve dos conversaciones sobre esto con López Portillo. Desde entonces tengo la convicción de que un método distinto para la sucesión presidencial reduciría mucho esas crisis de fin de sexenio, porque permitiría un equipo de relevo; o sea, que renuncien los tres o cuatro que tengan la voluntad de jugar y que entre un equipo nuevo que sostenga a la administración hasta el final, sin que ésta se lesione o vulnere por una pérdida grave en la confrontación política.

Uno de los factores que influyeron en ese deterioro fue que el gobierno se vio terriblemente adelgazado, pues la Secretaría de Gobernación actuaba pulcramente pero sin estar involucrada en los procesos. Además, las distintas secretarías de Estado habían perdido vitalidad y participación en los sucesos. El poder del sistema se había trasladado bastante hacia el partido, y sin embargo los conflictos los polarizaba el presidente del partido prácticamente solo, trabajando a un ritmo muy intenso. Pasamos horas dramáticas, al punto de que, cuando terminó la

campaña electoral, tenía pensado hacer un viaje a Europa, precisamente en conexión con las visitas a México de jefes de Estado y dirigentes de partidos extranjeros; un viaje que también me hubiera distanciado de toda la conflictiva. Quería prepararme para el cambio de gobierno.

Tenía un interés máximo en el presidente Tito; lo había atendido en Cancún porque no pudo ir a la Ciudad de México. Estuve en su entrevista con el presidente y con el candidato, y había conversado con él. El presidente Tito me preguntó, así como me lo pregunta ahora el profesor Wilkie, y además con mucha insistencia, qué era el PRI, cómo estaba organizado y cuál era su historia. Continuábamos en el coche la conversación: “¡A ver, sígame contando!” Al terminar su visita, me dijo: “Quiero hablar con usted. Me gustaría que nos viéramos”. Ya estaba muy viejo, vivía en la isla de Brijuni; me habló de Cardel, de los ideólogos que quería que yo conociera: “Quiero que me acabe de contar. Me está narrando una historia muy interesante de México. —Y concluyó—: Lo invito a que me venga a ver a la isla de Brijuni”. Así que al despedirme, le dije: “Señor, estaré en Brijuni con usted tal día”, pero nunca lo volví a ver.

Al término de la campaña tenía organizada una gira amplia por Europa, me habían invitado amigos como Olof Palme; en el este iba a ir a Rumania. Dos o tres días antes de salir me habló el presidente electo y me dijo: “Porfirio, no viaje”. “Pero, señor, ya todo está organizado. Además, hago bien en salir. Usted está con una congestión de presiones para la formación de su gobierno, así que es mucho mejor que tome distancia. ¡Hombre!, ya la gente cree que voy a ir a Relaciones Exteriores. Al irme, molesto menos y me presionan menos.” “¡Ya, ya!” “Entonces díales que sí —le dije—, que Porfirio va a Relaciones aunque no sea cierto. Con esto me quito y se quita usted de presiones.” “No, no, Porfirio, usted no puede irse. Mire, hay un deterioro en el gobierno y el presidente está muy solo, muy solo. El equilibrio político lo establece el partido, con todo lo que usted ha acumulado tiene que quedarse, tiene que ayudarme.” Yo insistí: “La campaña terminó y ya viene un nuevo gobierno, así que necesito pensar en el horizonte del futuro. Al menos deme permiso para irme una semana a Acapulco”. Concedió, pero un

día antes de irme a Acapulco me pidieron que no me fuera, así que pensé siquiera en un fin de semana a San José Purúa; llevaba cinco horas de viaje cuando me llamaron, y mis vacaciones fueron de cinco horas. Desde ese día hasta que terminó el sexenio estuve intensivamente en Los Pinos o en la casa del presidente tratando de resolver problemas, sin que tuviera más responsabilidad que la política y moral de ayudar a sacar algunas cosas como la negociación salarial de última hora, que me tocó afrontar.

El hecho es que no era un momento político en que pudiera relajarme, porque a pocos meses de que asumiera la presidencia López Portillo se intensificaron problemas que se habían gestado subterráneamente, entre ellos un deterioro de la conciencia pública en la relación de las clases medias con el gobierno, todo eso que habíamos tratado de impedir, acompañado del nacimiento del caceroísmo; de repente se nos apareció ese fantasma. ¿Lo recuerdan? Fue el primer fenómeno masivo de fugas de capital en muchos años que incidía en la vida política del país. La fuga de capitales se convirtió en un factor político.

Sólo quiero decir cómo se percibió el fenómeno desde el gobierno: incluso, por lo novedoso que era no se podía acudir a explicaciones sofisticadas. Esas manifestaciones se percibieron como si por fin todo ese sector conservador hubiera encontrado su arma, como en una guerra que observa los avances tecnológicos de las armas; pensando que podíamos manejarlo, fue como si el fantasma del caceroísmo saliera de repente con un arma nueva de rayos láser, desconocida. De igual manera, cuando aparece crea pánico, como la viruela en la época de la conquista de México: sale y no había vacuna, no había antecedentes ni reacción previsible contra eso, de modo que causó mucho desconcierto en el sector financiero.

Hubo un desajuste fenomenal entre el sector financiero y un gobierno que tenía todo ese control político al que nos hemos referido, esa casi total unanimidad en las urnas que tres meses después se encuentra una opinión pública terriblemente levantisca. Inclusive corrió el rumor de un golpe de Estado.

Hice todo lo que podía hacer, como ayudar a las negociaciones políticas que sobrevinieron, porque hubo dos deterioros seguidos en la

negociación con el sector de la producción: en términos difíciles, participé sin ser secretario del Trabajo. Fui llamado a resolver el problema, y me metí con gobierno y empresarios. El presidente tuvo la gentileza de dejarme trabajar un día con todos los sectores y el propio gobierno, y logré una negociación a altas horas de la madrugada para que las cosas no llegaran más lejos.

Esto fue un albaño respecto de las deficiencias del sistema, pero también el anuncio de nuevas armas de lucha de los sectores conservadores, derrotados en todas las arenas, pero que se habían ido fortaleciendo. El presidente Echeverría, en escritos, conferencias y declaraciones posteriores, ha señalado este periodo como algo bastante orquestado y ha puesto mucho el acento en la injerencia extranjera, una especie de conspiración inducida por las transnacionales —aunque no lo ha dicho con esas palabras—, porque le informaron que las primeras que sacaron capital fueron esas empresas. Eso ha escrito él; incluso hay algún libro que se hizo en el Centro de Estudios del Tercer Mundo con bastantes datos estadísticos. El caso es que el gobierno percibió esto como una acción combinada de dentro y de fuera, y se produjo un escenario muy parecido y grave también hacia el final del gobierno de López Portillo, que actualmente está produciendo un escenario delicado.

Una de las motivaciones fundamentales de la Corriente Democrática es representar una opción nacional popular de calle, que no sea reaccionaria, y ahora hay un antídoto contra eso, porque en la crisis el pueblo estará con la Corriente Democrática, no con los sectores conservadores. El sistema no ha entendido, porque no tiene la suficiente capacidad de reflexión, que es la posibilidad de canalizar un deterioro y un descontento con un sentido progresista para el país. Si vivieran los grandes de la Revolución, sin duda dirían que la salvación de la Revolución no está en el gobierno sino en nosotros, porque somos la única fuerza en el país que hoy puede canalizar un proceso de deterioro; incluso si no existiéramos, tendrían que inventarnos.

Si quieren, pasamos al régimen del licenciado José López Portillo.

JW: Aún no hablamos de los problemas de la tierra en Sonora, que es la última parte de Echeverría.

PML: En ese contexto se dio la pugna con el sector empresarial, desafíos que condujeron a esas decisiones que, naturalmente, fueron una respuesta del gobierno a ese clima, pero que al mismo tiempo lo envenenaron más. Fue un golpear de un lado, golpear del otro, que contribuyeron al deterioro de las relaciones. No quiero decir si lo de Sonora fue justo o injusto; desde nuestro ángulo lo percibimos como un elemento más de la pugna. Nos hubiera gustado que eso no ocurriera, no teníamos en las manos la información que tenía el gobierno ni era nuestra función, pero hay que ver lo de Sonora como parte de ese conflicto.

JW: ¿Cómo tomó esa decisión Echeverría? ¿Habló contigo?

PML: No. El licenciado Echeverría no nos involucró ni al candidato ni a mí en decisiones suyas en ese tiempo, tal vez con la idea de que el próximo gobierno no se contaminara con eso. López Portillo podría dar testimonio de ello, y ambos se lo agradecemos. Es también la razón por la que no me comunicó lo de la devaluación ni lo de la expropiación ni del conflicto con un diario importante de México ni muchas otras cosas que ocurrieron. Para el presidente era obvio que yo estaría en el próximo gobierno como el número dos del nuevo presidente. Esto fue así a partir de junio o julio, después de lo de Chipinque, que habrá sucedido por mayo. Fue luego cuando ayudé, en la fase final, como presidente del partido, a resolver por la vía conciliatoria algunos conflictos remanentes, pero en los grandes choques no tuvimos participación y no fue casual.

JW: Sobre la matanza de San Ignacio Río Muerto, corrió el rumor de que justificaría la caída de Biebrich.

PML: Ahí no puedo afirmar nada.

JW: O que fue un intento de Gómez Villanueva para golpear a Biebrich y usar el Pacto de Ocampo para su candidatura.

PML: ¿Cuál candidatura? Él no era candidato. Cuando Biebrich cayó, Gómez Villanueva ya no estaba en Reforma Agraria y no era candidato a nada, sino secretario general del partido. Para que veas qué versiones tan falsas hay. Ve las fechas: simplemente son mentiras que se tejen. Lo recuerdo bien porque además, cuando cayó Carlos Armando Biebrich, hizo una fuerte declaración a *Excélsior* donde atacaba al gobierno; salió en primera plana, y en los últimos párrafos tuvo

expresiones elogiosas, una gran admiración, aprecio por el presidente del partido.

JW: Biebrich no cayó hasta el 25 de octubre de 1975.

PML: Ya estábamos en el partido; ya se había dado la sucesión. Yo andaba de viaje. Regresé y tenía una manifestación campesina presionándome para expulsar a Carlos Armando Biebrich del partido. Sabía que estaba peleado y de ninguna manera me hice cómplice de una sanción. Claro, sabía por qué me presionaban: porque el caído había hablado bien de mí. Aquí no hay nada que no se pueda comprobar. Frente a una gran presión, y para no aparecer contrapuesto a los sectores del partido y al gobierno, hice una declaración de siete líneas de crítica a Carlos Armando, en cuanto a la razón por la que había caído. No fue por criticarlo sino para evitar que aumentara la presión, pues querían que yo levantara la guillotina y la dejara caer. Desde ahí ya no hubo más escándalo. Tiempo después encontré a Carlos Armando en la calle, nos fuimos a tomar un café y platicamos porque nos teníamos aprecio; habíamos coincidido en la época de la campaña, cuando él era el más joven colaborador del presidente, y establecimos una buena relación. Por eso las simplificaciones son tan gruesas a veces, por falta de conocimiento de los hechos y hasta por falsificación de las fechas como la versión que me das.

Para concluir, nuestra función en el partido en ningún momento tuvo el propósito de acelerar conflictos sino al contrario, dirimirlos y crear una base política amplia para el acceso de un nuevo gobierno. Ése era mi deber y el compromiso central que adquirí con el presidente saliente y con el candidato: contribuir a la formación de un nuevo gobierno.

EL PRI Y EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

SS: Si consideramos la opinión de que el PRI era prácticamente un partido único, aparentemente dentro del PRI había un sistema de competencia.

PML: Te hablaré en pasado —porque ya cambió bastante— de lo que eran el PRI y el sistema. El sistema político en su conjunto era mucho más que el PRI. El PRI era una rama del sistema. Si adoptamos otra terminología, que también puede ser válida, llamamos PRI al conjunto. Para quienes nos formamos dentro de ese sistema, el PRI no era sino la rama con la cual tenías contacto si querías tener una carrera y puestos electorales o un apoyo lateral al ascenso administrativo. El PRI ni siquiera tenía el peso dentro del sistema que, por ejemplo, tiene el Partido Comunista dentro del sistema soviético. Puedes confundir al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) con el sistema soviético: ahí sí es una parte predominante la influencia del PCUS sobre el conjunto del sistema. El PRI se vino achicando como parte del sistema. En la época del callismo el PNR era muy importante, la función administrativa era secundaria; en la época de Cárdenas fue otra cosa. Con los años, el desarrollo de la administración pública y la llegada al poder de la tecnocracia, es decir, de una burocracia sofisticada, le fueron quitando peso específico a esa rama llamada PRI.

Nunca hice carrera en el PRI. Me dieron una credencial de la CNOP por escribir un artículo en una revista; en ese contexto tuve una credencial. Años después se me invitó al IEPES, que era una rama del PRI para enmarcar a quienes hicieran contribuciones intelectuales; era el apoyo técnico del PRI. Pero eso no quiere decir que hayamos hecho carrera en el PRI. Dicho de otro modo, la carrera política en México, dentro del sistema, se podía hacer por distintos canales; el PRI era uno y no llevaba demasiado lejos. El último presidente en México que tuvo algún antecedente de funcionario del PRI fue Luis Echeverría, después de él no tienen antecedentes de carrera dentro del partido. Quiere decir que el sector administrativo creció mucho y el PRI se convirtió cada vez más en una carrera marginal.

La mayor parte de los gobernadores que hay ahora en México vienen de la administración pública: Rodolfo Félix Valdés, en Sonora, es un ingeniero que trabajó muchos años en el gobierno y fue un funcionario de carrera de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (SCOP); Francisco Labastida Ochoa, gobernador de Sinaloa, es un economista

que hizo su carrera en la Dirección de Inversiones Públicas de la Secretaría de Hacienda. Poco a poco, las carreras que fueron redituando más se dieron dentro de la administración. La elección de 1970 marca con toda claridad que pesa más en el sistema la carrera administrativa que la política: ya se hablaba de que gente como Echeverría y Ortiz Mena se habían formado dentro de la administración. Echeverría nunca tuvo un cargo de elección popular. Ortiz Mena tampoco, y a partir de 1970 fue cada vez menos importante haber hecho carrera dentro del PRI para tener acceso a una alta función.

Dentro de la administración hubo ramas que por su permanencia, por constituir verdaderas familias, por estar estructuradas jerárquicamente, tuvieron más peso que otras: por eso cuando hablo del golpe de Estado de los financieros que originó nuestra salida, es que dentro del sistema ganó el poder público un sector que nada tenía que ver con el PRI como rama política, pero que tampoco tenía que ver con los cuerpos centrales de la administración sino sólo con la administración financiera.

En el gabinete de Miguel de la Madrid dos tercios de los funcionarios fueron empleados del Banco de México. ¿A eso le llamas carrera dentro del PRI? ¿Qué tiene de importancia el PRI como aparato electoral en ese sistema? Por eso en dicha época se suscitó la gran división entre políticos y tecnócratas, lo que daba acceso a las funciones más importantes era la carrera tecnocrática.

Muy pocos gobernadores salen realmente de las filas del PRI; son prestados de la tecnocracia central. Hay diversas ramas de la administración central del gobierno, donde hicimos carrera en tantos cargos —Educación Pública, Trabajo, IMSS, el Departamento del Distrito Federal; Gobernación, que ha sido muy importante—, y había ciertas ramas especializadas con gente que no quería hacer carrera en el PRI, lo rechazaban, no querían salirse nunca de su área privilegiada en la administración. Era como un coto cerrado.

En la biografía de Miguel de la Madrid hay dos hechos indicativos para lo que preguntas. En la entrevista más completa que le hicieron cuando llegó a la presidencia, le preguntaron si tuvo algún incidente, un momento difícil en su vida política, y dijo que sí: cuando siendo

subdirector de Crédito aspiraba a la Dirección General, y en vez de eso lo nombraron subdirector financiero de Pemex. Se sintió muy triste: “Fue el momento más difícil de mi vida”, dijo al entrevistador, porque eran tan aislados, tan endogámicos, que no aceptaban a nadie que viniera de fuera y ellos no querían salirse de su rama administrativa. Cuando a De la Madrid se le ofreció ser diputado por su estado, Colima, donde no hay mucho personal político, dijo que no; se le ofreció ser senador y dijo que no; se le ofreció ser gobernador y dijo que no. Lo rechazó como si le estuvieran ofreciendo una manzana envenenada. El momento más difícil de su vida fue cuando salió de su rama de administración y pasó a otra; aun conectado funcionalmente con su rama de origen, como responsable financiero de la más importante empresa de América Latina, eso le parecía desviarse de su ruta. Por un milagro extraño, la carrera financiera se impuso en México como línea maestra y columna vertebral del sistema político. Por eso la noción de sistema cambia a lo largo del tiempo.

Hacer carrera en México era hacerla en muchos lugares, y hubo un equilibrio entre las distintas carreras. Durante alguna época tuvieron importancia quienes la hicieron en la Secretaría de Gobernación, de mayor influencia política; en épocas anteriores, si no habías hecho carrera en el PRI ni habías estado en el Senado o en la Cámara de Diputados, no contabas. El sistema cambió de la época de los generales a la de los políticos y a la de los administradores. El gozne entre los generales y los políticos se llama Manuel Ávila Camacho; el gozne entre los políticos y administradores se llama Luis Echeverría. Hay muchas y distintas conformaciones del sistema. Salimos porque no aceptamos que se apodere del conjunto del sistema el ala tecnocrática del gobierno, ya no diría del partido, el ala tecnocrática y reaccionaria con la cual nos habíamos enfrentado a lo largo de muchos años.

Sintetizo: dentro del sistema político mexicano, y a lo largo del tiempo, se pudo hacer carrera por muy distintos caminos. Al final de todos esos caminos, el que predominó fue el de los funcionarios del Banco de México.

JW: En lo que has dicho sólo veo los campos de la política en la ciudad. ¿Los escenarios locales no tenían influencia?

PML: Después de la Segunda Guerra Mundial, desde Ávila Camacho hasta Díaz Ordaz, las carreras políticas locales fueron predominantes en el escenario político; los más importantes venían de carreras políticas locales.

JW: ¿Quiénes?

PML: Los presidentes de la República, y quizá los más importantes políticos de aquella época.

JW: ¿Venían a administrar el gobierno central?

PML: Exactamente. El sistema todavía tenía un gran sentido federal, hasta Ávila Camacho venía del Ejército; con menos acciones de armas, pero cercano a un hombre que tuvo importantes acciones de armas. Es una época de transición, mando local y acciones de armas. Por eso la carrera de Lázaro Cárdenas es tan interesante: es gobernador, tiene una carrera política local, y al mismo tiempo todavía participa en importantes acciones de armas. Ávila Camacho es más bien administrador del Ejército, pero también es de esa combinación entre poder local —el de los Ávila Camacho en Puebla— y una carrera militar.

Terminada la época de los generales, en esos 25 años las carreras políticas se hicieron como la confluencia de un conjunto de carreras políticas locales, que se resumieron en la Cámara de Diputados, en el Senado y en el propio gabinete. Este modelo resulta del traspaso del poder militar hacia el civil y de un insuficiente desarrollo de la administración pública federal, que todavía no era muy grande y por tanto los poderes de origen regional eran importantes. Cuando el poder dejó de estar asentado en los jefes militares, se asentó en los jefes políticos regionales, que son a veces una manera de sublimar antiguos poderes militares, a veces de compensarlos, pero son los grupos que aseguran el asiento territorial del poder público.

Desde la llegada de los aztecas hasta 1946, la base de la organización política en México fue militar-territorial; tendrías que partir de esa hipótesis. La guerra de Reforma termina por asentamiento del poder militar territorial, asegurado bajo la dirección de Juárez. Hay dominio sobre el territorio porque México viene de épocas cuando había asonadas, golpes militares, levantamientos, revueltas. Al término de la

revolución armada estaba muy fresca la historia mexicana de sublevaciones: necesitas lealtades asentadas sobre el territorio, asegurarte de que no tienes un problema de asonada, de golpe militar, de que tienes el control del territorio.

Terminada la época de los generales hubo una época que llamamos de los políticos, cuando era muy importante la lealtad de los jefes y los grupos políticos regionales. Es la época de oro de cierto tipo de caciquismo: de Gonzalo N. Santos, de Leobardo Reynoso, de Bonifacio Salinas Leal. Es un tránsito entre los militares y el civilismo abierto; es lógico que hagas gabinetes escogiendo gente que viene de los poderes locales. El prototipo de esa manera de conformar el poder nacional es el gabinete y las cámaras de Ávila Camacho.

Finalmente, Díaz Ordaz y López Mateos son dos políticos que coincidieron sentados en el Senado de la República: fueron senadores seis años. ¿En qué época estaban en el Senado? En la de Miguel Alemán. Son también prototipos de esas conformaciones políticas regionales, Gustavo Díaz Ordaz de una conformación política poblana en que tienen que ver los Ávila Camacho y un político y cacique muy connotado, que fue Gonzalo Bautista; López Mateos, formado en el Grupo Atlacomulco, que a su vez es una derivación de antiguos grupos del Estado de México. Este tipo de capilaridad lo estudia la mayor parte de los tratadistas estadounidenses, los que le empezaron a meter el diente al sistema mexicano; escribieron en esa época y dieron este tipo de descripción. Muchas de las ideas que tenemos sobre *the mexican political system* son investigaciones válidas o parcialmente válidas de esos años, los cincuenta y los sesenta.

En los setenta esto cambia claramente. Echeverría es el primero en muchos años que es de la Ciudad de México: es chilango, no viene de ningún poder regional ni tiene relación directa con alguno. Tenemos tres presidentes consecutivos de la Ciudad de México, porque De la Madrid vino a los tres años de Colima.

JW: Existe la percepción de que antes del cambio que se dio en los años setenta, los grupos políticos eran factores de presión para las designaciones presidenciales.

PML: En primer lugar no les llamo “grupos”, les llamo conformaciones políticas, que son más que un grupo; “grupo” parece que son ocho o nueve personas. Se le llama Grupo Atlacomulco porque era bastante cerrado, pero las otras son conformaciones más laxas; son políticos, por ejemplo del centro de la República, más o menos interconectados con intereses comunes. Hay otras conformaciones de profesionistas: por ejemplo, se crea una mafia de médicos, unos se protegen a otros y hay grupos que tienen cada vez más influencia. Esas conformaciones compiten dentro del sistema por las posiciones que ocupan, por su capacidad para ampliar su esfera de influencia, por los liderazgos que de ellos van surgiendo, y finalmente el que decide en ese sistema es el presidente de la República, que arbitra entre todos los intereses a favor de su propia constelación, o por razones de equilibrio puede arbitrar a favor de una constelación que no es la suya de origen.

El gabinete era un sistema de equilibrios. Ya no es así, y es uno de los orígenes del desgaste del modelo. Era una especie de *All American*: la gente lo veía como una superselección de fuerzas políticas reconocidas en el país, de los más connotados grupos, conformaciones y ramas profesionales. Llegó a pensarse que un gabinete ideal debería tener uno o dos médicos, cuando menos un ingeniero —no porque sean ingenieros, sino porque representaban intereses económicos y profesionales—, cuando menos tres o cuatro ex gobernadores y un egresado del IPN. Se consideraba la cúspide de las conformaciones políticas profesionales del país: era un sistema amplio, integrador de clases dirigentes. Como sistema político tuvo sus méritos indudables, tuvo la ventaja de no ser dogmático y de saber cooptar a las clases dirigentes. Era una época de ascenso.

JW: El sistema tenía un partido y un gobierno, un gobierno central y un gobierno paraestatal. ¿El partido fue solamente una “cáscara”, no tenía raíces permanentes?

PML: Sí y no.

JW: En estas épocas, después de 1946, el partido perdió el sentido que tenía antes, pero ganó en otro sentido: en que no tenía puestos importantes en sí mismos, pero sus nombramientos importantes fueron

en el gabinete. Entonces no hay diferencia entre el partido y el gobierno, es igual.

PML: Los presidentes nombraban un presidente del partido que era como un miembro más del gabinete, al cual ellos le daban instrucciones para los aspectos electorales. Sin embargo, pude ser funcionario público sin haber sido nunca miembro del partido.

JW: ¿Se puede ser presidente del PRI sin ser miembro del partido?

PML: Eso no. Yo tenía algunos antecedentes en el partido, no muchos: había sido miembro del Consejo Consultivo del IEPES, había hecho algunos trabajos, pero en realidad no hice carrera. Todavía hay quienes, ahora que censuran mi ruptura, reclaman: “¿Pero cómo no iba a ocurrir eso si Muñoz Ledo llegó al PRI desde un paracaídas? Nunca hizo carrera con el PRI”.

JW: Si el partido único funciona como una familia amplia, quiere decir que no tiene importancia y es nada más otro nombre para la “familia revolucionaria”.

PML: Es una función, el partido era una función.

JW: Electoral nada más.

PML: Llegó a ser, por desgracia, una función del sistema. Por ejemplo, en el terreno de los gobiernos de los estados es muy perceptible que un gobernador nombraba primero a su equipo —director de Obras Públicas, etc.—, y el puesto de presidente del partido fuera de una jerarquía menor. Me encontré como presidentes de los partidos locales a personalidades políticas de un nivel menor, hasta ese punto el partido había perdido jerarquía como función; en un caso extremo estaba el gobernador a quien se acusaba de que el presidente del partido había sido su chofer, por ejemplo. Se minimizó, perdió importancia en función pública y sólo era una manera de instrumentalizar decisiones políticas.

López Portillo ha hablado de la manera como se seleccionaba a los gobernadores: dice que tenía que acordarlo con el presidente del partido, al que le ejercía cierta presión, y con el secretario de Gobernación, pero no dice que haya consultado a las fuerzas políticas del país o a la CTM. Se le ha criticado por decir: “Bueno, ya tenía resueltos en mente el problema de Colima, el de acá, el de allá y de allá. Me faltaban dos.

Cuando empecé, cometí el error de preguntar mucho, entonces me ganaron la partida. Me tengo que volver manipulador: tomaré las decisiones primero y después jugaré un poco con los actores". Los actores son el presidente del PRI y el secretario de Gobernación, y en uno o dos casos algún grupo o allegado.

Las decisiones las tomó *per se*, conociendo al personal político, conociendo sus relaciones, y lo instrumentalizó a través del partido, y su principal preocupación, según dice en esas memorias, fue evitar choques entre la opinión del presidente del partido y la del secretario de Gobernación, nada más. Es un problema de dualidad de competencia entre el ministerio formal y la función partidaria.

De repente, decisiones de un Estado corresponden a una apreciación del conjunto de los equilibrios nacionales; es decir, ya conviene nombrar a un general, a ver en qué estado hay un general que destaque, para que el Ejército sienta bien esto. No se hacía en función del interés propio del Estado, sino viéndolo como una cuestión de compensación política de carácter nacional. Hubo uno o dos casos que fueron desastrosos, por cierto, cuando se tomó el criterio que prevalecía, pero no se puede decir que un aparato llamado partido estuviera filtrando esas competencias de poder. Las competencias se dan en muchos ámbitos simultáneamente.

¿Qué criterio había cuando se invitaba a un poeta distinguido? El caso de Carlos Pellicer: lo invité a ser senador por el estado de Tabasco. ¿Se puede hablar en ese caso de que se estaban articulando intereses del partido? ¿Se puede hablar de que era el resultado de una competencia? Correspondía también a un deseo de equilibrio nacional en un sentido más amplio: conviene que la clase intelectual se sienta más representada y que aparezcan en el escenario político nacional. ¿Eso es competencia por el poder? No. Se operaba mucho con un sentido de selección de cuadros. En parte la gente empujaba de abajo arriba, pero en parte también se seleccionaba de arriba abajo sin necesidad de responder a presiones específicas. Lo permite un sistema con una gran concentración de poder: a veces quien tiene el mando se da el lujo de ciertas decisiones personales que corresponden a una imagen que se hace del personal político, de la estructura política del país, o incluso da lugar a excentricidades.

JW: Este panorama parece desalentador para gobernar a una nación.

PML: En la época en que se abrió bastante el sistema por la ampliación de las clases medias y el ensanchamiento de la administración, el elemento "capacidad" fue importante. Claro, hay un concepto de capacidad para los actuales gobernantes: es capaz el que tiene una visión tecnocrática de las cosas. Depende de qué entiendas por competencia. Me tocó una época en que se premiaba mucho la competencia, la capacidad de la gente, cuando andabas en busca de un buen director jurídico, por ejemplo: "Recomiéndenme a un buen director jurídico, a un buen jefe de personal". No era fácil encontrar para ciertos puestos. "No me interesa de dónde venga, que sea honorable."

Hay factores obvios: las relaciones de amistad que se hacen en el desempeño de la función pública, como prácticamente en cualquier sistema. Conforme alguien se da a conocer y establece un tejido, surgen las recomendaciones, los apoyos. Ahí no veo ninguna especificidad. Mi época no estuvo marcada por el favoritismo, no fue la característica primordial; hubo, como lo hay en todo sistema, pero prevaleció la competencia. El nivel que cada quien alcanzó, el rumbo que finalmente tomó, dependió de otros factores.

Las 50 personas más distinguidas de mi generación, desde que estábamos en la facultad, todos tuvieron oportunidad; no conozco a ningún miembro destacado de mi generación con vocación política y capacidad administrativa y política que no haya llegado muy lejos. En mi época hubo lugar para toda la gente que se destacó.

INCAPACIDAD POLÍTICA DE DE LA MADRID

JW: ¿Cuándo decayó ese sistema de capilaridad social?

PML: La crisis empezó en 1978, y el esfuerzo de Echeverría por reintegrar ya fue el reconocimiento de un deterioro serio del sistema, que incluye a unos pero excluye a otros. El deterioro viene de los últimos 10 años pero particularmente con Miguel de la Madrid, un hombre que no nació para dirigir políticamente a un país, menos del tamaño

de México. El tipo de problemas de los que hablamos nunca los vivió ni los entendió De la Madrid, no estaba educado para entender el sistema mexicano como un sistema integrador; nació y se formó dentro de un sector excluyente de la administración. Él sólo vino a precipitar una crisis que se venía alargando hacía mucho tiempo.

JW: ¿Tu salida del PRI y del gobierno formaron parte de una misma decisión, o hubo motivos específicos? Otra pregunta: has hablado de lo bueno y cómo funciona el PRI. ¿Nunca pensaste, desde adentro, que no todo funcionaba bien, que había corrupción, falta de ética?

PML: Primero salí del gobierno y luego salí del PRI: son dos momentos distintos. Me formé en el gobierno, considera que estuve 14 meses en el PRI en una carrera de 35 años. Mi paso por el PRI como dirigente no lo minimizo, fue interesante y formativo en todos los sentidos; pero fue muy breve, un instante de mi carrera política, que es de funcionario federal.

Salí de lo que era lo mío, la función federal, antes de salir del PRI, desde distintos ángulos y con objetivos diferentes. Cuando las puertas del gobierno se fueron cerrando a individuos, a corrientes políticas progresistas dentro del propio sistema, porque el grupo de De la Madrid se consideró excluyente y les dio la función de subservientes prácticamente a todos los que no fueran de ese grupo privilegiado, muchos pensamos que la manera de restablecer el equilibrio dentro del sistema era justamente guarecernos en el PRI. ¿Cómo? Estableciendo un equilibrio. Si en el gobierno no hay lugar, vamos a fortalecer al PRI para, en un futuro, recuperar los equilibrios. No soy el único: muchos, desde otros enfoques, también querían abrir el PRI, porque te pueden negar una posición, una influencia o cortar una carrera. Por la gente que representa lo que tú representas —que no es una ambición personal—, es que te das cuenta de que la marginación de la que eres objeto abarca a muchos otros y que tiene un carácter esencialmente ideológico.

Pensamos que había que fortalecer al PRI; ya no queríamos estar en un gobierno del cual nos sentíamos excluidos, con cuya orientación no coincidíamos, pero del PRI no nos podían excluir. Ésta fue la salida que todo un sector, no sólo yo, le quisimos dar al problema.

¿Qué es la Corriente Democrática, vista desde este ángulo? Es la reaparición en la escena del PRI de un conjunto de funcionarios y políticos que no tienen ya lugar en el sistema por razones ideológicas, primordialmente, y que quieren disputar un espacio dentro del PRI cuya membresía nadie les puede negar, un espacio que queríamos disputar por métodos democráticos en la arena de la confrontación política.

Lo grave para De la Madrid no fue tanto que hiciéramos ruido dentro del PRI, sino que nos atrevimos a criticar la política del gobierno desde el PRI, afirmando nuestra militancia priista. Con la declaración de principios del PRI en la mano criticamos al gobierno. Y no solamente criticamos al gobierno sino la capacidad del presidente para decidir omnímodamente sobre su sucesor; para eso reclamamos la independencia del partido respecto del gobierno. Ésa fue la revolución copernicana y por eso la reacción de De la Madrid fue tan áspera, tan dura: no aceptó que desde el PRI, presentado además como depositario de la ideología revolucionaria del país, se le criticara frontalmente, menos que se vulnerara el instrumento a través del cual quería reproducir su poder. Estábamos vulnerando la funcionalidad del instrumento, de su poder y su libre albedrío, por eso la confrontación. Ése es un punto.

Que quede claro: primero salimos del gobierno y después salimos del PRI. Del partido salimos después. El gobierno se sobrepuso al partido, nos cerró los espacios de negociación dentro, nos sometió y nos impidió dar esa pelea al interior; nos atacaron. Comenzamos una negociación con los dirigentes del partido. Cayó un presidente, entró otro con el cual iniciamos una amplia negociación, y estábamos negociando nuestra presencia en la asamblea, planteando nuestros espacios, cuando vino la orden de arriba de que nos golpearan.

El PRI-estructura, el PRI-mando, el PRI-dirigencia se sometió al presidente y nos cerró el espacio. Sacaron una declaración política en la cual nos condenaron, eso es público. Al cerrarnos el último espacio que nos quedaba, del gobierno algunos pasamos a la diplomacia; de la diplomacia regresamos, ya fuera del gobierno, para irnos al PRI, en el PRI nos cierran los espacios y tenemos que ir a la lucha frontal desde fuera. Nos obligan a romper con la totalidad del sistema y a luchar por un cambio en la orientación política del país.

JW: Más que una lucha contra el sistema, parece que era una lucha por recuperar los espacios; sin embargo, los tecnócratas habían modificado el sistema existente.

PML: Es toda una evolución, una tendencia. Tienes que verlo de otro modo: ¿qué significa cierre de espacios? Significa que los espacios donde nosotros participábamos representaban un equilibrio en las decisiones políticas del país, no es que tengas una chamba. Cuando estuve en Trabajo pude mantener los salarios arriba de la inflación: ésa no es una chamba, es una línea política fundamental. Como en cualquier sistema en el cual se enfrentan varias tendencias, teníamos la posibilidad de que la que representábamos fuera definitiva en la política nacional. El presidente de la Comisión Nacional Tripartita se llamaba Porfirio Muñoz Ledo, y en las negociaciones que se hacían iban del lado del gobierno, conmigo, el licenciado López Portillo, secretario de Hacienda; el licenciado José Campillo Sainz, secretario de Industria y Comercio; el licenciado Jorge de la Vega, director de Conasupo, etc. Es decir, yo encabezaba el sector gubernamental en las negociaciones con obreros y empresarios, me tocaba esa función, no era nada más que tuviera una chamba o me dieran un sueldo semanal. Espacio no significa chamba: espacio significa que tu línea política tiene un peso que puede ser definitivo en la orientación política del país.

Mis problemas en la ONU, pocos pero muy fuertes; dos con el secretario Castañeda y varios con el secretario Sepúlveda, no fueron por razones personales sino ideológicas. En la ONU mantuve las líneas en que creía y tuve negociaciones arduas con mi propio gobierno. Llegué a tener rotos los puentes de comunicación con el secretario de Relaciones Exteriores en dos ocasiones; volé a México para hablar con el presidente porque se rompió la comunicación. Esto pasa en todos los países.

Cuando es nombrado en un puesto por la línea que encarna, y hay razones para que esté en ese cargo, uno defiende esa posición. No se trata nada más de tener un espacio administrativo, se trata fundamentalmente de espacios políticos e ideológicos. No quise seguir en el servicio exterior por la razón fundamental de que las cosas iban en un sentido distinto y los espacios de acción que tenía se restringieron por todos lados.

SISTEMA, POPULISMO, “FAMILIA REVOLUCIONARIA”

LF: Me considero parte de esa intelectualidad de la izquierda mexicana que tiene cierta resistencia a incorporarse al sistema; a ti se te ve como parte del sistema. Me habías empezado a comentar de la grandísima diferencia entre el sistema y tú como individuo, como oficial de gobierno. ¿Cuál es la diferencia concreta entre uno y otro?

PML: Te debo contestar con una franqueza enorme. No es cierto que los intelectuales tengan resistencia a involucrarse en el sistema: están muy involucrados porque es un sistema de relaciones de poder en el cual están muy bien ubicados socialmente, tienen sus espacios y no puedo decir, salvo en muy contados casos, que la clase intelectual mexicana esté fuera del sistema. Desgraciadamente es parte del sistema. En cambio, nunca fui parte del sistema; fui funcionario del gobierno de la República, que es muy distinto. Es decir, el sistema como una “pastita” donde tienes una serie de entendidos, de relaciones de poder, que siempre rechacé. Fui un “repúblico” y soy un “repúblico”. Rechazo la palabra *sistema* y la idea de sistema, que me parece totalitaria, o como dijo mi amigo Helio Jaguaribe: “Tu sistema es único; cuando en México dicen *sistema* no puedo dejar de acordarme de José Stalin”.

Quiero decirlo de una vez por todas para que no molesten los intelectuales que sí están en el sistema, en el “sistema” entendido como que estamos en el juego y estamos en el entendido; el sistema tiene algo de entendido. No estoy en ningún entendido. Soy funcionario de la República y cumplo mis deberes de funcionario, pero no estoy en ningún malentendido ni tengo ningún tipo de complicidad con nadie: ni con mi conciencia, para acabar pronto. Y aquí lo digo: “La reforma de la actividad partidaria habrá de conducir a la del sistema político, entendido como el conjunto de relaciones de poder que definen el funcionamiento real del Estado en un periodo determinado. Contribuiría igualmente a desterrar esa acepción perversa de la palabra *sistema*, por la que pretende perpetuarse un catálogo de normas no escritas que a menudo sólo provienen de la inercia, de la pobreza imaginativa o de la docilidad congénita. Un sistema político —esto es de Hermann

Heller— es una normalidad en devenir, de modo alguno una normatividad paralizante. Si las prácticas de ayer se impusieran como obligaciones de hoy y como proyectos de futuro, acabaríamos siendo tributarios sumisos de los detentadores ocasionales de un poder derivado —que maneja además a los tecnócratas—. No aceptamos más sistema que el de la Constitución Política de la República ni más deberes políticos que los que derivan de nuestra militancia partidaria y de nuestra responsabilidad ciudadana”. Ahí está mi definición. Es un pensamiento de toda mi vida.

LF: ¿Al conjunto de instituciones también se le puede denominar “el sistema”?

PML: Claro.

LF: En ese sentido, a ti se te podría ver como parte del sistema político mexicano.

PML: No estoy de acuerdo contigo.

LF: Además, tú has sido el ideólogo fundador del populismo moderno.

PML: Yo no fui ideólogo. Y del populismo... ¡eso es absurdo, perdóname! No soy populista ni puedo ser ideólogo de algo en lo que no creo. Reyes Heróles tradujo —mal traducidas— expresiones de la ciencia política europea que han confundido a los ignorantes en México. *Populismo* es una palabra que viene del marxismo, es una crítica y viene de 1915; es la crítica marxista a los movimientos reformistas. Yo no tengo absolutamente nada de populista.

JW: En la terminología entre sociólogos y politólogos de Estados Unidos significa otra cosa.

PML: *Beyond Populism*.

LF: Sí.

PML: Recuerdo el libro de Candido Mendes, que se publicó primero en Harvard; se llama *Beyond Populism* y es muy bueno. Candido se refiere a la palabra *populismo* en su acepción sudamericana —a Getúlio Vargas, obviamente—; define el populismo como una ideología y un sistema que busca la integración política de un país a través de la movilización de grandes conjuntos sociales, con una serie de promesas que no necesariamente se pueden llevar a la realidad. No es la articulación

orgánica de los partidos ni el predominio del ejército; no es un Estado autoritario militar, no es propiamente un estado de compromiso entre los agentes productivos y los principales sectores de la sociedad, sino una especie de incorporación de las masas al proceso político. En la acepción sudamericana de populismo habría cierta cercanía entre populismo y bonapartismo, para ser claro; en la acepción europea, en cambio, es una demagogia reformista, y la crítica proviene del marxismo.

Entonces vamos a ver las categorías de aquí, hagamos una definición rigurosa de populismo. Originalmente, *populismo* es la crítica marxista a los movimientos reformistas; ése es el origen de la palabra. El uso que se le ha dado en la terminología común europea, italiana, por ejemplo, el uso que se le puede dar en la ciencia política norteamericana moderna, estoy dispuesto a que lo discutamos y ustedes de eso seguramente sabrán más que yo. Depende de la acepción de “sistema”. Rechazo la palabra *sistema* hace mucho tiempo, en la medida que implica una serie de complicidades y de espacios que están convenidos. Otro gran sociólogo latinoamericano me dijo: “En México hasta ser profesor de escuela primaria es ser parte del sistema”. Un día le dije: “Me voy a ir a la Universidad”, y me respondió: “Te vas a otro rincón del mismo sistema”.

Siempre me ha interesado, por mi formación torresbodetiana de ciencia política europea y de politólogo, distinguir cuál es mi función. No tengo complicidad con los viejos ni con los nuevos políticos, y sobre todo no la tengo porque gran parte de las complicidades del llamado “sistema” son complicidades crematísticas: tienen que ver con el dinero. No haber aceptado estar nunca en la complicidad del dinero me dio un grado de independencia grande respecto de los miembros del “sistema”. Soy funcionario federal con un nombramiento que cumple un deber, nada más. Eso fui: embajador de México en la ONU, no miembro de ningún sistema, entendido como una pasta en la que todo mundo cabe.

JW: Una parte de la “familia revolucionaria”.

PML: No soy de la “familia revolucionaria”. Mis padres eran maestros de escuela. Soy un mexicano educado en la Universidad de México y en la Universidad de París que fue invitado a ser funcionario federal y

que estableció su compromiso como funcionario federal. He sido muy riguroso en eso toda mi vida.

JW: ¿Qué es la “familia revolucionaria”?

PML: Es una expresión de los politólogos norteamericanos de los años sesenta que define a un consenso de personalidades públicas que surgieron del proceso de la Revolución mexicana, se asentaron después de los cuarenta, y que se suponía tenían las decisiones últimas y el acceso al “pastel”. No pertenezco a eso; jamás me he considerado miembro de ninguna complicidad, lo subrayaré una y mil veces. Lo sabe Luis Echeverría, que el último día que fue presidente me despedí de él *forever*, y lo sabe López Portillo. No es que sea desleal ni ingrato, nunca lo he sido. Mi compromiso termina con mi función; eso de que soy echeverrista son tonterías. En mi caso no juega y la prueba es lo que estoy haciendo, soy un hombre independiente.

JW: De ahí surge la idea de que ocupabas estos puestos tan importantes...

PML: Porque era útil.

JW: Y ahora debes tu vida al partido.

PML: No es cierto. Ocupé esos cargos porque se consideraba que era útil para desempeñarlos, igual que si me hubiera contratado como gerente la General Motors o como profesor la Universidad de París. La prueba es que fui candidato a secretario general de la ONU, y si lo hubiera sido a nadie se le hubiera ocurrido decir que eso se lo debía al sistema. Todas las funciones las he desempeñado por merecimientos, y tengo la satisfacción de decir, sin que dé ninguna idea de soberbia, que he cumplido con todas muy por encima del estándar de los funcionarios. Lo dijo el gobierno cuando salí de la ONU. Se vio obligado a decir algo sin precedente, que yo recuerde, en la historia política de México, en medio del conflicto: “Muñoz Ledo dio prestigio al país y alcanzó incluso prestigio para sí mismo en la ONU”. No sé cómo decirlo para que no sea soberbio. Ustedes son buenos escritores y politólogos.

JW: Somos historiadores.

PML: Historiadores. Que quede constancia de que serví con creces en la función que tuve, y que no establecí complicidad alguna por una

razón: nunca toqué un centavo. Mi independencia deriva esencialmente de que jamás cometí un acto de falta de probidad.

Cuando me atacaban, le dije a alguien, inventando una frase: “Hay una famosa frase indonesia (con cierto calor exótico): ‘Tengo la lengua muy larga porque tengo la cola muy corta’, y nadie de ustedes en el sistema se me puede parar enfrente. Nadie”. La mayor parte de ellos carece en 90% de honorabilidad con la cual contestar, y por eso les he mandado decir que políticamente no me pueden poner una mano encima, lo único que les queda es un balazo. No lo dan también porque tienen temor de que tenga cosas escritas, guardadas en cajas bancarias, y a veces las he dado a entender por teléfono para que se sepa. A ningún cargo público accedí por compadrazgo ni por favoritismo. Me negaron muchos cargos a los que tenía derecho, incluso en la escena internacional; cargos que la comunidad internacional quiso darme por merecimientos me fueron bloqueados. Entonces, ¿cuál es mi deuda?

La libertad de que gozo es una inversión consciente en mi vida. Si no fuera sino por esa sola razón, no tengo que hacer lo que estoy haciendo. Durante toda mi vida no acumulé un centavo, mis hermanos viven de una manera modesta, mis hijos no tienen dinero; mi familia entera y la de mi mujer y mis primos viven modestamente.

JW: ¿Qué destino le espera a la “familia revolucionaria”? ¿Se debilitará? ¿Se fortalecerá en un sentido hereditario, de padres a hijos, como está sucediendo en los casos de *juniors* que van accediendo a cargos políticos?

PML: Estás usando la expresión en dos sentidos, en el figurado y el literal. Cuando la sociología política, sobre todo los politólogos norteamericanos, empiezan a usar el término “familia revolucionaria”, aluden a una suerte de endogamia política, es decir, a grupos de poder que se consolidan y forman una especie de “clase política”, expresión que luego introdujeron algunos mexicanos, entre ellos Reyes Heróles.

Pero ya no es el enunciado de una clase política endogámica, grupos que se van renovando y distribuyendo el poder, aunque en un sentido genético no son familia; no, ahora ya tiene una acepción genética. Un equipo, una clase dirigente que permanece mucho tiempo en el poder genera fórmulas hereditarias: la sociedad monárquica está fundada en

ello. En un sistema de competencia política abierta este fenómeno se reduce muchísimo; aun así, hay una cierta especialización familiar. No lo veo grave en la competencia política abierta; cuando no, el carácter hereditario me parece un elemento más de cerrazón de un sistema.

En cuanto a lo que ocurrió con el sistema mexicano, es evidente que hay una tendencia hacia formas cada vez más elitistas, no sólo porque sean los hijos o los sobrinos sino por el tipo de escuelas, de universidades a que asisten.

JW: El sistema mexicano tiene fama en el mundo de haber creado un partido único, con lealtades entre muchos grupos que no tienen mucho que ver el uno con el otro pero trabajan juntos para mantenerlo, buscan arreglos y entendimientos para que todos ayuden al país y también ganen algo.

PML: El sistema mexicano tiene fama de ser un conjunto de lealtades y complicidades. A esta primera pregunta diría que es cierto, pero los compromisos del sistema mexicano se establecían en función de la globalidad, es decir, con exclusión de otros. Estas complicidades, entendimientos, estos equilibrios existen en todo partido en el mundo; lo que pasa es que hay varios partidos, hay una confusión entre la parte y el todo. Quiero ser conceptual: en todo partido político hay un conjunto de alianzas y complicidades, pero en competencia con otros. La diferencia en el caso mexicano es que este conjunto de intereses era excluyente, se concebía como totalidad. No veo una diferencia específica entre los compromisos que se establecían en el seno de la función pública mexicana y el que se establece en el seno de la función pública francesa, por ejemplo.

NACIONALISMO. CAMBIO DE MILITANCIA PARTIDARIA

JW: ¿Cómo han evolucionado tus ideas políticas a través de las experiencias que te han llevado desde estar tan cerca de presidentes de la República hasta la oposición?

PML: Esa pregunta me la he formulado muchas veces, y he llegado a una conclusión: todos los valores que he manejado en mi vida los

he tenido siempre, lo que pasa es que he puesto especial énfasis en uno o en otro; hay una especie de relación dialéctica. Por ejemplo, el único valor que considero absolutamente permanente desde mi adolescencia hasta ahora es el nacionalismo: es la constante mayor de mi pensamiento, lo cual no quiere decir que por nacionalismo haya cedido a ciertas doctrinas autoritarias, ni quiere decir tampoco que pueda arriesgar mi nacionalismo en función de una pasión democrática.

Quiero precisar qué tipo de nacionalismo: el nacionalismo es el aprecio que una raza tiene por sí misma, pero por *raza* estoy entendiendo un linaje humano. La historia de la humanidad es la de grupos humanos que se cruzan con otros; es una historia de sometimientos, de colonizaciones, de dominaciones, de conflictos. El nacionalismo es finalmente la dignidad del ser humano expresada en términos colectivos: es la dignidad de la etnia, de la cultura, de la raza o, en última instancia, para ciertas comunidades, de la religión a la cual pertenecen.

Es decir, el nacionalismo está profundamente imbricado con el concepto de dignidad humana, que no existe solo y aislado del de dignidad individual, el cual está indisolublemente ligado al concepto de dignidad colectiva. No puedo ver el menosprecio hacia un mexicano porque me siento afectado en mi linaje personal, siento que mi persona como ser humano, la persona de mi madre, la de mi padre y las de mis hijos están siendo ofendidas cuando se hace una ofensa a un mexicano. Para mí el nacionalismo está disociado completamente de cualquier idea de culto al Estado, aunque claro, los nacionalismos en extremo se asocian al culto a una forma de Estado o a una religión.

El tipo de nacionalismo en el que creo está vinculado a un principio de dignidad colectiva: los derechos humanos son derechos individuales, derechos sociales y derechos de las colectividades nacionales. Por ejemplo, para mí la dignidad del pueblo palestino es tan respetable como la dignidad del pueblo judío, y la dignidad del pueblo haitiano es tan respetable como la dignidad del pueblo francés. Lo más nocivo en la historia de la humanidad, su saldo más negro, es el derecho que unos pueblos se han dado —por su distinta evolución tecnológica o por lo que se quiera— para dominar a otros. Creo —y aquí cito a Sartre—

que cuando se concede el derecho de que unos hombres dominen a los otros se desintegra el concepto de humanidad, es decir, el concepto unitario de ser humano.

Ésa es la única constante en mi vida, el nacionalismo; todos los demás son valores que he asociado a ese valor central.

LF: En términos de este nacionalismo, Porfirio, el problema, por ejemplo, con América Latina, es que los nacionalismos son artificios que vienen después de que se establece la república y deviene artificialmente en nación.

PML: Soy terriblemente latinoamericanista, porque en el fondo somos la misma nación. Claro, mi nacionalismo no es mexicano en un sentido propio; mi nacionalismo es mexicano como expresión última, como expresión concreta, de la misma manera que soy chilango. Tengo un nacionalismo latinoamericano y tercermundista muy arraigado. Para mí es evidente que tenemos dos tipos de seres humanos desde el siglo XVI hasta acá: aquellos que fuimos dominados y aquellos que nos dominaron. Para mí es una afrenta personal que haya habido un “tribunal de la sangre”, que se haya medido el peso de la sangre para darte un empleo en México; es una afrenta a mi raza.

Soy profundamente chicano, no lo niego. Hagan las tonterías que hagan, tengan los hallazgos y los errores que tengan, ellos son el fruto y las víctimas de una forma de dominación de una raza sobre otra. Fui profunda y emotivamente solidario con Martin Luther King, cuya personalidad me fascinó en mi juventud. Me sentí vinculado a la Revolución argelina; me siento muy cercano, y no literariamente, a los pueblos de África. Soy un tercermundista de corazón. Hay una enorme lucha que dar por los pueblos oprimidos.

En la medida en que una mujer puede ser feminista, hay luchas por la dignidad humana que tienen que darse en todos los terrenos. A veces me pueden hacer sonreír los excesos del feminismo, pero no puedes desconocer que en el corazón de la lucha feminista hay una profunda reivindicación de la dignidad del ser humano, de un género humano que se llama mujer.

Me parece que el hecho de que se haya considerado que algunos pueblos podían ser sometidos al esclavismo, a dominación política, que podían ser sometidos simplemente porque otros tenían mayor poder o mayor capacidad tecnológica o un derecho divino para someter a los demás, es contrario al principio esencial de la dignidad del ser humano.

La lucha central de nuestro tiempo en la que me he ubicado es la defensa de la dignidad de los países oprimidos, empezando por el mío. Mi nacionalismo mexicanista no es un chovinismo; México para mí es un *outstanding example* del sometimiento colonial y de la lucha de la liberación colonial, nada más y nada menos.

JW: ¿Qué significa, desde el punto de vista ético, cambiar de una militancia intensa en el PRI a otro partido?

PML: Es lo más ético que existe, que reconozcas los límites de una pertenencia o de una asociación a algo y te cargues del valor civil para deslindar dentro de ti mismo aquello en lo que puedes seguir estando de acuerdo con la organización a la que perteneciste, de aquello en lo que no puedes estar más de acuerdo. Es un profundo deslinde; es como un cambio de Iglesia.

Puedes cambiar de un partido a otro, es admisible —conozco a muchas personas que han pasado de republicanos a demócratas y al revés—, siempre y cuando este tránsito de un partido a otro sea en defensa de tu línea de acción. Cualquier cambio de punto de vista en la vida es libertario: puedes pasar de ser judío a católico o de católico a protestante, ése es tu derecho. No objeto el derecho de nadie a cambiar de filosofía, de religión.

Ahora, un cambio de religión o de partido —que son distintos— tiene una justificación y un valor incluso ejemplar cuando tus convicciones son incompatibles con las tendencias generales de la asociación a que perteneces. Y la prueba de que tuvimos razón y que nuestro cambio tuvo un valor ejemplar es que lo menos importante de nuestra salida del PRI fue que se hayan salido Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez o 20 dirigentes más, sino que se salieron cinco millones de personas; la prueba de que había ya una incompatibilidad histórica entre ciertos valores y esa organización es que la mitad de

sus miembros, del más importante y grande partido de América Latina, se salieron con nosotros. Si nos hubiéramos salido solos, habríamos sido excéntricos, locos u oportunistas. Había una razón objetiva e incluso diferida: nos tardamos en salir por la enorme inercia del sistema, nos pudimos haber salido 10 años antes.

JW: ¿Hubo muchos dentro del partido que estaban inconformes y sólo esperaban que alguien tomara la iniciativa?

PML: Es una manera legítima de decirlo, pero no es toda la verdad. Que estaban esperando al Mesías: no es así. Eso lo vemos en la historia sagrada. Es una combinación de factores. Un joven estudiante mexicano que cursa un doctorado en Madrid, hijo de una amiga que acaba de llegar de México, me dijo: "Licenciado, ¿sabe qué impresión me traigo al llegar de México? Que es como una olla exprés llena de vapor que sólo espera que se abra un orificio para que salga todo. Por algún lado va a salir". Esta imagen es más cierta. Había en la sociedad una presión horrible que estaba esperando un desfogue: un partido político, un movimiento, una organización, un liderazgo, una alternativa, una opción, comoquiera que la llames.

No lo concentraría sólo en la figura del líder. Cuauhtémoc resultó enormemente carismático y por fortuna correspondió a esas aspiraciones en una medida importante; pero también es cierto que nuestro movimiento estuvo bien planteado ideológicamente y que, además, había un subconsciente histórico dentro del PRI, muy antiguo, que sabía que el país podía cambiar el día que hubiera una ruptura orgánica del partido.

Había la expectativa histórica de una eventual ruptura del PRI como paso hacia la democratización del país y una gran presión social provocada por una pésima política. Diría que en esta década el país transitó de una tendencia incluyente del sistema político a una tendencia claramente excluyente, con todo lo que eso implica: de la inclusión de grupos, de clases sociales, de tolerancias, de cooptaciones, a una política francamente aristocratizante y excluyente. Estoy absolutamente convencido de que el régimen de De la Madrid es una ruptura histórica como no había conocido el país desde la Revolución, en el que hay un cambio completo.

El diplomático

(22 de diciembre de 1987 y 20 de diciembre de 1988)

Doctrina Estrada. Resolución sionismo-racismo. Significación de México en el Tercer Mundo. Posición de México en el caso de las Alturas del Golán: votación apegada a principios. La cuestión de la OPEP. México-EUA: la special relationship. Migración y factores de expulsión y de atracción. El SELA. Fundación del SELA e integración del G-8. Negociaciones Económicas Internacionales y Plan de Energía. Invasión a Afganistán e ingreso de México al Consejo de Seguridad. Fricciones con Jeane Kirkpatrick. Wojtylopochtli: la candidatura a la Secretaría General de la ONU. Conflicto de las Malvinas. Fin del sexenio de López Portillo y principio del de De la Madrid. El G-77. El calling name en resoluciones de origen colectivo. El diplomatic incident magnificado.

DOCTRINA ESTRADA

JW: Tu primera experiencia en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) fue durante la visita de Echeverría. ¿Cuál fue la posición de su gobierno frente al golpe en Chile y el gobierno de Augusto Pinochet?

PML: La posición es que no existe el gobierno de Pinochet: no nos arrogamos el derecho de sancionarlo ni de desconocerlo. No tenemos relaciones diplomáticas con él. Se acabó.

JW: En esa época también surgieron críticas a Echeverría. Veían contradicciones en su política exterior y, según decían, en algunos casos violó la Doctrina Estrada.

PML: Era un argumento de la derecha. Eso lo manejó mucho *El Heraldo*.

JW: ¿Puedes darnos tu punto de vista sobre este asunto?

PML: Ah, completamente. La acusación contra Echeverría es una vieja tesis de la reacción. Manuel Clouthier la acaba de sacar otra vez, hablando de “mi paisano Genaro Estrada”. La Doctrina Estrada es la teoría del reconocimiento de gobiernos: dice, nada más, que un Estado no tiene el derecho de reconocer ni desconocer la existencia de un gobierno. Es una réplica mexicana y latinoamericana a una práctica diplomática estadounidense: “Reconozco al gobierno de México o no lo reconozco”, que, además, no inventó Estados Unidos —por favor—, sino las potencias europeas.

Uno de los grandes problemas de la independencia de México es que España no reconoció al gobierno emanado de aquella lucha. Cuando llegó la expedición de Paredes y Arrillaga, en 1848, España no solamente no reconoció al gobierno, sino que mantuvo el estado de guerra; mantuvo vigente el ejército virreinal. Estados Unidos heredó la costumbre de grandes potencias y la aplica en América Latina: reconocer o desconocer. De ahí los Tratados de Bucareli.

Lo que dice la Doctrina Estrada es que un Estado no desconoce ni reconoce, pero conserva el derecho de mantener o retirar legaciones diplomáticas. En Chile ni reconocemos ni desconocemos al gobierno de Pinochet, simplemente no tenemos relaciones diplomáticas, que es un problema de naturaleza distinta. Exactamente es la decisión de la ONU respecto a Sudáfrica, que además, en lo que sostiene hay mucha tinta latinoamericana. La ONU no reconoce ni desconoce al gobierno de Sudáfrica; digamos que le suspende derechos.

La prueba de que mantener o no relaciones con un país no es violar la doctrina internacional, es que hay organismos internacionales que han tomado decisiones pidiendo a los Estados miembros que suspendan relaciones, como en el caso de la resolución en materia de Cuba. O voy más allá: sanciones, por ejemplo, como en el caso de Sudáfrica, que se han aprobado a nivel de la Asamblea —claro, no del Consejo de Seguridad por el veto estadounidense o el británico—. Hay sanciones

votadas por mayoría en el Consejo de Seguridad donde piden los cinco tipos de sanciones contra Sudáfrica: relaciones económicas, petroleras, etc., y suspensión de relaciones.

La doctrina internacional no considera que la suspensión de relaciones sea equivalente al reconocimiento del gobierno; esto es el abecé en materia internacional. Ni México ni ningún país del mundo, ni en la ONU ni en la Organización de Estados Americanos (OEA), viola la doctrina internacional porque pida o recomiende que se tengan relaciones diplomáticas.

JW: Pero Echeverría explícitamente dijo que no reconocía a Pinochet.

PML: No, es absurdo. La Secretaría de Relaciones Exteriores es la más cuidadosa y los libros más importantes en materia de reconocimiento de gobiernos son mexicanos, son doctrina mexicana.

JW: Entonces, ¿cómo fue el argumento de la derecha?

PML: Se retiró. El que estuviéramos violando la Doctrina Estrada fue demagogia, no la estábamos violando. Lo diré de otra manera, y añadiría algo en honor de Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa: tiene un libro excelente sobre esto donde dice algo importante que ya es doctrina internacional, citado en muchas universidades del mundo —no sólo Castañeda; son varios juristas—: en el momento que uno acepta por su voto la inscripción de un Estado en la ONU y el registro de representantes de ese Estado, admite implícitamente que ese gobierno existe. Cuando me siento junto a un embajador de Chile en la ONU, dialogo con él y no lo desconozco como embajador, estoy reconociendo que ese gobierno existe aunque sea un gobierno *de facto*. Una cosa es que exista, y otra que no tenga relaciones con él: son dos cosas de naturaleza distinta.

México nunca ha hecho una moción en la ONU para que expulsen al embajador de Chile. Dudamos en proceder igual en el caso de Granada, pero lo sostuve no a nivel cancillería, sino en diálogo con los embajadores del grupo. Había una corriente en el grupo latinoamericano y en el Grupo de los 77 (G-77)¹ de no dejar sentarse al nuevo

¹ Considerada la mayor coalición del Tercer Mundo en la ONU, el G-77 fue establecido formalmente el 15 de junio de 1964 por 77 países en desarrollo, entre

representante de Granada; incluso, como presidente del G-77 algunas delegaciones me pidieron que quitara el cartel de Granada. Esto no lo consulté ni fue cosa del Estado mexicano, sino de mi propio criterio jurídico: lo pensé una noche, hice mi análisis a la luz del derecho internacional y a la mañana siguiente ordené que se pusiera tras haber condenado en el Consejo de Seguridad, como primer orador, la invasión de Granada. No hay ningún papel sobre esto ni ninguna consulta. Dije: “Se pone lo de Granada”, y mi argumento fue: “Si Granada no está ahí, estoy prejuzgando si ese gobierno existe o no”; ahí sí estoy violando la Doctrina Estrada.

LF: Según sé, es una forma de registrar al Estado.

PML: Claro, el secretario general de la ONU, que es el jurídicamente facultado para recibir credenciales de representantes de los Estados, tiene la obligación máxima de acatar la Doctrina Estrada. Esto lo discutí en la época de Javier Pérez de Cuéllar, que es muy jurista. Le dije: “Javier, en el fondo tú eres la Doctrina Estrada”. “¿Por qué?” “Fíjate: como secretario general de la ONU, a tu oficina llega un cuate después de que hubo un golpe de Estado en Burundi; no sabes ni en qué línea aérea llegó, con una credencial firmada por el coronel que se apropió de Burundi. Llega al protocolo del secretario general, y dice: ‘Vengo a presentar credenciales’. En la práctica de la ONU, ¿quién lo recibe? Se retratan los dos, hay una bandera del país y una bandera de la ONU, y el señor va y se sienta.”

Quien tiene en la práctica a nivel mundial la responsabilidad cotidiana de aplicar la Doctrina Estrada y la aplica *erga omnes*, es decir, en todos

ellos México, con la firma de la Declaración Conjunta de los 77 Países al concluir la primera Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo en Ginebra, Suiza; este número se incrementó hasta alcanzar 135 Estados miembros en 2003. En la actualidad hay 134, con la salida de Serbia y Montenegro, Chipre y Malta. Entre sus objetivos el G-77 promueve la cooperación económica y técnica entre los países en vías de desarrollo, produce declaraciones conjuntas, programas de acción y prepara las resoluciones en las conferencias globales. Sus reuniones se celebran antes del comienzo del periodo regular de sesiones de la Asamblea General de la ONU y cuenta con “capítulos” o representaciones en Nueva York, Ginebra, Roma, Viena, París, Nairobi y Washington. Muñoz Ledo lo presidió de 1983 a 1984.

los casos sin falla, es el secretario general de la ONU. Al aceptar a uno como Estado miembro y que el señor se siente, dialogar con él y admitir que vote, uno está aceptando que ese gobierno existe.

El señor aprieta un botón donde está ejerciendo soberanía. Hay un botón verde, uno amarillo y uno rojo, como los semáforos: el verde es a favor, el amarillo es abstención. El señor vota verde, aparece Burundi a favor y uno recibe el voto registrado oficialmente y lo acepta como tal; el señor está votando a nombre de un Estado miembro. Luego, la mecánica de operación y registro de representantes de Estados miembros, y de ejercicio del derecho a nombre del Estado de ese representante, aceptado automáticamente por la comunidad, es la aplicación de la Doctrina Estrada.

Ahora, de eso a que uno tenga relaciones diplomáticas con esos señores, ya es un problema de cada quien; yo no tengo relaciones con Burundi porque no tengo dinero o porque no me da la gana. Hay países que no tendrán relaciones diplomáticas con 25 Estados porque no tienen el dinero para establecer embajadas y consulados.

JW: Tal vez al denunciar a Pinochet, Echeverría contribuía a que se le juzgara internacionalmente.

PML: Juicios podemos tener. Esto López Portillo lo explicó mejor que nadie cuando lo de Somoza: "Nuestra memoria histórica habla por nosotros: desconocemos a Somoza y hoy no tenemos relaciones con Pinochet, porque en nuestra memoria histórica nos acordamos de Victoriano Huerta". Como digo: juicios se pueden tener. Por ejemplo, expresé juicios gravísimos sobre el estado del gobierno de Sudáfrica como embajador en la ONU y sin violar la Doctrina Estrada. Gravísimos juicios, y no sólo míos; los han expresado en voto y en discurso 98% de los Estados miembros de la ONU cada año. Si uno va al debate sobre Namibia verá que, salvo el delegado estadounidense, que es muy *mild*, así como los delegados británico e israelí, que son igual de *mild*, todos los demás Estados miembros del mundo, incluyendo a Francia, Egipto, Argelia, India, China, Uruguay, Paraguay, Venezuela y Bolivia, hacen una condena contra Sudáfrica por un hecho de jurisdicción interna del Estado, que es el *apartheid*.

En el sistema de sanciones a cargo del Consejo de Seguridad, las hubo cuando en Rodesia se levantaron con la independencia, lo que es Zimbabue; son sanciones que aprueba toda la comunidad internacional, es decir, sin veto estadounidense ni británico, fincadas en la Resolución 421 de embargo de armas a Sudáfrica, sanción que permanecerá mientras subsista el *apartheid*.

JW: ¿Cómo participaste en el Comité de Embargo de Armas a Sudáfrica?

PML: Presidí ese comité. Cuando estaba en el Consejo metí cinco iniciativas; las 13 grandes potencias me vetaron cuatro y Estados Unidos sólo una. Las únicas sanciones vigentes son por conductas internas de los Estados. Puedo criticar en la ONU al gobierno británico por las Malvinas, pero también puedo criticar a un gobierno por conducta interna, como cuando se aprueba una resolución sobre derechos humanos en El Salvador y hay 70 u 80 discursos. Ahí está la crítica.

En mis reflexiones nocturnas —me gusta teorizar— descubrí un caso curiosísimo, así, de Ripley: en el sistema de la ONU, todas las propuestas de sanciones están vetadas; siempre hay alguien que veta las sanciones, no importa contra quién sean. Las únicas sanciones vigentes en el sistema de la ONU son contra Sudáfrica, y no por su conducta internacional sino por la conducta interna del gobierno sudafricano. Esto quiere decir que no hay veto de ningún miembro permanente del Consejo por alguna conducta internacional de un Estado miembro, pero sí por su conducta interna.

Criticar al gobierno de un Estado miembro es parte de la práctica y de la filosofía de la doctrina de la ONU cuando hay razones para ello. Por ejemplo, el delegado estadounidense en la Segunda Comisión, un muchacho realmente simpático de San Antonio, cuando fui presidente del Comité me recibió con un discurso de agresión al gobierno de México por la política petrolera, y todo lo que hice fue reírme sin contestarle, pues eso es normal en la vida internacional. Hablar mal de Pinochet, si me da la gana lo hago en nombre del Estado mexicano, porque eso no es problema alguno y nada tiene que ver con la Doctrina Estrada; puedo criticar y censurar la conducta reprochable de un Estado miembro

en orden a la violación de principios internacionales, fundamentalmente la Declaración Universal de los Derechos del Hombre.

JW: Se puede discutir siempre con el espíritu de la Doctrina Estrada, y uno debe reconocer y desconocer ciertos gobiernos sin mucha bulla para mantenerse dentro del espíritu de esa doctrina; de otro modo, cuando se les desconoce en medio de muchas críticas, se rebasa el mero desconocimiento, que debe ser el desconocimiento *de facto*.

PML: Así lo hice.

JW: No lo dudo; nada más estoy diciendo que es una condición.

PML: Claro, pero no creo que los hechos correspondan a la verdad. Quiero dejar una constancia fáctica: el secretario de Relaciones Exteriores de México viajó a Santiago de Chile con posterioridad a la caída de Allende.

JW: ¿Emilio Rabasa?

PML: Claro, y tuvo varias conversaciones con la cancillería y con el propio Pinochet con el pretexto o razón de liberar a los prisioneros de la isla Dawson, cosa en la que no estuve de acuerdo. No se supo mucho porque, en una especie de extraño paralelismo, coincidió con la ida de Rubén Figueroa en busca de Lucio Cabañas. *Remember: history is history*. Similitudes con la “guerra sucia” y con ese viaje de Figueroa a la sierra de Guerrero; era la manera como el licenciado Echeverría operaba las cosas.

JW: ¿Qué pasó con Rabasa?

PML: Después de la caída de Allende, Rabasa nunca debió ir a dialogar con el gobierno de Chile; al contrario, se debió haber sido mucho más rígido y tajante. Cuando llegué a la ONU ya había una enorme tolerancia hacia los chilenos.

No me arrepiento de haber sido duro; tenía una política mucho más restrictiva para ellos en el acceso a puntos internacionales. Se había ablandado mucho la posición, pero le volvimos a dar enorme vida; la Resolución sobre Derechos Humanos en Chile había bajado a 68 o 70 votos y yo la elevé a 104. Tengo mis medallas anuales de la Unidad Popular Chilena, y quiero dejar constancia de mi absoluto afecto y lealtad por ella, de la que me precio de ser amigo. Hago todo lo que está en mi mano por contribuir a su unidad y a su fraternidad, e incluso a la

fraternidad con partidos democráticos chilenos que no son miembros de Unidad Popular.

LF: ¿A qué se debió el enfrentamiento de la burguesía mexicana con Echeverría cuando esta sacó el argumento de la violación a la Doctrina Estrada como elemento de crítica?

PML: Fueron pretextos, porque la burguesía mexicana no tiene nada que ver con el problema de Pinochet.

JW: ¿Recuerdas aquella carta que en el último año de Echeverría publicaron e hicieron circular entre los altos círculos del poder estadounidense, donde se criticaban muchas de las más importantes definiciones políticas de su gobierno?

PML: Sí, el autor y promotor era un médico estadounidense; tuve acceso a ese expediente y lo conocí. Una especie de pre-Helms que había estudiado en Boston, era diputado y conservador, con una red de información con el sector empresarial mexicano. Hubo quien lo visitó en su oficina y me lo contó; él le enseñó los expedientes. Estaba alimentado por estos mismos sectores internos de México y, claro, obedecía también a cierto tipo de presiones que se ejercen en Estados Unidos.

JW: ¿Percibiste si ese comportamiento de lo que llamas “la burguesía mexicana” provocó alguna situación de enfrentamiento entre los gobiernos de Estados Unidos y México?

PML: No hablaría de enfrentamiento. No creo que la relación con Estados Unidos haya llegado al nivel del enfrentamiento, el hecho de que hubiese un senador o un diputado con 60 firmas no entra en el contexto de las relaciones; puede llegar a ser una presión más o menos consentida por el gobierno estadounidense, en ocasiones ni siquiera es eso. No hablaría de un enfrentamiento entre los dos gobiernos en la época de Echeverría. Fricciones las hubo, malentendidos los hubo, pero enfrentamientos no.

Desde luego, hubo un cambio de actitud del gobierno de México desde fines de 1971; una mayor independencia. Estuve en Washington con la visita al presidente Nixon, asistí de cerca a las conversaciones, hablé con Nixon sobre un asunto interesante, que son las comunidades méxico-norteamericanas, de acuerdo con el presidente Echeverría,

porque él quiso que hablara con un mexicano que conociera del tema; es la única vez que he estado en la Oficina Oval. Vi de cerca el desarrollo de los acontecimientos y en ningún momento tuve la sensación de que hubiera un espíritu de enfrentamiento o tensión.

JW: ¿En qué año fue?

PML: Caramba, todavía estaba en Presidencia o ya había entrado a la Secretaría del Trabajo, así que pudo haber sido hacia agosto o septiembre de 1972, no recuerdo bien; fue después de Japón y antes de Chile, había mucho sol en el prado de la Casa Blanca. Las conversaciones fueron cordiales, constructivas. El discurso del presidente Echeverría en el Congreso no fue agresivo; tuvo una frase fuerte pero fue muy aplaudida por el Congreso.

Era la época en que Kissinger volaba de un lado a otro en la nueva diplomacia, resolviendo problemas con los chinos. Nixon acababa de ir a la Unión Soviética, lo recuerdo bien porque fue con una gabardina igual a la que acabo de perder 15 años después de que la compré en una tienda al lado de la Casa Blanca; la vi, me encantó y la compré. “Hace tres meses un hombre que entró igual que usted, vio la gabardina y con la misma decisión la compró”, me dijo el vendedor. “Es que es muy bonita. ¿Y quién fue?” “Richard Nixon —me dijo—. Es con la que fue a Moscú. Mire, aquí está la foto.” Era la que traía puesta, esto es exacto. La perdí hace un mes.

Esto es una anécdota, pero la frase clave del discurso del presidente fue: “No me explico cómo Estados Unidos puede resolver rápidamente problemas difíciles con sus enemigos, y no quiere resolver problemas fáciles con sus amigos”. Ahí se paró todo el Congreso a aplaudirle. Esto no es una agresión, era como decirles: “Resuelven problemas con los rusos y con los chinos, con media humanidad, ¡y no pueden resolver un problema con nosotros!”

Las conversaciones fueron cordiales; el gobierno de Washington no solamente aceptó sino que, por cosas que ocurrieron, propició un viaje del presidente por la Unión Americana; estuvimos en Chicago, San Antonio, Los Ángeles, donde fuimos excepcionalmente recibidos con una cena colosal por el gobernador, que es un señor del que todo

mundo se ha olvidado: se llamaba Ronald Reagan. La cena fue del gobernador y el municipio en la casa de Mickey Rooney, en las colinas de Hollywood. En toda la Unión Americana fuimos muy bien recibidos, y tuvimos alguna conexión con las comunidades México-americanas. Me adelanté con Jorge Bustamante a hablar con las comunidades —fuimos adelantándonos en cada ciudad, desde Chicago—, y no recuerdo ningún enfrentamiento.

RESOLUCIÓN SIONISMO-RACISMO

EMW: ¿Qué pasó con la resolución llamada de sionismo-racismo?

PML: Eso fue mucho después de aquella visita. Siempre que en la ONU se presenta un nuevo tema los Estados se definen. En el caso de sionismo-racismo hay una serie de acontecimientos desafortunados que no le ocurrieron solamente a México sino a otros gobiernos. La resolución de sionismo-racismo aparece en la Conferencia de la Mujer, en México —en circunstancias que desconozco porque no estaba entonces en eso—, y fue votada en ese sentido por la mayoría de los países; México también lo votó así, y entonces, cuando pasa a la aprobación de la Asamblea General de la ONU, por una tradición de la diplomacia de casi todos los países de no cambiar su voto, vuelve a votar igual, pero en un foro de mayor envergadura.

EMW: ¿En la Conferencia de la Mujer de 1975?

PML: Exacto, en la reunión de México en 1975 aparece esa resolución. Por razón de que estaba manejando la Conferencia, México votó con la mayoría.

Te digo mi opinión personal sobre la materia, que no es la de la diplomacia mexicana: México votó en razón de que era el país huésped, de que la mayoría de Estados miembros votó en ese sentido, y después sé que hubo —no me consta: estas cosas son confidenciales— diferencia de opinión en la cancillería, pero predominó la idea de que si lo habíamos votado en un lado, lo teníamos que votar igual en otro. Hay un principio de congruencia.

Creo —y el problema de sionismo-racismo ya está superado en la ONU— que hubiera votado abstención, es decir, desde mi criterio, pero no quiero censurar a la diplomacia mexicana y voy a decir por qué: lo habría hecho así porque una cosa es juzgar hechos de los Estados, conductas objetivas, y otra cosa es juzgar filosofías de los Estados. Hay un matiz.

En el caso del sionismo hay un factor adicional. Cuando se usa una expresión que no tiene una connotación de diccionario, las interpretaciones son diversas; si dice *racismo*, todo mundo sabe qué es racismo; si dice *criminalidad*, todo mundo sabe qué es criminalidad. A partir de mi experiencia, sobre todo viviendo en Estados Unidos, descubrí lo que para mí es la clave de este asunto tan controvertido.

La palabra *sionismo* tiene distintas acepciones, de acuerdo con la perspectiva cultural desde la cual se la vea: está la de los árabes y otros, para los que el sionismo es una doctrina expansionista. En ese sentido, yo mismo estaría identificando la violación de los principios de la ONU, pero ocurre que no es la única acepción y que, en su origen, sionismo es el movimiento de la diáspora tendiente a establecer un Estado nacional de Israel; es muy claro en mi vivencia en Estados Unidos, y por lo que hace al concepto del judío norteamericano, que sionismo es el derecho del pueblo de Israel a establecer un Estado propio. Si ésta es la acepción correcta, obviamente el voto fue equivocado por la sencilla razón de que la ONU, independientemente del juicio que nos merezca y con el voto de nuestros Estados, aceptó la creación del Estado de Israel. Así que no solamente es eso sino que, desde el punto de vista jurídico, ese Estado es una creación de la ONU.

Entonces, si sionismo quiere decir una filosofía de la diáspora del pueblo judío tendiente al establecimiento de un Estado israelí, no podemos condenar al sionismo, ya que el Estado de Israel fue una criatura de la ONU; si por sionismo entendemos una filosofía expansionista, entonces ya se puede discutir. Por eso, en ese tipo de resoluciones no hay que meterse con palabras que tienen distintas acepciones, porque podemos incurrir en errores; jamás volvería a recomendar votos sobre conceptos que no están suficientemente esclarecidos. A esa resolución se le debería haber puesto una nota al pie de página: “Por *sionismo* debe

entenderse...”, de modo que no vamos a poner “sionismo”, y vamos a definir el hecho. El lenguaje es importante en una resolución. Un principio básico en las resoluciones de la ONU debe ser la claridad al definir el hecho y no la calificación.

Estamos condenando esto, la invasión de las Alturas del Golán, que ocurrió del día tal al día tal, sin llegar a acciones de guerra, porque se condena o se absuelve; estamos condenando la invasión de Budapest en tal día, estamos condenando la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán, es decir, no estoy condenando el imperialismo soviético. México votó y fue el que pronunció el primer discurso de condena por la invasión a Afganistán en la Asamblea General, indicada de una manera clarísima; fui cuidadoso en el lenguaje. Es el error técnico de esa resolución —lo saben mis amigos árabes—; claro que en un momento conflictivo sale la resolución y hay una mayoría, hay un conflicto internacional y sale. No veo mala fe de la cancillería, Rabasa es un hombre riguroso. ¿Para qué iba a pelearse con Israel? No tenía sentido.

Hay veces en que errores así se escapan porque la verdad es que hay ciertas resoluciones que no son motivo de tanta reflexión política como se supone, ni llegan al presidente de la República; a veces es un director general que, viendo el antecedente, dice: “Montones de télex se mandan a diario; hay a veces 20, 40 resoluciones en un día sobre tal cosa. Tantas resoluciones que desechamos, y a veces sale de repente de un día para otro”. Entonces se ve en el expediente: “Votamos en tal sentido”. Estoy seguro de que no se reflexionó bien y que se actuó de buena fe a partir de un error inicial, y el error inicial es la naturaleza de la resolución.

Para mí ha sido ejemplar, en cosas que ocurrieron después de muchos años en la ONU, siempre preocuparme por la definición del concepto. Si es necesario, una nota de pie de página: mejor diga de qué se trata y no nos expongamos al famoso pleito sionismo-racismo, un pleito fantástico que no tuvo que ver con México; muchos Estados se vieron atrapados en ese problema. Esto sirvió de pretexto a personas que alentaron y alarmaron a los intereses financieros judíos en Estados Unidos, en combinación con otros más; hubo el famoso boicot y todo el escándalo, pero

no puedo ver en ese voto un acto de agresión del gobierno de México contra Estados Unidos, eso sí está excluido.

JW: ¿No fue echarle gasolina al fuego el viaje de Rabasa a Oriente Medio? Aunque visitó Israel, se encontró con Yasser Arafat.

PML: No seguí de cerca el viaje a los cuatro continentes. Me parece que esa visita al Oriente Medio estuvo animada por el deseo de tener un papel mediador; hay que entender que el licenciado Echeverría ya se concebía entonces como un líder con influencia mundial. En lo personal no me parece que haya sido particularmente afortunado ese viaje, pero sé, por los asesores que entonces tenía, que había la esperanza o la buena fe de mediar, hay quien me llegó a decir que iba a resolver el conflicto de Oriente Medio. No se olvide que eso estaba en el contexto de una posible candidatura a la Secretaría General de la ONU.

SIGNIFICACIÓN DE MÉXICO EN EL TERCER MUNDO

JW: ¿Y qué logró México en esa dirección?

PML: En ese momento México empezaba a actuar, a tener un protagonismo internacional al cual no estaban acostumbrados. Llegó a ser el país más importante del Tercer Mundo, la quinta potencia mundial; todo mundo lo reconoció como un país poderoso e influyente, en votaciones y en todo. Hubo un momento en que no se elegía a nadie si nosotros no queríamos. La capacidad fenomenal del liderazgo que tiene México es definitoria en la política mundial.

Respecto del Estado de Israel y de Palestina, es una resolución firme de la ONU —incluido el Consejo de Seguridad— sustentar el derecho del pueblo palestino a establecer un Estado en territorio de Palestina. No cabe la menor duda, hay un derecho. La Resolución 242, que todo mundo acepta, establece por igual el derecho del Estado de Israel de vivir en fronteras seguras y reconocidas. La Resolución 242 va conectada con la 241; éstas las votan todos los Estados. Lo último tiene que ver con la solución jordana, lo segundo tiene que ver con el problema histórico de la existencia de un Estado palestino, y lo primero tiene que

ver con el derecho a la autodeterminación. Son tres elementos en la resolución universalmente aceptados, no tienen por qué asustar a nadie.

LF: Pero ¿no era inoportuno entrevistarse con Arafat?

PML: Tengo excelentes relaciones con miembros del Estado de Israel y también he tenido el gusto de platicar con Arafat. Esto es normal. Hay un representante de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en la ONU que tiene acceso a todas las reuniones y que está aceptado por la Organización. Lo que se diga en Estados Unidos por razones internas no le interesa a nadie, ni al gobierno de Argentina, ni al francés, ni al argelino, ni al filipino; eso es para todos los miembros de la ONU. Hay una representación, el derecho absoluto, indiscutible, reconocido por la ONU, del pueblo palestino de crear un Estado en Palestina; eso no tiene discusión a la luz del derecho internacional. Que un Estado miembro que se llama Estados Unidos haga un conflicto por presiones internas no es nuestro boleto, no se confundan.

Hay resoluciones que han sido vetadas, otras no, pero se hace de una manera casi unánime, y la resolución de Palestina está reconocida por la comunidad internacional. Ahora, la manera de proceder en una negociación es otro problema, y para esto hay que tener mucho cuidado en las formas. Jorge Castañeda y yo tuvimos en la ONU una muy buena y larga conversación sobre estos temas y muchas cosas del pasado con Yitzhak Shamir, el primer ministro, que antes había sido ministro de Relaciones y volvió a serlo con Shimon Peres, donde todo esto se aclaró *après quoi*.

JW: ¿Recientemente?

PML: Creo que fue en 1981. Recordamos una minuta de una conversación de Alfonso García Robles² con Yigal Allon, que había sido ministro, donde había quedado la posición de los dos países. La posición

² Alfonso García Robles (1911-1991). Diplomático y jurista. Premio Nobel de la Paz 1982. Subsecretario de Relaciones Exteriores 1964-1967. Presidió la firma del Tratado de Tlatelolco (1967) contra las armas nucleares en América Latina. En 1977 representó a México en la conferencia donde se firmaron los dos protocolos adicionales a la Convención de Ginebra de 1949, relativos a la protección de las víctimas de conflictos armados.

nuestra con Israel fue clara; yo intervine en parte de esa conversación. “Señor ministro, nuestras relaciones bilaterales y nuestras relaciones multilaterales son de naturaleza distinta; igual con ustedes que con Estados Unidos, con Rusia o con Guatemala”, que era un ejemplo importante entonces. Buscando siempre buena relación con Guatemala, votábamos en favor de Belice por el asunto de los derechos humanos; en ningún caso votaremos ya en contra de principios.

Teníamos en ese momento el primer lugar en estadísticas elaboradas por especialistas de la ONU, que están publicadas; ahí consta el primer lugar mundial durante cuatro años. Para otorgar ese reconocimiento se hacía una clasificación de todas las resoluciones de la ONU, así se determinaba cuál era el voto ideal conforme a la ley y a los principios, y durante cinco años México obtuvo 100%, es decir, el primer lugar mundial en principios. Así que seguí diciéndoles: “Nosotros no violaremos el principio internacional, y no vamos a ceder un centímetro por una presión bilateral frente a Estados Unidos ni frente a ustedes. Si quieren ser nuestros amigos, *okay*, si no quieren, *goodbye*”.

JW: ¿Podían afectarse las ventas de petróleo?

PML: No, ya les estábamos vendiendo 50% del petróleo; tenemos las mejores relaciones bilaterales, somos amigos, tenemos buen comercio, nos respetamos de individuo a individuo, pero en materia de la resolución estrictamente votamos conforme a principios. Y era importante definir eso con Israel sin enfrentamiento. Quise que todo estuviera en tono respetuoso; de otra manera, si cedemos a una presión del embajador de Israel o si Estados Unidos —que es el más insistente— nos pide cambiar nuestro voto por lo que hace a Chile, tendríamos que hacerlo. Guatemala era un buen ejemplo, porque los guatemaltecos eran nuestros cuates, eran cercanos y queríamos tener la mejor relación con ellos; nos lo pedían por ser vecinos y esto era importante, lo sostuve hasta el último día y los ayudé en todo lo que pude, pero en materia de principios nunca cedimos y mis amigos embajadores y ministros guatemaltecos siempre supieron nuestra posición y la respetaron. Les decía: “Mira, si te hago la valona, con más razón luego se la tengo que hacer a los gringos, y me caen los franceses, que tienen cantidad de comercio y de

relaciones con México, y ve cómo estuvieron presionando tanto tiempo en el asunto de Argelia”. Ésta es una de las presiones que hizo Francia sobre México, es parte de la historia de la diplomacia con América Latina; así que tendría que ceder, enseguida me caen los rusos porque son cuates, y entonces ya se destruyó la política de principios.

La política de principios es como la virginidad, es cero; hay o no hay. Ahora, interprétenlo como quieran; por eso no hay que meterse en interpretaciones equívocas. Todos los votos de México en materia de Oriente Medio los firmo con sangre si son apegados a principios y a la ley: votar de otra manera hubiera sido un error.

POSICIÓN DE MÉXICO EN EL CASO DE LAS ALTURAS DEL GOLÁN: VOTACIÓN APEGADA A PRINCIPIOS

JW: Mencionaste, sin detenerte a explicar, la posición de México en el caso de las Alturas del Golán.

PML: Recibí indicaciones del secretario de Relaciones Exteriores la noche del 4 al 5 de febrero de 1982, de cambiar el voto en el problema de las Alturas del Golán debido a una presión fuerte. Me consultaron primero; dije que no y recibí un télex no firmado del secretario en el sentido de cambiar. El último voto que me había tocado en el Consejo de Seguridad era sobre ese tema y dos meses después no podía cambiarlo. Sabía que se venía una crisis económica en el país, así que la mañana del 5 de febrero le hablé a López Portillo a Guadalajara, donde dijo el famoso discurso de ese día, y le expliqué. “Porfirio, estoy con una enorme presión”, y le respondí: “Señor, no puedo votar así, no puedo cambiar el voto de México; pero si hay un problema, los principios son los principios. Se muere uno con la bandera, ni modo, señor. Dígame en qué trinchera me pongo, esto no lo cambio”. Entendió: “Porfirio, no vote”. Lo que hice fue salirme con mi delegación, contra instrucciones; violentaron las leyes, pero con una palabra del presidente. Recibí amenaza de cese y volé a México a hablar con el presidente. Me planté, porque si uno se tuerce una vez, ya se torció siempre, con una sola vez.

La gente no es tonta: en la pantalla aparecen los votos, y los de México son tremendamente significativos; aparece ¡pum!, amarillo; ¡pum!, verde. Al día siguiente todas las cancillerías del mundo observan el resultado de la votación: “Fue tanto; es de notarse el movimiento del voto argentino de tal a tal, seguramente influido por tal; es de notarse la abstención de la Unión Americana” —un cambio de voto suyo es algo muy importante—. Todos los cambios de voto se notan y los significativos se notan más. Esto lo registran la cancillería francesa y la cancillería inglesa, y al siguiente voto puede llegar un embajador y decirme: “Licenciado, les vamos a pedir esto”, y “Bueno, mire...” Por eso uno nunca se puede uno mover de su voto, nunca con N de este tamaño: así, nunca, como las monjas del siglo XIV en materia de principios.

Por eso todos los votos mexicanos en relación con Oriente Medio en que participé, sin excepción, están apegados a principios durante cinco años consecutivos, y tengo el honor de haber recibido un diploma de la Asociación de Profesores de Derecho Internacional y de la organización Planetary Citizens, que premia con el testimonio irrefutable de que nunca se había observado tanta perfección y apego a principios como en los cinco años que estuve en la ONU. Es lo que un país como México debe hacer y, en última instancia, lo único que lo defiende.

JW: ¿Qué pasó con las aspiraciones de Luis Echeverría para la Secretaría General de la ONU?

PML: No creo que fueran reales. Sé que algunas personas manejaron esa hipótesis, pero debido al equilibrio de fuerzas en aquel entonces, no pienso que hubiera mayor oportunidad. Esa secretaría es un cargo delicado que requiere el concurso de los cinco miembros permanentes; si hay un solo veto, no pasa. Con respeto por quienes han sido secretarios generales, que son competentes y algunos brillantes, no creo que los miembros permanentes tengan tendencia a elegir a alguien que proyecte una personalidad marcada o que pudiera, a criterio de ellos, crear turbulencias; veo difícil que una personalidad fuerte todavía, con una gran dosis de criterio personal, pase en las condiciones actuales. Creo que la última experiencia que dejó huella —porque además no sabían de qué tipo de gente se trataba— fue la de Dag Hammarskjöld.

JW: También se habló mucho de que aspiraba al Premio Nobel de la Paz.

PML: Son cosas que siempre se mencionan; igual en la época de Alemán y en la de López Mateos. Es la lambisconería propia del sistema. Se mencionaba ahora con lo de Contadora, y ya ves que se lo dieron a Óscar Arias, que hizo un magnífico trabajo. No creo que éstos sean asuntos relevantes para la historia del país, son chismografía política. No supe que se hubiese presentado alguna movilización diplomática, aunque no debieron faltar *correvediles*, que siempre los hay.

LA CUESTIÓN DE LA OPEP

JW: El asunto del sionismo venía al caso por la discusión de la integración de México a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), cuando inclusive se dijo que la salida de Flores de la Peña fue efecto de presiones de Estados Unidos.

PML: Eso no lo creo. Nunca oí que Horacio Flores de la Peña fuera partidario del ingreso a la OPEP.

JW: ¿Entonces por qué se extendió ese rumor?

PML: El partidario del ingreso a la OPEP era yo, y si hubiese encontrado un buen aliado en el gobierno quizá lo hubiera logrado; sigo siendo partidario del ingreso del gobierno de México a la OPEP y está en la propuesta de la Corriente Democrática. No quiero personalizarlo, pero esto no tiene nada que ver con la política México-norteamericana ni con nuestra relación con el Estado de Israel. Es algo de naturaleza distinta; vemos de nuevo una sobresimplificación, es fruto de la ignorancia conectar ambas cosas.

LF: Hay quienes piensan que esa posición habría provocado roces con Estados Unidos.

PML: No sé por qué iba a implicar roces: entonces mejor no existimos, para no rozar. No sé qué concepto tengas de la soberanía de un país. Hay cosas que yo tengo que hacer, les guste o no les guste; no le voy a preguntar a Estados Unidos si se afilian a la Comunidad Europea. Si no

somos sus criados, somos un Estado independiente. Hay cosas que no se deben preguntar nunca, como si podría haber roce porque yo entro a la OPEP. ¡Por favor, pues de qué estamos hablando! Ahí partes de una perspectiva muy infamatoria de la soberanía nacional, discúlpame que te lo diga. Tenemos el caso de Venezuela, que no solamente es miembro sino creador de la OPEP, y jamás tuvo un roce con Estados Unidos; esos temores son fruto de la cobardía, de la incompetencia. El creador de la OPEP se llama Pérez Alfonzo y es venezolano. Con Carlos Andrés Pérez tuve dos conversaciones sobre este problema y una con Luis Herrera Campins, aparte de mis gestiones de 10 años para entrar a la OPEP.

JW: ¿Cuándo fueron estas reuniones?

PML: En los años setenta, en la Casona, el último domingo en que Carlos Andrés fue presidente de Venezuela. Fue una larga conversación: la verdadera razón son estas presiones de la derecha interna de un país, y también son la razón por la que finalmente no entramos a la OPEP.

JW: ¿En 1979?

PML: Fue nuestro primer contacto formal con la OPEP. Ecuador es miembro de la OPEP; por favor, qué, ¿tenemos menos soberanía que Ecuador? ¿Sabías que Ecuador, que Egipto, son miembros de la OPEP? Egipto tiene relaciones diplomáticas privilegiadas con el Estado de Israel y con Washington; Egipto, que está en el corazón de Oriente Medio. Entonces, ¿por qué va a ser friccionante estar en la OPEP? Son las cosas que se han rumorado en México, y se ha abusado de la ignorancia de la gente. Hay intereses internos, de los que no quiero hablar, que presionan en este sentido.

JW: ¿Cuándo fue?

PML: Fui electo un año después de que el Comité Mundial de Fuentes de Energía se creó, en agosto de 1981. Cuando asumí la presidencia me empecé en que fueran en mi delegación muchachos de origen israelí de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Programación y Presupuesto, porque estaban muy mal informados, y los hice hablar con el ministro israelí. Cinco días antes de que firmáramos el comunicado franco-mexicano sobre El Salvador, volé de Nairobi a París; hice en una semana las dos cosas. Y me los llevé a todos: ahí hablé mucho

con ellos, casi la mitad de mi delegación. Debo decir que influyeron mucho. Esto es una muestra más del mal enfoque que se ha dado al problema de la OPEP. Nada tiene que ver con el estatus de mexicanos muy distinguidos de origen israelí ni con las relaciones entre el Estado mexicano y el Estado israelí, o entre México y Estados Unidos. Es un problema funcional, es el principio sobre el cual tenemos que estar aliados y coordinados con todos los países con intereses semejantes a los nuestros. México es miembro de 13 o 14 organizaciones de productores de plátano, cacao, chicle, chocolate; el problema estuvo en el cambio bárbaro de que México fuera el proveedor 14 de hidrocarburos de Estados Unidos y en sólo cuatro años se convirtiera en el primer proveedor y se quintuplicara la producción del petróleo mexicano. Si hubiéramos entrado a la OPEP, eso no habría ocurrido.

Ya lo había arreglado todo en Nairobi. Era la tercera gestión que hice completa para entrar a la OPEP: la cuarta no me hubiera fallado, pero la indecisión hubo de parar eso. Siempre vi a la OPEP como un mecanismo de control y de información del lado de los productores, pero ingresamos al mundo del comercio del petróleo como aliados de los consumidores, es decir, aliados del otro lado de la mesa.

JW: ¿Cuál fue realmente la posición de Echeverría en todo esto?

PML: Don Luis tenía todavía razones que entendí; la principal era que no quería que fuéramos un país sustancialmente exportador. Claro, no era la única; es la que le dio a Carlos Andrés. El propio Carlos Andrés me contó que habló con don Luis y con don Pepe, pero una vez que fuimos sustancialmente exportadores, ya no había razón para no ser miembros de la OPEP. Jorge Eduardo Navarrete, distinguidísimo embajador mexicano, fue transferido en 1976 de Caracas a Viena para ser nuestro primer contacto extraoficial con la OPEP. Sabe de esto mucho más que yo.

La OPEP no es un club perverso, es una asociación de productores donde hay buenos, malos, regulares, de todo. Hay varios estratos: hay los países superavitarios, los países con problemas de desarrollo, los deficitarios, los países de Oriente Medio, los latinoamericanos, los de derecha, los de izquierda, los asiáticos, ahí está Indonesia; de modo que la

simplificación de lo que es el universo de los productores viene a ser como si nosotros, por no pelearnos con Estados Unidos, nos salimos de la asociación de productores de azúcar.

MÉXICO-EUA: LA *SPECIAL RELATIONSHIP*

JW: Háblanos de tu estancia en la ONU.

PML: El año previo a la ONU me hizo ver desde fuera muchos problemas que había vivido adentro. Si sintetizara mis reflexiones de aquel tiempo, serían las siguientes: en el periodo de Echeverría y en los inicios del de López Portillo había cambiado de modo importante la relación de México con Estados Unidos. 1968 fue el fin de la Guerra Fría en México: esto que los expertos en relaciones México-norteamericanas llamaban *the special relationship* había terminado —sin que nunca haya conocido qué es la *special relationship*—. Se trataba de una relación distinta a la que Estados Unidos sostenía con el resto de los países latinoamericanos, que por un lado estaba caracterizada por su permisibilidad en el sentido de que en algunas decisiones fundamentales México había ido más lejos, para los estándares estadounidenses, que el resto de los países.

Cuando era consejero cultural, se organizó un seminario en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de París sobre nacionalizaciones en América Latina, publicado en un número de la *Revista Francesa de Ciencia Política*, donde participamos varios latinoamericanos; la conclusión a la que llegamos fue que la nacionalización de recursos básicos, incluso el petróleo, había sido posible en México pero no necesariamente era tolerable en Estados Unidos ni en otros países de América Latina. Quería entender una de las primeras dimensiones de la *special relationship*, admitir como hechos históricos irreversibles determinadas conquistas del nacionalismo mexicano, pero esa *special relationship* también tenía como marco de referencia cierto entendimiento político en cuestiones fundamentales, la aceptación de un lenguaje independiente en México, incluso áspero. Recuerdo una anécdota de don Antonio Carrillo

Flores,³ que Lyndon B. Johnson le había dicho cuando iba a ir el presidente de México: “Dígale a su presidente que no me enojo si habla fuerte, que lo entiendo; no entendería que no lo hiciera. Nada más que no vaya a exagerar”. Esta *special relationship* la definía Mario Ojeda Gómez⁴ en una frase: “La relación política entre México y Estados Unidos está definida porque a México se le acepta un grado importante de independencia en cosas que son fundamentales para México. A cambio, se entiende que México no tendrá posiciones ásperas contra algunos asuntos que se consideran esenciales para Estados Unidos”.

¿Y todos los votos mexicanos en la Liga de las Naciones, la actuación de Luis Padilla Nervo,⁵ la de Alfonso García Robles en el marco de la ONU, donde se votaba por principios y eran fundamentalmente temas de descolonización y de derechos humanos? No se consideraba que México se inmiscuyera en esferas políticas; no se le atribuía un liderazgo latinoamericano en el sentido de que adonde México iba, iban los demás, porque el conjunto de los países latinoamericanos apuntaba entonces en el sentido opuesto. Tampoco se suponía que México sería activo en política internacional en esferas que no eran las suyas: no había el reconocimiento de que fuera un protagonista mundial. Años después, López Portillo dijo que México había ido de una política exterior pasiva a una activa, entendiéndolo por ello que aun siendo consecuentes en la defensa de los principios, no se nos suponía con un activismo internacional.

³ Antonio Carrillo Flores (1909-1986). doctor en derecho. Catedrático y corredactor de la Ley Orgánica de la UNAM (1945). Fue embajador en Estados Unidos (1958-1964) y en la Unión Soviética (1972-1979), así como secretario de Relaciones Exteriores (1964-1970).

⁴ Mario Ojeda Gómez (1927-2013). Licenciado en ciencia política con estudios de posgrado en Harvard (1962), profesor huésped del MIT (1978), investigador huésped del Royal Institute of International Affairs de Londres (1977) y director del Colmex (1985-1994).

⁵ Luis Padilla Nervo (1894-1985). Diplomático. Enviado extraordinario y secretario plenipotenciario en Estados Unidos, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Uruguay, Holanda, Dinamarca y Cuba (1933-1945), delegado ante la Asamblea de la Sociedad de las Naciones (1938), embajador ante la ONU (1945-1952), secretario de Relaciones Exteriores (1952-1958) y juez de la Corte Internacional de Justicia de La Haya (1963-1973).

Recordemos el significado tremendo que tuvo la posición de México en la cuestión de Cuba, que se consideró un punto límite en el contexto de las relaciones México-norteamericanas; este universo se había roto a partir de 1971 y México exploraba una posición nueva en la escena internacional que no necesariamente era del agrado de Estados Unidos. Tampoco había desbordado los márgenes de lo que se podría considerar la permisibilidad: estábamos estableciendo un tipo distinto de protagonismo internacional, al cual no se habituaban, desde luego, ni la diplomacia ni el Estado norteamericano. Lo de la Carta de los Derechos Económicos de los Estados, según lo viví años después como embajador en la ONU, el activismo en la política internacional, los viajes presidenciales, sus deseos de ser un factor de negociación, estaban fuera del contexto de una relación anterior.

Al mismo tiempo, en el país habían ocurrido cosas de las cuales yo había sido el actor o promotor; por ejemplo, había cambiado los arreglos de la Guerra Fría en cuanto a lo que llaman Bosch y Jaguaribe “los nexos del pentagonismo”. Se había ganado autonomía en la política interior del país, en los servicios de seguridad. Había un cambio cualitativo a nivel de los documentos, del debate político, y una preocupación evidente por la definición de México en el contexto internacional, en la relación estadounidense.

Más allá de eso percibí algo fundamental: el cambio de actitud de los centros de pensamiento, que más tarde permeó las decisiones políticas estadounidenses. Fue clara la importancia del trabajo intelectual de la universidad norteamericana respecto a las decisiones que posteriormente tomó el gobierno, es decir, la capacidad de innovación, de percepción y hasta de anticipación que en muchas ocasiones tiene el intelectual estadounidense respecto a las decisiones políticas. Cito aquel trabajo de Richard Feynman, decía dos cosas que me sorprendieron mucho y fueron tema de discusión: que había dos elementos que cambiaban sustancialmente la relación con México, uno la migración y otro el petróleo. Cualquiera se preguntaría: si había migración antes, si había petróleo antes, ¿por qué cambiaron?

MIGRACIÓN Y FACTORES DE EXPULSIÓN Y DE ATRACCIÓN

PML: Respecto a la migración decía que había un reconocimiento que no se hacía público por razones obvias, pero en el análisis académico y político se había establecido que había un cierto fatalismo de la migración en el sentido de que, por más que se hubiera querido combatir, era un fenómeno con el cual había que convivir en términos crecientes, independientemente de la legislación que se adoptara y del cambio en la situación económica en México.

La migración, por razones estructurales, era un fenómeno no solamente con el que había que convivir sino que había que verla, en un largo periodo histórico, como un fenómeno creciente; a ello contribuyeron mucho los primeros estudios de Wayne A. Cornelius. Hay uno que fue muy importante en el sentido de que rompió un tabú elemental: la falta de empleo en México que provocaba la migración, al probar que un porcentaje muy alto de los migrantes tenía empleo fijo, que era un problema de ingreso y que en la medida en que haya diferencia en el ingreso, ese fenómeno se da y no es previsible que cambien los parámetros del ingreso. Es decir, llevar al extremo el argumento de algunos trabajos de Cornelius significaba que aunque hubiera *full employment* en México, habría migrantes, siempre y cuando hubiera diferencia de *income*. Los primeros estudios sobre absorción de mano de obra en Estados Unidos, sobre *pull factors*, son muy importantes. Hasta fines de los sesenta casi todos los estudios norteamericanos sobre migración tienen que ver con los *push factors*, y a partir de finales de los sesenta y principios de los setenta se empieza a ver el fenómeno de los *pull factors*.

En una mesa redonda que tuvimos en la Brookings Institution, 15 expertos de cada lado —estuvieron Víctor Urquidí y Antonio González de León; norteamericanos de muy buen nivel y gente de las agencias, de los sindicatos, de migración y naturalización— concluimos que eran más importantes los factores de atracción que los de expulsión, la diversificación del mercado de trabajo norteamericano, y como causal más estructural de la migración —según un estudio que presenté—, el

desfase entre el avance de la escolaridad en Estados Unidos y la diversificación en su mercado de trabajo.

Puse de manifiesto hasta qué punto, en los 25 años posteriores a la posguerra, cambió de un modo sustantivo el perfil de la escolaridad, el aumento en los años de escuela para el ciudadano común norteamericano, y hasta qué punto se había incrementado la diversificación de las fuentes de empleo, de tal manera que el mercado de trabajo norteamericano era el más diversificado del mundo, desde la más alta sofisticación hasta trabajos que requerían una menor calificación. Ese desfase creó en la Unión Americana un sector del empleo que no podía ser absorbido por sus propios conciudadanos.

Hicimos estudios comparativos sobre los aumentos porcentuales de la migración y llegamos a las conclusiones, con datos oficiales norteamericanos, de que era mucho mayor el incremento, por ejemplo, de la mano de obra que venía del Caribe. En este universo de reflexión concluí que el pensamiento académico norteamericano aceptaba la migración como un hecho creciente. Aquellos trabajos decían que Estados Unidos debía cuidar en el futuro sus relaciones con México, porque fatalmente, lo que ocurriera en México afectaría internamente la vida de Estados Unidos.

El segundo era todavía más interesante: el mundo del petróleo entre 1976 y 1979, cuando Estados Unidos adquirió conciencia de su vulnerabilidad energética. La espina dorsal ideológica y política del gobierno del presidente Carter fue el tema de la energía. Siempre me extrañé y hasta lamenté que en su batalla electoral contra el presidente Ronald Reagan prácticamente nunca usó ese tema cuando tenía, desde el punto de vista del interés norteamericano, las mejores cartas para emplearlo: hizo una excepcional política energética conforme a los intereses de Estados Unidos, pues ése era su deber como presidente.

Estados Unidos adquirió conciencia del horizonte agotable de sus reservas, de su excesiva dependencia respecto del petróleo de Oriente Medio, acicateada evidentemente por el aumento de los precios petroleros, que no perjudicó a la economía norteamericana, antes la benefició e incluso comenzó a hacer rentables las fuentes sustitutivas de petróleo.

De esta conciencia energética surgieron consecuencias importantes. La primera: la necesidad de una política energética norteamericana consistente en la que estuvieran asociados los países del área de Centroamérica; dos: la necesidad de una transferencia lo más completa posible, de una sustitución de las fuentes petroleras de Oriente Medio hacia otras; tercero: la necesidad de la reconversión industrial con motivación energética.

Era una constante de pensamiento: control de velocidad en las carreteras, nueva política automotriz y de combustibles en las ciudades; privilegiar el gas; una regulación muy rigurosa de los precios. Hubo un intervencionismo de Estado en materia de energía que luego el liberalismo reaganiano echó por tierra, pero que tuvo un efecto. En esta política México adquirió otra dimensión respecto de Estados Unidos. Varios factores cambiaron el universo energético: de ser un mercado dominado por los productores pasó a ser dominado por los consumidores, e incidieron en convertir una crisis energética en crisis financiera. Referiré por qué, para que se entienda mi llegada a la ONU y lo que acababa de pasar en México. Uno, hubo una disminución sustantiva y constante del nivel de la demanda de hidrocarburos, una menor demanda en general de la sociedad industrializada, a lo que ayudó la recesión. Dos, el nivel de la oferta, la aparición de dos zonas de producción petrolera que no estaban prácticamente en el mapa: el petróleo procedente de México y del mar del Norte. Tres, los evidentes desarreglos políticos en Oriente Medio, primordialmente la guerra Irak-Irán, que provocó el comienzo de una era de indisciplinas en el seno de la OPEP, de ventas por fuera de los límites de producción establecidos por la OPEP. Y en cuarto lugar, una necesidad creciente de la Unión Soviética de exportar petróleo para financiar su comercio con el mundo occidental y hacerse de divisas; todos éstos factores.

Aumentó sustancialmente la presencia de la Unión Soviética en el mercado de hidrocarburos. Un aumento en la oferta, una disminución considerable en la demanda, y todo esto se produjo con cierta calendarización, con cierto orden; los términos del problema petrolero cambiaron.

Era evidente que México se convertiría —tal es el título de algún ensayo de la época— en zona de seguridad estratégica de Estados Unidos. Surgieron dos conceptos en la Unión Americana: el primero, México como zona de seguridad estratégica, y dos, México como área de interés doméstico de Estados Unidos. La identificación de la política hacia México como *domestic policy* la ubico a fines de los setenta. Estaba en proceso de cambio la relación entre los dos países, México estaba en otra era y los siguientes 25, 30 años, enfrentaría como problema principal su ubicación en esa nueva realidad.

EL SELA. FUNDACIÓN DEL SELA E INTEGRACIÓN DEL G-8

JW: No has mencionado la fundación del Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA)⁶ bajo los auspicios de México y Venezuela.

PML: La fundación del SELA fue en la segunda parte del gobierno de Luis Echeverría. Una idea muy buena; quizá no llegó a concretarse lo suficiente. No se le ha dotado de los instrumentos. Era la idea de que más allá de los mecanismos del libre comercio, de barreras aduanales o de arreglos de comercio exterior, se integraran acciones comunes de los países latinoamericanos en distintos aspectos de la producción y la comercialización.

El SELA fue muy ambicioso en su planteamiento y poco operativo en la práctica; ha trabajado a través de comités de acción de países que se interesan en un proyecto determinado, pero han faltado los mecanismos operativos, que necesariamente tienen que ser empresas de carácter multinacional, unidades de producción que desborden las fronteras de los países; de otra manera se queda a nivel de los Estados. El pecado fundamental del SELA, como el del G-77 en sus proyectos usureros, es

⁶ Fundado el 17 de octubre de 1975 con el Convenio Constitutivo de Panamá. Es un organismo regional intergubernamental integrado por 27 países con sede en Caracas, Venezuela. Su objetivo es promover la coordinación e integración económica entre América Latina y el Caribe, así como concertar posiciones y estrategias en común ante otros Estados, foros y organismos internacionales.

que son alianzas entre Estados a nivel de cancillerías, que no tienen una incidencia real en las decisiones económicas de los gobiernos ni sobre las de los verdaderos actores de la producción en los países. Mientras no se vinculen las empresas públicas con las privadas y los agentes reales de la producción con la actividad económica entre los países, y todo quede a nivel de las cancillerías, es muy difícil que se vaya adelante. El SELA creó alguna reticencia de que México estaba tratando de integrar actividades económicas.

JW: ¿Y actuar fuera de la OEA y dejar a Estados Unidos a un lado?

PML: El SELA no tenía carácter político. Se ha hablado de un SELA político recientemente, y es la prueba de que eso está muy verde, aun 10 años después. Siendo tan relativamente fácil convertir el SELA de organismo económico en político, teniendo ya 33 Estados miembros, hemos tomado el camino más largo para la integración política latinoamericana, que es el Grupo de los Ocho (G-8).⁷ Este grupo lo pensé como mecanismo anual de consulta para presentar iniciativas conjuntas a los países en desarrollo, que se reuniera también a nivel del G-7,⁸ pero nunca como un mecanismo de integración.

JW: ¿Comenzó como G-8?

PML: El G-8 se acaba de reunir en Acapulco.

JW: ¿Cuántos comenzaron con el SELA?

PML: No estuve directamente vinculado con la creación del SELA; fue cerca del fin del sexenio. En algún momento lo vi como una manera de enmendar la plana o de compensar la importancia que tenía la Carta

⁷ Establecido en Río de Janeiro (18 de diciembre de 1986) como un organismo permanente de consulta y coordinación, en el más alto nivel político, a partir de la convergencia de Contadora (México, Panamá, Venezuela y Colombia) y su Grupo de Apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay). No debe confundirse con el bloque de los países más industrializados del planeta, G-7, que con Rusia fueron llamados G-8. Véase la nota siguiente.

⁸ Conformado por Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Japón, Italia y Canadá. Sus orígenes se remontan a 1973, cuando George Shultz, secretario del Tesoro de Estados Unidos, convocó a los secretarios de finanzas de los primeros cinco países; en 1975 se sumó Italia y en 1977 Canadá. Fue conocido como el Grupo de los Siete (G-7) hasta 1998, con la inclusión de Rusia. Sus representantes se reúnen anualmente para analizar la política y la economía mundiales.

de los Derechos Económicos de los Estados, que dominaba el ambiente de la reflexión y la tarea internacional del país. No participé en la planeación, en la negociación ni en la ejecución: me vinculé con el SELA muchísimos años después.

Me di cuenta de la importancia crucial de la política petrolera de México y lo definitorio que sería para el futuro del país que llegara a sustituir, en una proporción importante, a Oriente Medio como fuente de abastecimiento de hidrocarburos de Estados Unidos: el paso de México ha de haber sido del lugar 12 al primero. Fue un cambio sustantivo en la estrategia de la región. En segundo término, no tuve interés en estar cerca de las autoridades energéticas del país en la época de la formulación del Programa Nacional de Energía, que preveía que sólo la mitad del petróleo se vendiera al exterior y a un solo país; hay cifras que se desbordaron.

Llegué a la ONU en un clima muy especial, en el cual el gobierno de México quería por un lado, con el cambio de secretario de Relaciones Exteriores, profundizar un método de entendimiento con Estados Unidos con base en una teoría que estaba en boga: la del análisis de la globalidad. En alguna reunión entre los presidentes López Portillo y Carter se establecieron comités para estudiar distintos problemas. López Portillo era partidario, en la visión intelectual, de ver el problema, como él decía, "en su conjunto", y le propuso a Carter hacer comités para estudiar cada uno de los problemas pendientes entre México y Estados Unidos, comités que se interrelacionaran de los dos lados de la mesa; es decir, ver el problema de emigrantes, estudiar muy bien el de energía, el del comercio, y tratar de llegar a una solución de conjunto. Esto no funcionó en la práctica por la tesis que yo sostenía de que no se podían mezclar peras con manzanas: no se puede cambiar migrantes por petróleo ni comercio por soberanía, por límites o por aguas. No hay en este tipo de relaciones la posibilidad de un *bargaining* entre problemas cuya naturaleza es distinta.

El estudio fue interesante en algunos aspectos, porque se elucidaron algunos temas muy confusos; al menos se partió de datos comunes. Migrantes hizo un buen trabajo. Fue el equipo con Cornelius de

este lado y el Ceniet del nuestro, y cuando menos tuvieron cifras comunes respecto del problema, que son millones: dónde están, quiénes son, cuántos son, por dónde pasan, qué hacen, qué dinero regresan, pagan seguridad social o no la pagan, cuál es su conducta; cuando menos se racionalizó el conocimiento de los problemas, pero una cosa es racionalizar y otra que el estudio sirva para establecer un sistema efectivo de negociación internacional.

Había, por una parte, interés en establecer un mecanismo de relación cordial con Estados Unidos, digno pero operativo; de manera alguna se estaba en busca de los conflictos en lo bilateral. Bien encaminadas o mal encaminadas, por una parte, se estaba en búsqueda de soluciones, pero por la otra se pensaba en disociar o subrayar la posición internacional de México.

Ahí empezó una época en que de una manera más explícita, aunque siempre había ocurrido con la participación de México en la ONU, el lado mexicano subrayó que una cosa es la relación bilateral y otra la posición internacional de México como actor de las escenas mundial y latinoamericana, lo que no siempre ha sido bien visto de este lado, aunque países de tamaño o de importancia semejante al nuestro lo hacen de modo cada vez más explícito.

Recuerdo la última visita de José Sarney⁹ a Washington. En su discurso inicial dijo: “Quisiera conocer los puntos de vista de Estados Unidos sobre la política mundial y hacerles saber las posiciones de Brasil”. Decía “Brasil” como actor mundial, palabras más, palabras menos, que es el tono del discurso de Indira Gandhi¹⁰ en Estados Unidos hace cuatro años. Es decir, India es un actor en la escena mundial con una

⁹ José Sarney (1930). Vicepresidente y presidente (1985-1990) de Brasil. En 1986 instauró el Plan Cruzado para contener la inflación y fomentar el poder adquisitivo de la población, y posteriormente el Plan Cruzado II, el Plan Bresser y el Plan Verano; no obstante, al final de su mandato Brasil estaba sumido en una crisis de hiperinflación.

¹⁰ Indira Gandhi (1917-1984). Hija de Jawaharlal Nehru (1889-1964), tomó el apellido de su marido, Feroze Gandhi (sin parentesco con el Mahatma). Primera ministra de India en dos periodos (1966-1977 y 1980-1984), en 1983 fue electa presidenta del Movimiento de Países No Alineados.

perspectiva propia. Esto no es así en el discurso mexicano, pero en la acción cotidiana está planteado.

En mi ida a Nueva York fue bastante claro el planteamiento que se me hizo para fortalecer el área multilateral de México en un ámbito muy distinto al de la relación bilateral; es decir, la relación bilateral iba por un curso y había que cuidarla, pero por otro lado había que compensar, fortalecer la vida internacional de México como otra esfera distinta de la relación. La primera encomienda que se me hizo fue la del Plan Mundial de Energía.

JW: ¿Quién te encomendó esto?

PML: El presidente López Portillo. Estudié en los archivos de la misión México-Nueva York, en ese mes de agosto, muy buena documentación sobre el tema de la energía. Antes del cambio la cancillería mexicana había planteado una idea muy desafortunada: decía que el petróleo era patrimonio común de la humanidad. Había una corriente en los organismos en torno al tema de las fuentes nuevas y renovables de energía, y mucho rechazo de parte de los propios países de la OPEP a tocar el tema del petróleo en los órganos internacionales, no querían ponerlo en la mesa de las negociaciones.

Estoy hablando de 1979. Había un tratamiento específico del tema de la energía nuclear. Incluso estudié la estructura institucional de la ONU y los organismos, comités, comisiones, fondos donde se analizaba el problema de la energía e hice un plan, que se llamó Programa Mundial de Energía: le llevé al presidente un estudio sobre el programa, lo autorizó y me encargó negociarlo. Esta iniciativa encontró una dificultad muy grande porque, simultáneamente a estos estudios que estábamos haciendo, en la reunión del Movimiento de Países No Alineados (MPNA)¹¹ surgió una iniciativa promovida por el gobierno de Argelia que ocupó varios años de mi vida: las negociaciones económicas mundiales, un proyecto planteado por el MPNA que consiste en definir una agenda

¹¹ Originado tras la Conferencia Afro-Asiática o de Bandung en Indonesia (1955), en el auge de la Guerra Fría; congregó a 29 Estados con la finalidad de evitar alianzas con las dos potencias y defender la autonomía de cada nación, entre otros objetivos.

de los principales temas de la economía internacional: finanzas, energía, materias primas, transferencia de tecnología, problemas de comercio y de proteccionismo. Hacer una agenda para que se negocie en conjunto, frente a los indicios de desorden económico internacional, de un lado de la mesa los países industrializados y del otro los países en desarrollo.

NEGOCIACIONES ECONÓMICAS INTERNACIONALES Y PLAN DE ENERGÍA

PML: El tema de las negociaciones económicas globales surgió por el fracaso del famoso Diálogo Norte-Sur o de París,¹² que tuvo lugar en 1975 por iniciativa del presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing,¹³ y con la cooperación de un gran diplomático y economista venezolano, don Manuel Pérez Guerrero¹⁴ —con quien trabajé muchos años fuera de la ONU—, con un grupo representativo de países para poner en la mesa de la discusión, por un lado, algunos problemas muy sensibles para los países en desarrollo —cuestiones financieras, materias primas, comercio— a cambio de hacer una negociación en materia de energía; en ese momento era muy fuerte el impacto en la conciencia occidental del aumento de los precios del petróleo. Entre varias razones, el Diálogo de París no llegó a feliz término porque los países productores de petróleo no encontraron suficiente materia de negociación para ceder en sus posiciones.

Forman la Liga Árabe 32 países y 43 la Confederación Islámica. Los árabes —*it's too much to say, too little to say*— son un mundo muy complejo. En esa medida había fracasado, porque no encontraron los términos de la negociación. La situación no estaba madura para poner en la

¹² Conversaciones entre el Norte desarrollado (Primer Mundo) y el Sur subdesarrollado (Tercer Mundo), celebradas en París en 1975 para discutir la situación económica y sociopolítica en el ámbito global.

¹³ Valéry Giscard d'Estaing (1926). Presidente de Francia (1974-1981). En 1978 fundó la Unión por la Democracia Francesa (UDF).

¹⁴ Manuel Pérez Guerrero (1911-1985). En la década de los treinta trabajó en la Liga de las Naciones y fue secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, 1969-1974).

mesa el problema del petróleo ni existían las condiciones de los países industrializados, que tenían intereses económicos distintos, para negociar un nuevo orden financiero internacional: no están creadas ahora ni lo estaban entonces. Tuvo el éxito de ser la primera vez que los temas de la economía internacional se vieron de un modo operativo, como elementos de negociación.

Hubo tres momentos: uno, el planteamiento de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que es un ordenamiento ético-normativo. Es lo correcto, a lo que tenemos derecho: “Vamos a normar nuestras relaciones conforme a principios”. Eso es la Carta. Dos: el Nuevo Orden Económico Internacional de 1975, que es la declaración y un programa de acción de las relaciones internacionales todavía más concreto. Y un tercer momento: *the bargaining position*. Ya no se trataba de que “yo tengo derecho a tal cosa y me la tienes que conceder por el equilibrio, por la justicia internacional”; no era tampoco abusar de este programa. Ahí surgieron las ideas del *mutual interest*, del respeto a las posiciones del otro, y se llamaron Negociaciones Económicas Internacionales. Pero no había mecanismos para esa aprobación ni quién comprometiera a los Estados: para eso todavía se requería una reforma de las instituciones internacionales, que era un paso adelante muy grande. ¿Cuál fue la diferencia entre París y La Habana? En La Habana el gran avance fue que el nuevo movimiento convenció a los países petroleros de poner la energía en la mesa de negociaciones; un poco tardío, porque el equilibrio petrolero empezaba a cambiar. Las Negociaciones Económicas Internacionales, cuyo atractivo era resolver el problema de la energía, se hicieron innecesarias porque este equilibrio cambió en favor de los países industrializados.

Llegué a la ONU para negociar la energía, pero me encontré con que, simultáneamente, salió el plan de las negociaciones internacionales y la energía era una parte de ellas; no podía haber un Plan de Energía separado de la negociación. El G-77, grupo parlamentario de los países en desarrollo en la ONU, sean o no alineados, endosó, bajo la presidencia de India, las Negociaciones Económicas Internacionales y se volvió la bandera de los países en desarrollo. Incluso, en un primer momento el plan

mexicano de energía parecía conflictivo con estas negociaciones, y se corría el peligro de que pareciera que estábamos privilegiando la energía sobre los otros temas, con lo cual se llegaría a pensar, maliciosamente, que estábamos haciendo el juego de los industrializados.

Algunos discursos de personalidades del mundo industrializado en la Asamblea de 1979, elogiando nuestro Plan de Energía, nos pusieron en alerta, y con el embajador Jorge Eduardo Navarrete —entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, que me acompañó durante la Asamblea— hicimos una negociación muy delicada, cuidadosa y difícil: endosamos el Plan de Energía al conjunto de la negociación económica a través de una resolución complementaria que decía que los discursos y los mensajes de los jefes de Estado —López Portillo fue a esa Asamblea— se incluirían en la agenda de las negociaciones globales.

Esto significaba que sí habría negociación global, y nuestra tesis sobre energía le daría contenido al tema respectivo. Hubo mucha oposición, pero negociamos las dos cosas juntas; *to link* las Negociaciones Económicas Internacionales (NEI) con el Plan de Energía. Al cabo de un cierto tiempo, el planteamiento coincidía con nuestras ideas en el Plan Mundial de Energía. Así se definió una agenda —*agenda procedures*— cuya elaboración se encomendó a una comisión. En la ONU se aprobaron por unanimidad las NEI y se determinó, en una comisión que se llamaba Committee of the Whole (el Comité Plenario, que es un *open-ended committee* —fórmula de la ONU—), que se elaboraran la agenda y los procedimientos. Como mi encargo era el tema de la energía, entré en el conjunto de las NEI como vicepresidente de ese *committee*: me hice elegir vicepresidente del Comité de Energía.

Aquí dejo lo de la negociación global para pasar a algo que cambió sustancialmente mis proyectos: el inesperado ingreso de México al Consejo de Seguridad de la ONU. Ocurrió como secuela y durante el comienzo de la presidencia de Cuba en el Movimiento de Países No Alineados. La reunión era en La Habana. Cuba intentó ser elegido como miembro latinoamericano del Consejo de Seguridad por razones de equilibrio, pues no había sido miembro —parece que antes de la Revolución sí—. Naturalmente, la batalla fue épica, porque se con-

venció al gobierno de Colombia para que propusiera a un distinguido diplomático y político —un amigo de una gran calidad, que ya murió— que había sido presidente de la Asamblea, para que jugara en contra; la Asamblea se polarizó y tuvo lugar una de las batallas más famosas en la historia de la ONU: la de Cuba para llegar al Consejo de Seguridad, valiéndose de la fuerza que tenía como presidente del MPNA y del compromiso de muchos Estados. Del lado contrario estaba el empeño de Estados Unidos y de otros aliados de que no pasara. Se escenificó una batalla de ciento y tantas votaciones: para elegir a un miembro de un órgano principal de la ONU se requieren dos tercios de mayoría, y ni Cuba ni Colombia los completaban. Cuba siempre tenía más votos, pero nunca completaba la mayoría, y Estados Unidos y sus aliados siempre tenían la posibilidad de bloquearla con un tercio.

JW: ¿Cuántos países había en el Movimiento No Alineado?

PML: Noventa y tantos. Pero no sólo los no alineados votaron por Cuba, porque Cuba hizo una labor diplomática intensa durante un año. México había adquirido el compromiso de votar a favor —en esas elecciones se adquirieron compromisos formales, incluso por nota diplomática—. No se consideraba que mi antecesor hubiera sido muy claro en ese apoyo; fue incluso una de las razones que determinaron que no siguiera ahí. Actuó bien, pero no fue muy activo; sigue en el servicio diplomático. Yo llevaba como instrucción ser muy definido en el apoyo a Cuba, porque era un compromiso del gobierno de México. La delegación de México se distinguió por su apoyo a Cuba.

INVASIÓN A AFGANISTÁN E INGRESO DE MÉXICO AL CONSEJO DE SEGURIDAD

PML: El 23 de diciembre de 1979 un hecho culminó un conjunto de fenómenos que cambió la política internacional: la invasión de las tropas soviéticas a Afganistán. El gobierno de Cuba se vio forzado a apoyar explícitamente la invasión, diciendo que había una infiltración; no la calificaba como intromisión sino como un llamado que hacía el

gobierno. Naturalmente esto lesionó sus posibilidades porque cambió el porcentaje del voto, empleado por los enemigos en una guerra política abierta. El año terminó con una votación cubana más baja. En algunas estuvo a uno o dos votos de sumar los dos tercios, pero era claro que no los remontaría y que habría un *impasse*. Se creó una situación única: al terminar el año, de acuerdo con la Carta de la ONU, se cesa a los miembros permanentes; salieron unos, pero no entraron los nuevos. El 1° de enero había 14 nada más: faltaba un miembro en el Consejo de Seguridad. En una interpretación correcta de la Carta, el Consejo no podía funcionar; en otra sí, porque la responsabilidad de no proveerle el miembro faltante era de la Asamblea. Hubo debate jurídico. Quedamos inmovilizados, no tuvimos Navidad ni Año Nuevo: me quedé en Nueva York. Me acercaba a los tres meses de estar en la ONU.

Debido a las negociaciones globales del Committee of the Whole y a mi participación en la elección del Consejo de Seguridad, que era *el tema* —los dos nudos políticos: negociaciones globales y la elección—, rápidamente estuve en el corazón de la vida política de la ONU. A las grandes potencias occidentales no les convenía que ese sitio se quedara sin proveer: legalmente podrían haber argumentado que con 14 miembros funcionaba, porque la primera votación que se aproximaba era la condena de la invasión a Afganistán; no les convenía el pretexto de que ese voto fuera inválido por la ausencia de un miembro ni que se deslajara la imagen del veto contra la Unión Soviética. En este juego político internacional el objetivo era un voto unánime, masivo: que se destacara el veto soviético y se fuera amplificando en los medios de difusión. Esto se vale. Es una parte importante de la política. Todo estaba preparado para provocar el veto soviético y resaltarlo. Era del interés de las propias potencias occidentales que el asunto se resolviera.

El fin de año mismo vi al presidente de la Asamblea, Salim A. Salim, ministro de Relaciones de Tanzania, que luego sería el candidato del Tercer Mundo a la Secretaría General de la ONU. Se había vuelto famoso porque cuando era un diplomático joven, activo y brillante, fue el promotor más acérrimo del ingreso de China, en 1971; había sido un líder cuando el presidente de Tanzania, Julius Kambarage Nyerere,

estaba muy cerca de China, incluso había fotografías de Salim con gestos de gran alegría. Era una de las imágenes del triunfo de China: el joven Salim festejándolo y el cambio en el equilibrio de poder. Salim era popular en el Tercer Mundo y ya tenía su proyecto a futuro: ser el candidato del Tercer Mundo en la próxima elección. Para él era un problema serio no hacer la negociación diplomática en la Asamblea, que no podía cerrarse si no se elegía a un miembro; podría haberse prolongado semanas o meses, porque el dictamen jurídico establecía que era el deber de la Asamblea proveer a ese miembro. Salim me mandó llamar, estaba muy preocupado; hablamos largamente y fue el primero que me habló de la posibilidad de un candidato de conciliación. Tenía muy claro que ese candidato sólo podía ser México, que nunca había sido miembro del Consejo de Seguridad. En 1946, para inaugurar el Consejo, se pensó que el primer periodo lo cubrieran dos países de Latinoamérica, México y Brasil, pero México no había jugado. Las explicaciones son varias: que mejor participáramos en otro órgano principal, el Consejo Económico Social, donde teníamos más interés; en realidad hubo cierto temor y resistencia a entrar en el núcleo.

JW: A enfrentarlos.

PML: A enfrentarlos y tomar posiciones más firmes en algunos temas. No es que hayamos violado la política de principios, pero no nos metíamos, como se dice en México, “al callejón de los fregadazos”. Tuvo mucho que ver la cuestión de Oriente Medio, había prudencia de la diplomacia mexicana. La doctrina era: “En la Asamblea, sea lo que sea, defendamos los principios”, pero había la impresión de que en el Consejo de Seguridad podría afectarse esa política, porque dadas las presiones, había que tomar soluciones de compromiso. Esas soluciones —*bargaining solutions*— podrían afectar nuestra clara posición de levantar la mano y decir “voto o no voto”: se sabía que había una intensa participación. Se prefería actuar de una manera purísima, aunque no hubiera una participación directa en las negociaciones.

JW: ¿Convenciste a México?

PML: Ahí estuvo el problema. Mi antecesor ya tenía un planteamiento para que México jugara la siguiente vez, y en principio se había

tomado la decisión, dentro de este nuevo enfoque de la política mexicana, de participar. Había una opinión favorable; si no, no hubiera ocurrido. Como no fue un ofrecimiento sino una indicación, no hice nada. Era Año Nuevo. En los primeros días del año, hacia el 5 de enero —un sábado—, recibí una llamada telefónica de Isidoro Malmierca, ministro cubano de Relaciones Exteriores, que me visitó horas después en mi oficina, en la calle 41, y me dijo que Cuba se retiraba en favor de México. Yo no tenía instrucciones. Eso estaba en el primer plano de la política internacional. Traté de localizar a Jorge Castañeda, el secretario de Relaciones Exteriores; no lo encontré. Hablé por teléfono con el presidente de la República: “Señor, sucede esto y tengo que decidir ahora”. “¿Por qué?” “Porque todas las policías del mundo saben que aquí está el secretario de Relaciones de Cuba, aunque no se sepa qué está hablando conmigo. La gente que tiene que estar enterada sobre la Tierra sabe que él está aquí, de eso no me cabe la menor duda. La decisión la debe tomar ahora... usted.”

JW: ¿Esta línea telefónica era segura?

PML: La línea era abierta. Además, a ciertos diplomáticos, fundamentalmente a los cubanos, los siguen las radiopatrullas. Los protegen. La calle se llena por razones que todos conocemos; no hay nada más seguro que viajar con un diplomático cubano en Nueva York. Le dije al presidente: “Están las radiopatrullas, está el FBI, está todo mundo, pero además nos están oyendo, señor, así es que usted me dice sí o no en línea abierta. Ahora tengo cuando menos a tres o cuatro abonados a este teléfono, y están oyendo lo que estoy diciendo”.

JW: ¿Compartieron el costo de la llamada?

PML: Calculo que llegué a tener a más de media docena de abonados en algunos momentos, incluso a la Dina. Entonces el presidente me dijo una cosa muy correcta: “Remplazar un conflicto, es decir, sustituir la posición de Cuba para pelear contra Colombia, no. Si está de acuerdo Colombia, sí. Tiene que ser a propuesta de los dos, y por unanimidad. Si hay unanimidad, sí. No es la posición de México remplazar un conflicto por otro”. “De acuerdo.” Colgué.

El domingo nos fuimos a casa del presidente de la Asamblea, en Upstate New York, con el secretario de Relaciones Exteriores, que se lo quería comunicar; ahí se lo planteamos y se hizo la operación. Mi idea era que se invitara al embajador de Colombia a platicar en la tarde con el presidente de la Asamblea y que se lo planteara. Tuve un gran aprecio por Indalecio Liévano, era un muy destacado político y sabía que para él, como persona, la situación era muy penosa, difícil. Había razones: la gran mayoría de los países occidentales y varios latinoamericanos estaban con él. Era una posición ideológica-política; no era cómodo ese papel y hacía tiempo que le hubiera gustado desligarse. Tal como lo planeamos, se habló en la tarde. Yo ya no estaba con el embajador de Colombia. Él estuvo de acuerdo y lo negoció con su gobierno; después supe que había sido una negociación difícil y que hasta el último minuto hubo presiones norteamericanas para que no se retiraran. Tuve la información suficiente para afirmar que al gobierno de Estados Unidos tampoco le gustaba que fuera México; naturalmente, era un mal menor, pero hubiera preferido otra solución. A la mañana siguiente se reunió el grupo latinoamericano, ya indicado por el presidente de la Asamblea, y a las nueve se hizo el anuncio de las dos embajadas. El grupo latinoamericano lo anunció a la Asamblea, pero se tuvo que hacer la ceremonia del voto.

El 7 de enero de 1980, cuatro meses después de haber salido de mi casita para irme a la ONU, estaba envuelto en lo que llamo “el ojo del ciclón”, entrando en la situación más difícil como miembro del Consejo de Seguridad, pero además con una gran autoridad y una posición única. Jamás propusimos ser miembros del Consejo, no hubo una solicitud del gobierno de México; no hicimos campaña sino que fuimos invitados por la comunidad internacional, primero por el grupo latinoamericano y luego por el conjunto de los Estados, para resolver un problema. El nivel de autoridad que obtuvimos de ese hecho como país fue muy importante.

Desde el principio actuamos como representantes de la conciencia internacional, que además protegía al gobierno de México. Desde ese momento tuve el apoyo de mi gobierno en general, casi siempre como representante de los altos valores morales de la comunidad internacional;

incluso lo subrayé en muchos textos para compensar con el gobierno revanchas o cualquier fricción que se generara de mi actuación. De modo peculiar, llegué en el momento en que el Consejo de Seguridad, con 14 miembros, se había reunido de emergencia para votar Afganistán, por la presión de los países occidentales. Dejé la sala de la Asamblea, donde fui electo, y di un discurso muy breve —cerré la Asamblea— donde dejé patente, para que no hubiera duda, que México había sido consecuente en su apoyo a Cuba. Primero, el motivo: México siempre había creído que ningún Estado miembro debía ser excluido de los órganos internacionales y por eso había defendido el derecho de Cuba; después, el agradecimiento a la comunidad internacional, la responsabilidad que adquiriríamos con ésta por habernos nombrado. De ahí me trasladé a la sala del Consejo de Seguridad en el momento en que presidía el embajador de Francia, un hombre de gran calidad diplomática y humana. Me presentaron y mi primer acto fue levantar la mano: sin ningún discurso se había acabado el debate, votando por la condena a la invasión soviética en Afganistán.

Nuestro primer acto en el Consejo fue la condena. Jorge Castañeda llegó un día tarde —él hubiera querido estar cuando México entró, pero las circunstancias no lo permitieron: como ya estaba integrado el Consejo, tuve que votar—. Al día siguiente, en la reunión, con un discurso breve, excelente en su tesis, que él mismo escribió, Castañeda explicó cómo actuaría México. Dijo textualmente: “México no viene a este órgano como amigo ni como enemigo de nadie —la política de principios—, sino en estricto apego a la legislación internacional”.

El segundo asunto, que nos estalló tres días después y definió muchas cosas del futuro, fue el de los rehenes norteamericanos en Irán. A iniciativa del gobierno de Filipinas se pidió, por un viejo procedimiento de la ONU frente al veto de un Estado miembro, que se celebrara una asamblea de emergencia para discutir Afganistán, y Castañeda suscribió con el general Carlos P. Rómulo, secretario de Relaciones Exteriores de Filipinas, esa iniciativa. México y Filipinas pidieron la Asamblea. A mí me extrañó; me pareció que era irnos demasiado de lado, pero Castañeda me dijo una sabia reflexión: “Vamos a dar tantas peleas. Esto

siempre será importante para nosotros cuando nos quieran reclamar que pedimos, junto con Filipinas, la Asamblea de la ONU". En efecto, fui el primero o el segundo orador de esa Asamblea, donde hice la condena contra la invasión a Afganistán con una tesis que luego se hizo famosa. Dije: "No vengo a hablar en nombre de un Estado miembro. Vengo a hablar en nombre de todos los vecinos de las superpotencias". Hice un paralelismo, metí todos los problemas: Cuba, Nicaragua, México, Afganistán, Polonia, Hungría... todo el espectro. México actuaba por sus problemas allí en una *equal position*. "Hablo en nombre de todos los vecinos de las superpotencias, que...": todo lo que nos había ocurrido históricamente a los vecinos de las superpotencias. Es decir, defendimos el derecho del pueblo afgano como si fuera el de Coahuila o el nicara-güense. Ésa fue la tesis: no inclinarme por un lado u otro del espectro ideológico, sino subrayar nítidamente los principios.

Con los rehenes en Irán se creó una posición delicada, porque tanto Castañeda como yo, que estábamos haciendo nuestros pininos en un mundo nuevo, vimos que Estados Unidos estaba pidiendo sanciones para el gobierno revolucionario de Irán. El escenario era el mismo: aislar a la Unión Soviética con su veto. Nos pareció que era prematuro pedir sanciones y que eran preferibles las negociaciones, ya que aquéllas radicalizarían el proceso interno de Irán y nada se resolvería —desde Rodesia no se aplicaban sanciones; era un exceso—. Recordamos una serie de resoluciones en las que Estados Unidos, Inglaterra y Francia habían vetado sanciones, y no considerábamos que ésa fuera la manera de resolver el problema, sino de polarizarlo.

Nos abstuvimos con un discurso muy fuerte. Estados Unidos no contaba. China no votó. Bangladesh se abstuvo por su cercanía. Fue muy sorpresivo que México se abstuviera. Como todavía no conocíamos el tono de los discursos del Consejo de Seguridad, hicimos uno muy fuerte, crítico, de un tono poco habitual, que causó un tremendo impacto entre la opinión americana, porque se televisó de costa a costa. Nos hizo famosos porque al final hablamos de que era necesario hacer un plan internacional para salvar a los rehenes sin pasar por las sanciones, sino por las negociaciones, y había que organizar una acción mediadora

de la ONU: al día siguiente se habló del *mexican plan to liberate the hostages*. Eso nos obligó a proponer realmente un plan, para lo que fue un panel de cinco juristas: yo no fui a Irán por razones de tiempo político. Fue tan rápido el crecimiento del prestigio de México —seis meses—, que un año antes de la elección del secretario general —desde enero— se empezó a rumorar que apuntaba como un líder de otro nivel, con un protagonismo que no había tenido. Se pensaba —y en estos medios políticos son terriblemente sensitivos— que México estaba iniciando una gran campaña que culminaría en la Secretaría General de la ONU. Eran demasiadas cosas muy rápidas, que...

JW: ¿Tuvieron un impacto?

PML: Todas, desde el Plan de Energía, tuvieron un impacto grande, por eso la gente no dejaba de pensar que había un plan detrás.

LF: Desde fuera se vio así.

PML: No había ningún plan. Castañeda entraba después de haber sido un gran diplomático, un gran jurista, y había sido la ilusión de su vida ser secretario de Relaciones Exteriores. Había trabajado diez años en la ONU, tenía mucha fibra. Yo llegué dos años después, también con una gran fibra. Las circunstancias se prestaron: el dueto Castañeda-Muñoz Ledo se veía muy fuerte. Se empezó a rumorar que los mexicanos queríamos la Secretaría General.

JW: Al no haber reformado la Secretaría de Educación Pública, Muñoz Ledo reformaría la ONU.

PML: Psicológicamente había algo de eso, no lo niego; era una realización, y las circunstancias fueron muy favorables. Yo nada más había sido enviado para una iniciativa, el Plan de Energía. Las Negociaciones Económicas Internacionales aparecieron y me tuve que meter en ellas para no quedarme fuera del tren. Lo del Consejo de Seguridad fue sorpresivo, y la importancia de las resoluciones que se discutieron durante el primer mes ni siquiera las había imaginado.

JW: ¿Cómo funcionaría el plan de los rehenes?

PML: Esto quedó claro en el discurso de Donald McHenry, que ya había sustituido a Andrew Young —un dueto muy liberal de la política americana—. Entró McHenry y, como número dos, un excelente

abogado neoyorquino con el que todavía cultivo amistad: William vanden Heuvel. Era un equipo norteamericano muy flexible en un momento muy liberal de la política norteamericana: era el fin de la época de Carter. De todas maneras, estaban instruidos para el veto americano y dejar abierta la puerta para que, si la decisión se tomaba, Estados Unidos actuara para liberar a los rehenes, porque era un problema tremendo en la opinión pública de ese país, decisivo para la elección presidencial. Todo mundo sabe el peso que tuvo el asunto de los rehenes en la elección de Reagan, es decir, en la no reelección de Carter, y el incidente desafortunado de la *rescue operation*, que falló cuando los helicópteros se descompusieron. Fue mala suerte. Estaba claro para la opinión pública norteamericana que sería definitorio para la sucesión presidencial —era *the issue* en ese momento—. El gobierno norteamericano quería el veto soviético para una sanción; no es que pensara aplicar sanciones internacionales, pues con un veto bastaba para impedir las, sino en tener una justificación por si tenía que actuar por la vía directa. La ONU estuvo a nuestro favor, pero los rusos no quisieron. “Los rusos no nos van a frenar. Nos vamos por la libre”: ésta fue la interpretación que se le dio después en los periódicos. Era una maniobra preventiva del gobierno de Estados Unidos para tener las manos lo más libres posible en el caso de que necesitara intervenir.

Empezaron a surgir ideas de mediación. La realidad es que el problema fue complejo y no hubo una estrategia definida del gobierno americano. Tuvo que ver con factores internos e internacionales, pero con cierta actitud moral del presidente Carter: por momentos iba a actuar y por momentos prefería la negociación. Cuando se decidió a actuar fue demasiado tarde, por el veto, y el problema no se resolvió en ese periodo sino después. Una personalidad internacional, Seymour, propuso la idea de un *trial*: que un panel de juristas hiciera un juicio sobre los crímenes internacionales en Irán, para que hubiera una justificación de los ayatolás para liberarlos. Nosotros la retomamos y la reconvertimos en la propuesta de que un panel de cinco juristas —sin que fuera un tribunal que no hubiera aceptado Estados Unidos ni los países occidentales, que eran los acusados— tuviese una doble función con la población de

Irán: presentarse como un tribunal que venía a averiguar los crímenes, y en la realidad ser un grupo negociador activo que hiciera los contactos a nombre de la ONU para lograr la liberación. Estuve previsto para ir a ese panel, pero no fui enviado —fue un jurista venezolano— porque hubo fuerzas que se opusieron con el pretexto de que yo no era conocido como jurista: no se quiso que fuera por razones de carácter político.

Hasta ahí la actuación en el Consejo de Seguridad fue muy intensa. Me tocaron conflictos graves. Nos correspondió, entre 1979 y 1980, el nacimiento de un nuevo escenario internacional sumamente conflictivo. Posteriormente escribí sobre 1980 y 1981 como los años del cambio en el escenario internacional, caracterizado por un crecimiento de la bipolaridad; allí explico por qué esto se precipitó y recuerdo el significado de 1979, cuando pasaron muchas cosas.

JW: ¿Hace un mes?

PML: Hace dos semanas, con la firma Reagan-Gorbachov, que es el comienzo de un nuevo periodo. Lentamente se verá que es el comienzo de una nueva época. Pero hubo un periodo claro que comenzó en 1980 y terminó en 1987, con la bipolaridad más acentuada que habíamos conocido desde la Guerra Fría: el predominio total de la bipolaridad en el escenario mundial. En la primavera de 1979 fue la caída del *sha* de Irán, el triunfo de la revolución sandinista y la caída del presidente Carlos Humberto Romero en El Salvador. Al final del año fue Afganistán: una serie de conflictos que se ubicaban cerca de las fronteras de las superpotencias. Durante 30 o 40 años hubo muchos conflictos localizados en todo el mundo, pero éstos se acercaron a las áreas estratégicas de las dos superpotencias por razones que tienen que ver con la energía y con una conciencia de vulnerabilidad. Hubo en ambas una reacción para fortalecer su posición en el mundo, y, sobre todo del lado occidental, condicionar la relación con sus aliados a la aceptación de privilegios de las superpotencias.

El rearme norteamericano, notable en esos años, los primeros de Reagan, fue una manera de ubicar en el corazón de la negociación internacional el problema nuclear y de supeditar a sus propios aliados, a la Alianza Atlántica y a la economía occidental, a la solución del

problema. Fue una manera de recuperar el liderazgo y poner como primer objetivo de la diplomacia norteamericana una negociación en términos de igualdad con la Unión Soviética: cerrar filas, imponer criterios económicos y endurecer sus relaciones no sólo con el conjunto de los países, sino también con sus propios aliados. Esto afectó el escenario internacional; impidió las negociaciones económicas, que iban por muy buen camino; enquistó las áreas de tensión, como el conflicto centroamericano, y creó un escenario internacional extremadamente conflictivo. Dejó, además, una enorme cantidad de problemas sin solución. Todo se supeditó a la gran negociación nuclear y lo demás quedó en suspenso. No se avanzó en el problema de Kampuchea ni en el de Oriente Medio. Al contrario, se retrocedió en el África meridional de un modo dramático; fracasó la conferencia de implementación; se complicó innecesariamente el problema de Centroamérica. Las relaciones internacionales se afectaron negativamente. Se interrumpieron las Negociaciones Económicas Internacionales y se paralizó cualquier reforma del orden financiero. Hubo un retroceso en los avances obtenidos tanto en lo relativo a una mayor igualdad entre los Estados como en la horizontalidad de las relaciones internacionales, en la capacidad de la comunidad internacional de resolver los problemas por la vía negociada. Durante ocho años se vivió un estado de preguerra que afectó el funcionamiento de la ONU y la paralizó cuando ya era clara, como doctrina, la oposición del gobierno norteamericano a la ONU, como si los valores que ésta encarna y los principios que sostiene se hubieran rebelado contra la estrategia y los intereses de Estados Unidos. Esto ocurrió entre 1984 y 1985, y estuvo en los prolegómenos de mi salida de la ONU.

JW: ¿Surgió en Estados Unidos la idea de que México era un líder contra Estados Unidos en la ONU?

PML: México era un líder a favor de la ONU.

JW: Pero había muchos votos contra la posición de Estados Unidos.

PML: Era al revés: Estados Unidos tenía muchos votos contra la posición mexicana.

JW: Pero surgió esta idea.

PML: El cambio en la actitud norteamericana no fue tan brusco como se piensa. En 1980 todavía estaba en funciones el gobierno demócrata en Estados Unidos y México adquirió, por los orígenes de los que hablé, un papel protagónico en el Consejo de Seguridad. Desde nuestra llegada, a partir del voto de los rehenes norteamericanos en Irán, nos dimos cuenta de la necesidad de coordinar la posición de los países en desarrollo dentro del Consejo (por economía de lenguaje, a los países del Tercer Mundo se les llama en el Consejo *non-aligned countries*, aunque sean alineados; es una costumbre que surgió en la Comisión de Desarme). Había un equipo de coordinación laxo e ineficiente: según donde se ubicara el problema, el miembro del Consejo más cercano a esa región proponía la solución al resto de los países en desarrollo. Si estaba en Oriente Medio, por ejemplo, y el más cercano era Túnez, el tunecino hablaba con los países interesados y negociaba el apoyo de los países en desarrollo del Consejo, ya fueran latinoamericanos o asiáticos, a la posición de sus compañeros de región. Era una especie de *bargaining*, un mecanismo débil; generalmente no se lograba el apoyo de todos por la diferencia de posiciones.

Aprovechando la presencia de Carlos P. Rómulo, que vivió mucho tiempo en Nueva York —ya era un hombre grande, conservador, y muy amigo de México—, le dije: “General, ¿por qué no hace una renovación? Cítenos a cenar a todos los embajadores —se trataba de Filipinas, un país sin pugnas ideológicas, bastante cercano a Estados Unidos por razones obvias y comprobadas—. ¿Por qué no propone que establezcamos un mecanismo permanente de coordinación entre los países en desarrollo, que hagamos un grupo con una presidencia rotativa mensualmente, por orden alfabético, y que el presidente, cualquiera que sea su región y la naturaleza del problema, sea el encargado de citar a los demás antes de que comience un conflicto o cuando estalle? Usted sabe que los occidentales se reúnen en las embajadas de Estados Unidos, Francia o Inglaterra y toman su posición, que los otros europeos se juntan: ellos ya tienen su posición. El soviético, con el otro electo —siempre hay uno de los países del Pacto de Varsovia—, llegan con su posición unificada; a los que toman aquí como *sparings* son a nosotros. De repente llaman

los americanos a uno, los ingleses a otro, los franceses a otro, y nos tienen divididos. Hagamos un grupo”.

Formamos el grupo, en el cual planteábamos una solución, y alguien se encargaba de llevar un *paper* con una propuesta. Al principio con dificultades, pero logramos encontrar un *average* de posiciones y, salvo el voto de los rehenes en Irán —lo más importante que ocurrió mientras estuve en la ONU—, desde el voto siguiente y hasta el último día en que estuve en el Consejo de Seguridad, los países en desarrollo siempre votamos juntos. Esto nunca había ocurrido antes ni ha ocurrido después.

El primer voto después de que salí del Consejo ya estuvo dividido. Claro, había votos de elección en los que sí había divisiones; por ejemplo, para elegir a un miembro de la Corte de Justicia. Pero en los conflictos internacionales todos actuamos igual. Fue un cambio fundamental. A la tercera vez que votamos igual, hicimos una reflexión: éramos seis o siete según el momento, porque a veces se le compensa uno más a los occidentales —finalmente, hay una rotación—. Como en el Consejo de Seguridad son 15 miembros, se necesitan nueve votos para que se apruebe una resolución, pero con seis que se tengan en un solo lado existe el derecho de veto; descubrimos que teníamos un derecho de veto. Les dije: “Señores, si nunca flaqueamos, si votamos los seis juntos, tenemos un derecho de veto”. Entonces tuve otra idea y empecé a tener conversaciones con los chinos, que generalmente votaban con el Tercer Mundo, para hacer un convenio más explícito. Les dije: “Vamos a sumar dos derechos de veto, y combinamos con ustedes”. En todos los problemas fundamentales los consultamos.

El caminito de mi casa a la embajada china es el que ensayé con mayor frecuencia. Había temas en que no era tan fácil, pero la mayoría de las veces China votó con nosotros. Ya eran dos vetos: ganábamos. Alguien dijo en la ONU: “Nunca nos había ocurrido tener a un político en el Consejo de Seguridad; siempre había diplomáticos. Nos mandaron a un político. ¡Pero tú eres del PRI! —me decían—. Traes aquí las prácticas del PRI, caramba. Al rato te vas a quedar con el Consejo de Seguridad, te vas a *grillar* al francés y vas a crear tres vetos”. Esto era broma:

“Están unidos todos los de países en desarrollo, y entendidos con los chinos. Al rato se van a quedar con el Consejo”.

JW: ¿Cuáles eran los países en el Consejo?

PML: Variaron. Estuve con Panamá y Jamaica; asiáticos eran Filipinas y Bangladesh. De los africanos estaban Zambia, Túnez y Níger: su embajador era un poeta dignísimo, de cultura francesa, que jalaba con nosotros aunque su país fuera conservador. Y México. Ése era el gran grupo. Claro, los franceses y los ingleses estaban muy molestos porque sus ex colonias ya no votaban con ellos, y los americanos más enojados, porque México, ¡con Filipinas!, se la estaba organizando. Fueron días gloriosos, llegamos a tener una fuerza muy grande y definíamos muchas votaciones. Y luego vino la segunda parte: el activismo. Les dije: “Señores, no podemos estar esperando a que nos pongan las resoluciones en la mesa. Vamos a adelantarnos y a generar una resolución en casi todos los casos. Vamos a ponerlos contra la pared”. Generamos resoluciones en casos muy importantes.

El Consejo opera de un modo curioso porque es un órgano muy pesado, que se mueve con lentitud; aparece un conflicto y no se reúne, como debería hacerlo, a las 24 horas, sino que empieza a consultar a las cancillerías de las grandes potencias cuando son asuntos muy serios. A veces pasan una o dos semanas y nadie cita al Consejo. El secretario general tiene la facultad para convocarlo, pero no lo hace para no chocar con las superpotencias. Dag Hammarskjöld fue el último que lo citaba. En la época de Kurt Waldheim¹⁵ no recuerdo que el secretario general lo haya hecho; podía citarlo en un minuto pero esperaba a que las potencias reaccionaran, era la costumbre. Hammarskjöld sí lo hacía, y ése era uno de los problemas. Por ejemplo, en la guerra Irán-Irak, que fue donde tomamos la iniciativa de un modo muy claro, nadie se movió; empezó a matarse la gente. El deber del Consejo era reunirse de inmediato: era un caso de hostilidades, de quebrantamiento de la paz. No se

¹⁵ Kurt Josef Waldheim (1918-2007). Diplomático austriaco de tendencia conservadora. Fue el cuarto secretario general de la ONU, de 1972 a 1981; presidente de Austria de 1986 a 1992. Fue el decano de los presidentes de su país y de los secretarios generales de la ONU.

reunió porque Estados Unidos y la Unión Soviética se estaban *lookateando* —como dicen los pachucos en México—, se estaban viendo el uno al otro para saber cuál era su actitud. Un caso muy delicado para ambos porque es una zona de seguridad estratégica: para la Unión Soviética porque era una zona fronteriza y para Estados Unidos por el estrecho de Ormuz, la clave estratégica de Oriente Medio. Actuaban con una gran cautela —los dos dinosaurios nunca se tiran de manazos a lo tonto, sino que antes se observan—, tienen sistemas de información confidencial. Las potencias occidentales no querían oír hablar del problema, porque los dos países eran proveedores de petróleo, y los miembros no alineados tampoco, porque eran amigos de los dos.

Tuve la iniciativa, con Ole Ålgård, el embajador de Noruega —país proveedor independiente de petróleo—, de romper ese *impasse*. Hicimos el primer proyecto de resolución sobre Irán-Irak. El embajador de Noruega luego se vio muy presionado; un hombre de muy buena calidad. Entonces aparecí con mi proyecto e invité a mis amigos del grupo no alineado a que lo avalaran. En un conflicto tan grave como ése, provocamos la reunión del Consejo y lanzamos la solución. Claro, aparecí solo; era muy raro, era *Mexico's solution* y nadie se atrevió a presentar un papel. Eso nos dio un prestigio muy grande, que México dijera: “Aquí está la solución, señores”, y yo pidiera la convocatoria al Consejo: “Aquí está. Éstas son las bases de la solución del conflicto”. Eran muy elementales, las mínimas, cuando todos estaban paralizados.

JW: ¿Para proponer esa solución, la consultaste con el gobierno de México?

PML: Yo consultaba el espíritu del problema. Había negociado con México y tenía entendido con el secretario que, como no se trataba de problemas de nuestra región, sobre todo el de Nicaragua, tenía un campo de acción en la inteligencia de que lo informaba de lo fundamental y me movía conforme a principios. Desde que llegué al Consejo se entendía que, como embajador de México —y aquí no me entendió Jeane J. Kirkpatrick—, había sido invitado por la comunidad internacional para resolver un problema y actuaba en nombre de la moral internacional; “a mí mis timbres”, como dicen en México. Todas nuestras actuaciones

fueron positivas, constructivas, y la comunidad internacional necesita gente que desbloquee problemas. Cuando un embajador de la ONU ocupa un puesto, como la presidencia del Consejo de Seguridad, la del G-77 o la de un comité, ya no actúa por instrucciones de su gobierno. Cuando fui presidente del Consejo de Seguridad actué en nombre del mismo, por mandato de los países que me representaban. Cuando el embajador no tiene una personalidad relevante o los países son miedosos o débiles, le hacen el favor, vía el gobierno, a un interés internacional determinado, pero no era mi caso ni el del gobierno de México: actué con independencia y criterio, y en mi gestión en el Consejo de Seguridad tuve un apoyo completo. Nunca hubo problemas, nuestras actuaciones fueron correctas y apreciadas por los países. Incluso se adquiere un prestigio personal: se recuerda a grandes diplomáticos que resolvían problemas. Por ejemplo, el señor Sithu U Thant, que era de Birmania, el país más chico y modesto que se pueden imaginar, se hizo de prestigio por su moralidad, actuación y profesionalismo. U Thant fue electo secretario general de la ONU.

FRICCIONES CON JEANE KIRKPATRICK

PML: Yo me sentía como otros diplomáticos de muchos países en esa función, prestando un servicio a la política de la comunidad internacional. En ese nivel, cuando entró Jeane Kirkpatrick hubo una diferencia importante en el prestigio, la eficacia y el respeto generados en torno a nuestra actuación. La conducta de Jeane fue bastante errática. Por una parte, hubo un cambio en el discurso; por otra, el Departamento de Estado es una institución con tradición, reglas y *staff* propios que no cambian de la noche a la mañana como si fuera un golpe de Estado. La ruptura entre Carter y Reagan no fue tan perceptible en el voto norteamericano; fue un cambio gradual. Cuando hay una administración de carrera, sería, "acolchona" los cambios. Por el contrario, desde el principio Jeane traía un discurso muy encendido, que no entraba en el ambiente cooperativo que habíamos creado. En 1980 hubo un ambiente

muy bueno en el Consejo de Seguridad: la delegación norteamericana había trabajado cerca de nosotros, tuve un buen diálogo con ésta y mi trabajo fue apreciado por ellos, independientemente de que no tuviéramos las mismas posiciones. Tenía una excelente relación con la delegación francesa y con la británica, había *gentlemen agreements* e igualdad de trato; había cosas en las que estábamos en contra y otras a favor. Cuando se fue, el embajador de Gran Bretaña narró cómo trabajamos juntos en el ingreso de Belice y cómo nos opusimos en lo de Malvinas. En un discurso dijo que México era el mejor aliado y el mejor enemigo: estuvimos de acuerdo con el ingreso de Belice —el diálogo con el gobierno de Guatemala fue pulcro, perfecto—, mientras que lo de Malvinas fue un enfrentamiento total.

En el mundo diplomático se aprecia mucho la rectitud, la capacidad, el profesionalismo y la vocación de resolver problemas, porque vaya que hay problemas enredados y es necesaria gente con independencia de criterio, capaz de desanudarlos; eso no se entendió después. A propósito del malentendido con Jeane Kirkpatrick, al principio ambos mostramos interés en llevar una buena relación personal, y durante dos años mantuvimos un diálogo respetuoso y, en lo posible, cordial. Con ella me vincularon nuestros estudios comunes; nos conocimos hablando en francés. Había estudiado en la Universidad de París dos años antes que yo, en el mismo clima político intelectual, las mismas materias y casi con los mismos profesores que yo: el diálogo era muy fácil. Jeane habla buen francés e incluso puede sostener una conversación en castellano, pero cuando nos enojábamos se escuchaba el inglés. Tuvimos una buena relación como *political scientists* por mi conocimiento de la ciencia política americana, que no es tan profundo como el de ella, y de la ciencia política francesa. Fue un diálogo fluido. Solíamos invitarnos a comer, ella una vez, yo la siguiente.

JW: ¿Habías estudiado inglés formalmente?

PML: No. Lo aprendí.

JW: ¿Cómo?

PML: En la calle.

JW: ¿En Nueva York?

PML: En la ONU.

JW: ¿No tomaste clases?

PML: No. Al principio me relacionaba en francés y eso me daba una fuerza adicional: descubrí a todos los embajadores, ya fuera el yugoslavo o el rumano, que lo hablaban, aunque no lo emplearan corrientemente. Incluso hablaba alemán en ocasiones: 60% de los embajadores todavía lo hablaban. Cuando ya hablé inglés manejaba social y políticamente las dos lenguas, pasando de una a otra, ventaja que facilitaba mucho mi trabajo, y me identifiqué con el grupo de embajadores que hablaba francés.

JW: ¿Habías llegado a la presidencia del Consejo cuando llegó Jeane?

PML: Ella llegó después; por eso al principio hablaba con ella en francés. Esto le valió un magnífico chiste al embajador soviético Oleg Troyanovsky, que era muy gracioso, educado desde joven en Estados Unidos porque su padre era diplomático. En una cena, en la que todavía me disculpé por mi inglés, que no era muy bueno, él bromeó al contestar mi discurso: “Todos sabemos que Porfirio no hablaba inglés; por eso, el día que se conoció con Jeane Kirkpatrick en el Consejo de Seguridad, lo único que pudo decirle fue: *You Jeane, me Tarzan*”, que era el tipo de relación que teníamos. Fue un chiste que se hizo famoso en la ONU, y un elogio también.

Hubo diálogo incluso para situaciones muy delicadas, como cuando el gobierno de Israel bombardeó los reactores en Irak y yo era presidente del Consejo de Seguridad. De inmediato recabé toda la información posible con el gobierno de Francia —los constructores de reactores eran franceses—, establecí contacto con la Agencia de Energía Atómica de Viena a través del secretario general. Recibí un informe preliminar. El representante de la agencia y el representante francés responsable de la construcción hablaron en el Consejo. Llegué a la conclusión de que no había verosimilitud en la tesis de que esos reactores estuvieran orientados a fines bélicos; fue la convicción a la que todos llegamos, pero mi deber era, primero, *the fact finding*: reunir información lo más pronto posible. El doctor Waldheim fue muy operativo en esto, incluso iba todos los días a su oficina en el Consejo, que estaba frente a la mía, y hablábamos varias veces. Un asunto muy delicado.

Cuando se hizo la votación, como presidente del Consejo di en la Sala de Debates un discurso concluyente en el que expuse las razones por las cuales era necesario condenar ese hecho, y me di cuenta de que Jeane estaba sin instrucciones. Era un momento de ajuste: ella tenía cercanía con el presidente Reagan, pero el general Alexander Haig aún era el secretario de Estado. Llegó un momento en que Haig intentó tener un control mayor sobre la diplomacia. Los que analizábamos el problema imaginamos que a un ex comandante en jefe de los ejércitos de la OTAN, como el general Haig, no le gustaría la acción del ejército de Israel, que no era miembro de la OTAN y sin embargo era uno de los ejércitos aliados, los que a veces se salen de control; tuvimos la idea, la intuición —no teníamos ningún dato— de que Israel no había consultado con el alto mando de la OTAN ni con Estados Unidos, que había sido un acto independiente del ejército israelí, para el que tenía derecho como Estado soberano, aunque fuera una soberana ilegalidad también.

Nos dio la impresión de que el Departamento de Estado estaría de acuerdo con nosotros en la condena a Israel. Cuando lo comenté con un grupo de embajadores me dijeron que eso era *madness*, que era inconcebible que el gobierno de Estados Unidos condenara a Israel. Les dije: “*Let me try*. Si mi análisis político funciona, vamos a lograrlo”. (Tepito en acción. *Mexican* malicia.) En efecto, cité a Jeane. Ese mismo día la citó a platicar el doctor Waldheim y ella se comunicó con Haig desde mi oficina. Días después el corresponsal de *The New York Times* me preguntó si era cierto que el general había establecido contacto telefónico con Kirkpatrick en mi oficina; le dije que sí. Lo publicaron en el *front-page* de ese diario: “El presidente del Consejo de Seguridad confirmó que hubo una llamada entre la embajadora Kirkpatrick y el secretario de Estado Haig”. Naturalmente, no oí la conversación; me salí. El caso es que por vez primera y única en la historia de la ONU, Estados Unidos condenó a Israel, cuando presidí el Consejo de Seguridad.

Estos hechos dan prestigio porque fueron algo insólito: nadie creyó que ocurriera y ocurrió, con base en una información política muy fina. Era muy importante que hubiera unanimidad en ese punto, porque el conflicto de Oriente Medio se deterioraba tremendamente. En épocas

posteriores la actitud del gobierno de Estados Unidos cambió y hubo hacia Israel una gran permisibilidad, que está en el origen del desastre de Líbano. La defección del Consejo de Seguridad ocurrió después de mí: fue la otra cara de la moneda, un momento dramático. El hundimiento del Consejo fue su parálisis frente al conflicto y a la destrucción del Estado libanés. Es increíble, porque la correlación de fuerzas cambió: la posición norteamericana se endureció y la permisibilidad o el apoyo a Israel en épocas posteriores fue mucho mayor. Me refiero a 1981. Durante ese tiempo, la relación con la nueva delegación norteamericana fue difícil; estuvimos en contra en muchas posiciones, pero hubo diálogo, cooperación e incluso coincidencia en cosas tan importantes como la que estoy refiriendo. El deterioro se originó por la cuestión centroamericana, por un hecho que históricamente hay que subrayar: en toda la historia del Consejo de Seguridad, desde el comienzo de la ONU, nunca se había abordado un conflicto latinoamericano.

JW: ¿Cuántos años estuviste en el Consejo?

PML: Dos.

JW: ¿Duraste un año como presidente?

PML: No, la presidencia rotativa dura un mes y toca cada 15 meses. A mí me tocó dos veces: en abril de 1980 y junio de 1981. Los dos meses que fui presidente se acumularon demasiados conflictos, al punto de que se publicó que mi primera presidencia rompió el récord, en 20 o 30 años, del número de sesiones celebradas durante un mes, en parte porque fue un año muy difícil y en parte porque la presidencia mexicana en el Consejo fue muy activa.

Entonces, ¿por qué Centroamérica? Porque el Consejo nunca se había ocupado de un conflicto en Latinoamérica. Puede argumentarse en contra la famosa sesión de la crisis de los cohetes y la acusación de Adlai Stevenson, pero no fue un conflicto latinoamericano sino entre las superpotencias, un diálogo áspero entre los embajadores norteamericano y soviético donde la participación del embajador cubano ni siquiera se recuerda.

JW: ¿Él no tomó parte?

PML: No. Fue un enfrentamiento directo entre los dos grandes. También se puede argumentar en contra que hubo una sesión extraordinaria del Consejo de Seguridad en Panamá —legalmente es posible que éste traslade su sede a otro lugar— para avalar los Tratados Torrijos-Carter, pero tampoco fue un conflicto sino una reunión ceremonial en la que todos estaban de acuerdo. En rigor, el Consejo jamás se había ocupado de un conflicto latinoamericano; eran las secuelas de pactos no escritos entre las dos superpotencias. Ahí entendí por qué Estados Unidos, durante tantos años, había privilegiado a la OEA sobre la ONU. En muy raras ocasiones la Asamblea había conocido asuntos de Latinoamérica. A Estados Unidos sus aliados siempre le habían invocado un artículo de la Carta que da prioridad a los organismos regionales, pero en esos casos nosotros invocamos otro según el cual el Estado que presenta una queja o un problema tiene la opción de escoger el foro; ahí se puede aplicar un artículo u otro.

JW: Pero hay que decidirlo.

PML: La Asamblea decide si se ocupa del asunto. Primero lo decide la Mesa de la Asamblea, que inscribe los temas en la agenda, y después la propia Asamblea se pronuncia. Lo más importante de mi gestión en la ONU fue la inscripción, *the full inscription of Latin American issues in the agendas of the United Nations*. Lo más importante fue lograr, *gradually and full*, la inscripción de los temas latinoamericanos en la agenda, empezando con el problema de Centroamérica, luego con la cuestión de las Malvinas y todo lo que se vino después. ¿Cómo se produjo? Los nicaragüenses presentaron en la Asamblea un proyecto de resolución sobre la crisis en Centroamérica: el caso de Nicaragua.

JW: ¿Cuándo?

PML: En 1981, cuando empezó el conflicto. Los nicaragüenses promovieron una sesión ante la Asamblea y ante el Consejo, con una gran resistencia de la delegación norteamericana, pero como éramos mayoría se inscribió en la agenda y se organizó el primer debate sobre Centroamérica en el Consejo de Seguridad. Estados Unidos nunca había querido, para no darle competencia a la Unión Soviética en Centroamérica, de igual manera que no se inscribían temas del Pacto de Varsovia. Ahí

estaba la aplicación abusiva, por parte de la diplomacia norteamericana, de la tesis muy querida del señor Leonid Brézhnev sobre la soberanía limitada. En algún discurso lo dije: “Señores, la tesis de la soberanía limitada no es aplicable a ningún Estado miembro, y no se puede aplicar analógicamente a América Latina”. Desde entonces ha habido 11 o 12 debates sobre Centroamérica en el Consejo de Seguridad, como las agresiones contra Nicaragua. Esto marcó una época nueva, en la cual la participación de México estuvo todavía más acentuada porque éramos “el actor latinoamericano”, así como el embajador de Uganda, que era brillantísimo, era el gran orador, el gran propulsor en los temas de África. Así como siempre había algún embajador árabe que era la vanguardia en los temas de Oriente Medio, a mí me tocaba serlo en el tema de Latinoamérica.

El clima en que se produjo nuestro ingreso al Consejo de Seguridad nos llevó, a un grupo de países latinoamericanos y del mundo en desarrollo, a proponernos evitar esos conflictos en el futuro y a decidir entre nosotros quién debía entrar al Consejo. Habíamos tomado una fuerza tal que podíamos ganar las votaciones en la Asamblea, y ésa fue una dimensión que tampoco había existido antes ni ha vuelto a existir después: crear una red de influencias para decidir las votaciones en elecciones. Se le llamó *la mafia* de un modo despectivo; se le llamó *la red, the network*.

El caso es que un grupo numeroso de países, 15 o 20 —entre los cuales un grupo latinoamericano de amigos nos movíamos políticamente para que se mantuviera esa orientación—, ganamos todas las elecciones del Consejo de Seguridad por Latinoamérica consecutivamente. Al año siguiente entró Panamá, que fue el que elegimos; al siguiente entró Nicaragua, en pleno conflicto, por la fuerza que desarrolló este grupo —llevamos en hombros a Miguel d’Escoto para entrar al Consejo de Seguridad—. Luego elegimos a alguien del Caribe, el más progresista, porque había que rotar: Trinidad y Tobago. Luego elegimos a Perú, y al último que elegimos fue Venezuela. Durante cinco años consecutivos no un país, sino un conjunto de naciones de orientación progresista, influyó de modo decisivo en la elección de miembros y en votos clave de la organización, pero actuando abiertamente e incluso inventando

maniobras parlamentarias no conocidas. A una la llamábamos “el voto fantasma”: si no queríamos que uno fuera electo, hacíamos un vacío de 40 o 50 delegaciones que se abstenían. Nos pasábamos la voz hasta que creábamos una situación que nos permitiría meter a un tercero en discordia, era como en el fútbol americano. Teníamos reuniones en casas los fines de semana para planear; por ejemplo, cuando quiso elegirse Costa Rica, que era muy reaccionario, le hicimos el vacío y metimos a Panamá.

JW: ¿Existen documentos de esa época?

PML: Me traje todo; todo lo que hicimos en la ONU, en el Consejo de Seguridad, se clasificó. La base de esta información es muy interesante: el uso académico de los télex. Todos los télex de información que yo mandaba a México los guardamos en carpetas especiales, más las resoluciones y los proyectos de resolución. En el caso de mis presidencias del Consejo, el primer secretario, que era Jorge Chen, llevó la bitácora porque es una obligación, una tradición diplomática: cada conversación que se tiene con cada uno de los actores se anota, y luego uno lee sus notas. Tengo además la bitácora de mis presidencias, con todos con los que hablé. Esos télex se convirtieron en un capítulo por tema. Clasificamos 52 temas: cómo nace el conflicto Irak-Irán, qué pasó, cómo se presentó al Consejo, qué posición tuvieron los Estados, cómo se negoció y cómo terminó. A lo largo de dos o tres años, en las horas libres, salió un trabajo con la descripción de los 52 casos: ya no lo escribí, por lo de la Corriente Democrática, y se lo di a un grupo de profesores de la Facultad de Ciencias Políticas, del doctorado en Relaciones Internacionales, para que lo vieran, pero el dictamen fue negativo. Les dije: “Esto no se puede publicar, porque es para especialistas. *It's too much detailed*. ¿Por qué no se funde todo ese material en los grandes temas —África meridional, las Malvinas— y no en los 52 casos? Es excesivo, nadie lo va a leer. Tomemos los grandes temas y su evolución, hagámoslo en 12 o 14 capítulos, con un prólogo extenso que le dé sentido”. Están haciendo los capítulos; serán 14 y si, como supongo, no tengo más tiempo, sólo haré el prólogo. Ya lo tengo escrito casi por completo, lo haré en 60

o 70 páginas; lo firmarían ellos y yo sería el autor del prólogo. Será un libro interesante. Es México en el Consejo de Seguridad.

Vuelvo al punto: se desarrolló un gran poder que se complicó por el asunto de Centroamérica, la línea que México tomó en el tema de Centroamérica a partir del discurso de López Portillo en Managua, en defensa de Nicaragua; todo mundo lo sabe. López Portillo hizo tres propuestas: el diálogo entre Nicaragua y Estados Unidos, el mejoramiento de las relaciones Estados Unidos-Cuba y acuerdos de paz bilaterales o multilaterales entre Nicaragua y sus vecinos. Ésa fue la tesis de Managua. La línea del gobierno de México que yo tenía era la defensa de Nicaragua, y fui muy operativo hasta el ingreso de Nicaragua a la ONU en la defensa de su caso. Esto provocó irritaciones.

La relación política y personal con Jeane Kirkpatrick se deterioró por la cuestión centroamericana, porque era su tema, en el cual ella era muy polémica. Con Jeane podía discutir un problema de Kampuchea, y podíamos estar en desacuerdo; podíamos discutir el problema de Oriente Medio, en lo que siempre chocábamos —su marido es de origen israelí, de ahí el nombre Kirkpatrick—. Además yo sabía que ella, de joven, había sido de extrema izquierda, porque me lo contó; después supe que había sido trotskista y que estuvo en el grupo de *Commentary* y en la Heritage Foundation —en su casa conocí a gente de esos grupos—. El diálogo era bueno. Diferíamos, pero había decencia y cordialidad en el trato. Ella tenía, además, línea del presidente de Estados Unidos en el propósito del mercado común; línea o indicación —así lo entendía ella— para llevar una excelente relación con el embajador de Canadá y el de México. La relación a nivel de Estado tampoco era tensa; recordemos que López Portillo fue a California con Reagan, que montaron a caballo y le regaló un caballo.

JW: ¿Intercambiaron?

PML: Uno le dio un fusil y el otro le dio un caballo. ¿Se acuerdan? El criollo mexicano con el criollo californiano. Había un clima de diálogo y negociación con Estados Unidos.

JW: Yo creo que cambiaron fusil por libro en esa época.

PML: Y luego cambiaron caballo por caballo.

JW: Sí.

PML: Pero el diálogo no estaba roto. Todavía hablo de 1981, las cosas empezaron a hacerse difíciles en 1982; ahí empezó el mal entendimiento entre Estados Unidos y México.

JW: Y empezaron a hablar inglés.

PML: Ya lo hablaba mejor. La conversación era más ríspida y ella sentía que yo tenía ventaja si hablábamos en francés; la ventaja se iba de aquel lado cuando pasábamos al inglés. En 1981 también fue la Cumbre de Cancún. El clima de la relación México-norteamericana todavía era bueno, la prueba es que Reagan fue a Cancún: allí canalizamos lo de las Negociaciones Económicas Internacionales. Nada más quiero dar como dato que en Cancún hubo un encuentro de Reagan con López Portillo. Era una época de diálogo, incluso, sin que la misión norteamericana en Nueva York estuviera mezclada en la preparación de la Cumbre, tuve conversaciones con la embajadora Kirkpatrick; por su conocimiento del presidente Reagan, me dio opiniones y consejos para manejar el problema de Cancún. Me dijo algo que nunca olvidaré: “Nunca hay que acorralar al presidente”. Le dije: “Pues si nadie lo quiere acorralar”. “Si sientes que lo acorralan —me dijo—, es capaz, como en un *western*, de disparar contra todos. Mira: su mentor y su ídolo fue John Wayne. Si quieres entender al presidente, mira tres películas de John Wayne.” Le dije: “Oye, Jeane, pero si nosotros no somos *the indians, we are fellows*. No se trata de acorralar”. Esto da una idea de nuestro nivel de diálogo al hablar de problemas, a pesar de que había posiciones distintas. El deterioro vino en 1982, último año de gobierno de López Portillo, después de Cancún; fue cuando el tema se hizo más áspero. El secretario Jorge Castañeda tuvo dos reuniones con el general Haig, en Nueva York, para buscar una solución para Centroamérica, en las cuales se planteó el que después sería el Diálogo de Manzanillo: México no estaba negociando a nivel de la ONU, sino de las cancillerías, la posibilidad de un diálogo entre Nicaragua y Estados Unidos en territorio mexicano o en presencia de México.

Percibí un ajuste interno en Estados Unidos. Haig se había abierto al diálogo convencionalmente, porque también hizo declaraciones.

A raíz de esas conversaciones le preguntaron si realmente cambiaría la política norteamericana por influencia de México, y dijo que no, pero que siempre era bueno oír las opiniones de los amigos. Dio a entender que México insistía y que había que escucharnos; esto lo dijo —así lo entendimos— para calmar a la extrema derecha. Este ajuste en la posición norteamericana hacia Centroamérica duró desde la última fase de la gestión del general Haig hasta la llegada de George Schultz como secretario de Estado, a tal punto que Schultz no se involucró directamente en el asunto hasta meses después. La competencia y las negociaciones quedaron en el nivel de subsecretario de Estado, que era Thomas Enders. ¿Recuerdas esa época? Hubo un periodo de pugna interna en el corazón del gobierno norteamericano respecto a Centroamérica hasta que finalmente se reafirmó, globalmente, la posición dura.

La embajadora Kirkpatrick tuvo un papel activo porque había ingresado al primer plano de la política norteamericana y se ganó la confianza del presidente Reagan con un artículo relativo a Centroamérica donde tocaba la caída del *sha* de Irán: “*Dictatorships and double standards*”. Kirkpatrick tenía una posición interna del gobierno norteamericano, una propia y otra del grupo que representaba, de la línea dura. El conflicto de Centroamérica empezó al debatirse en el Consejo de Seguridad, al proseguirse en la Asamblea y al empezar ella a jugar un papel protagónico en el gobierno norteamericano. Aun después de que salí del Consejo de Seguridad el tema de Nicaragua siguió tratándose allí. De acuerdo con la tradición de la ONU, se escuchaba a los países más interesados en el conflicto y seguí participando en el tema, aun sin ser miembro, por instrucciones de mi gobierno y porque era lo adecuado. Éramos líderes en el tema y hubiera sido pésimamente mal visto e inexplicable que México no participara.

En un debate de 1982 sobrevino el conflicto, provocado por los nicaragüenses, inmediatamente después de la segunda entrevista entre Haig y Castañeda. Al gobierno de México no le hubiera gustado que se suscitara, porque estaba en plena negociación; tomamos la posición tradicional y recibí instrucciones de anunciar que ya había conversaciones entre los dos gobiernos y un acuerdo de principio para un encuentro

entre Nicaragua y Estados Unidos. También se me instruyó que observara que no se podían jugar dos juegos: esto era bueno tanto para Estados Unidos como para Nicaragua. Se me pidió que dijera, y estuve de acuerdo, que se escogía el camino de la negociación o el de la confrontación; así terminaba la intervención de México. Como agravante, ese mes Estados Unidos presidía el Consejo. Entregué mi discurso a la cabina y algún periodista lo tomó: el caso es que el discurso estuvo en Washington antes de que yo lo dijera. La llegada de Jeane se retrasó y el Consejo no se abrió hasta que llegó su presidenta, que ya traía una respuesta.

Tras filtrarse ese discurso minutos antes, nunca volví a darlos a la cabina ni a nadie: lo entregaba media hora antes, y después de eso, en el minuto que iba a subir. No fue espionaje, alguna copia quedó suelta, la tomó una agencia de información y se filtró. Tampoco fue un descuido, siempre lo hacíamos igual; quiero pensar que fue coincidencia. El caso es que antes de salir de su oficina —que estaba frente a la ONU, cruzando la calle— Kirkpatrick recibió el texto de Muñoz Ledo y dijo: “Ah, van a anunciarlo”. Cogió el teléfono y le habló al presidente. Jeane le dijo la tesis de su grupo.

Treinta segundos antes de subir a la tribuna, una agencia de información me dio un cable donde Washington me contestaba algo que todavía no había dicho: “El Departamento de Estado niega que haya un acuerdo con el gobierno de México para negociaciones”. Después supe, por un rebote muy curioso, que un diplomático norteamericano muy *open minded* le había dicho a un diplomático mexicano en otro país: “Todo lo que pasó ese día fue un gran error. Tal vez fue un error involuntario nicaragüense haber provocado ese debate. Le voy a explicar por qué”.

JW: ¿Un gran error de quién?

PML: Tal vez del propio Nicaragua, por haber suscitado el debate en el Consejo. “¿Por qué?”, dijo el mexicano; no puedo decir el nombre. El americano, un diplomático *politically appointed*, que suelen ser más *open*, le dijo amistosamente, en un país equis, meses después: “Te voy a decir qué pasó en ese debate: estaba haciéndose espacio la línea de la negociación que ustedes proponían, pero lo llevan al Consejo de Seguridad, Jeane se entera en su oficina, coge el teléfono, le habla al presidente

y ella vuelve a tomar injerencia directa en el asunto. Sin darse cuenta, le pasaron la pelota a Kirkpatrick”. No lo sabíamos. Además, nosotros no provocamos el debate. La circunstancia parlamentaria que se generó en la ONU y el anuncio de México de que había este arreglo le dio a la embajadora una carta preciosa para establecer contacto directo con el presidente en ese momento. Esto no me consta, pero me parece lógico.

¿Cuál fue su gran pretexto? Ocurrió una semana antes de las elecciones en El Salvador. Toda la propaganda norteamericana en vísperas de esas elecciones estaba orientada a decir: “The solution is elections and democracy. We have to let the legitimate government and to isolate the revolutionaries”. Y la lógica de Jeane fue —me lo dijo después—: “Si nosotros anunciamos, como gobierno de Estados Unidos, que habrá negociaciones con Nicaragua, estamos contradiciendo nuestra estrategia en El Salvador. Le estamos diciendo al pueblo salvadoreño que no vote, que *there is a possible solution, a full negotiation* sin El Salvador. *It's not necessary to vote. It's better to wait, until there's a negotiated solution with the guerrillas*”. Pero estaba mal, desde el punto de vista de su grupo; ella lo sobrevaloró. Estaba en el centro de la operación en El Salvador, era muy activa y protagonista. La dificultad que tuvimos fue pública, en el corredor: se me echó encima y delante de la gente le contesté. Su tesis era: “No, señor presidente, ¿cómo puedo anunciar esto?” Haig ya estaba en las últimas y ése fue uno de los empujones. Era un problema de política interna norteamericana.

Todo lo que supe después suena perfectamente lógico; Jeane lo aprovechó, le pusimos la pelota en la mano. Obviamente no le habló al secretario de Estado, habló directamente a la Casa Blanca. Le dijo: “Señor presidente, hay que desmentirlo, porque nos está quitando cartas en El Salvador. Estamos mandando a El Salvador el mensaje de que habrá negociaciones: entonces ¿para qué votan? Que se esperen, para que el problema de El Salvador se resuelva también por la vía negociada. Es lo que los salvadoreños hubieran preferido. ¿Para qué les sirvió votar si la guerra sigue ahí?” Fue un argumento muy convincente con el presidente Reagan, que dio instrucciones inmediatas para que se desmintiera. El proceso de diálogo que se estaba armando con Nicaragua se retrasó. Así

es la política. Qué curioso, cómo intervienen hasta factores humanos, coincidencias. El hecho de que mi discurso haya salido en un minuto no cambiaba nada. Jeane podría haberle hablado al presidente acabando la reunión del Consejo; no tiene relevancia.

JW: ¿Qué propuso en su discurso?

PML: Yo no consultaba mis discursos, pero en el caso centroamericano siempre los enviaba antes para alguna observación. Estaban manejándolo en México, no yo, y me sugirieron que añadiera dos párrafos que eran muy buenos, dirigidos *to both* —también a nuestros amigos los nicaragüenses—: “Señores, ya hay en principio un acuerdo para un diálogo; no escojan el camino de los fregadazos, el de irse a pelear. Si ya está pavimentado el camino del diálogo, no se sigan enfrentando”. Éste era el mensaje. Se anunciaba que habría un diálogo y esto repercutiría: *Mexico announces dialogue between the United States and Nicaragua*. Tendría un impacto muy fuerte entre la opinión mundial. Se vinieron atrás muchas cosas: tengo en eso la responsabilidad que me corresponde, puramente mecánica.

Hubo una cantidad de coincidencias. Al salir del Consejo nos encontramos en el corredor, donde solíamos cruzarnos, y no lo digo de una manera ofensiva, pero Kirkpatrick me agredió verbalmente: “Porfirio, you are trying to spoil elections in El Salvador!” Yo no había pensado en El Salvador; ahí me lo dijo, muy maliciosa. Le dije: “No, Jeane, no es el caso. Nosotros no convocamos a esto”. Además, yo había insistido con mis amigos nicaragüenses en no celebrar esa reunión: mi intuición me dijo que no era oportuna. Incluso hablé con Miguel d’Escoto horas antes de la reunión: “Miguel, ¿es necesaria esta reunión?” “Es que ya la habíamos convocado.” Jamás tuve la malicia, y ahí hubo un exceso de malicia de Jeane, un gran pretexto para intervenir.

Por ejemplo, en una de las discusiones fundamentales le dije: “¿Quieres paz? Tienes que fortalecer el centro. Todo lo que sea conflicto armado le da la palabra a los fusiles, que son los extremos; todo lo que sea negociación te mete en el centro de la mesa a los moderados de centro-izquierda y de extrema izquierda. Evidentemente lo que está ocurriendo en Centroamérica es que mientras más se polariza el problema,

más le das la palabra a los extremos de los dos lados; más propicias el proceso de paz, más fortaleces el centro-izquierda y el centro-derecha. Es evidente que para que haya paz en la región, es necesario un espectro político que gobierne, que vaya de centro-izquierda a centro-derecha, como en cualquier sociedad estable del mundo”.

Estos debates de gobierno comparado deben ser con una persona erudita. Conocía la literatura política de Jeane, es una gente preparada; hay una imagen de ella que no corresponde con la verdad. Es inteligente, profesional de la ciencia política, con la que se puede hablar en ese tono mientras se está en el nivel del debate académico. Cuando se responde a intereses de otro tipo es diferente.

JW: A la luz de la historia, ¿qué dices de esto?

PML: Evidentemente, quienes empujaron para darle esa relevancia a la elección de El Salvador lo hicieron para evitar la negociación en Centroamérica.

JW: ¿Fue un error del momento?

PML: No fue error de nadie; las circunstancias ocurrieron así. Hacía semanas que Nicaragua había pedido una sesión, estaban comprometidos muchos oradores. Fueron circunstancias desafortunadas, bien aprovechadas por el sector conservador.

JW: El accidente histórico.

PML: El accidente histórico. Además, no sabíamos hasta qué punto Haig iba para abajo. ¿Quién sabía que estaba de salida? ¿Tú lo sabías? Haig estaba en un proceso de debilitamiento mayor del que suponíamos. Fue un momento de gran fuerza del grupo conservador, hasta que Schultz retomó las cosas en un horizonte distinto meses después. ¿Por qué razón Schultz no se metió en el problema durante tanto tiempo? Porque sabía que quemaba.

JW: Además hubo una maniobra.

PML: El momento de mayor fuerza de Kirkpatrick fue ése; incluso quiso ser secretaria de Estado. Fue el gran *push* del grupo ultraconservador, y tengo una prueba de eso. Seguí de cerca la actitud de Schultz; llegó a la Secretaría de Estado y no dijo “esta boca es mía”. Tras meses con el problema de Centroamérica, lo empezaron a atacar porque no se

comprometía pero era un hombre experimentado, experto en *insight*: había sido secretario del Tesoro, del Trabajo, conocía bien la mecánica interna del gobierno, sabía qué terreno pisaba. Y dijo: “Me meto en el tema de Centroamérica”. El grupo ultraconservador estaba en un momento de gran fuerza. Schultz dejó a Enders manejando el problema de media distancia hasta que hubo las condiciones suficientes para que él lo retomara. ¿Qué indica esto? Que en ese periodo el grupo ultraconservador estaba en el *push*. Es más, cuando Reagan eligió a Schultz, que no es lo que querían los ultraconservadores, de alguna manera los compensó —hay un sistema interno de compensaciones—: no les dio la Secretaría de Estado, que querían tomar por asalto, pero les pagó con Centroamérica. Fue muy evidente. Podría dar datos que lo avalan. Les dijo: “No tienen la Secretaría de Estado, pero sigo con la línea dura”.

También hubo un desequilibrio interno a favor del grupo que mi compañera representaba. Mi posición de embajador frente a la delegación norteamericana fue mucho más difícil todavía, porque ella ascendió en su poder relativo dentro del gobierno y empezó a actuar con autonomía en esos temas. Meses después vino otra agravante: la embajadora se involucró en la política interna. Era la segunda campaña electoral de Reagan, a fines de 1983. Kirkpatrick se fue alejando gradualmente. Cambió, en primer lugar, una orientación muy importante: la primera estrategia de la delegación norteamericana era el diálogo, la amistad, la conversación, muy al estilo de Daniel Patrick Moynihan, maestro de Jeane, con quien fue varias veces a la ONU; algunas veces Moynihan llegaba al bar de la ONU porque era su estilo, el del diálogo, pero conforme vio que era difícil, la estrategia se trasladó a una muy dura que Estados Unidos nunca había ejercido en esa dimensión: la presión bilateral. Al darse cuenta de que en ese universo parlamentario eran minoritarios y que otros grupos y países teníamos mucha fuerza, la táctica cambió.

Jeane convenció al gobierno norteamericano de que era desgastante meter en razón a la gente en los corredores, citándola en la embajada americana y haciendo comidas; había que pasar al látigo y eso se hizo desde la Casa Blanca, con el apoyo del Departamento de Estado, con telefonazos a los jefes de Estado y visitas muy duras de los embajadores

norteamericanos. Para rompernos la estructura de poder usaron el arma bilateral. Jeane ya no se preocupaba tanto por estar en la ONU, estaba dos días y tres en Washington. Empezó a hacer viajes, a desaparecer. ¿Qué estaba haciendo en Washington? Vigilando. Cambió la relación. En vez de negociar con nosotros en lo multilateral —en los restaurantes, en los cafés, en las recepciones, en las comidas y en las cenas— estaba manejando los telefonazos, “John Gavin has to call the president Lopez Portillo, to go to see him and to say this and this...”, y el arma del petróleo y la de las finanzas. Washington empezó a emplear de un modo claro, a partir de los primeros meses de 1982 —la primera presión fuerte fue el 5 de febrero, con el voto sobre las Alturas del Golán—, de una manera impúdica, la presión bilateral para forzar el voto en la ONU, poniendo en la mesa las negociaciones bilaterales: “Te presté dinero. Si tú votas así, ya no te presto”. Nunca había ocurrido.

Era una imitación bastante burda de lo que hace la embajada de Israel; burda porque Israel no tiene ese poder. Simplemente los embajadores de Israel van a las cancillerías, piden audiencias, son muy insistentes. Aquí era desde una posición de poder, de patrón. Y si lo hicieron con México, ¿se imaginan cómo lo hacían con otros países? Eso se sabía en el medio diplomático. Ya nada más nos cerrábamos el ojo. Estábamos en alguna comida cuando un embajador se levantaba y se iba al teléfono: “Le está hablando su secretario de Relaciones”. “¿Qué pasó?” “Está la embajadora americana encima de él.” “¿Y qué le sacó?” “Le dijo: ‘Y si no, no te vuelvo a prestar’.” El uso descarado de armas bilaterales para mover el voto. La relación, el diálogo, la amistad, todo carecía de sentido. La posición de los embajadores en la ONU ya no era negociar con el embajador norteamericano o con el inglés, sino con nuestros gobiernos. Era otro enfoque: esperar los telefonazos y defender nuestras posiciones.

La situación se puso delicada el 5 de febrero, cuando el embajador norteamericano se presentó en la cancillería mexicana a pedir que México se abstuviera en un voto de la ONU sobre Alturas del Golán, que era una invasión militar israelí; el último o penúltimo voto cuando fui miembro del Consejo de Seguridad había sido sobre las Alturas del Golán. Y cuando se tiene un veto, después se va a la Asamblea. Era

absurdo que mes y medio después —eso había sido en diciembre; esto fue en febrero— me abstuviera. Todo mundo sabía que mi grupo había hecho la resolución y que de alguna manera yo estaba en el corazón de ese grupo; se suponía incluso que yo la había redactado. Era una vergüenza, pues ahí se caía el prestigio de un Estado, de un gobierno. Me opuse a que cambiaran ese voto. El 5 de febrero, en la mañana, le hablé al presidente de la República: recuerdo el día porque fue cuando empezó la crisis económica. Me recibió un télex, le dije que me permitiera no acatar esa instrucción y le expliqué por qué: si México cambiaba, se desfondaba todo. El presidente me entendió y dijo: “No vote”. Yo no podía cambiar una instrucción a esa hora. Y como no se puede violar una instrucción, la única manera era salirme de la sala: me salí y no voté.

Después hubo un conflicto de interpretación del principio de autoridad. Me fui a México y hablé largamente con el presidente; un sábado, caminando solos casi una tarde completa en Los Pinos. Conversé con él, quizá la conversación más de fondo que hayamos tenido, sobre lo que pasaba en el mundo y en México. Le expresé mi sentimiento sobre adónde íbamos. Una conversación muy amable, anticipatoria de cosas que ocurren ahora, de la presión norteamericana, del problema financiero, del endeudamiento. Al final le dije: “Señor, le pido que mientras esté en la ONU México no cambie su posición pase lo que pase, así se derrumben los edificios. El día que usted crea que México deba cambiar de posición, me lo hace saber y dos horas después estoy con mis maletas en México. Por todas estas razones México no puede agacharse en este momento. Nos van a arrollar. México se tiene que mantener. Además, es el símbolo de la independencia de los Estados del Tercer Mundo en este momento; es el faro al que todo mundo se vuelve. No solamente nos hundimos nosotros, sino que hundimos a todos los demás. México no puede hacerlo”. Y estuvo de acuerdo conmigo. Me dijo: “Porfirio, adelante. Usted vote en conciencia mientras esté ahí”. “Muy bien, muchas gracias, que la Patria se lo agradezca. Viva México, viva la humanidad.”

Del otro lado creían que ya nos habían amilanado. Muñoz Ledo regresó como nuevo, ¡como nuevo!, a su gran pelea y a defender lo

defendible, porque a partir de ahí vino el *blitzkrieg*, que fue cambiar los votos, jalar a la gente, no hacernos trampas parlamentarias ni regresar años atrás lo que se había avanzado en las resoluciones, en la negociación económica, en todo, y la gran defensa éramos nosotros. Fue la tarea que me di de ahí en adelante, que no fue de un día para otro sino gradual; nunca me volví a echar para atrás. Aguanté 1982, 1983 y 1984: tres años. Duró mucho tiempo y fue arreciando. Desde principios de 1982, tras este reajuste interno de Estados Unidos, empezó a arreciar la presión para voltear la situación. El *turning point* no fue cuando llegó el presidente Reagan: el verdadero *turning point* de la política norteamericana en la ONU fue en 1982. Hasta ese año fuimos en ascenso y a partir de ahí estuvimos a la defensiva.

Las relaciones con Estados Unidos se fueron deteriorando, haciendo más difíciles, porque la embajadora casi nunca estaba y después se vio más involucrada en el proceso político interno. Como parte de su pugna con el Departamento de Estado, ella había creado su propio *staff* con personal no diplomático —yo diría fanático—, encabezado por un cubano-norteamericano que tuvo muchos roces con todo mundo y que incluso es conocido en el medio diplomático norteamericano porque tenía una conducta diplomática indebida; era el número dos. Se llegó a saber que incluso hubo corrupción de delegados, a quienes este funcionario les pagó. Él lo confesó, medio en broma, medio en serio: un día, durante una reunión de un grupo de embajadores del Grupo Contadora,¹⁶ alguien le dijo en broma: “Vente con los de Contadora, no te

¹⁶ En enero de 1983, los gobiernos de México, Colombia, Panamá y Venezuela fundaron el Grupo Contadora en respuesta a los conflictos militares en Centroamérica, en particular en El Salvador, Nicaragua y Guatemala. Los ministros de Relaciones Exteriores de esos cuatro países se reunieron en la isla de Contadora, Panamá, donde firmaron el Acta de Contadora por la Paz y la Cooperación en Centroamérica, que recibió el respaldo del Consejo de Seguridad, de la Asamblea General de la ONU y de otros organismos. De acuerdo con la Unesco, Contadora tenía como objetivo poner fin a los sufrimientos que padecían los pueblos de América Central, defender su derecho a la independencia y contribuir a la solución de una crisis cuyas repercusiones implicaban graves riesgos para la paz mundial. En su origen, la creación del grupo fue propuesta por el primer ministro sueco Olof Palme, así como por el mexicano Alfonso García Robles, la sueca Alva Myrdal

descuentos”. Él se volvió y dijo: “Nunca descuento nada. He pagado centavo por centavo a los delegados que los han combatido y a usted, en los 77”. Lo dijo delante de mí. Llegaron a haber conductas de corrupción por parte del número dos, que en muchas épocas las pasaban como representante de la misión norteamericana.

JW: Corrupción. ¿Qué hacían?

PML: Comprar a delegados de segundo nivel, invitarlos, no sé qué tipo de corrupción; ayudas para que tuvieran puestos. Se llegó a hablar de eso y en algún momento el propio funcionario implicó que era cierto. Hay escenas de pleitos, de insultos a delegados en comidas. Me tocó ver, en la embajada de Brasil en Ginebra, una actitud grosera e insultante de otro delegado norteamericano al número dos de la ONU, a dos metros de mí: fue un hecho bochornosísimo, le gritó, lo insultó. Era un grupo al que llamamos *the West Side Story*: gente de bajo nivel, agresiva, al frente de una misión diplomática. Hubo preocupación entre los diplomáticos americanos. En alguna ocasión fui invitado por un grupo de 30 diplomáticos norteamericanos a una reunión privada para platicar de estos temas, y yo por respeto no quise entrar en detalle. Hay testigos, diplomáticos norteamericanos, de que se me preguntó sobre el comportamiento de la delegación norteamericana. No se puede hablar a estas alturas de que hubo una actitud de exceso, al contrario, el embajador de México y la delegación tenían un gran prestigio de seriedad, de trabajo intelectual. El nivel muy bajo era el de otra gente.

En cuanto al problema de las Negociaciones Económicas Internacionales, la Cumbre de Cancún fue una buena iniciativa, originada en las conclusiones de la Comisión Brandt, que sugirió un grupo independiente que estudiara las relaciones Norte-Sur. Mientras no se descongestionaran las relaciones internacionales, que se estaban endureciendo en virtud del renacimiento de la Guerra Fría, convenía tener reuniones entre los jefes de Estado del norte y del sur para establecer un diálogo. La primera se hizo patrocinada por la socialdemocracia en Jamaica cuando

(ambos Premio Nobel de la Paz 1982) y el colombiano Gabriel García Márquez (Premio Nobel de Literatura 1982).

el primer ministro era Michael Manley, que fue muy buena, y se trataba de hacer una segunda en Austria; el señor Willy Brandt me contactó para esto y posteriormente el primer ministro Bruno Kreisky, pidiéndome que buscara la manera de que fuera patrocinado por dos países, uno del norte y otro del sur: México y Austria. Puse esto en conocimiento de mi gobierno, que lo tomó con mucho calor y empezó a plantearse lo del Diálogo de Cancún. Por razones de carácter interno, el primer ministro de Austria no actuó como copatrocinador y lo sustituyó Pierre Trudeau, primer ministro de Canadá.

La conversación de Cancún fue positiva, pero no había un clima para llegar a soluciones. En primer lugar, los países en desarrollo no podían dar marcha atrás en su planteamiento a las negociaciones globales, tema que predominó. El gobierno norteamericano estuvo anuente en Cancún en que se reanudara el proceso, siempre y cuando hubiera un *meaning for process of preparation*. Creamos un grupo de trabajo, a nivel de los 77, para preparar la agenda, las condiciones, los procedimientos; este grupo de trabajo hizo un proyecto de *procedures*, cómo participarían las distintas agencias internacionales. La cuestión central era quién tenía la última palabra, la Asamblea General o las instituciones de Bretton Woods —la Banca Mundial y el FMI—. Se pensó en un procedimiento intermedio, en el cual la Asamblea General diera los grandes criterios, se negociaran por parcelas los problemas en los distintos organismos internacionales, incluyendo los financieros, pero quedara en la Asamblea el *package agreement*, que fue tema de controversia: no se aceptaba que la Asamblea revisara los acuerdos tomados por las agencias especializadas. El nudo del conflicto de la negociación internacional fue quién tenía la soberanía: el FMI o la Asamblea de la ONU, y nunca se logró un compromiso de fondo. Había serios problemas en la agenda, pero el central fue éste. A nivel de los 77, cuyo presidente era el embajador de Argelia, se nos encomendó que lo hiciéramos y lo enviamos a la reunión del G-7 en Londres, para que se den una idea de la importancia de nuestra gestión.

JW: ¿Cuándo tuvo lugar lo de Cancún?

PML: En octubre de 1981. Al año siguiente mandamos un proyecto, un texto que vieron los siete jefes de Estado de los países industrializados,

y nos contestaron a la ONU con sus contrapropuestas. Sin embargo, nunca se llegó a un acuerdo y me tocó reanudar las negociaciones como presidente del G-77. Fue el último intento serio de retomar las experiencias anteriores y replantear las Negociaciones Económicas Internacionales.

WOJTYLOPOCHTLI:

LA CANDIDATURA A LA SECRETARÍA GENERAL DE LA ONU

PML: En 1981 también ocurrieron hechos que han sido poco esclarecidos y que tuvieron una influencia muy grande en mi vida: a mediados de año, muy cerca del fin del mandato del doctor Waldheim, empezaron a surgir las candidaturas para la Secretaría General de la ONU. En primer lugar se mencionaba a Salim A. Salim, ex embajador de Tanzania, entonces ministro de Relaciones Exteriores. Se suponía, en principio, que sería un africano; de no ser así, sería un latinoamericano, y entre los nombres que se mencionaban figuraba, en primer término, el mío. Era el que más se mencionaba en los periódicos de distintos países.

Fui encabezando la delegación de México a la primera Conferencia Mundial sobre Fuentes de Energía en Nairobi, de donde surgió el Comité Mundial de Fuentes Nuevas y Renovables de Energía. Fui el primer presidente de ese comité y dediqué al tema un año de mi vida. Trabajamos los temas de las fuentes alternas de energía, créditos internacionales, programación energética. Aprovechando ese viaje, crucé por carretera la frontera de Kenia a Tanzania, hablé con el secretario de Relaciones, mi amigo Salim, y convinimos en que había que apoyarlo a él; era un entendido que debería ser un africano, pero también quedó claro que, en caso de que él no saliera, el grupo que lo apoyara mantendría su cohesión y presentaría a un candidato de sustitución, que, como quedó hablado, en principio sería yo. Pesaba un poco la experiencia de la entrada al Consejo de Seguridad: si uno no salía, que saliera otro, pero ya no como accidente sino como un diseño.

Fui llamado de Nairobi a París por el secretario de Relaciones Exteriores de México para desatorar una negociación: la Declaración

Franco-Mexicana sobre El Salvador, en cuya planeación no intervine. Viajé desde el corazón de África para negociar durante un fin de semana en París, lo que da una idea de las muchas cosas en que simultáneamente me encontraba. Me citó en Ginebra con Castañeda, hablamos del asunto de la Secretaría General, le dije qué había ocurrido y le pregunté si él tenía interés en la Secretaría General de la ONU: me dijo que no y que estaba de acuerdo en que yo lo intentara si se presentaba el caso, sin comprometer a la diplomacia mexicana. Volví a México. Hablé con el presidente de la República; ya estaba enterado por la prensa, había salido aquí y allá. Me dio luz verde para que se apoyara al candidato de África, al del Tercer Mundo, y si no era posible, para que yo entrara como candidato de sustitución. Eso fue muy claro, aunque luego pareció que no. Se vino la reunión de Cancún y sorpresivamente fue mi primera llamada de alerta: no fui invitado como miembro de la delegación mexicana. Eran 10 miembros. De nuevo viajé a México y el presidente me llevó a Cancún como invitado personal. En el aeropuerto recibí con él a los jefes de Estado: tengo una fotografía con cada uno de ellos, con guayabera.

JW: Entonces fue la Secretaría de Relaciones Exteriores.

PML: En parte creo que ahí hubo una indecisión, un cambio de idea, presiones sobre el titular para que fuera él. Hubo algo que ocurrió en esos meses, poco claro para mí. Pero tampoco podía ser el secretario de Relaciones debido al conflicto centroamericano y todo; no se veía muy lógico. Además, yo había hablado con cancillerías que se habían acercado a mí.

JW: ¿Pero excluirte de Cancún?

PML: Oí desde una cabina de traducción las discusiones, salvo la discusión final, cuando se presentó inesperadamente un proyecto de resolución que no se había negociado, se rompió la relación y entré para ver en qué ayudaba. Pero no fui miembro de la delegación mexicana, a pesar de que el primer planteamiento me lo hizo el señor Willy Brandt.

Tengo fotografías con el señor Reagan, con el rey de Arabia Saudita, Khalid bin Addulaziz; con algunos hablé personalmente. Había enviado un mensaje a amigos de varios gobiernos sobre esta eventualidad, entre

ellos el presidente François Mitterrand, que haría una visita de Estado de dos días a Cancún y me ofreció: “Quiero hablar con usted”. Le dije: “Estoy saliendo a Cancún. Allá nos vemos”. Tuve una buena conversación con él, así como con varios jefes de Estado, a los que acompañé al hotel. Con Mitterrand hice un análisis preciso de la situación. Él creyó, como otros jefes de Estado importantes, que era difícil que Salim no saliera o que no fuera reelecto Waldheim, pero si esto ocurría, no se veía otra posibilidad que la mexicana; varios gobiernos y jefes de Estado me lo hicieron saber de modo directo. Mis conversaciones con algunos secretarios de Relaciones y jefes de Estado en el *lobby* de Cancún molestaron o preocuparon, pero era obvio que yo había ido a Cancún para eso. No era miembro de la delegación. Para entonces era claro que Estados Unidos vetaría a Salim todo el tiempo, como ocurrió, y que China vetaría a Waldheim todo el tiempo, como ocurrió; teníamos previsto que se produciría un *impasse* hacia fin de año.

Esto sucedió el último mes y medio que fui miembro del Consejo. Por lo tanto, había un conocimiento del manejo del Consejo, una interiorización que nos permitía un alto nivel de información. Como miembro del Consejo tenía una gran ventaja: si era electo, pensaba dejar a un suplente; podía elegirme a mí mismo, pero tenía la ventaja de estar *insight*, en el cuerpo elector. Era una ventaja considerable. Apoyamos a Salim del modo más decidido y leal. El doctor Waldheim estuvo varias veces a punto de ser reelecto, pero China había hecho ver dos cosas: que vetaría su reelección y que votaría por cualquier candidato del Tercer Mundo, cualquiera. Naturalmente apoyaba a Salim, pero nos había hecho saber que sólo perseveraría en el voto si había un grupo suficiente de países del Tercer Mundo, tres o cuatro, que lo acompañaran; cinco años antes había apoyado a Echeverría, pero sólo había vetado a Waldheim dos o tres veces porque no tuvo el apoyo del Tercer Mundo. Eran seguros los votos de China, México y uno o dos países africanos, pero los demás eran muy vulnerables. La votación contra Waldheim nunca pasaba de cuatro o cinco. Fue muy claro que México y China eran la oposición, y México, por su función, fomentaba que un grupo del Tercer Mundo se mantuviera votando en contra. Hubo 16

o 17 votaciones en las que ni Waldheim ni Salim salieron electos. ¿Por qué sabíamos que el veto a Waldheim era de China, si el veto es secreto? ¿Por qué sabíamos que el veto a Salim era norteamericano? Porque uno y otro lo habían anunciado. Inglaterra no estaba de acuerdo con Salim por razones ideológicas, pero como era un país importante de la Commonwealth no podía votar en contra y se abstenía. Francia no estaba muy de acuerdo con un diplomático de habla inglesa y de la Commonwealth, pero por ser el gobierno de Mitterrand, que se suponía que estaba en apertura, tampoco lo podía vetar. Entonces nada más tenía un veto: el de Estados Unidos.

Esto se prolongó hasta que el embajador de Uganda, presidente del Consejo, desanudó la situación hábilmente: invitó a los dos a retirarse para abrir la votación. Waldheim se mostró dispuesto a retirarse, pero no a retirar su candidatura, y mientras él no lo hiciera, Salim tampoco se podía retirar. Esto pudo haber durado mucho tiempo. Eran las grandes batallas diplomáticas de entonces. La idea ingeniosa e inteligente fue pedirles que no retiraran su candidatura sino que dejaran dos o tres votos libres, y si alguno salía electo en el Consejo, luego se ratificaría en la Asamblea hasta que no hubiera ningún veto: para elegir al secretario general tienen que estar de acuerdo las cinco grandes potencias. Entonces el secretario general Waldheim aceptó retirarse; quizá tenía la seguridad de que nadie saldría, o creía tener un compromiso con uno o dos de los miembros permanentes para que siempre se vetara a alguien, no lo sé, pero Waldheim y Salim se retiraron.

Fue cuando llegó el momento impredecible. En esa fase, días antes, fui llamado a México y se me hizo saber que no podía postularme, y que en caso de que se presentara la situación, el candidato sería el secretario de Relaciones Exteriores. Hablé con Castañeda y me dijo que no era cosa de él. Hablé con el presidente y me dijo que ésa era la mejor solución para el país; acepté, a sabiendas de que no ocurriría. El secretario pensaba que si había un *impasse* él sería llamado. No entraré en detalles; todavía me es muy penoso. Simplemente se me sacó de la jugada.

Es el único punto que no aclaré suficientemente con el entonces presidente, a pesar de que tuve una conversación seria, serena y difícil

con él. Él argumentó, fundamentalmente, que las cosas no habían sido tan claras como yo las había visto y que sentía que ésa era una inconveniencia para el país. No creo que haya sido una presión de Castañeda, no quiero involucrarlo; todo el tiempo tuve la sensación de que no fue un factor sino un pretexto para evitar que yo fuera, y la razón, lo digo sutilmente —es lo único que he escrito sobre esto—, tuvo que ver con la política interior del país. Algunas fuerzas —quisiera saber quiénes— tal vez tuvieron que ver. Entonces ya había candidato electo. Hubo alguna reflexión, en el nivel más alto del poder público en México, en un sentido muy curioso: que al sistema político mexicano no le convenía un secretario general de la ONU mexicano, tal vez por el temor de que pesara sobre la vida política del país o que, terminando la gestión, con un gran prestigio internacional, regresara a México e iniciara una actividad política interna difícilmente contrarrestable. Es decir, que creciera fuera y que en el futuro representara un problema para el sistema político mexicano.

Alguien muy informado me dijo que había oído en Los Pinos el siguiente comentario: “Es incompatible con nuestro sistema político que haya un Papa mexicano”. Es lo único que he dicho, en una breve entrevista que me publicó la propia Secretaría de Relaciones; la única explicación plausible que tengo es esta frase, todo lo demás fue confusión. Por eso, si llego a escribir mis memorias, este capítulo se llamará *Wojtylopochtli*, un buen juego de palabras entre Wojtyla y Huitzilopochtli.

Fue un hecho lamentable. Había hablado con el entonces candidato a la presidencia, Miguel de la Madrid; lo cito para dejar claro que no estaba buscando un empleo ni una colocación en México. Al contrario, lo felicité y le hice ver lo importante que sería para el país que el plan se revisara y que yo accediera a la Secretaría General de la ONU. Sentí que él lo tomaba a bien, aunque después alguien me dijo que de ahí pudo haber venido la oposición. No lo creo, pero algún día lo averiguaré. El caso es que, por varios factores, en la jefatura de Estado se creó la reflexión de que el ex presidente Echeverría no había sido, habiéndolo intentado, y que tal vez esto sería un factor de desequilibrio en la política

interna respecto del presidente que entraba o de la presión que pudo ejercer la cancillería. No sé cuál factor influyó, pero son hechos: *facts*.

Nunca he dicho que mi candidatura habría pasado fácilmente. Pudo ser detenida. Era muy probable que el veto creciera también en mi caso. Si el plan se hubiera realizado y el mismo grupo hubiera seguido apoyando, ya era vetar a dos. Hubiera sido más a contrapelo. Lo único que pedí fue que hubiera una notificación oficial, en el más alto nivel posible, del presidente de México al de Estados Unidos y a la Unión Soviética, de que el gobierno me avalaba. Fue todo lo que necesitaba de mi gobierno: que se llamara a los embajadores, una comunicación de cancillería a cancillería o una llamada telefónica, nada más; de los casos de Francia, Inglaterra, China y los demás Estados yo me encargaba. No sé si esa gestión se hizo en favor de otra persona, no estoy convencido de ello. Desde luego, los soviéticos hicieron una declaración específica 10 días antes mediante su embajador en Washington, Anatoli Dobrynin, diciendo que la Unión Soviética apoyaría a un candidato latinoamericano y que vería con buenos ojos a uno mexicano. En cuanto a Estados Unidos, que había guardado silencio, me parecía difícil que, tratándose de México, después de 17 votaciones contra Tanzania, y si organizábamos un bloque, también nos vetara 17 veces consecutivas. Era una prueba muy fuerte: un país vecino.

La moneda estaba en el aire. Estados Unidos era el único país que nos podría vetar: no creo que Gran Bretaña hubiera vetado a un candidato mexicano muy fuerte. Era una decisión política de mucho peso, son cosas que tienen una gran significación. Si hubieran sentido que mi gobierno estaba detrás de mí... El caso es que no se presentó la candidatura y yo no podía hacerlo al margen del gobierno. Lo que logré con mis amigos fue que hubiera sesiones privadas para reconsiderar el sistema de presentación de candidaturas antes de las sesiones públicas, y convinimos en que se hiciera una serie de simulacros de voto, para tener una idea de quién podría ser antes de una nueva confrontación pública. Se inscribió a nueve candidatos, entre ellos a un amigo por quien tengo un alto aprecio, Javier Pérez de Cuéllar, que había sido subsecretario de la ONU, un magnífico diplomático con quien me vinculan lazos

de verdadera amistad. Horas después de haber empezado este simulacro fue claro que de todos los precandidatos que se habían presentado, Pérez de Cuéllar no tenía veto.

Luego supe que la noche anterior, a iniciativa de alguna de las cinco grandes potencias, y después, según me dijo un embajador, de que “they made sure that Muñoz Ledo will not be a candidate”, se reunieron y discutieron —aún es un secreto— con instrucciones de su gobierno. Los cinco estaban de acuerdo en dejar pasar a Pérez de Cuéllar porque ya eran tres meses: esto era debilitante y conflictivo para la ONU. Constatamos que no había oposición y el embajador de España pidió que fuéramos inmediatamente a la sala. Diez minutos después Javier estaba electo por el Consejo y esa misma noche fue plebiscitado por la Asamblea, noticia que en lo personal —a sabiendas de que yo no sería candidato— me dio mucho gusto, por la amistad que hasta la fecha me une con él.

Diré algo que nunca he dicho: había tres embajadores que tenían pensado, si nadie de los candidatos salía en la sesión privada, pedirme que saliera de la sala del Consejo y proponer mi nombre; me elegirían en ausencia, sin propuesta del gobierno de México, con lo que habrían sorprendido al gobierno. Ya era muy difícil. No lo promoví, pero en el Consejo causó un impacto negativo saber que mi precandidatura no se presentaría por instrucciones del gobierno. Subrayo esto con un solo afán: considero haber sido un hombre muy disciplinado en las instituciones del país, por mi educación, por el vínculo con mis jefes desde el principio, por mi concepto de la administración pública, por mi apego a la soberanía del país.

Si algún error he cometido en mi vida, no son los que me atribuyen: habiendo defendido mis principios, éste fue haber sido de una extrema lealtad y disciplina. Por eso, lo que no aceptaré en ninguna circunstancia, dígalo quien lo diga, miembro de ese sistema, es esta acusación de traición. Traición la de ellos; han traicionado al país. Yo di muestras de disciplina a un nivel que ahora me parece casi inexplicable, porque siempre pensé que las cosas podían corregirse, que el país iría para mejor; siempre vi estos como accidentes y creí que las instituciones del país eran reformables. Podría dar muchos testimonios del nivel de

disciplina y respeto a las instituciones al que llegué, a pesar de cosas muy graves que se hicieron en mi contra, sin haber incurrido en indignidad. Era un concepto del Estado que muchos de ellos no tienen, pero que yo siempre tuve, y ése fue un momento clave que así lo revela. Me discipliné, y no porque fuera un agachado —es la prueba de que era muy independiente de criterio—, sino porque no quise anteponer mi interés personal a algo que, suponía, era una razón de Estado, que obedecía a una razón política de fondo. Hubiera sido inconveniente que saltara las trancas y rompiera con el sistema porque una aspiración mía no se había realizado, aunque esa aspiración correspondiera a un interés del país. Ahí termina el penoso capítulo de la frustrada elección de Muñoz Ledo a la Secretaría General de la ONU.

JW: ¿Viajabas a México constantemente?

PML: Vivía en Nueva York con mi familia pero viajaba cada dos meses y medio, normalmente para consultas, porque estaba metido en muchas cosas: la energía, problemas del Consejo de Seguridad, un problema económico.

JW: ¿Y qué pasó con Laguna Verde?

PML: Lo pusieron en marcha arbitrariamente.

JW: ¿No había necesidad?

PML: No, no la hay.

JW: ¿Es muy costoso?

PML: El problema es complejo. Laguna Verde es quizá el tema del que más se ha hablado este año en el Senado, en conferencias, en discursos; se juegan muchas cosas. Inicialmente lo abordamos desde el ángulo que nos interesaba, que es el de la planeación energética. Los primeros estudios para introducir la energía nuclear en México se dieron a fines de los años sesenta, cuando hubo una baja importante de inversión en energías convencionales y cuando existía, mal o bien tomada, la decisión de mantener baja la explotación de los hidrocarburos, cuando además se puso de moda en el mundo la energía nuclear y se identificó su uso pacífico con la modernidad y con la preparación de la capacidad científica y tecnológica de un país para el salto al siglo XXI, etcétera.

La verdad es que quienes invirtieron enormes cantidades en industrias militares empezaron a ver la necesidad de utilizar esas tecnologías y esa capacidad instalada para fines pacíficos. Es decir, en el origen de la difusión de la energía nuclear parece que estuvo el interés de las grandes compañías.

JW: ¿Cuál fue tu papel en Laguna Verde?

PML: Fue indirecto. Nunca tuve que ver con las decisiones de Laguna Verde, pero sí con el replanteamiento de la cuestión energética en el país. En 1971, cuando creamos la Comisión del Gasto Público Inversión-Financiamiento con el licenciado López Portillo, subsecretario del Patrimonio Nacional, empezamos a ver cómo orientar la planeación global del gasto a partir de los programas y no del financiamiento. Ya expliqué que esta comisión funcionó varios años, pues predominaban los criterios de la Secretaría de Hacienda y la Secretaría de la Presidencia; de Hacienda porque finalmente definían si había el dinero o no —es decir, el sector financiero—. Tratábamos de crear una comisión que obedeciera a un plan donde, en la estructura del gasto público y el gasto corriente de inversión —es decir, el viejo sueño de la planeación del gasto—, prevaleciera el programa sobre la disponibilidad del financiamiento o hubiera un equilibrio entre las dos. Era también cómo definir un equilibrio, que nunca se ha acabado de encontrar, entre la rama del gobierno que gasta o define el gasto y la que define las fuentes de financiamiento.

Como siempre, corren las versiones de que era interés de la General Electric vendernos uranio enriquecido o que aquello era un vehículo más de la dependencia; se dio todo un debate ideológico. Por una parte, se lanzó en firme la idea de la programación del sector energético: hubo una nueva concepción del problema de la inversión y se decidió una estructura de financiamiento equilibrada entre precios internos y crédito externo. Se discutió mucho. El presidente de la República no quería aumentar el endeudamiento, pero también había mucha resistencia a aumentar el precio interno; estaba anclado en la conciencia de la gente que el petróleo era barato porque era nuestro. ¿Cómo convencerlo?

Ahora hasta es ridículo: los precios de la gasolina han subido de una manera excesiva y en muchos sentidos arbitraria, pero entonces habían pasado muchos años desde la expropiación, cuando tener el petróleo barato incluso era parte del orgullo del mexicano. Imposible de explicar, como pasaba en Venezuela, donde los precios todavía son bastante más bajos que los nuestros por esa misma razón.

Entonces concebimos varias cosas. Al licenciado López Portillo se le encargó la presidencia de un grupo *ad hoc* para decidir lo de la energía nuclear, pero fue un problema marginal; no sé si ese grupo dio su dictamen. Se lanzó el concurso —el segundo de 1972—, que ganó la General Electric para Laguna Verde cuando López Portillo todavía era subsecretario de Patrimonio, o ya había sido nombrado director de la CFE. Al asignarle al licenciado López Portillo la responsabilidad de planear la energía, se empezó a distinguir como un funcionario calificado en materia de planeación energética, fama que lo llevó a la CFE, le sirvió mucho para su carrera política y finalmente fue uno de los temas centrales de su vida, a tal punto que se convirtió en un presidente petrolero que promovió ante la ONU la idea del famoso Plan Mundial de Energía, razón por la cual fui a la ONU.

Pero en el horizonte en que me manejé hasta entonces no entraba el tema de la energía nuclear, estuve enterado de modo marginal. Se hizo el concurso en 1972, que se le dio a la General Electric, y se decidió que fuera con uranio enriquecido. Sin embargo, el proyecto fue despacio; no era una decisión política demasiado clara y hubo interrupciones de las obras por cambios de administración.

Fue un proceso errático. De 1972 a 1988, cuando se pone en operación, median 16 años. En muchos sentidos la tecnología es obsoleta y, sobre todo, nunca entró claramente dentro de un proyecto energético nacional.

Además, ahí empezaron las confusiones: para ganar el debate respecto del agua pesada y el uranio enriquecido, que era ideológico, los técnicos favorables al uranio enriquecido empezaron a decir que lo podríamos enriquecer si, habida cuenta del desarrollo de la energía nuclear, llegáramos a producir un volumen suficiente, para que esa economía de

escala hiciera rentable que enriqueciéramos el uranio en México. Fue un argumento decisivo para que ganaran la partida los que querían la patente: la General Electric.

Esto nos metió en una pista curiosa, que fue la que suscitó en un debate de la comisión del Senado delante de 20 o 25 técnicos de la CFE que no me pudieron desmentir. En este punto les hice una pregunta: "Cuando a principios de los setenta se habló de uranio enriquecido, se dijo que a partir de 20 000 megavatios había una economía de escala suficiente que permitía enriquecer uranio en México. Por eso el Plan Nacional de Energía de la época de López Portillo, que quedó listo en la primavera de 1981 y que hizo el secretario José Andrés de Oteyza, prevé, y sin mayor especificación, un horizonte de producción de 20 000 megavatios (era un poco la cifra convenida, que permitía saldar el debate ideológico). Si esta planta de Laguna Verde es de 1.3 megavatios y sigue vigente la plataforma nuclear que se pensó en 1980, quiere decir que van a hacerse 15 plantas como ésta". Les pregunté a quemarropa: "¿Cuál es la proyección de energía nuclear para fin de siglo?" "Cuatro mil megavatios." "¿Y por qué no se ha publicado?" No, que hay un estudio, que esto, que se publicó. Les dije: "Bueno, pero 4 000 megavatios indican tres plantas como ésta. Entonces ustedes están en realidad, a través de Laguna Verde, metiendo un programa de energía nuclear de mucho mayores proporciones. Ahorita me dicen 4 000, y luego me van a decir 8 000". Y les dije una frase que algunos periódicos tomaron y que hubiera merecido mayor éxito: "Entonces Laguna Verde es un conejillo verde o una laguna de Indias; quieren, por la vía experimental, meter un gran proyecto nuclear".

Ahora voy al punto que me interesa demostrar sobre Laguna Verde. El caso es que nadie ha probado su necesidad. Nosotros tenemos, a nivel de exploración y de explotación actual, la capacidad suficiente en materia de producción masiva de energía por un largo periodo de tiempo. Habida cuenta de que cerca de la mitad de la producción del petróleo se destina a la exportación, es obvio que con reducir gradualmente la plataforma de exportación habría excedentes durante un largo periodo y la energía nuclear no sería necesaria. Desde el punto de

vista estratégico es claro que la decisión de abrir Laguna Verde reafirma el compromiso del pago de la deuda, porque la única razón que explica la alta plataforma de exportación petrolera es la necesidad de divisas para el abundantísimo y elevadísimo pago del servicio de la deuda. El año pasado, 98% de los ingresos de divisas por materia de exportación de hidrocarburos se destinó al pago de la deuda.

El asunto de Laguna Verde es particularmente grave porque la decisión tomada en este momento es una especie de reaseguro a un alto pago del servicio de la deuda que implica una alta exportación de hidrocarburos, porque la capacidad instalada de Pemex, que era muy baja cuando se empezó a pensar en la energía nuclear y nos obligaba a la importación, ahora es muy amplia y da para el doble del consumo interno.

Este asunto lo conocí bien después. En 1978, en mis viajes a Berkeley, a Stanford, a Noruega, Inglaterra y otros países europeos, había hecho estudios sobre energía y a López Portillo le interesó mucho. Entonces andaba con la idea de una declaración, diciendo que el petróleo era patrimonio de la humanidad —cosa muy equivocada—. Le dije: “¿Por qué no propone usted un programa de energía internacional? Ya está lanzada la idea en la ONU, en Ecosoc. Di una conferencia sobre fuentes nuevas y no renovables de energía”. Me dijo: “Me parece muy bien”, y fue uno de los factores que me llevaron a la ONU.

Me tocó ser vicepresidente de coordinación de la Conferencia Mundial sobre Fuentes de Energía Nuevas y Renovables en Nairobi, y al año siguiente fui electo el primer presidente de la Comisión Mundial de Fuentes de Energía Nuevas y Renovables. En esta comisión no entran los hidrocarburos —la OPEP no hubiera querido— ni la energía nuclear —no hubieran querido los países productores—: son todas las demás, lo que es una división interesante. Enrique Iglesias fue comisionado por el señor Waldheim para sacar la reunión, y entre los dos organizamos algo importante: el documento que se hizo en México, con los técnicos de la Organización Latinoamericana de Energía (Olade), se perfeccionó en Quito, Ecuador, y se volvió el documento del G-77 y la base del texto que es el único consenso mundial sobre energía. Tengo el honor de que se haya hecho bajo mi coordinación.

Ahí me metí mucho en el tema de la energía. Viajé, conocí y discutí; simplemente en Nairobi había más de 20 ministros de energía en mi conferencia. Ahora sí estoy enterado del asunto, mucho más que cuando era subsecretario de la Presidencia, y puedo afirmar más. Esto me ha dado en México, en la discusión de Laguna Verde, una gran cancha, me volví un clásico de Laguna Verde porque doy un enfoque energético al enfoque estratégico nacional.

He llegado a varias conclusiones: primero, la transición energética que estamos buscando en un país como México debe darse, fundamentalmente, por el paso de fuentes tradicionales de energía a fuentes convencionales. México es un país que, por sus grandes desigualdades económicas, está equiparándose en cifras de consumo de energía tradicional a algunos países del África subsahariana. ¿Qué quiere decir esto? Que estamos comiéndonos los bosques y destruyendo la naturaleza con la quema de la leña.

La necesidad fundamental del país no es la producción masiva de energía por la vía nuclear: es una energía barata, descentralizada, al alcance de las comunidades, para la cual creamos tecnologías endógenas. Junto con Japón e Italia, México tiene la mejor patente de geotermia, que sin embargo no hemos industrializado a escala suficiente porque no hay inversiones. Hemos avanzado en energía eólica y podríamos hacer grandes desarrollos. La geotérmica es una energía natural del país, porque es un país volcánico. Podríamos tener enormes desarrollos en energía solar y sin embargo no lo hemos intentado.

Por último, quedó probado que es menor la inversión que tendría que hacerse para convertirla en una planta donde se usaran combustibles fósiles, porque todavía se tendrá que invertir mucho en el cementerio nuclear y en muchas cosas que vendrán, e incluso podría ahorrarse si esa planta se reconvierte a otro uso. En suma, en el momento actual no hay ninguna razón para no haber cambiado esa planta, máxime que no existe una necesidad inmediata. En este momento no podemos tomar decisiones de esa naturaleza por el deseo de ponerse a la altura de la modernidad o seguir la moda: es obvio que algunas nuevas tecnologías se vuelven obsoletas pronto, y que si un país no tiene hoy la necesidad de ingre-

sar a esa era, le conviene más esperar 20 o 25 años, pues para entonces habrá tecnologías más baratas y seguras. En 20 años habrá otros descubrimientos, ¿por qué embarcarnos en una línea tecnológica que puede ser obsoleta cuando no tenemos necesidad de ello?

JW: Durante tu estancia en Nueva York, ¿tuviste conocimiento en detalle acerca de los acontecimientos en México?

PML: Sí. Cuando uno vive fuera ve mejor las cosas, pero no en detalle y qué bueno. Vivir fuera me ha dejado eso: estar a distancia de *la grilla*. En México la política se hace del pequeño rumor, de ir de un café a otro, de una casa a otra, de estar pendiente de detalles que hacen la vida palaciega. Desde que estuve en la ONU eso no me interesa. Esa vida político-social, de estarse pasando el último chisme, que si fulano le dijo a perengano, para mí fue *over forever*. Desde entonces me he vuelto a preocupar de los grandes procesos. Viviendo fuera, leyendo periódicos, se llega a la conclusión de que pasan tres o cuatro cosas importantes en un mes, y realmente importantes, cinco en un año. Uno se pierde cosas, por ejemplo las muertes: no se leen los obituarios. Uno se entera dos años después de que la gente murió. Es lo único que lamenté, pero no leer el chisme y el articulito diario. Hay dos o tres acontecimientos de los que uno se entera antes de recibir el periódico, y en un mes surgen, máximo, siete artículos que vale la pena leer. Lo demás hay que verlo con la distancia que se merece.

CONFLICTO DE LAS MALVINAS

JW: Háblanos de tu posición y la de México respecto a la invasión de la dictadura en Argentina a las islas Malvinas.

PML: Yo no la llamaría invasión de la dictadura. Fue una declaración de hostilidades de un gobierno de origen militar.

JW: Además hubo invasión.

PML: No hubo invasión.

JW: Pero había tropas.

PML: Eso no es invasión; invasión es en un territorio ajeno. Ésa es la tesis de México: Malvinas es territorio argentino. Será lo que se quiera, pero no invasión. Ahí logramos ciento y tantos votos en la ONU en favor de esa tesis, que expuse por primera vez: no puede haber invasión en territorio propio.

JW: Digamos que fue el último intento del gobierno militar de Argentina para quedarse en el poder.

PML: Ése es un problema interno y otro es el internacional, no los confundamos. Un problema es el juicio que se tenga sobre un gobierno, y otro el derecho internacional. Si mañana invaden o hay un acto de agresión contra Chile, lo defenderemos, aunque el presidente sea Pinochet, y si el gobierno más limpio del mundo —quiero pensar en el gobierno suizo— incurre en un acto internacional inadecuado, se le condena. Es el derecho internacional.

JW: Tú siempre buscabas la negociación.

PML: Pero esto no era de negociación. Además, no tuve una participación directa en el inicio del problema de las Malvinas. Quiero ser justo, mi intervención fue posterior. El grupo de las Malvinas, de 20 gobiernos latinoamericanos, no fue iniciativa del embajador de México en la ONU sino de la cancillería mexicana. No me quiero atribuir lo que no hice, que me pareció muy bien hecho.

Cuando estalló la guerra de las Malvinas, para muchos embajadores y observadores, desde el punto de vista puramente político, era obvio, primero, que el gobierno militar argentino se había puesto la soga al cuello: estaba entrando en una acción militar de la que difícilmente saldría vencedor y si, como era presumible, fracasaba, sería el fin del militarismo argentino. Al respecto hablé con varios diplomáticos. Segundo: todos conocíamos la estrecha relación de Jeane Kirkpatrick con el gobierno de Leopoldo Fortunato Galtieri y que ella había viajado recientemente a Argentina; era *vox populi*. Hay artículos de periódico de que la ayuda militar del gobierno argentino en Centroamérica se estaba negociando con algunos agentes diplomáticos americanos; también estaba en el ambiente que el gobierno argentino trataba de alinear a los gobiernos chileno y brasileño, todavía en la época de João Baptista Figueiredo,

para el Tratado del Atlántico Sur con Sudáfrica: este esfuerzo lo apoyaban agentes diplomáticos norteamericanos. Como vicepresidente del Consejo para Namibia en París me tocó negociar, con información en mano y pruebas fehacientes, para evitar una fuerte condena contra países latinoamericanos de parte de África: esto daría al traste con el gobierno militar argentino y, por lo tanto, evaporaría el proyecto del Tratado del Atlántico Sur en combinación con Sudáfrica. Y tercero, que pondría en entredicho a la diplomacia norteamericana, porque daría al traste con algo todavía más importante: el establecimiento de fuerzas argentinas en Centroamérica.

En algún artículo, texto, discurso o conversación, Kirkpatrick había dicho que qué lástima que no pudiera armarse en Centroamérica algo parecido a lo de Oriente Medio o África, una “subpotencia militar” que actuara por cuenta de las grandes potencias —Israel y Sudáfrica en esos casos—, y que el problema de esa zona era la ausencia de un país: Honduras no podía funcionar como subpotencia militar por su tamaño, pero si Argentina, con su régimen militar, hubiera estado en otro lugar geográfico —digamos, donde está Colombia—, todo estaría resuelto, porque se tendría allí una Sudáfrica que mantuviera a raya a los centroamericanos con un poderío militar superior al de sus vecinos. Estoy simplificando, pero estaba en el análisis. Sin ser expertos en política internacional, a esas alturas sabíamos mucho, la información circulaba al más alto nivel. Para los que la analizamos, esto crearía un serio problema y sería el origen de un enfrentamiento interno en Estados Unidos, como ocurrió. En alguna recepción a la que acudí, algún embajador le preguntó a la embajadora de Estados Unidos, ya iniciado el conflicto, qué prefería, si a la señora Margaret Thatcher o a Galtieri, y ella dijo, dentro de su tesis de lo biodegradable: “Authoritarianism or totalitarianism”. Aplicado de otra manera: la señora Thatcher era muy apreciable, pero en Inglaterra podía haber muchos otros primeros ministros, mientras que los militares argentinos eran irremplazables.

El grupo de la señora Kirkpatrick y otras fuerzas internas en Estados Unidos, comprometidas con Argentina, con el gobierno militar, estaban en negociaciones para que fueran actores y protagonistas en el

Tratado del Atlántico Sur con Sudáfrica, y para que dieran asistencia. En ese momento ya había un principio de asistencia militar argentina en Centroamérica, eran los prolegómenos; Estados Unidos defendería a Argentina frente a Gran Bretaña. El general Haig, todavía como secretario de Estado, hizo viajes de Londres a Buenos Aires y hubo las dos tendencias. Durante una primera fase del conflicto, Estados Unidos trató de mediar, de poner en la balanza sus compromisos con Gran Bretaña y con la Alianza Atlántica; por otro lado, se estaba tejiendo un nuevo interés estratégico. El proyecto norteamericano con Galtieri estaba mucho más avanzado de lo que sospechábamos y la prueba era que, habida cuenta de la alianza tan profunda entre Estados Unidos y Gran Bretaña y de los compromisos tan serios de la Alianza Atlántica, Estados Unidos tuvo semanas de duda en ese conflicto, una duda objetiva que se puede probar.

Esto revela, cuando menos a un analista, el nivel de compromiso que Estados Unidos tenía con Argentina como agente militarista en América Latina, hasta que el peso específico de cada posición se tuvo que equilibrar y Estados Unidos, al ser imposible la negociación, que la intentó Haig con todo... Por eso el gobierno de Gran Bretaña ordenó la salida de los barcos despacio: se vinieron muy despacio desde el Atlántico norte hasta el Atlántico sur, hicieron muchos días en la travesía para dar tiempo a que Estados Unidos cambiara de posición, y cambió cuando los barcos estaban llegando al Atlántico sur. Y entonces fue el apoyo logístico.

Esto no llegó a la Asamblea General sino al Consejo de Seguridad, donde México ya no era miembro pero acudía a las reuniones importantes. El conflicto estalló un sábado a las 12 del día; la diplomacia británica se movió con rapidez y habilidad. Aquí hubo un homenaje a Anthony Parsons —ahora *sir* Anthony Parsons, a raíz de las Malvinas—, asesor de la señora Thatcher, diplomático excepcional y hombre de todo mi aprecio, con el que estuve a favor en unas cosas y en contra en otras, pero al que le reconozco su gran calidad humana y diplomática. Se movió y logró el voto de condena del Consejo de Seguridad, que ordenó el retiro inmediato. En este voto no participamos.

Como anécdota, Nicanor Costa Méndez, ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, llegó ese día y fue auxiliado por un país latinoamericano que sí era miembro del Consejo, Panamá, en la persona del secretario de Relaciones, mi amigo Jorge Enrique Illueca. Cuando llegaron al Consejo yo estaba platicando con los embajadores; le tomé el pulso al francés, al soviético, etc. La resolución fue ordenar el retiro de las tropas, cesar el fuego, dejar las cosas como estaban. No creo que en esa reunión del Consejo se haya condenado como invasión, fue otro valor; el caso es que se ordenaba el cese inmediato de las hostilidades por parte de Argentina. La razón era obvia: *breaking peace*, una ruptura de la paz. Hay que distinguir entre ruptura de la paz e invasión, son dos cosas distintas. Había un quebrantamiento de la paz, un acto de hostilidades, un acto armado.

Los argentinos y algunos miembros del Consejo tenían la impresión de que la Unión Soviética vetaría. Les dije: “Esto pasa por 13 a 12”, y pasó: se aprobó. La Unión Soviética no estaba de acuerdo con ningún quebrantamiento de la paz, no por una alianza secreta con las grandes potencias sino porque esas cosas le parecían extraordinariamente peligrosas y en cualquier momento podría haber un desbordamiento en su propia área; en ese tipo de conflictos actuó al mismo nivel que las potencias occidentales, sin ningún discurso categórico ni mucho menos. Hubo ese acuerdo en el Consejo y empezó un momento muy curioso. ¿Cuál fue mi reflexión? Lo hablé con diplomáticos de otros países: convenía ponernos de acuerdo, los latinoamericanos, sobre qué posición tomar, y era muy importante que no sólo nos pusieramos en favor de la resolución del Consejo, en contra de las hostilidades, de la ruptura de la paz, sino que fuéramos al fondo del problema para reivindicar la soberanía, y era muy importante que hubiera un acto latinoamericano en favor del pueblo argentino, de la nación argentina, porque se vendría inminentemente una caída del régimen militar.

Después del hundimiento del *General Belgrano* hubo una segunda resolución, donde otros países convocaron para, ahora sí, condenar a Gran Bretaña por el hundimiento. Tuve mi primera intervención, que fue definitiva, en pleno apoyo a la primera resolución, en el sentido de

que había un quebrantamiento de la paz y había que volver a ella. Me opuse a que se considerara la acción como una invasión y di por primera vez la tesis de que no se puede invadir el territorio propio, y que si el Consejo estaba condenando una invasión, estaba resolviendo, sin atribuciones para ello, el problema que estaba detrás, el de la soberanía.

Desde niño conocía bien el problema de las Malvinas porque era algo de lo que mi padre me habló mucho, era de las cosas que su generación tenía muy a corazón: las violaciones a la soberanía latinoamericana. Conocí también el tema como estudiante de Derecho porque, cuando estudié la OEA en la edición original, el mapa tiene una raya que abarca todas las islas. Fue la grave decisión que tomó Estados Unidos, que si lo fundamental era la Alianza Atlántica. Más allá de la coalición o alianza con el gobierno militar, había otro valor que no se debe subestimar: en términos del Tratado de la OEA y del Tratado de Río de Janeiro, los tres archipiélagos —las Malvinas, las Georgias y las Sándwich del Sur— están considerados como territorio de este continente; en la edición original de la Carta de la OEA hay una raya que abarca todas las islas en el continente americano. Es decir, Estados Unidos tenía dos compromisos distintos: uno con Europa y otro con América. Era importante que Estados Unidos se definiera: son o no son. La agremiación latinoamericana independiente tuvo mucho que ver con Malvinas, todavía más que con el Proceso de Cartagena y que con Contadora y el grupo de apoyo, porque la definición de Estados Unidos fue clara: aparte de la chismografía o de la complicidad con los militares, hubo una definición fundamental: era una violación.

Si Estados Unidos hubiera dicho en un foro internacional que Malvinas no era territorio argentino, estaría violando la Carta de la OEA. Ahí está el mapa. Estados Unidos firmó, con la ratificación de su Senado, que esas islas son territorio argentino. Las cosas no eran tan fáciles como parece. Lo discutimos y tuvimos una buena actitud. Al principio la cancillería mexicana se mostró reticente por el temor, muy justificable, a un viejo conflicto entre países latinoamericanos, uno del Caribe y otro de habla inglesa; a que, por analogía, los guatemaltecos se sintieran

autorizados a invadir Belice y los venezolanos se sintieran tentados a invadir Guyana debido a su diferendo territorial.

En esa materia México ha tenido una excelente posición gracias, sobre todo, a ese gran diplomático que fue Luis Padilla Nervo. México ha sido enormemente respetuoso de los derechos de los pueblos del Caribe de habla inglesa a su independencia, y no ha estado con la tesis, excesivamente hispanizante, que privilegia los derechos de las colonias españolas sobre las de habla inglesa. La prueba es que, a pesar de que originalmente tenía derechos sobre Belice en caso de que se convirtiera en nación independiente, México renunció a reivindicarlos.

Aquí también había una distorsión que fue importante aclarar —esto va haciendo doctrina y enriquece las cosas—: había que convencer a la cancillería mexicana —tenía aliados allí; pocos, pero buenos—, a la comunidad latinoamericana y a la caribeña —que nunca acabamos de convencer— de que una cosa son los países, las colonias de habla inglesa, donde se forma un pueblo y este pueblo ejerce su derecho a la autodeterminación —como es el caso de Belice, Trinidad y Tobago, de Santa Lucía, Granada y Bahamas—, y otra un enclave territorial.

La comparación promovida por la diplomacia británica en el sentido de que Malvinas era igual a Jamaica es falsa. En Malvinas no hay nativos, es una base comercial y militar británica en la que había 2800 personas, de ahí que en mi primer discurso en la Asamblea comparé a Malvinas con Guantánamo, Gibraltar y el canal de Panamá, para gran asombro de los embajadores de Cuba, Panamá y España. Jamás sospecharon que largara un discurso de ese tamaño: “Malvinas es Guantánamo, Malvinas es el canal de Panamá, Malvinas es Gibraltar. Son enclaves territoriales en territorio de otro Estado, no son Estados con derecho del gobierno inglés. Pretender, como pretenden los británicos, la autodeterminación de los 2800 empleados de la compañía fulana de tal en Malvinas, es como pretender que los 4000 soldados norteamericanos del canal de Panamá creen el Estado del Canal de Panamá. Es como creer que los empleados y militares del gobierno británico en Gibraltar creen un país que se llame Gibraltar, o como pretender que los 5000 soldados

norteamericanos que están en Guantánamo creen un país que se llame Guantánamo, ejerciendo su derecho a la autodeterminación”.

Eso pretendían los británicos: el ejercicio de la autodeterminación de los empleados británicos de una compañía en territorio de otro Estado. También dije —el discurso causó muchos comentarios de prensa—: “Hay dos archipiélagos: el archipiélago sur y el archipiélago norte. Las islas del archipiélago norte se llaman Manhattan, Long Island y Staten Island. Es como si las comunidades de allí de origen griego o colombiano se autodeterminaran en la isla de Manhattan y establecieran un Estado independiente: las Islas del Atlántico Norte”. Fue un chiste que gustó mucho. Latinoamérica tenía adoptada una posición. Afortunadamente, las cosas evolucionaron tan deprisa que la cancillería mexicana tuvo una buena reacción y organizó, a nivel de embajadores, el Grupo de los 20 (G-20): 20 países latinoamericanos que no plantearon la justificación de la agresión o de la guerra sino la solución pacífica a la controversia y la creación de un mecanismo negociador, dependiente del secretario general de la ONU, que discutiera en su sustancia el diferendo sobre la soberanía, que es lo que no quería Gran Bretaña.

Cambiamos el acento del conflicto. En ningún momento avalamos el acto de guerra: no hubo un solo discurso, una sola palabra de la cancillería mexicana ni de ninguna latinoamericana que avalara un quebrantamiento de la paz. Eso habría sido una violación a la Carta, aunque fuera territorio en disputa. Si todo territorio en disputa me lo cobro a balazos, ¿dónde iríamos a parar? Fue un quebrantamiento de la paz, no una invasión, un problema diferente al invocado por Gran Bretaña. No avalamos el quebrantamiento de la paz —válganos Dios: el principio fundamental de la Carta es la solución pacífica de las controversias— sino que apuntamos a una solución pacífica.

Para la diplomacia norteamericana era fácil decir a la gran opinión pública: “Estoy contra los argentinos porque son unos militares que agredieron e invadieron”. Pero qué hizo la diplomacia americana cuando le quitamos ese pretexto y le dijimos: “Defínete, compañero, olvídate de la guerra, que todos condenamos. ¿Estás o no por una negociación pacífica que resuelva el problema de la soberanía de las Malvinas?” Ahí

ganamos el gran punto. Fue una doble falta. Cuando presentamos la resolución, le pedimos que se definiera sobre un segundo punto que no era la guerra sino la solución pacífica de la controversia, pero Estados Unidos, en la línea en que estaba, tampoco entró con nosotros sino con Gran Bretaña. Entonces los terrenos quedaron claros.

La acción mexicana fue valiosa porque desde la votación de Cuba, Latinoamérica estaba dividida en dos y ahí hasta Chile entró a nivel multilateral. Un problema que subsanamos después fue la división con los caribeños de habla inglesa, que estuvieron del lado de Gran Bretaña, pero no tenían razón; el embajador de Brasil y yo —a nivel de la ONU— iniciamos un grupo de contacto con los amigos del Caribe e incluso hicimos dos o tres reuniones de grupos de embajadores latinoamericanos y caribeños en la misión de Argentina: tuvimos cuidado de que esto no redundara en una ruptura, de suavizar esa división y de convencerlos, haciéndoles valer nuestro punto de vista. A eso se debe que durante cuatro años consecutivos me haya tocado presentar la resolución sobre las Malvinas en el plenario de la ONU, cada vez con mayor éxito. El gobierno del presidente Raúl Alfonsín ganó todavía más votos porque tuvo la inteligencia de suavizar en el lenguaje la posición argentina. Después de ese esfuerzo de todos, de Alfonsín, de su gobierno y de Dante Caputo, que han actuado con lucidez, moderación, seriedad y firmeza, ahora en la comunidad internacional existe la convicción, prácticamente unánime, de que las Malvinas son argentinas. Ese asunto se resolverá históricamente a favor de Argentina, así que no tengo nada que reprocharme de mi actuación en el caso.

JW: Tuvieron que andar lentamente para no ayudar a los militares y proteger los derechos de Argentina a largo plazo.

PML: Así es. Después he estado varias veces en Buenos Aires; no tienes idea del cariño y el afecto que nos tomó el pueblo argentino. Algo importante fue la latinoamericanización de Argentina. Las Malvinas fueron importantes, porque la élite argentina se sentía inglesa: con la guerra los argentinos descubrieron que no eran ingleses, lo que ha influido en su conciencia para latinoamericanizarse. Su cariño, su acercamiento espiritual con América Latina por nuestra posición en las

Malvinas es invaluable. Al mismo tiempo había cierto enojo, elegante y deportivo, de mis amigos británicos. Mi hijo, que estudiaba en Gran Bretaña, me decía: “¡Papá, estoy en un *pub* y sales!”, porque mis amigos los laboristas estimulaban que mis discursos salieran en la televisión británica. Adquirí una buena relación con los británicos. Cada vez que venían delegaciones parlamentarias me buscaban, generalmente los laboristas, que discreta pero efectivamente promovían que salieran en televisión fragmentos de mis discursos. El embajador británico me dijo una cosa chistosa: “Todos los británicos entendemos. Lo que no te puede entender el pueblo británico es que de repente levantes el dedo y digas: ‘The occupant power’. Nos haces ver como si fuéramos nazis”. Le dije: “Ni modo. Esto se llama *the occupant power*. Están ocupando un territorio que no es suyo”. Mi hijo me decía: “Se ponen furiosos aquí”. La verdad es que tuve el apoyo político, moral y de información de mis amigos los laboristas. Un sector importante de los parlamentarios del Partido Conservador —hablé con al menos 60 parlamentarios en reuniones, cocteles y visitas— estuvo de acuerdo conmigo en que la gran dificultad para resolver el problema de las Malvinas era la posición política adoptada por la señora Thatcher, que lo había convertido en un asunto de prestigio, y que sólo se resolvería a partir de que ella no estuviera en el poder. Hay que conocer a los británicos: son muy sabios y cínicos.

JW: La ONU no podía resolver un problema interno de Inglaterra ni de Argentina. Thatcher tenía que ganar algo, como después Reagan tenía que ganar algo con Granada. El precio de la democracia para Argentina fue la pérdida de la guerra de las Malvinas.

PML: Claro. Argentina ganó mucho porque se desembarazó de la clase militar, Latinoamérica se ganó la solidaridad y la recuperación del pueblo argentino, y la Thatcher ganó.

JW: Todos ganaron.

PML: Galtieri fue el que perdió, pero lo perdonaron: fue al único que no metieron a la cárcel. Nadie perdió. Latinoamérica ganó mucho.

JW: ¿Y los marineros del *Belgrano*?

PML: Te voy a decir qué se perdió: fue definitorio en las relaciones entre Latinoamérica y Estados Unidos. Ha sido escandaloso.

JW: Para Latinoamérica parece bueno.

PML: Claro que sí, por eso insistimos tanto. Ahí se inició la idea de crear una organización política latinoamericana. Un embajador dijo en privado: “Durante años no fuimos capaces de enterrar a la OEA; de un plomazo Estados Unidos la enterró”. Era lo que se decía en los corredores de la ONU: tuvo que elegir. Ni modo: *choice is choice, life is life*.

JW: Bueno, la OEA sigue.

PML: La enterró en una dimensión, no totalmente.

JW: Vamos a ver si el entierro no es prematuro. Con un nuevo presidente demócrata en Estados Unidos, todo puede cambiar de un sopetón.

PML: Eso es cierto. Son cosas relativas, que cambian según las épocas, pero en ese momento la OEA bajó muchísimo. Fue echada a un lado.

¿Por qué llegué al G-77? En el gobierno de De la Madrid hubo una contradicción aparente, que no se explica: ¿por qué un gobierno que iba hacia un lado, todavía autorizó a su embajador a ser presidente del G-77 y a encabezar a los países en desarrollo?

JW: ¿El G-77 en la ONU? Es un grupo no regional.

PML: Es un grupo de las tres regiones: es plurirregional. Nació en la reunión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) de 1964.

JW: ¿Autorizado por la ONU?

PML: Sí.

JW: ¿O es un grupo informal?

PML: Es un grupo parlamentario.

JW: ¿Formal o informal?

PML: Debe considerársele *an informal group—even the regional groups are informal groups, in UN terminology*—. Al crearse la UNCTAD, en octubre de 1963, hubo reuniones preparatorias: África se reunió, Asia se reunió y América Latina se reunió. A fin de año alguien tuvo la iniciativa de que los tres grupos se reunieran juntos, y al inaugurarse la UNCTAD, en 1964, se fundó formalmente el G-77, que ahora son 127 países. El *seventy-seven* no es una alianza política.

JW: ¿Hay más de 77?

PML: Ahora son 127. No tiene finalidades ni existencia fuera de la ONU, es un *informal group* en los foros de la ONU y su competencia es económica. El G-77 no actúa en desarme ni en cuestiones políticas, ahí actúan los *non-aligned*. El G-77 opera decisiones de los no alineados.

JW: Pero son casi los mismos países.

PML: Para nada. Los no alineados son una membresía limitada.

JW: Sí, pero el número debe ser igual.

PML: Son 100 contra 127, pero el tono de los dos es muy distinto. Los no alineados son una organización política, y el G-77 una coalición por intereses económicos. El tipo de países que lideran el G-77 no es necesariamente el mismo: por ejemplo, en los no alineados Cuba es importante; no lo es en el G-77. Ni Brasil ni México son no alineados formalmente, pero somos importantes en el G-77. Hay países que lo son en los dos espectros —India, Argelia y Yugoslavia, fundamentalmente—, pero una negociación en el G-77 requiere básicamente del concurso de Brasil, México, India y ahora de Argentina, que entró de nuevo al *mainstream*. Son países influyentes en el G-77. En los no alineados, un contexto mucho más político, es importante Irak. El G-77 es *the economic and social agenda of the UN*. La correlación de fuerzas, los temas, el tono y el método de trabajo son diferentes porque los no alineados se reúnen fuera de la ONU, en la Cumbre; tienen una organización propia. Nunca hemos logrado una reunión de jefes de Estado del G-77, por ejemplo; además, los no alineados no quieren. Son dos formas de ocupación. El G-77 es lo económico y lo social. ¿Por qué me quedé en la ONU? Porque como funcionario público no había otra ubicación.

JW: ¿Renunciaste con Miguel de la Madrid?

PML: No, para nada. En mayo o junio de 1982, después de que no ocurrió lo de la Secretaría General, pensé en retirarme de la ONU porque estaba viviendo horas extras, y en volver a México sin ningún plan definido: la Universidad, escribir. Esa época fue muy fuerte y fatigante. Hablé con De la Madrid, me pidió que me quedara; posiblemente pensó que si regresaba, vendría a pesar en la vida política del país. Le propuse una idea: quería tomar unas vacaciones largas. Invitado por amigos en Latinoamérica, se me ocurrió intentar una coordinación de

intereses latinoamericanos en torno al tema de Centroamérica, donde la política mexicana había cumplido una etapa. Tengo buena relación con Venezuela, fundamentalmente con Acción Democrática (AD), pero también con el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI); había hablado con el presidente Luis Herrera Campins e invité al secretario de Relaciones Exteriores de México, en una visita en Nueva York, a dialogar con él. Los reuní. Hubo un acercamiento con Venezuela porque había posiciones muy distintas; por mi vida diaria en la ONU sabía que, conforme el tiempo avanzaba, cada país de la región iba desarrollando su propio enfoque sobre el conflicto centroamericano. Fue la tesis mexicana. Panamá tenía otro enfoque: había propuesto una reunión de jefes políticos y militares de la región, que era idea torrijista. Venezuela también deseaba participar y tener presencia en el conflicto. Inicialmente México fue el país protagonista. En esa época fui a Colombia; sabía que Belisario Betancur tenía un gran interés en involucrarse. Por una serie de cosas los colombianos me dieron una preselección nacional, antes de que entrara Belisario, y aprovechando la condecoración busqué el acercamiento de México con ese país, que no lo había. También tenía una invitación a Venezuela, otra de mis amigos panameños y una más de Luis Alberto Monge, que era presidente de Costa Rica, con quien me ha ligado durante muchos años una amistad, incluso fui a su toma de posesión.

JW: Tenemos una serie de entrevistas muy interesante con él.

PML: Luis Alberto luego se equivocó, pero tampoco se le apoyó en lo que se podía. Lo conocí desde su época de dirigente obrero, estuvo en México; fue representante en la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT). Tengo vínculos muy antiguos con el Partido Liberación Nacional (PLN).

Pensé que podía hacer algo y lo consulté con el presidente en funciones y con el electo, pero en vacaciones, a título propio, suponiendo todos que tenía alguna autorización de ambos, aunque sin invocarlas. Los nicaragüenses también me habían invitado: me fui casi un mes a la región. Fui a Managua. Hablé largamente con ellos, con casi todos los comandantes; analicé la situación, los caminos para la paz. De ahí me fui

a San José. Me atendieron espléndidamente: tuvimos largas conversaciones. Busqué un acercamiento entre Luis Alberto y Daniel Ortega. De ahí me fui a Panamá, donde tengo magníficos amigos. Estaba el presidente Arístides Royo; eran sus últimos días en la presidencia, habíamos coincidido cuando los dos éramos secretarios de Educación. De ahí me fui a recibir la condecoración a Bogotá y hablé con Belisario en su casa, siendo presidente electo, sobre el conflicto. Creo haber contribuido, si no es que lo interesé, en la participación de Colombia; fui bastante activo en la relación con Venezuela, pero habíamos descuidado la relación con Colombia. De ahí me fui a Venezuela y tuve dos conversaciones con el presidente Herrera Campins. Tomé vacaciones en Venezuela, me la pasé bien y regresé a México con una visión inicial de lo que podría ser una coordinación de fuerzas o posiciones latinoamericanas.

Le di un informe circunstanciado a López Portillo, porque era mi deber, y al presidente electo. No quiero implicar otra cosa, pero evidentemente este viaje y este informe fueron el origen de Contadora; después se manejó de otro modo, con otras características, pero ahí estuvo el planteamiento fundamental y original de coordinar posiciones de la región latinoamericana en torno al problema de Centroamérica. Independientemente de la posición que Luis Alberto se vio obligado a tomar o que tomó por su cuenta, una de las cosas que me costaron dificultades fue mi insistencia en que le diéramos a Costa Rica el papel que le correspondía en la solución del conflicto; a pesar de esto nunca he roto el diálogo fraternal con mis amigos de Managua, pero tampoco con los de Costa Rica. Ellos conocen, por lo que hace a mi posición, mi amistad igual con ambos. Eso es muy importante para ser un buen gestor. No quiero criticar a nadie, pero saben de qué estoy hablando.

Por esa razón, a fines de enero —espero que así sea— mi amigo Óscar Arias me ha mandado decir que me recibirá con honores de Estado. Se lo agradezco porque él sabe, como saben todos mis amigos los ticos, el esfuerzo que he hecho para que se les considerara en un nivel de igualdad en esta negociación. La prueba de que tenía razón es que la solución vino finalmente de San José: mi estancia en San José tuvo su valor. Para mí eran necesarios los puntos que había que tocar: Managua,

San José, Panamá, Caracas y Bogotá; Honduras y El Salvador eran problemas de otra naturaleza. Si se lograba una armonización entre esos cinco puntos, el problema se podía resolver. Presenté un informe. No digo que presenté un plan que se llamara Contadora, pero quien lea ese documento...

Si se tomaban todos los hilos, si México no se decidía a una posición protagónica, que hasta entonces había tenido su razón de ser, y cambiaba el enfoque y juntaba a todos, podía llegarse a una pronta solución. Jamás pensé que se creara un mecanismo que actuara durante muchos años: pensé que se preparara una reunión después del diálogo, que ese grupo de países ofreciera una solución y se trabajara sobre ella. Llegué a pensar que la solución debía ser la negociación operada no por los países sino quizá por un organismo internacional, por una comisión mixta OEA-ONU.

Tiempo después, en una recepción, Simón Alberto Consalvi, diplomático latinoamericano y secretario de Relaciones de Venezuela, me dijo: "Porfirio, ¿por qué nunca me lo dijiste, si es lo que siempre he dicho? Debimos haber puesto las bases de la solución y habérselo confiado a un organismo internacional. ¿El otro día le dije a Javier Pérez de Cuéllar: '¿Cómo no se nos ocurrió establecer las bases del acuerdo y dárselo a la ONU, o a la OEA en la ONU para que operara la negociación, que nos ha deteriorado mucho?' He sido secretario (era la segunda vez que era secretario de Relaciones Exteriores de Venezuela), he sido secretario de Contadora, no he tenido un minuto para trabajar". Lo cito porque la idea original que yo tenía era que se llegara a un acuerdo entre esos países, estableciéramos una plataforma, una voluntad política común, y creáramos una instancia negociadora con Estados Unidos.

Pasaron los meses. No tenía una idea clara de lo que ocurriría conmigo. Por una parte pensé que el siguiente gobierno podría querer ampliar el espectro; se hablaba mucho de una conciliación nacional —ya se venía la crisis, muy fuerte—, de que se reaccionaría frente a la crisis con un gobierno de gran amplitud nacional. Varias veces me pasó por la mente que podría volver al gobierno de México; había una idea de recom-

poner el espectro político del país. No lo busqué específicamente. Me quedé trabajando en la ONU, y cuando terminó mi gestión, regresé a México. No fui llamado, para nada.

Hubo cambios de actitud muy claros en los últimos meses con motivo de la expropiación de la banca, un enfrentamiento entre el gobierno saliente y el entrante. El licenciado López Portillo me consultó si debía ir a la ONU en la fase final. Mi opinión fue positiva: que fuera y defendiera su posición. Él tenía previsto ese viaje. Después de la gran crisis de 1982, López Portillo fue a la ONU. Por alguna razón, supongo que enfermedad —así se dijo—, el secretario de Relaciones no lo acompañó, así es que hice frente a la visita del licenciado López Portillo a la ONU con mucho gusto a pesar de todo lo ocurrido, porque fue a defender al país como entendía que había que hacerlo, a defenderse de las críticas y a plantear vigorosamente sus tesis respecto de la crisis.

No sé si el nivel de ruptura que se produjo entre los dos gobiernos fue un factor que el sector palaciego de la administración usó en mi contra; no pretendía nada, pero sentí una especie de vacío de comunicación con el presidente entrante. Dos meses antes del cambio, en plena Asamblea General, se dio la toma de posesión del licenciado De la Madrid: lo felicité en Palacio, le expresé mis mejores deseos como antiguo compañero y amigo, como presidente de México, y le dije que me regresaba a la ONU al día siguiente, a seguir con mi deber. Volví a la ONU, terminó la Asamblea y me tomé una semana de vacaciones; me fui con mi familia a alguna isla del Caribe y regresé a México a presentar mi renuncia, con la idea de separarme del gobierno. Era evidente que había terminado una época de mi vida, que el nuevo gobierno, por razones que empezaba a adivinar, no tenía absolutamente ninguna función para mí después de 30 años de servicios, mediando además una relación personal muy antigua y estrecha con quien era presidente, sin haber tenido nunca una fricción, un malentendido, habiendo incluso proporcionado con discreción, en el curso de la campaña, ideas, iniciativas, desde un plan de dignidad. Cuando empezó la campaña electoral de De la Madrid yo era candidato a la Secretaría General de la ONU: no estaba en *la grilla* de la campaña. Estaba en otro nivel, en el de ir a visitar,

saludar, dar una idea, presentar un informe sobre lo que me interesaba que se supiera, nada más.

Fui a la oficina del secretario de Relaciones, ya estaba designado el licenciado Bernardo Sepúlveda; le externé mi deseo de dejar el servicio exterior y de retirarme. Dijo que posiblemente algún organismo cultural podría tenerme: le dije que no tenía interés, que cuando los miembros de la Universidad de México quisieran elegirme su rector, pues serían ellos, pero que no estaba para organismos culturales ni estaba pidiendo nada. Muy amablemente me expresó el deseo del gobierno de que siguiera en el servicio exterior. Le dije que no tenía deseos de seguir, que quería regresar a México y renunciar. Entonces me hizo un planteamiento formal, bien presentado: me hizo una teoría sobre las superpotencias bastante general, la importancia del mundo bipolar. A los 40 segundos de que empezó a hablar adiviné que me estaba ofreciendo la embajada en Moscú; entendí que no me estaba ofreciendo la de Washington. Seguía con la importancia de las superpotencias, del equilibrio mundial. Le dije: "Párale, Bernardo, no me está ofreciendo la embajada en Washington; me está ofreciendo Moscú". "¿Cómo lo supo?" "Cómo no lo voy a saber, su conversación apuntaba directamente allí. No sé por qué me habla usted del mundo bipolar. Mire, Bernardo, no me voy a Moscú, y no crea que por falta de aprecio a la cultura soviética: en primer lugar, me quiero regresar. En segundo lugar, ustedes tienen la idea de que me vaya muy lejos; no creo que haya razón. Y tercero, mire usted, he desempeñado tareas en mi vida que me han marcado como una gente progresista, no veo por qué se me va a querer pintar más de un color. El presidente tiene la idea de que quiero regresar a México como secretario general del Partido Comunista. Es cuestión de pensar: si ésa es la idea, habría que preguntarles a mis amigos del PMS si me aceptan y pedirles, primero, su consentimiento, ¿no cree?"

Una o dos bromas me parecieron la respuesta; si esto lo llega a leer algún amigo ruso, tengo un gran aprecio por la Unión Soviética, excelentes amigos, y me parece que el planteamiento era adecuado. Esto llevaba la voluntad de un alejamiento. "Es más —le dije—, si se trata de buenas relaciones con los soviéticos, las aseguro en la ONU porque tengo

buena relación con las superpotencias, y también con ellos. Creo que soy respetable, y ahí puedo hacer más por las relaciones con el mundo socialista que estando allá. Ahí he hecho mejor obra.”

Si encontraba una gran resistencia para venirme, había hablado con mi familia de quedarme uno o dos años más en Nueva York, en primer lugar porque mi readaptación en México en ese momento no era fácil. El comienzo de un gobierno: se hubiera visto como una ruptura abrupta, casi inexplicable, y me hubiera orillado a posiciones políticas que entonces no había decidido tomar. Después de 30 años de servicio público era una gran ruptura. Luego de haber vivido esta crisis de la expropiación bancaria le daba al gobierno el beneficio de la duda, de que tras uno o dos años de ajuste económico replanteara su política de gobierno, y me parecía de elemental elegancia de mi parte esperar uno o dos años en Nueva York a que las cosas se reajustaran en México, sin hacer presión sobre el gobierno. El solo hecho de anunciar que me venía era hacer una presión.

Era funcionario desde los 17 años; es decir, mi salida abrupta del gobierno, sin ninguna causa... Tenía un buen nivel de prestigio, mi gestión y mi relación con el presidente De la Madrid eran conocidas de todo mundo. Mi ruptura hubiera sido un hecho político. No quería aceptar ninguna posición menor: si me ponía a tiro de piedra, me acababan ofreciendo un banco de tercera. No quería ninguna cosa que estuviera debajo del nivel que había tenido. Le había hecho saber al presidente anterior que nunca haría la *política del cangrejo*, muy de la burocracia, que acepta un puesto adelante y otro atrás. Era claro que mi línea de flotación en el gobierno era la representación de México ante la ONU, nada por debajo; era un puesto que seguía siendo prácticamente de gabinete, aunque no fuera formal.

Es más, en su último informe, el licenciado López Portillo me invitó al gabinete en la segunda fila porque siempre hubo una consideración del más alto nivel, no tenía por qué empezar a dar marcha atrás en la administración. Es igual que en cualquier carrera: uno es profesor de la Universidad de Los Ángeles o de la que sea y va subiendo; si ya no lo quieren, pues uno se va pero no vuelve a empezar como *assistant*

professor, porque si no, te quedas sin chamba. Que se vayan con vientos frescos. Es una de las grandes degradaciones que se aceptan en los sistemas: hay un nivel, y salidas laterales de asesorías, de consejerías (¿cómo se llama el autor jocoso de la teoría de la administración, *La ley de Peter?* Laurence J. Peter; los llama “arabescos laterales”. *The Peter Principle*, un libro genial), pero eso de decir “ahora te vienes de gerente del Banco de Comercio Exterior”, no.

Percibí la intención de que si era adentro, era para abajo, y de que si era afuera, era muy afuera. Dije: “Me quedo donde estoy”. En una segunda entrevista le planteé a Sepúlveda: “Bernardo, ya tomé una decisión”. “¿Cuál?” “No tengo inconveniente en quedarme en el gobierno. Dígale al señor presidente que no quiero molestarlo ni pedir nada, simplemente le quiero hacer una consulta: si tendría inconveniente en que me quedara en la función que estoy desempeñando.” “¿Qué?” “Se lo repito: no quiero molestar al presidente, no estoy pidiendo ningún empleo público ni adentro ni afuera. Simplemente quiero preguntarle, por su conducto, si tiene inconveniente en que siga desempeñando, durante un corto tiempo, uno o dos años, mientras él toma una decisión o yo tomo una decisión con mayor libertad, el cargo que estoy desempeñando. Nada más.”

Claro, les cambié los planes: ya tenían a alguien nombrado en mi lugar, de un tono completamente distinto. No digo el nombre, pero son cosas de las que me enteré después. Era clarísimo que cambiarían el tono, ya tenían pensada otra línea, pero les planteé un problema: ¿me quieren afuera o me quieren adentro? Y la razón es que no quería irme más lejos. Porque me dijeron: “Te van a mandar a España”, que para mí era una enorme tentación. Tenía muchos deseos con España, pero dije: “Si me meto en un puesto bilateral, me estoy cinco años”, y no quería estar más en el extranjero.

JW: ¿Cuál era el puesto?

PML: La ONU.

JW: No, en España.

PML: Nunca me lo ofrecieron, pero había el rumor de que no me ofrecerían Moscú sino España, y al rato me comprometen por cinco años más.

JW: ¿Embajador en Moscú?

PML: Claro. Si me abría a cualquier otro puesto en el servicio exterior, me enrolaban cinco años más, y no quería estar más tiempo. Además, mi familia estaba muy bien en Nueva York, mis hijos estaban estudiando y en uno o dos años completaban su educación; era una razón legítima, en tres años mi familia había pasado épocas muy difíciles por toda la actividad, y que estuvieran uno o dos años más y completaran un ciclo de estudios fue también un factor que influyó en que yo quedara un poco *subdued*, como se dice, mientras se definía la situación del país, y que no presionara en un sentido ni en otro. Esto se analizó y la respuesta que recibí del gobierno, del presidente, fue que sí a pesar de que, como supe después, ya se habían tomado providencias para nombrar a otra gente. Entonces vi al presidente.

JW: ¿Te pusieron dos o tres años, o de manera indefinida?

PML: Uno o dos años. Yo daba un espacio para que se reconsiderara, terminar un ciclo y ver qué ocurría, qué rumbos tomaba el país y qué rumbos podía tomar en lo personal, incluso preparar el terreno para la Universidad. Mi respuesta fue que sí. Hablé con el presidente; muy amable: “¿Qué tal?” “Muy bien.” Me quedé.

No veía fácil un regreso a México. Recuerda que el licenciado López Portillo no me había regresado, a pesar de sus ofrecimientos. Todavía me dijo: “Usted regresará antes de que termine el sexenio”, y a pesar de que alguna vez volvimos a rozar el problema, no lo hizo. Mi vida interna en el país como funcionario público se había cerrado, y estando en un medio internacional, uno dice: “Hombre, pues si no, la Unesco”.

FIN DEL SEXENIO DE LÓPEZ PORTILLO Y PRINCIPIO DEL DE DE LA MADRID

PML: Durante algún momento se pensó en la Unesco, en la Organización Internacional del Trabajo (OIT); fui miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco y del Consejo Ejecutivo de la OIT. También, aunque no lo quise, fui nombrado y mencionado para la OEA e incluso entonces

recibí el ofrecimiento de muchos gobiernos o la propuesta de que me lanzara en el SELA. No lo hice. No tenía interés, porque había roto con el gobierno de México de una manera obvia. Como tampoco hay demasiado personal internacional disponible para ciertos puestos, se empezaba a pensar en mí como funcionario internacional; no me disgustaba terminar mi vida en esa dimensión, sobre todo si era como secretario general de la ONU.

Me gustó mucho la vida internacional, me desarrollé con amplitud. Salvo ahora, cuando he reencontrado mis 18 años de edad —en la creatividad, en la inventiva y en el sentido del riesgo que tenía—, en toda mi vida pública nunca tuve un cargo, ni siquiera en Educación Pública, donde ejerciera la totalidad de lo que sé, de lo que había acumulado, como en la ONU. Había negociaciones en que me acordaba de las obrero-patronales, sobre todo las económicas como secretario del Trabajo, y tomarlas como analogía de las relaciones obrero-patronales resultaba fantástico. Había negociaciones donde me acordaba de mi experiencia en el PRI. Toda mi vida anterior me fue útil, las relaciones que había acumulado con partidos, jefes de Estado, personalidades políticas, mi práctica en la oratoria y de escribir textos: todo cuanto había desarrollado en mi vida pública de alguna manera se condensó en la ONU, y es el puesto que con mayor plenitud he desempeñado, en el sentido de que lo ocupé hasta sus últimos rincones.

Había creado un equipo pequeño de trabajo, comparativamente con los de antes —de 30 a 36 personas, contando empleados—. Cuando salí de la ONU todos los funcionarios y empleados de la misión habían entrado con posterioridad a mí: durante ese tiempo renové hasta el último de los miembros del personal. El equipo había sido completamente formado por mí. La formación de un equipo de trabajo, la dinámica, la “mística”, el diálogo, habían llegado a un nivel que nunca antes había alcanzado en una oficina pública: estaba trabajando al máximo de mi capacidad y llenando una función al máximo. Estaba contento y satisfecho de mi trabajo en la ONU. Sin detrimento para mi país ni para ningún otro, en el ambiente internacional aprecié algo que en México no había apreciado: la estimación objetiva del trabajo de la gente. Dicen

que nadie es profeta en su tierra, y tal vez lo que me pasó le puede pasar a un argentino, a un norteamericano o a un ruso, pero por primera vez en la ONU...

JW: ...apreciaste por primera vez...

PML: ...el trabajo. Cómo el prestigio, el reconocimiento, crecen con el mérito. Mi trabajo en la ONU concretó valores conforme a los que fui educado. Me vuelvo a referir al valor del mérito: cómo un buen trabajo, bien hecho, da prestigio y cómo ese prestigio da fuerza, y cómo esa fuerza da ámbito de acción, y cómo hay un reconocimiento de la comunidad internacional a lo que uno hace. Hay enemigos políticos, pero incluso gente con la que combatí, cuando salí de la ONU —uno de los momentos más emotivos de mi vida— me hizo un reconocimiento. El grupo latinoamericano fue enormemente objetivo. Yo había peleado terriblemente con el representante de El Salvador, por ejemplo, que me atacaba y hasta me insultaba; un chaparrito muy mexicano, por cierto. Dijo cosas tan emotivas cuando salí de la ONU: las cosas que dijeron los países con los que más había combatido, salvo el sector norteamericano, del que no quiero hablar, que en mala hora figuró y no fue digno de su país ni de su gobierno.

Quiero dar un dato, la última fricción que adelantó mi salida de la ONU: yo había sido propuesto unánimemente por los latinoamericanos para asumir la Comisión de Descolonización, que es una de las seis principales. Nunca había sido presidente de una comisión de la Asamblea; como se sabía que ya me iba me lo propusieron y todo mundo aceptó, como un honor. Entonces mi gobierno me dio instrucciones de retirar mi candidatura. Cuando la retiré, unánimemente se me pidió que no lo hiciera y se hizo una declaración pública a la prensa, como presión hacia el gobierno; se me insistió en que la retirara el último día que se podía presentar candidato, después de haber tratado de negociar con el gobierno que esto no se hiciera por el demérito que era para mí y para México. Desde entonces México no ha vuelto a ganar una sola elección internacional, como lo acabo de decir a la revista *Proceso*. Ahí se desprestigió. Fue un ridículo.

No tuve solución sino pedir al presidente del grupo latinoamericano que me sustituyera la noche anterior a la elección, pero no se podía reunir el grupo para elegir a nadie y tenía que hacerse para que se completara la mesa de la Asamblea. Le pregunté al presidente del grupo, el embajador de Brasil, como una idea, para subrayar, qué pasaba: no se podía ya elegir a uno nuevo. “¿Y si elegimos a Nicaragua? Porque estuvo vinculado cinco años.” “¿No está el embajador aquí?” “No, yo le hablo a su casa en Managua.” “¿Y lo aceptarán?” Me dijo: “Sí, yo les hablo por teléfono en la mañana”. Les habló y todos, hasta los de derecha, en reconocimiento a mí, aceptaron que fuera el de Nicaragua. El presidente del grupo latinoamericano se levantó en la Asamblea y dijo: “El embajador de México ha notificado anoche que no será presidente y ha propuesto al de Nicaragua, lo que ha sido aprobado por el grupo latinoamericano”. Todos se levantaron, hasta la delegación norteamericana. Como dijo el periódico: “Ése es un homenaje de la Asamblea a Muñoz Ledo y un reproche brutal a su gobierno”. Eligieron a Nicaragua como “la marca del Zorro”. Fue mi despedida. De ahí me salí y nunca volví a la Asamblea.

México jamás ha vuelto a ganar una elección porque se desacreditó; ha sido desde entonces vencido en todo lo que se ha presentado. Ésa fue la última elección, una burla a la comunidad internacional y un desconocimiento a quien había defendido al país a costa de todo. Por eso digo que es un gobierno entreguista, porque además hay conciencia, y hablo de esquiroλισmo mexicano en esta declaración, que fue lo que se dijo en el SELA. Fue México. ¡A qué nivel se llegó! Y por eso estamos como estamos: todo está interconectado. Nicaragua, bueno, Javier Chamorro Mora era mi amigo; teníamos cinco años los dos y nuestros hijos eran de la misma edad. Ahora es viceministro, y había luchado con él como con nadie. Todo mundo sabía que era mi mejor amigo en lo personal: era elegir ya no tanto el valor de la Revolución nicaragüense sino la relación histórica y obvia que teníamos. No era un valor ideológico, era un sello. Le propuse Nicaragua a la Asamblea y sin votar lo aprobó, lo que fue muy bonito.

El reconocimiento al mérito y el prestigio que se adquiere sigue contando en el futuro, y ahora vuelvo a la ONU. Le pido audiencia a Javier: me recibe, me invita a comer; me encuentro a los embajadores de los grandes países. Voy a un país, me recibe el secretario de Relaciones Exteriores. El trabajo que se hace se guarda, se estima: no es este mundo caníbal que uno vive en el interior de sus países. De ahí que en aquel entonces veía como horizonte vital el mundo internacional, donde sentía apreciado mi trabajo. A partir de ese momento, el único obstáculo, que cada vez era más visible, era mi propio gobierno respecto de mi trabajo, y eso que ya había sido notorio desde que fui retirado de la Secretaría General. Cada vez lo era más, hasta la fecha. Por eso me quedé en la ONU, con la idea de buscar un horizonte posible para dentro; todavía tenía una plataforma para ver hacia los lados. ¿Qué podía hacer hacia afuera?

En eso surgió la posibilidad de dos puestos simultáneamente para un latinoamericano —se van rotando—: la presidencia de la Asamblea General, que hubiera sido la gran culminación, pero ya se había lanzado mi amigo panameño Jorge Enrique Illueca, que había sido embajador, era secretario de Relaciones en aquel entonces y de mi grupo más cercano; no tenía sentido luchar contra él ni provocar al gobierno. Curiosamente, en una crisis, siendo candidato, pasó de ser secretario de Relaciones a presidente de la República: me encargó, gentilmente, que le manejara su campaña a presidir la Asamblea, lo hice y salió muy bien, ganamos por un amplio margen. Alguien le tenía que hacer la campaña, con el apoyo de la misión panameña; la mía era más grande, claro, y más fuerte. También estaba el G-77 y me insistieron que fuera yo, porque era el último momento en que se pensó que todavía podía haber Negociaciones Económicas Internacionales; el año anterior me habían electo vicepresidente de la Asamblea y presidente del Comité Permanente Norte-Sur, que era el que mantenía la llama viva. Hacía reuniones con los del Norte, con los del Sur; manteníamos el simulacro de que había posibilidades de negociación, que estaban estancadas.

EL G-77

PML: Pensaron que yo podía ir al G-77: le tocaba a Latinoamérica, no había ningún otro. Hubo un rápido consenso. Se lo planteé al gobierno: “Señores, me voy a quedar un año más, siquiera para hacer algo”. El gobierno estuvo de acuerdo. Ahí no hubo oposición, no sé qué tan a regañadientes. Le expliqué al presidente de la República que había que fortalecer una trinchera de negociaciones pendientes, y que además tenía que viajar mucho. Quizá eso le gustó, porque estaba en marcha un proyecto que se llamaba Sur-Sur.

Se había creado una oficina de cooperación económica entre países en desarrollo, a cargo del presidente del G-77. Había dos proyectos, mantener las negociaciones globales y promover unos planes de cooperación entre los países en desarrollo: el proyecto de informática y el proyecto del Banco del Sur. Eran seis o siete proyectos primordiales. En 1983 me eligieron para el G-77 y quedé con mi gobierno en que ésa sería la última función que realizaría en la ONU.

El G-77 fue el último intento por las negociaciones económicas. Ya no había un clima internacional para ello, era evidente que el gobierno de Estados Unidos había logrado, en las negociaciones del G-7, aplazar cualquier negociación global, porque se había optado por un ajuste entre los propios países industrializados; fundamentalmente Japón y Alemania han actuado con mucha habilidad. El mundo occidental industrializado se divide en el más grande —Estados Unidos—, luego en cuatro más, los que hacen un grupo de cinco —Japón, Alemania, Inglaterra y Francia—, y en un tercer círculo entran Canadá e Italia, hasta formar el grupo más grande, que es el del Órgano de Solución de Diferencias (OSD), donde son 23. Esta época nos dio mucho acceso, por referencia y por diálogo continuo, a los problemas entre los países industrializados, mundo con el que siempre tenemos que contar. Los mejores momentos de la negociación económica fueron aquellos en que la Comunidad Económica Europea (CEE), Japón y otros de la OSD tuvieron margen de maniobra respecto de Estados Unidos. Entre varios puntos de referencia,

teníamos un arreglo con la CEE y un diálogo aparte con Japón, teníamos *roof of maneuver*.

Muy al principio un indio muy brillante habló incluso, siendo presidente del G-77, del propósito de aislar a Estados Unidos. Se llegó a hablar de eso: “You want to isolate the *US*”. No. Quizá ahí se exageró, pero en efecto podíamos manejarnos de una manera plural con los países occidentales. Eso se había perdido. Fue muy evidente en el aspecto económico cómo Estados Unidos había adquirido un compromiso político con vistas al desarme: “Señores, no me pueden criticar sobre mi desastre económico —y eso fue muy claro en varias reuniones del G-7— cuando estoy en negociaciones con la Unión Soviética. Vamos a arreglar las cosas debajo del agua”. En este periodo Japón y Alemania hicieron buenas negociaciones con Estados Unidos, supieron negociar su solidaridad y la prueba es que la guerra comercial entre Japón y Estados Unidos nunca ha estallado y ha sido favorable a Japón, porque ha sabido negociar con Estados Unidos en su beneficio. Ha habido un *mutual interest*, pero estas negociaciones entre ellos, los arreglos a que llegaron, nos fueron cerrando el terreno.

Mi propósito en el G-77 fue ver si era posible replantear una agenda aceptable para todos, en un contexto que conocía. Me planteé un método, que fue una de mis más grandes experiencias diplomáticas: que me aceptaran los principales países industrializados una negociación sin compromiso. Había antes *non-papers* —un documento informal—, una *non-negotiation*: sentarnos a la mesa a ver si podíamos —borrón y cuenta nueva— ponernos de acuerdo en una agenda básica. Había cinco temas susceptibles de negociar. Se nombró a un grupo de gente del G-77, los más importantes, siete u ocho, que me acompañaran, y a unos siete u ocho de los industrializados.

JW: ¿Esto fue en 1983?

PML: Sí. Nos juntamos en reuniones privadas, soltamos sobre la mesa en qué cosas podíamos estar de acuerdo. Escogimos cuatro temas, y dentro de esos temas tomamos el central. *Energy*, por ejemplo, ¿qué es lo negociable en *energy*? Fuentes nuevas y renovables. ¿Puede haber un *agreement*? ¿Qué implica? Alimentos: ¿puede haber un plan de seguridad alimenta-

ria mundial? Sí. ¿Qué puede hacer este plan? *Trade*: ¿qué cosas concretas se pueden hacer en materia de proteccionismo? En fin, tomar los temas. *Finance*, finanzas. ¿A qué se puede llegar? ¿Qué soluciones al problema de la deuda? ¿Qué reformas son previsibles en el sistema financiero internacional? Y hablar, sin compromiso, hasta llenar hojas, y luego una síntesis de lo que pudiera ser una agenda mínima, y en una segunda ronda, cuáles serían los *procedures*, tomando en cuenta lo que habíamos discutido antes.

Les resolvimos los problemas en el sentido de lo que les preocupaba, que la Asamblea General ya sólo tomaría nota de las resoluciones, daría sus observaciones y armaría lo que viniera de las agencias. Dimos una solución razonable, se llegó a un acuerdo a ese nivel y quedamos de formalizarlo. Y ahí vino una oposición muy fuerte contra mí, todo lo que habíamos avanzado se echó para atrás; me empezaron a bloquear del modo más increíble.

JW: ¿Quiénes?

PML: La diplomacia norteamericana. Movieron al propio G-77 para que desconociera los arreglos a que había llegado. Entonces hice un trabajo por todo el mundo: negocié con mis amigos europeos que se dedicara una reunión de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, que tuvo lugar en Lisboa bajo el patrocinio de Mário Soares, a un debate sobre el diálogo Norte-Sur; Brandt y yo dimos los discursos inaugurales. Fue muy positivo, tuve una visita con mucho éxito a la Comunidad Europea. Tuve reuniones con la OSD, con el presidente de Francia y con los primeros ministros de Italia y Japón: di a eso el máximo nivel posible. Acompañé al presidente De la Madrid a Washington y le pedí que el documento al que habíamos llegado, que eran las *basis for negotiations*, lo negociara con el presidente Reagan. Se habló de todo en esos dos días, menos de lo nuestro. A partir del momento en que el gobierno de México, siendo su embajador presidente del G-77, no planteó el asunto en la reunión con Reagan, aquello ya no funcionó. Después de la visita de De la Madrid a Reagan naufragaron para siempre las negociaciones globales, porque no fueron defendidas ni planteadas a nivel de jefes de Estado con el actor más importante del proceso. Se habló del comercio, se habló de Contadora, se habló de...

JW: ¿Drogas?

PML: En esa reunión hubo tres secretarios y cada uno tuvo su parte: el de Relaciones habló de Contadora y no permitió que se hablara de lo multilateral; luego se me dijo que no había que plantear en la agenda bilateral las cosas de la ONU. A la vez siguiente Schultz planteó en la agenda bilateral el problema del voto: como todos sabemos, México no quiso plantearlo cuando teníamos una representación internacional. Yo había entregado *les mémoires* de mis conversaciones con Mitterrand, con Kreisky, con Nakasone,¹⁷ ¡por favor!, *les mémoires* de mis conversaciones en la OSD, en la CEE y en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa... *Pour Dieu le monde!*, para decir lo menos. Había un fundamento para plantear, sobre todo después de lo que el propio Reagan había acordado en Cancún tres años antes: “Sí, señor, los problemas que usted planteó están resueltos, aquí está, ya está negociado, vamos a entrarle”.

México privilegió enormemente su relación bilateral con Estados Unidos. En el G-77 se avanzó mucho respecto al Sur-Sur. Quedaron hechos los proyectos, dos libros publicados para instituciones de cooperación en el Sur; tuve ayuda de muchos gobiernos. Finalmente, para cerrar mis trabajos el presidente Betancur me financió una reunión del G-77 en Cartagena, donde le sugerí que planteara la idea de crear un grupo de líderes latinoamericanos que invitara, a su vez, a otro de líderes africanos y a otro de líderes asiáticos hasta formar un grupo de 21 que se reuniera anualmente, dos meses antes que el G-7, y presentara una agenda. Que hubiera diálogo. Varios jefes de Estado y dirigentes europeos me habían dicho: “¿Cómo puede haber diálogo Norte-Sur si ustedes no tienen un foro de representación? Los del G-7 nos reunimos todos los años, e inmediatamente después la OSD se reúne y avalan los 23 lo que hizo el G-7. ¿Dónde está el *input*? Cuando ustedes eran un grupo fuerte, nos presentaban un *input* desde Nueva York. ¿Por qué no hay un grupo de jefes de Estado del Sur que nos presente sus demandas? ¿Dónde está el diálogo?” Esto me lo dijo Mitterrand: “Mire, Muñoz, aquí viene la señora Gandhi, vienen López Portillo, De la Madrid, y no nos hablan

¹⁷ Yasuhiro Nakasone (1918). Primer ministro japonés entre 1982 y 1987.

de los problemas multilaterales. Entonces nosotros, en el Norte, tenemos todo el derecho a pensar que no están interesados realmente en el diálogo multilateral en la ONU. ¿Por qué no nos plantean aquí los problemas multilaterales? ¿No sería lógico que tuvieran un grupo de alto nivel del Sur, con su propio secretariado, que nos planteara los problemas?"

Al hablar con jefes de Estado del Sur, traté de convencerlos para organizar una cumbre anual; no necesariamente los mismos, se podrían rotar. Hice un proyecto que me pidió el presidente Betancur, muy ingenioso, en el cual siete países latinoamericanos se reúnen y luego son otros siete, pero sus equipos, de cinco cada uno, son los otros. Por ejemplo, México es jefe de una delegación y los que van con él son Guatemala, Dominicana, Honduras, Costa Rica, etc., y al otro año el que lleva la jefatura es Guatemala y en su delegación va el mexicano, el hondureño, etc. Todos pueden estar representados en un sistema que concentra a seis delegaciones: si cada una lleva a cinco se cubre a toda Latinoamérica, y lo mismo pueden hacer África y Asia.

Hace tiempo que debimos integrar este grupo rotativo de jefes de Estado del Sur, que se reuniera anualmente para hacer la agenda económica, y esto hubiera dinamizado enormemente el diálogo internacional. Estoy satisfecho del trabajo fantástico, de años, que se hizo: los problemas están bien planteados, las agendas muy elaboradas y, *mutatis mutandis*, por la evolución de los acontecimientos. Si hubiera voluntad política, primordialmente del Sur, si tuvieran capacidad de organizarse y de presionar a los países del Norte, podrían reanudarse los diálogos económicos internacionales. No creo que haya otra solución al problema de la deuda, y por eso México, posteriormente, ha sido más un obstáculo que una ayuda a la organización de las negociaciones internacionales. Si, como en muchas ocasiones se planteó, hubiéramos sido favorables a que se formara un grupo negociador de la deuda, lo demás se hubiera dado por añadidura.

(23 de diciembre de 1987)

JW: Concluamos hoy con lo de la ONU.

PML: Terminada la gestión al frente del G-77 no había ya una tarea importante que cumplir en la ONU. Habían pasado cinco años

completos, y eran dos años también completos de la administración de De la Madrid. La relación con la Secretaría de Relaciones Exteriores ya no era tan buena como antes por varias razones, independientemente de que los vínculos personales con funcionarios eran muy buenos, ya que varios ex colaboradores y ex discípulos míos habían llegado a altas funciones en la SRE. En primer término, era evidente que había un cambio gradual en el tono y en la actitud de la política exterior; por lo que hace a Centroamérica, habiendo sido Contadora un buen marco negociador en un principio y habiéndose establecido un conjunto de principios en la reunión de Cancún de jefes de Estado de Contadora, era claro que nos obligaba a tomar una posición de promedio en los temas de la región, consultando cada vez más con otros países.

Hubiera sido lo ortodoxo que México no variara su posición en la ONU pero el proceso negociador nos hacía matizarla, ya que empezó a establecerse la costumbre, a partir de la propia comunidad internacional, de dejarle a Contadora la responsabilidad de las resoluciones en materia de Centroamérica, y dejar la resolución a Contadora significaba gradualmente, primero, que teníamos que consultar con los otros tres países, Panamá, Colombia y Venezuela; no estaba en nuestra tradición ni en nuestro estilo hacer política multilateral, pero hasta ahí era entendible. Algunos de ellos empezaron a transferir esa consulta o a emplearla en todos los países involucrados en el proceso de Contadora, hasta que llegó un momento en que para una resolución en la que México había votado de modo singular —aun después de empezado el proceso, México tenía un voto que correspondía a su propia posición— teníamos que consultar al gobierno de El Salvador, por ejemplo. Esto no era grave, un problema de ajuste a una nueva situación, pero da la idea de que aun en el asunto en que México había tenido una posición más clara y nítida, la libertad de acción disminuía, no digo si para bien o para mal.

En materia de política económica fui apoyado en el sentido de que no tuve obstáculos del gobierno a los planteamientos, con el argumento, que siempre manejé, de que las decisiones que ejecutaba como presidente del G-77 eran de los países miembros; es decir, actuaba a nombre de otros Estados. Sin embargo, al final hubo cuestiones que me parecieron

extrañas. Por ejemplo, algunos viajes previstos, muy importantes, fueron súbitamente cancelados. Recuerdo, y esto fue significativo, que estando en Ginebra, atendiendo como presidente del G-77 a la reunión del Consejo Económico y Social (Ecosoc), fui avisado de que cancelara el viaje a India estando previsto un encuentro con la señora Gandhi que en gran medida era parte de mi función, ya que la señora Gandhi era presidenta del Movimiento No Alineado y estaba en las reglas de funcionamiento del G-77 la coordinación entre las dos organizaciones; era la culminación de las visitas que había hecho.

También preveía un contacto con los países socialistas, que eran parte de las negociaciones globales. Estaba previsto un encuentro en Alemania del Este. Los países socialistas fueron cooperativos a pesar de que tenían un interés marginal en el tema, y era correcto visitarlos si había visitado las otras regiones del mundo. Ésta también se canceló. Después supe que había presiones del gobierno sobre la SRE, o ese pretexto se me dio para no seguir viajando. No entendí la lógica. Dije: “Bueno, ¿habrá razones en el gobierno por problemas de la SRE con el resto de la administración, o por qué?” “No, es que hay una actitud negativa del resto del gobierno sobre la política que estamos siguiendo, fundamentalmente por lo que hace a Centroamérica.” Y dije: “Bueno, en primer lugar hay que mandarlos por un tubo —como dicen en México—, y que resuelva el presidente de la República”.

Alguien me habló de que los secretarios de Estado habían llegado a presionar a la SRE, como si fuese un pelotón de fusilamiento, por sus problemas de comercio y de todo: el argumento, que ya era muy claro, de que Contadora perjudicaba negociaciones de otro tipo con Estados Unidos. Esto me pareció un signo de descomposición, habida cuenta de que yo sabía cómo se decidían las cosas cuando había un presidente que sabía lo que estaba haciendo, con el que yo había trabajado, porque el responsable de la política exterior del país es el presidente de la República. Si se dejaban correr esas presiones, era que el propio Ejecutivo no estaba claro o convencido de lo que hacía. Además, el proceso de Contadora era un proceso bastante moderado.

JW: Pero el secretario de Relaciones Exteriores perdió un poco de peso, parecía que no había ganado lo que quería en Centroamérica.

PML: La negociación se le prolongó mucho, y una negociación eterna tiene problemas. En alguna ocasión el presidente de la República pidió mi opinión al respecto y le dije que México podía haber fijado *the set of the principles* y presionado en los organismos, pero que no necesariamente nos correspondía la función negociadora. Le recordé que la Carta de la ONU, en el capítulo séptimo, prevé una serie de procedimientos conciliadores. *Good offices, mediation, fact-finding commissions*: hay muchas cosas que pueden encargarse a un organismo internacional, y este organismo a su vez puede crear instrumentos de negociación; para Irak-Irán se nos había ocurrido que fuera Olof Palme, para los rehenes americanos en Irán se nos ocurrió que hubiera *five lawyers*, hay muchos recursos que no desgastan directamente a los Estados.

Cuando los Estados se comprometen hay un periodo corto, porque de otra manera se distorsiona su actividad diplomática. También di el ejemplo de la famosa conferencia de implementación de Namibia en 1978, cuando cinco miembros occidentales del Consejo de Seguridad —los tres permanentes, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, más Canadá y Alemania Federal— se comprometieron frente a la ONU a negociar con Sudáfrica un plan: durante dos o tres años hicieron un esfuerzo, se hizo una conferencia de implementación en Ginebra, y no se logró, en gran parte por el cambio de política de Estados Unidos. Es decir, esos esfuerzos son limitados en el tiempo y luego pasan de nuevo a la organización internacional. Pensé que la negociación debía ser mucho más simple, de muy buena voluntad. Se estaba haciendo prácticamente un tratado, un conjunto sencillo de *trade-offs* negociado con los países interesados; fue el tipo de solución de Esquipulas que algunos habíamos preconizado.

JW: Tal vez Sepúlveda creía que manejaría con más facilidad la situación en Centroamérica y se decepcionó un poco.

PML: No estoy haciendo una censura que no hice entonces. Mis amigos que estuvieron en el proceso dentro de la propia SRE conocen mi opinión. En primer lugar, México debió echar a andar ese proceso,

pero no cambiar su posición de fondo en los organismos internacionales. En segundo, desde el principio debimos tener mayor equilibrio en el trato con el conjunto de Centroamérica. La única fricción personal, muy severa, que tuve con Sepúlveda fue porque se enteró de que yo le había sugerido al presidente una entrevista con el presidente de Costa Rica, Luis Alberto Monge, que no era tomar partido por nadie sino mantener los canales abiertos a un nivel semejante.

A México le faltó, como en muchas otras cosas —aquí voy más allá de Sepúlveda—, verdadera habilidad política. Es un gobierno políticamente limitado, y una negociación de este tipo requiere de mayor talento. Nadie podrá discutir que hay una falla esencial del gobierno de De la Madrid: ausencia de *know-how* político y falta de determinación. Es un nivel político muy bajo, comparativamente, con el nivel tradicional del país. No hay talento político en el gobierno de De la Madrid. Se cubren las formas, se les da vuelta a las cosas, pero en momentos decisivos no se toma una determinación.

Mi crítica a Contadora no es la crítica desde la derecha sino desde la tradición diplomática y política mexicana. Por ejemplo, otra de las ideas que tenía sobre Centroamérica y que planteé en el cambio de gobierno era elevar simultáneamente el nivel de nuestra relación con los países de la región: si Guatemala tenía un ex presidente en México, nombrar a un ex presidente mexicano en Guatemala, al personal político de más alta calidad de Centroamérica. Pensaba en términos del PRI, cuando a los estados más difíciles mandaba a los delegados de mayor peso. En la SRE, aparte de muchas otras, había dos reformas de extrema importancia e inmediata atención: elevar considerablemente el nivel de los embajadores en Centroamérica y hacer una reforma a fondo del servicio consular en las dos áreas más cercanas, consulados en Estados Unidos y embajadas en Centroamérica, pero en ambos casos multiplicar la capacidad de acción de las agencias culturales y diplomáticas y llevar a la gente de más alto nivel del país, como dos gabinetes paralelos. En Estados Unidos deben de estar los cónsules de mayor nivel: un consulado en Los Ángeles o en San Antonio, Texas, es funcionalmente más importante para el país que muchas de las embajadas que tenemos en el mundo, y

debe tener los servicios, la capacidad política de relacionarse. Ya quisieran muchos países del mundo tener el número de consulados a los que, por la vecindad, México tiene derecho en Estados Unidos: para un país como Japón, no digo para la Unión Soviética, sería un capital inestimable el número de consulados que tenemos. Para relacionar a nuestras comunidades, aumentar las relaciones comerciales, el diálogo con este país y la presencia en las universidades, necesitaríamos incluso otro concepto, por nivel, por la calidad de las personas. Esa reforma era inmediata. Y en Centroamérica deberíamos tener a las más relevantes personalidades mexicanas: la embajada en Guatemala es tan importante, desde el punto de vista simbólico y político, como la embajada en Estados Unidos, y desde luego más importante que cualquier otra embajada en el mundo. Lo afirmo con toda responsabilidad, éstas son las dos grandes embajadas de México: Estados Unidos y Guatemala, y lo digo por el resto de Centroamérica. Esto no se entendió: la necesidad de elevar el nivel de relación con los países de la región, sin demérito de nuestra posición de defensa a la autodeterminación de Nicaragua y de cese a la agresión militar. La defensa de los principios debe ser la operatividad política. Nos debilitamos en la defensa de los principios sin haber incrementado nuestra operatividad política. Son dos cosas distintas, que hay que entender.

El cargo de embajador en la ONU es muy grato, lleno de atractivos, y no es fácil renunciar; además nunca se acaba, porque siempre puede aparecer una nueva tarea el día de mañana. Hay muchas áreas, pero mi periodo había concluido. En diciembre de 1984 le hice saber al presidente de la República mi deseo de regresar a México.

JW: ¿Con fecha?

PML: No. Mi deseo era regresar antes de la siguiente Asamblea, la de 1985. Ahí vino un periodo confuso, porque ni me regresaban ni me decían cuándo. El tiempo se fue pasando.

JW: Te habías quedado por dos años para aclarar la situación en México.

PML: Era mi idea.

JW: ¿Y se aclaró?

PML: No, porque el gobierno no había cambiado de orientación. Ya habían pasado dos años de ajuste económico en los que se organizó un gabinete, digamos, de emergencia, financiero. Ése hubiera sido el momento en que el presidente pudo cambiar de personal político, de orientación; no sé si lo pensó o lo meditó. En lo que estoy cierto es que no me consideró en sus planes.

LF: ¿Qué pensabas en términos de tus planes? Te habías dado tiempo de quedarte en Nueva York.

PML: Muy difícil, porque tenía que pasar de la representación de México a una función en un organismo internacional, para lo que tenía que esperar que se liberara algún órgano en el que pudiera competir y en el que el gobierno me quisiera apoyar. Cuando Alejandro Orfila renunció a la OEA, él mismo, como consta en los periódicos, mencionó mi nombre como posible sucesor; después, cenando en Nueva York, me dijo por qué lo había hecho: le parecía que una gente con mi personalidad era la que debía ir y me dio una razón inteligente. Alguna vez me había preguntado: “¿Cómo llevamos el diálogo Norte-Sur a la OEA?” “Mira, Alejandro, es muy difícil porque los organismos, si no va por Estados Unidos, no van a querer sacar lo del FMI, lo del Banco Mundial. En segundo lugar, porque en la medida en que estés en la esfera de los organismos internacionales, los organismos competentes son mundiales, no regionales.” Todavía le dije de broma: “A no ser que traslades al FMI como emergencia a la OEA y no al sistema internacional, es muy difícil como está planteado el conflicto ahora. Políticamente tienes razón, pero orgánicamente es muy difícil. El pleito ahora es si tiene competencia la Asamblea de la ONU o los órganos especializados, porque el FMI y el Banco son órganos del sistema de la ONU, no se nos olvide; el GATT no, pero el FMI y el Banco sí”. Me dijo: “De todas maneras hay que darle un gran contenido a Norte-Sur”. Entonces Orfila mencionó mi nombre y me dijo por qué: “Porfirio, es obvio que la solución de la OEA es convertirla en el foro Norte-Sur del continente americano. México y otros países no han querido que la OEA medie en Contadora, pero habiendo un mexicano es muy fácil porque la OEA puede tener competencia. Entre tú y Javier Cortina, que conocen bien el problema,

los países pueden descargar la negociación, y México no puede ver mal ahora que la OEA tome una función de mediación si el secretario general es mexicano”. Ingenioso, ¿no? Le dije: “Son buenas ideas, pero no tengo interés”.

Quien haya conocido hasta ahora mi vida pública, mis orientaciones, podrá dar constancia de que nunca me había pasado siquiera por la cabeza trabajar en la OEA; es un espectro alejado de mis preocupaciones, de mis orientaciones, de mi biografía. Ni siquiera en ese momento pensé que yo sería la persona, pero fui a México y lo comenté con el presidente: “Miguel, pasó esto. Lo hago de tu conocimiento”. Javier Cortina, representante de la OEA en México, era compañero de escuela del presidente, y según me contó, fue a verlo para hacerle un largo alegato para que me mandara a la OEA: le hizo un análisis de votos para probarle que México la podía obtener con cierta facilidad. No me suscitó interés desde el punto de vista vital y profesional, pero no dejé de considerar que podía ser una salida para mí y para el país.

JW: Háblanos un poco más de esta entrevista con el presidente.

PML: Le planteé el problema: “No me interesa en lo personal, no está en mi horizonte”, como de verdad no estaba. Fue una solución magnífica. Estas casualidades en las que no se ha pensado son las mejores; no es nada tonto lo que se dice por ahí. “Mira: les puedo dar una enorme ayuda y plantear con mucha seriedad el problema de la deuda. Puedo entrar al quite en el asunto de Centroamérica y combinamos una serie de cosas. Como dice Orfila, podemos hacer Norte-Sur en la región, que quizá sea la solución de la OEA e incluso bastante negociable con el gobierno de Washington; se encuentran los términos de lo que podría ser la relación Norte-Sur en el continente americano. Como idea me parece interesante.”

Me fui a Nueva York y nunca se volvió a hablar del asunto. Supe después, por un amigo confidente, que Sepúlveda se había opuesto, de modo que fue un problema de celo y de pequeñez. Yo tenía el gran pretexto de que ya había un candidato brasileño y que se buscaba el acercamiento con Brasil; yo, que hice tanta política con mis amigos brasileños, sé que eso no tiene que ver con los acercamientos y que los

puestos hay que pelearlos. Eso no es motivo de fricción. João Clemente Baena Soares era secretario general del ministerio, pero es un hombre cuya salud es precaria: realmente era una candidatura de fibra y México hubiera tenido todas las posibilidades de ganar. Baena era una solución administrativa, incluso Brasil había hecho saber que lo hacía por servicio a la OEA. No quiero incidir y menos que me vayan a desmentir mis amigos diplomáticos brasileños, pero era muy negociable con Brasil de aquí para allá.

Luego pensé también que, como se trataba de la mafia ortizmenista, como don Antonio Ortiz Mena pensaba reelegirse una vez más al Banco Interamericano de Desarrollo (BID), le pudiera estorbar. A esta mafia tecnocrática y a sus agentes diplomáticos se les hacía muy cuesta arriba ver a Muñoz Ledo en Washington; francamente, estorbaba todos sus planes. Insisto en que esa posición no la busqué ni la luché. No tuve sino una conversación con el presidente, pero la negativa indica claramente que no se buscan soluciones dignas a las personas ni a los problemas, sino que son inercias y criterios de pequeños grupos tecnocráticos donde está el elemento del celo y el ideológico.

JW: ¿Cuándo pasó?

PML: En 1984, cuando Baena entró a la OEA y renunció Orfila.

LF: ¿Cuál fue el evento ideológico?

PML: Ellos no promueven a personas que no sean de su orientación. Posiblemente se les hacía insólito tener a Muñoz Ledo en Washington porque es su plaza, según lo que ellos han vivido.

JW: Es el nexo de los tecnócratas.

PML: El nexo de los tecnócratas. Entre la gente del gobierno 70%, incluyendo al presidente, es del sector financiero. ¿Cuántas veces habrá ido Miguel de la Madrid a Washington en su vida, y a qué ha ido? Si ha ido 20 o 30 veces es poco, y todas las veces al FMI, a negociar, desde que era un joven funcionario. Para ellos Washington es lo financiero. Es un problema cultural. Como dice la frase mexicana: "No tiene la culpa el indio, sino el que lo hace compadre". Lo inconcebible es que López Portillo —lo discutía con gente cercana a él— haya pensado que gobernara México gente de una formación tan unilateral. Todo lo ven a

través de las finanzas, y las finanzas, para ellos, es Washington. Todo lo que ocurre parte de esa enorme deformación.

JW: Además, Muñoz Ledo en Washington sería un contrincante de Estados Unidos.

PML: No.

JW: Se podría decir.

PML: Depende, porque ya en un puesto internacional...

JW: Había en el gobierno norteamericano gente en tu contra.

PML: Naturalmente, si uno es electo a un cargo internacional, todo mundo tiene que aguantarse y negociar; tampoco se va uno a plegar.

JW: ¿Esto pasó antes de tu decisión de salir?

PML: Sí. Era evidente que no se quería dar ninguna salida a las personas ni a los problemas. Me vino ganando la idea de regresar a México. No era fácil: pensé que lo mejor era regresar a la Universidad, al Colmex, posiblemente arreglarme con una universidad extranjera para pasarme uno o dos años; como siempre, la idea de escribir un libro y organizarme para el futuro. No recibí ninguna indicación de regresar, a pesar de que fui claro en mi deseo de hacerlo antes de la Asamblea. En marzo se me empezó a hablar de otras embajadas. Me resistí. Se me habló insistentemente de España, casi al punto de convencerme. Sin embargo, insistí en mi deseo de volver a México. Fue claro que debía regresar antes de la Asamblea, porque se ve muy mal que uno regrese con ésta ya comenzada.

JW: ¿Habías tenido contacto con Cuauhtémoc Cárdenas en esta época?

PML: No, para nada. Total, se me dijo que me esperara a que fuera el presidente, porque De la Madrid había decidido ir a la ONU en los primeros días de octubre de 1985. Pedí venir a México, y si el presidente lo necesitaba, lo acompañaría como invitado; no tenía objeto quedarme hasta octubre y luego irme, porque ya con la Asamblea comenzada no se puede. Ante la insistencia en que lo esperara, acepté ser designado por el grupo latinoamericano —desde luego, informando a la SRE— como el candidato regional para presidir la Comisión de Descolonización, una de las principales.

Tenía la idea, con otros países, de incluir el tema económico en el capítulo de la descolonización bajo una nueva modalidad: introducir el tema del colonialismo económico como categoría del debate. Estaba entusiasmado trabajando en eso, era una gran resolución sobre colonialismo económico: además de todo lo que estaba pasando —la deuda, etc.—, lograr un voto fuerte contra el colonialismo económico que fuera la denuncia del proceso económico que habíamos vivido, la negativa al nuevo orden económico internacional, pero en la categoría política, y calificar todo lo que ocurría, la política del FMI, del gobierno norteamericano, como proyecto neocolonial. Era muy seductor y hubiera sido un gran impacto; la idea me seducía y trabajé en ella. El grupo latinoamericano me eligió unánimemente su representante.

Cuál no sería mi sorpresa cuando el gobierno de México me dijo que no podía ser representante de la Comisión de Descolonización. Sospeché, mandé consultar, y en efecto, me pidieron que estuviera hasta que llegara el presidente y que me regresara de inmediato. Les dije que no estaba de acuerdo con el procedimiento.

¿Por qué lo hicieron? Primero, no tenían adónde mandarme ni a quién enviar en mi lugar hasta que llegara el presidente. Pero luego hubo una fuerte presión de Norteamérica, que no quería que yo estuviera una Asamblea más: Gavin hizo muchos viajes a Los Pinos. Hay periodistas mexicanos que han escrito sobre esto. Estas presiones se ejercieron desde principios de año. Lo que nunca he entendido es por qué no me fui, si desde el año anterior había dicho que me iba; por qué esperaron a tener las presiones, que es lo peor que se puede hacer en diplomacia, y si esperaron las presiones, ¿por qué las aceptaron? Tengo varias explicaciones. Hubo mala fe: nada les costaba, desde diciembre o enero, haberme aceptado y aun haberme insistido en que aceptara una embajada; en aquel momento tal vez me hubiera visto forzado a aceptarla. Alguna gente muy cercana al gobierno le atribuye esto al secretario más que al presidente: no quería mantenerme en el servicio exterior, no tenía adónde enviarme y esperó a que las presiones ocurrieran. Hubo mala fe, torpeza extrema o las dos cosas.

EL *CALLING NAME* EN RESOLUCIONES DE ORIGEN COLECTIVO

PML: Pero la historia a veces es terriblemente sorpresiva. ¿Cómo lo llamaban los antiguos? Los hados, o los *Ides of March*. Ahí hubo algo que cambió el rumbo de la historia de México y también el de mi vida, a lo que no le quiero dar un valor mágico pero que fue evidente: el terremoto del 19 de septiembre de 1985. Para no tener un pleito, le mandé una carta personal al presidente diciéndole lo que estaba pasando: “Miguel, esto fue en lo que quedamos. Es algo indigno, etc. No lo voy a aceptar, Miguel. Ve tú. Firmado: Porfirio”. Le hablé por teléfono y no me contestó.

JW: No entiendo esto.

PML: Yo me quería ir antes de la Asamblea. Cuando me dijeron que tenía que esperar al presidente, acepté la Comisión de Descolonización, pero después tuve que retractarme: fue todo al revés. Obviamente, si me iba a quedar, necesitaba hacerlo con una función, con una dignidad. Lo que no podía hacer era irme de la noche a la mañana, ya comenzada la Asamblea; después de recibir un honor de la Asamblea, de cubrir el periodo de sesiones, sí. Había dicho: “Me voy en marzo o en diciembre. No me puedo ir en septiembre ni en octubre”.

Hubo una presión de Estados Unidos sobre otra embajada, la de Irak, por un debate entre el embajador Al-Qaysi y Jeane Kirkpatrick sobre el tema, del que no he hablado, del *calling name*. Fue la gota que derramó el vaso. Bagdad accedió a la presión norteamericana, pero tuvo la dignidad de hacer elegir presidente de la Comisión Jurídica al embajador que ya se iba: primero lo hizo presidente de la Comisión Jurídica y luego se fue. No hubo problema. Si estaban presionando los americanos e iban a ceder, había que sacarme con honores, no por mí, sino por el país; tan sencillo como eso, como lo hizo el propio Irak. Todo el mundo supo que había presiones sobre Al-Qaysi y Muñoz Ledo. Al-Qaysi era muy bueno; había sido director de Asuntos Políticos de la cancillería. Además, todo mundo sabía por qué eran las presiones: por el *calling name*.

LF: ¿Por qué no lo explicas?

PML: La gota que derramó el vaso con *doña Juana*, de donde vinieron los ataques feroces que se me hicieron, fue el famoso *calling name*. Es el asunto menos comprendido, sobre el que más tinta se ha derramado y sobre el que más confusiones hay, y es necesario que alguien sensato, informado, imparcial y desapasionado, como su servidor, establezca claridad sobre los hechos. A partir de que empezó a fallar la política norteamericana y de sus aliados occidentales en ciertos temas fundamentales, se hizo costumbre mencionar por su nombre, en las resoluciones, quiénes eran los responsables de que un problema no se resolviera. Esto comenzó, hasta donde llega mi memoria, en la reunión del Consejo para Namibia en Argelia, en 1980. Después de que falló la conferencia de implementación a la que me referí, las cinco potencias occidentales se comprometieron a que se les diera todo el poder en el Consejo de Namibia y el Consejo de Seguridad para resolver el problema de Sudáfrica; se comprometieron a negociarlo y fallaron, porque cambió la política norteamericana.

Uno de los primeros discursos de Reagan fue a favor de Sudáfrica —algo espeluznante—; el Consejo de Seguridad y el Consejo de Namibia debían reaccionar, y como miembro de los dos órganos propuse, por primera vez en muchos años, que nos fuéramos con un conjunto de sanciones fuertes. No se quería porque era arrinconar a los occidentales, que además podían votar. Después que falló el procedimiento negociador, junto con otros países debíamos acorrallar a las grandes potencias para hacerlas definir su posición, es decir, quitar la hipocresía de que se seguía negociando.

La línea política había cambiado. En una célebre sesión del Consejo de Seguridad, presentamos cinco resoluciones sobre sanciones en Sudáfrica, y se vetaron cuatro de ellas: tres las potencias occidentales —Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia—, cuatro las dos primeras, sin Francia, y la última sólo Estados Unidos. El embajador de Francia me dijo: “En toda la historia de la ONU Francia había vetado cuatro veces. Tú la has hecho vetar en una hora el mismo número de veces”. Le dije: “No vamos a permitir la hipocresía”.

Cambiamos de táctica, que fue espléndido. No votar ciertas cosas, no proponer ciertas resoluciones era una manera de subsidiar a los países que se estaban oponiendo, y empezamos con la táctica de exhibirlos. Esto no es malo. Ahora, si llega uno como chiquito, como rancherito a la ONU... Perdónenme, yo cultivo el principio de la igualdad jurídica de los Estados. Para mí el nivel de México es como el de Inglaterra o Francia, si bien les va; el aprecio que tengo por mi país y por mi dignidad de país es muy importante, no como estos tecnocratitos que se sienten gatitos de las potencias. El aprecio que uno tiene por la dignidad y por la capacidad política de su país es fundamental.

Empezamos una estrategia interesante, que era plantear sobre la mesa los problemas para que se definieran. En ese voto Jeane siempre levantó la mano: "Sí, voto". El embajador de Inglaterra y el de Francia eran los votos que venían... Era bastante penoso. Todo África estaba en las tribunas y había una exclamación cada vez que vetaban. Entonces, la misma táctica que siguen las grandes potencias: que si se trata, con lo de Afganistán, de exhibir con todas las cámaras al soviético levantando la mano; que si se trata de un problema de acá, los soviéticos exhiben a los norteamericanos... Pues nosotros también: vamos a exhibirlos a los tres. A ver, resoluciones muy sencillas: "Sanctions to South Africa and no compliance to the resolution X, and X and X and the end of the process of negotiations and the conference of the implementation of the Program for Peace for Namibia".

Empezó una nueva era. El cambio de política norteamericana, que llevaba la de sus aliados, metía en un tobogán, cerraba las puertas para un arreglo en Namibia como las ha cerrado hasta ahora, cuando ya todo estaba a punto. Esto empezó a pasar en Oriente Medio, después de que el Consejo de Seguridad se paralizó en Líbano. Empezó a surgir, sobre todo del Movimiento No Alineado y del Consejo de Namibia, la idea de sancionar al país que se oponía a algo. Entonces se decía: "A causa de la indebida política de Estados Unidos o de Gran Bretaña en el área..." Era, digamos, una revancha de la Asamblea por obvia obstrucción que ocurrió por el cambio de 1980 a 1981, un cambio importante en la actitud política. Esto no lo promovió nadie en particular, se vino dando.

El mayor número de resoluciones donde se mencionó el nombre de un país —hacía mucho que se mencionaba a Israel; se empezó a mencionar a Estados Unidos— fue en lo de Namibia, precisamente por este asunto. Esas resoluciones no las hacía un país sino el Consejo de Namibia, un órgano creado por la ONU donde hay 20 países que supuestamente tienen la responsabilidad de administrar ese territorio. Era una de las cosas que yo siempre decía: “A nombre de mi país debo administrar un territorio que no me entregan; es una burla. Es un Consejo administrador del territorio de Namibia, que tiene derecho para expedir reglamentos en el interior de Namibia, y tiene una gran respetabilidad para pedir a la Asamblea resoluciones, no faltaba más. Son Estados que aceptaron administrar un territorio que por la lenidad de las grandes potencias no entregan”.

A un sector de la diplomacia norteamericana, fundamentalmente a la embajadora Kirkpatrick, se le ocurrió, como maniobra publicitaria —ya estaba en la política—, decirle al presidente de Estados Unidos que era una vergüenza que se insultara a su país en la ONU. Ese es el famoso *calling name*: “Why are you mentioning?” Lo mencionábamos porque fue una tendencia a subrayar esa obstrucción.

JW: “Why are you calling us name?”

PML: “Why are you calling us name?” ¿Por qué? Porque se vino diciendo Israel, Estados Unidos, Gran Bretaña, que en otras resoluciones fueron nombrados. No fue idea de ninguna persona ni de ningún grupo de países; fue fruto de las circunstancias. Bueno, si el señor me veta, pues yo lo menciono: “Hubo veto”. Se había hecho en el caso de la Unión Soviética en el pasado y, claro, mientras más eran las obstrucciones, más era el *calling name*. Eran muchos *calling name*, había ya como 40 o 50 cuando se limpiaron las resoluciones; resoluciones que se venían repitiendo, además. Ahora no sólo Estados Unidos; en algunas estaba Gran Bretaña.

Poco a poco se hizo el *calling name* en resoluciones de origen colectivo, casi todas. Las de Namibia las hacíamos 20 países. ¿Por qué echarle la responsabilidad a uno, dos o tres? Y se reprobaban por unanimidad, además.

Sin que nosotros lo supiéramos, la embajadora Kirkpatrick, como gran *show* antes de salir, ya con la renuncia, con cámaras de televisión, todo preparado como ofrecimiento al presidente, hizo una maniobra por atrás con la complicidad de muchas cancillerías para, cuando se iban a votar las resoluciones, cambiarlas sorpresivamente en la Asamblea y quitarle la mención a Estados Unidos. En ese momento el presidente del Consejo de Namibia, el embajador Paul Firmino Lusaka, de Zambia, también era presidente de la Asamblea. Entonces no había presidente: estaba en el ínterin uno de los vicepresidentes, el embajador de Guyana, que además pasaba por un momento difícil porque se acababa de morir el presidente Forbes Burnham, que lo había nombrado. Me pidió hacer frente a la situación, pues yo era miembro del Consejo y había sido vicepresidente antes que él, y le hice frente.

En la noche supimos que nos echarían abajo las resoluciones y en la mañana reuní de emergencia en mi oficina a los miembros más importantes del Consejo de Namibia para saber qué haríamos. Eran resoluciones del Consejo de Namibia, órgano de la ONU administrador del territorio de Namibia; no actué como Muñoz Ledo ni como misión de México. Es más, mi oficina estaba enfrente de la ONU. Por comodidad nos reunimos allí ocho o nueve embajadores confiables, cada uno se cruzó información. Dijimos: sería aberrante para la ONU que la señora Kirkpatrick se parara y bailara encima del cadáver del Consejo de Namibia.

Si hay un asunto donde haya unanimidad mundial, es éste, la violación más grave y masiva al derecho internacional en Namibia, un territorio administrado en fideicomiso. La ONU resolvió que fuera independiente y Sudáfrica, por sus pistolas, impide la independencia de un Estado miembro con la complicidad de las grandes potencias: es una violación flagrante, masiva, total, indiscutible, un tema en que hay que ser absolutamente intransitable. Ahí no hay que dejar pasar una rendija. Nos pusimos de acuerdo en cómo hacer frente a las maniobras parlamentarias que se venían e inventamos una serie de respuestas: mayoría, dos tercios... toda la planeación de una situación parlamentaria.

La embajadora de Estados Unidos llegó —nos extrañó— con cinco o siete personas atrás, y empezaron a entrar cámaras de televisión.

“Uy —dijimos—, el gran *show*.” Ni modo. Claro, había un *floor manager*. cuando se hace un arreglo entre países, un grupo de países o un grupo regional para promover algo, siempre hay un *floor manager*, que es como el *quarterback* en el fútbol americano. No fungí como *floor manager* para evitar la fricción; lo hizo el embajador de otro país, más moderado. El *floor manager* es el que pasa las tarjetitas, al que buscan para ver qué se hace. Y logramos, con una defensa muy cerrada, derrotar todas las mociones que presentó Jeane, porque era nuestro deber a nombre del Consejo. Se puso furiosa.

Al día siguiente los de Oriente Medio —ése fue el caso de Al-Qaysi, el embajador de Irak—, sin participación nuestra, también le echaron abajo todo. De veintitantas mociones que presentó, creo que pasó una. Ella, que le había prometido al presidente y a la opinión pública que, como heroína —*wonder woman*—, iba a limpiar de ofensas, porque ésa es la manera como se presentaron y simplificaron, no limpió nada. En sus últimos días me la encontré en una recepción; áspera, amistosa, me dijo: “Porfirio, I will accuse you before the Senate, the Congress of the United States”. Le dije: “Pues acúsame enfrente de tu abuelita, ¿a mí qué?”

LF: ¿De qué te iban a acusar?

PML: De que “tú eres *the worst enemy of the United States*”. De risa loca. Todavía le dije: “Tómame una copita”.

JW: ¿Cuándo fue eso?

PML: Al terminar la Asamblea de 1984.

LF: De hecho sí les habías quitado un terreno bárbaro.

PML: En defensa de los intereses de la comunidad internacional, lo que era mi deber. No somos criados de nadie, entiéndelo, y a mí me quitaron mucho terreno: todos somos iguales en la ONU, como los seres humanos. Es un problema de dignidad de los Estados, igual que de dignidad individual.

JW: ¿Cómo puede uno luchar sin el respaldo de su propio gobierno?

PML: Porque ahí funcionaba como Consejo de Namibia; uno tiene funciones de carácter internacional. Yo estaba ahí a nombre del *Council of Namibia*, del cual México era miembro hacía muchos años, y había sido vicepresidente.

JW: En el fondo tuviste una doble lucha: contra Estados Unidos y contra algunos en el gobierno de México.

PML: No entendieron y se asustaron. Jeane se molestó a título personal. Tampoco era el gobierno de Estados Unidos: era un *show* que ella hacía dentro de su lucha política interna. Yo les dije, además, el primer día de la reunión: “Si se enterara George Schultz de lo que estamos haciendo aquí —palabra de honor: lo dije allí, en broma—, nos mandaría besos, *chuic, chuic*, porque si a alguien le debe molestar el *show* de esta señora al salirse, que es un *show* contra el Departamento de Estado... Además, si supiera Schultz que estamos aquí, nos diría: ‘Bravo, bravo, aquí entre nos’”. El grupo que tenía era de gente que sabía mucho de política: eran buenos diplomáticos y políticos, y no se echaban a la buenaventura. Creo que no fui yo, sino uno de ellos, el que dijo: “Si Schultz nos viera aquí, nos mandaba decir ‘Bravo’”. Yo le dije: “Vamos a parar a esta señora, que va a salir diciendo que ella, en una sentada, hizo lo que el State Department no es capaz de hacer, pues sale de pleito con el State Department y en vez de cobrar 5 000 dólares la conferencia, va a cobrar 10 000”. La cosa era muy personal. No era Estados Unidos ni México; las cosas son lo que son. Era un *show* de Jeane por razones políticas: salir como la gran heroína, la que sí pudo. El látigo.

JW: Además, ella podría decir que Jeane le había ganado a Tarzán.

PML: Otra reflexión muy seria que hicimos fue que si Jeane demostraba, dentro del Departamento de Estado, que *this is the way to do things*, estaríamos en problemas y también lo estaría el Departamento de Estado, porque ella impondría la línea dura como la eficaz, ridiculizando a sus propios compañeros: entonces sería inequívoco para el presidente que Jeane tenía razón y que la línea del látigo era la buena, incluso le estaríamos quitando piso a la gente razonable del State Department. Era muy importante detener a Jeane. Si volviera a nacer cien veces, cien veces la volveríamos a detener, y a nombre, además, del Consejo de Namibia.

Total, Jeane se molestó por razones personales. No se enojó el gobierno de Estados Unidos: la que se enojó fue ella. Yo la tomé a broma. Ella hizo el famoso informe sobre *Votes of Mexico*. Todavía la vi

antes de irme, en una reunión, y le dije: “Ya vi tu informe, Jeane. Lo que pasa es que, como *political scientist*... históricamente México siempre ha votado así. Dices que tenemos 9% de coincidencia con Estados Unidos. Sí, coincidimos 9% porque ustedes se han ido apartando, pero ve en las estadísticas cómo la coincidencia de ustedes con muchos países también ha venido a menos: Argentina, Brasil y hasta con Francia, perdóname que te lo diga. Los que han cambiado son ustedes, no nosotros, y no digas (era su argumento) que México votaba como Cuba y Nicaragua. Cuba y Nicaragua están aquí, más lejos. Lo que pasa, Jeane, es que durante 40 años México fue el país más independiente de América Latina; después nos nació un hijo que se llamaba Cuba, que estaba más a la izquierda que nosotros —qué bueno—, luego nos nació otro, *called* Nicaragua. ¿Ahora sí ya entendiste, a la luz de tus propias estadísticas, por qué México vio siempre con buenos ojos el nacimiento de la Revolución cubana y de la nicaragüense? Porque ellos nos vinieron a sustituir en el papel que históricamente tuvo México —desde Juárez— de ser el país más independiente de ustedes. Tenemos un colchón de ese lado, qué bueno, y si tenemos cuatro colchones, mejor. Históricamente no hemos cambiado, Jeane...”

Y saqué un famoso estudio de ciudadanos del planeta con el que la demolí, que es el estudio de un grupo de profesores norteamericanos según el cual, durante cinco años consecutivos, México había tenido 100% de apego a los principios: el país campeón mundial en principios. “Pero eso no tiene...” “Ah, no, sí tiene importancia. Ustedes votan contra los principios y nosotros en favor de los principios. No votamos contra ustedes ni vemos lo que ustedes votan. No me importa lo que vote Albania, la Unión Soviética, Ghana ni Estados Unidos: yo voto con los ojos cerrados conforme a mis principios. No me estoy comparando contigo ni me interesa. Tú tienes tu resolución, a puerta cerrada analizas tu caso como un juez y vas y aprietas tu botón; que los otros jueces voten de otra manera es su problema. No se vota *vis à vis* otros países. Sabes que así es. Mandas tu informe a tu cancillería, tu proyecto de voto, analizas el caso y te mandan la instrucción de voto. No sabes cómo votará el otro; puedes adivinar. Es tonto que me digas

que estoy votando en relación con Estados Unidos si todos apretamos al mismo tiempo el botón y aparece en la pizarra. ¿Qué, me dijiste la noche anterior cómo votaríamos? Es la prueba fehaciente de que nadie vota contra nadie. Cada quien lo hace según su conciencia, y te tocan las más grandes sorpresas: de repente coincides con Arabia y de repente no, y luego haces el análisis político. La verdad es que uno conoce los patrones de voto, y cuando conoce el sistema, tiene una idea bastante clara de cómo votará la gente porque ya se sabe cómo reacciona, pero no haces referencia a ninguna”.

JW: Aquí hay una aparente ironía: el hombre político de México, que sí sabe que el mundo es negociación, está llegando para no negociar y aplicar principios utópicos, digamos.

PML: Una cosa es la negociación de los conflictos y otra el voto de las resoluciones; creo haber dado prueba en la ONU.

JW: Cuando se está con Jeane, con otros de Estados Unidos y de otros países, el mundo requiere *trade-offs*.

PML: Cuando se está negociando un conflicto.

JW: Sí, y no se puede votar con los ojos cerrados, por principios.

PML: Se tiene que votar.

JW: No podemos resolver esto aquí. Estoy planteando otro punto de vista que es un poco irónico.

PML: Tienes razón, pero yo lo plantearía así: cuando se negocia una resolución hay que tener toda la flexibilidad posible, pero cuando ya está elaborada hay que votar sobre ella. México fue, como nunca, negociador y participante en la elaboración de resoluciones, incluso en ámbitos donde nunca había participado. En el Consejo de Seguridad, de los 52 casos que vimos, participamos en la redacción de 45 pero negociando, *negotiating*.

JW: En la política a veces uno gana para perder y pierde para ganar.

PML: Uno negocia para que haya la solución más adecuada de un caso, pero cuando ya está en la pizarra, se tiene que votar conforme a principios; así es la naturaleza de la política multilateral.

JW: Se pueden aislar las decisiones, pero si se une una decisión acá y se para otra decisión allá, entonces vamos a perder aquí para ganar allá. Eso demanda una negociación permanente.

PML: Incluso en estas resoluciones fui negociador permanente. Algunas no eran de negociación, como Namibia, que era un valor entendido; pero, por ejemplo, surgió el problema de Irak-Irán. Uno negocia una resolución hasta que se llega a ella, sin embargo, una vez que la resolución está en la pizarra se vota por principios. Son problemas distintos. En el Consejo de Seguridad forzosamente uno está involucrado en la negociación; en la Asamblea General uno se involucra o no según el interés del Estado. Me involucré en muchas negociaciones, por ejemplo, en las económicas internacionales; negociamos, y cuando estaba en la pizarra, si debía haber un orden económico nuevo o no, uno votaba que sí. Es un problema de principios. Creo que hay una confusión de planos.

JW: Tu posición es clara en esto.

PML: Sí. Fuimos negociadores y le consta, además, a la delegación norteamericana en el Consejo de Seguridad demócrata. Incluso ellos, junto con otros Estados, contribuyeron a mi fama como negociador. Hubo muchos conflictos internacionales difíciles en los que intervine en la negociación con un sentido constructivo y de político, como dices.

JW: También podemos decir que Jeane no quería negociar: quería limpiar el voto, limpiar la oposición, dominar la oposición.

PML: Lo planteaste muy bien. ¿Qué tal si Jeane Kirkpatrick, en vez de hacer eso, se reúne con delegaciones clave —porque todos acudimos siempre a la negociación— y me dice: “Porfirio, para Estados Unidos el problema del *calling name* es muy grave. Ustedes tienen razón en esto, vamos a hacer un *trade-off*. Ayúdenme a limpiarlo, no me voy a imponer, que venga de ustedes”? En la última reunión del Consejo de Namibia, en Viena, varios países occidentales así nos lo plantearon y suavizamos, *we softened the resolution*, a cambio de alguna otra cosa que era políticamente sustantiva.

Finalmente, para hablar de este mismo problema: el último viaje que hice a nombre del Consejo de Namibia fue a los países nórdicos; estuve en Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca. Los cuatro secretarios de Relaciones, y en el caso de Suecia el primer ministro Olof Pal-

me, con quien hablé en lo personal, me dijeron —los nórdicos son de una línea rectísima en lo de Namibia—, como representante del Consejo en una misión especial, que sería bueno suavizar la posición dentro del propio Consejo de Namibia, porque estaba siendo muy áspero con Estados Unidos y había que hacerles unos replanteamientos; se podía, pero que no vinieran de la noche a la mañana con la pistola a disparar, porque entonces nos teníamos que defender. La ruptura de las hostilidades no fue nuestra sino del otro lado.

Pasemos a otro punto. La tragedia, el hecho insólito que cambió muchas cosas fue el terremoto. Le mandé una carta al presidente con mi inconformidad acerca de cómo se estaba manejando mi salida.

JW: ¿Querías regresar para ayudar en México?

PML: No, yo no sabía qué hacer en México.

JW: ¿Cómo fue el terremoto?

PML: El terremoto fue que el presidente ya no fue a la ONU.

JW: ¿Ése fue el cambio?

PML: El cambio fundamental. Entonces ya no peleé.

JW: No tenías nada que hacer.

PML: Una de las cosas que hay que explicar es por qué, a pesar de que me dieron instrucciones contrarias y de que mandé una carta al presidente diciendo: “Esto no es lo que convinimos, ¿qué está pasando?”, ya no hice nada: porque faltaban 15 días para que fuera el presidente. Entonces dije: “Bueno, me espero”. Alguien me lo aconsejó: “Espérese a que esté aquí el presidente. Usted, en lo personal, en la primera cena le dice que quiere hablar con él”. Me quedaba media hora con él, y se hubiera aclarado lo que estaba pasando. Lo que cambió todo fue que el presidente no viajó a la ONU. No pude aclarar la situación con él; cinco días después del terremoto me notificaron que no iba. Entonces envié una comunicación a México diciendo que deseaba regresarme, y México publicó un boletín muy elogioso hacia mí. No hubo renuncia ni cese.

JW: Fijaste la fecha.

PML: Ya había fecha para que llegara mi remplazo: llegaría con el presidente. Entonces me regresé a México. Pasaron 20 días.

EL *DIPLOMATIC INCIDENT* MAGNIFICADO

JW: No, pero primero fue el problema del golpe con...

PML: Eso es una cosa que no tuvo ninguna relación, que yo sepa, directa ni indirecta.

JW: ¿Cuándo pasó?

PML: Por abril, en Semana Santa. Es un asunto absolutamente menor, al que quisiera darle el espacio que merece. Saliendo con mi familia de fin de Semana Santa, el chofer —de origen colombiano—, que siempre guardaba el coche, tuvo un altercado con una gente, ni siquiera por espacio —no había coches en Nueva York, era el primer día de Semana Santa—, sino por una reacción majadera que tuvo, por la manera como se estacionó mi chofer mientras bajaba las cosas a la casa. Cuando bajó, el otro lo insultó, lo injurió, como consta en el acta.

JW: ¿Tu chofer había tomado el lugar de él?

PML: No es cierto. Se estacionó inmediatamente atrás de él; lo que pasa es que el otro quedó muy apretado. Entró de prisa para dejar las cosas, y cuando salió el otro lo estaba insultando. Se hicieron de palabras, hubo golpes, el otro salió con una varilla, lo persiguió hasta el coche y le pegó con un objeto en el vidrio.

JW: ¿A tu chofer?

PML: Al chofer. Se acabó el asunto. Yo estaba en Long Island: me enteré porque hablé a Nueva York. Siempre hablaba. Siempre había una guardia en la oficina. ¿Y qué ocurrió? Llegó la policía, por una llamada desde la casa. La persona que estaba en la casa, al ver la agresión del otro, tomó los papeles del coche, entre los que estaban mis papeles diplomáticos. Tengo copia de la única acta oficial que se levantó, donde dice la verdad; simplemente con eso se destruye todo lo que se haya dicho. Son 14 líneas que obtuve a través de un funcionario judicial norteamericano, amigo mío, que dicen exactamente qué pasó. Eso es lo que estoy diciendo, oficialmente.

JW: Porque en el periódico salió que habías...

PML: Exactamente, porque esta acta se pasó al precinto y lo clasificaron como *diplomatic incident*. Entonces, cuando es un *diplomatic incident*,

se informa a la sección respectiva de la misión americana, y de ahí le informaron a algún funcionario de la misión americana.

JW: Pero el chofer, ¿no tenía permiso diplomático?

PML: No, ése era uno de los problemas que teníamos, que muchos de los empleados ni siquiera tenían sus papeles en regla: ése fue el fondo del problema. Y ellos usaban los papeles del coche para identificarse. Eso sí es cierto, hubo una falta administrativa menor, pero alguien que vive en la ciudad de Los Ángeles sabe... Todos nuestros carpinteros eran indocumentados, por ejemplo.

JW: Pero en fin, la policía...

PML: La policía no intervino; intervino el Departamento de Inteligencia del precinto, que informó a la misión americana, y estas personas que se habían quedado y que estaban furiosas conmigo, movieron... No quiero acusar a ninguna autoridad, pero esto lo movió el Servicio de Inteligencia, como me dijo un funcionario responsable de la ciudad de Nueva York. Estaba fuera de mi control. Tengo la carta del comisionado de la ciudad de Nueva York para trato con los diplomáticos.

JW: ¿Entonces tienes una carta?

PML: La carta de la señora responsable de la relación con las embajadas, una gente de una gran civilización, donde me pide disculpas por lo ocurrido a la luz de la información. Fue nuestro contacto oficial con la ciudad de Nueva York y nos exculpó de cualquier responsabilidad. Además, el gobierno de México mandó una nota, cuya copia tengo, donde aclaraba los acontecimientos. No hay ninguna duda, desde el punto de vista de la documentación oficial, de que así ocurrieron las cosas, pero lo más importante es que el incidente carece absolutamente de relevancia: es un vidrio de 180 dólares. Nosotros presentamos a la policía de Nueva York el saldo de muchas agresiones que habíamos tenido, como todas las misiones, durante años; fueron 14 agresiones, entre ellas una bomba estallada en el consulado en 41, que voló un piso del consulado a raíz del Comunicado Franco-Mexicano, y de lo que jamás se nos dio una explicación. Una notita que decía que se había identificado al grupo Mega: era como que hay un incidente en México y decimos que fueron Los Aracuales. Pues que metan a la cárcel a Los Aracuales.

Por el tono que había tomado el gobierno no se hizo ninguna reclamación, porque tampoco hubo reclamación oficial del otro lado. Me hubiera gustado hacer público ese documento que registraba 14 agresiones: golpes al Premio Nobel de la Paz en la puerta de la oficina, cinco veces destrucción parcial de mi automóvil con supuestos robos, asaltos a mano armada a miembros de la misión —lo que ocurre en la ciudad de Nueva York— y una lista de los diplomáticos asesinados en Nueva York durante el tiempo que estuve. ¡Ah!, y le daban importancia —para que vean qué es la mala leche— a un vidrio roto en un garaje, que costó 178 dólares.

JW: ¿El vidrio en un garaje?

PML: En un estacionamiento. Fue estrellado un vidrio lateral de un coche, que se indemnizó. Se quiso hacer de eso un escándalo. No creo que se deba hablar más del incidente, no tiene mayor valor.

LF: Sin embargo, tuvo repercusiones importantes en la opinión pública.

PML: Claro, porque se deformó como venganza política y todavía hablan del vidrio de 178 dólares escritores que están muy cerca de ciertos servicios de inteligencia.

LF: ¿Quieres que te diga otra cosa? Jim y yo, hace unos cuatro meses, en relación con otro problema diplomático, comprobamos que este incidente resurge en la memoria diplomática norteamericana.

JW: Salió en el periódico, aquí en Los Ángeles, que tú mismo habías salido con una pistola para romper el vidrio.

LF: Que habías disparado.

PML: El gobierno de Estados Unidos sabe perfectamente que no es cierto.

JW: ¿Cuándo regresaste de Nueva York a México?

PML: El 19 de octubre. Me di cuenta por todo lo ocurrido, al no haber ido el presidente, que era una decisión del gobierno que no me quedara en mis funciones.

Mi satisfacción más grande como embajador en Naciones Unidas era que desde el punto de vista de la eficiencia del trabajo, de la presentación de la gente, de la organización de la oficina, de la apariencia física de la oficina, de la eficacia en la negociación, mi misión, la misión de

México fuera considerada como la más eficiente de todas, que estuviera al nivel de las más reconocidas. Y en algunas cosas —no puedo decir que lo logramos, sería una vanidad— teníamos una fama extraordinaria de eficiencia. Dábamos la idea de un México distinto que la gente no pensaba que existiera, desde la puntualidad.

JW: Porque hay muchos mexicanos que dicen que los mexicanos andan un poco desordenados, y aunque quieren ser eficientes, si no reciben un sueldo bueno en la administración, no lo consiguen. Y además les gusta la vida tanto, que ¿por qué preocuparse por la disciplina?

PML: Creo que ahí hay un problema muy grande. Suelo decir desde hace mucho tiempo a mis compatriotas —y creo que esto lo aprendí también de don Jaime— que la frontera entre el desarrollo y el subdesarrollo es la puntualidad, y que no conozco ninguna civilización que se haya desarrollado sin la puntualidad y sin ciertos hábitos fundamentales de trabajo.

La misión de México en Naciones Unidas —un mundo pequeño: 36 gentes— llegó a tener un prestigio muy grande. Era la única donde desde las ocho de la mañana a las ocho de la noche había quien contestara el teléfono. La única que trabajaba los sábados, donde en absolutamente todos los ámbitos de negociación, en comisiones y subcomisiones, siempre había alguien de México, y en todas teníamos preparación, seriedad y peso. Nuestra presencia era tan amplia, tan múltiple como la de cualquier gran potencia. Por eso nos llamaban “la sexta gran potencia”, precisamente en mi época.

JW: ¿Dejaron de ofrecerte embajadas?

PML: La última que me ofrecieron fue Londres, después de que no se aceptó que fuera presidente del Consejo: decliné en una larguísima llamada telefónica que me hizo un subsecretario. Le dije que de ninguna manera aceptaba, que me regresaba. Esos 20 días fueron importantes. Aproveché para hacer un trabajo de unas 70 páginas con el que comenzará el libro que publico en marzo, que era una entrevista pendiente de publicarse por la propia SRE en el XL aniversario de la ONU. Hice ese trabajo, que me sirvió de reflexión, y al llegar a México decidí tener una vida política independiente.

El educador

Ingreso al gobierno vía Educación. La educación socialista y el nacionalismo. Torres Bodet y el Plan de Once Años. El proyecto de la SEP, el equipo y la salida. El "gabinete" de la SEP. Perspectivas académicas y laborales. El sindicato de maestros. Sindicalismo universitario y subsidio a la UNAM. La vocación de educador. Orígenes del régimen autoritario mexicano. Concepción y papel en la historia. El fundador de centros de investigación. Relaciones con la educación privada.

INGRESO AL GOBIERNO VÍA EDUCACIÓN

PML: Si bien fui un líder estudiantil, no tenía decidido dedicarme a la política cuando me fui a Francia; me inclinaba más hacia la vida intelectual. De niño tuve dos vocaciones: la política y la vida pública o ser artista, actor, porque declamaba y recitaba. En mi adolescencia fue claro mi interés por la vida pública, pero la experiencia intelectual y cultural de la facultad me hizo pensar que tenía dos caminos: el propiamente intelectual y el propiamente político. Mi experiencia en Europa no estaba dirigida a venir a *grillar* o a trabajar en el gobierno; nada más alejado de mi mente que venir al gobierno de México.

Cuando estudiante conocí al licenciado López Mateos, entonces secretario del Trabajo; lo invité a un acto en la facultad, donde habló. Me había ayudado a organizar algunos eventos estudiantiles y me caía simpático; era una gente joven, liberal y me estimaba mucho como dirigente. En 1957 fue propuesto como candidato. Yo tenía un año en

Europa y recibí mensajes de amigos suyos que pasaban por Europa: que me fuera a la campaña, pero nunca me fui.

Mi estancia en Francia se divide en tres partes: una primera, muy académica, muy orientada. Era el año en que originalmente iba a seguir cursos interdisciplinarios en distintas instituciones que había escogido, yendo de un lado a otro, pasándome el día perfeccionando el francés y escuchando a los profesores que quería escuchar, fundamentalmente Raymond Aron y Georges Gurvitch en la Sorbona, en la sección de Sociología, y en el doctorado de la Facultad de Derecho Jean-Jacques Chevallier, el gran profesor de historia de las ideas políticas; Maurice Duverger, que publicó su libro sobre metodología de la ciencia política —y que estaba explicando—, el profesor Vedel, gran profesor francés de Derecho Constitucional y algún otro en Derecho Administrativo, y en el tercer ciclo de historia de las ideas políticas Jean Touchard, que era excepcional: la vida política a través de la literatura, un curso absolutamente apasionante del secretario general de la Fundación nacional francesa de ciencias políticas, y el seminario de Duverger sobre partidos políticos, elecciones, etc., en la propia Facultad de Ciencias Políticas, más un curso especial para extranjeros que daba el profesor Max Gérard sobre lectura de textos clásicos para aprender francés. Fue un año muy académico.

El segundo año fue muy intelectual, viajé mucho e hice todas esas lecturas. Fue una inmersión en la filosofía y el pensamiento franceses, en la revolución francesa de aquellos años y una gran preocupación por los acontecimientos políticos y sociales de la época.

Al tercer año me fui a Toulouse y vino esta preocupación por enseñar México; una conexión indirecta y de buena voluntad mía, no obligada, con los servicios culturales mexicanos en el extranjero. Puse en práctica la idea de entender más mi país y de divulgarlo, y además la opción que ya había hecho y a la que me he referido, de hacer mi tesis de doctorado sobre el sistema político mexicano.

JW: ¿Y terminaste la tesis?

PML: Terminé dos. El error de ese planteamiento es que acepté un plan de tesis que implicaba la descripción del régimen jurídico, después

la evolución histórica y luego la descripción económica. Era una tesis para cuatro años.

Iba yo de Toulouse a París, a la biblioteca de la Casa de México a estarme dos tardes, por ejemplo, para leer libros de derecho que no podía sacar. Fue la época en que traté a Octavio Paz: era encargado de negocios porque don Jaime Torres Bodet ya se había regresado a México para ser secretario de Educación Pública; estoy hablando del 58. Octavio iba en las tardes a la biblioteca de la Casa de México y muchas veces platicamos. Era la época en que se interesó bastante en las civilizaciones indígenas mexicanas, y como me preocupaba también por la formación del sistema político, tuve una muy buena relación con él, de encontrarnos en las tardes los dos haciendo casi lo mismo en la misma pequeña biblioteca de la Casa de México, estudiante en Toulouse y él, digamos, el jefe de la diplomacia mexicana en París.

Nunca dejó de llevar vida intelectual, aun siendo lo que equivaldría al embajador interino de México en Francia. Recuerdo muy gratamente esas tardes.

No sé si cuando estaba en Toulouse o después, y viviendo muy modestamente, me dediqué a la tesis, con la enorme prisa que se tiene cuando se está haciendo una, que no alcanza el tiempo para nada y los horizontes de tiempo se dilatan. Siempre tiene uno un trabajo gigantesco y casi desesperante, eso lo saben todos: mañana, tarde y noche hasta las cuatro de la mañana, leyendo todo lo que recibía de México y todo lo que debía haber leído antes sistemáticamente, desde *La estructura social y cultural de México* de Iturriaga, que era tan importante, hasta aquellas cosas que como estudiante de Derecho sabía que existían pero no había leído, la poca literatura sobre México que habían producido los profesores norteamericanos entonces, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Encontré mucha folletinería, artículos de la época de Calles y de Obregón y más antiguos publicados sobre México en la biblioteca de estudios de derecho latino de la Universidad de Toulouse. Para mí fue una experiencia extraordinaria; cosas que nunca imaginé encontrar. Es la época de la formación de las instituciones y del sistema político mexicanos.

JW: ¿Acortaste la tesis, o cómo?

PML: No, tengo concluida la descripción del sistema jurídico constitucional; además, descubrí que no había ningún libro verdaderamente sistemático de derecho constitucional mexicano. Había textos buenos, pero era preciso sistematizar en el contexto con el rigor necesario. Falta un trabajo todavía muy considerable, cosas tan elementales como explicar las instituciones fundamentales como el derecho de amparo para un público francés, europeo; eso que se dice tan sencillo costaba semanas.

Me regresé a México en razón de falta de beca, del hambre y de que mi hijo mayor estaba ya en camino. Las circunstancias no me permitían quedarme.

JW: ¿En Toulouse tuviste muchos estudiantes?

PML: Era un grupo de 60 más o menos, excelentes. Debo decir que el nivel era muy bueno. Recuerdo a mis estudiantes de Toulouse con un enorme agrado por dos razones: eran muchachos generalmente bien formados y con algo sorprendente: su nivel de conocimiento del castellano era muy alto, porque siendo una ciudad fronteriza muchos de ellos eran hijos de españoles. En Toulouse un porcentaje alto de la población habla castellano y catalán.

EW: ¿Pero dabas el curso en francés?

PML: *Version et thème* los daba en francés y los dos cursos magistrales en castellano, pero *one like the other*. Tenían excelentes profesores de español y algunos eran hijos de españoles; entonces para mí dar la traducción y lectura de textos de un idioma a otro fue también un ejercicio idiomático muy interesante.

JW: ¿Seguiste el sistema de tertulias, como con Morones?

PML: Bueno, el Instituto de Estudios Latinoamericanos se llamaba *La Peña*, si por “tertulia” queremos decir que se reúne uno a platicar en un local; *La Peña* —así, en castellano— era el centro de estudios.

Esta época me permitió también conocer España, sobre todo la parte de Levante —estaba yo en la frontera—, y ver la evolución española al final del franquismo y el inicio de la apertura de España a Europa. Todavía era una época en que toda la superestructura política era franquista pero ya comenzaba una evolución de la sociedad, de las costumbres

y de las ideas que presagia y prepara el movimiento a la democracia; es decir, España ya no era la misma. Empecé a entender la historia contemporánea de España desde otro ángulo, cómo había varios franquismos: el franquismo fascista y corporativo de después de la guerra civil; lo que podríamos llamar el franquismo atlántico, después del encuentro con Eisenhower, y luego el franquismo europeizante o preuropeo que era la parte final, la presencia de los tricornios: andaban a caballo los tricornios en la playa, vigilando que no hubiera trajes de dos piezas. Todavía los sistemas de control político daban la impresión de lo que faltaba, pero la sociedad había evolucionado por abajo de esos controles: en el pensamiento, en los sistemas de comunicación, en los libros, en las revistas y en la evolución económica ya habían permeado el arte y la cultura, la música europea. Fue un momento de cambio.

Surge la voluntad española de incorporarse a Europa, y curiosamente como salida del franquismo. Me pareció sumamente interesante la convivencia con los españoles jóvenes y con los profesores universitarios en esos años. Quizá ahí se explique el interés que tuve después de establecer relaciones muy cercanas con los dirigentes políticos e intelectuales españoles que trabajaban en el advenimiento de la democracia, la profunda vinculación que tuve con esos movimientos políticos más tarde, y sobre todo la facilidad del diálogo.

Mientras la mayor parte de la clase dirigente mexicana los veía como una especie de revolucionarios en el hermético mundo franquista, yo entendía cómo todos esos movimientos se abrían paso dentro de la universidad, es decir, cómo lo que fue oposición al franquismo más tarde fue la columna vertebral de la democracia española, cómo habían ganado espacios más o menos grandes, según el caso, dentro de la propia sociedad, dentro de la universidad y de la administración. Era el caso de la gente de Tierno Galván, por ejemplo.

JW: ¿En qué año fue eso?

PML: Hablo de 58, 59.

JW: En España.

PML: En España, claro. Hablo del inicio de la tercera fase del franquismo.

JW: Perón estaba ahí entonces, ¿no?

PML: Sí, pero no tuve ocasión ni de saberlo; creo que llegó después. No recuerdo cuando estaba Perón. Mi experiencia fue más bien de universidades, del medio intelectual español.

Regresé en 1960 y no busqué a nadie en el gobierno. El embajador que me había enviado allá se llamaba Jaime Torres Bodet, era secretario de Educación, y la persona del gobierno con la que había tenido mejor relación como dirigente estudiantil se llamaba Adolfo López Mateos. No los busqué para nada: mi propósito era hacer mi libro sobre el sistema político mexicano, una tesis de doctorado en Francia. El maestro De la Cueva me recomendó con el profesor Georges Vedel, que era el gran *maître de droit constitutionnel* y había sido decano de la facultad, pero Vedel me puso a hacer un trabajo sobre el abstencionismo en las elecciones francesas en la segunda parte de los treinta. Un día Duverger me dijo: “Ustedes nos sirven, estudiantes destacados de otros países, porque nos dan material de sus países, pero ustedes se sirven a sí mismos; lo que nadie ha hecho es sistematizar el sistema político mexicano, nadie”.

En 1956 todavía no existía el Hansen,¹ ninguno de los libros americanos importantes, los más sistemáticos. No había ningún libro mexicano sobre el sistema político; había cositas francesas, pero menores. Así, *le grand livre, the great book on the Mexican political system* no existía. Todavía no lo hay, pero se han hecho muchas cosas: hay muchos ladrillos de distintos tamaños. Ahora ya se puede hacer. Estoy hablando de cuando no había nada de eso, cuando iba a *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, a los glosarios de Gordon Shepherd,² a cosas muy antiguas.

Al regresar de Francia, por influencia de Duverger y mi propio descubrimiento —era el elitismo al revés—, revaloré a México y las luchas de los pueblos por la descolonización en Francia como nunca lo he hecho en mi vida. Reinterpreté la historia de México, que conocía en una dimensión y en un nivel que nunca había pensado; la importancia y el significado que la lectura de Teja Zabre, de la *Historia de México*, tenía

¹ Roger D. Hansen, *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI, México, 1971.

² Gordon Brook-Shepherd (1918-2004). Periodista y biógrafo.

en el espectro mundial. No quiero dar la idea de la hegemonía mexicana sino hablar de su relevancia, de su profunda significación ideológica. La descripción del sistema constitucional mexicano y su historia me llevó un año —la tengo escrita—, son 200 y tantas páginas. Perdí mucho tiempo; la evolución del *systeme* era una tesis para cuatro años.

No pude hacer la tesis. Me fui a Toulouse, donde se creó un lectorado mexicano: Torres Bodet me dijo que se necesitaba un lector tras una reforma en la universidad francesa que promovió el gran hispanista Jean Sarrailh, amigo de don Jaime y embajador.

El sistema de educación francesa se reformó en muchos puntos, y uno de ellos fue que en el liceo, en la educación media, en vez de enseñar lengua y civilización española se les enseñaba lengua y civilización española e hispanoamericana, entonces se crearon esos lectorados. Había la escuela de Bataillon, que conoce bien la literatura mexicana y latinoamericana, pero no tenían el *background*. Si había un curso sobre novela de la Revolución, querían que hubiera un lector que diera un curso sobre la Revolución mexicana; si veían la literatura de Quiroga, de Asturias, querían que hubiera un curso sobre la evolución social de América Latina, que también di. Creo que el peruano José Durand estuvo en Burdeos y Julio Cortázar en Aix-en-Provence: a mí me mandaron a Toulouse, donde di mi primer curso formal. Había dado otro en la Preparatoria Nacional sobre Revolución mexicana; fui el primer lector que dio un curso sobre novela de la Revolución.

Me fui un año a enseñar. Tampoco pude avanzar con mi tesis, porque tenía que estudiar mañana, tarde y noche. El curso se llamaba *Évolution Sociale de l'Amérique Latine* y, por otro lado, la Revolución mexicana. Eso me sumergió en el conocimiento del continente: en Francia estuve estudiando América Latina y México. Me traje un gran proyecto de tesis y de un libro sobre el sistema político mexicano que escribiré antes de que me muera, probablemente 30 o 40 años después de haberlo vivido. Vine con el proyecto a hacer el gran libro y no tenía de qué vivir, pero no quería trabajar en el gobierno. Me puse a hacer traducciones del francés y me encargaron una de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que editó el Senado: los primeros meses

que pasé en México fui haciendo una traducción de la Constitución al francés, sin buscar a nadie para que no me distrajeran.

Llegué a mediados de año. Entré a la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM: Víctor Flores Olea me invitó a suplirlo en el curso de Teoría del Estado. Pablo González Casanova era el director, le pedí que creara un seminario sobre política mexicana pero por diversas razones, quizá porque estaba escribiendo su libro *La democracia en México*, no le gustó. Total, no pude. Estuve meses viviendo de la nada.

JW: ¿Hiciste trascender tu vocación de educador a tu función pública?

PML: Lo hice con bastante intensidad. De hecho, los jóvenes administradores públicos que fuimos formando en diversas instancias se hicieron simultáneamente ideólogos; hay unos más neutros que otros, y otros más ideológicos. Hay un juego ideológico adentro, y muy fuerte: por desgracia, quienes sostuvimos nuestras ideas fuimos muy pocos. Muchos entramos a la administración pública porque éramos además connotados como gente progresista. Ahí está la congruencia. También la derrota de los individuos, grupos y corrientes progresistas dentro del gobierno se debe en gran medida a su falta de congruencia, a que muchos se conformaron con la posición y no siguieron defendiendo sus ideas; en cambio, los del sector conservador del gobierno sí han sido enormemente congruentes. La participación de quienes estamos en la Corriente Democrática siempre tuvo el sello de nuestra convicción. Mucho de lo que fuimos se lo debemos a nuestras ideas y, desde luego, lo que no fuimos también se lo debemos a nuestras ideas.

JW: ¿A qué te dedicabas cuando dijiste aquel discurso que le gustó a Torres Bodet?

PML: Ya era asesor del licenciado López Mateos hacía ocho meses. Estaba en la Universidad.

LA EDUCACIÓN SOCIALISTA Y EL NACIONALISMO

PML: Me gustaría hablar de los más cercanos antecedentes de la educación en México, la que se extendió por el país con un espíritu

nacionalista y una tendencia socialista. Me precio de conocer este tema no como experiencia propia, sino como estudioso de la educación en México. De cualquier forma, el nacionalismo implícito de que estaba imbuido influyó tangencial y profundamente en mi formación. La educación socialista no llegó a cuajar en una formación del maestro socialista, en una pedagogía socialista ni en una literatura socialista; más bien era agrarista, proletaria.

Los libros de la SEP daban como ejemplo de reformas educativas hechas unos anuarios de 1938 que son curiosos e interesantes: los programas de estudio de la educación socialista. Como no había una formación para ello, había una sobresimplificación —doy un ejemplo, como puedo dar otros— de la enseñanza de la literatura latinoamericana, y decía: “El modernismo y la United Fruit Company —estoy simplificando, no dice así—. Influencia de los modos de producción capitalista de la tierra, de las plantaciones y la United Fruit Company en relación con el nacimiento de la literatura modernista de Centroamérica”, alguna cosa de este tipo. En primer lugar, en México no había profesores marxistas —el marxismo era incipiente—. Lombardo empezaba el estudio del marxismo como el propio Narciso Bassols, que es el verdadero creador y promotor de la reforma.

Por “socialismo” se entendía otra cosa: un nacionalismo proletario, con el tono del himno agrarista. Era una filosofía proletaria e igualitaria, pero no propiamente una educación marxista. Claro que había ciertos líderes marxistas que daban a los programas de estudio, de una manera simple, una interpretación elemental del marxismo, pero no llegó a permear en la escuela. La educación tiene que ver con ciertos valores que existían en la sociedad.

Si entendemos “educación socialista” como estos textos o programas de estudio que nunca se llevaron a la práctica, que hicieron algunos profesores que sin ser marxistas o queriendo serlo hacían una simplificación de este tipo, estamos equivocados. El espíritu de la educación socialista era más bien el culto por un renacimiento de valores mexicanos.

También está en el cine: es la época del descubrimiento del paisaje en el cine mexicano, de las películas *Adiós Mariquita linda*, de la apología

a *María Candelaria*, la famosa película que ganó el festival de Cannes, el clásico de los clásicos del cine mexicano. Es decir, la educación socialista tiene que ver con el universo de lo que sería en el cine *María Candelaria*: el descubrimiento del mundo rural, de la belleza del paisaje mexicano, del gusto por lo nuestro y de una cierta filosofía o ideología proletaria, igualitaria y muy nacionalista. Es también una visión edulcorada.

JW: En aquel tiempo, ese nacionalismo formaba parte de la manera cotidiana de pensar en la familia mexicana.

PML: Así es. Carlos Fuentes lo dijo en una conferencia en El Colegio Nacional. Hijo de un diplomático, hizo su escuela primaria en Washington; Carlos, que no vivía en México ni estaba sujeto a la educación proletaria, cuenta que en la escuela en Washington era un niño normal, no hacía *this makes difference* porque era rubio, con buen inglés. Pero cuando la expropiación petrolera, oyó el ataque contra México y tuvo la sensación de ser mexicano: el choque con el mundo anglosajón le vino de lo que vivió en la escuela cuando la expropiación del petróleo. De ahí vino su identificación como mexicano, porque sintió y percibió la diferencia.

En su casa se hablaba de México, como ocurre en las casas de los diplomáticos. A pesar de eso —dice—, la vivencia de ser mexicano, de ser distinto y de existir, surge de una pugna de intereses, de que nuestros intereses no son los mismos históricamente; para que vean que esto sí es muy importante en la formación de todos nosotros, incluso de los que no estamos en México.

En el mural pintado en la embajada de México en Washington, un mural en la escalera con puros modelos mexicanos y sombreros de palma, hay unos niños sentados, y el que está en un extremo es Carlos, porque el pintor cogió a los niños que había en la casa y los pintó. Eso me lo dijo un día Margáin: “Mira, éste es Carlos, sentadito así con su sombrero y sus huaraches”.

EMW: Y muchos de su generación tenían nombres indígenas; así como Cuauhtémoc, estaba también Janitzio.

PML: Sí, estaban de moda en nuestra generación, Eréndiras, Cuauhtémocs, Janitzios, Xóchitls, es exactamente esa época. Y eso no lo

impone la escuela ni la educación socialista; esto está en el ambiente social del país, en el arte, en la literatura, en la cinematografía, en la canción mexicana de la época. Mi padre quería ponernos nombres indígenas, pero ahí hubo oposición de la familia de mi madre. Si no me hubiera llamado Porfirio, hubiera llevado un nombre indígena.

JW: Es la época de Gregorio López y Fuentes, del *Indio*.

PML: Podríamos hacer el recorrido, por ejemplo, de los distintos ambientes culturales de México, y aun ideológicos, con la historia de la canción. El bolero es de los cuarenta.

JW: Como parte de un proyecto político más amplio, la educación socialista crea un ambiente nacionalista.

PML: Es parte de ese ambiente. Sobrevalúas la importancia de la educación socialista en la sociedad mexicana, proyecto que no llega a cuajar.

LF: Es un romanticismo más que nada, desde mi punto de vista, porque también disfraza las grandísimas diferencias entre los indígenas, los mestizos, los mexicanos más urbanos, y es un fenómeno no único de México: Argentina y Brasil, y probablemente Guatemala en las mismas épocas, también tienen este hipernacionalismo romantizado.

EMW: Un poco que nos viene de México, a nosotros quizá un poquito más tarde.

PML: La pintura mexicana viene de Carlos Mérida. Veo que tienen un Mérida aquí, pero es de 1925, los primeros son de 1909; el árbol original de Carlos es de 1909, con los tipos guatemaltecos que presagia y adelanta toda la pintura mural mexicana, así es que ahí hay una interinfluencia también.

Le diste al clavo, ahí hay un romanticismo y una imagen; así es *Adiós Mariquita linda*. Hay distintos momentos de la educación socialista, pero no vamos a entrar mucho en detalle: en 1934, 1937, 1938 ocurre una cierta exageración de los símbolos propiamente socialistas. En un sentido propio se dice —recuerdo haber leído y haber visto incluso fotografías— que en los desfiles del 1º de mayo llegó a predominar la bandera roja, idea que salió entonces de soldados, obreros y campesinos y daba un poco la idea del *soviet*, pero eso no era el conjunto de la organización

social ni del sistema político: México seguía siendo un país eminentemente rural, con bastante descentralización de las autoridades de los estados. Se venía del callismo, todavía el líder político mexicano no era un líder ideológico a ese nivel, todavía era el PNR, un partido enormemente descentralizado, con mucha autonomía de los grupos locales. No se puede decir que México podía haber caído de un día a otro en el totalitarismo. El PNR tuvo como definición precisamente que era un partido, mientras existió, muy federal, con líderes de la Revolución de otro carácter: cuando se hablaba en México del Partido Socialista de Occidente de don José Guadalupe Zuno, o del Partido Socialista del Noroeste, de Emilio Portes Gil, no se hablaba de comunismo, no se hablaba de marxismo sino de una acepción mexicana de socialismo.

Como columna vertebral de la educación socialista estaba el sentido popular de la educación en varias dimensiones. La educación socialista se ha malinterpretado porque se ha ido al lado ideológico y a estas cosas incluso de caricatura de las que he hablado; una superestructura programática que nunca llegó a la práctica.

El jalón que tiene la educación en México en la época del general Cárdenas es más importante que el de Vasconcelos desde el punto de vista de la ampliación del sistema educativo; es decir, es una extensión de la educación del pueblo, la consolidación de la escuela rural mexicana. El gran planteo de la escuela rural está en Vasconcelos: son los promotores, los organizadores, los misioneros, los maestros que iban al campo, pero en esa época la escuela rural no se consolida como expansión —demográficamente, digamos—. Él la inicia, los misioneros son los que llevan la buena nueva; Vasconcelos plantea en su discurso de asunción de la rectoría de la Universidad Nacional: “No vengo a trabajar a la Universidad, vengo a pedirle a la Universidad que trabaje por el pueblo. En un país como México, el que nos dedicáramos al cultivo de las ciencias y de las artes puras con tanta miseria...”, etc., “... sería cruel y rematadamente bárbaro —dice—, la Universidad debe salir al país”.

Y comienza a hacer la extensión: profesores que crean las primeras escuelas normales. No había todavía el profesor rural; iban misioneros culturales, no había la escuela rural propiamente dicha. Las misiones

culturales de Vasconcelos iban a civilizar. Fueron fantásticos, llevaban teatro, llevaban la buena nueva de la cultura, pero quien creó la escuela rural en México fue Lázaro Cárdenas, de ahí los maestros desorejados. En este momento olviden si había mucho coeficiente ideológico o no lo había; lo importante era penetrar el campo y establecer escuelas.

No tiene precedente lo que hizo Cárdenas: la creación del sistema nacional de educación técnica a partir del Instituto Politécnico Nacional (IPN); la expansión de la educación primaria; el sentido popular de la educación, eso es lo fundamental, es eso lo valioso de la educación socialista, es la esencia, el sentido popular en cuanto a que penetra a esa escala a grandes sectores marginados de la sociedad; es la educación desbordando hacia la marginación. Y luego, el sentido popular en cuanto a la ideología de una educación proletaria, igualitaria, mexicanista.

Hay que ser muy cuidadoso: de qué se habla cuando se combate a la educación socialista. Combatir el impulso educativo de Cárdenas es un error gravísimo. Si ese sentido popular de la educación es la educación socialista, bienvenida. La de Cárdenas es una obra educativa monumental.

Don Jaime Torres Bodet nunca quiso decirlo, pero lo pensaba cuando lanzamos el Plan de Once Años. El abandono de la educación socialista significó el abandono del proyecto educativo como primera prioridad nacional: por eso hay que defender la educación socialista, no por socialista en un sentido de materialismo científico; con Cárdenas la educación fue primera prioridad nacional. No es demasiado importante que haya habido la "unidad nacional" y con eso la tolerancia hacia la escuela religiosa, eso es imaginario; es que empezó a decaer.

En la época precisamente del gran crecimiento demográfico del país decae la prioridad educativa. Las cifras de la educación en México de 1942 a la época en que llega don Jaime, en 1958, y se hace el Plan de Once Años, son dramáticas. Yo llegué hasta 1960 con don Jaime.

Todo lo que es la época de Manuel Gual Vidal y de José Ángel Ceniceros, la de Alemán y la de Ruiz Cortines, es una disminución de la prioridad educativa y la creación del enorme rezago en la educación primaria. El ritmo de expansión de la educación primaria, de la rural

e incluso de la educación secundaria —que es creación del callismo— comenzó con José Manuel Puig Casauranc hacia 1925, pero cuando llega Cárdenas ya está creada la educación secundaria. La multiplicación de la secundaria urbana y la prolongación de la primaria rural, las escuelas de artes y oficios, la educación técnica, sufren un enorme rezago, y entonces don Jaime Torres Bodet, como director general de la Unesco, hace un proyecto fundamental para América Latina, que es la universalización de la educación primaria. Como secretario de Educación Pública hace la campaña de alfabetización, todo esto en esos dos años. Convierte en un proyecto nacional lo que era un retroceso ideológico, pero en fin, no voy a hablar del Torres Bodet de 1944-1946 —que tiene un gran valor—: la creación de las grandes instituciones nacionales, El Colegio de México, El Colegio Nacional, la Ley Orgánica de la Universidad Nacional, la campaña de alfabetización; todo lo amarra en una ley, que es el artículo tercero constitucional —donde hay, por cierto, un párrafo de Lombardo que es la definición de la democracia mexicana—. Sin entrar al detalle, quiero decir que salvo esos dos años en que don Jaime más que nada tiene una función política e ideológica para crear el nuevo concepto de unidad nacional y quitarle adherencias que pudieran ser extremistas de fachada, todo el periodo es de retroceso educativo. La obra de don Jaime mantiene el corazón nacionalista del artículo tercero constitucional, que es muy importante.

Cuando llega a Educación éste es el problema: “No podemos volver a hacer una campaña de alfabetización —dice—. Mira, ahorita el problema es darles educación primaria a todos los niños de México, y de esto se ha interrumpido el proceso”. El rezago en la formación de profesores era fantástico. Entonces don Jaime compromete al Estado mexicano a que en 11 años, de 1959 a 1970, termine todo ese rezago; se ha venido a cumplir la universalidad de la educación primaria en México en los últimos años. Juárez dicta la Ley de Instrucción Primaria y decreta la educación primaria universal, laica y gratuita: promete educación primaria a todos los mexicanos y se viene a cumplir en 1980.

Y como digo que fue la base —por eso salí de Educación—, mi gran planteo fue: cuando se hace la Constitución de 1917 se prohíbe

el trabajo a los menores de 16 años, por lo tanto se adquiere la obligación implícita de dar educación a todos los niños mexicanos hasta esa edad, ni modo que estén en su casa. Entonces la Constitución adquiere el compromiso de la educación secundaria universal y gratuita, que está explícito, además, en Flores Magón, en 1906; la educación de todos los niños mexicanos, no sé si hasta los 16 o 17 años, es uno de los artículos del programa del Partido Liberal.

La lucha de don Jaime fue, siendo amigo suyo, contra el secretario de Hacienda: negociar con Antonio Ortiz Mena 11 años de presupuestos educativos crecientes hasta cubrir el déficit. Y en el envío, al inicio de la edición oficial del Plan de Once Años, está la carta de respuesta del secretario de Hacienda, que es un documento para la historia: dice que el gobierno sólo se compromete a la educación primaria, y además recomendaba que se hicieran pequeños centros de capacitación para que los niños que terminaran la primaria no fueran a presionar sobre la secundaria. Es decir, toda la concepción de la derecha mexicana, cuyo ideólogo se llamaba Antonio Ortiz Mena: un país de mano de obra barata donde la educación es la primaria y se acabó.

¿Por qué se echó para atrás el compromiso presupuestal histórico que celebré con López Portillo? Es el momento en que el gobierno de México no asume la responsabilidad de una escuela universal, que según un estudio que publiqué entonces como secretario de Educación y que me criticaron, se resume en la secundaria obligatoria y gratuita para todos los mexicanos. En el estudio dije entonces que solamente había dos países en América Latina que no la tenían establecida: Haití y Paraguay.

Seguir pensando que hay un continuo en la ideología revolucionaria del sistema mexicano es un error gravísimo; en muchos aspectos México tuvo retrocesos internos tales dentro del sistema político que lo pusieron atrás de la evolución de América Latina. Esto no es de ahora, pero pensar que no hubo una lucha dentro del gobierno —y dentro del sistema— entre quienes sí eran progresistas y quienes no lo eran también sería un absurdo, igual que no entender que la ruptura de hoy en México es precisamente la falta de consenso entre personas que cada

vez eran más reaccionarias y nosotros, que cada vez estábamos más al margen del sistema.

Para mí una de las claves de todo esto es el sistema educativo, por eso atrás de la educación socialista no se ven las banderas rojas de la Internacional Socialista —¡eso no tiene la menor importancia!— ni planes de estudio imitativos de un socialismo que sería mal entendido; es el gran impulso popular de la educación en México, que se interrumpió. La derrota de la educación socialista es la derrota de la Revolución mexicana.

JW: ¿Ortiz Mena fue uno de los responsables?

PML: No, esto fue posterior, en el avilacamachismo y el alemanismo. Con Alemán y Ruiz Cortines la educación perdió prioridad, como la volvió a perder con Díaz Ordaz. Atrás del movimiento de 1968 hay una baja dramática de créditos a las universidades: en cinco años del diaz-ordacismo no se aumentó un centavo a las universidades de provincia, un dato que queda para la historia. Fue la razón por la cual no acepté ser secretario general de la Asociación de Universidades, que era la alternativa que me daba el sistema educativo al salir la primera vez que estuve en él.

No, el ortizmenismo es una ideología reaccionaria posterior. Ortiz Mena —del que hay que hablar, porque él se ha ocupado de mí en algunas declaraciones ofensivas y ya hace tiempo que yo también le hablé— era un joven, es del oportunismo mexicano de clase media, originario de Parral; hay que entrevistarle. Se forma con el Grupo Guanajuato como abogado: parece que en la época de Cárdenas, siendo estudiante, forma una asociación de abogados socialistas. Ingresa al servicio público en 1944, invitado por Torres Bodet para hacer la Ley de Profesiones; es el primer director de Profesiones en 1944, y de ahí pasa a ser el director del Banco Urbano de Obras Públicas y luego director del Seguro. Es un hombre con una ideología de privatización del sistema de una enorme consistencia.

Y no lo estoy criticando, al contrario: en Washington lo vi dos o tres veces, siendo yo embajador y él director del BID. La única vez que hemos platicado en serio fue en Santiago de Chile, lo encontré en la puerta de

la oficina de Raúl Prebisch y fuimos a comer. Le dije: “Conozco toda su vida, usted es una de las ideologías más consistentes que ha habido en México: ha sido un privatizador, en el Seguro Social hizo una ley para privatizar la medicina. Toda su biografía es la de un privatizador, de ahí que su discípulo, Miguel de la Madrid, esté haciendo lo que hace”.

En México ha habido sólo dos gobiernos ideológicos en este siglo, nada más: el de Cárdenas y el de De la Madrid, de signo totalmente opuesto. Cárdenas es la Revolución; De la Madrid es la contrarrevolución. Los demás han sido pragmáticos, más o menos conservadores, más o menos liberales. No lo digo por literatura sino porque así es, es el proyecto ideológico del ortizmenismo encarnado por su discípulo, que ahora combatimos.

JW: ¿Entiendes tu función de educador con un sentido ideológico?

PML: La entiendo como una función creativa. En ese sentido jamás he sido un administrador, y de ahí la gran influencia de don Jaime. No ha habido un día de mi vida en que no haya pensado en mi función pública como una función creativa y transformadora, siempre trato de cambiar lo que existe y estoy inventando cosas. Hay un mundo de cosas que cambiar en este país: conocemos todos los problemas, y en el papel tenemos soluciones para todos. Pero el gran problema de México, de la relación entre el Estado y la sociedad, es la incapacidad de organización del Estado, es decir, del conjunto de las instituciones nacionales, para transformarse a sí mismas en el nivel en que el país lo demanda y para aplicar soluciones a los problemas nacionales que conocemos.

Como siempre, se habla de 100 años de analfabetismo y el analfabetismo sigue; los problemas se dejan a media solución y no hay continuidad en el proyecto. No hay escala de valores que permita reconocer el grano de la paja: el que estuvo antes siempre es un tonto aunque haya sido un genio, es alguien al que hay que corregir. Uno de los grandes problemas del país es que no existe una escala de valores objetiva para medir al servidor público ni a la gestión pública. De ahí el revanchismo.

He oído juicios sobre la gestión de don Jaime que revelan una ignorancia supina de lo que ha sido la evolución del sistema educativo mexicano. Es el desconocimiento de la obra pública cumplida, aunque ésta

sea de gran calidad, y revela la falta de un criterio objetivo para medir lo bueno y lo malo; es la falta de continuidad de un proyecto.

TORRES BODET Y EL PLAN DE ONCE AÑOS

JW: ¿Cuáles fueron los aspectos más relevantes de la obra educativa de Torres Bodet?

PML: Son dos. Me refiero, primero, al periodo 1940-1946, donde se revela como el gran creador de instituciones: El Colegio Nacional, El Colegio de México, la Ley Orgánica de la Universidad Nacional. Cualquiera coincidiría en que hay dos procesos de institucionalización de la Revolución mexicana: uno es el callismo y otro el avilacamachismo, que no ha sido suficientemente estudiado. Esta doctrina y esta práctica de la unidad nacional confluyen en la formación de instituciones, y por instituciones también entiendo leyes fundamentales. La Ley Orgánica de la Universidad Nacional en 1945 es muy importante en la historia contemporánea del país.

Como segundo proyecto está el Plan de Once Años, uno de los que más efectos tienen en la vida posterior del país.

JW: ¿Cuándo comenzó el Plan de Once Años?

PML: Empezó a funcionar en 1959 o 1960 para terminar en 1970. Fue importante porque al plantearse la universalización de la educación primaria con un proyecto presupuestado y con un compromiso del Estado, se abre la pirámide educativa y se producen efectos sobre los ciclos posteriores de la enseñanza: se obliga a ampliar la educación secundaria y, en un periodo, esto afecta la generalización. La Unesco hablaba entonces de universalización de la primaria, generalización de la secundaria y ampliación de la educación superior; ése es el proyecto de Torres Bodet.

Naturalmente, Hacienda —por eso el documento de Ortiz Mena es importante— dice: “No, yo no me comprometo a pagar la secundaria, hagan escuelitas técnicas al final del sexto año para meterlos a las fábricas; no voy a cargar con el peso que me va a representar que aumentes

“cada año los contingentes que entran a secundaria. Eso no es un compromiso que el Estado adquiere”, un modelo opuesto al nuestro.

En América Latina se han enfrentado dos grandes tesis: la ampliación de la educación superior o la educación selectiva. En ese falso dilema de la educación se encierra el problema de la ideología latinoamericana y todo el modelo de desarrollo latinoamericano.

La modernización de América Latina es la universalización de la educación, y la no universalización de la educación es el modelo colonial y dependiente, el que quiere mano de obra barata. De acuerdo con las estadísticas continuas de la OIT los salarios reales en Taiwán, al igual que en Corea, han evolucionado mucho mejor que en México. El peor sistema salarial del mundo hoy es el mexicano; es el más criminal, el que revela un proyecto más reaccionario: tener un gran ejército de mano de obra barata que nunca accederá a un nivel de educación superior.

Es tonto, absolutamente contrario al proceso de evolución de todas las sociedades industriales, a la transferencia de la mano de obra de sector en sector. ¿Cómo queremos que la mano de obra pase del sector primario al sector secundario y al terciario, es decir, de lo rural a los servicios y a las industrias, si no universalizamos la educación primaria, si no generalizamos la educación secundaria? Díganme el nombre de una sola sociedad industrial en la cual los servicios no tengan como fundamento una escolaridad del conjunto de la población superior a 10 años completos. ¿Ustedes se pueden imaginar el funcionamiento de una sociedad de servicios sin una escolaridad promedio de 10 años? Es absolutamente aberrante. Quienes han trabajado contra la ampliación del sistema educativo mexicano son los que han trabajado contra la modernización del país. Que México dedique 3% del producto nacional a la educación y no 8% como lo dicen las recomendaciones de la Unesco, es el signo de que es un Estado reaccionario.

Tenemos un Estado que trabaja contra la integración social del país, en contra de la modernización de la economía y de la igualación de las condiciones de vida. Y no digo esto porque crea románticamente en el poder liberador de la educación, las estadísticas de la evolución de la sociedad industrial son absolutamente indiscutibles: hay una relación

entre la estructura de la economía, los niveles de distribución del ingreso y los niveles de escolaridad de la población.

El proyecto de este grupo que finalmente se quedó con el poder en México era no hacer crecer la educación; por eso el desarrollo mexicano pasa por un orden de prioridades que se expresa en la asignación de recursos. Algunos me preguntan: “Bueno, ¿qué haría usted para cambiar México?” Siempre respondo con una frase que está en la propuesta democrática: la solución de este país pasa por dos cosas: por hacer un Estado eficiente y por cambiar el orden de prioridades en la asignación de recursos. Ése es el fondo del problema del país. Hay ciertas decisiones y medidas que tienen efectos tremendos en la estructura de la sociedad; con sólo una decisión que se tome podrán producirse efectos fenomenales sobre la estructura, y voy a explicarlo con la educación.

La secundaria empieza a gestionarse, pero se tiene que ampliar a fuerza en los años posteriores. De paso, quiero hablar de los motivos que me hicieron no quedarme en Educación: cuando entró don Agustín Yáñez yo estaba todavía en Educación Superior.

Al término de la colaboración con don Jaime se hizo un pequeño comité, el Comité de Seguimiento del Plan de Once Años, donde empezamos a hacer estudios proyectivos: qué efectos produciría sobre el total de la pirámide educativa. Uno de los descubrimientos es que en la segunda parte de la década de los sesenta empezaría a tener efectos en el nivel de la educación superior, 10 años después. En un sentido amplio, la crisis de la educación superior en la segunda parte de los sesenta, donde tiene algo que ver el 68, está vinculada con el Plan de Once Años, pero en un sentido positivo para el plan y negativo para la falta de secuencia en las decisiones del Estado.

Al principio del sexenio le planteé a don Agustín: “Mire, el paso siguiente ahora es la lucha por la universalización de la secundaria. Sobre el Plan de Once Años, que lleva cinco de ejercicio, ya tiene usted los efectos multiplicadores en el aumento de la matrícula; ahora tiene que montar un plan de universalización de la secundaria. Es lo que hay que hacer en este sexenio, y educación de adultos —algo a lo que no nos pudimos meter en serio—, para reconvertir también el nivel

educativo de la población adulta. Las grandes tareas son tres: comprometer al gobierno en la universalización de la secundaria, crear un gran sistema de educación de adultos y programar la evolución del sistema de educación superior, que en cinco o seis años va a empezar a hacer agua por todos lados y no van a saber qué hacer”.

Se requería un plan de contingencia para la estructura de la educación superior —y por estructura estoy entendiendo descentralización del sistema de educación superior—: crear nuevas instituciones que canalizaran la demanda, reconvertir la función de los ciclos educativos. Esto no lo pudimos hacer porque se cruzó el doctor Chávez. No digo que nos haya estorbado; se cruzaron dos proyectos. Creo que el doctor Chávez actuó de buena fe, conforme a lo que era su propio proyecto, pero los dos eran incompatibles. Y don Agustín, muy amablemente, no tenía interés en esas cosas ni era una gente con formación para ello.

Me di cuenta de que no habría tarea y decidí salir de la SEP. Esto ocurrió probablemente en enero de 1965, antes de irme a Francia, cuando don Agustín llega a la Secretaría de Educación. El subsecretario Bravo Ahuja me dijo: “Oiga, Porfirio, ¿por qué no se queda usted y en la asamblea de la ANUIES lo proponemos como secretario general y usted impulsa todas sus ideas sobre educación superior?” Le dije: “No, don Víctor, en primer lugar porque ya sé que no habrá créditos para educación superior”. Durante los cinco años del diazordacismo no se aumentó un solo centavo o casi un centavo de subsidio a las universidades de provincia, y el aumento de subsidios a la UNAM fue bajísimo.

Hay un problema de crisis interna en la Universidad que está atrás del 68; no es nada más el problema de la calle o el de la rigidez de las estructuras políticas. Atrás del 68 hay también un problema educativo no atendido, y muy serio: los efectos del sistema educativo.

LF: Tengo la impresión de que en el sexenio de Echeverría se toma la previsión de abrir la oferta. Hay una generalización de universidades, se abren los institutos tecnológicos regionales.

PML: Claro que sí, pero estoy hablando de Díaz Ordaz, no de Echeverría. El régimen de Echeverría conoció una gran ampliación del sistema educativo.

JW: ¿Por efecto del Plan de Once Años?

PML: Que no se ampliara el sistema educativo en el régimen de Díaz Ordaz, como lo planteó el Plan de Once Años, produjo efectos de presión tremenda sobre el sistema. La apertura del sistema educativo en época de Echeverría es un *atrapage* (perdón que lo diga en francés), del mismo modo que la apertura democrática es un *atrapage*. Pueden ahí establecer un paralelismo entre apertura democrática y apertura educativa, porque es abrir las puertas a una presión tremendamente contenida. Se vio en lo político y en lo educativo, y tiene una relación interna mucho mayor de lo que se supone. No es casual que el conflicto del 68 haya comenzado en las universidades.

No quiero referirme ahora al trabajo educativo de don Jaime porque tengo una opinión muy positiva de algunas cosas que se hicieron; yo no era secretario de Educación, pero tuve mucho que ver porque conocía de la materia. Estuve de acuerdo en unas cosas, en otras no, pero que hay una recuperación del ritmo de expansión de la educación es evidente; que hay innovación institucional.

Quizá no hubo mucho orden en las cosas, y hubo aciertos incluso imprevistos. Por ejemplo, el ingeniero Bravo Ahuja tenía la idea de hacer crecer la educación técnica, porque era ingeniero. Además, para él la educación técnica era la clave del equilibrio político interno del ministerio de Educación, por la enorme fuerza de los sindicatos de maestros y de normalistas. Le dedicó mucho a la educación técnica, pero se pensaba que era una educación terminal y no lo era, porque eran grados completos de educación. Tuvo un efecto distinto al que se pretendía, aunque saludable.

Otro ejemplo fue la escuela secundaria rural, que se amplió muchísimo en la época de don Luis. No sirvió específicamente para arraigar a la gente en el campo, pero sirvió: con la secundaria rural se logró llevar ese nivel de educación a poblados de 5 000 o 10 000 habitantes, lo que fue un cambio cualitativo. La motivación de arraigar a la gente en el campo llevó la escuela secundaria y tal vez precipitó su migración, pero ayudó a que a las ciudades no migrara gente con quinto de primaria sino con tercero de secundaria, lo que es una ventaja para el fenómeno migra-

torio. Tal vez en alguna medida lo estimula, pero lo mejora en calidad porque el gran problema de la urbanización en América Latina —primordialmente por el muy amplio fenómeno migratorio en esta zona del mundo, que va desde El Salvador hasta Chicago— es que más bien es una ruralización de las ciudades, porque llega gente sin siquiera escolaridad primaria completa.

Lo que concebí en la SEP —y es la esencia de mi discurso del 5 de febrero, cuando lancé la comisión que hizo el Plan Nacional de Educación— fue hacer un recuento de los grandes esfuerzos educativos del país a partir de la Independencia. Pude haber partido de la evangelización y citar a Ricard,³ pero no era el caso; partí de Gómez Farías,⁴ hice el recuento de qué había significado la revolución de Barreda,⁵ qué había hecho Sierra,⁶ qué había significado la revolución de Vasconcelos y cada gran etapa del proceso educativo mexicano, y en qué punto nos encontrábamos.

El propósito específico y la condición clara y expresa con que acepté la Secretaría de Educación Pública era transformar el país por la educación y hacer la obra educativa más importante de la historia de México. De este tamaño era mi compromiso con López Portillo: recoger todas las experiencias educativas del país y dar el gran jalón de la educación, un jalón ilustrado que partiera de la valoración de la historia educativa de México y un plan que integrara todas las acciones educativas y culturales, desde la educación materna infantil hasta la televisión. Se trataba

³ Robert Ricard, autor de *La conquista espiritual de México*, México, Jus, 1947.

⁴ Valentín Gómez Farías (1781-1858). Presidente de la República varias veces entre 1833 y 1847. Liberal, secularizó la educación y acotó el poder de la Iglesia, de cuyo control separó a la Universidad de México.

⁵ Gabino Barreda (1818-1881). Médico, filósofo, político y profesor de Filosofía Médica en la Escuela Nacional de Medicina. Ministro plenipotenciario de México en Alemania. Alumno de Auguste Comte, introdujo el positivismo en México. Por encargo de Juárez redactó la Ley de Instrucción Pública de 1867. Primer director de la Escuela Nacional Preparatoria.

⁶ Justo Sierra Méndez (1848-1912). Como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905) estableció el primer sistema de educación pública en México y reorganizó la Universidad Nacional (1910).

de integrar todo en un sentido vertical y horizontal, y cambiar al país por la educación.

“Si ése es su propósito —le dije—, acepto ser secretario de Educación. Si no, absolutamente no me interesa y ahí termino. Ésa es la obra de mi vida, y además lo puedo hacer. Soy la única gente que existe en este país que puede hacerlo. Además, tendrá los recursos del petróleo, usted va a invertir el petróleo en la educación. Fíjese nada más lo que vamos a hacer.”

No fue así, por desgracia. No nos hubiéramos endeudado como nos endeudamos. Se hubiera hecho con recursos internos, con gran participación de las comunidades en el desarrollo educativo.

EL PROYECTO DE LA SEP, EL EQUIPO Y LA SALIDA

(21 de diciembre de 1987)

JW: Hablemos de tu llegada como secretario de Educación.

PML: El licenciado López Portillo me abrió el espacio para que le diera opiniones, y tiempo después me decía: “Oiga, qué buena idea tuvo, muchas gracias”. Cuando estaba armando su gabinete, el problema fundamental era mi ubicación en el gobierno.

Hice política desde muy joven y tengo vocación política en un sentido propio, que tiene que ver con el juego del poder y con la configuración de las relaciones humanas en un sentido de poder. La profesión política genera un instinto político; como cualquier otra, genera un instinto, una segunda naturaleza. Un sabio sabe por dónde anda la verdad casi instintivamente. Tú dirás: “Ah, porque sabe mucho”. No, huele dónde anda un conocimiento; un historiador huele dónde anda un dato, lo percibe en el aire, porque es una profesión que le obliga a desarrollar un sexto sentido. ¿Qué te da la profesión de político? Un sexto sentido para los fenómenos del poder. Igual en una comunidad que en un autobús o en una familia, percibes el problema del poder y te da un conocimiento de los seres humanos desde ese ángulo. Puedo no saber cuáles son los misterios insondables de tu psicología, por ejemplo, pero

sí te veo en función de una relación social, de una relación profesional, de una relación de poder. Eso hace, en mi concepto, que el político de profesión sienta la política en el plexo solar, en la parte central del estómago. Efectivamente, hay cosas que no puedo explicar; siento cuándo hay peligro en política. Generalmente, cuando lo percibo —es una sensación casi biológica— lo hay. Un político siente cuándo hay gato encerrado. ¿Cómo conciliar el instinto del político con la racionalización del politólogo? El derecho que tenemos los politólogos que hacemos política es el de hacernos bolas, en el sentido de tratar de racionalizar lo que sabemos por otros medios. Es una discusión que tenía mucho con Reyes Heróles: al final de su vida perdía demasiado tiempo en explicar las cosas, porque le fascinaba, como hombre que tenía comercio con los libros, con la historia política, tratar de racionalizar todo lo que pasaba. Aquí lo estoy haciendo como un testimonio histórico, más que con voluntad de teorizar.

Respecto a la presidencia de la República, no lo llegué a sentir —había varias lógicas en el sentido de que podía ganarla—, quizá porque finalmente soy un hombre prudente; fíjense, una gente que es considerada tan audaz, como me consideran ahora. ¿Por qué he sido audaz? Quizá porque mi relación con la historia política y el conocimiento de la política me permiten saber que se puede ir más allá de lo que la gente cree. He sido un hombre audaz y prudente (qué combinación tan rara). Nunca en mi vida pública hice algo imprudente, torpe, grave. Si me preguntan sobre la presidencia en 1975, lo contesto de modo sencillo: nunca sentí, en mi mezcla de intuición y de conocimiento de la realidad, que fuera a ser así. En el caso de la Secretaría de Gobernación sí creí, con muchas más razones, que sería, pero lo temí también; sabía que era muy probable y lo temía porque me pondría en una situación terriblemente difícil.

Me interesa hablar de los puestos que me ofreció López Portillo, para dejar testimonio de la conformación de su gobierno.

Para mí era un enorme riesgo asumir la Secretaría de Gobernación si me la ofrecían. No me podía negar y era una hermosa oportunidad de hacer la reforma política con la que había soñado, pero sabía que nada

más había dos posibilidades: o de plano las cosas se orientaban abiertamente hacia mí en el futuro, cosa que era contraria a la naturaleza del sistema, o bien, tarde o temprano sería victimado, tendría que salir de ahí; sería, como he dicho, el enemigo a vencer. Oscilaba entre el gusto, el entusiasmo, la ilusión de hacer ese gran cambio político y consolidar el poder que tenía, pero también la conciencia del enorme riesgo que era esa acumulación de poder, casi mi liquidación; era fatal en el mediano plazo.

Cuando terminó la campaña electoral, un día nos preparábamos para ir a una ceremonia que se retrasó y López Portillo me dijo a bocajarro: "Porfirio, ha hecho usted un gran trabajo al frente de mi campaña. Es usted un colaborador excepcional", etc. Me hizo dos o tres elogios precisos, de un hombre que sabe manejar las palabras y calificar las cosas, que tiene incluso gusto por el lenguaje; fueron elogios puntuales. Textualmente: "Porfirio, con usted se plantea algo muy distinto a lo que hoy se plantea con cualquier otro". "¿Por qué, señor?" "Cuando uno quiere nombrar a alguien, se pregunta para qué sirve, o cuando busca a alguien para un puesto, piensa quién sería el mejor, y hace listas y va desechando gente. Con usted pasa algo extraño: ya hice el ejercicio. Usted sirve para todo y es el mejor para todo." Nadie me ha hecho un elogio mayor.

JW: ¿Cuándo fue esto?

PML: A finales de agosto o los primeros días de septiembre de 1976. Casi textualmente me dijo: "He estado pensando en usted y he llegado a esta conclusión: sería el mejor para cualquier puesto en México, inclusive éste", me dijo señalando la silla donde estaba sentado. Fue una conversación importante: o fue un gran engaño o se dejó llevar por un sentimiento de gratitud hacia mí, pero dicho por alguien que va a subir a la presidencia de un país a su más cercano colaborador, en cualquier sistema político está lleno de sentido, igual si fuera un monarca del siglo XVIII, un presidente de Estados Unidos o el jefe de una tribu africana. Prácticamente me pidió que le dijera qué quería hacer o dónde quería ubicarme. Le dije que él lo decidiera, que no había ningún compromiso conmigo sino sacar adelante la campaña. Todavía me dijo: "Usted tiene una vida política muy larga y ha hecho de todo; no hay nadie en México

en el momento actual que pueda hacer tantas cosas como usted. Si no fuera porque el secretario de la Defensa tiene que ser militar y el obispo tiene que ser religioso, lo veo a usted en cualquier posición”. “¡Hombre, señor, muchas gracias por tener una opinión tan elevada! Simplemente soy un chambeador, un soldado de la función pública, y sí, le he dado a todo, he tenido diversos puestos públicos, he estado en Educación, en seguridad social, en diplomacia, en el partido, en Trabajo y Previsión Social.” “Ofrecerle un puesto es muy fácil, porque en cualquier sitio que lo ponga lo hará muy bien, y muy difícil porque tenemos que encontrar lo mejor. Se me ha ocurrido una manera de resolver el problema.” “Dígamelo. Le agradezco mucho lo que me está diciendo, es un gran elogio.” “Escoja usted qué quiere ser en mi gobierno.” Ahí funcionó la prudencia y el instinto político; recuerdo haberle contestado: “Señor, no me ponga en una posición tan difícil, porque mire, usted tiene un acomodo político, tendrá que armar un gobierno con equilibrios, habrá pensado en otras personas a las que quizá no pueda colocar en otro lugar. En fin, usted es el que arma el cuadro. Más bien le contestaría de los lugares o de las funciones en las que crea que entro y le daré mi opinión, eso sí. Usted me puede decir: ‘Porfirio, lo he pensado para esto o para esto, ¿o tiene una idea mejor?’ Pero deme alguna pista”.

Entonces me dijo: “Bueno, vamos a seguir su procedimiento”. Le dije: “Además, ya debe tener usted una selección; ya habrá pensado en algo, ya tendrá un rango de elección”. Me dijo: “Vamos a seguir el método que propone: *Vox populi, vox Dei*. ¿Qué dice la calle que usted va a ser en mi gobierno?” Dije: “La calle no dice nada, los que dicen son los columnistas”. “Bueno, tomémoslo como expresión de la calle, o de los columnistas. En la calle repiten lo que escriben los columnistas. Dicen que usted va a ser secretario de Gobernación, de Relaciones Exteriores o de Educación, o director del Seguro Social. ¿Está usted de acuerdo?” Le dije: “Eso dice la calle generalmente, aunque se dicen otras cosas. En cualquier cosa pongo todo mi empeño, me puede poner en Comunicaciones si quiere; otros dicen que me voy a ir a mi casa. De decirse, se dice todo”. “No, no: los que lo colocan en el gobierno. ¿Por qué no analizamos esas cuatro posibilidades, que no son limitativas?”

Vamos a analizarlas, vamos a seguir la voz de la calle.” “Mire, señor, si me lo plantea así, quiero decirle, primero, que puede no ser ninguna de esas cuatro y yo estaría de acuerdo, y quiero recordarle además que mi colaboración en la campaña fue sin compromiso para usted.” “No, Porfirio, no diga eso. Quisiera que me analice esas posibilidades.” “Mire, si ésa es su voluntad, si es su deseo que le haga un juicio, vamos a hacerlo en otra ocasión; déjeme pensar, déjeme ver cómo van evolucionando las cosas. Además, no es urgente. Déjeme reflexionar y le tendré una opinión sobre esto en otra ocasión.” “Piénselo, y cuando haya pensado en esas posibilidades o en otras, ya me dirá.”

JW: ¿Había lógica en ser secretario de Relaciones Exteriores?

PML: Claro, se me identificaba con muchas cosas: como el creador de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados —en realidad la había impulsado, había estado en las negociaciones; se suponía que había propuesto esa iniciativa al licenciado Echeverría—. Además, soy alguien que estudió en el extranjero y que habla idiomas; había sido diplomático, intelectual. Tenía fama de hablar francés, todo mundo lo sabía, y decían que lo hablaba igual que el español; eso ya es raro en México. La gente no sabe si la diplomacia es en francés o en inglés.

JW: Entonces Gobernación, Relaciones Exteriores, Educación y Seguro Social.

PML: Ésos son los puestos de que me habló López Portillo. Bajo mi palabra de honor, así ocurrió. La que más me gustaba era Relaciones y voy a decir por qué: porque me sacaba de las candilejas diarias, de la lucha política interna; me daba un alto nivel y me permitía continuar siendo una figura. Tenía además relación con los líderes internacionales, por lo del PRI: había invitado a Brandt, a Olof Palme, a Anker Jørgensen, a Kreisky, a Carlos Andrés Pérez y a Mitterrand.

JW: ¿Y el SELA?

PML: No tuve que ver con la iniciativa del SELA ni ninguna participación en su creación; si tuviera la más mínima lo diría, porque también creen que estuve en él. No hay que atribuirse méritos que uno no tiene. Lo diré de un modo franco: siendo una buena iniciativa —no la crítico, me hubiera gustado estar en ella; habría tenido algunos matices—,

tengo la impresión de haber sido intencionalmente marginado de cualquier cosa que tuviera que ver con él, para que no se me atribuyera otro mérito más por la voz de la calle.

Entonces quedamos de hablarlo en otra ocasión, y en una ceremonia que se canceló, pasamos a su oficina y me dijo: “Bueno, Porfirio, vamos a aprovechar. Tengo media hora. ¿Qué ha pensado de lo que hablamos el otro día?” Le dije: “He estado pensando”. “¿Nos lo echamos?” “Pues nos lo echamos.” A veces tenía un habla coloquial; ponía un tono de humor o hasta de broma cuando trataba algunos asuntos muy serios; todo su libro revela este estilo. “¿Le entramos?” “Le entramos, licenciado.” “A ver, Gobernación...” “Excelente y muy peligroso. Excelente porque está en la lógica de las cosas, excepto por lo que he dicho —se lo dije con esta franqueza—. Le sería a usted de una gran utilidad. Es el puesto en el que soy más útil en el corto plazo y más estorboso en el mediano plazo: en tres años ya no va a saber qué hacer conmigo.” De alguna manera se lo dije: “Es muy riesgoso. Le soy de una enorme utilidad para sacar adelante su programa, pero a los tres años la fuerza que yo desarrolle crecerá mucho. Tengo temor a lo que pueda ocurrir, le tengo reservas. Relaciones Exteriores, no se lo oculto, me encantaría, porque me permitiría empezar a viajar más. Tenemos un amplio espectro de relaciones internacionales que puedo cultivar. Mi pensamiento corresponde a su línea nacionalista. Ahí tendríamos una gran empatía, que quizá sea la veta en la que más nos entendemos usted y yo —se lo dije así—: en la veta nacionalista. Me sacaría de los reflectores internos, de la lucha por el poder aquí y me mantendría en buen nivel para lo que pudiera ser útil el día de mañana. Me gusta. Además, estoy un poco cansado de tanta lucha interna: un poco de aire me agradaría. Educación no. Y Educación no, porque es la vocación de mi vida; soy hijo de maestros. La transformación del país se hace a través de la educación, pero no creo que haya en la estructura política del país mayor posibilidad de que se asuma verdaderamente la responsabilidad del ramo educativo; es transformar toda la estructura de la administración. Quiero decirle que 60% del presupuesto federal es la educación, y quiero recordarle algo que me dijo el maestro Torres Bodet: ‘Porfirio, el país vive

todavía en el síndrome de Vasconcelos; no ha habido ni un solo secretario de Educación después de él que tenga estatura política. Se le tiene miedo a un secretario de Educación con verdadera talla de político. He podido hacer más que los otros porque nadie me ha visto ambiciones políticas, pero esto ha llevado al extremo de que la mayor parte de los secretarios de Educación hayan sido mediocres. Aquí están todas las clientelas del país: los niños de las escuelas, los jóvenes de las universidades, los escritores, los poetas, los pintores, los deportistas, los científicos y los padres de familia. El país entero es el campo de acción de un secretario de Educación”.

De alguna manera le recordé esto: “Señor, mire, ahí me voy a quemar como bonzo, porque en Educación desde el primer día me voy a lanzar a todo. No voy a ir convencionalmente a Educación, no podría. Para mí ir a Educación no es ir a Pesca, no es ir a Agricultura: es realizar la tarea de mi vida. Desde el primer día iría con todo y contra todo. Ahí soy radical. Como diplomático puedo entender que hay vacas flacas, que en algún momento hay que suavizar ciertas líneas, apartarse de los principios. Como secretario de Gobernación puedo medir tiempos; en Educación vería usted en Muñoz Ledo el hombre de principios, nada más el hombre de principios. Sería absolutamente intransigente si eso me da, y sé que voy a chocar con todo mundo. O hago la gran revolución educativa o no tengo qué hacer ahí ni un día, por eso quizá la solución más inteligente es que me mande al Seguro Social. Si me pregunta cuál de las cuatro es la mejor, le voy a decir que la cuarta, porque así no soy miembro del gabinete. No tengo la visibilidad del secretario de Relaciones, quizá sea accesible; no tengo el mediano plazo muy riesgoso de una gente que acumula tanto poder en Gobernación, ni soy el hombre de la gran confrontación, el hombre del temblor interno del gobierno que sería estando en Educación. Es una institución que conozco bien, que me gusta, tiene una estructura autónoma e incluso la gente diría: ‘Castigaron a Muñoz Ledo: está en un segundo nivel en el Seguro Social’. Y al rato, si le parece bien, me asciende”.

Alguna cosa así le dije. Tampoco hice una opción clara. Me dijo: “Me preocupa cómo me lo ha expuesto, pero al mismo tiempo me dan

mucho gusto algunas cosas que usted dijo. Hoy quería pedirle que acepte ser secretario de Educación Pública —textual—. Precisamente por las razones que dio, pero por las buenas, por la necesidad de una transformación”.

JW: ¿Dijo por qué?

PML: Le dije: “Señor, lo lamento muchísimo, no puedo aceptar, y no lo puedo aceptar porque es un asunto sumamente complejo, que no se puede resolver así. El problema de la educación en México es de una extrema gravedad y de una extrema complejidad”. “Qué, ¿lo considera muy difícil?” “Sí, es difícil, pero una vez vencidos los obstáculos, en Educación se crea la secretaría de Estado más importante del país. Créame que la conozco bien, y además —quizá estoy abogando en contra mía— sé qué hacer y lo haría. Me daría como meta última de mi vida transformar el país por la educación, pero no creo que sea posible. Cuando menos quisiera que supiera de qué se trata lo que me ofrece, cómo se come lo que me está pidiendo, adónde va. Es una transformación tal como si me ofreciera mañana la dirección de Petróleos Mexicanos y le dijera que lo que creo de Pemex es que ya no hay que explotar petróleo sino guardarlo 10 años, y que hay que cambiar todo el sistema, o al revés, que hay que multiplicar la producción cinco veces y por lo tanto hacer una transformación total de la empresa. Es decir, no es que me dé a administrar una empresa: si lo acepto, me está entregando en las manos una revolución. Le tengo que decir de qué revolución se trata y tengo que saber si me va a apoyar. No podría decirle que sí.” Me dijo: “¿Por qué no le piensa usted? Yo lo voy a pensar también y dentro de unas dos semanas volvemos a platicar”.

JW: En un sentido meramente político, te cerraste la puerta para una posición medular tanto en la política nacional como en la política internacional de México. Educación es de máxima importancia, pero políticamente no pesa como las otras dos secretarías.

PML: Te contesto con este comentario: don Jaime Torres Bodet me dijo alguna vez que el país había vivido durante 50 años bajo la influencia del síndrome de Vasconcelos. Yo le preguntaba: “¿Por qué, don Jaime?”, porque él había sido secretario de José Vasconcelos. “Don José

—me decía— fue un secretario de Educación de tal aliento que se convirtió en una figura política nacional, y de alguna manera él mismo observó que nunca se había vuelto a dar un secretario de Educación con fuerza política, y en realidad el nivel medio de los secretarios de Educación de este país acusa mediocridad.”

Pasaron unas dos semanas; sería el mes de octubre, y un día fui a su casa. Recuerdo que estuvimos en un saloncito —un salón chino; tenía muebles chinos en su casa antigua del Pedregal— y que disponíamos de mucho tiempo. Me dijo: “¿Qué ha pensado?” Le dije: “El que tiene que pensar es usted. Me está haciendo una propuesta: yo le voy a decir qué cuesta esa propuesta. Después de que me oiga, usted dirá si me hizo una propuesta adecuada. Le voy a contar una anécdota de don Jaime... —le dije lo que acabo de narrar y le precisé esto—: Si me pone en Educación, ¿qué pasa? Educación es toda la posibilidad de transformar al país. Además, es en lo que más creo. Por eso doy mi vida: le cambio la educación en el país. Si quiere cambiar el país, le entro; nada más que le entren todos y a ver si aguantan, porque Educación es 70% del presupuesto federal. Son todos los maestros, todos los artistas, todos los intelectuales, todos los universitarios y todos los padres de familia. Es el país. El día que haya un líder en la educación nacional se cambia al país, y el gobierno tiene que aguantarlo. Si es lo que quiere que haga, me comprometo con usted, bajo mi palabra de honor, a cambiar al país, pero me apoyará y no será un presidente petrolero sino un presidente educador. Si ése es su compromiso, le entro. Es mi convicción más profunda, porque soy esencialmente un educador. Es un compromiso frente a la nación entre usted y yo”.

Estuvimos hablando una hora de esto. Me levanté y le dije: “Si tuviera un pizarrón aquí —había una cortina—, se lo haría en columnas. Vamos a hacer un pizarrón de aire. ¿Me va a permitir que le diga en media hora qué es la Secretaría de Educación Pública? Son seis columnas con estos rubros: educación básica y elemental, educación secundaria, educación tecnológica, educación superior; cultura, salud, recreación y deporte, y ciencia y tecnología. Vamos a tomar cada una de éstas en su

especificidad. ¿Cuáles son los problemas de la educación básica? ¿Cuáles son los grandes compromisos?”

Le hablé del problema de la secundaria obligatoria, de la relación con el sindicato, de lo que había que hacer para reformar el sistema de formación de profesores, repitiendo siempre a mi maestro, Torres Bodet: “La reforma en la educación es la reforma en el magisterio”, ésa era la tesis. “En esta rama lo que hay que hacer es educación básica obligatoria y reforma en el magisterio, con tales medidas; en educación tecnológica y capacitación para el trabajo es toda una reforma de vinculación con los sectores productivos, una ley de capacitación para el trabajo, aprovechamiento de toda la capacidad instalada en los laboratorios y talleres que hay en el país para la capacitación de preingreso al trabajo, es decir, la vinculación del mundo del trabajo con el mundo de la educación. En materia tal, en materia tal, en materia tal. En materia de educación superior todo esto hay que hacer; del Conacyt hay que hacer esto. La cultura la subdivido a su vez en seis grandes rubros: las Bellas Artes, el patrimonio histórico de la nación, la cultura escrita, la cultura audiovisual, las culturas populares, etc. Mi proyecto para los seis grandes institutos, aquí está. Necesito de usted ir a 8% del PIB para la educación, total autoridad para manejar la relación con las organizaciones sindicales. Ese problema se lo resuelvo en un mes.”

La esencia de la conversación fue explicarle la magnitud de un proyecto de educación y los requisitos para abordarlo. Me preguntó: “¿El problema es el sindicato?” Le dije: “No, es un problema artificial que se resuelve con mucha facilidad. Como Torres Bodet: simplemente que no haya interferencias de otras secretarías de Estado, que la dirección sindical no perviva por encima del secretario de Educación ni perder por varias administraciones. Debe haber un nuevo sistema de organización sindical en el cual el dirigente dure seis años, o dos dirigentes de tres años, pero que no se eternice, como ha ocurrido, un dirigente que tiene el poder tras bambalinas y se convierte en un cacique. Hay que reconvertir la relación entre los maestros y la secretaría. Hay que darle al sindicato la función de sindicato, no de cuerpo administrativo paralelo”.

Le expliqué cómo estaba en verdad enquistada una mafia, un grupo de poder dentro de la propia administración de la secretaría, cómo había que reconvertir eso y cómo, con la autoridad que me concediera, yo lo podía hacer, porque además tenía buenas relaciones con ellos: el líder del sindicato era el secretario de Acción Social del partido y tenía su oficina junto a la mía. Dependía de mí. Nada más que me permitiera mantener esa autoridad y que no tuviera interferencias; que la fuéramos reconvirtiendo. La reforma de la organización sindical del magisterio es de suyo una gran reforma nacional, todo mundo lo sabe. Me dijo: “Entonces, ¿cuáles son los problemas?” Le dije: “La educación tiene dos enemigos: el presupuesto y la televisión, punto. Son los dos problemas sustantivos. No podemos seguir fingiendo que satisfacemos necesidades educativas con 3% del PIB. Tenemos que ir a la cifra indicativa de la Unesco; no le digo que en un año, pero sí en el curso de su administración, hay que pasar de 7%. ¿Por qué? Porque va usted a tener petróleo. Lo estoy invitando a que ‘siembre usted petróleo’, como diría Arturo Uslar Pietri. Que lo siembre en educación”. Todavía le dije: “Señor, si me permite que se lo formule así, usted puede pasar a la historia como un presidente petrolero o como un presidente educador. De acuerdo con mis cálculos, es el presidente de México que más libros ha escrito—no le dije si eran buenos o malos, no se trataba de juzgarlo—. Algo escribió Sebastián Lerdo de Tejada, Álvaro Obregón escribió *Ocho mil kilómetros en campaña*, pero mi memoria no encuentra presidentes de México que hayan escrito; a lo mejor me falta información, no los veo. Desde Guadalupe Victoria para acá no veo a un Porfirio Díaz escritor antes de ser presidente, ni a un Venustiano Carranza o un Lázaro Cárdenas: usted es el único. Quizá sea además el presidente de México que llega al poder habiendo dado más horas de clase. Sería una tarea ardua para un investigador histórico, pero no sería difícil llegar a esta conclusión”. Tampoco le dije qué tan buenas eran sus clases. López Portillo no fue mal profesor: un profesor con sentido didáctico muy acusado. “Si es su propósito ser un presidente educador, acepto si adquiere conmigo el compromiso de transformar al país por la educación. No necesito sino dos decisiones de usted, todas las demás las tomo yo. Una: que

me programen el acceso al producto nacional de la educación, entendiéndolo que le daré todos los métodos para el autofinanciamiento, desde la gestión comunitaria hasta el financiamiento privado de las universidades —porque de eso sé un poco— y de la educación tecnológica por contrato —de eso sé cómo hay que hacerle—, aparte de la gestión y la administración centralizada por la comunidad, por la familia, por el municipio de la escuela. Además, no estoy pidiendo el producto nacional vía fiscal, tampoco le estoy diciendo que me lo dé burocráticamente, sino que entre usted y yo completemos 8% del PIB para la educación, vía fiscal y vía no fiscal. En un año tengo todo montado.

”Dos: que me permita ejercer la presidencia que está en la Ley del Consejo Nacional de Radio y Televisión, y se acabó. Necesito todo el acceso a los medios. No le estoy pidiendo la reforma legal —todavía— del sistema de comunicación del país; usted tendrá que reformar la Ley de Radio y Televisión en algún momento. Le estoy pidiendo que consideremos conjuntamente cómo usar ampliamente los medios de comunicación de masas para la educación. No le estoy pidiendo que me dé un canal de televisión ahora ni cuatro frecuencias de radio, ni 25% del tiempo de Televisa. No estoy pidiendo una fórmula precisa; vamos a estudiar las fórmulas. Lo que le quiero decir es que necesito pleno acceso a la televisión y a los medios de producción de la televisión para hacer industrias educativas. Necesito multiplicar los medios audiovisuales en la educación, y para eso necesito una capacidad instalada. De entrada, le pediría que la capacidad que hemos instalado para la campaña electoral me la adscribiera de inmediato a la Secretaría de Educación, con el equipo de productores, y que estudiemos los medios legales y administrativos. Quiero que la cultura, el arte, la educación para adultos entren ampliamente por los medios masivos. Tenemos la capacidad instalada: es un problema de voluntad política y de encontrar los medios legales para hacerlo. Dos decisiones me bastan para cambiar al país. Ése es mi compromiso con usted y es el compromiso conmigo.”

Se puso de pie y me dijo: “Éste es el momento más importante en muchos años. Vamos a hacerlo: le doy mi palabra de hombre, de mexicano y de presidente. Lo autorizo a que en cualquier momento me

invoque esta conversación. Le agradezco que haya aceptado”. Le dije: “No he aceptado todavía. ¿Puedo entender este compromiso como una aceptación?”, le dije. “Que así sea.”

Señores, al año me estaba pidiendo la renuncia. Pero ese día me fui a mi casa y me dije: “Bueno, ahora sí hice algo en la vida que vale la pena: cambiar al país por medio de la educación”. Y empezó todo el Plan Nacional de Educación. Lo pueden leer: son 167 programas. Ahí está todo, no hay ningún rincón olvidado. Claro, yo venía de la experiencia de don Jaime, quien por las limitaciones fiscales y políticas se tuvo que concentrar en la educación primaria. Hizo cosas importantes en la cultura, en la antropología, en el ámbito universitario, pero tuvo que concentrarse en una sola cosa: lograr para el país la cobertura de la educación primaria. Supe de todas sus penas y limitaciones, que en lo demás casi no se podía meter porque lo tenían apretado.

Conmigo, por vez primera, le daban un nivel de permisibilidad a un secretario de Educación más allá de Vasconcelos y de Justo Sierra. Me estaban diciendo: “Aquí está todo el marco de la educación para reformarlo”. Es algo que no se puede pensar dos veces, y si me hubiera dicho que me suicidara el último día de mi gestión, me hubiera comprometido: “Deme seis años de esto y me tomo la cicuta el último día”. Lo hubiera firmado, pues para entonces ya habría cambiado al país. López Portillo me ofreció el sueño de cualquier hombre de Estado, y por eso acepté Educación; si él dijera otra cosa lo retaría públicamente, porque así fue como se decidió. Me fui a la casa y dije: “Aquí terminó mi vida. Después me jubilo o me tomo la cicuta... y me voy a escribir a la Universidad de Berkeley”. Sabía que no podría ser presidente después de eso, pues es imposible acabar con el cuadro, pero parecía que era el gozne de la historia del país que pudimos lograr.

EL “GABINETE” DE LA SEP

JW: Al entrar a Educación, y esto va a los asuntos políticos, ¿cómo formaste tu equipo? ¿Tenías el mismo de antes o habías andado por el país,

como presidente del partido, buscando gente? Un proyecto de ese tamaño requería que te rodearas de colaboradores con la altura suficiente.

PML: Tuve un problema serio que no pude eludir totalmente. El presidente del partido desarrolla en campaña un conjunto de compromisos políticos no a nombre propio, sino a nombre y por cuenta de quien será presidente del país, y cuando se forma el gobierno vienen otros intereses, otros compromisos, y muchos de los actores del proceso político que se sienten con derecho a un premio no lo reciben. A quien fue presidente del partido se le crea una situación difícil, porque sobre él recaen esas presiones. Seis años antes me había tocado ese fenómeno durante los primeros meses del gobierno, por mi cercanía incluso física con el presidente de la República: me di cuenta de que quienes habían trabajado en el partido iban a ver al presidente para llevarle listas de personas. Alguno de ellos, Jorge de la Vega, director del IEPES, era enviado para recordarle al presidente ciertos compromisos en los primeros meses de gobierno. Me lo comentó: “La situación es delicada para los que estuvimos en el PRI, porque nos tocó esta tarea. Luego llegan los secretarios de Estado, nombran a su gente y no hay lugar para pagar estos compromisos”.

El que seis años antes había sido presidente del PRI, el señor Alfonso Martínez Domínguez —hoy compañero mío en el Senado—, se vio obligado, además de que es un político caracterizado por el estilo clientelista, a llevarse al área donde finalmente trabajó, a la responsabilidad que le dieron, la regencia de la Ciudad de México, a muchísimos políticos: parecía que se había llevado a todo el PRI a una secretaría de Estado. Eso lo hacía más amenazante o era objeto de muchas críticas, y lo fue al punto de que se cuenta como una de las razones que determinaron su salida, independientemente de los hechos del 10 de julio: por el número de políticos tan grande que se llevó, se le atribuía estar formando un grupo.

Al licenciado López Portillo le recordé lo de seis años antes: “Señor, quisiera que me hiciera un favor: de los compromisos políticos de campaña, que el gobierno absorba los que usted crea que deben absorberse, y que no me deje a mí en la tesitura en que se quedó hace seis años

Martínez Domínguez, de tener que absorber en Educación Pública a mucho personal político, porque voy a deformar las tareas de la secretaría; las voy a sobrepolitizar. Voy a distorsionar la imagen de la secretaría y eso me va a dañar”. Hicimos listas y me defendí en lo posible para no llevarme políticos a la Secretaría de Educación; solamente en tareas en que consideraba que la política podía servirme, como la de descentralizar la actividad educativa.

En cada caso busqué a la gente que creí más idónea. Muchos eran amigos míos por razón natural, porque tenía una larga trayectoria tanto en la Universidad como en el servicio público. A pesar de las críticas que se hicieron después —que me había llevado una confederación de personalidades políticas a la Secretaría de Educación—, en realidad lo evité en lo posible. Si ésa hubiera sido mi intención, habría inventado muchísimas posiciones para gente que realmente era del mundo político. Lo que pasa es que en el medio administrativo, académico, científico e incluso en el magisterial conocía bien a la gente porque anteriormente había sido funcionario en Educación. Pude hacerme del equipo más fuerte que se haya hecho nunca en ninguna secretaría de Estado en México; habida cuenta de que traté de evitar la transferencia del PRI a la Secretaría de Educación, sí promoví la de otros sectores de la administración, incluso de la Universidad, para que el equipo central fuera altamente calificado.

JW: Ya tenías un equipo: Zertuche y Javier Bonilla.

PML: El 1° de diciembre llegué a la que fue la oficina de Vasconcelos. Ya tenía mis seis columnas, y cada designación en mi equipo tuvo una razón de ser: a Javier Bonilla lo elegí como subsecretario de Planeación porque había sido un colaborador serio, responsable y con una gran capacidad de adaptación a nuevas tareas; era un técnico, un economista al servicio de la administración, sin prejuicios sobre un área determinada, un experto natural en planeación; conocía estadística, teoría económica, teoría de la administración pública. Tenía práctica. Me pareció que había que tener una mente fresca en la Secretaría de Educación: leal, serio, responsable, para terminar con los prejuicios; un hombre

open minded y técnicamente competente, lo que llaman los franceses “un administrador general”.

En torno a él formé un equipo con gente que estaba en planeación educativa desde mi época anterior y con gente nueva, con la idea de racionalizar el proceso educativo sin ningún interés; es decir, que no tuvieran intereses dentro del sistema educativo, venidos totalmente de afuera. Hizo una gran tarea. Incluso al final me entregó su ejercicio de cuantificación del desarrollo educativo para cinco años, que es un trabajo admirable.

¿Quién había hecho promoción de la cultura en el país? El sector universitario, difusión cultural. Había que traernos todo el ámbito cultural de la Universidad, como hizo Vasconcelos, y reincorporarlo al Estado. Entonces pensé en Víctor Flores Olea, que estaba por regresar de embajador en Moscú. Hablé con el presidente: “Víctor”. “¿Víctor como qué?” “Como mi subsecretario de Cultura.” “¿Qué es Víctor?” “La cabeza del más alto cuerpo de promotores de la cultura que ha habido.” “¿Pero qué va a hacer?” Se lo expliqué: “La cultura tiene seis columnas también; no piense usted en el pasado, no, éstas son tonterías. Bellas Artes y Antropología son proyectos a medias y limitados”. La promoción de la cultura en la Universidad de México tenía seis columnas y coincido con ella: una, la de las Bellas Artes; otra, la historia y la antropología; otra, la cultura escrita —el Instituto de la Cultura Escrita—; otra, el Instituto de la Cultura Audiovisual; otra, el de las Culturas Populares.

Ahí me dio la amistad, pero también un hecho: Víctor era candidato a rector de la Universidad Nacional. Si el doctor Soberón no se hubiera reelegido, habría habido unanimidad —así me lo habían hecho saber miembros de la Junta de Gobierno— en favor de Flores Olea. Si no iba a la Universidad, me parecía que la manera de dar un nuevo aire al sector cultura dentro de Educación Pública era, como hizo Vasconcelos, poner a los universitarios al servicio de la tarea cultural. Lo cultural en Educación sólo había sido Bellas Artes: tenía fama de pequeños empleos para pequeños escritores, conflictos con bailarines, ciertas formas de cooptación para artistas. El nivel intelectual de la promoción de la cultura era pobre, había que darle el más alto nivel del país. Como lo

formulé, expropiar la Universidad para la educación en el mejor sentido: traer a lo mejor de la Universidad a la Secretaría de Educación Pública, lo mejor de la tradición universitaria y también de la independencia intelectual. No a empleados del gobierno, sino universitarios independientes haciendo una cultura independiente, con el apoyo del Estado pero no al servicio del Estado. Era toda una filosofía. Me traje a un grupo connotado. Entonces llamé a Víctor: “¿Quieres ser rector? ¿No? Pues vente conmigo de subsecretario”. No serían solamente el viejo INBA y el viejo INAH sino seis grandes institutos que había concebido hacía mucho tiempo: el Instituto de la Cultura Escrita, destinado a reunir la Comisión del Libro de Texto Gratuito, las ediciones de la Secretaría de Educación Pública, la Dirección General de Bibliotecas, un sistema de periódicos murales, que eran seis series —desde la escuela, la fábrica, el barrio, la comunidad, etc.—, y una versión mexicana del Instituto del Libro, mejorando el modelo español: Ricardo Valero formaría el Instituto de la Cultura Escrita sumando bibliotecas, colecciones de libros: el gran Instituto Nacional del Libro.

Para Antropología se me ocurrió Gastón García Cantú porque es un gran defensor del patrimonio cultural, tiene mucha fibra y era un articulista polémico, amigo mío; debía transformar el INAH en el Instituto del Patrimonio Histórico de la Nación, al servicio de la educación y del desarrollo regional, con convenios con la Secretaría de Turismo y los gobiernos de los estados, que se empezaron a hacer entonces. Para el INBA designé a Juan José Bremer porque estaba cerca de Palacio; había influencia de la señora López Portillo sobre la cuestión de Bellas Artes y él sería un buen negociador con esos sectores, así que me pareció que era una buena designación, y lo fue.

Pensé que todo esto estaba incompleto si no creábamos una coordinación o instituto para las culturas populares. Era un servicio destinado a las áreas de la cultura que reflejan la pluralidad étnica y cultural de la nación; un instituto encargado de absorber tareas con las culturas indígenas, con las culturas populares. Que no sólo tuviéramos al INBA, encargado de la promoción de la cultura occidental, sino instrumentos eficaces que promovieran las culturas regionales, populares, étnicas,

y programas de educación y de investigación destinados a recuperar los valores tradicionales del país. Para dar un ejemplo, en esa área íbamos a tener ediciones bilingües en lenguas indígenas, teníamos el proyecto de la Universidad Maya y de la Universidad Náhuatl —no eran propiamente universidades sino centros de estudio y de difusión de las lenguas indígenas—. Uno de nuestros propósitos era que todo mexicano, gradualmente, tuviera acceso al aprendizaje de sus lenguas originales. Pensábamos tener también difusión por radio y por otros medios en lenguas indígenas y, desde luego, museos, exposiciones, publicaciones: todo lo que contribuyera al desarrollo de las culturas populares.

Al frente de ese proyecto designé a un gran equipo de antropólogos mexicanos: Rodolfo Stavenhagen, Leonel Durán y Guillermo Bonfil Batalla. De todos, quizá por razones de distinto tipo, el proyecto que más exaltaba mi espíritu creativo era el de las culturas populares, que era el de los grandes equilibrios políticos y culturales del país.

Eran muchas dependencias dispersas. Conocí ese enorme laberinto que era Educación, donde todo estaba disperso, perdido; había que tomar los hilos de las cosas y juntarlos de forma coherente. En el Instituto de la Cultura Audiovisual quise unir Canal 11 de televisión, que estaba en el Politécnico Nacional, Radio Educación, el Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa (ILCE) —que era una institución relativamente pequeña bajo la égida de la Unesco—, la Dirección General de Educación Audiovisual, la Telesecundaria y un equipo de producción de Churubusco, el más grande de México, que yo había formado en la campaña, para crear una capacidad de producción equivalente a la de Televisa, pero no para programas comerciales sino culturales.

Ahí tuve el gran reto de tratar de disolver una institución que se llamaba Centro para el Estudio de Medios y Procedimientos Avanzados para la Educación (CEMPAE), que había absorbido ciertos programas de educación de adultos y desde donde se manejaba de modo descentralizado un canal de televisión en Monterrey; lo creó quien después fue invitada a colaborar de modo cercano con el presidente López Portillo y se hizo célebre como secretaria de Turismo, la señora Rosa Luz Alegría. Sin darme cuenta, al absorber CEMPAE estaba agravando algo que

casi se consideraba patrimonio familiar de alguien cuya cercanía con el presidente no adivinaba qué tan lejos podía llegar, como fue público y notorio que llegó.

El que llamé Instituto de Cultura Audiovisual estaba destinado a dar los apoyos de producción y de creatividad para influir en el sistema de difusión nacional de radio y televisión, y también a crear los elementos para un verdadero sistema de industrias educativas de producción de material audiovisual para las escuelas. Era un proyecto magno: lo encargué a Javier Wimer, amigo mío, hombre con diversas cualidades que había sido coordinador del programa de cultura y recreación para los trabajadores, y que diseñó un programa bueno al punto de que De la Madrid lo nombró años después subsecretario de Gobernación para esos mismos efectos, pero no lo dejaron hacer.

Fue necesario hasta coser partes sueltas de la secretaría. Por ejemplo, tenía el deporte en el Injuve, que reformamos como Crea. Es un proyecto mío: el deporte, los servicios sociales para la juventud, la conversión del servicio militar obligatorio en servicio social, que era un proyecto más. Ahí buscaba un funcionario de enlace y observé que Sergio García Ramírez, que había sido subsecretario, quedaba suelto: “Sergio, vente; tú, que jamás te has expuesto un minuto al sol, y haz deporte: te invito a que seas subsecretario del Deporte”. “¡Qué locura!” Le dije: “Espérate: eres un abogado limpio. Quiero que me controles el problema de la juventud con un sentido republicano de la honestidad y no de *grilla* ni de cooptación. Necesito un símbolo como tú, y quiero que estos medios corruptos del deporte, del Comité Olímpico, de todo esto, y la educación cívica de la juventud, queden regidos por una gente tan confiable y tan recta como lo eres. Queremos un universo sano de recreación, juventud, deporte, educación cívica, servicio social de los jóvenes”. Llamó mucho la atención porque es alguien que nunca ha hecho deporte y lo nombré subsecretario del Deporte. El Comité Olímpico Mexicano estaba, como está ahora, en manos de un *zar* de la prensa mexicana que se llama Mario Vázquez Raña. En el Instituto del Deporte, el presidente me había pedido —muy pocas cosas me pidió, tres o cuatro nombramientos— que nombrara a su primo Guillermo López Portillo.

Para Educación Científica y Superior tenía un gran problema: necesitaba una gente con autoridad sobre el sector científico y tecnológico, sobre el IPN, y al mismo tiempo, sin ser universitario, con autoridad sobre las universidades. Pensé en quien acababa de ser secretario de Comunicaciones, Eugenio Méndez Docurro, que había sido director del Politécnico; no lo invité en el rango de subsecretario porque me pareció que a un secretario no se le podía invitar así, pero sí creándole una función casi a mi nivel, como coordinador de Educación Superior e Investigación Científica, para que tuviera autoridad sobre el Conacyt, cuyo proyecto él había creado 10 años atrás. Lo invité a comer: “Eugenio, te hago la invitación más marciana y más irracional que se ha hecho nunca: le pido a un secretario de Estado que acepte ser subsecretario”. “¿Cómo?” “Sí, te pido que seas subsecretario de Educación Técnica de la Ciencia y la Tecnología conmigo, para este proyecto.” Y él me dijo: “Contigo, hasta de jefe de departamento me voy”. Lo máximo del mundo tecnológico y del Politécnico, a trabajar en el proyecto tecnológico.

Para la Subsecretaría de Educación Elemental quise llevarme primero a un profesor que había sido oficial mayor con el señor Torres Bodet, conocido por su mayor energía e independencia respecto de los grupos sindicales, su gran carácter y su rectitud, Mario Aguilera Dorantes, pero la oposición que tuve fue grande: hubiera sido la declaración de guerra contra los grupos existentes. Entonces pensé en una gran mujer, también independiente, maestra de origen y con una personalidad política relevante, la señora María Lavalle Urbina,⁷ en la que nadie hubiera pensado, considerada la más valiosa del sector público en México; había adquirido celebridad como juez, secretaria en el sector judicial, directora de Previsión Social, diputada, senadora, abogada, funcionaria del PRI: la política más prestigiosa de México en aquel momento, la número uno de las mujeres en la política nacional, que muy poca gente recordaba que era maestra normalista; se había formado en la Escuela Normal de Campeche. Yo sí lo recordaba.

⁷ María Lavalle Urbina (1908-1996). Licenciada en Derecho. Senadora (1964-1970), presidenta del Senado (1965) y subsecretaria de Educación Básica (1976-1980).

Ahí está lo que llamo imaginación política. Fue un golpe maestro: ella estaba completamente fuera de las mafias, de los grupos y de las ideas. La había encontrado en el partido como presidenta de la Comisión de Convenciones, responsable de los procesos electorales internos del partido.

El proyecto de la Secretaría de Educación Pública es el más grande que se ha hecho en México y el más grande que he hecho en mi vida; además, con la gente ideal para hacerlo. Y no les cuento del proyecto de educación primaria, el de educación materno-infantil ni del universitario. Vi a Rafael Velasco y dije: “¿Quién me hace frente a las universidades?” Rafael había sido rector de la Universidad Veracruzana, estaba de director de Servicios de Salubridad y de Higiene Mental, y dije: “¿Quién mejor que Rafael Velasco como secretario general de las universidades?” Es un tipazo. Ahora es subsecretario de Educación Superior.

Hicimos un equipo completo. Una vez hice una lista de 180 nombres fundamentales que trabajaron conmigo, incluso personalidades tan grandes como Agustín Yáñez, para el Libro de Texto Gratuito. El problema de la cultura indigenista, cultura para marginados, requería un dispositivo especial que también usé y se llamó Coplamar. Aquí llamé a Nachito Ovalle, que estaba suelto; era secretario de la Presidencia. ¿Cómo hacíamos para juntar todos los servicios de educación y darle su plena vigencia al decreto que crea el Instituto Nacional Indigenista? En la época de Cárdenas, el Departamento de Asuntos Indígenas era un departamento de Estado y tenía la facultad de promover en las zonas indígenas y marginadas todo, hasta carreteras; luego se creó un instituto que depende de la SEP y conserva facultades que desbordan a la secretaria, así que la idea era tomar como secretariado el Instituto Nacional Indigenista y crear la Comisión para las Zonas Deprimidas y los Grupos Marginados (Coplamar), que tuviera un comité en el que se relacionaran todas las secretarías de Estado y que presidiera el secretario de Educación. También se creó el IMSS-Coplamar, que fue tan famoso: fue uno de los 167 programas que hice en mi casa con Javier Bonilla, subdirector del Seguro Social. Allí les di la idea, en una hora montamos el

IMSS-Coplamar como concepto. Estos programas destinados a transformar el país se producían a una velocidad supersónica.

Entramos aceleradamente en un gran tren de producción, cuando en las otras áreas del gobierno todavía no se sentaban en sus escritorios ni sabían qué iban a hacer. Vino el 5 de febrero. Le dije al presidente: “Señor, vamos a dedicar el 5 de febrero a la educación, a hacer una gran reunión nacional con los gobernadores, a plantearles que aquí se inaugura la comisión para hacer la planeación de Educación”. Un gran discurso mío el 5 de febrero con los gobernadores: se llamó la Reunión Nacional de la República. Luego se le cambió y se dijo que el primer año había sido dedicado al artículo tercero, el segundo se dedicaría al 27 y el tercero a no sé cuál; le variaron, pero le pedí a López Portillo que todos los 5 de febrero hiciéramos el balance educativo, y aceptó. Todo lo había aceptado hasta ahí.

En ocho meses teníamos el plan número 167. Esto fue dialogado: me reunía, a mi viejo estilo de las catacumbas, cinco horas diarias, toda la tarde, hasta la noche, con los grupos; cinco horas con los científicos, cinco horas con los maestros de educación primaria. Pero el sindicato estaba que reventaba; no sirve para nada y ni caso le hice. No les voy a contar mis dificultades con Jonguitud Barrios, pero cuando me echó brava simplemente lo mandé por un tubo porque no tiene ninguna fuerza real, está subsidiado por el gobierno, no existe como fuerza. El gobierno subsidia su propio temor, y si le quitaran el subsidio Jonguitud no existiría. Es un fantasma, para decirlo de alguna manera.

Así que empezamos ese tipo de trabajo con las comunidades científicas e intelectuales, con los maestros, con los profesores del Politécnico, con los medios de difusión, con los deportistas, con todos los sectores interesados, y para agosto todo estaba listo. Entonces me dijo el presidente: “¿Cómo se va a presentar esto?” Le dije: “Mire, tanta gente ha participado, que quisiera que los oiga. Son seis columnas más la sesión inaugural o de síntesis, así que podemos pensar en que haya seis sesiones en Los Pinos cuando usted quiera, o en el Salón Carranza, donde le llevo toda la clientela de un sector, entre 2000 y 3000 personas, y ahí cada uno de los principales funcionarios que han manejado el plan

expone su parte. Al final hago una síntesis y usted expresa un compromiso, que será múltiple: usted con las comunidades científicas, usted con las comunidades artísticas, usted con las comunidades magisteriales, etc.” Claro, otro problema es que la educación tiene que ver con todo, y para educación agrícola tenía que coordinarme con el secretario de Agricultura, para la educación tecnológica había que coordinarse con Industria y Comercio, y estaba también la educación pecuaria y forestal; en fin, una diversidad de ramas, además de que una cuarta parte de la administración de la educación en el país estaba a cargo del jefe del Departamento del Distrito Federal y había que coordinar a los funcionarios de esa dependencia. Eso lo accionó muy bien Carlos Hank, que se portó espléndidamente: tuve dos conversaciones a fondo con él y no me puso ningún pero. Él mismo era maestro, así que entendía bien de qué le estaba hablando. De esta manera, en la elaboración del plan ya estaba como en la época de la Comisión Nacional Tripartita, coordinando a funcionarios de otras secretarías de Estado cuando las secretarías todavía no se coordinaban internamente.

Termino mi historia señalando que en la elaboración del plan trabajó no menos de ocho horas diarias, con una enorme probidad profesional, su secretario técnico, el licenciado Javier Bonilla, y ocupó el cargo de subsecretario de Planeación. ¡Y nos salió a todo dar!

Empezó la presentación del plan. Primera sesión: educación primaria. Todas las maestras normalistas más importantes del país. La segunda, la tercera. Todos los intelectuales: estaba Octavio Paz; don Daniel lamentablemente ya había muerto. Estaban las grandes personalidades que invitamos, los científicos, los deportistas; incluso los diputados y los senadores que había formado se interesaron en participar en los debates. Ifigenia Martínez encabezó una delegación de diputados y participaron por sectores en el debate, y los senadores me pidieron participar; luego los líderes obreros se enteraron del asunto y también quisieron participar, de modo que los incorporé a los debates. La impresión que había en agosto era de que había organizado un gobierno completo, pero eso no me importaba porque tenía la palabra del presidente y expuse que era un compromiso de otra naturaleza. No vi hasta qué punto había crecido

todo eso; me parecía lógico que estuvieran los diputados que querían participar y que estuvieran senadores y los líderes obreros, a quienes involucré mucho en temas como la educación de adultos, capacitación para el trabajo, educación tecnológica. Me interesaba el apoyo de los diputados para todo lo que fuera presupuestado. Ifigenia fue la cabeza del movimiento de diputados y senadores.

Yo le había dicho al presidente: “La SEP son seis secretarías, y quiero dejársela organizada para que luego se vaya separando cada una de las partes. En Francia había cinco ministerios, que es 70% de la administración, pero aquí hemos caído en una contradicción brutal, no lo impulsamos porque es mucho y no somos capaces de romperlo, así que el procedimiento inteligente es estructurarlo por sectores, por columnas, y una vez que esté estructurado y se le dé una dirección autónoma a cada sector, usted tendrá las piezas como las de un cohete, para ir las separando: se van desprendiendo las piezas porque no aspiro a terminar la gestión en la SEP con las siete, serán demasiado grandes. Conforme vayamos viendo usted y yo, las vamos separando del conjunto y van cobrando autonomía”. Así se las presenté, como piezas separadas y evitando confusiones.

Ya había trabajado en un importante antecedente de esta nueva tarea. En un estudio que promovió la Unesco sobre el Estado y la educación superior en el mundo, don Jaime me había encargado que durante un año hiciera el gran capítulo mexicano, con informes de todas las dependencias de Educación; hice una descripción del sistema educativo mexicano para presentarlo a un organismo internacional y había que racionalizar el conjunto, así que en esta tarea ya había tenido muchos años antes la experiencia. Estudié a fondo el asunto y el sistema educativo en Francia, en Japón y en una diversidad de países con los que había comparado el sistema mexicano, y tenía desde hacía años un trabajo extenso —el Informe del Sistema Educativo Mexicano que publicó la Unesco— buscando racionalizar causas, motivos, cuáles eran sus componentes, a qué se había llegado; por eso lo tenía claro, en su conjunto y en sus partes, y no tenía dudas de lo que estaba haciendo. Llegó la primera reunión en Los Pinos, con mucho éxito de prensa; la segunda

reunión, las siguientes, y ya íbamos en la séptima, con ocho columnas todos los días en la prensa. Por todo esto el gobierno estaba furioso y se vinieron muchas críticas, la propia prensa empezaba a atacar con acusaciones de “ambiciones desmesuradas”, “locura”, “megalomanía”.

JW: Decían que era un gobierno dentro del gobierno.

PML: Un gobierno dentro del gobierno, hegemonía de priistas, locura muñozlediana, la comunización del país: todo lo que se pudiera decir. En el último día ya estaba muy acosado. Don Pepe es un personaje al que nunca acabaré de entender, no sé cómo; es muy espontáneo y además sincero en todo lo que hace, aunque lo haga lleno de contradicciones. Un día dice una cosa, al otro día hace otra, pero en ambas ocasiones es sincero y siempre nos da la idea de tener una enorme convicción. En el último día me dijo de los ataques e hizo un discurso encendido, con lágrimas en los ojos: “Sé que hay críticas al maravilloso plan que se llegó a presentar, y quiero decir... —aquí todo mundo se puso en alerta, pendiente, pensando: ‘Lo va a condenar, lo va a absolver, lo va a proponer, lo va a posponer’; todo mundo en silencio—... quiero decir que, cuando yo era niño, en la escuela primaria tenía un maestro que siempre buscaba que tirásemos más adelante, que aspiráramos a más, y nos contaba la leyenda del flechador del cielo, de un flechador entre los guerreros de un pueblo de la antigüedad. Todos tiraban lejos, y hubo un concurso de lanzar la flecha lo más lejos posible hasta que llegó un guerrero que, en vez de tirar al enemigo, se dedicaba a tirar al cielo, pero como tiraba al cielo lo hizo más lejos que los demás, y fue el que ganó la guerra. Muñoz Ledo es el flechador del cielo”. Ahí me liquidó hasta hoy, para los efectos del viejo sistema mexicano. Es decir, Muñoz Ledo es el “flechador del cielo” para un sistema tan pinche como el mexicano, la conclusión después de siete días de la exposición del proyecto tan intensamente trabajado.

JW: ¿Y el destino final del proyecto?

PML: Hasta ahí López Portillo me quiso apoyar. A partir de ahí ya no pudo hacerlo pues hubiera sido chocar con ese viejo sistema, como el actual, y reconozco que el error fue mío al haber aceptado un ofrecimiento que era insostenible y que, en el fondo, esta gran aventura mía

en Educación acabaría siendo presa de las enormes limitaciones del sistema. Tengo en casa, en una bodega, como siete u ocho estatuas que me mandaron regalar al día siguiente —la lambisconería en la política mexicana es infinita—: para todos los efectos prácticos, Muñoz Ledo sería el transformador del país, el número uno del gabinete, el siguiente presidente; todo estaba ahí, aunque él lo dijo para defenderme. Imagínense, en el estilo político mexicano, que después de este escándalo que se provocó, cuando López Portillo terminó de decir “el flechador del cielo” se oyó una ovación gigantesca, pero que evidenciaba un desequilibrio entre mi participación en el gobierno y el resto del gobierno. Para eso, el señor licenciado Reyes Heróles, hombre turbio y astuto pero de poca brillantez como administrador, estaba haciendo sus primeras armas como secretario de Gobernación, tratando de recuperar un enorme terreno que había perdido y mandándome bombas por debajo del agua todos los días: necesitaba que me muriera para aspirar al poder. Durante el tiempo que estuvo en el gabinete, Reyes Heróles no era nada, un cero a la izquierda, un pedacito; el presidente lo tuvo que presentar como secretario de Gobernación dos veces para que consiguiera alguna figura. Incluso, con esto de Educación, los diputados iban mucho a mi oficina: era evidente que tenía más influencia que el secretario de Gobernación sobre las cámaras y sobre el conjunto del sistema, aunque no lo quisiera así. No era culpa mía, porque me había tocado toda la tradición política y bastante me había costado.

En suma, fui incompatible con el conjunto del gobierno. Por eso, cuando López Portillo me llamó aquella mañana —todo lo que sigue, de chismes y demás, es secundario— y me pidió mi renuncia, no sabía ni cómo decirme. Le dije: “Párele. Ya lo vi. Me voy porque soy incompatible. Simplemente el proyecto es de tal dimensión que ni usted ni yo medimos que es incompatible con un sistema político como el nuestro, y es una desgracia que no tengamos la capacidad para modificar el sistema de relaciones políticas del país de manera tal que las grandes transformaciones sean posibles. Pienso dedicar lo que me resta de vida a hacer que el sistema político cambie para que las grandes transformaciones sean posibles, y no que la mediocridad del sistema se lleve entre las patas

al país y a todos los principios de la Revolución. No es culpa de usted, el proyecto que avaló desbordaba con mucho la capacidad del sistema. Lo acepto y se acabó. Adiós”. Ahí terminó ese capítulo.

JW: ¿Hubo algún personaje o circunstancia específica que orillara al presidente a tomar esa decisión?

PML: Básicamente fueron las intrigas que se suscitaron —además de las personales—, que son manifestaciones de lo político, manejos sucios dentro y fuera del círculo íntimo, unos por ambición y otros por envidia. ¿Quién fue el que determinó? Tengo para mí que el más operativo fue Reyes Heróles. Sostuve con él pláticas arduas y fuertes; no sé quién tenía razón, pero por tener una posición con más poder político, fue el que puso más las bases para mi salida aunque él no fue la gota que derramó el vaso, de ninguna manera. En una comida difícil que tuvimos años después en el Tampico Club, siempre trató de justificarse conmigo: “No lo chingué”. Le dije: “No digo que me haya chingado, nunca le he dicho que me tiró de la azotea; digo que me puso en la orilla de la azotea para que me chingara cualquiera que pasara, es un problema distinto. Me pudo tirar cualquiera, hasta un pinche gato que pasó. No me joda”. Perdón por el lenguaje abrupto, pero así se habló. No es exagerado. Reyes Heróles me socavó enormemente y lo entiendo porque él llegó inesperadamente a Gobernación, mientras que nosotros conseguimos a pulso el poder que tuvimos en el partido, el dominio político sobre el país. Habíamos hecho las cámaras y un estilo de hacer política, y él, a pesar del apoyo del presidente, tardó en arrancar y lo mismo le pasó al resto del gabinete mientras que nosotros arrancamos muy pronto.

Quizá lo mismo se podría haber hecho con más maña, con mayor astucia. Tampoco culpo totalmente al sistema, sino reconozco que me equivoqué. Fue una etapa de mi vida en que estaba tremendamente encarrerado: los dos últimos años de la Secretaría del Trabajo, luego el partido, otras cosas. Traía una velocidad de *jet* y me dominaba el sentimiento de que era el momento de hacer cosas importantes, era la edad, mi plena disposición de facultades, el momento de concretar mi trabajo sobre la Tierra. Ahora ya tengo más años; soy un viejito, como le digo a mi familia, pero entonces pensaba que lo que no hiciera a cierta edad,

ya no lo haría. Ahora al contrario, tengo una mentalidad distinta, de que hay otros momentos, determinados momentos para hacer las cosas.

López Portillo dice que salió de Educación por intrigas palaciegas y que yo estaba entero el día que me pidió mi renuncia, que me porté como un caballero. Es evidente que lo que él temía es que le invocara esa conversación, que le dijera: “Usted me ofreció esto. Al año estoy saliendo por una intriga palaciega”. Quiero dejar constancia de que acepté la SEP con un gran compromiso de transformación del país, cosa que el licenciado López Portillo no dice en sus memorias. Lo que hice ahí, mi Plan Nacional de Educación, los siete días que convocamos en Los Pinos a siete reuniones para probar los planes, primero el general y luego el de las seis grandes áreas, con todas las clientelas, los intelectuales, los profesores, los artistas, los deportistas, correspondía a un plan. Todos los analistas políticos, prácticamente sin excepción, han dicho que me excedí, que de acuerdo con las normas del sistema político ya andaba volando muy alto el primer año, que quise dar una exhibición de poder, que fue un conjunto de imprudencias lo que hice el primer año en la SEP.

JW: ¿Cuánto tiempo le llevó al presidente conformar su gabinete?

PML: Fue un proceso que va del 15 de septiembre al 15 de noviembre. El primer designado fui yo y el último Reyes Heróles.

JW: ¿Tuviste alguna participación en ese proceso?

PML: López Portillo me confió —para que no se diga que se me veía como gente de Echeverría— dos secretos. Se trataba de la designación de dos personas que no querían a Echeverría: Reyes Heróles y Carlos Hank. Me lo confió estando en su casa, cuando todavía era candidato; esto demuestra que no es cierto que no me tuviera confianza. Él sabía que soy un hombre de honor, que era incapaz de irme a buscar al presidente para decírselo. Me lo dijo y entendí que era una gran confianza de su parte, y en los últimos días hizo esa designación de los dos hombres que no le gustaban a Echeverría: Hank y Reyes Heróles.

JW: ¿Era tanto el poder de tus enemigos que orillaron al presidente a pedirte la renuncia aunque estaba entusiasmado con tu proyecto?

PML: Estaba sujeto a muchas influencias. Don Pepe es una personalidad que a veces se deja influir. La gente que lo rodeaba lo influía

mucho; no es ningún secreto, todo mundo lo sabe, y mi proyecto, para el nivel de desarrollo del sistema, les resultaba demasiado.

LF: En tu historia política has desbordado en varias ocasiones al sistema. ¿No piensas que en esto sucedió lo mismo?

PML: Pienso que hay que desbordarlo de una vez y para siempre.

LF: De ninguna manera es adulación: incorporando elementos de tu personalidad, tienes una concepción de los procesos políticos con base en tus recursos, especialmente brillantes, con cultura política, de modo que proyectas demasiado en el sistema, y a eso agrégale los recursos políticos que verdaderamente tienes a tu alcance.

PML: Es cierto: ésa es la parte que de alguna manera se me ha achacado, pero la gente tiene que jugar en su momento histórico con sus recursos y sus temperamentos, que son voluntad de cambio, porque si uno no lo hace se queda a medias. Visto en retrospectiva, no fue así cuando era joven, en el sentido de que tuve un avance gradual. Tú no puedes ver que en la educación no desbordé nada, ni en el servicio exterior la primera vez, ni en el Seguro Social ni como secretario del Trabajo, ni siquiera como subsecretario, pues estuve en los límites de permisibilidad que el sistema me dio. Eso empezó a ocurrir en 1975 porque había terminado un periodo y ya me había abierto, y me dediqué a aprovechar las oportunidades para hacer las cosas. Todavía en el partido fui conciliador, pero hice muchas cosas.

Hay que tener presente que la vida política, como la vida física, no es eterna, y no es que haya vivido con la paranoia de que el día de mañana me mataran o me diera un infarto, pero a partir de cierta edad un hombre debe dedicar el tiempo a hacer las cosas a fondo: ya no puedes consentirte un poco, como cuando empiezas. Esto, desde luego, no significa que hubiera llegado a la convicción de que la vida se me acababa, pero sí a un momento de desarrollo político en que tenía que aprovechar esas oportunidades para dar un jalón importante. Yo no sabía qué pasaría después, ni en cuanto a mi vida física ni en cuanto a mi vida política, pero mi ascenso y mi actividad fueron graduales y no traté, como lo refieres, de “desbordar el sistema”. Incluso cuando hice muchas cosas en Presidencia y acá, estaba dentro de los límites de permisibilidad, pero a

partir de cierto nivel me dije: “La oportunidad que tenga la voy a aprovechar a morir”. Igual verás que así sucedió en la ONU: hice todo lo que pude sobre la idea de que ese puesto y ese año de vida sería el último, pues la vida no está comprada. Se alteran y dicen: “En este 1988 quieres cambiar el sistema político hasta adentro”. Obviamente lo quiero cambiar en 1988, ahora mismo, porque no sé si después sea posible, si pueda seguir actuando en política. No sé si tendré vida un día o un año más.

JW: ¿Podríamos decir que descuidaste un poco tus relaciones con López Portillo en el primer año?

PML: No las descuidé, las traté de mantener en el nivel en que las teníamos, no palaciego. Él sabía que tenía diferencias de criterio respecto de los parientes en el gobierno y ese tipo de cosas, y siempre le di mi opinión; incluso rechacé respetuosamente a una o dos personas cercanas a él, que me recomendó, y le expliqué por qué. Acepté a uno, pero a otros no, y lo acepté razonadamente —no quisiera entrar en detalles—. Su hermana Margarita quería ser subsecretaria de Cultura, por ejemplo, y eludí esa posibilidad. Tuve como director de Conacyt a Edmundo Flores, quien me ocasionó muchos problemas. Por Edmundo me atacaron tanto, que más adelante valdría la pena hacer una reflexión sobre él: se me salía completamente del proyecto en un área tan importante como la de ciencia y tecnología, que yo quería vincular con todo el programa de superación académica, de educación superior en México. Ahí hubo un agujero, porque él se declaró en rebeldía desde el principio. Luego, lo de Guillermo López Portillo tiene una explicación sencilla: Guillermo es un hombre hiperactivo que había creado en la campaña electoral un grupo, el Grupo Quetzalcóatl, y se había conseguido autobuses, de modo que tenía una participación un poco autónoma en la campaña, lo cual ocasionaba distorsiones; incluso para el candidato llegó un momento en que le resultaba un problema, un mecanismo extra-institucional que acumulaba recursos. Llegó a un momento de molestia tal que lo había sacado de la campaña, pero no me pareció que ésa fuera la solución porque de todas maneras había que reconocer que sí logró reunir recursos y podía ser útil, sólo que convenía reubicarlo institucionalmente y evitar una idea de ruptura que podría ser explotada por los

medios con cosas como que ya había fisuras en la familia y esas distorsiones. Me pareció que se le podía dar una solución y le pedí al candidato que me dejara manejar el problema. Lo llamé, registré su asociación dentro de la CNOP y lo enmarqué institucionalmente; para milagro, su grupo se registró, se conservaron los recursos que había acumulado —pues es un grupo político— y se incorporó en el marco de la campaña de un modo bastante institucional, sin que se hiciera notorio. Guillermo se fue disciplinando gradualmente; por eso, cuando vino lo de la SEP, para que lo ubicara el presidente me dio un argumento ante el que ya no tuve una reacción de rechazo. Me dijo más o menos: “Mire, Porfirio, en toda mi vida he conocido a una sola persona que puede controlar a mi primo Guillermo y ése es usted, así es que se lo ganó y no me puede decir que no”.

El día en que salí de la SEP, Guillermo llegó a las 12 de la noche con una gran caja de botellas; me tomó un gran afecto, incluso después fue a reuniones de la Corriente Democrática. Logramos una buena relación, considerando que es una persona de temperamento desbordante, pero logré enmarcarlo dentro de un proceso político, y en efecto, me lo gané, como dijo el presidente. Dentro de todo, conmigo Guillermo se manejó con respeto, habida cuenta de que estaba en continua fricción con el presidente del Comité Olímpico Mexicano, el señor Mario Vázquez Raña, quien hasta entonces tenía la fama de ser el mejor amigo del anterior presidente y era ahora dueño de una cadena periodística, mientras que Guillermo era familiar del presidente en funciones. El problema se pudo resolver gracias a la solución política de invitar a un funcionario probo, imparcial, dedicado, como es Sergio García Ramírez, tan serio como funcionario que, cuando por accidente fue *destapado* como candidato a la presidencia, toda la opinión pública se volcó en su favor, lo que quiere decir que no tengo tan mal ojo.

JW: La dimensión de tu proyecto en la SEP, por trascender como un proyecto de nación que avalaba López Portillo, ¿en qué forma afectó y modificó el rumbo de su gobierno cuando tú renunciaste, con la lógica consecuencia de la cancelación del mismo?

PML: No tengo la impresión de que el proyecto original del gobierno del licenciado López Portillo se haya modificado tanto por mi salida. En el discurso de campaña de don Pepe, su proyecto no era el gran proyecto educativo. Claro que siempre sintió preocupación por la educación, y quizá el tema más recurrente era la importancia del maestro en la vida del país, pero no puedo decir que fuera un discurso predominante en la campaña. El discurso predominante en los temas de campaña, en cuanto que pueden diseñar un proyecto de país, fue sobre energía y alimentos, porque el de la reforma política existía pero tampoco tenía el primer nivel. Los temas que enunciaban un proyecto de gobierno eran las dos prioridades nacionales, energía y alimentos, y luego se fue abriendo paso la idea de aquel famoso programa de necesidades básicas, pero adaptado a las condiciones del país, que se expresó en la fórmula "Alianza para la Producción". Hablo retrospectivamente de los temas centrales de la campaña. En suma, dos prioridades nacionales, energía y alimentos, y un programa central de incremento de la oferta de productos básicos por medio de convenios de producción entre el Estado y el sector privado, que es una política importante porque ése sigue siendo uno de los grandes antidotos, si no el mayor, contra la inflación: un abasto suficiente de productos básicos. Además, el programa de energía fue cobrando cada vez más importancia, sobre todo en los rubros de hidrocarburos y alimentos. Esto se tradujo en excelentes iniciativas, como la del Sistema Alimentario Mexicano (SAM), que fue valioso pero no llegó a cuajar lo suficiente, en gran medida debido a la complejidad de la estructura administrativa con que se manejan los problemas del campo. En la medida en que el SAM fue un proyecto auspiciado por el presidente y por un grupo técnico de buen nivel, se logró un planteamiento suficientemente integral de los problemas relacionados con la producción, la distribución y el consumo de alimentos, pero no pudo modificar las estructuras administrativas en todo lo deseable. En última instancia, a ese proyecto le faltó operatividad.

Por su parte, el proyecto educativo no entraba como la gran prioridad en la visión original, pero se anunció como tal a partir del compromiso que adquirí con el gobierno al aceptar la SEP. Ahora bien, la

asignación de recursos nunca fue demasiado clara: tuve varias conversaciones con el equipo de Programación y Presupuesto, logré negociaciones de conjunto con el sector educativo y el grupo directivo de Programación y Presupuesto que encabezaba el licenciado Tello, y nunca tuve la impresión de que fuera una decisión de Estado darle esa gran prioridad a la educación. Todavía estábamos negociando en términos presupuestales nuestra prioridad, mientras que desde el principio estaba claro que el sector energético sí la tenía.

PERSPECTIVAS ACADÉMICAS Y LABORALES

JW: ¿Al salir de Educación te ofrecieron otro puesto en el gobierno?

PML: No.

JW: ¿Nada?

PML: No lo voy a decir. José López Portillo ha hablado de esto en público y lo escribió en sus memorias, ha hecho una reconsideración de ese momento que a mí me honra mucho; es un acto de justicia de su parte.

En los días anteriores percibí que la situación era muy difícil. Yo estaba en muchos proyectos culturales internacionales: en Estados Unidos había reunido a los principales dirigentes de los servicios culturales de ese país en una cena para hacer un convenio con cada institución. Empecé con el Lincoln Center, con el Metropolitan Museum, con el Museum of Modern Art, con la National Gallery, con el Carnegie; estábamos en un proyecto cultural educativo de dimensiones no vistas en el país y todos los días trabajaba a todas horas, la gente me buscaba. Ese día fue muy activo. Comí con una delegación francesa, cené con un secretario húngaro, inauguré en la tarde la exposición de Diego Rivera. El presidente acudió: me dijo, cosa rara, que no pasara por Los Pinos. Lo vi muy frío. En la noche, regresando de la cena, por una confidencia de un periodista que ya estaba advertido y que me fue a ver a la medianoche, supe que me pedirían mi renuncia. Me presenté a las nueve de la mañana. Tomé la decisión, muy sereno, de no confrontar, aceptarlo con

la mayor elegancia y retirarme, porque no era el caso pelear una posición de nombramiento del Ejecutivo: eso tiene consecuencias políticas que hay que asumir en su momento.

Me daba muy bien cuenta de lo que estaba pasando. Al presidente de la República le costó mucho trabajo decírmelo, empezó a darme una explicación. Interrumpí la conversación: “Señor, no hay ninguna explicación: usted es el jefe del Estado, usted me nombró. ¿A quién le entrego? ¡No, no! No hay nada que decir, absolutamente nada. Me voy como llegué. Aquí se acabó un proyecto, una relación y mi estancia en el gobierno federal. La vida es larga y pasan muchas cosas. ¡No! Simplemente, a pesar de todo mi esfuerzo, no me hice merecedor de su confianza como jefe de Estado y no lo llegué a convencer de que éste era un proyecto prioritario para el país, así es que termino”.

Reaccionó de un modo inesperado. Tenían preparado un boletín en el que me acusaban de que no había terminado unos reglamentos o no había presentado un informe de evaluación; era un pretexto. Él mismo dijo que eso no salía y fue muy amable: mandó llamar al secretario de Gobernación y le pidió que fuera conmigo a la secretaría y dijera que yo era un gran mexicano. Ahí está el texto: un republicano ejemplar y que el país me necesitaría, alguna cosa de ese tipo. Le dije adiós, renuncié y me fui. No hubo nada de nada, ni oferta ni nada. Mi propósito fue dejar que pasara el tiempo y tomar una decisión. Fueron días muy difíciles, fue muchísima gente a mi casa.

Salieron artículos muy fuertes en los periódicos, sobre todo internacionales; recuerdo uno tremendo cuya cabeza fue escrita por el propio jefe de redacción de *Le Monde*, André Fontaine,⁸ mi amigo de toda la vida, quien había estado en México para la toma de posesión y con quien había discutido cenando. Cuando vio mi renuncia como colofón de nuestra conversación, en la primera plana de *Le Monde* escribió: “Le gouvernement du Mexique tourne à droit” (El gobierno de México se va a la derecha), y en el subtítulo: “Le dernier ministre de gau-

⁸ André Fontaine (1921–2013). Historiador y periodista, jefe de redacción (1969–1985) y director de *Le Monde* (1985–1991).

che à quitté le gouvernement. López Portillo tourne à droit” (El último secretario de izquierda deja el gobierno. López Portillo vira a la derecha). Yo ni sabía. El periódico no se distribuyó, me dieron un ejemplar; había una fotocopidora en mi casa y la gente que iba sacaba copias para el gran enojo del señor secretario de Gobernación, que se sentía de izquierda y la gran figura del país, como se lo hicieron creer sus adoradores y como todavía mucha gente en México cree. La madrastra de Blanca Nieves, como digo siempre, el señor secretario de Gobernación Jesús Reyes Heróles.

Me sentí muy vigilado; no salía de la casa hasta que me habló el secretario de Gobernación y me pidió que nos viéramos, había una gran tensión social respecto a mi renuncia y una gran preocupación del gobierno respecto de lo que haría. Quiso que comiéramos en algún lugar: le dije que fuera a mi casa. Pasamos muchas horas hablando. Una conversación adecuada, correcta, propia. No niego que Reyes Heróles era un hombre inteligente, y con una relación de 20 años hablamos, como dicen en México, “a lo pelón”. Me preguntó qué pensaba hacer. Era la gran preocupación: qué haría yo. Había muchos policías alrededor de mi casa, y en una montañita de repente veía como bayonetas. Dije: “No tengo ni resorteras aquí, no es el caso”. Llegamos a una conclusión. Me dijo: “¿Qué piensa usted?” Le dije: “Se lo voy a poner muy claro: no voy a pelear”. “Lo que dijo el presidente es cierto, tiene un gran aprecio por usted, quiere que vuelva al servicio público.” Le dije: “Ya hablaré cuando sea conveniente. Tengo el proyecto de empezar a viajar, me han invitado universidades. Voy a salir mientras me alcancen los recursos, mis ahorros”. “¿Se quiere ir del país?” “No —le dije—, no tiene sentido.” “¿Está interesado en una embajada?” “No, ni mucho menos, ninguna. Mire, está fuera del país, de embajador, Gustavo Díaz Ordaz en Madrid, Luis Echeverría en la Unesco, Augusto Gómez Villanueva en Roma. ¿Qué clase de país somos? Vamos a respetarnos más.” “Tiene razón.” “Claro que tengo razón. Usted es un hombre de razón, es un hombre culto. Por favor: dos ex presidentes exiliados, cuatro ex funcionarios simultáneamente en un primer año de gobierno. ¿En qué país vivimos?” “Tiene razón, pero, ¿tampoco aquí?” “No. No quiero

hablar de esto con el presidente, me parece fuera de lugar. Ahora sí me voy. No necesito que me paguen el viaje ni mucho menos.” “¿Y qué piensa hacer?”

Me había hablado José Durand. ¿Conocen a Durand, el peruano que está en Berkeley? Fue compañero mío en Toulouse y vivió muchos años en México; historiador del siglo XVI, le decían *El Manatí*. Su hermano fue obispo de Cuzco. Conocí a Pepe hace mucho. Me habló; que lo leyó en el periódico. Primero me fui de vacaciones a la playa, unos 20 días a Manzanillo, y luego, en enero o febrero, a Berkeley y de allí a Stanford, en California di dos o tres conferencias. Viajé y vi a mis amigos gobernadores; pasé a ver a Raúl Héctor Castro, a Jerry Apodaca. Estuve invitado en Santa Fe. Pasé un mes y medio por esa zona de Estados Unidos, con mis viejas amistades: tenía relación con condados, gobernadores. No muchas, pero una red de relaciones. Veinte días en las Californias. Pasé por Arizona. Me fui a Nuevo México.

Al regresar me buscó el secretario de Gobernación. Le dije: “Usted es mi contacto con el gobierno; no quiero ningún problema. Tiene encargado vigilarme: mejor me hago amigo de mi vigilante”. Me dijo: “¡No soy su guarura!” Le dije: “Bueno, guarura grandote, pero es mi guarura. No quiero problemas con usted ni con el gobierno. Ni me rajo ni me voy ni peleo. ¡Ya! Denme por muerto. No me quiero meter con ustedes. Voy a organizar una vida académica”. Me dijo que el presidente quería platicar conmigo.

Entonces tuvimos una conversación de tono muy distinto, sumamente amable, como ha sido hasta ahora aunque veo muy poco a López Portillo, una sola vez desde que regresé de Nueva York y en una reunión pública. Me dijo que me había conocido realmente por mi reacción en la renuncia, que había sido un gran error, como parece que lo escribe, como lo ha dicho públicamente. Todas las explicaciones del mundo: que había sido fruto de las circunstancias políticas, que quería que yo me reintegrara a la vida pública lo más pronto posible, que había un paréntesis de uno o dos años, que le parecía una buena idea que yo siguiera siendo profesor universitario.

JW: ¿Cuándo ocurrió esta conversación?

PML: En febrero o marzo de 1978. Me dijo, señalando el retrato donde están los secretarios de Estado: “Antes de que termine el gobierno, usted tiene que estar ahí otra vez. Quiero que vuelva a ser miembro de mi gobierno”. Le dije: “Si las circunstancias se dan, y si puedo desempeñar una función...” Me contó sobre cierta ambivalencia sentimental porque él sí quería respetar mucho al presidente saliente, la prueba era que había nombrado como director del Canal 13 de televisión a Abel Quezada,⁹ que en su toma de posesión había hecho un discurso muy crítico contra el presidente anterior; lo mandó cesar y eso le valió una resaca del lado de sus propios amigos.

López Portillo tuvo problemas para manejar su relación con el pasado, y en ese contexto ubicó su relación conmigo. Lo que en esencia quedó de esa conversación fue que la razón fundamental de mi salida no era lo de Educación ni lo que hubiera avanzado, sino que mi presencia e influencia en el gobierno eran, para el conjunto de la clase política y los sectores que hacían presión —supongo que los empresariales, no sé si los internacionales—, una prueba irrefutable de la influencia de Echeverría sobre él. Así se leía y ése era el principal problema: era lo que estaba detrás. Entendí que una vez que lograra el equilibrio en su gobierno, quería que volviera, porque sentía esa deuda conmigo. Lo acepté sin estar totalmente convencido de que así ocurriría, pero me pareció una explicación convincente. Me preguntó: “¿Podría hacerme el favor, en este tiempo, de ser mi consejero? Puede viajar con mayor facilidad si yo lo ayudo en los viajes”.

Víctor Urquidí¹⁰ me había invitado a ser profesor asociado en El Colegio de México y empecé a viajar por el Colmex. Fui con Víctor a Río de Janeiro; a congresos, porque él tenía muchos viajes. Siempre que lo acompañaba o iba en su lugar, estaba directamente adscrito a la presidencia del Colmex. Tenía un cubículo que me heredó Jesús

⁹ Abel Quezada (1920-1991). Artista plástico. En diciembre de 1976 fue director de Canal 13 durante seis días.

¹⁰ Víctor Urquidí (1919-2004). Economista. Cofundador y presidente del Colmex (1965-1966).

Silva-Herzog Flores,¹¹ porque entró al gobierno de nuevo como director general de Crédito Público.

Estoy hablando de 1978. Era un grupo muy bonito; Jorge Castañeda¹² estaba ahí como profesor adscrito. Jorge, Jesús y yo, un ambiente muy agradable. Entonces el presidente me ofreció ser consejero para estudios especiales. Jesús regresó al gobierno en mayo de 1978, porque salió de Infonavit con muchos conflictos, pero ya estaba por allí Miguel de la Madrid. Cuando él entró, Mario Ramón Beteta¹³ había salido de Hacienda, también Julio Rodolfo Moctezuma Cid¹⁴ y estaba David Ibarra Muñoz.¹⁵ En ese tiempo De la Madrid fue subsecretario de Beteta, subsecretario de Julio Rodolfo y subsecretario de David.

Fue una época muy agradable de mi vida, muy creativa. Estaba en paz con el gobierno, en las mejores relaciones posibles con el presidente de la República —había manifestado un sentimiento de culpa y de deuda conmigo—, aunque con recursos económicos limitados; no me pagaban gran cosa, pero pagaban mis viajes. Podía aceptar cualquier invitación universitaria: ir a un congreso, a dar conferencias. Mientras más lejos estuviera, mejor. Tuve un año extraordinario, de muchas cosas que no había hecho. Viajé de nuevo a Sudamérica: un reencuentro académico en Brasil con mis amigos. Estuve como profesor huésped en el Instituto Universitário de Pesquisas, en Cebrap. Fui a Harvard, donde

¹¹ Jesús Silva-Herzog Flores (1935-2017). Licenciado en Economía. Director general del Infonavit (1972-1976), gerente general del Banco de México (1977-1978), director general de Crédito Público (1978-1979), subsecretario (1979-1982) y secretario de Hacienda (1982-1986). En 2000 fue candidato del PRI a la jefatura de gobierno del DF.

¹² Jorge Castañeda (1921-1997). Licenciado en Derecho. Profesor de la Escuela Libre de Derecho y de la UNAM, entre otras instituciones, fue titular de embajadas mexicanas como las de Egipto, Argelia y Francia, así como subsecretario (1976) y secretario de Relaciones Exteriores (1979-1982).

¹³ Mario Ramón Beteta (1927-2004). Secretario de Hacienda y Crédito Público (1975-1976) y gobernador del Estado de México (1987-1989).

¹⁴ Julio Rodolfo Moctezuma Cid (1927). Licenciado en Derecho. Secretario de Hacienda y Crédito Público (1976-1977) y director general de Pemex (1981-1982).

¹⁵ David Ibarra Muñoz (1930). Doctor en Economía. Secretario de Hacienda y Crédito Público (1977-1982).

tuve una estancia espléndida de una semana; ahí volví a ver a Wayne A. Cornelius, que estaba en el MIT. Tomé un *pie tee* con Samuel P. Huntington; conversaciones con gente, sesión especial con Carlos Marichal. Hubo una famosa sesión que hice al alimón con Carlos Fuentes, con Mario Vargas Llosa. Me trataron muy bien en todas partes.

Volví a Europa, visité a mis amigos socialdemócratas, presidí una mesa importante en el IX Congreso Mundial de Sociología en Uppsala, Suecia, di conferencias en el Instituto de Desarrollo Económico de París y empecé a interesarme en el petróleo porque ése era el tema, el crecimiento energético, y a hacer memoranda y estudios. En cada viaje hablaba como consejero del presidente. Me recibían muy bien en las embajadas; tenía conversaciones con funcionarios de gobierno. Fue un año completo, con la personalidad de representante del Colmex y consejero especial del presidente.

Me interesé en el tema de la energía. Cada vez que regresaba hacía estudios serios, responsables. Empecé a compenetrarme más en la evolución del pensamiento norteamericano en la Ciudad de México, a ver en perspectiva muchas cosas que desde México no veía: el mundo del petróleo, el cambio en la política energética de Estados Unidos. Estamos hablando de la época de Jimmy Carter y de una serie de equilibrios mundiales que estaban cambiando: el nacimiento de la idea de México como zona de seguridad doméstica de Estados Unidos.

Desde entonces y hasta ahora sigo asistiendo a reuniones de seguridad estratégica, invitado por mis amigos expertos de esta zona. Establecí y mantuve buenas relaciones con el sector académico americano dedicado a México y en otros países. Fui muy creativo: en esa época adquirí desde afuera la perspectiva de lo que estaba pasando en México.

Una historia apasionante. En aquellos días Víctor Urquidi me dijo: "Porfirio, tenemos un compromiso con Oxford, quieren un curso de México contemporáneo. Estuvo aquí el profesor que maneja los asuntos mexicanos. ¿Por qué no va usted?" Me gustó la idea, irme a Oxford mes y medio, dos meses; seis conferencias, una semana, más seminarios. Fue en marzo o en abril. Al final nada más di cuatro o cinco pláticas, de 1940 para acá. Mis viejos días académicos añorados.

EL SINDICATO DE MAESTROS

JW: Todavía no nos hablas a fondo de tu relación con el sindicato de maestros.

PML: El caso del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) es algo complejo sobre lo cual se ha exagerado mucho. De entrada, en mi criterio, los sindicatos del gobierno —no me refiero a la empresa pública— no son técnicamente sindicatos; ésta es una idea tajante que ahora explico. El viejo debate sobre el apartado A y el apartado B del artículo 123 constitucional, en el sentido de si el apartado B debía existir o si impone una excepción al mundo de la relación obrero-patronal, viene a cuento.

Habíamos hablado de Portes Gil, del concepto de empleado público que en aquella época cotizaba en el PRI. A Cárdenas se le planteó un problema, y la primera solución orgánica que le dio fue su decisión de expedir el Estatuto de los Trabajadores al Servicio del Estado, que no es propiamente el servicio civil pero les da estabilidad. En esa época se consideraba que cualquiera que llegaba al poder tenía el derecho de nombrar a todos los empleados, y que además los empleados le debían el favor al partido que gobernaba, así que tenían que cotizar para el partido. De ahí al Estatuto de los Trabajadores al Servicio del Estado hay una gran distancia; para el nivel de aquella época veo como muy avanzada la decisión de Cárdenas, porque dio estabilidad a los trabajadores de base del Estado y representó una profesionalización. Éstos ya no quedarían al arbitrio de quien llegara; les da derechos. Pero se creó la figura sindical, porque estaba en el espíritu de la época que todo conjunto de trabajadores organizados debía formar un sindicato. Sin embargo, no estaban regidos directamente por el artículo 123 de la Constitución sino que era un estatuto especial.

En la época de López Mateos vino la reforma: se creó el apartado B, que elevó a nivel constitucional el Estatuto de los Trabajadores al Servicio del Estado. Esa decisión no fue tan acertada, sino que se debió considerar a los trabajadores del Estado como relación obrero-patronal con todos sus derechos, o bien se debió pasar a la otra vertiente, crear

un servicio civil de carrera más estable y con una agremiación de los trabajadores del Estado de otra naturaleza, regidos verdaderamente por una Ley del Servicio Civil. El apartado B da la idea de un chipote en la Constitución, dejó el problema a la mitad del camino. ¿Por qué no son propiamente sindicatos? Por una sencilla razón: la facultad primera de un sindicato, que es inherente a su naturaleza, es la de contratar con el patrón las relaciones de trabajo, los salarios, etc. Los sindicatos de trabajadores del Estado no contratan las relaciones de trabajo con el patrón, eso es falso; el Estado, el Poder Ejecutivo, tiene las suficientes facultades reglamentarias para decidir unilateralmente los reglamentos de trabajo y hay un principio que se sigue, cuyas implicaciones en México han sido muy claras, que se llama la *soberanía presupuestal del Congreso*, de modo que formalmente el gobierno no pacta los salarios con los sindicatos de los trabajadores del Estado. ¿Por qué? Porque el que decide el presupuesto de egresos de la Federación, donde se fijan los salarios, es el Congreso de la Unión, de tal forma que el Ejecutivo propone una tabla de salarios al Congreso y éste decide.

Así, se da una curiosa relación entre los sindicatos de trabajadores del Estado, trabajadores del gobierno y el propio gobierno; se negocia y se hacen los demás rituales, pero las decisiones son unilaterales. Esto lleva a que la función de los sindicatos sea más bien la de vigilar el cumplimiento de reglamentos que el propio gobierno ha expedido, pero ningún reglamento de este carácter es contractual; se puede presionar al gobierno para que expida reglamentos o tome decisiones, pero las decisiones no son contractuales, que es lo propio cuando hay dos personas morales que pactan. Esto, que parece una formalidad jurídica, es muy importante. Por eso dentro de una secretaría de Estado los sindicatos son grupos de presión gremial que luchan por ciertas conquistas, mejoras o por la vigilancia del cumplimiento de los reglamentos, pero que no tienen la capacidad de pactar formalmente. Es curioso que, cuando se revisan los salarios de los profesores, el sindicato puede obtener lo que pidió o lo que el gobierno accedió a dar, pero de ninguna manera firman los dos porque no hay contrato colectivo, y al no haberlo, técnicamente no hay sindicato. Insisto, esto no es solamente una formalidad

sino que tiene que ver con la naturaleza y el funcionamiento de los sindicatos que, repito, realmente no son sino grupos de presión gremial. Incluso el derecho de huelga en el apartado B es prácticamente inexistente, así que los órganos de presión de una organización y los modos de relación de un sindicato con el patrón no existen. Esto lleva, además, a que en la complejidad del aparato del Estado estas organizaciones estén diversificadas.

En el caso de la SEP, ésta es tan grande y tan compartimentada que no se puede decir que haya un solo grupo de presión magisterial sino muchos, casi por departamento, casi por dirección. Es el equivalente, *mutatis mutandis*, de los sindicatos gremiales del pasado, los de ferroviarios antes de su fusión en uno solo en 1933 —si no me falla la memoria—, que eran uno de guardagujas, otro de rieleros, otro de maquinistas, etc. Si uno ve la relación en la SEP, es un conjunto de acuerdos casuísticos que se han negociado a través del tiempo con los profesores de educación física, reglamentos de trabajo en los tecnológicos y muchos más.

Ni siquiera hay un solo instrumento, una codificación del conjunto de las relaciones; no existe. De esa manera, el sindicato opera en la SEP como el coordinador o equilibrador de un conjunto de relaciones gremiales que se establecen a nivel de departamento, dirección, etc., pero además está metido en la administración: no hay una distinción clara entre sindicato y administración, porque a través de los años los dirigentes sindicales han venido influyendo en la designación de funcionarios intermedios, de modo que opera como un grupo de presión política dentro de la administración para tener elementos favorables. ¿Favorables a quién? ¿A los maestros? Es genérico decirlo. Funcionarios de nivel intermedio que fortalecen la posición de los grupos dirigentes dentro del sindicato. Para empezar, el sindicato no podría vivir si la administración no le concediera esas posiciones intermedias o influyera en las mismas; el sindicato vería cambiada su función de un modo claro si el gobierno le ofreciera un sistema de contratación colectiva de tipo global, donde realmente ellos adoptaran la función sindical y el gobierno la función patronal.

Yo dejé una reforma del artículo tercero que me fue bloqueada al final porque, seguramente, ya se pensaba en que saldría, y en ella intentaba resolver tres problemas: uno, la definición de la cultura nacional; otro, el de la autonomía de las universidades, y otro, el problema sindical, tanto el universitario como el de la SEP. Antes de pasar a esta reforma, quiero decir que no tuve un problema mayor con el sindicato, eso es falso. En primer lugar, el secretario general del sindicato había sido funcionario del partido y fue seleccionado por nosotros en otro contexto, cuando a mí ni siquiera se me hubiera ocurrido ir a esa secretaría.

Cuando llegamos al partido no pensamos en cambiar ni llevar a nuestros amigos, sino procuramos —por consejos que recibí, además— no nombrar a gente que nos señalara el presidente ni el candidato. Buscamos la renovación de algunos cuadros pensando en gente operativa del propio sistema que ayudara a la campaña, y en el caso de una secretaría, llamada de Acción Social, decidimos —estas cosas las discutíamos entre varios— que debería ser un líder social el que nos ayudara, y se nos ocurrió que el que más nos podía ayudar era el magisterial, dada la escasa capacidad de maniobra que, como ya anoté, tienen los otros sindicatos; éste era el que tenía más capacidad, sin que yo supiera bien a bien por qué. Después lo vi desde el otro lado, cuando me encargué de la SEP y conocí de cerca los abusos que se cometen, pero en mi experiencia política era obvio que el sindicato de maestros tenía una gran extensión en el país: era grande, operativo y podría ser de una gran ayuda en la campaña. Cuando el objetivo es sacar una buena campaña, se aplica un criterio especial en la búsqueda de colaboradores. Por eso el secretario general del sindicato había trabajado a mi lado en el partido y lo conocía de hacía años; aunque es mayor que yo, fue compañero de escuela, conocía sus defectos y cualidades, y él vio con buenos ojos mi llegada a la SEP. Sin embargo, en algún momento el presidente me planteó si sería conveniente que fuera subsecretario de Educación. Le dije que no, porque sería *poner la Iglesia en manos de Lutero*, además de que ése no es el premio que ellos esperan y sería revolver el caldo con las albóndigas. Le sugerí que aprovecháramos esa oportunidad, puesto que era del equipo, para darle un organismo descentralizado, como dirigente político, y nos

liberara Educación. En efecto, se le nombró director general del ISSSTE y quedó entendido, clarísimo —otro de los famosos entendidos que no se respetaron—, que ya no tendría injerencia en Educación, que inclusive haría una carrera política: se le insinuó en demasía que después iría de gobernador de San Luis Potosí, como fue.

Mi idea era la siguiente: había que resolver el problema de la sucesión en la dirigencia sindical de modo que no se eternizara a un líder, menos desde una posición ajena a la propia secretaría, porque implicaba establecer una distorsión tremenda si desde un organismo se influía en otro, y el presidente había estado de acuerdo. Le dije que ni líderes eternos que se van reeligiendo como los dueños de los sindicatos, ni alguien que deja de ser líder formal, válido de sus puestos públicos, y establece una especie de cacicazgo externo: buscaríamos que sexenalmente viniera un liderazgo sindical distinto que emergiera de las bases, que fuera renovable. Ése era el criterio del señor Torres Bodet, quien con el apoyo del gobierno tuvo dirigentes sindicales que, aunque eran de diversas calidades, estaban coordinados con el secretario de Educación Pública. Era muy claro para el sistema político que la referencia última del dirigente sindical era tratar con el secretario de Educación sin un poder externo a éste, porque de otra manera no lo dejaría trabajar.

Este esquema fue aceptado por el presidente y empecé a trabajar bajo ese entendido, pero tuve la sorpresa desagradable de que el secretario de Gobernación, Reyes Heróles, me comunicó por la red el nombre del nuevo dirigente sindical: no pensaba imponerlo ni mucho menos, sabía quién sería, pero me hubiera gustado estar informado antes que el secretario de Gobernación. Esto me dio mala espina. En efecto, durante la parte final de mi gestión empezaron a ocurrir cosas raras; desde luego, hablé con los maestros e invité a dirigentes sindicales, tanto de grupos mayoritarios como de grupos minoritarios, a la discusión sobre el Plan Nacional de Educación, pero no era un plan a discutir con el sindicato porque eso no es función sindical. Cuando algunos dirigentes sindicales tenían puestos de dirigencia magisterial, participaron, pero el sindicato como tal sólo estuvo en una posición simbólica, no para discutir

la concepción de la secretaría: ésa es una función distinta, y esto ya los tenía preocupados.

La negociación de aumento de salarios la hizo la SEP con la Secretaría de Programación y Presupuesto, pero el sindicato no tuvo mayor intervención; fue una buena negociación. Yo también sentía que teníamos un liderazgo natural: quizá ser hijo de maestros y haber conocido la secretaría por dentro me daba mucha seguridad en mi trato con los profesores, y sentí que había una relación de gran simpatía en todos los niveles. Conocía a muchísimos funcionarios intermedios de la secretaría, porque 10 años antes había estado en los niveles intermedios y en todas las áreas, igual en secundarias que en tecnológicos; había sido mi carrera y me sentía a gusto con los maestros. Quizá, del otro lado, los dirigentes del sindicato se sentían poco cómodos porque en realidad empezábamos a ejercer un liderazgo natural también sobre los maestros, así que sentí ciertas resistencias el día en que se presentó el Plan Nacional de Educación. Me dijeron que no iban a ir los del sindicato; me pareció raro y los mandé llamar. Le pedí al presidente que también les hiciera sentir la conveniencia de que fueran porque él asistiría a la ceremonia. Fueron, pero luego empezaron a pasar cosas raras, como festivales que organizaba el sindicato en alguna región sin avisarme, y nos pasaban la cuenta de los días no trabajados, que computé en horas de clase de los niños: eran cifras astronómicas, y los empecé a frenar.

Hasta ese momento, el dirigente histórico del sindicato, Jonguitud Barrios, que era director del ISSSTE, no participaba ni se metía, pero en las últimas fechas lo alentaron, contra lo que yo sostenía, a que se metiera, y empecé a saber que en la dependencia que manejaba se hacían juntas con dirigentes sindicales, que era totalmente lo contrario a lo pactado. Lo invité a platicar una noche: válido de una vieja relación, le dije que no se metiera y que de ninguna manera aceptaría que lo hiciera; que si lo hacía, entonces yo me metería en su dependencia. Simplemente se acabó, y no tuvo ni manera de chistar. Le dije que eso del dominio de Jonguitud era relativo. Ni siquiera digo si el gobierno me hubiera apoyado, sino que, si no se hubieran metido en mi contra, ese problema jamás habría surgido. Le puse un hasta aquí, la conversación

fue áspera. Le dije que la autoridad sobre los profesores y el resto del personal educativo era mía: "Tú no tienes nada que hacer aquí". El fondo era que lo estaban alentando contra mí. ¿Quiénes? No quiero saber, pero aun así, mientras fui secretario de Educación Pública, jamás tuve una manifestación de rebeldía; ajustes, pataleos, eso sí, es normal. Cuál no sería mi sorpresa cuando, el día en que fui llamado a Palacio Nacional para entregar la SEP, me encuentro con que están de testigos el dirigente formal y el dirigente real del sindicato, y que mi sucesor tomó posesión en presencia de ellos dos. Así se dio una marcha atrás fundamental, que se pagó carísimo.

Nada ocurriría en el país si se racionaliza la relación con los maestros; no sirven para ninguna forma de control, que además no es necesaria. Un pluralismo en la vida sindical de la SEP sería enormemente sano, pero son polvos de aquellos lodos. A varias autoridades del sector político, a los gobernadores de los estados, les parece cómodo y tranquilizante que haya especies de capataces que tengan ahí controlados a los maestros para efectos políticos. Me parece que todo eso es negativo. Quiero dejar testimonio de que es un problema de fácil solución: basta una decisión política y administrativa, reabsorber ese problema y crear una verdadera relación gremial con los maestros, que es necesaria. Es más, es indispensable, porque uno de los grandes problemas del sector educativo es esa intermediación, y cuando se hace una reforma, cuando se aprueba una iniciativa educativa, no hay manera de que llegue a las aulas, al maestro, porque interfiere una especie de capa intermedia de intereses creados que quita flexibilidad a esta relación.

Claro, se molestaron por otras cosas. Por ejemplo, estaba la Ley de Educación, que se había venido reformando y preveía la creación y el funcionamiento de la Confederación Nacional de Padres de Familia, formada por asociaciones de padres de familia de los estados. Esa ley era vigente pero no se aplicaba, así que pensé que era importante aplicarla y crear una Federación Nacional de Padres de Familia. Esto no se hacía por viejos prejuicios dejados por la educación socialista de aquella época debido a incidentes tan dramáticos como los de los maestros desorejados, pues a través de los padres de familia se podía propiciar la injerencia

del clero o de la derecha. Estas cosas con los años habían justificado, por una parte, una actitud dogmática del gremio magisterial, y por otra lo que llamo un gran burocratismo, en el sentido de que el maestro viene a ser la terminal de una cadena administrativa pero no hay diálogo a nivel de la unidad escolar entre los maestros, o hay muy poco, salvo que los directores, los profesores y la familia tengan ese espíritu.

Don Jaime insistía en el tema. En uno de sus más famosos discursos, dirigido a este propósito, una de sus frases más rotundas fue: "No hay momento más sagrado ni más solemne que aquel en que el padre de familia confía su hijo a la mano del maestro". Siempre insistía en la necesidad de esa relación entre el maestro y el padre de familia, que no existe en gran parte por la pobre condición de las grandes capas sociales. Se suponía que en aquella época la mayoría de los padres eran analfabetos, pero si esto se exagera y se dogmatiza es malo, porque así no hay responsabilidad del maestro ni de la unidad escolar frente a la familia y tampoco hay participación de la familia en la administración, el mantenimiento y el desarrollo de los centros educativos. Una de las grandes sorpresas del Plan Nacional de Educación, planteado por un hombre progresista, como se me suponía, era darle influencia a la familia en el mantenimiento de la unidad escolar y a la comunidad municipal en la gestión de la unidad educativa, o sea, un principio de descentralización y no esto que se está haciendo, que lleva a todo lo contrario.

Doña María Lavalle me ayudó mucho en estos cambios. Uno de ellos fue que rápidamente conformamos el equipo y en muy poco tiempo se eligió una Federación de Padres de Familia (Fedepaf) que desmintió los prejuicios. No hubo injerencia de la Iglesia ni del PAN: fueron los padres de familia. Salió electo presidente el de la federación del Estado de México, un joven médico del ISSSTE, muy inteligente, que correspondía al padre de familia de la clase media modesta, el conjunto de la educación en el país. Cuando instalamos la federación, invité a los directores federales de Educación. No estábamos creando una fuerza de oposición al sindicato, sino la otra cara de la educación: los representantes del educando. Después me enteré de que había puesto a temblar a esta mafia sindical: sería uno de los grandes instrumentos de la descentralización

educativa. Fue casi dos meses antes de salir, pero en esto no chistaron. Se fueron acumulando las preocupaciones. No me llegaron protestas: no sé si se las externaron al presidente por la vía de la intriga palaciega, por su relación con la Secretaría de Gobernación. Cierta contacto que tuvieron algún tiempo en Palacio, al que no quiero referirme, fue una persona bastante nociva en la historia reciente del país. Intrigaron por debajo del agua. Orgánicamente era un problema resoluble con un poco de coherencia, voluntad política y proyecto, y no haberlo hecho denota que se prefirió no atacar problemas fundamentales, mantener las inercias y los intereses creados.

SINDICALISMO UNIVERSITARIO Y SUBSIDIO A LA UNAM

JW: ¿Y el sindicalismo universitario?

PML: El sindicalismo universitario tuvo un origen distinto, en una serie de imprevisiones de la autoridad universitaria que se generaron con el cambio a Ciudad Universitaria (CU), cuando el estilo y el funcionamiento de las universidades cambió. En los viejos locales, un poco en la tradición de las universidades europeas, la casa grande era la facultad, con unos cuantos empleados relacionados con la autoridad académica; era un grupo muy modesto que hacía el aseo, traía los gises, abría las puertas. En la Facultad de Derecho, donde estudié, eran como cinco. A todos los conocíamos por su nombre, se les daba una pequeña propina para que abrieran la puerta. Casi todos eran personajes de edad, conocidos por generaciones; muy queridos, como parte de la familia. No aludo a *La cabaña del tío Tom*, pero había una relación casi doméstica.

Ciudad Universitaria multiplicó el número de empleados de un modo impredecible y sin ninguna previsión. Por ejemplo, ¿te imaginas el trabajo de jardinería que hay en la UNAM? Compara entre la antigua facultad, en el centro de la Ciudad de México, y el número de jardineros que requiere CU. Algún funcionario pensó contratarlo con compañías, como se hace en otras partes, que se encargan del riego y trabajan por medio de un contrato: se creó la relación obrero-patronal. Y así como hablo de jardi-

nería, hablo de los servicios generales para instalaciones tan amplias como las de la UNAM, que se multiplicaron decenas o hasta centenares de veces. Si en los viejos locales de la Universidad había 100 empleados, pasaron a 2000 y luego a 5000, y no se midieron las consecuencias de ese proceso. Hubo una proletarización del empleado universitario. Naturalmente, la lucha por los salarios y las prestaciones era del sector académico, es decir, los profesores; si había aumentos, se pensaba en el sector docente. Aquel vínculo doméstico pasó a ser un proletariado muy amplio, donde no se estableció una relación obrero-patronal. La sindicalización universitaria nació por la imprevisión de las autoridades, y cuando hay un conjunto de trabajadores manuales de esa naturaleza, es absolutamente legal y moral que se reúnan conforme a la ley.

JW: ¿Por qué tuvieron una salida violenta durante la huelga de 1977?

PML: Es un problema muy posterior. Tuve que ver con el problema del sindicalismo universitario como secretario del Trabajo. Evaristo Pérez Arreola, ex dirigente principal en CU y hoy miembro distinguido del Frente Democrático Nacional, consiguió audiencia conmigo y me planteó el problema. No era de ningún partido político, ni del PRI ni del Partido Comunista Mexicano (PCM); tenía vínculos con la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE) y se había dado a la tarea de la organización sindical de los trabajadores. Naturalmente, la Ley Orgánica daba a la Universidad facultades de contratar personal y de manejar sus relaciones internas: yo no podía intervenir. Di mi opinión. Se la di al rector, que entonces era Pablo González Casanova. En la Universidad hubo una reacción interna muy negativa por razones que no averigüé —algunos pensaron que era la manera del gobierno de inmiscuirse—; estaba la idea de la autonomía. Por otro lado, se cometieron algunos errores de una parte y de otra. Se trató de hacer un “sindicato blanco”, un grupo organizado por las propias autoridades universitarias. Con la distancia a la que mi función me obligaba, pero por mi amistad con el doctor González Casanova y mi carácter universitario, traté inútilmente de mediar en el conflicto.

Me olvidé del problema. Pasó el tiempo, vino un nuevo rector y el conflicto ya tenía otras dimensiones. El rector Guillermo Soberón, en

una actitud que siempre me parecerá muy atinada a sabiendas de que el conflicto crecía y de que había indicios de una sindicalización universitaria, le pidió al presidente un grupo de diálogo donde varios funcionarios del gobierno estuvieran presentes, con la idea —muy inteligente y apropiada— de que de todas maneras, por una razón o por otra, el gobierno estaba enterado de estas cosas, y de evitar injerencias indebidas. A nivel de diálogo, sin ninguna injerencia en la vida de la Universidad, discutimos ese proceso el secretario de Gobernación, el procurador de la República —encargado de las cuestiones legales—, el rector y un servidor. El doctor Jorge Carpizo, que era entonces abogado general de la Universidad, fue el secretario de esa comisión y la sindicalización del personal manual se canalizó con bastante acierto: la sindicalización del personal docente vino después. Fue un proceso en el que casi no tuve que ver salvo por una mediación amistosa en la firma del contrato. Estos hechos ocurrieron porque no se encontró otra forma de resolver los problemas planteados por una universidad de esas dimensiones, y la vertiente fue la obrero-patronal; si hubiera habido otras previsiones de organización de la universidad de masas, las formas de organización del personal hubieran sido distintas. Sin prejuizar, la simplificación del proceso de sindicalización fue una consecuencia natural del manejo que se le dio a la universidad de masas y era inevitable aceptar el proceso de sindicalización.

JW: ¿Qué influencia tuvieron en el nombramiento del nuevo rector los problemas en la Universidad? ¿Tenían influencia de fondos, de veto?

PML: ¿Quiénes?

JW: En Educación Pública.

PML: ¿El rector, o...?

JW: El secretario de Educación.

PML: Ninguna. Desde siempre la UNAM ha tenido autonomía presupuestal; no negocia su presupuesto a través de la SEP. Tiene un alto grado de descentralización y, como es tradicional, lo hace con la autoridad responsable, que es la Secretaría de Programación y Presupuesto. Históricamente, con la ley de 1929 —que era transitoria en su concepción y en su redacción— se dotó a la Universidad Nacional de México de un presupuesto de 10 millones para que en un periodo, y por medio

de una serie de donaciones, se volviera totalmente autónoma. Sin que se hubieran obtenido esos recursos, la ley de 1933 le dio a la Universidad total autonomía: dejó de ser una institución nacional, una institución pública. Sin embargo, al no haberla dotado de recursos, hubo una negociación con el Estado para que éste la volviera a subsidiar, siendo que no tenía vinculación con alguna institución pública en la época de Cárdenas: fueron las famosas negociaciones de Luis Chico Goerne,¹⁶ rector de la Universidad entre 1936 y 1938. Esto ocurrió hasta empezar con la ley de 1945: entonces la Universidad quiso, en la práctica, un grado alto de autonomía. Que yo sepa, nunca se ha negociado el subsidio a la Universidad a través de Educación; la negociación se hace directamente con la autoridad central y seguramente hay una conversación con el presidente de la República una o dos veces al año.

El problema es complicado porque la SEP sí tiene que ver con el presupuesto de las universidades de los estados, porque todas las universidades del país no podrían negociar con el gobierno federal. El sistema universitario nacional tiene un alto nivel de subsidio, y si el gobernador del estado viniera a negociar el presupuesto con el gobierno federal —es cierto que a veces ayudan a los rectores—, los pondría en una situación muy difícil, les complicaría sus problemas ser gestores de la universidad, como fue en una época.

Hay un mecanismo de negociación en que interviene la SEP. Este mecanismo se ha descentralizado gradualmente mediante la ANUIES y funciona bastante bien.

LA VOCACIÓN DE EDUCADOR

(17 de diciembre de 1988)

JW: Nos has hablado de tu convicción nacionalista y latinoamericanista; eso en cuanto a tus ideas. Y en cuanto a tu vocación, ¿dónde está, en la política, en la administración, en la diplomacia, en la cátedra?

¹⁶ Luis Chico Goerne (1892-1960). Abogado. Rector de la UNAM (1935-1938) y secretario de la Suprema Corte de Justicia (1947-1960).

PML: Más bien lo pondría como mi segunda convicción, porque van integradas: soy nacionalista y educador porque soy hijo de maestros nacionalistas, y sigo teniendo una fe absoluta y dieciochesca en la educación sólo propia del pensamiento ilustrado. La única fuerza capaz de transformar a una sociedad es la educación, pero lo sé no por una convicción iluminista que podría ser propia de la época de Rousseau, sino por una convicción sociologista.

No me cabe la menor duda, a través de una larga vida de funcionario y de maestro, que el índice que mejor denota o que mejor connota la evolución de una sociedad, su modernidad, es la tasa de escolaridad asociada a otra, que es la edad promedio de ingreso al trabajo. Si yo pudiera pagar una fundación —y se lo he planteado a algunos que tienen las posibilidades—, haría un centro de investigación sobre esas dos variables de desarrollo.

JW: ¿Es un proyecto ideal o has concretado algunas de tus ideas en alguna forma?

PML: Tuve ocasión de promover la segunda de las especialidades en El Colegio de México y crear un pequeño centro de educación sobre esto. Para mí, todas las variables de la sociedad que te indican modernidad en el terreno de lo cultural o de lo político, en el universo de la productividad, en el de la movilidad, en el del crecimiento demográfico, tienen como ejes dos variables estadísticas, que son la tasa de escolaridad y la edad promedio de ingreso al trabajo. No hay ninguna sociedad con tasas de escolaridad promedio superiores a 15 años que no sea una sociedad desarrollada. Tú vas empujando las etapas del desarrollo con base en tasas de escolaridad, ésa es la única manera de modernizar la sociedad; no comprando plantas productivas, pues ésas te las ponen. Tú puedes rehacer una sociedad de sus escombros si tienes una tasa de escolaridad superior a 15 años, y no tienes ningún otro índice de bienestar social más confiable que la edad promedio de ingreso al trabajo: si tomas estadísticas continuas de la Gran Bretaña desde la Ley Peel en 1819, que es la que prohíbe el trabajo a los menores de nueve años en las textileras, resulta que el curso de la Revolución Industrial es el corrimiento de las edades de ingreso al trabajo. Un país que tiene un promedio de 20 años

de edad de ingreso al trabajo es un país con altos niveles de desarrollo, de industrialización y de convivencia colectiva.

Para mí lo más importante que se dijo en México en este siglo, lo dijo Ricardo Flores Magón en 1906 en el incomprendido programa del Partido Liberal, donde dice que las dos condiciones de la modernidad en México son prohibir el trabajo a los menores de 16 años y dar escuela hasta los 16 años. La Constitución del 17 toma la primera de las hipótesis pero no la segunda, que es el enorme crimen que quise satisfacer en 77. Es absurdo que López Portillo no se refiera a la razón única por la que le acepté ser secretario de Educación Pública: cumplir la promesa de Flores Magón y dar educación a todos los niños mexicanos hasta los 17 años. Ésa es la razón por la que quise ser secretario de Educación Pública del modo más expreso: la secundaria obligatoria. Si el niño no está en el trabajo tiene que estar en la escuela, no puede estar en un tercer sitio.

La Revolución mexicana implicaba dos grandes promesas, una que el constituyente toma —la prohibición del trabajo a los menores de 16 años— y una que el constituyente olvida: la escuela hasta los 16 años. Insisto, Benito Juárez, en la Ley de Instrucción Pública obligatoria y gratuita, crea un modelo nacional sobre la base de la educación obligatoria de todos los niños que tarda 125 años en cumplirse, y la Revolución mexicana tiene un proyecto implícito. La Reforma fue la primaria obligatoria y la Revolución es la secundaria obligatoria. El meollo de la próxima etapa es que este país se salvará y progresará con la escuela universal de 10 años.

Si analizas la evolución de cualquier sociedad —socialista, capitalista, europea, etc.—, verás que hay una coincidencia: todos los índices de la cultura, de la economía y de la sociedad se acomodan a las tasas de escolaridad y no al revés. Ahora, sostengo que el único país cuyo fundador lo dijo con toda claridad es México: el tema central de Morelos es éste, es el único estadista que en su tiempo dijo que la educación, como primera de las obligaciones de la sociedad, debe ser apoyada por el Estado con todo su poder. El destino del pueblo en desarrollo que aspira a la modernidad, a la industrialización, a la integración social, a la homoge-

neización y a la democracia, sólo puede ser asegurado por una masiva, rápida y consistente ampliación de las tasas de escolaridad.

JW: Pero México va exactamente en sentido contrario; parece que los valores son financieros y punto.

PML: Absolutamente. Por eso nos salimos. Yo acepto volver al ramo educativo a condición de que se haga la escolaridad completa de 10 años. Cuando tomé la SEP, el porcentaje del PIB destinado a la educación era de 3.4% cuando la cifra indicativa en la Unesco era de 7 o 7.5%. Ahora estamos en 2.5%, y el retroceso del ramo educativo es correlativo del retroceso de todo el proyecto nacional.

JW: ¿Negociaste el presupuesto con el que trabajaste en la SEP?

PML: Trabajé con un presupuesto que ya estaba aprobado, y uno de los problemas que tuve fue la negociación del siguiente. Salí de Educación en pleno proceso de negociación. La última reunión que tuve con Carlos Tello, secretario de Programación y Presupuesto, fue en términos muy difíciles. Llevé a mis principales colaboradores, que eran personalidades nacionales, para darle toda la presión; estuvo Javier Bonilla, que hacía el presupuesto; Eugenio Méndez Docurro, a don Carlos Isoard, que era el auditor; a Sergio García Ramírez, a Víctor Flores Olea. Llevé 25 personas, la caballería pesada del sector educativo, y nos encerramos con Tello para ver qué nos respondía como conjunto (eso no lo narra López Portillo en su libro). Estábamos en plena negociación del presupuesto en el momento en que salimos, y lo que estaba en duda era si nos responderían o no. Ya estaba el diseño de las políticas, se había presentado el Plan Nacional de Educación y estaba en camino la cuantificación.

López Portillo dice en sus memorias que le pedí audiencia 15 días después para justificarme. No es cierto, lo que pasa es que Javier Bonilla me dijo que la acusación que se nos hacía era que no habíamos presentado la cuantificación. Cuantificamos todo el programa de educación, incluso en ramas tan intangibles como la promoción de la cultura, y me dijo Bonilla: “Está todo; nada más lo voy a encuadernar y usted lléveselo al presidente”. Como la decisión fue que solamente yo me fuera del gobierno, pero no mis colaboradores —les pedí que se quedaran en el gobierno porque no era el momento de la ruptura—, velé por que

cada uno tuviera una ubicación, me interesaba justificar el trabajo de todos. Así que a esa audiencia llevé la cuantificación del Plan Nacional de Educación para el año y líneas generales para el sexenio. Claro, era un monto muy importante.

Ahora estamos en el sentido contrario, ¿cómo no vamos a romper con ese sistema?, con un deterioro brutal del sector educativo. ¿Sabes cuánto gana un profesor en México en este momento en la educación primaria? 320 000 pesos; ¿cuánto es en dólares? Como 150 o 140 dólares. ¿Profesores de 150 dólares al mes? La pauperización del sistema educativo es señal de un retroceso en el esquema nacional de desarrollo, y es absolutamente intolerable. Mi chofer, el muchacho, ya no quiere trabajar conmigo en la tarde porque le falta dinero. Le dije: “¿Su mujer trabaja?” “Sí.” Yo sabía que era maestra. “¿Pues cuánto gana su señora?” “340 000.” Me quedé atónito. Ganan 140 o 150 al mes los profesores de educación primaria en México. ¿Te parece que puedes hacer educación con eso?

Mi lucha desde 1961, en que acepté la Subdirección de Educación Superior, ha sido por desmitificar la función de los ciclos educativos. Muy pocos escritores ahora se preocupan de estos temas. No quiero hablar de la Universidad ni del Politécnico, quiero hablar de ciclos educativos, porque mi enfoque de la universidad es el enfoque de un educador, al igual que mi enfoque en la educación secundaria.

En el centro de mi pensamiento sobre este problema están las siguientes reflexiones: primero, si la evolución cultural y política de una comunidad está señalada por el corrimiento continuo o por la base continua de las tasas de escolaridad, tienes que elaborar una planeación educativa que prevea la creciente universalización de todos los ciclos, tal como lo dice el programa fundamental de la Unesco para América Latina que hizo Torres Bodet. Entonces tienes que llevar a cabo una política que se compone, en países del nivel de desarrollo de México, de tres etapas: primero, la absoluta universalidad de la educación primaria; segundo, la generalización de la educación secundaria, y tercero, la ampliación del primer ciclo de la educación superior. Planteado en términos estadísticos, una sociedad es desarrollada cuando el promedio de escolaridad de

la población adulta es de 15 años cuando menos, y cuando la edad promedio de ingreso al trabajo es de 20 años. Quiere decir que la mitad de la población entra antes de 20 años y la mitad después, que es el caso de Estados Unidos, de Alemania, de los países nórdicos y de la Unión Soviética en el momento actual.

Lo que debes buscar es el acceso del mayor número de personas a ciclos superiores de la educación, llámenle universidad o como quieras. Obviamente, el tránsito del subdesarrollo al desarrollo pasa por la refuncionalización de la educación media superior y la del primer ciclo de la educación superior. Lo que en México ha ocurrido es que se confunde la licenciatura con un título de nobleza. La licenciatura en el México contemporáneo es exactamente el equivalente al *college*: es el ciclo que en una sociedad abierta y democrática cubren los estudiantes cuando cumplen 21 años. Pero en México existe una tara decimonónica por lo que hace al primer ciclo de la educación superior que no hemos podido romper por conceptos heredados del positivismo, predominantes fundamentalmente en la Universidad Nacional.

Mi propuesta de reforma educativa, cuando regresé de Europa y don Jaime me invitó, fue la refuncionalización de la licenciatura. Propuse en México una licenciatura breve de tres años, no aumentar un grado la preparatoria, que fue el error del doctor Chávez, al que me opuse como subdirector de Educación Superior y logré aplazar en una reunión de la ANUIES; la UNAM fue la única universidad del país que tuvo la preparatoria de tres años. El plan que yo promovía, en el que varias gentes del sector educativo —sobre todo mis amigos del Politécnico— estaban de acuerdo, era hacer una licenciatura corta y general: añadir un año a la preparatoria nos complicaba el problema, alargaba más el proceso. ¿Dónde se iban a poner los recursos? ¿A fortalecer una licenciatura corta y breve, a hacerla más parecida a lo que es el *bachelor* —o *la licence court* de Europa—, o a alargar la preparatoria, lo que va en el sentido opuesto a la historia? En última instancia, si se quiere alargar un ciclo educativo, se añade un grado en el nivel superior, no en el inferior, porque en el inferior la calidad es menor: era mucho mejor poner esos recursos en

el nivel superior y hacer dos o tres años propedéuticos en la licenciatura y no en la preparatoria.

Pero el doctor, que tenía una idea, digamos, muy noble, un poquito anacrónica de la preparatoria, creía que había que rescatar la *gran preparatoria* como un ciclo universitario, cuando estábamos luchando por desprender la preparatoria de las universidades, por razones que ya anoté, para evitar todos los problemas del pase automático. No hay que olvidar que si la preparatoria pertenece a la universidad, el bachillerato es un grado universitario y no se le puede adscribir al ciclo superior. Además está en la Ley de la Universidad, donde el acreditado en un ciclo tiene derecho al siguiente, es parte del mismo cuerpo; no se le puede negar el acceso a la maestría a alguien que pasó la licenciatura.

Yo pensaba mantener la preparatoria en tres y hacer una licenciatura corta y general de tres años, lo equivalente al *college*.

JW: ¿Con tesis?

PML: No, hombre, sin tesis. En todo el sistema universitario mundial la tesis sólo existe en el doctorado; en la maestría tampoco hay tesis, hay monografía nada más. Esto es un absurdo de la Universidad Nacional.

Logré hacer experimentos que ahí están: el programa de estudios del ITAM yo lo redacté en mi casa, en Cerrada de Xola, con el director de la facultad, Gustavo Petricioli, y el programa inicial de El Colegio de México, con tres años de licenciatura, lo redacté con Cosío Villegas cuando yo era un joven subdirector de Educación Superior, así es que no solamente lo hablé sino que lo hice. Gustavo Petricioli no me dejará mentir: el programa del ITAM, tan exitoso, lo hicimos a condición de expedirles su certificado de institución autónoma. Redacté también, de puño y letra, el certificado que concedió al ITAM la facultad de expedir grados y títulos universitarios, y también de puño y letra el decreto presidencial que concedió a El Colegio de México la facultad de conceder grados y títulos universitarios. Lo que pasa es que la vieja estructura universitaria del país, la de *los licenciados, los ingenieros, los arquitectos*, impidió la reforma.

La gran reforma es la refuncionalización de la licenciatura. Tomando como base un estudio histórico de la Unesco sobre la función de los

ciclos educativos en la historia de Francia, les expuse el siguiente teorema: ¿quiénes leían a Voltaire en el siglo XVIII? Los primarios, los que habían estudiado escuela primaria en Francia, que eran 10% de los franceses adultos. ¿Quiénes leían a Balzac en el siglo XIX en Francia? Los que habían estudiado secundaria, que eran 10% de los franceses. ¿Quiénes leían a Bergson en la primera mitad del siglo XX en Francia? Los que habían estudiado el liceo, que era 10% de los franceses. ¿Quiénes leyeron y estudiaron a Sartre en la segunda posguerra mundial? Los que tenían licenciatura, que eran 10% de los franceses; ¿y quiénes leerían a los autores más importantes de fines de siglo? Los que tuvieran el doctorado, que sería 10% de los franceses. Este libro, que es un análisis maravilloso que hizo Robert Escarpit, ex director del IFAL y fundador del Instituto de Comunicación de la Universidad de Burdeos, llegaba a la siguiente conclusión: la función de la primaria en el siglo XVIII en Francia, educativa, social y cultural y hasta económica, era la misma que la función de la secundaria en el XIX, la misma que la función del liceo en la primera mitad del XX, la misma que la función de la licenciatura en la segunda mitad del XX y la misma que el doctorado tendría a inicios del siglo XXI.

El mito de los ciclos educativos tiene que ser roto. Los estudios más prospectivos sobre la educación, que hace la OCDE —el grupo de Michel de Bouvet—, todos coinciden en lo mismo: la tarea de la planeación educativa es refuncionalizar los ciclos. A mí me invitaron a ser subdirector de Educación Superior, entre otras cosas, porque había tenido conversaciones muy ilustrativas con el entonces embajador Torres Bodet sobre la reforma de la educación superior en Europa. La reforma de las universidades francesas fue en 1956, la hizo Sarrailh; la reforma de la universidad alemana fue en 52 o 53. En alguna reunión le dije al embajador Torres Bodet: “¿Sabe qué están haciendo los europeos? Tomando el ejemplo de América”. “A ver, explíqueme.” Le dije: “¡Claro! Descubrieron que la evolución de la sociedad y la educación norteamericana creó un milagro que se llama el *college*, del cual entre dos guerras los europeos se burlaban, y que no es sino el producto de la generalización de la educación en ese nivel”.

Tal vez la más grave deformación del sistema educativo mexicano —que denuncié en un ensayo sobre la educación superior en México, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1961— estuvo en haber concebido ciento y tantas distintas especialidades en el nivel del primer ciclo de licencia. Es una barbaridad; ahora han de ser como 300, mientras todos los demás sistemas educativos del mundo tratan de universalizar el primer ciclo de la educación superior y generalizarlo en su terminal. Si haces 287 especialidades, al salir del *college* es una locura: en México hay licenciados en administración turística, en pesca submarina, cosas absolutamente absurdas.

Lo que hay que hacer en México es universalizar la educación básica de 10 años, generalizar la educación media superior, generalizar en consecuencia el primer ciclo de la educación superior y refuncionalizarlo como ciclos básicos de formación general. Y abrir las dos grandes opciones: el primer ciclo de licencia como base o tronco común para estudios posteriores, o como educación terminal, a base de un conjunto de instituciones de educación superior que no han sido creadas. Todo está dicho en el Plan Nacional de Educación. Eso es todo.

JW: Fuiste parte de una de las más connotadas generaciones de estudiantes universitarios, que, con el sistema existente y formados por éste, supieron crear cuadros políticos que han aportado cosas importantes a la vida nacional.

PML: Lo que pasa es que los cuadros políticos los creas en el segundo ciclo de la educación superior; es parte de la refuncionalización. Crearás líderes en el segundo ciclo, no en el primero: no en el *college* sino en el posgrado. Estamos casados con una idea decimonónica de la educación superior. Hay que entregar la licencia a la base social, hay que generalizar la licencia: el primer ciclo de la educación superior es para los grandes conjuntos. La formación de élites la salvas en el segundo o tercer ciclo. La reforma que me tocó vivir en Europa fue la creación de los tres ciclos: los europeos entendieron la lección norteamericana, cambiaron su sistema y convirtieron la educación superior en tres ciclos. Actualmente el primer ciclo de la educación superior, por ejemplo, en Japón está mucho más pegado al sistema educativo general que a la universidad;

se le llama universidad al segundo y al tercero ciclos, pero no al primero, porque ahí vas a tener cuatro millones de personas inscritas. ¿Cuánta gente hay inscrita en el primer ciclo de la educación superior en este país? ¿Cuántos estudiantes de *college*?

El primer ciclo de la educación superior, lo que llaman licenciatura, ya no funciona como formación de cuadros en México. Yo todavía me eduqué en una época donde el primer ciclo de educación superior servía para eso. Ahora ya no sirve, pues es un problema demográfico. Lo que sirve para formar cuadros es el segundo y llegará un momento en que sea nada más el tercer ciclo el que te funcione para formar cuadros. Lo que pasa es que tenemos una confusión entre una facultad en la que yo estudié, donde había 1 500 estudiantes, y una facultad de 25 000 en nivel de licenciatura. La maestría de la Facultad de Derecho equivale a la licenciatura de cuando yo estudié; todos los ciclos educativos cambian de función a través del tiempo, y la tarea de la programación educativa es entender cuándo un ciclo educativo ha cambiado de función y adecuarlo a la nueva. Eso es lo que no entienden los *lics*, los *ings* y los *arqs*. Ha habido una verdadera cerrazón de los dirigentes de la Universidad; mi gran escollo, cuando fui subdirector de Educación Superior, fue la UNAM y nada más que la UNAM.

Sobre esto me entendí en media hora con Cosío Villegas, y ahí está el plan de estudios. Cosío Villegas y yo habíamos planeado graduar licenciados en dos años —ahí están los escritos, hablo de cosas que están en la historia— y resultó ser un plan diabólico: nadie nos lo aceptó porque no entendían la función de los ciclos. La gente del ITAM sí lo entendió, por eso hicimos ese programa que ahora han deformado completamente, pero en el que pensamos una licenciatura de tres años. Hicimos el primer tronco común que hubo en México. Ahí quise dejar la impronta de la reforma de la educación superior que no pudo hacerse, y cuya gran dificultad fue esta mistificación medieval de la universidad.

Tienes que entender la educación superior como un sistema. La UNAM es un subsistema, la Universidad de Puebla es otro subsistema, la Metropolitana es otro y el Politécnico otro, al igual que los tecnológicos regionales. La educación en ese nivel puede tener 40 subsistemas.

Lo importante para un país es que, habida cuenta de su evolución demográfica, establezca su perfil del primer ciclo de la educación superior y lo funcionalice, y que además establezca un perfil progresivo.

Les decía: “Ni entienden lo que ven, ni ven lo que entienden”. Por ejemplo, vamos a hablar de medicina en México. Por razones de la necesidad del mercado, desde la época de Gustavo Baz, hace 30 años, ya funcionan en México los tres ciclos de la medicina, y ni siquiera los que lo ven lo quieren entender. El muchacho que termina su carrera de Medicina no sirve para nada, no puede ni poner una inyección porque no ha terminado sino la licencia. Es el equivalente a —como le dicen en Europa— una licenciatura en Ciencias Biológicas, que podría ser de cuatro años y es excesivamente larga, de cinco. No sirve, ni siquiera le dan título, nada; necesita un internado de pregrado, que dura dos años y equivale a la maestría —ahí se empieza a formar como médico—, y luego un internado de posgrado, cuando llega al hospital, que es el equivalente al doctorado. Incluso hay ramas de la educación superior donde, por las necesidades de la práctica, los tres tiempos están muy marcados, pero ni siquiera han entendido la lección de lo que está frente a sus ojos. Así hay que dividir todas las carreras en tres ciclos.

Es ridículo que las escuelas de ciencias políticas en nivel de licencia saquen a un señor que se llama licenciado en Ciencias Políticas y otro en Diplomáticas y otro en Administrativas. ¿Cuántos muchachos que egresan de la famosa licencia de diplomacia se dedican a las relaciones internacionales? Dos por ciento. Entonces, que no bromeen. ¿A quién están engañando? Todas las ciencias sociales deben tener una sola terminal, lo he dicho a voz en cuello desde el año 60, y no quieren todavía entender. Acabo de apadrinar una generación de Ciencias Políticas y se los repetí: es ridículo graduar en nivel de licencia a un muchacho en Ciencias Diplomáticas. “No más de tres —me dijo ahí tu amigo el director, porque estaba conmigo— de estos muchachos van a trabajar en la diplomacia.” Menos de 5%. Entonces, ¿para qué les llamamos diplomáticos?

Debe haber una sola terminal en nivel de licencia: administrativas, sociales, políticas, todas, y salvar la educación superior en el nivel de

maestría. Estamos engañando a los padres de familia y a los muchachos, estamos rigidizando el proceso educativo.

La solución son palabras grandotas, en las cuales se perdía Carpizo; por eso terminó como terminó. Le propuse que cinco profesores que lo entendemos, replanteáramos el problema de la educación superior en serio; que contratáramos a los 10 principales especialistas del mundo. Hay bibliografía sobre esto.

JW: El problema también es con el profesorado, que está haciendo política y no tiene tiempo para otra cosa.

PML: Si tú refuncionalizas el sistema, reduces en gran parte la política.

JW: Hay sindicatos aquí, hay sindicatos allá.

PML: Pero desconcentras el problema. Si refuncionalizas la educación superior, la desconcentras también. Entonces creas muchas unidades de educación superior en las cuales el sindicato no tiene más función que las demandas propiamente salariales y de las condiciones de trabajo, pero no tienes por qué meterlo a la definición de la vida académica.

JW: La Universidad ha estado implicada en los manejos de la política; ha sido objeto de manipulaciones, movimientos y conflictos que en el fondo originan intereses políticos o sindicales.

PML: Si como partido político me planteas el problema de la Universidad, te debo responder que la Universidad es autónoma y me inclino por un congreso universitario donde decidan sus problemas. Pero si me planteas el problema desde el ángulo de la educación, entonces no tienes el obstáculo de la autonomía; si te lo planteas como un gran problema educativo nacional, lo resuelves, incluso en el conjunto del sistema educativo, sin tocar a la UNAM. Es lo que yo planteaba en 1961. Por eso estoy por la desmitificación y nunca me he casado con el debate sobre la Universidad; claro, le propuse a Carpizo que hiciéramos un documento como profesores de la Universidad, eso sí, pero desde afuera nunca me lo he planteado, ni siquiera como secretario de Educación.

Cuando me plantearon esto en 1971, les dije: "Déjenme idear cuatro, cinco soluciones alternativas que en 10 años les descongestionen el problema". El problema número uno era la necesidad de descentralización

y especialización de la población de educación media superior en el área metropolitana. Les hice un proyecto que se llamó Infortes. ¿Qué era? Tomar a la población, al terminar la secundaria, para carreras de cinco años que abarcaran la preparatoria y dos más en centros educativos desconcentrados de la periferia de la Ciudad de México, establecidos en Azcapotzalco, Xochimilco, Toluca, etc. Con programas muy atractivos se descongestionaría un porcentaje importante de la educación secundaria, creando una educación media terminal de cinco años: un *college* con terminal muy marcada hacia la actividad productiva y vinculado, en el último grado, con organizaciones industriales o empresas públicas. Ese modelo no se adaptó. Luego me pidieron otro, simultáneamente, que finalmente resultó en la UAM. ¿Qué era? Responder al reto que representa la demanda creciente cada año de escolaridad en nivel de preparatoria y de licenciatura en la Ciudad de México, que te pone frente a dos alternativas: o la satisfaces, en cuyo caso estás ampliando indefinidamente la población de las universidades y contribuyendo a la centralización de la actividad en el Distrito Federal, a la macrocefalia, o no la satisfaces, en cuyo caso te crean escuelas libres como las preparatorias populares, etcétera.

Para solucionar este problema hicimos todo un modelo —tuve un equipo de planeación de la educación muy fuerte— que se llamó *desconcentración gradual*. Hacemos una primera cadena de instituciones autónomas de educación superior unidas en una institución rectora, en la periferia de la ciudad; luego hacemos una segunda cadena en ciudades alternativas, y luego una tercera. De esos proyectos, por ejemplo, sólo quedó la UAM, y la UAM ha absorbido hasta el momento no más de 10% de la población de la UNAM en sus tres unidades: Azcapotzalco, Xochimilco e Iztapalapa. Si los dos proyectos originales, Infortes y el de establecimiento de autónomos —que se resumieron en la UAM— se hubieran desarrollado desde 1971, cuando los planteé, hubiéramos absorbido más de la mitad de la demanda de educación superior en el valle de México y en toda el área metropolitana.

Los problemas educativos no los puedes resolver metiéndote sólo a una institución; tienes que resolver los de cada institución y descon-

gestionar con soluciones alternativas un proceso demográfico que se plantea en términos de demanda educativa. ¿Cuántas universidades hay en Boston?

LF: Importantes, 34.

PML: Bueno, 34. Si nada más hubiera una, ¿qué pasaría? Pues un congestionamiento brutal. ¿Cómo se resuelven los problemas educativos? De la misma forma en que se van resolviendo los económicos: multiplicando la oferta, creando con imaginación modelos educativos.

La Unesco publicaba anuarios de educación en el mundo —hace 20 años que no los publican, y eran fantásticos— con organigramas, y tú veías cómo en los países más evolucionados, en el nivel de la educación básica —salvo la educación especial para niños minusválidos o de excepción—, en el tronco todo era igual; en educación media básica había dos o tres variantes, según zona rural o zona urbana, y en educación media superior, entre más evolucionado era el país, veías más variantes de modelos educativos. Es que si no tienes variantes se te congestiona el sistema, porque es tu punto de encuentro entre el mundo de la educación y el mundo del trabajo.

Lo que ha faltado es imaginación y creatividad en la programación educativa. El problema de la UNAM sería hoy mucho menos grave si hubiéramos tenido la constancia y la visión para inventar, para idear, imaginar modelos alternativos de educación en nivel medio superior, y si hubiéramos logrado desmitificar y refuncionalizar el primer ciclo de la educación superior.

El gran problema de la educación en México es que nos ha faltado hace tiempo una dotación suficiente de recursos y claridad, lucidez sobre la creatividad en materia educativa. La educación se salva por la creatividad: la educación es un ejercicio cotidiano de la creatividad, tienes que estar innovando. El sistema educativo mexicano se ha rigidizado enormemente. Como secretario de Educación me di el lujo de recibir a todos los que tenían escuelas con modelos nuevos —escuelas activas, Montessori— para invitarlos a la creatividad.

La educación se salva por la invención de modelos alternativos que descongestionan problemas. El problema de la UNAM es como el de la

Ciudad de México, resultante de todas las imprevisiones, una ciudad de 10 millones de habitantes. ¿Y ahora qué hago con ella? Le doy servicios: si se los doy, viene más gente; si no se los doy, se mueren de hambre. Entonces tienes un problema acumulado de 50 años de imprevisiones que se llama Ciudad de México; un problema monstruoso de contaminación, de vialidad. De la misma forma se ha creado un problema gigantesco que se llama UNAM.

¿Cómo habrías resuelto el problema de la Ciudad de México? No en la Ciudad de México, sino con base en modelos de desarrollo alternativo. No los tuviste: ahí tienes el problema. Ahora, no los puedes resolver de la noche a la mañana con una varita mágica: si llega un regente a la Ciudad de México y dice que va a resolver todos los problemas, pues es infantil. Carpizo se equivocó de medio a medio. Se lo dije las veces que hablé con él. Decía: “Aquí lo que quiero es excelencia”, pero es una universidad donde los sueldos son mínimos, las relaciones entre los cuerpos docentes y los cuerpos de investigación está rota, donde un sindicalismo que se malentendió, al final ha sobrepolitizado a la Universidad y hay cantidad de problemas acumulados por imprevisiones y por una macrocefalia brutal. La culpa del sistema educativo en su conjunto es haber permitido que la UNAM llegara a ese punto.

Nada más te hago una pregunta, para que no creas que estoy hablando de fantasías: Iztapalapa, Xochimilco y Azcapotzalco, que eran parte de un modelo que me tocó diseñar en varias partes y luego plantearse al secretario de Educación, se hicieron en dos años. ¿Qué hubiera pasado si se hubiera seguido todo el modelo según el programa original?

JW: Pero comenzando de nuevo.

PML: ¡Claro, comenzando de nuevo! Presenté el programa del Infortes y el de los establecimientos periféricos, que son complementarios, en la primavera de 1972; yo era subsecretario. Lo tenía estudiado desde mi adolescencia, si de algo sabía era de eso, y se lo dije al presidente: “Mi primera chamba fue ser el responsable de la educación federal, y era mi sueño de joven. Mi primer libro es sobre la educación superior”. Así que, junto con mi viejo equipo, le hicimos el *draft* del proyecto. Primero se tardó, luego, por razones políticas, se convirtió en la

UAM, luego se la dieron a Ramírez Vázquez. Todavía Ramírez Vázquez y Enrique Álvarez del Castillo, primer secretario general, tuvieron instrucciones de ir a mi casa —siendo yo secretario del Trabajo— a discutir los programas. Enrique y Pedro fueron porque se me considera el creador original de ese proyecto.

¿Sabes cuántos establecimientos pudimos haber hecho de 1975 a la fecha? Estamos en 1988: 25 establecimientos coordinados, bien des-concentrados. Si simplemente se hubiera adoptado con continuidad una parte del programa que se me pidió hacer, en este momento tendríamos entre 20 y 25 establecimientos tipo UAM Xochimilco o UAM Iztapalapa, que hubieran descongestionado el problema. Y no los tendríamos sólo ahí sino además en Cuernavaca, en Toluca, en La Mar-quesa, en Tlaxcala; habríamos descongestionado considerablemente la plétora del Distrito Federal.

Pero claro, cuando no hay continuidad en los proyectos, cuando no hay una visión de lo que se quiere, los problemas te comen y siempre estás contra la pared. Quiero saber quién le entra ahora al problema de la UNAM: yo, desde luego que no. No aceptaría; no tengo ahora los requisitos académicos, porque nada más tengo dos años de dar clase. Pero, desde luego, si una chamba es inmanejable, es la de rector de la UNAM.

JW: Hay unos que dicen, en la misma UNAM, que la única solución es acabar con la Universidad como está construida y comenzar de nuevo. Que no funciona nada.

PML: No lo creo. Una profesora española de una gran calidad, María Teresa de Borbón Parma, estuvo en México tres meses; se fue anteayer. Es profesora de la Universidad Complutense en España, trabaja con Raúl Morodo; es politóloga de muy buena calidad. Estuvo en la UNAM, adscrita con Pablo, para ver el fenómeno mexicano: tenía un trimestre de sabático y dudó entre ir a la Unión Soviética, a ver la *Perestroika*, o venir acá. Vino muy bien equipada, bien informada, y se lleva las bases de una investigación muy seria. Pablo y yo la conectamos con muchos centros; fue a reuniones con nosotros. Está muy impresionada del nivel de los profesores de la UNAM: ahí es exactamente al revés, creí que estaba bromeando.

JW: Hay buenos profesores, es el sistema de educación el que no funciona.

PML: “Encontré un nivel de competencia con la gente de la UNAM que no hay en la Universidad de Madrid”, me dijo. Es una mujer muy seria, pero le dije: “Oye, ¿hablas en serio?” Me contestó: “Porfirio, te juro que te estoy hablando en serio; tengo tres meses aquí, hablé con 30 o 40 profesores, y son de una gran calidad”.

JW: No hacen un promedio confiable 40 entre 26 000 profesores.

PML: Claro, lo que pasa es que habló de los niveles donde ella se maneja. Vuelvo a lo mismo: no confundamos, la licenciatura es un ciclo popular y general, el primer ciclo de la educación superior; el equivalente al *college*. Es otro el problema. Tenemos una mistificación del concepto de licenciatura, pero la educación superior se salva al nivel de la maestría. Tiene que haber un *college* muy consistente, pero donde haya otro tipo de requisitos académicos.

Ella habló con profesores que tienen acceso a la maestría, que publican, es cierto; pero por el conjunto de personas con las que habló —gente de Economía—, se llevó una impresión notable del nivel académico de la UNAM. Incluso fue a la Facultad de Derecho a hablar con gente con la que la recomendé; asistió a seminarios y quedó muy impresionada. Será que, en general, el profesor universitario mexicano es listo.

El material humano es bueno; es el sistema el que no funciona. Pasa como con nuestros inmigrantes que llegan aquí, se ponen a chambear, rápidamente ganan más dinero, se meten en la industria y son muy estimados, y allá son medio baquetones porque el sistema no funciona. O como los profesores universitarios de calidad en la Facultad de Ciencias Políticas, allá no les hacen mucho caso, y llegan aquí y tienen un gran éxito.

El doctor Chávez nos partió por el eje, por eso tengo una idea mítica de él. Logramos convencer a otras universidades de que no aplicaran el bachillerato de tres grados; durante uno o dos años sólo lo aplicó la UNAM y hubo un acuerdo de la ANUIES, en una sesión célebre a la que fui, por cierto, donde se acordó no hacerlo extensivo al país. Esto duró poco tiempo por razones fácilmente entendibles, fundamentalmente

por la influencia nacional de la UNAM, y segundo, por la necesidad de homologar el sistema; pronto el sistema se homologó sobre tres grados de educación preparatoria. Desde el punto de vista de mis proyectos sobre educación superior, ése fue el principal obstáculo.

Cuando la Universidad Veracruzana separó la preparatoria, siendo Fernando Salmerón el rector, estábamos en un gran movimiento para ello, ¿y quién se opuso? Ignacio Chávez, con su idea de la preparatoria de los años veinte, que era el cuerpo de la Universidad. Si se hubiera tenido la sensibilidad y la autoridad en 62 o 63 para separar las preparatorias de la universidad, habríamos resuelto un problema gigantesco. La prueba es que Carpizo me invitó a comer y me dijo: “Porfirio, tengo este proyecto, ¿qué le parece?” Le dije: “Mal, mal, ¿para qué se plantea usted el pase automático? Ése no es el problema, es un derivado del problema. El problema es el vínculo entre la preparatoria y la universidad. Si no le entra al problema de fondo, no se meta, Jorge, está haciendo una tontería. Está como el cohetero, no resolverá nada y los va a confundir a todos”.

La Ley Orgánica de la Universidad dice que el término de un ciclo da derecho al ciclo posterior, y esa ley no se podrá modificar. Es un problema viejísimo, desde que yo era estudiante. Si separas la preparatoria de la universidad, puedes establecer tus propias condiciones de ingreso; mientras no las separes, no. Ahí están el modelo que hicimos en los sesenta, el voto de una reunión de la ANUIES aprobando nuestro proyecto, y las primeras universidades que lo hicieron. ¿Quién se opuso? Chávez. ¿Quién creó la preparatoria de tres años, abusando de la Universidad? Chávez, el ídolo de la UNAM. Tienen los ídolos que se merecen. Simplemente manda la preparatoria al sistema de educación media y se acabó.

JW: Frecuentemente se toman decisiones de mayor prioridad política que académica.

PML: Sí, pero, ¿por qué no se han separado de la política? Ha sido la UNAM la que no quiere, no el gobierno. Lo planteamos desde el gobierno federal, cuando yo era subdirector de Educación Superior. Está escrito. Y la prueba de que tengo razón es que varios consejos universitarios

lo aprobaron y cuando menos una universidad lo hizo, la Universidad Veracruzana, con Salmerón o todavía Aguirre Beltrán como rector. Luego propuse a Salmerón como mi sucesor en la División de Educación Superior, lo propuse como el rector modelo, y le siguió Rafael Velasco Fernández; a Rafael me lo traje de la ANUIES. Lo acaban de correr: era subsecretario de Educación Superior pero no le hicieron caso. Creamos toda una línea de pensamiento, pero ¿quién fue la reacia, la rejega, la tradicionalista? Pues la UNAM. La misma UNAM se crea los problemas que tiene.

JW: Hay unos rectores que han hablado de usar a la Universidad para modernizar la sociedad, sacando gente preparada para la nueva sociedad a competir en el mundo. Y éstos son los términos en que habla Salinas, su lema es “el Presidente de la Modernidad”, pero es de hace años.

PML: No he oído ningún discurso de Salinas referido a la Universidad. Francamente, no.

JW: Se está hablando mucho en México de modernización.

PML: Bueno, la modernización de Salinas, por todo lo que se le ha oído, es falsa, es la adopción de un modelo neocolonial; es la modernización del *sha* de Irán. Es decir, un sector de la sociedad involucrado en los procesos modernos, asociado a la transnacionalidad, asociado a fenómenos de exportación, incluso con alto consumo de importaciones —que se está abriendo— y que no será más de 10% de la sociedad, y el resto sumido en un enorme atraso. Es exactamente el concepto de modernidad que tenían las sociedades coloniales: un sector vinculado a la metrópoli con todos los satisfactores, y el resto de la sociedad, que trabaja de modo subserviente.

Estamos frontalmente opuestos al concepto de modernidad que deriva de la doctrina neoliberal de De la Madrid y de sus émulos. Consideramos que en un país en desarrollo con un pasado colonial tan vigoroso, la única línea de modernización que no se puede seguir es ésta: la modernización eleva las capacidades de toda la sociedad, significa luchar por una mayor homogeneidad social, por la elevación de las tasas de escolaridad y por la productividad de la base social, no de las élites. Todo otro modelo que se tome es catastrófico, es excluyente.

JW: Hay estudiantes que salen de la universidad que saben de computadoras, saben de las nuevas metodologías, de lo que está pasando en la ciencia y la tecnología en el mundo, y no tienen nada que ver con la tasa general de escolaridad, pero tienen la capacitación; son la gente mejor preparada para ayudar a México a competir en el mundo.

PML: Pero separas de nuevo a la población en dos, con una élite universitaria al servicio de procesos que son necesariamente transnacionales, porque el tipo de apertura de la economía que están haciendo no te lleva a la consolidación de la empresa nacional, de ninguna manera; te lleva a la consolidación de empresas vinculadas a procesos transnacionales. Son las empresas que tienen acceso a los mercados, las que tienen una posibilidad de renovación tecnológica, etcétera.

JW: Pero tener una tasa de escolaridad de hasta 10 o 17 años es la modernidad de hace 20, 30 años, no de hoy.

PML: Bueno, pero no puedes proceder por saltos; tienes que pasar por estadísticas continuas, por etapas que otros países ya pasaron, en la línea que esos países pasaron. Estados Unidos accedió a la modernidad cuando tuvo una tasa de escolaridad general alta y un nivel muy amplio de integración de sus mercados y de consumos sociales. Este país no podría sostenerse como gran potencia mundial si no tuviera un mercado nacional amplio, fundado en altos consumos sociales y una productividad alta por habitante, así como un nivel de integración social muy extendido.

JW: Pero al sacar la preparatoria de la Universidad, hablas de darle a la Universidad un matiz de élite.

PML: No, al contrario, porque vas a ampliar también la licenciatura; lo que pasa es que la preparatoria —o segundo ciclo de educación media— ha tenido una ampliación enorme y ya no cabe funcional ni orgánicamente dentro de las instituciones tradicionales llamadas universidades. Es decir, no hay —no conozco en el mundo entero— universidades que se encarguen de educar a los muchachos de 16 años. Debes entender que el país ha retrasado 25 años la integración de su educación básica. El modelo educativo para esta fase de la evolución del país —y ya está retrasado cuando menos 20 años— es tener una educación

básica obligatoria de 10 años, lo que significa contar con una educación pública, universal y gratuita que globalice primaria y secundaria en establecimientos unidos o separados según sean áreas urbanas o rurales, obreras o no.

Luego, necesitas una educación media superior autónoma, distinta de la educación básica obligatoria que abarcaría hasta la secundaria, y de la educación superior propiamente dicha. Esa educación media superior es un tramo fundamental en un país en desarrollo, donde necesitas promover un conjunto y variedad de instituciones que te aseguren la adaptación al trabajo de la mayor parte de las personas que salen de la educación básica, y que te aseguren también una formación intermedia para quienes accedan al primer ciclo de licenciatura.

Es lo que intentamos hacer de un modo indicativo cuando creamos el Colegio de Bachilleres, o ahora, en el sexenio pasado, que crearon Conalep.¹⁷ Instituciones como estas, y muchas otras más, absorberían a la población que sale de la educación básica, mantendrían a la mayor parte hasta una edad de 17 o 18 años en la escuela, y darían a la mayor parte de ellos salidas hacia actividades productivas; para eso necesitas muchos modelos educativos adaptados a toda la variedad de demandas que la sociedad te presenta, en el campo y en la ciudad, y luego iniciarías tu educación superior en otro nivel, con un primer ciclo de licencia. Pero uno de los problemas no resueltos, o pésimamente resueltos, es el de la educación media superior: al no tener modelos alternativos suficientes, los alumnos se agolpan en las preparatorias que están ya adosadas a las universidades. Necesitas ofrecer un conjunto de salidas a ese nivel y garantizar legalmente el acceso al trabajo.

Una de las herencias decimonónicas más retardatarias que tenemos es la llamada Ley de Profesiones, la cual categorizó o consagró como actividades susceptibles de protección por parte del legislador solamente a quienes terminaban su ciclo de licencia en determinadas especialidades, y no previó que la evolución al mismo tiempo de los aparatos económico y educativo exigirían protección al acceso privilegiado a ciertas

¹⁷ Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica.

actividades económicas de distintos grados de especialidad. En 1963 se nos encargó un nuevo modelo de Ley de Profesiones que hasta la fecha no se ha adaptado, donde preveíamos cuatro categorías distintas protegidas por la ley: la del obrero especializado, la del técnico medio, la del técnico especializado y la del profesional propiamente dicho. Entre más desarrolles tu modelo educativo con distintas variables, también tendrás que proteger a quienes egresan de esos ciclos educativos, dándoles acceso a determinadas actividades productivas. Se trata de refuncionalizar el sistema educativo a ese nivel.

JW: Hablas de la teoría, pero en la práctica no funciona nada.

PML: Bueno, porque no se ha hecho, pero lo poco que se ha hecho funciona. El Colegio de Bachilleres sigue funcionando, con defectos y con errores; el modelo de la Universidad Veracruzana funcionó y el Conalep —no es proyecto mío, sino de mi sucesor en la Secretaría de Educación, pero tomó una parte del Proyecto Nacional de Educación y le dio forma— funciona; no es cierto que esos modelos no hayan funcionado. Lo que pasa es que han sido insuficientes la creatividad de modelos y la decisión política para reformas más estructurales al sistema.

JW: Pero el modelo más importante es la UNAM.

PML: Ése por desgracia no funcionó, pero esto no es un argumento en contra mía.

JW: ¿Para hacerlo se necesita una dictadura?

PML: ¿Poder político? No, no. Nosotros lo hicimos, te digo, si yo y mi equipo hubiésemos quedado en Educación Pública todo eso se habría logrado, pero se opusieron factores que lo impidieron. Así es, pero esas cosas se pueden hacer, no me digas que son imposibles; si no, estamos condenados. Todo se puede hacer. Hay muchas cosas que son factibles y lo hemos probado. ¡Claro que se pueden hacer! Ahora, requieren una política, una claridad de concepción, una buena inversión del poder político, no una dictadura.

En educación superior no pude hacer las transformaciones que hubiera querido porque en realidad la Dirección de Educación Superior no tenía competencia sobre las universidades del país, que son autónomas, ni sobre el Politécnico Nacional. Teníamos una gran vinculación

con los funcionarios del Politécnico, compartían nuestras preocupaciones. Entonces me dediqué, sobre todo en la parte administrativa, primero a crear una Oficina Técnica de Educación Superior, que no existía: fue donde empecé a contar bibliografías, a hacer estudios comparados sobre educación superior, a exponer estudios sobre la legislación comparada y la educación superior en México, a analizar en coordinación con la Dirección de Educación de Asuntos Internacionales —que por esos meses se creó como instancia de reflexión y análisis— la bibliografía internacional, los volúmenes de la Unesco y los estudios comparados.

Por lo que hace a la administración de unidades educativas, dependían de mí directamente las preparatorias federales, que impulsamos mucho; fueron creadas por el general Cárdenas particularmente en la frontera norte, donde no había universidades, para que los muchachos se quedaran a estudiar a ese nivel sin necesidad de pasar del otro lado.

Hicimos un plan de reconversión de preparatorias federales a escuelas técnicas de nivel medio: los primeros proyectos sistemáticos de multiplicación de las oportunidades o de los sistemas de educación terminal en la educación técnica media, media superior, son de nuestra época, tanto de elementos muy distinguidos de la rama del Politécnico como de nosotros.

En aquel entonces, por ejemplo, lo que es educación media de carácter terminal o subprofesional, como se le llamaba entonces —terminología que abolimos, por lo de “subprofesional”—, 60% eran maestros normalistas, 30% eran enfermeras, 15% trabajadores sociales. Entonces conocimos un sistema en el cual había multiplicación, a ese nivel, de lo que se podía llamar la educación media en México. De esos equipos surgieron muchas iniciativas posteriores como Conalep, sistema de educación terminal a nivel medio que funciona bien.

LF: Porfirio, desde nuestro punto de vista, y buscando un poco el consenso, nos parece demasiado humanitarista que en tu pensamiento le des tanta fuerza y peso a la voluntad política cuando hay factores estructurales trabajando obviamente en contra de que funcionen estas reformas, por un lado, y por otro, ¿dónde está la capacidad de absorción del mercado de esta fuerza laboral?

PML: El mercado tienes que ampliarlo paralelamente, eso es cierto. Desde luego, esta política educativa corresponde a una política de desarrollo coordinado, si no, es contradictoria. Pero voy a suponer que tienes un desfase del mercado, incluso durante periodos largos: lo que estás produciendo es gente más capacitada para el mismo nivel de empleo.

Cuando te dicen —es un ejemplo clásico de los planeadores de la Unesco— que si tomas un taxi en Suecia es frecuente que te encuentres a un doctor manejándolo, esto no debe ser motivo de escándalo; quiere decir que la misma función social en un país más desarrollado está ejercida por una gente con mucha mayor escolaridad. Si, como ya empieza a ocurrir en ciertos países industrializados, habrá un promedio de educación de 20 o de 21 años algún día, es obvio que toda la sociedad tendrá nivel de licenciatura y eso será un gran avance, independientemente del mercado de trabajo. Cualquiera que sea la actividad productiva —la multiplicación de las actividades dependerá por supuesto de otros factores—, el nivel de productividad, la calidad de la vida, la calidad de la participación política, la capacidad de realización personal, familiar y social de los individuos en una sociedad determinada será mucho mayor.

Pero es un problema distinto al del mercado de trabajo. Ya hablamos de Fourastié, que reivindica el derecho a la cultura y la realización humana. Dice que llegará un momento, al final del siglo, donde en ciertas sociedades todo mundo tenga nivel de licenciatura, y qué bueno, porque en cualquier actividad humana la gente va a tener 15 o 20 años de escolaridad; habrá campesinos con 15 años de escolaridad. Qué bueno que lean a Sartre, filosofía, que puedan optar democráticamente y sepan quién fue el doctor Freud, por ejemplo.

No veo en qué eso contraría la tesis que estoy dando. El corrimiento de las edades de escolaridad te lleva a una sociedad de mucha más alta calidad de vida y con mayor índice de productividad por habitante, independientemente de cuál sea el nivel del mercado de trabajo. O como dice Nashman —cito para que no crean que estas cosas son de un loco imaginativo; son los libros más importantes sobre educación superior— en *L'éducation supérieure, pour quoi faire* —un libro revolucionario, que le valió a su autor ser nombrado subdirector de la Unesco

para Planeación: un gran clásico de la educación—: lo único que hay que entender es que en una sociedad desarrollada la licencia no da acceso a un empleo privilegiado, da un nivel de capacitación para cualquier empleo.

En Estados Unidos no puedes salir del *college* y decir que quieres ser doctor en Medicina: sales del *college* en este país con un nivel de capacidad que te permite entrar al mercado de trabajo. Si estás en una expansión del empleo, te da acceso a un mayor número y gama de empleos; si estás en una época de contracción, pues te da un acceso a un menor número de empleos. Pero no porque tengas un *BA* vas a escoger un empleo especial, sólo significa que tienes un más alto nivel para desempeñar con más eficiencia tu trabajo.

JW: O estar más insatisfecho con el trabajo que tienes.

PML: Ahí depende de otros factores: la educación para adultos, la realización democrática. No digo que el progreso esté ausente de problemas. Si vives en la selva y pasas a vivir a la ciudad, no dejas de tener problemas; los tienes distintos, propios del progreso. Cambias de un nivel que se llama selva a otro que se llama ciudad. Obviamente el progreso plantea sus propios problemas, pero nadie está en contra del progreso aquí.

JW: Hay que distinguir entre una gran masa que está mejor capacitada, pero no tiene trabajo o tiene subempleo.

PML: ¿Qué es el desarrollo? Tenemos que ir a conceptos básicos. El desarrollo es la evolución de los hombres. Una sociedad desarrollada en sus capacidades tiene una base humana para el progreso; si no, carece de ello. Uno de los ejemplos más socorridos en el terreno de la planeación educativa o en la teoría de la inversión social es el de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial. Un ejemplo prototípico, no por socorrido menos cierto, es el de la Alemania de la posguerra. Ahí tienes toda la planta industrial, todas las ciudades destruidas, un Estado nacional decapitado, una población diezmada y un gran hueco generacional, como en toda Europa, pero tienes una población disciplinada, con una tasa de escolaridad promedio de 15 años, extraordinariamente apta para el trabajo; a esa sociedad humana le inviertes, y tienes el país más prós-

pero del mundo. ¿Qué quedó en Alemania? Quedó la sociedad, la tasa de escolaridad, la productividad por hombre ocupado. La gente cree que la última Olimpiada la ganaron los soviéticos pero no, la ganó Alemania. Tercero y cuarto lugar son las dos Alemanias; suma el número de medallas y superan por el doble a la Unión Soviética, y por el triple a Estados Unidos. Perdón que dé un ejemplo tan elemental, pero así es. ¿Qué quedó después de la guerra? Nada, ni un centavo: fábricas destruidas, ciudades arrasadas. Pero tenías un pueblo preparado. El desarrollo no es otra cosa que la evolución de los hombres, la preparación de los pueblos. Creo profundamente en lo que estoy diciendo, y además veo difícil que se me demuestre otra cosa.

ORÍGENES DEL RÉGIMEN AUTORITARIO MEXICANO

JW: ¿Cuándo comenzó el autoritarismo en el sistema político mexicano?

PML: Hay quienes califican al sistema mexicano, a tabla rasa, como una dictadura de partido y un sistema autoritario, pero francamente no he creído que viviéramos en una dictadura de partido. Lo diré de otro modo, porque son dos partes de lo mismo: en mi trabajo como profesor de Ciencia Política traté la explicación histórica del sistema más que su juicio ético.

A lo largo de los años como profesor de Ciencia Política, para mí fue claro que se trataba de un sistema autoritario. Ahora, ¿en qué sentido es autoritario? ¿Con qué consecuencia? Todo mi análisis partió de la conformación del poder en la época precolombina a la naturaleza del poder virreinal y de la estructura de poder del virreinato, que me interesó más como antecedente de la estructura política del país que el propio siglo XIX; ésa era una de mis grandes divergencias con Reyes Heróles.

El XVI me pareció el siglo más importante de la historia de México. La estructura y la naturaleza de México como país se definen en el siglo XVI, ésa es mi convicción: las relaciones entre las clases, la relación con la propiedad, con el territorio; la concepción del poder, hasta la

ideología nacional comienza a definirse en el siglo xvi. Siempre me ha parecido apasionante y aleccionador el estudio de ese siglo, pues nada ilustra más sobre lo que es el México de hoy que las lecturas del xvi. Ahí se meten en la olla los elementos de la nacionalidad; están los españoles, los mestizos, las castas, la Iglesia, el poder sobre el territorio: todas las relaciones esenciales de la sociedad mexicana con el poder y con el concepto de poder vienen de ahí. Bueno, hay unas grandes transformaciones, el xix es muy importante, obviamente, y falta el gran libro sobre la formación de las instituciones políticas. *La transformación social del conquistador*, de José Durand, ilustra mucho; *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas*, de José Miranda, me parece un fundamento para cualquier investigación del futuro; *La herencia medieval de México*, de Luis Weckmann, dos tomos fenomenales; pero el gran estudio sobre la formación del poder en México en los siglos xvi y xvii, el régimen de los Austrias, está por hacerse.

Me preocupó explicar el porqué de los modos del ejercicio de la autoridad en México más allá de la literatura liberal; cuáles eran las formas de poder real en el siglo xix. No caer en la trampa sólo de los fenómenos de la superficie sino analizar los procesos de pacificación del país, el control militar territorial, la disolución o no disolución de los cacicazgos, las transferencias de la propiedad de la tierra: ir al fondo de las cosas, siguiendo a los discípulos del maestro Fernand Braudel. Ése fue el tipo de estudio que me importó del siglo xix, no tanto Francisco Zarco, por decir, pues me interesan mucho los discursos de Zarco, pero me interesa más quién era el dueño de la tierra, al estilo Chevallier. Me interesa saber quién mandaba en Guerrero y quién mandaba en Coahuila en la época en que Zarco decía discursos, cuál era la base de poder sobre la que ganó Juárez, qué formas de caciquismo se ejercían; quién era Juan Álvarez, cuál es el sustrato político de la revolución de Ayutla. Estudiar más la estructura del poder en el país que la literatura política. Hay que entender que me formé en un ámbito cultural específico, en la época en que estaban de moda los estudios de Reyes Heróles y el de Cosío Villegas sobre la Constitución de 1857. Después me fui a Francia, donde tuve mucha relación con esta dimensión de la historia económica y

social y con los informes de los consulados —entonces se acostumbraba estudiarlos—, a los que se asomaron Francisco López Cámara y el propio Luis Weckmann; los informes que los doctores daban sobre la realidad del país, no sobre la idea literaria que nos hacemos del transcurso histórico de los sucesos.

Mi enfoque del sistema político mexicano no fue justificatorio en el sentido de perdonar, condonar o ignorar las deficiencias del sistema por sus antecedentes. Fue un enfoque más científico: explicar el sedimento autoritario de la historia del país. Cómo se conforma la autoridad virreinal, cómo se conforma realmente la autoridad en el siglo XIX, cómo Porfirio Díaz no es sino la conclusión lógica de todo lo que pasa en el siglo XIX —Porfirio Díaz no es una ruptura, como estructura de poder es la consolidación natural de lo que había ocurrido antes— y cómo se consolida el poder posrevolucionario después de Venustiano Carranza. Atrás de ello hay la convicción de que el país se movió entre dos grandes tradiciones políticas: la autoritaria y la libertaria. Un país con un sinnúmero de guerras civiles, de rupturas del orden público, de protestas colectivas, y al mismo tiempo con una sedimentación histórica y ancestral de poderes autoritarios. Explicar esa dualidad: cultura autoritaria, cultura libertaria y culturas de la conciliación en la historia del país. Por ejemplo, Huntington me fue una lectura útil. Este concepto de poderes autoritarios en transición hacia otras formas de poder político fue muy útil para quienes estábamos metidos en el estudio de sistemas políticos latinoamericanos, pero en mis cursos siempre apuntaba a que cuando se alcanzara el paso evolutivo a la transmisión del poder por la vía democrática, ese día cambiaría la historia de México.

En mi curso siempre me detenía en una frase de Justo Sierra donde dice que el hecho que dejó una huella profunda en la vida del país fue cuando Manuel Gómez Pedraza fue despojado de su triunfo electoral en 1828 y se le dio fraudulentamente la victoria a Vicente Guerrero. Justo Sierra, que escribió esto en 1905, dice que en todo el tiempo transcurrido desde la Independencia jamás ha habido un cambio de poder por la vía democrática, y como nunca lo ha habido en el siglo XX, esto

quiere decir que nunca ha habido en México, desde la Independencia hasta ahora, devolución del poder por la vía democrática.

Ésa es la tarea de mi vida: lograr que haya devolución del poder por la vía democrática. Lo que pasa es que haberlo logrado esta vez implicaba la guerra civil, pero la próxima no lo implicará. Hace 30 años tengo la convicción de que ése es el cambio sustancial en la historia del país, de que eso es lo que rompe una inmensa tradición de autoritarismo y de reproducción de poder autoritario. Por eso necesitamos tomar muchas vitaminas estos cuatro o cinco años, para que en la próxima elección no haya ninguna posibilidad de que las cosas no ocurran como deben ocurrir. Estoy cierto de que habrá otros problemas enormes en México, pero el día que logremos que haya una devolución del poder por la vía democrática, habrá cambiado la historia de México, y eso lo haremos en los próximos cinco años con la contribución de todos ustedes.

CONCEPCIÓN Y PAPEL EN LA HISTORIA

(19 de diciembre de 1988)

LF: ¿Por qué te consideras un representante del pueblo?

PML: Lo soy. Votaron 1 200 000 personas por mí. Creo haber dicho que siendo muy joven, niño, y leyendo libros de historia, definí mi vida como estar en esos libros. Tan sencillo como eso. No he aspirado en realidad al poder, no he aspirado a la riqueza: he aspirado a la historia. Puedes estar en la historia sin tener poder; puedes ser un mártir. Yo, de un modo deliberado, quiero tener y he querido tener un papel en la transformación de mi país.

LF: Pero es la más grande aspiración de cualquier gente.

PML: Los políticos no aspiran a la historia, no es cierto, y esto alguna vez lo he hablado con jefes de Estado en México; no sé si con Miguel de la Madrid, porque no creo que sea capaz de tener esta conversación. Por ejemplo, Echeverría tenía la preocupación de la historia pero de una manera mecánica. Aspirar a la historia es otra cosa, y yo he aspirado a la historia en un sentido amplio, no en ver mi nombre en letras

de molde sino lo que un joven, un adolescente percibe, que es incorporar su vida al proceso de la historia, tener un papel relevante en la transformación de su país, que sea recordado. Puedes ser un gran artista, también es válido y estás en la historia; puedes ser un gran científico, y estarás más en la historia que miles de políticos. Si hubiera tenido una carrera científica, por ese camino hubiera aspirado a estar en la historia de la ciencia; si hubiera sido un escritor, habría aspirado a estar en la historia de la literatura.

LF: ¿Qué tan consciente estás de los papeles del poder?

PML: Lo digo con toda honestidad: el poder no me ha interesado como poder, y la prueba es que donde he estado he hecho una bola de cosas, hasta tontas, que me han quitado poder. Siempre he buscado la transformación de las cosas.

LF: No hubieras influido en la transformación histórica del país sin insertarte en los círculos de poder.

PML: Quién sabe. La opción no fue fácil. Ahí no estoy de acuerdo, te lo digo francamente, porque estás simplificando algo que para mí fue complejo decidir y que ha sido el problema de muchas generaciones de mexicanos: el cambio por dentro o el cambio por fuera. No llegué a México diciendo, después de estudiar en París, “voy a entrar al poder”. Ya he explicado que no es así, ni me inserté. No pensé necesariamente en un camino burocrático. Esto no es cierto.

JW: Pero te pensabas como administrador público.

PML: Tuve varias ilusiones de joven.

LF: Y tenías la concepción histórica.

PML: No. Siempre en torno a la historia. Lo diré de un modo claro: cuando era niño, adolescente, no tuve vocación científica, por desgracia; desde joven empezó a surgir en mí la idea de la historia. Ya he narrado que me llamaban la atención los presidentes de México. Un profesor de escuela me lo dijo pero, desde luego, no tuve una idea lineal —nadie la tiene— del futuro. Como no tenía una vocación científica, me quedaban dos alternativas: la artística y la política. De adolescente creí tener ciertas dotes artísticas, fui orador y declamador. En algún momento me interesó la vida artística pero no era un destino que me

pareciera apetecible, quizá por el medio en que vivía, y además la vida política estaba dotada de valores adicionales.

Recapitulando con algún alumno, llegué a la siguiente conclusión: en la juventud tuve —por razones de tipo familiar, por la influencia de mi padre, por el universo intelectual de mi casa— cuando menos tres orientaciones o alternativas en mi vida pública que alimenté en distintos momentos: una, la de hacer una carrera dentro del sistema —lo que llamas “insertarte en el sistema”— para transformarlo desde dentro. Como joven funcionario, me gustaba mucho la personalidad de López Mateos y me seducía la imagen histórica del general Cárdenas. Dentro de esa perspectiva vital, un prototipo que hubiese seguido era el de llegar a ser un Cárdenas con las armas de un López Mateos, porque yo no era un general de la Revolución ni había vivido esa época. Es decir, hacer de una carrera como la de López Mateos una obra como la de Cárdenas. Ése sería un ideal, un paradigma.

El otro paradigma era hacer, con las armas de don Luis Padilla Nervo —al que curiosamente mi padre le tenía gran admiración, porque leía sus discursos en la ONU—, una carrera como la de Torres Bodet —de parlamentario internacional— que me llevara a la dirección de un gran organismo internacional y que estuve a punto de tener. Ése fue otro paradigma que cultivé.

El tercero nunca fue demasiado claro, pero quizá fue muy persistente a lo largo de mi vida; no había ninguna figura nacional que encarnara ese paradigma —tal vez Lombardo Toledano, por el que mi padre tiene una gran admiración—: ser el fundador de un movimiento de oposición. Y digo con quién lo comenté, un discípulo que quise mucho y que ahora es compañero de partido: Ricardo Valero. Hace años llegué a esta conclusión platicando con él; nunca había hecho esta confidencia. Finalmente, aunque no triunfé en ninguna, la vida me dio la oportunidad de hacer las tres: fui considerado precandidato a la presidencia de mi país, fui precandidato a la Secretaría General de la ONU y estuve haciendo un movimiento de oposición en México que ha tenido un cierto éxito, acompañado de otros amigos.

EL FUNDADOR DE CENTROS DE INVESTIGACIÓN

JW: ¿Hay algo de lo que aportó Europa a tus concepciones educativas que quisiste aplicar en México?

PML: Cuando estaba en París, el doctor Mario de la Cueva me recomendó visitar el Instituto de Ciencias Sociales del Trabajo, que era una dependencia universitaria y no tenía la amplitud ni la intención directa de formar administradores públicos ni de inferir de modo tan inmediato en la administración pública y privada del trabajo, sino que era una institución universitaria para graduados del tercer ciclo. Desde entonces me llamó la atención el desarrollo de esa ciencia. Aquí hay, por una parte, un antecedente intelectual, y por otra un antecedente administrativo. El antecedente intelectual, que no puede olvidarse, es que mi maestro por antonomasia, el doctor Mario de la Cueva, además de haber sido un distinguido universitario, rector, director, profesor de Derecho Constitucional, teórico del Estado, fue esencialmente el mejor especialista mexicano en derecho del trabajo y secretario de la Primera Sala del Trabajo de la Suprema Corte de Justicia. Para mí, el mejor libro de derecho escrito en México en los últimos 50 años es *Derecho mexicano del trabajo* de Mario de la Cueva, que contiene doctrina, jurisprudencia, teoría, filosofía, derecho comparado, todo; es un libro magistral. Es el libro de un *Herr Professor*, la metodología integral de la ciencia jurídica. Podrá ser criticado por tener demasiada teoría o filosofía, pero es un libro absolutamente ejemplar.

El maestro De la Cueva, en su participación en la reforma de la Ley Federal del Trabajo, que culminó en 1970, introdujo la idea de un Instituto de Estudios del Trabajo. Estaba previsto en la ley; yo no lo inventé. Cuando llegué ya había un Instituto del Trabajo, pero un instituto modesto destinado a la formación de personal, y lo convertí o quise convertirlo en el gran centro de investigación y de formación de personal de alto nivel y de investigadores que requería esa rama de la administración.

JW: ¿Llevaste esta idea para hacer una historia de la Revolución?

PML: No.

JW: ¿O del partido?

PML: No. Creé otra institución dentro de la Secretaría del Trabajo, que era el Centro de Estudios Históricos y Sociales del Movimiento Obrero (CEHSMO), con Alejandra Moreno Toscano como subdirectora y Enrique Suárez Gaona en la dirección. Hasta donde recuerdo, el CEHSMO correspondía a alguna alusión o preocupación del propio presidente, quería un mayor acercamiento con los dirigentes obreros; alguno le había contado —no sé si el de la CROM— de algunos archivos, y creo que fue idea del presidente o alguna sugerencia que me hizo: “Oiga, licenciado, ¿no podríamos tener un fondo o algo para todas estas historias del movimiento obrero y hacer libros?” Me propuso que hiciera algo con la biografía de los líderes que también les fuera grato: esa parte no la tomé, la de construir un “monumento biográfico”, por ejemplo, a Fidel Velázquez —no me pareció una idea edificante—, pero tomé lo bueno y consulté con Fernando Zertuche, historiador, que era el oficial mayor. Me dijo: “He pensado en lo mismo. Se lo había dicho el presidente al anterior secretario del Trabajo y habíamos pensado en el asunto. Podríamos hacerlo de este lado”. Hicimos el CEHSMO no para maquillar biografías de líderes, sino para tener elementos de juicio verdaderos. Incluso tomamos una decisión clara: para no politizarlo ni abaratarlo, lo acreditamos comenzando por el siglo XIX. Prácticamente durante el tiempo que fui secretario del Trabajo, el CEHSMO tuvo como preocupación el siglo XIX. Nos fuimos hasta la huelga de Cananea, nos metimos seriamente en algo que no era discutible con lo que hacíamos, en lugar de construir un monumento a la CTM o a la CROM.

Quiero volver al INET. Fueron cosas distintas. El INET fue también la ejemplificación de un proyecto que había hecho como subsecretario de la Presidencia. Al término de la campaña electoral, en 1970, el presidente Echeverría me dijo: “Licenciado, me han propuesto la creación de un Instituto Nacional de la Administración Pública, aquí está el proyecto —luego me enteré de que lo había hecho Enrique González Pedrero—. ¿Qué piensa usted?” Le dije: “Déjemelo ver... Mal. Mire, esto corresponde a un modelo francés de la época de Napoleón, de que en un solo instituto se forme el administrador público, y ni siquiera puede decirse que el modelo napoleónico sea unitario”. Si bien existe la *École*

Nationale d'Administration, la École nationale supérieure des Télécommunications, la École Normale Supérieure, hay todo un conjunto que se llama las grandes escuelas de Napoleón, que no son parte de la universidad: son escuelas de Estado de hace 150 años. Francia tiene una tradición que se ha ido adaptando y funcionalizando.

“¿Cómo lo concibe usted?” Le dije: “Se me ha ocurrido, por mi experiencia en universidades europeas, por nuestros proyectos de educación superior, que le haría a usted un proyecto de servicio civil de carrera —porque usted no puede crear esto si no adquiere al mismo tiempo el compromiso del servicio civil de carrera, fundamental para la evolución de la democracia en México— y un proyecto paralelo de formación del personal de carrera de la administración federal, eso sí; pero no una escuela sino varias. Vamos a sectorializar al gobierno y a crear institutos por sectores. Ya existe, como modelo, el Instituto del Petróleo, que es investigación petrolera, formación de cuadros petroleros y capacitación del personal de Petróleos. ¿Por qué no hacemos modelos integrados que cubran todo? Elevación de la productividad del empleado, cursos de capacitación, estudios y proyectos sobre la reforma administrativa de cada dependencia, formación de cuadros de alto nivel, desarrollo de la investigación en ciencias y disciplinas relacionadas con esa rama de la administración y vínculo con instituciones académicas del país y del extranjero. Vamos a darle a cada rama de la administración el máximo nivel posible. Por ejemplo, haría un Instituto de la Administración de Justicia, donde se formarían jueces, agentes del Ministerio Público, jefes, altos empleados de la Procuraduría, donde hubiera el equivalente a un gran doctorado en Ciencias Jurídicas, en Ciencias Penales, donde se hicieran estudios en serio sobre administración de justicia, investigaciones sobre qué está pasando verdaderamente en el ramo de justicia en el país; un instituto que fuera de un nivel tal que tuviera a los mejores profesores y los mejores investigadores del mundo. Invitaría a profesores que den cursos de derecho comparado sobre la organización de los tribunales en Estados Unidos, los problemas de la administración de justicia en Francia, las reformas recientes a la administración de justicia en Argentina, la experiencia inglesa en materia de reforma

judicial, para hacer un verdadero polo de atracción. Ahí formamos al personal a la luz de la investigación, del derecho comparado, y nos ayudan los centros de estudios.

”Hacemos otro, por ejemplo, el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) —que luego impulsó Horacio Flores de la Peña, también idea original de la reforma administrativa, con otro propósito—. En el centro de todo esto pondría un gran Instituto Nacional de la Economía Pública, así como hay un Centro de Apoyo a las Empresas (Cepae) —un centro de formación de alta gerencia para el sector privado que todavía existe, muy ideológico pero de excelente calidad, que trajo la escuela de Harvard—. Vamos a crear un mecanismo central para la formación de alta gerencia del sector público: investigación, *training*, debate.

”Mi idea sería tener un conjunto de centros, un centro para alta gerencia del sector público, un centro para la administración de justicia, un centro de formación, que es lo que ha hecho el Banco de México. De ahí viene la fuerza del Banco de México, que ha formado personal y lo ha enviado al extranjero, a Chicago, a Harvard (prediciendo todo lo que pasó: Rodrigo Gómez mandó a los Fernández Hurtado; los Fernández Hurtado mandaron a los De la Madrid; los De la Madrid mandaron a los Mancera; los Mancera mandaron a los Aspe, y ha habido toda una regeneración de un sector formados en una ideología). Le daría forma a todo este sistema de capacitación del sector financiero del gobierno; no lo desprecio, es una rama muy importante. Crearía un centro, por ejemplo, para formar al personal de la Secretaría del Trabajo, del Seguro Social, del Infonavit, todo lo que es la administración del trabajo. El sistema de doctorados de la Secretaría de Salubridad lo coronaría con un gran centro de formación, un Instituto de Investigación en Ciencias de la Salud, donde planeáramos los problemas de la salud pública, estudiáramos la necesidad de reconversión y unificación de los servicios nacionales de salud, formáramos a los verdaderos sanitaristas y creáramos una estructura de administración hospitalaria.”

Le gustó mucho, pero era de esos proyectos que no puede hacer el presidente solo o con un decreto, sino que requiere una verdadera

voluntad política y un convencimiento de los responsables de cada área de la administración; no es algo que les metas desde arriba con embudo, es algo que cada líder de cada área del gobierno debe tener la convicción y la capacidad para hacerlo. Cuando llegué a la Secretaría del Trabajo me pareció que el INET, el Instituto del Trabajo —como se llamaba en la ley—, era el muñón de un gran desarrollo que venía a ejemplificar mi idea del perfeccionamiento de la administración pública. De hecho, dejé por reglamento, por acuerdo interno, establecido el servicio civil en la Secretaría del Trabajo. El último año que estuve ya no entraba ningún empleado ni funcionario que no hubiera pasado por el INET; dejé las bases de lo que puede ser un servicio de administración de carrera en el gobierno mexicano. Ésa es la importancia del INET.

En cuanto al Centro Nacional de Información y Estadísticas del Trabajo (Ceniet), mi preocupación era otra. Conocía por experiencia la enorme desarticulación de los servicios de informática, el desperdicio económico aberrante de países de mediano o de escaso desarrollo que tienen un concepto africano de la modernidad, que creen que se modernizan porque compran unas maquinotas y que siempre me recordaron —lo decía en mis conferencias— a aquellas caricaturas de los negros africanos de principios de siglo que se sentían modernos porque, estando en taparrabos, se ponían sombrero de copa, guantes y polainas, caricatura de la falsa modernidad. A diferencia del INET, el Ceniet era un centro especializado de informática.

Como subsecretario de la Presidencia, uno de los 11 programas de reforma administrativa que dejé fue el de informática porque además había condiciones, mucho dinero. La compra de sistemas de cómputo estaba de moda, el ingreso a la computación; los funcionarios se llenaban la boca de orgullo diciendo que habían creado un centro de cómputo. Se multiplicó en el gobierno una capacidad de cómputo que no tenía una verdadera utilidad, ¡si no la tiene la Universidad! Es uno de los grandes vicios del subdesarrollo: empezaron a comprar máquinas por todos lados. Creamos una Comisión de Informática destinada a homologar, a establecer criterios, a complementar capacidades, pero descubrimos que la única manera de racionalizar los distintos sistemas de informática del

gobierno federal era dándoles tarea, ocupándolos. Si descubres aquí, en la Universidad de California, que hay una capacidad bárbara instalada e inocuada o semiocupada de computación, tienes dos posibilidades: si tienes la autoridad, los vendes, y si no, los ocupas. Para ocuparlos necesitas programas. Entonces tienes que juntar a los cuerpos docentes, a los investigadores, y decir: “Señores, vamos a hacer programas de computación, a aumentar nuestro gasto en programadores y a utilizar lo que está ahí”. Se usa, se tira o se vende: esos animales no pueden estar ahí con tan baja ocupación.

Descubrimos que, dados los intereses creados y la insularidad, la solución era frenar en lo posible la compra de equipos. Había que ser tremendamente drástico: cada compra de equipo tenía que pasar por la autorización de la comisión, era obligatorio para los titulares. Empezamos a establecer controles, y de lo que ya estaba instalado, a hacer programas de utilización. Lanzamos programas importantísimos, por ejemplo, el de la Cédula de Identificación del Mexicano, que es también un programa mío. Íbamos a unir, a través de los gobiernos de los estados, el primer acto de la vida civil de las personas, que es el acta de nacimiento; después de eso, a través del sistema de educación y centros de cómputo al servicio de la SEP, el ingreso a la educación primaria; el ingreso del nacimiento como derechohabiente del Seguro Social, pasando por el ingreso como sujeto fiscal de la Secretaría de Hacienda, y terminando por el servicio militar obligatorio a los 18 años, que se podía extender a las mujeres para otras cosas, y el ingreso a la ciudadanía.

Un ex alumno que estuvo enterado de ese programa, Abraham Talavera, más tarde nos lo pidió como oficial mayor de Gobernación. Se lo mandamos, lo lanzaron a través de la secretaría para efectos del Registro Federal de Electores y se hundió en un año, en la época en que Enrique Olivares Santana era secretario de Estado, porque fue presentado a la opinión pública como un proyecto de Gobernación y la gente le vio una acepción policiaca, “¡Ay, nos quieren controlar!”, cuando lo más sencillo era tener lo que no tenemos en el país: una cédula individual del mexicano, con lo que tendrías resueltos muchos problemas, incluso los migratorios; también tendrías una clave para los problemas migrato-

rios. No existe, a pesar de que dejamos los estudios completos y había el equipo suficiente para hacer la identificación personal. Todo el problema del fraude electoral se reduciría a la mitad si tuvieras la cédula individual del mexicano.

JW: ¿Cómo surgió la idea de tener un centro de historia de la Revolución?

PML: Igual. Cuando llegué al PRI, no recuerdo si se lo propuse a Fernando Zertuche o él me lo propuso; él era presidente de la Junta de Conciliación y Arbitraje, ahí se había quedado y no tenía ninguna vinculación directa con las tareas del partido. Surgió en alguna conversación entre los dos. Me dijo: “¿Por qué no haces la memoria histórica del partido, un poco como lo hicimos en el CEHSMO?” Nos dedicamos con un fondo, que aquí puede ser mucho mayor porque tienes recursos de campaña, a comprar archivos, a negociar con gente y crear un sistema de publicaciones sobre la historia de la Revolución, porque lo que ha estado haciendo Salvador Azuela en la Secretaría de Gobernación ya se agotó, le falta el aspecto de investigación. Hay muchas cosas en las universidades norteamericanas que no han sido publicadas; hay memorias, familias, viudas. Luego podemos hacer un segundo circuito de historias regionales, empezar a conectarnos con historiadores regionales como el maestro Francisco R. Almada en Chihuahua o el maestro Betancourt en Yucatán.

En mi juventud, cuando fui subdirector de Educación Superior, dependía de mí el Museo Pedagógico Nacional, en el cual había varios investigadores históricos de regiones, maestros a los que se daba la oportunidad —eran maestros del sistema educativo— de que, con un pequeño sueldo, su plaza fuera adscrita al trabajo de historia regional. Ahí conocí a algunos de los maestros de historia regional que hay en México, que eran magníficos, antes de que se hablara de la microhistoria. Teníamos una idea de quién hacía historia regional en México, podríamos haber invitado a Luis González a que nos asesorara. Uno de los proyectos que se comenzaba a desarrollar a nivel de las localidades era la historia de la Revolución, que en el fondo es la historia contemporánea de México.

Este proyecto se acabó a los seis meses de haber salido por algo de lo peor que ha tenido el sistema político mexicano: la envidia, la destrucción de lo que otro hizo porque otro lo hizo; es decir, que no te hagan sombra ni las obras de los demás. O por simple inconsciencia...

RELACIONES CON LA EDUCACIÓN PRIVADA

JW: ¿Cómo reaccionó la escuela privada a tus posiciones educativas?

PML: Como funcionario de Educación solamente tuve relación con un tipo de empresa, que fue la escuela privada. Mi relación fue honorable y fructífera, y quienes entonces trabajaron en el sector privado de la educación me tienen respeto. Por ejemplo, una de mis primeras decisiones como joven subdirector de Educación Superior fue crear el sistema de inspección de las escuelas superiores privadas. ¿Con qué me encontré? Con que, como no había dinero para inspectores, las escuelas privadas pagaban a su propio inspector, que no era sino su gestor, el que estaba correteando que se les firmaran los diplomas.

El problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en materia educativa hacía que, al hacerse de la vista gorda en cuanto al respeto a las leyes sobre educación laica, el gobierno se hacía también de la vista gorda por lo que hace a las cuestiones académicas: era la manga ancha total, y el vínculo eran los inspectores que pagaban las escuelas y que en realidad eran sus gestores, les daban el sueldo y ellos resolvían un problema a los dos lados. Habida cuenta de que en mi jurisdicción no se encontraban escuelas comprendidas en el mandato constitucional de la escuela laica porque eran escuelas superiores —la Constitución abarca las escuelas primarias, secundarias, normales y aquellas destinadas a obreros y campesinos—, el problema ideológico no se planteaba en términos de ley, e indebidamente la relación era laxa. Me empecé a reunir con los dirigentes de las escuelas privadas, que tenían diversas formas de reconocimiento de estudios por la SEP, para establecer una relación académica fructífera: cambié el sistema de inspección, les pedí que el mismo dinero que estuvieran gastando lo depositaran en un fondo y que ese

fondo pagara a los inspectores, pero que no dependieran de las escuelas. El secretario era un hombre ideológicamente recalcitrante llamado Sánchez Medal, un hombre de derecha, abogado, que hasta la fecha sigue siendo así, el representante prototípico del pensamiento clerical; sin embargo, entendieron mi prurito de honestidad y todas las escuelas preparatorias y superiores colaboraron conmigo para crear un fondo con un tesorero de ellos y una generación de inspectores jóvenes. Ahí invité a muchos, a Zertuche, por ejemplo; José Miguel González Avelar, que fue secretario de Educación Pública, y Martín Reyes Vayssade, que hasta hace poco era subsecretario de Cultura, fueron inspectores. Recuerdo a gente joven, universitarios que se acababan de graduar; empecé a enviarlos y establecimos una buena relación académica con esas instituciones. A los que sólo tenían incorporación les planteé resucitar la vieja institución de escuelas libres universitarias, el famoso decreto que había expedido Emilio Portes Gil.

Me pareció que había que regularizar el estatus de ciertas escuelas privadas respecto del Estado dándoles, por decreto presidencial, la facultad de expedir títulos y grados, pero estableciendo con ellas una relación académica seria. Así, le dimos el decreto al Colmex, al ITAM; posteriormente se lo dimos al Tecnológico de Monterrey. Se las hizo escuelas autónomas, con reconocimiento directo de la federación. ¿Qué tipo de relación establecí con ese sector privado? Republicano, de decencia, de cooperación académica, nunca de complicidad.

El dirigente de la oposición¹

(23 de diciembre de 1987, 16, 17 de diciembre de 1988)

El regreso a México (19 de octubre de 1985): la Corriente y el Frente Democrático. La ruptura con el PRI. Postulación de Cárdenas y plataforma del Frente. Banca, divisas y fuga de capitales. Economía en México y América Latina (GATT y reforma agraria). Después del fraude electoral de 1988. La ley de los gladiadores. Porcentajes reales de votación (PRI, PAN y FDN). Imputaciones del PAN. Límites del fraude electoral. Legitimación del gobierno entrante. Estrategias frente al fraude. Perfil de los votantes. Fraude primario. Bartlett y De la Madrid. Denuncias y evidencias del fraude. La revolución como concepto. La importancia de Cuauhtémoc. El naciente PRD. La injuria de Sepúlveda. El sexto informe de De la Madrid. La toma de posesión de Salinas. Invitados internacionales a la toma de posesión de Salinas. Gabinete de Salinas. La campaña por la senaduría. Ideología del PRD. Cárdenas y los petroleros. Diputados plurinominales, la LOPPE y la reforma electoral.

EL REGRESO A MÉXICO (19 DE OCTUBRE DE 1985):

LA CORRIENTE Y EL FRENTE DEMOCRÁTICO

JW: Cuando regresaste a México, después de la ONU, ¿sabías lo que ibas a hacer?

¹ A la selección de las entrevistas de historia oral realizadas del 17 al 20 de diciembre de 1987 en Pacific Palisades, California, este capítulo suma las del año siguiente, en diciembre de 1988.

PML: Tenía varias ideas. Mi declaración del 19 de octubre está a ocho columnas y en primera plana en *Excélsior*: “SE APODERA DE LAS NACIONES UNIDAS EL CINISMO”. Al llegar a la Ciudad de México con la familia —está la foto en todos los periódicos— me preguntaron: “¿Viene usted a la política?” “Vengo a ejercer mis derechos de ciudadano y a cumplir mis deberes de mexicano.” “¿A algún cargo público?” “No.” “¿A qué viene usted?” “Repito: a ejercer mis derechos de ciudadano y a cumplir mis deberes de mexicano. Buenos días”, y me metí al país.

Tenía varias ideas en la cabeza. Una, crear alguna institución, una especie de *foundation for democracy* para obtener fondos de organizaciones más europeas que norteamericanas por razón de equilibrio, por amistades que tengo; editar una revista y empezar a crear un círculo de reflexión sobre la democracia, que ya para entonces era el tema en México. No hablaré ahora de mis cambios; después de vivir siete años completos en el extranjero y de viajar por todo el mundo uno ve la realidad desde otros ángulos. No niego que cambié. Estoy en mi derecho. Solamente las piedras no cambian, pero deberían cambiar. Entonces no tenía una idea muy definida: una institución, una revista y otra idea complementaria, que me parecía de más corto plazo: un centro de convergencias democráticas.

JW: ¿Para México?

PML: Para México. Una especie de círculo de mesas redondas, como el que hizo Vicente Lombardo Toledano, para invitar a gente de distinta ideología, fundamentalmente de centro-izquierda pero también de la oposición, gente de ideas semejantes dentro del PRI.

JW: Tú y Lombardo tienen algo más en común: llegan a tiempo, y tú más temprano que él.

PML: Muchas gracias.

JW: Siempre decimos en México que era el único que llegaba a tiempo: tenía sus minutos contados.

PML: En la ONU se acendró la puntualidad como parte del prestigio nacional, de la imagen del país, de la buena utilización del tiempo y del respeto al tiempo de los demás.

Pensaba en un centro de convergencias democráticas. El nombre viene del periodo final del franquismo, donde hubo un movimiento de este tipo con el que tuve contacto y que vinculó a partidos políticos de distintas ideologías para planes comunes frente a la transición democrática; la idea no estaba muy afinada.

Con toda franqueza no excluía la posibilidad de que el gobierno me llamara, se aclararan las cosas y hubiera alguna función digna de mí, pero lo veía remoto. No lo busqué. Vi en dos o tres ocasiones al presidente: no aclaramos el pasado, nos vimos para comentar acontecimientos nacionales. Fue claro para él, desde el principio, que estaba pensando dedicarme a otras actividades. Estaba involucrado en un estudio de la Unesco para América Latina; amigos latinoamericanos me propusieron crear un Centro de Estudios para el Desarrollo, con financiamiento de algunos bancos latinoamericanos, para proyectos de integración Sur-Sur, en lo que me había especializado.

Como es natural, opté entre varios proyectos cuando la idea de la Corriente se fue perfilando. En 1983, cuando fui a una reunión de la UNCTAD como presidente del G-77 —para que se vea que tiene tiempo mi reflexión—, hablé con algún embajador mexicano en Sudamérica de mis inquietudes, de la necesidad de abrir el espectro político en México y me había dicho —esto me había impresionado—: “Si eso lo haces dentro del PRI, te vamos a seguir miles, cientos de personas”. No digo su nombre porque fue de los primeros que corrieron. Algún otro amigo del sector que podríamos llamar “progresista” me dijo algo semejante. A fines de 1985 fui a Madrid a un congreso del Instituto Iberoamericano donde coincidí con varios mexicanos distinguidos: Jorge Eduardo Navarrete, Rolando Cordera, Antonio González de León, y estos temas se discutieron bastante. El embajador de México en España, Rodolfo González Guevara, que tenía ideas parecidas, me invitó a comer y me hizo una exposición convincente sobre qué se podía hacer. Me dijo: “He pensado a regresar a México. Si hacemos algo fuera del partido o dentro y fuera, el esfuerzo se perderá y mucha gente no va a animarse. Hagamos algo que no excluya un trabajo como el que estás haciendo. ¿Por qué no comenzamos por hacer una corriente dentro del

PRI?” “¿Cómo entiendes una corriente dentro del PRI?” Me habló de la Corriente Crítica del Partido Socialista Obrero Español (PSOE): tenían derecho a criticar al gobierno, incluso tenían representación política conforme al número y al peso que tenían dentro del partido, y negociaban con dirigentes del partido y del gobierno —con Alfonso Guerra y con el propio Felipe González— sus posiciones. Lo que llamaba la atención de González Guevara era que había un estatus para ellos, había reglas con la Corriente Crítica. Tenía una visión utópica. Después me enteré de que no era tan fácil lo de la Corriente Crítica como lo veía Rodolfo desde fuera, pero el hecho es que se les reconocía como grupo; tenían derecho de disentir y capacidad de proponer, de tener una representación en los puestos del partido, en las cortes, en lo que fuera, y eso a él lo seducía: que creáramos una corriente, ganáramos nuestro derecho a disentir y negociáramos posiciones como corriente.

JW: ¿Esto fue en Madrid?

PML: En Madrid, un mes después de que salí de la ONU. Una reunión del Instituto de Cultura Hispana; ya no se llama así, sino Instituto Iberoamericano sobre Latinoamérica y el Mercado Común Europeo.

JW: ¿Pero no tenía nombre todavía?

PML: Rodolfo me sugirió concretamente que se llamara “Corriente”.

JW: ¿No Corriente Democrática?

PML: No, eso se lo puso un periodista. Una corriente dentro del partido, democrática, progresista. La llamó pensando en que así se llama en España: Corriente Crítica, del PSOE. Me gustó la idea. Quedamos de vernos hacia mayo y en un compromiso: “Con la gente de cierto nivel del partido que veas, hablas del asunto, y con la gente que pase por Madrid yo hablo. En mayo hacemos un balance de cómo andas tú y cómo ando yo, con quiénes contamos y hacemos un plan. Tan simple como eso”. Llegué a México y empecé a hablar con gente del partido: progresistas, liberales, viejos cuadros. No hay una figura importante del partido con quien no haya hablado, en distintos tonos, para sondear cómo estaba el partido por dentro. A Jorge de la Vega lo quise enganchar; hablé varias veces con él, con amigos como Augusto Gómez Villanueva, con ex presidentes del partido. Hablé con mucha gente. Hice

cenos con gente que había sido progresista en mi tiempo, o gente de la L Legislatura: en total habré hablado con 60 o 70 cuadros del partido. En unos encontré interés, en otros curiosidad o entusiasmo, como es natural. No estaba muy definida la idea, pero se filtró que algo estaba pasando. El periodismo, que es tan elemental, empezó a hablar de que había un conflicto entre “políticos” y “técnicos”. Eso es una simpleza, nuestro movimiento tenía algo más que eso. Era la idea de un grupo de gente con una ideología y un sentido, el aspecto ideológico más claro lo tomó después.

JW: Porque la idea de política quita la importancia de los cambios estructurales...

PML: Así es.

JW: ...en la política que quería mantener el control político.

PML: Entiendo que al principio esto se entendía así porque no había ninguna plataforma; fue tomando forma lentamente hasta el encuentro con Cuauhtémoc. ¿Por qué?

JW: ¿Cuauhtémoc había sido gobernador?

PML: Era gobernador.

JW: Entre 1980 y 1986, ¿verdad?

PML: ¿Cómo me encontré con Cuauhtémoc? Hubo un consejo nacional del partido. El momento era difícil: en febrero Miguel de la Madrid había dado un discurso público en televisión donde se comprometió a cambiar el sentido de la negociación de la deuda; dijo textualmente que el país no se seguiría endeudando para pagar antiguos créditos. Esos seis meses fueron definitorios para el país, y eso explica que haya hablado dos o tres veces con De la Madrid, porque él estaba decidiéndose si se iba por el camino en el que andaba o si lo modificaba. Dijo a la nación que replantearía el problema de la deuda. En esos momentos Jesús Silva-Herzog estaba cambiando el tono, y en vez de apoyar a Jesús, lo sacaron.

Esos meses fueron claves, de febrero a mayo o junio. Hubo una reunión del partido para discutir la situación económica y el PRI, en consejo nacional, tomó la resolución de renegociar la deuda, incluso, si era necesario, suspender el pago: a tal punto era la presión de la opinión pública

y de mucha gente dentro del gobierno. Decir que de entrada íbamos a pelear no es exacto, porque hubo un momento en que se sintió que las cosas podían cambiar. Yo había visto al presidente del PRI para organizar varias reuniones, me habían mandado a la juventud del partido para asesorar una serie de conferencias en el país; le había pedido a la Comisión Nacional de Ideología, que presidía la senadora Socorro Díaz, que hiciéramos un balance de la situación del partido en el país. Me habían dicho que sí, pero no cuándo. Planteé a la comisión ideológica del partido una segunda idea que era muy buena: hacer una serie de conferencias con 12 líderes políticos del mundo, de partidos importantes, que se llamaría “El nacionalismo a fines del siglo xx”. Ya había invitado a los argelinos, a los yugoslavos, a los argentinos, a los brasileños; pensaba que también hubiera gente de países industrializados: Grecia, Francia, incluso un líder demócrata o un republicano que nos dijera qué es el nacionalismo a fines del siglo xx para Estados Unidos. Desde luego, se suponía que yo hablaría por mi partido. Como dato subrayo que realmente hubo una presión dentro del PRI a efecto de que se abriera el debate. Con el presidente que acababan de nombrar en la Comisión del Consejo Consultivo del IEPES, Alejandro Carrillo, mi antiguo colaborador, propuse que hubiera una mesa redonda, que se hizo meses después, para plantear la necesidad de la renovación del PRI.

Me encontré con Cuauhtémoc Cárdenas porque durante la celebración de ese consejo nacional del PRI, al cual acudió como gobernador y yo como ex presidente del partido, ambos hicimos declaraciones por separado sobre el mismo tema. Lancé un “globo-sonda” e hice una declaración contra el *tapadismo* y el *dedazo*, dije que el partido tenía que cambiar sus procedimientos si quería legitimarse o relegitimarse frente al país, cuáles eran los males a los que nos había llevado el *tapadismo* y cómo había que iniciar una nueva época en la vida del partido para recuperar la ideología revolucionaria; Cuauhtémoc hizo a otro periódico una declaración sobre el mismo tema en un tono muy parecido. Al ver los periódicos subrayamos la coincidencia, nos hablamos por teléfono —él estaba en Michoacán— y quedamos de vernos en México. Analizamos la situación y desde ese día hasta la fecha lo hemos trabajado juntos.

JW: ¿Eso fue en mayo?

PML: En mayo. Cárdenas también había hablado con González Guevara, pasando por Madrid, y con algunas personalidades del partido, quizá no las mismas que yo, y convinimos que un mes después, cuando González Guevara viniera a México, lo recibiríamos en una cena donde invitaríamos a unas 20 personas de las que nos constara su deseo de trabajar en este sentido; ahí comenzaríamos. Esa cena tuvo lugar en casa de Ifigenia Martínez, una gran amiga, una gran mujer que estaba en este esfuerzo, adonde fueron personalidades como Carlos Tello, Gonzalo Martínez Corbalá, Augusto Gómez Villanueva y algunos senadores, como Silvia Hernández. Fue una reunión interesante, en junio. Ahí se hizo un plan: hacia octubre tendríamos listo un documento. Yo salí un mes a Europa, tenía un compromiso de la Unesco en Francia.

JW: ¿Quién fue el secretario de este grupo?

PML: Nunca se estableció ninguna autoridad.

JW: ¿No había contactos, o un nexo?

PML: El domicilio era la casa de Ifigenia, pues tenía que haber un punto de referencia, pero se entendía que los que estábamos promoviendo éramos Rodolfo, Cuauhtémoc y yo. Por eso así apareció en los periódicos: “Muñoz Ledo, Cárdenas y González Guevara”. Aquí ocurrieron cosas que nunca se han explicitado lo suficiente. Si bien quedamos en principio que en octubre saldría, también hice ver que tenía en el partido actividades pendientes en las que lanzaría ideas, y ahí estaba la fecha de mi conferencia, que no iba a aplazar.

JW: En octubre de 1986, en Nayarit.

PML: Estaba programada para el 11 de agosto pero el presidente pidió que se difiriera porque fue la semana siguiente a las elecciones en Chihuahua, y me mandó decir que no era adecuado. Le dije que era muy adecuado, después de las elecciones en Chihuahua, que el PRI hiciera una autocrítica, pero ¡ah, no!: estaban en el triunfalismo y en el “aplastismo”. Ahí me referí a las elecciones en Chihuahua —que les dolió mucho— porque la razón que me dieron me pareció insensata. Dije: “Precisamente después de Chihuahua el PRI tiene que iniciar un examen de conciencia. ¿Por qué lo va a iniciar sin nosotros...?” El plan

de la soberbia. ¿Cómo no lo iban a iniciar? Habíamos llegado a Chihuahua por como estábamos. ¿No se daban cuenta de la gravedad del problema de Chihuahua? No querían verlo: la *aplanadora*. Esto les dolió hasta el fondo del alma.

JW: ¿Entonces recibiste la invitación a esta reunión del IEPES en Tepic en 1986?

PML: En esa reunión dije que la reacción instintiva de conservar el poder, aun a costos políticos muy altos, nos podía llevar al extremo de violentar el régimen constitucional. Eso fue una alusión muy clara a Chihuahua, y dije entonces que, además, esa condena mecánica a los “adversarios históricos” por el solo hecho de tener una ideología distinta a la nuestra, no correspondía a un país moderno.

JW: ¿Fue obvio que el gobierno había aplastado a la posición ilegítimamente en Chihuahua?

PML: Fue obvio que echaron la casa por la ventana, todo el poder del Estado para controlar la situación ahí. ¿Cuál fue el nivel? Es difícil saberlo. Por eso ni siquiera hablé de fraude, costos económicos, costos políticos. Era clarísimo que estaba aludiendo a que había una desmesura ahí: “La tendencia casi instintiva de retener el poder electoral, aun a costos desproporcionados, no nos ofrece respuestas válidas y nos coloca en cambio en el riesgo de tener que mantenerlo un día a cualquier precio, con grave deterioro en nuestro sistema constitucional. El automatismo en contra de los llamados ‘adversarios históricos’ —aludiendo al PAN— oscurece por otra parte el análisis de los mecanismos reales que determinan el atraso, la injusticia y la dependencia del extranjero”. Y aquí improvisé: “No podemos culparlos de lo que pasa en México, porque nunca han gobernado. Si nunca han gobernado, ¿cómo los acusamos de todos los males del país? Eso se llama oscurantismo”. Esto lo oyeron como una defensa del PAN. Fue escandaloso.

JW: ¿Cuándo empezaste a hablar de elecciones primarias?

PML: No, al contrario, allí desbaraté la idea de que estaba hablando de elecciones primarias, porque se decía en los periódicos “Muñoz Ledo is proposing the primaries”. Expliqué que para que haya primarias tiene que haber secundarias.

JW: ¿Consultas a nivel municipal?

PML: Hablé del cumplimiento de los estatutos, consulta directa a las bases a nivel municipal, convenciones estatales y convención nacional democráticamente electa a nivel nacional. Cumplimiento de los estatutos, nada más. Y dije por qué no había primarias —la ignorancia, incluso, que me perdonen mis amigos del PMS—: hay *primaries* cuando hay *secondaries*. La primaria es un paso hacia otra cosa. En este país son *primaries to the Convention*, la que elige es la convención, pero en fin, no le exijamos a nuestra gente que conozca tanto de derecho electoral comparado.

Me fui a Europa. Se siguieron reuniendo en distintas casas: sé que las reuniones subieron de tono, y claro, eso se filtró. Tuve un desencuentro con González Guevara en Europa, donde debimos vernos. Llegué y eso estaba completamente en la calle: cuanta gente vi el fin de semana estaba informada de que había este movimiento. Me estaban buscando periodistas y empecé a orientarlos. Al director de *unomásuno*, Manuel Becerra Acosta, le encantó lo que estaba pasando —le pareció muy periodístico— y lanzó a ocho columnas la noticia; me culparon después de que la había dado. Todo mundo la conocía. El director de *unomásuno* fue como el noveno con el que hablé, el caso es que se le ocurrió por su cuenta o con cierta complacencia gubernamental —no he sabido— provocar un escándalo y ver quiénes estaban; fue la mecánica de cuando se descubre una conspiración. Los reporteros hicieron una lista de amistades mías que habían estado en las reuniones. Los tomaron del teléfono; los tenían grabados porque supieron de las reuniones. También se me acusó —no sé quién más— de haber dado una lista.

JW: ¿El gobierno lo tenía controlado, la prensa, o los dos? ¿Quién controló el teléfono?

PML: El gobierno. Hay una denuncia formal respecto a la violación de las leyes generales de comunicación con espionaje telefónico, la hicimos en una carta abierta al presidente; es una de las lacras que hay en México y en muchas otras partes. En México legalmente está prohibido y se les puede hacer un escándalo pero hay control telefónico, excesivo además.

JW: ¿Fue cuando se le llamó Corriente Democrática?

PML: No tenía nombre, el periódico se lo puso. En esa cabeza del periódico decía: “Corriente Democratizadora dentro del PRI que están promoviendo Muñoz Ledo, González Guevara y Cuauhtémoc Cárdenas”. Y empieza la nota: “Agosto 14...”

JW: Eso le podía restar importancia democratizadora.

PML: Claro: lo hizo con mala fe. Mandó a un corresponsal a interrogar a mucha gente que, por supuesto, se asustó. Vinieron presiones del gobierno, y muchos que estaban apalabrados o semiapalabrados... Nadie había firmado, y menos con sangre. Era un consenso que se ampliaba y había gente a la que le gustaba, otra que estaba de acuerdo o comprometida a volver a otra reunión. Muy pocos estábamos realmente en el compromiso central.

Empezaron a perseguir a la gente con los micrófonos y al mismo tiempo a recibir instrucciones de zafarse. Muchos de los cuadros que empezaban a incluirse en la idea —no estaban comprometidos sino involucrándose— se echaron para atrás. Se provocó una verdadera campaña contra nosotros, pero tuvo efectos benéficos. Lo que estaba pensado como un movimiento de cuadros —la idea era sacar un manifiesto con equis firmas, 70, 80, o 20 muy importantes, y hacer un gran planteamiento del partido—, se convirtió en un movimiento de opinión.

JW: También había por esa época un movimiento de intelectuales demandando cambios.

PML: Era otro, un movimiento que se había firmado en relación con las elecciones de Chihuahua. También tengo la idea de que este medio periodístico, quizá con tolerancia de la autoridad, le dio vida a lo nuestro para callar lo otro.

JW: Fueron Enrique Krauze...

PML: Krauze, Héctor Aguilar Camín; gente de distintas ideologías, no solamente krauzianos sino caminianos y corderianos, un espectro amplio.

JW: Demandaron elecciones limpias.

PML: Sí, pero se referían al fenómeno de Chihuahua. Es más, de esos grupos de intelectuales que estaban tan bravitos con la democracia

hemos recibido poco apoyo. Y ahora veremos si asisten: los invitamos a la Asociación Democrática por el Sufragio.

LF: Continuamente aludes a una “ideología revolucionaria”. ¿Qué significa en tu vocabulario de cultura política el término “revolucionario”? ¿Por qué es tan importante dentro de la cultura política mexicana y les ha causado problemas a estudiosos de la política?

PML: Los va a causar aquí también: me acuerdo de una referencia francesa que dice que el significado de la cultura política depende de quién la pronuncie. Cuando Clemenceau lo decía quería decir otra cosa. Depende de quién la diga y del tono con que la diga. Pasa lo mismo en México: depende de quién la diga. Si Lauro Ortega dice “la Revolución”, sé que habla de algo bastante chafa; cuando yo digo “la Revolución”, hablo de otra cosa.

Para mí, lo revolucionario es lo progresista; si digo “una mentalidad revolucionaria” en el contexto mexicano, estoy diciendo lealtad, idoneidad o correspondencia con los valores centrales de la Revolución mexicana: nacionalismo, justicia social, democratización de las relaciones sociales. En mi lenguaje, eso es lo revolucionario en México; otros aluden a otras cosas. En realidad el PRI se dividiría en dos: una minoría, que éramos *los revolucionarios*, y los que eran *los institucionales*. Para nosotros lo importante es el sustantivo, para los otros lo importante es el adjetivo. Dar mayor importancia a lo adjetivo, que es lo institucional, es poner lo vehicular sobre lo sustancial, representa la decadencia del sistema. La revolución se puede dar por vías institucionales o no institucionales; para ellos, a través de las instituciones se podían tener actos revolucionarios o no revolucionarios.

Mis compañeros de la Corriente Democrática no acabaron de darme la razón en esto y me quitaron un párrafo en la propuesta democrática que decía: “Estamos contra todos aquellos que han privilegiado lo institucional sobre lo revolucionario. Haber privilegiado lo institucional es el origen de la decadencia y de la corrupción en México”. No está dicho así, pero si leen la propuesta democrática verán cómo quedó finalmente.

JW: ¿Esto no se puede confundir con la revolución permanente de que habla el PRI?

PML: Hubo una gran falsificación: no creo que se llegue a hablar de una revolución permanente ni de una ideología permanente, aunque en México así se le llame. No me opondría en un futuro a llamarme socialdemócrata en México, o socialista democrático, aunque tardaría mucho tiempo para que eso fuera inteligible a un gran número de personas. He pensado en un partido que se llamaría Revolucionario Democrático o Democrático Revolucionario, o de plano Socialdemócrata; es muy difícil traducir otras expresiones a la realidad de México.

Hay una buena ganancia en la Corriente, estamos dándole a nuestro movimiento la connotación de democrático: primero la Corriente Democrática, ahora el Frente Democrático, y la gente está entendiendo lo que decimos por “democrático”. Claro, el PAN hablará de sufragio efectivo, de la alternancia en el poder, que son valores democráticos sin duda alguna, pero nadie identifica al PAN como lo democrático. Con un grupo de estudiantes del Politécnico que promueven la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, el otro día, discutiendo cómo lo hacen, un muchacho inteligente me dijo: “Todavía no estamos hablando de Cuauhtémoc, hablamos de lo democrático”, y me aclaró: “Decimos ‘democrático’ sin Cuauhtémoc”. Así lo dijo, “sin Cuauhtémoc”. Le dije: “¡Ah! Usted ha dicho algo importantísimo. Significa que la gente, en ciertos medios académicos, escolares y universitarios, cuando se dice ‘democrático’ identifica lo nuestro”.

Me recuerda un cartón muy gracioso de Abel Quezada del año pasado; se llama “Maldades de dos pilluelos” y pone una especie de cueva que dice “PRI” donde en la noche entran dos pilluelos embozados, que son “Cuauhtémoc” y “Porfirio”, y a la mañana siguiente salen con una especie de tronco grande que dice “DEMOCRACIA”, y apunta: “Porfirio y Cuauhtémoc le robaron la palabra *democracia* al PRI y ya lo amolaron, porque o les hacen caso o la pierden”. Un cartón genial. Y resulta que Abel Quezada tenía razón, o empieza a tenerla. Si esto es cierto me gustaría experimentar, en el nivel de otros grupos sociales, si también cuando se dice “democrático” están identificando a nuestro espectro. En el futuro no hablaremos de lo revolucionario sino de lo democrático.

En política no se puede inventar, hay que ir viendo las reacciones y los significados, cómo penetran los significados y cómo la propia gente lo ve. Si es cierto que la expresión “democrático” ya nos identifica, por ahí nos vamos a ir definitivamente. Teníamos las siguientes palabras para el Frente: el PPS quería “Frente Patriótico”, el PSD “Frente Amplio”, el PST “Frente Nacionalista”, etc. Claro, nosotros pusimos primero la palabra “democrático” por ser Corriente Democrática. Tendría que reflexionar por qué ocurrió, pues fue lo último que pasó una semana antes de salir de México. Estando todos los partidos juntos, hice una sencilla observación debido a que todos los nombres estaban en la mesa. Dije: “Le podemos poner el rosario de adjetivos que queramos, pero para la gente van a quedar dos palabras, el sustantivo y el adjetivo, y si el sustantivo es *frente*, hay que pensar en un adjetivo, y sugiero que sea la palabra *democrático*”. Entonces alguien dijo que le dejáramos “Frente Democrático” a secas, para mi gran sorpresa, porque pensaba que la conciliación sería “Frente Democrático Nacional”, e incluso así lo llamé en mis declaraciones. Todos los partidos estuvieron de acuerdo, hace una semana, en que se llamara “Frente Democrático”. Hablo de partidos que se llamaban Partido Socialista de los Trabajadores, Partido Popular Socialista, Partido Social Demócrata y Partido Socialista Revolucionario: que todos estuvieran de acuerdo en que se llamara “Frente Democrático” me parece importante.

Tal vez por la fuerza que tuvo la Corriente Democrática durante un año y por su impacto, en la palabra *democrático* metimos conceptos al gusto de los propios partidos políticos de izquierda y a los ojos de vastos sectores de la opinión pública. Si esto es así, nos iremos al fin de los siglos como el movimiento democrático del país, y ahí estamos connotando lo que antes comentábamos por revolucionario. Sería una ganancia fantástica.

Este problema de la semántica política es complejo y se da conforme aceptan símbolos verbales los distintos niveles, conforme van teniendo referencias de contenido.

La Corriente Democrática se convirtió, de lo que sería un movimiento de cuadros, un grupo de personalidades que plantean ideas y

ejercen presión, en un movimiento de opinión pública, al punto de que uno de los más ingeniosos de nuestros impugnadores tuvo una frase inmejorable. Le preguntaron: "Oiga, ¿la Corriente es un gran movimiento político?" Les dijo: "No sé. Lo que sí sé es que es un gran movimiento de prensa", hablando también de la libertad de expresión. Por el deseo de aplastarnos, de que se retractara mucha gente, del número de entrevistas que se hicieron, se volvió inmediatamente muy popular. El director de una agencia internacional me dijo, cuando me lo encontré en Nueva York, que de acuerdo con sus computadoras ningún acontecimiento político en México había tenido tanta cobertura de prensa como la Corriente Democrática a nivel nacional e internacional.

Este movimiento de opinión se volvió muy fuerte y el gobierno empezó a actuar con torpeza. Era muy fácil y posible dar un espacio a la Corriente dentro del partido y revitalizarlo, pero se nos combatió a un nivel tan innecesario que realmente nos construyó. Las razones son la falta de visión política de los tecnócratas y tal vez, visto en perspectiva, que el presidente De la Madrid y su grupo tenían la decisión de imponer a un sucesor tecnócrata y percibían que un movimiento de este tipo podría convertirse en la gran oposición interna. Lo deduzco porque en algunas ocasiones el PRI y funcionarios de alto nivel subrayaron a miembros de la Corriente el nombre de Salinas: "¿Por qué atacan a Salinas?" Les dijimos: "No atacamos a nadie en lo personal. Nuestras líneas son claras: defensa de la soberanía del país, por lo tanto, crítica al entreguismo financiero; crítica a la política económica concentradora, especulativa y antipopular, y crítica al sistema de toma de decisiones dentro del partido".

JW: ¿Cuándo?

PML: En el documento número 1, que salió en Morelia con esas ideas.

JW: ¿En 1986?

PML: Están las fechas, en los documentos. El documento número 1 causó gran escándalo. Habíamos conversado con el presidente del PRI. Cuando apareció lo de la Corriente yo estaba en Mérida, Yucatán, y le hablé por teléfono, de la oficina del PRI en Mérida, hice una cita y tuve

una primera reunión con Adolfo Lugo Verduzco en la que hablamos largamente. La tesis de Adolfo fue, primero, que el PRI era pluriclasista, pero no pluriideológico: no aceptaba grupos ni corrientes. Le dije a Adolfo que eso era falso. En el PRI siempre ha habido grupos —cuando se hablaba de “la familia revolucionaria” se hablaba de muchos troncos de familias— y que había objetivamente grupos representados por antiguos políticos, por las propias formaciones políticas en torno a los secretarios de Estado; que en todo partido y organización política había grupos y corrientes y que me parecía absurdo que no se reconociera a una cuyo objetivo no era personalista sino ideológico.

Me dijo que la ideología del partido era única. Le dije que no, que los principios del partido eran motivo de muy distintas interpretaciones. Recuerdo haber abierto los estatutos del PRI, que traía en la mano, y leerle párrafos de los objetivos del partido: “Mira: tan hay distintas interpretaciones, que si les das estos párrafos a leer, sin decirles de dónde vienen, muchos de los altos funcionarios los van a considerar muy avanzados. Por ejemplo éste: ‘El partido tiene una lucha antiimperialista’. ¿Crees que lo leería algún secretario de Estado, incluido el de Relaciones? Y está aquí, mira. Otro dice: ‘El ascenso revolucionario de las clases trabajadoras’. Este lenguaje no lo usarían los miembros del gobierno. Eso te da a entender, primero, que hay distintas maneras de interpretar los principios del partido, y segundo, que si vamos a corrientes, nosotros somos la corriente ortodoxa del partido, porque nuestra ideología está en los documentos”. Invocó la disciplina, pretextando de nuevo el asunto de Chihuahua. Le dije: “No, perdóname, lo escribí después. Chihuahua no será el pretexto para el ‘monolitismo’ del partido”. ¡Ah!, y lo último, “tampoco será pretexto para coartar toda libertad de expresión porque se supone que estamos en guerra. Todos los partidos políticos siempre están en lucha electoral y no por eso dejan de tener vitalidad interna y debate interno. Ése es el peor de los razonamientos para justificar el autoritarismo”. “Porfirio, ustedes están criticando al gobierno y eso el partido no lo puede permitir.”

JW: ¿Esto cuándo fue?

PML: A fines de agosto de 1986, después de que apareció lo de la Corriente. Le dije: “Adolfo, eso no, mano. Ahí sí, perdóname. Si algo estamos reivindicando es el derecho de los miembros del partido a divergir de las líneas del gobierno. Ahora, si tú sientes que la función del partido es ser un apéndice del gobierno, no estoy de acuerdo”. Quedamos de vernos, y se hizo el escándalo porque los periodistas que estaban en el PRI, sabiendo que ahí me encontraba, me esperaron afuera. Se dijo que organicé una conferencia de prensa en la calle. Claro que la organicé, en el sentido de que le hice frente, para que no se dijera después que me habían llamado para regañarme.

Fue mi primer gesto claro de independencia, en la banqueta, con todos los periodistas. Dije lo que le había dicho al presidente del partido. Marqué claro que no había ido a disciplinarme sino a hacer valer mis puntos de vista. Ahí ya la Corriente toma una línea. El presidente del partido fue sustituido por Jorge de la Vega Domínguez, conocido como político conciliador y con quien me vinculaban nexos desde la juventud; todo mundo entendió que el nombramiento de De la Vega era una operación para conciliar las distintas corrientes del partido. Me invitó a su casa, a la celebración que hizo la noche de la toma de posesión, y estuvimos varios miembros de la Corriente; él se dedicó durante 10 días consecutivos a hablar con los miembros de la Corriente.

JW: ¿En qué mes?

PML: Posiblemente enero de este año, porque en marzo fue la asamblea.

JW: ¿Él veía el partido como apéndice del gobierno?

PML: ¿Jorge de la Vega? Era un gran político, había sido el competidor más notorio de De la Madrid en la sucesión presidencial anterior, y secretario de Estado; además, amigo de todos nosotros, economista, por lo tanto amigo de los economistas de la Corriente, miembro de mi generación. Tenía años de tratarlo: relación personal, amistosa, familiar, política. Jorge nos pareció a todos la señal inequívoca e indiscutible de que se haría una conciliación interna y de que la Corriente tendría un sitio en la transformación del partido. Es más, la declaración que hice, convenida con Cuauhtémoc para que el tono no fuera distinto, fue de

que recibíamos con beneplácito la designación de De la Vega y que además nos parecía que se abría una gran oportunidad para la democratización del partido.

De la Vega habló con nosotros y llegamos a las siguientes conclusiones. La primera: reconocía la existencia de corrientes dentro del partido. Como el nombre ya era muy controvertido, nada más nos pedía que le llamáramos de otro modo. Nos dijo textualmente: “Reconozco que ustedes son el ala progresista del partido”. Ah, bueno, ya era otro cantar, eso ya era otro lenguaje.

La segunda: ¿qué es lo que, dentro del partido, puede hacer un ala progresista? Ejercer una función crítica. “Entonces, Jorge, podemos ejercer una función crítica. Qué bueno; sin que esto sea una ruptura con el partido, pues ya vamos ganando, ¿no?”

La tercera: Jorge dijo: “Pero una función crítica dentro de los límites que determinan la disciplina y las necesidades tácticas y estratégicas del partido”. “¿Cuáles son esos límites?” “Primero, siempre el diálogo con el presidente del partido.” “No tenemos inconveniente, para eso estamos aquí. ¿Cuál otro?” “Francamente hay dos cosas: que no critiquen al presidente —volvió a lo mismo— ni su política económica.” Le dije: “Oye, Jorge, pero si hace cuatro meses comimos y tú eras el que hablaba peor de la política económica del presidente. ¿Cómo ahora me sales con que...?” “Bueno, sí, pero eso era en privado.” “No, Jorge, una de las cosas que tenemos que hacer como adultos políticos es decir las cosas más en público, eso es primero.” “Bueno, que la crítica sea moderada. Que ustedes me ayuden a cambiar. Vamos a hacer un gran esfuerzo como partido para influir en el cambio de la política económica, pero si se exceden, el partido no puede actuar.” “Obviamente no nos vamos a exceder. No se trata de injuriar a nadie, pero no podemos dejar de señalar nuestras cinco o siete tesis en materia de política económica.” “Y lo otro: no hablen del *dedazo*.” “No, Jorge, si es la mera sustancia: entonces es un ala progresista que no sirve para nada. No puede no criticar la falta de democracia.” “Bueno, hablen de la democratización, de los procedimientos, de algunos estatutos, pero ya paren esta campaña en contra del *dedazo*.” “No, Jorge, te la planteo al revés, mano: ayúdanos, con

tu peso, a cambiar las reglas del partido. Convince a De la Madrid de que abra el proceso, es muy importante para el país. Esto se va a apestar, está muy mal. El PRI tiene que relegitimar el proceso político. Recupera tu calidad como presidente del partido, ejerce influencia y convence al presidente de que el partido tiene que abrir el proceso, y ábrelo en la medida en que sea posible, mano. Sería un gran éxito tuyo.”

Hubo varias conversaciones. Finalmente hablé a solas con él: para eso, funcionarios de la mesa directiva anterior del partido hicieron una presencia en Michoacán y nos injuriaron cuando estábamos en pleno diálogo con De la Vega, diciendo que éramos no sé qué cosa y que nos condenaban. Le dijimos a De la Vega que eso no se valía.

JW: ¿Quién hizo eso?

PML: Irma Cué, que era secretaria general, a la que luego premiaron como ministra de la Corte. De la Vega nos dio una explicación de que ya iban a salir; al rato todos éstos salieron. Entonces nos dimos por satisfechos, porque cambiaron a esos funcionarios que nos habían insultado. Sabíamos que era un valor entendido para calmar.

Y aquí voy al punto: los viejos *dinosaurios*, los intereses creados, empezaron a ejercer una gran presión sobre el PRI. Quizá De la Vega cometió un error de exceso, al principio, al darnos demasiada atención. Los viejos cuadros del partido dijeron: “Éstos se van a quedar con el partido”, porque había una lucha interna por el poder. Ahí no solamente fue el gobierno de De la Madrid; atribuyo una gran importancia en esta resaca posterior del PRI al tiempo que tardó esta negociación con De la Vega, al exceso de atención personal y de respeto que mostró hacia nosotros, que puso en alerta a intereses creados muy fuertes, incluidas las organizaciones sindicales, otros ex presidentes del partido, quienes presionaron al gobierno y al partido para desatar de nuevo las hostilidades.

El caso es que después de estas conversaciones llegamos a una conclusión: le dije al licenciado De la Vega que teníamos la mejor buena voluntad para dirimir controversias. Por ejemplo, en Michoacán había una situación muy delicada porque el gobernador Luis Martínez Villcaña empezó a atacar a Cuauhtémoc Cárdenas, y se creó una nueva división del partido entre el cardenismo y el nuevo gobernador. Incluso

en ese punto fuimos muy conciliadores. ¿A qué punto se llegó? A uno muy sencillo. Le dije: “Mira, Jorge, lo fundamental para que este asunto se resuelva con bien para el país y para todos, es que convenzas al presidente de la República. Primero, que pares a tanto *dinosaurio* que está fastidiando. Dos, que convenzas al presidente de que ésta es la vía para descongestionar la política del país: le conviene, en primer lugar, revisar su política económica, si no, va a terminar en catástrofe. Tres, abrir el proceso, para que no sea el *dedazo* el que resuelva sino que él tenga una distancia respecto del proceso y que se descongestione la vida pública del país. Si De la Madrid no ha podido ser un presidente exitoso con la economía, habiendo sido funcionario del sector financiero, profesor de Derecho Constitucional y un hombre que ha escrito durante toda su vida sobre la democracia en México, su gran éxito como presidente puede ser su impronta a la historia, abrir el proceso democrático en el país. Tú lo puedes convencer”. “No, pues...” Le dije: “Vamos a hacer una cosa: déjame convencerlo yo. El problema te lo resuelvo”.

Me vi con De la Madrid después de que hablé de *tapadismo* y *dedazo* en el periódico. Estaba muy sonriente. Me dijo: “Oye, ¿qué es eso de *tapadismo*?” Y le expliqué: “Miguel, tal, tal, tal... sería muy importante. Esta línea económica ya no resiste. Esta vez el *dedazo* va a ser la invitación más tremenda al parricidio. El sistema está enfermo: cada presidente rompe con el anterior en el propio proceso de la sucesión porque su falta de legitimidad hace que tenga que destruir a su antecesor. ¿Viste cómo vino la ruptura? La gente que venga, sobre todo si es de la que trabaja contigo —siempre me referí a ellos como lo merecen—, que no tienen ninguna personalidad política, están identificados como *tecnócratas*, va a entrar con una falta tal de legitimidad que será una gran ruptura. ¿Por qué no haces un cambio, como lo que hiciste de política económica, y abres el proceso interno? Los gobiernos de México, al terminar, están padeciendo una grave crisis porque el sistema está siendo una lucha cada vez más feroz dentro de la burocracia que necrosa, lesiona a la administración, y los presidentes se quedan solos. Yo vi en sus últimos meses a Echeverría solo, gobernando prácticamente en su torre de marfil; vi la desesperación de López Portillo solo. Cambia de

equipo de gobierno, un equipo de relevo para terminar, y a los que están en el juego político mándalos a pelear a la arena del partido, donde éste se enriquece; saca del gobierno el problema de la sucesión, que no te destruya. Históricamente se está destruyendo cada administración en el proceso sucesorio, queda derruido el edificio después de la sucesión porque cada vez es mayor el área de gobierno donde hay expectativas políticas, y como el círculo se va haciendo más estrecho, las esperanzas de los colaboradores de cada secretario son mayores, porque es la lotería en su estado puro: de ser jefes de departamento van a pasar a ser secretarios de Estado. El nivel de las expectativas en cada esfera del gobierno y el nivel de frustración es mucho mayor. Se destruye el gobierno después de la sucesión y queda el presidente solo, sin poder. Hay que terminar con un problema que ya es estructural del sistema político mexicano”.

JW: ¿Y qué dijo?

PML: “No, Porfirio, creo que es una aventura, que hay que orear las cosas”. Estuvo muy receptivo. Días después de nuestra plática dio una entrevista y sé que algo lo impresionó de lo que le dije, porque en esa declaración con dos periodistas uno de ellos le preguntó si necesariamente el próximo presidente saldría del gabinete. Miguel de la Madrid dijo: “No, ha sido una costumbre hasta ahora, pero no es necesario”. Eso desconcertó mucho. Quizá, de lo que le dije, lo que se le quedó o le pareció razonable era abrir un poco el juego fuera del gobierno; quizá pensó en el número de personas que competían, no en la dimensión en que yo lo estaba planteando, que era pasar el juego al partido y a los que quisieran jugar. Mi ritornelo era entonces que renunciaran los aspirantes. Era muy gráfico de lo que se trataba: que se fueran del gobierno y pelearan como en cualquier país del mundo.

Volví a hablar con De la Madrid en estas circunstancias; fue una conversación muy cuidadosa de su parte y de mi parte. Ambas conversaciones fueron amistosas, congruentes, muy articuladas, respetuosas de ambas partes, y por eso lo que pasó después.

JW: ¿Te ofreció algún puesto?

PML: Jamás: ni soy la persona para que se lo diga ni sería capaz. El presidente De la Madrid es un hombre de buenas maneras y de buen

gusto, a cada quien lo suyo. Nunca se hubiera atrevido a hacerlo. En ese sentido hay un trato de dignidad y de respeto mutuo, nos conocemos demasiado para que pudiera hacer una cosa así.

JW: En la Corriente, ¿Cárdenas y tú iban al frente en esa época?

PML: Ya nos habíamos quedado Cuauhtémoc y yo solos, porque cuando empezaron los trancazos el licenciado González Guevara declaró que habíamos precipitado la salida, que no era lo previsto y empezó a retirarse respetuosamente. Era incompatible su función como embajador con ser a la vez militante de la Corriente; entonces, se fue separando.

LA RUPTURA CON EL PRI

LF: ¿Qué proponías como alternativa al *dedazo*?

PML: El cumplimiento de los estatutos del partido.

LF: ¿Y concretamente qué significaba?

PML: El Consejo Nacional se reúne con anticipación suficiente, lanza la convocatoria para la convención que habrá de elegir candidato a presidente de la República y abre el registro de precandidatos, quienes de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo, hacen campañas internas de proselitismo al término de las cuales se celebra la convención, cuyos representantes deben haber sido electos democráticamente por los sectores y por las estructuras territoriales del partido.

Pedimos expresamente, en interpretación de los estatutos, que la convocatoria se lanzara cuando menos con 150 días de anticipación a la celebración de la convención, es decir, seis meses. Demandábamos que el registro de precandidatos fuera libre. En la convocatoria que lancé con López Portillo, nada más decía: "Se registrarán los candidatos y se leerán sus nombres en el orden para ser votados por la asamblea". Que el registro fuera libre; el que quisiera ser precandidato debía cumplir un mínimo de requisitos. Uno era tener 1 000 personas que lo apoyaran, o 10 000 o 50 000, pero que fuera libre, como debe ser en cualquier país democrático. Esto no lo querían; debí haberme dado cuenta desde

entonces. Querían imponer a Salinas. Cualquier apertura era mala siempre que se pensara en el menos popular.

Un amigo cercano a las esferas del poder me dijo: “¿Sabes por qué no están de acuerdo contigo? Porque seguramente piensan imponer a alguien impopular. A algunos precandidatos no les caería mal la apertura porque tienen fuerza real; a otros les caería muy mal. Haz tu análisis. Primero, De la Madrid no quiere atarse las manos de nada más dejar a los populares, o peor aún, ya tiene en mente meter a uno de los más impopulares, con menos bases reales. De otra manera no se explica la cerrazón”. Otro amigo me dijo: “Lo que pasa es que De la Madrid todavía no sabe quién será y tiene un gran temor de que tu propuesta le estorbe una decisión que él aún no conoce, quiere tener al máximo las manos libres”. Cualquiera que sea la interpretación, se sacrificaron valores superiores por cosas absolutamente absurdas.

Mi última conversación con Miguel de la Madrid fue respetuosa, cordial, calmada, precisa y no sé cuántos adjetivos más ponerle. Analizamos lo que había sucedido y le dije: “Mira, las cosas han llegado a un punto en que tienen que resolverse”. Les parecerá extraño, pero esto es parte de mi personalidad: ¿así le hablas a un presidente? No porque sea de tú, así le hablaba a Echeverría y a López Portillo. No soy agachón. Es otra cosa en la que no estoy de acuerdo con el sistema, hecho de mucha agachonería y lambisconería. No comparto esos valores del sistema. Lo que tengo que decir, lo digo claramente frente al presidente, con respeto pero con claridad, y no “hago la barba”.

JW: ¿Cuándo fue esta última conversación?

PML: A fines de febrero. Quiero distinguir el tono, fui muy claro; nada de “Señor presidente, lo que usted quiera”. No: “Miguel, las cosas son así, mano”. Un amigo muy talentoso me dijo: “Cuando estabas en la cumbre tuviste problemas porque decían que era muy difícil ser subordinado tuyo, pero el sistema político mexicano ha llegado a la conclusión de que, si es difícil ser subordinado tuyo, es mucho más difícil ser jefe tuyo”. Esa frase define mi relación con el poder. Lo digo, porque si no, hay interpretaciones de otro tipo. No es cierto que sea difícil,

soy franco, honesto y horizontal, y siempre he tratado de serlo. Al pan, pan, y al vino, vino.

Llegué con el licenciado De la Madrid a dos conclusiones básicas, en total acuerdo. Primero: la participación de los miembros de la Corriente en la asamblea general del partido en todas y cada una de sus mesas redondas, de modo que expusiéramos nuestros puntos de vista y se nos escuchara. Segundo: el planteamiento en la comisión principal de nuestras ideas sobre la sucesión presidencial y el *dedazo*. Tercero, que el presidente del partido haría un discurso nuevo que se llamó, en esa conversación, “El discurso del nuevo partido”, haciendo un llamado a que todas las corrientes se expresaran y que, pasada la asamblea, mantendríamos una relación de exigencia con el partido y habría ese juego. Esto llevaría a que con modalidades que el partido determinaría, que no impondríamos, se abriera el proceso que el partido iría negociando internamente después.

El presidente me hizo ver que nuestra actividad creaba perturbaciones dentro del gobierno, cosa que ya me habían dicho, supuestamente porque distintos miembros del gobierno se sentían atacados; convini-mos en que tendríamos conversaciones con esos miembros del gobierno para aclarar situaciones. Uno de los temores era que estuviéramos en el juego interno, atacando a uno para beneficiar a otro. Le dije: “No estamos en el futurismo, al contrario. Si se quiere, conversamos con quien sea en grupo para decir nuestros puntos de vista. El que tenga dudas sobre nosotros, que lo haga”. Pero no hubo absolutamente ninguno. Hubo dudas de parte del presidente de si debíamos ser una corriente o un conjunto de personas que se expresaran individualmente. Le dije textualmente: “Es un problema semántico. Ya estamos identificados como corriente. Nos puedes llamar ‘ala progresista’ o ‘movimiento democratizador’, pero ya somos un movimiento, y por el solo hecho de que actuemos se nos identifica como tal”. El asunto no quedó así. Salí de Los Pinos la última vez con la convicción de que todo se encaminaba para una apertura del PRI.

Al día siguiente Cuauhtémoc y yo desayunamos con el presidente del PRI. De la Madrid había hablado primero con Cuauhtémoc y lue-

go conmigo; Cuauhtémoc también fue claro en los puntos de vista y tuvo una magnífica conversación con él. Quedó claro para nosotros que había una solución política dentro del partido. ¿Por qué el presidente? Porque era la última instancia. Nos preparamos para ir a la asamblea. El presidente del PRI me dijo que por favor no presentara en la mesa redonda la ponencia, que como ex presidente del partido era *too much*, que mejor la presentara Cuauhtémoc. Cuauhtémoc la presentó, me pareció lógico. Dije: "Me guardo para un discurso en plenaria, si me invitan después". Veintitantos miembros de la Corriente participaron en las mesas redondas, dos o tres por mesa.

¿Cuál fue nuestra sorpresa? Me pidieron un conjunto de reformas al partido: hice un proyecto de reformas estatutarias. Me pidieron ideas para el nuevo discurso del partido: las di. Quedé de ver al presidente del partido el fin de semana anterior a la asamblea: se me perdió. Supuse que estaba ocupado. Después me di cuenta de que no era un problema de trabajo: lo estuve buscando y se me escabulló. Cuauhtémoc Cárdenas planteó en la comisión sexta nuestra tesis fundamental del *dedazo*, y le armaron una encerrona con gobernadores, senadores y diputados para masacrarlo. Ahí votaron: "Se rechaza la propuesta". Cuauhtémoc dijo: "No se está rechazando, nada más estamos diciendo que la asamblea debería considerar y tomar una decisión sobre el procedimiento. La designación del presidente no la toma la asamblea, no es su competencia; le corresponde al consejo, pero no puede violar los estatutos. Los estatutos no se pueden rechazar".

Querían dejar constancia de que nuestra propuesta había sido rechazada para luego decir que la mayoría había derrotado a la minoría y que la minoría tenía que disciplinarse; todo eso fue una trampa.

El presidente de la República no debe prestarse a eso. Lo digo con toda responsabilidad y lo lamento: el presidente mintió. Mintió por debilidad, por complicidad. El presidente me mintió. Eso un jefe de Estado nunca debe hacerlo. Se nos llevó a una trampa. Hubiera querido, por respeto a mi amigo Miguel de la Madrid y a la institución Presidente de México, que el jefe del Estado no hubiera sido cómplice de eso. No tenía por qué ser cómplice de eso el jefe del Estado.

JW: ¿Faltaba a lo posible?

PML: Faltó a la verdad, porque quizá no pudo hacerlo. Eso es lo que ha lesionado a la institución Presidencia de la República en México: si no puede un presidente, que no se comprometa. La palabra de un jefe de Estado es muy importante en cualquier parte, máxime por la tradición mexicana. Yo suavizaría, no quiero ofender en esto al licenciado De la Madrid, que bastantes cosas hay ya: tal vez quiso y no pudo, pero el caso es que fue cómplice objetivo de una trampa increíble.

JW: Tal vez tenía la idea de que con su participación ustedes suavizarían sus demandas, vivirían dentro del sistema sin problemas y seguirían adelante. Cuando vieron que ése no iba a ser el resultado, se dieron cuenta de que ya no...

PML: La verdad es peor que eso; ya parece el defensor del sistema. Hay varias cosas que dicen que no son ciertas. Primero, desde el jueves se nos escondieron.

JW: ...podían seguir viviendo en la deshonestidad.

PML: Segundo, idearon todo un aparato: invitaron a la clausura a los ex presidentes Echeverría y López Portillo, cambiaron completamente el escenario; el discurso de De la Vega es lo contrario, un discurso demodé: "El partido y el presidente son las dos columnas, y el presidencialismo y el partido...", hablando del partido en el mismo tono en que se hablaba de Mussolini. Se habló del PRI en el tono de un partido único, como en la época del PNR; en 1985 habla así De la Vega, después de todo lo que había pasado... "¿1928?", me decía; "no, ¿1927?, ¿1929? Esto me suena, ¿pero a qué?" ¡De polilla! Un discurso sacado de los viejos trajes de Calles. Una cosa de un anacronismo impresionante, lo opuesto a lo que íbamos a decir.

LF: Era básicamente la misma dinámica.

PML: El gran aplauso a los ex presidentes, mis dos ex jefes, además. Los dos me saludaron cordialmente cuando entraron; claro, todo mundo, que no sabían de qué iba a ser el discurso de De la Vega, desde las tribunas me saludaban. Parecía que éramos los grandes triunfadores. Esto fue el miércoles, en la clausura de la asamblea, en marzo. De repente, al terminar el discurso, tres cuartillas de ataque contra nosotros: "La quinta

columna... los caballos de Troya... La mayoría ha decidido... la minoría tiene que plegarse". Yo estaba en la primera fila como ex presidente del partido, aplaudiendo suavemente como en esas películas del Kremlin, una escena así. Terminó. Los periodistas se me acercaron. Todavía les di la posibilidad de rectificar. Dije: "Seguramente el presidente del partido se refiere a los arribistas, a los reaccionarios, a los políticos enriquecidos. Ésos son los verdaderos caballos de Troya, ésas son las quintas columnas, los que han pervertido el proceso de la Revolución, los que están hundidos en la corrupción, los reaccionarios, los que se empeñan en seguir pagando la deuda contra los intereses del pueblo. Ésos son los que hay que expulsar del partido". "No, pero se refirió a ustedes." "Yo no oí mi nombre."

Al día siguiente los periódicos contra nosotros, al otro día más: una caricatura en *Excelsior* —mi hijo llegó de la escuela con lágrimas en los ojos porque se burlaron de él— donde estoy con la parte trasera de fuera y De la Vega me está nalgueando. Era obvio que estaba orquestado. El viernes empecé a hacer una nota larga con una respuesta nuestra. El sábado me llamó Cuauhtémoc: ya tenía una carta suya, es la famosa carta de Cuauhtémoc. Tenía razón, porque directamente lo habían agredido y era nuestro representante. Entonces tomó ahí la iniciativa, de acuerdo conmigo, de denunciar la actitud del partido; acusó de falta de integridad moral a su presidente.

Tres días después lancé una carta donde levanté el fusil y disparé un piso arriba. Puse la responsabilidad donde estaba: dije que esto siempre ha sucedido en víspera de las renegociaciones financieras y que es un mensaje a nuestros acreedores de que no cambiará la línea mexicana, de que continuará la economía prometida. Me refiero a un importante editorial de *The Wall Street Journal* del 10 de octubre, donde dice que los banqueros están *hyper nervous* porque les había dicho Reagan que les pagaríamos hasta la risa y ya no querían prestarnos porque no eran *sound credits*, pero que tienen que creerle a Reagan que es la mejor manera de que México siga una línea económica de liberalización y que la suya es la única. De repente leen en los periódicos que en México hay un grupo, decía, de "nacionalizadores" de tierras, de petróleos y de bancos que

se mueve dentro del partido y aspira al poder, y entonces no creen que lo que les ofrece la Casa Blanca sea cierto. Esto del editorial lo comenté ampliamente con el editor de *The Wall Street Journal*, que me invitó a comer en sus oficinas en Nueva York, y supe el origen y todo, la importancia que tenía para ellos en ese momento y por qué lo pusieron como *the main editorial*.

JW: ¿De este año?

PML: De 1986. Estaba enterado y dije: “El gobierno, a través de esta actitud, está ofreciendo el autoritarismo como garantía de pago”. Aquí hay algo fundamental que se me olvidó: la insistencia de Gavin en mi salida, en agosto de 1985, está vinculada a la firma del crédito, el 29 de agosto. Ésa es la verdadera razón; no se confunda con el problema de un vidrio roto.

Llegué a Nueva York el 27 de agosto de 1985 y el 29 fui invitado a la firma del gran paquete de crédito. Estaban el secretario de Hacienda, Jesús Silva-Herzog; el director del Banco de México, Miguel Mancera; el embajador en Estados Unidos, Jorge Espinosa de los Reyes. Fui al coctel con ellos y Jesús me dijo: “Oye, por poco y no firmamos”. “¿Cómo? Repítemelo.” “Por poco y no firman.” “¿Por qué?” “Tú sabes a qué me refiero.” “Qué, ¿estaba vinculada mi salida a la firma?” “No, no, no...” Jesús nunca me ha querido repetir esa conversación, pero doy testimonio de que la presión para mi salida de Nueva York, en las circunstancias precipitadas en que ocurrió, fue la condición para la firma del crédito el 29 de agosto. Tengo la seguridad, aunque no puedo dar la prueba, y tengo la frase de Jesús. Y la primera declaración de Vernon Walters en la televisión norteamericana, la cara grandota de *My General*, como le dice Mario Moya Palencia —así se burló de él en la ONU: “*My General*”—, a quien vi antes de salir de Nueva York. Le pregunta el locutor de la ABC, o la NBC: “¿Y qué medios de presión se tienen sobre los países para cambiar el voto?” Y *My General* Walters: “There are a lot of means to push, to press. You know, the United States...” Y el locutor le dijo: “But what means of control, Mister Ambassador?” “Of course, credits. They need loans. All of them.” Lo oí y me acordé de lo otro, dicho clarito. Esto ocurrió tres semanas después de que

vi la aparición en escena del maestro Walters. En esa carta, “El autoritarismo como unidad de crédito”, digo: “Ya se ha vuelto recurrente este tipo de agresiones a los sectores democráticos del país en vísperas de las renegociaciones financieras”, y estoy diciendo algo que mi amigo el señor presidente de la República sabe que es la verdad: que él entregó porciones de soberanía para calmar a los acreedores. Por eso, cuando dices que quiso y no pudo, quizá tengas razón, y también mi salida de Nueva York quiso que fuera en otros términos y no pudo, y por eso hubo un silencio que no entendí —que si me quedaba, que si me iba a la Asamblea, y de repente me tenía que ir—. Hubo presiones internas e internacionales.

Hay que releer mi carta. No ataco por nombre, pero defino un problema en su contexto. No es un problema interno del PRI sino más complicado, y me lo sé además, esta película ya la vi.

Empieza la segunda época, un segundo momento de la Corriente, ya de pleito. Cuauhtémoc ya no es gobernador y empieza a viajar por el país. Llega una gran irritación del gobierno: se sabe que no tolera ya las declaraciones de Porfirio ni los viajes de Cuauhtémoc porque empezó a juntarse con los campesinos, con el pueblo. Cárdenas viajando por el país tiene un peso. Y mis declaraciones, que francamente a veces tengo la lengua “vespertina”, como dicen en mi tierra: soy preciso, me voy al fondo. Esto ya los tenía angustiados y sacaron el famoso documento por el que la CTM pide la expulsión, y empieza la bronca. Como no se atreven a expulsarnos, publican un documento en el que nos marginan, aunque la marginación no existe como figura; simplemente no quisieron convocar a la Comisión de Honor y Justicia. Hay tres sanciones, amonestación, suspensión temporal y expulsión; cada una requiere un dictamen de la Comisión de Honor y Justicia y ser oído en audiencia. Como no nos querían oír en audiencia, sacaron una resolución de una comisión política —que está en los estatutos, pero no tiene facultades para ello— con la cual nos marginan, nos repudian, nos critican, nos prohíben el acceso a los locales del partido. Yo había ido a sus instalaciones en Chihuahua y eso los molestó mucho, pero fui por razones que nunca entendieron: iba caminando por mi cuenta y llego al partido

porque me da la gana, es un lugar público y yo era miembro activo. En Ciudad Juárez tuve una espléndida recepción.

JW: ¿Cuándo fue eso?

PML: En mayo o junio. Me di cuenta de la gran recepción que tenía y de que incluso el PAN contribuía a que fuera exitoso. Creí mi deber ir al PRI porque fui invitado por un magnífico cuadro del partido, y empecé a hablar con la gente; llegaron líderes, empecé a discutir con ellos los problemas del PRI y esto se hizo muy famoso. Discutíamos las cosas y me daban la razón. Estábamos tomándoles por abajo el liderazgo del partido; por eso me proscibieron en Chihuahua, maliciosamente.

Nos prohíben los locales, el uso de las siglas y se viene un momento difícil para nosotros, ataques tremendos en la prensa. Es cuando tomamos la decisión de presentar a Cuauhtémoc como precandidato dentro del PRI. ¿Por qué? La gente dice: “Bueno, si ya los habían expulsado y marginado, era el momento menos adecuado para hacerlo”. Era una manera de adelantar lo que venía. Cuauhtémoc pudo haber sido nuestro precandidato antes, pero no había consenso en toda la Corriente de que debiéramos dar ese paso. En la Corriente había dos opiniones y siempre hemos actuado consensualmente, nunca hemos impuesto un criterio. Hay quienes creían que bastaba la lucha por los principios, y quienes creíamos que era necesario ejemplificar la lucha; es decir, estábamos luchando por que hubiera precandidatos y probar. Dicen en derecho que el universo del derecho se mueve cuando hay una acción.

La idea de que Cuauhtémoc fuera nuestro candidato fue una decisión que habíamos tomado desde la época de Rodolfo. Rodolfo me había dicho: “Si llega a haber un candidato nuestro, debe ser Cuauhtémoc”; en lo que yo estaba de acuerdo. Tiempo después le dije en lo personal al ingeniero Cárdenas: “Cuauhtémoc, si llega a haber un candidato, debes ser tú por tales y tales razones”. Era algo que fácilmente convinimos y claro que él lo había aceptado.

No crean que fue tan fácil adentro de la Corriente. Los trancazos estaban muy fuertes: tuvimos muchas bajas. Tampoco podíamos avanzar a la velocidad que queríamos. Cuauhtémoc y yo, por nuestro lado, sí: él viajaba, yo declaraba, pero a la Corriente en su conjunto había

que moverla para que no se nos deshojara. Nos movimos aprisa, pero la Corriente como conjunto se movió más despacio.

¿Por qué se decidió? Era muy sencillo: si no actuábamos en ese momento, habríamos quedado desbaratados. De todas maneras, se necesitaba un acto político de apoyo a nosotros frente a la expulsión. Ya habíamos pensado que mucha gente nos fuera a ver a las oficinas pequeñas que teníamos, las que tuvo en sus últimos 15 años de vida el general Cárdenas junto a su casa en Andes 605, las únicas que hemos tenido; ahí despachábamos y hacíamos muchas cosas. Estaba planeado que fuera un grupo numeroso de gente, de michoacanos, de líderes nuestros, de líderes de las colonias populares, 2000, 3000, 5000, los que llegaran a darnos su apoyo. Había que aprovechar ese apoyo para plantear lo de la candidatura.

En mis recorridos por el interior del país, sobre todo en las zonas ejidales, era claro el deseo de que hubiera un candidato. En La Laguna me salían los campesinos en la carretera gritando: “¡Cár-de-nas, Cár-de-nas, presidente!” Era claro que las bases de la Corriente querían la candidatura de Cuauhtémoc. Por el solo hecho de que esas bases llegaran de La Laguna o de Michoacán, sabíamos que lo iban a plantear; así fue y Cuauhtémoc ahí dijo que aceptaba ser precandidato, siempre y cuando se luchara en el partido para la apertura. Lo tomaron como rebeldía y vino la última fase, que estuvo señalada por una negativa permanente para abrir el registro de precandidatos debido a marchas que hicimos en la ciudad para ello por una reacción de acumulación de fuerza a la que ya me referí, con policías, *halcones*, golpeadores, para que no llegáramos al partido; una respuesta tardía y torpe del gobierno, aparentando que abría el proceso y poniendo en la televisión a seis funcionarios para simular que había precandidatos, cuando nunca los hubo. La negativa final del registro fue después de esa marcha.

Se vieron obligados a hablar con nosotros, porque habría sucedido algo peor que el 10 de junio si seguíamos marchando. Ahí hubo mucha responsabilidad del gobierno y del partido. Nos dijeron que no había lugar para nuestra solicitud, que ya se lanzaría la convocatoria, la que se lanzó “amarrada”: se necesitaba que se registrara un sector del partido,

cosa imposible, o un número equis de comités estatales, pero simultáneamente al lanzamiento de la convocatoria se sabe que 32 comités estatales y tres sectores ya estaban apoyando a alguien. La convocatoria nace muerta, cerrada. Se impuso como requisito que uno de nosotros cuatro levantara la mano y tres ya la levantaron, así no hay lugar para hacer nada. Es un animismo ridículo. Eso de que no nos registramos no es cierto: no nos pudimos registrar porque todos los actores que podían hacerlo se pusieron simultáneamente a favor de un candidato. No nos dieron ningún espacio. Al no darnos ningún espacio, decidimos —esto lo teníamos bien pensado— citar a los miembros de la Corriente el lunes, martes y miércoles de la siguiente semana en tres reuniones seguidas, el mayor número de cuadros del país y del Distrito Federal, y el miércoles, al terminar esas sesiones, decidimos mantener la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas e iniciar un conjunto de acuerdos y concertaciones con otras organizaciones políticas para registrarlo.

JW: ¿En qué mes?

PML: El *destape* fue en los primeros días de octubre. Se llamó la “Marcha de las cien horas por la democracia”. Grupos nuestros estuvieron todo el día y toda la noche desfilando en la Plaza de la Constitución hasta el día 21, cuando salimos con como 40000 personas hacia el PRI: ahí termina una época y empieza la actual, de la lucha abierta. En las últimas semanas estuvimos en conversaciones confidenciales con algunos partidos políticos cercanos, el PMS, el PARM, el PST, el PPS, y se empezó a concertar el sistema de alianzas.

JW: ¿Entonces, pensaste renunciar del partido hasta el momento de tu salida aquí, a Los Ángeles?

PML: La idea de la renuncia ya estaba. Varias razones la retrasaron y son difíciles de explicar para quien no conozca el proceso interno. Después del *destape* tuvimos que actuar rápidamente; la mayor parte de los miembros de la Corriente Democrática —que es muy amplia y no tenemos comunicación diaria por teléfono ni por télex— tardaron en asimilar lo que estaba pasando. Hay un punto que se nos ha criticado mucho: siempre dijimos que no nos íbamos a salir del partido. Sobre todo, nos criticó alguna revista importante y una de las preguntas fue: “¿Por qué,

si dijeron que no se iban a ir, se fueron de un día para otro?” La realidad es ésta: pensamos poco a poco que íbamos a terminar afuera. Lo que pasa es que cuando peleamos por la apertura del partido necesitábamos un discurso muy consistente, no podíamos decir: “Si no nos hacen caso, nos vamos”. No es una línea correcta.

Fuimos muy escrupulosos en no darles pretexto para la expulsión, nos fuimos por una línea cuidadosa en el discurso y en la actuación para no incurrir en ninguna causal. Fuimos ortodoxos desde el punto de vista jurídico: siempre estuvimos muy *legals* para que en ningún momento diésemos a entender que podíamos salirnos del partido, sin faltar a ninguno de los preceptos de los estatutos para tener fuerza moral al exigir su cumplimiento del otro lado; esto causó mucha sorpresa, porque sí hubo un cambio rápido de discurso, hay que reconocerlo. No habíamos valorado totalmente hasta qué punto sería sorpresivo para mucha gente que nos saliéramos.

Esto determinó una rápida reacción de muchos miembros de la Corriente cuando nos reunimos para decidir jugar por fuera. La Corriente decidió mantener su identidad, es decir, mantenerse luchando dentro del partido; no era fácil para muchos, que no tenían la misma claridad respecto de los distintos escenarios. Desde antes del lanzamiento de la candidatura habíamos estudiado los escenarios en todas las circunstancias, fuimos cuidadosos en considerar todo lo que podía ocurrir y ninguna decisión la tomamos sin ver sus posibles consecuencias. Incluso hicimos algo que se llama “árbol de decisiones”: si se tomaba una línea, qué opciones había; de esas opciones, cuáles más se abrirían. Previmos todas las variables, pero esto no lo sabía la mayor parte de la gente ni podía saberlo. No se olvide que la Corriente no era una organización, era un movimiento de opinión.

Para la gente fue sorpresivo y aceptamos que, después de lo ocurrido, la Corriente buscara su identidad manteniéndose dentro del PRI. Ésa fue la decisión: luchar dentro del PRI. Los acuerdos fueron que siguiéramos en el PRI, desconocer dentro del PRI el *dedazo*, asumir nosotros la legitimidad del partido, denunciar como ilegal la designación, y sostener que la dirigencia del partido había perdido su legitimidad. Se habló

de una metáfora, que fue la carroza de Juárez: donde estemos nosotros, está la legitimidad del partido. Esto funcionó dentro de la Corriente, pero afuera no. Para la opinión general el PRI era el PRI, y nosotros estábamos en pugna con el PRI. Para la gente las cosas son más netas: unos son el PRI y otros ya no son, o son lo que sea. Consideramos prudente mantener lo más posible la cohesión de la Corriente, y la mayoría de sus miembros en ese momento todavía no estaban preparados para dar el salto hacia afuera. Las alianzas con otras organizaciones se hicieron a partir de la Corriente Democrática como movimiento disidente del PRI.

Que al aceptar su primera postulación, por el PARM, el ingeniero Cárdenas también haya aceptado su inscripción al PARM fue un requisito que estaba en los estatutos, y la presión que ejerció el gobierno ese día en su asamblea —o agentes del gobierno sobre el PARM— fue tan fuerte que de no haber aceptado en ese momento su inscripción todo se hubiera echado a perder, se habría aprovechado algún pretexto para que hubiera un conflicto ahí en la asamblea. Así que el ingeniero Cárdenas conscientemente aceptó su inscripción al PARM para asegurar el primer registro en la inteligencia de que sabíamos que posteriormente otros partidos se irían sumando, pero había que comenzar por uno y además estábamos en una lucha difícil. Primero necesitábamos un territorio firme, y había que asegurarlo.

Esto sorprendió todavía más, porque la prensa manipulada exageró la significación de esta afiliación y trató de presentarla como una defección. Desde el principio hemos hecho frente a una estrategia de desinformación; nuestro trabajo ha sido doble o triplemente más difícil porque hemos tenido que contrarrestar estrategias de desinformación. Como en ajedrez, jugábamos contra las negras, que tienen medios y en algunos aspectos saben cómo hacer las cosas. Una de las grandes armas que han tenido contra nosotros es la desinformación y ahí hubo mucha: que si era un contubernio con un partido a punto de desaparecer, etc., una serie de críticas para minimizar y hasta para ridiculizar nuestros actos. Sin embargo, seguimos adelante en nuestros vínculos y asociaciones con los partidos.

POSTULACIÓN DE CÁRDENAS Y PLATAFORMA DEL FRENTE

PML: A eso se debe que se haya retrasado la renuncia del PRI y que desde entonces era lógica: mantener la cohesión. Por otra parte, ocurrió un fenómeno importante: los distintos partidos prefirieron hacer cada uno su negociación con la Corriente, era la que tenía la personalidad moral y se me pidió que coordinara la Corriente y esas negociaciones.

Ésa es la razón: mantener una independencia de los partidos, la cohesión de la Corriente y dedicarme por entero a las negociaciones que condujeron a la formación del Frente Democrático. Prácticamente cada semana se presentó la fusión de una nueva organización al Frente. Al día siguiente que terminó el conjunto de alianzas básicas, presenté mi renuncia.

Se alió primero el PARM, después el PFCRN, luego el Partido Nacional del Pueblo, la Unidad Democrática, el Partido Verde, etc., hasta que concluimos con uno que era muy importante: el Partido Popular Socialista, de ideología socialdemócrata. El domingo fue lo del PPS; primero tenía pensado hacerlo el día 9. Era simbólico: yo había salido del gobierno central el 9 de diciembre de 1977. Me parecía que, exactamente 10 años después, nadie podría acusarme de que había sido precipitado en mis decisiones políticas.

JW: ¿Diez años de que saliste de la SEP?

PML: De la SEP, claro. Haber sido embajador fue una función digna, pero no fue propiamente una función de gobierno sino exterior. Era simbólico, pero no era tan importante subrayarlo. La fecha buena fue el 15, porque se acabó la serie de negociaciones y esto le daba su propio espacio informativo y de reflexión, para que la gente se quedara pensando en el hecho el fin de año.

JW: Entregaste tu carta y saliste...

PML: Al día siguiente regresé.

JW: Así no tenías que responder a nadie.

PML: Lo hubiera hecho, pero prefiero que primero se analice, se discuta. Cuando regrese, daré las conferencias de prensa que sean necesarias y, sobre todo, me propongo promover de un modo activo el

desprendimiento de grupos, de miembros del PRI y su adhesión al Frente Democrático.

JW: ¿Por qué escogieron al PARM? ¿Fue el primer partido que ofreció su candidatura?

PML: Sí, pero no es sólo eso, sería demasiado simple. Hay tres razones: fue el primero que adquirió un compromiso firme, aunque suficiente. Hay otra razón que la gente no quiere entender: en un sondeo rápido que hicimos entre cuadros de la Corriente sobre con qué partido nos convenía asociarnos primero, todos, sin excepción, dijeron que el PARM. Desde afuera nos han dicho que el PARM es un partido desprestigiado, que es un “mini PRI”, como me dijeron todavía ayer aquí.

JW: O como dicen muchos: es un partido de viejos generales de la Revolución que nada más querían hacer lo que hacía el PRI, pero querían hacerlo mejor.

PML: Lo que pasa es que el PARM dio muchas vueltas. Hubo una época en que incluso tuvo un tono anticomunista, es cierto, pero hay una nueva época del PARM, con nuevos dirigentes. Hay cosas que al PARM no le pueden negar.

JW: Fue fundado por Jacinto B. Treviño.

PML: Claro, un partido que ha ganado muchas diputaciones y alcaldías por mayoría; los partidos de la izquierda no han ganado elecciones por mayoría. Hay partidos nuevos muy dignos, respetables, que se hicieron en la época de los diputados de lista y los diputados de partido. El PARM, como el PPS y el PAN, vienen de la época en que no había diputados de partido; tienen lo que llamo una vocación uninominal. El PARM me ganó diputaciones y alcaldías, y sé que es un partido de lucha, tiene una tradición electoral indiscutible.

Hay un testimonio, no soy yo el que lo afirma: todos los dirigentes de la Corriente consultados dijeron que el PARM, porque es el más cercano al PRI. Esto de que se parece mucho al PRI lo han argumentado en nuestra contra, pero en ese momento, para los seguidores de la Corriente Democrática era lo más cercano al PRI en el sentido de la ideología. La ideología del PARM es la misma en términos generales que la del PRI, y en algunos puntos, como pudimos comprobar, es más avanzada: es de

lucha porque se cumplan los principios de la Revolución. Los símbolos son los mismos: Zapata, Villa, Carranza, Juárez, Cárdenas. Por eso el tránsito era fácil para la gente.

JW: ¿El PARM está a la izquierda o a la derecha del PRI, o en la misma línea?

PML: A nivel ideológico, de declaración de principios, es prácticamente la misma línea; a nivel de discurso político, recientemente era más revolucionario el PARM, precisamente porque el PRI se inclinó a la derecha; si quieres, se cruzaron. Qué buena pregunta hiciste.

Visto siete u ocho años antes, el PARM podía verse a la derecha del PRI, y así muchos lo recuerdan, pero como el PRI se fue a la derecha, el PARM, en su nueva hora, estaba a la izquierda del PRI. En el documento que nos presentaron, cuando la candidatura de Cuauhtémoc, empiezan pidiendo la moratoria de pagos de la deuda externa, y no se los dijimos; sólo por mencionar el tema central del país. Ahí se ve la diferencia. Eso es más avanzado que el PRI en términos concretos, no sólo literarios; también una gran protesta, un gran reclamo por la inequitativa distribución del ingreso, y mucho más. Hay que entender que el PRI se ha vuelto un partido de derecha en la práctica.

En eso Cuauhtémoc Cárdenas ha sido más riguroso que yo, más claro, y ha dicho con toda claridad en su discurso de campaña que el del PRI es el modelo reaccionario y contrarrevolucionario. Ha dicho que el PAN y el PRI son el mismo modelo, pero en otros discursos incluso ha insinuado que el PRI puede estar más a la derecha que el PAN, lo que es cierto. Decir que alguien está a la derecha del PRI es muy difícil en el país: en la realidad, no en el discurso. Es absurdo decir que el PARM está a la derecha del PRI, no es cierto.

Había otra razón, *the facts of history*: ese lunes 12 de octubre estaba convocado a un consejo el PARM. Ellos iban a reaccionar después de la decisión del PRI, como esos partidos siempre reaccionaron después; no tiene nada de raro. Y era indispensable aprovechar esa ocasión porque era evidente que el sistema haría presión sobre el PARM para que, como había ocurrido históricamente, apoyara al candidato del PRI. Había que aprovechar también el impacto negativo que causó en la opinión pública

la designación de Salinas de Gortari, y la casi imposibilidad que habría en ese consejo de que el PARM se adhiriera a Salinas.

Ningún partido de oposición se adhirió, incluso los que tenían costumbre de hacerlo. El PPS, después de la candidatura de Lombardo a la presidencia en 1952, siempre había postulado al candidato del PRI, y el PARM también; por primera vez en 30 años no lo hacen y eso es un significado que no se ha querido ver. En esa entrevista de prensa se nos dijo —iban algunos periodistas muy agresivos— que nos estábamos uniendo a partidos paraestatales. Les dije: “Perdóneme, en el momento en que se adhieren a nosotros contra el gobierno dejan de ser paraestatales. Véanlo ustedes al revés: estamos siendo un vehículo para la independencia de otros partidos, lo que es un hecho cualitativo en la vida política del país, y positivo. ¿Por qué lo tienen que ver como negativo? Estamos contribuyendo a la plena independencia de los partidos respecto del gobierno”.

Claro, la desinformación sigue y seguirá durante algún tiempo, hasta que sea claro y definitivo para la opinión pública que somos la oposición real. La Corriente fue combatida durante un año. Hicimos un escrito al gobierno detallando todo tipo de agresiones, de amenazas, y ahora los partidos que nos apoyan están siendo terriblemente combatidos, lo que no ocurre con ningún otro partido de oposición, ni con el PAN.

JW: ¿Hablamos un poco del Partido Popular Socialista y del Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional?

PML: Cómo no. El PST es un partido que surgió en los setenta.

JW: ¿PST?

PML: El PST es el Partido Cardenista: Partido Socialista de los Trabajadores, impulsado por jóvenes militantes de izquierda. Algunos venían del movimiento del 68, de provincia, habían estado incluso encarcelados; empezaron a trabajar en las zonas urbanas.

JW: ¿Como Rafael Aguilar Talamantes?

PML: Como Aguilar Talamantes, que estuvo en la cárcel. Otros trabajaron cerca de grupos de obreros y de campesinos, tuve relación con ellos desde que era secretario del Trabajo y me consta que luchaban por sindicalizar a algunos grupos. En la época de la apertura democrática

de Echeverría se les dieron facilidades para descongestionar las presiones políticas, obtuvieron su registro en la época de López Portillo, en el marco de la Ley de Organismos Políticos y Procesos Electorales (LOPPE), y venían actuando como un partido con fuerza electoral real. Hubo una división del PST recientemente, un grupo se pasó al PMS y quedó un núcleo. Antes de esto, habían tomado la decisión de cambiar el nombre del partido por Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, porque consideran que el camino para el avance social y político en México son los ideales del cardenismo. Aguilar Talamantes es originario de Michoacán, además, y su reafirmación a un sentido nacionalista y cardenista coincidía con lo nuestro, así que esto fue muy coincidente. El PARM había perdido su registro y lo había ganado de nuevo por sus votos, y ya tiene otro lema: "Una nueva era"; están en la construcción de una nueva era. Han tenido una orientación ideológica más clara en esta nueva era.

Por lo que hace al PPS, herencia de Lombardo Toledano, se caracterizó durante la administración que termina por una crítica permanente a la política económica. Denunciaron acremente el desmantelamiento del sector paraestatal, las inequidades en la distribución del ingreso, la política salarial, la vinculación financiera excesiva, el seguimiento casi servil de las indicaciones del FMI. Fueron muy críticos con la política económica del gobierno, al punto de que prácticamente sus contactos con el gobierno son nulos. Desde luego, tenían en el pasado buena relación con el gobierno, el que cambió fue el PRI. El PPS, todavía en las elecciones de hace seis años, postuló a Miguel de la Madrid.

JW: ¿Podían postular a De la Madrid sin que fuera miembro del PPS?

PML: Sí, es una tradición que a los presidentes de México los postularan el PRI y otros partidos.

JW: Entonces Cuauhtémoc podía haber dicho que siendo miembro del PRI, está postulado por el PARM.

PML: Sí, en efecto, pudo decir eso, lo que pasa es que no es lo mismo cuando un partido apoya al PRI que cuando toma una decisión a contrapelo. Claro, no había quien se hubiera parado hace seis o 12 años en una asamblea del PARM a decir: "El candidato del PRI no es miembro

del partido”, pero sí había gente en esta asamblea que estaba dispuesta a invocarlo, y además se metieron. El secretario general del PARM llegó a proponer a Salinas: hubo una situación muy tensa. Cuando se trataba de apoyar al poder, nadie lo invocaba, y ahora sí había quien precisamente por encargo del poder lo podía invocar; es decir, “no se puede por esto”. El escenario era muy distinto y así se pulsó para evitar darles pretextos ese día a quienes estaban en conexión con el gobierno, tratando de echar a perder esto. Debo recordar que se trata de un 12 de octubre, que es día feriado en México.

Obviamente ha habido un crecimiento muy rápido de la candidatura, pero la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas va *beyond* los partidos políticos.

JW: ¿Entre los tres partidos políticos tienen un comité ejecutivo?

PML: Se acaba de hacer un comité coordinador con la Corriente, un comité político para las decisiones que afectan el ejercicio de los derechos de los partidos legales, y hay otro comité operativo donde están todas las organizaciones y que es mi trabajo fundamental. Tomamos la decisión de constituir formalmente el Frente Democrático Nacional: este Frente Democrático estará formado por todas las organizaciones que apoyan la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, y en el futuro, las que se vayan afiliando. No es una coalición en términos de la ley. La nueva ley tiene muchas mañas, una es que cuando varios partidos coinciden en proponer un solo candidato y establecen coalición para que sea un solo círculo el que se marque, pierden sus derechos como partidos durante el tiempo de las elecciones. Otra maña es que no favorecen la formación de coaliciones y provocan que el nombre del candidato tenga que inscribirse en varios círculos. A su vez la ley tiene otra disposición, según la cual si se marcan más de dos círculos se anula la boleta.

La ley está llena de trampas que vamos a evidenciar en su momento. Yo no había descubierto algo gravísimo, imputable a la administración de Miguel de la Madrid y, desde luego, a la lenidad y cooperación de las Cámaras de Diputados y de Senadores y de las legislaturas de todo el país: dentro de la reforma constitucional propuesta por De la Madrid en materia política, hay un principio increíble que está en la Constitu-

ción Política del país y dice que a un partido que tenga mayoría relativa de votos, cualquiera que sea su número de votos, se le completará hasta 51% en los miembros de la cámara. Quiere decir que si hay 10 partidos en México, y el que tiene mayor número de votos logra 20%, se le completa automáticamente hasta 51% de la cámara. Es una protección absolutamente antidemocrática a un partido que siendo mayoritario está en camino de ser minoritario.

La administración de De la Madrid se dio cuenta de que el PRI va en camino de ser minoritario y lo está protegiendo para 10 años más. Eso crea un problema gravísimo en la democratización de México que quiero advertir aquí, y que estamos analizando los partidos que ahora nos encontramos del otro lado: aunque derrotáramos al PRI, como espero que lo hagamos en las elecciones presidenciales, el problema del Congreso será muy difícil, porque si gana el Frente Democrático, que es lo lógico, no somos un partido sino tres, entonces ninguno de los tres tiene mayoría relativa; tendrá mayoría relativa el PRI. Aunque tres sumados le ganemos al PRI, ésa es la trampa de la ley: si el PRI tiene 35% de votos y nosotros 45% como coalición, el PRI tiene derecho a la mitad más uno de los miembros de la cámara. Sólo que el PAN ganara haría su mayoría, porque es un solo partido. Por eso estamos obligados a la coalición más amplia que sea posible, y por eso son inexplicables las resistencias de ciertos partidos de oposición; todavía no acabo de entender la posición del PRI, un pequeño partido de origen trotskista, que ha boicoteado una coalición de partidos. Personas informadas del gobierno me han dicho que está infiltrado por agentes gubernamentales, lo que no sería raro: pasa en todos lados. Me enteré, leyendo literatura especializada, que el Ku Klux Klan está compuesto en la mitad por miembros del FBI, pasa igual con el grupo Omega, y es natural: mientras más peligroso es un grupo, más lo infiltran. Parece que el PRI ya es la mitad de la Secretaría de Gobernación: me da pena decirlo por doña Rosario Ibarra, pero es un hecho grave. También es inexplicable la serie de facilidades que tiene en radio, en televisión y en otros medios don Heberto Castillo y la actitud de desafío que tuvo para no sumarse a la candidatura de Cuauhtémoc.

JW: Cuando salió de aquí, en noviembre, tenía todavía la esperanza de que podían reunir a todos los partidos.

PML: Todavía confío en el sentido común, en la gran experiencia política y honorabilidad del grupo dirigente del PMS. Confío en que sean capaces de hacer un esfuerzo, sin romper su unidad —están en un proceso de unificación—, para llegar a una candidatura única, que sería excepcional, de las fuerzas democráticas y progresistas del país.

También confío —cuando esto se escriba, se verá qué tan fundada era mi confianza— en reanudar el diálogo con el PAN, interrumpido por exceso de trabajo, no sólo para la defensa del voto, sino porque si lográramos integrar, al nivel del Senado, planillas de toda la oposición, estaríamos garantizando el cambio democrático en México, porque de todas maneras necesitamos un cambio sustantivo en una de las dos cámaras. No habría ningún obstáculo ideológico ni político si pensamos con grandeza y en el largo plazo para que todos los partidos y movimientos de oposición logremos una sola planilla de senadores, donde podría haber un candidato del PAN en el Distrito Federal, otro de las fuerzas de izquierda, y nos apoyáramos mutuamente; eso no implicaría una cesión ideológica de ningún tipo. Al llegar al Senado los del PAN votan como quieren y nosotros votamos como queremos, y nos oponemos, si se necesita, en todas las votaciones. El problema es cómo romper, en el sistema uninominal, el monopolio del PRI.

JW: Personalmente, ¿serás candidato?

PML: Lo tengo como una decisión secundaria, porque de ninguna manera quiero que se interprete que todo esto lo he hecho para ser diputado o senador. Si las condiciones son propicias, si el nivel de las alianzas lo hace necesario, lo haré, pero no es mi objetivo ir a las cámaras. Lo haré si las condiciones lo hacen adecuado o necesario. Mi deber fundamental es de organización política y de promoción de nuevas ideas.

JW: ¿Cuauhtémoc todavía está en campaña o ya está de vacaciones?

PML: Su campaña duró hasta ayer; de Chiapas creo que se iba a Tabasco. Reanuda el día 4 en Colima, adonde voy ahora. La decisión que hemos tomado un grupo de mexicanos puede cambiar el equilibrio de fuerzas políticas en un país y sobre todo puede hacer, por primera

vez en México, que el poder cambie por la vía pacífica y constitucional. Eso vale el esfuerzo y lo vamos a lograr. Si cuando esto se escriba no lo logramos, ya se sabrá por qué.

JW: ¿Qué peligros hay en la campaña?

PML: Todos.

JW: ¿Hay peligro contra sus personas?

PML: Naturalmente que lo hay, porque el gobierno no ha entendido que tiene el deber de custodiarnos. He hablado con el responsable más importante de la seguridad nacional, nos unen vínculos de relación personal hace mucho tiempo, y se lo he dicho con todas sus letras: “Es responsabilidad de ustedes, porque cualquiera puede tener la iniciativa y crear un problema”. Me dijo: “El secretario de Gobernación dice que solamente se puede cuidar a los partidos registrados”. Dije: “Ni a los partidos registrados cuidan”. ¿Qué el presidente de la República no tiene autoridad en esto? Es como cuando yo estaba en Relaciones, que hablaba con el presidente y el secretario de Relaciones Exteriores no era de esa opinión, o cuando hablé con el presidente para lo del PRI y no sé quién se le atravesó. Se está creando un vacío de poder en México; el presidente de la República debería tener la mínima prudencia, la mínima reflexión para decir que a estas personas se les cuida. En Estados Unidos hay disposiciones del FBI para la seguridad de los candidatos.

JW: El Servicio Secreto.

PML: Claro, y en Europa y en todos los países democráticos. Hay una frase que se atribuye a Mitterrand, cuando era candidato contra Giscard d’Estaing y lo cuidaba gente de segundo nivel. Dijo: “Fue muy notorio cuándo habíamos ganado las elecciones: me cambiaron personal de segundo nivel por los hombres más calificados de un día para otro”. Pasó de la oposición a ser poder.

En cualquier país democrático así es. Luchamos fundamentalmente contra la inercia mental del país, incluso de sus clases dirigentes y de sus intelectuales —muy vendidos y muy vencidos a la influencia extranjera—, en el sector financiero y en el sector político.

Ahora me doy cuenta de la parte negra del sistema en el que participé y lo voy a decir: hicimos muchas cosas por el país pero le causamos

un daño enorme, que fue la castración política. Hablar con los jóvenes y darme cuenta de sus fatalismos y temores, como si hubieran nacido en la época de la monarquía francesa y nada pudiera cambiar; tener que decirle a la gente en la cara: “Señores, esto no tiene por qué seguir siendo así, y no es así en países de menor desarrollo que nosotros”. Es la principal tara que tenemos: la falta de decisión de la gente para cambiar un estado de cosas. Hemos encontrado más en el pueblo, en la gente más modesta. Anteanoche estuve con gente muy modesta de las comunidades México-estadounidenses y todos me dijeron, primero, que no hay ningún mexicano que viva en Estados Unidos que apoye al PRI.

JW: ¿Por qué será?

PML: Nadie: 99 o 100%, porque aquí viven en un medio más democrático. Segundo, todos están dispuestos a pelear adonde tope. ¡Qué distinto! “No, licenciado, qué hacemos, adónde vamos...”

JW: Pero aquí no viven del PRI.

PML: Claro que no viven del PRI. Además, aquí tienen que pelear por sus derechos.

JW: ¿Por qué se les llama aquí “las comunidades”?

PML: Les llamo “las comunidades” desde hace tiempo. Tengo una vieja vinculación, porque el mundo México-americano es muy complejo y muy poco comprendido. Les llamo en plural “las comunidades”, que en mi propio análisis se dividen en lo siguiente: primero, hay los mexicanos, los estadounidenses de origen mexicano, establecidos en este territorio con anterioridad a los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. De acuerdo con mis análisis, que solamente con tu maestro Woodrow Borah he podido revisar —el único que entiende de estas cosas—, debe de haber sido por aquel entonces entre 4 o 5% de la población nacional la que se encontraba en los territorios que perdimos. Calculando que México tenía entonces 12 millones de habitantes, hemos estimado que se quedaron de este lado 400 000 mexicanos: son los que tienen derechos protegidos por los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. De esos mexicanos hay numerosos descendientes.

Las primeras olas migratorias importantes, posteriores a 1847, fueron en la época de la Revolución mexicana; son las que motivaron los

primeros trabajos de Manuel Gamio. Esas migraciones se produjeron en dos niveles sociales: el de los porfiristas, que se tuvieron que ir —cualitativamente un nivel alto desde el punto de vista social y económico, pero no cuantitativamente—, y migrantes que se produjeron por efectos de la Revolución. En los primeros años de la reconstrucción de México se percibieron todavía olas migratorias, hasta los treinta; la segunda ola se produjo en la época de la Segunda Guerra Mundial con motivo de los convenios de braceros, y a partir del término de la guerra hubo una migración creciente que constituyó el flujo migratorio más importante que existe sobre la Tierra. Según cálculos que hice hace tiempo, es 15 veces superior a cualquier otro flujo migratorio, y según otras estimaciones, que me gustaría revisar cuando vuelva a ser invitado a la Universidad de Berkeley, es el flujo migratorio más importante de la historia universal. Habrá que verificarlo, pero aquí hay académicos muy calificados. Esto integra un fenómeno político-social de la mayor importancia y va integrando distintas capas de comunidades: primero distingo las comunidades antiguas o con derechos originarios, que son ciudadanos norteamericanos, naturalmente, pero de origen mexicano; los ciudadanos norteamericanos que vinieron en las olas migratorias de principios de siglo; los México-americanos recientes, que se reconocen a sí mismos desde hace tiempo como *chicanos*, expresión que no se ha generalizado en toda la Unión Americana y que se origina en el norte de California; los mexicanos residentes en Estados Unidos legalmente, cuyos hijos, por el hecho de nacer en este territorio, son norteamericanos, y por último las capas de indocumentados, que por distintas leyes y realidades van tendiendo en su gran mayoría a volverse residentes, así como sus hijos, que nacerán norteamericanos. Ésa es la razón por la que las llamo así. He tenido ocasión de trabajar con ellos desde hace muchos años.

He tenido un diálogo muy antiguo y fructífero con políticos y funcionarios norteamericanos sobre este tema, y tuve cooperación con gobiernos de los estados, condados, comisarios educativos, y la gente en este país que entiende del problema de las migraciones y tiene un pensamiento liberal y social avanzado ha sido muy cooperativa en la ayuda y en el estímulo al desarrollo de las comunidades.

JW: Volviendo a México y el peligro, ¿has estado en tu vida una o varias veces en peligro?

PML: Todos los días hay un peligro en esta vida.

JW: No, pero a veces uno tiene accidentes.

PML: Afortunadamente nunca he tenido accidentes graves.

JW: Ni como...

PML: Nunca he tenido ningún atentado ni he sabido que se haya planeado alguno contra mi persona hasta ahora.

JW: Recientemente había una amenaza contra Cuauhtémoc...

PML: No, un dirigente de alguno de los partidos soltó esta especie por algún rumor que oyó, pero no lo creo. He insistido en que la responsabilidad de nuestras vidas y nuestras familias es del gobierno de la República.

JW: ¿Y entre los tres partidos han sacado una plataforma?

PML: La plataforma se firma en enero. Hicimos una propuesta democrática, que fue la de la Corriente; después los partidos nos han hecho, cada uno, propuestas, y con el PPS hicimos un documento conjunto —así nos lo pidieron— que se llama *Proyecto para una plataforma con las fuerzas democráticas de México*, síntesis de los anteriores, más reducido que la propuesta democrática, y se circuló a todas las organizaciones del Frente y al PMS. Si no ocurre nada de aquí a entonces, reuniremos las observaciones de las distintas organizaciones y haremos una plataforma común, y el Frente Democrático se constituirá sobre esa plataforma.

BANCA, DIVISAS Y FUGA DE CAPITALES

JW: ¿La plataforma habla de la nacionalización de la banca? ¿Qué posición asumen sobre lo que se debe hacer con la banca, que no está captando los recursos que debería?

PML: Sobre la banca es muy clara la posición de la propuesta democrática, y un poco más fuerte el proyecto de plataforma: devolver a la banca nacionalizada las facultades que tiene conforme a la ley, reducir al

máximo las operaciones de la banca paralela y convertir a la banca, como fue su propósito, en una institución al servicio del desarrollo.

Desde luego, hay que hacer la nueva ley bancaria para que disminuyan los gastos que derivan de una multitud de instituciones que ya no se justifican. Lo importante es poner la banca al servicio del desarrollo y, obviamente, disminuir el carácter especulativo de la economía; ésta es la parte orgánica de la banca, hay todo un programa por lo que hace a las cuestiones financieras. Hay un proyecto económico central que tiene que ver con la inflación, el empleo, la producción y las tasas de interés. De los programas económicos que existen ahora en Latinoamérica, los de *shock* y los graduales, hemos seleccionado cuáles son las siete variables fundamentales que hay que manejar en el proceso; organizamos muchas mesas redondas y debates sobre el tema. El manejo de la economía tiene que centrarse en la coordinación de las variables, que actualmente están muy desmadradas. La primera de las variables es la deuda: sin un manejo adecuado de la deuda no se puede manejar lo demás, y ahí está el error central de la política económica de Miguel de la Madrid.

JW: ¿Como qué van a hacer?

PML: Una suspensión del pago de la deuda mientras se reajusta el principal y se establece el monto de pagos de las tasas de interés conforme a las resoluciones internacionales en la materia, aprobadas por todo mundo; es lo bueno para los acreedores y para todo mundo.

JW: ¿A nivel secundario?

PML: Debe haber un límite del servicio del pago de la deuda en relación con el ingreso de divisas por concepto de exportación de bienes y servicios. ¿Cuál es ese porcentaje? Está universalmente aceptado entre 10 y 20%. Todas las resoluciones internacionales que conozco, los estudios serios, ubican este porcentaje, que es muy alto. Ningún país vencido en una guerra, desde la guerra civil norteamericana, ha pagado más de 10%, pero en fin, vamos a decir que sea entre 10 y 20%.

JW: Entonces México tiene que declarar la guerra.

PML: No, una vez me llamaron la atención porque no consulté mi discurso. Siendo embajador fui invitado a Seattle, Washington, a una reunión fantástica; lo que molestó mucho a algunas autoridades en

México fue que los dos *guest speakers* o *main speakers* éramos Paul Volcker y su servidor, y la verdad, frente a mis amigos norteamericanos de Seattle tuve bastante más éxito que el señor Volcker, a quien presentaron como *the most important man in this country after the President of the United States*. Volcker es un hombre muy talentoso, pero habló como un *central banker*, muy cauteloso. Al terminar mi intervención me hicieron esta pregunta, y entonces hice una historia de las renegociaciones. Acababa de leer un libro de Jacques Attali que es la historia de las finanzas internacionales, hice un resumen muy circunstanciado de la historia de la deuda y llegué a la conclusión de que todas las deudas entre países industrializados, a partir de cierto nivel, habían sido condonadas, aun las de los enemigos, y que todas las deudas de los países en desarrollo habían sido cobradas aun a costa de invasiones territoriales, y dije: “Claro, los romanos entre ellos se perdonan, porque son la civilización, y a los bárbaros se les cobra a sangre y fuego”. Esto fue muy aplaudido y la gente está de acuerdo en que no podemos ser tratados como bárbaros.

Hay una conciencia pública en este país y en los propios medios financieros de que una solución irracional no es solución, y que debe encontrarse un medio adecuado que además dé viabilidad a la banca privada, porque está muy acorralada. Tengo la esperanza de que, iniciado el proceso de distensión internacional y en un camino de disminución del déficit público norteamericano, que vendrá con el desarme, muchas soluciones serán fácilmente practicables y, sobre todo, se crearán condiciones políticas adecuadas para encontrarlas.

JW: ¿Cómo se define ahora la banca paralela en México?

PML: Hay varias definiciones. Fundamentalmente, la banca paralela son las casas de bolsa; adonde se ha trasladado es al mercado de capitales. Las funciones de la banca pública parecen banca de crédito rural, son muy menores. En la última Asociación Nacional de Banqueros —que ahora son banqueros públicos—, banqueros importantes y funcionarios presentaron un documento muy severo sobre este problema del traslado de competencias de la banca nacional a la banca paralela. No hay solución al problema de México si no hay solución a la deuda, a partir de ahí hay que hacer cosas inteligentes: bajar las tasas de interés internas

y resolver el problema de la deuda interna mediante el establecimiento de un programa de pagos.

La otra frontera en México es el problema del control de cambios. Uno de los dramas es que el director del Banco de México, Miguel Mancera, ha tomado una posición polémica hace años contra el control de cambios e incluso publicó, siendo quien es, un folleto sobre el contrato del control de cambios. Por eso lo removió López Portillo; luego lo reinstalaron. No creo que sea posible una mejoría financiera en el país si no se establece, durante cierto periodo, un control selectivo de cambios. No quiere decir que se controle todo el dinero que salga pero sí las operaciones más importantes, que pueden ser más de 90% de las operaciones internas. En tercer término, se tiene que establecer un presupuesto de divisas como el que se maneja en Brasil: si eres exportador, no recibes tu dinero directamente, lo recibes a través del Banco de Brasil. Eso lo tienen bien organizado. Es decir, el presupuesto de divisas que entran y que salen, y sobre todo su uso: qué es lo que se compra en el extranjero con grandes criterios.

Lo más importante es recuperar el crecimiento económico. El país no puede seguir viviendo en crecimiento cero. Cuando se habla de la inflación brasileña y se ve con un gran terror, se olvida algo fundamental: con o sin inflación Brasil no deja de crecer. Ése es un punto gravísimo que esta administración ha olvidado. Dada la tasa de crecimiento demográfico y el rejuvenecimiento de la población, la demanda de empleo es bárbara; si el país deja de crecer, se seca económicamente. La recuperación del crecimiento tiene que pasar por convenios de concertación económica por ramas de industria, que tengan además el más alto coeficiente posible de empleo. Cuando se dice que la primera prioridad en el país es la reconversión industrial me quedo absolutamente alelado, porque lo que se piensa, en el fondo, es que la primera prioridad es la exportación: se sigue pensando que vamos a pagar la deuda *ad infinitum*.

El programa alternativo de la mayor parte de la inteligencia de América Latina, no solamente de México, pasa por un periodo en que la exportación no es prioritaria. En la revisión de textos latinoamericanos recientes que hice para la Unesco, descubrí una fenomenal coincidencia

en el pensamiento en el sentido de rechazar la exportación como primera prioridad y volver al viejo proyecto latinoamericano de la integración de los mercados internos. No digo que la exportación no sea necesaria, pero es complementaria. Si pienso que mi principal valor es pagar hasta el último centavo de la deuda a valor de 14 000 millones de dólares al año, pues claro, el turismo es primera prioridad; vamos a acabar vendiendo hasta el último metro cuadrado del país para que nos entre dinero, dinero que sale por la otra puerta: la fuga de capitales.

Se nos ha acusado a muchos intelectuales latinoamericanos de que hay un movimiento de autarquía en Latinoamérica: no es un problema de autarquía, es de regular la apertura a la economía internacional. Evidentemente el mundo vivirá una época proteccionista más fuerte, determinada por el enorme déficit comercial de Estados Unidos; no veo ninguna posibilidad de que se evite. La gente del sector financiero norteamericano con la que suelo hablar está muy en contra: pienso en el tipo de *staff* de *The Wall Street Journal*. Lo que es absurdo es que pensemos en un horizonte proteccionista en Estados Unidos que no vamos a evitar con discursos; nos batiremos en negociaciones, pero que no vamos poder evitar nosotros ni nadie. Pensar que nuestro destino son las exportaciones, que ésa es la gran prioridad nacional, es ir a contracorriente de la historia próxima.

La gran prioridad de los países latinoamericanos en su conjunto se llama integración de los mercados internos en cada país e integración de los mercados, y la capacidad de utilizar divisas para comprar aquellos insumos que sean fundamentales para las tasas de crecimiento, un programa distinto a la obstrucción de exportaciones; no puedo pensar que en México se acabó esta obstrucción cuando estamos importando el trigo y hasta el maíz. ¿Qué vamos a hacer en un horizonte distinto para integrar la industria mexicana horizontal y verticalmente? Ése es un gran tema: ¿cómo vamos a aumentar el número de insumos que se producen en el país? ¿Qué vamos a hacer con la innovación tecnológica en México? Éstos son los verdaderos problemas. Actualmente todo está sujeto a la prioridad financiera. Esto pasa por un aumento muy sensible de las condiciones de vida de la gente: no hay expansión económica sin

mercado interno. La política de salarios es clave de una nueva estrategia económica. Es salarios, producción, productividad, crédito barato, expansión económica, integración de los mercados, integración industrial; una tabla de prioridades exactamente inversa a la que existe en el gobierno actual. Es como el blanco y el negro.

JW: Ustedes hablan de control de divisas, pero ¿cómo...?

PML: No hemos hablado de ningún programa de control de divisas.

JW: O tú estás pensando...

PML: Estoy diciéndolo a título de Muñoz Ledo.

JW: *Okay.*

PML: Es un instrumento importante que tiene que usarse. No hay que tener miedo a usarlo por algún tiempo.

JW: ¿Es posible en la frontera?

PML: Es marginal lo que puede haber; la mayor cantidad de las transacciones no son individuales, son financieras. Todo el tránsito fronterizo en un año, cinco empresas lo pueden sacar en un día como transferencia de capitales. Además, hay una declaración de Jesús Silva-Herzog, no referida a control de cambios, donde dijo que el gobierno puede controlar más de 90% de los movimientos de divisas en el país con las transacciones de Pemex. ¿Hay la posibilidad de manejar el grueso de la transacción de divisas? Naturalmente que lo hay, son remesas de capital de las empresas transnacionales, ingresos por exportaciones.

Falta en México, y en cualquier país que quiera modernizarse ideológica y políticamente, desmitificar las cosas. La ideologización elemental está perdiendo al país: "Hay que acabar con el 'Estado obeso', hay que vender empresas". Bueno, ¿cuáles y por qué? Falta el análisis. Todavía no hay en México quien haya leído un solo estudio proveniente del gobierno que dé cuenta de qué empresas han vendido, por cuánto dinero y por qué razones; a ese nivel de ignorancia nos movemos. "Hay que abrir la economía, hay que vender las empresas." El control del cambio se ha vuelto un problema ideológico. Hay que ver si es posible o no. López Portillo hizo una buena medida, muy precipitada por las circunstancias; pudo haber fracasado o triunfado parcialmente, pero no se

le dio tiempo para experimentar o corregirla. Hay muchas modalidades de control de cambios.

Viví años en Europa en una época de riguroso control de cambios: el mercado paralelo nunca fue 15% arriba del precio oficial de la moneda. Y no me vayas a decir que Francia no tiene fronteras; el argumento de la frontera es infantil.

JW: ¿Estás hablando de mercado paralelo o mercado negro?

PML: Son dos problemas distintos. Es lo mismo, llámale *negro* o *paralelo* si lo quieres calificar: es el mercado libre. No mezclo los dos problemas, porque es más complejo técnicamente. Viví una época en Europa, donde había control riguroso de divisas; para salir de Francia, uno tenía derecho como turista. Francia tiene una fronterota con Alemania, una frontera muy permeable con Italia, el canal de la Mancha se puede cruzar nadando y los Pirineos se cruzan en un saltito; fronteras por todos lados, y no me van a decir que eso fue jamás un argumento para que no tuviera control de cambios. Ésas son posiciones ideológicas, no posiciones técnicas. Hay que ensayar, en el caso específico de México, cuáles son las modalidades operativas de un control de cambio.

LF: ¿Cómo se podrían controlar las fugas masivas de capital, que es el grandísimo problema en los últimos años?

PML: Con el control de cambios no puedes hacer una transferencia bancaria, ¿cómo te le vas a acercar? Son delitos altamente penados. Claro, la tesis de los tecnócratas, que les escuché desde antes y a los más altos niveles, es: la salida de dólares o de dinero de México se debe a que no hay las condiciones, y entonces hay un mercado libre de capital. Se va. ¿Cuál es la solución? Decían, en el fin de López Portillo: "No, qué locura el control de cambios". Vamos a crear las condiciones y entonces el dinero no va a salir. Después de cinco años hay que preguntarles a los mismos tecnócratas qué condiciones crearon. Sale el capital como nunca ha salido de México. Ésas son posiciones ideológicas. No es serio.

JW: ¿Tú pondrías un control de precios?

PML: Depende de qué entendamos por control de precios. Dicho así es muy grueso, en la propuesta democrática proponemos control de precios de la canasta de consumo básico, pero por control no entendemos

medidas necesariamente policiacas. Lo estudiamos desde que estábamos en la Comisión Nacional Tripartita, hay dos maneras de enfocar el problema que me parecen estructurales: una es la política de costos-precios, y otra el sistema de abasto y comercialización, pero como casi todo en México, los problemas se estudian pero nunca se resuelven. Establecer una política de costos-precios, para la cual dejamos además un esquema muy bueno, fue propuesta de campaña con López Portillo y nunca se estableció; es una Comisión de Costos-Precios y Utilidades, una comisión participativa donde, por ramas de industria y de actividad económica, hay cierta transparencia en los costos industriales, de modo que el alza en el costo de un insumo no repercute irracionalmente en el alza del costo total.

Doy un ejemplo: supongamos que sube 20% el salario. En una rama industrial el salario es 10% del costo total de la empresa. El señor sube 20% el precio final: es una barbaridad aumentarlo 10 veces más de lo que debió. Por eso se necesita una transparencia razonable en los costos industriales, de otra manera no se pueden manejar los costos ni los precios. Esto se hace con comisiones mixtas, con los propios empresarios, si hay voluntad de resolver los problemas. La otra área que en México es muy delicada y de atención urgentísima es el abasto y comercialización. La parte del producto nacional registrada como comercio es una de las más altas del mundo; la participación del comercio ya pasa de 30 o 35% del producto. No es que el comercio no sea legítimo y no impulse el desarrollo, el problema es la intermediación excesiva. Decir que el comercio da empleo es cierto, pero también es cierto que puede mantenerse una tasa alta de empleo en el comercio y reducir los niveles de intermediación.

En México hay un verdadero monopolio de la compra de productos agrícolas, que ejercen los prestamistas y los transportistas. México es un país donde un producto agrícola, una fruta, por ejemplo, puede venderse, en el mismo lugar donde se está produciendo, 10 veces más caro: el productor lo manda a través de un intermediario, va a un centro de distribución y regresa al mismo lugar 10 veces más caro. Es impresionante el diferencial que existe en México entre el precio del producto agrícola y el precio para el consumidor; eso se tiene que resolver, es

pura irracionalidad económica. Hay que quitar el monopolio financiamiento-transportación-comercialización. El señor tiene que seguir vendiendo su plátano a un señor porque es el que le compra y transporta la cosecha; si no lo vende, lo tiene que llevar al mercado y se le pudre. No es un monopolio de uno sino de muchos grupos porque no ha habido la suficiente decisión, en primer lugar, para que el sistema bancario alcance realmente el financiamiento de los productos del campo.

JW: ¿Conasupo está comprando?

PML: Si no existiera Conasupo sería mucho peor, pero hay muchos otros mecanismos que se pueden poner en marcha si hay decisión política. El problema de la comercialización en México es gravísimo, y mientras no se resuelva no hay estímulo al productor ni se pueden mantener razonablemente los precios. El control de precios es muchas cosas: es una regulación a través de reformas en el sistema de precios-costos en los mecanismos de abasto comercial, es la regulación directa de precios de los productos de cultivo básico. Además, no es un problema: también esto se ideologiza.

De todas maneras, hay una relación precio-costo. Lo que se tiene que ver es cuál es la fuente de financiamiento de la empresa, hay que racionalizar los problemas. En México un coche Ford pequeño vale 15 millones de pesos; es una irracionalidad. ¿Por qué? ¿Porque es muy cara la mano de obra? No. ¿Porque es muy caro el insumo importado? No es cierto, al contrario: en este momento el insumo importado resulta barato por razón de la inflación. ¿Porque son muy caros los insumos nacionales? No es cierto. Es porque es muy caro el costo del financiamiento; porque una empresa que se endeudó en dólares, con las devaluaciones y con todo esto, debe una fortuna absolutamente gigantesca.

La deformación en la economía mexicana deriva en gran medida de los costos financieros, de las devaluaciones. Por el camino que los tecnócratas van, que es gravísimo para el país, ese costo financiero se traslada en precios astronómicos a cualquier producto que paga el consumidor y se traduce, en el mediano plazo, en la venta de las empresas al accionista, al prestamista extranjero. Es la entrega del país, de la economía en su conjunto vía activos financieros.

La política económica del gobierno es criminal, antinacional, ultrarreaccionaria, antipopular e irresponsable. Y es por las terquedades y los prejuicios de este grupo tecnocrático que además es profundamente entreguista, porque “les vale” que el país, que la clase industrial mexicana acabe en manos de los extranjeros, porque no es un valor para ellos. Y no digo los nombres de los responsables; son seres profundamente transnacionales y antipatrióticos, pero menciono a Héctor Hernández Cervantes, a quien reprimí severamente en Santiago de Chile en 1972 porque a mis espaldas, siendo miembro de mi delegación, estaba trabajando como empleado, me lo dijo, de las delegaciones industrializadas, pegado a ellas, en contra de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados. Y me lo denunció un embajador respetable: “El delegado de ustedes está pegado a las naciones industrializadas, hablando mal del proyecto de ustedes”. Ya basta. Es urgente sacarlos del poder, es una coyuntura casi-revolucionaria. Me preocupa la inconsciencia de los mexicanos a veces.

LF: ¿No ha habido alternativas viables?

PML: No. Las estamos presentando.

LF: Pero antes no había alternativas viables.

PML: Tampoco las habían querido trabajar. Las estamos creando nosotros.

LF: De lo que has hecho como político, ¿de qué es de lo que mejor te sientes?

PML: ¿Como político? ¿Como hombre público?

LF: Como hombre público.

PML: Puedo estar más satisfecho de mi trabajo cuando logré realizarlo. Solamente he tenido como cargos altos de responsabilidad dos trabajos en los que haya podido completar una obra: en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y en la ONU. Estoy muy satisfecho de la manera como se hizo el Plan Nacional de Educación, de su planteamiento; de la manera como me desenvolví en un medio nuevo para mí, que fue el partido, aunque reconozco que ahí pude cometer más errores que en ninguna parte por todas las razones que he anotado. En otros trabajos me sentí a gusto, pero donde logré realizar una obra fue en Trabajo y en la ONU, donde dejé algo armado. Hice muchas cosas en Trabajo que

han desmantelado, e hice muchas cosas en la ONU que también desmantelaron; es más grave lo de Trabajo porque desmantelaron las instituciones. En la ONU han cambiado las políticas.

JW: Parece que tienes mucha fe en que el gobierno puede funcionar racionalmente.

PML: Te lo voy a plantear así: abajo de ciertos niveles de racionalidad gubernamental, el desarrollo es imposible. El desarrollo de un país exige un mínimo de racionalidad gubernamental *at certain level*, a partir del cual es posible. Abajo de ese nivel de racionalidad no es posible el desarrollo. En un ensayo que publiqué hablo de este asunto, de niveles de racionalidad administrativa y niveles de desarrollo, se llama "Administración para el desarrollo", y lo digo con mucha precisión, incluso hago una descripción de las distintas etapas del Estado mexicano y de la función que el aparato del Estado tuvo en cada época: la época de pacificación y de creación institucional, la época de las reformas estructurales... Hago una caracterización interesante, a la luz de lo que me preguntas, de para qué servía el Estado en la época del crecimiento sostenido de los cincuenta y de los sesenta, de qué características tuvo que hizo posible ese tipo de crecimiento, de cuáles eran las funciones básicas que el Estado debía atender y por qué, en esas décadas, era suficiente para esa etapa del despegue.

Hago una síntesis del tipo de problemas que tendrá que enfrentar el Estado nacional en la siguiente época de desarrollo y, por tanto, del tipo de Estado que necesitaremos en cuanto a la participación democrática y a la profesionalización de la administración pública: tiene que afinar sus instrumentos de medición, perfeccionar sus instrumentos de acción, liquidar para siempre su carácter patrimonialista, como en las épocas iniciales de desarrollo; no es nocivo, aunque esto parezca inmoral, que haya cierto carácter patrimonialista, porque puede coadyuvar. Por ejemplo, lo digo con mucha claridad en ese ensayo —siendo funcionario responsable de la educación pública—, parte del proceso fue la capitalización del país, por la vía hasta del despojo; de los que se quedaron con el dinero de la Revolución y con las haciendas, de los ricos del sector público. No veo, por ejemplo, que un hecho tan evidentemente inmoral

a la luz de una civilización actual, que es la fortuna del señor Carlos Hank, en su momento no fuera parte del proceso de desarrollo del país.

Cuando era joven leía mucho a Balzac, estudiamos familiarmente a Balzac y mis amigos franceses decían “Comme le Mexique ressemble le monde balzacien!”: cómo el México de hoy se parece al mundo de Balzac, del siglo XIX, la época de formación del capitalismo, una serie de fenómenos que la sociedad moderna europea ya olvidó, de enriquecimiento ilegítimo. Obedece a una época del desarrollo. Hay una sociedad bonapartista también en Europa, pero en la etapa que venía, México requería lo máximo de participación democrática, el mínimo de patrimonialismo en el ejercicio del poder público; el máximo de racionalidad en el ejercicio de la autoridad, el máximo posible de profesionalismo en las funciones públicas, etc. Si eso no se da, no se da otra etapa de desarrollo.

Aquí hay un análisis para los que tienen predilección por la cultura europea: los efectos, la respuesta que tuvieron que dar los aparatos estatales europeos ante el desafío del mercado común. Todo el mundo es giscardiano, de la reforma, de la descentralización, de todo esto; la última época del gaullismo, cómo los países se tienen que forzar, en Europa, con tantas reformas y estructuras administrativas para hacer frente al desafío del Mercado Común Europeo. No pierden legitimidad. No hay por qué no entenderlo en México.

JW: ¿Es posible que en México se hable de un Estado racional cuando hay un bajo nivel de honestidad en el gobierno?

PML: Es lo que estoy diciendo.

JW: ¿Y cómo se puede nombrar la gran cantidad de gente capacitada y honesta para todas las posiciones necesarias?

PML: Sencilísimo; lo probé en la Secretaría del Trabajo y en todas partes donde he estado. No hay ningún lugar donde no haya establecido un sistema de reclutamiento de personal en los máximos niveles de eficiencia posibles.

JW: Pero hay una tradición.

PML: Depende de la voluntad política. ¿Por qué yo lo hice?

LF: Lo hiciste, pero, Porfirio, honestamente, a medias.

PML: Bueno, en lo que pude...

LF: No estoy acusando a nadie. Te estoy preguntando.

PML: No es así, la honestidad en mi sector es otra cosa. Bueno, puedes tener una falla.

LF: Es algo muy serio ahora en el sistema político mexicano.

PML: Sí, pero no conmigo.

LF: ¿No es cierto que sea un problema gravísimo ahora en México?

PML: El problema de la honestidad pública es relativamente fácil de resolver.

LF: ¿Cómo?

PML: Estableces un sistema de reclutamiento de personal, un sistema de premios netos, supervisas y en cinco años le das vuelta a una inspección, como lo hice en Trabajo; lo haces en toda la secretaría y creas una moral y un sistema de reclutamiento distintos.

LF: Eso es importantísimo.

PML: Pues lo hice.

JW: Hay que pagar a la burocracia con un salario debido.

PML: El problema son los grandes latrocinios, las millonadas y millonadas que se hacen en el país. No dudo que en cualquiera de mis épocas haya habido un funcionario menos ordenado que los demás; es un problema de conjunto.

LF: Es un problema tan grave en el sistema político mexicano, que tu respuesta de que es algo relativamente fácil se me hace demasiado simplista.

PML: No es simplista. No tienes razón. Ha faltado voluntad política. No es sencillo hacerlo; es posible y viable hacerlo en un corto periodo.

JW: Pero hay que pagar sueldos justos.

PML: Naturalmente, y muy altos. Yo pagué a los funcionarios de la Secretaría del Trabajo sueldos superiores al mío.

ECONOMÍA EN MÉXICO Y AMÉRICA LATINA (GATT Y REFORMA AGRARIA)

JW: Hablemos de México y el GATT.

PML: De nuevo el subdesarrollo político y la ideologización impiden que los problemas se vean de frente. Soy de la opinión de que hace

mucho tiempo debimos haber entrado al GATT: lo importante no es el GATT, sino el GATT como instrumento de qué. La confusión del instrumento y del objetivo es otra de las cosas que han nublado el entendimiento al respecto. México debió entrar al GATT en un momento de estabilidad económica, cuando empezaban a abrirse a los mercados internacionales, precisamente en una época de expansión. La primera vez que toqué con el gobierno el problema del GATT fue en la campaña electoral de Echeverría, cuando se hablaba de crear el Instituto de Comercio Exterior y de participar en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), como fuimos a Santiago de Chile. Mi equipo más directo de asesores planteó en un *paper*: “¿Y por qué no el GATT?” El argumento que dimos fue que independientemente de que lucháramos en las arenas políticas internacionales por la mejoría de las relaciones económicas y creáramos instrumentos para fomentar las exportaciones mexicanas, era evidente que tendríamos que entrar a la negociación concreta en materia de comercio internacional. Dimos un argumento importante, y además, a los países en desarrollo que estaban dentro empujando por esos cambios, como India y Brasil, nuestro apoyo les iba a ser muy útil.

Hubo varias gestiones diplomáticas para que entráramos, porque fue evidente que si habíamos más países en desarrollo en el GATT, el equilibrio iba a cambiar. La idea no era abrir indiscriminadamente el comercio sino tener instrumentos de regulación de la apertura económica, que vendría de todas maneras. El GATT nunca me pareció un instrumento deleznable.

El documento de la Corriente no se refiere particularmente al GATT porque hay todavía muchos prejuicios, pero hay un párrafo que lo dice todo: “Se propone el ingreso de México al Movimiento No Alineado de pleno derecho. Dos, la incorporación inmediata de México a la OPEP y la plena participación en todos aquellos organismos políticos, financieros y comerciales donde podamos defender intereses del país, o todas aquellas asociaciones de países donde haya intereses semejantes o compatibles con los nuestros”.

Fue tal la confusión respecto al GATT porque en México se le identifica con una política indiscriminada de apertura: pregúntenle al gobierno indio, al brasileño o al chino si para ellos quiere decir eso el GATT. Una de las últimas misiones que tuve en Nueva York fue la visita de una delegación china, con la que dialogamos sobre el gran interés que su país tiene de entrar al GATT. Cada país tiene su interés nacional en ingresar. La aberración cometida cuando ingresamos fue que el señor secretario de Comercio, antes de entrar al GATT, abatió todas las barreras arancelarias, que es precisamente lo que hay que negociar.

Cuando comenzó el gobierno de López Portillo se creó el debate sobre el GATT; habíamos entrado al Consejo de Seguridad y yo luchaba por entrar a la OPEP de nuevo. Propuse al presidente de la República en un documento escrito que entrásemos simultáneamente a la OPEP, al GATT y a los No Alineados, a todos los organismos en los que tenemos un interés por defender, y que echáramos a un lado los prejuicios de derecha y de izquierda, las presiones judías y de todo mundo, y pensáramos en el interés nacional. ¿Tenemos algo que ganar en el Movimiento No Alineado? Sí. ¿Qué es? Vamos a entrarle. ¿Tenemos algo que ganar en la OPEP? Naturalmente que sí. Le entramos. ¿Algo que ganar en el GATT? Sí. Le entramos. Y no dejar que la ignorancia de derecha y de izquierda o los prejuicios de ambos lados impidan el desarrollo de un proyecto nacional consecuente. Está en la plataforma de la alianza que ingresemos a todas aquellas organizaciones donde México pueda negociar válidamente sus propios intereses, pero me opongo radicalmente al proyecto que se esconde en el gobierno mexicano tras de la entrada al GATT.

Fue desafortunado en ese momento que, antes del viaje del presidente Carter a México, el gobierno de Washington insistiera públicamente en el ingreso al GATT: eso echó a perder lo que en aquel momento podía ser muy oportuno, porque dio la impresión de que era una presión norteamericana. El GATT tenía en aquel momento la ventaja, además bien interpretada, de que multilateralizaba nuestras relaciones de comercio. Lo que es bastante poco entendible es que el señor Héctor Hernández Cervantes, al mismo tiempo que es el propugnador de la

entrada al GATT, abata previamente las barreras arancelarias que se iban a negociar y propugne tratados bilaterales de comercio con Estados Unidos: ahí ya no hay lógica. Una de las protecciones de entrar el GATT es que se reduzcan los arreglos bilaterales de comercio, para que se vuelvan multilaterales. Ahí no es el GATT lo que está mal sino el proyecto del gobierno de México.

Me preguntó la prensa sobre esto cuando estaba muy conflictivo, la izquierda era pro GATT y la derecha anti GATT. Dije: “Éste no es un problema ideológico. Se lo voy a contestar de esta manera: en mi proyecto de país y de desarrollo nacional, el ingreso al GATT es un instrumento útil. Conforme a mi proyecto, no conforme al proyecto de los demás”.

JW: Hablemos de la reforma agraria, porque parece que todavía hay tierras por distribuir.

PML: Sí, hay tierras y hay más debate en el seno de la propia Corriente Democrática porque hay varias tendencias, y hemos llegado a una solución en la que estamos todos de acuerdo. Les diré mi opinión sobre la reforma agraria: lo primero, coincido con el punto de vista de varias corrientes ideológicas en el país. Me da pena porque usaré una expresión que usó Clouthier —no se vaya a sospechar nada—, por televisión, de que toda reforma agraria es finita. En eso estoy de acuerdo, las reformas agrarias tienen un principio y tienen un fin.

JW: Así dijo Plutarco Elías Calles.

PML: Claro.

JW: Y Cárdenas, y Manuel Ávila Camacho y Díaz Ordaz. Todos lo han dicho.

PML: Claro, pero no lo digo en el sentido en que ellos lo dijeron; es finita, en eso estoy de acuerdo. Las reformas agrarias más eficaces son las que han sido más instantáneas, masivas, como un infarto. Quizá la más importante de la historia no es siquiera la revolución agraria inglesa sino la francesa, porque cuando salieron los nobles, cuando la guillotina, todos los campesinos, que estaban a un lado, en dos días —*La Nuit de Varennes*— se quedaron con las tierras: cambió en una noche la estructura de la propiedad, o en una semana. Ésas son las más

eficaces: cae toda una clase social y surge otra. Esto no siempre es posible, tienen que darse las condiciones, muy peculiares.

JW: Pero el ejido trae más problemas.

PML: Eso no es cierto. Eso es prejuicio, es ideología, y si me permiten, en la crítica del ejido hay mucho racismo y mucho prejuicio. En eso no estoy de acuerdo para nada. El ejido puede funcionar. La empresa privada mexicana no funciona. Tampoco el gobierno mexicano funciona: sería la tesis de Lisa, de que el gobierno mexicano es irreformable.

LF: No, para nada.

PML: A ese nivel de análisis, todas las cosas funcionan mal en México. Entonces, no hay que decir que el ejido funciona más mal. Conozco empresas privadas catastróficas, con una cantidad enorme de quiebras; es decir, ahí no hay el privilegio de una reforma de la economía. Eso me parece una simplificación verdaderamente aberrante. Los niveles de deficiencia de una sociedad son bastante compartidos. Ahora resulta que toda empresa privada es buena y que todo ejido es malo, y todo gobierno es bueno: ahí se va al terreno de lo ideológico. Un país mejora cuando todas sus organizaciones sociales y productivas se perfeccionan. La política interna, la diplomacia, la administración de justicia, el ejido, la pequeña propiedad agrícola, la industria pequeña, la industria mediana y la industria de alta densidad tecnológica: todo hay que perfeccionar. No hay formas de propiedad malditas. Eso es ideología, no ciencia política ni análisis político, así que vamos por partes. Primero, la reforma agraria necesita culminar y distribuirse la totalidad de la tierra distribuible.

JW: Ni Cárdenas quería hacer eso.

PML: Hay que hacerlo.

JW: Él reconoció que hay que guardar grandes cantidades de tierras para la ganadería, por ejemplo.

PML: Ese criterio que hay que revisarlo, incluso a la luz de los ecosistemas. El ecologismo nos está dando nuevas luces sobre el problema de la tierra. Primero, el aumento de la propiedad ganadera en México, es decir, la pérdida de las fronteras entre agricultura y ganadería, y entre economía agropecuaria y economía forestal, están en el eje de un

posible desastre ecológico del país. Distribuir sin determinar todavía el tipo de producción es otro problema; estoy hablando de un problema de la propiedad, todavía no de un problema de la producción. Segundo, es indispensable evitar la concentración funcional de la tierra, el latifundio financiero, el acaparamiento de la producción agrícola y otros mecanismos; hay que poner frenos a todo eso, son formas de concentración funcional de la tierra y de los productos agrícolas. Tercero, es importante regularizar la tenencia de la tierra en el país en un plazo que sea definitivo. No estoy en contra de que los mecanismos administrativos que han servido para distribuir la tierra sean sustituidos por mecanismos imparciales y eficaces de tipo jurisdiccional que en el futuro —y me pronuncié sobre eso en el pasado— salvaguarden y garanticen la estabilidad de la tenencia de la tierra.

Como digo una cosa, digo la otra: me parece importante que se consume la reforma agraria, pero también que se regularice la tenencia de la tierra en el país. Las irregularidades en la tenencia de la tierra son enormes: los juicios pendientes, las solicitudes de dotación y de ampliación de los ejidos, los certificados de inafectabilidad; eso es gigantesco. Todos los expedientes acumulados tienen que bajar a cero, hasta el momento en que se pueda decir, como en una ciudad, que ya se regularizó la tenencia incluso de los nuevos barrios; habrá siempre excepciones, zonas en litigio, pero que haya una estabilidad en la tenencia de la tierra. Las dos cosas son fundamentales. En tal año, tal día, tal mes, se acabó una época y ahora vamos a vigilar la estabilidad de la tenencia de la tierra; eso es muy importante en el país. También está en la propuesta. Cuatro: no se puede decir que la Revolución esté vigente, como se pensó en una época, mientras se siga dotando. La Revolución está inconclusa, no vigente, mientras se siga dotando. Era una bandera de ciertos jefes del Departamento Agrario: “Mientras se sigan dando tierras, la Revolución estará vigente”. Es al revés: si siguen dando tierras es que la Revolución no se ha cumplido.

A partir de ahí, es necesario plantear el uso de la tierra. No es claro en México: ¿cuál es el proyecto del empleo de la tierra en el país? ¿Cuáles son los equilibrios ecológicos? Es fundamental. Tiene que ser

una decisión nacional, una decisión regional y una decisión muy participativa de los tenedores de la tierra y los productores agrícolas, pecuarios y forestales. Es indispensable que el programa del uso de la tierra en el país corresponda a un proyecto de regeneración de la naturaleza, de ampliación de bosques, de reforestación del país, del establecimiento de fronteras y límites claros entre el horizonte pecuario y el forestal, entre el horizonte agrícola y el ganadero; a partir de allí, ver las diversas formas de rentabilidad de la tierra y los distintos apoyos que pueden darse por tipo de producción y por tipo de propiedad. El objetivo, el ideal es que la explotación de los recursos naturales sea una actividad de alta productividad. ¿Qué condiciones se crean para eso? La modernización, contra lo que creen los tecnócratas, no es hacer plantas nucleares, es un proceso de igualación en el acceso a los estándares de productividad. En toda teoría moderna de la productividad —estoy pensando en las tres más modernas, como la de *the system of knowledge*— es claro que el incremento general de la productividad tiene como factor predominante la productividad de los sectores atrasados, no de los sectores avanzados; los sectores más atrasados, que son los que más desaprovechan sus potencialidades.

Esto tiene que ver con el modelo educativo directa y exactamente. El modelo educativo tiene que ser uno que mejore las condiciones de los grandes conjuntos y eleve el nivel general de productividad de la sociedad; y que tenga, claro, su referencia de punta con los sectores de tecnología y de ciencia. El gran proyecto agrícola, pecuario y forestal del país es un proyecto de productividad sobre la base de una distribución de la tenencia de la tierra.

JW: Tu plan requiere una reorganización total de México.

PML: Así es, México necesita una reorganización.

JW: ¿Bajo el dominio del Estado o con el auspicio del Estado?

PML: No, eso es una simplificación gigantesca. El Estado y la sociedad política...

JW: Pero alguien tiene que organizarlo.

PML: La sociedad política organizada hacia un Estado...

JW: ¿Eso se llama Estado?

PML: ...democrático y participativo.

JW: Sí.

PML: Tiene que ser de concertación. Naturalmente que debe tener los instrumentos públicos que lo hagan posible, quiero saber qué pasaría mañana si cerrara sus puertas el gobierno de Washington: se desbaratan, se acaba la defensa nacional.

JW: Lo que quiero decir es que tal vez éste no es el momento. El mundo va en otro rumbo, hacia la privatización. Esto no quiere decir que no tengas razón, pero luchar por cambiar a México en los términos que propones es también luchar contra la ola del momento en el mundo.

PML: Tú lo dices: son olas que vienen y olas que van. Olas extralógicas. Ni el neoliberalismo exacerbado ni el estatismo exacerbado sirven en los países donde se engendraron, cada país tiene que encontrar su equilibrio de acuerdo con sus necesidades. No estoy por una economía pública excedente y nunca lo he estado. En México la idea de "Estado obeso" fue presentada por mí en una conferencia pública. No estoy por el "Estado obeso" pero tampoco, insisto, por reducir al Estado, porque eso es cortarse la cabeza. Si tengo 20 kilos de más, me pongo firme hasta adelgazar; no me voy a cortar las piernas, la cabeza ni a sacarme los ojos. Ésas son tonterías.

La sociedad estatal, que existe bastante antes de lo que creemos, debe ser eficiente y suficiente. No estamos por un aumento de la economía pública, nunca lo hemos sostenido; estamos por que el Estado en sus funciones sea eficiente. Por ejemplo, cuando la policía ya no funcione, habrá que mejorarla. ¿Mejorarla es ser estatista? Calificalo como quieras. ¿Mejorar el servicio de correos es ser estatista? Calificalo como quieras. ¿Mejorar el sistema de regulación o de concertación del Estado sobre precios y costos es ser estatista? El adjetivo no me interesa. Ni el Estado debe excederse en el manejo innecesario de empresas productivas ni tampoco retraerse cuando sea necesario actuar. Muchas veces la actuación excedente del Estado se debe a la falta de vitalidad de las fuerzas privadas, porque una economía bien organizada le puede dar a cada uno su función.

Ahora, que el neoliberalismo exacerbado es fatal, claro que sí. En México es la pérdida del país, de su soberanía, de su independencia, de su gobierno; lo estamos viendo. No aceptaría ninguno de los dos extremos, el estatismo exacerbado ni el liberalismo exacerbado. Hay que encontrar el equilibrio de las fuerzas de la producción del país, los sistemas de concertación, y quitar el carácter ideológico para racionalizar los procesos.

JW: Hay observadores que preguntan si la entrada de México al GATT y el fin de los permisos de importación en México puede causar una ruptura en el sistema de poder de dar permisos que tiene el PRI o el gobierno; si no hay permisos para dar, entonces no hay un nexo, como fue antes, entre el sector privado y el gobierno.

PML: La pregunta me parece tan marciana que ni la entiendo. Nadie ha dicho que estar en el GATT signifique abatir los proyectos de importación. Hay una transferencia de permisos de importación a controles arancelarios, de controles no arancelarios a controles arancelarios.

JW: Han librado 90 por ciento...

PML: Pero eso no es el GATT, son decisiones unilaterales del gobierno.

JW: No es requisito el GATT...

PML: Claro que no.

JW: ...pero es el momento del GATT.

PML: Seamos muy precisos conceptualmente, por el nivel de esta entrevista y la categoría intelectual de quien me entrevista. Las decisiones unilaterales del gobierno de México antes del ingreso al GATT no tienen que ver con el ingreso al GATT. Este ingreso disimuló una serie de decisiones absolutamente inaceptables del gobierno, porque no van sino a un desmantelamiento de la economía nacional; son muy graves y deben ser denunciadas con todo rigor y con vigor. El GATT no implica lo que estás diciendo. Tampoco veo en nada aquí al PRI. Si me dices que reduce el poder relativo del gobierno, te diré que tampoco lo afecta, por una razón: porque el problema de la exportación y de la importación no tiene mayor cosa que ver con el poder político.

JW: Pero el apoyo del gobierno, el nexo entre el sector privado y el gobierno ha tenido mucho que ver con permisos de quién va a importar y quién va a ganar el dinero.

PML: Tuvo que ver en etapas muy primitivas del desarrollo, y no creo que el poder de un Estado moderno tenga que ver con la discrecionalidad, francamente. Lo que he escrito es que, evidentemente, los cambios de la economía, incluso los procesos de legalización, han reducido la capacidad de subsidiación, de cooptación y de manipulación. Eso es cierto, pero en buena hora. No creo que el poder de un Estado democrático y moderno se pueda fundar en la discrecionalidad; eso es la herencia del siglo xvi a la que me he referido, una herencia que hay que acabar. Se me tomó un poco en exceso, y en algún periódico norteamericano se me cita atribuyéndome estas palabras: "The liberalization of the Mexican economy implies the liberalization of the Mexican policy, Mexican politics". No lo dije así, pero por ahí va: "La liberalización de la economía mexicana conduce a la liberalización de la política mexicana". Lo que escribí es que en la medida en que se reduce el sistema de subsidios, exportaciones y discrecionalidades del Estado, naturalmente se refuerzan las posibilidades de un Estado más moderno y de una sociedad más democrática. Esto es así y qué bueno que así sea.

No creo que la discrecionalidad sea una fuente de modernización; al contrario, mientras más estables sean las condiciones de contratación y de desarrollo, menos dependan del arbitrio y más de la razón y de la planeación, muchas más posibilidades hay de modernizar una sociedad y un Estado, esto es obvio. La derecha del gobierno mexicano jugó su poder a la discrecionalidad, sobre todo el grupo financiero. No fuimos nosotros. El sector progresista del gobierno nunca abusó de la discrecionalidad; fue el sector conservador del gobierno de México. Construyó sus alianzas con la cúpula empresarial o construyó la cúpula del sector empresarial, que fue el sector financiero privado. Ése es un tema. Quisiera añadir algo respecto del neoliberalismo. No coincido contigo, y ahí me perdonan...

JW: Nada conmigo: yo repito rumores y chismes.

PML: Yo no coincidiría con el rumoroso ni con el chismoso que está detrás de esto, en la idea de que estamos en lo alto de la ola neoliberal. Al contrario, y esto te lo digo porque de veras he revisado masivamente literatura latinoamericana en estos meses; tuve que hacer un *state of the art*, imagínate todo lo que me tuve que echar para entrar en la cuestión de la reflexión de Latinoamérica sobre sí misma. ¿Sabes qué encontré? Lo contrario. No encontré a un solo autor importante en América Latina que no esté absolutamente en contra de esto, y el argumento común es el siguiente: el modelo neoliberal, tal como lo preconizaba el FMI, con todos sus componentes, ha revelado en muy poco tiempo ser el más grande fracaso que conoce la historia de América Latina —dicho así por un autor—. Nunca una idea ha sido más estúpida, nunca ha habido más desastre económico en América Latina que desde el momento en que se siguen las indicaciones del FMI. Nada hay a nivel intelectual, a nivel social y a nivel político más desprestigiado, y nada ha demostrado más en los hechos su absoluta inviabilidad.

Otro autor —no doy los nombres pero se los puedo dar, ahora hablo de memoria— dice: “En estas circunstancias, lo que es absolutamente utópico es la continuación de este modelo. El modelo del FMI se ha revelado imposible en América Latina, inviable y el más equivocado que jamás ha existido en la historia del continente”. Eso lo afirmo con toda autoridad: nunca ha habido nada más desastroso en América Latina que esto. Si decimos que estamos en esa ola, no es cierto; estamos todos en contra de esa ola, de una resaca brutal. Dice un tercer autor: “No es viable ni siquiera en las condiciones de absoluto autoritarismo creadas por el régimen de Pinochet”. Es la prueba máxima. Pueden decir: “Bueno, no funciona en estas condiciones de sociedad política, pero podría funcionar...” Ni siquiera en las condiciones de máximo despotismo, de máxima violación de los derechos humanos, de máxima concentración de autoridad del poder, el modelo funciona.

Es un modelo, dice otro autor, que excluye la política: al excluir la presión de las fuerzas del mercado y las demandas de los trabajadores, al excluir las reivindicaciones de las clases medias, al excluir la participación real de los sectores productivos, al excluir la posibilidad del

mundo parlamentario y del mundo político para decidir por sí mismo la conducción de un país, está excluyendo a la política del escenario. La solución obvia sería volver a la época del autoritarismo militar, pero concluye este autor que si ese modelo, incluso en las condiciones casi perfectas de autoritarismo que se pueden dar en Chile, también fracasa, es que no tiene absolutamente ninguna viabilidad.

Estamos en una ola conservadora brutalmente fracasada en América Latina, sin salvación posible y con condena universal. En América Latina se plantea la imperiosa necesidad de inventar otros modelos completamente distintos. Me han encargado mis amigos presentar *El manifiesto de Latinoamérica*, documento que firmaremos unas mil personalidades de América Latina. Se los agradezco; ahí veremos cuál es nivel de coincidencias de la inteligencia latinoamericana sobre el proceso. Debo hacer un viajecito por la región para hacer sondeos, cuando tenga quién me lo pague; ya se acabó mi proyecto de la Unesco, se me acabaron los fondos para viajar. *El manifiesto de Latinoamérica* no será una página, será un documento bastante denso; ya tengo un avance, que es el texto de São Paulo. Hay cosas posteriores. Llegaremos a la conclusión por el número, cantidad y calidad de intelectuales, economistas, sociólogos y hombres públicos de América Latina; mediremos el nivel de consenso, que es altísimo. No conozco un dirigente latinoamericano, intelectual, político, etc., serio, que no considere que hay que enterrar el modelo neoliberal y pasar a otro estadio. Ahí está nuestra inventiva, nuestra creatividad, y todos piensan que el camino es la democratización de las relaciones sociales.

JW: Muchas gracias.

DESPUÉS DEL FRAUDE ELECTORAL DE 1988

(16 de diciembre de 1988)

JW: Bueno, Porfirio, después de un año estamos otra vez en Los Ángeles para seguir la entrevista. En estos días, hace un año, saliste para tratar de organizar un partido amplio en contra del PRI, el partido oficial

de México, y buscar negociaciones aun con el PAN. Comenzamos ahí, desde la salida y tus esperanzas en esos momentos. Podemos ver lo que ha pasado durante este año.

PML: ¿Fue también en diciembre la última vez que hablamos?

JW: En diciembre.

PML: Ha llovido mucho, y ha cambiado mucho el país. Hacía muchos años que el país no cambiaba tanto en tan poco tiempo. Hace un año, Cuauhtémoc Cárdenas era candidato presidencial del PARM, del PFCRN y del PPS; si mal no recuerdo, la última de estas adhesiones fue en el congreso o consejo nacional del PPS, el 7 de diciembre. Estábamos en difíciles y tensas conversaciones con el PMS en dos niveles: en uno, formal, tuvimos reuniones con los seis distintos grupos que lo componen, y en el nivel personal hacíamos esfuerzos por lograr la candidatura única. No sé si te expuse las razones por las cuales era muy difícil para el PMS unirse a nosotros.

JW: Sí, porque ellos habían escogido...

PML: A Heberto Castillo, pero había un problema. He dialogado con ellos, ahora que son nuestros aliados; persiguiendo los mismos objetivos, se habían equivocado de táctica. De la mejor buena fe —además, nadie puede saber qué ocurrirá en la historia— habían pensado que la coyuntura política del país haría posible una serie de alianzas que llevara a la unidad de ciertos sectores de la oposición e iniciaron un proceso anterior a la sucesión presidencial, un año antes, de fusión de seis grupos de izquierda y escogieron, por un sistema de primarias que funcionó más o menos, a Heberto Castillo. La diferencia de método fue que nosotros comenzamos el proceso después y que resultó más oportuno.

JW: El propio Heberto nos dijo aquí que su acción como candidato fue muy informal.

PML: Sí. Esas primarias no son demasiado fidedignas porque no hay la organización ni los métodos administrativos para hacerlas. Puede votar cualquiera: votó mucha gente que no era de los partidos. Nosotros mismos, Corriente Democrática, fuimos a esas urnas, que estaban en la calle, y casi todos votamos por Heberto Castillo. El caso es que ellos ya habían hecho su proceso de unidad y estaban amarrados por él.

Cuando empezó la campaña electoral estaban inmobilizados por los compromisos que habían establecido entre los seis grupos, y nosotros estábamos completamente abiertos; ésa fue nuestra ventaja, estar abiertos a las alianzas cuando ellos estaban cerrados a cualquier alianza porque empezaron antes y llegaron al punto de las candidaturas con compromisos que les impidieron apertura. Hicimos ese esfuerzo por diciembre, tal vez todavía enero; posteriormente se formó un grupo de intelectuales, algunos ex miembros de movimientos de izquierda, universitarios, que se llamó Grupo Polyforum, porque se reunía en ese local cultural, y ese movimiento del Polyforum fue también muy útil para manejar el clima de unidad e impulsar tanto al PMS como al PRT a la unidad.

El elemento decisivo de unión con el PMS fue la reacción de las comunidades universitarias. Naturalmente, el crecimiento inesperado, sorprendente, de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, cuya gran revelación fue la campaña política en La Laguna, región agrícola directamente beneficiada por el reparto del general Cárdenas, donde Cuauhtémoc alcanzó el nivel de un gran líder popular. La Laguna fue el *turning point* de la campaña, pero hubo un segundo *turning point*.

JW: ¿En qué mes ocurrió lo de La Laguna?

PML: No te podría decir, por ahí de enero.

JW: ¿Enero, febrero?

PML: Por ahí. El segundo *turning point* fue lo que llamamos “La Laguna urbana”: estábamos buscando algo semejante a La Laguna que pasara en la ciudad, y eso fue el mitin en Ciudad Universitaria. Más de 100 000 personas en CU después de una larga polémica en la cual el rector por desgracia tomó partido contra la visita de los candidatos, que era en realidad contra la visita de Cárdenas. La visita de Cárdenas a CU probó el gran arraigo e impacto que la campaña había generado en las clases medias urbanas, y particularmente la juventud.

Veremos —acaban de entregármelo— un estudio de la Fundación Arturo Rosenblueth, que es el primer corte que se hace con indicadores sociales del censo de 1980 respecto del voto de 1988, sobre cifras oficiales, que es en extremo interesante y llevaría a probar lo que estoy diciendo ahora: el voto “Cárdenas” es el de las fuerzas productivas del

país, el voto “Cárdenas” es de entre dos y cinco veces el salario mínimo en todo el país según este estudio, que es convincente.

El voto de las fuerzas productivas es por Cárdenas; el voto de los marginados —es decir, de los que no votan— es por Salinas. Como dijo Fidel Velázquez en uno de sus mejores chistes: “¿Es cierto que los obreros votaron por Cárdenas?” “Sí.” “¿Entonces quiénes votaron por Salinas?” Dijo: “Las computadoras, que son más eficaces”.

El mitin de CU demostró el enorme impacto que tenía Cárdenas en las clases medias urbanas y dio prácticamente unanimidad al cardenismo en el medio estudiantil, sobre todo de las universidades públicas. Ahí la posición del PMS ya era muy difícil de sostener, como te lo habrá dicho Heberto, porque era indiscutible que la “clientela electoral de izquierda” estaba con Cárdenas, no tenía objeto sostener la candidatura de Heberto.

Respecto de nuestros diálogos con el PAN, se realizaron en un nivel distinto que el de las candidaturas. En realidad nunca fue viable políticamente una candidatura común con el PAN. No deja de haber alguien al que se le pueda ocurrir un sueño —ni siquiera lo llamaría una utopía política—, un esquema de esa naturaleza; hubo quien lo dijo y hubo quien lo pensó, y lo decían en la calle. Cuando Heberto Castillo se reunió con nosotros y se hizo la candidatura única, había gente —estaba yo en campaña con Cuauhtémoc, por ahí por Jalisco— que le gritaba a Cárdenas: “¡Ahora Clouthier, ahora con Clouthier!”

La gente quería esa unidad, era la única manera de ganar. Sabíamos que íbamos a ganar las elecciones: eso te lo dije desde hace un año y ojalá que esté grabado, porque el ingeniero Cárdenas dio hace poco testimonio frente a una estación de televisión sudamericana, en una entrevista. Dijo: “Porfirio y yo ya lo habíamos visto”. Desde que comenzó la campaña dijo que íbamos a ganar estas elecciones.

LF: ¿Lo dijiste convencido de que verdaderamente iban a ganar, por práctica?

PML: Siempre estuve convencido de que ganaríamos, las razones son muchas. En primer lugar, era claro el nivel de deterioro del sistema político, la impopularidad del gobierno saliente de De la Madrid, así como

la impopularidad del candidato Salinas. Tuvimos la convicción cuando salió Salinas, con otro candidato la circunstancia hubiese sido distinta.

LA LEY DE LOS GLADIADORES

JW: Ustedes hablaron de plantear bases para ganar en 1994: construir redes, comenzar la campaña, y con Salinas entrando a la presidencia, el PRI seguiría la misma ruta.

PML: Yo no. Mucha gente así pensó, si bien como profesor del sistema político mexicano pensé y dije, hace 15 o 20 años, que ese sistema cambiaría cuando, después de una ruptura interna del sistema, las leyes y los patrones de conducta política permitieran que ese voto contra el gobierno se institucionalizara en una nueva conformación política.

Cuando fui profesor, solía analizar, a la luz de leyes electorales posteriores, qué habría pasado si se hubiera construido un partido sobre el electorado henriquista —no, obviamente, las cifras oficiales sino lo que estimamos que fue verdaderamente ese voto—, si hubiera existido una ley que permitiera los diputados de partido. Es el análisis que hacía porque era la ley de entonces, pero lo hacía también de acuerdo con supuestos teóricos: ¿qué habría pasado con el voto henriquista, por ejemplo, si hubiera una ley de representación proporcional?, y hacíamos el cálculo. ¿Qué habría pasado con una ley mixta como la que tenemos ahora? Estimamos que, desde los cincuenta, ha existido un partido que no hubiera sido el PAN sino en este caso el henriquismo o el almanismo, pero el henriquismo es buen modelo para analizar. Un partido con 25 o 30% de los diputados en el Congreso habría significado el inicio de un cambio hacia la pluralidad; imaginemos un fenómeno de esta naturaleza a mediados de los cincuenta.

Como profesor, esta eventualidad la analicé y concluí que, en primer lugar, el sistema político no estaba preparado para eso porque se manejaba por la ley de los gladiadores, todo o nada; mueres o vives. Era una reminiscencia, en el nivel cívico electoral, de los golpes de Estado y de los planes revolucionarios.

No se pensaba en adaptarse a una oposición sexenal o en aprovechar una rebeldía cívica sexenal para constituir un partido permanente. De ahí el mérito indiscutible del PAN, que siempre se pensó como un partido permanente, y de ahí el contraste entre movimientos cívicos o movimientos electorales tan importantes como pudo haber sido el henriquismo. Creció tanto que no dejaron nada de él, como un *soufflé* que repentinamente se desinfla, en contraste con el PAN, que nunca despertó esas pasiones.

La campaña más exitosa de la historia del PAN es la de Manuel Clouthier, que acaba de terminar. Podemos revisar cualquiera: la de Efraín González Luna, la de Efraín González Morfín, la de José González Torres, la de Luis H. Álvarez, todas las que queramos, y veremos que no hubo ninguna campaña electoral presidencial del PAN que realmente haya despertado a una parte importante del electorado. En cambio estos movimientos, surgidos del seno del propio sistema del partido mayoritario, sí despertaron un gran entusiasmo porque se veían como una alternativa real de poder. Sin embargo, no dejaron como herencia una organización política permanente.

La primera razón de que esto no hubiera ocurrido es que era la ley de los gladiadores. La segunda, que el sistema político haría todo por reabsorberlo: cooptación, corrupción, diseminación, persecución; operaba la destrucción del contrario porque al sistema no le convenía que germinara en su seno un movimiento capaz de desgajarlo gradualmente, es decir, que representara un polo de atracción de carácter permanente para la misma gente del sistema, que es el momento en que estamos hoy.

Un compañero del PMS con quien comí ayer me contaba cosas alucinantes: “Nos ofrecen lo que sea con tal de que no sigamos con ustedes”. Los enemigos a vencer se llaman Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. Si el sistema todavía hoy pudiera aislarlos y regresar a los partidos a su órbita paraestatal tradicional, lo haría, porque ha sido la naturaleza, la manera normal de funcionar del sistema: reabsorberlos, como se reabsorbió el delahuertismo —éste es todo un capítulo de historia contemporánea de México que tuvo casi el viso de una

insurrección militar, o lo tuvo en alguna medida—, como se reabsorbieron el vasconcelismo, el almanismo y el henriquismo.

Desde hace años era muy claro que el día en que un movimiento sexenal de ruptura interna del sistema no fuera reabsorbido, comenzaría la modificación del sistema; no solamente para mí, mucha gente escribió esto. Octavio Paz, que ahora parece quitarle importancia a lo que hacemos y le ha venido una fobia anticardenista, no sé de dónde, pero él y mucha gente escribió sobre esto hace años: la posibilidad de que se institucionalizara la ruptura del sistema. A pesar de que ése fue mi pensamiento como profesor, lo elaboré más que quienes lo dijeron como una reflexión o en el cuerpo de un ensayo. Elaboré el tema incluso estadísticamente: hice escenarios numéricos, nacionales y regionales.

A pesar de ello, cuando se vino la coyuntura fue de tal magnitud el error de la candidatura de Salinas que se nos abrió un escenario nuevo en el que en realidad ninguno de nosotros había pensado, que era el de ganar. Hasta antes del *dedazo* en favor de Salinas, el escenario más favorable en que podíamos pensar era, primero, de apertura interna del PRI; de ése ya he hablado, pero revisado a la luz de lo que ha ocurrido, no nos arrepentimos de haberlo hecho. Seguimos pensando que si el sistema hubiera permitido una asamblea plenaria, una convención donde Cuauhtémoc Cárdenas jugara, aunque hubiéramos perdido, el cambio del sistema habría sido definitivo.

Como escenarios satisfactorios podíamos pensar, primero, el de una apertura dentro del PRI, cautelosa si se quiere, pero eficaz. Un amigo mío, embajador de México, me dijo, cuando ya estaba en esto, una frase que nunca he olvidado: “Con que sólo registren la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas dentro del PRI, cambia la historia de México”.

El otro escenario al que podíamos aspirar era el de una campaña muy exitosa que nos permitiera institucionalizar la oposición: ése es el sentido en el que la mayor parte de mis amigos en el ámbito internacional me aconsejaron prudencia. Tenían temor a la ruptura del PRI, pero algunos más avanzados hicieron este cálculo y fueron muy favorables a que, aun cuando tuviéramos un porcentaje de votación no mayor de una cuarta o quinta parte, corriéramos el riesgo de abrirnos por nuestra

cuenta. El presidente Alan García, a quien visité estando en una crisis política y económica muy severa, que fue la renuncia del primer ministro Luis Alva Castro, en una conversación muy larga recuerdo que me dijo: “Si juegan por su lado, ¿qué porcentaje tendrían, a qué porcentaje aspirarías?”

JW: ¿Cuándo fue esto?

PML: Antes del *destape*, de esto estoy seguro. Y le dije: “Un mínimo de 20 o 25%”. Me dijo: “Para cualquier partido en el mundo eso es un gran comienzo. Analízalo. En la situación actual de México, viniendo ustedes del PRI como un movimiento progresista, es una cifra fantástica. Sería una razón suficiente para lo hicieran, si realmente tienen esa certidumbre”.

Este escenario alternativo era lógico, aunque uno nunca sabe cómo se desenvuelven las cosas. Si el PRI hubiera hecho una elección democrática y hubiera tenido un candidato mejor, le habría permitido contrarrestarnos, aunque tal vez también le hubiéramos ganado. Lo que precipitó nuestra posibilidad de victoria fue realmente el *dedazo* a favor de Salinas, por la forma como se realizó, por el grado en que Salinas encarna para la opinión pública, o encarnaba entonces, la política de De la Madrid, y por el personaje mismo. Es el anticarisma, no solamente como imagen física y política sino porque combinada su escasa popularidad, su escasa presencia física y su compromiso con las líneas económicas que el pueblo rechazaba, se evidencia, con esos tres factores, la decisión caprichosa de De la Madrid. Si el sistema político mexicano tuvo virtudes, desde mi punto de vista muchas —si no, no hubiera durado lo que duró—, una de ellas fue el proceso de selección de candidatos: en el antiguo sistema sabíamos cuando una selección estaba bien o mal hecha.

El sistema mexicano tuvo durante años la virtud de elegir bien. En una elección de gobernador se sabía cuándo la habíamos hecho bien y cuándo mal, y había siempre un castigo por hacer las cosas mal, que había que reabsorber después. El costo es que muchos gobernadores tuvieron que renunciar. La renuncia de gobernadores en México no es

infrecuente: porque no pudieron, porque no se generó un consenso en torno a ellos.

El sistema mexicano fue perdiendo también su capacidad de hacer una buena elección, por muchas razones que no vienen a cuento. El caso es que la situación límite es la elección de Salinas: nunca, a nivel presidencial, el PRI había hecho tan mal su selección. Se puede comparar con Pascual Ortiz Rubio, que es la primera elección del Partido Nacional Revolucionario (PNR), pero eso sería discutible. Ésta es la peor de todas.

Dos: eso nos abre la posibilidad de una victoria electoral. Lo vimos con toda claridad el ingeniero Cárdenas y yo, y algunos colaboradores y amigos. Por desgracia, en la mayor parte de los cuadros que nos siguieron no era bien entendido y eso originó problemas después. Mucha gente que fue a la campaña con nosotros estaba pensando ya en la formación de un partido, posterior a las elecciones, basados en la popularidad que tuviera Cuauhtémoc Cárdenas, cosa perfectamente legítima que va en el orden de las reflexiones históricas a las que he aludido, pero que para algunos grupos tuvo un cierto carácter instrumental no en un sentido peyorativo, sino en el más noble que se pueda pensar: la estructuración de un partido independiente en México.

La falta de conciencia y de preparación psicológica de grupos y de partidos de que íbamos a ganar fue lo que más nos dificultó, posteriormente, una lucha más a fondo para defender la victoria electoral. La mayor parte de nuestros seguidores, los cuadros medios —no digo el pueblo—, los partidos políticos que nos siguieron, no estaban preparados para la victoria; los sorprendió la victoria. Los que estábamos preparados actuamos con mayor coherencia, hemos mantenido las posiciones más firmes y somos hoy los más radicales en el sentido propio, en el sentido de la palabra *radical* que tú empleaste ayer para calificar el discurso de Cuauhtémoc Cárdenas en Boston, que escuchaste radiofónicamente.

LF: Mencionaste que la candidatura de Salinas fue determinante en su favor. ¿Qué otro candidato hubiera sido difícil para ustedes de vencer?

PML: No lo formularía así; dije que quizá le hubiéramos ganado a cualquiera. Creíamos que Salinas era el peor candidato, honestamente.

Te voy a dar un ejemplo: cuando salió por error la candidatura de Sergio García Ramírez hubo un descanso en el país: fue un candidato de media hora.

JW: ¿No fue Alfredo del Mazo ?

PML: No, el que fue anunciado en la mañana fue Sergio.

JW: Ah, sí, Del Mazo fue más tarde.

PML: Hubo un respiro. La gente lo veía como una solución decente: no se veía el capricho de De la Madrid sino francamente un equilibrio dentro del propio sistema, honor al mérito. A Sergio se le considera un funcionario meritorio, honorable, decente, culto. Mucha gente pensó: “Escoge al mejor, al más honorable, al menos *grillo*, al menos comprometido con la línea económica”. Un candidato de ese tipo, de otros que había, hubiera tenido mucho mayor éxito electoral del que tuvo, y nuestra campaña hubiera sido mucho más difícil, eso es cierto.

JW: Por las recientes reformas electorales, pareciera que los partidos de oposición han crecido y se han fortalecido, pero esto no significa que el sistema político se haya debilitado sino que se ha fortalecido.

PML: Ésa es la versión oficial. Has hecho una muy buena síntesis de los últimos discursos de Miguel de la Madrid. Para contestarte habría que definir qué entendemos por sistema; si estamos diciendo que se debilita o se fortalece, veamos primero de qué animal estamos hablando. Si por “sistema político” entiendes el sistema constitucional, naturalmente que se está fortaleciendo con el pluralismo en la medida en que se respeta el voto; pero si por “sistema político” entiendes un modelo político basado en premisas como la autoridad indiscutible del presidente —primera pieza del sistema político, lo que hemos llamado el “presidencialismo absolutista”—, no. Otra pieza maestra de ese sistema es el carácter abrumadoramente dominante del partido del gobierno y su capacidad para cooptar grupos, para absorber fenómenos nuevos, es decir, para transformarse conforme la sociedad se transforma, manteniendo un cuasi monopolio de los procesos electorales.

Otra pieza maestra de ese sistema es evidentemente la supeditación de las demás áreas de poder al Ejecutivo: gobernadores de los estados y Congreso de la Unión. Ese sistema sí está en severa crisis y en derrota.

La autoridad del presidente hoy sobre el conjunto de los actores políticos es mucho menor de la que era hace apenas un año. Los espacios políticos que hemos adquirido en las cámaras, en la calle y en las organizaciones sociales es tan fuerte, que no les permite operar las cosas como antes. Ese modelo de concentración del poder está severamente afectado.

Ahora, si quieres implicar que el propio PRI abrió espacios para la participación política de las minorías, es cierto históricamente, desde el voto a la mujer en 1954 y el voto a los jóvenes mayores de 18 años, la creación de los diputados de partido, después la LOPPE; el PRI dio todo eso pensando en una manera marginal de legitimar el sistema, no de ponerlo en aprietos. La intención de legitimar el sistema es clara, mediante una participación marginal. La incorporación del Partido Comunista, es decir, su legalización en la época de la LOPPE, es parte de ese proceso: como decía el autor de la LOPPE, hay que llevarlos de las actitudes subversivas a la Cámara de Diputados, como se ha hecho en otros países de América Latina —es el caso de Venezuela, por ejemplo—, pero el sistema nunca pensó que pagaría con su capacidad de control, es decir, que este conjunto de partidos llegara a tener la mayoría electoral. La reforma de la LOPPE lo indica claramente: se va a 300 diputados, conservando 200 por mayoría y 100 por representación proporcional, estimando que siempre habrá una mayoría holgada. El código electoral de Miguel de la Madrid —prueba fehaciente de lo que estoy afirmando— significa un retroceso respecto a esa apertura, porque se le da participación al PRI en la representación proporcional y se sube a 500 diputados, y porque se establece la antidemocrática reforma, que está en la fracción C del artículo 54 de la Constitución, según la cual el partido de mayoría relativa tiene la mayoría absoluta de los escaños en la Cámara de Diputados. Esta cláusula, obviamente, protege al PRI contra la eventualidad de ya no ser el partido de mayoría absoluta. El sistema se corrigió, pero no a favor de la apertura; al contrario, creó salvaguardas al sistema.

Algunos autores, como Héctor Aguilar Camín, llegaron a pensar que esa apertura llevaría a un modelo mixto como el de India —en palabras de Aguilar Camín, aunque la analogía es forzada—, donde un partido nacional mayoritario asegura la conducción de un país, es decir, puede

continuar eligiéndose al poder nacional y va abriendo espacios en los poderes locales y en las cámaras a otros partidos más allá de una legitimidad marginal, como contrapeso del poder, pero siempre y cuando asegure la conducción del Poder Ejecutivo Federal durante un periodo largo. Ésta es la tesis que los teóricos avanzados del salinismo quisieran poner en práctica: el mantenimiento del PRI en el Poder Ejecutivo, en un espectro de centro-izquierda, y la reducción de los espacios políticos que no ha conquistado, para dar espacios políticos complementarios, compensatorios, de equilibrio si se quiere, pero sin poner en riesgo el monopolio del partido oficial durante un largo tiempo.

La prueba de que no han promovido sinceramente la apertura es el fraude electoral que se cometió. Nada de lo que estamos diciendo tendría sentido si no reflexionamos en la naturaleza que tuvo el fraude del 6 de julio, que no tiene comparación con ningún otro fraude electoral que se haya hecho en México por su nivel de sofisticación, por su carácter masivo y por la decisión política que entraña, que da una lección para siempre, a cualquier costo, de que al PRI no se le puede ganar en las elecciones cuando no quiere.

PORCENTAJES REALES DE VOTACIÓN (PRI, PAN Y FDN)

SS: Durante varias elecciones presidenciales, el gobierno o el PRI han manejado que el verdadero enemigo a vencer es el abstencionismo. ¿Esta apertura pretendía generar más votos? Y la pregunta asociada: ¿el Frente Democrático realmente logró incorporar votantes que antes no votaban, o logró repartir parte de los votos que se le daban al PRI y que logra quitarle al PRI?

PML: Es una pregunta interesante y difícil de contestar porque entraña dos cuestiones distintas. La primera es: el gobierno, tradicionalmente, a través de varias elecciones presidenciales, habló contra el abstencionismo; efectivamente así fue, porque necesitaba mayor legitimidad electoral, histórica y política. El sistema político se fue moviendo poco a poco de una legitimidad revolucionaria, en la cual todavía están

instalados algunos de sus más antiguos dirigentes: “Tenemos el poder porque viene de la Revolución” sigue siendo la tesis de algunos. Contra ellos —incluso algún profesor de Ciencia Política que trabaja en el gobierno— hemos escrito diciéndoles que ni la revolución nicaragüense, que tiene ocho años, funda su legitimidad en hechos de armas, sino sabe que tiene que legitimarse por la vía electoral. ¿Cómo es posible que en México, 60 años después, se diga que la legitimidad de las instituciones es la legitimidad armada?

El sistema mexicano osciló de una legitimidad revolucionaria hacia una legitimidad consensual. El sistema se sostenía por el consenso de las clases sociales, de los factores productivos y de la opinión pública. Por la evolución internacional y la demanda misma de la población, poco a poco trató de basar el sistema en una legitimidad electoral; para eso necesitaba votos. Uno de los argumentos originales fue también: “Bueno, nuestro sistema no es muy democrático porque tenemos grandes atrasos, etc., pero este sistema revolucionario nos llevará hacia uno ampliamente democrático”. Había que probar de algún modo que se estaba avanzando hacia una sociedad democrática, se necesitaba una justificación histórico-política y una legitimación electoral por la incorporación de la mujer, por el voto de los jóvenes y por la reducción del abstencionismo.

Esto era particularmente importante para el gobierno, porque tenía la posibilidad de inflar los votos en las zonas rurales y apartadas, pero esos votos rurales y apartados no correspondían al nivel de votos de las grandes ciudades. Este llamado continuo contra la abstención expresaba la necesidad del gobierno de legitimarse también frente a los sectores modernos de la sociedad; no importaba que después incrementara el número de votos que había recibido, sobre todo en las zonas más apartadas, para redondear una cifra que le diera mayor presencia nacional e internacional, mayor legitimidad.

En el momento actual es al revés. La decisión tomada con la elección de Salinas es muy grave por eso: el sistema ha renunciado a la legitimación por el voto. Prefirieron presentar una cifra de votación inferior a la que ocurrió, con el argumento de que en el pasado se mintió y se

inflaron, ahora vamos a decir la verdad. No es cierto. Si todavía en la elección de De la Madrid hubo cinco o seis millones de votos inflados; como todo mundo sabe que le añadieron para legitimarlo, en estas elecciones se pasaron del otro lado: restaron votación a la que realmente hubo. Fue la única manera de que Salinas tuviera el 51% que querían.

Rasuraron la votación, destruyeron votos: ahí están las fotos, ahí está la película, que se llama *Crónica de un fraude*. Lanzaron boletas a los ríos; las quemaron, las dispersaron. Prefirieron afrontar el supuesto de una abstención más alta con tal de no aceptar el triunfo de la oposición.

La lógica del sistema cambió. Un sistema que vino tratando de exhibir como señal de avance político, de madurez del régimen, la reducción de la abstención, ahora está dispuesto a reducir incluso el monto de la elección con tal de no perder; es muy grave, porque la apuesta del gobierno hacia el futuro es una abstención muy alta. Después del 6 de julio se hizo oficial la versión de que las cifras electorales de los últimos 50 años no existen como antecedente. ¿Por qué? Por deformadas, estaban infladas. Eso ya lo asumió el gobierno: a partir de eso ya no hay series estadísticas. Se inaugura una época estadística que empieza lo más bajo posible, más abajo de la realidad; la anterior estaba por encima de la realidad. El índice de abstención de las elecciones posteriores al 6 de julio es de 80 por ciento.

JW: ¿Tanto?

PML: Así es en su conjunto, habría que tomar los estados. Quiere decir que el gobierno le está apostando ahorita al no voto, ya no le interesa la legitimidad mediante el voto sino mantenerse en el poder y desalentar a la gente de votar por los otros partidos.

JW: Eso no va a impedir otros procedimientos de presión de los sectores inconformes.

PML: Esto es lo grave en México, pero tengo que contestar a tu segunda pregunta: si el Frente conquistó votos del abstencionismo o sólo le quitamos votantes al PRI. Mi impresión es que el número de votos que le quitamos a la abstención no fue grande. Si me preguntas qué tanto le quitamos entre nosotros y el PAN, diré que un 20% del total de abstencionismo, tal vez más. Desde luego, la votación fue mayor que en épocas anteriores, en 25% tal vez, comparativamente. Ésos son votos

quitados al abstencionismo, pero en cuánto fue mayor, habría que hacer un estudio muy cuidadoso.

¿Por qué no le quitamos más al abstencionismo entre el PAN y nosotros? ¿Qué tanto logramos cada uno? Nosotros más, desde luego, pero ¿por qué no le quitamos tanto? Porque el gobierno se cerró a ampliar el registro de electores: cuando la gente se prendió en la campaña, en ese momento pararon el registro de electores. Ahí nos impidieron, sobre todo, incorporar el voto joven, es decir, de electores por primera vez, porque los que ya lo habían sido, aunque no tuvieron su registro, estaban en el padrón; pudieron votar yendo a buscar su nombre. Eso siempre se autoriza a última hora. En diciembre se cerró el registro de electores y no pudieron incorporarse al voto sectores tradicionalmente ausentes de él, digamos, abstencionistas consumados o reiterados.

En cuanto a nuestra votación, ¿de dónde vino? Primero hay que estimar que Cuauhtémoc tuvo de ocho a 8.5 millones de votos; puedo decir nueve millones, sobre los cinco y tantos que le reconoce el gobierno. Cuauhtémoc tuvo fácilmente ocho millones de votos, que es 42% de la elección. Ahí están las cifras. Mi estimación, si calculamos que se le quitó 25% a la abstención, de donde 15% fue nuestro, una parte de este voto —20% máximo— es de gente que antes se abstenía, y la mayor parte de ese voto es PRI. Le quitamos voto al PRI en un porcentaje difícilmente creíble, pero tengo mis propias apreciaciones; claro, estoy abierto a un argumento que no sea mío. Estimo que le quitamos la mitad, si por Salinas votaron cinco millones y por nosotros ocho, y si por De la Madrid la vez pasada votaron nueve —le añadieron hasta 15—. Se nos olvidó que De la Vega lanzó la idea de que iba por 20 millones, porque habían dicho que De la Madrid ganó 15 la otra vez; ahora decidieron, en vez de inflar, desinflar: de 20 pasaron a nueve, una cosa increíble. La votación real que lógicamente hubiera tenido un candidato del PRI en 1988, sin incrementar las series estadísticas, es de 10 millones, de los cuales cinco fueron para nosotros y cinco para Salinas, los únicos que sacó, porque no tiene más voto que el del PRI. No recibió transferencias de ningún otro partido. Le quitamos al PRI... puedes poner 55 o 60%. Tiendo a pensar que fue más de 50 por ciento.

JW: Pero en 1982 el PAN logró 19% de la votación, y además traía detrás los avances de Clouthier.

PML: Es que la campaña de Clouthier no fue exitosa; ahí está el libro, Jim, donde podrás verlo, es el único análisis completo que hay de las cifras oficiales y de cuáles eran las tendencias. En números absolutos nos quitaron más que al PAN, en números relativos es más o menos lo mismo: está comprobado estado por estado. Además, no les convenía bajarle más al PAN, al gobierno le convenía que fuéramos del mismo tamaño los dos.

El PAN es más cómodo para ellos: le acaban de reconocer San Luis y Zacatecas. La clase dirigente del PAN, a pesar de que hablan muy fuerte y hacen huelgas de hambre, ya se fue a retratar con Salinas: ahí está Luis H. Álvarez con Salinas, hace 10 días. Somos infinitamente más peligrosos para ellos que el PAN, porque el PAN es un partido con el cual están acostumbrados a convivir. Segundo, porque el PAN nunca les ha disputado realmente el poder de la República: nunca ha habido un candidato presidencial del PAN que diga... Claro, tú dices que el PAN se sumó al almanismo en su primera elección, pero no era el PAN. Quita ese hecho, el PAN nunca ha luchado por el poder de la República, nosotros sí. Cárdenas jugó a ganar. ¡Por favor!, los candidatos del PAN no jugaron a ganar. Nuestro proyecto es ganar las elecciones, éstas y las que vienen. Tenemos la decisión de quitarles el poder, punto. El PAN no tiene esa decisión porque no tiene esa fuerza.

JW: Es la oposición leal.

PML: No digo que Clouthier no haya sido el candidato que por primera vez tuvo cierta ilusión de ganar; además, mandó gente a entrenarse a Filipinas, amigos míos. Si el PAN realmente hubiera tenido una votación alta se habría lanzado a la calle, aunque no lo puedo afirmar. Lamento cómo se vaya a grabar esto, pero mis amigos del PAN saben que de esto hemos hablado mucho. Ya estaban preparados para esa eventualidad, pero la posibilidad todavía era muy remota, y la prueba es que ellos se han reconstruido dentro del sistema.

Solamente las rupturas en el seno del PRI han sido *the real game of power*. Comoquiera que se vea, la gente del henriquismo estaba para

ganar, y este asunto lo encabezamos para una victoria. Es una diferencia muy grande; nos tienen temor. Te doy otro dato, saben que hay un límite del cual el PAN no puede pasar: las grandes masas populares que no votan por el PAN. En la Ciudad de México el PAN había llegado a 25%, y ahí se quedó; esto es clarísimo. Le quitamos casi todo el voto popular al PRI, y ése el PAN nunca se los hubiera quitado. En los distritos pauperizados, la gente más modesta del mundo urbano, el PAN difícilmente tendrá sino porcentajes muy pequeños. Estimo que por nosotros votó 60 o 70% de la burocracia en las zonas urbanas: ahora se ve en las calles. De acuerdo con este estudio estadístico, votó por nosotros aproximadamente 50% de la clase obrera industrial, 45% de los miembros de las fuerzas armadas —ahí sí hay como 10% que votan por el PAN— y dos tercios, fácilmente, de los maestros. Todo el espectro de empleados públicos, de obreros de industria, más las zonas pobres de las ciudades.

JW: *¿Radiografía del fraude?*

PML: No, uno nuevo, de la Fundación Rosenblueth. La gente con entre dos y cinco veces el salario mínimo votó masivamente por Cárdenas, lo que corresponde a la gente entre 10 y 15 años de escolaridad. Ese público no es ni será PAN: el PAN se acaba en las clases medias y algunos ahí, muy perdidos, de las clases populares. El PAN no representa un peligro electoral definitivo para el PRI sino en zonas de clase media. Gana en León, Celaya, Sinaloa, Sonora, Nuevo León, en Mérida, pero incluso en estos estudios recientes lo que el PRI dice de nosotros se aplica al PAN: el PAN son manchas en el país, no es un partido extendido en la totalidad del territorio porque no tiene un discurso para las clases populares.

JW: Es curioso que los votos del PMS hayan disminuido hasta 3.5%, mientras que el PPS y el PFCRN subieron a niveles que no habían alcanzado.

PML: Pero son las siglas por las cuales se vota Cárdenas, o en el DF Muñoz Ledo: no había otras siglas por votar. Este fenómeno lo veremos completo cuando tengamos nuestro propio partido y hagamos el análisis retrospectivo; mientras no tengamos el nuevo cajón donde se deposite el voto, este análisis no lo podemos hacer completo.

En la Ciudad de México conozco muy bien el voto. La gente votó Porfirio-PPS, o Porfirio-Ifigenia, porque les pareció el más tradicional, el

más consistente. Mucha gente me ha explicado su voto, gente con más cultura: conoce desde hace años al PPS porque existe hace 30 años, a los otros partidos los conoce menos. Gente que me conoce votó PPS, otros votaron PARM, Porfirio-PARM, porque les pareció que ideológicamente era el que estaba menos a la izquierda, el que más correspondía al ideal de la Revolución mexicana. Otros, generalmente de clase más popular, votaron por el PFCRN. Cada uno tuvo sus razones, pero eran los tres cajones por los cuales había que votar. Ahora, afirmar, como dijo Jesús González Schmal, que le parecía inconcebible que se hubiera multiplicado 10 veces el PPS, es no entender el fenómeno que ocurrió en el país.

JW: Con los partidos de izquierda unidos, se dice que están reviviendo el comunismo.

PML: Es el estribillo de dos o tres periódicos pero no lo veo así, porque el tipo de gente que vota por nosotros sabe por quién está votando; si hubiéramos adquirido el espectro de comunistas no hubieran votado por nosotros. Cuauhtémoc tuvo millón y medio de votos en la Ciudad de México, la mitad de los votantes, y los partidos identificados como marxistas, el PMS y el PRT, tuvieron nada más 5%. Quiere decir que Cuauhtémoc tuvo 10 veces más votos que aquellos de los partidos identificados como marxistas. Nos conocen, somos de la familia de la Revolución mexicana, por eso votó muchísima gente.

JW: ¿Qué le aportó el PMS al Frente?

PML: Era muy importante psicológica y políticamente; en primer lugar desde el punto de vista político, porque habíamos planteado una candidatura unitaria. Había gente que incluso pensaba —lo dijiste tú, Jim, al comenzar esta conversación— que sólo unidos con el PAN podíamos ganar: la primera hipótesis que se hacía el grueso de la opinión era que sólo se le podía ganar al PRI si todos íbamos unidos, mucha gente siguió pensando eso hasta la gran sorpresa de que ganamos solos. Se suponía que todos los partidos se iban a unir y presentar una candidatura; para los menos optimistas se trataba de una candidatura que tuviera más votos que el PAN, es decir, que la segunda fuerza electoral del país se situara a la izquierda, no a la derecha. Para quienes teníamos más fe o vimos con mayor claridad lo que estaba ocurriendo, la unidad era

necesaria para ganar, tan necesaria porque no sabíamos, además, que el PMS iba a tener 3, 5, 7 o 9% de votos.

JW: ¿Tenían elementos para hacer esa estimación?

PML: Para nosotros no era claro, fue al final. Hubo encuestas que hizo el propio PMS que revelaron que ellos iban en pérdida, pero muy al final. La voluntad de unirse fue anterior, es decir, lanzamos una bandera unitaria que no podíamos recoger. No puedo estarles diciendo: “Oye, vamos juntos. Hoy vamos a cenar todos juntos. Por favor, convence a tu mujer”, y a la hora en que nos vestimos para ir a la cena, “Fíjate que ya analicé y prefiero que esa no vaya”. Eso no se puede hacer. Desde el principio lanzamos la bandera unitaria. Teníamos que recibir a cualquiera que viniera, incluso el PRT; si doña Rosario —caso utópico, que no se daría en la práctica— hubiera dicho “Me retiro por Cárdenas”, hubiéramos aceptado.

En política no puedes cambiar a la mitad del río, y hubo movimientos como el Polyforum y muchos otros que iban en ese sentido. Ésa es una razón, pero hay otra más sutil: aun sin la voluntad o contra la voluntad del candidato Heberto Castillo y del PMS, obviamente el gobierno estaba aprovechando esas candidaturas en nuestra contra, y las pruebas te las doy: en los análisis mensuales del espacio dedicado por la prensa a las candidaturas, que hizo la Asamblea Democrática por el Sufragio Efectivo, podrás ver cómo en varios meses y en órganos muy importantes hay más espacio dedicado al PMS que a los tres partidos que apoyaban a Cárdenas. Eso lo puedes ver estadísticamente: en tiempo de televisión le daban más espacio a Heberto que a Clouthier y que a Cárdenas. Es un juego normal del gobierno. Alguna vez me preguntaron: “¿Es cierto que el gobierno apoya a Heberto?” “¿A quién le dan pan que lllore? Aunque al PAN no le dan pan —dije todavía—: le dan palo.” Un juego de palabras. La frase está en mi libro, en una de las entrevistas con Raúl Trejo Delarbre.

Desde el punto de vista psicológico fue una gran victoria la alianza con Heberto Castillo. Aquí hay opiniones distintas: para muchos de nosotros fue importante lo de Heberto Castillo desde la sensibilidad política del pueblo, porque Heberto es una personalidad política

prestigiosa en muchos núcleos; un hombre con carácter, con un perfil. El hecho de que Heberto se aliara a Cuauhtémoc crecía a Cuauhtémoc frente a la opinión pública; que los electores no fueran por eso a marcar el círculo "PMS" es otro problema.

Dicho de otra manera: lo que aportó la alianza con Heberto no fue el número de votos que aparecieron bajo las siglas del PMS sino otros que aparecieron bajo otras siglas, pero que incrementaron el caudal de Cuauhtémoc. Quien dice mecánicamente: "Fue muy poco, los del PMS nada más aportaron medio millón o 600 000 votos", está haciendo un mal análisis. Cuauhtémoc ganó como candidato más de lo que se produjo en las siglas PMS; ganó en el conjunto de su votación porque aumentó su prestigio. Ahora bien, aun si fuera esa pequeña cifra, fue muy importante. Cuauhtémoc tuvo millón y medio de votos en el DF y yo tuve 1 200 000, porque nada más me apoyaron tres partidos.

El PMS no me apoyó: la unión solamente se hizo a nivel de la candidatura presidencial, no se pudo hacer con ninguna otra. Todavía competí contra el secretario general del PMS en las elecciones; Gilberto Rincón Gallardo tuvo 260 000 votos, y éstos yo los quería, luché por ellos y no lo ocultó. A Ifigenia Martínez y a mí nos parecía que eran importantes esos 260 000 votos. Tratamos de obtenerlos, nos hubiera gustado, porque no sabíamos cómo venía la votación: por 100 000 votos pudimos haber perdido. Además, la votación del PMS en el DF es sólida, sabíamos que era por ahí, cerca de 300 000. Afortunadamente nuestras candidaturas despegaron; el milagro, nuestro gran avance fue el mes anterior. De mítines de 4 000 o 5 000 personas pasamos a mítines de 15 000 y 20 000 en la Ciudad de México. Fue un jalón al final. Nos despegamos del conjunto de los candidatos en las últimas semanas, pero un mes antes no lo sabíamos. Los 250 000 o 300 000 votos que estimábamos que tendría el PMS en el DF eran votos importantes; se pierde o se gana por 10 000 votos, imagínate 300 000. Por 300 000 se gana la presidencia de un país. Por Dios, todos los votos cuentan.

Hay una cuarta razón: la alianza con el PMS antes de las elecciones también nos presentaba una coyuntura poselectoral mejor: no es lo mismo llegar al Colegio Electoral con cuatro partidos unidos, que con tres

partidos por un lado y uno por el otro. El hecho de que todos los partidos desde el centro hasta la izquierda llegaran unidos al Colegio Electoral, el hecho de que los diputados de todos los partidos ya estuvieran unidos en el Frente Democrático Nacional, era una ventaja en la lucha poselectoral. Cuauhtémoc Cárdenas lo dijo muchas veces: “Hay dos luchas de aquí al 6 de julio y luego lo que viene después del 6 de julio, que será lo más delicado”; 140 diputados en el mismo frente no es lo mismo que 110. Sin el PMS seríamos una fracción en el Congreso del tamaño de la del PAN. Todo contaba.

Por último, quienes afirman que nos dio poco el PMS, basados en las cifras de los votos que estuvieron en ese logotipo, también olvidan un hecho: que el gobierno no quiso y se negó a cambiar las boletas para que figurara su nombre. Tampoco podemos saber cuántos votos se hubieran depositado en un logotipo que dijera “Cuauhtémoc Cárdenas-PMS”. El logotipo decía “Heberto Castillo-PMS”. Sin que haya un estudio específico —nadie lo ha hecho y es muy difícil hacerlo, además *post mortem*, inflar o exagerar la importancia de esta unión—, sí tenemos el derecho a suponer que si bajo la sigla PMS hubiera dicho “Cuauhtémoc Cárdenas”, se habrían dado más votos en esa sigla. ¿Cuántos, 10, 50, 100% más? No lo podemos saber.

JW: ¿Cuál fue el voto real?

PML: En el DF, que es el único lugar donde he analizado las cifras con cuidado, el orden del voto PMS por categoría de candidatos es inverso al de los otros partidos; saca las conclusiones que quieras. Por ejemplo, coge el voto PFCRN-Cuauhtémoc: tiene —voy a dar cifras exactas— 435 000 bajo la sigla PFCRN-Presidente Cuauhtémoc Cárdenas. Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez-PFCRN: 415 000. Diputado sostenido por el PFCRN: 396 000. Asambleísta: 380 000, por decirte. La votación más alta en el siglo de ese partido es por el candidato presidencial. Si tomas el PPS es exactamente igual: Cuauhtémoc Cárdenas 410 000, Porfirio 390 000 y va bajando hasta el asambleísta. Tomas el PARM y es exactamente igual. Toma el PMS y es al revés, con diferencias que van hasta 10%, no más. El voto más alto en la columna PMS es el de asambleísta, el que sigue el de diputado, el que sigue para abajo el de senador, y el

más bajo el de presidente: el voto Cuauhtémoc-PMS fue el más bajo del PMS, contrario a los patrones de los otros partidos. En el PAN, Clouthier te da el voto más bajo en el DF, le dan mucho más alto el voto a González Schmal, pero eso se debe a otras razones.

PMS-Cuauhtémoc tuvo un voto más bajo por una razón evidente: la confusión, no estaba su nombre allí. El comportamiento del voto PMS por categoría de candidato es exactamente el inverso a los otros tres partidos de la alianza. Tenemos todo el derecho a suponer que si hubiera habido Cuauhtémoc-PMS, como fue en los otros partidos, la primera votación del PMS hubiera sido Cuauhtémoc; además, hubieran subido todos sus candidatos, porque hay una cierta inercia: votas PPS en una boleta para el presidente, con cierta lógica votas PPS en una boleta para senador, PPS en boleta para diputado, etc. Si hubiera subido el voto Cuauhtémoc Cárdenas-PMS, hubiera subido también el voto del PMS.

JW: ¿Hicieron un trato con Heberto para que se pronunciara en favor de Cuauhtémoc?

PML: Hicimos un escrito; me gustaría no citar de memoria esos documentos. Sí, nos presentaron un escrito, que contenía compromisos buenos. Por ejemplo, ellos querían que nos pronunciáramos abiertamente en varios puntos, que hiciéramos clara nuestra actitud de que no volveríamos al sistema-PRI. Era obvio que militantes de otros partidos tuvieran dudas: "No, pues éstos son del PRI". Claro, porque así lo habían divulgado los medios.

JW: El PAN dijo que la expulsión de ustedes fue un complot del PRI para restarle fuerza al PAN.

PML: Eso ahora nadie lo cree, y no lo cree desde el 1° de septiembre. La línea que toma Cárdenas en todos sus discursos en Estados Unidos lo hace salir de todo esto. Impera la enorme firmeza con que se ha mantenido Cuauhtémoc, ahí no hay ninguna jugada. Nuestra actitud de firmeza del 1° de septiembre —me lo han dicho distinguidos militantes del PAN, tanto del centro como del norte del país— convenció a la opinión nacional.

JW: Dijeron algunos en México que la entrada de Heberto podía dar la imagen de estar demasiado a la izquierda.

PML: En primer lugar, Heberto no es marxista, es un ingeniero de vocación cristiana, con una tradición solidarista. Nunca ha escrito nada sobre el marxismo.

LF: Soy de la opinión de que Heberto tiene una posición de izquierda, que su política es de inspiración marxista, si no se le define de manera estrecha, y no pienso que la mía sea una opinión aislada, pero estoy escuchando lo opuesto de tu parte.

PML: ¿Cómo juzgas la ideología de la gente, de una persona y de un movimiento? Por sus escritos. Los escritos de Heberto Castillo son los de un ingeniero, un científico mexicano nacionalista, sobre el petróleo, sobre la distribución del ingreso, sobre tantos temas. No ves ahí la traza de un ideólogo marxista, para nada. Por su propuesta, cuantas veces se le ha inquirido, Heberto siempre ha dicho que está por el ala progresista, popular y nacionalista de la Revolución mexicana. Coincidió, cuando él era candidato todavía, en mítines, en mesas redondas en la Universidad, en emisiones radiofónicas, y al público siempre le respondió en un tono y en una línea ideológica bastante parecida a la nuestra. Un día, en la Escuela de Economía los muchachos le preguntaron: “¿Los campesinos mexicanos son socialistas?” Y dijo: “No, son cardenistas, creen en la Revolución mexicana, en la obra del general Cárdenas”, etc. Dos: el PMT, partido formado por Heberto, no es un partido de marxistas, concurren a su formación distintos tipos de personalidades. Puedo decirte el nombre de alguien característico del PMT: Luis Villoro. El tipo de personalidades que se agrupan en el PMT es de no marxistas precisamente, y en su fase más reciente son personalidades cristianas. El otro candidato del PMS a senador por el DF fue el creador y animador del Movimiento Familiar Cristiano, José Álvarez Icaza, a quien se le atribuye un lema de hace tiempo, que era “Cristianismo sí, comunismo no”. Es decir, hay un sector del PMT que se adhirió al PMS abiertamente, de militantes cristianos.

En cuanto a la historia política de Heberto, su participación en el 68 justamente no lo hace aparecer como marxista. El movimiento del 68 no fue marxista, sobre esto ni se necesitaría abundar. En ninguna parte, pero menos en México, el del 68 fue un movimiento marxista.

Es un movimiento de distintos sectores libertarios nacionalistas, una apertura de las clases medias en contra de la opresión gubernamental, o como se le quiera clasificar, y fue la gran aparición de Heberto Castillo en la vida pública.

JW: ¿No competían, ustedes y Castillo, por los mismos votantes?

PML: Muy al principio sí. Tienes razón en que la candidatura de Heberto Castillo dentro del PMS fue de apertura hacia el centro, con vínculos importantes con sectores profesionales y universitarios, con alianzas considerables en grupos cristianos; sí fue una apertura hacia el centro la candidatura de Heberto, y en alguna medida venimos a ocupar con notoria mayor amplitud y penetración el espectro de centro-izquierda que algunos partidos de izquierda buscaban.

Es normal que los partidos de izquierda busquen fortalecerse en el espectro de centro-izquierda. Efectivamente, la Corriente Democrática vino a ocupar con mayor amplitud y profundidad ese espectro, ésa es la razón por la cual hay una lógica profunda en nuestra alianza con el PMS. El PMS tiene relaciones con algunos partidos socialdemócratas, ahora lo he sabido con mayor detalle.

En política electoral se compite por espectros políticos, por áreas que pueden definirse ideológicamente o por estratos y categorías sociales. Desde el punto de vista ideológico, la lucha era por el centro-izquierda, en eso estás muy acertado, y desde el punto de vista social la lucha era por las clases medias, los estudiantes, los empleados públicos, por los que hasta hace relativamente poco tiempo eran militantes regulares del PRI, y en esa lucha teníamos muchas mayores posibilidades de ganar porque veníamos del PRI.

IMPUTACIONES DEL PAN

JW: ¿Por qué el PAN, cuando en otros terrenos estaban dialogando amigablemente, dijo que habías ganado la senaduría fraudulentamente?

PML: Es un conjunto de factores, algunos lamentables. Ahí hay complicidad con sectores del PRI: no lo puedo probar porque no tengo

sistemas policiacos, pero hay una lógica política que indica que González Schmal fue estimulado por gente del PRI, incluso por cosas que dijo; por ejemplo, alguna vez dijo que tenía grabaciones que comprobaban no sé qué cosa. El PAN no tiene grabaciones, ni académicas ni menos aún policiacas, pero hay una declaración donde hablan de grabaciones. Es una cosa delicada. Hay gente que vio a González Schmal y a su grupo en lugares públicos con gente del PRI, guardaba una carta en la manga para evitar que entráramos a la Cámara de Senadores o para ponernos en el predicamento de negociar —absurdo, por otra parte— presidencia contra Senado.

En segundo lugar, Schmal pertenece a un grupo del PAN ideológicamente más conservador, incluso transnacional, que en los tiempos recientes se caracterizaría como el grupo de oposición dentro del PAN, al cual pertenecen Pablo Emilio Madero, de Monterrey, y José Ángel Conchello, del DF, y que resultaron perdedores en su elección interna cuando resulta presidente del Comité Ejecutivo Nacional Luis H. Álvarez y pierden estrepitosamente la candidatura presidencial a manos de Clouthier. Desde el principio se muestran muy opuestos al acercamiento FDN-PAN, a los puentes que tendimos vía Asamblea Democrática por el Sufragio Efectivo (Adese), vía diálogo personal, vía proyectos políticos conjuntos. No olvidemos que Cárdenas y Clouthier firmaron varios escritos, en distintos momentos del proceso, junto con Rosario Ibarra, y que esto implicó muchas horas de diálogo con gente del PAN; implicó la búsqueda en que todavía algunos estamos empeñados, por tener una coincidencia central con el PAN en el tema de la democracia que nos permita mantener iniciativas conjuntas en defensa del voto, en nuevas leyes electorales, y una resistencia común frente al gobierno en lo que coincidamos, que es lo propiamente político y electoral.

La relación con el PAN es indispensable para evitar la manipulación del gobierno. En cuestiones ideológicas podemos estar muy distantes, pero necesitamos un compromiso común serio en materia de democracia.

Hay sectores del PAN y del FDN que están en contra de esta alianza; por lo que a mí hace, estoy claramente identificado con la línea de

acercamiento al PAN. Es más, me ha tocado la mayor parte de las veces el papel de enlace. Me precio de haber hecho amigos personales dentro del PAN, creo profundamente en la importancia de ensanchar este contacto: considero que en el corto y en el mediano plazo muchos de los avances que tengamos en la democracia en México dependen de un diálogo eficaz con el PAN. El sector que se opone más furibundamente es el de Conchello y González Schmal, por varias razones. Primero, la pérdida del PAN en el DF es muy grave. Lo más definitorio en estas elecciones fue la victoria en la capital; en cualquier país lo es, en México lo es particularmente. Nos podrán ganar en importantes plazas de provincia, pero la mayoría en todo el valle de México tiene una relevancia enorme. El PRI había venido reduciendo su votación en el DF hasta abajo de 50%, y como el PAN la había aumentado, estaba en la lógica de sus aspiraciones electorales derrotar al PRI en el DF; hay distritos del DF donde sistemáticamente derrotaba al PRI y se venía ampliando. En la estrategia electoral y política del PAN, el DF era crucial en un corto o mediano plazo, pero le cambió totalmente su esquema nuestra aparición en el DF al tamaño de la mitad de los electores. Para decirlo en cifras, Cárdenas tiene la mitad de los votos, una cuarta parte el PRI y otra cuarta parte el PAN. Esto es un *setback* muy fuerte para el grupo de Conchello, porque la organización que habían montado durante mucho tiempo se les cayó. Aspiraban a ser los primeros que entraran al Senado por la oposición; jamás soñaron que alguien que no fuera del PAN sería el primer senador de la oposición. Además de sus derrotas consecutivas: Schmal había perdido contra Clouthier y luego contra mí.

Ellos levantan una bandera —la llamo de “legitimismo”— que tiene éxito en las bases del PAN. Es: “¡Hombre, cómo andan ustedes jugando a la democracia y a la alianza con los cardenistas si son rojos, son peores que los otros! No nos importa tanto quién gane o quién pierda, nos interesa que el país no se vaya a una línea de izquierda”. Es una línea ideológica que exalta el sentimiento de los grupos oligárquicos del PAN, para los cuales la democracia es secundaria.

Hay un sector oligárquico del PAN que prefiere jugar como grupo de presión y para el cual, en términos rigurosamente ideológicos, es

muy peligroso el surgimiento del cardenismo. Entonces levanta la bandera legitimista, que tiene muchas resonancias en las bases del PAN, en primer lugar porque es una bandera histórica: "Todos los que están del otro lado son rojos o son sospechosos; nosotros somos los puros. Cualquier diálogo, cualquier alianza con otros grupos de oposición es hacerle el juego al gobierno".

Su bandera tiene hasta connotaciones racistas: los blancos y los nacos. Somos tan nacos como los otros. Representa el sentimiento de frustración de muchos militantes panistas. El gran caudal de votos que creían que iba a venir de su lado por efecto de la crisis económica, se va del otro lado. Es también una satisfacción y una respuesta lógica a los grupos que han pensado o que ha convencido la propaganda en el sentido de que nosotros no éramos sino un valor entendido del PRI; esta bandera legitimista la toman los perdedores del grupo del PAN. ¿A quién eligen como símbolo? A González Schmal. ¿Contra quién la lanzan? Contra el líder más importante del otro lado después de Cuauhtémoc Cárdenas, que soy yo. Pero lo más interesante es que la lanzan con la tesis de la gran mentira. Le ganamos Ifigenia y yo dos a uno a González Schmal; más todavía, González Schmal llega en tercer lugar, y se da la situación insólita de que el segundo lugar reconoce su derrota: la CTM, Joaquín Gamboa Pascoe, y el PRI como institución la reconoce. Yo saqué 1 200 000 votos, el PRI 730 000, y Schmal, que tiene 660 000, finge haber ganado, lo que es absolutamente absurdo. Lo que hacen Schmal y Conchello no es tonto; es profundamente inmoral desde el punto de vista de la ética democrática, pero les va a costar. Esa línea ideológica extrema les va a dar sus réditos.

JW: ¿Abrieron los paquetes?

PML: No, porque el PRI no quiso. Si el PRI lo hace, se obliga a abrirlos en la presidencial. Fueron 70 votos contra cuatro; senadores los cuatro. Nosotros votamos por que se abrieran, pese a lo que dice el PAN; ellos siguen diciendo que yo me opuse. Lo que pasa es que los diputados se opusieron en la Comisión Permanente porque ahí no era el lugar. La Comisión Permanente funciona como cámara local, simplemente tiene que recibir el certificado de mayoría, verificar que la elección se ha hecho

y mandarlo al Colegio Electoral en la Cámara de Senadores. Nos opusimos a que se hiciera donde no correspondía: ya estando en la Cámara de Senadores sí, ahí está el Colegio Electoral para abrir los paquetes.

LÍMITES DEL FRAUDE ELECTORAL

JW: ¿Por qué el PRI no hizo fraude en el DF?

PML: Porque no puede hacer fraude electoral en el DF.

JW: ¿Hubo algo que le impidió hacer fraude electoral en tu contra?

PML: No pudo hacerlo porque tenemos una vigilancia mayor que la del PRI en el DF; el fraude físico de primer nivel era imposible. Estuvieron a punto, validos de González Schmal, intentando una declaratoria en la Cámara de Senadores que nulificara la elección, pero cuyo costo político para ellos era altísimo, porque los mandan a una nueva elección en el DF. Para ellos el costo político de nulificar la elección en el DF era un bumerán: implicaba que pidiéramos nueva elección presidencial también, y volver a hacer elecciones en el DF es volver a perder. La diferencia fue tan grande que no les convenía. Hicieron desde antes el cálculo, semanas y meses antes, de que iban a perder en Michoacán y en el DF; ya lo habían asimilado. Sabían que había algunas áreas que eran terriblemente costosas para ellos y que tenían que aceptar un mínimo. Manuel Camacho Solís y varios voceros del PRI dijeron que la oposición ganaría senadurías; estaban preparados para aceptarlo. También tienes razón en sugerir que el fraude lo pueden hacer siempre.

Simplemente, el día en que se votó el dictamen —les dio la gana hacer un dictamen en el Senado, Colegio Electoral-Cámara de Senadores, para señalarlos precisamente el arbitrio de su poder— no votaron todos a nuestro favor; el dictamen para nuestro ingreso a la Cámara de Senadores lo hizo la comisión respectiva de los senadores priistas, porque solamente había priistas, y vino a nuestro favor, pero a la hora del voto 35 se pararon y 25 se quedaron sentados, de un modo más o menos arbitrario. ¿Quiénes votan a favor del dictamen? Treinta y cinco senadores del PRI, y 25 en contra. Podían haberlo hecho al revés y decir: “No estamos

de acuerdo". ¿Qué hubiera pasado? Se tienen que anular las elecciones y hubiéramos ido a nuevas elecciones. El costo para ellos era altísimo.

JW: No abrieron los resultados de su escrutinio de cada municipio.

PML: En el DF tengo las actas de todas las casillas.

JW: Sí, pero para todo el país ustedes hicieron un cálculo de lo que había pasado; el PAN dijo que haría lo mismo y no lo hizo. ¿Por qué?

PML: Porque el PAN no quiso reconocer la victoria de Cuauhtémoc Cárdenas. Ése es el principal problema que tenemos con el PAN, y por lo que se ha presentado una situación muy tensa en el interior de Adese. Un grupo numeroso de miembros de Adese impuso por votación que —de acuerdo con el artículo 8 de su programa de trabajo, que dice que verificará el resultado de las elecciones— la asamblea se pronunciara, después de ver todos los estudios hechos, respecto de quién había ganado. La asamblea de Adese, por 85% de votos, decidió declarar triunfador a Cuauhtémoc Cárdenas. Eso ha merecido una amenaza de los miembros del PAN de retirarse de Adese.

Desde luego, yo hubiera evitado el voto: a estas alturas no era importante que Adese votara o no si Cuauhtémoc había ganado. Era, desde luego, ejercer una presión moral sobre el PAN, pero que nos llevaría a una separación, incluso a una ruptura. Estamos tratando de recomponer la situación. El hecho es que nuestro compromiso democrático con Manuel J. Clouthier y con el PAN fue que ambas formaciones políticas reconociéramos el triunfo del otro en el caso de que ganara. Sentados en la sala de una casa, muy al comienzo de la campaña, pregunté a Cuauhtémoc Cárdenas y a Manuel Clouthier si reconocerían la victoria del otro, y ambos dijeron que sí. La negativa del PAN a reconocer la victoria de Cárdenas ha sido el problema principal que hemos enfrentado: eso hace que muchos de nuestra formación, más ahora que antes dentro de los grupos, no estén convencidos de que la línea de relación con el PAN sea buena. Sigo pensando —puedo estar equivocado— que a pesar de lo que el PAN nos hizo, hay que seguir la relación con ellos. El PAN sabe que Cárdenas ganó, a pesar de que creamos una subcomisión de estudios electorales para ver las computadoras y nunca nos entregaron sus discos duros. Ellos están cubiertos desde el punto de vista formal; dicen

que hubo tal número de irregularidades que no se puede afirmar quién ganó. Dicen también que faltando 25 000 casillas cómo podemos decir quién ganó, pero saben que todas las tendencias apuntan en favor de la victoria de Cuauhtémoc, que actuarialmente esto no tiene vuelta de hoja, que hay tres equipos de estadígrafos que han analizado las cifras y que todos coinciden abrumadoramente en ese sentido: no hay ninguna duda de que Cárdenas ganó las elecciones.

JW: ¿Vigilaron todas las casillas del país?

PML: Nada más tuvimos vigilancia en 60% de casillas del país, que son las actas que tenemos; ya llegamos a 31 000 actas de casillas que demuestran el triunfo de Cuauhtémoc.

JW: ¿Lo dices con absoluta seguridad?

PML: El resultado de la elección federal en México —según el promedio de todos los estudios, que incluyen las dos encuestas de opinión de la semana anterior a las elecciones, las tres encuestas *exit poll* y los cuatro estudios sobre el conjunto de la masa— es que Cuauhtémoc ganó 42 contra 36%. Además, todos los estudios se basan en el análisis de las actas: es muy sencillo, un problema actuarial. Tú tienes tendencias en todas las casillas de las que tienes actas, diseminadas en todo el país, y nada más vas complementando las que te faltan con la misma tendencia. Esa tendencia te da: Cuauhtémoc, 42%, Salinas, 36%. En cualquier estudio que hagas, quienquiera que lo haga, te da lo mismo. Hay quien dice 42.5%; otro estudio dice 43%. Lo más interesante es que todos los estudios, sin excepción, te dan 42-36%. El de Ifigenia y yo, 42-36%; el libro que te di ni siquiera Ifigenia sabía que se estaba haciendo. El que se hizo del disco duro de mi computadora, que me devolvieron ayer y es el más completo, es con un grupo de estadígrafos y actuarios: dio 42-36%. El estudio de la embajada estadounidense, que me quieren ocultar pero que sé que se hizo, da 42-36% también. Todos te dan lo mismo porque es obvio, ahí están las cifras. ¿Por qué dan lo mismo? Si analizas las cifras, no te pueden dar otra cosa. Te dan las tendencias por regiones, por todo, y te vuelve a dar lo mismo, pero lo más interesante es que coincide con el *exit poll*, es decir, con las encuestas que se hicieron después.

Dos equipos de la Universidad siguieron haciendo encuestas 15, 20, 30, 40 días después, con la pregunta: "Si las elecciones fueran hoy, ¿por quién votaría?" Cárdenas pasó de 44%, que era más o menos el primer *exit poll* después de las elecciones, a 52, 58, 64%. Mes y medio después de las elecciones, en dos encuestas distintas, Cuauhtémoc estaba en 65% a favor. La pregunta: "¿Por quién votaría usted hoy si fueran las elecciones?" llegó hasta el 65%, algo fantástico. Evidentemente Salinas perdió las elecciones, de eso no cabe la menor duda: es un presidente inconstitucional, como dice Cárdenas. Es un presidente ilegal.

JW: Ustedes ganaron la cámara, pero el PAN ganó sobre ustedes en la Asamblea. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Tiene sentido?

PML: Porque llevamos varios candidatos divididos a nivel de la cámara, y ellos unidos. Te daré cifras: a nivel elección presidencial ganamos, es decir, 37 de los 40 distritos del DF, en cifras oficiales, y sin embargo nada más ganamos tres diputados de mayoría de los 40. Ganamos 37 distritos de la elección presidencial y sólo tres diputados de mayoría porque no pudimos unificar a los candidatos, y en los tres que ganamos ninguno era candidato único de todos los partidos; desde luego nadie era candidato de los cuatro sino Cuauhtémoc. Todavía a nivel de los diputados, a lo más que pudimos llegar fue a tres contra uno. Es decir, donde llegamos al máximo de alianza de nuestras fuerzas, el PARM, el PPS y el PFCRN postularon un solo candidato.

Sólo en alrededor de 30% de las diputaciones fuimos con candidato único de tres partidos, y aun en esos casos tuvimos que pelear contra el candidato del PMS, para no considerar que también contra el del PRT, el del PDM, el del PAN y el del PRI; eso por sabido se calla, pero todavía dentro de lo que ahora es el Frente peleamos tres contra uno, sin excepción, en todas las elecciones, incluyendo la mía. Sólo en 30% se dio con los tres, en el otro 70% fueron dos o uno. En la mayor parte de los distritos del DF fuimos separados: uno fue el candidato del PMS, otro del PFCRN, otro del PPS y otro del PARM. En 67% de los candidatos a diputados logramos la unión de dos partidos; en 0% fuimos los cuatro unidos, en 30% fuimos tres y en 35% fuimos separados. No se podía ganar así.

Los partidos ganaron sus diputados plurinominales. Jorge Gómez, Miguel Aroche Parra y Marcela Lombardo ganaron siendo candidatos de dos partidos. Si hemos ido los cuatro partidos unidos, acabamos para siempre con el PAN, no se diga con el PRI: hubiéramos ganado 37 diputados federales de los 40 por mayoría. Ahí están las cifras, nada más súmalas. Por eso el PAN nos sacó mucha ventaja, ellos tienen 100 diputados y nosotros 140. Claro, se compensó por la vía proporcional.

Los dirigentes tampoco tenían mucho interés en la unidad porque los candidatos unitarios generalmente no eran cuadros; había que buscar personalidades casi siempre ajenas a los partidos. Es difícil ponerse de acuerdo con un candidato unitario, en un distrito, cuando el candidato A es cuadro de un partido, el candidato B es cuadro de otro y el candidato C lo es de otro partido. ¿Cómo los comparas, si cada partido tiene su propia manera de valorarlos y son cuatro partidos con una tradición y una manera de ser y de organizarse distintas? Es diferente cuando tienes una gran personalidad fuerte en la que todos confluyen. Necesitábamos, y nos faltó —ésta fue una de nuestras fallas serias, y tuvimos muchas— la búsqueda de personalidades políticas relevantes en zonas urbanas que ayudaran a hacer la unión, pero tampoco era fácil, porque los desprendimientos del sector alto del PRI hacia la Corriente Democrática fueron pocos, porque no teníamos un inventario de esas personalidades y porque tampoco es cierto que, por el solo hecho de haberlas encontrado, los partidos se hubieran plegado a ellas.

Por ejemplo, en materia de senadores ellos pidieron llevar candidato único, por eso fui senador: no era mi propósito ser candidato sino ayudar a la construcción de la campaña en estados donde sabía que teníamos mayores problemas, hacer una especie de campaña de sombra, distinta a la de Cuauhtémoc Cárdenas, para organizar, promover y reparar donde estábamos más débiles; haber ido a la Cámara de Diputados con una candidatura plurinomial —nadie lo hubiera discutido— y ser un elemento útil en la consolidación de nuestro bloque parlamentario. La razón por que finalmente se decidió que fuera candidato a senador fue que, de otra manera, los partidos difícilmente encontraban a alguien en el que estuvieran de acuerdo. Fui un candidato de consenso, y eso tenía un valor político

que no había que desestimar. Por esa razón tenemos menos diputados. ¿Cuál es el reto ahora? No permitir la disolución, renovar compromisos dentro del FDN para que tengamos candidatos comunes; tener un partido cuya dinámica de crecimiento lo convierta en un polo catalizador de las alianzas, y ése es el esfuerzo en que estamos ahora.

JW: ¿El PAN se dividirá?

PML: No lo creo. En un futuro muy lejano tal vez.

JW: Hay un grupo que votará por el PRI. Tiene el mismo problema: pueden estar con ustedes acerca de elecciones limpias, pero después su ideología va con el PRI.

PML: El PRI está haciendo, en muchos aspectos, el programa del PAN, y ese sector, que yo llamo "PAN oligárquico", es mucho más cercano al PRI que a nosotros. No veo cercana una división del PAN, pero si estos fenómenos se agudizaran no lo excluyo en un futuro.

JW: Heberto dice que él va muy bien con Álvarez y están en conversaciones acerca de concreción. ¿Tú hablas con Álvarez?

PML: Sí, cómo no.

JW: ¿Él es el contacto principal?

PML: Sí, fundamentalmente. Es el presidente del partido. Hablamos con ellos siempre con mandato expreso, desde cuando fuimos Corriente Democrática; no es una cosa personal. Ahora que somos comité promotor del PRD se hacen contactos. Antes del 1° de diciembre nos vimos en tres ocasiones. Ellos designan a sus interlocutores.

JW: Pero Álvarez...

PML: Él es el eje porque es el presidente del partido.

JW: ¿Pero él tiene poder, o es el secretario general, que se ha pronunciado a favor del PRI?

PML: Es un hombre muy respetado y un hombre de equilibrio dentro del PAN.

LEGITIMACIÓN DEL GOBIERNO ENTRANTE

JW: ¿Pero han aceptado el subsidio? ¿Han dicho que el gobierno del PRI puede legitimarse?

PML: Lo han dicho y no, no es tan clara su posición. Hay, igual que de nuestro lado, opiniones distintas, que son muy perceptibles. En el discurso del PAN del 1° de diciembre se reflejó la última conversación que tuvimos la semana anterior, donde justamente el tema central fue el de la legitimidad. Eran cuatro o cinco distinguidos dirigentes panistas y cuatro o cinco de nuestro lado; discutimos varias horas el tema de la legitimidad. Nuestra tesis es que la legitimidad de origen no puede convalidarse. Discutimos incluso la acepción alemana de legitimidad, la francesa, la anglosajona, la del derecho de los países latinos. Esa conversación tuvo momentos eruditos, y nuestra tesis es que la legitimidad de origen de Salinas no es convalidable, aunque ellos habían afirmado lo otro.

También fue un tema importante el que no le demos al gobierno el beneficio de la duda, basados en aspectos programáticos. Así se lo dijimos al PAN, como a otros, que no es posible decir que el gobierno de Salinas va a justificarse o a legitimarse si hace una buena administración, o si su administración corresponde a nuestros intereses o a nuestra visión del país, porque es permitirle un *bargaining power*, una capacidad de negociación para los dos lados, hacer anuncios que sean gratos al PAN para conquistarse la legitimación de éste, y algunos anuncios que en lo ideológico nos den satisfacción para que lo legitimemos.

Uno: hay un juego de discursos hacia la izquierda y hacia la derecha para ir ganando legitimación. Hemos insistido —yo en lo particular— que nuestro punto en la negociación con el gobierno sea uno y el mismo en las elecciones, el sufragio efectivo y nada más, porque si no, nos ponemos en un juego de *soulager* en el cual el gobierno, mediante un conjunto de medidas destinadas a un espectro político o al otro, adquiere legitimación en pasos sucesivos.

Dos. Hemos insistido a los compañeros del PAN que la lucha debería ser una sola: todos presionar al gobierno para el respeto del sufragio. En su discurso del 1° de diciembre tomaron algunas de las ideas del debate y tienen una frase como: “El gobierno de Salinas tiene un origen ilegítimo y lo tendrá hasta el fin de los siglos”, frase textual del discurso, que era justamente lo que argumentábamos, pero por otro lado lo van a ver. La diferencia no es muy grande en el momento actual, desde el

punto de vista teórico, entre ambos. Ambas formaciones coincidimos en que la calificación es ilegal, porque ahí están los votos particulares de los diputados del FDN y de los diputados del PAN. ¿En qué coincidimos? En que es ilegal, aunque digamos en tonos distintos que la ilegalidad de origen no es subsanable; no podemos un año después decir que nos equivocamos o que estábamos obnubilados por la pasión y que no es cierto lo que dijimos en septiembre. Ese voto particular de los diputados de la oposición se queda para siempre, la oposición calificó de ilegal la elección de Salinas y eso no cambia.

Tres, quisiéramos que coincidieran cada vez más con nosotros en el punto de la lucha, de la presión al gobierno sobre la democratización de la vida del país, el respeto a las elecciones.

Cuatro, en términos generales coincidimos en que tratamos con un gobierno de hecho, aunque sacamos implicaciones distintas; por ejemplo, el PAN cree que debería haber diálogo directo con Salinas. A mí no me parece muy congruente que digan en la Cámara de Diputados que es ilegítimo y que a la semana se retraten con él. Nosotros fuimos menos enfáticos en lo primero y hemos sido más categóricos en lo segundo, en el sentido de que no lo vamos a ver. Nuestra propuesta es no al diálogo palaciego, sí al debate democrático en los foros y en el Congreso de la Unión: que ahí se haga la agenda. Si hay rectificación objetiva del Ejecutivo, sin que lo dejemos de considerar un gobierno *de facto*, podremos dialogar con él. Mientras tanto, no nos interesa dialogar.

Lanzaremos una invitación al diálogo entre partidos y en el Congreso de la Unión, en los espacios de la soberanía que reconocemos, no en una soberanía que no reconocemos, que es la del Ejecutivo, tan sencillo como eso. Queremos abrir el diálogo a nivel Congreso, a nivel cámaras, y ahí hacer la agenda de los problemas nacionales.

Es muy difícil, desde el punto de vista político, definir, a través de categorías conocidas y claras para la gente, la oposición de los partidos respecto del gobierno. Por eso preferimos irnos a categorías claras: ¿el gobierno es legítimo o no? Las medias tintas son muy complicadas para la gente. No hay medias legitimidades.

Ahora bien, todavía así resulta difícil explicar por qué estamos en las cámaras, por qué se aceptaron las posiciones de diputados y de senadores o por qué no hubo un llamado a la insurrección si consideramos que el gobierno es ilegítimo; cuando Venustiano Carranza, en el Plan de Guadalupe, denuncia la usurpación, hace un llamado a las armas. Aparentemente, en la lógica de la denuncia de la usurpación está la llamada a la insurrección, porque si el gobierno no tiene legitimidad, los ciudadanos tienen el derecho a combatirlo por cualquier medio. Esto es fácil en la teoría; en la práctica resulta complejo. Hay una decisión de todos los movimientos de oposición de no provocar la guerra civil en México y de aceptar a éste como un gobierno de transición hacia la democracia, en la medida en que tenemos la certidumbre de que si se abren —gradualmente, aunque sea— las posibilidades de la lucha electoral, lo vamos a derrotar en los próximos cinco años.

La oposición, en todas sus vertientes, prefiere continuar la lucha por la vía pacífica y electoral, haciendo presión sobre el gobierno para que abra estas puertas, a exponer al pueblo a una masacre. Esto nos obliga a una posición táctica que es necesario explicar. En un artículo que escribí para el periódico *El País*, que apareció el 1° de diciembre en España, lo defino así: lo llamo “México en estado de beligerancia”. Comparo la situación con el estado de beligerancia del derecho internacional: hay partes que están en guerra, que no se reconocen una a otra legitimidad y que, sin embargo, parlamentan. Defino *beligerancia*, un poco libremente, como la relación que existe entre dos partes, una relación de hecho, aunque ninguna reconozca a la otra los títulos de legitimidad que invoca para sí. Hay diálogo entre Managua y la *contra*, entre el Farabundo Martí y el gobierno salvadoreño, y hay el reconocimiento de una situación de hecho. Para llevarlo al terreno, ahora de moda, de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, aunque para la Constitución Política no tienen personalidad jurídica las organizaciones religiosas denominadas Iglesias y hay mecanismos en las leyes para resolver los problemas prácticos que se planteen, los cuales implican el no reconocimiento de la persona moral llamada Iglesia, en la práctica el *modus vivendi* hace que se considere a la Iglesia un hecho, como acaba de decirlo un alto funcionario.

Tenemos que convencer a la gente y al propio gobierno de que, aun no reconociéndole legitimidad, puede haber un diálogo. Esto se parece un poco a la prédica de Gandhi, sobre todo en la fase final del imperio inglés en India, donde no reconocía la legitimidad de la corona británica, pero dentro de la filosofía de la no violencia mantenía relaciones de hecho, incluso relaciones de obediencia, aunque sin reconocer la legitimidad de la corona inglesa. Hay que encontrar una fórmula de esta naturaleza. Lo importante no es tanto formular intelectualmente sino que la gente entienda que existen relaciones de hecho con un gobierno aunque sea ilegítimo, con el propósito de derrotarlo en las urnas.

ESTRATEGIAS FRENTE AL FRAUDE

JW: Hablabas hace un rato de la “era de los gladiadores”. ¿La posición del FDN de desconocer el triunfo de Salinas no es similar a ese “todo o nada”?

PML: Esto no es la era de los gladiadores. Cuando me refero a los gladiadores es que lo único que contaba era ganar o perder. Aquí el hecho es que Salinas perdió.

JW: Estás diciendo que van a seguir en el Congreso y a actuar dentro del sistema, no a hacer una revolución.

PML: Exacto. He tratado de que haya una gran congruencia en lo que ha dicho la Corriente Democrática. Sería la era de los gladiadores, como anota Wilkie, si dijéramos: “En virtud de que nos defraudaron, nos vamos. Ya no jugamos, nos llevamos nuestras fichas, y que el pueblo se rebele y haga lo que quiera”. No, nosotros hemos dicho que vamos a seguir en la lucha democrática, pero no podemos convalidar un acto ilegal como la elección de Salinas.

JW: ¿Existe la posibilidad de un golpe de Estado contra Salinas?

PML: Francamente, no. En primer lugar no estamos desestabilizando, estamos en la lucha democrática regular; es decir, competimos en las elecciones locales en el marco de la ley. Los que están desestabilizando son ellos. En el momento en que hacen fraude en Tabasco crean un

problema local. En el momento en que vuelven a hacer fraude en las elecciones de Jalisco, crean un problema. La desestabilización viene por parte de los que violan la ley: no se puede llamar desestabilización a la competencia democrática en que estamos. Viene una elección, registramos candidatos, hacemos campaña. ¿Qué tiene eso de desestabilización? Ellos desestabilizan porque se niegan a aceptar el avance de la democracia. Tienen temor al “síndrome del hilo de la media”, de que si ganamos la gubernatura de un estado la gente se venga con nosotros.

Tienen miedo de lo que va a venir y reaccionan de la manera más tradicional, aunque se llamen “modernos”, tratando de retener el poder y desalentar a la oposición. Están vedando la vía electoral. El riesgo en que incurren es grave, porque si desalientan la vía electoral provocarán un movimiento social de otra naturaleza. Las dos opciones que tiene el país son claras, lo digo en ese artículo: uno, el gobierno *de facto*, o como queramos llamarle, abre la vía electoral, el país entra en un periodo de transición hacia la democracia, que es lo que vino a sostener en Estados Unidos Cuauhtémoc Cárdenas, o bien cierra las puertas a la vía electoral y provoca un problema en el país. Si habrá un golpe de Estado no lo puedo decir. Hemos puesto todo de nuestra parte para encaminar las cosas por la vía pacífica.

JW: ¿La apertura democrática evitaría un estallamiento civil, incluso por causas económicas?

PML: Absolutamente.

JW: ¿Qué sucedió en Tabasco?

PML: Allí se juntaron todos los fenómenos. Desde luego, en Tabasco la candidatura de Andrés Manuel López Obrador creció muchísimo, pero tuvimos problemas de toda índole, cuestiones internas que nunca se resolvieron totalmente; continuamos con una debilidad derivada de la insuficiente solidez de la alianza entre los distintos partidos, de la cual se vale el gobierno para dividirlos, pero el factor esencial fue que las autoridades operaron precisamente para dividir al FDN. En primer lugar, no permitieron registrar candidatos únicos, comunes, como la ley lo ordena, como lo hicimos en las elecciones federales, sino nada más por un partido, y de ahí vinieron las dificultades: ¿por cuál de los partidos

se inscribían los candidatos? El gobernador quedó inscrito por todos, pero el problema de las presidencias municipales es clave en una elección como esa, porque crea una situación de mucha inestabilidad electoral no saber por qué partido está inscrito un candidato. Llegaron al extremo de registrar a un candidato miembro de un partido por otro partido.

El fraude del padrón fue evidente, pero lo más grave fue que nos retuvieron hasta la noche anterior la mitad de las credenciales de representantes a casillas. No nos las daban, exigieron un certificado de residencia cuando en la credencial de elector están todos los elementos de juicio sobre una persona. Para efectos de la ley, el único instrumento que debe ser exigido en cualquier acto relacionado con el proceso electoral es la credencial de elector: ahí está el número de la sección, el domicilio. Exigieron, en contra de la ley, un certificado de residencia expedido por el presidente municipal. Si el presidente municipal no lo quiere expedir, no lo expide y ya.

JW: ¿Cómo reaccionó la población tabasqueña ante el fraude?

PML: Fue una reacción grande en municipios, porque allí se jugaban las presidencias municipales y la gubernatura. Los partidos como tales tenían sus candidatos a presidentes municipales y lucharon por ellos; no quiere decir que no hayan luchado también por la gubernatura. Se manifestaron en varios niveles, y les reconocieron algunas victorias que más o menos los tranquilizaron. Es parte del manejo que hace el gobierno.

JW: ¿Se esperaba alguna insurrección?

PML: En la realidad histórica las cosas no pasan de modo tan lineal. No se trata de que haya una insurrección en Tabasco ni que la haya en Guerrero; la pudo haber más en Guerrero, donde el fraude fue terrible el 6 de julio, la gente estaba más caliente y nuestra mayoría fue mucho más clara. No sabes por dónde estallará el día de mañana. No estalló en Tabasco ni en Guerrero, no estallará en Jalisco ni acá, pero un día estallará. ¿Cuándo? No sabemos. Son procesos acumulativos. Se van acumulando presiones. Lo contrario es más cierto todavía: si hubiéramos ganado en Tabasco, el país se habría descongestionado enormemente. Eso se lo dijimos con toda claridad a la poca gente con la que tenemos

diálogo. Lo tenemos, por ejemplo, en la Cámara de Senadores. El primer día que nos invitó a desayunar, convivimos con el líder de la Cámara de Senadores; es normal llegar a un trato civilizado. Le dije con toda claridad: “Si se nos dan las victorias que merezcamos en Tabasco, o al PAN aquí o allá, el país se empieza a descongestionar. La gente está muy caliente en Guerrero y en Michoacán, y hay que bajar la presión”. Por ejemplo, la salida del gobernador de Michoacán bajó las presiones.

JW: Salinas cedió frente a la oposición.

PML: Así es. Lo que pasa es que lo hacen con otro propósito, de ahí que las cosas no sean tan claras; lo hacen para recuperar terreno. Consideraron que el gobernador Martínez Villaña estaba tan mal que todo lo que hacía se revertía contra ellos: el gobernador interino, Genovevo Figueroa, se supone es más hábil para recuperar terreno. No lo hacen por nosotros sino por ellos, consideran más rentable tener a un gobernador menos confrontado. Lo importante en Michoacán es si respetarán las elecciones locales o no.

JW: Las tomas de presidencias municipales en Michoacán, ¿no implican una presión política?

PML: No es decisión del FDN. Es más, no tenía el consenso de los partidos: algunos se oponían a esas tomas. Jamás, en la Comisión Política del FDN, una táctica de tal naturaleza fue discutida ni aprobada. Las pocas veces que se habló del asunto hubo oposición muy clara en contra de uno o dos partidos.

JW: ¿Estas tomas no podrían extenderse a otros estados?

PML: No hay las condiciones; cuando las haya se extenderán. No me asusta la toma de las alcaldías, en realidad el PRI ha hecho más tomas que la oposición en los últimos 20 años. Por conflictos internos dentro del PRI, miembros del PRI las toman. Cuando fui presidente del PRI me tocaron algunas elecciones municipales: en Veracruz y en el Estado de México me tomaron alcaldías miembros del propio PRI, descontentos con la prolongación de un cacique. El PRI tiene una enorme práctica de tomar alcaldías y de liberarlas haciendo consejos municipales con conflictos internos. Es una práctica característica de conflictos internos del PRI, y en Michoacán, además, hay lógica porque la Corriente

Democrática es 65 o 70% de lo que era antes el PRI. De alguna manera es la prolongación de un conflicto dentro del PRI, nada más que ahora se libra entre dos formaciones distintas.

PERFIL DE LOS VOTANTES

LF: ¿Cuál es la discusión en torno a ampliar la base de apoyo en las cúpulas de poder en México? Por ejemplo, el perfil que das de los que votaron por ustedes es de una cierta masa del pueblo.

PML: La más consciente.

LF: Pero obviamente también necesitan apoyo desde arriba porque tienen un perfil muy populista, el mismo perfil que le dio apoyo a Perón. Sin embargo, ésa es la ecuación que te da la inestabilidad política. Si nada más tienes apoyo de ese sector y no tienes apoyo desde arriba, ¿cómo negocias?

PML: No entiendo la pregunta.

LF: ¿No la entiendes?

PML: No coincido. La analogía con el peronismo me parece remota y aun forzándola no corresponde.

LF: A nivel del perfil de los votantes que nos mencionaste. Nos mencionaste que los apoyaron...

PML: ...maestros, pero también profesionistas, intelectuales y artistas.

LF: Eso lo dejaste fuera.

PML: Me referí a las grandes masas, pero también nos apoyan élites. Por los análisis que me acaban de presentar, la gente con más alto nivel de escolaridad vota por nosotros, que no es la característica del peronismo. Científicos, intelectuales, artistas votan por nosotros.

LF: Eso lo habías dejado fuera...

PML: Claro, lo dejé, pero decía que entre dos y cinco veces el salario mínimo está la clase intelectual del país.

LF: ¿Qué porcentaje?

PML: Todos. El estudio dice que entre dos y cuatro salarios mínimos la inmensa mayoría votó por nosotros. Arriba de cinco veces el

salario mínimo hay una mayoría del PAN y abajo de dos veces el salario mínimo se da casi todo el voto del PRI; es voto marginal. Un estudio sobre aislamiento demográfico es fantástico. En poblaciones de menos de 5 000 habitantes empieza, de acuerdo con las cifras oficiales, el gran voto del Frente.

JW: Donde el PRI no ha hecho nada.

PML: Claro, donde otros votan por la gente. El estudio divide: voto metropolitano, más de 500 000 habitantes; voto urbano, más de 150 000 habitantes; voto semiurbano, entre 20 000 y 50 000 habitantes, etc. El voto metropolitano es el más importante para Cárdenas.

En todas las metrópolis, es decir, el voto más alto urbano por el cardenismo se da en zonas con gran movilidad demográfica, las zonas urbanas que votan por Clouthier tienen menos movilidad. La explicación que les di es ésta: son ciudades que ya dejaron de crecer tanto como las otras, pero que crecieron mucho en los cuarenta, cincuenta y sesenta, ahí es donde el PAN tiene sus grandes establecimientos, en ciudades que crecieron cuando el PAN se consolidó en las zonas urbanas. León y Mérida, por ejemplo, ya no crecen mucho y son muy panistas; Ciudad Juárez crece mucho, pero menos que Mexicali y que Tijuana, por eso Ciudad Juárez es más panista que cardenista en este momento.

Es interesante la correlación entre movilidad demográfica y voto cardenista; no estamos pensando en el crecimiento natural de la población sino en el crecimiento acumulado entre migración y crecimiento natural. Todas las zonas urbanas en expansión son cardenistas prácticamente sin excepción, de acuerdo con este estudio. A menos nivel de escolaridad, más aislado es el voto. Otra cosa interesante: el voto cardenista se da, por ejemplo, si tomas el índice de agua potable. Las que no tienen son priistas, o las que tienen menos, porque coincide con niveles de escolaridad y económicos muy bajos; son las zonas manipulables. Cualquier índice de marginalidad que manejes te lleva a lo mismo. Curiosamente, en el estudio no están los grados de escolaridad: no lo hicieron.

Las correlaciones que hay entre salario y nivel de escolaridad las conozco bien, aunque no estén en el estudio. Podemos poner la

escolaridad aquí y te da entre dos y cinco veces el salario mínimo en México: es la gente entre nueve y 15 años de escolaridad. Desde secundaria hasta gente con profesión, eso es lo que gana, la correspondencia es bastante clara. Los índices de dispersión de marginalidad social y económica dan votos para Salinas; claro, es lo que llamaba Jorge G. Castañeda “la gran paradoja” en el artículo introductorio que hizo de las encuestas de opinión que publicó *La Jornada*. El enfoque de Jorge era muy bueno. Decía: “Lo más curioso de todo esto es que el hombre que se dice ‘el heraldo de la modernidad’ va a ser electo por los marginados, por gente sin educación, sin empleo fijo, sin servicios”, el sector en el fondo más arcaico, es al que obviamente apoyan, porque ya se habían hecho estudios más o menos sectoriales; éste es muy completo y es post voto. Al candidato que le dicen “anacrónico” es al que apoyará la gente con educación, empleo y movilidad demográfica. Las fuerzas productivas, los productores de riqueza del país votaron por Cárdenas de una manera aplastante.

El día que me encontré a Jorge le dije: “Tu ensayo es magnífico, nada más que te equivocaste en una palabra: no es una gran paradoja, es un gran fraude. Donde dice ‘paradoja’ ponle ‘fraude’, nada más”. Si votaran también aquellos marginados, votarían por Cárdenas. Las manchas negras superpuestas sobre mapas, manchas de votos a Salinas arriba de 90%, donde ganó de 30 a 40%, de 40 a 50%, de 50 a 60% y así, en las que son más de 80% de votos a Salinas, son exactamente las zonas más deprimidas y apartadas del país. La correlación que hay entre voto de más de 90% a favor de Salinas y las zonas más apartadas es notable, pero lo más notable es más de 100% del padrón a favor de Salinas: son aquellas que no tienen ninguna comunicación. Más claro no canta un gallo. Es otra forma de radiografía del fraude a través de categorías socioeconómicas. Además, no se proponen objetivamente demostrar el fraude. No tenía ninguna intención política este grupo; se propusieron de buena fe encontrar la orientación por categorías sociales del voto, ¿y con qué se toparon? Se toparon también con la evidencia del fraude.

FRAUDE PRIMARIO

JW: Un punto muy interesante de Pablo González Casanova, que salió en *La Jornada* el 3 de agosto, demuestra por qué el gobierno no quería abrir los paquetes que no habían sido verificados. Esto es verificado: Salinas ganó con 35%; Cárdenas, 39%; Clouthier, 22%, y otros, 5%. Pero el total de Salinas es de 50%, Cárdenas 31%, Clouthier 17%. Esto quiere decir que para ganar el total en los paquetes no verificados, Salinas tuvo que ganar 66 o 67 por ciento.

PML: Esa cifra es exacta.

JW: Cárdenas hubiera tenido que bajar a la mitad, Clouthier también casi a la mitad.

PML: Así es. Por eso te digo que nos quitaron en igual proporción a los dos. ¿Tienes el libro que te di en México?

JW: ¿La *Radiografía*? Sí.

PML: Ahí tienes esto en detalle. Lo que dices de *verifying* aquí ya es con fraude primario. Según mis cálculos, si quieres que responda a tu pregunta —la gente se enoja cuando lo digo; espero que tú no—, sin fraude primario Salinas y Clouthier tuvieron la misma votación. Se lo dije a Manuel: según mis cálculos, si a esto le quitas el fraude primario, Clouthier se va a 25% y Salinas a 23%. En el DF, por ejemplo, hay un fraude primario, en la realidad el PAN le ganó al PRI; sin fraude primario el PRI no pasa de 500 000 votos en el DF ¿Cómo lo sé? Tengo mis métodos. Primero, con base en una encuesta cotidiana, visitando zonas de la ciudad de todo tipo, hablando con la gente, llegué a una definición muy clara: de cinco a seis cardenistas, de dos a tres panistas y no más de uno, o uno y medio a lo más, priistas en el DF ¿Cómo? Todos los instrumentos de medición directa o indirecta que puedas tener en cuatro meses de campaña me dieron esto con toda objetividad. Te aseguro que en la Ciudad de México, sin fraude primario, difícilmente el PRI obtiene más de 20%. Los votos en el DF reales, justos, son: nosotros 55%, el PAN 35% y el PRI 20 por ciento.

JW: Sin el FDN, ¿cuál hubiera sido el porcentaje del PAN?

PML: Muy cerca del PRI.

JW: ¿Debajo del PRI?

PML: Sí, por una razón; es lo que ellos no ven bien. Aquí vienen las fuerzas productivas y las clases marginadas: tú no le das opción a un gran sector de las fuerzas productivas ni a las fuerzas marginadas. Te lo constataría por categorías ocupacionales: de un universo de 100 obreros de industria —categoría muy específica—, supongamos que 5% vota por el PAN. No más, por equis razones: porque son de Monterrey y los obreros han tenido sindicatos favorables, en fin. No creo que más de 5% pueda votar. Si no existe nuestra opción —por los partidos de izquierda puede votar hasta 10%—, no tienen otra opción que votar por el PRI: quizá voten menos. El maestro de escuela, si no vota por PRI, ¿por quién vota? Algunos maestros votarán por partidos de izquierda, eso ocurre en México y en todo el mundo occidental, sobre todo en Europa; *les instituteurs votent la gauche*, como dicen los franceses. Los maestros de escuela no van a votar por el PAN. El voto Cárdenas es el voto metropolitano, aun el marginado metropolitano, porque en ciudades de más de 500 000 habitantes el nivel de marginación es menor que en otras ciudades. Los más fregados, salvo ciertos precaristas, en el valle de México tienen agua potable. El voto Cárdenas es un voto menos marginado, aun incluyendo a los marginados de las grandes ciudades, que son menos marginados respecto de otros: un marginado de una colonia del XL distrito del DF tiene primaria; la inmensa mayoría tiene un cuartito. Los totalmente marginados no tienen posibilidad de organización: en esas colonias votaban por el PRI o no votaban, por el llamado sistema de los “tortibonos”, símbolo de diversas formas de clientelismo del PRI.

En mi distrito lo vi con claridad. Empezaron a llegar las cifras de casillas como a las 11 de la noche, yo llegué como a las doce y media o una al centro de cómputo de mi distrito. Empecé a ver las hojas: como hasta la una de la mañana iba ganando el PAN, íbamos en segundo lugar y el PRI en tercero. El PRI se mantuvo constante todo el tiempo: entre 20 y 25%. Es el voto remanente del PRI. Hay varias vías para explicarlo, pero hasta la una el PAN iba arriba. No te imaginas la cara que puse a la una de la mañana, irme a las computadoras y empezar a sacar: en la presidencial muy poco, en la de senador claramente arriba. A las dos de la

mañana o dos y media Cuauhtémoc empezó a despegar, y nosotros íbamos iguales que Schmal. Dije: “¿A poco voy a empatar con éste?” A las tres de la mañana Cuauhtémoc iba claramente arriba y nosotros, candidatos a senadores, ya llevábamos 20% a favor, y a partir de las tres de la mañana nos fuimos al doble. ¿Cuál es la razón? Lo densamente pobladas que son las casillas.

Primero llegaron las casillas donde votaron 400, 800 personas, que son las de las zonas residenciales: ahí claro que ganaba el PAN, pero conforme nos fuimos subiendo a las zonas populosas en mi distrito —el Cerro del Judío, el Erial, San Clemente, zonas tremendamente populosas—, las últimas casillas —hasta da pena decirlo, porque ahí es de donde sacan ellos la idea de que hacemos fraude, porque tenemos cifras como las del PRI, pero por razones distintas— empezaron a llegarme de 85% a nuestro favor; las últimas, todas arriba de 80% a nuestro favor, son las que al final te computan porque te las bajan en bicicleta. Tenemos un centro de cómputo, cubrimos 92% de las casillas del DF y el PRI 81%; me lo dijo Jorge de la Vega, el presidente del PRI, en Quito. Tomamos un café y me dijo: “Tuviste más vigilancia en el DF que nosotros”. Le dije: “Claro que tuvimos más, y con el PAN, junto a toda la oposición, cubrimos 96% en el DF”. Es la razón por la que no nos robaron.

Conforme más avanzaba la madrugada, más ganábamos, hasta llegar a casillas increíbles, de 85 o 90%; las zonas populosas, totalmente cardenistas. Cuál no sería mi sorpresa cuando días después, hablando con alguien que tiene experiencia electoral de la zona, que trabajó con el PRI, me dice: “Lo que pasaba con el PRI antes, les pasó a ustedes: en este tipo de colonias, la contabilidad hasta las 12 de la noche era a favor del PAN, y después el PRI comenzaba a barrer. Ustedes aquí han absorbido toda la clientela del PRI”. De los dos distritos más poblados de la República, el XL y el XXVII, del DF, en el XL, que tiene 370 000 electores, en el extremo suroriente de la ciudad, hasta allá el FDN tuvo 74% de votación: impresionante. Casillas de 90%. Ahora, ¿fraude? ¿Cuál fraude? Para hacer fraude necesitas duplicado de credencial, todo lo que el gobierno tiene. El fraude no se puede hacer sin ser gobierno. Es una estupidez lo que dijo González Schmal. Necesitas poder para retirar credenciales: se

las retiras a los soldados, a los maestros, a los locatarios. Necesitas boletas dobles que tú mandas imprimir.

JW: ¿Publicaron un libro sobre las variantes del fraude?

PML: Eso fue en la Adese. Ninguno de los fraudes institucionales de la Adese lo puede hacer la oposición. Alguno sí: robarte urnas, lo que pasa es que no te las hacen buenas en el comité. Tú eres el PAN, te robas la urna y la llevas al comité distrital; te friegas, porque la única instancia democrática en nuestro sistema es la casilla. Es la única instancia y es mayoritaria a la oposición, si tiene representante; si no tiene o si lo compran, está perdida.

¡Ah!, el problema de la corrupción fue gigantesco en estas elecciones: la compra por abajo de representantes. Tú pides representantes de casilla, pones un anuncio en el periódico y te llegan militantes; el problema es que algunos de ellos pueden no ser ciudadanos tan honorables y lo hagan por interés económico. En la Ciudad de México no; en las ciudades hubo muy poco, pero en el campo hubo muchísima corrupción. En la medida en que tengas representantes y se comporten como tales, es decir, que no te traicionen ni se corrompan, es la casilla, pero llegando al comité distrital ya tiene mayoría automática el PRI: juega la misma regla de la Comisión Federal Electoral. En la comisión distrital o municipal, y en la comisión local electoral, que es la del estado, el PRI es mayoría automática. Ahí, aunque quisieras hacer fraude no te convalidan; de nada sirve que te lleves una urna a tu casa o que tú, como oposición, la rellenes, porque no te la van a hacer buena en la instancia que sigue. Si analizas todas las instancias, ninguno de los fraudes que están en el catálogo de Adese lo puede hacer la oposición. Además, los escrutadores casi siempre son del PRI.

JW: Se decía que el catálogo se hizo porque tú tenías la información.

PML: Eso lo hizo Luis Sánchez Aguilar. El problema es que uno vive todavía en un mundo muy afectado por el comunismo político en manos del gobierno. Ese catálogo me pareció bastante útil, pero presentado en el formato que se le dio, de un modo demasiado escandaloso; de hecho, el instructivo electoral que había hecho la Corriente Democrática traía eso pero de un modo técnico. Aquí se les puso nombres

rimbombantes: “las casillas que caminan”. Se pensaba en un folleto de amplia divulgación, con dibujos —por eso los nombres—, pero no tuvimos presupuesto. Lo hicieron los expertos en derecho electoral del Centro de Estudios Electorales del PSD. Nada que ver conmigo. Éste fue uno de los infundios que sacó la prensa el mismo día que lo publicaron. Llegó el de Televisa: “¿Y esto, usted lo dio?” “No, señor, ¿por qué?” Me conminó: “Usted estuvo en el PRI, tiene que saber cómo se hacen los fraudes”. Le dije: “No. Yo fui secretario general del Seguro Social cinco años y no sé atender un parto, no sé poner una inyección. ¿O es usted tonto? Fui secretario de Educación Pública y no sé dar una clase de matemáticas. No era mi función. Está usted mal. De las cosas que se hacían o que se hubieran hecho, no tengo absolutamente nada que ver. Es más, confieso mi ingenuidad de no saber que se hacían”.

Un día me encontré a un abogado, famoso por los fraudes, que estuvo en Nayarit; lo vi en el Senado, lo jalé y le dije: “Qué bueno que lo veo. A la delegación que fue a Nayarit, y a usted en particular, que tenía esta fama, le dije que ay del que me hiciera una trampa, ‘Quiero unas elecciones limpias y legales’. ¿Sí o no?” “Sí nos lo dijo, licenciado.” “Me lo va usted a escribir en una carta, públicamente. A ver si tiene el valor.” No se me ha vuelto a aparecer.

El fraude está muy descentralizado. Ahora ha cambiado totalmente, eso es política de Estado. Yo qué me iba a preocupar; manejaba una campaña nacional en la cual no teníamos problema, porque no teníamos candidato de oposición.

JW: ¿De cuánto fue la inflación de los votos en 1976?

PML: Calculo que fue de 25%. ¿Cuántos anunciaron? ¿Catorce millones? Nosotros jamás, ni el licenciado López Portillo, te lo digo bajo mi palabra de honor, indicamos que se subiera la votación. Eso vino de las provincias y ahora sabemos de dónde, porque lo entendían como un mérito, como si trajeran tributos al señor. Es algo inevitable cuando no hay candidato de oposición. Como presidente de un partido, para evitar irregularidades nombré a seis o siete delegados por región; les pedí que no trajeran votación alta, pero si no hay candidato de oposición,

¿quién te vigila? ¿Qué capacidad tienes de vigilar? Es muy difícil sin haber oposición. No inflado por un acto de voluntad central.

En cambio, puedo dejar constancia de que en la elección de Miguel de la Madrid sí fue una decisión central. Fue el primero que le metió mano a las elecciones. Más tarde contaré del fraude, cómo De la Madrid da la orden a Manuel Bartlett de que altere la votación y a qué hora se la da. Tenemos testimonios.

En nuestra época no era así, venían cifras un poco alzadas en 1976, o un tanto alzadas de ciertas regiones, a pesar de lo que habíamos dicho. A nuestro coordinador de los estados del sureste —un político muy connotado— le dije textualmente: “Tu gente tiene fama de traer 90% sobre el padrón. Por favor, no más de 70%. No pasen de cifras razonables”.

BARTLETT Y DE LA MADRID

JW: ¿Cuál fue el papel de Bartlett y Miguel de la Madrid en el fraude electoral?

PML: De acuerdo con los testimonios que pudimos recoger de personas vinculadas con el propio sistema, de filtraciones que hubo y de hechos objetivos, la historia del fraude del 6 de julio se divide en tres partes.

Primero, obviamente, la preparación: hay un manejo poco escrupuloso del padrón electoral. El gobierno siempre dijo que el padrón estaba a disposición de los partidos pero eso es una verdad a medias, porque mandar a los partidos las listas es ahogarlos, necesitarían capacidad técnica y un aparato de los censos en todo el país para revisar esas listas. Luego, de muy poco sirve que reciban esas listas si después los *diskettes* puede cambiarlos el gobierno. Es muy relativo el control que los partidos pueden tener de esas listas en el sistema actual.

JW: ¿Por muestreo?

PML: Algunos lo hacen, pero ¿qué ganas con hacerlo por muestreo? ¿Qué caso te van a hacer si descubres irregularidades? En las elecciones locales recientes me han dicho, con elementos de prueba muy

claros, que en un municipio quitaron a 3500 personas del padrón que eran partidarios nuestros. Lo dices ante la Comisión Electoral y no te hacen caso. Hay una gran indefensión de los partidos de oposición, porque en los comités locales y municipales hay una mayoría automática del PRI. Grave ejemplo es lo de Villahermosa, ridículo. En Tabasco nos cambiaron los registros, no nos entregaron más que la mitad de las credenciales de elector. Hablé con el gobernador y con el presidente de la comisión local electoral: me pidieron que hiciera un escrito y me ofrecieron responder en un día, y al día contestaron simplemente que no; no nos dieron las credenciales.

Hay una deliberada actitud del gobierno para que no haya elecciones transparentes. Quizá lo más grave en esta fase inicial fue que no se haya prorrogado el plazo para inscribirse en el registro y adquirir la credencial de elector. El plazo se cerró a mediados de diciembre, creo que el 17, o ese día se tomó la decisión en la Comisión Federal Electoral. Votaron todos los partidos contra esa decisión, sin excepción; es más, casi todos se retiraron de la sesión, y sin embargo, con su mayoría automática el PRI dijo que no se prorrogaba el plazo. Las razones que dio son baladíes: que consideraba suficientemente agotado, etcétera.

Después vino lo que podemos llamar el fraude primario, que se hace tradicionalmente: no fue tan exitoso como hubieran querido y aquí está el origen de muchos problemas que ocurrieron después. Nuestro cálculo era que el fraude primario no les iba a resultar como querían, porque la capacidad del PRI para hacerlo ha disminuido; por ejemplo, retirar credenciales de elector a través de las organizaciones sindicales, de maestros o de locatarios de mercados. Lo hicieron, pero en una cantidad mucho menor porque la gente no estaba con ellos. La aparición del cardenismo hizo que muchos sectores tradicionalmente controlados por el gobierno ya no lo estuvieran.

La impresión de boletas extra que se depositan en las urnas también se redujo mucho, porque descubrimos que las estaban imprimiendo. Un grupo de jóvenes de la Corriente Democrática descubrió una imprenta clandestina; de todas maneras quedó claro que las boletas se imprimen en cualquier imprenta. Descubrimos envíos de boletas

posteriormente a que ya habían recibido la totalidad las comisiones estatales. Hubo una cierta movilización de la prensa, las denuncias de la Adese, diversos factores que les redujeron su margen de maniobra para el fraude primario. Argumentaron que eran boletas para una elección local. Hubo mucha mayor vigilancia de casillas: se estimaba que la oposición nunca había cubierto más de la mitad en su conjunto, nunca había pasado quizá de 40 por ciento.

JW: ¿Hay inflación en el padrón?

PML: Hay de las dos. Hay nombres que aparecen y que ya no existen; hay muertos en el padrón, hay un ex presidente de la República muerto en el padrón, lo denunció Cuauhtémoc Cárdenas. Por ejemplo, en el domicilio del ex regente de la Ciudad de México estaban inscritas 19 personas. No sabe quiénes son ni viven ahí, pero él las inscribió; esto también se denunció con los nombres. Por muestreo descubrimos muchas irregularidades. Se hizo el escándalo, ¿y qué? Hay inflación, pero también, sobre todo en los pueblos, hay reducción, nombres que quitan del padrón al saber que están con la oposición. El fraude primario funcionó sobre todo en las zonas apartadas, pero no lo suficiente. Estimamos que en el DF es muy difícil que hayan alterado la votación de un modo sustantivo. ¿Qué pudo haber sido el fraude en el DF? No sé: 4, 6 u 8%. Es muy difícil saber, pero difícilmente llegó a 10%. Las cifras finales fueron muy parecidas a la votación. Quizá sin ningún fraude el PAN pudo haber estado un poco arriba del PRI, pero fue al revés.

Enfrentaron un problema serio: tenían estimaciones equivocadas respecto de su propia fuerza. Por estar fundado el PRI en un sistema corporativo y en un liderazgo de carácter piramidal, ocurre que hay mucho engaño; es decir, un gobernador asegura que tiene un gran control de la situación, un líder sindical o un dirigente campesino afirman que la situación está muy bien. Tenían información de los delegados del PRI en todo el país, de los propios gobernadores, distinta a la realidad.

Así, la Comisión Federal Electoral adquirió el compromiso, frente a los partidos, de ir dando la información conforme fuera llegando, en una gran pantalla que estaba conectada a las computadoras; debió dar información a partir de las seis de la tarde del día siguiente. Lo más grave de

esta elección es que el sistema se “cayó” —con *y*—, pero, como dijeron los técnicos, lo que ocurrió en realidad es que lo “callaron” —con *ll*—, es decir, lo silenciaron, y lo silenciaron porque según la información de los 10 o 12 primeros estados que llegaron, la mayor parte era favorable a Cárdenas. Ya empezaban a prender las pantallas: ganó Cárdenas acá, allá y allá. Se hubiera creado una impresión completamente distinta. Aun en el caso de que hubieran ganado con base en el fraude primario, era muy riesgoso, porque se vería muy claro que los estados más densamente poblados, en los que era más fácil comprobar que las cosas ocurrieron de un modo normal, vendrían a favor de Cárdenas y se vería con toda claridad que el voto de ellos era el marginal; no quisieron arriesgar y silenciaron el sistema.

A iniciativa del PAN nos reunimos el día 7 y fuimos a la Secretaría de Gobernación con los candidatos; llevamos un escrito que hicimos en la tarde en casa de Luis Álvarez, denunciando la situación. El secretario de Gobernación no supo qué contestarnos, no tuvo una explicación. Se le probó que era ridículo que un sistema de computadoras se descompusiera así. Dijo que estaban mal las instalaciones, que se iba a instalar otro en el sótano. Lo que pasa es que habían tomado la decisión de no hacer un sistema público sino otro más reservado, pero este segundo sistema más reservado tampoco lo instalaron.

La Comisión Federal Electoral no dio información. La información se trasladó al PRI, y en el PRI sabemos que tampoco fue en las oficinas centrales sino en unas oficinas especiales que puso Salinas. La impresión es que para corregir esas disparidades entre el día 7 y el día 12, se les encargó a algunos gobernadores —unos dicen que fueron seis, otros que ocho o 12 gobernadores, vamos a decir que un promedio de 10— que maquillaran las cifras: así pasó en Guerrero, Tlaxcala, Hidalgo, Veracruz, Oaxaca. Es decir, se les pidió que se dedicaran abiertamente a inventar cifras, sin tener respaldo siquiera de las urnas.

Aun así, el número de votos que había llegado a favor de Cárdenas era muy grande, por lo cual decidieron —y ésa fue la tercera parte del fraude— rasurar votación, destruir votación nuestra. Es así como se configuró el fraude. Estuvimos dando información, diario o cada tercer

día, conforme se fue recibiendo en los centros de cómputo de los partidos, y desde el primer día hasta el último Cárdenas iba a la cabeza. En el menos favorable de los análisis, como el que acabas de leer, que resume Pablo González Casanova, Cuauhtémoc tenía 39%, tomando en cuenta estados con un fraude muy abierto. Nuestro cálculo es, promediando todas las informaciones, que Cárdenas ganó por 42% contra 36%. Ésa es la verdad.

A pesar de esto el gobierno insistió en dar cifras muy favorables a Salinas con el propósito de asegurarse una mayoría cómoda en la Cámara de Diputados; lo que no querían era tener una mayoría más uno en la Cámara de Diputados. Se discutía dentro del PRI, y esto se conoció a través de numerosos artículos periodísticos, debates y confidencias de personalidades cercanas al PRI, si les convenía reconocer... Bueno, ellos nunca pensaron en perder. Las hipótesis que había eran si ellos aceptarían que ganaban por mayoría relativa, caso en el cual le ponían 45 o 47% a Salinas, si estaban en la mitad más uno o si trataban de estar en una cifra más alta todavía que no diera idea del retroceso del PRI.

Entre la línea de los duros, que querían atribuirse una cifra superior a 60%, y la línea de los modernos, que querían que el PRI aceptara ser sólo un partido de mayoría relativa, salió ganando la línea que se conoce como "oficial"; que era la que preconizaba, se supone, la Secretaría de Gobernación, que era la de la mitad más uno, de modo que se aseguraran, por un juego matemático, una mayoría de cuando menos 10 diputados en la cámara: si hubieran aceptado —ya no digo su derrota— ser mayoría relativa, nada más habrían tenido 251 diputados, contra 249 nuestros. Tenían mucho temor de que, pasándose uno o dos diputados de este lado, se calificara la elección en favor de Cárdenas; siendo así, no solamente tenían que ganar la elección presidencial sino darse un margen matemático para tener una mayoría de 10 en la Cámara de Diputados, mayoría que ganaron. Por eso era tan importante para ellos que el PAN no reconociera a Cárdenas como vencedor.

JW: ¿Quién ordenó el fraude? ¿Cómo supieron de los manejos fraudulentos?

PML: En este caso tenemos la información, de varios lados, de que Bartlett fue a ver a De la Madrid como a las nueve de la mañana del día 7, le explicó que Cárdenas estaba ganando en el país, y ahí se tomó la decisión; se sabe que se habló con Salinas. Lo que sí es claro es que se dio instrucción a los gobernadores de ponerse bajo las órdenes de Salinas, de su equipo, para armar esto, y también es claro que esta orden se transmitió a través del secretario de Gobernación, que llamó a los gobernadores para decirles cómo se iba a manejar el asunto. Todo mundo supone que De la Madrid dio la orden porque estuvieron en su oficina. Estuvo Bartlett, estuvo Salinas después, en el mismo día.

Ahí se tomó la decisión de llevar la votación hasta la mitad más uno: se sentaron en 51% y no aceptaron más que la cifra de 51%, ni siquiera consideraron los análisis que se les plantearon. Cuauhtémoc Cárdenas les llegó a plantear en un discurso público, como un método razonable para limpiar la elección, un sistema de muestreo sobre 1 000 casillas escogidas por la computadora, abrir los paquetes y ver un universo de 1 000 casillas; no lo aceptaron. Esto lo planteamos porque sabíamos que en cualquier muestreo que se hiciera, podíamos demostrar que ganábamos, pues lo habíamos hecho en la computadora. Les ofreció una muestra de 1 000 casillas.

DENUNCIAS Y EVIDENCIAS DEL FRAUDE

JW: ¿Ustedes tenían informantes dentro del gobierno?

PML: No.

JW: Por ejemplo, ¿sobre imprentas clandestinas?

PML: Yo descubrí una. Estaba en un mitin por San Lázaro, y terminando llegó una persona que nunca he vuelto a ver. Textualmente me dijo: "Licenciado, yo trabajo a dos calles, y allí hay una imprenta donde se hacen boletas electorales. Lo sé porque soy amigo de los que trabajan allí". Esa persona se acercó a mí, a nadie más, y me dijo: "Allí, en la calle de Lecumberri", a unos cuantos pasos de lo que fue la cárcel.

Estaba a mi lado un periodista de *Proceso*, Óscar Hinojosa; mi primera reacción fue hablarle, pero se acababa de ir. Medité qué había que hacer. Hablé a la revista buscando a este muchacho: no estaba, pero otro hizo el reportaje, Elías Chávez, y le hice saber la información que tenía. Algunos jóvenes de la campaña fueron ese mismo día a asomarse y me llevaron información en la tarde, creo que era domingo: no pudieron ver nada. Otras personas fueron a ver qué era eso y me dieron el dato de que estaba todo cerrado con cortinas metálicas, y que había patrullas en la calle. Sin saber qué había adentro no se podía presentar una acusación penal; me pareció que era mejor darlo a conocer a la prensa. A Elías Chávez lo puse en contacto con los jóvenes que habían ido al lugar y no volví a saber del asunto. El reportero fue con varios muchachos: muy listos, se metieron, se presentaron como miembros de un sindicato que iba a hacer elecciones internas y que sabían que ahí eran expertos en imprimir boletas, lograron asomarse y más o menos ver de qué se trataba, y ahí está en el reportaje.

En la reunión del Comité Ejecutivo el jueves lo comenté en la Adeste, y varios grupos tomaron la iniciativa: fueron el sábado a verificar los hechos, entre ellos un grupo numeroso de estudiantes que quiso dar una conferencia de prensa y al no poder extrajo algunas boletas; el caso es que se enteraron miembros del PAN y de otras organizaciones civiles del descubrimiento que habíamos hecho.

Esas sospechas de que el gobierno nos había dado un *tip* de esa naturaleza no tienen ningún fundamento. Al gobierno no le convenía que la oposición lo supiera: como la mayor parte de las cuestiones electorales fraudulentas, se descubrieron por las denuncias de ciudadanos: “Señor, en el río encontré esto, aquí está. Señor, abrí el escusado y encontré estas boletas...” Boletas cruzadas antes de las elecciones, casi todas nos las dieron ciudadanos comunes; por ejemplo, alguien que trabaja en un sindicato y que le llevan boletas para cruzar, o cuya hermana trabaja en el sindicato.

JW: ¿Hubo gente del gobierno resentida con la candidatura de Salinas que filtrara estas denuncias?

PML: Todas las versiones que circulaban entonces en el sentido de que el secretario de Gobernación estaba haciéndole un juego contrario al candidato del PRI han resultado falsas a la luz del nombramiento de Bartlett como secretario de Educación Pública. Esto implica que tenían una muy buena relación.

El joven Salinas ha invitado a quien le da la gana de acuerdo con la idea que se hace de la composición de fuerzas del país, los apoyos que quiera traer, las simpatías que quiera suscitar o la imagen pública que quiera generar, éstos ya son sus análisis, pero tiene absoluta libertad para nombrar a quien quiera. Por ejemplo, si yo invito de asesor especial o *special advisor* al profesor Jim Wilkie, me voy a ganar la simpatía de los académicos norteamericanos, pero nadie me está obligando a que haga esa invitación. Hasta donde trabajé en el sistema mexicano, eso de que se le pida un nombramiento a fulano no es cierto. Nadie se lo pide a un presidente; éste ni siquiera informa a nadie de lo que hará.

La tradición de los presidentes de México, durante el tiempo que serví en un nivel que me permitió tener información relevante, es que ellos nombran, en su perfecta libertad, a quienes quieren, y ni siquiera lo hacen saber a nadie si no lo desean. No era la tradición mexicana. Ahora, si ellos creen tener una deuda o es ganar apoyo o simpatía, es cuestión de su propio balance y están en plena libertad de hacerlo.

Así es que Bartlett está ahí, y para mí es un testimonio inequívoco de que Salinas y él trabajaron de consuno en el fraude electoral, hubo mucho acercamiento; si hubo divisiones, quizá fue con otros sectores: ahí hubo entendimiento y coordinación, los dos son corresponsables del fraude y el que lo decidió fue De la Madrid, porque se hizo bajo su mandato como presidente de la República. El que tiene la carga histórica del fraude y la responsabilidad suprema y máxima o la responsabilidad política en última instancia se llama Miguel de la Madrid, y los ejecutores se llaman Bartlett y Salinas, nadie más. Es el triángulo del fraude.

JW: Se decía que ustedes tenían un equipo tratando de estudiar la manera de manipular las computadoras.

PML: ¿Manipular nosotros? ¿Con qué objeto?

JW: No, estudiar cómo el gobierno haría la manipulación, y que ustedes tenían una manera de evitar eso.

PML: Lo que hizo el gobierno no lo podíamos evitar.

JW: ¿Y acerca de la violencia contra ustedes en la campaña?

PML: Hubo violencia, sí, de distinto tipo.

JW: Dos personas importantes...

PML: Murieron dos compañeros nuestros: Xavier Ovando y Román Gil.

JW: De Ovando decían que era el hombre metido en ver lo de las computadoras.

PML: Sí, ya entiendo. Estábamos armando en esos días un sistema de muestreo para tener información confiable lo más pronto posible, tomamos una muestra de 2500 casillas en el país aplicada a elecciones pasadas, y se perfeccionó; una muestra hecha técnicamente por un grupo de profesores de la Universidad lo suficientemente balanceada para que fuera confiable. Se le encargaron 50 casillas de esa muestra a cada partido, incluida la Corriente Democrática, y estábamos diseñando un sistema distinto al oficial para recibir información en la noche. Funcionó bien, aunque no como hubiéramos querido, y desde luego, técnicamente nos causó un cierto trastorno la muerte de Xavier, porque la idea era recibirlo por teléfono de los partidos: nuestra oficina estaba en la colonia Nápoles y escogimos teléfonos de gente amiga en esa zona para recibir información y llevarla a nuestra oficina.

También se escogió gente en cada localidad para transmitir la información; era un sistema paralelo que evitaba bloqueos. Nos pusimos en todas las hipótesis: que se bloquearan los teléfonos en los partidos, etc., porque en México en esas cosas todavía estamos en una época bárbara: el gobierno, en un momento determinado, corta los teléfonos. Ha habido semanas enteras que he estado sin teléfono, y Cuauhtémoc Cárdenas no se diga. De repente no funciona ningún teléfono en su casa ni en su oficina, ni el de su madre ni el de nadie. Hay cosas de un primitivismo que no se las imagina uno ni en un país africano.

JW: Ni en los días de la inauguración del teléfono.

PML: Pero no pasaba antes, hay una involución política en el país; cuando menos, no pasaba en los niveles que pasa ahora. Entonces tuvimos que hacer un sistema paralelo de recepción de información a través de teléfonos: Xavier Ovando traía en su coche los teléfonos de la red. Ellos se enteraron de los teléfonos de la red, los de mucha gente, incluidos los de un hermano mío que vive a dos calles de donde están nuestras oficinas. No sabemos si con ese objeto los detuvieron, caso en el cual sería un agente de alguna policía política. Dicen que pudo haber sido una *vendetta* regional, caso en el cual sería imputable el que acaba de renunciar como gobernador del estado de Michoacán, o algún grupo de choque de una organización del PRI. No sabemos quién fue. El caso es que, como ocurre en México, no se ha averiguado. Luego mataron a cuatro muchachos que repartían propaganda cardenista, y eso tampoco se ha aclarado. Hay un nivel de violencia política.

JW: ¿Eso fue después de la elección?

PML: Después de la elección. Hay mucha gente amenazada, muchas casas. A los muchachos, en la calle, de la misma manera que a Ovando, los balacearon en la parte de atrás del coche.

JW: ¿En el DF?

PML: En el DF.

JW: ¿Es cierto que tú planeaste y dirigiste la estrategia del Frente?

PML: No. La *vox populi* en política tiende a simplificaciones que circulan como verdades absolutas y que en la realidad son parciales. Evidentemente he estado desde el principio en el grupo central que diseñó la Corriente Democrática, pero con el tiempo se ha venido añadiendo más gente. Cierto, Cuauhtémoc Cárdenas y yo tenemos una responsabilidad importante en la creación de esto, sin embargo, nuestro grupo de la Corriente Democrática siempre trabajó por consenso, todos participamos en las decisiones, y ahora que se han añadido grupos y corrientes, tenemos una dirección colectiva. Ayer mismo asistí a una reunión del secretariado donde se tomaron decisiones importantes; el secretariado lo integramos 11 personas que aseguramos todos los enlaces para la creación del partido.

JW: ¿Quiénes son?

PML: Raúl Álvarez Garín, César Buenrostro, Cuauhtémoc Cárdenas, Heberto Castillo, Gilberto Rincón Gallardo, Ricardo Valero, Mario Saucedo, Ifigenia Martínez, Rosa Albina Garavito, Adolfo Gilly y Porfirio Muñoz Ledo.

JW: ¿Qué papel tiene Ricardo?

PML: Es uno de los más importantes y activos miembros de la Comisión de Organización. El partido tiene un órgano tipo asamblea que se llama comité promotor: somos unas 250 personas, incluyendo diputados, senadores y asambleístas. Hay una Comisión Coordinadora en la que nos reunimos unas 60 personas cada dos semanas más o menos; como creció mucho, hicimos un secretariado que eligió la Comisión Coordinadora. Somos 11 ahora, podemos llegar a ser 15; no ha habido necesidad de ampliarlo. El secretariado tiene como función asegurar el enlace con las comisiones de trabajo, que son los órganos operativos: hay una Comisión de Organización, una de Divulgación, de Acción Electoral, de Finanzas, de Movimientos Sociales, etcétera.

El secretariado es el órgano de enlace que asegura la vinculación entre todos. Nos acaban de designar, a cada miembro del secretariado, para supervisar una función. Me han dado precisamente como tarea supervisar la función de organización, de ahí que vea con mucha frecuencia a Ricardo y a la gente que está en esa área. Así que esto de "estrategas", todos fuimos estrategas, cada uno desde su experiencia; claro, quienes tienen más experiencia aportan más. El caso de la Corriente Democrática es un fenómeno típicamente colectivo.

LF: Se habla de una revista. ¿Qué ha pasado con su publicación?

PML: Son de estas iniciativas que están en curso pero que no han cuajado todavía. Se habla de un periódico, *Interdiario*; se habla de una revista popular, de una revista intelectual. La verdad es que estamos metidos en muchas cosas al mismo tiempo y que necesitamos desma-dejar. Hace tiempo perdí contacto con esto, lo de la revista se me había olvidado un poco. Todo eso tendrá que salir el año que entra. Queremos un partido descentralizado, es decir, muchos organismos que surjan por sí mismos y tengan vida propia: de divulgación, intelectuales, movimientos sociales. Es el tipo de partido en que estamos pensando.

JW: Se decía que estabas manejando las negociaciones con el PRI después de las elecciones y hasta la fecha de la inauguración.

PML: Es otro de los chismes. De los dirigentes del FDN quizá yo soy el que menos contacto ha tenido con el otro lado, entre otras razones porque no le veo utilidad.

JW: ¿Quién está hablando con Camacho, por ejemplo?

PML: Yo hablé una sola vez con Camacho, tres horas.

JW: ¿Sobre qué?

PML: Quiso verme. Tiempo después de las elecciones estuvo en la casa, muy amablemente; acababa de hacer declaraciones públicas respecto de la imagen que ellos tenían de las elecciones que habíamos ganado. Él todavía era secretario de Desarrollo Urbano y Ecología (Sedue); sin embargo, había hecho unas declaraciones en el PRI, frente a la prensa extranjera, muy extraño todo. Fue a dialogar conmigo, pero Camacho no tenía ninguna base aceptable para un diálogo político digno de tal nombre. No dudo de su buena voluntad, pero desde el principio fue claro que cualquier negociación con ellos implicaba avalar la victoria de Salinas. La conversación giró en torno al proceso electoral.

Hubo, durante gran parte de la plática, un tercer actor, que fue mi esposa; entraba a la sala y se enganchó en la conversación, y fue bueno que así fuera, porque la plática tomó el rumbo que, en mi criterio, debía tomar: una discusión sobre el proceso electoral. Lo esencial de esa única conversación con Manuel Camacho fue que traté de llevarlo a la conclusión de que había ganado Cuauhtémoc Cárdenas, y él partía de la base de que representaba al ganador. No podía haber un diálogo, porque el papel de los actores no era claro. Me he referido a esa conversación comparándola con la dificultad de sentar a la mesa a dos partes en conflictos internacionales, cuando en el asunto central que se dirime hay opiniones muy opuestas, y la he comparado específicamente con el caso de las Malvinas. Durante años, los británicos no han querido sentarse a negociar si el tema de la soberanía está en la agenda, y los argentinos no pueden sentarse a negociar si el tema de la soberanía no está. Ésta fue la esencia de mi conversación, una conversación amable, por momentos sumamente viva, agitada, pero no acepté, a lo largo de su desarrollo, la

hipótesis de que él representara a un presidente electo, y no me bajé ni un minuto de mi hipótesis en el sentido de que Cuauhtémoc Cárdenas había ganado. Por lo tanto, no había otro tema que no fuera cómo verificar limpiamente el resultado de la elección.

LA REVOLUCIÓN COMO CONCEPTO

JW: ¿Por qué mantienen la palabra, el concepto de la Revolución tras tantos años de uso priista?

PML: La gente quiere la palabra *revolución* porque cree en la Revolución. En primer lugar es una expresión suficientemente amplia, pero no es el nombre definitivo del partido. Sin embargo, ha gustado tanto que es altamente probable que se quede en definitiva en el nombre. La expresión no dice claramente que sea la Revolución mexicana, sino “la Revolución Democrática”, que abarca el concepto de la Revolución mexicana, porque es la nuestra, pero que lo deja lo suficientemente amplio como para entender también no sólo que se trata de una revolución inacabada sino de épocas inéditas de un proceso histórico.

Si comparas con el lema del PRI, es distinto. No es lo mismo “Partido de la Revolución Mexicana”, como se llamaba el de Lázaro Cárdenas, que “Revolucionario”; el adjetivo ha empobrecido el concepto. Para el lenguaje priista todo es revolucionario: funcionarios revolucionarios, doctrina revolucionaria. El adjetivo *revolucionario* es el que más se ha abaratado, el que más ha perdido sentido; el sustantivo conserva mayor fuerza. Y entre “Democrático” e “Institucional” hay una distancia enorme. Cuando hablamos de “Revolución Democrática” abarcamos desde la Revolución mexicana hasta épocas inéditas de la historia del país.

Si algo descubrimos en esta campaña fue la profunda vigencia de la Revolución mexicana. Para todas las izquierdas de América Latina, de acuerdo con la información que me ha llegado y conversaciones que he tenido con dirigentes progresistas del continente, la enorme sorpresa, el enorme hallazgo de esta campaña es la vigencia de la Revolución mexicana, que las izquierdas nunca habían asumido como tarea

histórica propia y que para la literatura modernizante era un hecho del pasado. Pienso hacer un ensayo largo sobre qué es hoy la vigencia de la Revolución mexicana y por qué se da esta campaña. De una manera gráfica he dicho que ésta es la campaña del libro de texto gratuito: cómo 30 años después el libro de texto gratuito gana sus grandes batallas con Cuauhtémoc Cárdenas, cómo los gobiernos que lanzaron la idea del libro de texto gratuito para fortalecer en alguna medida el llamado sistema institucional del país terminaron fortaleciendo los ideales de la Revolución, que vienen a contrastarse con las llamadas instituciones de la Revolución.

Don Jaime Torres Bodet merece un homenaje porque no lo hacía para ayudar a que el PRI ganara más votos, sino para mantener viva la llama de los grandes ideales nacionales, para mantener vivo un concepto de lucha histórica del país en la conciencia de las nuevas generaciones. En ese sentido don Jaime no era priísta, era un hombre de ideas, con una ideología clara, nacionalista. Siempre pensó que la manera de mantener el pasado, las luchas históricas del país vigentes en las nuevas generaciones, era haciendo llegar a todos, a través del libro de texto gratuito, una visión de nuestra historia y de nuestro pasado.

Yo ingresé al gobierno de la federación en 1961 con la primera encomienda de defender los libros de texto gratuitos, que estaban bajo el ataque de las fuerzas conservadoras, y entré con un espíritu de rescatar lo mejor de la Revolución mexicana. Desde el primer día que entré a trabajar al gobierno de México, desde mis primeros actos me inscribí públicamente en el sector avanzado, en la vertiente nacionalista y popular de la Revolución; 30 años después me vuelvo a encontrar con los libros de texto como sustrato de lo que vivimos en el país. En los libros de texto gratuitos ganamos la campaña.

No fue Cuauhtémoc ni la Corriente Democrática, es la vigencia de los valores históricos del país en la conciencia de los mexicanos, contrastada con la evidente traición del gobierno a esos valores. Claro, nosotros fuimos los agentes de ese redescubrimiento: cómo está viva en la gente la conciencia de lo que significan Morelos, Hidalgo, Juárez, Zapata, Villa, Lázaro Cárdenas; cómo, en la gran masa del país, en aquellos que

tienen, sobre todo, más de seis años de escolaridad, ésa sigue siendo la gran orientación, pero ya no son herederos para el pueblo: los herederos de esa tradición somos nosotros. Ha habido un cambio en el depósito de la tradición histórica, de un gobierno que ha traicionado esos ideales, a una corriente política que los está encarnando hoy, que es la corriente cardenista. Eso es lo importante que ha pasado en México, el descubrimiento de una profunda memoria colectiva en el país, la vigencia de un nacionalismo fenomenal en el mexicano a pesar de todas las influencias: un profundo nacionalismo, una impronta del libro de texto gratuito en las nuevas generaciones, una conciencia de que esos valores, que se sintetizan en los valores de las grandes luchas históricas del pueblo mexicano, no son ya más encarnados por la clase gobernante sino que hay un movimiento de hombres limpios, que salieron del sistema y están bajo la bandera del cardenismo, donde esos ideales se identifican. Qué ocurrirá mañana, no lo sé, pero eso ocurrió. Si no, ¿cómo te explicas que nueve millones de personas voten por Cárdenas? De otra manera no lo puedes explicar.

JW: Muchos piensan que esos valores se pierden cada vez más con la modernidad.

PML: Eso es sólo apariencia, esos valores están metidos en la médula espinal del cuerpo nacional. Ahí está, estaba interrumpida. Nosotros la reanudamos.

JW: La población actual es de algunas generaciones posteriores a la presidencia de Lázaro Cárdenas.

PML: Pero eso no anula la memoria histórica. La gente tiene memoria histórica aunque haya nacido después y eso es lo importante de la transmisión de la cultura a través de la tradición oral y en este caso, para hablar del libro de texto, de la tradición escrita. En 1976 en el PRI hicimos una encuesta con varios equipos profesionales sobre la popularidad de los ex presidentes de México; desde luego, el más popular era Lázaro Cárdenas, en segundo lugar quedaba Adolfo López Mateos. Como era un equipo de primer nivel —que me había hecho trabajos valiosos en la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, en la Comisión de Salarios Mínimos Básicos, con una gran experiencia en sondeos y

encuestas, con una técnica muy depurada—, con mucha facilidad fuimos viendo por edades, por niveles de ingreso. De 100 encuestados por cortes de edad, 36 habían preferido a Lázaro Cárdenas; 12 u 11% eran por López Mateos, y luego en menores cantidades: Alemán 1 o 2%, Díaz Ordaz y los demás ex presidentes se perdían bastante. Visto por edades, los jóvenes mayoritariamente se expresaban a favor de Lázaro Cárdenas, y por niveles de ingreso eran los más altos, porque tiene que ver con los niveles de escolaridad. Al decir “de los más altos niveles de ingreso” no hablo del 1% de los riquísimos del país; éstos no cuentan. En un país con tantos desniveles sociales, la clase media es la que tiene más de seis años de escolaridad, y la que más se pronunciaba por Cárdenas.

En las grandes masas, con menor educación, muchas veces ni siquiera había respuesta: quiere decir que el nivel de ingreso de dos a cinco veces el salario mínimo, el que se ha revelado que votó por Cárdenas, es el mismo que en la encuesta que hice hace 12 años, y que decía mayoritariamente que el mejor presidente del México moderno había sido Lázaro Cárdenas; un sector joven y de mejor preparación cultural, que les permite tener conciencia histórica. Ahora pasó lo mismo: los niveles de escolaridad más altos, unidos con niveles de ingreso que se separan de la gran masa, son los que mejor están comprendiendo estos valores de los que estoy hablando y que han votado por Cuauhtémoc.

JW: ¿No se sienten el PRI y el gobierno despojados de uno de sus símbolos históricos?

PML: Ya no. No supieron qué hacer durante todo el año con el apellido Cárdenas y hasta el nombre de la calle estaban cambiando, inclusive tuvieron que desmontar su proyecto de un año de festejos por la expropiación del petróleo y los ferrocarriles; es más, ya estaban las placas para cambiar el nombre de la calle. Quisieron realzar la figura de Calles y lo presentaron como rival del general Cárdenas, cuando en realidad son —vistos en la gran perspectiva de la historia, aunque evidentemente hubo un enfrentamiento— dos momentos dialécticos dentro del propio proceso de la Revolución. Los presentaron como si fueran dos rivales en un *ring*, y en el último año ha habido una obvia parafernalia callista del PRI. Llegan al ridículo.

LA IMPORTANCIA DE CUAUHTÉMOC

JW: ¿Habrían tenido el mismo éxito sin Cuauhtémoc?

PML: No me parece una pregunta legítima, porque todos los elementos se suman... Me parece inteligente pero no válida, porque en la historia no puedes decir: "¿Qué habría pasado sin fulano?" Cuauhtémoc ha sido definitivo en este proceso, no sólo por su nombre y trayectoria. Como escribió alguien: "Cuauhtémoc Cárdenas tiene el nombre del primer héroe antiimperialista de México y el apellido del último". Nombre y apellido cuentan, pero igualmente cuenta que hizo una excepcional campaña, que se reveló como un magnífico líder, serio, sensato. Es, como dijo alguna vez Carlos Monsiváis, "el carisma del anticarisma", es decir, otro concepto del carisma, no el tradicional del líder ostentoso de gran impacto, de discurso conmovedor, sino el del discurso serio, casi didáctico, de estar una hora hablando frente a la gente, y ésta oyéndolo después de tres horas de espera; de una gran capacidad de comunicación, que dice las cosas de un modo sencillo y comprensible para todo mundo; de una gran seriedad, encarnando el peso de una responsabilidad histórica y de un gran atractivo humano para la gente.

Cuauhtémoc le cayó estupendamente a la gente, lo sabes; tan importante es el desempeño de Cuauhtémoc como líder. Pudo haber tenido esos nombres y otros más, pero de no haber tenido un desempeño en la campaña, se hubiera venido abajo. Es más, muchos de quienes no se sumaron al principio a Cuauhtémoc fue porque apostaban a que no levantaría una buena campaña y que, al contrario, los nombres lo aplastarían. Hay quien escribió que los nombres terminarían aplastando a Cuauhtémoc, incluso hubo un librito pagado por Martínez Villicaña, muy perverso, que se llamaba *Cárdenas, el pequeño*. No resultó pequeño, sino un líder de un gran tamaño, gran seriedad y gran capacidad de comunicación con la gente. Las cosas se sumaron. Cualquiera de las piezas que falle de un edificio, no diría que se derrumba, pero no alcanza la misma altura.

Todo funcionó bien. Los elementos fundamentales funcionaron; la memoria histórica de la gente, la candidatura de Cuauhtémoc como tal

y la Corriente Democrática como estructura espontánea pero flexible. También fue un triunfo de la espontaneidad: no diría que fue un triunfo del desorden, pero de alguna manera fue tan espontáneo, tan fresco, que le dio un gran valor. El que no tuviéramos un centavo, por ejemplo, dio un gran valor a la campaña, la gente sabía que no teníamos dinero. Cuauhtémoc llegaba en coche, en una camioneta de su madre, porque sus coches son más pequeños; hizo la mitad de la campaña en ella. Cada quien pagaba su boleto o su viaje: cuando íbamos cuatro o cinco era como sardinas, encimados en la camionetita. Cuando el PMS se juntó y llegaron sus camiones, hasta nos sentíamos raros de hacer campaña en un autobús grande, al final era una cosa rarísima para nosotros. Hicimos la campaña con los medios mínimos.

JW: ¿Recibieron subsidio del gobierno?

PML: Ninguno.

JW: ¿Nada?

PML: Nada. Cuauhtémoc dio en un discurso la cuenta de la campaña: los partidos nos empezaron a dar dos millones al mes, luego seis.

JW: ¿Los partidos registrados?

PML: Sí, ellos nos dieron dinero para pagar la avanzada de Cuauhtémoc, es decir, cuatro o seis personas que iban por delante y tenían que gastar en hoteles, etc. La avanzada fue lo que se pagó y un mínimo de *posters*, de publicidad escrita.

JW: ¿El PMS tuvo subsidio?

PML: Sí, pero sólo entró en el último mes. Los cuatro tenían subsidio, pero lo usaron en sus propios gastos de administración. La candidatura de Cuauhtémoc, a nivel nacional, obligó a los partidos a multiplicarse. Supongamos que el PFCRN tenía bases en 400 municipios o cuadros, quizá en 1000: con el paso de la campaña de Cuauhtémoc, al partido del Frente le convenía, estaba en su dinámica ir creando más cuadros, ampliarse para tener parte del beneficio del éxito de la campaña, igual al PPS y al PARM. La campaña fue demandante en recursos para los propios partidos, como campaña misma y como oportunidad de crecer. Claro que gastaron mucho en propaganda; algunos de ellos coleccionaron bastante dinero por medio del "boteo" y esas cosas. Los partidos

más o menos reciben en un año 800 millones de pesos, pero todo se les va en administración. El dirigente de uno de estos partidos me decía que en un mes habían gastado 150 millones en *posters*, por ejemplo, que consiguió del “boteo” y otros medios. A cada partido le convenía, y ésta era la parte sana de emulación de la campaña: que la imagen de Cuauhtémoc estuviera más identificada con su propio símbolo. Hubo una competencia entre los partidos para hacer mejor y más abundante propaganda en favor de Cuauhtémoc, para identificar lo más posible al candidato con el propio símbolo del partido. Eso no quiere decir que hayan sido cantidades de las que nosotros dispusimos, ellos dieron contribuciones mensuales.

Hay un libro con los discursos de Cuauhtémoc que ahora está en librerías. Él hizo las cuentas de la campaña, el gasto es mínimo; en el DF Ifigenia y yo gastamos en total, y no tuvimos mayor publicidad impresa, 21 500 000 pesos exactamente, que conseguimos de las más distintas maneras y a través de amigos que nos dieron su apoyo. Mi primera aportación fue de un amigo, un señor que estaba en un restaurante, que nos vio entrar y dijo: “Oigan, ustedes me caen muy bien. Los oí hablar. Creo que tienen una gran cosa y que van a democratizar al país. Van a hacer un gran esfuerzo. Manden a alguien a mi oficina”. Nos dio un cheque de dos millones de pesos. ¡Un señor que estaba sentado en un restaurante, a quien habíamos visto poco y nos oyó discutir! Un amigo, abogado litigante, reunió a un grupo de amigos a cenar y a cada uno le pidió una contribución, en ese momento por cheque o en el curso de la semana; ahí se juntaron dos, tres, cuatro millones de pesos. Ni siquiera hicimos un esfuerzo excepcional por conseguir una gran cantidad: gastamos esos 21 millones en calcomanías. Hay muchachos de la Universidad que hicieron sus propias colectas y sus propias calcomanías, llamadas *stickers*; otros amigos nos regalaron directamente propaganda, como uno que tiene una imprenta e hizo muchos volantes chicos con nuestro nombre, que todos los días repartía. Otro hizo un *poster*. En fin, tuvimos un presupuesto ridículo para cubrir lo mínimo de cuatro meses.

El PRI no hace una campaña de senador, incluso en un estado pequeño, con menos de 500, 1 000 millones de pesos. Entre otras cosas, la

nuestra tuvo la virtud de ser una campaña sin dinero. Hubo la gracia de no tener dinero y que la gente se diera cuenta de que no lo teníamos, porque eso hace que los que participan lo hagan a sabiendas de que no percibirán un solo centavo. El que quiere viajar, viaja por su cuenta. Hasta hoy el partido no tiene un centavo; el partido en formación no tiene dinero. Nos están ofreciendo un edificio, nos han ofrecido aportaciones, pero no dinero. Había un pequeño despacho con dos teléfonos en la calle de Georgia, de un amigo de Cuauhtémoc, adonde íbamos a hacer juntas; las oficinas que fueron del padre de Cuauhtémoc, mi casa, la casa de Ifigenia. Ganamos una campaña presidencial sin oficinas, sin dinero y sin camiones. Fue una campaña que se hizo en nuestras casas. Eso le dio una gran cercanía al candidato con el pueblo. Hicimos de la pobreza virtud.

EL NACIENTE PRD

JW: ¿Qué significará el PRD para los partidos que se consideran de izquierda?

PML: Si por izquierda entiendes del centro-izquierda hasta la izquierda, es decir, desde nosotros hasta la izquierda, la va a afectar de una manera positiva, la va a consolidar; si dices la izquierda tradicionalmente sectaria, la va a dejar del tamaño que era. La izquierda sectaria en México nunca ha tenido más de 2% del voto ni va a tenerlo. No la afectará, pero no tiene que ver con el gran problema del electorado nacional. Mientras no asimile que somos esencialmente una ruptura del PRI, no nos entenderemos metodológicamente; 50 o 60% de nuestra votación vino del PRI, pero pudo haber sido más pues esencialmente somos la ruptura del PRI.

Los grupos de izquierda, muy valiosos —no partidos sino grupos, movimientos sociales—, que se han unido a nosotros, tendrán la posibilidad de participar en un todo social y político mucho más amplio, como ocurrió con el Partido Socialista francés: fue originalmente la fusión de seis o siete grupos que se fundieron y que finalmente desprendió

la tradición del centro-izquierda de Francia —*le parti radical d'action*—, todo lo que fue la gran izquierda: los partidos republicanos, los partidos liberales sociales, los partidos radicales socialistas... Todo lo que era el espectro del centro-izquierda francés, que es histórico, finalmente vino a ser el eje del Partido Socialista francés, más distintos y pequeños grupos de izquierda, pero el gran torrente electoral del Partido Socialista no son los pequeños grupos sino *la vieille gauche*, la *gauche* del Frente Popular.

El espectro republicano, laico, social, radical, todo ello es un poco el nuestro también. No nos hacen daño los grupos de izquierda, para nada, y a ellos les hace mucho bien sumarse. Los que quieran quedar separados, allá ellos; mantendrán su respetabilidad, su identidad a cambio de una marginación. Tendrán que valorar. Si el PRT se reconstruye, si el gobierno le vuelve a dar registro y quiere mantenerse por su cuenta, lo respetaremos. Si el PPS quiere mantenerse por su cuenta, lo respetamos; el PPS es mucho más que un partido marginal, es un partido que mantiene una gran tradición en México.

Cuando vengan elecciones importantes creo que estaremos unidos. Es importante que en las grandes decisiones nacionales todos los partidos de un espectro, desde el centro hasta la última izquierda, se definan por una alternativa. Me gustaría mucho que en México hubiera la elección mayoritaria a dos vueltas, porque permite definir las opciones nacionales con claridad. Ya he dado el ejemplo de Mário Soares, que toda su vida fue anticomunista y llegó a la presidencia de la República de Portugal con el voto de los comunistas. No solamente no fue comunista, fue anticomunista con un escrutinio mayoritario a dos vueltas.

La proporcional para la cámara y el escrutinio mayoritario de dos vueltas para el Ejecutivo es la fórmula de los cincuenta dentro de lo que se llamó en Europa la “ingeniería electoral”. Se suponía que cada fórmula daba una estructura distinta de partido. ¿Cuál era la fórmula ideal para la mayor gama de expresiones ideológicas en el Congreso? La proporcional pura. ¿Y cuál permitía la reagrupación más clara de opciones a nivel nacional? La mayoritaria a dos vueltas para el Ejecutivo. Ése era mi proyecto.

Si en México hubiera una segunda vuelta electoral y calificaran los dos primeros, habría tres opciones. Si hubiera un escrutinio mayoritario de dos vueltas en México y hubieran llegado para una segunda vuelta Salinas y Cárdenas, ¿adónde hubiera ido el PAN? Es la gran pregunta: no hay un panista que la haya sabido responder. Se callan, sufren, pero no pueden contestar, y de nuestro lado también se suscitan terribles dudas. Una prueba interesante, que parece de salón pero que tiene un profundo contenido político.

¿Qué instrucción de voto da el PAN? ¿Abstención? ¿Deja en libertad de voto a sus miembros o se suma a uno de los dos? ¿Qué debemos suponer? Una gran mayoría de las estructuras del PAN se iría con Salinas: las estructuras de mando. Pero la base del PAN votaría por Cárdenas, porque sigo pensando que es demócrata. Pero hay otra prueba: si quedaran Clouthier y Cárdenas, ¿qué haría el PRI? Supongo que la mayor parte se vendría con Cárdenas, pero no la oligarquía priista. La tercera prueba es más interesante todavía desde el punto de vista de nuestra propia formación: si en la segunda vuelta quedaran Clouthier y Salinas, ¿qué harían los cardenistas? ¿Dónde están realmente las familias políticas? El sistema mayoritario de dos vueltas permite una clarificación fantástica de opciones, y ha acabado con partidos, los dividió en dos.

En México hay que verlo a la luz de este tipo de consideraciones globales, no de la chismografía política. Nosotros aspiramos a ser el partido más grande de México: lo somos electoralmente, pero el gobierno es más fuerte. No tenemos dinero. Desafiamos al gobierno desde la banqueta de enfrente de nuestra casa y le ganamos sin recursos. Aspiramos a ser el partido más fuerte, el más grande; a ganar el poder y lo vamos a ganar, que no te quepa la menor duda. Al PRI le vamos a ganar más pronto de lo que verás. Ya le ganamos electoralmente, ahora es cómo “torcerle el cuello al cisne de engañoso plumaje”. Aspiramos a una gama ideológica amplia que va desde el centro hasta el centro-izquierda, la misma gama ideológica a que aspiran Felipe González y François Mitterrand.

JW: ¿Rosario no participará en esto?

PML: No tienen registro, están a punto de perderlo. Se dice que el gobierno se los va a dar.

JW: Podrían aliarse con ustedes y tendrían el registro juntos.

PML: No quieren unirse. Encarnan una pureza revolucionaria.

JW: ¿Tampoco estará con ustedes el PFCRN?

PML: Por un tiempo largo, no.

JW: ¿Tampoco el PPS?

PML: Nosotros seguiremos siendo FDN.

LA INJURIA DE SEPÚLVEDA

(17 de diciembre de 1988)

JW: Háblanos de los ataques que has sufrido desde la oposición.

PML: Tuve un enfrentamiento con Sepúlveda en el Senado; pasó en televisión, en vivo. Como se lo dije en el Senado de la República y en televisión abierta: “Ustedes se apartaron de la línea tradicional de la política exterior mexicana en tales y en tales cosas. Usted no me ha contestado y sabe que sé de qué estoy hablando, y si quiere realmente que entremos a debate pido sesión secreta del Senado porque quiero hablar de cosas fuertes que no quiero dirimir en público. El Senado tiene, en su reglamento, la sesión secreta para hablar de cuestiones de política exterior. En serio. Si nada más es una apariencia, aquí lo dejamos; si quiere hablar en serio nos vamos a un salón a discutir frente a los senadores, en privado, en qué cosas se apartaron de esta línea”. No se trata de una dificultad personal que hayamos tenido.

JW: ¿Esto fue hace un mes?

PML: Sí, claro, ya como senador. Eso en lo que respecta a los espacios. Igualmente Cuauhtémoc Cárdenas. He estado hablando bastante de mí porque es una carrera típica de administrador federal. Evidentemente Cuauhtémoc tenía grandes divergencias como gobernador sobre cosas que estaban ocurriendo, que incluso afectaban la esfera de su estado. Empezó a tener confrontaciones de distinto tipo. Fue muy conocida la protesta cuando las tropas entraron al estado de Michoacán sin la

menor cortesía para el gobernador; fueron muy conocidas sus confrontaciones en materia electoral con el secretario de Gobernación cuando el gobernador reconoció los triunfos de la oposición. Cuauhtémoc fue extraordinariamente democrático en Michoacán y reconoció todos los triunfos de la oposición, a contrapelo de lo que quería la Secretaría de Gobernación. Hay diversas líneas, distintas a las mías, en las que Cuauhtémoc Cárdenas se fue separando mucho de las ideas dominantes en el gobierno. Cuando la gente tiene una connotación ideológica clara, cerrar espacios no es cerrarle espacios a las personas, también a las ideas.

Quiero decir otra cosa, aunque esté mal decirla: nada que se diga en este momento es malo para nosotros. A partir del 1° de septiembre ha ocurrido algo importante. En lo que hace a Cuauhtémoc Cárdenas y al movimiento —la historia de la campaña, el voto popular de nueve millones a su favor—, todo esto cambió cualquier cosa que se pensara de Cárdenas hace un año, no tiene nada que ver con lo que se piensa ahora. Es el líder de la oposición en el país. La transfiguración de Cuauhtémoc respecto a la opinión nacional es fantástica. Las dudas que se podían tener, que si era el hijo, que si no llenaba los zapatos de su papá: todo lo que se pudiera decir ya se olvidó porque es un líder con nueve millones de votos atrás.

En mi caso, el *délic* (disparador) definitivo se produjo el 1° de septiembre. Mi enfrentamiento visual y abierto con el gobierno dejó un fuerte impacto en la gente, coaguló una actitud de oposición, de ruptura, que no se había digerido totalmente, y ahora cualquier cosa que se diga de mí —en mi caso, no digo el de Cuauhtémoc, que es mucho más notorio— me hace bien. Ahora ya nada me hace daño, ni la muerte; nada me hace daño. Pueden decir que me robé 50 millones de dólares: me hace bien. Pueden decir que me acuesto con tres mancebos a diario: me hace bien. Porque hay conciencia pública de que cualquier cosa que se diga contra mí es una maniobra del gobierno. Pueden decir que soy cocainómano en las mañanas, morfinómano en las noches y mari-guano los fines de semana: nada que se diga me hace mal.

Hago una afirmación abusiva, la quiero medir, porque me lo han dicho además: nada en este momento que se diga de mí me hace daño, ya pasé un umbral que es fantástico. Claro, lo único que me haría daño

sería mi propia conducta si cometiera errores graves, si cometiera excesos que justificaran algo contra mí. En este momento, nada.

Como me dijeron en una reunión pública que Sepúlveda quiso atacarme de dos cosas, éstas se van a aclarar en un libro llamado *Compromisos*: en la primera entrevista digo que hice mi doctorado en Francia y que él no sabía. ¡El secretario de Relaciones Exteriores contestándole a un senador, acusándolo de que no tiene doctorado! Claro que hay una economía de lenguaje aquí porque no revisé, pero no hablo de tesis: yo *realicé* mi doctorado.

LF: La tesis de doctorado.

PML: Es aquel libro sobre sistema político mexicano en el que estoy trabajando: tengo 450 cuartillas. Tengo mi diploma de estudios ortodoxos, pero es doctorado en Derecho con especialidad en Ciencia Política, expedido por la Universidad de París pasado el 13 de mayo de 1958, ahí está... 19 de mayo, seis días después del 13 de mayo, por eso siempre me acuerdo de la fecha. Pero para que un secretario de Relaciones Exteriores se vaya sobre mis títulos académicos como argumento, cuando fácilmente he dado clases en 90 universidades... ya perdí la cuenta. He dado cursos y conferencias, sin contar la República Mexicana, en más de 90 universidades del mundo. Es increíble, pero así es. En este país he dado cursos, pláticas y conferencias en no menos de 25 universidades, nada más en este país. En Francia, Inglaterra, Brasil, Colombia, Venezuela, Argelia, en Asia: he dado cursos. Poner en duda si tengo títulos académicos es una cosa absolutamente estúpida. Fui profesor titular del Colmex antes que este muchacho. He sido dos veces titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y tengo mi tercer ciclo en la Universidad de París perfectamente documentado, mi diploma de estudios superiores de doctorado, que es el tercer ciclo. ¿Cuál es el problema?

¿Cuál fue la reflexión de la gente? Y que si me había dado un beneplácito el gobierno de Gran Bretaña o no me lo había dado: es una mentira todo lo que está urdiendo.

Si el gobierno manda al secretario de Relaciones, en televisión abierta, a atacar al senador Muñoz Ledo con un altero de tarjetas, es que no tiene nada de qué atacarme. No hay un acto de deshonestidad. Es un

funcionario que con todo el poder del gobierno, con toda la información del gobierno, pudiendo tener los datos más finos de más de 30 años de función pública, no encuentra un acto de deshonestidad de qué atacarme; no tiene un grave error cometido como funcionario que denunciarme. Para la gente fue mi gran certificado: el gobierno manda a un secretario de Estado a atacar por la televisión al senador Muñoz Ledo y le saca si es doctorado o es diploma de doctorado, y lo de si llegó a pedir el beneplácito o no a la Gran Bretaña. Ésa es la discusión.

Les pedí que no lo hicieran y dicen que sí lo hicieron. Mi hijo me habló hoy en la mañana de Londres, porque le dije que viera a Tony Parsons. Me dijo: “Sí pidieron tu beneplácito y siete días después lo dejaron de pedir”. “¿Quién te lo dijo?” “El ministro consejero de la embajada.” Entonces sí lo pidieron, pero jamás se negó: simplemente lo retiraron por la presión de Gavin, ya querían anunciar que me iba a algún lado. Les urgía y jamás se negó; además, en la diplomacia nunca se niegan beneplácitos. Según los datos de los archivos de la embajada, tardó entre siete y nueve días en que se pidió y se retiró. Es una gran mentira, y el cálculo de Ricardo Valero es que Sepúlveda quiso quemar la posibilidad de que yo fuera a Inglaterra, porque él quería ir allá; ahora está nombrado en Londres. Desde entonces tenía ese propósito y no quería que yo fuera porque me podía quedar ahí. Todo esto fue una trampa de Sepúlveda para que yo no fuera, es obvio; además, yo nunca quise ir a Londres. Para eso salió con un asunto tan leve, como si se pidió un beneplácito: jamás podrá probar que se pidió ni menos que se negó. Jamás se ha negado, ¿cómo lo van a negar? Es un asunto donde está involucrado su interés personal. Y para que el otro ataque que lanzó sea sobre la naturaleza de mis grados académicos, que si es *master's degree* —lo cual no es sino un problema de matiz—, significa que el gobierno no encuentra retrospectivamente, en una larga vida pública, nada de lo que me puedan infamar.

JW: En Estados Unidos se dice que uno es comunista, en México se dice que es homosexual.

PML: Sí, es un recurso innoble debido a un machismo bastante elemental, pero ya es algo demodé; fue costumbre que afortunadamente

se ha venido perdiendo. Aquello ha respondido a ciertos sentimientos elementales y a la reacción de cierta política “bronca” respecto a nuevas generaciones políticas. En los cincuenta y quizá todavía en los sesenta tipificó una reacción de políticos de otra época, todavía la memoria de los “empistolados”, que reaccionaban visceralmente frente a políticos más educados, con mayor *savoir-faire*, con títulos, más finos en sus maneras y en su trato; entonces la reacción era: “¡Jotos!” Eso lo vivimos desde la facultad, entre los viejos políticos, llamados *fósiles*, y los jóvenes políticos, que éramos más bien intelectuales, escritores, oradores.

JW: En *Compromisos*, en una entrevista que concediste a los editores en diciembre de 1987, dices: “Después viajé al extranjero. Estuve en Francia, en la Universidad de París, *donde hice el doctorado en Ciencia Política*. Al regresar a México estuve dos años en la Facultad de Ciencias Políticas. Debo decir que yo venía con esta idea. Incluso mi tesis de doctorado fue sobre el sistema político mexicano”.

PML: Eso no lo escribí, Jim.

JW: Pero es una entrevista.

PML: Está editada. Esta entrevista no duró lo que éstas, pero el editor estuvo en casa fácilmente tres horas.

JW: ¿Sacó grabación?

PML: Sacó grabación y ésa es una edición compacta. Me gustó mucho el estilo de la entrevista, por eso casi no la toqué; la vi rápidamente porque el libro ya se iba a prensa. Esto se hizo un poco antes. Insistí en que el orden de los trabajos fuera cronológico porque me parecía que el objeto de este primer tomo de *Compromisos* —desde que lo hice pensé que sería un primer tomo— era dar cuenta de una evolución, porque es un año de transición en mi vida muy importante: mi salida del gobierno y del PRI, fíjate nada más.

Para mí hay una evolución y quería dar constancia de ese tránsito desde mi último escrito como embajador, que es la entrevista de Alan Riding, donde ya hay aristas; sobre todo al final es muy crítico. En la residencia México-Nueva York terminé ese trabajo. La del Instituto Matías Romero no es una entrevista oral, es un largo cuestionario como de 80 preguntas que me mandaron: las clasifiqué, seleccioné las

más importantes y respondí por escrito. Lo dicté cuando ya me venía, en las últimas semanas de mi estancia en Nueva York; en realidad lo comencé dos o tres meses antes, pero uno lo deja para el final. La versión final la terminé en las tres últimas semanas, contesté esa entrevista mientras empacaba. Era importante que diera testimonio con gran respeto a la cronología, de una entrevista a otra, de cómo había ido cambiando, cómo se había ido definiendo una posición, pero el editor quería hacer una edición popular y consideró que los primeros escritos eran demasiado densos, que se le iban a caer de la mano al público lector, porque una larga entrevista sobre política internacional no iba a funcionar para el público común. Insistieron en que comenzara por una entrevista retrospectiva; insistieron mucho en reorganizarlo. Es más, ya habían reorganizado el material y esto casi lo ponían como apéndice. No estuve de acuerdo con la reorganización. La “solución de transacción” fue la entrevista con el gerente de la editorial, Guillermo Mendizábal Rico, con un ayudante, que fuera una explicación de todo a la luz del momento en que vivíamos, en que aparecería el libro.

Sin ser un periodista profesional, me parece que fue muy respetuoso del estilo —hace un momento Lisa me decía que estoy “de cuerpo entero” en la entrevista—. Me gustó la forma y lo toqué poco; era tan apresurado que no lo volví a escribir y, claro, al editarlo hay cosas que se empastelan. Fui a ver al profesor Maurice Duverger, y eso fue lo que me retrasó cuatro años en Europa. Voy a contar mi vida académica en Francia: fui con el propósito de hacer —está mi solicitud a la embajada de Francia— estudios de distintas materias sobre un enfoque que me interesaba, que era lo que entonces llamaba “la sociología jurídica”.

JW: ¡Claro!, salió el año pasado. Nunca dijiste que sacaste el doctorado.

PML: Sino un diploma de estudios superiores de doctorado.

JW: Y que nunca terminaste tu tesis. Eso era un proyecto a futuro.

PML: Así es.

JW: Quedó claro. Y en tu currículum vitae no sale nada de eso.

PML: Esto salió en esa entrevista, porque al editar él simplificó. Nunca lo digo así; a lo mejor en el calor de la entrevista no lo dije de un modo muy propio.

JW: La tragedia del pobre Sepúlveda es que la peor cosa que pudo encontrar fue un error de un editor. Recuerdo el asunto de Javier Bonilla cuando salió como subsecretario de Educación con Porfirio, apareció en la primera plana del periódico: “EL DOCTOR BONILLA REGRESA DE WASHINGTON”. Entonces fui con alguien el mismo día que regresó, y estaba ahí, en su oficina, explicando al grupo que de un día al otro los periódicos le habían dado el doctorado, porque él siempre decía “licenciado”, pero según él, los periódicos dotan la facultad a cualquier persona importante, especialmente en educación. Me dijo textualmente: “Ellos creen que tienen que dar título a los de educación. Yo no hice nada y ahí está”.

PML: Si, supuestamente, me hubiera ostentado como doctor, desde luego no habría delito, porque la Ley de Profesiones ampara nada más las licenciaturas, que son patentes de ejercicio profesional, y algunas licenciaturas, no todas. Además, lo que está penado es el ejercicio ilegítimo, no el presumirlo. Lo que quería el gobierno era exhibirme como usurpador, como un tramposo que detentaba un título inmerecido.

JW: La tradición histórica en Latinoamérica es que, cuando uno tiene bastantes años de educación, automáticamente es doctor porque tiene más educación que cualquier otra persona en el país. En Bolivia y Costa Rica, quien actúa con muchos años de estudio es doctor.

PML: Está claro que ahí sólo hubo un error o una simplificación del que hizo la entrevista; incluso, por un escrúpulo extremo, le pediré a Mendizábal Rico el original de la cinta de la entrevista para ver si es realmente un error del editor o si fue un *lapsus* mío por la precipitación. Queda constancia de que nunca he usado en mi nombre el título de doctor, que me opongo al uso del “Lic.”, del “Ing.”, del “Arq.” y del “Dr.” en los organismos donde he trabajado. Estoy contra ese uso nobiliario de grados académicos, que además no corresponden a nada; hay cientos y miles de intelectuales mexicanos a los que les dicen “Dr.”, “Ing.” o “Lic.” que no tienen grados académicos. Ifigenia Martínez jamás obtuvo su licenciatura en Economía porque terminando sus estudios se fue a Harvard, y tiene un *master's degree*. Le ponen “Lic.” o “Dra.”: a ella le vale. Pablo González Casanova no tiene ningún grado académico de México, es obvio: estudió en el Colmex cuando no

otorgaba grados ni títulos, y tiene diplomas en Europa. Le ponen “Dr.” o “Ing.”: es absolutamente irrelevante cuando una gente tiene un nombre y una obra. Depende del sistema educativo en que haya estudiado. En el caso de Javier Bonilla, hizo un curso en Uppsala; en cualquier otra universidad le podrían haber dado un doctorado balín. Esas cosas carecen de importancia salvo para efectos del medio profesional.

Pude revalidar mi diploma de estudios superiores de doctorado en la Dirección General de Profesiones por la sencilla razón de que los dictámenes de revalidación de grados y estudios para profesiones los hacía yo y los firmaba, así es que el día que hubiera querido, en 10 minutos lo registro en Profesiones; no hubiera tenido ningún problema. Simplemente he estado contra el uso de esas cosas. En los escritos del partido verán que cuantas veces me encuentro “Ing.” Cuauhtémoc Cárdenas, el “Ing.”, fuera; “Lic.” Porfirio Muñoz Ledo, “Lic.”, fuera... Siempre que he podido, en los escritos que firmo, en los títulos profesionales que expedí como secretario de Educación Pública —claro, cuando ya estaban impresos o escritos en el pergamino ya ni modo— firmo “Porfirio Muñoz Ledo”, punto. Si me dedico cinco años a acumular títulos, no me faltará manera de sacar cuatro o cinco; eso carece de importancia. Es parte de las deformaciones del subdesarrollo a las cuales rehuí. Me parecería grotesco que un intelectual europeo estuviera peleándole al señor Sartre porque lo llamaran “licenciado Sartre” o “doctor Sartre”. ¡Es tan grotesco! Cuando un intelectual o un hombre público tiene un nombre y una carrera, ya hay un nivel de sabiduría, de conocimiento. Por ejemplo, cuando fui profesor asociado en el Colmex, el curso que di fue en doctorado, y no es la primera vez: ahora, en Ciencias Políticas, el curso que quieren que dé es en doctorado, precisamente. Es ridículo que le disputen un grado académico: se supone que hay un nivel académico o político que está acreditado.

JW: ¿Era desesperación de Sepúlveda?

PML: En este caso es deseo de agredir y cierta táctica, planeada con Los Pinos según se sabe, para evitar que la noticia fuera la crítica a la política exterior; en ese sentido tuvieron éxito, es un problema de manipulación de medios. Si vas a hacer la crítica a la política exterior,

¿de qué manera evitas —además, si hay controles e influencia sobre la prensa— que “la noticia” sea esa crítica? Creando otro *issue*. Esto es muy de la vieja tradición diplomática.

JW: Dar información falsa.

PML: Claro. Ya me lo habían hecho. Cuando discutimos y glosamos el informe presidencial de De la Madrid, el día que tocó la glosa de la política exterior, al terminar la sesión, un senador del PRI fue a leer un escrito donde el Senado aplaudía la calificación de la elección presidencial hecha por la otra cámara; llegó y le propuso al Senado que se solidarizara y mandara una felicitación y pleno apoyo al Colegio Electoral de la Cámara de Diputados por haber calificado la elección de Carlos Salinas de Gortari, etc. En el momento en que el senador del PRI Roberto Madrazo Pintado leyó eso, en un tono de discurso priista: “Nos solidarizamos con la decisión histórica de la Cámara de Diputados”, encendió a los cuatro senadores de la oposición y uno por uno subimos: “Es una infamia que el señor pida que el Senado se solidarice con un acto ilegal, etc.” Esa media hora o 40 minutos que duró la bronca fue lo que salió en los periódicos nacionales del día siguiente a aquel en que el Senado de la República hace la glosa del capítulo de política exterior del informe de De la Madrid, que es competencia exclusiva del Senado.

Por única vez en el año, porque no se sabía si Sepúlveda iba a volver, el Senado estaba cumpliendo ese día la primera de sus facultades constitucionales y sin embargo, del cumplimiento de esa, su primera facultad constitucional, al día siguiente en los periódicos no salieron más de tres líneas —en *La Jornada*, cuatro líneas abajo—: “¡Ah!, y en el debate sobre política exterior Muñoz Ledo dijo...” Toda la noticia era la bronca respecto a la calificación de la elección presidencial y se borró el juicio sobre la política exterior.

EL SEXTO INFORME DE DE LA MADRID

JW: No hemos oído qué pasó en el llamado escándalo del 1° de septiembre.

PML: No lo llamo escándalo.

JW: Hemos leído mucho al respecto.

PML: Lo llamo recuperación de la independencia del Poder Legislativo y de la dignidad de los representantes del pueblo.

JW: ¿Qué pasó? Porque entre los invitados... Desde el 1° de septiembre, todos en México dicen: “¿Y qué va a hacer Porfirio?” sobre cualquier evento. Entre los invitados especiales a la inauguración, todos querían preguntar: “¿Cuál será la reacción de Porfirio?”

PML: Salí bien en medio del pasillo, encabezando la marcha. Me volví hacia las tribunas, te busqué pero nada más encontré a Fidel; vi unas barbas grandes y un uniforme. A ti no te vi, pero Fidel Castro sí estaba ahí; se me quedó viendo, además. La situación era la siguiente —nos estamos retro trayendo al 1° de septiembre—: no podíamos callar después de la calificación de la elección presidencial, de la calificación de la elección en Diputados, que fue aberrante, y la del Colegio Electoral de la Cámara de Senadores, que lo fue también.

JW: Habías ganado como senador...

PML: Se me calificó el lunes, mismo día en que entré en el Colegio Electoral de la Cámara de Senadores. El clima, sobre todo en la Cámara de Diputados, era sumamente agitado, porque se había pasado sobre la oposición y se había autocalificado la mayoría priista con lujo de violaciones a la ley. Diario había escándalos en la cámara.

JW: No abrieron los paquetes.

PML: Desde luego no, pero todavía no ocurría la calificación de la elección presidencial: ocurrió entre el 2 y el 10 de septiembre. Esto fue previo a la calificación, pero había un clima grave en la Cámara de Diputados porque ya se había procedido a una calificación arbitraria de la propia Cámara de Diputados, habían rechazado alegatos de fraude. Fue cuando un diputado aventó desde la tribuna todas las boletas; empezó a aventar sacos y sacos y sacos. Por cierto, a ése sí le dieron el triunfo. Es del II distrito de Guerrero, creo; del Frente, desde luego.

El clima de la Cámara de Diputados era tenso y no podía dejarse pasar el informe de De la Madrid, porque además se le atribuía a él, desde el punto de vista político y moral, la responsabilidad del fraude.

El presidente de la Comisión Federal Electoral es un funcionario a su servicio, el secretario de Gobernación. Era evidente, estábamos enterados todos de que De la Madrid había dado su autorización e instrucciones para cometer el fraude. Además, era chocante el doble lenguaje empleado por De la Madrid y su gente.

Fue aberrante la aparición del presidente del PRI en la televisión la noche de las elecciones, el 6 de julio, y en la madrugada del 7, a la una de la mañana, diciendo que habían tenido un triunfo limpio, inobjetable y transparente cuando nosotros estábamos, por ejemplo, en la Ciudad de México, en el centro de cómputo de mi distrito, y a la una de la mañana no teníamos computada ni la mitad de las casillas en una zona urbana. Cuando De la Vega apareció en la televisión, en el centro de cómputo de un distrito urbano de la Ciudad de México teníamos computado 40% de las casillas, y las actas de casilla no llegaban todavía al comité distrital, estaban llegando a nuestro centro de cómputo, así que, obviamente, el gobierno todavía no tenía esa información; no la tendría hasta la madrugada, porque debía computar lo de todo el país.

A la una de la mañana en que nosotros, insisto, en un centro urbano teníamos 35 o 40% de las casillas computadas, anunciaron el triunfo de Salinas: esto es bastante grotesco, lo que pasa es que nos estamos acostumbrando. Es profundamente inmoral. Y la hipocresía de De la Madrid, que se presenta con este espíritu de *niño bien* que tiene, como el hombre bueno, como el hijo de las escuelas cristianas, el que nunca miente, con su carita de no romper un plato, diciendo las más graves mentiras y las más grandes falacias y ocultando la enorme ilegalidad de su gobierno. La gente estaba harta de la hipocresía de De la Madrid, así es que no estaba dispuesta a tolerar que dijera tonterías. Hubo gente que nos conectó del otro lado, no a mí, sino a los partidos y a los líderes, para preguntarnos qué haríamos. Les contestamos: "Depende de lo que diga De la Madrid. Si sale con su doble lenguaje, no lo dejamos hablar". Estábamos hartos de la mentira del gobierno y del fraude. El clima era muy denso. Contra lo que se diga, ese día cumplí el papel que me fue asignado por los partidos, no hubo en esto ningún afán protagónico ni deseo de singularizarme. Las razones por las cuales me tocó este

papel son obvias y las voy a explicar. La primera decisión que había que tomar era si íbamos al informe o no: evidentemente había que estar, las curules son los espacios de soberanía que el pueblo nos ha concedido, así que no teníamos por qué desertarlos; estamos legítimamente sentados ahí. Los del PRI no, o no todos. Hay legítimos e ilegítimos de los del PRI; los nuestros, todos son legítimos.

LF: Pero tuvieron debate al respecto, ¿no es cierto?

PML: Sí, se discutió durante muchos días. Dialogamos con el PAN, tanto para el 1° de septiembre como para el 1° de diciembre. Tuvimos tres reuniones con Luis H. Álvarez, dos de ellas en la casa de don Luis, para ver si afinábamos una táctica común para el 1° de diciembre, porque no es lo mismo ser 140 que 240. En este caso los puentes con el PAN son obvios; es mucho mejor hacer algo conjuntamente, tiene más impacto. Además, quita uno razones a la acusación de que los frentistas son unos acelerados, o “el lumpen”, como dice Gastón García Cantú. Y al PAN también le conviene saber lo que nosotros hacemos. Ya llegamos a un tipo de decisión con el PAN donde hacemos cosas parecidas, pero cada quien en su estilo; ellos no quieren entrar al nuestro, quieren tener su singularidad y no lo hacen mal. Ya patentaron su estilo de hacer las cosas, nosotros patentamos el nuestro, y dentro de la competencia política es válido. Somos más exitosos que ellos, pero en fin, ellos tienen su propia valoración de su clientela; no pasan de ciertas rayas porque su clientela los identifica con gente propia y no quieren ir más allá.

Para el 1° de septiembre los identifican como gente propia, gente que no comete faltas de urbanidad. Como partido conservador que son, siempre buscan no excederse, aunque hay diversas opiniones dentro del propio PAN. En el caso del 1° de septiembre, la alternativa de no ir se desechó; la alternativa de quedarse todo el tiempo también se desechó, y estaba en principio, como idea predominante, ir a la ceremonia y en algún momento abandonarla no gratuitamente sino como protesta contra algo que se dijera u ocurriera.

Esto no era acuerdo de todos los partidos sino más bien de nuestro grupo en particular: hacer una protesta y procurar que el PAN tuviera una conducta igual a nosotros, que la mitad de la cámara, ¡zas!, se fuera, y eso

tiene mucho impacto. No habíamos logrado una idea común, porque las opiniones eran distintas en el seno del FDN. Se impuso, sin embargo, la idea de interpelar. El reglamento de la cámara incluye la interpelación, que es una pregunta que se le hace al orador siempre y cuando éste la acepte; el orador puede ignorarla, pero se tiene derecho a formularla. En el reglamento interior de cualquiera de las dos cámaras uno le dice al presidente de la cámara, no al orador: “Señor presidente, deseo interpelar al orador, ¿quiere usted preguntarle si acepta una interpelación?” “No, no la acepta.” “Muchas gracias, señor presidente.” Ésa es la práctica de la cámara. Claro que en ocasiones se hace directamente la pregunta: “Quisiera preguntarle al orador por qué tal cosa, si me lo quiere contestar”. Eso también es práctica parlamentaria, se vale aunque no esté escrito, pero es obvio que al pedir permiso para interpelar, uno formula la pregunta. Por ejemplo: “¿En qué basa su afirmación? Quiero preguntarle si acepta mi interpelación”. Eso se vale.

JW: Dijeron que en el informe presidencial no hay campo...

LF: ...para ese tipo de interpelaciones.

PML: No es cierto, no hay nada escrito en el ceremonial de la Cámara de Diputados. Dicen lo que les da la gana. Con presidente de la República y con informe, sigue siendo una sesión ordinaria. La Constitución dice —siempre la llevo al Senado; la Constitución todo el tiempo la tengo en la mano— que el presidente acudirá a la apertura de la sesión ordinaria del Congreso. Es sesión ordinaria del Congreso y no hay ninguna excepción.

LF: Lo cierto es que esto nunca había acontecido antes.

PML: Claro que nunca había acontecido. Es la ruptura del mito del absolutismo presidencial. Para la gente fue muy importante lo que ocurrió el 1° de septiembre, más que lo del 1° de diciembre.

JW: Además, Salinas decidió no ir.

PML: Eso es otro problema: no creo que lo hayan invitado. Además, eso es espurio. El primero que invitó al antecesor fue Echeverría, pero me meto en otra conversación. ¿Por qué no seguimos la línea de ésta, volvemos y les cuento cómo fue López Portillo en 1976, y por qué fue De la Madrid y en qué circunstancias?

JW: Sólo estaba tratando de ver la situación.

PML: Se tomó la decisión de interpelar en determinados pasajes del informe; sabíamos que el PAN iba a protestar en el pasaje donde se habla de las elecciones, a no ser que De la Madrid hubiera dicho: "Reconozco que las elecciones fueron muy irregulares y que se cometieron graves fraudes": si lo hubiera dicho, se le habría aplaudido, pero sabíamos que iba a decir exactamente lo contrario e iba a salir con su gran mentira, que la democracia en México era como un sol esplendente. Sabíamos que iba a repetir la información oficial, que las elecciones habían sido las más limpias de la historia, y eso se tendría que protestar en la cámara, no se podía hacer otra cosa.

Los representantes de los partidos nos reunimos la noche anterior, pensando que ya tendríamos el informe, que generalmente se reparte en la noche bajo embargo a los periódicos; pero no, esta vez lo retuvieron más allá de la cuenta, al punto de que no estaba en los escritorios en el momento en que comenzó el informe. Es decir, no estuvo durante todo el informe, violando la Constitución, que dice que el presidente presentará un informe por escrito. Es así que la primera vez que levantamos la mano —el diputado Jesús Luján, del PPS— fue para una moción de orden, preguntando por qué no estaba el informe en las mesas. No tuvimos en la noche el informe escrito y nos pusimos de acuerdo sobre cinco o seis pasajes que necesariamente habría: cuando hablara de las elecciones, de la deuda, de los salarios y del gasto público.

Había que hacer una interpelación sobre el gasto público dedicado a la campaña de Salinas, por ejemplo; cuando hablara de temas sobresalientes, si había alguna afirmación muy falsa, muy hueca —en política exterior también interrumpimos—. Se pensó en seis o siete interpelaciones y se distribuyeron los roles entre los partidos: la primera corresponde a un diputado de tal partido, la segunda al de tal, la tercera al de tal, etc., y quedamos de vernos en la mañana ya con el informe, que, suponíamos, lo tendríamos, para señalar los pasajes. Cuál sería nuestra sorpresa de que no estaba el informe: conseguí un ejemplar unas dos horas antes, había ejemplares entre los periodistas. Un periodista me lo dio temprano; se había comprometido conmigo. Otros diputados

lo consiguieron. Fue una cosa infamante: lo tenían los periodistas y no los diputados. No había suficiente número de ejemplares, así es que las interpelaciones fueron mucho menos ordenadas de lo que podían haber sido porque no teníamos identificado el párrafo específico, pero más o menos coincidieron, y hubo algunos diputados que se aventaron por su cuenta sobre otros pasajes, haciendo alguna pregunta en voz alta. Cuando se negó la moción de orden —ya sabíamos que negarían todas las interpelaciones, lo suponíamos de todas maneras—, entonces se levantaban, decían: “Señor presidente...”, y leían artículos del reglamento aprovechando el volumen del micrófono.

Escogieron a un presidente del Congreso con voz bastante fuerte para opacar las voces de abajo, y prepararon la televisión de modo que no saliera nada, de borrar todo, cosa bastante antidemocrática por otra parte: un debate parlamentario debe ser transmitido íntegramente, con todo lo que pasa en la sala. Todos éstos son aspectos de una política antidemocrática, por no llamarla dictatorial: son cosas que no hay que dejar de subrayar y de protestar, que se den el lujo de manejar todas las cadenas de televisión como les da la gana y de pasar al público solamente lo que ellos quieren. Esto es propio de un Estado totalitario y hay que decirlo con todas sus letras.

El escándalo mayor se produjo cuando lo de las elecciones, porque el PAN se levantó y nosotros nos levantamos, se interrumpió la sesión varios minutos: “¡Fraude!”, empezó el grito; “¡Repudio total al fraude electoral!” Y aquéllos gritando, como en las Olimpiadas: “¡México, México, México!” Se hizo el escándalo. ¿Por qué hablé? No estaba previsto que se personalizara, y no era necesario que lo hiciera, teóricamente: lo que ocurre es que se tomó la decisión de que nos fuéramos en un momento en que ya fuese evidente que no podíamos interpellar, es decir, que nuestra protesta no fuera a limitarse contra la negativa de interpellar; se pensó que lo eficaz era salirse hacia el fin del informe, para provocar el mayor número de interrupciones y abarcar en nuestras preguntas un mayor número de temas. No sabíamos si en última instancia podríamos colar algunas preguntas; no se sabía cuál sería el nivel de la cerrazón. No podíamos estimar en qué momento la gota derramaba el

vaso, en qué momento era necesario irnos, y eso fue una de las discusiones más difíciles entre nosotros, porque nadie podía adivinar en detalle qué pasaría. Se tomó tarde la decisión de que alguien, en un momento determinado, diera la voz de salida, y ese alguien tenía que ser, primero, alguien que estuviera hasta el frente para que todos nos vieran —los senadores estábamos hasta el frente—; alguien de la Corriente Democrática, no de los partidos —de alguna manera hemos fungido como catalizador—, y alguien con la suficiente autoridad para que le hicieran caso, para que fuera notorio, y me pidieron que diera la voz de salida.

Quedó a mi criterio si hacía una interpelación hacia el fin del informe o ya dentro del mensaje, según las circunstancias, y escoger el párrafo del mensaje, si así era, o el momento que considerara que podía dar la señal de salida, sin interpelación o con interpelación: quedó bastante a mi criterio. Tuve contacto por medio de papeles con dos líderes de las fracciones que estaban cerca de mí, a través de una persona que los llevó por los corredores; tengo en una carpeta las copias de los mensajes escritos que nos pasamos. No hice nada que no fuera consultado con mis compañeros y guardo esos papeles: “Pienso hacer una interpelación al comienzo, en aras de las circunstancias. Pienso interpelar al comienzo del mensaje y, de no tener éxito, iniciar la salida”. “Correcto”, me puso un líder. “De acuerdo”, me puso otro. No pude consultar con las cinco fracciones porque estaban muy lejos, pero se determinó según las circunstancias.

Las interpelaciones fueron negadas. Ya se hacían a manera de pregunta en voz alta; cuando estaba hablando de nutrición, “¡Los niños se mueren de hambre, señor presidente!” Ya no se hacía la pregunta, se hacía la interpelación en voz alta porque de otra manera no dejaban que se oyera, y se oyeron algunas voces. Escogí el segundo o tercer párrafo; quizá debí haber escogido un poco después, pero pensé que podía mantener la tensión durante todo el mensaje. Era una frase donde él decía: “He cumplido y he hecho cumplir la Constitución de la República...” “¡Señor presidente!” Ahí era el punto.

Mi vecina de asiento, pensando en las reacciones de la clase media, me dijo: “Empieza diciendo ‘Con todo respeto’, para que no te acusen de irrespetuoso”. “Me parece buena idea.” Entonces: “¡Con todo

respeto, ciudadano presidente, con todo respeto!” Al segundo “¡con todo respeto!” se hizo el escándalo, me rodearon periodistas, bajaron guardias que supusieron —yo estaba en la primera fila— que me iba a ir contra la tribuna; primero me cerraron el paso los guardias. Entonces di la vuelta por el otro lado.

Yo no intentaba subir a la tribuna, aunque sí pretendía salirme hasta el pupitre, unos 10 o 12 metros, y avanzar, claro, avanzar para dar toda la visibilidad al desafío del Poder Legislativo al Poder Ejecutivo, un desafío claro y abierto. Pero cuando quise salir, junto a mi pupitre se me cerraron tres guardias; me regresé dos pasos, le pedí permiso a quien estaba a mi lado y me salí por el corredor, un poco nada más: ya no pude moverme porque se hizo una nube como de 80 periodistas, ahí están las fotografías. Pregunté —tenía un guión en la mano que salió en la revista *Proceso*— cómo manejarlo procesalmente: “Ciudadano presidente”, si se me negaba dirigirme directamente al presidente, de la República, etc. Eso es lo que tenía en la mano: un papel con el guión. No me dejaron. Me apoyaron las voces de mis compañeros atrás. En el mejor de los casos pensaba que si no me dejaban en ese momento, volvía a hablar, a hacer una segunda interpelación dos párrafos después, y una tercera sin moverme ya, sin sentarme, quedarme parado casi en medio de la escena y volver... Pero la tensión estalló.

Cuando De la Madrid ya estaba hablando, y en la última dije: “¡Con todo respeto y por última vez!”, cogí y dije: “¡Nos vamos en señal de protesta!” Y ¡bum!, se vino la cámara encima. No sé qué pasó: la gente estaba con los rostros descompuestos. Unos gritaban “¡Fraude!”, otros gritaban “¡Traición!” Dicen que hubo golpes; yo no vi ninguno, nadie me golpeó. Dicen que dos gobernadores me dieron patadas, que otro gobernador me pegó.

JW: ¿Habías previsto esa reacción del cuerpo de seguridad?

PML: Sí, cómo no, me esperaba cualquier cosa.

JW: Pero no a tantos periodistas.

PML: Sí me lo esperaba... pero no que me fueran a bloquear los periodistas.

JW: Sí, porque impidieron el acto y lo que querías hacer.

PML: Al contrario, me sirvieron de gran protección. Mi salida estuvo amparada por los periodistas: salí en brazos, casi en hombros, cargado por ellos. Tuve a mi alrededor un colchón de periodistas y fotógrafos que impidió, en gran medida, la confrontación física. Hubo un momento en que no pisaba el suelo, en que iba sobre los periodistas, en una nube; como en alas, y atrás todo el mundo.

Ponerme de pie catalizó las cosas: los odios, los rencores, los gritos. Hubo una verdadera catarsis, ahí estalló todo. Salieron todas las tensiones; gritos destemplados, coros. No sé cuánto haya durado: tres, cuatro o cinco minutos. El plan ideal era interpelar; si no me dejaban, quedarme de pie, esperar a que leyera dos o tres párrafos, y hacer otra, hasta que llegara un momento en que me oyera, o me iba. Pero el ambiente no pudo aguantar.

No podía seguir pidiendo la interpelación, porque ya los diputados y el público del PRI habían acallado y porque De la Madrid siguió la lectura. Mientras las voces del PRI acallaban a las de la oposición, el presidente pudo continuar después del escándalo y con la lectura la gente se calló; si hubiera habido un apoyo de voces todavía más tiempo, me hubieran sostenido ahí. La cuestión es que no podía volver a meterme y sentarme. Esto llegó a un punto de tensión tal, que el globo tenía que reventar; lástima que reventó ahí y que no hubo un apoyo suficiente para mantener la interpelación 10 o 15 minutos más.

De la Madrid se quedó solo y tuvo su éxito final con sus correligionarios; se sintió muy tranquilo. Dicen que habló muy bien al final, se emocionó y lo aplaudieron. La única crítica que me han hecho es que, si me he quedado, le impido el último *show*: eso era imposible. En tales circunstancias no quedaba sino salirse.

Se hizo el escándalo, salí a la calle y un periodista malicioso me preguntó: “¿Es cierto que lo golpearon?” Le dije: “No, hombre, si yo soy campeón de box”, y eso salió en todos los periódicos: “MUÑOZ LEDO, CAMPEÓN DE BOX”. Fue parte de la leyenda.

Esto sirvió como una catarsis. Fue un símbolo para la gente de que se acaba en el país, para siempre, el presidencialismo absolutista. Es una señal de que cualquier cosa puede pasar en cualquier ceremonia en la

cámara en el futuro; es decir, si las cosas no toman un rumbo democrático, queda abierta la posibilidad en las cámaras de objetar al Ejecutivo. Vamos a ver cómo transcurre el próximo informe, y el otro y el otro. Se acaba una época de la vida de México. No es un hecho aislado para la conciencia pública, a la que le quedó sobre todo la última interpelación mía. ¿Por qué? Porque fue la salida, porque quizá soy más notorio, y porque eso la televisión ya no lo pudo ocultar. Lo que la gente vio por televisión no fueron las otras interrupciones, o casi no las vio. Lo que sí percibió fue la salida.

Un comentarista de televisión muy connotado, Ricardo Rocha, al ver que se hacía un gran vacío informativo porque la televisión no estaba transmitiendo mi salida de la cámara, tomó el micrófono y dijo una frase que hizo historia, porque durante todo el tiempo el público no sabía lo que estaba pasando, pero percibía que algo ocurría porque se iba la imagen y de repente se oía un grito por ahí. Según me informan, dijo —no he visto el *videotape*—: “El senador Porfirio Muñoz Ledo trató de interpelar al presidente de la República, y al no lograrlo está abandonando el recinto con 140 diputados atrás de él”. Nada más. Eso fue todo lo que dijo, pero así cayó sobre la conciencia del país. La ruptura de una época de la historia del país fue esa frase de Rocha para todo el mundo que estaba oyendo. Así me lo han narrado.

Otra época de la vida del país, otro país, otro sistema político para la gente, que desde que nació ha visto la sacralización del Ejecutivo, la banda, el himno, todos hincados, etc.; otro mundo. Este símbolo no hay que perderlo, y no porque me haya tocado encarnarlo. Mi relación con la gente cambió muchísimo, en la calle, de todas las clases sociales.

JW: En Estados Unidos se decía que Salinas previó que algo pasaría, una demostración contra él, entonces decidió no asistir.

PML: Es probable que lo hayan invitado y que no haya aceptado; hizo bien. Los candidatos de la oposición no asistieron por decisión propia. Podían haber ido con los cartelones de sus partidos: Cuauhtémoc tuvo las invitaciones del FDN, Clouthier las suyas y ellos se consultaron. No sabíamos si iría Salinas, pero obviamente habría sido un error ir, involucrarse en eso; además, no era tradicional que el 1° de septiembre

fuera el candidato supuestamente ganador, en primer lugar porque su condición jurídica era indefinida. El 1° de septiembre todavía no está calificada la elección, la califica la cámara que se establece el 1° de septiembre. ¿A título de qué iría?

Jurídicamente eran candidatos ganadores, pero todavía no eran presidentes electos. El primero que tuvo la idea de invitar a su sucesor fue Echeverría, que invitó a López Portillo; me parece que quiso señalar continuidad, lo hizo en virtud de que iba a anunciar la devaluación —el 1° de septiembre de 1976 don Luis la anunció—, y de alguna manera era vincularlo a la devaluación, hacer que lo aplaudieran. No me pareció esa invitación y se lo dije a Echeverría, se los dije a los dos. Le dije a López Portillo que no me parecía, conforme a las tradiciones republicanas, ni siquiera conveniente que fuera, porque ya había aceptado, y se lo dije también al licenciado Echeverría: “Oiga, ¿por qué lo invitó?”

Yo tuve que ir porque López Portillo fue al palco del partido. En la vieja cámara eran palcos; es decir, estuvo sentado conmigo en el palco del partido, así que yo era su anfitrión. No me quedó otro remedio, pero fui muy contrario a esa medida. Y el sexenio siguiente sucedió lo mismo, López Portillo invitó a De la Madrid; fue cuando aquél anunció la nacionalización de la banca y De la Madrid no movió las manos. Todas las cámaras lo retrataron con el rostro agrio, sin aplaudir, cuando López Portillo estaba anunciando la nacionalización de la banca. Eran momentos enojosos. No tiene ningún sentido invitarlo porque no había ni un estatus jurídico, porque la intención política era equívoca y porque ya se estaba convirtiendo en el comienzo de una confrontación. Así que me parece normal y lógico que Salinas no haya ido, máxime que es un presidente espurio. Él estaba en peor situación que cualquier otro para ir.

LA TOMA DE POSESIÓN DE SALINAS

JW: No hemos hablado de los hechos en la toma de posesión, cómo planearon y qué negociaciones tenían con el gobierno acerca de los eventos del 1° de diciembre.

PML: No había ya la misma actitud de los partidos políticos ni de los diputados que el 1° de septiembre. En la primera ocasión el ambiente estaba muy caldeado, fue la desembocadura natural del tormentoso mes de agosto. En diciembre las opiniones respecto a lo que había que hacer fueron mucho más divergentes. Desde luego, en las fuerzas políticas del FDN predominó de manera clara la idea de que debíamos desalentar cualquier manifestación de calle el 1° de diciembre; Cuauhtémoc Cárdenas, con mucha claridad y tomando los pareceres de todos, con tiempo de antelación dijo que no invitaríamos al pueblo a impedir la toma de posesión. Flotaba en el ambiente, sobre todo en provincia, que haríamos una convocatoria el 1° de diciembre para invitar a una gran manifestación —se pensaba que varios millones de personas podían ir a la capital— y hacer físicamente imposible la toma de posesión; había quienes soñaban con algún escenario filipino. Cárdenas tomó la decisión con mucha anticipación, porque estuvo viajando por el interior del país después de las elecciones y pulsó el clima de protesta que había.

Las dos opciones eran posibles: permitir o incluso encabezar un gran movimiento popular el 1° de diciembre era una opción válida, siempre y cuando hubiéramos tenido cierta seguridad de que podíamos manejar el proceso y hubiésemos contado con la colaboración de los partidos políticos. Alentar o encabezar un movimiento nacional el 1° de diciembre hubiera significado, de seguro, hacer la convocatoria por encima de los partidos políticos, porque no estaban a favor de esa opción: estaban instalados en el Congreso, ya habían denunciado la imposición, el carácter ilegal del nombramiento de Salinas, pero ya instalados como partidos políticos registrados en una lucha de mediano plazo. No era una idea compartida por ninguno de los partidos del Frente la de un llamamiento a una movilización popular; haberlo hecho habría significado usar el liderazgo de Cuauhtémoc sobre la masa de un modo directo y ponernos en un estado preinsurreccional. Tiendo a pensar, pero muy pocos piensan como yo, que era una opción sumamente riesgosa aunque manejable la manifestación pública masiva el 1° de diciembre: el nivel de riesgo era tan alto que nos podía meter en un callejón sin salida, porque cualquier cosa que hubiera ocurrido, habríamos tenido la responsabilidad de la

represión. Pulsando opiniones, Cárdenas optó por desalentar la llegada a México de grandes contingentes que querían venir, y por hacer, al contrario, un llamado a que no se manifestaran el 1° de diciembre. Lo dijo de muchas formas: “El 1° de diciembre es una fecha entre otras... Manifestaremos antes, manifestaremos después... No les daremos el pretexto para una represión... No queremos ver al país inundado en un baño de sangre... Estamos llamando al pueblo a la democracia, no a la masacre...” Cuauhtémoc Cárdenas, como dirigente nacional, consideró altamente riesgoso siquiera propiciarlo o permitirlo y prefirió la línea que estamos siguiendo, que es la de mantenernos en la lucha democrática, pero sin la gran confrontación de masas que podría haberse producido.

Naturalmente, esto cambió el tono de las cosas. La lógica que finalmente predominó fue que, si había una manifestación masiva de esa dimensión, de algún modo se estaba obligando al sistema a endurecerse. Prevalció la lógica en el sentido de que no habría poder físico que impidiera la toma de posesión de Salinas, porque aun en el caso de que el pueblo hubiera tomado la ciudad, el ejército habría acordonado el acceso a la cámara; aun en el caso de que no hubiesen podido pasar, vamos a suponer —pensando en un caso extremo—, que Salinas no hubiera podido entrar a San Lázaro porque la ciudad estuviera copada, pues le habrían dado protesta en el Castillo de Chapultepec, en otro sitio. Es decir, el régimen político no hubiera dejado de tomarle protesta a Salinas, así fuera frente a 260 diputados del PRI. ¿No es así? Algo hubieran hecho, pero ese día a Salinas le iban a dar posesión.

Llevarlos a ese extremo hubiera significado obligarlos o forzarlos a declarar un estado de sitio en el país, es decir, a precipitar el endurecimiento del sistema. No existían las condiciones nacionales ni internacionales que dieran como consecuencia un cambio de régimen político; en eso estaremos todos de acuerdo.

Cuando digo que el llamado al pueblo era manejable, pienso que pudo haber una presión adicional que condujera a una negociación. Para adoptar esa opción habría sido necesaria mucha mayor colaboración de las organizaciones políticas formales, que no estaban en esa línea, y haber corrido los riesgos directos del liderazgo sobre la masa, que no

era algo que la gran mayoría de los dirigentes políticos quería. Se optó por que se consumara la imposición y por comenzar a luchar, a partir del día siguiente, desde los espacios democráticos que hubiésemos conquistado, para tratar de obtener nuevas victorias; es decir, se optó por una estrategia de mediano y de largo plazo.

Las cosas ocurrieron así en gran medida porque no pudieron ocurrir de otro modo. Guardo, sin embargo, la convicción de que si hubiésemos contado con un apoyo más franco de las dirigencias partidarias para una actitud más firme pudimos haber igualado fuerzas, porque la gente estaba decidida a no dejarse robar. Si hubiésemos podido evitar la represión, habríamos tenido un argumento convincente para que no ocurriera lo que nos ocurre ahora, que es el atropello sistemático en todas las elecciones locales. La toma de posesión el 1° de diciembre se desenvuelve en este contexto de no tratar de impedir la llegada de Salinas, porque es obvio que se tomó la decisión —el PAN, nosotros, todos los partidos— de dejar que se consumara como un fenómeno de hecho.

El 1° de diciembre está señalado ya por otra estrategia, que es a mediano plazo y no es de ruptura. Ahí nunca se discutió si se iba a interpelar a Salinas, porque el caso es distinto. Salinas no está informando a la cámara; está diciendo un discurso. Lo que se discutió era si el presidente entrante tenía derecho a decir un discurso. El reglamento interior de la cámara dice que en el acto de toma de posesión el presidente entrante protestará y se irá del recinto; el discurso está excluido, y no se hace mención del presidente saliente. Esto corresponde a una correcta interpretación de la Constitución. Ya no hay sino un presidente ese día, el que entra; el otro dejó de serlo a las 12 de la noche.

Entonces había dos disposiciones claras en el reglamento: la primera, que el presidente saliente no está, no aparece, y la segunda, que el entrante no tiene derecho a decir ningún discurso. A los líderes de nuestra fracción parlamentaria se nos ocurrió objetar el derecho de Salinas a decir un discurso y, como transacción o como negociación, en el caso de que insistiera en que el discurso se pronunciara, como era obvio, negociar que también la oposición hablara. Al no haber la previsión del mensaje del Ejecutivo en el capítulo del ceremonial del reglamento, se

suponía que se trataba de un protocolo concertado, y el protocolo concertado implicaría un discurso de Salinas y discursos de la oposición. No estoy seguro de que la negociación se manejó de la mejor manera; a estas alturas hay partidos que quieren pelear más y partidos que quieren pelear menos. El tono del FDN en estos momentos ya no es el mismo: mantenemos el FDN como una necesidad estratégica y táctica, pero no podría afirmar que hoy las líneas políticas de los distintos partidos del Frente sean iguales. Hay quienes se han acomodado más a la situación institucional, manteniendo sus proposiciones de principio, y quienes mantienen líneas más combativas.

Este libro aparecerá en un momento en que no sé cuáles sean nuestras relaciones con los partidos, por eso estoy siendo sumamente estridente; lo que puedo afirmar ahora es que Cuauhtémoc Cárdenas, de acuerdo con nosotros, pensó que lo que no podíamos permitir era llegar divididos como FDN, que era mejor tener una estrategia y una táctica de consenso, porque el 1° de diciembre era muy visible. Hicimos un promedio entre las posiciones de todos los partidos: hay quienes estaban firmes en que si no hablábamos frente a Salinas y De la Madrid, no hablaba Salinas. Hay quienes estuvimos firmes en que no deberíamos dejar que entrara De la Madrid y que debíamos hablar en presencia de Salinas en plan de igualdad. Hay quienes pensamos que no debería cerrarse la posibilidad de que los senadores asistieran. Dos partidos de nuestro Frente negociaron que fuera una reunión únicamente de la Cámara de Diputados porque evidentemente el gobierno no quería que fuera un senador específico, no sé cuál; cuando la negociación estaba a medias, ya era un entendido que no iría ni un senador. Con el promedio entre la actitud del PAN y la actitud de cada uno de los partidos del FDN —hablé en tres ocasiones con el PAN, que por cierto estuvo bastante firme en esto del discurso—, esa negociación terminó en lo que ya sabemos: dos discursos de la oposición más el del PRI en cadena nacional a todo el país, pero no aceptaron que los discursos fueran frente a Salinas, y entonces nosotros decidimos salirnos, bajo la fórmula: “Si no nos oye Salinas, nosotros no lo oímos a él”.

JW: Ustedes ganaron.

PML: Les salió barato. Ganamos mucho menos de lo que pudimos ganar, pero no lo quiero decir así. Pudimos haber ganado mucho más, pero no hubo una presión suficiente.

JW: Salinas pudo hablar. ¿Ustedes ganaron la entrada de los senadores?

PML: Ganamos decir un discurso en cadena nacional.

JW: ¿Al principio?

PML: Al principio.

JW: ¿Ante los invitados?

PML: Ahí fue una trampa de ellos que debimos haber cubierto. La negociación pudo ser mejor; no digo que ésta haya sido mala. También es un nuevo espectro político nacional que en la toma de posesión de un presidente hablen los partidos de oposición, nunca había ocurrido en la historia del país.

JW: ¿Los senadores no tienen derecho de asistir?

PML: Sí, cómo no, porque fue sesión de Congreso general. Ellos querían que fuera sesión de la Cámara de Diputados; siempre había sesión de cámara primero, luego se instala la de Senadores y luego el Congreso general. Pedimos que fuera en sesión de Congreso general, las dos cámaras unidas, y ellos querían que fuera en sesión de Cámara de Diputados, obviamente para que no hablara un senador. Cuando aceptaron que fuera en sesión de Congreso general ya había un compromiso con los partidos de que de todas maneras no hablara ningún senador, pero es importante que hayan aceptado que fuera en Congreso general, porque eso nos da posibilidades para el futuro de actuar en el Congreso general, que es el formato en el que hablan los presidentes de la República los 1° de septiembre. Claro, la diferencia no era demasiado grande. Se pudo decir un discurso más fuerte, tener una presencia pública más relevante; de todas maneras se escogió a la diputada de más nombre que había, Marcela Lombardo, por sus años de militancia, por ser hija de un distinguido militante político. Tal vez mucha gente piensa que la presencia de un senador hubiera sido más fuerte, para mí es *peccata minuta*.

JW: ¿Siempre tuvieron el plan de salirse?

PML: Hubo, al final, la propuesta del PMS, que me pareció muy buena y recibió el apoyo la Corriente: si Salinas nos oye, lo oímos a él; si los discursos se hacen enfrente de los presidentes, nos quedamos, pero si no nos oye, nos vamos. Todavía ahí hubo diferencias entre los partidos respecto de la hora de salir. Se instaló el Congreso general, hablaron los tres oradores parlamentarios, hubo un receso, llegaron los invitados y después del receso entró De la Madrid y entró Salinas. Tres de nuestras cinco fracciones parlamentarias se salieron en el receso; nosotros, PMS y Corriente Democrática, nos salimos cuando ya habían entrado los presidentes y estaban los invitados, para hacerlo más notorio.

JW: ¿Cuándo se dieron cuenta de que no tendrían acceso a hablar enfrente de los invitados?

PML: Era obvio en el momento en que se aceptó.

JW: Porque en mi horario decía que íbamos a llegar a las nueve, y de último momento cambiaron todo para llegar a las 11.

PML: Era obvio que lo iban a hacer; sin embargo, los diputados suponían que estarían los invitados. Era una ingenuidad.

JW: Porque ustedes se podían haber quedado para interrumpir el discurso de Salinas.

PML: Claro. Era mucho más rentable haber interrumpido. Para algunos de nosotros —es un proceso complejo, donde participan muchas fracciones parlamentarias— la mejor de las negociaciones a nuestro favor era hablar enfrente de ellos y con el mismo rango los dos discursos, y si no es así, repetir la escena del 1° de septiembre; o hablamos frente a ellos o los interpelamos, no hay más, y podíamos haberlos forzado. Sin embargo, se logró una transacción interesante que abre una estrategia de mediano y largo plazo, crea un precedente: oradores de la oposición en sesión de Congreso general. No podría negar que se trata de una ganancia, aunque siempre se puede llegar un poco más lejos.

Por razones biográficas, de estilo personal, de ausencia absoluta de compromisos con el poder establecido, algunos de nosotros —entre ellos yo— tenemos posiciones notablemente más radicales que el conjunto de las organizaciones que forman el Frente. Tenemos menos compromisos,

quizá tengamos más imaginación, pero en el fondo tenemos una posición mucho más firme. Lo que no se podía romper era el consenso.

Se negoció lo de los tres oradores antes de la ceremonia, y tuvo su impacto en la opinión nacional; se dio un pluralismo que no había en México pero todavía fue insuficiente, dado que se trata de un gobierno impostor. Si fuera un gobierno regular, lo entendería, pero se trata de un gobierno ilegítimo o que consideramos ilegítimo. Por lo tanto, pudimos haber sido más fuertes. En fin, ése es el nivel de consenso al que se llegó.

INVITADOS INTERNACIONALES A LA TOMA DE POSESIÓN DE SALINAS

JW: ¿Tenían contacto con Fidel Castro, para evitar su llegada con Ortega?

PML: No. Hablé con ellos en Quito, Ecuador. Estuve allí en la toma de posesión de Rodrigo Borja —hubo una gran oposición del gobierno de México a que se me invitara— y hablé con todos los que tuve tiempo: Raúl Alfonsín, Mário Soares, con el propio Rodrigo Borja, presidente de Ecuador, con Fidel Castro, con Daniel Ortega. Con Óscar Arias quizá fue con el que más largo tiempo hablé —era mi vecino de cuarto, de piso—. Con algunos hablé dos veces, como es el caso de Mário y Fidel; con Óscar hablé largamente. En fin, tuve conversaciones con otros dirigentes políticos como Alfonso Barrantes, *El Negro* Peña Gómez, Alfonso Guerra.

JW: ¿Sarney?

PML: Sarney no fue. Los brasileños eran más bien del cuerpo diplomático, a quienes saludé cordialmente.

JW: Camacho había ido a Europa tratando de convencer a todos los partidos miembros de la Internacional Socialista de que el PRI era el verdadero Partido Socialista.

PML: Los socialdemócratas saben muy bien que el PRI abandonó esa relación, que si se mantuvo más o menos viva fue principalmente por mí. Estuve en la reunión de la Internacional en Lima hace dos años y el PRI sacó un boletín diciendo que no éramos miembros, desmintiendo mi presencia, cuando todavía era miembro del PRI; ellos conocen bien

la historia. Los partidos socialdemócratas no han querido romper con el PRI porque tienen intereses antiguos, porque los que están en el gobierno tienen vínculos de gobierno, pero los principales partidos socialdemócratas nos van a abrir un espacio distinto al del PRI. Finalmente, ni el PRI ni nosotros podemos ser miembros de ninguna organización internacional porque la ley lo prohíbe. Son organizaciones afines con las que tenemos nexos amistosos, con quienes practicamos lo que alguna vez llamé “la diplomacia de los partidos”, que nos identificamos con un cierto espectro ideológico, pero no somos miembros de la organización.

JW: Pero la llegada de Fidel, Alfonsín, Azcona, Ortega: eso fue una derrota.

PML: Para nosotros no. Si lo ves bien, en realidad para el gobierno fue una derrota, porque hicieron presión con más de 30 gobiernos: nada más vinieron siete.

JW: ¿Quiénes no vinieron?

PML: Muchísimos. Felipe González, Mário Soares, no vinieron. Fueron siete latinoamericanos, cuatro centroamericanos: Duarte, Cerezo, Azcona y Ortega, pero no Óscar Arias, y fueron invitados para una reunión de países centroamericanos simultánea, así es que vinieron a otra cosa. A los que me encontré, guatemaltecos y nicaragüenses, les dije: “¿Qué hacen aquí?” “Es que fuimos invitados a una reunión de presidentes.” Fue el pretexto. Y tres latinoamericanos más: Fidel, Alfonsín y Virgilio Barco, de Colombia. Es poco para la presión que se hizo. No fueron Sarney, Rodrigo Borja ni Jaime Lusinchi.

JW: ¿Ustedes hablaron con Sarney?

PML: No hicimos presión alguna. Les mandamos un escrito, todavía de los tres candidatos —Clouthier, Cárdenas y Rosario Ibarra—, a los gobiernos que felicitaron a Salinas; un escrito muy fuerte, diciéndoles que eso era una injerencia indebida en los asuntos internos de México. Y enviamos a los jefes de Estado que vinieron una carta muy severa que se publicó en los periódicos, pero no hicimos ninguna presión directa para que no vinieran.

JW: ¿Por qué vino Fidel?

PML: Por razones de Estado: tiene fuertes intereses con el gobierno de México, y porque está buscando una apertura a América Latina. Hizo un cálculo de sus intereses. Muchos de esos gobiernos han sido beneficiados, indirectamente, por la presión que hemos hecho. De la Madrid, que se había negado durante seis años a ir a Cuba, va al cuarto para las doce a que Fidel Castro le dé un certificado de buena conducta revolucionaria, y obviamente el gobierno de Cuba debió aprovechar esto para obtener muchísimas ventajas en el plano bilateral. Le insistieron sobremanera a Castro que fuera y consideró que era una buena inversión. En 30 años no se le había invitado a la Ciudad de México: no había ido a la capital desde que salió para irse al *Granma*. Está obteniendo enormes beneficios como jefe de Estado en virtud de que el gobierno de México necesita legitimación hacia afuera.

JW: ¿Y Ortega?

PML: Ortega es un caso de supervivencia. Los han presionado mucho.

JW: Pero ¿Alfonsín y Cerezo?

PML: Cerezo y los centroamericanos fueron porque hubo una junta.

JW: ¿Y Alfonsín?

PML: Alfonsín tiene una gran debilidad por De la Madrid. Hablé con él y se siente muy lejano de este proceso, no es una gente que siga de cerca los avatares de la política mexicana; se sintió obligado con De la Madrid a ir. Pero son siete, ¡invitaron a más de 30 gobiernos, hombre, por favor! Es paupérrimo, es raquítico lo que obtuvieron. Y Alfonsín no es quién para legitimar una elección en México. Todos los que fueron perdieron popularidad. Fidel no sabe hasta qué punto perdió popularidad en México. Nosotros no hemos exagerado el tono. La gente gritaba frente al Palacio Legislativo cuando salí a saludarlos: “¡Fidel, Daniel, también son acarreados!” El pueblo de México no recibió bien que fuera Fidel.

JW: El chiste, como lo dije entre los invitados: “Llegaron tres dictadores: Ortega, Castro y Salinas para la toma de posesión en México”. Pero la cosa es que, después de la toma de protesta, vino el discurso de Salinas. Había muchas oportunidades para interrumpir.

PML: Pero no se tomó la decisión de interpelar a Salinas.

JW: ¿No fue posible?

PML: No se tomó la decisión, lo expliqué ya. Se tomó la decisión de hablar y de irnos.

JW: En el momento en que ustedes empezaron a salir, llegó un ejército de guardias para evitar que se acercaran a Salinas.

PML: Claro, estaba cubierto.

JW: Cerraron el camino, aunque ustedes iban a salir; temían que hicieran algo más serio.

PML: Así es.

JW: ¿Hubo una reacción después del 1° de septiembre? ¿Después del informe hubo una reacción del público contra ustedes?

PML: ¿De la opinión pública en contra nuestra?

JW: Sí.

PML: Fue muy favorable.

JW: Porque en Estados Unidos había muchas quejas de que faltaba civilización, urbanidad.

PML: En México no.

JW: Y que no podían seguir haciendo eso.

PML: Hay articulistas, pequeños grupos que hablan de incivilidad, pero la reacción profunda de la opinión pública fue, contra lo que se diga, extraordinariamente favorable. Puedo dar testimonio porque de alguna manera soy un termómetro privilegiado de esas reacciones; desde entonces la gente me ha apoyado en las calles como nunca, y de todas las clases sociales. He dicho y afirmo que mi relación con la gran masa de la población, con la conciencia pública del país, cambió de modo muy favorable. La gente está de acuerdo en lo que hicimos el 1° de septiembre independientemente de la clase social, incluso gente de muchas posibilidades, rica, de altas clases sociales.

JW: Es interesante cómo prosigue la toma de posesión en México, porque entra Salinas e inmediatamente comienza a rendir protesta ante la asamblea. En Estados Unidos es ante el presidente de la Suprema Corte, pero en México es diferente.

PML: Es ante el Congreso de la Unión.

JW: Y debajo de nombres de oro: arriba Cuauhtémoc y al lado Lázaro Cárdenas del Río, y ahí estaba Salinas.

PML: Así es, muy chistoso.

JW: Y todos los invitados esperando algo más de protesta, y no pasó nada. ¿Los panistas pusieron sus anuncios, diciendo: “Fraude”?

PML: “El sexenio del fraude”, pero muy comedidos hacia Salinas, diciendo: “Haz tus palabras hechos”, o algo así. Le salió barata la toma de posesión.

JW: ¿Hubo violencia en la ciudad?

PML: Hubo algunos golpeados, un muchacho que desapareció, gente del pueblo que gritaba: “¡Impostor!”; fue golpeada, pero fue violencia marginal; la hubo pero no masiva, como pudo haberla si hubiera existido una protesta.

JW: ¿Ustedes salieron del edificio o fueron al Salón Legislativo?

PML: La mayor parte se quedó en el salón viendo la televisión; yo salí acompañado de periodistas a saludar a las personas que estaban enfrente, y de repente me di cuenta de que estaba en una valla de priistas. Pero aun en esa valla de priistas pagados, “acarreados”, la mitad me aplaudió, hasta que pude salir de esa valla. Entonces un policía amablemente me paró un taxi...

JW: ¿Pasó un taxi?

PML: Sí. Salí más de dos kilómetros por la valla; después me aparté, había unos policías cuidando entradas y me pararon un taxi. Regresé en el taxi al Palacio Legislativo a recoger mi coche y me fui a mi casa.

JW: La seguridad fue pésima en todo el proceso de la toma de posesión: yo entré sin mostrar nada en la puerta principal, muy cerca de López Portillo y Sepúlveda, y no me preguntaron nada. Subí. No se podía entrar al Salón Legislativo directamente, pero entré por la puerta de atrás. No había nadie de guardia. Estaba adentro viendo a todos los legisladores, viendo la televisión. Iba a salir por la puerta principal y quería entrar el canciller de Costa Rica: insistía en entrar y no se lo permitían. En esa puerta insistían en traer credencial. Entonces desde atrás dije con voz fuerte: “Está bien, puede entrar”. Abrieron, entró y me preguntó: “¿Quién es usted?” “Soy norteamericano, no tengo nada

que ver con esto.” Y me dijo: “Muchas gracias por la audacia”, y siguió su ruta. Pero eso no es seguridad.

PML: Eso es parte de la cultura política.

JW: ¿Y tú puedes caminar abiertamente sin guardia?

PML: No tengo ninguna guardia.

JW: Cuando vamos juntos por la calle es difícil, porque todas las personas quieren acercarse para saludarte, abrazarte, felicitarte. Así fue cuando fuimos a cenar. ¿Qué no tienen protección los senadores de la República?

PML: Ninguna. Se tiene derecho a un ayudante, que es un secretario particular, generalmente. No tengo ni chofer pagado. Si me pudiera pagar un sistema de seguridad eficiente, sería demasiado aparatoso y no estoy seguro de que fuera realmente disuasivo.

GABINETE DE SALINAS

JW: Se hablaba de la posibilidad de que el PRI nombrara a algunos del Frente como parte del gabinete, pero eso fue rechazado por Cárdenas y después por Salinas.

PML: Lo rechazamos desde el principio, pensamos que sería una pésima solución. Curiosamente el profesor Duverger, que estuvo en México —mi maestro—, escribió lo mejor sobre este tema, hizo un artículo en *Le Monde*. Es curioso, dice más o menos así Duverger: “Se habla en México de un gobierno de coalición. Sería muy malo, en un país que no tiene la costumbre de una oposición consolidada y en el cual los movimientos políticos son siempre sospechosos de transar con el gobierno a espaldas del pueblo, que esta nueva oposición comenzara, en su primer gran movimiento, por formar un gobierno de coalición. Es mucho mejor que se consoliden como oposición. Si esto pasara en Francia o en Europa sería lo más normal; en México sería muy malo”. Corresponde a lo que pensamos.

JW: Ahora, Bartlett de Gobernación se fue a Educación y de esto salió tu comentario en *Los Angeles Times*.

PML: Ah, bueno, lo dije por todos, y además había que hacer una frase porque en esas ceremonias son tantos los que declaran, que si no tienes una frase acertada te pierdes, y dije que parecía una sinfonía y que el nombre de la sinfonía era “La consagración de los dinosaurios”: había muchos personajes de grupos políticos que habían ya figurado en el país y Salinas, para efectos políticos, está en manos de generaciones anteriores a la suya, y era muy clara además su intención de nombrar a personalidades importantes de los gobiernos de Echeverría, de López Portillo y de De la Madrid. Eso es evidente en el gabinete, es una especie de selección de funcionarios de los tres últimos gobiernos, más algunos amigos.

JW: De Echeverría son...

PML: No creo que la gente pertenezca a alguien.

JW: Pero de esa época.

PML: Es el secretario de Gobernación; el secretario de Trabajo, Farrell, que es amigo de Echeverría y de López Portillo y colaborador de De la Madrid. Hay muchos, y en los segundos y terceros niveles más todavía, figuras que fueron muy connotadas en su tiempo y que vuelven. Del otro lado es muy notorio el profesor Carlos Hank, cuya cercanía con López Portillo es palmaria. Hay una especie de reagrupamiento de las filas del sistema.

JW: Hablé con un funcionario del gobierno, feliz por Bartlett en Educación, y me dijo: “Vamos a quebrar al sindicato en la SEP. Ya es el momento, y ése es el propósito de Bartlett”.

PML: Son interpretaciones a la carrera. No creo que el signo sea ése, porque ellos no tienen algún motivo especial en este momento; si pensarán en el país y en la educación tal vez, pero no tienen un motivo para romper con las organizaciones realmente. Lo vamos a ver, ésa es una de las cosas que se verán antes de que se publique. No veo ahí la intención, más bien veo en este caso la idea de premiar a un funcionario que estuvo directamente involucrado en la confección del fraude, ahí se adquirió un compromiso político de un gran tamaño y veo también una deferencia o concesión hacia De la Madrid.

JW: Hay otros que dicen que el nombramiento de Bartlett es como el nombramiento de Muñoz Ledo a Educación, para darle un trabajo imposible y en un año ya está afuera.

PML: No creo que sean las mismas circunstancias. En primer lugar, el secretario de Educación no fue el jefe de la campaña, tuvo una función de carácter distinto y no es un empleo imposible; la prueba es que hay secretarios de Educación que han durado mucho tiempo.

JW: Entonces, ¿ustedes no ven en este gabinete algo en especial?

PML: Vemos muchas cosas: por una parte, la prolongación evidente de la misma política económica. Los funcionarios del sector económico son los mismos, sean las primeras o sean las antiguas segundas filas: la confirmación del director del Banco de México, que ha adquirido un gran poder dentro del sistema, personal e institucional, es muy clara; diría que la homogeneidad ideológica de los miembros del gabinete económico, todos neoliberales ortodoxos, apunta a un compromiso muy firme de Salinas con las líneas esenciales de la política de De la Madrid, y del lado político, un deseo de reagrupar fuerzas de los últimos gobiernos, y de dar la impresión —no sé si en la realidad esto se cumpla o no— de un gabinete duro en lo político. La síntesis que han hecho los periódicos nacionales e internacionales es correcta en términos generales: ortodoxia de la economía y línea dura en la política, y en el conjunto, reagrupación de fuerzas con pocos elementos nuevos.

LA CAMPAÑA POR LA SENADURÍA

JW: ¿Durante la campaña viajaste por todos los estados?

PML: La mitad, o poco menos de la mitad.

JW: ¿Qué tal la recepción?

PML: En la campaña, excelente. Nuestra popularidad es mayor ahora que en la campaña.

JW: Estoy pensando en lo que pasó con Salinas en La Laguna; había problemas para él en Mérida y en otros lugares, donde querían atacar su autobús.

PML: Salinas fue atacado, hostigado por grupos cardenistas, fundamentalmente campesinos como en La Laguna, y por grupos panistas como ocurrió en Mérida. Fue un candidato terriblemente impopular,

es más, no tuvo ningún acto público importante de masas que no fuera totalmente de acarreados, y ése es uno de los problemas que arrastra: veo difícil que un jefe de Estado ejerza normalmente sus funciones si no puede ir a un lugar público, con la muy baja popularidad que tiene, aunque los presidentes de la República no van a los restaurantes, por ejemplo; siempre están muy custodiados. Salinas no tiene ninguna popularidad. Es un Estado, un gobierno vacío de pueblo, algo insólito en la historia del país. Les había ocurrido a presidentes, sobre todo recientemente, ser muy impopulares en el último año de gobierno. Lo que decías ayer sobre el chiste político, éste aparece al segundo año de gobierno: como que les dan un plazo a los presidentes. Aquí el chiste político apareció desde que surgió la candidatura de Salinas, no ha habido tregua. El sistema político mexicano, tal como se conoció, está tocado de muerte.

JW: ¿Cómo fue la campaña del Frente?

PML: Fue excepcional, porque fue una campaña sin dinero, y además creció. El PAN no varió su votación; al contrario, estuvo abajo de las expectativas, habida cuenta de la crisis. Lo nuestro fue lo que tiene la connotación del milagro, lo inesperado, lo espontáneo, lo que viene de abajo de la sociedad y surge, y además fue creciente, un impacto "bola de nieve".

El primer mes de campaña fue difícil. Había mítines más o menos nutridos: un mitin de 6000, 8000 o 10000 personas era una buena concentración. Vino La Laguna, que fue un salto adelante y representó un impacto en la conciencia nacional. Los mítines empezaron a crecer, y a fin de campaña, adonde iba Cuauhtémoc Cárdenas era como Gandhi, como un líder popular legendario.

En la Ciudad de México nos costó mucho trabajo arrancar la campaña electoral, en primer lugar porque nunca ha habido campañas propiamente de senadores. La campaña del diputado es en un distrito y se hace puerta a puerta, se visitan todas las casas que se puede; la campaña presidencial en la Ciudad de México, a lo largo de los seis u ocho meses, consiste en unas cuatro, cinco o siete concentraciones grandes, nada más. Pero campaña de senador no la había, ni puede uno ir puerta

a puerta porque no alcanza el tiempo —es una ciudad gigantesca—, no hay la capacidad ni la convocatoria para hacer manifestaciones del nivel de la campaña presidencial.

Nos tocó inaugurar un nuevo tipo de campaña, y nos fuimos dando cuenta cómo penetraba poco a poco. Empezamos a ir a los mercados, con cierta curiosidad de la gente, y a los dos o tres meses ya era un plebiscito: entraba a un mercado y visitaba puesto por puesto, gente por gente. Uno de cada 10 se identificaba como panista y otro de cada 10 decía: “Mire, no puedo dejar de votar por el PRI, porque el PRI me da de comer o porque mi marido trabaja acá...” Pero ocho personas de cada 10 abiertamente salían a la calle a decir: “¡Estamos con Cárdenas!” Eso fue un crecimiento gradual; estaba seguro de que en la ciudad podíamos ganar 60 o 70% de la votación porque lo viví.

JW: ¿Viajaste con Cuauhtémoc?

PML: Hasta la mitad de la campaña. Me pidieron que fuera senador, lo que estaba fuera de mi proyecto. Mi proyecto original era hacer parte de la campaña con Cuauhtémoc y después dedicarme a trabajar estados de la República donde creí que estábamos más flojos. Quería hacer una especie de campaña de sombra, no con el mismo desplazamiento de pueblo ni con el número de actos públicos ni mucho menos, sino una campaña de organización, sensibilización y penetración a través de los medios en aquellos estados donde considerábamos que estábamos más débiles. Quería responsabilizarme de una docena de estados, y al mismo tiempo inscribirme como diputado plurinominal.

En esta invención de lo que pudiera ser una campaña de senador, descubrimos que la única hora del día en que se podía hacer campaña era al mediodía. En la mañana la gente está trabajando; en la noche se va a su casa. Las horas para hacer campaña eran de una y media a seis de la tarde, hora en que la gente entra y sale de los metros o va a los mercados. Íbamos donde había concentraciones: a las 12 en la boca de un metro, a la una y media en un mercado, y comíamos lo que caía. Era *shake hands*: una campaña de dar la mano a la gente en plazas públicas, en supermercados, y sobre todo en las bocas del metro y en las esquinas concurridas. Empecé a saludar en la esquina del Atillo, que es la que

está en Miguel Ángel de Quevedo y avenida Universidad; ahí nos habíamos citado para hacer un recorrido por unidades de vivienda o algo, pero me estaba esperando un grupo de gente con camionetas de sonido y propaganda. Me dijeron: “Licenciado, en media hora que tenemos de esperarlo ya saludamos como a 200 personas y les dimos volantes de Muñoz Ledo. ¿Por qué no se está aquí? Párese aquí”. Así es que la necesidad creó la función. “Bueno, me voy a parar media hora —les dije—, y avíseles que llegaremos tarde adonde vamos.” Toda la gente se detenía. Desde una calle antes, más o menos, estaban anunciando: “El licenciado Muñoz Ledo, candidato a senador, está esperándolo. Señor, ahí está Muñoz Ledo”.

La gente llegaba advertida y prácticamente todos se paraban a saludar; en media hora 500 personas, y en otra media hora 700. De aquí no me muevo. No voy a andar tocando... ¿En dos horas tocaré 30 viviendas? No, hombre. Me paré allí y ese día conté 2500 personas, mano por mano. “¿Cómo le va, señora? Me da mucho gusto. Estamos luchando por la democracia en México, señora, mi nombre es Muñoz Ledo.” Quizá el día que más gente saludé fue en la boca del metro Insurgentes: empezamos como a las cuatro de la tarde y terminamos cuando estaba oscureciendo. Ese día no conté, pero fácilmente saludé a 3000 personas de mano. Impresionante. En la noche tenía que meter la mano en agua caliente.

JW: ¿Tenías un buen equipo de avance para organizar el asunto?

PML: Fundamentalmente muchachas y muchachos universitarios que formé, de gente que me había invitado durante el año anterior a universidades privadas y públicas, a la Facultad de Derecho, a la de Economía, a la de Filosofía; tuve muchachos de la Ibero, del ITAM, de la facultad. Éramos como 20, de todas las escuelas. Y también los candidatos a diputados y asambleístas de cada distrito, que eran los que me daban la infraestructura: el camión de sonido, etcétera.

JW: ¿Y ellos tenían propaganda para distribuir?

PML: Sí, tenían como encomienda mantener presencia en las universidades públicas y privadas durante la campaña a través de conferencias,

etc. Pero el tiempo se agotaba; entonces quedaron enganchados en la organización misma de los actos y era una presencia juvenil, fresca.

JW: ¿Tenías un equipo para quitar anuncios del PRI, para causarles problemas a los priistas, para provocar al PRI?

PML: No. El PRI no existió en la Ciudad de México. La campaña del PRI en el DF fue inexistente; fue puro dispendio de carteles. En los pocos actos públicos que hizo Salinas, lo abuchearon. En la Ciudad de México barrimos con 50% de la votación; el otro 25% se lo llevó el PAN y 25% el PRI. Sólo es un voto cautivo, en el supuesto que sea cierto. No creo que haya votado en realidad más de 15% por el PRI en el DF, lo digo sinceramente: 15 o 17%. El otro 8 o 9%, más o menos, fue fraudulento o acarreado. El PRI no tiene gente en el DF, nadie los sigue. El PRI está muerto en el DF.

JW: ¿Y el PRI no hizo nada para estorbar esto? ¿No mandaron agentes secretos para provocar incidentes ni nada?

PML: No.

JW: ¿O a la policía?

PML: La policía de la Ciudad de México estuvo en 90% con Cárdenas. Todavía hoy saludo de mano a los policías. Los *azules* de la Ciudad de México son cardenistas, iban a nuestros mítines, yo comía con ellos, siempre con un grupo de policías en un mercado. Ahí están las fotos, en primera plana incluso; en *unomásuno* hay una foto mía comiendo con los policías.

JW: ¿Salinas no se dio cuenta de esto?

PML: Obviamente lo saben. Una colaboradora mía, que es muy inteligente y trabaja en la Secretaría de Relaciones Exteriores, me dijo: “Licenciado, 70% de los empleados y funcionarios de la Secretaría de Relaciones votaron ‘Cárdenas’. Lo que se está esperando ahora es la *retaliation*”. Hay secretarías de Estado completas —tenemos amigos en la SARH— donde se piensa que 80 y 90% votaron por Cárdenas. Lo más importante, desde el punto de vista político, es el derrumbe del Estado mexicano por dentro: cómo Cárdenas, y en otra medida Muñoz Ledo, representan para el burócrata, para el funcionario federal, la encarnación

de la Revolución, y los priistas la encarnación de la traición. Obviamente, para un burócrata Cárdenas y yo somos de su línea, no De la Madrid.

IDEOLOGÍA DEL PRD

JW: La ideología de que hablas se diferencia poco de la ideología sustantiva del PRI, y lo que hacen los del sector financiero no tiene mucho que ver con ella.

PML: Es la ideología de la Revolución, del PRI; nosotros pertenecemos a la vertiente progresista, avanzada, popular y nacionalista de la Revolución mexicana, no a todo el PRI. Es decir, Zapata no es lo mismo que Carranza ni Villa es lo mismo que Madero, ni Cárdenas es lo mismo que Obregón o que Alemán, ¿verdad? La Revolución mexicana es un proceso muy grande donde hay líneas muy claras. Nosotros pertenecemos muy claramente, por toda nuestra vida, por todo lo que hemos escrito y lo que hemos hecho, a la vertiente nacionalista, popular, progresista de nuestra Revolución, no a otras. Yo no pertenezco a la vertiente de Carlos Hank, a la de Miguel Alemán ni a la de Álvaro Obregón, esto es obvio. Nuestra vertiente es el ala progresista de la Revolución, como quería llamarnos Jorge de la Vega, quien me dijo cuando yo iba a la presidencia del PRI: “Porfirio, ¿por qué no se llaman ustedes ‘el ala progresista de la Revolución’?, que es lo que son y que todo mundo se los reconoce, además”.

JW: ¿Tienen ustedes un modelo de partido político al que quieran parecerse, por ejemplo algún partido europeo, el propio PRI o algún otro?

PML: No, al modelo político del PRI no. Estamos pensando en el modelo de la Revolución mexicana, el de Madero, no el del PRI. Para la gente en la calle no hay confusión: cuando yo gritaba al entrar a un mercado “Viva la Revolución, muera el PRI” eran los mayores aplausos. Ahí la gente entiende muy bien, la gente no está contra la Revolución mexicana. Lo que descubrimos en esta campaña es la gran importancia de esa vigencia histórica de la Revolución. Barrantes, para mí el mejor líder de la izquierda en Sudamérica, me dijo: “Porfirio, lo que

han hecho es inenarrable, es el gran descubrimiento en América Latina. Ustedes han descubierto que la Revolución mexicana es vigente en los valores fundamentales y que son capaces de asimilar a las izquierdas en la vigencia de la Revolución mexicana. Las izquierdas que daban por muerta a la Revolución mexicana, que la consideraban superada o que nunca la consideraron una respuesta válida, ahora admiten que, en el sustrato de la conciencia histórica de América Latina, lo viable y lo avanzado sigue siendo la Revolución mexicana. Eso es de una gran importancia factual”.

JW: Hablas del aspecto ideológico, pero ¿qué modelo de partido es el que ustedes quieren?

PML: Un modelo democrático, no corporativo. Como valor fundamental —es la tesis central que se manejó en el discurso del 1° de diciembre—, no consideramos compatible la democracia con la existencia de un partido oficial. Nuestro enemigo frontal es el partido de Estado. Ahí somos radicalmente antipriistas, incluso lo formulamos de manera más fuerte que el PAN. Estamos construyendo un partido democrático, de afiliación individual, de rotación en los cargos de dirigencia y en el que se maneje todo a través de sistemas de dirección colectiva. No habrá una sola organización dentro del partido; la organización la formará otra cosa que se llama el movimiento, pero no el partido, y los miembros de las organizaciones del movimiento no estarán obligados a pertenecer al partido. Nuestra bandera central es la libre afiliación de los militantes a las organizaciones.

El nuestro será un partido esencialmente territorial. Si tienes como unidad del partido al militante y no a la organización social, tu único marco de referencia es el territorial: el barrio, el distrito. También hemos aceptado el centro de trabajo como marco territorial, pero no como marco corporativo.

Hemos lanzado una iniciativa para la organización provisional del partido que consiste en comités de base que puedes formar en cualquier lado: en tu escuela, en tu barrio, en tu trabajo, en tu ejido; comités municipales, distritales, estatales y nacional. El PRI tiene dos estructuras, la de sectores y la territorial; la de los sectores es la que ha prevalecido

y ha matado la estructura territorial, que sólo existe en el PRI para efecto de las elecciones, para que cuiden las casillas. Pero no hay reuniones, no hay debates, no hay verdadera pertenencia a tu distrito, a tu comunidad o a tu barrio; tú te expresas a través de la organización, de ahí el primado de la CTM, la CNC y la CNOP.

Todos los movimientos internos de democratización del PRI —el de González Guevara, el de Carlos Madrazo, el de Reyes Heróles, el que pretendía hacer yo, y otros que no menciono—, cualquiera que haya sido su contenido ideológico, han buscado equilibrar lo territorial con lo sectorial: ése es el gran debate que las centrales obreras no han querido aceptar. Jamás se ha conformado un verdadero poder territorial porque no hay la práctica de la asamblea o del debate a nivel municipal, porque no hay un sistema democrático de selección de candidatos. Por eso el PRI es tan enormemente cupular: arriba está el gobierno, y la intermediación con las masas es a través de las centrales; eso es el PRI.

Cuando el general Cárdenas integra las grandes centrales, lo que está haciendo es dar un carácter nacional a las organizaciones de clase que estaban en esa época encuadradas a nivel de los estados. Lo que cambia central o esencialmente del gobierno de Cárdenas respecto de los anteriores es que las reformas que tenían un cierto contenido revolucionario habían sido promovidas por gobernadores de los estados. Fueron los que iniciaron el reparto agrario; los que expidieron las primeras leyes obreras. No había una política revolucionaria a nivel nacional. Entonces, las reformas que el país requería exigían disolver todas las organizaciones de clase en una gran organización nacional.

JW: Calles no quería la acción de los gobernadores y Cárdenas no cedió cuando era gobernador.

PML: Las reformas revolucionarias de los gobernadores a las que me refiero son en la época de la Revolución armada y la época de Obregón: Garrido Canabal, Salvador Alvarado, José Guadalupe Zuno. Estas primeras generaciones de gobernadores revolucionarios se dan en las épocas de Carranza y de Obregón fundamentalmente. Después hay una especie de supeditación, como lo anota Wilkie, al gobierno central, que toma líneas más conservadoras. Lo que Cárdenas hace es recoger todo

aquel fermento revolucionario que queda en los estados y confederarlo a nivel nacional. Había grupos de campesinos organizados, pero no había una gran Confederación Nacional Campesina, que pone en funcionamiento a través de Graciano Sánchez. Había un movimiento obrero precario y bastante dudoso, que era el de Morones, y Cárdenas crea un movimiento obrero nacional. Estamos hablando además de los últimos treinta, de la época del Frente Popular, donde la organización de masas era una tendencia mundial, desde los partidos fascistas hasta el Frente Popular francés; es decir, los treinta son la época de la formación de los grandes partidos de masas.

JW: Pero Cárdenas tampoco quería la unión de los campesinos y los obreros.

PML: El que la quería era Lombardo.

JW: Y porque la quería Lombardo, Cárdenas dijo que no, porque daría mucho poder a Lombardo y destruiría el poder del presidente. Él quería jugar los intereses de los campesinos contra los obreros, contra los militares.

PML: No contra sino separadamente, para mantener un equilibrio de poder, y Lombardo quería ir al soc, "Soldados, Obreros y Campesinos", que recordaba mucho la fórmula soviética.

Pero no se puede confundir con el corporativismo, como se le ha dado en llamar, que viene sobre todo de la época de Miguel Alemán y es la supeditación de los obreros a través de líderes más o menos convencionales —que a su vez están sostenidos por el poder público—, con un esquema de movilización de masas de tipo revolucionario que provenía de Cárdenas. Decir que Cárdenas es el creador del corporativismo equivale, en último análisis, a poner en plan de igualdad la política social o el concepto de partido del cardenismo con el del alemanismo, y ahí se está incurriendo en una gran falacia.

El corporativismo, como lo entendemos, es un sistema de supeditación del trabajador por afiliación obligatoria a su sindicato, de supeditación del sindicato al partido y de supeditación del partido al gobierno. Un sistema vertical que puede usarse en favor de las medidas revolucionarias o en contra de ellas, a favor de una política salarial

avanzada o a favor de una política salarial represiva y, sobre todo, señalada por un tipo de intermediación política que comúnmente conocemos como *charrismo*.

CÁRDENAS Y LOS PETROLEROS

JW: Se dice que *La Quina* apoya a Cuauhtémoc. ¿Esto no implica alguna forma de alianza?

PML: ¡Ah, no! Si *La Quina* apoyara a Cuauhtémoc, sería presidente. Había 18 o 16 diputados petroleros: con que hubieran votado contra la calificación de Salinas, Cuauhtémoc sería presidente y cambiaría la historia del país. Esto lo escribió Miguel Ángel Granados Chapa de un modo espléndido. *La Quina* tuvo en sus manos quién sería presidente de México, pero esos diputados votaron en favor de Salinas. Está como Fidel Castro: dicen que es nuestro amigo y viene a ver a Salinas.

JW: Pero *La Quina* pudo haber manipulado el voto petrolero a favor de Cuauhtémoc.

PML: Eso es absurdo. Los petroleros votan por Cuauhtémoc con o sin *La Quina*, porque son profundamente cardenistas. Él tiene a sus diputados, que están del lado del gobierno y votaron a favor de la calificación de Salinas; sus intereses están implicados en los intereses del sistema. Evidentemente, los trabajadores de Petróleos votan por nosotros en su gran mayoría, independientemente de lo que digan los dirigentes sindicales, y adonde voy o adonde va Cuauhtémoc en todo el país, ellos se nos unen. Acabo de estar en Camargo, en Chihuahua; vinieron los ingenieros. Me dijeron: “Mil novecientos noventa —de 2000 en total— votaron por Cuauhtémoc”: 95%, porque les da la gana votar por Cuauhtémoc, no porque se los diga nadie. Por eso *La Quina* no se pudo oponer a nosotros, porque sabe que de todas maneras los petroleros votarían así. Los maestros votaron por nosotros, diga lo que diga Jonguitud. Eso es un problema aparte.

JW: Como presidente del PRI, ¿cómo era tu relación con los sindicatos y con *La Quina*?

PML: Hasta la fecha tengo una excelente relación no solamente con técnicos y profesionales, sino con numerosos miembros de sindicatos y grupos sindicales con los cuales no quisiera que este punto se exagerara, porque de aquí puede deducirse que hay una relación oculta con *La Quina*. Son tantos los prejuicios, es tanta la ignorancia sobre la realidad; creer, por ejemplo, que los técnicos están supeditados a *La Quina*... No es así. Tienen una independencia bastante grande.

Los sindicatos tienen un peso importante dentro del PRI, pero no dependen de uno. Ellos tienen sus propios intereses. Durante el tiempo que fui secretario del Trabajo, por todo lo que hemos visto y por mis funciones como presidente de la Comisión Nacional Tripartita, tuve una relación cercana con los sindicatos; era mi trabajo diario. Tuve relación con los sindicatos desde la época en que fui secretario general del Seguro Social, porque mi función principal era la relación con los sectores obrero y empresarial. Además, era conocido por haber hecho una política que se llamaba entonces "obrerista". Sin embargo, en la época en que fui o se me mencionó como posible candidato a la presidencia de la República, no hay testimonio, porque no ocurrió, de que ningún dirigente sindical, ni aun algunos de sindicatos pequeños, que eran amigos míos, moviera un dedo en favor de mi precandidatura. No digo esto en tono de rencor ni mucho menos. Menos ahora, que estoy en una posición tan distinta respecto a estos procesos.

Sabía, por el estudio de la realidad histórica del país, por tradición oral, que las organizaciones sindicales no adquieren compromisos políticos en la sucesión presidencial. Quizá se oponen, muestran su insatisfacción o su falta de simpatía por determinados precandidatos; ineficientemente, porque si se han pronunciado en contra de alguien es de Salinas, y los mandaron "por un tubo". Tampoco mostraron simpatía por De la Madrid y no les hicieron caso. Independientemente de la influencia que hayan tenido los sindicatos en las decisiones que se tomaban o que se siguen tomando dentro del sistema en materia sucesoria, simplemente quiero dejar el testimonio de que ninguno de ellos, a pesar de todo lo que había trabajado, mostró ninguna preferencia pública, ningún respaldo. Quiere decir que no me podía considerar aliado político

de ellos, como aquí podría suponerse. Lo que hice en la Secretaría del Trabajo no fue para favorecer a los dirigentes sindicales: si ése hubiera sido mi interés, sería otro el tipo de relación que hubiera tenido. Si hubiera sido un funcionario deshonesto, habría hecho jugosos negocios con ellos. Trabajé, y lo he hecho todavía, por convicción, porque es mi deber: es lo mejor para la República, lo mejor para mis principios, lo más apegado a la ley. No me ha interesado establecer complicidades, quizá ha sido mi error. Cuando llegué al partido, los conocía bien, pero desde un ángulo distinto. Es diferente el trato con los dirigentes sindicales desde la Secretaría del Trabajo que desde el PRI, porque es una esfera de relaciones distinta. Hasta los actores cambian; son otros los dirigentes y los cuadros. No todos, pero son otros los que están especializados en la cuestión política.

JW: Tenías que arreglar el apoyo de los sindicatos; los sindicatos mandan acarreados a sus miembros para apoyar al PRI.

PML: No fue así. Al contrario: casi no hubo mítines obreros. Era un punto que no me interesaba. Era una época completamente distinta, porque en la campaña electoral que manejé no había oposición. El tipo de necesidades que teníamos era diferente. El nivel de simpatía de los trabajadores hacia el gobierno era muy alto. El 1° de mayo de 1976 le pedí al gobierno ser yo, como dirigente del partido, el que coordinara el desfile, para que no fuera “oficialesco” como hubiera sido si lo coordinaban el Estado Mayor o el Departamento del Distrito Federal. En una buena decisión, el PRI tomó en sus manos la organización y la promoción; ya avanzada la campaña electoral, era importante que se viera que era parte de la misma y que había muchas mantas de apoyo al candidato. Tal vez eso movió al presidente en funciones para tener su parte de acercamiento, que además le correspondía, y se le ocurrió bajar al Zócalo; durante más de una hora estuvo recibiendo el abrazo de los que desfilaban. Tengo las fotos de ese hecho: lo dejaron en camisa y casi se le arrancaron, a diferencia de ahora, cuando el señor Salinas no puede salir a la calle porque lo abuchean, o cuando un 1° de mayo le aventaron una botella a De la Madrid, que estaba siempre asustado, temeroso, allá arriba.

La participación en el desfile fue la más alta que se registraba desde la época de Cárdenas, y esto es indiscutible; era una simpatía, una adhesión de los trabajadores, no fueron los líderes. Al presidente se le ocurrió porque vio el fervor: bajó, se paró. Ahí sí es una escena populista: van pasando los trabajadores; una hora abrazándolo. Se quedó sin camisa, de apoyo, de afecto. Había una respuesta de la base de los trabajadores a la política que habíamos hecho por ellos. Francamente los líderes no me interesaban tampoco demasiado, pero estaba muy satisfecho de mi relación con los trabajadores y de la obra que hice. Traté con ellos funcionalmente.

DIPUTADOS PLURINOMINALES, LA LOPPE Y LA REFORMA ELECTORAL
(20 de diciembre de 1988)

JW: Cambiando de tema, pero dentro de la idea de cómo reformar el sistema, ¿estás de acuerdo con diputados de partido, los plurinominales, o eso es algo que no debe existir?

PML: Me haces una pregunta muy aguda, a la que no te voy a dar una respuesta definitiva, porque no la tengo. Necesito pensar más, pero quiero anotar elementos de una respuesta. Primero, fui muy favorable a los diputados de partido porque me pareció que era una manera de abrir espacios a la oposición y de empezar a desarrollar más un pluralismo político, un régimen de partidos, en plural.

JW: Pero ahora hasta el PRI tiene diputados de partido.

PML: Exacto; pero después vino la LOPPE, con la cual tuve divergencias serias.

JW: ¿LOPPE?

PML: Te estoy hablando de la reforma de 1978, la de Reyes Heróles: la Ley de Organismos Políticos y Procesos Electorales. Me pareció que se estaba aumentando excesivamente el número de diputados; se pasó de 160 o 180 que había, a 300.

JW: Ahora 500.

PML: Había la noción muy clara de subsidiar a la oposición, de subvencionarla con puestos al darle 100 diputados proporcionales —o plurinominales, como se le empezó a llamar a la oposición— nada más porque sí. Claro, tenía la ventaja de que se avanzaba en el sentido del fortalecimiento del régimen de partidos, pero también representaba una forma de cooptación. Para quienes concibieron esa ley, inclusive el licenciado Reyes Heróles, era una forma de cooptar élites. De acuerdo con esa fórmula, el PRI tenía siempre 200 diputados —o 190, 180— porque se suponía que no iba a perder en las elecciones de mayoría, y automáticamente la oposición tenía 100. Como decía un político de aquel entonces, equivalía a tener una jaula donde hablara la oposición, pero sin tener acceso jamás a los diputados de mayoría. A mí me parece que la LOPPE y la versión posterior de Miguel de la Madrid —que fue, evidentemente, muy equivocada al llevar la cámara de 300 a 500— introducen la proporcional en favor del PRI y crean un principio antidemocrático de una extrema gravedad, porque a fuerza tiene que ganar el PRI: por eso nos impiden ser el partido de la mayoría relativa al mantener divididos a los distintos partidos. En la fracción C del artículo 54 de la Constitución actual, reforma de De la Madrid que es profundamente antidemocrática, dice que el partido de la mayoría relativa tendrá la mitad más uno; le complementan. Como esta reforma se hizo cuando había nueve partidos, matemáticamente es posible que si un partido tiene 14%, pero es el que más tiene, se va hasta 51% de los diputados. Eso es una barbaridad.

Está de tal manera castigada, deformada la proporcionalidad, que la reforma de la ley electoral debería —es el ideal que siempre tuve— ir a la proporcional absoluta. Si quieres fortalecer un régimen de partidos, la solución es la proporción universal: un número de diputados en proporción directa al número de votos. Esto va a encontrar muchas dificultades porque va a romper el principio tradicional de los diputados de mayoría que son electos por su circunscripción, que de alguna manera representan a un pueblo, a un villorrio, a un distrito. O si no, ir simplemente al correctivo de la proporcional: quitar el principio de que el que tiene la mayoría relativa, tiene la absoluta, y dejar por un tiempo,

mientras se consolida un nuevo sistema, un régimen mixto proporcional y de mayoría. Para mí, el ideal en un régimen democrático pleno es la proporcional y la elección a dos turnos en los cargos ejecutivos, de forma que participe el mayor número de partidos en la primera vuelta, pero en la segunda se tengan que reagrupar. Si vas a elegir a un gobernador, el escrutinio es mayoría simple a dos vueltas: se inscriben siete candidatos para gobernador, y si hay uno que tiene más de la mitad de los votos, gana; si no, los dos que tengan más votos pasan a una segunda vuelta. Eso es lo ideal porque permite que compita la mayoría.

En este momento no tendríamos problema en ninguna parte, estaríamos ganando prácticamente en todos lados. Podrían competir los distintos partidos de la alianza cada uno por su cuenta, a ver quién tiene más votos, y los del PAN; pero en la segunda vuelta nos tendríamos que reagrupar toda la oposición contra el PRI e invariablemente le ganaríamos, sería una manera automática de reagrupar a todas las oposiciones. De hecho, haría funcionar un bipartidismo en la elección de los cargos ejecutivos que sería muy sano y no sería rígido sino circunstancial: no serían las mismas las fuerzas que se agruparían en Tabasco que las que se agruparían en Michoacán, o las que se agruparían en Sonora. En algunos lugares tendríamos que ir con el PAN, donde ellos fueran mayoría, marginarnos o sumarnos al PRI —lo que sería absurdo—, y en otros el PAN se acostumbraría a ir con nosotros en las elecciones, cosa que sería enormemente sana para la democracia. O aliarse al PRI, lo que sería desastroso para ellos. Ya en el futuro, cuando las fuerzas fuéramos iguales, a lo mejor el PRI se aliaría con nosotros, o a lo mejor el PRI y el PAN harían una alianza para toda la vida. Habría que redefinirse políticamente.

En el futuro, el régimen político y electoral ideal —de ninguna manera pienso que se puede implantar ahora— sería, para los órganos legislativos, la proporcional, incluida la Cámara de Senadores; ahora, ahí habría una variante, sería a nivel de cada estado, porque son representantes de cada estado. Y por lo que hace al Poder Ejecutivo, el escrutinio mayoritario de dos vueltas, tanto para elección de presidente municipal, de gobernador, y de presidente de la República; eso sería una emulsión

enorme para el sistema democrático. Aprendí de mis maestros de Ciencia Política —algunos de ellos tenían una gran fe en lo que llamaban la ingeniería política (estaba de moda decirlo)— cómo te puede cambiar la composición de fuerzas y la estructura política de un país si tú cambias la ley electoral; cómo hay incluso una sofisticación —por eso le llamaban ingeniería electoral— para producir determinadas coaliciones, determinadas conformaciones de intereses y determinada estructura de partidos con sólo la ley electoral.

En este sentido, este principio sería muy aplicable a México. Obviamente no tenemos la mayoría para imponerla —por eso estamos hablando sólo de la teoría—, pues estas reformas requieren una reforma constitucional. Por ejemplo, para desterrar el acceso que el PRI tiene a la representación proporcional, que está en la fracción C del 54, tienes que reformar la Constitución, y para reformar la Constitución necesitas una mayoría de dos tercios en el Congreso de la Unión y dos tercios de las legislaturas de los estados. En las condiciones actuales, ¿cuándo la oposición va a tener la posibilidad de hacer una reforma constitucional de esa naturaleza? Por eso, si no hacemos una presión política y social muy fuerte, la reforma electoral va a ser muy lenta.

JW: Ahora el PRI dice que quiere cambios en el código electoral.

PML: Pero no han dicho cuáles; tal vez sean para peor. El problema es que ellos ya tampoco pueden reformar la Constitución. Lo que se ganó en estas elecciones es que el presidente de la República perdió su facultad de reformar la Constitución: es poco, pero cuando menos eso ya lo acabamos. Desde siempre —no quiero analizar qué pasaba en el siglo XIX porque iría muy lejos, pero supongo que Porfirio Díaz lo podía hacer con cierta facilidad, nada más que no había la *constitucionomanía*, es decir, la tendencia a reformar la Constitución—, todos los presidentes de México desde la Revolución pudieron reformar la Constitución a su voluntad.

JW: Ya eso ha cambiado.

PML: Por primera vez. Miguel de la Madrid hizo una cantidad de reformas constitucionales excesivas y muy inadecuadas. Te diría sin

ninguna pasión política que si alguien ha reformado la Constitución indebidamente, se llama Miguel de la Madrid.

Eso de toda la rectoría del Estado es un rollo que no dejó contentos ni a unos ni a otros. Para los constitucionalistas tradicionales, para nosotros, los revolucionarios auténticos, es un terrible ablandamiento y concesión respecto de lo que eran las normas fundamentales del artículo 27, y para los más conservadores o en favor de la libre empresa, hay frases y expresiones que por guardar las formas, por cubrirse retóricamente, resultan para ellos muy amenazantes. Y la verdad es que sí: se usan fórmulas que son innecesariamente amenazantes para el sector privado y otras que reblandecen la capacidad de acción del Estado. No dejaron contento a nadie y eran absolutamente innecesarias.

O todo el bodrio que le metió a la Constitución para regular la Asamblea del Distrito Federal, cuando eso pudo haberse mandado a una ley secundaria; se pudo haber dejado el principio de que el Distrito Federal tuviera una Asamblea de Representantes con tales facultades, y nada más. Se pusieron a reglamentar la Asamblea de Representantes del Distrito Federal —que no es nada, tiene poquísimas facultades— modificando pasajes enteros de la Constitución. Si alguien tocó infortunadamente la Constitución fue De la Madrid y creo que llevó su castigo; fue casi un castigo divino, porque perdió —esperemos que para siempre— el presidente de México la facultad de reformar la Constitución. Con la mayoría que tiene el PRI no lo puede hacer, necesita hacerla por coalición.

Este escándalo que se ha formado en torno a las relaciones entre la Iglesia y el Estado ha dado a sospechar a algunos —yo no lo creo— que hay una alianza, que hay un valor entendido de la jerarquía de la Iglesia tanto con el PRI como con el PAN a efecto de reformar el artículo 130, y que ya lo tienen negociado con los dos partidos. No creo que sea posible, porque muchísimos diputados del PRI no estarían de acuerdo en esas reformas. El PRI tendría un problema de disciplina interna muy serio si se quisiera meter seriamente con el artículo 130.

JW: Bueno, ¿quién ha negociado esto, De la Madrid?

PML: No. Creo que Prigione, el delegado apostólico, lo tenía negociado.

JW: Entre el PRI y el PAN.

PML: Se dice que está negociado. No lo creo, pero esto es únicamente un ejemplo. La Constitución sólo sería reformable mediante alianzas, y doy como ejemplo lo que se dice estos días en la calle, aunque no lo crea: que la Iglesia tiene arreglado con el PRI y con el PAN reformas constitucionales que la favorecieran, o bien, que el PRI se aliará con nosotros para otras reformas.

JW: La alta jerarquía de la Iglesia fue invitada a la toma de posesión de Salinas.

PML: Simplemente es una falta de forma, es un error de forma, porque tú no puedes, como gobierno, violar ostensiblemente la Constitución en cosas, además, sin importancia.

JW: Bueno, es una manera de ganar votos del PAN, el apoyo del PAN; es como se crea la coalición, va a ser una coalición PRI-PAN contra PRD.

PML: No lo creo, no es tan fácil. Es a lo que ellos aspirarían. Claro, nos metieron también en una polémica en la cual, si cometemos la torpeza de salir al ruedo, salimos perdiendo. Algunos de nuestros partidos ya se metieron, muy iniciado este asunto, en el debate de la Iglesia y el Estado. Algunos de nosotros tuvimos que hacer declaraciones rotundas: yo dije que no estaba en la agenda de los problemas urgentes del país y que era una cortina de humo, porque nos pone en una situación muy difícil. Si nos pronunciamos en contra, nos acusan de estar contra la Iglesia.

JW: Una última pregunta acerca de las elecciones: ¿la manera de elegir diputado de partido fue mejor que los plurinominales?

PML: Sí, para mí fue mejor. Por desgracia, la idea de la proporcionalidad plurinominal la entendió el gobierno como una manera de negar el avance en los triunfos uninominales. Quiero decir que tuvo como mensaje implícito —y no sé si explícito con algunos partidos— decirte: “Te doy diputados proporcionales, pero no me andes disputando plazas o sitios uninominales”. Si no fue así, cuando menos el gobierno así lo entendió. Yo escribí un memorándum a Miguel de la Madrid antes de

las elecciones de Chihuahua, siendo yo embajador, sobre este asunto. Le dije que me parecía grave que se fuera a entender que la LOPPE había servido sólo para crear la jaula de oro parlamentaria o que implicaba el reconocimiento de todo mundo de que la oposición no podía aspirar al poder, y que fuera a justificar al gobierno para aplastar a la oposición en Chihuahua; que me parecía sumamente grave eso que decían los heraldos del gobierno: “Si ya tienen diputados, por qué nos van a disputar las gubernaturas”.

En esos días creció una alianza, un entendimiento que nunca había habido entre algunos partidos de izquierda, fundamentalmente el PSUM —todavía no era PMS— y el PAN. El PSUM y el PMT —dos formaciones que, por cierto, ahora están confluyendo en nuestro partido, una que provenía del viejo Partido Comunista y un partido de cristianos progresistas, el de Heberto Castillo— fueron a Chihuahua a defender el triunfo del PAN. El gobierno empezó a hablar de la alianza antinatural entre la izquierda y la derecha; entonces escribí un trabajo, que no se publicó, diciendo que era la más natural de las alianzas, que la oposición había llegado en México al punto donde sus verdaderas conquistas eran las territoriales: que no podía pensar el gobierno que la oposición pudiera constreñirse a un espacio parlamentario donde tenía todo el derecho de hablar, pero no tenía capacidad de decidir; donde estaba derrotada de antemano, nacida para perder. Era consagrar el carácter minoritario de la oposición hasta la eternidad. Eso tiene de malo la LOPPE. Su intención es muy clara: abrir un espacio limitado a la oposición en lo parlamentario y, consecuentemente, justificar al gobierno para negarle lo demás.

Recordé las experiencias de varios países que se democratizaron, particularmente dos que seguí muy de cerca y con cuyos líderes tuve mucha relación —donde de alguna manera participé en el diseño de lo que iba a ocurrir—: Brasil y España. En ambos casos, un momento de la lucha por la democracia fue la lucha territorial. En el caso de España, la victoria en los municipios fue la consolidación de la democracia, y en el caso del Brasil, las gubernaturas de los estados: la lucha por Minas Gerais, por Río de Janeiro, por São Paulo y por Rio Grande do Sul fue definitiva

para que cambiara el equilibrio. Cuando la oposición ganó los principales estados en Brasil y los principales municipios en España, la tradición política estaba hecha.

Desde entonces —antes de la creación de este partido— pensé con claridad que había que darle la vuelta a esa ley y volver a ubicar el problema donde está: en el reconocimiento de las victorias electorales. Y la gran lucha finalmente está en las uninominales.

Todavía arrastramos la carga de las ventajas que esas leyes representan para los pequeños partidos: para nosotros todavía hoy es una carga negativa la de estos códigos electorales que crearon la proporcional. Los partidos chicos tienden a conformarse con los diputados proporcionales, y esto fue uno de los factores que nos impidieron tener candidatos únicos en las elecciones del 6 de julio. Los partidos que participaron en nuestra alianza, que fueron tres y luego cuatro, jugaron por su cuenta los diputados: perdieron las uninominales, pero como tienen un premio por la proporcional —con sólo 1.5% ya tienes 15 o 20 diputados—, entonces no tuvieron el incentivo de ganar la mayoritaria.

Si no hubiera habido la proporcional, si esa ley no hubiera existido, y la alianza de los partidos hubiera sido a todos los niveles, habríamos ganado, con las cifras oficiales, 37 diputados de 40 en la Ciudad de México: hubiera sido masivo, pero no lo pudimos hacer por falta de unidad y por la dinámica de los partidos hacia la separación. Por eso el futuro está en la proporcionalidad absoluta y en la mayoritaria a dos vueltas. La proporcionalidad absoluta ya no plantea ese problema: cada partido habría jugado los candidatos que quisiera, y hubiéramos tenido en el Distrito Federal la mitad de los diputados, porque tuvimos 50% de los votos: 20 diputados, 10 el PRI y 10 el PAN; eso hubiera sido muy justo.

Unidos por la regla de la mayoritaria hubiéramos tenido 37: una barbaridad, impresionante. Pero yo me conformaría, si fuera una regla igual para todos, con tener el número de diputados correspondiente al número de votos y esto nos daría una fuerza enorme en el corto plazo.

Índice onomástico

- Abascal, Salvador, 18
Abdelkader, Emir, 108
Abreu Gómez, Ermilo, 89
Acción Democrática (Venezuela), 584
Abdulaziz, Khalid bin, 560
Adiós, Mariquita linda (película), 635, 637
Agee, Philip, 363
Aguero, Luis, 105
Aguilar Camín, Héctor, 173, 750, 818
Aguilar Talamantes, Rafael, 320, 777, 778
Aguilera Dorantes, Mario, 669
Aguirre Beltrán, Gonzalo, 718
Alamán, Lucas, 24
Alatriste, Sealtiel, 162
Albina Garavito, Rosa, 866
Alcalá-Zamora, Niceto, 56, 104
Alcázar, Marco Antonio, 159
Alegría, Rosa Luz, 667
Alejo, Javier, 261, 310, 402
Alemán Valdés, Miguel, 23, 48-50, 53, 77, 134, 218, 253, 256, 259, 263, 264, 347, 388, 471, 639, 642, 871, 916, 919
Alemán Velasco, Miguel, 32, 95, 95n
Alfaro, Brígida, 29
Alfaro Siqueiros, David, 135, 136
Alfonsín, Raúl Ricardo, 212, 212n, 580, 904-906
Ålgård, Ole, 537
Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), 112
Allende, Salvador, 133, 201, 202, 208-212, 368, 369, 495
Allon, Yigal, 502
Almada, Francisco R., 737
Almada, Hirschfeld, 341
Almeyda, Clodomiro, 202
Al-Qaysi, Riyad, 611, 616
Alva Castro, Luis, 815
Alvarado, Salvador, 251, 918
Álvarez, Juan, 726
Álvarez, Luis H., 813, 823, 832, 840, 859, 889
Álvarez del Castillo, Enrique, 65, 293, 715
Álvarez Garín, Raúl, 866
Álvarez Icaza, José, 830
Amaro, Joaquín, 35, 258
Andersen, Hans Christian, 42
Andreu Almazán, hermanos, 443
Andreu Almazán, Juan Isidro, 18, 34-36, 258
Angeles Times, Los (publicación), 909
Apodaca, Jerry, 685
Arafat, Yasser, 501, 502
Arbenz, Jacobo, 58, 93, 94
Arciniegas, Germán, 96, 172
Arias, Óscar, 205, 506, 585, 904, 905
Aristóteles, 145
Arnáiz y Freg, Arturo, 90
Aroche Parra, Miguel, 839
Aron, Raymond, 628
Arráncame la vida (Mastretta), 46
asilado silencioso, El (Haya de la Torre), 111
Aspe, Pedro, 200, 734
Asturias, Miguel Ángel, 94, 172
Atatürk, Mustafá Kemal, 125, 125n
Attali, Jacques, 787

- Ávila Camacho, Manuel, 23, 34, 36, 37,
41, 45-47, 49, 53, 91, 209, 253, 256,
259, 264, 388, 457, 469, 470, 471, 800
- Ávila Camacho, Maximino, 45
- Azcona, José, 905
- Azuela, Salvador, 737
- Baena Soares, João Clemente, 608
- Báez, Mercedes, 21
- Balzac, Honoré de, 707, 796
- Bañuelos, Juan, 61
- Barbachano, hermanos, 73
- Barco, Virgilio, 905
- Barona, Miguel, 371
- Barrantes, Alfonso, 904, 916
- Barreda, Gabino, 649, 649n
- Barrios, Carlos Jonguitud, 68, 671, 694, 920
- Barros Sierra, Javier, 168, 265
- Bartlett, Manuel, 388, 741, 856, 861, 863,
909, 910
- Bassols, Narciso, 215, 272, 635
- Basurto, Jorge, 271
- batalla de Argel, La* (película), 100n
- Batista, Fulgencio, 74, 75n
- Bautista, Gonzalo, 471
- Baz, Gustavo, 46, 710
- Becerra Acosta, Manuel, 749
- Benítez, Raúl, 175
- Bergson, Henri, 707
- Bermúdez, Antonio, 47, 197, 259
- Bermúdez de Castro, Salvador, 82
- Bernal, Ignacio, 148
- Berumen, María, 73
- Betancourt, Antonio, 737
- Betancourt, Rómulo, 111
- Betancur, Belisario, 584, 585, 599, 600
- Beteta, Ignacio M., 29, 91
- Beteta, Mario Ramón, 195, 196, 235, 236,
305, 308, 310, 687, 687n
- Beteta, Ramón, 18, 91
- Biebrich, Carlos Armando, 465, 466
- Billiken* (publicación), 42
- Bitat, Rabah, 108
- Blanco, Lucio, 252
- Boardman, James, 228
- Bojórquez, Juan de Dios, 18
- Bolívar, Simón, 67, 108
- Bonaparte, Napoleón, 110
- Bonfil Batalla, Guillermo, 175, 667
- Bonilla, Javier, 231, 238, 240, 301, 447,
664, 670, 672, 703, 884, 885
- Borah, Woodrow, 122, 122n, 783
- Borbón Parma, María Teresa de, 715
- Borja, Rodrigo, 904, 905
- Bortz, Jeffrey, 19
- Bosch, Juan, 511
- Boumédiène, Houari, 108
- Brandt, Willy (Herbert Ernst Karl Frahm),
395, 395n, 396, 558, 560, 598, 654
- Braudel, Fernand, 172, 726
- Bravo Ahuja, Víctor, 647, 648
- Bremer, Juan José, 666
- Brézhnev, Leonid, 205, 544
- Brook-Shepherd, Gordon, 632, 632n
- Buendía, Manuel, 451
- Bueno, Gerardo, 304
- Buenrostro, César, 866
- Burnham, Forbes, 615
- Bustamante, Jorge, 498
- Caamaño Muñoz, Enrique, 195
- cabaña del tío Tom, La* (Beecher Stowe), 697
- Cabañas, Lucio, 360, 495
- Cabrera, Luis, 272, 281
- Cabrera, Manuel, 97
- Cabrera Muñoz Ledo, Jesús, 26
- Calderón Hinojosa, Felipe, 16
- Calleja, Moisés, 324
- Camacho Solís, Manuel, 225, 835, 867, 904
- Campa, Valentín, 448
- Campillo Sainz, José, 65, 240, 310, 478
- Campos Salas, Octaviano, 186
- Capín, Luis, 73
- Capone, Al, 367
- Caputo, Dante, 580
- Cárdenas del Río, Lázaro, 29, 33, 36, 37,
41, 46, 47, 49, 53, 124, 252-254, 256,
257, 264-268, 296, 298, 347, 356, 357,
388, 389, 435, 436, 442, 451, 457, 467,
470, 638-640, 642, 643, 660, 670, 689,
700, 722, 730, 770, 771, 776, 800, 801,
810, 868-871, 905, 908, 916, 919, 923

- Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc, 13,
14, 29, 30, 162, 262, 440, 487, 488, 609,
636, 741, 745-747, 750, 752, 756, 758,
761, 763, 764, 766, 768, 776, 778-781,
785, 809-811, 813, 814, 816, 822-830,
832, 834, 836-839, 845, 849-853, 858-
861, 864-875, 877-879, 885, 896, 898,
899, 901, 908, 909, 912, 913, 915, 916,
918, 920
- Cardoso, Fernando Henrique, 104
- Caro Quintero, Rafael, 366
- Carpizo, Jorge, 64, 699, 711, 714, 717
- Carranza, Venustiano, 35, 53, 89, 660, 727,
776, 843, 916, 918
- Carrara, Francesco, 103
- Carrillo, Santiago, 328
- Carrillo Flores, Antonio, 79, 148, 151,
152, 178, 509, 510n
- Carrillo Flores, Nabor, 74, 83, 79
- Carrillo Marcor, Alejandro, 140, 194, 399,
457, 746
- Carter, Jimmy, 216, 218, 513, 517, 531,
538, 543, 688
- Caso, Alfonso, 49, 89
- Caso, Andrés, 168
- Caso, Antonio, 61, 88, 93
- Caso, Antonio (hijo), 82
- Castañeda, Jorge G., 850
- Castañeda y Álvarez de la Rosa, Jorge,
63, 88, 91, 212, 248, 478, 491, 502,
526, 528-530, 547, 560, 562, 563, 687,
687n
- Castellanos, Rosario, 220
- Castillo, Heberto, 780, 809, 811, 826-831,
840, 866, 929
- Castro, Hugo, 401
- Castro, Raúl Héctor, 685
- Castro Leal, Antonio, 89
- Castro, Fidel, 74, 81, 95, 111, 172, 205,
208, 887, 904-906, 920
- Catón, 237
- Cebreros, José Alfonso, 195
- Céline, Louis-Ferdinand, 73
- Ceniceros, José Ángel, 639
- Cerezo, Marco Vinicio, 905, 906
- Cervantes de Salazar, Gregorio, 65, 66
- Cervantes del Río, Hugo, 193, 384
- Chaban-Delmas, Jacques, 255, 255n
- Chamorro Mora, Javier, 594, 595
- Charnaud MacDonald, Augusto, 94n
- Chávez, Elías, 862
- Chávez Orozco, Luis, 18, 40, 431
- Chávez Sánchez, Ignacio, 117, 141, 165,
647, 705, 716, 717
- Chen, Jorge, 159, 545
- Chevallier, Jean-Jacques, 102, 628, 726
- Chiang Kai-shek, 221
- Chico Goerne, Luis, 700, 700n
- Chioventa, Giuseppe, 103
- Chirac, Jacques, 250
- Chumacero, Alí, 90
- Cleaves, Peter S., 233, 233n
- Clemenceau, Georges, 751
- Clouthier, Manuel, 253, 272, 490, 800,
811, 813, 823, 826, 829, 832, 836, 849,
851, 877, 896, 905
- Colina, Rafael de la, 92, 152
- Colón, Cristóbal, 40
- Compromisos* (Muñoz Ledo, P.), 880-882
- Comte, Auguste, 649n
- Conchello, José Ángel, 449, 832-834
conquista espiritual de México, La (Ricard),
649n
- Consalvi, Simón Alberto, 586
- Constitución de 1857 y sus críticos, La*
(Cosío Villegas), 87
- Contemporáneos* (publicación), 89
- Coquet, Benito, 137, 146, 147, 281
- Cordera, Rolando, 444, 743
- Córdova, Arnaldo, 254, 444
- Cornelius, Wayne A., 512, 517, 688
- Corona del Rosal, Alfonso, 387, 391
- Cortázar, Julio, 633
- Cortina, Javier, 606, 607
- Cosío Vidaurri, Guillermo, 411
- Cosío Villegas, Daniel, 18, 50, 87-90, 118,
119, 148, 160, 219, 220, 292, 376, 377,
446, 672, 706, 709, 726
- Costa Méndez, Nicanor, 576
- Coty, René, 99
- Covián Pérez, Miguel, 61
- crisis de México, La* (Cosío Villegas), 50

- Crisis y alternativas de América Latina: reforma o revolución* (Jaguaribe), 309
- Crítica de la razón dialéctica* (Sartre), 120
- Crónica de un fraude* (película), 821
- Cruickshank, Jorge, 412-414
- Cué, Irma, 758
- Cuesta, Jorge, 89
- Cueva, Mario de la, 23, 56, 58, 59, 62, 64, 65, 83, 85, 89, 92, 93, 95, 99, 100, 149, 161, 187, 327, 632, 731
- d'Escoto, Miguel, 544, 551
- Daley, Richard Joseph, 255, 255n
- Dayán, Moshé, 220
- De Bouvet, Michel, 707
- Debray, Régis, 127
- Defferre, Gaston, 255, 255n
- Delgado, Celso, 408
- Demian* (Hesse), 66
- democracia en México, La* (González Casanova), 634
- Demóstenes, 145
- Derecho mexicano del trabajo* (De la Cueva), 731
- desarrollo estabilizador, El* (Ortiz Mena), 174
- Díaz, Porfirio, 24, 25, 54, 71, 131, 254, 266, 339, 362, 365, 660, 727, 926
- Díaz, Socorro, 746
- Díaz Ordaz, Gustavo, 12, 133, 137, 138, 146, 150, 156, 162-164, 166, 167, 171, 174-177, 178, 182, 187, 190, 198, 234, 235, 260, 265, 270, 273, 275, 279, 297, 315, 352, 361, 366, 376, 379, 387, 388, 390, 393, 470, 471, 642, 647, 648, 684, 800, 871
- Díaz Ruanova, Osvaldo, 97
- Díaz Serrano, Jorge, 235
- Díaz Soto y Gama, Antonio, 56
- Dihigo, Ernesto, 74
- diputados. Crónica de la XXVI Legislatura, Los* (Palavicini), 431
- Dobrynin, Anatoli, 564
- Domínguez, Jorge Efrén, 423
- Dovalí, Antonio, 235, 236
- Dromundo, Baltasar, 90
- Duarte, José Napoleón, 905
- Durán, Leonel, 667
- Durand, José, *El Manatí*, 104, 633, 685, 726
- Durazo, Arturo, 68, 392
- Duverger, Maurice, 102, 628, 632, 883, 909
- Echeverría Álvarez, Luis, 13, 63, 91, 92, 97, 108, 133, 134, 142, 148, 162, 170, 177, 178, 181-189, 193, 194, 197, 200, 202-204, 211, 214-216, 218-220, 235, 239, 244, 247, 249, 260, 261, 269, 271-273, 276, 277, 283, 290, 293, 296-298, 300, 315, 322, 324, 331, 332, 341, 342, 345, 347, 352, 363, 366-369, 373-375, 379-382, 385, 387, 388, 390-393, 398, 401, 402, 406, 434, 435, 442, 448, 449, 453, 455, 456, 459, 464, 465, 467-469, 475, 482, 489, 491, 493, 496, 497, 505, 508, 509, 515, 561, 647, 648, 654, 677, 684, 686, 728, 732, 759, 752, 765, 778, 798, 890, 897, 910
- Echeverría Bianchi, José Antonio, 75, 75n
- Eisenhower, Dwight D., 631
- Elías Calles, Plutarco, 33, 53, 215, 254, 257, 264, 266, 267, 429, 431, 629, 765, 800, 871
- Elitlore Varieties: 17 Views in World Context* (Wilkie, J.), 18
- Elizondo, Salvador, 61, 73
- Emperador, El* (Kapuściński), 331
- Enders, Thomas, 548, 553
- Entre la libertad y el miedo* (Arciniegas), 96
- Escarpit, Robert, 129, 707
- Esopo, 42
- Espectador, El* (publicación), 144
- Espinosa de los Reyes, Jorge, 767
- Espinosa Yglesias, Manuel, 283, 284, 374, 377
- Estrada, Genaro, 490
- estructura social y cultural de México, La* (Iturriaga), 144, 629
- Evolución política del pueblo mexicano* (Sierra), 131
- Exaltación de ineptitudes* (Ruiz Harrell), 60

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Excélsior* (publicación), 58, 220, 316, 374, 423, 465, 742, 766
- Extremos de América* (Cosío Villegas), 87
- Fabela, Isidro, 88, 264
- Falfurrias Times* (publicación), 106
- Far West* (May), 42
- Farell Cubillas, Arsenio, 133, 228, 325, 326, 352, 910
- Faulkner, William, 73, 103
- Félix Valdés, Rodolfo, 467
- Fernández Hurtado, Ernesto, 300, 305, 734
- Ferreira, Ángel Trinidad, 261
- Feynman, Richard, 511
- Figueiredo, João Baptista, 573
- Figueroa, José, 21, 340
- Figueroa, Genovevo, 847
- Figueroa, Luis, 65
- Figueroa, Rodolfo, 161
- Figueroa, Rubén, 495
- Flores, Edmundo, 679
- Flores Caballero, Romeo, 445
- Flores Curiel, Rogelio, 408, 412, 413
- Flores de la Peña, Horacio, 186, 195, 240, 243, 402, 506, 734
- Flores Magón, Ricardo, 213, 272, 641, 702
- Flores Muñoz, Gilberto, 154, 264
- Flores Olea, Víctor, 60, 73, 85, 103, 423, 634, 665, 703
- Flores Sánchez, Óscar, 378
- Fontaine, André, 683, 683n
- Fourastié, Jean, 354, 354n, 723
- Fox Quesada, Vicente, 15, 15n
- Fraga, Gabino, 253
- France, Mendès, 113, 114
- Francis de los Reyes, Osmel, 75
- Frente a la Revolución mexicana* (Wilkie, J. y Monzón), 22
- Frente Amplio Progresista (FAP), 15
- Frente Democrático Nacional (FDN), 13, 741, 752, 774, 775, 779, 780, 785, 819, 828, 832, 840, 842, 844, 845, 847, 851, 853, 867, 878, 890, 896, 898, 901
- Freud, Sigmund, 723
- Fuentes Mares, José, 376, 377
- Fuentes Muñoz Ledo, Lisa, 19, 21, 23n, 26, 801, 883
- Fuentes, Carlos, 60, 65, 85, 91, 93, 96, 97, 636, 688
- Furno, Carlo, 103
- Furtado, Celso, 308
- Galindo, Alfonso J., 19
- Galtieri, Leopoldo Fortunato, 573-575
- Galván, Rafael, 225, 316, 317, 320, 323
- Galván, Tierno, 400, 631
- Gálvez Betancourt, Carlos, 157, 384
- Gamboa Pascoe, Joaquín, 834
- Gamio, Manuel, 784
- Gandhi, Mahatma, 844, 912
- Gandhi, Feroze, 518n
- Gandhi, Indira, 518, 518n, 599, 602
- Gaos, José, 104, 441
- García, Alan, 111, 111n, 112, 815
- García, Marcos, 56
- García Cantú, Gastón, 666, 889
- García López, Agustín, 49, 56
- García Márquez, Gabriel, 557n
- García Máñez, Eduardo, 56
- García Ponce, hermanos, 73
- García Ramírez, Sergio, 62, 250, 668, 680, 703, 817
- García Robles, Alfonso, 137, 502, 502n, 510, 556n
- García Rojas, Jorge Gabriel, 65
- García Sainz, Ricardo, 158, 247, 248
- García Téllez, Ignacio, 48
- Garrido Canabal, Tomás, 251, 918
- Garro, Elena, 90
- Garza Lagüera, Eugenio, 377, 378
- Garza Sada, Eugenio, 368, 375
- Garza Sada, Marcelo, 377
- Garza Sada, Rogelio, 238, 377
- Gascón Mercado, Alejandro, 408, 411
- Gastélum, Juan José, 458
- Gaulle, Charles de, 102, 126
- Gavin, John, 366, 554, 610, 767, 881
- Gaxiola, Francisco Javier, 49
- Gérard, Max, 628
- Gil, Román, 864
- Gilly, Adolfo, 866

- Giscard d'Estaing, Valéry, 520, 520n, 782
 Gómez, Jorge, 839
 Gómez, Marte R., 18, 389
 Gómez, Rodrigo, 164, 178, 734
 Gómez Arias, Alejandro, 90, 96, 96n
 Gómez Fariás, Valentín, 649, 649n
 Gómez Morín, Manuel, 18, 21, 59, 88, 267
 Gómez Pedraza, Manuel, 131, 727
 Gómez Villanueva, Augusto, 315, 384, 392, 396, 397, 401, 432, 453, 465, 684, 744, 747
 Gómez Z., Luis, 320
 González, Emilio, 409
 González, Felipe, 111, 328, 395, 396, 744, 877, 905
 González, Luis, 737
 González Avelar, José Miguel, 62, 739
 González Blanco, Salomón, 188, 357
 González Casanova, Henríque, 423
 González Casanova, Pablo, 91, 92, 97, 144, 423, 634, 698, 715, 851, 860, 884
 González Cosío, Arturo, 61, 67, 93, 168
 González de la Vega, Francisco, 56
 González de León, Antonio, 512, 743
 González Guevara, Rodolfo, 162, 401, 436, 439, 743, 744, 747, 749, 750, 761, 769, 918
 González Luna, Efraín, 813
 González Morfín, Efraín, 813
 González Pedrero, Enrique, 61, 97, 160, 732
 González Rojo, Enrique, 89
 González Schmal, Jesús, 825, 829, 832-835, 853
 González Torres, José, 813
 Gorbachov, Mijaíl, 532
 Gorostiza, José, 89, 90, 148
 Granados Chapa, Miguel Ángel, 920
 Gual Vidal, Manuel, 49, 639
 Guerra, Alfonso, 744, 904
 Guerra, Ricardo, 63, 91, 97, 143
 Guerrero, Vicente, 131, 727
 Guerrero Larrañaga, Carlos, 241, 284
 Guevara, Ernesto, *Che*, 111
 Guevara Niebla, Gilberto, 173
 Gurvitch, Georges, 628
 Gutiérrez Menoyo, Carlos, 75n
 Habsburgo, Maximiliano de, 25, 212
 Haig, Alexander, 541, 547, 548, 550, 552, 575
 Haile Selassie, 331
 Hammarskjöld, Dag, 505, 536
 Hank, Carlos, 672, 677, 796, 910, 916
 Hansen, Roger D., 632, 632n
 Hart, Armando, 75
 Haya de la Torre, Víctor Raúl, 95, 96, 109-112
 Heller, Claude, 199
 Heller, Hermann, 103, 104, 480
 Hemingway, Ernest, 103
 Henríquez Guzmán, Miguel, 48, 67, 443
 Henríquez Ureña, Pedro, 88
Heraldo, El (publicación), 369, 380, 490
herencia medieval de México, La (Weckmann), 726
 Hernández, Silvia, 401, 747
 Hernández Cervantes, Héctor, 794, 799
 Hernández Cervantes, Javier, 93
 Hernández Galicia, Joaquín, *La Quina*, 319, 321, 920, 921
 Hernández Ochoa, Rafael, 318, 342
 Herrera, Felipe, 209, 277, 278
 Herrera Campins, Luis, 507, 584, 585
 Hesse, Hermann, 66
 Heuvel, William vanden, 531
 Hidalgo y Costilla, Miguel, 869
 Hinojosa, Óscar, 862
 Hiriart, Fernando, 194
Historia de la cultura (Weber), 54
Historia de México (Teja), 632
 Ho Chi Minh, 108
Homenajes y testimonios (Carrillo Flores, A.), 178
 Huerta, Adolfo de la, 53, 258, 458
 Huerta, Victoriano, 54, 493
 Huntington, Samuel Phillips, 127, 127n, 128, 688, 727
 Ibarra Muñoz, David, 247, 304, 687, 687n

- Ibarra, Rosario, 145, 780, 826, 832, 877, 905
ideas y las instituciones políticas mexicanas,
Las (Miranda, J.), 726
 Iglesias, Enrique, 570
 Illueca, Jorge Enrique, 576, 595
indio, El (López y Fuentes), 637
Inside the Company (Agee), 363
 Iñárritu, Alfredo, 73
 Isoard, Carlos, 703
 Iturbide, Aníbal de, 377, 378
 Iturriaga, José E., 90, 135, 139, 140, 147, 629
 Ize, María Francisca, 159, 447
- Jaguaribe, Helio, 309, 309n, 365, 479, 511
 Jaramillo, Rubén, 360, 361
 Jaspers, Karl, 93
 Jellinek, Georg, 103
 Jhering, Rudolf von, 103
 Johnson, Lyndon B., 177, 178, 510
 Jørgensen, Anker, 654
Jornada, La (publicación), 446, 850, 851, 886
 Jorrín, Enrique, 81
 Juan Pablo II, papa, 207n, *Véase también*
 Wojtyła, Karol
 Juárez, Benito, 24, 26, 108, 109, 140, 141, 206, 470, 618, 649n, 702, 726, 776, 869
- Kapuściński, Ryszard, 331
 Kelsen, Hans, 103
 Kennedy, John F., 177
 King, Alexander, 204n
 King, Martin Luther, 486
 Kipling, Rudyard, 42
 Kirkpatrick, Jeane J., 127, 127n, 489, 537-541, 546-554, 573, 574, 611, 613-615, 617-620
 Kissinger, Henry, 210, 219, 221, 497
 Krauze, Enrique, 750
 Kreisky, Bruno, 396, 396n, 558, 599, 654
 Kruschev, Nikita, 99
- La Fontaine, Jean de, 42
 Labastida Ochoa, Francisco, 467
 Labra, Armando, 135, 227, 298, 401, 423
- Labra, Wenceslao, 423
 Lafargue, Paul, 354
 Lanz Galera, Marco Antonio, 93
 Lascuráin, Pedro, 54
 Lavalle Urbina, María, 669, 669n, 696
 Lavín, José Domingo, 257
 Lazo, Carlos, 50
Le grand espoir du xx^e siècle (Fourastié), 354
Le Monde (publicación), 129, 683, 683n, 909
 Lenin, Vladimir, 326
 León, Luis L., 18, 431
 León de la Barra, Francisco, 54
 Lerdo de Tejada, Sebastián, 660
 Lewis, Oscar, 18, 135, 136, 170
ley de Peter, La (Peter), 590
Libro de las tierras vírgenes, El (Kipling), 42
 Liévano, Indalecio, 527
 Lincoln, Abraham, 108
Línea (publicación), 447
 List Arzubide, Germán, 18
 Loaeza, Marisol, 128
 Loaeza, Soledad, 159
 Lombardo, Marcela, 839, 902
 Lombardo Toledano, Vicente, 18, 21, 33, 34, 36, 49, 67, 88, 215, 227, 252-254, 272, 351, 353, 356, 364, 389, 414, 457, 640, 730, 777, 778, 919
 López Cámara, Francisco, 63, 91, 727
 López Lira, José, 263
 López Mateos, Adolfo, 11, 82, 90, 129, 133-142, 146, 149, 154, 163, 164, 167-169, 174, 178, 190, 214, 255-257, 264, 265, 268, 270, 297, 316, 342, 356, 357, 362, 364, 387, 391, 398, 431, 471, 506, 627, 632, 634, 689, 730, 870, 871
 López Obrador, Andrés Manuel, 15, 845
 López Portillo, Guillermo, 668, 679, 680
 López Portillo, José, 13, 56, 63, 68, 91, 97, 130, 157, 166, 175, 178, 180, 181, 189-197, 199, 200, 219, 223, 233, 235, 240, 243-247, 249, 263, 271, 296, 303, 305, 312, 316, 317, 325, 327, 331, 347, 357, 366, 368, 375, 383, 384, 386, 391-394, 396-398, 400-404, 408-410, 412, 413, 415, 430, 432, 435, 436, 442, 447, 448,

- 450, 453, 456, 457, 459, 461, 463-465, 473, 478, 482, 489, 493, 504, 508-510, 517, 519, 522, 546, 547, 567-570, 585, 587, 589, 591, 599, 608, 641, 649-652, 654, 660, 662, 663, 666, 667, 671, 674, 675, 677, 679-682, 684-686, 702, 703, 759, 761, 762, 765, 778, 788, 790-792, 799, 855, 890, 897, 908, 910
- López Portillo, Margarita, 679
- López y Fuentes, Gregorio, 637
- Loret de Mola, Rafael, 379, 380
- Loyo, Gilberto, 136
- Lozoya, Jorge Alberto, 159, 199, 447
- Lugo Verduzco, Adolfo, 287, 412, 755, 756
- Luján, Jesús, 891
- Lusaka, Paul Firmino, 615
- Lusinchi, Jaime, 905
- Madero, Francisco I., 54, 431, 447, 916
- Madero, Pablo Emilio, 832
- Madrazo Pintado, Roberto, 886
- Madrazo, Carlos, 918
- Madrid, Miguel de la, 13, 60, 62, 67, 75, 91, 96, 168, 186, 196, 197, 235, 240, 243, 244, 248-250, 261, 262, 291, 297, 306, 310, 313, 325, 326, 360, 383, 436, 443, 468, 469, 471, 475-477, 488, 489, 563, 582, 583, 587, 589, 598, 599, 601, 604, 607-609, 611, 643, 668, 684, 687, 718, 728, 734, 741, 743, 745, 746, 754, 756, 758-760, 762-765, 778-780, 786, 812, 815, 817, 818, 821, 822, 856, 861, 863, 886-891, 894, 895, 897, 901, 903, 906, 910, 911, 916, 921, 922, 924, 926-928
- Magdaleno, Mauricio, 35, 90
- Maldonado, Víctor Alfonso, 194, 401, 423
- Malmierca, Isidoro, 525
- Malraux, André, 150-152
- Mancera, Miguel Ángel, 16
- Mancera, Miguel, 734, 767, 788
- Manley, Michael, 558
- Mann, Thomas, 73, 103
- manos vacías, Las* (publicación), 82, 82n
- Mantilla Molina, Roberto, 74, 78
- Mañana* (publicación), 111
- Maquiavelo, Nicolás, 55, 320
- Margáin, Hugo B., 171, 240, 294, 305, 306, 308, 636
- María Candelaria* (película), 636
- Mariátegui, Juan Carlos, 33
- Marichal, Carlos, 688
- Marín, Tomás, 25
- Martí, Farabundo, 843
- Martí, José, 67, 81
- Martínez, Ifigenia, 136, 227, 298, 401, 423, 487, 672, 747, 824, 826, 828, 866, 884
- Martínez, José Luis, 90
- Martínez Corbalá, Gonzalo, 747
- Martínez de la Vega, Francisco, 380
- Martínez Domínguez, Alfonso, 168, 408, 663, 664
- Martínez Manautou, Emilio, 185, 190, 191, 391
- Martínez Nateras, Arturo, 448
- Martínez Verdugo, Arnoldo, 364
- Martínez Villcaña, Luis, 758, 847, 872
- Más Araujo, Manuel, 61, 81
- Mastretta, Ángeles, 46
- May, Karl Friedrich, 42, 42n
- Mazo, Alfredo del, 817
- McHenry, Donald, 530
- Medina Peña, Luis, 159-161, 199
- Medio Siglo* (publicación), 12, 23, 59-65, 73, 79, 84, 94
- Meir, Golda, 220, 220n
- Mella, Julio Antonio, 75
- Mena Brito, Bernardino, 35
- Mendes, Candido, 480
- Méndez Arceo, Sergio, 319
- Méndez Docurro, Eugenio, 669, 703
- Mendizábal Rico, Guillermo, 883, 884
- Mendoza, Eliseo, 201
- Mercurio, El* (publicación), 210
- Mérida, Carlos, 637
- México visto en el siglo xx* (Wilkie, J. y Monzón), 17, 21
- México: cincuenta años de Revolución* (Muñoz Ledo, P.), 142
- Mijangos López, Oscar Adolfo (Fito), 101, 101n
- Miller, Arthur, 103

- Miramón, Miguel, 25
 Miranda Fonseca, Donato, 147, 191
 Miranda, José, 104, 726
 Miranda, Miguel Darío, 206
 Mitterrand, François, 114, 250, 561, 562, 599, 654, 782, 877
 Moctezuma Cid, Julio Rodolfo, 194, 246, 399, 687, 687n
 Molina, Isabel, 159
Momentos estelares de la humanidad (Zweig), 42
 Monge, Luis Alberto, 584, 585, 604
 Monsiváis, Carlos, 61, 62, 872
 Montes de Oca, Marco Antonio, 61, 85
 Monzón Wilkie, Edna, 23n, 26, 27, 170
 Mora, Menelao, 75n
 Moreau, Frédéric, 172
 Morelos y Pavón, José María, 869
 Moreno Sánchez, Manuel, 90, 190, 191
 Moreno Toscano, Alejandra, 286, 732
 Moreno Toscano, Octavio, 159
 Moro, Tomás, 209
 Morodo, Raúl, 715
 Morones Prieto, Ignacio, 46, 82, 89, 133, 142, 149-155, 157, 160, 162-164, 166, 182, 185, 263, 281, 286, 630
 Morones, Luis N., 351, 919
 Moya Palencia, Mario, 181, 186, 225, 303, 329,
 Moynihan, Daniel Patrick, 553
 Música, Francisco José, 34, 36, 251
 Mújica Montoya, Emilio, 191, 192, 195
 Muñoz Cota, José, 18
 Muñoz Ledo, Arturo, 39, 237
 Muñoz Ledo, Cristóbal, 24
 Muñoz Ledo, Manuel, 25
 Muñoz Ledo, Marta, 68
 Muñoz Ledo, Octaviano, 24, 26
 Mussolini, Benito, 33, 765
 Myrdal, Alva, 556n
 Myrdal, Gunnar, 291, 291n
 Nakasone, Yasuhiro, 599, 599n
 Nasser, Gamal Abdel, 125, 125n
 Navarrete, Jorge Eduardo, 508, 522, 743
 Nehru, Jawaharlal, 518n
New Spain's Century of Depression (Borah), 122n
New York Times, The (publicación), 106, 541
 Nicol, Eduardo, 104
 Nixon, Richard, 205, 210, 222, 496, 497
No debes crecer la hierba (Véjar y Bermúdez), 47, 259
Nouvelle du Mexique (publicación), 150
 Novo, Salvador, 89, 148
 Noyola, Juan, 91
 Nyerere, Julius Kambarage, 524
 O'Farril, Rómulo, 377
 Obregón, Álvaro, 35, 53, 252, 266, 267, 333, 451, 629, 660, 916, 918
Ocho cosas de papel (Ruiz Harrell), 61
 Ojeda Gómez, Mario, 510, 510n
 Ojeda Paullada, Pedro, 325
 Ojeda, Claudio, 160
 Olea y Leyva, Teófilo, 89
 Olivares Santana, Enrique, 248, 405, 736
orden político en las sociedades en cambio, El (Huntington), 127n
 Orfila, Alejandro, 606-608
 Ornelas, Sara, 424
 Ortega, Daniel, 585, 905-906
 Ortega, Lauro, 751
 Ortega Arenas, Juan, 320
 Ortiz de Montellano, Bernardo, 89
 Ortiz Mena, Antonio, 137, 138, 163, 176, 188, 276, 277, 468, 608, 641, 642, 644
 Ortiz Mena, Raúl, 191
 Ortiz Monasterio, Luis, 199
 Ortiz Rubio, Pascual, 53, 816
 Oteyza, José Andrés de, 195, 399, 569
 Ovalle, Ignacio, 261, 310, 670
 Ovando, Xavier, 864, 865
 Owen, Gilberto, 89
 Padilla Nervo, Luis, 89, 137, 510, 510n, 578, 730
 Padilla, Ezequiel, 18, 46, 49, 50, 51, 138, 431
 Padilla Segura, José Antonio, 275
País, El (publicación), 843
palabras perdidas, Las (Magdaleno), 35

- Palavicini, Félix F, 431
- Palme, Olof, 134, 280, 394, 396, 462, 556n, 603, 620, 654
- Palomar y Vizcarra, Miguel, 18
- Paredes y Arrillaga, Mariano, 490
- Parsons, Anthony, 575, 881
- Partido Acción Nacional (PAN), 15, 272, 378, 447-449, 456, 741, 748, 752, 769, 775-777, 780, 781, 809, 811, 813, 819, 821-825, 828, 829, 831-834, 836, 838-842, 847, 849, 851-854, 858, 859, 862, 877, 889, 891, 892, 900, 901, 912, 917, 925, 928, 929, 930
- Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), 13, 15, 448, 771, 773-779, 809, 825, 828, 838, 873
- Partido Comunista (Unión Soviética), 99
- Partido Comunista Mexicano (PCM), 364-366, 588, 698, 818, 929
- Partido Conservador (Inglaterra), 581
- Partido de la Revolución Democrática (PRD), 14-16, 741, 840, 875, 928
- Partido de la Revolución Mexicana (PRM), 251, 254, 257
- Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), 13, 774, 777, 778, 809, 824, 825, 828, 838, 873, 878
- Partido del Trabajo (PT), 15, 16
- Partido Demócrata Mexicano (PDM), 838
- Partido Liberación Nacional (Costa Rica), 584, 585
- Partido Liberal Mexicano (PLM), 641
- Partido Liberal, 213, 702
- Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), 830, 929
- Partido Mexicano Socialista (PMS), 588, 749, 771, 778, 781, 785, 809-811, 813, 825-831, 838, 873, 903, 929
- Partido Nacional Revolucionario (PNR), 251, 255, 257, 389, 442, 450, 467, 638, 765, 816
- Partido Popular Socialista (PPS), 13, 364, 408, 412, 414, 415, 753, 771, 774, 775, 777, 778, 785, 809, 824, 825, 829, 838, 873, 876, 878, 891
- Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), 780, 810, 825, 826, 838, 876
- Partido Revolucionario Institucional (PRI), 11, 13, 14, 52, 58, 61, 87, 93, 94, 126, 130, 135, 141, 156, 168, 168n, 179-181, 187, 223, 251, 264, 288, 315, 362, 383, 394, 397, 400-402, 405, 408, 410, 411, 413-415, 417, 420, 421, 423, 425, 428-431, 434, 437, 438, 440-442, 444, 446, 447, 449-451, 466-468, 473, 474, 476, 477, 487, 488, 535, 604, 654, 663, 687n, 689, 698, 737, 741-747, 750-752, 754-756, 758, 761, 763-765, 768, 769, 771-776, 778, 780-783, 805, 808, 814, 815, 818, 819, 821, 822, 824, 825, 829, 831-835, 838-840, 847-849, 851-854, 857-860, 863, 865, 867-869, 871, 875, 877, 882, 886, 888, 889, 895, 899, 904, 905, 913, 915-918, 920-922, 924, 925, 927, 928, 930
- Partido Socialdemócrata (Alemania), 395n
- Partido Socialdemócrata (PSD), 753, 855
- Partido Socialista (Francia), 255, 875, 876
- Partido Socialista de los Trabajadores (PSR), 753, 771, 777
- Partido Socialista Unificado de México (PSUM), 929
- Partido Verde Ecologista de México (PVEM), 15, 774
- Payán Vélver, Carlos, 446
- Paz, Octavio, 90, 149, 164, 182, 629, 672, 814
- Paz Estensoro, Víctor, 21, 368
- Pazos, Luis, 376
- Peccei, Aurelio, 204
- Pedroso, Manuel, 56, 104
- Pellicer, Carlos, 88, 89, 446, 474
- Peña Gómez, José Francisco, 904
- Peres, Shimon, 502
- Pérez, Carlos Andrés, 111, 244, 395, 507, 508, 654
- Pérez Abreu, Juan, 56
- Pérez Alfonso, Juan Pablo, 507
- Pérez Arreola, Evaristo, 698

- Pérez de Cuéllar, Javier, 492, 564, 565, 586
 Pérez Guerrero, Manuel, 520, 520n
 Pérez Martínez, Héctor, 49
 Pérez Ríos, Francisco, 316, 317
 Perón, Juan Domingo, 632
 Perrault, Charles, 42
 Peter, Laurence J., 590
 Petricioli, Gustavo, 201, 706
 Pichardo, Ignacio, 399
 Pinochet, Augusto, 380, 489, 491, 493, 494, 496
 Pitol, Sergio, 61
población indígena y el mestizaje en América, La (Rosenblat), 122, 122n
Política (publicación), 144
política del desarrollo mexicano, La (Hansen), 632n
 Pontecorvo, Gillo, 100, 100n
 Portes Gil, Emilio, 18, 49, 53, 96n, 119, 251, 252, 442, 638, 689, 739
 Portilla, Jorge, 65, 97
 Prebisch, Raúl, 247, 643
 Prigione Pozzi, Girolamo, 207, 207n
Proceso (publicación), 16n, 45, 109, 310, 313, 460, 593, 862, 894
Professions and the State: The Mexican Case (Cleaves), 233
 Proust, Marcel, 73
PRUN, Almazán y el desastre final, El (Mena), 35
 Puente Leyva, Jesús, 198
 Puig Casauranc, José Manuel, 640
que el viento se llevó, Lo (película), 378
- Quezada, Abel, 686, 686n, 752
- Rabasa, Emilio, 87, 219, 220, 495, 500, 501
 Radbruch, Gustav, 103
 Ramírez Vázquez, Pedro, 715
 Ramírez y Ramírez, Enrique, 90, 135, 140, 400
 Ramos, Samuel, 90
 Ramos Millán, Gabriel, 50
 Reagan, Ronald, 127n, 250, 498, 513, 531, 532, 538, 541, 546-548, 553, 556, 560, 581, 598, 599, 612, 766
 Recaséns Siches, Luis, 56
República, La (publicación), 447
Revista de la Universidad de San Carlos (publicación), 94
Revista Francesa de Ciencia Política (publicación), 509
 Rey de Cabrera, María Ramona, 90
 Reyes Heróles, Jesús, 56, 63, 65, 91, 97, 146, 147, 167, 168, 175, 198, 223, 234, 248, 257, 311, 394, 397, 402-405, 408, 420, 431, 432, 437, 439, 453, 460, 480, 483, 651, 675-677, 684, 693, 725, 726, 918, 923, 924
 Reyes Nevares, Salvador, 63, 91
 Reyes Vayssade, Martín, 739
 Reyes, Alfonso, 88
 Reynoso, Leobardo, 139, 471
 Ricard, Robert, 649, 649n
 Riding, Alan, 882
 Rincón Gallardo, Gilberto, 827, 866
 Riva Palacio, Carlos, 264
 Rivera, Diego, 682
 Rocard, Michel, 396, 396n
 Roces, Wenceslao, 104
 Rocha, Ricardo, 412, 413, 896
 Rodríguez Castañeda, Rafael, 17, 18, 22
 Rodríguez, Abelardo, 49, 53, 54
 Roel, Santiago, 248
 Rogelio Álvarez, José, 63, 91
 Rojo Gómez, Javier, 46, 48
 Rolland, Romain, 33
 Romero, Carlos Humberto, 532
 Romero, Humberto, 63, 140
 Romo, Arturo, 403, 424
 Rómulo, Carlos P., 528, 534
 Rondero, Javier, 91
 Rooney, Mickey, 498
 Rosenblat, Ángel, 122, 122n
 Ross, Stanley, 430
 Rousseau, Jean-Jacques, 701
 Roviroso, Leandro, 427
 Royo, Aristides, 585
 Rubio, Francisco, 73
 Ruda, José María, 74
Rueca (publicación), 91
Ruina de la infame Babilonia (Montes de Oca), 61

- Ruiz Cortines, Adolfo, 48, 51, 77, 82, 83, 93, 137, 138, 149, 163, 167, 178-190, 198, 255, 256, 258, 259, 263-265, 270, 326, 342, 350, 352, 364, 387, 391, 422, 639, 642
- Ruiz Harrell, Rafael, 60, 61
- Ruiz Madero, Ramiro, 353
- Rumbos Democráticos* (publicación), 94
- Sabines, Jaime, 446
- Salgari, Emilio, 42
- Salim, Salim A., 524, 525, 559, 561, 562
- Salinas de Gortari, Carlos, 190, 261, 388, 718, 741, 762, 777, 779, 811, 812, 814-816, 821-823, 838, 841, 842, 844, 850, 851, 859-863, 867, 877, 886, 890, 891, 896, 897, 899-901, 903, 905-912, 915, 920, 921
- Salinas Leal, Bonifacio, 139, 471
- Salinas Lozano, Raúl, 190
- Salmerón, Fernando, 717, 718
- Sámamo, Eva, 431
- Sánchez, Graciano, 252, 919
- Sánchez Aguilar, Luis, 854
- Sánchez Gavito, Vicente, 137
- Sánchez Marín, Carlos, 73
- Sánchez Medal, Ramón, 739
- Sánchez Taboada, Rodolfo, 184
- Sansores Pérez, Carlos, 405
- Santa Cruz, Hernán, 202
- Santos, Gonzalo N., 139, 258, 471
- Sarabia, Francisco, 41
- Sarney, José, 518, 518n, 904, 905
- Sarrailh, Jean, 102, 633, 707
- Sartre, Jean-Paul, 73, 103, 120, 485, 707, 723, 885
- Saucedo, Mario, 866
- Sauvy, Alfred, 101
- Savia Moderna* (publicación), 88
- Savignac, Antonio Enríquez, 277
- Scherer García, Julio, 58, 315, 316
- Schmidt, Samuel, 19, 23n, 214
- Schmidt, Siegfried J., 103, 116n
- Schultz, George, 548, 552, 553, 599, 617
- Sepúlveda, Bernardo, 57, 88, 250, 588, 590, 603, 604, 607, 878, 880, 881, 884-886, 908
- Serra Rojas, Andrés, 49
- Shamir, Yitzhak, 502
- Shultz, George, 516
- Sierra Méndez, Justo, 87, 649, 649n, 662, 727
- Silva Herzog, Jesús, 18, 21, 92, 272
- Silva-Herzog Flores, Jesús, 92, 172, 248, 687, 687n, 745, 767, 790
- Soares, Mário, 396, 396n, 598, 876, 904, 905
- Soberón, Guillermo, 698
- Sócrates, 145
- Solana, Fernando, 160, 168
- Solís, Leopoldo, 194, 271, 304
- Somoza, Anastasio, 493
- Sosa, Francisco, 196
- Soto Izquierdo, Enrique, 62
- Stalin, José, 33, 283, 479
- Stavenhagen, Rodolfo, 160, 667
- Stevenson, Adlai, 542
- Suárez, Luis, 451
- Suárez Gaona, Enrique, 286, 732
- Tablada, José Juan, 33
- Talavera, Abraham, 159, 736
- Taller* (publicación), 90
- Teja Zabre, Alfonso, 53, 632
- Tello Macías, Carlos, 138, 195, 246, 309, 682, 703, 747
- Tello Baurraud, Manuel, 137
- Tenorio Adame, Antonio, 401
- Thatcher, Margaret, 574, 581
- Time* (publicación), 443
- Tito (Josip Broz), 462
- Tomic Romero, Radomiro, 208, 208n
- Torhensen, Anke, 396
- Torres Bodet, Jaime, 23, 36, 41, 46, 48, 58, 59, 66, 89, 90, 93, 96, 111, 113, 114, 129, 133, 137, 139, 141, 142, 146-150, 164, 186, 256, 625, 627, 629, 632-634, 639-644, 646, 648, 655, 657-659, 669, 673, 693, 696, 704, 705, 707, 730, 869
- Torres Manzo, Carlos, 218, 328, 329
- Torres Vivanco, Juan, 275
- Torrijos, Omar, 543
- Toscano, Carmen, 90
- Touchard, Jean, 628
- transformación social del conquistador, La* (Durand), 104, 726

- Trejo Delarbre, Raúl, 826
 Treviño, Jacinto B., 18, 775
 Troyanovsky, Oleg, 540
 Trudeau, Pierre, 558
- U Thant, Sithu, 538
 Ucello, Pablo, 123
Ulises (publicación), 89
Universal, El (publicación), 15n, 75
unomásuno (publicación), 407, 749, 915
 Unzueta, Gerardo, 364
 Uranga, Emilio, 63, 91, 97
 Uribe Villegas, Oscar, 61
 Urquidi, Víctor L., 136, 160, 204, 205,
 241, 512, 686, 686n, 688
 Uslar Pietri, Arturo, 660
- Valdés, Gabriel, 208
 Valero, Ricardo, 159-161, 199, 447, 666,
 730, 866, 881
 Vallejo, Demetrio, 319
 Vallina, Eloy, 377, 378
 Vargas, Getulio, 480
 Vargas Llosa, Mario, 688
 Varo Berra, Rosario, 19, 341
 Vasconcelos, José, 35, 87, 88, 90, 111, 112,
 258, 451, 638, 656, 657, 662, 664, 665
 Vázquez Colmenares, Genaro, 60
 Vázquez Colmenares, Pedro, 415
 Vázquez del Mercado, Alberto, 89
 Vázquez Díaz, Graciela, 96
 Vázquez Raña, Mario, 668, 680
 Vázquez Rojas, Genaro, 366
 Vedel, Georges, 102, 126, 628, 632
 Vega Domínguez, Jorge de la, 168, 240,
 427, 446, 478, 663, 744, 756-759, 765,
 766, 822, 853, 888, 916
 Véjar Vázquez, Octavio, 38, 259
 Velasco Fernández, Rafael, 718
 Velasco Suárez, Manuel, 193
 Velasco, Alfonso, 22
 Velasco, Rafael, 670
 Velázquez, Fidel, 214, 232, 314, 316, 317,
 321, 322, 324-326, 330, 331, 348, 349,
 370, 372, 393, 732, 811
 Verne, Julio, 42
- Victoria, Guadalupe, 660
 Villa, Francisco, 108, 776, 869, 916
 Villamil, Jenaro, 16n
 Villaurrutia, Xavier, 89
 Villoro, Luis, 63, 830
 Volcker, Paul, 787
 Voltaire, 707
 Vuskovich, Pedro, 175
- Waldheim, Kurt Josef, 536, 536n, 540,
 541, 559, 561, 562, 570
Wall Street Journal, The (publicación), 766,
 767, 789
 Walters, Vernon, 767, 768
 Wayne, John, 547
 Weber, Alfred, 54
 Weckmann, Luis, 726, 727
 Wilkie, James W., 15, 15n, 18, 21, 23, 170,
 462, 844, 863, 918
 Wimer, Javier, 60, 67, 75, 168, 199, 668
 Wojtyła, Karol, 563, *Véase también* Juan
 Pablo II
 Woods, Bretton, 216, 558
- Xelhuantzi, María, 22
- Yáñez, Agustín, 147, 151, 152, 646, 647,
 670
 Young, Andrew, 530
- Zamora, Julio, 401
 Zapata, Emiliano, 35, 108, 272, 776, 869,
 916
 Zapata, Fausto, 189
 Zarco, Francisco, 726
 Zavala Castillo, María de los Ángeles, 159
 Zavala, Silvio, 148-150, 159, 160
 Zea, Irene, 159
 Zea, Leopoldo, 142
 Zertuche, Fernando, 62, 156, 286, 344,
 430, 430, 664, 732, 737, 739
 Zorrilla, Pedro, 65, 445
 Zuno, José Guadalupe, 315, 366, 367, 638,
 918
 Zuno, María Esther, 200, 203, 315
 Zweig, Stefan, 42

Porfirio Muñoz Ledo, Historia oral: 1933-1988 de
James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie
se terminó de imprimir en noviembre de 2017
en los talleres de
Impresora Tauro S.A. de C.V.
Av. Plutarco Elías Calles 396, col. Los Reyes,
Ciudad de México